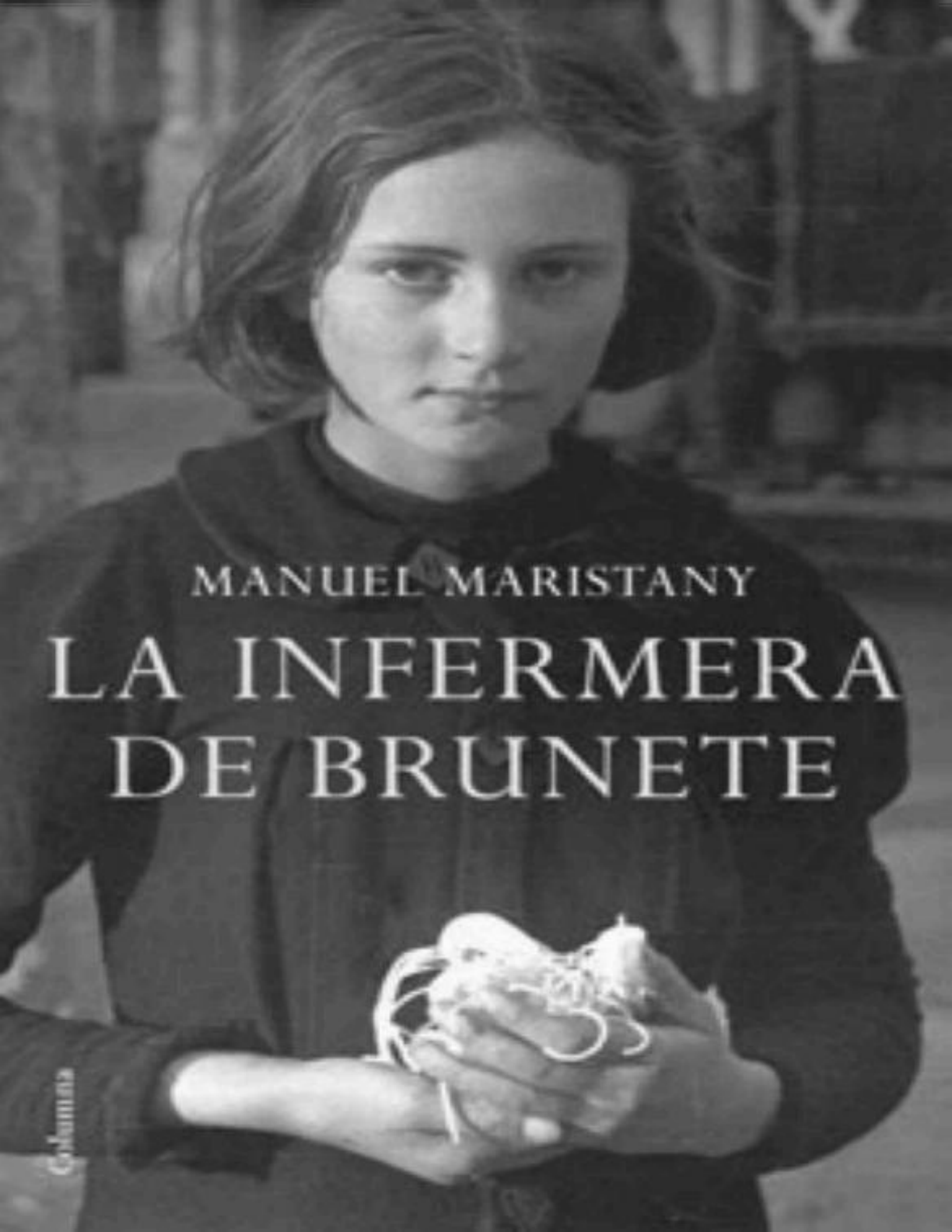

MANUEL MARISTANY
LA INFERMERA DE BRUNETE

La enfermera de Brunete

Sobrecubierta

None
Tags: Guerra Civil

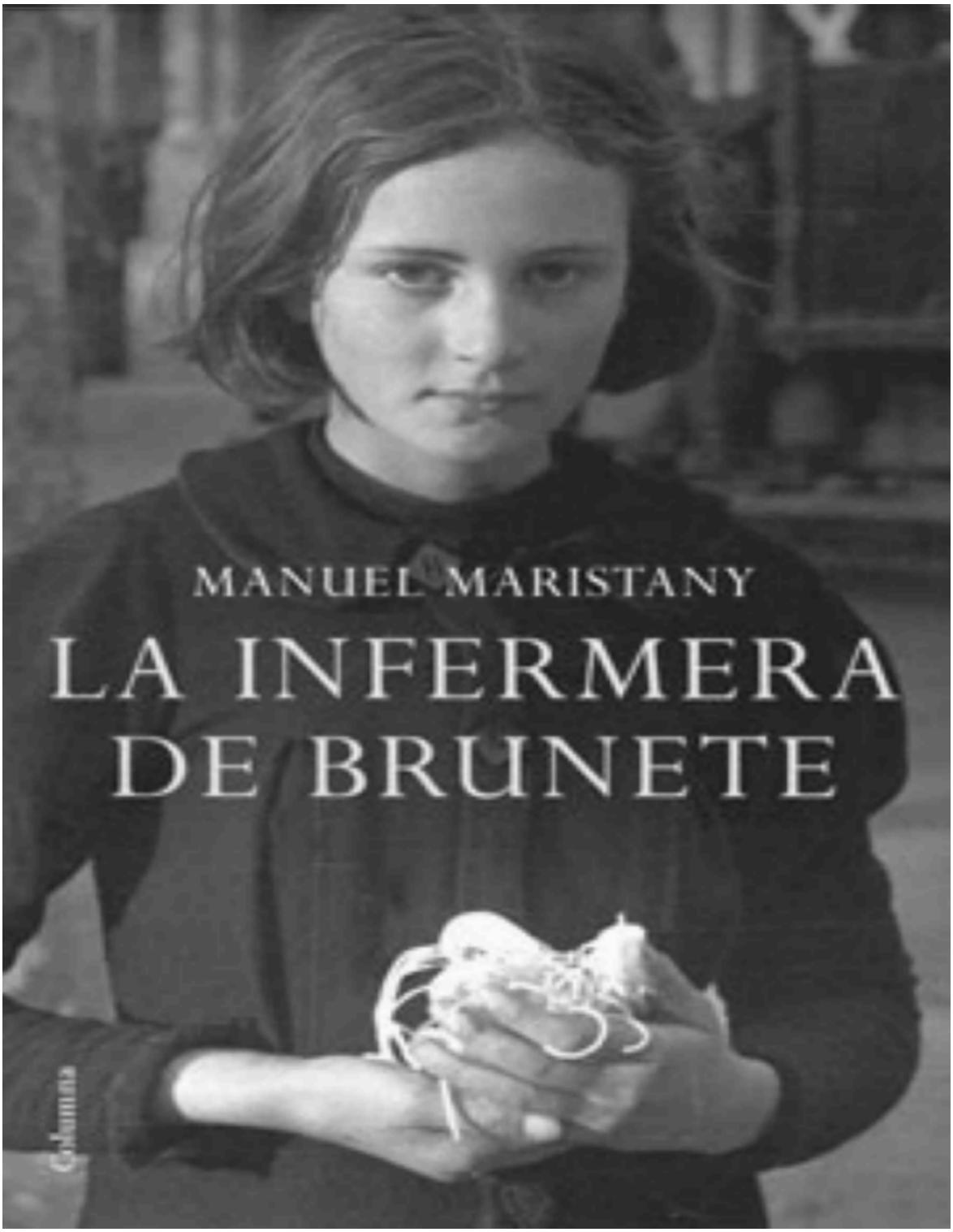
OceanofPDF.com

La enfermera de Brunete

Sobrecubierta

None
Tags: Guerra Civil

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Manuel Maristany
La enfermera de Brunete

OceanofPDF.com

© Manuel Maristany Sabater, 2004
© Editorial Planeta, S. A., 2007
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Primera edición: mayo de 2007
Segunda impresión: septiembre de 2007
Depósito Legal: M. 38.673-2007
ISBN 978-84-08-06886-0
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

A un viejo amor
que murió sin darme tiempo
a pedirle perdón.

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!
Antonio Machado

If you can meet with Triumph and Disaster
And treat those impostors just the same…
Rudyard Kipling

Con mi
Agradecimiento
a
Dominica Martínez-Cubells Leyún,
Joaquín Torrente
y José Luis Masoliver,
que leyeron mi manuscrito
y me animaron a publicarlo
y a Sergio Vila-Sanjuán,
el sagaz periodista
que levantó la liebre

OceanofPDF.com

PARTE I – CAPÍTULO 1:
CASTILLO DE REQUESENS:
VERANO DE 1933

–Morir estrangulado por una mano espectral es lo único malo que le puede ocurrir al candidato a la Prueba del Valor -explicó Blanca-. Pero, descontando este ligero contratiempo, el juego no ofrece mayor riesgo ni dificultad.

El eco de sus últimas palabras se fundió con el lejano chirrido de los grillos resonando en la oscuridad de los campos. Una redonda luna de julio flotaba en un cielo tenuemente azulado.

Blanca aguardó unos segundos a que el turbador mensaje hubiera calado en las mentes de sus jóvenes invitados, sentados frente a ella en lo alto de la torre del homenaje del castillo de Requesens, quienes, desde que había abierto la boca, no se perdían una sola de sus palabras. Incluidos sus hermanos, Javier y Gonzalito, que se sabían el juego de memoria. Satisfecha por el grado de interés que reflejaban sus caras, preguntó:

–¿Sigo?

–Sí, sí, por supuesto -contestaron los candidatos después de que hubieron digerido la inquietante información.

–De acuerdo, pero antes de seguir, tenéis que prestar juramento; que después no digáis que no os lo habíamos advertido, ¿vale?

Hubo cabezadas generalizadas de asentimiento.

–Vale.

–Muy bien. Gonzalito, trae el mortero del juramento -ordenó Blanca a su hermano pequeño.

Gonzalito, un niño con el pelo revuelto y las rodillas cosidas a costurones, se levantó de un salto y fue a buscar un mortero de mármol que había escondido previsoramente aquella misma mañana en el vano entre dos almenas. Se suponía que a estas horas de la noche, el niño debía de estar acostado y sumido en el mejor de los sueños. Para evitar ser descubierto, había puesto toallas y almohadones bajo las sábanas de su cama, para engañar a su madre o a su niñera, por si se les ocurría subir a investigar.

Gonzalito volvió con el pesado recipiente de mármol y mostró su contenido a su hermana, quien examinó con mirada crítica los restos machacados de un escorpión negro y un sapo verrugoso.

–El escorpión todavía mueve las pinzas -objetó.

–Es que lo he cazado esta misma mañana y no le ha dado tiempo a morirse del todo -se excusó el niño.

–Hum -dijo Blanca.

–Si quieres, lo acabo de machacar.

–Déjalo -contestó su hermana dándolo por bueno.

Mientras Blanca exponía a sus invitados las reglas del juego, Javier, su hermano mayor, no había dejado de mirarla con cariño y admiración sin límites. La luz de la luna arrancaba resplandores fosforescentes a su traje blanco y a su rubia cabellera recogida en la nuca con una cinta de terciopelo azul. Por un momento se le antojó una joven vestal del templo de Hera disponiéndose a encender el fuego sagrado en una noche de plenilunio.

Blanca era la inventora del juego. Se le había ocurrido una aburrida y lluviosa tarde de otoño, cuando un primo escéptico se había permitido dudar de la leyenda que corría por el Señorío de Requesens desde los tiempos de la guerra de la Independencia. Blanca estaba dotada de una poderosa imaginación, estimulada por la lectura sistemática de las novelas de Robert Louis Stevenson, Walter Scott y Edgar Allan Poe. Aunque últimamente se decantaba por las más románticas de Zane Grey y James Oliver Curwood. Hasta hacía poquísimo tiempo había sido la inseparable compañera de juegos de su hermano mayor, su mejor amiga y su más fiel lugarteniente. Ambos estaban muy unidos y, sin ser exactamente gemelos, tenían sus mismas y curiosas afinidades psíquicas, así como misteriosos poderes telepáticos que les permitían presentirse y comunicarse a centenares de kilómetros, como lo habían demostrado en más de una ocasión para ganar una apuesta. Aparte de estas facultades (que alguien podría calificar de paranormales), Blanca sabía trepar a los árboles con notable habilidad, tirar piedras a lo chico y silbar llevándose los dedos a la boca, exactamente igual que su hermano. Pero, de un tiempo a esta parte, estas aficiones selváticas habían empezado a tomar derroteros más femeninos y refinados.

–Pues ya os podéis acercar para echarle un vistazo.

Los candidatos se levantaron y miraron con visibles muestras de temor y repugnancia el magma verdoso que rebullía en el fondo del mortero.

–¿Estáis todos de acuerdo? – insistió Blanca.

–De acuerdo.

–Pues empezaremos por el más pequeño de los testigos. Merceditas, tú, la primera. Extiende la mano izquierda sobre el mortero y levanta la derecha.

Merceditas, una niña regordeta que lucía tirabuzones a lo Shirley Temple y una falda de organdí ceñida a la cintura por un gran lazo de terciopelo rosa, alzó la mano derecha y extendió la izquierda sobre el mortero que le presentaba Gonzalito, apartando la cara para no ver el asqueroso mejunje.

–¿Juras por Dios no revelar a nadie el secreto de la Prueba del Valor, y si lo hago, así me salte a los ojos esta mezcla envenenada y me deje ciega?

–Lo juro -dijo la niña con voz apenas audible.

–Y ahora tienes que escupir en el mortero.

–Mamá me ha dicho que escupir es muy feo.

–Sí, en circunstancias normales es muy feo, pero las de ahora no son precisamente normales.

Merceditas respiró hondo y escupió cerrando los ojos.

Pero no acertó.

–¡Pues no cierres los ojos, tonta! – se irritó Gonzalito.

–¡Es que me da mucho asco el escorpión!

Hubo que esperar al tercer intento.

Luisito Soler-Ribot, su hermano mayor, prestó juramento con insoportable aire de fastidio y displicencia. A punto de cumplir dieciocho años, el heredero de uno de los mayores imperios textiles de Cataluña estaba consiguiendo pasar de la infancia a la juventud sin haber conocido los riesgos, los goces y las emociones de la pubertad. Los juegos que practicaban sus primos Montcada, tales como jugar a indios, enterrar tesoros y construir cabañas arborícolas, le parecían una lamentable pérdida de tiempo, impropia de chicos de su edad, por no decir una solemne estupidez. Especialmente la Prueba del Valor. De

resultas de torcer la boca en un perpetuo gesto de desdén y suficiencia ante la vida y la humanidad en general, se le había quedado definitivamente torcida.

Blanca le presentó el mortero.

–Escupe.

Luisito carraspeó y lanzó un certero escupitajo verde que admiró a Gonzalito.

Luego Blanca se volvió hacia Laura, su hermana mayor, que vestía un elegante conjunto veraniego de Santa Eulalia de blusa y falda plisada que ponía de manifiesto la rotundidad de sus senos y la redondez de sus caderas, realzadas por unos finos zapatos de tacón.

–¿Lo juras? – preguntó mirándola con curiosidad. Blanca no acertaba a explicarse por qué había querido participar en la temible experiencia. Por razones de edad y por haber sido presentada recientemente en sociedad, Laura entraba en la categoría de *personas mayores.*

Laura extendió la mano izquierda sobre el mortero y levantó la derecha hacia el cielo, poniéndolo por testigo.

–Lo juro -dijo con voz firme devolviéndole la mirada con sus enigmáticos ojos de gata persa.

–Y ahora escupe.

Laura escupió educadamente desde una distancia prudencial, pero acertando a la primera.

Por último, Blanca se dirigió a su amiga Maite.

–Y ahora te toca a ti, Maite, lo siento, aunque seas francesa también tienes que jurar. El reglamento no admite excepciones.

Marie-Thérèse era una jovencita de ojos aterciopelados, talle cimbreante y una sonrisa traviesa escondida en la comisura de los labios. Sus padres la habían tenido muy tarde, cuando ya casi habían perdido la esperanza de tener descendencia, de modo que se había convertido en la niña de sus ojos. Su educación parisina, los numerosos viajes y la intensa vida de relación de su padre (diplomático de carrera) le conferían un aplomo y un desparpajo singulares que sorprendían mucho a los hermanos Montcada, educados espartanamente en severas normas puritanas. Todas las noches, finalizada la sobremesa, se empinaba sobre la punta de los pies, y a la vista de todos los presentes,

se despedía de Javier con un beso y un cálido *bon nuit, chéri* que llenaba al muchacho de confusión, porque Javier, como todos los chicos españoles de su edad y condición, sólo besaba a su hermana, a sus primas y, ocasionalmente, a alguna amiga muy íntima de la familia. Por lo demás, Maite era una chica estupenda y animosa que se apuntaba a todas las locuras de sus anfitriones, de modo que extendió la mano izquierda sobre el mortero, alzó la derecha y prestó juramento en español con acento francés. Después escupió con mucha delicadeza.

–¿Está bien así? – preguntó luego.

–Muy bien -aprobó Blanca-. Y ahora, si os asomáis un momento a las almenas, os explicaré el intríngulis del juego.

Los juramentados se asomaron por entre los vanos de las almenas y miraron con morbosa delectación la tersa superficie de un estanque rectangular sobre el que rielaba la luna. Cuatro tritones de piedra flanqueaban sus cuatro esquinas. De sus bocas surgían sendos chorros de agua que caían en la alberca con rumor cristalino. En su extremo más alejado se levantaba un solemne pabellón de caza dieciochesco. Y en el otro, al pie de la torre, dándole frente, una ornamentada cascada de granito, junto a la cual crecía un alto y majestuoso cedro del Líbano. Setos, rosales y parterres floridos desplegaban su simetría versallesca y cortesana en torno al estanque. Hacia la parte del castillo, la vista caía a plomo sobre el foso, el puente levadizo y el amplio recuadro del patio de armas, punteado por el fulgor amarillento de las ventanas. Más allá, se oteaban los tejados del dormido caserío de Requesens, su vieja ermita románica, la *masovería* y los bosques y tierras de labor que se extendían hasta los abruptos acantilados cortados a pico sobre el Ter. Hacia el norte, el áspero espinazo de los Pirineos se difuminaba en la noche azul.

–Desde aquí tenéis todo el escenario del juego a la vista -explicó Blanca-. El truco consiste en bajar a la cripta sepulcral, justo en el fondo de esta torre, cruzar el pasadizo secreto, salir al otro lado del arroyo de Requesens, vadearlo en dirección al castillo, subir a los jardines de La Fontana, entrar en el pabellón de caza, coger una bola de billar y traerla de vuelta a la torre para que los testigos lo podamos comprobar. Como podéis ver -terminó la jovencita con una sonrisa tranquilizadora-, se trata de un sencillo juego al alcance de cualquiera.

Los juramentados observaron temerosamente el estanque plateado y el pabellón de caza sumido en sombras ominosas.

–¿Y por qué la llamáis la Prueba del Valor, si dices que es tan fácil? – le preguntó Maite.

–Porque, aunque a primera vista parezca fácil, se necesita mucho valor para salir airoso de la experiencia -contestó Blanca, posando intencionadamente en Luisito sus magníficos ojos zarcos que, en más de una ocasión, habían sido la causa de que algún candidato atolondrado casi se partiera la crisma al precipitarse escaleras abajo-. No te creas tú que todos los que se apuntan consiguen volver aquí arriba con la bola de billar. No -repitió-. La mitad, por lo menos, ni siquiera llegan a la cripta. Y se pueden contar con los dedos de una mano los que han llegado a entrar en el pabellón de caza y volver con la bola de billar.

–¿Sí?

–Sí, hay que ser muy valiente -insistió Blanca-. Se necesita un valor a toda prueba para bajar a La Fontana y entrar en el pabellón en una noche de plenilunio.

–¿Pero por qué? ¿Qué ocurre en La Fontana?

–Sencillamente porque no todo el mundo es capaz de enfrentarse a un fantasma y no poner pies en polvorosa.

–¿Un fantasma? – se extrañó Maite-. ¿Quieres decir que en La Fontana hay un fantasma?

-Naturellement, chérie! **La Dama de la Fontana. Eso lo sabe todo el mundo.**

-C'est pas possible!

–¡Vaya que si es posible! Lo que ocurre es que la Dama no se deja ver así como así. Y no todos los que la han visto han vivido lo suficiente para contarlo. Durante el día duerme bajo las aguas del estanque, pero en noches de luna llena como esta misma -y Blanca señaló con el dedo el plateado disco de la luna, que parecía un globo suspendido del cielo- se pasea por los jardines, seduce a sus víctimas, las estrangula y las arrastra al fondo del estanque. O las asesina en el pabellón, según como le dé. No tiene norma fija. Pero lo normal, como os digo, es que las ahogue en el estanque. En cualquier caso, da igual -terminó Blanca con lúgubre entonación-. La víctima acostumbra a morir entre horribles sufrimientos y convulsiones.

–¡Blanca, no sigas por este camino, si no quieres que me cague de miedo en los pantalones! – se burló Luisito-. No me cabe en la cabeza cómo os pueden dar tanto miedo una charca antediluviana y un pabellón de caza trasnochado. ¡Mira que creer en semejante sarta de bobadas a vuestra edad! No sé cómo no os da vergüenza. Parecéis un hatajo de paletos.

–¿Bobadas? – sonrió Blanca entornando maliciosamente los ojos.

–Sí, bobadas, cuentos chinos, patrañas, estupideces, leyendas medievales…

–Una opinión muy respetable -convino cortésmente Javier, pasando por alto las ofensivas palabras de su invitado-. Pero, para tu información, te diré que la puerta del pabellón nunca se cierra con llave, lo cual, teniendo en cuenta que en su interior se guarda el cuadro de la tatarabuela Elisenda, pintado por el mismísimo Goya, también resulta muy significativo, porque la gente no deja los cuadros de Goya así como así. ¿No te parece, Laura? – preguntó Javier volviéndose hacia la decana de la reunión.

–Sí, esto es verdad -reconoció deportivamente la joven-. Recuerdo que la última vez que estuve en Madrid con papá visitamos el Museo del Prado y lo pude comprobar personalmente. Los tienen guardados bajo siete llaves, y los celadores no les quitan la vista de encima por si a algún ladrón se le ocurre entrar a robarlos.

–Y aquí, como podéis ver -añadió Javier con un gesto de la mano, poniendo a todos los presentes por testigos-, cualquiera puede entrar en el pabellón, descolgarlo y llevárselo por las buenas. Y hasta la fecha, nadie lo ha hecho. Lo cual quiere decir algo, digo yo. ¿No crees, Laura?

–Sí, tienes razón, pero si nos contarais la leyenda de La Fontana con más detalle, quizás encontraríamos alguna pista para descubrir el misterio -le sugirió la joven con una sonrisa cautivadora que puso al descubierto la blancura de sus dientes.

–Sí, yo os la contaré con mucho gusto -se ofreció Blanca al instante-. Pero será mejor que os volváis a sentar todos en torno a mí.

–Para que no nos caigamos de culo del susto, ¿verdad? – dijo burlonamente Luisito, que declinó la sugerencia de su anfitriona, se apoyó en una almena y cruzó los brazos con aire de suficiencia.

Pero todos los demás siguieron sus indicaciones y se sentaron sobre las grandes losas del redondel de la torre tapizadas de musgo secular.

Blanca esperó a que todos se hubieran acomodado y, alisándose la falda sobre las rodillas, dio comienzo al relato:

–Como todos sabéis, cuando la guerra de la Independencia, el castillo de Requesens se convirtió en la guarida de una partida de guerrilleros capitaneada por nuestro tatarabuelo, Guillermo de Montcada, que se dedicaba a asaltar los convoyes franceses de suministros que cruzaban la frontera camino del sitio de Gerona, cuyos habitantes se defendían con uñas y garras, comían ratas y bebían pipí de gato, y…

–¡Qué asco! – se le escapó a Merceditas, llevándose la mano a la boca.

–Supongo que sí -admitió Blanca-. Yo nunca lo he probado, pero no sé lo que haría si me estuviera muriendo de sed, ¿no te parece, Merceditas? Bueno, pues como os iba diciendo, sus emboscadas y golpes de mano llegaron a ser tan insoportables que el mariscal Saint-Cyr, jefe supremo de los franceses… Sí, Maite, ya sé lo que estás pensando -se apresuró Blanca a tranquilizar a su amiga al observar su mueca de disgusto-. En este caso, se trataba de franceses malos, no como tu padre, que es muy bueno y al que todos queremos mucho. Recuerda también que mi abuela era francesa, como tú, y no por esto era mala. Hay franceses malos, como también hay españoles malos. ¿Lo entiendes ahora?

–Sí -contestó Marie-Thérèse.

Blanca continuó:

–De manera que, para acabar con esta pesadilla a sus espaldas, el mariscal Saint-Cyr ocupó Requesens sin disparar prácticamente un tiro, porque resulta que Guillermo de Montcada, con su partida de guerrilleros, se había ido a Salamanca a ponerse a las órdenes del mariscal Wellington. Era un invierno muy riguroso, la nieve cubría los bosques y los campos, y en el castillo sólo estaban Elisenda, la mujer de Guillermo, y unos pocos servidores que nada pudieron hacer para defender a su ama de la furia de los excitados soldados franceses, que la persiguieron por todo el castillo, hasta La Fontana. Elisenda, para no caer en sus manos, saltó sobre la placa de hielo que cubría el estanque,

la rompió y desapareció bajo sus aguas heladas, donde se ahogó, como os podéis imaginar.

–¿Quieres decir que se suicidó? – sugirió Laura.

–Sí, pero seguro que Dios la perdonó porque era muy buena y lo había hecho para evitar… para evitar una desgracia mayor. – Blanca hizo una pausa y prosiguió-: Pasados unos días, un aldeano que acertó a pasar por las inmediaciones de La Fontana distinguió una silueta blanca y fantasmal pasearse entre los parterres canturreando una misteriosa melopea. Naturalmente, el hombre no esperó a más y salió escapado como alma que lleva el diablo. Cuando contó lo sucedido en el pueblo, todos le creyeron a pies juntillas, y las mujeres se santiguaron tres veces y dijeron que era el fantasma de Elisenda de Montcada, que había surgido de las profundidades del estanque para vengarse de sus ofensores. La noticia del misterioso suceso no tardó en correr como la pólvora por todo Requesens, la Garrotxa, la Cerdaña y la Plana de Vic, y llegó hasta la misma Gerona. Meses más tarde, cuando los franceses se retiraron de España, un destacamento de dragones se instaló en el castillo de Requesens para proteger el repliegue de su ejército. El capitán que lo mandaba también había oído hablar de la misteriosa dama de blanco del estanque de La Fontana, según él, una patraña propia de incultos aldeanos españoles… lo mismo que piensa Luisito. Pero como, al mismo tiempo, le picaba la curiosidad, una noche de luna se apostó tras el cedro del estanque (el mismo cuya copa casi podéis ver desde aquí) para ver en qué paraba aquel embuste disparatado. Su paciencia fue finalmente recompensada. Cuando el reloj de la iglesia de Requesens daba las campanadas de las doce, por detrás de unos rosales surgió Elisenda de Montcada, tan guapa como la había retratado Goya, vestida con una túnica transparente que parecía tejida con rayos de la misma luna… También cantaba una canción muy dulce, y…

En aquel preciso instante sonaron las campanadas de las doce en la espadaña de la ermita de Requesens, y sus ecos de bronce se expandieron inquietantes en la calma nocturna.

–¡Ayyy! – chilló Merceditas, arrojándose a los brazos de su hermana mayor.

Gonzalito pegó un salto. Maite se abrazó a Javier sin pensarlo dos veces. Laura consiguió dominarse a duras penas. Se miraron unos a

otros, despavoridos. Todos menos Blanca, que parecía estar en la gloria, encantada por la afortunada coincidencia. Pasados unos segundos, continuó en un tono tenso y dramático:

–El capitán la siguió, temblando de pasión contenida…

Blanca tuvo que interrumpir el relato porque Merceditas quería saber qué era *pasión contenida.*

–¡Oh, qué pesada! – se impacientó Gonzalito-. ¿Por qué no te callas de una vez?

–Cállate tú.

Blanca reflexionó unos segundos.

–¿Cómo te lo explicaría? Sí, verás, pasión contenida significa que el capitán se había excitado mucho a la vista de Elisenda porque llevaba un traje transparente y era casi como si estuviera desnuda y deseaba abrazarla. ¿Lo entiendes ahora?

–Sí, creo que sí -dijo la niña después de unos segundos de reflexión-. Lo has explicado muy bien.

–¿Ahora puedo seguir?

–Sí.

Blanca reanudó su relato:

–El capitán se acercó a Elisenda por la espalda y, aprovechando que ésta se inclinaba para cortar una rosa de un rosal, posó una mano en su hombro desnudo… Elisenda se volvió de repente, y el capitán, que esperaba encontrarse con un rostro bellísimo, se encontró frente a una calavera horrible y dos manos huesudas que se aferraron a su garganta y lo arrastraron al fondo del estanque. Lo último que oyó antes de que las aguas se cerraran tras él fueron unas carcajadas satánicas…

Blanca pasó revista a las pálidas caras de sus oyentes para asegurarse de que habían adquirido el grado de suspense adecuado. Maite y Laura se habían estrechado contra Javier sin ningún disimulo. Incluso Gonzalo, que conocía el cuento de memoria, parecía estar bajo los efectos de una agonía exquisita. Merceditas, por su parte, asomaba cautelosamente la cabeza tras la espalda de su hermana mayor. Satisfecha con el examen, Blanca continuó con lúgubre entonación:

–El cadáver del capitán lo descubrieron sus soldados a la mañana siguiente, inflado como un sapo, flotando en el estanque, boca abajo, con unas manchas azules en torno al cuello, como si alguien se lo

hubiera apretado con unas tenazas. El destacamento de dragones no tardó ni cinco minutos en liar el petate y salir a escape. A partir de ese día, los payeses de Requesens y las comarcas vecinas evitaron cuidadosamente acercarse a La Fontana en las noches de luna. Todavía hoy en día prefieren dar un prudente rodeo en torno al castillo para no toparse con la misteriosa dama de blanco. A finales del siglo pasado, un arriero aragonés que paraba en la fonda del pueblo dijo que a él no le asustaban los fantasmas de la clase que fueran, porque él había estado con el general Prim en la batalla de Los Castillejos y las había visto de todos los colores y que aquella misma noche se acercaría al estanque para averiguar qué había de verdad en toda aquella historia disparatada. No hubo manera de sacarle la idea de la cabeza, y todos los intentos que se le hicieron para disuadirle se estrellaron contra su tozudez de baturro. En la taberna del pueblo se cruzaron apuestas. Los lugareños salieron a la puerta y lo vieron partir, muy resuelto, en dirección al castillo, una noche de luna…

–¿Y…? – preguntó Maite con un hilo de voz.

–Pues que nunca más regresó al pueblo -contestó Blanca-. O, mejor dicho, lo hizo, pero con los pies por delante. Es decir, dentro de una caja de madera de pino. Después de buscarlo por todas partes, lo encontraron finalmente en el fondo del estanque y tuvieron que rescatarlo con ayuda de cuerdas y garfios, con los ojos comidos por las sanguijuelas…

Maite sofocó un grito de horror y Blanca dio por finalizado el relato.

En el silencio que siguió a sus palabras se oyó el lúgubre aullido de un perro en la noche, y todos volvieron a estremecerse dentro de sus ligeros trajes de verano.

Luisito fue el primero en hablar:

–Lo has contado tan bien, Blanca, que he estado a punto de tragarme la trola. Porque sigo opinando que esta leyenda no es más que una patraña muy bien urdida para mantener a los aldeanos alejados de La Fontana, para que no metan las narices en el pabellón de caza. Si has estudiado física elemental, sabrás de sobra que no hay fantasmas, que son fantasías que sólo existen en la mente de la gente inculta.

–Eso no te lo voy a discutir, primo -asintió Javier-, pero lo cierto es que en La Fontana, hace casi dos siglos, ocurrieron cosas que podríamos calificar de, cómo te lo diría yo, misteriosas… o inexplicables, si lo prefieres.

–Ni misteriosas ni porras. Vulgares supersticiones campesinas. Y para que veas que a mí no me impresionan lo más mínimo, ahora mismo voy a bajar a La Fontana para demostraros lo paletos que llegáis a ser los hermanos Montcada.

–No seré yo quien te lo impida -concedió Javier, magnánimo-. Estás en tu perfecto derecho a negarte.

–Sólo pongo una condición.

–Tú dirás cuál.

–Que tú lo hagas después.

–Te aseguro que por mí no hay ningún inconveniente -dijo Javier levantándose con presteza-. Será un placer. Pensaba hacerlo, de todos modos.

–De acuerdo -dijo Luisito forzadamente-. Me gustará verlo.

–Pues descuida que lo vas a ver con tus propios ojos -contestó Javier, al que no le pasó por alto la contrariedad de su primo. Pero decidió darle una última oportunidad. Aquella noche, no sabía exactamente por qué motivo, se sentía especialmente inspirado. Quizá se debiera a las turbadoras radiaciones emitidas por Laura y Maite-. ¿Sigues decidido? – volvió a preguntar.

–¡Pues claro! – contestó Luisito, muy ofendido-. ¿Qué te has creído? ¿Que tengo miedo?

–Nada más lejos de mi imaginación, querido primo. Sólo que, por un momento, pensé que lo habías considerado mejor y te ibas a retirar de la prueba.

–Pues lamento decirte que habías pensado mal.

–Perdona, no quería ofenderte.

–Resumiendo: ¿qué tengo que hacer?

Javier le instruyó brevemente:

–Recuerda: bajas hasta la planta baja de esta torre. Frente por frente del portalón del puente levadizo, el mismo por donde hemos entrado, se abre la puerta que da a la escalera que lleva a la cripta

donde están enterrados nuestros antepasados. La flanquean dos guerreros negros. ¿Los recuerdas?

–Sí, claro. Oye, una pregunta: ¿está iluminada la escalera de la cripta?

–Justo a la derecha, entrando, encontrarás el interruptor, que enciende también las luces de la cripta.

Luisito accedió con una cabezada.

Javier continuó:

–Bajas hasta la cripta. Y ahora te confesaré un secreto que me has de prometer que nunca revelarás a nadie: entre el altar y el sarcófago de Hugo de Montcada y Elfrida de Aquitania, se abre la trampilla del pozo que lleva al túnel que utilizaban los defensores del castillo para salir al otro lado de las fuerzas sitiadoras. Para que no tengas que molestarte, yo mismo he retirado la losa que la oculta.

–¿Cómo es de ancho el pozo?

Javier extendió los brazos.

–Poco más de un metro. Y está equipado con sus buenos barrotes de hierro fijados al muro.

–¿Es muy hondo?

–No, la altura de una habitación. Seis metros todo lo más.

–¿Y está iluminado?

Javier negó con la cabeza.

–Lo siento. El pozo, lo mismo que el túnel, está sumido en la más completa oscuridad. Pero -y Javier se sacó una de las dos pequeñas linternas que guardaba en el bolsillo del pantalón y se la alargó- con esta linterna no tendrás problemas. Al menos alcanza diez metros.

Luisito la recibió en sus manos con la típica aprensión de la persona que coge una babosa gelatinosa con la punta de los dedos. Su aplomo y su aire de superioridad se habían esfumado en gran medida. Era evidente que las cosas no se desarrollaban según sus deseos.

–¿Dónde empieza el túnel?

–Justo en el fondo del pozo -contestó Javier.

–¿Es muy largo?

–Quince o veinte metros. La única precaución que has de tener es no pegarte un coscorrón con las rocas del techo. Al final del mismo hay unos zarzales que disimulan la entrada. O salida, según cómo se mire.

Los empujas y saldrás justamente al otro lado del arroyo de Requesens. Lo vadeas en dirección al castillo, saltando de piedra en piedra; ahora lleva muy poca agua. Y pones el pie en el prado que da a los jardines de La Fontana. Luego trepas por el muro hasta la balaustrada… mira, desde aquí se ve muy bien.

Ambos se asomaron al vano entre dos almenas.

–¿Cómo trepo?

–Agarrándote a la hiedra -contestó Javier-. Es muy gruesa. Blanca y Gonzalo están cansados de hacerlo. Rodeas el estanque, entras en el pabellón, empujando simplemente la puerta. Te diriges a la mesa de billar, coges una bola, haces una respetuosa genuflexión delante de Elisenda de Montcada, sales a los jardines y blandes la bola en dirección a nosotros. Para regresar, coge por la rampa que rodea la torre de los Arqueros, sales al parque, entras en el castillo por la puerta principal y subes hasta aquí. Procurando, eso sí, que no te vea nadie para que no te hagan preguntas indiscretas. Recuerda que estás bajo juramento. El paseo te llevará como un cuarto de hora, veinte minutos todo lo más. Y no se te ocurra hacer trampas. Piensa que nosotros no te quitaremos los ojos de encima.

Javier se abstuvo de contarle que había una forma más rápida de regresar a la torre que ahorraba la vuelta al castillo por la torre de los Arqueros. Consistía en cruzar los jardines en dirección a la base de la torre del homenaje y trepar por las ramas del cedro gigante hasta ir a salir al puente levadizo y luego, mediante una corta escalada, ganar el portalón de la torre. Pero se requerían ciertas dotes atléticas; las que le faltaban precisamente a Luisito.

–¡Ah, y otra cosa, antes de que se me olvide! – dijo Javier dándose una palmada en la frente-. No te alarmes si encuentras alguna que otra rata en la cripta y en el túnel. Por lo general, no suelen atacar a los intrusos. Periódicamente hago una batida para mantenerlas a raya. Por cierto, ayer mismo maté tres.

Luisito no pudo disimular la ansiedad que le causó esta última información.

Blanca se le acercó, solícita, y le puso una mano en el brazo.

–¿Tienes miedo? – le preguntó con falsa dulzura-. Nosotros no diremos nada a nadie si quieres dejarlo correr. Te prometo que esto no

saldrá de aquí.

–¿Miedo, yo? – bramó Luisito, rojo de ira-. ¡Ahora vas a ver el miedo que tengo!

Y en dos saltos desapareció tragado por el negro boquete de la garita de la escalera de caracol.

Los testigos se apresuraron a tomar posiciones en los vanos de las almenas, dispuestos a esperar lo que fuera preciso para no perderse detalle de la excitante experiencia.

–¿Tú crees que Luisito corre algún peligro? – preguntó Laura a Javier al cabo de un rato.

–Nada, mujer -la tranquilizó el muchacho-. Sólo el canguelo mortal que estará pasando en estos momentos.

–Pues yo tengo mucho miedo -gimoteó Merceditas, aferrada a las faldas de su hermana mayor.

–Y yo -confesó Maite-. ¡Blanca lo ha contado tan bien!

–Gracias -dijo ésta cogiéndose el borde de la falda e insinuando una gentil reverencia.

Durante diez largos minutos los chicos no apartaron los ojos de la balaustrada, por donde, de un momento a otro, se suponía que tenían que aparecer la cabeza y los hombros del candidato. Ráfagas erráticas traían hasta la torre el perfume de los campos humedecidos por el relente. Los grillos seguían con su incansable concierto, y del estanque ascendía la música adormecedora del agua al resbalar por las gradas musgosas de la cascada. Los murciélagos, incansables, trazaban sus quiebros bruscos y silenciosos en torno a la torre.

Los segundos se arrastraron con exasperante lentitud, en la misma medida que crecía la impaciencia de los testigos.

Gonzalo fue el primero en avistar al candidato.

–¡Por allí va! – exclamó señalando con el brazo extendido.

Luisito acababa de pasar una pierna por encima de la balaustrada. Aun a aquella distancia, les pareció percibir su angustiado jadeo. Así estuvo un rato, mirando ansiosamente en todas direcciones, sin decidirse a proseguir. Finalmente acabó de pasar al otro lado y echó a andar cautelosamente entre los arriates de flores, lanzando furtivas miradas por encima del hombro. El haz de su linterna trazaba inquietos arabescos en el sendero enarenado. Su marcha fue haciéndose

más lenta por momentos. Hasta que se detuvo finalmente frente a las gradas del pabellón, como si sus reservas de valor se hubiesen agotado definitivamente. Con suma cautela avanzó un pie hacia la primera grada. Los testigos contuvieron la respiración. Pero después de lo que les pareció un instante eterno, Luisito torció bruscamente a la izquierda y emprendió una velocísima carrera hacia la rampa empedrada que daba la vuelta al castillo por la torre de los Arqueros, con la evidente intención de ganar el parque y la seguridad del portalón de entrada. Pero cuando le faltaban pocos metros para pisar la rampa salvadora, dio un traspié y rodó por el suelo. El eco del batacazo se oyó con claridad meridiana en lo alto de la torre. Merceditas y Maite lanzaron un chillido de espanto. La linterna se escapó de las manos del candidato y describió un garabato de luz amarillenta. Sin esperar a recogerla, Luisito se levantó con gran presteza, reemprendió su veloz carrera y desapareció de la vista de los testigos al doblar el contrafuerte sureño del castillo.

Blanca y Javier guardaron un prudente y diplomático silencio. Gonzalito contuvo heroicamente los gritos de triunfo que le subían a la garganta. Maite no sabía qué pensar. Laura parecía muy afectada por el ignominioso comportamiento de su hermano. Merceditas no disimuló sus sentimientos y golpeó repetidamente a Javier con los puños cerrados.

–¡Seguro que se ha matado! ¡Y la culpa es tuya, Javier! ¡Malo, más que malo! ¡No te quiero!

El muchacho la apartó, sonriente.

–Que no se ha matado, tonta. ¿O es que no has visto cómo se levantaba y echaba a correr?

–Sí, pero no tardará mucho en hacerlo.

–Desangrado, ¿verdad? Te apuesto lo que quieras a que si dentro de un rato vamos a su cuarto, lo encontramos escondido debajo de la cama.

La niña lo miró, rencorosa a través de sus lágrimas.

–Ahora tienes que bajar tú. Lo has prometido, y me alegraré mucho cuando la Dama te estrangule y te hunda en el lago.

–No tienes por qué recordármelo, mocosa. Ahora mismo me disponía a hacerlo.

Ante la sorpresa general, Laura dio un paso al frente.

–¿Te puedo acompañar yo?

Javier y Blanca se miraron desconcertados. Nunca, hasta la fecha, una chica se había presentado voluntaria para acompañar a un candidato. Era una situación de la que no existían precedentes en la historia de la Prueba, que se creía reservada exclusivamente a miembros del sexo masculino.

–¿Estás segura de lo que pides? – preguntó Blanca, dudosa, al cabo de unos segundos.

–Sí, muy segura.

–Si lo dices porque crees que así… bueno, tú ya me entiendes… que así vas a reparar… el… la… la… la distracción de Luis -dijo la joven eligiendo cuidadosamente las palabras-, debo decirte que no tienes ninguna obligación de acompañar a Javier.

–Creo que es mi deber -dijo Laura gravemente.

–Las chicas no están obligadas a bajar a La Fontana ni a acompañar a los candidatos -insistió Javier, que la miró de arriba abajo-. Además, vas muy elegante. Y calzas zapatos de tacón. La Prueba del Valor no es una carrera de obstáculos, pero hay que superar ciertas dificultades.

–No te preocupes, las superaré. Soy una buena jugadora de tenis, una gran nadadora, y estoy en plena forma.

–¡Hum!

–Por favor, Javier, déjame que te acompañe -suplicó Laura cogiéndole una mano-. Prometo no causarte molestias. ¿Me dejas? ¡Por favor, Javier, te lo pido por lo que más quieras!

Javier no pudo resistir mucho tiempo el ruego que latía en las pupilas ambarinas de la bella voluntaria.

–De acuerdo -claudicó-. Teniendo en cuenta que eres hermana del candidato y que las circunstancias son muy especiales, por esta vez haremos una excepción al reglamento. – Javier pareció reflexionar unos segundos y añadió-: Quizá sea verdad que Luis se haya hecho daño y necesite ayuda. He de admitir que el chico se ha pegado un buen porrazo.

–Quizá -dijo Blanca, perpleja-. De acuerdo, Laura, por esta vez te dejamos bajar a La Fontana. Pero que no se repita.

–¡Gracias, muchísimas gracias! – exclamó la joven abrazándola efusivamente.

Pero Gonzalito, sorprendiéndolos a todos, dio una patada en el suelo, muy enfadado.

–No, tú no puedes bajar a La Fontana.

–¿Por qué, si se puede saber?

–Porque eres mayor.

–No soy mayor. Tengo veintiún años recién cumplidos. Bueno, casi -se corrigió en seguida.

–Eres mayor -insistió tercamente el niño-. Y además llevas medias.

–¿Y eso qué tiene que ver? – preguntó Laura, sumamente asombrada.

–Pues eso, que sólo las mujeres mayores llevan medias.

–Pues para que te enteres, no llevo medias -dijo Laura subiéndose las faldas por encima de las rodillas-. ¿Lo ves?

–Sí las llevas. Las medias son transparentes. He visto las de mamá.

Por toda respuesta, Laura se arremangó con decisión la falda hasta la cintura, ofreciendo a los ojos de todos los presentes la visión de unos muslos prietos y redondos.

–¿Te convences ahora de que no llevo medias, niño zangolotino? – insistió la joven, manteniendo la falda levantada con las dos manos-. Puedes tocarme las piernas para convencerte.

Gonzalito dio un paso atrás, muy sofocado.

–¡Oh! – exclamó llevándose las manos a la boca-. ¡Te he visto el conejo!

–¡No seas burro, Gonzalito! – protestó Blanca, igualmente sofocada-. ¿No ves que lleva bragas?

–Sí, pero…

Laura hizo descender lentamente las faldas a lo largo de sus caderas.

–Como todos habéis podido comprobar, no llevo medias, y por tanto, de acuerdo con la lógica estúpida de Gonzalito, quiere decirse que no soy una persona mayor y, por consiguiente, puedo bajar a La Fontana.

Ni sostenes, pensó Blanca para sus adentros.

–Sí, claro que sí -farfulló Javier, todavía no repuesto de la impresión.

–No hagas caso a Gonzalo -dijo Blanca-. Siempre tiene que decir alguna tontería.

–¡No era ninguna tontería! – protestó el niño-. Yo pensaba que llevaba medias.

–¡Y dale con las medias! – se impacientó Blanca empujando suavemente a Laura por el hombro-. Tienes nuestra autorización para bajar a La Fontana. Te deseo mucha suerte y que no pases demasiado miedo.

–Pues si Laura baja, yo también -dijo Gonzalito.

–De ninguna de las maneras -cortó Blanca, tajante-. Tú te quedas con nosotras… para defendernos, ¿sabes? Nos podrían atacar los vampiros.

–¿Qué vampiros? – preguntó Gonzalito, asustado.

–Esos que vuelan por ahí. ¿No los has visto? Tienen los ojos amarillos y los dientes rojos de tanto chupar sangre.

–No sé… pero, sí, creo que me quedaré con vosotras. De acuerdo.

–Pues yo no quiero que acompañes a Javier -dijo Merceditas tirando de su hermana mayor-. Tengo mucho miedo de que te asesine esa señora.

–Tía Elisenda no va a asesinar a tu hermana ni a Javier ni a nadie, pareces tonta, Merceditas -se enfadó Blanca-. La Dama de la Fontana nunca ataca a los invitados y, menos aún, a los miembros de la familia, y vosotros sois primos segundos nuestros o algo así. Anda, Javier -dijo Blanca volviéndose hacia su hermano mayor-, no perdáis más tiempo. Son las doce y media pasadas, y como a la Hilaria se le ocurra hacer una visita al cuarto de Gonzalito se va a armar la gorda.

La Hilaria era la niñera navarra de Cecilia, la madre de los hermanos Montcada. Había ido con ella a Cataluña cuando se casó con Gonzalo de Montcada. Se puede decir que formaba parte de la dote matrimonial al estilo de las antiguas bodas reales. Después había sido la niñera de sus hijos. Era natural del valle del Baztán, y como tenía ciertas dificultades para expresarse en romance, les hablaba en su particular jerigonza vascuence, que los hermanos Montcada habían aprendido a descifrar. A sus cincuenta y pico de años continuaba siendo

una mujer fuerte y enérgica que no les pasaba ni una porque tenía carta blanca de su madre para mantener la disciplina a su manera ruda y expeditiva.

–Pues allá vamos -dijo Javier con decisión-. Andando, Laura, y si no te importa, yo pasaré delante.

En los labios de Maite se dibujó un mohín de contrariedad cuando los vio desaparecer por el hueco de la escalera. ¿Por qué no se le había ocurrido a ella la idea de presentarse voluntaria? A pesar del miedo que sin duda habría pasado, le habría gustado mucho acompañar a Javier. Pero ya era tarde para arrepentirse.

Al llegar al rellano que daba acceso a la estancia abovedada conocida como la sala del trono, Laura se apoyó un momento en el muro.

Javier la interrogó con la mirada.

–¿Mareada?

Laura asintió con la cabeza.

–Un poco.

Javier se hizo cargo del problema al instante.

–Reconozco que esta escalera se las trae. Un auténtico sacacorchos. Ciento cincuenta y cinco empinados escalones para ser exactos. Lo que no me explico es cómo los defensores de la torre se las arreglarían para subir sus calderos de aceite hirviendo. No les quedarían ni fuerzas para arrojarlos a los asaltantes.

Laura ya se había restablecido por completo para cuando llegaron a la planta baja de la torre. A un lado de la misma se abría el portalón del puente levadizo, de gruesos tablones, que comunicaba la torre con el resto del castillo. El óxido y la falta de uso lo habían inmovilizado definitivamente, dejándolo convertido en una interesante pieza de ingeniería militar medieval.

–¡Vamos! – la apremió Javier sin volver la cabeza.

Laura desfiló como un rayo entre los dos ominosos guerreros embutidos en sus armaduras negras que flanqueaban la puerta de acceso a la cripta y siguió tras Javier que ya enfilaba a paso vivo una escalera de amplios y cómodos escalones de piedra.

Después de describir dos giros completos, llegaron a una sala circular excavada en la misma roca sobre la que se asentaba la torre del

homenaje. Las aristas de su bóveda convergían en un pesado rosetón que llevaba grabadas las armas de los Montcada. En sus paredes se alineaban los nichos funerarios con inscripciones en latín y caracteres góticos de difícil lectura. Intercalado entre los mismos, encima de dos gradas, se levantaba un altar de granito sobre el que reposaban un crucifijo de hierro oxidado y dos candelabros de bronce con amarillentos goterones de cera adheridos a sus brazos. Se había perdido la memoria de la última vez que se había dicho misa en la cripta. A los sucesivos capellanes del castillo siempre les había parecido un antro siniestro, más apropiado para celebrar cultos satánicos que para decir misas cristianas. El último elevó una queja al obispo de Vic. Su ilustrísima visitó la cripta y le dio la razón en el acto. Desde entonces, fue prácticamente abandonada, y sólo recibía las visitas ocasionales de historiadores y arqueólogos de nervios bien templados.

El sarcófago de Hugo de Montcada y Elfrida de Aquitania estaba justo detrás del altar, inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

–Mis remotos antepasados -explicó Javier a Laura, a modo de presentación-. Anda, acércate, no te morderán.

Laura se acercó casi de puntillas y observó con curiosidad y temor mezclados las figuras yacentes esculpidas en fino alabastro. Hugo, abrazado al pomo de su espada y con los pies apoyados en un león, símbolo del valor. Su expresión era severa y decidida. La de Elfrida, dulce y apacible. Sus pies reposaban en un perro, símbolo de fidelidad. Laura se estremeció. Se le había puesto la carne de gallina. Se empinó sobre la punta de los pies y susurró al oído del muchacho:

–¿Te has dado cuenta de cómo le brillan los ojos?

–¿A quién?

–A Hugo, o como se llame.

–Imaginaciones tuyas -Javier sonrió y golpeó con los nudillos el peto de su armadura, arrancándole un tenue sonido como de porcelana golpeada con una cucharilla de plata.

–¡Ay! – chilló Laura, arrojándose a sus brazos.

Javier sintió contra su pecho las cálidas y suaves redondeces femeninas y los agitados latidos de su corazón a través de la tela de su camisa. Dejó pasar unos segundos.

–Míralo tú misma. Convéncete de que todo son imaginaciones tuyas.

Laura dirigió una temerosa mirada al guerrero por encima del hombro del muchacho.

Pero Hugo de Montcada continuaba exhibiendo la misma expresión de lejanía y adustez intemporales.

Se apartó, algo confusa.

–Es verdad. Pero no lo vuelvas a hacer. Me has dado un susto de muerte.

Javier le mostró la oscura boca del pozo, entre el sarcófago y el altar. A un lado, apoyada contra el muro, estaba la gruesa losa que había desplazado la tarde anterior tirando de su mohosa argolla de hierro.

–Aquí empieza el pasadizo secreto.

Y dirigió el haz de la linterna hacia sus profundidades.

Laura se asomó cautelosamente a la boca del pozo. Una vaharada de aire frío y húmedo le dio en la cara. En el fondo se entreveía el brillo del agua.

–¿Y por aquí ha pasado mi hermano? – se admiró al cabo de unos segundos-. Nunca le hubiera creído tan valiente.

–Pues ya lo ves. Sorpresas que la vida le depara a uno.

–¿Y precisamente por este cochino agujero nos hemos de meter nosotros? – preguntó, vacilante.

–Sí -respondió Javier-. No hay otro camino. Pero si quieres dar media vuelta y regresar a la torre del homenaje, me haré cargo del problema. Tu honor está a salvo. Como te he dicho antes, no tenías ninguna obligación de acompañarme. Has sido muy valiente llegando hasta aquí.

Laura escrutó su cara.

–¿Es verdad eso que has contado de las ratas?

–Claro que es verdad -mintió Javier con un aplomo que le sorprendió a él mismo-. No he dejado ni una. Las he matado todas.

–Antes has dicho que tres.

–Es que no me acordaría.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo -volvió a mentir el muchacho.

–Pues entonces me arriesgaré.

–Vale. ¿Quieres bajar tú primero mientras yo te ilumino con la linterna desde arriba?

Laura reflexionó rápidamente.

–¿Y si al llegar abajo piso un sapo o una culebra?

–No hay sapos, ni culebras, ni almas en pena; sólo un poco de barro inofensivo.

–Bueno, por si las moscas prefiero que bajes tú primero.

–Como quieras.

–Pero no mires hacia arriba.

–De acuerdo, no miraré. Fíjate cómo lo hago yo…

Javier sujetó la linterna entre los dientes, se cogió a los barrotes hincados en el muro y empezó a bajar sin levantar la vista. Por encima de su cabeza oía el roce inquieto de los zapatos de Laura tanteando los barrotes. Y sus gritos de susto.

–¡Javier, que no veo dónde pongo los pies! ¡Socorro! ¡Ilumíname!

–Me acabas de decir que no mirara hacia arriba.

–Olvídate de lo que te he dicho.

–Pero…

–Ahora se trata de una emergencia.

El muchacho se sacó la linterna de la boca y proyectó su haz de luz hacia arriba. Aunque no hubiera querido, le habría resultado imposible no contemplar el rosado panorama de la entrepierna de la joven. Uno a uno, le fue colocando los pies en los barrotes.

–¿Qué has visto? – preguntó Laura, muy sofocada, cuando llegaron al fondo del pozo en donde apenas cabían los dos.

–Nada.

–¡Mentiroso! Dime la verdad, ¿qué has visto?

–Lo siento. No he podido evitarlo.

–¡Eres un fresco!

Pero sus ojos decían lo contrario.

–¿Y por qué en lugar de discutir no continuamos? Este sitio es muy incómodo, ¿no te parece? – Y Javier dirigió el haz de la linterna hacia las inquietantes profundidades del túnel.

–No sé si me atreveré a pasar -musitó Laura midiéndolo con la vista-. La verdad es que estoy muerta de miedo.

–¡Claro que te atreverás! Imagínate que es un riesgo que tienes que correr para burlar el asedio enemigo y pedir socorro.

–¿Me das la mano?

Y sin esperar su respuesta, deslizó sus dedos finos y ahusados dentro de la mano fuerte y callosa del muchacho.

Javier se adentró resueltamente en el túnel.

Laura lo siguió de puntillas, tanteando cautelosamente el suelo con el pie, aterrada ante la espantosa posibilidad de pisar el rabo de una rata que seguro le clavaría sus dientes afilados en el tobillo. Tuvo que esforzarse con toda su alma para sofocar la creciente sensación de agobio y claustrofobia que la embargaba por momentos. Pensó en *Viaje al centro de la Tierra,* que había leído hacía poco. Javier, delante de ella, continuaba avanzando despreocupadamente, apartando las telarañas del techo e iluminando el suelo con la linterna como hacen los acomodadores de los cines. Después de unos pocos minutos que le parecieron siglos, el muchacho se detuvo y empujó por encima de su cabeza el grueso tapón de hiedra y zarzales que enmascaraban la salida de la gruta, y la invitó a salir. Laura no se lo hizo repetir dos veces y saltó rápidamente al claro de luna.

–¡Por fin! – resopló, aliviada, mientras desprendía con los dedos la hojarasca que se le había enredado en el pelo y el vestido-. ¡Qué asco!

–Lo peor ya ha pasado -dijo Javier para animarla.

Con lo que no contaba el muchacho era con una araña negra y peluda que subía lentamente por la blusa de la joven.

Lo que faltaba.

–¡Ayyyy! – pateó Laura, despavorida, cuando la descubrió-. ¡Javier, quítamela de encima! ¡Socorro!

–¡No chilles, tonta! – se enfadó el muchacho, que cogió delicadamente el arácnido entre los dedos y fingió examinarlo con atención-. No tienes nada que temer -la tranquilizó-. Se trata de una *Epeira Requesensis,* una variedad de tarántula muy corriente en estas tierras pero completamente inofensiva.

–¿Cómo lo sabes? – preguntó Laura con el susto todavía reflejado en sus ojos.

–No me ha picado.

–Pero seguro que a mí me picaba.

Javier depositó cuidadosamente la araña en la hierba y le dio unos empujoncitos para que se alejara.

–Anda, tranquilízate, que un simple bicho no es para ponerse así.

–De simple bicho, nada de nada. Un bicharraco horroroso y peludo.

–No hay que exagerar.

Al vadear el arroyo, Laura patinó en una piedra resbaladiza y estuvo a punto de ir a parar a una poza de escasa profundidad.

Superado el percance, alcanzaron la orilla correspondiente al castillo y subieron por un amplio prado en declive que moría justo al pie del muro que circundaba los jardines de La Fontana, de unos cuatro o cinco metros de altura. Javier se asió a las gruesas lianas de hiedra que lo enmascaraban y empezó a trepar. Laura lo siguió, procurando poner los pies donde los había puesto el muchacho que, una vez arriba, le tendió una mano y, con un fuerte impulso, la aupó hasta dejarla sentada sobre la balaustrada.

–¡Javier! – protestó la joven, jadeante, bajándose las faldas, que se le habían subido hasta la cintura-. ¡Me has engañado! ¡Dijiste que trepar hasta aquí era cosa de niños!

–¡Y lo es! Blanca y Gonzalito lo hacen con los ojos cerrados. Y para ser la primera vez, tú no lo has hecho mal del todo.

–Deberías haberme advertido -se lamentó Laura acabando de pasar las piernas al otro lado-. ¡Fíjate cómo me he puesto el vestido… y los zapatos! ¡Se me ha roto un tacón! Si lo llego a saber, no te acompaño.

–Yo no te lo pedí. Y recuerda que te advertí que ibas muy elegante.

–Sí, ya lo sé, es verdad -reconoció Laura-. Y encima me he roto una uña, y se me ha saltado un botón de la blusa… y he perdido una horquilla del pelo. Debo de estar horrible, ¿verdad?

–Todo lo contrario, estás muy guapa. Y apuesto a que, en el fondo, te habrás divertido.

Laura sonrió levemente en la penumbra azulada de la noche.

–Este tipo de acrobacias no era exactamente la idea que yo me había forjado de un placentero fin de semana en Requesens… Pero sí -admitió finalmente la joven-, no puedo negar que, dentro del susto, me he divertido bastante. – Y, más calmada, dirigió la mirada a su alrededor.

El conjunto monumental de La Fontana era el artístico y espectacular remate de la modernización del castillo de Requesens de la Marca acometida por Dalmacio de Montcada y Requesens, quinto duque de Montcada y virrey que fue de Nueva España, donde llevó a cabo una labor colonizadora, tan eficiente como incruenta, gracias, entre otros factores, a la decidida colaboración que le prestaron fray Junípero Serra y el capitán Joan Callís y Rocaguinarda, al mando de la Compañía Franca de Voluntarios Catalanes. Concluido su mandato y de regreso a la madre patria, a bordo del bien artillado galeón *San Francisco,* Dalmacio de Montcada reflexionó largamente y decidió que el tesoro que se amontonaba en sus bodegas (descontando el tercio correspondiente a la Corona) lo emplearía en dar un aire más festivo al castillo de Requesens de acuerdo con el espíritu del Siglo de la Luces. Y que en el parque (que ya se dibujaba en su imaginación) plantaría las dos jóvenes secuoyas que se había traído de California, que él se ocupaba de regar personalmente con la ración de agua que le correspondía.

Tras dos meses de tranquila navegación, y sin haber sido avistado por ningún corsario inglés, el *San Francisco* recalaba en el puerto de Barcelona, entre la alegría y el júbilo de los barceloneses.

Decidido a emprender las reformas meditadas durante las largas singladuras oceánicas, y sin reparar en gastos, Dalmacio de Montcada hizo venir de Italia al célebre arquitecto florentino Domenico Ferrigato (el mismo que había diseñado los jardines de Caserta para los últimos Borbones italianos), y al pintor Giovanni della Chiesa, discípulo aventajado del maestro Tiépolo. Al primero le dio carta blanca para hacer y deshacer a su antojo. Sólo le puso una condición: que respetara íntegramente la torre del homenaje, el núcleo originario del castillo. Contrató también los servicios de Joachim Königswald, el prestigioso tallista salzburgués que había esculpido los sarcófagos de los Habsburgo enterrados en la Capuchinekirche, la iglesia de los capuchinos de Viena.

Armado con semejantes poderes, Domenico Ferrigato mandó cegar el foso, derribar la barbacana exterior y eliminar el poderoso matacán que protegía el portalón de entrada, reemplazándolo por una puerta señorial y una elegante galería de arcos que corría a todo lo largo de la

parte superior de la fachada. Asimismo, transformó lo que habían sido las dependencias del cuerpo de guardia en un amplio zaguán sostenido por tendidos arcos escarzanos. Pero, con el respeto al pasado que caracteriza al verdadero artista, Domenico Ferrigato conservó íntegra la monumental escalera gótica que conducía a la planta noble, cuyo rellano central presidía un resplandeciente arnés milanés. Detrás del mismo pendía un gran cuadro de Tiziano que representaba a Miguel de Montcada, maestre de campo de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto, a bordo de la galera *La Real,* donde había mandado la arrumbada de estribor. El arnés que lo protegía y el real que figuraba al pie del cuadro eran el mismo. Ambos presentaban una idéntica abolladura causada por una cimitarra turca. Miguel de Montcada se negó siempre a reparar el bélico desaguisado y se empeñó en que el gran Tiziano lo pintara tal cual.

Domenico Ferrigato respetó asimismo la torre del homenaje, de acuerdo con la promesa que le había arrancado el virrey; lo mismo que el puente levadizo y el rastrillo que protegían la entrada de la torre. La única licencia que se permitió fue situar dos guerreros de guardia junto a la puerta de la escalera de la cripta para disuadir a visitantes inoportunos bajar a turbar el sueño eterno de los difuntos Montcadas.

El maestro Königswald, cinceló en alabastro las figuras yacentes de Hugo y Elfrida de Aquitania, y el sarcófago del mismo material, en donde fueron depositados sus supuestos restos mortales, porque después de los muchos avatares sufridos por el castillo, no había ninguna garantía de que sus cenizas no hubiesen sido dispersadas a los cuatro vientos. Al pie del sarcófago levantó una sencilla ara de granito. Pero se guardó mucho de investigar el secreto que ocultaba la pesada losa de piedra situada entre el altar y el sarcófago. Tal vez pensara que era la puerta de descenso al infierno, *descensus averni,* donde moraba Satanás.

Aprovechando el desnivel del terreno, y de acuerdo con las atinadas sugerencias de Giovanni della Chiesa, Domenico Ferrigato construyó a los pies de la torre del homenaje una fuente, o fontana monumental, decorada con esculturas mitológicas, que vertía el agua a un profundo estanque rectangular. A la derecha de la cascada plantó un cedro del Líbano, cuya copa no tardó mucho en acariciar el ventanal gótico que

daba luz a la sala del trono. En torno a la alberca distribuyó setos y arriates de flores, tirados a cordel, con la matemática precisión de los artífices de la Ilustración.

Al otro lado del estanque levantó un soberbio pabellón de caza de muros esgrafiados y altos y blancos ventanales, cuyo techo decoró al fresco Giovanni della Chiesa con profusión de escenas mitológicas que representaban faunos, diosas y querubines retozando y persiguiéndose entre nubes rosadas y guirnaldas de flores.

Frente a la fachada del castillo, en el amplio espacio ganado a la guerra, Domenico Ferrigato plantó tilos, castaños de Indias, cedros del Líbano y el par de jóvenes secuoyas que, con el paso del tiempo y el clima fresco y lluvioso de Requesens, pronto alcanzaron una altura majestuosa y dieron sombra al mullido prado donde los moradores del castillo acostumbraban merendar en las tardes de verano. Desde esta explanada, hasta el camino real, trazó una amplia y señorial alameda bordeada de cedros y abetos que describía un par de revueltas antes de terminar en una gran verja de hierro abierta de par en par, como queriendo simbolizar la hospitalidad que animaba a los señores de Requesens.

Dalmacio de Montcada aguardó pacientemente a que el arquitecto, el pintor y el escultor, con sus respectivas cohortes de auxiliares y ayudantes, hubieran hecho las maletas y emprendido el regreso a sus patrias respectivas, para proceder personalmente a organizar la gran biblioteca del castillo, ubicada bajo la elegante arquería gótica de un antiguo refectorio monacal, en donde se amontonaban, sin orden ni concierto, códices medievales, incunables, manuscritos miniados, libracos de todas clases y amarillentos pergaminos, un ingente tesoro bibliográfico, fruto del trabajo de una pequeña comunidad cisterciense que se refugió en el castillo a causa del temor desatado en los reinos de España por la oleada almohade procedente de África.

Finalizado el examen, Laura se volvió hacia Javier.

–Cuando tú quieras, estoy dispuesta al sacrificio.

Javier protestó:

–¡No hay para ponerse así, Laura! Blanca ya te ha dicho que mi tatarabuela no ataca a los miembros de su propia familia… ni a sus invitadas.

–Si tú lo dices…

–Pues claro.

–¿Me das la mano?

–¿Otra vez?

–¡Hijo, cualquiera diría que te la gasto!

Javier accedió a la petición de la joven después de lanzar una desconfiada mirada a las manchas blanquecinas de las caras de los testigos asomadas a las almenas de la torre del homenaje.

Rodearon el estanque por la derecha, subieron las tres amplias gradas del pabellón y se plantaron delante de la puerta, que se entreabrió ligeramente ante ellos con un leve chirrido, como empujada por una mano invisible.

Laura dio un paso atrás.

–Se ha abierto sola -musitó, asustada.

–Habrá sido una corriente de aire -dijo Javier-. Ya te he dicho antes que esta puerta nunca se cierra.

–Sí, pero…

–¿Pero qué?

–¿No te parece demasiada casualidad que se haya abierto precisamente ahora?

–Las ráfagas de viento son imprevisibles.

–Pues ésta ha soplado en el momento justo.

Javier no le prestó más atención.

–¿Estás preparada?

Laura asintió con la cabeza.

Javier acabó de empujar la pesada hoja de roble dejando ver el interior de la estancia, oscuro, silente y misterioso. Se hizo a un lado.

–Tú primera -invitó a pasar a Laura.

–¡Noooooo! ¡Primero tú!

–Como tú quieras -dijo Javier cruzando resueltamente el umbral y accionando el interruptor a continuación.

Laura lo siguió como a su sombra.

Acostumbrados sus ojos a la penumbra nocturna, el fulgor de la gran araña veneciana que colgaba del techo los deslumbró momentáneamente, al tiempo que ponía al descubierto los secretos de la estancia. De sus paredes, tapizadas de raso rojo, pendían tapices,

panoplias, viejas ballestas, venablos, antiguas escopetas, trofeos de caza y astas de venado. Pesados cortinajes de damasco velaban los ventanales. Sobre las losas de mármol del suelo, semejantes a un tablero de ajedrez, estaban dispuestos sofás de terciopelo, butacas de cuero y una maciza mesa de billar. Y presidiendo majestuosamente todo el conjunto, el gran cuadro de Elisenda de Montcada, adonde se dirigieron los dos jóvenes.

Los pinceles del maestro de Fuendetodos habían inmortalizado a la castellana de Requesens (la nuera de Dalmacio de Montcada, en realidad) en la plenitud de su belleza. El talle, muy alto, al gusto de la época, realzaba el busto opulento. Un gran ramo de rosas reposaba en el recodo de su brazo izquierdo. Con la mano derecha sostenía una pamela cuyas cintas de seda roja arrastraban por el suelo. En sus labios aleteaba una sonrisa enigmática, y sus ojos claros parecían mirar divertidos a través de la pareja juvenil inmovilizada a sus plantas.

–¡Qué guapa! – se le escapó a Laura, admirada, tras unos segundos de silenciosa contemplación.

–Sí -reconoció Javier-, era muy guapa, eso no se puede negar.

–¡Y hay que ver cómo se parece a Blanca! ¡Es su vivo retrato! ¿No te has dado cuenta, Javier?

–Sí, eso dicen. Pero Blanca es mucho más guapa. Y ni la mitad de gorda ni pechugona.

–¡No hay que exagerar, hombre! Digamos que tu tatarabuela estaba llenita, a la moda de la época. Seguramente que a Goya le gustaban las mujeres rellenitas y se le fueron la mano y el pincel. Pero es muy guapa. Y si quieres que te diga la verdad, no me parece mala ni asesina.

–Nadie ha dicho que fuera una asesina. Es su fantasma el que se venga de sus asesinos, que es muy diferente.

Laura apartó los ojos del cuadro y, frunciendo las aletas de la nariz, olfateó el aire con delicadeza y miró a su alrededor con curiosidad.

–Huele raro, ¿verdad? No sabría cómo explicarlo. Es como si no estuviéramos solos, como si hubiera alguien más en la habitación. ¿Tú no lo notas?

Pero Javier no la escuchaba. Se había dirigido a la mesa de billar, y estaba a punto de coger una amarillenta bola de marfil, cuando lo sobresaltó un sofocado grito de la joven.

–¡Javier! ¡Ven! ¡De prisa! ¡Elisenda está llorando!

En un par de saltos se plantó junto a ella.

–¿Qué dices? – preguntó, incrédulo.

–¡Míralo tú mismo!

Javier alzó la vista hacia el retrato de su antepasada y se preguntó si estaría viendo visiones, o estaba bajo los efectos de una alucinación especial, porque lo cierto es que los ojos de Elisenda de Montcada, de ordinario risueños y un tanto burlones, aparecían húmedos de lágrimas, y su sonrisa enigmática se había trocado en un rictus amargo. Muy asombrado, dejó caer la bola de billar al suelo y se frotó los ojos con los puños.

–Me temo que me voy a desmayar -dijo Laura con un hilo de voz.

–¡No, por favor! – exclamó Javier, muy apurado-. ¡Espera un poco!

No le dio tiempo a sostenerla.

Laura se tronchó como una flor y se derrumbó sobre las frías losas de mármol.

–¡Pues sí que la hemos hecho buena! – se lamentó Javier en voz alta.

Era la primera vez en su vida que se le desmayaba una chica en los brazos (suponiendo que no se hubiera muerto), y no estaba preparado para esa clase de situaciones. En el Beaumont College, el colegio de los jesuitas en Inglaterra en donde había estudiado los dos últimos años de bachillerato, no le habían enseñado lo que hay que hacer en estos casos. Sólo la *Guerra de las Galios*, rugby, boxeo y azotes administrados vigorosamente por el rector, su propio tío Iñaki, expulsado de España con el resto de la Compañía de Jesús. Pero nada sobre las imprevisibles reacciones de jóvenes asustadizas.

No obstante, se inclinó sobre Laura, le pasó los brazos bajo las piernas y la espalda y la levantó como una pluma, pues era un mocetón muy alto y fornido para su edad. Tras pasar revista a los diversos sofás de la estancia, la depositó con delicadeza sobre los almohadones de terciopelo del diván que le pareció más amplio y mullido. Pero cuando se disponía a incorporarse para ir a remojar el pañuelo en el estanque y pasárselo por la frente, sorprendió las taimadas pupilas de Laura fijas en sus ojos.

–Javier -musitó mientras deslizaba un brazo en torno al cuello fuerte y tostado del muchacho y lo atraía hacia sí.

–¿Qué? – preguntó, desconcertado.

Por toda respuesta, Laura le abrió la boca con sus labios y enroscó su lengua con la suya. Repuesto de la sorpresa, Javier no tardó ni medio segundo en reaccionar y devolverle el beso con la misma voracidad.

Desde que había entrevisto la turbadora turgencia que se le marcaba bajo las bragas *(el conejo,* como lo había definido gráficamente Gonzalito), sus sentidos se habían disparado y se sentía igual que un purasangre que ha olfateado una yegua en celo en la distancia y no hay brida ni bocado que lo pueda contener. Su mano derecha se posó sobre la rodilla femenina y subió por la parte interior de su muslo satinado hasta rozar las bragas. Por su parte, Laura se las ingenió para quitárselas en un momento y quedarse con las piernas invitadoramente abiertas. Envalentonado, Javier acarició su vello pubiano, cálido y húmedo. El estremecimiento que recorrió el cuerpo de Laura lo sacudió como una descarga eléctrica.

–Tampoco llevo sostenes -susurró entrecortadamente la joven, guiando la mano del muchacho por su blusa entreabierta hasta posarla sobre sus senos.

Javier los manoseó con una mezcla de placer e incredulidad. ¿Conque así eran las tetas de las chicas, aquellas fascinantes protuberancias femeninas que tantas especulaciones habían suscitado entre sus condiscípulos del Beaumont College, entre partido y partido de rugby? ¡Y los pezones duros! ¡Qué delicia!

–¡De prisa, quítate los pantalones! – lo apremiaba Laura, jadeante, entre beso y beso-. ¡Corre, date prisa! ¡Estoy a punto!

Javier jamás había oído hablar de esas urgencias mujeriles. Pero entendió su súplica en el acto y obedeció con la misma rapidez.

A la hora de los postres, Higinio Masferrer, un caballero de tez sonrosada, desvaídos ojos azules y maneras exquisitas, viudo acaudalado, propietario de unas acreditadas hilaturas en Manlleu y dueño de la vecina y gran masía de «Las Voltas», se levantó y, golpeando ligeramente su copa de champaña con una cucharilla de plata, reclamó la atención de los presentes.

–Don Alfonso -empezó con voz gangosa haciendo una ligera inclinación de cabeza al señor de Requesens, que presidía la larga mesa

de nogal tallado.

Luego se volvió hacia el resto de los comensales y continuó el parlamento, empezando por Cecilia de Montcada, que ocupaba el otro extremo.

–Querida Cecilia -otra ligera inclinación de cabeza-, mosén Pau, Gonzalo, Concha, Solange, Mauricio, don Sinibaldo, Hubert, Laura -otra inclinación-, Blanca, Maite, Javier, Luis, Merceditas y Gonzalito…, bien, creo que no me dejo a nadie… -Higinio se tomó un breve respiro para ordenar sus pensamientos y prosiguió-: Don Alfonso, en primer lugar quiero agradecerle el honor, inmerecido, por supuesto, de ser invitado a sentarme a su mesa. En segundo lugar, felicitar muy sinceramente a Cecilia por sus treinta y ocho radiantes primaveras. Y en tercer lugar -aquí hizo una pausa estudiada-, anunciarles a todos mi compromiso con Laura Soler-Ribot, a la que he tenido el placer de pedir en matrimonio a sus padres, Mauricio y Concha, aquí presentes…

Las últimas palabras de Higinio Masferrer fueron ahogadas por los vítores y los aplausos de los comensales.

El vasto comedor del castillo de Requesens resplandecía como un ascua a la luz de dos altos y pesados candelabros de plata maciza que se reflejaba en los blancos manteles de hilo y cuyo resplandor subía a perderse bajo el oscuro artesonado de roble. La fragancia de dos grandes ramos de rosas dispuestos sobre el aparador pugnaba por sobreponerse al grato aroma de los guisos. En la campana de una monumental chimenea de piedra campeaban orgullosamente las armas de los Montcada: ocho coronas condales encerradas en una cadena, y su arrogante divisa, *Nemo impune lacessit me,* «nadie me hiere impunemente», en recuerdo de la batalla campal que Hugo de Montcada había sostenido contra ocho condes levantiscos, derrotándolos a todos, por supuesto.

Era el 9 de julio de 1933, fecha del aniversario de Cecilia, quien, con este motivo, daba una cena de gala a sus invitados, de acuerdo con una costumbre que se había perpetuado desde que se casó con Gonzalo, el hijo de don Alfonso. Como éste era viudo, Cecilia era, pues, la castellana de Requesens, y le correspondía el honor de presidir la mesa, frente por frente de su suegro. Aunque se había pasado la tarde entera

trasteando en la cocina frente al horno ardiente, nadie lo habría dicho al ver la finura de su cutis y su aspecto fresco y fragante. Llevaba el pelo recogido en dos gruesas trenzas que se cruzaban en torno a su cabeza como una corona dorada.

Nacida Ortiz de Zabala, en un vetusto caserón del barrio de la Navarrería de Pamplona, conservaba su cantarín acento norteño pese a los muchos años que hacía que vivía en Cataluña. Era la benjamina de una familia de cinco hermanos, y bajo unas maneras tranquilas y serenas, ocultaba una energía y un temple fuera de lo común, una faceta de su carácter que sus hijos conocían sobradamente. Por otra parte, poseía un alma romántica y soñadora. El rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda habían poblado sus sueños infantiles; leyendas que se había apresurado a transmitir a sus hijos desde que éstos tuvieron uso de razón, al mismo tiempo que les inculcaba los ideales caballerescos y el respeto a las mujeres. De cualquier condición; incluso a las más desgraciadas. Algo que su hijo Javier no había acabado de entender entonces. Hasta que no tuvo cierta edad, Javier no comprendió que su madre no se refería a mujeres feas, tullidas o deformes. O simplemente gordas.

Su suegro la adoraba, hasta el extremo de que le había dado carta blanca para reformar y modernizar el castillo de Requesens de arriba abajo, que buena falta le hacía después de los largos años de incuria y abandono en que lo había tenido desde que enviudó. Ahora, las habitaciones principales y las de los huéspedes tenían su propio cuarto de baño, y éstos no tenían que ir de aquí para allá en bata, el cepillo de dientes en la mano y una sonrisa de circunstancias en la cara cuando se encontraban de frente en el pasillo. Ahora era como un hotel de lujo en un espectacular y auténtico marco medieval. Porque Cecilia, al igual que Domenico Ferrigato dos siglos antes, tampoco se había permitido demasiadas licencias con la historia y el arte. También fue idea suya dotar de instalación eléctrica la cripta mortuoria para ahorrar a los pocos visitantes que se atrevían el pavoroso descenso a las entrañas del castillo alumbrados por el tembloroso resplandor de hachones encendidos.

Pero sus reformas no se limitaron al castillo. En el pueblo de Requesens mandó construir una escuela y un dispensario médico que

puso a cargo de una maestra y una enfermera diplomadas, a las que ella misma suplía en caso de enfermedad o cualquier otro compromiso familiar. Y acondicionó el tejado de la encantadora ermita románica del pueblo que se caía de puro viejo. Al mismo tiempo que encargó restaurar los frescos que decoraban su ábside. Era en esta ermita donde los señores de Requesens acudían a oír misa los domingos y demás fiestas de guardar, lo que permitía a los aldeanos formar un respetuoso pasillo y descubrirse a su paso.

A Cecilia en ningún momento le había rondado por la cabeza la idea de representar el papel de *grande dame,* de castellana de Requesens y futura duquesa de Montcada. Su sencillez innata le había ganado las simpatías de todas las comadres de Requesens, a las que el primer sábado de cada mes invitaba a una merienda en el castillo. No exactamente un té a la inglesa; mejor una sustanciosa merienda a la española, con tacos de jamón y tortilla de patatas. Entre las comadres asistentes figuraba la Eulalia de Cal Peixano, una payesa coloradota y metida en carnes, que le había contado, con todo lujo de detalles, que el mejor abono para los rosales que cultivaba amorosamente en los jardines de La Fontana eran tres cuartas partes de fiemo de caballo, una de fiemo de cerdo y un pellizco de nitrato de Chile. Ni uno más. A Cecilia tampoco se le caían los anillos cuando presidía el baile de gala en el entoldado de la fiesta mayor de Requesens, o bailaba sardanas en la plaza del pueblo. En cambio, estaba justamente orgullosa de su arte culinario. Las tres piernas de jabalí que habían pasado a mejor vida las habían preparado, mano a mano, ella y la Carmeta, una antigua cocinera que los había dejado cuando se casó con el Paparro, un aparcero del Señorío de Requesens que esa misma mañana había subido al castillo para echar una mano a su antigua señora.

Don Alfonso de Montcada, después de que el criado le hubo retirado el pesado sillón frailuno, se levantó con una copa de champaña en la mano para corresponder al anuncio de su huésped.

–Mis queridos amigos…

Don Alfonso de Montcada frisaría en los setenta, era alto, seco y enjuto, y su espalda todavía se mantenía enhiesta como una espada. Tenía las facciones curtidas por los secos vientos del Rif y los soles ardientes de los trópicos. Llevaba el pelo entrecano cuidadosamente

peinado a ambos lados de la cabeza. Un bigote recortado a la inglesa prestaba firmeza a su boca, formando una especie de aspa con una lívida cicatriz que le cruzaba oblicuamente la cara desde la sien hasta el enérgico mentón. Vestía un sencillo y modesto traje de rayadillo de reminiscencias coloniales, pero de su figura y sus ademanes se desprendía el indiscutible aire de aplomo y autoridad de la persona acostumbrada a mandar y ser obedecida sin rechistar. Era un excelente jinete, y un rival temible con un sable o un revólver en la mano.

Su vida era un reflejo exacto de su apariencia externa: una verdadera novela. En su juventud había combatido contra los insurrectos cubanos a las órdenes del fogoso general Weyler. En la acción de la Loma de San Juan se había enfrentado valientemente a los *rangers* de Theodor Roosevelt, y había resultado herido en este aciago hecho de armas que puso fin a cinco siglos de dominio español en América. Pero sus adversarios lo trataron con la máxima caballerosidad y toda clase de consideraciones, y fue evacuado a Estados Unidos, donde pasó la convalecencia en la residencia de verano en Maine de Cornelius Van Allen II, el famoso magnate de los ferrocarriles, cuya mujer, Gloria Stephens, antigua estrella del music-hall neoyorquino, sentía debilidad por la aristocracia europea en general. Y por don Alfonso en particular. Recuerdo de su estancia en Estados Unidos, era el Colt que le había regalado su hospitalario anfitrión, el mismo que había empuñado su abuelo en la batalla de Gettysburg, un regalo que don Alfonso siempre había tenido en mucha estima y consideración.

De vuelta en España, y reintegrado al servicio activo, pasó a Marruecos para luchar en las interminables campañas del Rif. En la emboscada del barranco del Lobo, fue capturado por el célebre y sanguinario cabecilla rifeño El Raysul, que lo paseó triunfalmente por zocos y aduares en una jaula de hierro, como una fiera, y finalmente lo encerró en una torre de su alcazaba de adobe perdida en los confines septentrionales del Atlas sahariano, a la espera de cobrar un sustancioso rescate. Pero don Alfonso no le dio esta oportunidad. Con la complicidad de una bella esclava circasiana, consiguió escapar después de estrangular a sus guardianes con la misma cuerda que le sirvió luego para descolgarse por el muro de la fortaleza.

Tras recorrer más de doscientos kilómetros a lomos de un mehari, alcanzó la costa mediterránea y se las ingenió para robar una barca de pesca y ganar la alta mar a golpe de remo. A punto de perecer de hambre y de sed, fue recogido por un vapor de las Messageries Maritimes de Marsella que hacía un crucero de lujo por el Mediterráneo, y se convirtió inmediatamente en el centro de atracción del cosmopolita y aburrido pasaje.

A raíz de esta penosa experiencia, acabar con El Raysul se convirtió en la razón de ser de su vida, el objetivo a batir, de acuerdo con el espíritu de la divisa de su linaje: *Nemo impune lacessit me.* Fiel a este propósito, no se ahorró ninguna campaña ni sacrificio, y participó voluntariamente en todas las acciones que se le presentaron, hasta que, finalmente, en la legendaria carga de Zeluán tuvo la oportunidad de encontrarse cara a cara con El Raysul, batirse en combate singular y decapitarlo de un fulminante sablazo. Don Alfonso no empleaba el sable reglamentario del ejército español, recto y sin afilar, sino un pesado sable cosaco, ligeramente curvo, tan cortante y contundente como un machete cubano de los que se emplean en la zafra. Descargándolo oblicuamente de arriba abajo, era capaz de partir a un hombre desde el cuello a la cintura. Así había acabado con El Raysul; a costa, todo hay que decirlo, de un lanzazo en pleno rostro que le dejó un buen costurón como recuerdo indeleble del sangriento lance. Esta arrojada actuación le valió la Laureada de San Fernando y el título de marqués de Zeluán con que lo honró el rey Alfonso XIII.

Entre las dos campañas cubanas encontró un hueco para casarse y perpetuar su linaje. Fue con ocasión de un viaje que hizo con su padre a sus posesiones del otro lado de los Pirineos (que databan de los lejanos tiempos de su tatarabuela Elfrida de Aquitania), donde éste tenía que presidir la junta de accionistas de los célebres caldos Cotes de la Dordogne, un vino que podía medirse con ventaja con el mejor burdeos. Su etiqueta, enmarcada por una corona ducal, era signo de prestigio y exquisitez urbi et orbi. Su padre le había dicho:

–Ya va siendo hora de que te enteres de dónde salen los cuartos de esta casa, que no todo es ir por el mundo repartiendo mandobles.

Aunque puso la mejor voluntad para enterarse de la marcha del negocio (un negocio de muchos millones), su interés fue absorbido

totalmente por Leonor de Montmorency, una atractiva pelirroja anglonormanda (que podía presumir de un lejano parentesco con los Plantagenet) a la que conoció en el baile de gala anual que el ayuntamiento de Burdeos daba en honor de los cosecheros de la región. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba prometido y lucía una alianza de oro en el dedo anular de la mano izquierda. Tuvieron dos hijos varones, Fernando y Gonzalo. Su mujer murió muy joven, víctima del estallido de la bomba que el anarquista Pallas arrojó contra la tribuna de invitados en el curso de una parada militar en la Gran Vía de Barcelona. Don Alfonso no se volvió a casar. Fernando, su primogénito, había caído en el Desastre de Annual de 1921. Lo sintió amargamente, como es natural, pero lo lamentó hasta cierto punto: mejor muerto con honor en el campo de batalla que ser rescatado a precio de *carne de gallina,* como el rey había motejado despectivamente a los supervivientes de la histórica degollina, un comentario desafortunado que don Alfonso (y millones de españoles) no olvidó jamás, y que le costaría el trono diez años más tarde.

No obstante, y a pesar de los pesares, don Alfonso nunca llegó a odiar a sus crueles enemigos rifeños. Secretamente admiraba su valentía y la ferocidad que ponían en defender su tierra. Él habría hecho exactamente lo mismo en su lugar. No se lo podía reprochar. En el fondo de su corazón añoraba las ásperas lomas rifeñas y sus salvajes habitantes, un sentimiento bastante inexplicable racionalmente que, no obstante, era compartido por muchos militares *africanistas.*

Fascinado por la novelesca aureola que lo envolvía, el rey lo atrajo a su corte de Madrid para exhibirlo como a su esforzado adalid en tierra de infieles. Don Alfonso aguantó escasamente tres meses, mortalmente aburrido de las ceremonias palaciegas y de las guardias de gentilhombre que debía prestar periódicamente en su calidad de Grande de España. Influyó también en su decisión el hecho de cortar por lo sano una aventura galante con la atractiva esposa de un importante personaje de la vida pública de la capital (una aventura que habría acabado como el rosario de la aurora, o con un duelo), y de la que jamás alardeó, y cuyos detalles sólo conocía el notario Palol de Revardit, su amigo del alma, su mentor y su confidente, el mismo que ahora se sentaba a la derecha de Cecilia.

Siguiendo precisamente sus consejos, se negó a formar parte del Directorio Militar de Primo de Rivera, pese a las insistentes solicitudes que se le hicieron en este sentido. Pero aceptó el mando de la Capitanía General de Cataluña. El advenimiento de la República no le sorprendió excesivamente. Lo veía venir desde su estadía en Madrid, donde pudo constatar el profundo abismo que se abría entre la Corona y sus emplumados cortesanos y el sufrido pueblo llano. Un día que se permitió insinuárselo a su soberano, éste le contestó, tuteándolo, según su inveterada costumbre: *¡No me vengas tú también con ésas, Montcada, que bastante lata me dan ya mis ministros con la dichosa reforma agraria esa! Y, cambiando de tercio, espero verte esta tarde en el Tiro de Pichón.*

No obstante, este banal comentario no provocó la menor fisura en su ancestral fidelidad a la Corona; la llevaba inscrita en sus genes. Había nacido monárquico y moriría monárquico. Pero la fuga nocturna del rey por una puerta secreta del Campo del Moro, dejando a la reina y a los infantes a merced de las turbas que asediaban el palacio de Oriente, lo escandalizó profundamente. *¡Un rey de España no huye como un conejo con la excusa de evitar un derramamiento de sangre!*, había masculladó indignado. Si aquella fatídica madrugada del 14 de abril de 1931 le hubiera pillado de guardia en palacio, la historia de España se habría escrito de muy diferente manera. De esto estaba convencido. Y sus amigos, también.

Paradójicamente, aplaudió la proclamación de la ley Azaña que limitaba drásticamente el exorbitado número de jefes y oficiales del ejército español. En su opinión, los desastres de Marruecos nunca se habrían producido si las tropas hubieran estado mandadas por verdaderos y sacrificados oficiales, y no por infatuados pavos reales que sólo sabían lucir el uniforme y los entorchados en paradas y desfiles.

Acogiéndose a esta misma ley, solicitó el retiro, renunció a su paga y se instaló en Requesens, donde asumió de buen grado el papel de propietario rural. Empleó el tiempo en recorrer el señorío en un resistente Ford T o a caballo (Cecilia y Blanca, su nuera y su nieta, respectivamente, solían acompañarlo) para enterarse de los problemas de sus aparceros, estudiar mejoras y llevar las cuentas con el

administrador del castillo, el señor Suñol. Por las noches dedicaba un par de horas a redactar sus memorias, una modesta afición que cultivaba en privado, y sólo dejaba leerlas a su amigo Sinibaldo Palol de Revardit, que así se enteró de muchas de sus intimidades y aventuras galantes. En otoño viajaba a sus posesiones de Aquitania para echar un vistazo a las labores de la vendimia, aspirar el perfume del mosto en los lagares y saludar a sus parientes por parte de su difunta mujer. Como acostumbraba decir a sus amistades, le había llegado la hora de licenciarse y tomarse unas merecidas vacaciones. Alzó la copa de champaña en dirección a Laura e Higinio.

–Mi querido amigo y vasallo -empezó con una chispa de ironía en la voz.

Higinio Masferrer sonrió al oírse tachar de vasallo. Sus antepasados lo habrían sido con toda seguridad, pero, ahora, el discutible título le sonaba a timbre de gloria. Don Alfonso era su ideal, el espejo en que se miraba. Los únicos defectos que le encontraba eran el trato llano que dispensaba a sus inferiores, a los que toleraba (en su opinión) demasiadas familiaridades, y su alergia visceral a la etiqueta, al protocolo y a la indumentaria. Cuando una vez se permitió reprochárselo, muy discretamente, por supuesto, don Alfonso le respondió que una de las ventajas de ser Grande de España era precisamente poder prescindir de la etiqueta, olvidarse del protocolo y vestir cómodos trajes viejos; detalle, este último, que horrorizaba profundamente a Higinio Masferrer, que vivía pendiente de los dictados de la moda y pasaba por ser el caballero mejor vestido de Barcelona (después del vizconde de Sanglier, por supuesto). Para los sastres de la Ciudad Condal no había mejor reclamo que los conjuntos que lucía Higinio Masferrer en el paseo de Gracia o en el hipódromo de Casa Antúnez, si no los encargaba directamente a Savile Row. La resplandeciente y entallada americana de alpaca inglesa que vestía para la ocasión estaba a años luz del modesto terno de rayadillo de su anfitrión.

–El honor -continuó don Alfonso, sonriente- me lo has hecho tú a mí, y me vais a permitir que sea vuestro padrino de bodas. A tu salud, Laura; a tu salud, Higinio, os deseo toda la felicidad del mundo.

Todos se levantaron, menos Laura, que continuó sentada, muy ruborizada y sin perder la compostura, correspondió a todos y cada uno de los brindis que se le hicieron desde todos los rincones de la mesa.

–¡Muchas felicidades!

–¡A vuestra salud!

–¡Que seáis muy felices!

-Avec nos meilleurs voeux!

–¡Vivan los novios!

Javier vaciló a la hora de levantar su copa. Se sentía sobre ascuas. Temía mirarla a los ojos. Estaba seguro de que cualquier cosa que dijera o su misma expresión lo delatarían al instante, y todos descubrirían el ardiente secreto de su encuentro nocturno en La Fontana. La maravillosa experiencia todavía lo tenía traumatizado. Aún no la había asumido por completo, y dudaba que pudiera hacerlo algún día. Habían sido los cinco minutos más tensos y excitantes de su vida. En términos técnicos, Laura lo había hecho pasar de la categoría de doncel a la de hombre hecho y derecho. Se preguntó también si la habría dejado embarazada, algo que a la joven parecía preocuparle muy poco. A Javier le causaba una estupefacción sin límites su sangre fría y su desparpajo. Se iba a casar con Higinio, y aún no hacía ni veinticuatro horas que se le había entregado. Porque había sido ella, eso estaba clarísimo. Él sólo se disponía a buscar la bola de billar. Él jamás se hubiera atrevido a besarla. Y muchísimo menos a deslizar su mano por debajo de sus faldas… y todo lo que sucedió a continuación. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Contárselo a su madre? ¿Confesarse con mosén Pau? Decidió que, de momento, no se lo contaría a nadie. Ni a Blanca. A no ser, claro está, que ésta se pusiera muy pesada, en cuyo caso no tendría más remedio que hacerlo, como hacían ambos hermanos con todas sus cosas, si no es que ya lo había adivinado, lo cual era lo más probable, porque Blanca podía leer en su mente como en un libro abierto. Blanca ataría cabos. Pero ¿tendría que contárselo todo, detalle por detalle? Sólo de pensarlo, notaba que se le encendían hasta las orejas.

–Javier, ¿no quieres brindar conmigo? – le preguntó la recién prometida con una sonrisa seductora.

–Sí, sí, claro que sí -tartamudeó, confuso-. Claro que quiero. Yo también espero que seas muy feliz. Te lo deseo de todo corazón.

Las pupilas felinas de Laura lo miraron con expresión de complicidad por encima del borde de la fina copa de champaña.

También brindó con Higinio Masferrer, el novio, que le agradeció sus buenos deseos, lo que no hizo más que aumentar su confusión. Javier, aunque lo tenía por un lechuguino inofensivo y pintoresco, lo apreciaba sinceramente. Pero se veía impotente para remediar lo que ya no tenía remedio. ¿Se tragaría la bola del hijo suyo que iba a venir dentro de nueve meses?

–A vuestra salud, Higinio.

Se llevó la copa de champaña a los labios y la vació de un trago.

Finalizado el ritual de los brindis, los novios se dirigieron a la cabecera de la mesa para agradecer a don Alfonso el ofrecimiento de su padrinazgo. Laura se inclinó y depositó un beso en la atezada mejilla del viejo hidalgo, mientras éste la mantenía enlazada familiarmente por su fina cintura.

Higinio le estrechó la mano, muy emocionado.

–Muchas gracias, don Alfonso, muchas gracias… no encuentro palabras para agradecerle el detalle, un honor que…

–No me vengas con historias, Higinio, te lo repito: tú no tienes que agradecerme nada. El honor me lo has hecho tú a mí. Que quede bien claro que el afortunado soy yo. Todos los días no se tiene la oportunidad de apadrinar a una novia tan encantadora como Laura. Tú preocúpate únicamente de cuidármela bien… y no olvidarte de invitarme a tus cacerías de perdices.

–No pase usted cuidado, don Alfonso.

Mosén Pau, el párroco de Requesens, que se sentaba a la derecha de don Alfonso, aprovechó la coyuntura para bendecir a los novios, que le besaron respetuosamente la mano morena y gordezuela.

–Que el Señor os bendiga y os colme de felicidad, hijos míos.

Mosén Pau respondía perfectamente a la imagen que la gente se forja de un modesto cura rural: mediana edad, grueso, algo miope y ligeramente cargado de espaldas. Mosén Pau no tenía nada que objetar a la mayestática pierna de jabalí a la provenzal que había degustado, y al excelente Cotes de la Dordogne reserva de 1920 que la había

acompañado, pero su sotana remendada y espolvoreada de caspa, y su dificultad para expresarse en castellano, o francés, le habían hecho sentirse incómodo entre aquella concurrencia tan distinguida y cosmopolita. Suerte que don Alfonso siempre se había dirigido a él en catalán, un detalle que mosén Pau le agradecía de todo corazón. Pero estas dificultades lingüísticas eran peccata minuta comparadas con los esfuerzos heroicos que había tenido que hacer para apartar la vista del generoso escote que lucía madame de Clermont, sentada enfrente de él, a la izquierda de don Alfonso.

Solange de Clermont también respondía a la imagen que la gente corriente se forja de una parisina guapa, distinguida y elegante, vecina del distrito dieciséis de la *rive Droite* del Sena. Saltaba a la vista que Maite había heredado de ella su cintura cimbreante y sus expresivos ojos oscuros. En su juventud había sido modelo de Christian Dior, algo que se ponía de manifiesto en la elegancia de sus andares. A su lado, Cecilia se sentía rematadamente patosa y provinciana. Algo que nunca se había atrevido a confesar a su marido ante el temor de que éste la mandara a paseo. Su aire mundano, su sofisticación, o el simple gesto de envolverse el cuello con un vulgar pañuelo la tenían maravillada. Solange tenía el don de dignificar cualquier trapo que se pusiera encima, fuera cual fuese su textura o colorido. Una simple manta, por ejemplo. Como no dominaba el español, Solange siempre acababa sus parlamentos en francés, después de un voluntarioso arranque en la lengua de Cervantes.

Desde el otro extremo de la mesa, Cecilia, que había sido testigo del intercambio de cumplidos entre su suegro y los novios, propuso dar por finalizada la cena.

–Aprovechando que Higinio y Laura se han levantado ya, ¿qué os parece si pasamos al salón a tomar café? Allí estaremos más cómodos, podremos continuar felicitándonos y mi marido podrá besar y abrazar a la novia, porque, no sé si os habréis dado cuenta, se muere de ganas de hacerlo.

Gonzalo sonrió, tolerante.

Gonzalo era un calco de su progenitor, aunque con los hombros más anchos y las mejillas rigurosamente rasuradas, lo que permitía apreciar la firmeza de su boca y su talante resuelto. En cierto modo, Gonzalo

siempre había vivido a la sombra proyectada por su famoso padre, aunque en su fuero interno se había prometido a sí mismo que algún día realizaría una hazaña que lo pondría a su altura. Era comandante de Caballería y pasaba sus vacaciones anuales en Requesens. Cojeaba ligeramente al andar a consecuencia de una herida que recibió en la conquista de Alhucemas, que puso fin a la pesadilla de la guerra de Marruecos.

–No os la creáis, lo dice por ella -se defendió, levantándose para ir a abrazar cariñosamente a su mujer por los hombros-. Dice que últimamente la tengo muy abandonada.

Cecilia, algo ruborizada, lo tachó de simple y mentiroso. Todos se rieron, incluso Gonzalo, que encajó deportivamente la pulla de su mujer, a la que, en su fuero interno, daba la razón. El primer año que pasó en la guarnición de Melilla lo hizo acompañado por su mujer y su familia. El siguiente, solo. Él había sido el primero en insistir en que regresaran a la Península, alegando la dureza del clima africano y la falta de comodidades de una capital de provincia. Cecilia había obedecido a regañadientes. Ahora había sido destinado al Regimiento de Dragones de Numancia de Barcelona.

Al salir del comedor, un gran mastín de los Pirineos, que atendía por *Sher Kahn* y había estado aguardando pacientemente en la puerta a que finalizara la cena, se unió a los comensales y marchó pausadamente junto a don Alfonso, que daba el brazo a Laura como un privilegio especial.

Don Sinibaldo Palol de Revardit dio su brazo a Cecilia y le comentó lo buena que había resultado la pierna de jabalí.

–Esta vez te has excedido, Cecilia.

Ella le palmeó afectuosamente la mano.

Don Sinibaldo era de discreta talla y menguada presencia, tenía el pelo y las cejas muy blancos y velaba la inteligencia de sus ojos pardos tras unos anticuados quevedos colgados del cuello con una cinta de seda negra. Era también uno de los últimos barceloneses que gastaban levita decimonónica, cuello duro y pantalones de corte. Don Sinibaldo pertenecía a una ilustre estirpe de juristas de la Plana de Vic, donde tenía su casa solariega, una bella masía porticada del siglo xvii. Él y Alfonso se completaban mutuamente. Eran la cara y la cruz de la

misma moneda. Lo que le faltaba a uno le sobraba al otro. Don Alfonso era impetuoso, violento, de genio pronto. Don Sinibaldo, calmoso, reflexivo, pacífico. Podrían haber pasado por un Quijote y un Sancho Panza muy sui géneris. En esta acusada diferencia de caracteres físicos y espirituales radicaba la razón de su profunda amistad, que databa de los lejanos días de su infancia en el internado de los agustinos de Vic. Desde los primeros cursos, don Alfonso había tomado bajo su protección a su pequeño amigo, cuyo aire de sabio alelado atraía las iras de los matones habituales en cualquier colegio, a los que había parado los pies de forma contundente. El notario había correspondido inmediatamente a este favor, y se había convertido en su mejor amigo, en su confidente, en su consejero y en el administrador de hecho de su fortuna y hacienda. Don Alfonso no daba un paso sin consultarle. Era viudo y sin hijos, y había volcado su frustrado cariño paternal en Cecilia, en Gonzalo (del que era padrino) y en sus tres hijos. Vivía en el número 76 del paseo de Gracia de Barcelona, una finca de aire afrancesado y mansardas de pizarra que destacaba por su elegante sobriedad entre la desquiciada exuberancia modernista circundante.

Aparte de su título notarial, don Sinibaldo era un medievalista notable, un wagneriano entusiasta y un latinista experto, capaz de sostener una conversación en latín ciceroniano con el rector de la más prestigiosa universidad española o europea. La biblioteca del castillo de Requesens estaba a su cargo. Para él no existía mejor perfume que el que desprendía un crujiente manuscrito de pergamino rescatado del fondo de los siglos. Tenía carta blanca de Alfonso para comprar cuantos ejemplares notables cayeran en sus manos, eso si no los pagaba él de su propio bolsillo. Era hombre de misa y comunión diarias, en la cercana iglesia de la Concepción. Su considerable fortuna personal le permitía atender, no sólo sus caprichos de bibliófilo, sino también correr con los gastos de mantenimiento de la sala de leprosos del hospital de San Pablo.

A Higinio Masferrer le tocó dar el brazo a su futura suegra, Concha Fontanilles de Soler-Ribot, alta, majestuosa y aristocrática, como todas las mujeres de su familia, una distinguida dinastía de navieros barceloneses emparentada con los Montcada y ennoblecidos por la reina regente con el título de marqueses de Covandonga para recordar

la gesta del vapor de su nombre, al mando del capitán Salvador Maristany y Sensat, que logró burlar el bloqueo yanqui y desembarcar víveres y pertrechos en Santiago de Cuba. Aunque no fuera de buen tono comentarlo en voz alta, era del dominio público que los Fontanilles (como muchos potentados catalanes) se habían enriquecido con el comercio de esclavos negros, muchos de los cuales habían acabado trabajando en los ingenios y las plantaciones que tenían en la Perla de las Antillas. Después de la primera guerra de independencia, abandonaron la isla y se trajeron sus caudales a España, al igual que un gran número de indianos previsores que veían venir la segunda y definitiva revuelta. Eran propietarios de un gran palacio de corte neoclásico en las Ramblas barcelonesas, famoso por los bailes de carnaval que se daban en sus salones isabelinos decorados con frescos de Fortuny, y en los que la misma Concha y dos primas se habían puesto de largo en una fiesta muy sonada de la que se habló largos años.

Pero a Mauricio Soler-Ribot, su marido (que daba el brazo a Solange), la verdad sea dicha, jamás se le habían subido los humos del parentesco a la cabeza. Mauricio era demasiado pragmático y demasiado realista para perder el tiempo en vanas ostentaciones, aunque nada en sus maneras distinguidas delatara los modestísimos orígenes familiares de su padre, un capitán de la industria textil catalana, un verdadero *self-made man*, para emplear la expresión anglosajona en boga, de los muchos que había generado Cataluña en la segunda mitad del siglo pasado. Su cabeza de patricio romano podría pasar por una copia viviente de la testa en mármol del emperador Marco Aurelio que se conserva en el Museo Vaticano.

Muy joven, su padre lo había enviado a estudiar a la universidad de Manchester, la Meca de la industria textil (mientras su hermano mayor, Ramón, derrochaba el dinero a manos llenas, escandalizaba con sus caprichos extravagantes a la sociedad barcelonesa y se negaba en redondo a pegar sello en la empresa familiar). Pero el verdadero conocimiento del negocio lo había adquirido en sus numerosos viajes por España acompañando a los viajantes de la firma, que desarrollaron en él una intuición especial, o sexto sentido, que le permitía calibrar a sus clientes, colaboradores o adversarios al primer golpe de vista,

gramática parda, en una palabra, que no se enseña en ninguna universidad y vale más que cien diplomas académicos. Detrás de su apariencia cordial y abierta, se escondía un luchador duro e implacable. Tenía visión de futuro y una formidable capacidad de organización, y aunque no regateaba el mérito de su padre, que había levantado un imperio de la nada, aguardaba con impaciencia la hora de su retiro para reorganizar la empresa de arriba abajo y estructurar el negocio con modernos criterios de eficacia y rentabilidad.

Aunque, a primera vista, podía parecer un maniático del trabajo, lo que ocurría en realidad es que él no lo consideraba la maldición bíblica que aflige al común de los mortales, sino un juego apasionante, y ganar por la mano a la competencia era la mejor recompensa a sus afanes, independientemente de la cuantía de la operación, que era lo de menos. El dinero no había ofuscado su entendimiento, y tampoco consideraba un atentado a su dignidad el hecho de levantarse todas las mañanas a las siete para ser el primero en llegar a su despacho de la calle de Ausiàs March de Barcelona. Contrastando con la proverbial tacañería de su padre, famosa en toda la Ciudad Condal, Mauricio era rumboso en extremo, hacía regalos principescos y no consentía que nadie pagara las notas de las cenas de los restaurantes estando él sentado a la mesa. También era un más que notable jugador de ajedrez, la cara oculta de su personalidad de hombre de acción.

Los chicos guardaron a duras penas el protocolo. Luisito ofreció el brazo a Blanca, exagerando la cojera de su tobillo derecho, que llevaba ostentosamente vendado. Era la excusa que había esgrimido para no regresar a la torre del homenaje tras su estrepitoso fracaso en la Prueba del Valor. Obviamente, nadie se lo creyó. Sólo su madre.

Javier prestó su brazo a Maite, radiante en un vestido blanco con tirantes que le dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Incluso se había pintado ligeramente los labios y puesto unas gotas del perfume de su madre detrás de las orejas como había visto hacer a la autora de sus días.

Mosén Pau no formó parte de la comitiva. Se excusó alegando cansancio y la preparación del sermón dominical, lo que era rigurosamente cierto. Después del mal rato que le había hecho pasar el vertiginoso escote de madame de Clermont, mosén Pau se había

prometido a sí mismo que, desde el carcomido púlpito de la vieja iglesia de Requesens, alertaría a su rebaño del peligro que entrañaban las perniciosas modas que llegaban allende las fronteras patrias. Esto lo diría con la vista fija en los ocupantes de los primeros bancos, especialmente en madame de Clermont. Estaba seguro de que se daría por aludida. Y, de paso, doña Cecilia, por permitir semejantes y escandalosas exhibiciones en su casa, una señora tan cristiana y piadosa que tanto había luchado para que se restableciera la vieja costumbre campesina de anunciar con campanadas el toque del ángelus al mediodía, caída en desuso desde la proclamación de la República. Literalmente incomprensible, no acertaba a explicárselo.

La comitiva se disolvió a la puerta del salón, y mientras las damas se retiraban a componer sus tocados y empolvarse la nariz, la gente joven se instaló en una pieza contigua, una modesta y reducida biblioteca (de hecho, la verdadera sala de estar del castillo de Requesens), para seguir discutiendo apasionadamente las incidencias y los inquietantes enigmas planteados por la última manifestación de la Dama de la Fontana.

Tras cederse respetuosamente el paso, y a instancias de don Alfonso, los caballeros tomaron asiento en las butacas y los sofás del salón.

Dos grandes arañas suspendidas del techo daban luz general a la vasta pieza. De las paredes colgaban retratos de antepasados Montcadas más o menos ilustres, damas y caballeros, ellos con la mano en la empuñadura de la espada, luciendo mostacho, perilla, gorgueras y calzas acuchilladas, y ellas, guardainfantes, como los que gastan las Meninas de Velázquez. La mayoría de los retratos resultaban irreconocibles, ennegrecidos como estaban por el humo de las velas y el paso del tiempo. Dos más recientes destacaban por la viveza del trazo y la frescura del colorido. Uno era de Ramón Casas, un retrato de Leonor de Montmorency, la mujer de don Alfonso, luciendo polisón y el talle de avispa de la época. El otro era un óleo de Zuloaga que representaba a Fernando, su hijo caído en Annual, con el vistoso dormán azul y blanco de los Húsares de la Reina colgando del hombro izquierdo. En dos ocasiones, Cecilia había sorprendido a su suegro plantado al pie del mismo, mirándolo con ojos húmedos. Dos segundos también habían bastado al viejo hidalgo para borrar de su rostro todo

vestigio de pena o emoción. Completaba la decoración del salón un gran piano de cola Bechstein, cuya lacada superficie servía de soporte a un gran ramo de rosas y varias fotografías en sus marcos de plata.

Don Alfonso se retrepó en su butaca preferida, y *Sher Khan* se echó a sus pies como tenía por costumbre, acompañado por el sonoro crujido de su dura osamenta. Un criado con chaquetilla blanca dispuso el juego de café y una bandeja con botellas de diversos licores en una mesita, mientras Gonzalo hacía circular una caja de habanos.

Higinio Masferrer y Mauricio Soler-Ribot eligieron sendos vegueros. Don Sinibaldo se excusó. Hubert de Clermont se lo agradeció con un gesto, y de un bolsillo de su americana sacó su pipa y una bolsa de tabaco holandés. Gonzalo se conformó con un simple cigarrillo que extrajo de una pitillera de plata, un regalo de su mujer con motivo de su cuarenta aniversario. Se retreparon en sus butacas, y con pausados ademanes encendieron pipas y cigarros, y la brisa que penetraba por las arcadas de la galería agitó suavemente los visillos y perfumó el aire con el fino aroma de los tilos y los castaños del parque humedecidos por el relente nocturno.

Y mientras aguardaban el regreso de las damas, Hubert de Clermont comentó a don Alfonso el estirón considerable que Javier había pegado desde la última vez que lo había visto el año anterior.

–Son cosas de la edad, mi querido Hubert -le respondió don Alfonso con un guiño malicioso-. Sólo que al revés de lo que me pasa a mí.

–¡No se queje, don Alfonso, que no hay más que verlo a usted!

Hubert de Clermont era originario de Normandía (donde tenía un *manoir* del siglo xv), diplomático de profesión, miembro distinguido de la Sociedad de Naciones y un fervoroso y notable hispanista. En la sien izquierda le blanqueaba una pequeña cicatriz, el indeleble recuerdo de una bala alemana en el *Chemin des Dames,* que no se molestaba en disimular con el pelo. Gastaba unas gruesas gafas de montura de concha y hablaba un excelente español académico con un ligerísimo acento francés. En el ojal de la americana lucía la pequeña cinta roja de la Legión de Honor.

Cómo y por qué había llegado a ser un invitado asiduo a las veladas veraniegas de Requesens se debía a su relación profesional con el notario Sinibaldo Palol de Revardit, con el que compartía su pasión por

la historia medieval, la heráldica y los libros viejos. En cierta ocasión, don Sinibaldo lo había invitado a visitar la biblioteca del castillo, y Hubert había sentido verdadero vértigo al descubrir manuscritos del siglo xii y una carta de puño y letra de Felipe II dirigida a Miguel de Montcada, rogándole tuviera cuidado de su hermanastro Juan en vísperas del encuentro con la flota otomana en Lepanto.

A raíz de esa visita, *monsieur et madame* de Clermont, cada primer fin de semana de julio, recibían una atenta invitación para pasar unos días en Requesens. Hubert no se lo hacía repetir dos veces. El año anterior había comprado, por cuatro cuartos, «Bell Prat», una vieja casona en Palau de Cerdaña. Solange soportaba mal la humedad y las brumas atlánticas, y el médico le había recomendado pasar los meses de verano en un clima de montaña, seco y soleado. Otra ventaja era que le pillaba mucho más cerca de Requesens. Y de su biblioteca, por supuesto.

Al poco rato volvieron las damas, cotorreando animadamente las últimas tendencias de la moda dictadas por los oráculos de París, y los atrevidos *maillots* que aquel verano se habían visto en las playas de Deauville. Los caballeros se pusieron en pie para recibirlas, y una vez sentados de nuevo, Cecilia procedió a servir el café, mientras Gonzalo se ocupaba de los licores. La conversación se generalizó en seguida y hablaron de los modos y las modas de los jóvenes actuales, y Solange confesó a Gonzalo que admiraba la discreción de sus hijos en la mesa.

–No será tanto, mujer -protestó éste.

–De veras, Gonzalo, los he estado observando durante la cena y me he quedado admirada de lo discretos y bien educados que son. Apenas han abierto la boca. ¿Cómo lo consigues?

–El mérito no es mío, sino de su madre -contestó Gonzalo señalando con los ojos a Cecilia.

–Sólo hablan cuando se les pregunta -contestó ésta-. Te pareceremos anticuados, querida Solange, pero son las normas de la casa. Como dicen los ingleses, los niños deben ser vistos pero no oídos.

–No son tan niños; Javier ya debe de tener dieciocho años.

–Los cumplirá el próximo 14 de agosto, si Dios quiere.

–¿Y no te parece que ya tiene edad suficiente para expresar sus opiniones en público?

–Sí, por supuesto, pero cuando se le pregunte. Es la manera que tenemos los mayores para entendernos en la mesa sin tener que hablar a gritos, como ocurre con tanta frecuencia en la actualidad.

–Razón no te falta -dijo Solange pensativamente, recordando con un estremecimiento la insoportable verborrea de Luisito Soler-Ribot, que durante toda la cena no había dejado de opinar sobre lo divino y humano con extraordinario aplomo-. Sí, seguramente tendrás razón. Oye, cambiando de conversación, ¿me podrías invitar a fumar, aprovechando la ausencia de vuestro particular inquisidor?

–No faltaría más -contestó Gonzalo al instante, levantándose y ofreciéndole su pitillera de plata.

Solange extrajo un pitillo y lo encendió con el mechero que le tendía Gonzalo. Expelió una bocanada de humo y cruzó elegantemente sus largas piernas.

–El clima de la Cerdaña te sienta estupendamente bien -dijo Gonzalo guardándose el mechero en el bolsillo-. Tienes un aspecto magnífico, Solange, *ravisant,* como decís los franceses.

–Gracias. La verdad es que me encuentro muy bien y me he olvidado por completo del reuma Al principio no lo creía, pero cada vez me gusta más el valle de la Cerdaña y la casona que hemos comprado.

–Lo celebro.

–¿Y Javier sigue siendo tan buena escopeta como siempre? –preguntó Hubert.

–Sí -contestó Gonzalo-, pero sería mejor hablar de buen rifle. – Alzó la botella de brandy-. ¿Un poco más, Hubert?

–No te diré que no -contestó el diplomático acercándole la panzuda copa. El licor cayó con un brillo dorado y alegre-. ¿Y eso?

–El tiro con escopeta le parece demasiado fácil. Poco deportivo. Le acabo de regalar un rifle del 22 como premio a sus buenas notas, y te aseguro que donde pone el ojo pone la bala.

–Sí, lo que es buena puntería no le falta -se lamentó Higinio Masferrer desde las profundidades de su butaca de orejas, y cuya puntería no estaba a la altura de las escopetas Purdley de reflejos pavonados que gastaba.

–Lo que a ti te duele, Higinio -bromeó don Alfonso-, es que siempre cobre más piezas que tú. ¡Vamos!, que te pase la mano por la cara.

–Para qué nos vamos a engañar, don Alfonso, a su nieto no hay quien lo gane con una escopeta o un rifle en las manos. Es un verdadero diablo.

–Lo cual no tiene nada de extraordinario -dijo Mauricio Soler-Ribot terciando en la conversación-. Si yo hubiera tenido su maestro, tampoco haría el ridículo como lo hago. – Mauricio pareció hurgar en los recovecos de su memoria-. Ahora no me sale su nombre, un nombre muy curioso, suena a algo así como «garrapata», o algo parecido.

–Paparro, el Paparro, el marido de la Carmeta -acudió Gonzalo en su ayuda.

Los ojos de Mauricio Soler-Ribot se abrieron, admirativos, al recordarlo.

–No hay perdiz que se le escape. En el último ojeo de «Las Voltas», mató dos que yo fallé de la forma más estúpida. Las tenía a cincuenta metros, sin exagerar. Se echó la escopeta a la caray ¡pam!, ¡pam! No falló una. ¡Y si hubieran visto su escopeta! Nadie habría dado ni cien pesetas por ella. Parecía un trabuco del tiempo de María Castaña.

–De María Castaña, no sé, pero sí de su abuelo, un veterano de las guerras carlistas -le aseguró don Alfonso-. Hasta hace poco empleaba una de esas que se cargan por la boca. Ahora, el hombre se ha modernizado un tanto y gasta una de cartuchos que, por cierto, los carga él mismo. A la pólvora le añade una generosa dosis de pimienta negra y un diente de ajo picado… Sí, no se rían ustedes.

–Pues será cuestión de pedirle que me dé clases particulares a tanto la hora -volvió a rezongar Higinio Masferrer, que también había pasado por el humillante trance de verlo acertar, de un solo disparo de su vieja escopeta, al jabalí que él acababa de marrar con su Purdley de cincuenta libras esterlinas.

Un coro de alegres carcajadas acogió las palabras del propietario de «Las Voltas», y Gonzalo sirvió otra ronda de coñac a sus invitados.

–Pero para demostrarle que a mí no me duelen prendas y no le guardo rencor a Javier -concedió Higinio, magnánimo-, tendré mucho gusto en invitarlo a nuestra boda. ¿Estás de acuerdo conmigo, Laura?

–Por supuesto, querido. Nada me hará más feliz que invitar a Javier a nuestra boda. Como si quiere ser testigo. Lo mismo que a usted, don Sinibaldo. Nos sentiríamos muy honrados.

–Contad conmigo -respondió el notario al instante.

–¿Ya habéis pensado en qué iglesia será la ceremonia? – preguntó Cecilia.

–A mí me gustaría mucho que fuera en la Merced -dijo Laura.

–En la Merced, ya lo han oído ustedes -corroboró Higinio-. Están ustedes invitados desde este momento.

–¿Y para cuándo será el feliz acontecimiento, si lo puedo preguntar? – inquirió Cecilia.

–Este próximo otoño -contestó Higinio, que agregó-: Si a mis futuros suegros les parece bien.

Mauricio y Concha se apresuraron a dar su conformidad.

–Nos parece muy bien. En verano hace demasiado calor y es un agobio.

De la sala contigua llegó un repentino y gozoso estallido de risas juveniles.

–Están muy excitados -observó Concha Soler-Ribot tendiendo el oído hacia la puerta de la biblioteca-. ¿No se han percatado ustedes? No sé qué les ocurre. Anoche, Merceditas no podía conciliar el sueño. Tenía pesadillas. Al final no tuve más remedio que levantarme y prepararle una tila.

–¡Qué coincidencia, querida! – dijo Solange en su francés refinado-. A Marie-Thérèse le ocurría lo mismo. No hacía más que dar vueltas y más vueltas en la cama y murmurar incoherencias. Pero cuando le pregunté por el motivo de su malestar, no pude sacarle una sola palabra.

–Ni se las sacarás -sonrió Cecilia.

–¿Por alguna razón especial?

–Son cosas de la Dama de la Fontana. Anoche era luna llena, su noche preferida para salir a dar un paseo, y los chicos no quisieron perderse la oportunidad de tropezarse con ella… ¿Alguien más quiere un poco más de café? – preguntó con la cafetera en alto.

Hubert le acercó su taza.

–Yo, por favor. Gracias.

–De nada… Blanca y Javier nos lo podrían contar… si quisieran.

Y yo también, pensó Laura, que guardaba un prudente silencio. Su papel en la Prueba del Valor no había trascendido del círculo de

participantes. Era un secreto muy bien guardado por un juramento repugnante que todavía le provocaba náuseas al recordarlo. Pero no podía evitar cierta inquietud. No le habría gustado tener que dar explicaciones a nadie. Y, menos, a su prometido.

–Luis, mi hijo, tampoco ha soltado prenda ni ha querido explicar de una forma convincente cómo se torció el tobillo -dijo Mauricio Soler-Ribot-. Todo es muy raro. ¿No les parece a ustedes?

–¿Qué hay de verdad en esa leyenda, don Alfonso? – preguntó Hubert de Clermont revolviendo lentamente el azúcar con la cucharilla-. Por lo que he podido comprobar, aquí, en Requesens, pasa por sacrosanto artículo de fe. Todos los campesinos con los que lo he comentado la creen a pies juntillas, y me han jurado que jamás pondrían los pies en La Fontana después de la puesta de sol.

Don Alfonso acarició distraídamente la cabezota de *Sher Khan* con la mano izquierda.

–Para serle franco, Hubert, le diré que tengo debilidad por las viejas leyendas, sobre todo si hacen referencia a una bisabuela mía.

–Tatarabuela, para ser exactos, don Alfonso -se permitió corregirle Higinio.

–Mi tatarabuela, como especifica nuestro dilecto amigo -se corrigió don Alfonso de buen humor.

–¿De veras cree usted en fantasmas, don Alfonso? – preguntó Solange.

-*Mais, oui!* -contestó don Alfonso con un brillo malicioso en los ojos.

–¡No me lo puedo creer!

–Ya me lo dirá esta noche cuando oiga chirriar la puerta de su alcoba. O vea revolotear el vestido blanco de Elisenda en el espejo de su tocador.

–¡No me asuste, don Alfonso!

–Solamente la prevengo, querida. Pero no tema. Si el espíritu de mi tatarabuela rondara por aquí, *Sher Kahn* lo habría detectado en el acto.

La expresión de Solange era de total incredulidad.

–¡No me diga!

–No sería la primera vez que ocurre. En ocasiones, he sentido como una corriente de aire frío que me acariciaba el cogote. Inmediatamente *Sher Kahn* se ha puesto a gruñir y se le ha erizado el pelo del lomo. Una

vez oí unos compases de *La primavera* de Vivaldi sin que hubiese nadie sentado al piano. Pero esa vez *Sher Kahn* no dio muestras de desaprobación. Me imagino que debió de gustarle.

Hubert de Clermont se sacó la pipa de la boca.

–¿Debo entender que los fantasmas no le causan molestias, don Alfonso?

–Todo lo contrario, *mon ami.* Me fascinan. Me ocurre lo mismo que a los escoceses cuando los extranjeros se permiten dudar de la existencia de los fantasmas de sus castillos. Pero, dejando aparte el pintoresquismo del caso, la Dama de la Fontana resulta ser un verdadero seguro de robo que, encima, no me cuesta un duro. Ya habrán observado ustedes -añadió al ver la perplejidad que se dibujaba en las caras de sus invitados- que la puerta del pabellón de caza nunca se cierra con llave.

–¿Quiere decir que no tiene cerradura? – inquirió Solange, muy asombrada.

–Sí que la tiene. Una buena cerradura, por cierto, hecha por el mejor cerrajero de Ripoll, localidad catalana famosa por sus forjas. Pero la llave se deja siempre puesta por la parte de dentro.

–¡Pues eso es como dejar la puerta abierta!

–Por supuesto, querida.

–¡Pero eso no tiene sentido! Lo lógico sería cerrar la puerta con dos vueltas y guardar la llave bien guardada si no quiere que un ladrón entre y robe el cuadro de Goya.

Don Alfonso aparentó sentirse ofendido por la insinuación.

–¡Eso jamás! Sería ir contra mis propios principios.

–Un imprudente, don Alfonso, eso es lo que es usted. Debería tenerlo bajo llave, no una, sino siete.

–O depositado en la cámara acorazada de un banco -la apoyó Concha Soler-Ribot, igualmente escandalizada.

Don Alfonso hizo un gesto de desdén con la mano.

–Imposible, Concha, no puedo guardar el cuadro de Goya en una cámara acorazada y acabar así con esta tradición familiar de dos siglos de antigüedad. Aparte de que mi antepasada podría molestarse si la dejo encerrada. La pobre se aburriría mortalmente.

–¿Usted la ha visto? – preguntó, curiosa, Solange.

–No, y no por falta de ganas.

–¿Le gustaría?

Don Alfonso extrajo una humareda azulada de su habano.

–Sí. Daría lo que fuera por ver revolotear su ectoplasma por este salón. Y si algún día se digna hacerlo, tenga la completa seguridad de que aprovecharé la ocasión para invitarla a cenar y tener un cambio de impresiones con ella. ¿Se imaginan ustedes lo que puede ser charlar de tú a tú con una persona que ha hablado y ha posado para Goya? Apuesto a que me enteraría de muchos secretos familiares y de si entre mi atractiva antepasada y el famoso retratista hubo algo más que unas inocentes sesiones de pintura. – Don Alfonso entornó los ojos pensativamente y movió la cabeza-. Les confesaré a ustedes que a mí siempre me ha intrigado el desparpajo de muchas mujeres para posar desnudas delante de un pintor, por muy famoso que sea, que registra con los ojos cada repliegue de su cuerpo. Y no lo digo por mi tatarabuela, que al fin y al cabo posó vestida, sino por el de su homóloga y contemporánea, la duquesa de Alba, que no tuvo ningún reparo en quedarse delante de Goya tal como su madre la trajo al mundo. ¿Tú te atreverías, Cecilia? – preguntó maliciosamente mirando a su nuera.

–¡Por Dios, don Alfonso! – protestó Cecilia, escandalizada-. La duda ofende.

–¿Y usted, Solange?

–Sí, pero con el consentimiento previo de mi marido, por supuesto. Y máxime si el pintor fuera un genio de la talla de Goya. Sería un honor para mí y una oportunidad que me permitiría pasar a la posteridad.

–¿Puedo preguntarle qué experimentaría mientras él la escudriñaba con la mirada, de arriba abajo, y plasmaba sus encantos en la tela?

Solange meditó unos segundos.

–Creo que un sentimiento de halago. Y de la conciencia del poder que las mujeres tenemos sobre los hombres. Sí, sí, no protesten ustedes. Recuerde, don Alfonso, que yo he sido maniquí de Dior y he tenido muchas ocasiones de sorprender las miradas de los maridos fijas en mí cuando he desfilado por la pasarela. En seguida han apartado los ojos,

muy confusos, como niños pillados en falta. Unas miradas que me hacían sentir, ni más ni menos, como una reina.

–¿Y así, con ese poder real, ha subyugado a nuestro buen Hubert?

–En este caso ha sido al revés: Hubert me subyugó a mí -contestó Solange dirigiendo una mirada amorosa a su marido-. ¿No es verdad, querido?

–Hum -dijo Hubert por toda respuesta, sacando dos bocanadas de humo de su pipa.

–Y tú, Higinio, ¿tendrías inconveniente en que tu prometida posara desnuda para el Goya de turno? – preguntó don Alfonso-. Laura resultaría una modelo espléndida. Apuesto a que la gente haría cola en la Sala Parés para contemplar su retrato. Como el de la famosa *Ben plantada* de Casas que tanto dio que hablar no hace muchos años.

–Por favor, don Alfonso, no me ponga en un compromiso.

–Y tú, Laura, ¿qué opinas?

Laura, que habría estado encantada de dejarse acariciar por la mirada libidinosa del pintor de brocha gorda de la esquina, fingió un escandalizado recato:

–¡Por supuesto que no, don Alfonso!

Mauricio, al que no se le había escapado el malestar que iba ganando a Cecilia y las reprobadoras miradas que dirigía a su suegro, decidió acudir en su ayuda.

–Sea lo que fuere, don Alfonso, no cabe duda de que su antepasada, vestida o desnuda, debió de ser una auténtica belleza… Y pienso que sería muy interesante poder comprobarlo de facto en una de sus raras apariciones.

–Pues no te creas, Mauricio, que más de una vez he sentido la tentación de contratar los servicios de una médium para materializarla ante mis ojos -dijo don Alfonso-. En el pabellón de La Fontana se perciben unas vibraciones muy especiales, inquietantes, para ser exactos. El pabellón está embrujado.

–¿Embrujado?

–Sí, embrujado, no les quepa a ustedes la menor duda. Seguro que a la médium no le costaría gran cosa materializar a mi bisabuela.

–¿Y por qué no? – se preguntó Solange, fascinada por la sugestiva posibilidad-. Si un día se decide, no se olvide de invitarme.

–Está usted invitada desde ahora mismo.

–¡Oh, muchísimas gracias, don Alfonso! Es usted muy amable. Estoy segura de que resultaría muy emocionante. – Solange cerró los ojos y adoptó una expresión evocadora-. Me imagino perfectamente la escena: todos sentados alrededor de la mesa de billar, cogidos de las manos, bajo la mirada de Elisenda de Montcada, a la luz de los candelabros, escuchando una voz de ultratumba… Me estremezco sólo de imaginármelo. – Y Solange fingió un convincente escalofrío.

–Me temo que la buena señora no resistiría la experiencia. Me refiero a la médium -se apresuró a aclarar don Alfonso-. Por primera vez en su vida, se expondría a materializar un verdadero ectoplasma y le daría un soponcio.

–Parece usted muy convencido, don Alfonso -dijo Hubert de Clermont.

–Yo, como los gallegos, le confesaré que no creo en brujas *(meigas,* como dicen ellos), pero haberlas, haylas. Mi hipótesis al respecto es que los muros de los castillos, o de los viejos caserones, que han sido testigos de sucesos más o menos truculentos, absorben las emociones o el pánico de las personas que los protagonizaron. Como una nube que se carga de electricidad estática por efecto del calor que se desprende de la tierra. Basta entonces la presencia de una personalidad adecuada, una persona imaginativa, que actúe como un polo negativo, o un catalizador, para que salte una chispa capaz de cerrar una puerta de un portazo, desprender un cuadro de la pared o desplazar un mueble… manifestaciones activas de… de algo, no me pregunten qué. – Don Alfonso dio una larga calada a su veguero-. Lo mismo que opina mi amigo Sinibaldo.

–Yo no opino nada, Alfonso -protestó el notario.

Pacientes investigaciones y el estudio de cientos de legajos polvorientos habían llevado a don Sinibaldo al convencimiento de la veracidad de la ocupación del castillo de Requesens por un destacamento de dragones franceses del mariscal Saint-Cyr y la muerte de Elisenda de Montcada en circunstancias un tanto extrañas en La Fontana. Ambos sucesos eran ciertos y estaban documentados. Pero, a partir de ahí, empezaba la leyenda, y la historia y la fantasía se mezclaban confusamente.

–No opinas pero lo piensas -dijo don Alfonso, que añadió-: Quizá, después de todo, en el Pabellón haya algo vivo que nosotros no percibamos con nuestros sentidos, pero que existe realmente, en una dimensión desconocida, fuera de nuestro alcance, algo creado precisamente por nuestra mente. El poder de la mente, en una palabra. El mismo poder que permite levitar a los santones indios. O la fuerza misteriosa que cura a los enfermos en Lourdes.

–Se llama fe -lo corrigió Cecilia con firmeza.

–¿Fe? ¿Autosugestión? – Don Alfonso meneó la cabeza-. Para el caso es lo mismo. Pero, por favor, no me hagan demasiado caso. Me temo que estoy divagando.

–En cualquier caso, se trata de hipótesis muy interesantes -dijo Hubert-. Yo no las descartaría.

–¿Y si llamamos a los chicos para que nos cuenten la experiencia de la última noche? – propuso Concha Soler-Ribot, a la que también se le había despertado la curiosidad-. Estoy convencida de que tiene algo que ver con las pesadillas de Merceditas.

Gonzalo negó con la cabeza.

–Es inútil, Concha, no conseguirás nada. Están juramentados, como malayos bajo los efectos del amok. Antes se dejarían cortar una mano que soltar una sola palabra de lo ocurrido anoche en La Fontana.

Laura esperó fervientemente que así fuera.

–¿Probamos? – insistió Concha.

Gonzalo encogió sus anchos hombros con expresión resignada.

–Como tú quieras.

–Iré yo -se ofreció Higinio Masferrer, levantándose en el acto-. El tema también me tiene intrigado.

–Perderás el tiempo -le previno Gonzalo.

Pero Higinio no hizo caso de su advertencia y entró en la biblioteca con paso decidido.

Salió a los pocos minutos acompañado por un ramillete de sonrientes caras juveniles.

***-Rien à faire* -se excusó abriendo las manos con un ademán de impotencia-. Dicen que no ocurrió nada fuera de lo normal. Que sólo fueron a dar un paseo a la luz de la luna por La Fontana y que Luisito**

tropezó en las gradas del pabellón y se torció el tobillo. Eso es todo lo que les he podido arrancar.

–¿No te lo decía yo? – dijo Gonzalo.

–En este caso -propuso don Alfonso-, sugiero que Blanca nos obsequie con uno de sus famosos conciertos de piano.

–De acuerdo, abuelo, tú ganas -claudicó la jovencita con un mohín-. Tocaré el piano… pero no respondo si mañana llueve.

Cinco minutos más tarde, los finos acordes del concierto de piano número 20 de Mozart se esparcían por el salón, flotaban unos instantes bajo las arcadas de la galería y se iban a perder entre las frondas del parque. Los dedos de Blanca se movían ágilmente por el teclado arrancando evocadoras sonoridades al gran piano de cola. Mantenía los ojos cerrados, concentrada en la interpretación del célebre concierto.

Retrepado en su butaca, su padre la miraba orgulloso y arrobado, mientras con el pie seguía distraídamente el compás de la música.

–¡Ni Dios ni amo! – tronaba Magín Suñol, el hijo del administrador del castillo, un joven moreno de pelo negro y lacio peinado hacia atrás y mirada ardiente y alucinada, señalando con un índice amenazador los iluminados ventanales del castillo que fulguraban en la noche-. ¡La justicia y la solidaridad no reinarán en Requesens hasta que hayamos estrangulado al amo con las tripas del cura!

Los segadores, acodados a la mesa de toscas tablas de pino manchadas de vinazo y aceite rancio, lo escuchaban atentamente. La turbia luz de las bombillas suspendidas de una cuerda proyectaba oscuras sombras bajo sus frentes fruncidas por el esfuerzo y las bocas abiertas por el asombro.

–Jolín, si te explicas mejor que un libro! ¡Cómo se nota que tienes estudios!

Como todos los años, a primeros de julio, llegaba a Requesens una cuadrilla de segadores del Maestrazgo para ayudar en las faenas de la siega y así ganarse unos jornales que los ayudarían a pasar el duro invierno de sus ásperas serranías castellonenses. La mayoría venían solos. Los menos, con sus mujeres. Se presentaban con sus botas de vino, sus mantas de vivos colores y un hatillo al hombro del que sobresalían las curvadas hojas de las segures. Se alojaban en un

granero de la masovería, y las mujeres cocinaban en unos fogones al aire libre. Después de una agotadora jornada, doblados sobre las mieses, bajo un sol de justicia, cenaban todos juntos en una larga mesa de tablas dispuesta sobre caballetes en el mismo patio de la masovería para gozar del frescor nocturno.

Magín estudiaba la carrera de derecho en la Universidad de Barcelona, y aprovechaba las vacaciones de verano para subir a Requesens a curarse una tisis incipiente y, de paso, predicar el evangelio ácrata a los segadores y los aparceros de don Alfonso, a los que hablaba con encendidas y gráficas imágenes al alcance de sus toscas inteligencias.

–¡Los anarquistas desencadenaremos una revolución como no se ha visto otra igual en la historia universal! – prosiguió exaltadamente-. ¡Los anarquistas prenderemos fuego a una hoguera cuyas llamaradas se verán en todo el planeta! ¡Los anarquistas haremos correr oleadas de sangre que enrojecerán los mares! ¡Los anarquistas romperemos las cadenas que nos esclavizan, arrasaremos la semilla maldita de los burgueses y los aristócratas, dinamitaremos sus palacios, incendiaremos las iglesias y acabaremos con los curas que predican resignación cristiana! ¡Los anarquistas fusilaremos a los guardias civiles, animales de presa de los terratenientes, fulminaremos a los militares y violaremos a las zorras de sus mujeres!

–¡Así se habla, camarada!

Magín hizo una pausa para tomar aliento, estudió las caras de sus oyentes y continuó, algo más calmado:

–Después de esta necesaria etapa de fuego y violencia purificadores, los anarquistas instauraremos el comunismo libertario y convertiremos la tierra en el paraíso terrenal prometido por Bakunin. Entonces, y sólo entonces, repito, la paz, la justicia y la solidaridad florecerán sobre la faz de la tierra, y de las cenizas del corrupto sistema burgués y capitalista surgirá una nueva sociedad, más sana, más justa, más solidaria y más…

–¿Cómo? – inquirió una voz anónima desde la penumbra.

–Por medio de las comunas libertarias.

–¿Comu qué?

–C-o-m-u-n-a-s -deletreó Magín pacientemente-. C-o-m-u-n-a-s l-i-b-e-r-t-a-r-i-a-s, pequeñas comunidades de gentes que vivirán y trabajarán en paz y armonía, y en las que se repartirán equitativamente los frutos del trabajo colectivo. Como os digo, estas comunas serán el embrión de una sociedad nueva, una sociedad donde no existirán ni amos ni clases, ni jueces ni policías, ni ricos ni pobres, ni opresores ni oprimidos. Todos seremos iguales, libres y felices. Se acabarán las guerras para siempre, puesto que nadie tendrá la maldita tentación de atacar y robar a sus vecinos, porque en nuestras comunas, sin necesidad de horarios, ni policías, ni vigilantes, ni odiosos aullidos de sirena, habrá tierra, trabajo y comida para todos… porque la tierra es de quien la trabaja con el sudor de su frente.

–¡Como las mujeres! – saltó un chistoso desde la penumbra.

–¡Eso que has dicho no tiene ninguna gracia! – le reprendió severamente Magín-. ¡Estás muy equivocado, Julián! El anarquismo es el primero en defender a la mujer, la dignidad femenina, la igualdad de sexos, y el primero en condenar la prostitución y el comercio carnal, hasta el punto de que nuestra piqueta revolucionaria acabará, de una vez por todas, con el funesto comercio de los prostíbulos, donde señoritos y dueños de fábricas se regodean con la carne inocente de muchachas obreras necesitadas y desvalidas.

Un segador moreno y magro como un sarmiento señaló burlonamente con los ojos a un compañero que se sentaba en el extremo más alejado de la mesa, un individuo no muy alto, pero de complexión recia, con la cara picada por las viruelas y unos ojos duros y entornados como las aspilleras de un fortín. A través del cuello abierto de la camisa sudada, le asomaba el vello negro y rizado del pecho.

–Pues el Sisco, que es de tu cuerda, el otro día no le hacía demasiados ascos a aquella jamona del Paralelo, sino todo lo contrario. El hombre salió pegando saltos de entusiasmo y más contento que unas pascuas.

Magín se pasó una mano por el pelo con ademán nervioso. Las sonrisitas burlonas que había visto florecer en las caras bronceadas de los segadores no auguraban nada bueno. Las tesis anarquistas no funcionaban como deberían cuando había mujeres de por medio.

Chirriaban. Comprendió que había perdido una buena ocasión para callarse. Exhibió una sonrisa forzada y contemporizadora.

–Digamos… digamos que el Sisco se concedió… un desahogo sin importancia.

Los segadores prorrumpieron en una ruidosa risotada.

–¡Ay, ay, ay! ¡Esta sí que es buena! ¡Para desahogo el que le va a atizar su mujer cuando se entere! ¡Pues buena es la Antonia para que le hablen de desahogos!

El vecino de mesa más inmediato al Sisco le dio un codazo en las costillas.

–¿A ti qué te parece, Sisco? ¿Fue realmente un desahogo sin importancia?

El segador se revolvió como un tigre.

–¡Quítame las manos de encima o te arrepentirás!

El otro se ofendió.

–¡Pero bueno! ¿Es que a ti no se te puede gastar una broma?

–¡Las bromas se las gastas a la madre que te parió!

Se hubieran enzarzado a puñetazos si el mayoral de la cuadrilla, un hombre de tez rojiza y manos cubiertas de pelos igualmente rojizos, no se hubiera interpuesto entre ellos, separándolos con su pecho poderoso.

–¡Ea, vamos a dejarlo! ¡Y tú, Sisco, guarda el genio, que aquí todos somos compañeros!

El Sisco se retiró a un rincón gruñendo por lo bajo y no volvió a abrir la boca en toda la noche. Alguien hizo correr un porrón de áspero vino del Priorato y los ánimos se sosegaron poco a poco.

Magín Suñol aprovechó la ocasión para recuperar el hilo de su discurso:

–Como os iba diciendo, la gran ventaja de las comunas libertarias frente al injusto sistema capitalista actual es que todos seremos libres y cualquiera podrá trabajar en lo que más sepa y le guste, sin coacciones, y el producto de su trabajo lo entregará a un fondo común que los responsables repartirán según las necesidades de cada uno. Más al que más lo necesite, y menos al que necesite menos.

El mayoral se rascó el cogote rojizo con un gesto de duda.

–Todo esto que dices es muy bonito y suena muy bien, Magín, pero ¿tú crees realmente que el labrador que se ha matado a sembrar

cuarenta fanegas las va a repartir luego con el haragán de su vecino, que se ha pasado el día en la taberna empinando el codo?

–A ese irresponsable se le hará ver el daño que causa a la comuna y se lo obligará a trabajar.

–¿Quién lo va a obligar?

–La policía.

–¿No acabas de decir que no habrá ni jueces ni policías?

Magín se encalabrinó.

–¡Cuando no queréis entender una cosa, no hay Dios que os la meta en la mollera! ¡Tomáis el rábano por las hojas! Te lo diré más claro, Roig: ¿tú crees que es justo lo que está ocurriendo con nosotros y las sanguijuelas esas del castillo? ¿Tú crees que es justo que, mientras ellos nadan en la abundancia, nosotros no tengamos donde caernos muertos?

–¡Hombre, no será tanto! – protestó el mayoral.

–Es como te digo. Nos chupan la sangre, viven a costa de nosotros, son parásitos repugnantes. ¿O es que no lo quieres entender?

El mayoral meneó la cabeza con un gesto de duda.

–Sinceramente, no se puede decir que el amo nos pague tan mal como dices. Más o menos el doble de lo que nos pagarían en Castilla. Por no decir en Andalucía. Y a ti, ¿no te paga los estudios en la universidad?

–¡Una miserable limosna! – escupió Magín, despectivo-. ¡Me paga con el dinero que antes os ha robado a vosotros! ¡Sus caprichos y los de su nuera y su nieta, que se pasean por ahí a caballo hechas unos brazos de mar, los pagáis vosotros con el sudor de vuestras frentes y el dolor de vuestros riñones, segando sus malditas mieses!

–¡Eso es verdad! – saltó apasionadamente Anselmo, un segador bajo y achaparrado que bizqueaba ligeramente-. A mí se me enciende la sangre cuando las veo andar por ahí, provocándonos con sus pantalones ajustados y sus blusas de seda. Si un día las pillo, que se despidan de sus aires de grandes duquesas. Van a saber lo que es bueno, como que me llamo Anselmo Fuertes. ¡Lo juro por éstas! – Y besó con vehemencia sus dedos índices formando una cruz-. ¡Se acordarán de mí!

–¿Y qué me decís del hijo del amo, del comandante De Montcada? – preguntó Magín golpeando el hierro en caliente-. Podéis estar seguros de que a estas horas estará conspirando con otros monárquicos y meapilas de su calaña para derrocar la República y acabar con las libertades del pueblo trabajador. – Magín respiró profundamente y prosiguió con un tono deliberadamente lento y grave-: Podéis dudar de mis pobres palabras, pero yo os aseguro que la paz y la solidaridad no reinarán entre los hombres hasta que acabemos de una vez por todas con esta ralea maldita. – Luego elevó la voz y blandió el puño cerrado en dirección a los iluminados ventanales del castillo-: ¡Temblad, malditos, la hora de la venganza no está lejos!

Tras estas palabras, la reunión se disolvió, y los segadores, bostezando de sueño y cansancio, se dirigieron al granero que les hacía de dormitorio, arrastrando los pies. En el campanario de la iglesia dieron las diez.

–Ese Magín tiene más razón que un santo.

–El chico se explica bien.

–¡El amo nos chupa la sangre!

–¡Es una sanguijuela!

–¡Nos explota como a esclavos!

–Será a ti. A mí me paga muy bien, y con lo que me saco aquí, aguanto hasta la primavera.

–¡Anda ya!

–Nicasio tiene razón. Yo no sé lo que haría sin los jornales que nos ganamos aquí.

Las palabras de los segadores se perdían en la oscuridad esponjosa de la noche. La puerta del granero proyectaba un haz de luz amarillento sobre el empedrado del patio.

El Sisco se detuvo junto a la pila de abrevar las mulas y se arremangó calmosamente las perneras de los pantalones.

–Sois un hatajo de borregos -rezongó sumergiendo los pies en el agua-. Laméis la mano que os apalea. Yo estoy de acuerdo con Magín: hay que estrangular al amo con las tripas de ese escarabajo ensotanado que le baila las aguas. Y cuanto antes, mejor.

–¡Ea, a dormir, que mañana hay que madrugar! – gritó el mayoral, impaciente, desde la puerta del granero.

–¡Sí, sobre la paja, como los cerdos! – gruñó rabioso el Sisco, frotándose la roña de los pies con los dedos-. Mientras ellos se acuestan entre sábanas de hilo. ¡Canallas!

Con un salto de cama de seda sobre los hombros y los pies embutidos en unas finas chinelas de tafilete, Solange de Clermont se desmaquillaba cuidadosamente frente al espejo ovalado del tocador de la alcoba del Obispo, el suntuoso y solemne dormitorio que invariablemente les reservaba Cecilia cuando se presentaban en Requesens. Las paredes recubiertas de raso rojo y los pesados muebles de caoba oscura le prestaban un aire un tanto fúnebre y eclesiástico a tono con su nombre. Un gran crucifijo de plata presidía la cabecera de la cama estilo Segundo Imperio con incrustaciones doradas.

Su marido hacía rato que se había acostado y estaba enfrascado en la lectura de un libro de Ruiz de Alarcón a la luz de la lamparilla de la mesita de noche. Había apagado la del techo porque le deslumbraba. La pieza estaba sumida en una inquietante penumbra rojiza.

De vez en cuando, Solange se volvía y dirigía furtivas miradas a los rincones oscuros y a la luna del espejo del armario situado a su espalda.

–Hubert -llamó en voz baja.

–¿Qué?

–¿Tú no tienes miedo?

–¿De qué?

–De la Dama de la Fontana.

–Sí, no me llega el pijama al cuerpo.

–No te burles, Hubert. No me puedo quitar de la cabeza lo que ha dicho don Alfonso. Hace un momento me ha parecido ver revolotear un traje blanco en el espejo.

–Pues ándate con cuidado, es Ella.

–¿Quién?

–La Dama de la Fontana, ¿quién va a ser si no?

–Lo que dices no tiene ninguna gracia. ¿Has cerrado bien la puerta?

–Sí.

–Pues hace un momento me ha parecido oírla chirriar.

Hubert cerró el libro con ademán resignado, se levantó, se calzó las zapatillas y fue a comprobar que la puerta de la alcoba estaba

debidamente cerrada. También miró detrás de los cortinajes de la ventana. Incluso debajo de la cama. También echó un vistazo al cuarto de baño. Tras comprobar que todo estaba en orden, se dirigió a su mujer:

–No hay nadie, ¿te convences ahora?

Volvió a meterse en la cama, cogió el libro y reanudó la lectura.

Solange pareció quedar más tranquila y prosiguió su concienzuda labor de desmaquillaje.

–Hubert -llamó al cabo de un rato.

–¿Queeé?

–¿Te has dado cuenta de la buena pareja que hacen Javier y nuestra hija?

–¿Qué dices?

–Te decía que Javier y Marie-Thérèse hacen muy buena pareja -repitió Solange con paciencia-. Los he estado observando durante toda la cena.

–Sí, seguramente.

–Javier es un chico muy guapo y atractivo.

–Sí, eso es verdad -asintió Hubert, distraído.

–Y Marie-Thérèse se lo come con los ojos. ¿No te has dado cuenta? Y Javier le corresponde.

–Hum…

Solange terminó de quitarse los restos de rímel de los ojos.

–Creo que tendríamos que invitarlo a pasar unos días en «Bell Prat» para que se conozcan mejor. Es una buena idea, ¿no te parece?

–Y a sus padres, claro.

–Por supuesto. ¿Tú crees que a Javier le gusta nuestra hija?

–¡Mujer! ¿Cómo quieres que lo sepa? – exclamó Hubert dejando el libro a un lado-. Él no me lo ha dicho, ¿sabes? Y yo tampoco se lo voy a preguntar.

–No hace falta que me contestes de esa manera.

–No te he contestado de ninguna manera -dijo Hubert volviendo a coger el libro-. Y no te olvides de dejar la ventana entreabierta cuando te acuestes.

–Ya está.

–Más.

–No, podría entrar un vampiro.

Siguió un silencio.

Solange cerró los tarros de crema, los alineó ordenadamente como soldaditos de plomo en una parada, apagó la luz del tocador y se dirigió al amplio lecho matrimonial.

–Hubert.

Él levantó los ojos del libro.

–¿Queeeé?

–¿No te gustaría que Javier se declarara a Marie-Thérèse y fueran novios y se prometieran?

–Sí, claro que me gustaría. Javier me cae muy bien; es un chico estupendo. Pero eso lo tienen que decidir ellos, ¿no te parece? Todavía son muy jóvenes. Y Marie-Thérèse no deja de ser una niña.

Solange apartó el embozo de las sábanas y se quedó de pie junto a la cama, sin decidirse a acostarse.

–No tan niña. Ya tiene catorce años.

–Una niña -insistió Hubert-. Y Javier todavía no ha cumplido los dieciocho. Me lo ha dicho su padre después de cenar. Los cumplirá el próximo 14 de agosto.

–Como si los hubiera cumplido ya.

–En cualquier caso, siguen siendo muy jóvenes. Tienes que reconocerlo y darles una oportunidad. La vida da muchas vueltas. Y eso tendrías que saberlo tú tan bien o mejor que yo. ¿Cuántos novios has tenido antes de casarte conmigo?

–Eso no importa nada. Lo de Javier y nuestra hija es diferente.

–No sé por qué.

–Porque sí.

–Oye, Solange, me ha parecido ver algo blanco fulgurar en aquel rincón oscuro junto al armario -dijo Hubert-. Un traje de gasa o algo parecido.

Solange acabó de levantar el embozo, se metió precipitadamente en la cama y se deslizó junto a su marido.

–No es verdad -dijo mirando hacia la penumbra-. Lo has dicho para asustarme.

–Tal vez me haya equivocado -admitió Hubert-. Se trataría de un reflejo de mi libro en el espejo.

Solange se subió el embozo hasta la barbilla.

–Dime -insistió-, ¿te gustaría que se casaran?

–Claro que me gustaría -acabó reconociendo Hubert-, pero como ya te he dicho…

–¡Lo ves! – exclamó triunfalmente Solange-. Nuestra hija sería duquesa, duquesa de Montcada y Grande de España. – Solange adoptó una expresión arrobada y dejó vagar la vista por el techo-. ¿Te imaginas, Hubert? ¡Lo que iba a rabiar Laeticia Beausargent cuando se enterara! ¡Y la cursi de Fifí La Rochefoucault, que se cree la zarina de todas las Rusias!

Con la ayuda de una sólida escalera de mano, los chicos descolgaron el pesado cuadro de Goya y lo dejaron apoyado en la pared de una forma que hubiera puesto los pelos de punta al celador de museo menos concienzudo.

Eran las once de la mañana, hacía calor, y el pabellón no parecía especialmente siniestro con la luz del sol filtrándose por los ventanales.

Javier subió a lo alto de la escalera y escudriñó el recuadro desteñido que había dejado el cuadro en la pared. Dos días después de la aventura de la Prueba del Valor, el misterio de lo sucedido todavía continuaba intrigándole. ¿Eran auténticas las lágrimas que le había parecido ver en los ojos de su tatarabuela? ¿O las había soñado? ¿O era una trampa que le había tendido Laura? ¿Se había desmayado realmente? ¿Había representado una comedia para seducirlo? De esto último no tenía la menor duda. Pero tampoco lo lamentaba. En cualquier caso, lo que había ocurrido en el pabellón aquella noche era muy raro, rarísimo, inexplicable. Había sido una noche inolvidable. En todos los sentidos.

–¿Ves algo? – preguntó Blanca.

–Nada fuera de lo normal.

Blanca tampoco sabía qué pensar. Blanca podía dudar de Laura, Blanca podía dudar de sí misma, Blanca podía dudar de la ley de la gravedad que nos mantiene atornillados al planeta Tierra, Blanca podía dudar del movimiento de la Tierra alrededor del sol. Pero Blanca no podía dudar de la sangre fría de su hermano. Javier era menos impresionable que un bacalao islandés. Y si Javier decía que había visto brillar lágrimas en los ojos de la tatarabuela Elisenda, es que era

verdad. No le extrañaba que Laura se hubiera desmayado del susto; a ella le habría ocurrido tres cuartos de lo mismo. Pero le tenía muy perpleja la expresión de su hermano cuando regresaron al redondel de la torre. Rara. Ausente. No sabría cómo explicarlo. No era su hermano de siempre. Aún no había tenido la oportunidad de hablar a solas con él. Parecía que la rehuía deliberadamente. ¿Por qué? ¿A causa de Laura? ¿Qué había ocurrido realmente en el pabellón entre los dos? ¿Laura se había desmayado realmente como aseguraba su hermano y éste había tenido que reanimarla? Laura tenía una forma de mirar a Javier que no le gustaba nada. ¿No había dicho que se iba a casar con Higinio? Pues que se casara de una vez y lo dejara en paz. Ahora se arrepentía de haberla autorizado a acompañarlo a La Fontana. Nunca tendría que haberlo permitido. Pero la cosa había ocurrido tan de repente que la había pillado desprevenida. A Maite tampoco le había hecho ninguna gracia, porque estaba más claro que el agua que la chica estaba colada por su hermano. Lo cual le parecía muy bien. Ella no se lo había confesado, pero entre dos chicas que comparten la misma habitación sobran las palabras.

En el suelo, plantado frente al cuadro, con los brazos en jarras, Luisito escudriñó el semblante de Elisenda de Montcada y opinó con su habitual suficiencia:

–Seguro que debió de tratarse de unas filtraciones de agua, unas humedades que pasaron de la pared al cuadro por ósmosis o por lo que fuera y le salieron a Elisenda por los ojos, y Laura y tú las tomásteis por sus lágrimas.

–Pues en la pared no se aprecian manchas de humedad ni nada que se le parezca -dijo Javier, que continuaba en lo alto de la escalera-. Está completamente seca. Puedes subir a comprobarlo tú mismo si no me crees. Blanca, mira si hay restos de humedad en el cuadro.

Con mucha delicadeza, Blanca deslizó las yemas de los dedos por los ojos de su antepasada.

–Están secos -dijo.

–¿Has mirado por detrás?

Entre todos dieron la vuelta al cuadro y Blanca pasó los dedos por el amarillento dorso de la tela encerada.

–Lo mismo. Tócala tú, Maite, para que te convenzas.

Maite lo comprobó.

–Sí, está seca.

Volvieron a dejar el cuadro apoyado contra la pared y se apartaron un poco.

–Pues yo, a pesar de todo, continúo diciendo que vi llorar a vuestra tatarabuela -insistió Laura-. Tan claramente como os estoy viendo a vosotros ahora.

–Pues tócala tú, anda, tócala -la apremió Blanca, empujándola hacia el cuadro.

No sin cierto temeroso recelo, Laura rozó los ojos de la tatarabuela Elisenda con las yemas de los dedos.

–Sí, están secos… -dijo, extrañada-. Pero pueden haberse secado desde entonces.

–Habría señales de humedad en la pared -dijo Javier bajando de la escalera.

–No lo niego, pero a mí nadie me sacará de la cabeza que vuestra antepasada tenía los ojos húmedos de lágrimas -volvió a insistir Laura. Las lágrimas de Elisenda de Monteada, reales o imaginarias, eran la coartada que tenía que defender a capa y espada para justificar su pretendido desmayo.

Javier bajó de la escalera y examinó la cara de su antepasada con ayuda de una lupa que se sacó del bolsillo del pantalón. Pero el examen sólo puso de manifiesto los grumos de la pintura y el trazo de las pinceladas; ni rastro de grietas u otro tipo de orificios.

–Nada -dijo apartándose-. Y sin embargo…

Se miraron en silencio, unos a otros, con semblantes perplejos.

Blanca adoptó una expresión solemne.

–Las lágrimas de tía Elisenda anuncian una desgracia a alguno de los que hemos participado en la Prueba del Valor -dijo con lúgubre acento-. La muerte quizá, algo espantoso, no sé…

–¡Yo no! – exclamó Merceditas, muy asustada-. Yo no me moví de la torre.

–Tú prestaste juramento como todos -le recordó Gonzalo, que tampoco las tenía todas consigo.

–Pero yo no bajé a La Fontana.

–Ni yo tampoco.

–Fui yo, si esto os tranquiliza -dijo Javier-. Si tiene que ocurrir alguna desgracia, el palo me lo llevaré yo. ¿Estáis más tranquilos así?

–Y Laura te acompañó -le recordó Gonzalito-. ¿Por qué a ella no le va a ocurrir nada y a ti sí?

–Nadie dice que me va a ocurrir una desgracia.

–Lo dice Blanca.

–A Blanca siempre le gusta fantasear. ¿O es que no conoces a tu hermana?

–Sí, pero…

–No hay peros que valgan. Laura era mi invitada y no tomó ninguna decisión.

–¿Ah, no? Ella misma se empeñó en acompañarte. ¿No te acuerdas?

–Da igual, no cuenta.

–Sí, porque tú lo digas.

–Sí, porque lo digo yo. ¿Ocurre algo? – preguntó Javier, belicoso.

–¡Parecéis tontos de remate! – se impacientó Luisito-. Ni vuestra tatarabuela lloró, ni va a ocurrir ninguna desgracia, ni va a caer un rayo del cielo. Lo que ocurre es que Laura estaba impresionada por lo que contó Blanca y vio visiones y se asustó. Eso es todo.

–¡Mentira¡¡Yo no vi visiones! – insistió la joven-. ¡Te juro que la vi llorar como te estoy viendo a ti ahora mismo!

–¡Naranjas de la China!

–Bueno, por lo menos tenía los ojos húmedos de lágrimas -admitió.

–Es lo que te parecería a ti.

–No…

–¿Entonces estás conforme con que a ti también te alcance la maldición del cuadro? – preguntó Luisito burlonamente.

–No -contestó Laura, menos segura de lo que quería aparentar.

Blanca tenía una forma de contar las cosas que causaba escalofríos. Aunque lo más inquietante, ahora que las podía ver juntas, a ella y a su tatarabuela, era su extraordinario parecido. Descontando los perifollos y cintajos con que Goya había adornado a Elisenda, eran prácticamente idénticas, como dos gotas de agua.

–No -repitió-. No me hace ninguna gracia… tengo miedo…

–¡Serás burra! – se enfadó su hermano-. ¡Cualquiera diría que vas a cumplir veintiún años dentro de pocos días!

–¡Ea, no vale la pena discutir por tan poca cosa! – exclamó Javier, impaciente, volviendo a subir a la escalera-. Desde aquí conjuro a los espíritus del pabellón y asumo toda la responsabilidad de lo ocurrido. Y las consecuencias que se puedan derivar. – Hizo una pausa-. ¡Ea! Echadme una mano, que este cuadro pesa una tonelada…

Lo izaron con grandes esfuerzos, lo colgaron de sus ganchos y Elisenda de Montcada volvió a presidir el pabellón como si nada hubiera ocurrido.

Javier bajó de la escalera y se frotó las manos para desprenderse el polvo que se le había adherido.

–Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance y yo he quedado como un tonto. Eso es todo.

–A no ser… a no ser… -dijo Blanca pensativamente.

–¿A no ser, qué?

–Que volvamos a bajar esta noche para descifrar el misterio de lo ocurrido anteayer. Si es que realmente ocurrió algo -añadió cautelosamente.

–De ninguna de las maneras -cortó Javier, tajante-. Ya está bien haber hecho el ridículo una vez para tener que repetirlo.

–Pues si esta noche bajaras a La Fontana, a mí me gustaría mucho acompañarte -dijo Maite tímidamente.

–Te lo agradezco mucho, Maite pero, pero, tal como está el patio, será mejor dejarlo para otra ocasión… y, además, esta noche ya no hay luna llena.

–¿Me lo prometes?

–¿Te prometo qué?

–Que me acompañarás en otra ocasión.

–Prometido. Y ahora, ¿qué os parece si nos damos un chapuzón para olvidarnos de este dichoso asunto? El agua fría nos aclarará las ideas. ¿Vale?

Desde la orilla derecha del arroyo de Requesens, tumbados boca abajo sobre una crujiente alfombra de agujas de pino, el Sisco y el Anselmo espiaban los chapoteos de los chicos en el estanque.

Era domingo, y de acuerdo con los preceptos de la Iglesia impuestos férreamente por CFecilia, en el Señorío de Requesens de la Marca se respetaba escrupulosamente el día de descanso dominical, a diferencia

de otros pagos, donde los aldeanos continuaban afanándose en las tareas de la siega para no perder un solo día de buen tiempo.

–¡No están buenas ni nada las mozas! – dijo el Anselmo con los ojos brillantes fijos en los muslos de Laura-. ¿Con cuál te quedabas tú? ¿Te has fijado en aquella morenaza? ¿O en la rubia de más allá? A mí me traen loco.

–Todas están muy buenas y muy ricas, pero ninguna vale lo que el cuadro que se guarda en este caserón -contestó el Sisco con la vista fija en el pabellón de caza-. Tres o cuatro millones de pesetas. Lo pintó un tal Goya hace un montón de años. ¿Qué te parece si entramos y le echamos un vistazo? Por lo que he oído decir en el pueblo, la puerta nunca se cierra con llave.

–¡No entraría ahí ni por todo el oro del mundo! Dicen que el que entra, no sale vivo. El lugar está embrujado desde que unos soldados franceses violaron a la dueña del castillo y ahora su fantasma se venga con los que se atreven. No, no cuentes conmigo.

–¡Cobarde!

–Un cobarde vivo. Lo mismo que tú, que hablas de boquilla y te cagarías de miedo en los pantalones si vieras el fantasma ése.

El Sisco hizo caso omiso del insulto. Su mirada no se apartaba del pabellón de caza. Tenía el ceño fruncido en profunda meditación. Así estuvo unos segundos. Después se sacó una bolsa de tabaco del bolsillo del chaleco y lió lentamente un grueso cigarro que se llevó a la boca y encendió con un chisquero de mecha amarilla.

–¿Te imaginas lo que podrías hacer con tanto dinero? Cuatro millones de pesetas. No habrías de volver a preocuparte en la vida. Podrías tener todas las mujeres que quisieras, ir a los toros todos los domingos, levantarte a las diez, desayunar en la cama, comprarte un coche, ir al teatro todas las tardes, apuntarte al casino de los señores… ¿Qué me dices, Anselmo? ¿No te animas?

–No.

El Sisco dio una larga chupada al cigarro y lanzó una bocanada de humo maloliente a la cara de su compadre.

–Piénsalo bien, *desgraciao.*

–Ya lo he pensado.

–No correrías ningún riesgo.

–Eso es lo que tú te crees.
–Allá tú, pero conmigo no cuentes.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 2:
1936-1939

Con el ceño fruncido, las manos a la espalda y el rojo fajín distintivo de su rango militar ciñendo su gruesa cintura, Francisco Llano de la Encomienda, capitán general de Cataluña, medía con pasos inquietos el parquet de roble de su despacho de Capitanía.

La solemne estancia estaba sumida en una grata y fresca penumbra. El fulgor del sol, atenuado por los postigos entornados, se reflejaba en el acero de las espadas cruzadas en sus panoplias y arrancaba pálidos fulgores a la vieja seda de los estandartes. Del paseo de Colón subía el confuso rumor de colmena atareada del puerto de Barcelona, señoreado por el Almirante de la Mar Océana, encaramado en lo alto de su columna de hierro, señalando con su índice de bronce el camino hacia las Indias. La ligera brisa que soplaba desde el mar atemperaba la sofocante atmósfera estival y hacía entrechocar los aparejos de los últimos veleros amarrados a los muelles de Bosch y Alsina, vulgarmente llamados *de la fusta.* El aire olía fuertemente a brea, salitre y salazón de pescado. Tras los tinglados portuarios y el bosque de grúas de la dársena de San Beltrán, sobresalían las negras chimeneas del vapor *Uruguay,* que había servido de prisión flotante a los ilustres condenados por la intentona separatista de octubre de 1934, entre ellos, el propio presidente Companys, a la sazón al frente del gobierno de la Generalidad de Cataluña. Más allá, difuminada por la calima estival, se perfilaba la silueta alargada del castillo de Montjuich dominando el mar y la Ciudad Condal, tendidos a sus pies.

El coronel Serrano, de la Guardia Civil, sentado muy tieso en una gastada butaca de cuero, con el tricornio, los guantes y una fusta de cuero reposando sobre sus rodillas, seguía con la vista las inquietas idas y venidas de su superior. Un aire de distinción, austeridad y disciplina emanaba de su uniforme verdoso, cuidadosamente abotonado hasta el cuello pese a lo caluroso de la mañana de julio. El coronel Serrano procedía del escalafón de tropa, pero, por estrictos méritos profesionales, había ascendido de rango, desde simple alumno del Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil hasta la jefatura del Tercio Urbano de Barcelona que ostentaba en la actualidad.

El capitán general se detuvo finalmente frente al ventanal que daba al paseo de Colón y, apartando con la mano el pesado cortinaje de raso, contempló distraídamente el ahumado y mugriento remolcador que se dirigía al encuentro del correo de Mallorca que avanzaba a marcha lenta hacia su atracadero del muelle de España.

–¿Y dice usted, coronel Serrano, que estas relaciones y estas claves secretas se las han intervenido al capitán Valdés? – preguntó sin volverse.

–Efectivamente, mi general -respondió el coronel.

El capitán general soltó el cortinaje, rodeó la amplia mesa de su escritorio y se acomodó en un sillón de alto respaldo. A continuación se ajustó las gafas, y sacando unas hojas mecanografiadas de una carpeta de cuero repujado, las acercó a sus ojos ligeramente miopes. Su aire de preocupación se fue acentuando a medida que progresaba en su lectura. Con los dedos de la mano izquierda tamborileaba nerviosamente en la pulida superficie de caoba de su escritorio. Cuando acabó, apretó contra el pecho su gruesa papada y miró al coronel Serrano por encima de las gafas.

–¿Y estaban en poder del capitán Valdés, dice usted?

–Sí, mi general -repitió el coronel Serrano con un innegable matiz de desdén en la voz-. El capitán Pedro Valdés, de la Guardia de Asalto… y de la Unión Militar Española, la funesta UME, por más señas.

–Deduzco, por el tono de sus palabras, coronel Serrano, que la Guardia de Asalto no goza precisamente de sus simpatías, que no le inspira confianza, vamos.

El coronel torció ligeramente la boca, de labios finos y descoloridos.

–¿Qué más prueba quiere que ésta, mi general? ¿Qué se puede esperar de estos guardias sin clase ni tradición y cuyo uniforme recuerda curiosamente al de los chóferes de *casa bien?*

–¡Vamos, Serrano, que no es para tanto! Recuerde usted que son los defensores de la República.

–Serán lo que usted quiera, mi general. Pero tengo para mí que el señor Maura se equivocó de medio a medio cuando creó la Guardia de Asalto (¡valiente nombrecito!), teniéndonos a nosotros, la Guardia Civil, con un siglo de tradición y experiencia a cuestas. ¿Qué quiere que

le diga, mi general? Me molesta su arrogancia y su insufrible aire de advenedizos. Y, por si fuera poco, ahora resulta que han salido conspiradores, como ese capitán Valdés.

–Será la excepción que confirma la regla -dijo el general Llano de la Encomienda dejando las hojas mecanografiadas sobre la mesa-. La trayectoria de la Guardia de Asalto no puede ser más correcta y republicana.

–Dios lo quiera. ¿Ha visto usted quiénes figuran en esta relación, mi general?

–Sí, por desgracia -asintió el capitán general con un suspiro de pesar-. Hacía tiempo que sospechaba que la guarnición de Barcelona conspiraba contra el gobierno de la República, pero ignoraba que los conspiradores fueran tantos y tan significados. – El general se ajustó las gafas y leyó-: Los coroneles Roldán, Escalera, Lacasa… los comandantes Unzúe, López Varela, De Montcada… los capitanes Lizcano de la Rosa, Oller, López Amor… la lista es interminable. Salta a la vista que los de la UME no se han dormido.

–Lo cual no tiene nada de extraño, mi general; los hemos dejado ir demasiado lejos.

–Eso no se lo voy a discutir, Serrano, pero esta situación a la que se ha llegado era de prever. – El general Llano de la Encomienda apoyó los codos en los brazos de su sillón y unió las puntas de los dedos de ambas manos-. En mi opinión, los sucesivos gobiernos de la República han actuado con muy poco tacto, por no decir ninguno, y las medidas que se han tomado contra el ejército no han podido caer peor en las salas de banderas. Como la última amenaza del señor Azaña, ¿la recuerda usted? *¡Trituraré la casta militar!* Ésa no es forma de hablar de todo un presidente de la República. Usted y yo somos militares, Serrano. ¿Cómo se supone que debemos reaccionar ante semejante dislate?

–No sabría qué decirle, mi general. Lo que sí sé, a ciencia cierta, es que los militares, el ejército y la Guardia Civil somos apolíticos por naturaleza…

–…y debemos obediencia al poder constituido emanado de la soberanía del pueblo expresada en las urnas, sí Serrano -terminó la frase el general-. Eso lo sabemos todos. Yo, como usted, no justifico ni

comparto los puntos de vista ni las ideas de los conspiradores, pero sí le diré que los comprendo hasta cierto punto: el actual gobierno los ha llevado al disparadero.

–¡Mi general! – protestó, escandalizado, el coronel.

–Sí, Serrano, no nos andemos por las ramas y llamemos a las cosas por su nombre. Usted sabe, tan bien como yo, que últimamente han ocurrido cosas que clamaban al cielo, pero que usted y yo, y muchos compañeros de armas, nos hemos esforzado en minimizar por el bien de España. Usted ya me entiende.

–Eso no se lo voy a discutir, mi general. Pero ahora se impone obrar con mano dura y sin perder un instante para abortar esta conspiración insensata que sólo puede traer desgracias.

El general Llano de la Encomienda se inclinó con viveza hacia el coronel al tiempo que blandía las hojas mecanografiadas por encima de su cabeza.

–¿Mano dura, dice usted, Serrano? Mire, si ahora me presentara con estas relaciones en los regimientos de los conjurados para arrestarlos, lo más probable sería que me volaran la cabeza. Bastaría la menor provocación por mi parte para desencadenar el motín. – El capitán general sacudió la cabeza enérgicamente-. No, Serrano, no es mano dura lo que hay que emplear ahora, sino tacto, mucho tacto, mano izquierda. ¿Por qué cree usted, si no, que el gobierno ha destinado a Franco a Canarias, a Goded, a Baleares, y a Mola, a Navarra? Pues, sencillamente, para tenerlos apartados de los resortes del poder e impedirles que metan las manos en la masa. Créame, Serrano, lo que ahora se impone es actuar con sumo tacto, diplomacia. Un solo paso en falso bastaría para desatar el motín. El horno no está para bollos.

El coronel esbozó una mueca escéptica.

–Usted sabrá lo que se hace, mi general, pero lamento decirle, con el máximo respeto, por supuesto, que está permitiendo una situación de rebeldía castigada en el Código de Justicia Militar.

–¡Por Dios, Serrano, no dramatice! Hasta la fecha no se ha sublevado nadie.

–De momento, mi general, pero, de acuerdo con estos papeles que tiene usted en la mano, los conjurados lo pueden hacer el día menos

pensado.

–¿Y qué me dice usted de su gente?-contraatacó el general, belicoso-. ¿Tan seguro está de sus guardias que se atreve a señalar la paja en el ojo ajeno? Apuesto a que más de un capitán, por no decir todos, estará de acuerdo con los conspiradores. Y más de un guardia también. Muchísimos más de los que usted se imagina, la mitad por lo menos, si mucho me apura. Que ya sabemos de qué pie cojea la Benemérita.

Cuando el coronel se disponía a contestarle, sonaron unos discretos golpecitos en la puerta del salón y asomó la cabeza de un galoneado ayudante.

–Perdone, mi general, en la antecámara espera don Alfonso de Montcada. Dice si no tendría inconveniente en recibirlo unos minutos.

Llano de la Encomienda cambió una rápida mirada de inteligencia con el coronel.

–Hablando del rey de Roma… ¿No tiene inconveniente en que lo reciba, Serrano?

–Todo lo contrario, mi general. A lo mejor nos enteramos de las razones que han llevado a su hijo y a sus amigos a embarcarse en esta aventura disparatada.

–De acuerdo, comandante, hágalo pasar.

El comandante abrió la puerta.

–Cuando usted quiera, mi general.

Don Alfonso entró con el paso firme y desenvuelto de la persona que conoce el terreno que pisa. Vestía el traje de rayadillo de costumbre, se tocaba con un canotier, empuñaba un bastoncillo de bambú y llevaba un ejemplar de *La Vanguardia* doblado bajo el brazo.

El capitán general se levantó y salió a su encuentro, mientras el coronel permanecía de pie, firmes, muy rígido, tal como prescriben las ordenanzas.

–Celebro mucho saludarlo, Montcada -dijo Llano de la Encomienda tendiéndole la mano.

–Lo mismo digo, Llano -contestó don Alfonso, estrechándosela.

–Montcada, permítame que le presente al coronel Serrano, de la Guardia Civil.

–A sus órdenes, mi general -se cuadró el coronel con un breve taconazo.

–Por favor, coronel, se lo ruego… le recuerdo que ya no tengo mando -dijo don Alfonso con la mano tendida.

El capitán general invitó a don Alfonso y al coronel a tomar asiento en un tresillo, mientras él revolvía en los cajones de su escritorio y sacaba una caja de puros habanos que ofreció al recién llegado.

–¡Esto no es jugar limpio! – protestó don Alfonso eligiendo un cigarro-. Usted conoce mis debilidades.

–Las de usted y las de todos los veteranos de Cuba -respondió el general tomando asiento frente a él-. Usted también, coronel, sírvase a su gusto.

–Gracias, mi general.

Los tres hombres encendieron los vegueros con deliberada parsimonia y aprovecharon la ocasión para observarse disimuladamente al amparo de las nubes aromáticas que extraían de sus cigarros.

–Bueno, Montcada, ya me dirá usted lo que lo trae por aquí -dijo finalmente el general Llano de la Encomienda cruzando las piernas y retrepándose en su butaca.

–Nada bueno, Llano, si le he de ser franco: comentar con usted lo que está ocurriendo en España de un tiempo a esta parte -contestó don Alfonso entrando en materia sin más circunloquios.

El general simuló un gesto de alarmada sorpresa.

–¿Qué ocurre, Montcada? Me intriga usted.

–Oiga, Llano -contestó, socarrón, don Alfonso-, ¿es que no lee usted la prensa?

–Todos los días, y hasta la fecha no he encontrado nada especialmente alarmante.

–¿Ni siquiera el recuento de desgracias, huelgas, incendios, asesinatos y atentados que hizo el otro día en las Cortes el señor Calvo Sotelo? Si mal no recuerdo, en estos cinco meses de gobierno del Frente Popular (si se le puede llamar gobierno) han ardido ciento cincuenta iglesias, se han cometido más de trescientos asesinatos en plena calle, se han declarado cien huelgas, perpetrado incontables atracos a mano armada, se han producido innumerables revueltas campesinas en

Andalucía, asaltos a centros políticos de derechas, a redacciones de periódicos… y no me alargo más para no hacer la lista interminable. ¿Usted no ve nada de alarmante en todo ello?

El general Llano de la Encomienda fingió estudiar con mucha atención la dorada vitola de su habano, y respondió, sin mirarlo:

–Sí, tengo que reconocer que últimamente se han producido algunos incidentes más o menos graves, pero no veo motivo alguno de alarma. Estoy seguro de que el gobierno tomará las medidas oportunas para que estos, llamémosles, desahogos de los partidarios del Frente Popular no se vuelvan a repetir.

–A cualquier cosa llama usted desahogo -comentó don Alfonso burlonamente, sacudiendo la ceniza de su cigarro en un pesado cenicero de cristal tallado situado junto a su butaca-. Nada menos que a trescientos asesinatos. Y esto no es más que el aperitivo de lo que nos espera si el señor Largo Caballero se sale con la suya e implanta una dictadura del proletariado al estilo de la Unión Soviética, algo que lleva todas las trazas de conseguir si el señor Azaña sigue empeñado en continuar representando con tanto celo su papel de Kerensky español.

–¡Ya será menos!

Don Alfonso se sacó unas notas del bolsillo de la americana.

–¿Qué será menos? Mire usted, Llano, éstas son las palabras textuales que pronunció este señor en un mitin celebrado en el cine Europa de Madrid no hace muchos días, recogidas posteriormente en las páginas de *El Socialista.* Dicen así. – Don Alfonso leyó-: *Cuando hablo de Socialismo, no hablo de Socialismo a secas, hablo del Socialismo marxista, y al hablar del Socialismo marxista, me refiero al Socialismo revolucionario. El actual gobierno del Frente Popular no es más que un mero trámite previo a la implantación del comunismo en España.* -Don Alfonso levantó la vista de la nota y fijó sus ojos en los del capitán general-. Todo esto, y mucho más, lo puede leer en la prensa diaria, yo no me invento nada, Llano. Me limito a repetir las palabras del señor Largo Caballero.

El general Llano de la Encomienda extendió los brazos con un gesto de impotencia y desaliento.

–¿Y qué quiere que yo le haga, Montcada? Yo no soy más que un soldado, un servidor del gobierno legalmente constituido. ¿Qué otra

cosa puedo hacer sino obedecer a mis superiores, al ministro de la Guerra? ¿Qué haría usted en mi lugar?

–Algo parecido a lo que sugiere don Miguel Maura, persona que, doy por sentado, le merecerá todos sus respetos y la máxima credibilidad democrática. Es, por si usted lo había olvidado, uno de los firmantes del Pacto de San Sebastián, juntamente con Ortega y Gasset, Unamuno, el doctor Marañón y otros ilustres varones.

–¿Y qué dice este eximio padre de la patria, si se puede saber?

Don Alfonso abrió el ejemplar de *La Vanguardia* que había traído bajo el brazo, lo desplegó por la mitad y señaló con el dedo un artículo de fondo titulado «Nos equivocamos».

–Está fechado el 31 de junio pasado. ¿Se lo leo?

–Sí, por favor.

–Como es muy extenso, me limitaré a leer los párrafos más significativos que me he tomado la libertad de subrayar. Dicen así: *Los republicanos tenemos el deber sacratísimo de salvar la República y, por añadidura, la obligación de no defraudar con engaño, que sería criminal, al país, dejando que se consume su ruina por el empeño mezquino de nuestro amor propio de no reconocer los errores cometidos, o de no prestarnos a rectificarlos. Cuando lo que está en tela de juicio es la vida misma de España, cuando la sombra de la anarquía y de la ruina pasan por delante de las miradas atónitas o enfurecidas de los españoles… tenemos el indeclinable deber de acudir al remedio, arrollando cuanto estorbe.* Sigue un párrafo donde proclama que él no tuvo arte ni parte en los incendios de iglesias y desmanes callejeros de mayo de 1931 tolerados por el nuevo gobierno republicano. En una palabra, que Maura se cura en salud y se cubre las espaldas. Y luego continúa; atienda, Llano: *Nos equivocamos en los modos ásperos y violentos de practicar la función del gobierno, provocando la protesta y el desvío de todos los ciudadanos -que en España son legión- que repudian y execran la violencia y el atropello. Nos equivocamos cuando, atentos a circunstancias del momento, o a conveniencias minúsculas de los gobiernos, consentimos y estimulamos el relajamiento de los resortes de la autoridad, en vez de considerar el mantenimiento inflexible del orden público.*

Don Alfonso hizo una pausa, alzó los ojos del periódico y paseó la mirada por las caras del capitán general y del coronel Serrano.

–¿Les suena esta música, no es verdad, caballeros?

–Continúe, por favor -dijo el general, que había dejado apagar el puro entre los dedos.

–Continúo: ***Somos los republicanos, y aquella parte del socialismo no contaminada por la locura revolucionaria, quienes hemos de acudir a la tarea de rectificar el rumbo de la República, so pena de soportar que de fuera venga, por la derecha o por la izquierda, no sólo la rectificación, sino el barrido integral de todas las instituciones republicanas. La práctica viciosa del sistema ha hecho inservibles las Cortes para su función privativa. Las huelgas, provocadas y mantenidas por los partidos adscritos a la mayoría parlamentaria, están arruinando al país y provocando conflictos inacabables. Los desórdenes, algaradas y atropellos de las masas obreras que forman en las filas del Frente Popular están entronizando la anarquía rural, a despecho de los gobiernos que dicen ser los directores de la política del país. Tal situación equívoca no puede durar. ¿Qué hacemos, entonces? Esta pregunta está hoy en todos los labios.*** **Y es también la que me formulo yo -acabó don Alfonso.**

–¿Puedo preguntarle qué sugiere don Miguel Maura para acabar con esta situación? – inquirió el capitán general.

–En seguida se lo aclaro. – Y don Alfonso prosiguió-: ***Rectificar, de una vez por todas, y sin paliativos, el rumbo de L· República.***

–¿Cómo?

–Prepárese, Llano, que ahora viene lo bueno: ***Dejando en suspenso los preceptos de la Constitución y clausurando el Parlamento.***

–¿Instaurando una dictadura?

–El señor Maura no se atreve a tanto, y emplea el diplomático eufemismo de ***una dictadura republicana.*** **Y, a continuación, matiza:** ***Una dictadura nacional apoyada por zonas extensas de sus clases sociales. Una dictadura regida por los hombres que trajeron la República. Una dictadura avanzada y atrevida en su política social y económica, conservadora en sus procedimientos y en su acción gubernativa. Un gobierno de plenos poderes. Ésta, y no otra, es la solución que tiene España para los males que padece. ¿Se juzga aventurada o excesiva?***

¿Sigue prevaliendo en los ánimos de los responsables dirigentes del Estado el prejuicio de conservar la apariencia de respeto a principios legales que ellos mismos vienen violando y atropellando día tras día? ¡Ahí! Pues si tal acontece, que nadie se forje ilusiones engañosas. De fuera vendrá quien de casa nos echará. **-Don Alfonso dejó de leer y levantó la mirada hacia el general Llano de la Encomienda-. Con esta velada amenaza, *de fuera vendrá quien de casa nos echará,* don Miguel Maura alude directamente a la Unión Soviética, a la Internacional Comunista, en cuya lista de prioridades figura, en primer lugar, la implantación del comunismo en España. Exactamente lo que ha hecho Bela Kuhn en Hungría. En estos momentos, España está en el punto de mira del camarada Stalin. Es su siguiente víctima. ¿No están ustedes de acuerdo con el diagnóstico del señor Maura?**

–Sí y no -contestó en el acto Llano de la Encomienda moviendo el puro-. No le voy a negar que el diagnóstico del señor Maura es bastante exacto, pero de ahí a proclamar una dictadura media un abismo.

Don Alfonso esbozó una sonrisa irónica.

–No una dictadura corriente, recuerde, Llano, sino *una dictadura avanzada y atrevida en sus procedimientos.*

–Ya.

***-Gobierno de plenos poderes,* para despejar cualquier posible duda.**

–Que, obviamente, ejercerán los militares… entre los que yo me apresuro a excluirme.

–Pues faltará al *deber sacratísimo* para con la patria.

El capitán general contempló la brillante caña de sus botas como si esperara encontrar una zona sin lustrar para echar la bronca de rigor a su asistente. Al no encontrarla, levantó la cabeza y preguntó:

–De acuerdo, Montcada, ¿puedo preguntarle qué sugiere usted?

–Aplicar punto por punto el programa que propone don Miguel Maura. En una palabra: enfrentarse a la política suicida del gobierno.

–¿Cómo?

–¿Hace falta que se lo explique, Llano?

–Sí, me gustaría oírlo de sus propios labios.

Don Alfonso dejó pasar unos segundos antes de hablar.

–Pues sacando las tropas a la calle y declarando el estado de guerra, sencillamente.

–¿Un golpe de Estado?

–Sí. Como el que dio Lenin asaltando el palacio de Invierno donde estaba reunida la Duma, el primer gobierno democrático de Rusia.

La cara del capitán general no manifestó ningún tipo de sorpresa.

–¿Y mi juramento de fidelidad a la República?

–La República, a la que usted prestó juramento de fidelidad en su día, no tiene nada que ver con la parodia actual de la misma. Su honor yace en el fango de la calle.

–Nos guste o no -replicó con viveza el general Llano de la Encomienda-, la República de 1936 sigue siendo la misma de 1931 mientras las urnas no demuestren lo contrario, como lo han demostrado en las pasadas elecciones de febrero, votando al Frente Popular.

–Las pasadas elecciones, y permítame que le contradiga, lo único que han demostrado es que la mitad de los españoles han votado comunista.

–Bastante más de la mitad. Lo que ocurre es que el Bloque Nacional del señor Calvo Sotelo no lo quiere reconocer y hace malabarismos con las cifras.

–No se puede llamar más de la mitad a seiscientos mil votos sobre un total de ocho millones de electores.

–Pero el caso es que ganó el Frente Popular.

Don Alfonso descartó preguntarle a quién había votado para no ponerlo en un compromiso. En su lugar se volvió hacia el coronel Serrano, que hasta el momento no había abierto la boca:

–¿Puedo preguntar qué opina la Guardia Civil, coronel Serrano?

El coronel se inclinó ligeramente hacia adelante.

–La Guardia Civil no opina, mi general, la Guardia Civil obedece.

–Hermosa respuesta, Serrano, pero totalmente irrelevante, si me lo permite, en las presentes circunstancias.

–Yo no soy nadie para opinar, mi general.

–¿Ni cuando la chusma llama verdugos de Asturias a los guardias civiles y un puñado de rufianes atacan al alférez Reyes en plena Castellana por salir en defensa de la Benemérita? ¡Vamos, coronel! – se sulfuró don Alfonso-. ¡No me diga que usted no es nadie para opinar!

–Lo siento, mi general -insistió el coronel sin perder la compostura-. Yo también he prestado juramento de fidelidad a la República.

–¡Valiente juramento! ¡Ustedes dejarían que insultaran a sus madres y se quedarían tan frescos alegando un juramento trasnochado!

El coronel Serrano saltó como un resorte de acero.

–¡No le tolero esas palabras, mi general!

Llano de la Encomienda se interpuso rápidamente entre ambos y obligó a sentarse al coronel.

–¡Calma, caballeros, calma, se lo ruego! Estamos atravesando circunstancias muy difíciles y delicadas, pero si perdemos la serenidad y nos enzarzamos en riñas de taberna como vulgares rufianes, no vamos a arreglar nada, sino precisamente todo lo contrario. Los ánimos ya están bastante soliviantados en la calle para…

–En la calle y en las carreteras -puntualizó don Alfonso con mordacidad-. ¿Sabían ustedes que el Automóvil Club de Inglaterra no se responsabiliza de la seguridad de sus socios que viajan por España, a los que ha advertido del riesgo de ser asaltados en cualquier cruce de caminos por cuadrillas de bandoleros que les exigirán, a punta de pistola, un donativo para el Socorro Rojo? Cuando pienso en ello se me cae la cara de vergüenza. No me extraña que en el extranjero siga coleando la Leyenda Negra y nos tengan por un hatajo de bárbaros.

El general Llano de la Encomienda intentó en vano sacar humo a su habano.

El coronel, más calmado, le ofreció fuego con su mechero. El general dio un par de chupadas.

–Gracias, Serrano… -Una pausa-. Mire, Montcada, las cosas no se van a arreglar sacando las tropas a la calle una vez más. En España, desgraciadamente, ya habido bastantes pronunciamientos. ¿Sabía usted que los españoles tenemos el dudoso honor de haber acuñado la expresión *pronunciamiento?* Los españoles todo lo queremos solucionar con pronunciamientos, y nos olvidamos de que, con las bayonetas, como dijo Metternich, se puede hacer todo menos sentarse encima de ellas. La reciente historia de España nos ha demostrado hasta la saciedad que las soluciones de fuerza sólo conducen a callejones sin salida.

–Pero no me negará usted que, bajo el Directorio de Primo de Rivera, España conoció una época de paz y prosperidad sin

precedentes.

–También me contará usted cómo acabó: con la monarquía al garete, el rey en el exilio, las iglesias en llamas y la economía por los suelos. – El capitán general hizo una pausa para sacudirse la ceniza del puro que le había caído en los pantalones-. Créame, Montcada, los pronunciamientos decimonónicos no solucionan nada, y lo único que consiguen es dejar al país peor de lo que estaba, y a los conspiradores, en ridículo. Como el que protagonizó Sanjurjo en el año 32 para restaurar la monarquía, ¿se acuerdan ustedes? Porque lo grave del caso -continuó el general Llano de la Encomienda después de dar una nerviosa chupada a su cigarro- es la indecisión y la vaguedad de los *pronunciadores,* si los puedo llamar así. Son verdaderas veletas humanas. El caso de Sanjurjo es paradigmático. En 1926, el rey le concede el título de marqués del Rif para premiar sus buenos servicios en Marruecos, lo que me parece muy justo. También se le otorga el mando supremo de la Guardia Civil. Pero al final de la Dictadura, nuestro hombre se levanta con el pie izquierdo e informa a su majestad que no puede contar con el apoyo de la Benemérita para mantenerse en el trono. Como ha dicho acertadamente el coronel Serrano hace un momento, la Guardia Civil obedece, y si Sanjurjo lo hubiera mandado, la Benemérita habría salido en defensa del rey. Pero como a Sanjurjo no le dio la gana, don Alfonso tuvo que escapar a uña de caballo.

–Una verdadera vergüenza, Llano, no puedo estar más de acuerdo con usted.

–Lo celebro. Pero ahí no acaba la historia. Y permítame que le refresque la memoria. En 1932, Sanjurjo se levanta con el pie derecho y se *pronuncia* a favor de restaurar la monarquía, y que de lo dicho en 1931, nada de nada. Como Goded, otro que tal. Realmente, ¿a ustedes les parece sensato confiar el gobierno de la nación a semejante colección de lunáticos? A mí me parece sencillamente aberrante. Pero lo grave del caso es que el mal no es privativo del generalato, ni mucho menos. Cualquier capitán de tres al cuarto, por el mero hecho de lucir tres estrellas en la bocamanga, se cree en posesión de la verdad y el derecho de decidir lo que más le conviene al pueblo español… el cual jamás le ha pedido que piense y decida por él.

–Supongo que esto no lo dirá por mí, Llano. Yo no tuve nada que ver con Primo de Rivera ni participé en el complot de Sanjurjo, usted lo sabe tan bien como yo.

–Lo sé, Montcada, lo sé, y eso le honra. Y por eso mismo me sorprende que ahora quiera incurrir en el mismo error que esos salvadores de la patria.

–Sencillamente porque la situación ha llegado demasiado lejos, a un punto sin retorno. Se ha tirado tanto de la cuerda que el arco está a punto de romperse. El poder está en la calle. Azaña es un títere de las masas. La chusma campa a sus anchas, el caos y la anarquía son totales. Cuando no es el incendio de una iglesia, es un atraco a mano armada a un banco. El populacho hace lo que le viene en gana sin que la autoridad se atreva a intervenir. Como la revuelta que estalló hace pocos días en un pueblo de Andalucía. ¿No se han enterado ustedes?

El capitán general negó con un movimiento de la cabeza.

–Resulta que los jornaleros invadieron la finca de un criador de reses bravas, lo degollaron y luego pasearon su cabeza ensartada en una pica por las calles del pueblo. Luego mataron a los toros, los asaron en la plaza mayor y se los comieron. Y todo esto, a la vista de la Benemérita, que tenía estrictas órdenes de no intervenir. Un *incidente sin importancia,* que la prensa despachó con una breve nota para no alarmar más de la cuenta a la opinión pública. Yo me enteré de los detalles por unos parientes que viven cerca y que a estas horas ya están camino de Portugal. Si esto ocurre en un Estado de derecho, como el que se supone vigente en España, que baje Dios y lo vea. ¿Qué más pruebas quiere usted para declarar el estado de guerra?

–Yo no quiero pruebas de ninguna clase, Montcada -se impacientó el capitán general-. Lo único que quiero y deseo es respetar la legalidad vigente, acatar la Constitución, ser fiel al juramento que presté en mi día a la República y obedecer a mis superiores inmediatos, el ministro de la Guerra. Si ese señor me manda sacar las tropas a la calle, lo haré, pero nunca motu proprio. Haré exactamente lo mismo que hizo Batet en el año 34 en circunstancias muy similares a las actuales.

–Permítame que le contradiga una vez más, Llano: las circunstancias actuales no tienen nada que ver con las de 1934. Son

infinitamente peores. Batet obedeció y obró movido por nobles impulsos patrióticos al oponerse a los separatistas de la Generalidad.

–¿Insinúa que soy un mal patriota, Montcada? La duda ofende.

–Nunca he puesto en duda su patriotismo, Llano, usted lo sabe de sobra. Lo único que lamento es que no quiera darse cuenta de la situación real del país y obrar en consecuencia.

El capitán general contuvo un gesto de irritación.

–No se trata de eso, Montcada, se trata simplemente de que me parece una verdadera locura instigar un levantamiento militar que puede tener consecuencias imprevisibles. – Hizo una pausa y añadió-: Le repito de una vez por todas que jamás me embarcaré en una aventura tan insensata y que sólo obedeceré órdenes del ministro de la Guerra.

Con estas palabras el capitán general pareció dar por finalizada la entrevista.

Don Alfonso apagó cuidadosamente el puro en el cenicero, tiró de la leontina de su reloj, consultó la hora y se puso en pie.

–Caballeros, me temo que esté dicho todo lo que teníamos que decirnos. Llano, le dejo *La Vanguardia* para que acabe de leer el artículo del señor Maura.

El general Llano de la Encomienda y el coronel Serrano se levantaron igualmente.

El capitán general se acercó a don Alfonso.

–Montcada, por su propio bien, por el de su familia, por el de su hijo, por el de todos, por España entera, le ruego que medite seriamente sus próximas decisiones.

–¿Qué decisiones cree que puedo tomar yo? Recuerde que estoy retirado.

–Hay muchas maneras de estar retirado, Montcada -dijo el general mirándolo significativamente.

El coronel Serrano se cuadró con un breve taconazo, pero no hizo ningún gesto para estrechar la mano que le tendía don Alfonso con sus disculpas.

–Serrano, le ruego me perdone. No tenía ningún deseo de ofenderle. Tengo en la más alta estima a la Benemérita.

–Muchas gracias, mi general -respondió el coronel en tono glacial, con los brazos rígidos a lo largo del cuerpo.

Don Alfonso lo miró de hito en hito unos segundos. Después se encogió ligeramente de hombros y le dio la espalda con brusquedad.

El general Llano de la Encomienda disimuló el incidente y lo acompañó hasta la puerta.

–Bajaré con usted y mandaré formar la guardia en su honor.

–Muchas gracias, Llano, no se moleste -dijo don Alfonso calándose el canotier y empuñando el bastoncillo de bambú-. Hace mucho calor para que tengamos que molestar a los soldados de la guardia. Conozco el camino con los ojos cerrados.

–En ese caso, permítame que lo acompañe mi ayudante, el comandante Quintana.

–Como usted guste.

El capitán general pulsó un timbre. Al instante apareció su ayudante en el quicio de la puerta.

–¿Mandaba usted algo, mi general?

–Comandante Quintana, acompañe a don Alfonso a la puerta.

–A la orden, mi general.

Salieron a la galería porticada y el general Llano de la Encomienda siguió pensativamente con la vista la alta figura de don Alfonso, que descendía pausadamente la majestuosa escalinata de mármol gris. Lo vio cruzar el patio de armas y cambiar un rápido saludo con el capitán de guardia que había acudido a su encuentro con el sable desenvainado, presto a rendir los honores de ordenanza. A punto de desaparecer por la oscura puerta herrada que daba al paseo de Colón, don Alfonso se volvió y agitó una mano en su dirección.

–¡Gracias otra vez por el puro, Llano!

El capitán general contestó al saludo mientras le venía a la memoria un olvidado fragmento de la Odisea, aprendido en su ya lejana juventud: *Dicen que las desgracias les vienen de nosotros, los dioses, pero son ellos los que, con sus locuras, se atraen infortunios no decretados por el destino.*

Una vez fuera, don Alfonso descartó llamar un taxi para que lo llevara al restaurante de la Maison Dorée de la plaza de Cataluña, donde Joaquín Soler-Ribot los había citado, a él y a Sinibaldo, para

almorzar y *tener un cambio de impresiones.* En su lugar, decidió subir paseando Ramblas arriba, de acuerdo con la vieja costumbre que había adquirido de sus tiempos al frente de Capitanía, cuando, solo, de riguroso uniforme, sin escolta ni armas de ninguna clase, se encaminaba pausadamente a la plaza de Cataluña, llevándose la mano a la visera del ros ante quienquiera que lo saludara, incluidos los limpiabotas y las floristas. Jamás había tenido el más mínimo incidente. En invierno solía detenerse en el café de la Ópera para tomar un carajillo de ron, y en verano, en la cervecería del bar Canaletas, para refrescarse con una caña helada y, de paso, charlar con el dueño, que luego lo acompañaba hasta la puerta con grandes muestras de deferencia. Cuando estaba de buen humor, entraba en La Boquería para charlar con las lenguaraces tenderas del popular mercado barcelonés.

Obviamente, hoy, 6 de julio de 1936, vísperas de San Fermín, glorioso patrón de Navarra, no era precisamente uno de sus mejores días. La perspectiva de un buen almuerzo en la Maison Dorée no mitigaba para nada el mal sabor de boca que le había dejado la entrevista en Capitanía.

De las palabras cambiadas con Llano de la Encomienda se desprendían dos cosas. Primera: que estaba al corriente de la conjura. Y, segunda: que se opondría decididamente a la misma. Con lo cual quedaba descartado automáticamente el importantísimo factor sorpresa, decisivo para imponerse a las masas cuando llegara la hora de sacar las tropas a la calle. Otro factor que había que tener en cuenta era la animosidad (odio, mejor) que le había manifestado el coronel Serrano, que nunca había podido superar el resentimiento por proceder del simple escalafón de tropa. ¡Como si él tuviera la culpa! Si malo sería tener que enfrentarse a las turbas, mucho peor sería hacerlo a sus propios camaradas de armas y a las disciplinadas fuerzas de la Guardia Civil.

Al llegar al monumento a Colón giró a la derecha y enfiló la embocadura de las Ramblas. Golpeando rítmicamente el pavimento con su bastoncillo de bambú, fue progresando sin prisas, paseo arriba, bajo el dosel de verdor de los altos y copudos plátanos que cruzaban su ramaje por encima de su cabeza.

Ensimismado en sus sombríos presentimientos, no prestaba atención a la luminosidad del aire, ni al bullicio callejero, ni a los campanillazos de los tranvías, ni al alegre cascabeleo de los coches de punto, ni a los bocinazos de los taxis, ni al piar de la pajarería enjaulada, ni al colorido y la fina fragancia de los puestos de flores. Absorto en sus pesimistas cavilaciones, pasó de largo ante la marquesina del Gran Teatro del Liceo, sin reparar en los amarillentos carteles de la anterior temporada de ópera que anunciaban *Lucia di Lammermoor* y *Tannhauser.* Ni tampoco prestó atención a la algarabía de las amas de casa que alborotaban en la entrada del mercado de La Boquería. Ni al vocerío de los charlatanes de turno pregonando sus remedios mágicos contra la calvicie y la impotencia. Con muy buenas maneras se quitó de encima a un gitano aceitunado y renegrido que pretendía venderle un reloj de oro auténtico por dos duros. Ignoró igualmente a los apolillados amanuenses del palacio de La Virreina que escribían cartas de amor a real la cuartilla.

Como andaba sobrado de tiempo, se detuvo a la altura del palacio Moya para lustrarse los zapatos. El limpiabotas andaluz que lo atendió lo saludó respetuosamente llevándose la mano a la visera de la gorra y lo invitó a sentarse en una silla de mimbre y, mientras le daba enérgicamente al cepillo y a la gamuza, le comentó animadamente lo cortas que llevaban las faldas las mujeres aquel verano, opinión con la que don Alfonso estuvo de acuerdo. Pagó sus servicios, le dio una buena propina y reanudó su paseo Ramblas arriba.

Quince metros más allá, una florista morena, atrevida y zalamera le salió al paso y le ofreció un clavel:

–¡Cómprame un clavel, resalao!

Don Alfonso le compró uno por el precio de una docena, y la misma florista lo ayudó a prendérselo en el ojal de la solapa. En sus vivos ojos negros no se percibía la más mínima señal de ansiedad o preocupación por el futuro. Sólo una elemental alegría de vivir.

Mientras cruzaba entre los corrillos de aficionados de la fuente de Canaletas, que discutían acaloradamente los resultados de los encuentros de la pasada Liga (como si en ello les fuera la vida), don Alfonso tuvo que reconocer que las Ramblas eran un mundo aparte que no reflejaba la verdadera realidad del país, y que si un habitante de

otro planeta hubiera aterrizado aquella mañana en el viejo paseo barcelonés, habría jurado y perjurado que la Ciudad Condal reposaba confiada en el mejor de los mundos, bajo la caricia del sol y la brisa mediterráneos. Nada a su alrededor permitía barruntar las amenazadoras nubes de tormenta que se empezaban a amontonar en el horizonte.

El galoneado portero de la Maison Dorée se hizo cargo del canotier y el bastoncillo de don Alfonso nada más cruzar éste bajo el toldo anaranjado del selecto restaurante barcelonés.

–Don Sinibaldo Palol lo espera en el salón de fumadores, señor duque -le informó, obsequioso, mientras empujaba la puerta giratoria para que pasara-. Y don Joaquín Soler-Ribot ha telefoneado hace un momento para que lo excusen si se retrasa un poco. Ha alegado que estaba sumamente ocupado.

–Muchas gracias, Vicente.

–No se merecen, señor duque.

A finales del siglo xix, Jules Duffaux, un cocinero francés renegado de Chez Maxims de París, instaló sus reales en el entresuelo de una finca modernista de la plaza de Cataluña contigua a la rambla del mismo nombre, dispuesto a repetir el éxito de su antiguo amo en la capital de Francia. Era un profesional de una pieza y lo consiguió en un tiempo relativamente breve. Antes de la Gran Guerra, sus comedores eran frecuentados por celebridades de la vida pública española y europea. Aunque la Maison Dorée era famosa por su sopa de tortuga, lo que de veras atraía a la clientela era la esperanza de que su fotografía dedicada apareciera junto a la de los personajes famosos que decoraban sus paredes. No todos lo conseguían. Aparte de no tener rival frente a los fogones, monsieur Duffaux era un profundo conocedor del alma humana y sabía mejor que nadie explotar la vanidad latente en cualquier individuo. Entre los fotografiados figuraban todo tipo de personajes, desde toreros como el Gallo y Pepe Bienvenida, hasta el mismo rey de España, políticos y presidentes del gobierno, pasando por literatos y pintores del calibre de Blasco Ibáñez y Pablo Picasso, tenores como Miguel Fleta y científicos como Einstein; hasta cupletistas como la Bella Otero y la Fornarina. En el local había incluso un retrato de Mata-Hari de cuando su romance con el

industrial catalán Emilio Junoy, constructor de locomotoras. El único retrato que no constaba en la colección era el del arquitecto Gaudí.

Don Alfonso encontró a su amigo en el salón de fumadores, sentado en una butaca, entretenido en la lectura de las esquelas de *La Vanguardia.* Lo miró de arriba abajo, con falsa y burlona admiración.

–No sé cómo lo haces, Sinibaldo, pero cada día que pasa te veo más alto y arrogante. ¿Qué has comido últimamente?

–Sopa de ajo -contestó el notario que, a esas alturas de su vida, estaba más que acostumbrado a las bromas de su amigo.

Don Alfonso tomó asiento a su lado y, tras consultar brevemente a don Sinibaldo, encargó unas copas de jerez y unas aceitunas para entretener la espera.

Don Sinibaldo hurgó en el interior de su anacrónica levita, extrajo cinco pasaportes y se los tendió a su amigo.

–Aquí tienes los pasaportes que te prometí. El tuyo, el de Cecilia y los de los chicos, todos debidamente visados y sellados personalmente por monsieur Lemercier, el cónsul francés, buen amigo mío.

–Para que, llegado el caso, podamos escapar con el rabo entre las piernas, ¿verdad? – comentó burlonamente don Alfonso.

–Al paso que vamos, no me extrañaría nada.

Don Sinibaldo, aunque era miembro conspicuo de la Lliga Regionalista de Cataluña, en las últimas elecciones de febrero había votado sin vacilar al Bloque Nacional, que aglomeraba a la CEDA de Gil Robles, a los monárquicos de Calvo Sotelo, a los tradicionalistas navarros y catalanes y a otros partidos de derechas. Si muchos catalanes como él (y los nacionalistas vascos) hubieran seguido su ejemplo, la victoria del Frente Popular no habría sido tan significativa. O ni siquiera se habría producido. Pero ya se sabía: el español es un espécimen proclive a las capillitas y alérgico a las uniones. Ni siquiera frente a la temible amenaza bolchevique eran capaces de formar una piña compacta.

Don Alfonso ojeó brevemente los pasaportes y se los guardó en el bolsillo interior de su americana de rayadillo.

–Gracias de todas formas.

–Espera, que todavía no he terminado -dijo el notario tendiéndole unas hojas de papel de barba, juntamente con su gruesa pluma

estilográfica de oro-. Tendrías que estamparme tu apreciada firma al pie de estos documentos que te he preparado.

–¿Se puede saber de qué tratan?

–Son la garantía de la tranquilidad y la seguridad futuras de tu nuera y de tus nietos. Y la tuya, si no fueras tan cabezota. Firma aquí… y aquí… y aquí.

Don Alfonso firmó los documentos donde le indicaba su amigo, sin molestarse en leer su contenido, y se los devolvió con una sonrisa.

–¿Ya estás más tranquilo ahora?

–Sí, bastante más -confesó el notario sin ofenderse-. Y no te olvides de mi pluma… He hecho todo lo que estaba en mi mano para asegurar su futuro, porque, tal como están las cosas, cualquiera sabe lo que puede ocurrir el día menos pensado.

–¡Tú siempre tan pesimista, Sinibaldo! – dijo don Alfonso, que guardó para sí sus inquietudes.

–Realista, Alfonso, realista. Y ahora dime, ¿cómo están Cecilia y los chicos?

–Muy bien. Todos están muy bien. Disfrutando del sol y de las bien ganadas vacaciones. Cecilia me ha dado muchos recuerdos para ti y me ha encargado que te diga que te espera para su fiesta de cumpleaños.

–Descuida, que allí estaré como un clavo. ¿Cuándo la verás?

–Si no surgen inconvenientes de última hora, espero coger el rápido de las cinco. Cecilia agradecerá tu asistencia en el alma, porque este año íbamos a ser cuatro gatos. Los Soler-Ribot y los Masferrer se han excusado. Los primeros se han ido a Biarritz. Los segundos, a S'Agaró, invitados a la inauguración de no sé qué logia, ya conoces tú a Higinio, que no se pierde un acontecimiento de esa clase ni que lo maten.

Se presentó entonces el camarero con el aperitivo y lo dispuso en una mesita.

Don Alfonso le dio las gracias y firmó la nota que le presentaba.

–¿Y qué tal los chicos? – preguntó don Sinibaldo.

–Se lo pasan en grande, chapoteando en La Fontana y montando a caballo.

–¿Ya han jugado a la Prueba del Valor?

–Todavía no. Están esperando a mademoiselle de Clermont.

Don Sinibaldo apuró un sorbo de jerez.

–Tengo muchas ganas de verlos.

–Y ellos a ti. Blanca quiere consultarte no sé qué. Algo relacionado con la guerra de la Independencia, para la tesis de la Dama del Lago que está escribiendo. Nuestra antepasada la obsesiona.

–¿Cómo está?

–Muy guapa, hecha una verdadera señorita. No la conocerás. Es curioso lo que ocurre con las chicas -observó don Alfonso, pensativo, pinchando una aceituna y llevándosela a la boca-. Durante años andan por ahí hechas unos golfillos, jugando a indios y vaqueros, trepando a los árboles y peleándose con sus hermanos, y el día menos pensado, ¡zas!, se han convertido en mujeres hechas y derechas, que caminan sobre zapatos de tacón como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Como le ha ocurrido a mi nieta, que lleva todas las trazas de superar a su madre.

–Hum -dijo el notario, escéptico-. Lo dudo. ¿Y qué me cuentas de Javier?

Don Alfonso alzó la copa de jerez, la miró al trasluz y dijo con tono pesaroso:

–No hay quien entienda a ese chico. Ahora le ha dado por leer a Unamuno y a Bertha von Suttner, la de *Abajo las armas*, ya sabes. Me temo que esté pasando su etapa tolstoiana, ya sabes, la liberación de los siervos de la gleba, la reforma agraria y todas esas historias.

–No lo dirá por ti, supongo.

–Espero que no.

Don Sinibaldo le dio un golpecito amistoso en la rodilla.

–No le des mayor importancia, Alfonso, tu nieto está pasando el sarampión propio de la juventud. Ya se le pasará.

–Confío que así sea.

–¿Ha decidido finalmente qué va a ser en la vida cuando termine la carrera de derecho?

–Ni él mismo lo sabe -contestó don Alfonso con un resoplido de disgusto-. Diplomático, embajador o qué sé yo. Lo que tiene claro es que no quiere ser militar. Dice que ha llegado la hora de invertir la tendencia familiar y que no pegará un tiro en su vida.

–¿Y qué hay de malo en ello, si se puede saber? – inquirió el notario, igualmente ofendido-. Recuerda que en tu familia también ha

habido diplomáticos, embajadores, cardenales, bandoleros incluso, vividores de toda laya… y juristas como yo. ¿Qué hay de malo, pues, en que tu nieto quiera seguir sus pasos? No es ningún baldón para vuestro linaje. ¡Pues estaríamos apañados si todos los Montcada tuvieran que ser militares! Alfonso, déjame decirte que eres muy injusto y duro con él. Javier no se merece ese trato. ¿En qué curso está ahora?

–Ha acabado cuarto.

–Con buenas notas, supongo.

–Sobresalientes y matrículas a porrillo.

–Pues no sé de qué te quejas, Javier es un chico muy brillante y creo que se merece un voto de confianza.

–Pero eso no es todo.

–¿Ah, no?

–No. Me ha confesado que cuando acabe la carrera de derecho quiere empezar la de ingeniero agrónomo.

Don Sinibaldo enarcó una ceja.

–¿Ingeniero agrónomo?

–Te sorprende, ¿verdad? Dice que quiere ocuparse personalmente de la dirección y la explotación de Requesens y convertirlo en una finca modélica regida con criterios científicos.

–¿Pero acaso no la lleváis la mar de bien entre tú y el administrador?

–Sí, no tengo queja del señor Suñol. Es honesto y trabajador como el que más. Pero mi nieto dice que ha llegado la hora de acabar con los administradores y llevar él mismo las riendas de la explotación de las tierras del señorío. Dice que el ojo del amo engorda al caballo, lo que es verdad. Y de caballos entiende un rato largo. Los entiende mejor que nadie. Quiere introducir grandes cambios y reformas en Requesens.

–Curioso, muy curioso -musitó el notario masticando una aceituna.

–Y tú que lo digas.

–¿Y por cuál de las dos alternativas te inclinas tú?

–Por la segunda, aunque resulte menos brillante que la primera y acabe convertido en un payés titulado, lo que no me extrañaría nada. Javier adora Requesens, lo lleva en la sangre, en los genes. Dudo que haya alguien más que lo conozca como él. El Paparro, quizá. A pie, a caballo, solo o en compañía de su hermana, se ha pateado todas las

tierras, los bosques y las quebradas del señorío. Conoce todos sus secretos. Incluso el emplazamiento de la famosa cueva del Carlista, de la que tanto se habla en la comarca. – Don Alfonso asintió con la cabeza-. Sí, dentro de la desgracia, estoy convencido de que Javier lo hará muy bien en su papel de director y administrador general de Requesens. Mejor que yo, por supuesto. Porque tiene el sentido práctico de las cosas que me falta a mí.

–¿Y Gonzalo?

–¿Gonzalo o Gonzalito?

–Gonzalo, mi ahijado. ¿Podremos contar con su compañía?

–No, Gonzalo está acuartelado en su regimiento por razones que tú conoces tan bien como yo.

–¿Aún seguís adelante con el… el… asunto? – preguntó el notario bajando el tono de voz.

Don Alfonso contestó en el mismo tono:

–Sí, es cuestión de días.

Don Sinibaldo no pudo reprimir un rictus de disgusto.

–Me parece un verdadero disparate.

–Más disparatado es lo que está ocurriendo en España.

–Eso no te lo voy a discutir, Alfonso, pero si, por la razón que fuera, el alzamiento no es el triunfo aplastante que esperáis los militares, si fracasa, ¿qué va a ocurrir? Mucho me temo que la revolución pura y simple, como la rusa. Me aterra pensarlo… sí, sí, no me mires con esa cara, Alfonso. Por las noches tengo pesadillas y sueño con el asesinato de los zares en Ekaterinenburg, y veo a las turbas entrando en Requesens a sangre y fuego… es horrible, espantoso… se me pone la carne de gallina sólo de pensarlo.

Don Alfonso, compadecido por el aspecto atribulado de su amigo, le puso cariñosamente la mano en el hombro.

–¡Ea, Sinibaldo, levanta esos ánimos! No va a ocurrir nada. Y muchísimo menos esa revolución que sólo existe en tu imaginación. El ejército saldrá a la calle y con cuatro cañonazos hará salir corriendo con el rabo entre las piernas a los Escamots y a los Mozos de Escuadra de la Generalidad. Exactamente como ocurrió en otoño del 34. Y aquí paz y después gloria. A eso se reducirá esta revolución que tanto pareces temer.

–Alfonso, déjame decirte que el que está equivocado eres tú, que parece mentira que, a tus años y con tu experiencia, no quieras darte cuenta de que el panorama político español actual no tiene nada que ver con el pasado. Por primera vez en la historia, los anarquistas han votado en contra de sus principios. Si no lo hicieron en el año 33 fue porque pensaron, atinadamente, que los republicanos de izquierdas se pondrían la soga al cuello, sin ayuda de nadie, ellos solitos, al permitir los desmanes que siguieron a su victoria. Un diagnóstico que resultó ser exacto. Más exacto que el de muchos políticos profesionales. Pero en las elecciones del febrero pasado consideraron que el horno estaba lo suficientemente caldeado y votaron en masa. También hay que decir que los forzó el miedo que les inspiraba la creciente amenaza representada por la Falange de José Antonio Primo de Rivera, pese a que el hombre está recluido en la prisión de Alicante. Hasta aquí podíamos llegar, debieron de decirse los responsables anarquistas. O ellos o nosotros. El resultado de todo ese movimiento de tierras es que las izquierdas han olvidado sus diferencias y se han unido en un bloque compacto para hacer frente a las derechas. Y los militares, mi ahijado el primero, no tendrán enfrente a cuatro catalanistas mal armados y peor dirigidos, sino a la plana mayor del Frente Popular, a los comunistas y a los anarquistas de la CNT y la FAI, capitaneados por los pistoleros Ascaso y Durruti, que responderán a tiros a vuestra provocación y se armará la de San Quintín. – Don Sinibaldo movió la cabeza con un gesto de preocupación-. No me gusta nada todo este asunto, Alfonso, nada de nada. Estoy seguro de que tiene que haber soluciones menos arriesgadas y peligrosas que un alzamiento militar.

Don Alfonso exhibió una sonrisa burlona bajo su bigote entrecano.

–No será más peligroso que asistir a una sesión del Parlamento. ¿Ya te has enterado de que la Pasionaria ha amenazado de muerte a Calvo Sotelo?

–¡No se atreverán!

–¿Qué no? Tiempo al tiempo.

–En el fondo de mi corazón te doy la razón, y os apoyo a los militares, pero, te lo confieso sinceramente, Alfonso, tengo miedo, no lo puedo evitar. Yo no soy un soldado como tú, acostumbrado a mirar a la muerte cara a cara. Soy un simple notario. Estoy francamente asustado

ante el giro que puedan tomar los acontecimientos. El remedio puede ser muchísimo peor que la enfermedad. Todo el mundo sabe cómo empiezan las guerras, pero nadie cómo acaban.

–Tranquilízate, Sinibaldo, te repito y te garantizo que no va a pasar nada. Cuatro cañonazos bien dirigidos y todos a casa tan contentos como si nada hubiera ocurrido.

Estaban terminando de apurar sus copas de jerez cuando vino un botones a avisarles que don Joaquín Soler-Ribot acababa de llegar y había preguntado por ellos.

–Los espera en la puerta del comedor, caballeros.

–A saber qué querrá saber el buen hombre -dijo don Alfonso levantándose-. ¿A ti te ha comentado algo, Sinibaldo?

–Sí, que le gustaría tener un cambio de impresiones con nosotros, lo que opinamos de la actual situación política -contestó el notario mientras seguía a su amigo escaleras arriba-. Sondearnos, en una palabra. El hombre está preocupado, lo que no tiene nada de extraño. Como yo mismo.

El famoso *cotonaire,* algodonero, en lenguaje coloquial, los aguardaba junto a la puerta del comedor.

–Les ruego me perdonen el retraso -dijo mientras les estrechaba apresuradamente las manos-. Los negocios son los negocios, ya saben…

–No tendría que trabajar tanto, don Joaquín -le recriminó don Alfonso cogiéndolo amistosamente del codo-. El día menos pensado le puede dar algo. Haga como yo, tómese unas vacaciones, que se las ha ganado a pulso. Deje que Mauricio apechugue con el trabajo. O su nieto. Ya les ha llegado el turno de arrimar el hombro.

–Es lo que procuro hacer, don Alfonso. Mauricio lleva todo el peso del negocio, y lo hace magníficamente bien, lo reconozco, pero el hábito del trabajo es más fuerte que yo. Me resulta imposible estar mano sobre mano, sentado en una butaca, mirando las musarañas, como suelen hacer mis consocios del Círculo del Liceo. No lo resistiría ni una semana. Si uno ha trabajado toda la vida con todas sus fuerzas, no puede decir de repente: ya no trabajo más. Es imposible, compréndalo.

–Usted sabrá lo que se hace -dijo don Alfonso cruzando el acristalado umbral del comedor cediendo a las corteses instancias de don Joaquín.

Mientras seguía las colas del frac del solemne maestresala que los precedía con el empaque de un embajador, el señor Soler-Ribot sentía sobre sí las admirativas miradas de los comensales. Éstos se habrían sorprendido lo indecible si hubieran sabido que a los diez años era el mozo de reparto de una modesta mercería de la calle Fernando, que dormía debajo del mostrador, que comía los restos de la comida de sus amos y que había aprendido a leer con los recortes de *La Veu de Catalunya.* Éstos habían sido los humildes comienzos de su formidable carrera empresarial.

A los dieciocho se había convertido en el brazo derecho de su amo. A los veintidós, la tienda era suya. El siguiente paso fue montar una modesta fábrica textil en San Andrés de Palomar, un pueblo del extrarradio de Barcelona. El despacho lo instaló en el barrio de la Ribera, entre el mercado del Borne y las dos esbeltas agujas góticas de Santa María del Mar. Y el domicilio, en la calle de la Princesa, recientemente abierta al tráfico.

Trabajó como un castor, se movió con habilidad y ganó dinero a espuertas, entre otras cosas, fabricando tela de rayadillo para uniformar a los soldados españoles que luchaban en Cuba y, cuando la Gran Guerra, proporcionando equipos militares de escasa calidad al ejército francés, pero, eso sí, cobrados a precio de terciopelo. *Si esto es la guerra, que no llegue la paz,* era el comentario habitual que intercambiaban los fabricantes catalanes de aquel período, restregándose las manos, muy satisfechos. Ciertamente, aquél había sido un fecundo período de vacas gordas.

En el plano sentimental se había comportado con la misma cautela, habilidad y falta de escrúpulos que en sus negocios. Después de poner fin a las esperanzas de una modistilla de la calle Petritxol, se había casado con una riquísima *pubilla,* heredera, de Mataró, Rosa Buxaderas, propietaria de una próspera empresa de géneros de punto, que se había sentido arrebatada por el guapo mozo que le mostraba enaguas y corsés al otro lado del mostrador de la mercería (en aquel tiempo, el señor Soler-Ribot lucía un chaleco entallado de fantasía, un hermoso bigote negro de guías rizadas y una abundante masa de pelo del mismo color). Tuvieron tres hijos, dos chicos y una chica. Esta última se casó con el dueño de unas bodegas jerezanas al borde de la

bancarrota, que Casilda (que así se llamaba la chica) reflotó con la sustanciosa dote que le habían entregado sus padres, y con el talento práctico y organizador que había heredado del autor de sus días. Ramón, el hijo mayor, el *hereu,* en cambio, resultó ser un tarambana y un derrochador de mucho cuidado. Del dinero de su madre, para ser exactos, porque don Joaquín no le aflojaba ni un duro. Pero su madre lo adoraba, le consentía todos los caprichos y lo excusaba. Y no es que doña Rosa fuera un alma de cántaro: era más lista que el hambre, y estaba perfectamente al corriente de la marcha de su empresa. Pero el cariño filial la cegaba, y estaba convencida de que existía una conjura en el seno de la familia para hacerle la vida imposible a Ramón, Monchi, la niña de sus ojos. Y claro, Monchi se aprovechaba. Con la excusa de convertirse en pintor, se había pasado dos años en París haciendo ver que pintaba, frecuentando la dorada bohemia de la Ciudad de la Luz en compañía de Casas, Zuloaga, Rusiñol y otros pintores españoles, gastando el dinero a manos llenas en fastuosos banquetes en Maxims y la Tour d'Argent, metiéndoselo por el escote a las coristas del Folies-Bergère y apostando (y perdiendo) fortunas en las carreras de Longchamps. Cuando se le acababa el dinero, acudía a su madre, que procedía inmediatamente a reponer su provisión de fondos. Finalizados sus *estudios* parisinos, su padre creyó llegado el momento de iniciarlo en los secretos del negocio familiar, lo convocó a su despacho y le mostró el escritorio donde se suponía que tendría que desarrollar su actividad al frente de Hilaturas Soler-Ribot. Ramón se despojó del sombrero, arrojó los guantes de cabritilla sobre una butaca con ademán displicente y dirigió una pasmada mirada a su alrededor.

–¿Estás de broma, papá?

Y tras pronunciar estas palabras, se caló el sombrero, recogió los guantes y se volvió por donde había venido.

La indignación y el bochorno que esta escena causó a don Joaquín Soler-Ribot jamás se le borraron de la mente. Suerte que Mauricio, el hijo menor, resultó ser un lince para los negocios y tan trabajador como él.

Después de haberle sacado un rendimiento del mil por uno a la vieja fábrica, la jubiló con todos los honores, y en su lugar, más diez hectáreas de terreno adyacente, levantó una superfábrica de varias

naves con sus correspondientes chimeneas que fue el pasmo y la admiración de sus contemporáneos, y a cuya fastuosa inauguración habían asistido el obispo de Barcelona, el alcalde Rius y Taulet, el capitán general y la flor y nata de la burguesía barcelonesa.

Si el señor Soler-Ribot se hubiera preguntado a sí mismo la razón o la causa de su éxito (y no es probable que lo hiciera porque, absorbido como estaba por su trabajo, por el estudio de sus balances y cuentas corrientes y por la lectura de las cotizaciones de Bolsa, no tenía tiempo material para formularse tales preguntas), tendría que haber convenido que se debía a su voluntad férrea y a una dureza inhumana para con los demás y, sobre todo, para consigo mismo. Era frugal hasta rayar en la avaricia. Los trajes le duraban años y años, las camisas se le caían de puro viejas, se hacía poner medias suelas en los zapatos y repasaba hasta dos y tres veces las cuentas de los restaurantes en busca del más mínimo error que le permitiría echar una bronca al maestresala de turno.

En política era un fervoroso nacionalista, amante de la lengua y las tradiciones patrias, que se emocionaba con *El cant dels ocells y La santa espina.* En su juventud había militado en las filas del Centro Nacionalista Republicano. Pero se había ido alejando de las tesis catalanistas en la misma medida que crecía el acoso a patronos y empresarios catalanes por parte de las organizaciones sindicales y anarquistas. Hasta acabar afiliándose a la Lliga Regionalista de Cambó, de tendencia casi españolista. Después de los asesinatos de muchos colegas suyos a manos de pistoleros, no había vacilado en apoyar bajo mano al Sindicato Libre del gobernador Martínez Anido, que contrataba a ex policías para responder a tiros a los ataques de los anarquistas del Sindicato Único, y aplicaban sin contemplaciones la ley de fugas: con la excusa de que los detenidos escapaban al darles el alto, les disparaban por la espalda. La lucha adquirió caracteres terribles en la gran huelga de 1921 que paralizó media Cataluña.

Las exigencias y las reclamaciones de sus obreros lo sacaban de quicio: ¿jornada de diez horas?, ¿aumentos de sueldo?, ¿vacaciones pagadas? ¡Y que tuvieran la desfachatez de pedírselo a él, a él, que había trabajado desde los ocho años, que se había levantado todas las mañanas a las seis, que apenas había jugado con otros niños, que jamás

había puesto los pies en un baile y que había ahorrado como una hormiguita su menguado jornal, peseta a peseta, céntimo a céntimo! A él nadie le había regalado nada. Todo se lo había ganado con su propio esfuerzo, a pulso, con el sudor de su frente. Pero lo que lo ponía literalmente a parir era que sus obreros recabaran para sí el apelativo de *trabajador.* Ellos eran los *trabajadores,* la *clase trabajadora,* el *sufrido proletariado.* Y él, ¿qué coño era, si podía saberse? ¿Un gandul? ¿Un parásito? ¿Un rentista que se limitaba a cortar el cupón y vivir de gorra? ¿Qué se habían creído sus obreros? ¿Que el dinero le había caído del cielo? La prensa izquierdista lo tachaba de *explotador de sus obreros,* lo cual era mentira. Una mentira como la copa de un pino. Sus obreros no trabajaban encadenados a los telares de sus fábricas. Eran libres de despedirse cuando quisieran. Y hacer huelga. Seguro que los periodistas izquierdistas, al acusarlo así, estaban pensando en los cientos de miles de kulaks que trabajaban en las minas de plata de los Urales con grilletes en los tobillos y guardia armada a la vista.

A los cincuenta años había amasado una fortuna inmensa, y con una mínima parte de la cual sufragó las obras de restauración de la cúpula de la iglesia de la Merced, patrona de Barcelona, que amenazaba ruina. Este gesto altruista le valió la Gran Cruz de Isabel II que le impuso la reina regente en persona. A raíz de esta distinción, dejó de ser *el señor Joaquín,* a la usanza catalana tradicional, para ser tratado pomposamente de *don Joaquín,* al estilo castellano. Pero cuando su apoderado, el señor Rovirosa (su antiguo contable y amigo de la infancia, que lo había tuteado toda la vida), le preguntó si él también tenía que darle el tratamiento de *don,* le contestó, tajante: *De ninguna de las maneras, Rovirosa; tú me llamarás señor Soler,* gentilicio al que pronto añadió *Ribot* para que no le confundieran con los múltiples Soler que pululaban por la Ciudad Condal. A su mujer también continuó presentándola como *mi señora.* Fue concejal del ayuntamiento, vocal de la Cámara de Comercio y Navegación de Barcelona y cordonista distinguido de la procesión de Corpus, de frac y chistera.

Otra consecuencia visible de su nuevo estatus social fue el traslado del despacho de la firma del barrio de la Ribera a la más céntrica calle de Ausiàs March, que ocupaba la totalidad de la planta baja de la finca

y los patios interiores de toda la manzana. Un proceso mercantil, similar al de los antiguos gremios medievales, había llevado a los fabricantes textiles de Barcelona a agruparse sobre el área del Ensanche comprendida entre el paseo de Gracia, la ronda de San Pedro y el arco de Triunfo, y a convertir los espacios interiores de las manzanas (concebidos por Ildefonso Cerdá como jardines de vecindad) en inmensos almacenes donde se apilaban las piezas de tela, cuyo olor a apresto impregnaba todo el barrio y permitía a los visitantes localizarlos por el olfato.

Igual política siguió con su domicilio, que trasladó a Pedralbes, al pie de la sierra de Collserola, poco menos que en los límites del mundo conocido por aquel entonces, una sorprendente decisión que desconcertó a sus contemporáneos de su mismo ramo y posición que, huyendo del insalubre y congestionado casco antiguo, se instalaban en el Ensanche, subiendo paseo de Gracia, a la derecha.

Antonio Gaudí le dibujó los planos de la suntuosa mansión, y en los ratos libres que le dejaba la construcción de la Sagrada Familia, le levantó un delirante castillo de cartón piedra erizado de torreones pseudogóticos, falsos matacanes, dragones rampantes, ventanas enrejadas y punzantes forjados de hierro, una auténtica pesadilla capaz de acabar con los nervios del más templado. Pero se negó en redondo a añadirle una barbacana equipada con rastrillo, foso y puente levadizo, tal como le sugería tímidamente el señor Soler-Ribot. El venerable maestro de Reus tenía suficiente prestigio para imponerse a quien fuera (con la excepción del papa). El mobiliario, salido también de su lápiz, estaba inspirado directamente en potros de tortura medievales y resultaba igualmente espeluznante, pero tenía la ventaja de que las visitas, tras media hora de insulso parloteo, se despedían precipitadamente. Con todo, fueron innumerables los barceloneses que cogieron el tren de Sarriá para subir a admirar la *Casa de los Ferros*, como no tardó mucho en ser conocido el terrorífico palacete, digno de medirse con la muy celebrada Pedrera del paseo de Gracia.

Pero don Joaquín nunca fue amigo de concurrir a cenáculos artísticos, ni miembro de peñas al uso, frecuentados por próceres de su misma condición, con la vana esperanza de que el roce con pintores y literatos de fama los ayudara a pasar a la inmortalidad. Era de los

pocos barceloneses que nunca habían puesto los pies en la taberna de Els Quatre Gats, el súmmum de la bohemia barcelonesa. Don Joaquín Soler-Ribot, sencillamente, no soportaba a los *bohemios,* un hatajo de vivales y gandules. Empezando por su propio hijo mayor, Monchi para los amigos. Sin embargo, accedió a que Santiago Rusiñol retratara a su mujer cubierta de joyas de arriba abajo.

Su campaña de penetración en lo que se consideraba la buena sociedad barcelonesa culminó con el matrimonio de su hijo menor, Mauricio, con Concha Fontanilles, que había aportado una indudable dosis de distinción a su descendencia y había impuesto a rajatabla el castellano en su familia. Sintiéndolo en el alma, don Joaquín no había podido evitar que sus nietos se dirigieran a él en la lengua de Cervantes. Como mucho, había conseguido que le dieran el tratamiento de *avi.* Y que lo trataran de *usted,* contrariamente a la lacra del tuteo que se iba extendiendo como la peste entre la gente joven, y no tan joven, contagio del que ni siquiera se libraban las familias más linajudas, como la del mismo don Alfonso, que se suponía que tenían que ser las primeras en dar buen ejemplo.

El paseíllo de los tres significados patricios barceloneses entre las mesas del extravagante comedor modernista despertó cierta expectación. Muchos ojos se levantaron del contenido de los platos para seguirlos con la mirada. El profundo pensador Eugenio d'Ors dejó de perorar unos segundos con el calvo y orondo poeta José María de Sagarra en su honor. La eximia soprano Juanita Dalmau dedicó una cálida sonrisa de bienvenida a don Alfonso. El brillante abogado y ex ministro de Gracia y justicia de la Corona José Bertrán y Musitu, que almorzaba con el canónigo Huguet, cambió con el señor de Requesens una rápida mirada de inteligencia. El vizconde de Sanglier (plastrón gris perla y una barba igual que la del rey Jorge V de Inglaterra), que sentaba a su mesa a los doctores Corachán y Trueta (ambos, fervorosos miembros de Esquerra Republicana de Cataluña), le dirigió una breve inclinación de cabeza, a la que don Alfonso respondió de igual forma.

En un rincón de la pieza, sobre una tarima adornada con palmeras enanas y aspidistras anémicas, una orquestina desgranaba las pegadizas notas de *La violetera,* ante la indiferencia de los comensales enfrascados en sus triviales conversaciones.

El maestresala los instaló a una mesa contigua a los ventanales que daban a la plaza de Cataluña, protegidos del sol por toldos anaranjados que tamizaban la violenta luz del mediodía. Con una ampulosa reverencia les entregó historiados menús redactados en francés y se permitió recomendarles su langosta a la americana y turnedó Strogonoff, acompañados respectivamente por un Alella blanco frío y un tinto Marqués de Murrieta reserva del 28. Plantado junto a la mesa, digno como un pingüino emperador, esperó a que los ilustres próceres dieran la aprobación a su sugerencia, y luego se retiró con el encargo, haciendo oscilar las colas del frac.

El señor Soler-Ribot se anudó la servilleta al cuello, miró a sus amigos en busca de señales de aprobación en sus semblantes y se excusó:

–Me he olvidado de preguntarles si les habría apetecido un aperitivo.

–Muchas gracias, don Joaquín, pero nos acabamos de tomar un jerez mientras aguardábamos su llegada -contestó don Alfonso desplegando la servilleta sobre sus rodillas.

–Si les apetece algo más, sólo tienen que pedirlo.

El fresco vino de Alella y la degustación de los sabrosos crustáceos sirvieron para romper el hielo, y los tres prohombres barceloneses hablaron de lo caluroso que estaba resultando el verano en Barcelona, las ventajas e inconvenientes del mar y la montaña a la hora de arrostrar los rigores caniculares y otras banalidades igualmente intrascendentes.

Cuando terminó de chupar ruidosamente una pata de langosta, el señor Soler-Ribot rebañó el plato con un pedazo de pan, se secó los labios con la servilleta y se inclinó confidencialmente hacia sus invitados:

–Don Alfonso, primeramente quisiera excusarme por haberme tomado la libertad de invitarlos…

–¡Por favor, don Joaquín! – protestó el señor de Requesens-. Nos sentimos muy honrados con su invitación.

–Y la langosta no podría estar mejor -agregó el notario Palol-, exquisita. Usted dirá, somos todo oídos.

Confortado por estas muestras de confianza, el señor Soler-Ribot echó mano de su cartera, sacó un basto pedazo de papel doblado en dos, lo alisó con la mano y se lo tendió al notario Palol de Revardit.

–Juzguen ustedes mismos.

Don Sinibaldo se ajustó los quevedos y leyó con voz suficientemente alta para que lo oyera su amigo Alfonso: *A todo cerdo le llega su San Martín.*

Don Sinibaldo alzó la cabeza y miró, preocupado, al fabricante, que le aclaró:

–Me lo encontré el otro día encima de la mesa de mi despacho. Su significado no puede ser más claro. Es una amenaza de muerte lisa y llana. Una más de las muchas que he recibido en el curso de mi vida, pero, tal como están las cosas, ésta resulta más preocupante.

–¿Lo ha denunciado a la policía?

–Sí.

–¿Y qué han dicho?

–Que están cansados de recibir denuncias similares, que es el pan nuestro de cada día y que no le dé mayor importancia.

–¡Qué barbaridad! – exclamó el notario, consternado.

–Sí, ya lo puede usted decir. Aquella noche no pegué ojo. No le he dicho nada a mi señora para no alarmarla, pero estoy empezando a considerar la posibilidad de dejarlo todo y seguir el ejemplo del señor Cambó, que ya se ha ido de España a bordo de su yate *Catalonia.* ¿No lo sabían ustedes? Él mismo me lo aconsejó.

–Algo había oído -dijo don Sinibaldo.

El señor Soler-Ribot dobló la nota y se la guardó en el bolsillo.

–Les confesaré una cosa: mi paciencia se está acabando. Yo no soy de los que piensan que en este país nuestro la vida haya sido una balsa de aceite, pero lo que está ocurriendo de un tiempo a esta parte no se había visto nunca, qué les voy a contar a ustedes. No hay más que ver cómo está la calle. Las personas de orden no podemos salir de casa sin que nos insulten cuatro desharrapados por el mero hecho de llevar sombrero y corbata, las burlas a la Iglesia y la religión son el pan nuestro de cada día, las iglesias están vacías, los pistoleros de la FAI campan a sus anchas, los atentados están a la orden del día, tus obreros te amenazan de muerte. Mi hija Casilda y su marido han tenido que

abandonar España con toda su familia y refugiarse en Portugal. Me dice Casilda que la situación del campo andaluz da miedo y que la Guardia Civil no se atreve a intervenir… por no hablar de la Bolsa, que está peor que nunca. – Don Joaquín hizo una pausa para tomar aire-. Como ustedes comprenderán, en semejantes condiciones no hay quien trabaje, ni invierta ni haga negocios de ninguna clase. El colapso de la economía es inevitable. ¿No opinan ustedes lo mismo?

–No puedo estar más de acuerdo con usted -convino cortésmente el notario Palol.

–Mi impresión personal -continuó el señor Soler-Ribot, más animado por la atención que le dispensaban sus ilustres invitados- es que el gobierno está desbordado, como si hubiera perdido el control de la situación, como si marchara a remolque de los acontecimientos. Los señores Azaña y Casares Quiroga parecen incapaces de hacer nada para atajar el creciente desorden…

–Desengáñese, don Joaquín, no pueden ni podrán atajarlo nunca -lo interrumpió don Alfonso-. Están atados de pies y manos por la misma legalidad republicana que ellos mismos ayudaron a instaurar. Están cogidos en su propia trampa. Como tantos y tantos ilusos, creyeron que bastaba instaurar la República y aflojar las riendas para que el pueblo español se portara como los mismos ángeles. Les ha salido el tiro por la culata. ¿Se acuerda usted de lo satisfechos que estaban cuando proclamaron a los cuatro vientos aquella tontería de *Delenda est monarchia*? Hoy, seis años más tarde, empiezan a arrepentirse. El señor Maura, el primero, como usted mismo habrá podido comprobar si ha leído *La Vanguardia* de hace unos pocos días. Se lamentan: *¡No es esto, no es esto!* ¿Pues qué esperaban aquella pandilla de majaderos? ¡Haberlo pensado antes!

–Hemos de reconocer que parte de la culpa es nuestra -se permitió opinar don Sinibaldo-. ¿Qué hicimos las derechas después del triunfo electoral del 33 para arreglar las cosas? Nada, absolutamente nada. Precisamente todo lo contrario: dar marcha atrás y practicar una política revanchista absolutamente suicida. Se puede decir que pusimos en práctica el viejo refrán castellano: quien siembra vientos recoge tempestades, y ahora empezamos a recoger sus amargos frutos…

La llegada de una tropilla de camareros con el carrito de los turnedós Strogonoff interrumpió la conversación. Don Sinibaldo aprovechó la pausa para limpiarse los quevedos con la servilleta. Después de que los camareros se hubieron retirado con su aparatosa parafernalia, se los ajustó cuidadosamente a la nariz y continuó su disertación con el mesurado tono doctoral que solía adoptar cuando abordaba temas de altura:

–Habrán de convenir conmigo que este país nuestro es como los toros: o sol o sombra, no hay medias tintas ni civilizadas sombras de penumbra como ocurre en el extranjero.

–No lo dirás por la revolución de los espartaquistas de Rosa Luxembourg en Berlín -lo interrumpió don Alfonso-. Ni por la batalla campal entre los Croix de Feu y los comunistas en la plaza de la Concordia de París hace dos años, ni por las huelgas salvajes de los mineros ingleses, ni por el asesinato del canciller Dollfuss a manos de los nacionalsocialistas austríacos el mismo año treinta y cuatro, ni por la revuelta de los comunistas vieneses aplastada a cañonazos por las tropas de la Heimwehr, ni por la lucha a muerte que sostienen los irlandeses del IRA contra las tropas inglesas. Hace menos de un año, la Guardia Nacional americana disparó contra obreros paisanos suyos, justo enfrente mismo del Capitolio, bajo la mirada de Lincoln en su trono de granito, y causaron cuarenta muertos y centenares de heridos. La noticia salió en la prensa. La Bonus March, creo que se llamaba. Y esto ocurrió en la primera república de Occidente, la tierra de la libertad. En Amristar, India, un batallón de gurkas sofocó a tiros una manifestación de hindúes desarmados que reclamaban la independencia, y causó una verdadera carnicería. – Don Alfonso sacudió la cabeza con energía-. No, Sinibaldo, no, los españoles tenemos la fama, pero en el extranjero también cuecen habas.

–Sí, pero al baño María. Los españoles, a fuego vivo, a llamaradas, porque somos dos Españas enfrentadas y condenadas a no entenderse jamás. El poder está en manos de las turbas o de los dictadores de turno, no hay otra alternativa. Yo soy liberal, tú lo sabes bien, Alfonso, y siempre he defendido que la soberanía de una nación reside en la voluntad de los ciudadanos expresada libremente en las urnas… aunque a veces no sea del gusto de todos. Pero, por una especial

maldición divina, parece que esta sensata fórmula no puede funcionar en España, y lo fuerza a uno, como a Goethe, a preferir la injusticia al desorden.

–¡Qué injusticia ni qué niño muerto! – saltó don Alfonso con vehemencia-. ¿Qué vas a hacer si los comunistas te amenazan con la revolución del proletariado, robarte tus bienes y asesinarte en la cama? ¿O si te envían anónimos amenazándote de muerte como a nuestro amigo aquí presente? ¿Cruzarte de brazos y permitir que te degüellen como a un cordero que llevan al matadero?

–Ésa es precisamente la tragedia de España: defenderse de la otra media, porque no hemos sabido ponernos de acuerdo hablando como personas civilizadas.

–Aquí la civilización no tiene nada que ver, Sinibaldo. Recuerda que, durante mucho tiempo, me he esforzado sinceramente en compartir tus puntos de vista sobre la soberanía de la nación que reside en la voluntad de los ciudadanos y etcétera, etcétera, etcétera. Durante largos años he consentido que el pueblo soberano hiciera su santísima voluntad. Oportunidades de demostrarlo, como le consta a todo el mundo, no me han faltado. La primera fue en 1923, cuando me negué a formar parte del consistorio de Primo de Rivera. La segunda, en el año treinta y dos, cuando no quise participar en el complot de Sanjurjo. Incluso me he olvidado del cobarde asesinato de mi mujer a manos de un elemento del pueblo soberano. Pero no les voy a dar más oportunidades a mis cerriles compatriotas. A la tercera va la vencida. Mi paciencia ha tocado fondo. Lo he decidido. Se acabaron las contemplaciones, y si el pueblo soberano quiere guerra, la tendrá. La única solución al caos y la vergüenza que nos asfixian es un alzamiento militar que restablezca la ley y el orden público de una vez por todas. Nos guste o no, la única política posible en España es la tranca… (recuerda que tranquilidad viene de tranca). Es el único argumento que entienden nuestros paisanos. O, como dice el refrán: a grandes males, grandes remedios.

–¿Debo deducir de sus palabras que los militares van a tomar cartas en el asunto? – preguntó don Joaquín bajando cautelosamente el tono de voz-. Por ahí corren rumores de que andan preparando un alzamiento. ¿Son ciertos esos rumores o son meras habladurías?

Don Alfonso hizo un gesto vago con la mano.

–Tómeselo como quiera -dijo sin comprometerse.

Durante unos minutos los tres patricios se concentraron en los turnedós Strogonoff recomendados por el maestresala.

La orquesta se había concedido un breve descanso, y el tintineo de los cubiertos contra los platos constituía el refinado contrapunto al runrún de las conversaciones mantenidas a media voz. Los camareros, ataviados con largos mandiles hasta los pies, circulaban diligentes entre las mesas, sosteniendo en alto las fuentes de plata con maestría de alta escuela hotelera.

–La verdad, si me he tomado la libertad de invitarlos -dijo don Joaquín reanudando la conversación- ha sido también para conocer su opinión y pedir su consejo.

–Se lo daremos con mucho gusto en la medida en que se nos alcance -contestó don Alfonso.

–Gracias. ¿Puedo preguntarles entonces qué harían ustedes en mi lugar? ¿Quedarse en España, o seguir el ejemplo del señor Cambó? Yo también tengo mi yate fondeado en el Club Náutico, listo para levar anclas a una orden mía.

–No sabría qué decirle, don Joaquín -le contestó don Alfonso-. Por lo que a mí concierne, yo me quedo. A mí nadie me saca de casa. Y, menos, ese hatajo de sinvergüenzas. Si quieren pelea, se van a hartar, eso se lo garantizo yo.

–En el fondo, yo opino como usted, don Alfonso, igual que mi señora. Aunque también comprendo la postura del señor Cambó. Él puede levantar el vuelo cuando quiera porque es un financiero que tiene su capital invertido en acciones en las bolsas de medio mundo. Pero yo tengo una fábrica que no me la puedo llevar bajo el brazo. Si me quedara, es porque no soporto la idea de que me la quiten mis obreros. La sola idea me pone a morir. Sobre todo en estos momentos, cuando tengo pendiente un pedido importantísimo que me garantizaría el pleno funcionamiento de mi fábrica durante medio año como mínimo. Pero vivir con la amenaza de que el día menos pensado me asesinen mis obreros tampoco me hace ninguna gracia.

–Pues quédese y defiéndala.

–¿Usted me garantiza que los militares restablecerán el orden público y acabarán con las bombas y los pistoleros?

–Tiene usted mi palabra de honor.

El señor Soler-Ribot vaciló unos segundos antes de preguntar:

–¿Me garantiza también que respetarán nuestros privilegios, nuestra lengua, nuestra identidad y nuestro estatuto de autonomía y no prohibirán bailar sardanas?

Don Alfonso conocía sobradamente las exacerbadas tendencias catalanistas del señor Soler-Ribot, pero las pasaba diplomáticamente por alto en aras de una mejor convivencia.

–Los militares respetarán a los buenos catalanes. Y además -agregó con una breve sonrisa-, no van a prohibir bailar sardanas porque tendrían que empezar conmigo. – Hizo una pausa-. Confíe en mí, don Joaquín, y deje que los militares se encarguen de restablecer el orden público, que buena falta nos hace. A veces no hay nada como un buen palo para hacer entrar a la gente en razón… Lo que ha hecho Mussolini en Italia, y mire lo bien que les va a los italianos.

–Alfonso, te confieso que me admira tu fe en los palos para resolver los problemas de España -exclamó el notario-. Tal como lo dices, ¡todo parece tan fácil!

–Pues dame una solución mejor.

–No la conozco, pero tiene que haberla.

Ahora la orquestina la había emprendido valientemente con *La del manojo de rosas.*

–Mi hijo Mauricio se ha instalado en Biarritz con su familia -informó el señor Soler-Ribot al cabo de unos segundos-. Me pidió que se lo comunicara a usted, don Alfonso, para que no contara con ellos para la fiesta de cumpleaños de doña Cecilia.

–¿Y cómo es que usted no los ha acompañado? – preguntó don Alfonso con cierto retintín-. Tengo entendido que Biarritz goza de un tiempo muy fresco y saludable en verano.

–No crea que la idea no me tienta. Pero, como le digo, todo depende de la confirmación de este pedido del que le he hablado hace un momento.

–¿Y por qué no sube a Requesens? Le aseguro que nos sentiríamos muy honrados con su compañía.

–Se lo agradezco mucho, don Alfonso, pero… -El señor Soler-Ribot se calló de repente, alarmado por un confuso rumor que subía de la calle-. ¿No oyen ustedes?

Los comensales también prestaban oído al escándalo callejero. Habían alzado las cabezas de los contenidos de sus platos y se miraban unos a otros un tanto sorprendidos. La orquestina había interrumpido la ejecución de la popular zarzuela. La atmósfera placentera del comedor se había disipado como por arte de magia. El escándalo arreciaba por momentos. Se oían gritos, amenazas y voces destempladas.

Sin necesidad de levantarse de su silla, don Alfonso podía contemplar una abigarrada multitud procedente de las Ramblas que ya había rebasado la fuente de Canaletas y ahora subía por la acera del bar Zurich y el Banco de Bilbao. Los manifestantes avanzaban cogidos del brazo, bajo un mar de banderas rojas con la hoz y el martillo, grandes retratos de Marx, Lenin, Bakunin, Luis Companys y Pablo Iglesias, y pancartas que rezaban *¡Viva la Olimpiada Popular!, ¡Barcelona saluda a los atletas del pueblo! ¡Cataluña con la URSS!* Las rubias pelambreras de los deportistas extranjeros contrastaban con las morenas cabezas españolas intercaladas entre ellos. Muchos lucían al cuello los pañuelos rojinegros de la FAI. Otros vestían monos azules de mecánico. Entre los manifestantes también había muchachas y obreras. Incluso pintarrajeadas prostitutas del barrio chino. Los manifestantes avanzaban en densas oleadas, con los puños cerrados en alto al estilo del Rot Front alemán, coreando rítmicamente la retumbante consigna revolucionaria: *¡UHP! ¡UHP! ¡UHP! ¡Uníos, hermanos proletarios!*

Los comensales se habían asomado a los ventanales y los miraban petrificados de susto.

–¡Ya la tenemos aquí! – susurró, aterrado, el señor Soler-Ribot con las manos crispadas sobre la servilleta manchada de mayonesa y salsa Strogonoff-. ¡Es la revolución bolchevique! ¡Vienen a por nosotros!

–¿Pero no ve que son sus amigos? – le recriminó, burlón, don Alfonso-. ¿No ha leído lo que dicen sus pancartas? *¡Cataluña con la URSS!* ¿Qué más quiere usted?

La manifestación progresaba, amenazadora, plaza Cataluña arriba, como la avalancha de piedras, leños y fango que arrastra la avenida de

un río súbitamente crecido y lo arrolla todo a su paso. Los parroquianos que tomaban café en los veladores de la terraza se habían apresurado a abandonarla y a refugiarse en el interior del restaurante. Un manifestante fornido, con el pelo cortado a cepillo, en camiseta y exhibiendo unos aceitados bíceps de acróbata circense, blandió un puño como un jamón en dirección a los petrificados comensales del entresuelo.

–¡Viva Rusia! – vociferó.

–¡Viva! – contestó la multitud con un rugido.

–¡Mueran los facciosos!

–¡Mueran!

–¡Acabemos con los burgueses!

–¡Explotadores!

–¡Al paredón con ellos!

–¡Sanguijuelas!

Los comensales dieron un prudente paso atrás, entre asustados y furiosos.

–¡Esto es intolerable!

–¡No tienen ningún derecho en venir a molestar a las personas decentes!

–¡Hay que avisar a la policía!

–¡No conseguirá nada! ¡Son peores que ellos!

–¿Ha visto usted la facha de aquellas desvergonzadas?

–Se trata sólo de una manifestación deportiva -dijo el doctor Trueta, contemporizador.

–¡Mientras sea de tiro al blanco! – se lamentó el dueño de los almacenes El Siglo.

–Todo está dentro de la legalidad democrática -lo apoyó el vizconde de Sanglier-. No tienen ustedes nada que temer.

–Por si las moscas, no estaría de más que se apartaran de la ventana -rezongó un rentista obeso a su lado.

En las caras de los camareros aleteaba una sonrisa burlona.

El único que no había retrocedido un solo paso era don Alfonso. Su boca formaba una línea breve y severa bajo el bigote. Una venilla le latía inquieta bajo la sien izquierda, síntoma inequívoco de cólera contenida. Su amigo Sinibaldo le tiraba disimuladamente de la manga.

Los quevedos se le habían desprendido de la nariz y se balanceaban del extremo de la cinta de seda negra.

–¡Apártate, Alfonso, por el amor de Dios!

–Hablabas de la media España, Sinibaldo, pues aquí la tienes; anda, dialoga con ella, por mí no te prives.

El manifestante fornido se agachó, cogió un adoquín de las vías del tranvía en obras, lo lanzó con tremendo ímpetu contra el ventanal e hizo añicos la luna. Sus fragmentos cayeron sobre los despavoridos comensales, que retrocedieron en masa, menos don Alfonso, que continuó junto al ventanal. El canónigo Huguet se santiguó a hurtadillas. Se oyeron chillidos femeninos. La cantante Juanita Dalmau consideró que era el momento más oportuno para desmayarse teatralmente.

El señor Soler-Ribot no podía apartar la vista del manifestante fornido.

–¡Es Sánchez, el maquinista de mi fábrica! – jadeó con labios exangües-. ¡Estoy seguro de que me ha reconocido! El hombre me la tiene jurada desde que lo despedimos la semana pasada. La policía sospecha que es el autor de los anónimos que llegan a la mesa de mi despacho.

Sin dejar de gritar y vociferar amenazas, la manifestación pasó de largo, giró hacia la izquierda, cruzó por delante del hotel Colón y enfiló paseo de Gracia arriba, acompañada siempre por el retumbar amenazador del *¡UHP!*

Después de que la cola de la manifestación se hubo perdido de vista, el maestresala hizo un valiente esfuerzo por restablecer la normalidad y tranquilizar a la clientela. Un mozo barrió y recogió los cristales del suelo, y la orquestina reanudó sus ejecuciones, lo cual no fue óbice para que muchos comensales dieran por finalizado el almuerzo, pidieran la cuenta y se dirigieran al guardarropía en demanda de sus bastones y sus sombreros.

El notario y el señor Soler-Ribot los hubieran imitado de buena gana, pero don Alfonso los retuvo con un ademán enérgico.

–Caballeros, no vamos a permitir que esta canalla revolucionaria nos amargue el almuerzo. No sería de buena educación acabar así la invitación que nos ha hecho don Joaquín. Les ruego que continúen

sentados… -Y levantando la mano, pidió otra botella de Murrieta cosecha del 28 al maestresala-. A mi cuenta, por favor.

El notario y el señor Soler-Ribot obedecieron de mala gana pero no pudieron tragar un bocado más. La comida se les había indigestado real y literalmente hablando.

–¡No sé cómo puedes comer después de lo que acabamos de presenciar! – se escandalizó Sinibaldo al verlo tragar con buen apetito los restos del turnedó Strogonoff.

–En primer lugar, porque sería hacer un feo a nuestro anfitrión. En segundo, porque está muy bueno. Y en tercero, porque sé lo que es pasar hambre y comer bazofia, con perdón. Son tres buenas razones, ¿no te parece, Sinibaldo? Ande, eche un trago, don Joaquín -lo instó llenándole la copa-. Verá cómo lo anima.

El señor Soler-Ribot lo apuró con manos temblorosas mientras farfullaba:

–Ustedes, los militares, harán lo que quieran, que por algo son militares. Pero yo me voy a casa a hacer las maletas para ir a reunirme con mi hijo en Biarritz. Ahora lo acabo de ver claro. El día menos pensado, estos salvajes se presentan en mi casa y nos cortan el cuello a todos. Ahora comprendo los temores del señor Cambó.

–Le sugiero que se dirija al señor Companys para contarle el espectáculo que acaba de presenciar. Él se lo podrá explicar mucho mejor que yo.

–¡No se burle, don Alfonso!

–¡Vamos, don Joaquín, que no es para tanto! ¡Una algarada más de sus amigos!

–¡No son mis amigos! – protestó el señor Soler-Ribot, muy irritado-. ¡Son anarquistas, salvajes dispuestos a todo! Así es como empiezan las revoluciones en España. No me extrañaría nada que esta misma tarde empezaran a quemar iglesias. Va a ser peor que la Semana Trágica. Les digo que esto es la revolución, como la rusa.

–¿O una moderna versión de la de Els Segadors? – sugirió don Alfonso con ironía-. Con la diferencia de que ahora serán Segadores… o como se diga en ruso. Estos facinerosos disfrazados de deportistas no van a hacer distingos entre burgueses malos y catalanistas buenos. De entrada, la inmensa mayoría no son catalanes, sino andaluces,

murcianos, aragoneses y extremeños. Si ganan esos Segadores, puede despedirse de la Generalidad, del Orfeó Català y de la Virgen de Montserrat. A todos los catalanistas como usted, incluido el señor Companys, los meterán en el mismo saco… ¡y adiós muy buenas!

–El presidente Companys no lo permitirá.

–No lo podrá impedir.

–¿Ah, no?

–No, por la sencilla razón de que también tendrá que vérselas con sus compañeros de viaje, esos pretendidos atletas extranjeros, que no son otra cosa que simples agentes bolcheviques venidos a España con la excusa de estas mal llamadas Olimpiadas Populares, montadas por el Frente Popular para hacer sombra a la que Hitler ha organizado en Berlín. Recuerde que uno de los principales objetivos de la Internacional Comunista (el Komintern, por otro nombre) es exportar el modelo bolchevique a todo el mundo, el sueño de Lenin. Ahora le ha llegado el turno a España. – Don Alfonso lo miró intencionadamente y acabó-: No le creo tan iluso, don Joaquín.

–¿Y los militares? ¿Qué van a hacer los militares? Porque ya sabemos cómo las gastan a veces, y perdone la franqueza, don Alfonso.

–Los militares, por lo menos, no van a quemar iglesias, ni a matar curas, ni a entrar a saco en las casas de los burgueses -ironizó don Alfonso que, adoptando repentinamente una actitud seria, agregó-: Bromas aparte, don Joaquín, ha llegado la hora de que las derechas, de cualquier tendencia, incluso la suya, olvidemos nuestras diferencias, cerremos filas y hagamos una piña frente a la amenaza bolchevique. Como ha dicho acertadamente Cambó: *Barbarie o civilización.* No hay otra alternativa. Usted tiene la palabra, don Joaquín: o una dictadura militar, o la dictadura del proletariado. Usted elige.

–La alternativa, tal como la plantea usted, no me parece del todo correcta -se quejó don Joaquín, hecho un mar de dudas-. Resulta muy simplista.

–Me remito a los hechos. Si lo que acabamos de ver no le ha convencido, me permitiré dudar de su clarividencia y de su sentido de la realidad, don Joaquín. Apelo a su *seny,* el ceño, el proverbial sentido común de los catalanes. Algo de lo que, por lo visto, carecen aquellos revolucionarios de salón -y don Alfonso movió ligeramente la cabeza en

dirección al vizconde de Sanglier y los doctores Corachán y Trueta, que charlaban de sus cosas con todo el aire de no haberse dado por enterados del ruidoso incidente- que están jugando con fuego y van a salir escaldados del experimento.

El señor Soler-Ribot asintió tristemente y pidió la cuenta. Estaba tan apabullado por el espectáculo que acababa de presenciar, que no la repasó como tenía por costumbre.

Se despidieron en la calle, a la puerta del restaurante.

La plaza de Cataluña, tras la algarada revolucionaria, había recobrado su habitual placidez estival y dormitaba bajo el cálido sol de la tarde. Las palomas buscaban el frescor de las fuentes, y el encargado de las sillas de alquiler cabeceaba a la sombra de una encina.

El chófer del señor Soler-Ribot, uniformado de azul marino, con lustrosos leguis protegiéndole las pantorrillas, lo esperaba con la gorra en la mano izquierda y la derecha en el tirador de la puerta de un soberbio Hispano-Suiza gris-plata y negro. Hacía pocos meses que había entrado al servicio del fabricante.

–¿Quiere que lo deje en alguna parte, don Alfonso? – se ofreció don Joaquín-. Será un placer acompañarlo.

–Muchas gracias, don Joaquín, volveré al bar para tomar un café y hacer tiempo. Aquí mismo, a la vuelta de la esquina, me pilla el Ferrocarril del Norte -dijo don Alfonso señalando con el bastón la boca del subterráneo de la estación-. A las cinco sale un rápido que me dejará a las seis y pico en la estación de Vic, en donde me aguarda mi Rolls con Sabino al volante para llevarme a Requesens.

–Comprendo -asintió don Joaquín-. En cualquier caso, le ruego transmita mis recuerdos a su familia y mis felicitaciones a doña Cecilia.

–Lo mismo digo, mis saludos a doña Rosa, a Concha y a Mauricio si tiene ocasión de verlos.

–Lo haré con mucho gusto. Y usted, don Sinibaldo, ¿tampoco quiere que lo acompañe?

–Se lo agradezco mucho, don Joaquín, pero el doctor Pi y Pons me ha recomendado que camine media hora todos los días, de modo que voy a ir paseando tranquilamente Rambla abajo hasta Fernando y la plaza de San Jaime para hacer la digestión. Tengo tiempo de sobra. Con esto del verano, dejo la tarde libre a mis empleados, y hasta las

cinco no hará acto de presencia mi oficial de notarías, el señor Gratacós, para tratar del tema de una herencia que nos lleva a mal traer. Le repito que ha sido un almuerzo excelente y un placer charlar con usted. Lamento, por otra parte, la sobremesa tan agitada que nos ha tocado en suerte.

–No tiene que disculparse; no ha sido culpa suya.

Tras desearse buenas tardes, estrecharse la mano por última vez y cambiar los sombrerazos de rigor, los tres próceres se separaron y cada uno tiró por su lado.

El reluciente Hispano-Suiza del señor Soler-Ribot se detuvo suavemente frente al artístico portal neogótico de la razón social Hilaturas Soler-Ribot, S. A., y el chófer, siempre con la gorra en la mano, mantuvo la puerta abierta para que don Joaquín se apeara.

–Espéreme aquí -le ordenó.

–Lo que usted mande, don Joaquín.

Un ordenanza uniformado de gris antracita, bruscamente despertado de una beatífica siesta, se precipitó a recoger el sombrero y el bastón del señor Soler-Ribot cuando éste hubo cruzado bajo el umbral de la puerta.

–Buenas tardes, don Joaquín.

–Buenas tardes.

Las mamparas de vidrio esmerilado del vestíbulo dejaban entrever un ejército de sudorosos escribientes y contables que garabateaban afanosamente en los libros del *Haber* y el *Debe* acompañados por el sordo tableteo de un ejército de máquinas de escribir y el zumbido de los ventiladores girando en el techo. De una pared colgaba un historiado diploma acreditativo de la cooperación prestada por la prestigiosa firma barcelonesa a la Exposición Universal de 1929. El motivo gráfico del mismo era la eterna estampa del Palacio Nacional de Montjuich coronado por el haz de reflectores, y las fuentes luminosas del ingeniero Buigas en primer plano. De otra, una gran litografía de las naves de la fábrica de San Andrés echando humo por sus altas chimeneas de ladrillo rojo aseguradas con cinchos de metal.

–¿Alguna novedad? – preguntó el señor Soler-Ribot al ordenanza, sin mirarlo, mientras se dirigía a su despacho con un trotecillo vivo.

–Sí, señor. El señor Rovirosa me ha comunicado que tenía mucho interés en verlo.

–¿Pues a qué espera? Corra a avisarlo.

–Sí, señor -contestó el ordenanza saliendo a escape a cumplimentar el encargo.

La luz del día apenas llegaba al sanctasanctórum del señor Soler-Ribot. Un polvoriento globo de cristal esparcía una turbia claridad que disimulaba la alfombra raída y la gastada tapicería de los sillones. El papel de las paredes, crema y granate, acusaba el paso de los años y la falta de ventilación. El aire olía fuertemente a tabaco rancio y a tinta seca. En un rincón de la estancia dormitaba una sólida y oscura caja fuerte de Fichet y Compañía. Un escritorio de patas torneadas que imitaban las garras de un león asirio ocupaba el fondo de la pieza. Sobre el mismo, varios pisapapeles de bronce verdoso aseguraban la inmovilidad de diversos documentos y muestras de tejidos. El estado de decrepitud del despacho había sido causa de interminables discusiones con su hijo, quien, finalmente, lo había dejado como un caso imposible y se había instalado en un despacho aparte, equipado con todos los modernismos de la época; con un bar americano incluso, un despilfarro inaudito y escandaloso. Nunca acabaría de entender a su hijo. Y, menos que nada, que hubiera defendido la jornada laboral de ocho horas y las vacaciones pagadas. Apenas había tenido tiempo de acomodarse en su destartalado butacón cuando se oyeron unos discretos golpecitos en la puerta.

–¡Adelante!

–¿Puedo pasar, señor Joaquín? – preguntó el señor Rovirosa desde el dintel de la puerta. Sostenía una hoja de papel en la mano.

–Pasa, hombre, pasa, no gastes tantos cumplidos.

El señor Rovirosa era alto, estrecho de hombros y cargado de espaldas de resultas de vivir perennemente inclinado sobre presupuestos, facturas y balances.

–Me ha dicho el portero que querías verme -dijo don Joaquín.

–Efectivamente…

–Parece que tienes buenas noticias que comunicarme, lo veo en tu cara.

–Más que buenas, señor Joaquín -dijo el apoderado depositando la hoja de papel encima del escritorio-. Vea usted mismo. Llegó poco después de que usted se fuera. Martínez e Hijos, de Buenos Aires, no sólo ha aceptado nuestro presupuesto, sino que doblan el pedido con las mismas condiciones, siempre y cuando, y esto es importante, se lo sirvamos dentro de tres meses contados a partir de nuestra confirmación. Dice que le urge mucho…

El señor Soler-Ribot agarró la hoja de papel Manila con manos febriles y leyó rápidamente el texto. Todo el sedimento de inquietud, desazón y malestar que le había dejado la conversación mantenida con don Alfonso de Montcada y el notario Palol de Revardit, seguido por el sobresalto causado por la manifestación sediciosa, se evaporó al instante, para ser sustituido por una vibrante oleada de entusiasmo y energía juveniles. Su pensamiento había empezado a girar y a trazar planes a gran velocidad. Se había olvidado por completo de sus dudas y de su proyectada salida de España para viajar a Biarritz. En su orden de prioridades, el negocio era el negocio. Se sintió invadido por un ardor juvenil, inflamado de fuerza y recursos, como en sus mejores tiempos. La sangre volvía a circular con fuerza por sus viejas arterias. En su cerebro escuchaba ya la triunfal sinfonía de los centenares de telares de su fábrica de San Andrés batiendo al unísono. Con los ojos de la imaginación veía igualmente filas y más filas de grandes camiones salir cargados de piezas de tela camino del puerto. Oía el chirrido de las grúas y cabrias cargándolas en las bodegas de los vapores destinados a Sudamérica. Dejó la carta sobre su escritorio y levantó los ojos hacia el señor Rovirosa, que no había dejado de observarlo atentamente.

–Hay que convocar rápidamente una reunión con los directores de fábrica… y con los encargados de sección… para mañana mismo… los quiero ver a todos sin falta aquí a las nueve. No, mejor a las ocho en punto…

–Descuide, ahora mismo daré las órdenes pertinentes.

–¿Algo más, Rovirosa?

–Sí, su hijo Ramón ha telefoneado.

–¿Qué quería?

El señor Rovirosa carraspeó, no muy seguro del contenido del mensaje que tenía que transmitirle.

–Dice que si le podría adelantar los dos millones de la legítima que le corresponden para terminar la villa que está construyendo en el cabo de Bagur.

El señor Soler-Ribot pegó un respingo.

–¿Queeeé? ¿Me lo quieres repetir?

–Pues eso, que si le puede adelantar los dos millones de la legítima para terminar de construir su villa de la Costa Brava.

Don Joaquín conocía de oídas el último capricho de su hijo: una quinta romana semejante a la del emperador Tiberio en Capri, asomada al Mediterráneo. Una versión española del cap d'Antibes en la Costa Azul. Un príncipe ruso exiliado le había convencido de que se trataba de un buen negocio que atraería a millonarios de todo el mundo. Ya llevaba enterrados un montón de millones en el proyecto. Pasado el primer arrebato de ira, don Joaquín se tomó unos segundos para reflexionar. Luego dijo:

–Si mi hijo vuelve a llamar, dile que se los pida a su madre por la vía reglamentaria de siempre… pero no, espera -sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa-, ponle un giro postal por el importe de un real.

–Pero el precio del impreso, el papeleo y el tiempo empleado costarán mucho más -objetó el señor Rovirosa.

–No lo dudo, pero seguro que Monchi captará el mensaje… Yo también sé gastar bromas. Y, ahora, nosotros a lo nuestro. No tenemos un segundo que perder.

El señor Gratacós, el insustituible oficial de notarías de don Sinibaldo Palol de Revardit, lo recibió con cara de circunstancias:

–Don Sinibaldo, lamento tener que comunicarle que no hará ni cinco minutos que ha llamado la marquesa de Vallvidrera para informarnos de que no está conforme con el último redactado del testamento y que quiere modificar un par de cláusulas que se le antojan un tanto confusas.

El notario se imaginó a la buena señora en su villa del paseo de San Gervasio, reclinada en almohadones de seda y rodeada por sus caniches y masajistas diplomadas, releyendo por enésima vez las cláusulas de su

testamento para evitar que su fortuna fuera a parar a las manos de sus sobrinos, que le habían hecho la vida imposible. Alguna vez había sido invitado a sus veladas musicales, que reunían a lo más granado de la sociedad barcelonesa.

–Con ésta serán…

–Cinco veces las que la señora marquesa redacta sus últimas voluntades.

–Señor Gratacós, ¿se ve usted con ánimos de ponerse manos a la obra? Usted conoce los detalles mejor que yo.

–Por supuesto, don Sinibaldo.

–Si no le importa, a mí me gustaría empezar a redactar el informe de los pergaminos que me hizo llegar la semana pasada el archivero de la Diputación Foral de Guipúzcoa.

–Pierda usted cuidado, don Sinibaldo, déjelo en mis manos.

El señor Gratacós no se había quemado las pestañas en los libros, ni gastado los codos estudiando derecho hipotecario, ni había superado el trance infernal de unas oposiciones a notarías: era un simple escribiente. Y, sin embargo, sabía más de leyes y disposiciones transitorias que muchos togados en ejercicio, por aquello de que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Algunos clientes habían llegado incluso a confundirlo con el propio notario. El señor Gratacós había deshecho el malentendido con toda diplomacia. Bajo una apariencia grisácea y anodina, era un verdadero lince que se ganaba con creces el elevado sueldo que le pagaba el señor Palol de Revardit (cuya mente solía navegar por la impalpable nebulosa del derecho hipotecario), y lo descargaba de muchas faenas rutinarias, de forma que, cuando el señor notario se sentaba en su solemne mesa de caoba, frente a sus clientes, tenía la papeleta resuelta y se limitaba a leerles apresuradamente el texto de la escritura, pulcramente redactado y mecanografiado por una eficiente secretaria. Todo su trabajo se limitaba a estampar su complicada rúbrica al pie del documento, con la majestad de un rey de España: Yo, el Rey.

El señor Gratacós también era la puntualidad en persona. Desde que se inauguró el Gran Metro en 1929, todas las mañanas lo cogía en la estación de Fontana, en la esquina de la calle Salmerón, se bajaba en Liceo, y a las nueve en punto abría la puerta de la notaría, fuera el que

fuese el tiempo que hiciera. Como les sucedía a muchos barceloneses, aún no había acabado de reponerse de la sorpresa que le había causado el hecho de poder viajar bajo tierra, de Gracia a las Ramblas, en diez minutos escasos, frente a la media hora larga que empleaban los renqueantes tranvías amarillos.

Fuera de su trabajo, el señor Gratacós era un padre de familia ejemplar, una persona alegre, afable, e incluso bromista. Y un excelente jugador de manilla. Gracias a los buenos oficios de don Sinibaldo, su hijo mayor, Jordi, había conseguido colocarse como mecánico de primera en la Hispano-Suiza, la prestigiosa constructora de los automóviles del mismo nombre, conocidos y apreciados en todo el mundo; razón por la cual él y su señora le estaban eternamente agradecidos y dispuestos a hacer por él lo que fuera.

Don Alfonso encontró a su nuera muy absorta y ocupada haciendo solitarios en un rincón de la sala de estar del castillo. En Vic se había entretenido más de la cuenta visitando al obispo, que le había manifestado sus temores. Lo había tranquilizado en la medida de lo posible.

La pantalla de la lámpara esparcía una dorada luminosidad sobre la rubia cabeza de Cecilia inclinada sobre el tapete de la mesa de juego. El silencio que reinaba en la estancia era punteado por el adormecedor tictac del péndulo policromado de un reloj de pie situado en una esquina de la pieza. Una inscripción en latín recordaba la implacable fugacidad del tiempo: *Tempus fugit.* Cecilia levantó los ojos hacia su suegro y le dedicó una cálida sonrisa de bienvenida.

Don Alfonso la saludó con un afectuoso beso en la mejilla.

–No comprendo cómo puedes tener tanta paciencia con las cartas, Cecilia, me admiras.

–Me distraen de mis preocupaciones.

–¿Y qué tal mis nietos? ¿Los podría ver?

–Gonzalito se ha ido a acostar. Pero a Blanca aún la encontrará leyendo en la cama. En cuanto a Javier, se ha marchado esta mañana muy temprano a «La Encina» a echar una mano al Paparro en las faenas de la siega.

–Ese chico me está saliendo un verdadero payés -rezongó don Alfonso con fingido mal humor-. ¿Podría cenar algo, Cecilia?

–Por supuesto. Acomódese, que yo misma se lo traigo -contestó Cecilia levantándose con presteza-. ¿Qué le gustaría?

–Cualquier cosa, un café con leche, un pedazo de tarta, unas galletas, lo que tengas más a mano. No quiero que te molestes ni se moleste nadie. – Don Alfonso se llevó las manos a la barriga-. Aún tengo atravesados los turnedós Strogonoff con que nos ha obsequiado Soler-Ribot. Luego te lo cuento todo.

Cecilia recogió los naipes y salió al pasillo.

–En seguida estoy de vuelta.

Don Alfonso, tras guardar los pasaportes en un cajón de su escribanía taraceada, se arrellanó en su butaca de orejas y abrió *El Noticiero Universal* por la página donde lo había dejado en el tren. Entre las noticias de última hora informaba del atraco llevado a cabo en la armería Ravell de la calle Diputación. Uno más que añadir a la larga lista de los que últimamente se producían a diario en Barcelona. Los ladrones habían dejado fuera de combate al sereno (por poco lo matan), habían reventado la puerta metálica y se habían llevado todas las escopetas, rifles, pistolas y toda la munición que pudieron arramblar en una furgoneta que los esperaba en la esquina con el motor en marcha. La policía no había podido trincar a los ladrones ni encontrar ninguna pista.

–¡Parecen tontos! – refunfuñó don Alfonso-. Si hasta un niño sabría que ese robo es obra de nuestros amigos Durruti y compañía, que se están armando con vistas al próximo asalto. ¡Si está más claro que el agua!

Al poco volvió Cecilia con una bandeja con un tazón de café con leche, un pedazo de tarta de manzana, cubiertos de postre y una servilleta, y la depositó en una mesita contigua a la butaca de su suegro.

–¿Así está bien?

–Justo lo que yo quería.

Y mientras despachaba la frugal cena, don Alfonso puso a su nuera al corriente de su entrevista con el capitán general en su despacho de Capitanía.

–El plan no acaba de funcionar -terminó, preocupado-. Están informados. No nos quitan el ojo de encima. Llano de la Encomienda vacila. En cierto modo, está con nosotros, nos comprende, pero no se

quiere comprometer. El hombre tiene muy fresco el recuerdo de la fracasada intentona de Sanjurjo. Pero lo peor de todo es la Guardia Civil. Y no es porque yo dude del patriotismo y la lealtad de los guardias. El peligro reside en el coronel Serrano, que parece decidido a oponerse al alzamiento. El hombre me la tiene jurada por unos resentimientos que sólo existen en su imaginación, lo cual resulta muy preocupante, porque la Guardia Civil está a sus órdenes directas y no dudará en hacernos frente llegado el caso. Y si a esto le sumamos las noticias que tú nos has traído de Pamplona, no es para dar zapatetas de alegría.

Cecilia servía de discreto enlace entre los conjurados y su hermano José María, militar de carrera, destacado dirigente carlista y brazo derecho del general Mola, el jefe virtual del alzamiento militar. La guarnición de Navarra era, juntamente con el bien entrenado Ejército de Marruecos, o de África, como también era conocido, una de las mejores bazas que tenían los conjurados para hacer triunfar el alzamiento. Fal Conde, el abogado sevillano y máximo portavoz de la Comunión Tradicionalista, había prometido al general Mola ocho mil requetés, bien armados y entrenados, dispuestos a marchar sobre Madrid a una orden suya. Con una sola condición: que el alzamiento se hiciera bajo la bandera roja y gualda de siempre, y no bajo la morada de la República, que había sugerido Mola para guardar las apariencias de legalidad democrática, una condición que Cecilia aprobaba de todo corazón. En el caso de que los agentes del SIM, el Servicio de Información Militar (que seguían con lupa el desarrollo de la conspiración), la detuvieran o la interrogaran, podría alegar que se trataba de viajes para visitar a sus ancianos padres. Nunca llevaba un papel encima. Solamente información verbal memorizada. Esta vez, la excusa habían sido los encierros de San Fermín. Javier había querido acompañarla (para participar, por supuesto), pero ella se había negado. Ante el incierto panorama político que se dibujaba en el horizonte, Cecilia opinaba que la familia debía mantenerse unida.

El Director, nombre en clave del general Mola, la había recibido en su despacho de la Comandancia Militar de Pamplona, la antigua residencia de los virreyes de Navarra. Su hermano José María había estado presente en la entrevista. A Cecilia le habían chocado sus ojeras,

apenas disimuladas tras sus gafas redondas, y las profundas arrugas que surcaban su frente.

Mola se lo confesó sin ambages: las mezquinas luchas que mantenían entre bastidores el abogado sevillano Fal Conde y el conde de Rodezno, para alzarse con el poder de la Comunión Tradicionalista, le quitaban el sueño. Eso, por no hablar de las estúpidas suspicacias dinásticas entre el Pretendiente, don Alfonso Carlos, en Viena, y su sobrino Javier, el Regente, en París. ¿Es que no se daban cuenta aquel par de inconscientes que lo que estaba en juego era el mismo destino de España?

Suerte tenía que los ecos de esos roces intestinos no trascendían a la calle. A la mayoría de sus paisanos (lo mismo que a ella y a su hermano Josemari) les interesaban escasamente las cuestiones dinásticas del carlismo, las mezquinas luchas por el poder y la forma que debería adoptar el nuevo Estado surgido del alzamiento militar que, en principio, se denominaba Movimiento Nacional. Lo que verdaderamente ansiaban aquellos miles de mozos que se habían reunido en la plaza del Castillo con motivo de las fiestas de San Fermín era echarse al monte al viejo grito de guerra carlista de *¡Dios, Patria, Fueros y Rey!*, y emprenderla a tiros con republicanos, rojos y comunistas. Trabajo tenía Mola para contenerlos.

–¿Y qué piensa hacer, mi general? – le había preguntado Cecilia.

El general Mola se había encogido de hombros con un gesto de resignación.

–Esperar, qué remedio, esperar una señal del cielo.

¿Una señal del cielo? ¿Un ángel agitando una espada flamígera? ¿Una cruz como la que se le apareció al emperador Constantino en vísperas de la batalla del Puente Milvio? *In hoc singo vince.*

Pero en lugar de hacer partícipe de sus inquietudes a su suegro, Cecilia le preguntó por el almuerzo en la Maison Dorée con tío Sinibaldo y el señor Soler-Ribot.

–Excelente, pero algo agitado, para ser sincero -contestó don Alfonso, limpiándose con la servilleta las migas del pastel de manzana que se le habían quedado prendidas en el bigote.

–¿Y eso?

–Pues que, a mitad del mismo, ha resultado amenizado por una manifestación comunista fuera de programa, con lanzamiento de adoquines, coreo de consignas revolucionarias y rotura de cristales. Ni Sinibaldo ni Soler-Ribot han podido terminarse los turnedós Strogonoff, y eso que estaban excelentes.

–¡Vaya por Dios! – exclamó Cecilia.

–Estábamos terminando el segundo plato cuando una turba de desarrapados, falsos atletas extranjeros y mujerzuelas del barrio chino, enarbolando banderas rojas con la hoz y el martillo y pancartas de apoyo a favor de las Olimpiadas Populares, ha desfilado por delante de las ventanas del restaurante profiriendo amenazas y tirando adoquines. A mí no me han dado de milagro. Pero el pobre Sinibaldo se ha pegado un susto de muerte.

–¿Y la policía lo ha permitido?

–La policía brillaba por su ausencia, como de costumbre.

Don Alfonso terminó de contar los pormenores del incidente.

Cecilia lo escuchó, preocupada.

–No me gusta nada -dijo cuando terminó.

–Ni a mí -reconoció don Alfonso-. El panorama se deteriora por momentos. Cambó ya ha salido de España, lo cual resulta muy sintomático. Soler-Ribot duda entre seguir su ejemplo o quedarse. Concha y Mauricio ya están en Biarritz. Casilda y su familia han pasado a Portugal. Y cambiando de tema: Sinibaldo me ha dado muchos recuerdos para ti, y dice que cuentes con él para tu fiesta de cumpleaños.

–Me alegro mucho. ¿Cómo está?

–Igual que siempre. Pero también preocupado. Me ha entregado vuestros pasaportes. Él mismo se ha ocupado de que los sellara el cónsul francés en persona. Los he guardado en el cajoncito de la escribanía que tú conoces.

–¿Ha visto a mi marido?

–No, Gonzalo estaba de capitán de cuartel y he juzgado prudente no poner los pies en Dragones de Numancia. Mi visita habría dado mucho que hablar a los agentes del SIM.

–Lo comprendo. Todas las noches lo encomiendo a Dios en mis oraciones.

Don Alfonso palmeó afectuosamente la mano de su nuera.

–Seguro que te escucha.

Don Alfonso se calló unos segundos, al tiempo que una nube negra cruzaba por su entrecejo.

–Te confesaré una cosa, Cecilia: de un tiempo a esta parte, tengo el presentimiento de que algo no va a salir bien… no sé qué exactamente, pero lo presiento.

Cecilia protestó:

–¡Y que esto tenga que oírlo de usted, don Alfonso! No me lo puedo creer.

El señor de Requesens movió la canosa cabeza con un gesto de preocupación.

–Pues sí, hija, te lo puedes creer. Supongo que será cosa de los años, ¿sabes? Por primera vez en la vida me siento viejo y cansado.

–¡Ea, levante esos ánimos, don Alfonso! Todo saldrá bien, ya lo verá usted. El cielo, a su debido tiempo, nos enviará una señal para que los buenos españoles olvidemos nuestras diferencias y cerremos filas como un solo hombre.

–Dios te oiga, Cecilia…, oye, y que esto quede entre nosotros dos.

–Descuide.

Tras aquel fugaz momento de debilidad, don Alfonso recobró su habitual aire de aplomo y seguridad y terminó de comerse los restos de la tarta de manzana.

En su rincón en las sombras, el péndulo policromado del viejo reloj continuaba midiendo el paso del tiempo con su tictac inexorable.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 3:
1936-1939

A media mañana, Blanca montó a *Pepa,* la yegua torda que le tenía lista y ensillada un mozo de cuadra, y emprendió el largo camino a «La Encina», la masía de Juan Arnalot (más conocido por el Paparro), perdida en los confines del Señorío de Requesens, llevando de reata a *Trasto,* el viejo alazán de don Alfonso, porque daba por supuesto que su hermano volvería con ella al castillo al caer la tarde, cuando le informara de la llegada de los Clermont.

Alternando el paso y el trote, dejó atrás tierras de labor y pastoreo, siguió el curso del arroyo de Requesens y no tardó mucho en llegar al viejo puente de piedra de un antiguo molino fuera de uso desde que la electricidad había suplantado a la energía hidráulica para moler el grano. Con mano enérgica sujetaba las bridas de *Trasto,* que, a pesar de sus años, pretendía ponerse al frente de la partida. Blanca era una buena amazona y consiguió disuadirlo con relativa facilidad. A partir del puente, el camino seguía por una garganta sombría, que la imaginación desbordada de la joven poblaba de monstruos, brujas y fantasmas, de modo que procuraba cruzarla a la mayor velocidad posible y sin volver la cabeza ni una sola vez ante el temor de ser alcanzada por las garras de una mano espectral. *Pepa* conocía bien esta aprensión suya. De modo que sólo tuvo que aflojarle un poco las riendas para que la yegua se lanzara a un alegre galope que no finalizó hasta salir a una amplia pradera entre pinos y robles. Entonces Blanca refrenó su montura y respiró, aliviada.

–Parezco tonta -se dijo mientras palmeaba el sudado cuello de *Pepa,* que se lo agradeció con un alegre relincho.

Más tranquila, soltó las riendas de *Trasto* y las sujetó al arzón de la silla, del que pendían, doblados, los estribos.

–Y no se te ocurra escaparte -le advirtió.

El viejo caballo asintió con una enérgica cabezada.

El camino continuaba luego por un bosque de altos y oscuros abetos que, sin embargo, no inspiraba ningún temor a la joven, que lo había bautizado como la *Selva Negra Catalana.*

Media hora después llegaba a «La Encina», una masía blanca, situada en el centro de un claro, rigurosamente orientada al mediodía. Sus gruesos muros de piedra sostenían una cubierta a dos aguas, acariciada por el ramaje de una frondosa y retorcida encina que crecía detrás de la casa. Pesadas losas aseguraban las tejas contra las arremetidas del cierzo. En la dovela central de su puerta podía leerse una inscripción en latín medio borrada por el paso del tiempo: *Arnalotius me fecit in Anno Domini 1585.* Más allá, al pie de unas hayas centenarias, nacía una fuente de agua clara que se abría paso por un prado y desaguaba a un pequeño estanque en el que nadaban pausadamente varias ocas y patos. Toda la casa, así como los graneros, los establos, las huertas y el resto de los campos circundantes daban una agradable impresión de orden y pulcritud poco corriente en las alquerías del país.

«La Encina» era una más de los cientos de encantadoras construcciones campesinas surgidas en Cataluña a raíz de la Sentencia de Guadalupe de 1486, que puso fin a la enconada guerra de los Remensas, y por la que el rey Fernando de Aragón abolió los *malos usos* feudales y concedió a los payeses catalanes el usufructo perpetuo de las tierras que cultivaban; éstos, al sentirse dueños virtuales de sus casas y haciendas, se volcaron en embellecerlas con historiadas ventanas y otros detalles arquitectónicos, un fenómeno que sorprendía lo indecible a los viajeros castellanos, en cuyo reino, las casas y las tierras continuaron en manos de la nobleza, por lo que sus moradores, simples siervos de la gleba, nunca se tomaron la molestia de mejorarlas, como había ocurrido en el Principado. Sobre el papel, «La Encina» era propiedad de don Alfonso de Montcada; en la práctica, del Paparro. Esta singular diferencia explicaba por qué en Cataluña nunca habían estallado las revueltas campesinas que asolaban periódicamente Castilla, Extremadura y Andalucía, como la última y muy sonada de Casas Viejas, sofocada a tiros por la Guardia de Asalto.

Unas gallinas cacarearon, molestas, cuando Blanca echó pie a tierra y ató las riendas de *Pepa* y *Trasto* a una sobada argolla de hierro fijada a la pared. Luego se asomó a la puerta y saludó al modo tradicional:

–¡Ave María!

Atraída por el rumor de los cascos de los caballos en la era, la cara rozagante de una payesa razonablemente metida en carnes asomó entre los geranios de una ventanita gótica de la planta superior.

–¡Pero si es Blanca! – exclamó, sorprendida-. ¡Espera, mujer, que ahora mismo bajo!

A los pocos segundos, la Carmeta salió a la puerta de la masía acompañada por la *padrina* (la madre del Paparro), una vieja payesa de boca desdentada y sayas grises, tras las que se escondía un niño de unos diez u once años que se sujetaba los pantalones con un cordel a guisa de tirantes.

–¡Qué alegría verte de nuevo, Blanca! – exclamó la payesa abrazando cariñosamente a la joven, que correspondió al abrazo con igual afecto-. ¡No te esperábamos tan pronto!

–He venido a buscar a Javier -le aclaró Blanca.

–Pues no sabes tú bien el disgusto que se llevará mi marido cuando te lo lleves.

–Lo siento, pero es que nuestros invitados franceses han llegado antes de lo previsto, y ya sabes… Maite ha preguntado por él. Ha sido lo primero que ha hecho… y aquí me tienes.

–¡Vaya, vaya! ¿Conque ésas tenemos? – preguntó la payesa con una sonrisa maliciosa y los brazos en jarras.

La Carmeta (Carmen Rovira Estarriol, como figuraba en su partida de bautismo de la parroquia de Sant Quirze de Besora) había nacido a primeros de siglo en el seno de una familia de larga tradición carlista, y gracias a una sugerencia del notario Palol de Revardit, había entrado a trabajar en el castillo de Requesens, donde, de la mano de Cecilia y un cocinero francés, no tardó en convertirse en una excelente cocinera. Y no sólo eso, sino que, a consecuencia de su estancia en el castillo, se había contagiado de los hábitos higiénicos, las buenas maneras y el refinamiento de sus moradores. De suerte que, cuando el Paparro la solicitó en matrimonio, la primera condición que puso fue que instalara agua corriente, cocina *económica* y un cuarto de baño en la vieja masía de sus antepasados, para no tener que andar trajinando incómodamente en los pucheros suspendidos de las llares sobre el fuego del hogar y poder lavar los platos con agua caliente y jabón, y bañarse una vez por semana, por lo menos. El Paparro, el primero.

Como es natural, nuestro hombre quedó muy desconcertado. Hasta la fecha, el Paparro había creído firmemente que el agua sólo era buena para regar las tomateras y abrevar el ganado, pero no para tomar contacto con ella con fines higiénicos. Había protestado. Pero la Carmeta se mantuvo firme: o el agua corriente, la cocina económica y el cuarto de baño, o se quedaba para vestir santos. Naturalmente, el Paparro había cedido. La Carmeta era mujer de sólidos encantos y sabía cómo ponerlos en juego para conseguir sus propósitos.

Pero como era un individuo sumamente mañoso y tenía conocimientos generales de albañilería, mecánica y carpintería, la complació. Desvió el agua de la fuente de las hayas hasta un gran depósito de cinc que instaló en la buhardilla de la casa y a través del cual hizo pasar los tiros de la chimenea del hogar y de la cocina para que la calentaran con el sobrante de calor que, de otra manera, se habría perdido inútilmente por la chimenea, con lo cual «La Encina» se convirtió en la primera masía en centenares de kilómetros a la redonda equipada con agua corriente y caliente, lo nunca visto en el Señorío de Requesens de la Marca, porque hasta la fecha, la payesía de media Cataluña seguía viviendo en condiciones más propias de la Edad Media que del siglo xx.

El primer sorprendido fue el propio Paparro cuando descubrió el placer de una ducha fresca después de una agotadora jornada segando de sol a sol. O el refinamiento de afeitarse con agua caliente en pleno y riguroso invierno, cuando las nevadas convertían a los habitantes de «La Encina» en poco menos que en Robinsones.

La Carmeta también había decorado la casa con cortinas, muebles, litografías y ramos de flores, tal como había visto en el castillo de Requesens. Incluso formó una pequeña biblioteca con los libros y las novelas que le regalaba Blanca después de haberlos leído ella. Bajo su toque culto y civilizador, «La Encina» dejó de ser un antro ahumado y maloliente para convertirse en un hogar alegre, cálido y acogedor. Su único fallo era la carencia de electricidad, lo que los obligaba a alumbrarse con anticuados quinqués de petróleo o candiles de aceite.

–¡Pero deja que te mire, mujer! – exclamó la Carmeta apartándose un poco para examinar a Blanca de arriba abajo con el ojo experto del tratante de ganado que calibra el trasero de una yegua-. ¡Hay que ver

lo guapa que te has puesto! Ahora sí que estás hecha una verdadera señorita. Sólo te falta engordar un par de kilos y tendrás un montón de novios donde elegir.

–¡Por favor, Carmeta, no me digas eso! – protestó Blanca, ruborizada-. ¡Con el complejo de gorda que tengo! Fíjate que ya ni me cabe el traje de baño del año pasado.

–¡Pamplinas! Las señoritas de la ciudad estáis cargadas de puñetas. ¿Cuándo os querréis enterar, de una vez por todas, de que a los hombres no les gustan los sacos de huesos? Y tú, Josep -dijo la payesa dirigiéndose a su hijo-, ¿es que no vas a saludar a la señorita Blanca? ¿Qué modales son ésos?

El niño farfulló un confuso *buenos días* y volvió a ocultarse tras las sayas de su abuela.

La padrina acarició las finas manos de Blanca entre las suyas, sarmentosas y deformadas por el trabajo, y acercó su cara a la de la joven para mirarla con cegatos ojos de miope.

–¡Señorita Blanca, cuánto me alegro de que haya venido! Usted no sabe bien la alegría que nos dan los jóvenes cuando se acuerdan de los viejos como nosotros. Tenga por seguro que Dios se lo premiará.

–Dios no me tiene que premiar nada, padrina. He venido con mucho gusto a saludarla a usted y a la Carmeta.

–Pero, ¡entre, entre! ¿Qué hace ahí parada? ¡Con este sol de justicia que está haciendo!

–Gracias, padrina, pero no tengo mucho tiempo. He venido a buscar a mi hermano.

–¡No me hable de su hermano! – se escandalizó la vieja payesa-. ¿Dónde se ha visto que todo un nieto de don Alfonso se ponga a segar como un vulgar jornalero? ¿Qué va a pensar la gente?

–Que piensen lo que quieran. Javier es amigo del Paparro y le echa una mano. Eso es todo. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Dónde los podría encontrar?

–Están segando el campo de la fuente de los Nogales -respondió la Carmeta-. María está con ellos. Ahora me disponía a llevarles la comida. Dame diez minutos para terminar los preparativos y nos iremos las dos. Mientras tanto, entra y tómate un refresco. Y tú, Josep, guarda los caballos en la cuadra. Pero antes les quitas las sillas y los

abrevas, porque me imagino que los pobres animales estarán muertos de sed. Y de paso le pones las albardas y las alforjas al burro. Y luego vienes a reunirte con nosotros. O te quedas a comer con la abuela, lo que prefieras. Anda, Blanca, entremos de una puñetera vez si no quieres que el sol nos acabe de freír los sesos.

Entraron a una fresca pieza abovedada. Dos bancos de madera con respaldo rodeaban el gran hogar acampanado, del que colgaban las ahumadas llares, un recuerdo de la época anterior a la reforma doméstica. Un bajorrelieve en plata de la *Última cena* de Rafael presidía una mesa cubierta con un hule de cuadritos blancos y rojos, sobre la que pendía un artístico quinqué. De otra pared colgaba una foto amarillenta del día de la boda de los padres del Paparro, ambos muy envarados y decididamente incómodos y endomingados, él con cuello duro, y ella con un recargado traje de encaje largo hasta el suelo.

A instancias de la padrina, Blanca tomó asiento en uno de los bancos, y mientras saboreaba el refresco de limonada, escuchaba el trajín y el parloteo de la Carmeta en la cocina, de la que escapaba un reconfortante aroma de cocido.

–Comerás con nosotros, ¿verdad? – preguntó la payesa dándolo por hecho, al tiempo que asomaba la cabeza por la puerta-. He preparado comida para un regimiento.

–Pues sí, te lo agradezco, porque no nos daría tiempo de estar de vuelta en el castillo a la hora del almuerzo. Ya se lo he dicho a mamá para que no cuenten con nosotros.

–¿Cómo está?

–Muy bien, gracias. Me ha dado muchos recuerdos para ti. También me ha dicho que os invita a ti y al Paparro a cenar el día de su cumpleaños. Pero que la comida la va a preparar ella y que no hace falta que subas al castillo a echarle una mano. Este año vamos a ser cuatro gatos.

–Pues le dices que se lo agradezco mucho pero no creo que podamos asistir. ¡Con el trabajo de la siega y la trilla que nos aguarda!

–Os quedáis a dormir en el castillo.

–Sí, y a la mañana siguiente nos levantamos a las tres, si te parece. Demasiado madrugón. No, muchas gracias, Blanca. Explícaselo a tu

madre, que seguro que lo va a entender… Por cierto, ¿qué va a preparar?

–Bacalao a la vizcaína.

–¡Anda ya! ¡Con la de ajo que lleva! No les va a gustar a los *misíus* esos tan finos que tenéis invitados.

–Les encanta.

–¿De veras? – preguntó la payesa, incrédula.

–Te lo puedes creer. Y apuesto a que mojan el pan en la salsa.

–Eso me gustaría verlo.

–Pues vente. Ya te digo que seremos cuatro gatos: el abuelo, mi madre, los *misíus* esos que dices, nosotros, vosotros y tío Sinibaldo.

–Imposible, Blanca, el trabajo es el trabajo… Oye, ¿me echas una mano, que yo no puedo con todo?

Blanca ayudó a la payesa a introducir en dos cestas la olla del cocido, la ensalada, los tomates, ajos, cebolla, aceite, platos, cubiertos, un mantel, servilletas y una gran hogaza de pan moreno.

–¿Y el vino?

–El Paparro nunca se separa de su bota. Son uña y carne. ¿O es que no lo conoces?

La payesa se echó un pañuelo sobre la cabeza y se lo anudó bajo la barbilla. Después descolgó un gran paraguas negro de la percha del zaguán y dijo:

–Padrina, usted puede comer con el Josep. Le he dejado cocido en la olla. Y duerma la siesta después. De las vacas, ya me ocuparé yo a la vuelta.

–Iré a cortar un poco de hierba para los conejos.

–Olvídese de los conejos y hágame caso si no quiere pillar una insolación como la última vez.

Blanca y la Carmeta salieron al cegador sol del mediodía. El Josep había acercado a la puerta de la masía un pequeño burro de pelaje gris, hocico blanco y expresión paciente y filosófica. Al reconocer a Blanca se acercó a olfatearla amistosamente. La joven dejó la cesta en el suelo y lo acarició entre las orejas. Después se sacó del bolsillo del pantalón un par de terrones de azúcar y se los ofreció en la palma de la mano.

–Pensabas que no me había acordado de ti, ¿verdad, *Pascual?* -le reprochó-. Pues ya ves lo equivocado que estabas.

–¡Blanca, no tienes remedio! ¡Tú y tus animales! – exclamó la Carmeta, impaciente, metiendo las cestas del cocido en las recias alforjas de esparto-. ¿Es que no te das cuenta de que es un vago de siete suelas y que te está tomando el pelo?

–No es verdad, *Pascual* es muy bueno. Mira qué contento se ha puesto.

–Y además no se llama *Pascual.*

–¿Pues cómo?

–Se llama burro y va que arde.

–Pues yo lo llamo *Pascual,* algún nombre ha de tener, ¿no?

–Sí, Blanca, sí -contestó la payesa, conciliadora, terminando de acomodar las cestas en las alforjas-. ¿Vamos? – preguntó, disponiéndose a montar en el burro.

–¿No pretenderás que nos montemos las dos en *Pascual?* -dijo Blanca.

–¿Y por qué no?

–Yo no, por supuesto.

Con una expresión resignada, la payesa abrió el paraguas, y cogiendo a la joven del bracete, enfiló el polvoriento camino del campo de los Nogales llevando al burro del ronzal.

La Carmeta no paró de hablar en los diez minutos que les llevó la caminata. Como todas las personas que viven aisladas largas temporadas, experimentaba la imperiosa necesidad de comunicarse y charlar por los codos a la primera oportunidad que se presentara, al igual que una locomotora que deja escapar el exceso de presión acumulado en una larga parada. Su curiosidad era como un pozo sin fondo. Lo quería saber todo: si había sacado buenas notas en el conservatorio de música, cuántos admiradores le habían salido el invierno pasado, a cuántas fiestas había asistido, si habían operado a la nueva cocinera, si Rosalía, la doncella, seguía con el mismo novio, por qué no iban los Masferrer y los Soler-Ribot a la cena de cumpleaños de doña Cecilia, si Marie-Thérèse seguía igual de guapa, si le tiraba los tejos a Javier, si éste le hacía caso, si Laura Masferrer estaba en estado de buena esperanza, si…

Blanca se esforzó en responder a todas sus preguntas con la mejor voluntad. Lo que no sabía se lo inventaba; a la payesa no parecía

importarle. El interrogatorio terminó cuando un perdiguero de Burgos, salido de un grupo de nogales, semejante a una isla verde en un mar amarillo, corrió hacia ellas y saltó sobre la joven con grandes muestras de alegría.

–¡Quieto, *Pistón!* -se defendió Blanca tratando de apartar la cara de los lametazos del animal-. ¡Ya sabes que te quiero mucho, pero no es necesario que te pongas así!

La Carmeta le sacudió un paraguazo sin demasiadas contemplaciones.

–¡Anda, chucho, vete por ahí! – se enfadó-. ¡Mira cómo te ha puesto los pantalones, Blanca! Siempre te he dicho que tienes demasiadas consideraciones con los animales.

–No importa -dijo Blanca sacudiéndose el polvo de sus calzones de canutillo blanco-. Es su manera de decir que me quiere. A mí me gusta.

–Sobre gustos no hay nada escrito -rezongó la payesa.

A la sombra de los nogales reinaba una frescura de oasis. Entre sus raíces manaba una pequeña fuente. De una rama baja colgaban la sobada bota de vino del Paparro, su chaleco, la bolsa del tabaco y dos mantas para dormir la siesta. Más allá de la zona de sombra se extendía la pelambrera dorada de los rastrojos y las gavillas abrasados por el sol. Las cigarras atronaban el aire.

La Carmeta y Blanca extendieron un mantel sobre la hierba, y encima del mismo dispusieron ordenadamente la olla del cocido, la hogaza, la fuente de la ensalada, los platos, los cubiertos y las servilletas. Desde su estancia en el castillo de Requesens, la Carmeta se había negado terminantemente a comer todos juntos de la misma olla, como era habitual entre la gente del campo y los pescadores. Cuando hubo concluido los preparativos, se echó atrás un par de metros y lo observó todo con mirada crítica.

–¿Tú crees que lo hemos hecho bien? – preguntó a Blanca.

–Muy bien. Ni mi madre lo hubiera hecho mejor.

–¡Si por lo menos lo apreciara el palurdo de mi marido! – se lamentó la payesa-. ¡Pero no! ¡Es más bruto que un arado! Si yo no estuviera encima, comería directamente del pesebre, como las mismas vacas.

Mientras Blanca se ocupaba de quitar las alforjas y las albardas a *Pascual* y de atarlo con cuerda suficiente para que pudiera pacer a su antojo, la Carmeta se entretuvo en preparar y aliñar la ensalada.

Poco después llegaron los segadores.

Javier estaba tan curtido y atezado como el mismo Paparro. En torno a los ojos se le habían formado unas rayitas blancas del hábito de entornarlos bajo el sol que, de paso, había convertido su cabeza en una masa pajiza y desteñida como las mismas espigas de trigo. Bajo la camisa sudada se le marcaban los hombros poderosos. Una faja negra, igual que la del payés, le ceñía la cintura y le aguantaba los recios pantalones de fustán azul. Calzaba igualmente alpargatas de cintas negras abiertas a los lados.

Blanca fue hacia él con ánimo de abrazarlo.

–¡Quita, mujer, que apesto a sudor! – la apartó su hermano con cariñosa rudeza.

Blanca pegó una patada en el suelo, muy enfadada aparentemente.

–¡Antipático! ¡Si lo llego a saber, no vengo!

–¡Mujer!

María, la hija del matrimonio, se despojó del gran sombrero de paja y del pañuelo que le tapaba la cara hasta los ojos para protegerla del sol y saludó a Blanca con cierta timidez. Parecía algo confundida ante su aire distinguido, su blusa de seda y sus ajustados pantalones de montar. Tendría más o menos su misma edad, quizá un año menos, los ojos castaños y las mismas mejillas morenas y saludables que su madre.

Blanca se adelantó a abrazarla.

–Hola, María, me alegro mucho de verte.

–Yo también… pero siento que tengas que verme así, sucia y sin peinar, hecha un adefesio…

–No digas tonterías, mujer. Son cosas del trabajo. Fíjate en la facha de mi hermano: más sucio y sudado no puede estar. ¿Pero tú crees que por eso lo quiero menos?

El Paparro le tendió su mano ancha y curtida con respetuosa cordialidad. Iría por la mitad de la cuarentena. Era vigoroso como un roble, y en su cara bronceada por el sol destacaban sus ojos maliciosos y la franja blanquísima de la frente protegida del sol por la visera de la gorra.

–¡Dichosos los ojos que te ven, Blanca! Empezaba a pensar que ya no te acordabas de los pobres como nosotros. Suerte que tu hermano se compadece de mí y me echa una mano de vez en cuando. Con dos lecciones más que le dé, será un auténtico payés. Y ahora, ¿puedo preguntarte a qué se debe el honor de esta visita inesperada?

–En primer lugar, para saludaros, pues, aunque tú no te lo creas, yo os quiero mucho. Y en segundo, para informar al antipático de mi hermano de que nuestros amigos franceses se han presentado de repente en el castillo.

–¿Los *misíus* de siempre?

–Los mismos.

–¿Incluida la *mamuaselle?* -preguntó el Paparro mirando maliciosamente a Javier, que parecía un tanto embarazado.

–Efectivamente.

–Pues has llegado justo a tiempo: te lo podrás llevar. Se puede decir que ya hemos terminado de segar. Lo poco que queda lo remataré esta misma tarde en un santiamén.

–Si quieres que me quede, me quedo -se ofreció Javier heroicamente.

–Gracias por el ofrecimiento, pero uno también ha sido joven y no quiero que por mi culpa sufra la *mamuaselle.* Puedes irte con mis bendiciones y mi agradecimiento. – El Paparro hizo una pausa para alargar la mano a la bota que colgaba de la rama del nogal y se la tendió-. ¿Te apetece un trago, Blanca? Está muy fresco, ya verás qué rico sabe.

La Carmeta se enfadó.

–Deberías avergonzarte, Juan Arnalot, de ofrecer vino de esa manera a una señorita tan distinguida. No tienes respeto ni educación de ninguna clase. ¿O es que todavía no te has enterado de que se han inventado los vasos? Nunca acabarás de desasnarte, siempre serás un palurdo impresentable.

–Perdona, Blanca, si te he ofendido -se excusó el payés mientras le guiñaba un ojo-. Pero lo voy a hacer yo, con tu permiso. El vino mata los microbios, por si no lo sabías.

Y alzando el sobado pellejo de cuero, echó un largo trago de vino.

A pesar de vivir la mayor parte del año en la soledad de su rincón campesino, el Paparro era locuaz y socarrón, y siempre tenía respuestas para todo. Era el *hereu,* o heredero, de «La Encina», que había heredado íntegra de su padre, que a su vez lo había hecho de su abuelo y así hasta el siglo xvi, cuando la construyó Arnalotius. Era hombre de profundas creencias, se sentía vagamente carlista, y cuando bajaba a Vic para aprovisionarse de las vituallas que no podía producir en «La Encina», nunca dejaba de hacer una visita al Círculo Tradicionalista para ponerse al día de las últimas novedades políticas y tomarse unas copas con sus amigos del somatén local. Su abuelo había luchado en la partida carlista del general Savalls en la acción de Alpens. Como recuerdo de aquellos tiempos heroicos, el Paparro aún guardaba su viejo trabuco en un arcón del desván.

El Paparro enseñó a Javier trucos y habilidades que no se aprenden en ninguna escuela o colegio, tales como encender fuego con leña húmeda, manejar el hacha, orientarse en el bosque o en la oscuridad con ayuda de las estrellas, soportar estoicamente el frío y la lluvia, distinguir el canto de una urraca del graznido seco del arrendajo, seguir las huellas de zorros y jabalíes, deslizarse entre la jara sin ruido, encontrar agua entre las rocas, herrar un caballo y esperar con paciencia de santo la aparición de un conejo en la boca de su madriguera.

Como un honor muy especial, le había revelado el secreto de la cueva del Carlista, cuya existencia había sido objeto de interminables especulaciones en toda la comarca. El Carlista fue un desertor de la partida del general Savalls, que había ganado triste fama asaltando masías solitarias y las diligencias de Vic a Olot. El Paparro la había descubierto por pura casualidad, siguiendo el rastro de un jabalí herido que se había refugiado en una cueva disimulada tras el salto de agua de un arroyo, que formaba una especie de cortina líquida. El esqueleto del legendario Carlista yacía boca abajo, cubierto de andrajos apolillados, con una mano sobre un mosquete oxidado y la otra extendida hacia la boca de la gruta, como si en sus últimos momentos se hubiera decidido a salir en demanda de auxilio. Lo reconoció por la boina roja hecha jirones. La cueva estaba equipada con un rústico fogón, estantes sujetos a la roca y una mesa sobre la que se hallaban platos con restos de

comida momificada y un porrón de vino a medio llenar. Era más seca de lo que podría parecer, dada su proximidad al agua. La primera reacción del Paparro fue proclamar su descubrimiento a los cuatro vientos; un descubrimiento que lo habría convertido en una celebridad, no sólo en el Señorío de Requesens, sino en Cataluña entera. Y quién sabe si también en España. Pero luego lo pensó mejor y decidió mantener la boca cerrada, donde no entran moscas, como todo el mundo sabe. Si hubiera cedido a la vanidad, centenares de curiosos, historiadores y periodistas habrían subido a Requesens a admirar y curiosear el santuario del mítico Carlista y, de paso, habrían metido las narices en sus tierras. No, mejor tener la boca cerrada. La astucia campesina pudo más que su vanidad. La cueva del Carlista era un refugio excelente. ¿Para qué? El Paparro no lo sabía. Solamente informó de su existencia a su familia. Y a Javier. Con la condición de que no lo revelaran a nadie.

Pero lo que convertía al Paparro en una autoridad indiscutible era su extraordinaria puntería y su sin igual maestría venatoria, habilidades que había transmitido a Javier. El Paparro le enseñó a disparar certeramente contra cualquier cosa que se moviera o aleteara. *Sobre todo* -le había dicho en su primera lección-, *nada de aturullarse ni perder la calma. La bala o los perdigones corren mucho más que la pieza.* Javier había sido alumno aventajado, y con el rifle del 22, que le había regalado su padre cuando terminó el bachillerato, era capaz de darle a un conejo en plena carrera, o a una perdiz volando, lo nunca visto. El Paparro le confesó solemnemente que en su vida había visto muchas cosas, confesables unas e inconfesables otras, pero que ninguna se podía comparar con su endiablada puntería. Como premio, lo había llevado a cazar sarrios al rececho en los Pirineos, como simples furtivos, por la zona de Nuria y La Molina, pues el payés opinaba que el furtivismo aumentaba la emoción venatoria: cazar sin ser cazado. Javier no había querido pensar lo que habría ocurrido si la Guardia Civil los llega a detener.

Después de refrescarse y lavarse someramente las manos y la cara en la fuente, Javier y el Paparro se sentaron en torno al mantel. Con la punta de su navaja, el payés trazó el signo de la cruz en la parte inferior de la hogaza, de la que cortó gruesas rebanadas. La Carmeta

abrió la olla del cocido y llenó los platos a rebosar con un cucharón de peltre.

Javier aspiró su delicioso aroma y le pareció que iba a desmayarse de hambre. Al Paparro no se le escapó su desfallecimiento y, sin soltar la hogaza ni la navaja, le dio un cariñoso codazo en las costillas.

–Apuesto a que hacía mucho tiempo que no habías olido un cocido como éste, ¿verdad?

–Puedes jurarlo.

–La Carmeta tendrá muchos defectos. Es sucia, gorda, habla por los codos, me engaña y me pone cuernos, pero hay que reconocer que el cocido lo borda.

–Juan Arnalot, eres un majadero de siete suelas que no te mereces una mujer como yo -dijo la payesa sin inmutarse lo mas mínimo-. Haz el favor de comer y callar y no decir más tonterías.

El Paparro y Javier obedecieron en el acto y engulleron cocido a dos carrillos. Durante diez minutos apenas cambiaron un par de palabras. Gruñidos, mejor. Sólo se molestaban en tirar los huesos al perro *Pistón* que, disciplinadamente sentado sobre sus cuartos traseros a dos metros de distancia, los cazaba al vuelo y los trituraba en un santiamén. De vez en cuando echaban un tiento a la bota. La Carmeta, con mucho gusto, habría llamado al orden a su marido, pero si Javier lo hacía… Esperó a que hubieran acabado la primera entrega de cocido para volver a llenarles el plato. El Paparro y Javier no opusieron resistencia. Pero Blanca se negó en redondo.

–¡No, por favor, Carmeta, no puedo más!

–¿Cómo que no quieres más? – se asombró la payesa-. ¡Si no has comido nada! ¿No te das cuenta de que estás hecha un espárrago y que así no puedes ir por el mundo? Aprende de tu hermano. Anda, dame el plato.

–¡Por favor, Carmeta! ¡Te lo suplico!

La Carmeta transigió a duras penas. A la payesa le ofendían profundamente los invitados que no hacían honor a sus guisos, y tomaba como una afrenta personal el hecho de que no se levantaran de la mesa con el estómago turgente como un tambor.

–Pero comerás ensalada, ¿verdad? – preguntó mirándola con severidad.

–Ensalada, sí, un poco.

Para complacerla, Blanca la emprendió valerosamente con la ensalada. Se trataba de una honesta y sencilla ensalada campesina, preparada con las lechugas, las cebollas y los tomates que la Carmeta cultivaba amorosamente en el huerto familiar, aliñada con sal gorda, vinagre y denso y verdoso aceite de oliva de Las Garrigas.

Finalizado el yantar, el Paparro disimuló un eructo en atención a Blanca, echó mano de la bolsa del tabaco y lió hábilmente un grueso cigarro con sus dedos fuertes y terrosos. Pasó la lengua por el papel y lo encendió con un chisquero de mecha amarilla. A continuación expelió una bocanada de humo con expresión beatífica, y el olor a tabaco se mezcló con el tufo a tela chamuscada y el aroma del cocido. El payés reclinó la espalda contra el tronco del nogal, cerró los ojos y suspiró:

–Si no fuera por estos momentos, la vida no valdría la pena vivirla, ¿no te parece, Javier?

El joven asintió con una cabezada. Los ojos se le cerraban de sueño y cansancio.

La somnolencia los fue ganando a todos. Extendieron las mantas y se acostaron para descabezar la siesta del mediodía. El Paparro se durmió antes de que su cabeza se hubiera apoyado en la raíz que le servía de almohada. Javier no tardó en imitarle y, a los quince segundos, estaba tan inconsciente como una piedra. Las mujeres se acostaron algo apartadas de los hombres. La Carmeta tampoco tardó mucho en adormilarse.

Fuera de la benéfica sombra de los nogales, las cigarras continuaban con su atronador concierto. El burro *Pascual* había dejado de pacer, y ahora tenía la mirada perdida en la lejanía y parecía sumido en graves meditaciones, indiferente al fuerte sol de julio.

Blanca no tenía sueño. La vieja manta campesina, que olía a humo, sudor y paja, le daba cierto reparo. María sí tenía sueño, pero sus ganas de charlar con su amiga pudieron más. Ambas muchachas cuchichearon en voz baja, con las cabezas juntas, para no despertar a los hombres y a la Carmeta.

–¿No te da vergüenza ir con pantalones? – se atrevió finalmente María a preguntarle a Blanca.

–Ninguna, ¿cómo quieres que monte a caballo? ¿Con faldas?

–No sé… a mí sí me daría vergüenza. A ti te quedan muy bien porque estás delgada… ¡pero con mi tipo!

–Solamente un poquito demasiado gruesa, nada más.

–Eres muy amable y te lo agradezco mucho, Blanca. Pero a mí me quedarían fatal y me daría mucha vergüenza ir por ahí marcando el trasero y que los hombres me miraran.

–Pues para segar te irían muy bien, porque me imagino que cada vez que te agachas… ya sabes, debes de enseñar todas las piernas.

–Eso es verdad. Suerte que aquí sólo están mi padre y tu hermano.

–¿No te mira mi hermano?

–¡Oh, Blanca, qué cosas dices! – protestó María, muy sofocada.

Blanca sonrió.

–Era una broma, mujer. ¿Te gustaría que te regalara una blusa como ésta?

–Me encantaría -dijo María con los ojos brillantes, acariciando la seda con sus dedos curtidos-. Es preciosa. Me la pondría para ir a la fiesta mayor de Requesens.

–Pues cuenta con ella.

–Gracias.

Estuvieron un rato calladas.

–¿Te aburres mucho aquí? – preguntó Blanca.

–Sí -reconoció María sin ambages-. No tengo a nadie con quien hablar, ni chicos con quien salir. Me paso la semana esperando que llegue el sábado para ir al baile de Requesens con mis padres.

–¿Te gustaría que un día te invitara a una fiesta en el castillo?

–¿Con mi facha? ¿Qué quieres que haga en medio de tanta gente tan distinguida? Me mirarían por encima del hombro.

–Me tendrías a mí, y a mi madre, y a mi hermano.

–¡Quita, mujer, quita, no sabes lo que dices!

–Pues tus padres más de una vez han almorzado con nosotros.

–Pero no te creas que no han pasado sus agobios… comer con los codos pegados al cuerpo, no hacer ruido al sorber la sopa, secarse los labios con la servilleta antes de beber… y cosas por el estilo. Me lo ha dicho mi madre.

–¡Si es muy fácil!

–Para ti, que lo has hecho siempre. Me he dado cuenta antes, cuando comías.

–¿Que no apartaba los codos del cuerpo?

–No… no sabría cómo explicarlo… Era tu forma de comer. Yo procuraba hacerlo como tú, pero no me salía… ¿Todavía jugáis a la Prueba del Valor? – preguntó María cambiando de conversación.

–Poco.

–¿Y ahora que han venido los invitados franceses?

–Quizá lo hagamos. Si Maite insiste.

–¿Es verdad que está enamorada de Javier?

–¡Qué preguntas!

Una hora después, el Paparro y Javier se despertaron como nuevos. El payés se desperezó ruidosamente, echó un vistazo al sol, comprobó que ya había rebasado su cenit y decidió que era el momento de reanudar la faena. La Carmeta recogió la olla, los platos y el mantel, y Javier y Blanca se dispusieron a emprender el camino de regreso a «La Encina», donde los esperaban los caballos.

El Paparro se llevó disimuladamente al joven aparte. De sus ojos había desaparecido su habitual chispa de socarronería. Su expresión era grave.

–¿Cómo está don Alfonso? – preguntó bajando la voz para que no lo oyeran las mujeres.

–Estos días parece preocupado, nervioso, aunque se esfuerza en disimularlo, ya sabes lo reservado que es.

–No me extraña, con las cosas que están ocurriendo últimamente en España. Cualquiera no estaría preocupado. Hazme un favor: dile de mi parte que yo estoy siempre a su disposición para cualquier cosa que necesite. No te olvides de decírselo. En un momento me plantaré en el castillo.

–Descuida.

Cambiaron un apretón de manos.

Blanca y María se despidieron con un beso.

Javier le estrechó la mano a María.

Los recelos de la Carmeta resultaron fallidos: a los señores de Clermont y a su hija Marie-Thérèse les entusiasmó el bacalao a la

vizcaína que había preparado Cecilia. Pero Blanca habría perdido la apuesta porque no llegaron a mojar el pan en la salsa.

–Está buenísimo, Cecilia -dijo Solange-. Tendrías que darme la receta.

–Excelente -corroboró Hubert, limpiándose los labios con la servilleta-. ¿Podría repetir?

–Por supuesto.

De acuerdo con la costumbre establecida, Cecilia de Montcada celebraba su tradicional fiesta de cumpleaños con la significativa ausencia de su marido, los Masferrer y los Soler-Ribot, sus invitados más habituales. Al ser menos los comensales, también era una cena menos protocolaria.

Cecilia se mostraba natural y atenta como siempre, pero ni a Hubert ni al notario se les escapaba la inquietud que la embargaba. Su pensamiento estaba muy lejos, lejísimos, en la Comandancia Militar de Pamplona.

Aquella misma mañana había hablado telefónicamente con su hermano Josemari (en lenguaje cifrado, convenido de antemano), que le había informado de que el Director volvía a tener problemas de última hora con los tradicionalistas navarros por culpa del dichoso tema de las banderas. Las negociaciones se habían vuelto a romper por enésima vez. Ahora estaban en un inquietante y peligroso punto muerto, mientras la tensión en la calle iba en aumento y los rumores del levantamiento militar se sucedían, amenazadores. Aún le daba vueltas a estos temas en la cabeza cuando pasaron a tomar café en la biblioteca.

–¿Decías, Solange? – preguntó distraída, bajando a la tierra-. ¿Alguien más quiere café?

–Sí, yo, por favor -dijo Solange, alargándole la taza-. Así está bien. Gracias. Pues, como te decía, Cecilia, ya va siendo hora de que nos hagáis una visita a «Bell Prat». Me gustaría enseñarte las reformas que he hecho en la casa, una casona de dos plantas pintada con un tono siena, muy elegante, como el de los palacios italianos de la Toscana. La única libertad que me he tomado ha sido instalar cuartos de baño y acondicionar las buhardillas como habitaciones para la gente joven. ¡No sabes el partido que se puede sacar a las viejas vigas de roble!

–Lo creo, Solange, nunca he dudado de tu buen gusto.

–Y eso no es todo -continuó Solange-. Siguiendo tus indicaciones, he plantado rosales en el prado que baja hasta el Segre, desde donde se tiene una vista espléndida sobre las montañas de La Molina y la sierra del Cadif allá a lo lejos. También resulta muy apropiado para tomar baños de sol, a salvo de miradas indiscretas. Y el té, a media tarde. –Solange hizo una pausa para llevarse la taza de café a los labios y prosiguió-: Tengo que reconocer que «Bell Prat» hace honor a su nombre, «prado bello» en castellano. Cuando vine aquí por primera vez, se me cayó el alma a los pies y casi me enfado con Hubert. Ahora opino exactamente lo contrario. El clima de la Cerdaña me sienta divinamente. Sus efectos me duran todo el invierno. Ya no me acuerdo para nada de mi reuma

–Se te nota -dijo Cecilia-; tienes un aspecto magnífico.

–Gracias, querida. Y si te cansas de aspirar los aromas campesinos del pueblo, en un momento nos plantamos en el Gran Hotel de Font Romeu, donde podrás respirar aires cosmopolitas, vestir modelos elegantes y codearte con gente *chic.* Incluso jugarte los cuartos en su casino. En fin, que distracciones no te van a faltar. Palau de Cerdaña, además, está a dos pasos de Puigcerdá y su lago tan romántico. Hubert y yo iremos a buscaros a la estación del ferrocarril. ¿Qué me contestas, Cecilia?

–Sí, querida, estoy segura de que me encantará tomar el té en tu jardín de «Bell Prat» y admirar tus rosales. Os agradezco mucho vuestra invitación; sólo te pido que dejes pasar unos pocos días.

–Te esperaremos con los brazos abiertos -insistió Hubert.

–¡Anda, tía Cecilia, sé buena! – suplicó Maite, que se arrodilló a sus pies-. ¡Verás lo bien que lo vamos a pasar!

–Es inútil que te esfuerces -dijo Javier-: si mamá dice no, es que no. Los navarros son primos hermanos de los aragoneses, por si no lo sabías.

–Pues es una pena -dijo Maite con un mohín de disgusto, volviendo a sentarse en el sofá.

Blanca tampoco apoyó la petición de su amiga. Tanto ella como Javier estaban al corriente de la angustia que atenazaba a su madre y a su abuelo, y de la gravedad de los últimos acontecimientos que se estaban produciendo en España a diario.

Don Sinibaldo, con la excusa de mostrarle a Hubert de Clermont una edición original de 1785 del *Diario de viajes hechos en Cataluña,* por Francisco de Zamora, que acababa de adquirir a muy buen precio en un anticuario de la calle de La Paja de Barcelona, se lo llevó a la librería que ocupaba toda una pared de la sala de estar y, ocultándose parcialmente tras la vieja escribanía de don Alfonso, le expuso sus temores y la inquietud que le producía el deteriorado panorama político del país.

–¿Tan mal lo ve, don Sinibaldo? – inquirió el diplomático, fingiendo examinar con mucha atención la cubierta del amarillento ejemplar.

–Tan mal que no descarto la posibilidad de que los Montcada tengan que salir de España a escape. Pensando en esta contingencia, me he ocupado personalmente de hacer sellar y visar sus pasaportes.

–¿No exagera, don Sinibaldo? – preguntó Hubert, alarmado por el tono de sus palabras.

–No exagero lo más mínimo, monsieur Clermont, puede usted creerme. Ya siento bajo los pies las primeras sacudidas del terremoto que se avecina. El volcán puede entrar en erupción en el momento menos pensado. Es cuestión de días. O de horas. Si ha estado atento a lo que dicen la prensa o la radio, se habrá dado cuenta de que la espiral de violencia no ha dejado de crecer y crecer de forma alarmante. Yo ya he perdido la cuenta de los atentados que se han producido en estos últimos días. Se producen con progresión geométrica. A uno de izquierdas, sigue matemáticamente otro de las derechas. Los partidarios de las víctimas las despiden en el cementerio entonando el *Cara al sol* o *La internacional,* según el bando al que pertenecen, exigiendo venganza. Y si se da la malhadada circunstancia de que los dos entierros coincidan, la batalla campal está servida, con más altercados, más tiros y más víctimas. Es el cuento de nunca acabar. Ayer mismo, en Madrid, los falangistas asesinaron, en el portal de su casa, al teniente Castillo, de la Guardia de Asalto. Puede usted tener la completa seguridad de que, a estas horas, los guardias ya estarán maquinando cómo devolver el golpe. – Hizo una pausa-. Esta tensión y esta angustia diarias no hay quien las aguante. Yo tengo los nervios destrozados. No se puede llamar vivir a este continuo sobresalto, al que

parece que nos vamos acostumbrando fatalmente. Vivir pendiente del próximo asesinato me consume.

–Lo comprendo -dijo el diplomático con simpatía.

El notario prosiguió:

–Estoy deseando con toda el alma que los militares se alcen en armas de una vez por todas y acaben con este horror cotidiano que ensangrienta España. Mis recelos y prevenciones legalistas hacia una dictadura se han desvanecido por completo. No puedo estar más de acuerdo con Alfonso, con mi ahijado y con todos los conjurados. Todas las noches rezo para que se impongan a la barbarie que nos amenaza y barran de España la canalla comunista.

–Estoy seguro de que lo conseguirán.

–Su seguridad me conforta, Hubert, pero si no ganan (Dios no lo quiera), las masas enfurecidas se tomarán cumplida venganza y se ensañarán con los conjurados y con sus familias, la de nuestros amigos, los primeros. Éste es el motivo por el que me dirijo a usted, para pedirle que les eche una mano si las cosas vienen mal dadas y tienen que pasar a Francia.

–Eso ni lo mencione, don Sinibaldo. Tenga la completa seguridad de que en nuestra casa de París, o en «Bell Prat» mismo, los recibiremos con los brazos abiertos. Y a usted, por supuesto. No les faltará de nada. Yo mismo me ocuparé de resolver cualquier problema que se les pueda presentar.

–Gracias. Y ahora viene lo prosaico pero no menos importante: el tema del dinero.

Hubert enarcó una ceja.

–¿El dinero?

–Sí, el dinero, *l'argent, mon ami,* el vil metal, en español. No quiero que a Cecilia y a los chicos les falte nada si tienen que pasar una temporada en el extranjero. Aquí tengo unos documentos. – Don Sinibaldo hizo una pausa para extraer un sobre alargado del bolsillo de su levita-. Son unos poderes debidamente firmados por Alfonso para que Cecilia pueda disponer, sin limitaciones de ninguna clase, de las rentas de las bodegas Cotes de la Dordogne, de Burdeos.

–¿Cotes de la Dordogne?

–Sí, el mismo vino que ha bebido en la comida.

–Hubiera jurado que era un Nuits St. George.

–Pues no. Alfonso es dueño de esas bodegas bordelesas desde tiempos inmemoriales. Su escudo de armas figura en las etiquetas de las botellas, no sé si usted se habrá fijado en este detalle.

–¿Esas botellas que sólo están al alcance de los bolsillos de los Rothschild y compañía?

–Las mismas. Pues como le digo, a Cecilia le bastará presentar estos documentos en la sede de la firma para que se le abran todas las puertas y la provean de los debidos talonarios de cheques con cargo a Crédit Lyonnais. Aparte de que el director y los accionistas de la firma estarán encantados con ella. De momento, no le he dicho nada para no asustarla más de la cuenta. Se los confío a usted para que usted se los entregue a su vez a Cecilia en el caso de que tenga que cruzar la frontera y refugiarse en Francia. Cecilia conoce sus señas de París y se pondrá en contacto con usted. ¿Quiere echarles un vistazo?

Hubert se hizo cargo del sobre.

–No es necesario. Y no sufra, don Sinibaldo, que haré exactamente lo que usted me indica. Solange y yo cuidaremos de Cecilia como si fuera nuestra hermana en el caso de que tenga que refugiarse en Francia, una eventualidad que no quiera Dios que se presente. No sea usted tan pesimista, se lo ruego. ¿Tiene usted mis señas de París?

–Quai Bleriot, si mal no recuerdo.

–Sí. 84, Quai Louis Bleriot, París 16. – Hubert sacó dos tarjetas de visita de su cartera-. Tenga, para más seguridad. Aquí tiene mis direcciones y teléfonos de París y de «Bell Prat», en Palau de Cerdaña. En esta última me encontrará a partir del próximo 14 de julio. Su alcalde me ha insistido mucho para que asista a la celebración de nuestra fiesta nacional, la conmemoración de la toma de la Bastilla, como usted sabe. El hombre se sentiría mortalmente ofendido si no hago acto de presencia. Hace varios años que me lo está pidiendo.

Don Sinibaldo guardó ambas tarjetas en su cartera.

–Muchas gracias, Hubert, sabía que podía contar con usted… Y ahora reintegrémonos a la reunión. Alfonso no soporta que conspiremos a sus espaldas. Ya sabe usted que es un cabezota de mucho cuidado.

Los dos hombres se reunieron con sus anfitriones y el resto de los invitados, congregados en torno a la mesita donde humeaban las tazas de café. Cecilia levantó la vista y sonrió a don Sinibaldo, que parpadeó un tanto confuso.

Maite apoyó ambas manos en el borde del estanque de La Fontana y, dándose impulso con las piernas, se aupó ágilmente, giró en el aire y quedó sentada sobre el reborde de granito de la alberca, chorreando agua como una joven sirena surgiendo de las olas. El Jantzen blanco que gastaba le estaba más ceñido que el de la última mis Francia coronada en Deauville, un atrevido modelo que había hecho fruncir el ceño a Cecilia. A su lado, el modoso traje de baño que imponía a su hija Blanca parecía el hábito de una hermana de la Caridad. Se dirigió a Javier, que la contemplaba embobado.

–Si quieres, te dejo que me retrates -lo autorizó, magnánima-. Para que tengas un recuerdo de mí. Puedes emplear mi Kodak. Está ahí mismo, encima de mi albornoz.

Y sin esperar la respuesta, se encaramó ágilmente a un tritón de piedra, adoptando la misma pose que Marlene Dietrich en la película *El ángel azul,* que se había estrenado aquel invierno en Barcelona, con ambos brazos ciñendo su pierna derecha flexionada.

A la clara luz del sol, La Fontana ofrecía un aspecto alegre, inofensivo y risueño. Multitud de mariposas, abejas, mariquitas y abejorros zumbaban perezosamente entre los setos y los rosales. Las golondrinas, lanzadas en vuelo rasante, rozaban la superficie del agua con el pico y volvían a elevarse con agudos chillidos de triunfo. La brisa llevaba hasta los jóvenes el aroma resinoso de los pinares, que se mezclaba con los efluvios de la crema Nivea que gastaban Maite y Blanca. Esta última había puesto en el gramófono «J'attendrai», el último disco de Tino Rossi, el célebre cantante corso.

Blanca contemplaba a su hermano con una sonrisa entre divertida y cariñosa. Ella misma había animado a Maite a insinuársele y le había puesto en antecedentes sobre lo ocurrido en La Fontana tres años antes. Porque Javier había acabado contándole su aventura nocturna con Laura. Blanca, no sólo no se había escandalizado, sino que le había formulado algunas preguntas aclaratorias.

Javier empuñó la Kodak y se situó frente a Maite, que se silueteaba contra la cascada y la torre del homenaje a sus espaldas.

–¿Salgo entera? – preguntó la muchacha.

Javier la encuadró en el visor.

–Sí, sales entera.

–¿Te gusto así? – inquirió Maite echando el busto hacia adelante y la cabeza hacia atrás con deliberada picardía.

–¿A ti qué te parece? – preguntó Javier a su vez, mirando fascinado cómo las gotas de agua se escurrían por sus largas piernas.

–¿Más que Laura? – insistió Maite.

–Tú quieres saber mucho.

–Las mujeres somos muy curiosas. ¿O es que no lo sabías?

–Lo sospechaba.

–¿Qué te parece si me quito el gorro de baño para que se me vea el pelo?

–Muy buena idea -aprobó Javier enfocando el objetivo a cuatro metros y ajustando el diafragma a 11.

Maite se quitó el gorro de goma blanca a juego con el bañador, se pasó la mano por el pelo y agitó enérgicamente la cabeza a un lado y a otro.

–¿Así estoy mejor?

–Sí, mucho mejor.

Gonzalito asistía fascinado a la sesión fotográfica.

Después de disparar varias instantáneas, Javier dio por finalizada la sesión de fotografía y Maite bajó del tritón.

Gonzalito se le acercó y le confesó, al oído, que era muy guapa y que le gustaba mucho.

–Y cuando sea mayor me casaré con una chica como tú. Javier es tonto.

Maite se inclinó y le dio un beso.

–Muchas gracias, Gonza. Yo también te quiero mucho.

El niño se ruborizó ligeramente.

Maite se dirigió a Javier:

–¿Qué os parece si esta noche bajamos a dar un paseo por La Fontana? Hoy hay luna llena.

–Casi.

–Bueno, da igual. Piensa que pasado mañana nos vamos a «Bell Prat» y no volveremos a Requesens hasta el año que viene. Ésta es mi última oportunidad. – Miró a su alrededor-. Todo está en calma. No se ven fantasmas ni se oye entrechocar de cadenas.

–No sé… -dijo Javier, fingiendo vacilar para guardar las apariencias.

Blanca acudió en su ayuda.

–Sí, Maite, Javier te acompañará con mucho gusto. Yo no puedo porque he dejado *Los jinetes de la pradera roja* en un punto tan emocionante que estoy rabiando por acostarme y seguir leyendo. Javier lo hará por mí. ¿Verdad, Javier, que serás bueno y acompañarás a Maite?

–¡Por favor, Javier, te lo suplico! – dijo Maite posando una mano en su brazo-. Recuerda que me lo habías prometido.

–¿Todavía te acuerdas?

–Sí, mucho, nunca he olvidado tu promesa.

Javier señaló con un movimiento de la cabeza el pabellón de caza que tenía a sus espaldas.

–Te advierto que por la noche el pabellón es muy diferente. No tiene nada que ver con el aspecto que ofrece ahora. Resulta inquietante.

–Si tú me acompañas, no tendré miedo. Te prometo que seré muy valiente y no me desmayaré -dijo Maite dirigiendo a Javier una intencionada mirada a través de sus curvadas pestañas.

–¿Y se puede saber por qué habrías de desmayarte? – preguntó Javier, receloso.

–No sé… dicen que es algo que les suele ocurrir a las candidatas. Como le ocurrió a Laura.

–Anda, Javier, sé buen chico y acompáñala -insistió Blanca-. Tengo la impresión de que esta noche la Dama de la Fontana no va a dar señales de vida. Lo presiento. Presiento, en cambio, que será una noche muy romántica.

La magia del claro de luna y la inminencia del desenlace que flotaba en el aire perfumado de la noche mantenían cohibidos a Javier y a Maite. Se habían apoyado en la balaustrada y contemplaban absortos la quieta superficie del estanque y el brillo del agua resbalando por la

cascada. A la izquierda, la torre del homenaje se perfilaba contra el cielo. A la derecha, el pabellón, cuya puerta estaba entornada.

–Nada -dijo Javier por decir algo, como excusándose-. Ni rastro de la Dama de la Fontana.

–Será porque no hay luna llena, como tu dijiste -contestó Maite, que llevaba un traje blanco escotado y los brazos al aire.

–Lo siento mucho. Tía Elisenda no se sentirá inspirada esta noche.

–¡Oh, no lo sientas! Casi lo prefiero. Me siento muy feliz aquí contigo, los dos solos. Creo que me asustaría mucho si la viera aparecer saliendo por la puerta del pabellón.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio, tanteando sus límites y luchando con sus propias dudas y vacilaciones internas, sin atreverse a tomar la iniciativa.

–Maite -empezó Javier, venciendo heroicamente la timidez que lo embargaba. Ahora o nunca. Si Maite había coqueteado con él aquella misma mañana en ese mismo escenario, si se le había insinuado, si había posado atrevidamente delante de él, se suponía que quería decir algo, ¿no? Él nunca se había declarado a ninguna chica y no sabía cómo dar el primer paso. En una novela de mala muerte que le había recomendado su hermana, había leído que el pretendiente se ponía de rodillas delante de su amada para declararle su amor y solicitar su mano. No tardó ni un segundo en descartar la idea por ridícula. También cabía la posibilidad de que Maite lo mandara a paseo. Pero su boca entreabierta y sus ojos vueltos hacia él decían todo lo contrario. Incluso le pareció notar que respiraba entrecortadamente y su pecho se agitaba bajo la tela del vestido.

–¿Qué? – musitó la joven.

Javier deslizó su mano por encima de la balaustrada y la depositó sobre la de Maite, que no la retiró. Su contacto le inspiró valor.

–¿Sabes…?

–Sí, Javier.

–Bueno, Maite, yo no sé cómo empezar, pero…

–¿Pero qué? – lo animó ella, cerrando distancias. Sus ojos eran como dos lagos oscuros cargados de promesas.

Javier la enlazó delicadamente por la cintura y la atrajo hacia sí. Maite se rindió al abrazo y hundió su cabeza en su hombro.

–Te quiero -le susurró al oído.

Maite respiraba agitadamente.

Javier le levantó la barbilla y besó sus labios entreabiertos.

-*Moi aussi* -contestó ella cuando hubo recuperado el resuello.

El 13 de julio de 1936, en la sala de estandartes del Regimiento de Dragones de Numancia, cerrada a cal y canto, el coronel Julio Núñez de Montalbán sometió a la consideración de sus jefes y oficiales la conveniencia de apoyar el inminente alzamiento militar que iba a producirse en toda España de un momento a otro. Se daba por descontado que el apoyo sería unánime y absoluto, dado el prestigio y la tradición del viejo y aristocrático regimiento de caballería. Puesta a votación, la propuesta fue aprobada por aplastante mayoría. La nota discordante la dio el capitán Iraola, un vasco cejijunto y desgarbado, que alzó una mano en contra.

–Yo me opongo, mi coronel, con los debidos respetos.

Como atraídas por un imán, las miradas de todos convergieron hacia el capitán Iraola, en cuya guerrera brillaba la cruz de la medalla al Mérito Militar de primera clase. Los que se sentaban a su lado se apartaron con un gesto de disgusto. Los más lo miraron como si estuviera apestado. El teniente coronel, un extremeño cenceño y fibroso como un bacalao, se permitió la familiaridad de tirar de la manga de su superior.

–¿A qué esperas para arrestarlo, Julio?

El coronel se desasió con brusquedad.

–¡Silencio!

El capitán Velasco no pudo contenerse y lo insultó por las buenas:

–¡Traidor!

El coronel Montalbán lo llamó al orden.

–Capitán, le recuerdo que sólo puede hablar cuando le pregunte yo, ¿entendido?

–¡Pero, mi coronel…!

–Es una orden, capitán.

–Sí, mi coronel, a la orden de usía, mi coronel.

Desde el estrado que presidía la sala de estandartes, Gonzalo de Montcada miraba la cara tensa y angulosa del capitán Iraola, surcada por una cicatriz que le desfiguraba el labio superior. Una cicatriz muy

significativa para él; era, nada más y nada menos, que la etiqueta del precio que había pagado por salvarle la vida a él. Cada vez que reparaba en ella, le venían a la memoria las dramáticas circunstancias en que se produjo. Él yacía maltrecho entre las ruedas de un cañón del siete y medio. Cuatro Beni Urriaguel lo tenían acogotado contra el suelo, le habían quitado los pantalones y se disponían a cortarle los testículos con sus afiladas gumías. El entonces teniente Iraola se precipitó en su defensa, pistola en mano. A tres consiguió abatirlos a balazos, pero el cuarto le descargó un golpe de gumía que le dejó los dientes al descubierto y la boca llena de sangre. Gonzalo aprovechó la coyuntura para saltar sobre su espalda y hundir en su costado la gumía de uno de sus compañeros muertos, una y otra vez. Gonzalo le debía, llana y simplemente, la vida.

El coronel Montalbán, grueso, cuello de toro y mostachos grises caídos como los de una morsa, también miraba desconcertado al capitán Iraola. Su negativa lo había sumido en una profunda perplejidad. ¿Cómo todo un dragón de Numancia podía oponerse al movimiento salvador de España? Lo habría comprendido si hubiera sido de Infantería. Pero ¿de Caballería? Inaudito. ¿Es que no se daba cuenta aquel condenado vasco de las angustiosas circunstancias por las que atravesaba la patria?

–Y bien, Iraola, ¿podría preguntarle las razones de su negativa?

El capitán Iraola se encogió ligeramente de hombros.

–Sería muy largo de explicar, mi coronel, y me temo que muchos de ustedes no lo entenderían.

–Iraola, le recuerdo que está usted entre compañeros, que todos lo apreciamos mucho. Yo mismo respondo de su seguridad. Mientras yo mande este regimiento, nadie le pondrá la mano encima. Antes tendrían que pasar por encima de mi cadáver. Hable con entera franqueza, se lo ruego.

–Gracias, mi coronel. Intentaré explicarme. Mi oposición a sacar el regimiento a la calle se debe a que no creo en la eficacia de esta fórmula para acabar con los males que afligen a España. En todo caso, a empeorarlos. Quisiera recordarle también que en su día presté juramento de fidelidad a la República.

–¡A la de entonces, no a la actual!

–Mientras las urnas no demuestren lo contrario, para mí seguirá siendo la misma. Yo no soy nadie para decidir…

–¡Usted y todos sus compañeros! ¡No está usted solo, Iraola! Todos sus compañeros, y yo mismo, estamos convencidos de que la actual República es una triste parodia a la que usted juró fidelidad.

–Con los debidos respetos, ésa será su opinión, mi coronel.

–Y la de todos sus compañeros, se lo recuerdo.

–Otro aspecto de la cuestión es el pueblo español. ¿Dónde dejamos al pueblo español, al pueblo soberano?

–El pueblo español ha sido engañado por la propaganda bolchevique, está envenenado. Además, el pueblo no sabe lo que le conviene. Somos nosotros los que hemos de pensar y decidir por él.

–Mi coronel, con su permiso, quisiera terminar lo que tengo que decir.

–Diga, diga, Iraola, lo escuchamos.

–Antes ha invocado usted la unidad de este regimiento, el sentimiento de amistad y compañerismo que nos une, una tradición sagrada que yo no voy a romper. Dicho con otras palabras: si usía ordena sacar la tropa a la calle, yo formaré junto a mis compañeros de armas.

–¡Iraola, podría haber empezado por ahí!

–Usía pidió mi opinión, yo se la di. Una cosa son mis condiciones políticas, y otra muy distinta, los Dragones de Numancia.

Se oyó un fuerte rumor de aprobación y los jefes se levantaron y acudieron a felicitar al coronel Montalbán.

–¡Ya era hora de que alguien hablara claro, mi coronel! ¡Cuente con nosotros hasta las últimas consecuencias!

–¡Por fin ha sonado la hora de batirse por España!

–¡Estamos a sus órdenes incondicionales!

El coronel les estrechaba la mano, muy sonriente y satisfecho.

–Gracias, muchas gracias, caballeros, sabía que podía contar con ustedes.

–La duda ofende, mi coronel.

Algo apartados, los oficiales formaban animados corros. Sus ojos relucían de ardor patriótico. Se palmeaban la espalda y cambiaban entusiastas comentarios.

–¡Les daremos *p'al pelo!*

–La orden de sublevarse tiene que venir de Mola.

–Tengo entendido que ya ha llegado.

–¿De veras? ¿A qué espera el coronel para comunicárnosla?

–Franco sublevará Marruecos…

–En cuanto la Legión y los Regulares pongan los pies en España, los anarquistas y los comunistas saldrán huyendo como conejos.

–Será coser y cantar, les vamos a dar más que a una estera.

–Parece que Llano de la Encomienda vacila.

–¡Como que es masón, el muy jodido!

–Nosotros lo convenceremos, ¿verdad, Velasco?

–¡De una patada en el culo!

–¡Ja, ja, ja!

A través de las ventanas cerradas, se oyó el toque de *pienso al ganado,* seguido del confuso rumor de centenares de cascos de caballos pateando frente a sus pesebres. Era mediodía, y el ganado, ajeno a los avatares de la política, reclamaba su ración de avena y forraje.

El único que permanecía silencioso y ausente, entre la euforia y la animación generales, era el capitán Iraola. Continuaba sentado con las piernas cruzadas, apartado de sus compañeros de armas. Había encendido un cigarrillo y miraba pensativamente las volutas de humo que desprendía.

Gonzalo se le acercó y le puso una mano en el hombro.

–Juanjo.

El capitán Iraola levantó los ojos hacia él con expresión de disculpa.

–Lo siento, Gonzalo, no he podido evitarlo. El coronel me ha pedido mi opinión.

–No tienes nada de que disculparte, Juanjo; has obrado de acuerdo con tu conciencia. Yo, en tu lugar, hubiera hecho lo mismo. Comprendo tu sacrificio y admiro tu valor. Ante todo, somos amigos. Y yo más que nadie. Si estoy vivo, es gracias a ti.

–¡Por favor, haz el favor de no mencionarlo más!

–De acuerdo. Sólo quiero que sepas que me tendrás siempre a tu lado. ¡Anda, vamos a tomar una copa!

El teniente coronel los vio salir de la sala de estandartes con una profunda expresión de desconfianza en el semblante. No comprendía la

buena voluntad que le había demostrado el coronel al capitán Iraola. Ni que estuviera a partir un piñón con el comandante De Montcada. Si de él dependiera, a esas horas Iraola ya estaría en el calabozo.

O camino del paredón.

En el otro extremo de la ciudad, en la sala de banderas del cuartel de la Guardia Civil de la calle de Ausiàs March, el coronel Serrano se enfrentaba a la manifiesta hostilidad de los jefes y los oficiales del Tercio Urbano de Barcelona, y les informaba sin ambages de que, ante la hipotética eventualidad de un levantamiento militar, la Benemérita adoptaría una línea de absoluta legalidad republicana y no haría armas con los rebeldes.

–Les recuerdo, caballeros, que la Guardia Civil, en cualquier circunstancia, repito, en cualquier circunstancia, se mantendrá fiel al poder legalmente constituido -concluyó con firmeza, dando carpetazo definitivo al asunto.

En el silencio glacial que acogió estas palabras se pudo oír el comentario que el comandante Recás formuló en voz lo suficientemente alta para que pudieran oírla sus compañeros:

–El coronel nos quiere llevar al deshonor. Pero nosotros no lo vamos a consentir, ni tampoco vamos a luchar contra nuestros compañeros de armas. Que se vaya enterando.

–¡Silencio! – mandó severamente el coronel-. En este tercio de la Guardia Civil a mi mando, se hará lo que yo ordene, métanselo bien en la cabeza. Y no hay más que hablar. Buenos días, caballeros.

Recogió la gorra, la fusta y los guantes, y salió rápidamente de la sala de banderas para no tener que dar más explicaciones.

Sus subordinados no se levantaron para despedirlo, sino que permanecieron sentados para demostrarle su desprecio y su hostilidad.

Al trasponer una loma, Javier y Blanca se tropezaron de manos a boca con la cuadrilla de segadores del Maestrazgo, inclinados sobre las mieses, tocados con amplios sombreros de paja. Tras refrenar sus caballos, cubiertos de espuma, Javier desmontó ágilmente y se acercó al mayoral con la mano extendida.

–Buenos días, señor Roig.

–Buenos días, don Javier -contestó el mayoral correspondiendo al saludo.

Los segadores interrumpieron la faena y se acercaron lentamente a los dos hermanos.

Blanca continuaba a lomos de *Pepa,* un tanto azorada al sentirse el centro de las lujuriosas miradas de los segadores, que no habían hecho ningún intento por descubrirse, como habría sido de rigor en épocas no tan lejanas.

–Buenos días, señorita Blanca -dijo el mayoral, llevándose respetuosamente la mano a la deshilachada ala de su sombrero ceñido por una delgada cinta negra.

–Buenos días, señor Roig -acertó a farfullar la joven mientras con la mano derecha se esforzaba en abrocharse los botones de la blusa que se le habían soltado a consecuencia del galope. Con la izquierda sostenía las riendas de *Pepa,* que parecía extrañamente agitada.

Del hosco corro de segadores se destacó el Sisco. Unas manchas de vino oscurecían la pechera de su camisa sudada. Con la mano derecha empuñaba la hoz. Cuando estuvo a pocos metros de los recién llegados, levantó los ojos y fijó lascivamente la mirada en el pecho de Blanca.

–La señorita está demasiado alta para saludar a unos pobres segadores -dijo con voz pastosa.

Javier hizo un valiente esfuerzo para ignorar la manifiesta insolencia que latía en las palabras del segador.

–Sisco, mi hermana os ha devuelto el saludo.

–¡Valiente manera de saludar! ¡Por encima del hombro! – Y escupió a un lado.

–Os repito que mi hermana os ha saludado correctamente -insistió Javier con los dientes apretados. Una venilla, igual que la de su abuelo, había empezado a latir inquieta bajo su sien izquierda, síntoma evidente de la fría cólera que le ganaba por momentos.

El Sisco dio unos pasos adelante, haciendo crujir los rastrojos bajo sus alpargatas, sin dejar de mirar insolentemente a la joven. Blanca había palidecido un poco, y las riendas le temblaban en sus manos enguantadas. Los segadores se habían acercado más y ahora formaban un anillo de odio y rencor en torno a los dos hermanos.

–Claro, las señoritas no se codean con pobres como nosotros. Están demasiado altas -repitió el Sisco. Luego, poniendo repentinamente en

tensión la voz, gritó-: ¡Pero yo la haré bajar y pedirme perdón de rodillas!

Y antes de que nadie lo pudiera prever o impedir, se plantó de un salto junto a la yegua de Blanca y tiró con fuerza de la manga de su blusa hacia abajo. Blanca se echó hacia atrás. La seda se rasgó, dejando el hombro y parte de su seno al descubierto.

Javier saltó hacia adelante como un tigre. Con un movimiento bien entrenado en el gimnasio, lanzó su puño izquierdo contra el estómago del segador, que se encogió como un fuelle. Sin darle tiempo a reaccionar, su puño derecho subió como un ariete y se estrelló contra su mandíbula. La violencia del golpe echó la cabeza del Sisco hacia atrás, con el mentón mal afeitado levantado hacia el cielo. El segador cayó de espaldas, como un saco de patatas, entre sus desconcertados compañeros.

Todo había ocurrido en menos de tres segundos.

Brincando sobre los pies, Javier adoptó una posición de guardia y esperó a que el segador se levantara.

Se había hecho un silencio de muerte. Hasta las cigarras habían enmudecido. La rapidez de los acontecimientos había anulado la capacidad de reacción de los segadores. El sol continuaba llameando en lo alto del cielo. Un hálito de fuego subía de la tierra abrasada.

El Sisco se incorporó penosamente y escupió un pedazo de diente. Un hilillo de sangre fluía de la comisura de los labios y le manchaba la barbilla. Con la mano derecha tanteó torpemente hasta dar con la hoz.

–¡Señorito de mierda! – jadeó, soltando al mismo tiempo una espantosa blasfemia que dejó a Blanca lívida como el papel-. ¡Ésta me la pagarás como me llamo Sisco!

Y se lanzó contra Javier enarbolando la hoz.

El relampagueo del sol al herir la acerada hoja de la segur pareció romper el encantamiento que tenía paralizados a los segadores. Un par de ellos se abalanzaron sobre el Sisco e intentaron desarmarlo, mientras el mayoral se interponía entre él y el joven.

–¡Será mejor que se vayan, don Javier!

–¡Me iré porque me lo pedís vos, no porque tenga miedo de este miserable!

–¡Sí, sí, de acuerdo! ¡Pero váyanse en seguida! ¡El Sisco lleva dos copas de más y no sabe lo que se dice! – Y el mayoral tiraba de Javier para apartarlo del enfurecido segador que se debatía como un energúmeno entre los brazos de sus compañeros. De su boca surgía una avalancha de insultos, blasfemias y obscenidades.

–¡Cobarde! ¡Hijo de puta! ¡No te irás sin que te dé tu merecido! ¡Te juro que os acordaréis de mí!

La ira volvió a nublar el juicio de Javier, que renovó sus esfuerzos por zafarse de los fuertes brazos del mayoral y dos segadores más que habían acudido en su ayuda.

–¡Dejadme, que lo mato aquí mismo!

–¡Por el amor de Dios, no le escuchéis, don Javier! ¡El Sisco no está en sus cabales! ¡El sol y el vino lo han trastornado! – insistía el mayoral, empujándolo hacia su caballo-. ¡Váyanse, por lo que más quieran!

Varios segadores tiraban del Sisco en dirección contraria.

Javier se esforzó en recobrar la serenidad. Desde lo alto de su yegua, Blanca le dirigía miradas suplicantes. Con la mano derecha se apretaba la blusa contra el pecho. Con la izquierda intentaba dominar a *Pepa,* que caracoleaba inquieta al captar la enrarecida atmósfera de odio, polvo y violencia que flotaba en el aire.

–¡Déjalo, Javier! ¡Vámonos! ¡Tengo mucho miedo!

El mayoral le acercó el caballo a Javier, el viejo *Trasto,* teniéndolo de las riendas.

–¡Voto a Dios! ¡Montad de una vez!

Javier introdujo la punta de la bota izquierda en el estribo, se sujetó al arzón con la mano y se izó con un impulso. Sin apartar los ojos del Sisco, arregló maquinalmente las riendas entre sus dedos.

–Hacedme un favor, don Javier -pidió el mayoral-. No digáis una palabra al amo de lo sucedido. La situación ya está lo suficientemente caldeada para que encima echemos leña al fuego.

–De acuerdo, señor Roig -dijo Javier haciendo dar la vuelta al caballo-. Pero vos decidle al Sisco que no intente ninguna treta porque soy capaz de matarlo.

–Puede irse tranquilo, yo me ocuparé de él -le aseguró el mayoral dando una fuerte palmada a la grupa del animal-. ¡Vayan con Dios!

Los dos hermanos picaron talones y se alejaron al galope, envueltos en la nube de polvo y piedrecillas que levantaban los cascos de los caballos, seguidos por las miradas rencorosas de los segadores y las maldiciones del Sisco.

Medio kilómetro más allá, descabalgaron a orillas del arroyo de Requesens. Blanca se echó en brazos de su hermano, sacudida por los sollozos.

Javier la dejó llorar y, mientras le palmeaba suavemente la espalda, se percató del dolor de su mano derecha. Le había atizado de firme al jodido Sisco. Movió los dedos para comprobar que no tenía ningún hueso roto. No era la primera vez que se peleaba; en el colegio lo había hecho varias veces. Pero aquellas peleas juveniles no tenían nada que ver con la lucha a muerte que acababa de sostener ahora con el Sisco. Eran peleas entre chicos, sin mayor importancia. En cambio, ahora había luchado para salvar su vida. O para acabar con la de su enemigo. Nunca había visto un odio semejante al que relampagueaba en los ojos del segador; un odio mortal. Dejó pasar unos segundos para dar tiempo a su hermana a recobrarse. Cuando su agitación disminuyó un tanto, la apartó un poco de sí y miró sus ojos enrojecidos y su cara llena de los churretes que sus lágrimas habían trazado entre el polvo.

–Vamos, cálmate, que ya pasó todo.

–¡Ha sido horrible, horrible! – repetía Blanca entre hipidos-. Por un momento pensé que aquel bárbaro te mataba. ¿Qué le hemos hecho al Sisco para que se pusiera así? ¡Yo lo he saludado!

–Claro que sí, pero será mejor que olvides todo lo que ha pasado. ¿Tienes un pañuelo?

Blanca hurgó torpemente en su bolsillo.

–Toma.

Javier se dirigió al arroyo, mojó el pañuelo en un remanso y volvió junto a su hermana, que tenía a los caballos de la brida.

–Anda, lávate la cara, verás cómo te sentirás mejor.

Blanca se pasó el pañuelo por los ojos.

–Todavía no sé cómo no me he desmayado -dijo con voz todavía trémula.

–¿Desmayado, tú? – bromeó Javier-. ¿La inventora de la Prueba del Valor?

Blanca sonrió a través de las lágrimas.

–Pues sí. Aquí donde me ves, pensaba que perdía el mundo de vista.

Javier la abrazó de nuevo.

–Anda, tranquilízate, no pienses más en ello. Ya pasó todo. Y ahora arréglate un poco, no podemos llegar así a casa.

Blanca se peinó someramente y arregló como pudo el roto de su blusa. El color le había vuelto a las mejillas.

–Y ni una palabra en casa de lo ocurrido -dijo Javier cuando la ayudó a montar-. Ni una palabra. A nadie. Ni a mamá, ni al abuelo, ni a la Hilaria. A nadie. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Y si alguien te pregunta por el roto de la blusa, diremos que te has caído del caballo en unos zarzales.

La plaza de armas estaba desierta cuando llegaron, media hora más tarde. El mozo de cuadra no salió a recibirlos. Era la hora del almuerzo y el castillo de Requesens reposaba amodorrado bajo el fuerte sol del mediodía. Descabalgaron rápidamente.

–Sube a arreglarte un poco -dijo Javier a su hermana-. Nos encontraremos en el comedor. Mientras, yo me ocupo de llevar los caballos a la cuadra. ¡Corre!

Blanca subió la escalera noble al galope, alcanzó la segunda planta y enfiló a toda marcha el pasillo que llevaba a su dormitorio. Se felicitó a sí misma por haber pasado desapercibida. Pero cuando llegó frente a la puerta de su alcoba, ésta se abrió para dejar paso a la Hilaria, que salía con las sábanas de la cama donde había dormido Maite dos noches antes.

–¿Pero adónde vas así, cordera mía? – exclamó la niñera, asustada, al reparar en su semblante descompuesto y sus ojos enrojecidos-. ¿Se puede saber qué te ha ocurrido? ¿De dónde sales?

–De dar una vuelta a caballo con Javier.

–¿Y ese siete en la blusa? – preguntó la niñera señalando acusadoramente el roto de la blusa con un dedo.

–¿Ah, eso? Un roto sin importancia. Que me he caído en unos zarzales.

La Hilaria dejó las sábanas en el suelo y meneó la cabeza con muestras de profunda desaprobación.

–¡Blanca! ¡Blanca! ¡Está visto que no se os puede dejar solos un momento! Pero la culpa no es tuya, sino del simple de tu hermano, que te lleva donde no debe. ¡Sois lo que no hay! ¡Anda, entra, que te ayudaré a cambiarte! Con esta facha no puedes entrar en el comedor. – Y la niñera cerró la puerta del dormitorio a sus espaldas, una habitación clara, alegre y femenina.

–¿Me da tiempo a ducharme? – preguntó Blanca.

–Ni se te ocurra. Solamente faltaría que te retrasaras un segundo, con lo nervioso que está hoy tu abuelo, que no para un momento. Tienes el tiempo justo para lavarte la cara y peinarte un poco.

–¿Dónde están?

–Esperando en la sala.

La Hilaria ayudó a Blanca a quitarse las botas, la blusa y los pantalones. La joven se quedó en bragas y sostenes. Y mientras se inclinaba sobre los cajones de su cómoda para buscar una blusa y una falda, la niñera aprovechó la ocasión para examinar su espalda y sus hombros.

–No te has hecho nada -comentó, extrañada-. Ni un simple rasguño.

–Es que las zarzas eran muy blandas y espesas, y me han hecho de colchón.

–¡Ah! – dijo burlonamente la Hilaria.

Blanca se vistió a toda prisa, se peinó un poco, se pintó ligeramente los labios frente al espejo de su tocador, depositó un beso en la arrugada mejilla de su niñera y salió a escape. Cuando llegó al comedor ya estaban todos sentados a la mesa. Y tan preocupados, que apenas le prestaron atención. Blanca pidió perdón por el retraso y se sentó junto a su hermano, que le palmeó disimuladamente la rodilla por debajo de la mesa.

El notario Palol de Revardit tenía los ojos fijos en la nuca de su amigo Alfonso, que mantenía la cabeza pegada a la rejilla del aparato de radio mientras con la mano derecha manipulaba el dial tratando de captar la sintonía de la emisora EAJ Uno Radio Barcelona. Los rayos y truenos que rasgaban la noche de verano obstaculizaban la recepción de las ondas hertzianas.

Idéntica ansiedad y preocupación se reflejaban en los rostros de mosén Pau, Cecilia, Javier y Blanca, reunidos en torno al aparato de

radio para no perderse detalle de la emisión. Gonzalito hacía rato que había ido a acostarse.

Transcurrían las últimas horas del día 14 de julio de 1936.

–¿Han dicho algo más? – preguntó don Sinibaldo.

–Nada nuevo hasta ahora, sólo que están a la espera de recibir nueva información de Madrid -contestó don Alfonso.

Aprovechando una pausa en la comunicación radiofónica, Cecilia sirvió una taza de café a mosén Pau, que aquella noche había subido al castillo para informar a don Alfonso de los escasos fieles que se acercaban a la iglesia y del vacío que le hacían de un tiempo a esa parte. Como si temieran significarse y comprometerse.

Crepitó la radio de nuevo y todos volvieron a hacer un corro en torno al aparato.

Don Alfonso acercó la oreja a la rejilla y reclamó silencio con un gesto de la mano.

–Escuchen esto.

La voz del locutor llegaba distorsionada entre los zumbidos y las interferencias de la tormenta:

–Nos confirman desde Madrid que el cadáver hallado esta mañana en el cementerio del Este corresponde, efectivamente, al del señor Calvo Sotelo, diputado del Partido Monárquico y virtual jefe del Bloque Nacional, tal como se sospechaba.

Un relámpago centelleó en el parque, haciendo surgir de las tinieblas nocturnas, durante fracciones de segundo, las siluetas azuladas de las dos secuoyas gigantes. Todos levantaron la vista y se miraron, consternados. Cecilia se mordió los labios y se llevó las manos al pecho. Mosén Pau dejó la taza de café sobre una mesita y se santiguó. Javier contuvo la respiración. Blanca musitó algo ininteligible. Don Sinibaldo se ajustó los quevedos, que se le habían desprendido de la impresión. A continuación retumbó un trueno horrísono, y sus ecos, secos como descargas de fusilería, se perdieron en la noche, dejando oír las palabras del locutor:

–… la autopsia que se le ha practicado demuestra, sin lugar a dudas, que el líder de las derechas españolas ha fallecido de muerte violenta. De acuerdo con todos los indicios que han llegado a nuestra emisora, parece ser que el señor Calvo Sotelo, pese a su inmunidad

parlamentaria, fue sacado de su domicilio de la calle de Velázquez a altas horas de la madrugada por una patrulla de la Guardia de Asalto e introducido a la fuerza en una furgoneta del mismo cuerpo, donde se sentó entre dos guardias. A la altura de la calle de Serrano, el capitán Cuenca, que se sentaba detrás de él, le disparó dos tiros en la nuca que le provocaron la muerte instantánea.

–¡Miserables! – barbotó don Alfonso con las mandíbulas contraídas por la ira-. ¿Cómo se han atrevido?

La radio continuaba dando más detalles:

–A estas horas, la situación en Madrid es muy tensa, y el gobierno del señor Casares Quiroga ha prohibido que se anuncie la hora del entierro en evitación de posibles disturbios y altercados. También ha prometido que se abrirá una rigurosa investigación para descubrir a los culpables de tan execrable crimen, que serán castigados como se merecen. La Guardia de Asalto, por su parte, ha asegurado que ella no tiene ni arte ni parte en este crimen alevoso.

–¡Mentirosos! – masculló don Alfonso, furioso.

–¡Dios mío! – gimió el notario-. ¿Es que nunca va a acabar este horror? ¿Adónde iremos a parar como esto siga así, Dios mío, adónde?

–Que el Señor lo tenga en su gloria -musitó Cecilia, mientras pensaba para sí que aquel cobarde asesinato por la espalda del jefe de la oposición serviría para acabar de una vez por todas con la indecisión y los malos entendidos entre Mola, la Comunión Tradicionalista y los requetés que aguardaban impacientes la hora de empuñar las armas. Era la señal del cielo de la que le había hablado el Director en Pamplona no hacía tantos días.

Nuevas interferencias y nuevos truenos impidieron seguir la emisión de radio. Don Alfonso cerró el aparato y se incorporó.

–¿Y ahora, qué? – preguntó el notario con el semblante angustiado-. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–Ahora vamos a esperar a que las tropas salgan de los cuarteles y barran a la chusma comunista -dijo don Alfonso con firmeza-. Mi hijo, el primero.

–Pues vamos a rezar un padrenuestro para que Dios ayude a los valientes soldados de España -dijo mosén Pau cayendo de rodillas-. Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre…

Todos se arrodillaron y rezaron fervorosamente con las cabezas inclinadas y las manos unidas frente al pecho.

A continuación, Cecilia propuso rezar un rosario.

Javier esperó hasta el segundo misterio. No podía aguantar más. La impaciencia lo consumía. Se levantó silenciosamente, se dirigió hacia la cabina del teléfono de pared (un anticuado modelo de principios de siglo que había escapado a la reforma de Requesens llevada a cabo por su madre), descolgó el auricular y dio varias vueltas a la manivela. Cuando sonó la voz de la operadora de la centralita de Manlleu, Javier le pidió una conferencia con el cuartel de Dragones de Numancia de Barcelona, algo totalmente prohibido en el castillo de Requesens desde que se empezó a tramar el complot.

–Es muy urgente, señorita -insistió.

–Descuide, haré lo posible por atenderle cuanto antes.

Por lo general, una solicitud de conferencia tardaba entre cinco y quince minutos en ser atendida. O más. Pero esta vez no tardó ni tres minutos en sonar el estridente campanilleo del anticuado aparato. Javier, que aguardaba en la puerta del gabinete, se precipitó a descolgar el auricular.

–Diga, diga -dijo, impaciente.

–Su conferencia con Barcelona, señor Montcada -dijo la voz cantarina de la operadora-. Ya pueden hablar.

–Con el comandante De Montcada, por favor -pidió al ordenanza que lo atendió en el otro extremo de la línea.

–¿De parte de quién?

–De su hijo Javier.

–No se retire, que ahora mismo voy a avisarlo.

Javier esperó con los nervios en tensión y el auricular pegado al oído.

–Sí -dijo la voz de su padre al cabo de un par de minutos-. ¿Con quién hablo?

–Papá, soy Javier.

La voz de Gonzalo sonó severa:

–¿No sabes que tienes terminantemente prohibido comunicarte telefónicamente conmigo en el cuartel? Es una imprudencia muy grave de tu parte.

–Sí, papá, lo sé perfectamente. Pero es un caso especial. Seré muy breve. Quiero estar con vosotros cuando empiece el zafarrancho.

Silencio.

–¿Me oyes, papá?

–Sí, te oigo. Pero te diré una cosa, Javier: este asunto es exclusivamente de los militares, lo que tú no has querido ser. ¿Recuerdas tus palabras? No quiero que te presentes en el cuartel de ninguna de las maneras. Te lo prohíbo terminantemente.

–¡Papá, por favor!

–No tengo más que añadir. Adiós.

Y cortó la comunicación.

A Javier se le formó un nudo en la garganta y las lágrimas le asomaron a los ojos. Con un gesto maquinal, colgó lentamente el auricular en su percha. Luego dio varias vueltas a la manivela para avisar a la operadora, que preguntó:

–¿Ya ha acabado?

–Sí, señorita, ha sido usted muy amable. Se lo agradezco mucho.

–No tiene que agradecerme nada. Y no tema: seré muy discreta. Yo también estoy con ustedes.

Cuando Javier volvía a la biblioteca, un tanto vacilante y desconcertado, en el pasillo se encontró con su madre, que iba a buscarlo. Se la veía un poco pálida. Lo interrogó con la mirada.

–Sí, era papá -le confirmó Javier.

–¿Qué te ha dicho?

–Que no me presente en el cuartel de ninguna de las maneras, que no quiere tenerme a su lado cuando empiece la lucha, que el alzamiento es cosa de militares, lo que yo no he querido ser -terminó Javier con amargura-. Éstas han sido sus palabras. Luego ha colgado.

Cecilia se estrechó contra su hijo, que le pasó el brazo por los hombros.

–Javier, tengo mucho miedo. La noticia del asesinato de Calvo Sotelo me ha dejado helada. No me esperaba una barbaridad semejante. Pero ahora intuyo que Mola responderá a la provocación. Es la guerra.

–¿No es ésta la señal del cielo que estábamos deseando?

–Sí, pero ahora que es tan inminente, me da miedo. Mucho miedo. Sufro por tu padre, por todos vosotros, por tu abuelo, por mí. Lo que nos depara el destino. Hace dos noches que apenas duermo. ¿Ha preguntado por mí?

–No, ha sido muy seco.

Cecilia disimuló una mueca de contrariedad.

Javier volvió a abrazarla.

–No temas, mamá, verás como todo acabará bien -dijo, procurando que su voz sonara firme y convincente.

–Dios te oiga, hijo.

La noticia del asesinato de Calvo Sotelo retumbó en toda España como un aldabonazo de hierro, y el país entero contuvo el aliento.

Veinticuatro horas después, desde el antiguo Palacio de los Virreyes de Navarra, sede de la Comandancia Militar de Pamplona, el general Mola cursó el siguiente telegrama a todas las guarniciones conjuradas de la Península y plazas de soberanía de Marruecos: *El 17 a las 17.*

Mientras, a la misma hora, el avión *Dragon Rapide,* alquilado por los conjurados a la Olley Air Service, pilotado por el capitán Beeb, volaba de las Palmas de Gran Canaria a Tetuán con el general Franco a bordo, para ponerse al frente del Ejército de África.

La primera unidad militar que acató la enigmática orden fue el Quinto Tabor de Regulares de Alhucemas que, aquella misma tarde del 17 de julio de 1936, completó los preparativos de marcha y al anochecer se puso en camino hacia Melilla a la luz de las estrellas del desierto.

Había empezado la guerra.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 4:
1936-1939

–¿Todavía no has terminado con tus dichosas maletas? – preguntó Higinio Masferrer, golpeando con los nudillos la puerta del vestidor de su mujer-. Te recuerdo una vez más que hemos quedado con tus abuelos a las diez en punto en la Estación Marítima, y no hace falta que te recuerde lo mucho que sufre tu abuela cuando te retrasas.

–¡Pero si sólo son las ocho!

–¡Las ocho y media pasadas!

–Bueno, pero todavía es muy temprano.

–Eso es lo que tú te crees.

–¡Estaré lista dentro de cinco minutos!

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

–Nada.

–¡Pues para tratarse de nada…!

–¡Higinio, por favor, no me pongas más nerviosa de lo que estoy!

Higinio Masferrer reprimió a duras penas un gesto de contrariedad y echó a andar pasillo adelante, y el eco de sus pasos resonó nerviosamente en el parquet del amplio y desierto piso que olía a cera y a naftalina. Estaban solos. El servicio se había ido de vacaciones. Dentro de sus fundas blancas, los muebles y las arañas de cristal refulgían como pálidos fantasmas en la penumbra.

Cuando llegó al recibidor se quedó plantado ante una convencional reproducción de la carabela *Santa María.* Detrás de la nave colombina se desplegaba un descolorido tapiz que representaba el rapto de las sabinas de David. Tras contemplarlo unos segundos con la mente ausente, Higinio se dio la vuelta y enfiló el pasillo en sentido inverso, hasta el salón, donde se detuvo un momento frente a un resplandeciente piano de cola Steinway para enderezar maquinalmente una fotografía del rey, enmarcada en plata, que le parecía que no guardaba la debida alineación con un abanico enmarcado y un buda de jade. Estaba dedicada de puño y letra del último monarca español: *A mi buen amigo Higinio Masferrer, con afecto, Alfonso R. París, 1932.* Después, y por el mismo motivo, imprimió un ligero giro a un jarrón chino de la dinastía Ming colocado sobre un taraceado arcón de ébano. Le resultaba

imposible tener las manos quietas. Los nervios se lo comían vivo. Luego consultó su reloj. Aún era temprano. Su mujer tenía razón. Algunas veces tenía razón. Pero siempre había que contar con los imprevistos. Y hoy, sábado, 18 de julio de 1936, era el día menos indicado para que los imprevistos lo retrasaran a uno. Cuanto antes estuvieran a bordo del *Rex*, mejor.

Anteayer, una persona muy bien situada en política y que gozaba de toda su confianza, le había informado confidencialmente que el Ejército de Marruecos se había sublevado. Esto no hacía sino confirmar los alarmantes rumores que corrían por Barcelona en este sentido, pese a las insistentes declaraciones en contra del gobierno de que se trataba de incidentes de escasa importancia y que la normalidad más absoluta reinaba en las plazas de soberanía del Protectorado, lo que, debidamente interpretado, quería decir que, en el plazo de pocas horas, la tropa saldría de sus cuarteles para proclamar el estado de guerra y se armaría la de San Quintín. Pero a él no iban a pillarlo en medio. Un ciudadano decente como él no tenía por qué arrostrar tamaños riesgos. Meter a las turbas en cintura era cosa de los militares, por más que comprendiera la inmensa razón que los asistía. Y deseaba.

Desde el asesinato de Calvo Sotelo, la atmósfera de la ciudad se había vuelto literalmente irrespirable, tensa, insufrible, explosiva. Parecía que bastaba encender una cerilla para que se produjera una deflagración devastadora. La gente andaba medrosa por la calle, mirando hacia todos lados con desconfianza, como si temiera ver caer un rayo del cielo. Desde aquel fatídico 14 de julio, Higinio no había podido pegar ojo, como se dice vulgarmente. Las sábanas le abrasaban, daba mil vueltas en la cama y acababa por levantarse y servirse un whisky con hielo en la cocina. Finalmente había tomado una decisión: se ausentarían prudentemente unos días a la espera de que pasara la tormenta; algo que ya habían hecho bastantes amigos y conocidos.

El 16, jueves, en las oficinas de Wagons-Lits del paseo de Gracia, había comprado dos pasajes de primera clase para Génova en el transatlántico *Rex*, que el 18 hacía escala en Barcelona, procedente de Nueva York. Hasta hacía tres años, el *Rex* había enarbolado el Gallardete Azul, el preciado banderín que Lloyds concedía al barco más rápido de la travesía del Atlántico, y que había perdido a manos

del *Queen Mary,* el nuevo super *liner* de la Cunard. No obstante, continuaba siendo un paquebote imponente, el orgullo de la marina mercante italiana. Higinio había dudado entre Génova y Cannes, y finalmente se había decidido por la primera, porque, al fin y al cabo, en Francia también reinaba un gobierno del Frente Popular, y él ya estaba hasta el gorro de su versión española, mientras que en Italia mandaban los fascistas, que habían sabido meter en cintura como nadie a los comunistas y compañía. Y de paso aprovecharía la ocasión para hacer una visita al Santo Padre.

A continuación sacó una considerable cantidad de dinero en metálico y en cheques de viaje de su cuenta del Lloyds Bank. Luego, movido por un presentimiento misterioso, ordenó a su director hacer una igualmente respetable transferencia a su sucursal de Roma. Por lo que pudiera ocurrir. La tercera visita, camino ya de casa, fue al consulado de Italia, para que le sellaran y visaran los pasaportes.

Higinio se llegó hasta la tribuna asomada a los jardincillos del paseo de Gracia y al obelisco del Cinco de Oros que se levantaba en la confluencia con la Diagonal (dedicado en principio a Pi y Margall, el efímero presidente de la primera república española) y echó un vistazo al panorama callejero. Aparentemente todo estaba en orden. No corría un hálito de aire. Las hojas de los plátanos pendían desmayadas. El tráfico era escaso. Muchos vecinos del señorial paseo barcelonés estaban de veraneo, en sus villas de Sitges, la Costa Brava o la Cerdaña, huidos del calor sofocante de la Ciudad Condal. Incluso en el extranjero. La mayoría de las ventanas estaban cerradas, con los toldos recogidos y los postigos echados. Un repartidor de *La Vanguardia* dejaba ejemplares en los portales de las fincas. Porteros en camiseta regaban con escaso entusiasmo las demarcaciones de sus aceras respectivas. Tres beatas vestidas de negro, con mantillas a la cabeza y misal al brazo, doblaron la esquina, camino de misa de nueve en la vecina iglesia de los Carmelitas.

Tranquilizado por aquella aparente normalidad, Higinio entró en su gabinete de trabajo para cerciorarse de que todo estaba en orden: los pisapapeles en su sitio, los libros en las estanterías, las fotografías en sus marcos de plata y los cajones de su escribanía debidamente cerrados.

El grito de auxilio de su mujer, que le llegó canalizado por el pasillo, lo sobresaltó.

–¡Higinio, a ver si me ayudas a cerrar las maletas! ¡Yo no puedo con ellas!

Conteniendo un respingo de impaciencia, franqueó la entrada de la alcoba de su mujer, decorada con delicados tonos blancos y rosas.

–¡Pero! ¿Cómo? – exclamó, estupefacto, mirando tres maletas de piel de cerdo y varias sombrereras al pie de la cama-. ¿Se puede saber para qué quieres tanto equipaje si no vamos a estar fuera más que un par de semanas?

Sentada frente a la triple luna del espejo de su tocador, Laura se pintaba los labios, ignorándolo.

–Pareces tonto, Higinio, pues ¿qué quieres que me ponga en las *soirées* del *Rex?* Imagínate por un momento que el capitán nos invita a cenar a su mesa. No querrás que tu mujer vaya hecha una facha, ¿verdad? Anda, sé bueno y ciérrame las maletas -dijo sin mirarlo, con la vista fija en la imagen que reflejaba el espejo, mordiéndose los labios para repartir adecuadamente el carmín.

Higinio se enfrentó a las maletas, y Laura continuó acicalándose con toda la calma del mundo.

Después de meditarlo largamente, Laura se había decidido por un traje de chaqueta beige entallado, de falda muy ajustada y zapatos de piel de cocodrilo a tono con su colorido, que lo mismo podía servir para un aperitivo a media mañana como para un cóctel vespertino. Una nunca sabía cómo podían rodar las cosas. Cuando terminó de pintarse los labios, dejó la barrita encima del tocador y, levantándose las faldas, tensó cuidadosamente las medias, sujetándolas a las presillas del liguero de encaje. Una repentina asociación de ideas le trajo a la mente el recuerdo lejano de los ojos de Gonzalito, abiertos como platos, fijos en sus caderas. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Y Javier? Se recriminó amargamente por haber preferido asistir a la inauguración de la logia de Senya Blanca de s'Agaró (donde se había aburrido como una ostra), en lugar de acudir a la tradicional fiesta de cumpleaños de Cecilia. Había sido una estúpida. En Requesens habría vuelto a ver a Javier y, con un poco de mano izquierda, lo habría convencido para bajar a La Fontana. El recuerdo de la Prueba del Valor no se le había borrado de

la memoria. Ni se le borraría nunca. Aquellos diez minutos de locura pasados en el pabellón de caza de La Fontana, la experiencia más placentera, maravillosa y romántica que le había ocurrido nunca, le habían compensado sobradamente el susto pasado. Con mucho gusto volvería a desafiar las iras de Hugo de Montcada, las ratas y las arañas del pasadizo secreto y la maldición del cuadro de Goya, si le garantizaban que después acabaría en los brazos de Javier que, a esas alturas, se había convertido en un verdadero hombre, tan alto y apuesto como su padre. Laura llevaba tres años casada, no había tenido hijos, pero tampoco podía decirse que no fuera feliz. Tenía de todo y en cantidades ilimitadas. Le bastaba abrir la boca para tenerlo todo a sus pies. Higinio se apresuraba a satisfacer sus caprichos más inverosímiles. Laura suspiró, apesadumbrada, y volvió a maldecirse por su estupidez. Después estiró sus bien torneadas piernas y comprobó que las costuras de las medias no le hacían arrugas en las pantorrillas.

Maldiciendo por lo bajo, Higinio se arrodilló sobre la primera maleta. La mañana era calurosa. Cuando terminó de forcejear con las cerraduras y las correas, unas gotas de sudor perlaban su frente rubicunda.

–¡Mira cómo me he puesto! – masculló, indignado, contemplándose las rodilleras que se le habían formado en los pantalones-. ¡Todo por culpa de tus dichosas maletas! ¡Así no puedo subir al *Rex!*

–¡Ay, hijo, pues no te enfadas tú por nada! ¡Cámbiate los pantalones! – dijo Laura colocándose un pequeño sombrero sobre el peinado y prendiéndolo con alfileres.

De su bien surtido guardarropía, Higinio extrajo unos pantalones de franela que hicieran juego con su americana gris perla, y mientras saltaba a la pata coja para ponérselos (pues no tenía paciencia para sentarse y quitarse los zapatos), maldijo la inconsciencia femenina: estaban sentados encima de un polvorín a punto de estallar, y a su mujer no se le ocurría nada mejor que ponerse a hacer maletas como una obsesa. ¿Para qué querrían las mujeres tantos trajes, trapos y sombreros?; total, para un simple viaje de diez o quince días todo lo más…

Cuando acabó de cambiarse, salió al rellano y llamó al ascensor, que se le antojó subía con una lentitud exasperante. Entró en el camarín,

cerró las puertas y oprimió el botón de la planta baja. Mientras descendía con la misma solemne parsimonia, Higinio se ajustó el nudo de la corbata frente al espejo y palpó por centésima vez los bolsillos de la americana para comprobar que no se dejaba nada: la cartera, el dinero, los pasajes del barco, los cheques de viaje, la documentación, los pasaportes, el permiso de conducir, una carta de presentación para el embajador español en la Santa Sede. Parecía que no había olvidado nada.

El portero no estaba en su garita acristalada. ¡Lo que faltaba! Su mujer decía que el servicio estaba peor cada día. No le faltaba razón. Ahora eran los porteros los que flaqueaban.

–¡Manuel! – llamó con voz aflautada por el hueco de la escalera que se hundía en las negras profundidades del sótano, del que subía un vago olor a coles y sardinas fritas con ajo y perejil.

El portero subió en mangas de camisa y sin afeitar.

–Estaba terminando de desayunar, señorito -se excusó con un marcado acento gallego-. Como es tan temprano, no me ha dado tiempo de ponerme el uniforme. Aquí tiene su *Vanguardia*, señorito. Esta mañana la doncella no ha bajado a por ella.

–Se ha ido de vacaciones -le aclaró Higinio-. Y la cocinera también. Estarán fuera un par de semanas. No queda nadie en la casa. Y ahora, haga el favor de subir a buscar las maletas… pero antes póngase el uniforme. Éstas no son maneras de andar por el mundo.

–Sí, señorito, ahora mismo me cambio.

–Mientras, yo saldré a buscar un taxi.

–Lo que usted mande, señorito.

–Otra cosa, Bautista -agregó Higinio desde la puerta-. Dígale también a la señora que no se olvide de cerrarlo todo con llave; el gas y el agua sobre todo.

–Descuide, señorito.

Higinio salió a la acera y llamó al primer taxi que acertó a pasar.

–Espere aquí un momento -ordenó al taxista-. Ahora bajará mi mujer con las maletas. Tenga, esto para usted -añadió, alargando un par de duros al sorprendido taxista. Higinio era un decidido partidario de las propinas por adelantado para facilitar la fluidez de cualquier

trámite. Sobre todo en tal día como hoy, que parecía cargado de electricidad estática.

–Muchas gracias, caballero.

Entre el taxista y el portero cargaron las maletas en el taxi, dos en la trasera y la tercera junto al asiento del conductor.

Laura apareció finalmente en la portería, arreglada, compuesta y perfumada.

Higinio se despidió del portero y le dio las últimas instrucciones:

–Volveremos dentro de un par de semanas o poco más. Lo dejo encargado de la casa. Guárdeme los diarios y la correspondencia. Si alguien pregunta por mí, dígale que nos hemos ido de viaje.

–Sí, señorito.

–Y dígale a su mujer que mañana sin falta suba a darle un repaso al piso -le recordó Laura a su vez, entrando en el vehículo-. Y que no se olvide de regar las plantas día sí, día no.

–Lo que usted mande, señorita -contestó el portero, obsequioso, cerrando la puerta tras ella.

–A la Estación Marítima -ordenó Higinio al taxista acomodándose junto a su mujer en el asiento posterior.

–¿Por las Ramblas o por vía Layetana? – inquirió el taxista, girando a medias la cabeza.

–Por las Ramblas.

El taxista arrancó, rodeó los jardincillos del paseo por la parte de arriba y enfiló pausadamente paseo de Gracia abajo.

Higinio y Laura miraban el panorama urbano que desfilaba al otro lado de las ventanillas del vehículo.

–Pues todo parece muy tranquilo -observó Higinio, un poco sorprendido, contemplando los escaparates de las tiendas, los taxis y los mozos de cuerda que aguardaban pacientemente la llegada del exprés de Madrid en el apeadero de la calle de Aragón, y los tranvías amarillos que circulaban por los arroyos laterales con su habitual ruido de chatarra oxidada.

Tras los escaparates de Santa Eulalia, estáticas maniquíes exhibían claros modelos veraniegos. Entre Aragón y Consejo de Ciento, algunos turistas madrugadores fotografiaban la casa Batlló, obra del arquitecto Gaudí, llamada la *casa de los Huesos* aludiendo a las formas óseas con

las que el maestro de Reus había decorado su fachada. Su vecina, una versión sui géneris de una casa flamenca del siglo xvii, les llamaba mucho menos la atención. Los porteros del Círculo Ecuestre sacaban brillo a los pasamanos de latón de la solemne escalinata de granito.

–Me parece que tu informador exageró un poco -opinó Laura-. Yo no veo nada fuera de lo normal.

Pero el panorama empezó a cambiar cuando dejaron atrás la plaza de Cataluña y enfilaron la embocadura de las Ramblas. Ningún paseante se paraba a echar un trago en la fuente de Canaletas. La terraza del bar Nuria estaba desierta. Los quioscos, las pajarerías y los puestos de flores estaban cerrados. Muchos comercios tenían las persianas bajadas. Obreros armados con escopetas y brazaletes rojos se paseaban bajo la marquesina del Liceo con aire desafiante. Los criados del Círculo habían bajado las cortinas de la gran tribuna acristalada asomada al paseo para velar su lujoso interior a la malsana curiosidad del público. Amas de casa, con la cesta de la compra al brazo, protestaban ruidosamente ante las cerradas puertas del mercado de La Boquería. Curiosos y desocupados habían trepado al monumento al dramaturgo Pitarra, como los impacientes espectadores de un teatro a la espera de que se levante el telón y dé comienzo la función, cuyo desenlace les está vedado. Al final del paseo, frente al viejo cuartel de Atarazanas, piquetes armados vigilaban, sin recatarse, las idas y venidas de los oficiales. El centinela montaba guardia con casco y bayoneta calada. Los paisanos aceleraban medrosamente el paso cuando cruzaban por delante de él. Otros parecían vigilar desde las azoteas próximas. En torno al monumento a Colón se habían formado grupos de mirones que saludaban con el puño en alto y ademanes amenazadores a los lujosos coches que se dirigían a la Estación Marítima. A la altura del palacio de las Aduanas, un piquete de la FAI había detenido un gran Rolls granate, había obligado a bajar a sus ocupantes a punta de pistola y los estaba registrando en la acera.

–¡Gentuza! – se indignó Higinio-. ¡No sé cómo se atreven a molestar de esta forma a las personas decentes!

–Chis -ordenó Laura llevándose el índice a los labios y señalando con los ojos la nuca del taxista.

–Suerte que a mí se me ha ocurrido dejar el coche en el garaje y bajar en taxi -susurró Higinio, comprendiendo.

Finalmente llegaron al muelle de San Beltrán y desfilaron entre sus altas grúas y sus mugrientos tinglados portuarios. Muy alta, como una araña suspendida de su tela, la barquilla del transbordador aéreo cruzaba lentamente desde Miramar hacia la torre metálica de San Jaime con su carga de niños ilusionados a los que sus padres sacaban de paseo como premio a sus buenas notas. Desde su altura, podían otear los toldos y los parasoles de la playa de la Barceloneta y las instalaciones de los Baños de San Sebastián, repletas de gozosos bañistas. Para muchísimos barceloneses, aquel soleado sábado de julio de 1936 era una jornada veraniega más que aprovechaban zambulléndose en las olas del Mediterráneo.

Al final del muelle, la superestructura del *Rex* dominaba con su imponente masa el edificio de la Estación Marítima. Una humareda grisácea se escapaba de sus blancas chimeneas rematadas con la franja de los colores (rojo, blanco y verde) de la casa real de Saboya y se diluía perezosamente en el cielo ligeramente enturbiado por la calígine estival. Por debajo de su línea de flotación, sus cuatro grupos de turbinas Parsons vibraban al ralentí.

El calor empezaba a arreciar.

La Estación Marítima zumbaba como un panal de abejas impacientes por levantar el vuelo. Una riada de taxis, autobuses y coches particulares se renovaba sin cesar ante sus puertas: pitidos, gritos, protestas y bocinazos. Parecía que los viajeros no pudieran refrenar su impaciencia.

Higinio pagó la carrera al taxista y llamó a un par de mozos de cuerda para que se hicieran cargo de las maletas y las sombrereras. También les dio la propina por adelantado.

–Y no me pierdan de vista, pase lo que pase -ordenó.

–Descuide, caballero -contestaron los dos hombres haciendo desaparecer las monedas en las profundidades de sus blusones azules. Después pasaron las correas por las asas de las maletas y se las echaron al hombro.

Una multitud perfumada y bien trajeada se agitaba inquieta en la sala de espera de la primera planta. Se respiraba una velada atmósfera

de temor y de contenida inquietud. En los ojos de muchos viajeros aleteaba un difuso aire de complicidad.

Higinio no tardó en distinguir el inconfundible canotier y las plateadas patillas de don Rómulo Fontanilles, marqués de Covadonga, sobresaliendo del mar de cabezas. Lo acompañaban doña Elvira, su hijo José Vicente, la mujer de éste y tres niños vestidos de marinero, hijos del matrimonio, a cargo de una institutriz francesa que no les quitaba el ojo de encima, temerosa de que se perdieran entre el gentío.

Higinio y Laura se dirigieron a su encuentro abriéndose paso entre los grupos.

–Don Rómulo -saludó Higinio ceremoniosamente haciendo el ademán de descubrirse.

–¡Mi querido Higinio! – correspondió al saludo el ilustre prócer con igual prosopopeya-. ¡Qué placer tenerte entre nosotros!

Laura besó a sus abuelos en ambas mejillas.

–¡Por fin llegas! – la reprendió doña Elvira abrazándola-. ¡Tú siempre tan tardona! No sabes el mal rato que nos has hecho pasar. Me ponía mala la idea de que perdieras el barco. Tu madre me encareció mucho que cuidara de ti.

–Ni que fuera una niña pequeña, abuela.

–Eres mi nieta, y para tus padres, siempre serás una niña. Ya lo verás cuando tengas hijos.

–Lo decía en broma, abuela, estoy muy contenta de viajar con vosotros.

Higinio le besó la mano, después de que la majestuosa dama lo hubo examinado de arriba abajo con la ayuda de unos impertinentes con los que mantenía a distancia a la gente de medio pelo.

–¡Querido Higinio! – suspiró poniendo los ojos en blanco y la expresión de dolorida sorpresa que le era tan grata-. ¡Cómo nos hemos de ver!

–¿Quieres dejar de lamentarte? – le recriminó su marido, irritado-. No has hecho otra cosa desde que hemos salido de casa. Hasta el momento no ha ocurrido nada.

–Porque Dios no lo ha querido. Si el chófer no llega a acelerar en el momento oportuno, a estas horas nos estarían desvalijando aquella cuadrilla de forajidos. ¡Qué miedo he pasado! ¿O es que tú te crees que

todos los que estamos aquí nos vamos por gusto? – preguntó señalando con los impertinentes al público que se apiñaba frente a los controles de la policía de aduanas-. La mitad por lo menos son gente conocida. Pero será mejor que nos pongamos a la cola -añadió prudentemente-, no vayamos a perder el turno.

Higinio cambió un rápido apretón de manos con José Vicente, el primogénito de los Fontanilles, y depositó un beso en la mejilla perfumada de Enriqueta, su mujer, que se tocaba con una gran pamela blanca y gastaba guantes de encaje del mismo color.

Laura saludó a ambos llamándolos *tíos,* y Enriqueta le pidió que apeara el tratamiento.

–Nada de *tíos.* Me hace vieja, ¿sabes?

Y después llamó a sus hijos.

–¡A ver, niños, cómo saludáis a vuestra prima!

Los tres niños se pusieron de puntillas y la besaron en la mejilla por riguroso orden de edades.

Higinio y Laura cambiaron una ligera inclinación de cabeza con la institutriz francesa, mademoiselle Vervier, que en realidad era suiza y hablaba francés y alemán con la misma facilidad.

Mientras charlaban de sus inquietudes y sus temores, la cola fue avanzando lentamente. La atmósfera resultaba sofocante. Las señoras se abanicaban nerviosamente. Los mozos de cuerda esperaban estoicamente junto a pilas de maletas luciendo etiquetas de los más prestigiosos hoteles de Europa y América. Una pareja de la Guardia Civil velaba por el orden público. Tres sacerdotes envueltos en sus capas negras cuchicheaban, inquietos. Más allá, un grupo de monjas de blancas tocas miraban desconcertadas a su alrededor.

El *Rex* lanzó su primer aviso, un sordo mugido que acalló todas las conversaciones y aumentó el nerviosismo del pasaje.

–¿A qué esperan para avanzar?

–Calma, señores, hay tiempo de sobra.

–Eso dígaselo a aquella señora que se ha colado.

Higinio aprovechó que Laura y Enriqueta estaban hablando de sus cosas, para sujetar confidencialmente a José Vicente por el codo.

–¿Tú qué opinas de todo esto?

–No sabría decirte con certeza, pero no me gusta nada.

–Una persona que lo sabe de buena tinta me ha dicho que Franco se ha puesto al frente del alzamiento de Marruecos, que la cosa va en serio y que no es como nos quiere hacer creer el gobierno.

–Pues yo te diré más -dijo José Vicente bajando el tono de voz hasta reducirla a un murmullo-. Esta mañana me ha llamado mi primo Carlos, oficial de complemento de Caballería, como tú sabes, para informarme de que esta noche se iba a presentar en el cuartel de Santiago para unirse a la tropa.

–¡Qué imprudente! – exclamó Higinio.

–Sí, es lo que le hemos dicho todos. Se lo hemos repetido mil veces: no te mezcles en esto, deja que los militares se entiendan con la chusma, que para eso les pagan. No ha habido manera. Carlos nunca ha podido olvidar el asesinato de su padre a manos de unos pistoleros de la FAI frente a la puerta misma de su despacho de la plaza de Medinaceli, ¿te acuerdas? Tía Isabel está desesperada. A estas horas, el cabezota de mi primo estará cepillando el uniforme y lustrando sus botas; ya sabes tú lo elegante que es Carlos.

Higinio se pasó la lengua por los labios resecos y preguntó:

–¿Tú crees que va a estallar la revolución?

–Nada, cuatro cañonazos y a casa, como en el 34.

–Entonces, ¿podrías explicarme por qué nos vamos?

José Vicente se encogió de hombros con displicencia.

–Por si las moscas. Además -añadió-, tampoco me disgusta la idea de hacer un poco de turismo en Italia, donde pensamos visitar Roma, Florencia, Milán… Luego quizá vayamos a los conciertos de Salzburgo. Dicen que este año Toscanini dirigirá la orquesta. Y en septiembre, con toda seguridad, nos dejaremos caer en «Los Hontanares», la finca que mi mujer tiene en Salamanca, para los ojeos de perdices, ya sabes. Este año no me los quiero perder por nada del mundo. Y las capeas de vaquillas, que también son muy divertidas. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Enriqueta estará encantada de invitaros. Siempre dice que le falta gente.

–¡El siguiente, por favor!

El marqués de Covadonga se acercó al mostrador y entregó su pasaporte y el de su mujer al funcionario de aduanas. Éste los revisó

cuidadosamente. Después levantó los ojos y le dirigió una inquisitiva mirada.

–¿Conque don Rómulo Fontanilles?

–El mismo -contestó secamente el marqués de Covadonga.

–¿Podría explicarme esta repentina prisa por abandonar España?

–No tengo que explicarle nada. Mi pasaporte y el de mi mujer están en regla. Haga el favor de estampar la fecha de salida y acabemos de una vez.

–Vamos a Italia a hacer turismo y a visitar al papa -intervino diplomáticamente doña Elvira, tirando disimuladamente del brazo de su marido.

–Resulta curioso el interés que Italia despierta en tal día como hoy en mucha gente como ustedes -comentó el policía con socarronería, haciendo correr rápidamente las páginas del pasaporte entre los dedos.

–No lo sabe usted bien -replicó, belicoso, don Rómulo.

–No haga demasiado caso a mi marido -volvió a intervenir doña Elvira, pegándole un buen pisotón-. El calor lo afecta mucho.

–Ya lo veo -dijo el policía sellando ambos pasaportes con sendos tamponazos y devolviéndoselos-. Que tengan un buen viaje.

–Muchas gracias -dijo don Rómulo guardándose los pasaportes en el bolsillo interior de la americana.

–Y no se olviden de dar recuerdos al papa de mi parte -añadió burlonamente el policía.

Los marqueses de Covadonga fingieron que no lo habían oído y se alejaron seguidos por sus hijos, sus nietos y la institutriz mademoiselle Vervier.

–¡El siguiente!

Higinio tuvo que echar mano de toda su sangre fría para sostener la suspicaz mirada del policía y aparentar honradez y despreocupación.

–¿La señora es su esposa?

–Sí -dijo Laura-, ahí lo podrá ver.

–Ya… Supongo que ustedes también van a hacer turismo a Italia, ¿verdad? – inquirió el policía con retintín.

–Efectivamente.

–Y supongo igualmente que también visitarán al papa, ¿no?

–Posiblemente, si se digna recibirnos.

–¡Cristo! ¡A esto le llamo yo buenos modos!

–¿Podemos seguir? – preguntó Laura con la mejor de sus sonrisas.

–De acuerdo, pasen ustedes -dijo el funcionario, estampando la fecha de salida en sus pasaportes-. ¡El siguiente!

Higinio y Laura se apresuraron a ganar la seguridad de la tierra de nadie de la terraza de embarque.

–¡Uf! – exclamó Higinio pasándose el pañuelo por la frente.

La chimenea del *Rex* trompeteó el segundo aviso, un penetrante bramido que se sobrepuso al bullicio de la multitud y al ronroneo del ejército de las carretillas eléctricas que entraban y salían por las portas del gran transatlántico como un ejército de diligentes hormigas llevando alimentos a la reina.

Una vez llegados al pie de la escalerilla, Higinio se volvió y contó con la vista las maletas y las sombrereras. No faltaba ninguna. Más tranquilo, hizo pasar primero a Laura y le metió prisa.

Laura protestó:

–¡Cálmate, Higinio! ¡Cualquiera diría que nos persiguen los indios!

–¡Éstos son mucho peores que los sioux! ¡Anda, no te entretengas!

Sujetándose al pasamanos, ascendieron por la escalerilla suspendida sobre la oleosa superficie del agua portuaria. Los mozos de cuerda siguieron tras ellos, abrumados bajo el peso de su equipaje.

El capitán del barco, que casi había tributado honores de almirante a los marqueses de Covadonga, acogió a Higinio y a Laura Masferrer con la misma deferencia:

***-Gli amici dei miei amici, sono miei amici.* Bienvenidos a bordo, señores. Y antes que nada, me place informarles de que esta noche también están ustedes invitados a cenar en mi compañía.**

–¡Ves como yo tenía razón! – exclamó triunfalmente Laura cuando marchaban pasillo adelante precedidos por un camarero de chaquetilla blanca abotonada hasta el cuello-. ¡Nos ha invitado a cenar a su mesa!

–Sí, mujer, tú siempre tienes razón.

–¡Imagínate que no llego a guardar en la maleta el traje de seda negro escotado!

–¡Qué catástrofe, no quiero ni pensarlo!

Tras ellos seguían dos fornidos marineros con camisetas blancas de manga corta y la palabra *Rex* impresa en el pecho, cargados con las

maletas que les habían transferido los mozos de cuerda españoles.

Los bronces y los metales del lujoso navío resplandecían de puro bruñidos. El aire estaba impregnado del olor a pintura fresca que desprendían los mamparos del buque, mezclado con el inevitable tufillo a aceite pesado que quemaban sus motores.

Una vez instalados someramente en su amplio y suntuoso camarote, Higinio y Laura subieron a la cubierta de paseo de primera clase y se hicieron un hueco entre los pasajeros acodados en la borda que intercambiaban saludos, serpentinas y adioses con los amigos y familiares que los despedían desde el muelle. Los altavoces del *Rex* dejaban escapar los melancólicos sones del *Aloha Hawai.*

A las doce en punto, los marineros halaron las escalerillas de embarque y cerraron las portas. El capitán y el piloto se habían instalado en el puente de mando. En el muelle empezaron a flamear tímidamente los primeros pañuelos.

Laura sintió un escalofrío cuando la chimenea del *Rex* atronó por última vez, inundando los espacios portuarios con su majestuosa sonoridad. Las escarpaduras de Montjuich devolvieron sus ecos.

Un sordo temblor sacudió las entrañas del gran paquebote cuando sus hélices empezaron a girar levantando densos remolinos. Los gruesos calabrotes que lo mantenían amarrado a tierra cayeron al agua con ruidoso chapoteo y fueron cobrados por las cabrias de a bordo. Milímetro a milímetro, las cincuenta mil toneladas del majestuoso transatlántico empezaron a separarse del muelle. Flamearon los pañuelos con renovada energía y se intercambiaron los últimos adioses y recomendaciones.

–¡Escribidnos cuando lleguéis!

–¡No dejéis de visitar a los Dubini!

–¡No os olvidéis de dar la comida al canario!

Las serpentinas se rompieron y quedaron flotando en el agua oleosa como tristes despojos.

Adiós, Hawai; adiós, Barcelona.

Vomitando negras nubes de humo por sus altas chimeneas, dos remolcadores que tiraban del *Rex* en direcciones opuestas lo hicieron girar en redondo en la dársena del Mo rrot, hasta dejarlo encarado a la

bocana del puerto. Las figuritas del muelle seguían agitando sus pañuelos. Las notas del *Aloha Hawai* se perdían en la distancia.

Cumplida su misión, los remolcadores largaron amarras, y el *Rex* enfiló decidido hacia la bocana, acompañado por la lancha del práctico, zarandeada por las olas que levantaba su proa. Cuando faltaban menos de cien metros para llegar al faro del rompeolas, se abarloó a estribor del transatlántico, y el práctico se descolgó ágilmente por una escalera de cuerda. Una vez a bordo de la pequeña lancha, agitó una mano en dirección al capitán, que estaba asomado a la aleta de estribor del puente de mando.

–¡El barco es suyo, capitán! ¡Buena travesía!

El *Rex* contestó con un breve y postrer trompetazo de despedida. Una vez rebasado el faro, el capitán ordenó timón a la vía y avante toda.

Poco después, una vez en mar abierto, el *Rex* describió un amplio giro de ciento ochenta grados y puso proa al golfo de Lyon.

–¡Ar-mas! ¡Ar-mas! ¡Ar-mas!

El ominoso grito de guerra, repetido por miles de gargantas enronquecidas, retumbaba amenazador en la barcelonesa plaza de San Jaime.

A través de los postigos de su despacho, entornados prudentemente, el notario Palol de Revardit contemplaba, sobrecogido, la vociferante multitud apiñada frente al balcón principal del palacio de la Generalidad de Cataluña, presidido por una pequeña escultura de san Jorge alanceando un dragón entre las patas de su caballo. Un retén de mozos de escuadra y guardias de Asalto vigilaban el portal del palacio. La luz de las farolas de gas ponía brillos aceitosos en las caras de los manifestantes. Los más ágiles y atrevidos se habían encaramado a las hornacinas de las estatuas de mármol del rey Jaime I y el *conseller* Fivaller, que flanqueaban solemnemente la puerta del Ayuntamiento de Barcelona, frente por frente del palacio de la Generalidad. Las tiendas y comercios de la plaza tenían las puertas metálicas echadas y aseguradas con fuertes candados. Un tranvía había sido atrapado por la marea humana en el mismo centro de la plaza, imposibilitado de avanzar ni retroceder. El conductor y el cobrador habían trepado al

techo para tener mejor vista del espectáculo. Algunos golfillos y los manifestantes más atléticos los habían imitado en el acto.

Con ayuda de unos gemelos de los empleados en la ópera, don Sinibaldo distinguió al presidente Companys, al *conseller* de Servicios Públicos Tarradellas, al *conseller* de Gobernación, José María España, a Ventura Gassol, el atildado *conseller* de Cultura, al comisario de Orden Público, Federico Escofet (al que se le suponía responsable del orden de la manifestación) y a la agresiva y combativa dirigente anarquista Federica Montseny, cuyos ojos miopes relampagueaban detrás de los gruesos cristales de sus gafas redondas.

Pero no pudo contener un respingo de horror cuando descubrió, asomada, detrás del presidente, la hirsuta cabeza de Buenaventura Durruti. Ató cabos en un segundo. Si el temible pistolero de la FAI, el mismo que había atentado contra el rey Alfonso XIII en 1921, el autor del atraco del Banco de España de Gijón, el asesino del cardenal Soldevila, aparecía en público junto a los mandamases del gobierno de la Generalidad de Cataluña, quería decirse que las cosas habían llegado a un punto sin retorno y que el alzamiento de los militares iba en serio. A pesar de la distancia que los separaba, el notario podía apreciar sus pómulos marcados, el pelo encrespado y sus alucinados ojos de visionario. Iba vestido con un mono azul cruzado por un correaje militar, del que pendía el negro pistolón que lo había hecho famoso en toda España. Lo acompañaban García Oliver y Francisco Ascaso, sus fieles lugartenientes, igualmente hábiles en el manejo de la pistola.

–¡No os voy a ocultar que las circunstancias son muy graves! –clamaba el presidente de la Generalidad abalanzado sobre el balcón, sudoroso, despeinado y aflojado el nudo de la corbata-. ¡Cataluña y España están en peligro! Como todos sabéis, los rumores se han confirmado, y los militares facciosos, aliados con los curas y la carcundia reaccionaria, se han alzado en armas contra la República y el poder legalmente constituido. ¡Las personas decentes y todos los buenos catalanes confían en vosotros para batirlos y darles la lección que se merecen! ¡La calle será vuestra si les hacéis morder el polvo como a perros rabiosos! ¿Podemos confiar en vosotros, pueblo leal de Cataluña?

La plaza entera estalló en un *sí* unánime.

Con un ademán brusco, Durruti apartó al *president,* se adelantó y reclamó silencio con un gesto de la mano. La multitud enmudeció.

–¡Camaradas!

Miles de ojos se fijaron expectantes en la figura del gran jefe anarquista.

–¡Camaradas! – repitió-. ¡Ha llegado la hora que tanto esperábamos! ¡Ha llegado la hora de cantarles las cuarenta a estos militares traidores! ¡Ha llegado la hora de aplastar a los fascistas! ¡Ha llegado la hora de acabar con los meapilas, con los monárquicos y con los burgueses que los han apoyado! ¡Ha llegado la hora de pasar cuentas con ellos! ¡Ha llegado la hora del triunfo! ¡A las armas! ¡Ahora o nunca!

La multitud volvió a rugir de entusiasmo.

–¡Les sentaremos la mano!

–¡Durruti, estamos contigo!

–¡A las barricadas!

–¿A qué esperamos?

Durruti aguardó a que se acallara el griterío de sus partidarios y prosiguió:

–Nuestro problema es que los pocos fusiles y tercerolas de los Mozos de Escuadra que se guardan en este palacio no bastan para armaros a todos.

Una onda de desaliento pareció recorrer la multitud.

–Pero no temáis -prosiguió Durruti-. El presidente Companys me ha prometido que los militares leales de la Maestranza de Artillería de San Andrés os entregarán veinte mil fusiles con su correspondiente munición, ametralladoras, cascos de acero, bayonetas… todo un arsenal… ¡No tenéis más que ir allí y cogerlos!

Sus palabras fueron acogidas con un bramido.

–¡Iremos a por ellos!

–¡Y nos los entregarán!

–¡Por las buenas o por las malas!

Durruti continuó:

–¡Y no olvidaos tampoco de las armas que los facciosos esconden en sus propios domicilios! ¡Id a por ellas! ¡Y con todas juntas, y con vuestro arrojo, aplastaremos a ese hatajo de militares mal nacidos que

han tenido la osadía inaudita de levantarse contra la República! ¡No dejéis uno con vida! ¡Compañeros, ha sonado la hora de la verdad que tanto hemos esperado, la oportunidad de nuestras vidas, una oportunidad histórica! ¡No la desaprovechemos si no queremos que la posteridad nos exija cuentas! ¡Olvidemos por unas horas nuestras rencillas con nuestros camaradas socialistas y comunistas! ¡Luchemos juntos, codo a codo, contra la canalla reaccionaria! ¡El destino de la revolución libertaria está en vuestras manos! ¡Anarquismo o muerte! ¡Ellos o nosotros! ¡Acabemos con el fascismo de una vez por todas! ¡Adelante! ¡Viva el comunismo libertario!

–¡Vivaaaa…!

–¡Muera el fascismo!

–¡Mueraaaa…!

–¡A la Maestranza de San Andrés!

–¿A qué esperamos?

–¡A por los fusiles!

En un rincón de la plaza, alguien entonó las primeras estrofas de *La internacional,* que fue secundada en un momento por toda la multitud. Sus enardecedores acordes despertaron ecos amenazadores en las cuatro esquinas del señorial recinto barcelonés.

Los manifestantes empezaron a disolverse. En sus ojos se reflejaba la decisión y la responsabilidad de aquella hora suprema. Las consignas corrían febrilmente de boca en boca:

–Ahora, que cada uno acuda a su puesto y obedezca a sus jefes.

–No aflojad para nada la vigilancia de los cuarteles.

–Cuando los militares facciosos saquen las tropas a la calle, hay que dejarlos salir, sin hostigarlos, para que se confíen, y cuando más confiados estén, caer sobre ellos como una plaga de langostas desde los cuatro puntos cardinales.

–Y mucho cuidado con las iglesias, que los curas nos van a freír a tiros con las ametralladoras que han instalado en los campanarios.

–Pues que se vayan preparando esos escarabajos ensotanados, que los vamos a aplastar como a cucarachas.

–Y no desperdiciéis la munición.

–Para cualquier duda, acudid al Comité de Defensa Confederal de la calle Pujadas, allí os darán instrucciones.

Don Sinibaldo no esperó a ver más; ya había visto y oído bastante. Cerró cuidadosamente los postigos, fue hasta su escribanía y, sin sentarse, descolgó el teléfono. Marcó un número y aguardó con el aparato pegado a la oreja.

–Oiga -preguntó a la voz que se puso-. ¿Hablo con el canónigo Huguet?

–El mismo -respondió una voz temblorosa al otro lado del hilo telefónico-. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

–Con su vecino de enfrente, con el notario Palol de Revardit. Doctor Huguet, ¿ha visto y oído lo mismo que yo?

–¡Me temo que sí!

–¿Y ha reconocido al orador?

–¡Por supuesto! ¡Si no lo veo, no lo creo!

–Pero lo más grave es que Escofet, el comisario de Orden Público, no ha levantado ni un dedo para detenerlo. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

–Me temo que sí.

–Ahora mismo llamaré al señor obispo.

–No vale la pena que se tome la molestia. Monseñor Irurita no es sordo.

Siguió un silencio preñado de angustias y amenazas.

–¿Qué me aconseja que haga, don Sinibaldo? – preguntó al cabo de unos segundos el canónigo Huguet-. Usted que tiene más experiencia política que yo.

–No sabría qué decirle. Como dicen los futbolistas, la pelota está en el tejado. Pero mucho me temo que si los militares sublevados no se imponen a la chusma, tenemos las horas contadas. Durruti y compañía no tardarán en venir a por nosotros y a por todas las personas de derechas. Ya lo ha oído usted.

–¿En cuyo caso…? – el canónigo Huget no terminó la pregunta.

–Puede usted imaginárselo. La revolución pura y simple. Abandone su despacho, escóndase en casa de un familiar, en el campo, escape a Francia…

–¿Tan mal lo ve?

–Peor.

–¡Dios nos asista!

–Cuídese, doctor Huguet.

–Lo mismo digo. Y muchas gracias por el consejo.

Don Sinibaldo colgó lentamente el aparato en la percha y tomó asiento detrás de la solemne mesa de su escritorio; la misma mesa ante la que se habían sentado incontables personajes de la vida pública catalana, familiares, amigos de todas clases, empresarios, políticos, clérigos, fabricantes, aristócratas, toreros incluso, y, por supuesto, su amigo Alfonso de Montcada. Con las vidas de todos ellos, debidamente mezcladas, se podría escribir, no una, sino varias novelas. Acarició tristemente con la vista el mobiliario de caoba, la orla de su promoción que colgaba de una pared, su título de notario expedido por la reina regente, grabados, diplomas de reconocimiento expedidos por diversas universidades españolas y extranjeras, un busto en mármol de Aristóteles, los lomos de los libros cuidadosamente alineados en las estanterías, un retrato dedicado del rey Alfonso XIII, un cuadro de Cusachs que ocupaba media pared, las brillantes vitrinas de cristal tallado…

Luego, con un profundo suspiro de pesar, abrió los cajones de su escritorio y transfirió los documentos y los papeles que le parecieron más importantes, juntamente con fajos de billetes de banco españoles y extranjeros, a un anticuado maletín Gladstone a tono con su levita decimonónica. Después consultó su reloj. Eran más de las once; algo tarde para llamar por teléfono en un día corriente.

Pero esa noche no era un día corriente.

Descolgó el aparato con decisión y marcó el número del señor Soler-Ribot.

–Don Joaquín, el notario Palol de Revardit, al aparato -informó respetuosamente un mayordomo de librea entrando en el inmenso salón de afiligranados paneles de roble tallado donde los señores Soler-Ribot acababan de tomar café y estaban escuchando, muy preocupados, las confusas noticias del alzamiento militar en Ceuta y Melilla que emitía la radio.

La noche era muy calurosa, sofocante, y los ventanales policromados que daban al parque estaban abiertos de par en par para mitigar el bochorno. En el aire flotaba un tenue aroma de jazmín y madreselva.

–¡Qué horas de llamar! – protestó molesta doña Rosa, dejando a un lado el dietario donde apuntaba los más mínimos gastos domésticos.

–¿Ha dicho qué quería? – preguntó don Joaquín.

–No, señor, sólo que era de la máxima importancia hablar con usted. De la máxima importancia, me lo ha recalcado dos veces.

–Gracias, Hermógenes, puede retirarse.

–Sí, señor.

–Y de paso llévese el servicio de café -le indicó doña Rosa con un ademán autoritario de su mano cargada de anillos y sortijas.

–Como mande la señora.

Don Joaquín se levantó y, tras cruzar un lóbrego pasillo de techo altísimo, guardado por un arcángel de bronce negro que sostenía una antorcha flamígera, se acomodó (es un decir) en una silla de forma espantable y se llevó el auricular al oído.

–Diga, don Sinibaldo, lo escucho.

–Perdone que lo moleste llamándolo a estas horas tan intempestivas -se excusó la voz del notario Palol al otro lado del hilo-, pero lo que tengo que decirle es de la máxima gravedad.

–Usted dirá.

Y con pocas palabras, don Sinibaldo le describió la manifestación que había presenciado en la plaza de San Jaime desde su propio despacho. El señor Soler-Ribot iba palideciendo por momentos. Su respiración se aceleró.

–¡Nuestro presidente entre asesinos! ¡Inaudito!

–Es lo mismo que he pensado yo.

–¿Y los Mozos de Escuadra no han podido taparle la boca a aquel energúmeno?

–No. Han sido los primeros en confraternizar con el populacho.

–¿Y la Guardia de Asalto?

–Tres cuartos de lo mismo. Y al final de la manifestación, Durruti ha animado a sus seguidores a armarse y echarse a la calle.

–Y el presidente de la Generalidad, el gobierno de Madrid, Casares Quiroga, el presidente Azaña, quien sea, ¿no pueden hacer nada para acabar con esta situación?

–Me temo que no.

–¿Y usted qué va a hacer?

–De momento, ir a mi casa, meter en una maleta lo más preciso y refugiarme en el hotel Majestic. El portero de la finca me la tiene jurada. Y allí, aguardar el desenlace de la batalla, en la confianza de que los militares se impongan al populacho en armas.

–¿Y si no lo consiguen?

–Eso es lo grave del caso. Si los revolucionarios los derrotan, el alzamiento militar los legitimará para tomarse la justicia por su mano y entrar a saco en nuestras casas y asesinarnos por las buenas.

–¡No me asuste!

–Lo siento, pero tenía que decírselo.

–Yo había hecho planes con mi señora para salir de España dentro de unos días. Mi hijo Monchi nos iba a acompañar a Biarritz para reunimos con Mauricio y su familia. Ya me había quitado de la cabeza la idea de quedarme en Barcelona para atender ese suculento pedido de mis clientes de Argentina. El horno no está para bollos.

–Mi consejo es que no demore el viaje y salga cuanto antes.

–¿Usted lo va a hacer?

–De momento voy a quedarme en Barcelona. *Wait and see,* esperar y ver, como dicen los ingleses en situaciones semejantes. Bromas aparte, después de lo que acabo de presenciar, estoy aterrado, y si de mí dependiera, pondría los pies en polvorosa ahora mismo y no pararía hasta Vladivostok. Pero no puedo hacerlo. Durante mucho tiempo he sufrido pesadillas imaginándome a las turbas asaltando Requesens y pasando a sangre y fuego a sus moradores. ¡A Cecilia y a sus hijos! Por no hablar del peligro que corre la biblioteca del castillo. – Hizo una pausa y añadió-: Y mucho me temo ahora que esas pesadillas están a punto de materializarse. Lo presiento. No me llega la camisa al cuerpo. Pero no puedo abandonarlos. Tengo que ayudarlos en la medida de mis humildes fuerzas.

–Es usted un valiente.

–Un valiente muerto de miedo.

–Adiós y muchas gracias por avisarme, don Sinibaldo.

Se oyó un ligero clic al otro extremo de la línea, y don Joaquín colgó el auricular en su percha.

–¡Dios mío! ¿Y ahora cómo le cuento a mi señora que debemos adelantar la partida?

Le había costado Dios y ayuda convencerla de que debían pasar una temporada en el extranjero a la espera de que la escena política española se calmara un tanto. Lo había conseguido después de mucho insistir, porque doña Rosa se había opuesto resueltamente desde el principio a dejar Barcelona. Doña Rosa era una mujer muy enérgica y autoritaria, a la que la idea de abandonar sus fábricas de géneros de punto de Mataró la ponía literalmente enferma. ***A mí nadie me saca de mi casa ni permitiré que me roben un solo alfiler*** **-le contestó cuando le sugirió por primera vez seguir el ejemplo del señor Cambó-.** ***Y menos, esa colección de vagos y descamisados que jamás han movido un dedo y ahora esperan como buitres para caer sobre nuestros bienes y sobre nuestras fábricas. El señor Cambó es dueño de hacer de su capa un sayo, pero a mí nadie me quita lo mío. Si tú te quieres ir, te vas. Pero yo me quedo.***

Don Joaquín la había mirado con mal disimulada admiración. Por un momento le había parecido estar ante una versión femenina de don Alfonso de Montcada, tan valiente, inconsciente y temeraria como el viejo hidalgo. Aunque él la comprendía. A él también lo sublevaba la idea de abandonar su casa, sus fincas y sus fábricas a la voracidad de sus obreros. Él también había tenido sus dudas. A regañadientes, había tenido que renunciar al gran pedido de sus clientes de Argentina. Pero el asesinato del señor Calvo Sotelo las había despejado al instante. Aquel crimen de Estado cambiaba radicalmente la situación. Porque, según todos los indicios y las palabras cambiadas con don Sinibaldo, se deducía que se iba a armar la de Dios es Cristo de un momento a otro.

Hizo acopio de valor y volvió al salón.

–¿Qué quería el señor Palol? – preguntó doña Rosa levantando la vista de la libreta.

Antes de abrir la boca, don Joaquín se fortaleció con un generoso sorbo de coñac.

–El señor Palol dice que debemos adelantar la partida, que debemos salir mañana mismo, que no tenemos ni un segundo que perder.

Doña Rosa enarcó una ceja con gesto de infinita sorpresa.

–¿…?

Don Joaquín le repitió punto por punto lo que acababa de contarle el notario, y la expresión del rostro de su mujer fue pasando de la

incredulidad y el temor al franco miedo.

–Pues parece que la cosa va en serio -musitó cuando acabó.

–Y tan en serio. Ya has oído lo que dice la radio. Franco va a pasar a España con la Legión y los Regulares. Si no lo ha hecho ya. Y aquí, en Barcelona, los militares van a sacar la tropa a la calle. Y los anarquistas y las masas obreras van a hacerles frente. Todo concuerda. Don Sinibaldo ha insistido mucho en que no perdamos ni un minuto en hacer las maletas.

–¿Y adónde iremos?

–A Biarritz, tal como habíamos planeado. Camino de Francia, nos pararemos en el hostal de la Gavina de S'Agaró para reunimos con Monchi. Y desde allí, continuaremos juntos el viaje hasta La Junquera y Le Pertus.

–¿Y cuándo habías pensado salir? – preguntó doña Rosa.

–Mañana, por la mañana, o a media tarde, lo más tardar.

Doña Rosa torció la boca, muy contrariada.

–Muy justo. No me va a dar tiempo de preparar el equipaje. Además, tengo que poner la plata a buen recaudo. Quizá la entierre en el jardín. Yeso llevará su tiempo.

–Bueno, pues pasado, el lunes. A lo mejor, para entonces, los militares han conseguido restablecer la situación -accedió don Joaquín, esperanzado.

Antes de acostarse, doña Rosa guardó previsoramente su valiosa colección de joyas en un joyero negro (collares de perlas, zafiros, broches de oro y diamantes, esmeraldas, diademas), una verdadera fortuna que les permitiría capear el temporal por largo que fuera.

Por su parte, el señor Gratacós se ocupó de guardar los pasaportes, las cartas de crédito, algunos documentos y todo el dinero que pudo reunir. No era mucho; sólo doscientas mil pesetas. Mientras lo introducía todo en una cartera de mano, decidió que el lunes, camino de la frontera, se desviarían a su despacho de la calle de Ausiàs March y sacaría más dinero de la caja fuerte. Después pidió una conferencia con la casa de su hijo en la Costa Brava, confiando en que no se pusiera al aparato su amiga de turno. No sabía cómo tratarla.

Mientras aguardaba la contestación, le pareció oír un confuso rumor de trompetas y tambores resonando en el cercano cuartel de

Pedralbes, sede de los Dragones de Numancia.

A don Sinibaldo le costó lo suyo encontrar un taxi libre. Ni el metro ni los tranvías funcionaban a causa de lo avanzado de la hora. Las Ramblas estaban colapsadas por el gentío que había acudido a la plaza de San Jaime y ahora se desparramaba por el paseo y las calles adyacentes sin dejar de hablar y discutir acaloradamente las consignas de Durruti. Al final tuvo suerte y pudo parar uno que volvía del puerto con la lucecilla verde del techo encendida.

–¿Adónde va usted? – preguntó el taxista asomando la cabeza por la ventanilla.

–A paseo de Gracia, 76, entre Valencia y Mallorca.

–Suba, entonces, me pilla camino de casa. Ya iba de retiro.

–Pues me hace usted un gran favor -contestó don Sinibaldo al tiempo que se introducía en el vehículo.

El taxista bajó la bandera, arrancó y enfiló Ramblas arriba.

–Una noche movida, ¿no le parece a usted? – preguntó mirándolo por el espejo retrovisor.

–Sí, eso parece -dijo don Sinibaldo sin comprometerse.

–Si quiere que le diga la verdad -continuó el taxista-, a mí me da muy mala espina todo este jaleo. Muy mala espina, sí, señor. Mañana mismo le digo a mi señora que vaya al mercado y arramble con todo lo que pueda.

Don Sinibaldo asintió en silencio. El espectáculo que acababa de presenciar en la plaza de San Jaime no auguraba nada bueno. Era sólo el comienzo. En la calle se respiraba la misma inquietante atmósfera que había flotado en vísperas de la Semana Trágica, veinticinco años atrás. Percibía en el aire los mismos síntomas que precedieron al estallido de rabia popular ocurrido en 1909. No podía apartar de su mente la exaltada imagen de Durruti arengando a sus huestes. Aquel bárbaro iba a cumplir su amenaza y a entrar a sangre y fuego en las casas de las personas de orden y de derechas. Se imponía hurtar el bulto a tiempo. Su domicilio no era un lugar seguro. Su portero sería el primero en denunciarlo a los revoltosos.

Diez minutos después se apeaba frente a su domicilio. El sereno acudió presto a abrirle la puertecilla del portal después de que lo hubo llamado con un par de palmadas.

–Buenas noches, don Sinibaldo -lo saludó, dejando el chuzo apoyado en el quicio del portal y sacando un grueso manojo de llaves del bolsillo del blusón azul.

–Buenas noches, Eulogio. ¿Ha ocurrido algo por aquí?

–No, señor, que yo sepa -contestó el sereno con cara de extrañeza-. ¿Tenía que haber ocurrido algo? Todo sigue normal, véalo usted mismo.

El notario tuvo que darle la razón. Al paseo de Gracia todavía no habían llegado las ondas del movimiento sísmico que había estallado en la plaza de San Jaime. No tardarían mucho en hacerlo. Miró a su alrededor para cerciorarse. A la luz de las monumentales farolas de gas de hierro forjado, las caras de los espectadores de la sesión de noche que salían del cine Fantasio reflejaban el buen rato que habían pasado con las payasadas de los hermanos Marx. Un poco más arriba, al otro lado del paseo, los tertulianos de La Puñalada hablaban de sus cosas con la gesticulación y la algarabía de costumbre. Todo dentro de la absoluta normalidad.

El sereno encendió la luz de la escalera y acompañó al notario al ascensor. Don Sinibaldo le alargó unas monedas, entró en la cabina de caoba oscura y pulsó el botón del segundo. Mientras subía, se preguntó cuántos vecinos se habrían enterado de la ruidosa algarada de la plaza de San Jaime. Por la mañana, se llevarían una buena sorpresa.

Introdujo el llavín en la cerradura de la puerta de su piso y lo hizo girar. La empujó y le dio al interruptor de la luz, que cayó esplendorosa sobre una bella talla románica de un Descendimiento que dignificaba el recibidor. Él no escondía armas en su casa, ni siquiera una simple escopeta de caza, pero aquella joya del siglo xii equivalía a su sentencia de muerte.

Se dirigió a su habitación asomada al paseo de Gracia. Hacía varias horas que la servidumbre se habría retirado a descansar a sus habitaciones en la parte de atrás del piso. Bajó una pequeña maleta de un armario y empezó a llenarla con lo más imprescindible: unas pocas mudas, los útiles de aseo, las pastillas contra la acidez de estómago, dos camisas y un par de suéters. Se despojó de su ostentosa levita y se endosó un sencillo traje gris. En el bolsillo de la americana guardó la cartera con el dinero y el pasaporte. Con ayuda de unas tijeras redujo a

pequeños fragmentos su carnet de afiliado a la CEDA y los hizo desaparecer por el inodoro del váter. A continuación se dirigió a su gabinete de trabajo, garabateó una nota para su ama de llaves, informándole de que se iba de viaje unos días, y la dejó encima de la mesa de la cocina. La buena señora se llevaría la sorpresa de su vida; para que fuera acostumbrándose a los acontecimientos que pronto le tocaría vivir. Y después de despedirse con la vista de lo que había sido su querido y confortable hogar, cogió el maletín Gladstone y la maleta y salió furtivamente a la calle. Al cabo de menos de cinco minutos y, sin tener que bajar de la acera, entraba por la puerta giratoria del hotel Majestic y de Inglaterra.

El galoneado y un tanto somnoliento recepcionista pareció algo sorprendido al reconocerlo.

–¿Usted por aquí a estas horas, don Sinibaldo?

–Sí, ya ve usted.

–¿Puedo preguntarle qué se le ofrece?

–Una habitación individual.

Tras haber superado la sorpresa que siempre asalta a los recepcionistas cuando un distinguido vecino, que vive cuatro portales más arriba, se presenta intempestivamente en el hotel a altas horas de la madrugada, sin más equipaje que una maleta pequeña y un maletín Gladstone, y pide una habitación individual, el digno recepcionista del recuperó la presencia de ánimo, consultó su fichero y preguntó para cuántos días.

–No lo sé. Dos, cuatro, no lo sé a ciencia cierta. Los que me lleve solucionar unos trámites.

–De acuerdo -dijo el recepcionista apuntando todos los datos en una ficha-. ¿Le parece bien en el primer piso, la de la tribuna de la esquina con vistas a la calle de Valencia? ¿O prefiere la que da al paseo de Gracia? Las tengo libres las dos; puede elegir la que más le guste.

–Me quedaré con la que da al paseo de Gracia.

–De acuerdo. Si es tan amable de firmar aquí… Muchas gracias.

–Y otra cosa.

–Usted dirá, don Sinibaldo.

–Si alguien pregunta por mí, digan que no estoy -contestó el notario Palol, al tiempo que deslizaba disimuladamente un billete de cien

pesetas por encima del mostrador de mármol negro.

–Como usted mande, don Sinibaldo -contestó el sorprendido recepcionista mientras hacía desaparecer discretamente el billete de cien pesetas en el bolsillo de su pantalón de corte y raya impecable. Descolgó la llave del fichero-. Aquí tiene su llave. Habitación 104. Primer piso, a la derecha del ascensor. ¡Tomás! – ordenó al botones-, acompaña al señor a su habitación. Buenas noches, don Sinibaldo. Mejor dicho, buenos días, porque ya está amaneciendo.

Después de comprobar por última vez la alineación de los tres escuadrones formados en columna de a cuatro en el patio de armas del cuartel de Pedralbes, Gonzalo de Montcada se dirigió al coronel Núñez de Montalbán y lo saludó llevándose la mano enguantada a la visera del casco.

–A la orden de usía, mi coronel, forman cuatrocientos quince hombres, incluidos los sanitarios y doce dragones licenciados que se han presentado voluntarios.

Entre los que hubiera estado su hijo, se dijo a sí mismo.

Eran las seis de la mañana del 19 de julio, un domingo que prometía ser muy caluroso. La luz de las bombillas naufragaba en la creciente claridad del amanecer. El nerviosismo y la inquietud mantenían envarada a la tropa. Los oficiales habían, hecho correr la voz de que iban a sofocar un motín anarquista como el del año 32 en el Llobregat. Llevaban la dotación completa de cartuchos, la carabina a la espalda y el sable colgando del arzón de la silla. Como si fueran a la guerra.

El coronel se adelantó con su caballo, un fogoso bayo de gran alzada que se frotaba nerviosamente el morro contra el pecho. El coronel lo retenía con mano férrea y de vez en cuando le sacudía un fustazo en la grupa. Devolvió el saludo a Gonzalo de Montcada y éste se puso al frente de los escuadrones.

–¡Soldados! – dio comienzo a la arenga con voz recia, filtrada por su espeso mostacho-. ¡Ha llegado el momento supremo que todos esperábamos! ¡El destino nos concede a los Dragones de Numancia la oportunidad de salir en defensa del honor y la dignidad de nuestra patria!

El eco de sus palabras se perdía bajo las arcadas del patio de armas. En las ventanas iluminadas de la enfermería del primer piso se recortaban las siluetas de los enfermos apoyados en los alféizares.

–…aplastar el corrompido gobierno del Frente Popular que quiere llevar a España a la ruina y al deshonor…

Inmóvil frente a las tres secciones de su escuadrón, el capitán Iraola se esforzaba en cerrar los oídos a las palabras del coronel. Se había jurado a sí mismo unir su suerte a la de sus compañeros de armas y no apartarse un milímetro de esta decisión, tomada muy en contra de sus convicciones. Si el coronel mandaba disparar contra los anarquistas, lo haría sin vacilar un instante. Igualmente, si mandaba hacerlo contra las tropas leales al gobierno (en el supuesto de que las hubiera), lo haría con igual decisión. O contra sus propios hermanos de armas de otros cuerpos. O contra el propio pueblo español. Dragones de Numancia ante todo. Ésta era su única guía. En aquellos momentos, él ya no existía como persona. Era una minúscula pieza de un gran mecanismo que se ponía en marcha, lenta e inexorablemente, hacia un destino desconocido.

–… el deber y la lealtad…

Un caballo se había salido de la formación y su jinete no podía dominarlo. Cuatrocientos pares de ojos giraron dentro de sus órbitas tratando de averiguar el origen del barullo, mientras las palabras del coronel volaban, incomprensibles, sobre sus cabezas.

–…pues como ha dicho Spengler, al final es siempre un pelotón de soldados el que salva la civilización…

Más de un dragón se preguntó quién coño sería el tal Spengler. La mayoría no tenían las ideas políticas demasiado claras. Algunos estaban escocidos por las burlas que habían tenido que soportar en esos últimos tiempos, y esperaban la ocasión de devolver la pelota a los paisanos. En el fondo se sentían unos mandados, y si el coronel les ordenaba salir del cuartel y liarse a tiros con los del otro lado del muro, lo harían sin demasiados remilgos. Y que luego no les vinieran con cuentos ni historias. Se habían limitado a obedecer a sus jefes. Eran soldados y obedecerían sin rechistar. Tampoco faltaban los que tenían verdaderas ganas de pelea, y otros, a los que la monotonía de la instrucción y la vida cuartelera los tenía enervados.

–¡Viva la República! – terminó el coronel su vibrante arenga.

–¡Viva! – coreó el grito la tropa sin un entusiasmo exagerado.

La aurora teñía ya el firmamento de rosa y azul.

A continuación el coronel mandó *descanso,* y los rancheros circularon entre la tropa repartiendo raciones de coñac peleón con largueza. El alcohol alivió la tensión contenida y desató las lenguas.

–¿No os venís de excursión con nosotros? – preguntaban los dragones a los rancheros.

–El médico nos ha recomendado reposo absoluto.

–¡Pues no sabéis las gachís que nos están esperando ahí fuera!

–¡Que no os den *p'alpelo, desgraciaos!*

Después de que los rancheros se hubieron retirado con sus perolas roñosas y sus monos grasientos, la tropa volvió a rebullir, inquieta. El coronel consultó su reloj y después cambió una mirada de inteligencia con Gonzalo de Montcada. Luego dio una orden al cornetín de órdenes que aguardaba a su lado. Resonó la aguda llamada del metal. Los dragones irguieron el pecho y adoptaron la posición de firmes.

–¡Escuadrooón! ¡En columna de a cuatro! ¡Adelante! – ordenó Gonzalo poniéndose al frente de la columna.

Formó la guardia, y dos soldados abrieron las pesadas puertas de hierro que daban a la carretera de Esplugas. Redoblaron marcialmente los tambores. Al cruzar la cabeza de la columna ante el coronel, éste saludó con el sable.

–¡Adelante, Montcada, duro con ellos!

Gonzalo mandó *vista a la derecha* y se llevó la mano a la visera del casco.

Los cascos de los caballos resonaron como una granizada al pisar el adoquinado de la carretera. Ya había amanecido, y una luz fina y delicada se filtraba a través de las polvorientas copas de los plátanos. Pasaron por delante de la casa de los Ferros. Gonzalo se preguntó qué sería de los Soler-Ribot. ¿Estarían enterados del cisco que se iba a armar de un momento a otro? ¿Se habrían puesto a salvo al otro lado de la frontera?

Pronto llegaron a las primeras casas de los arrabales y enfilaron calle Tarragona abajo. Era domingo y, tras las persianas entornadas, se suponía que los vecinos descansaban del jolgorio sabatino. Las aceras

estaban igualmente desiertas, aunque, de vez en cuando, se veía a algún paisano asomar la cabeza por la esquina de una bocacalle y echar a correr.

Gonzalo marchaba por el centro de la calzada reteniendo con las riendas a su caballo, que trataba de morderle la rodilla. Era plenamente consciente de que, al salir a la calle con la tropa en son de guerra, había cruzado el rubicón de la legalidad. La retirada quedaba descartada. Ellos mismos se la habían cortado. Como Cortés, habían prendido fuego a sus naves. *Alea jacta est!* La suerte estaba echada. A partir de ahora era un proscrito situado fuera de la ley. Pero no se arrepentía un ápice. Como muy bien había dicho el coronel, por fin había sonado el momento supremo tan largamente esperado de pasar a la acción, el momento de decir *¡basta!*, el momento de dar salida a la rabia acumulada durante largos años, de devolver las afrentas, el momento de gritar *¡Viva España!*, de arremeter sin contemplaciones contra comunistas, anarquistas y demás ralea innoble, el momento de hacerles tragar sus insultos y sus provocaciones. Por fin había llegado la hora de sentar la mano a los asesinos de su madre. Su paciencia y aguante habían llegado al límite. Dios era testigo de que había aguantado lo inaguantable. Que sus enemigos se anduvieran con ojo. De una manera inconsciente, se llevó la mano a la empuñadura del sable, el mismo sable que su padre había empleado en la carga de Zeluán. ¿Querían lucha? ¡Pues la tendrían! ¡Ahora vería aquella gentuza de lo que eran capaces los Dragones de Numancia!

No obstante, las perspectivas de un triunfo aplastante no se perfilaban demasiado claramente. Tenía que reconocerlo. Sus enemigos estaban advertidos y los esperaban. El importante efecto sorpresa se había perdido, y con él, la posibilidad de ocupar con sus escasísimas fuerzas (ésta era la pura verdad) una ciudad de un millón de habitantes, rodeada por el dogal de hierro de hostiles suburbios proletarios. Los preparativos del alzamiento no habían podido llevarse peor. Media España estaba enterada de sus planes. Hasta ayer tarde, el general Goded, venido de Mallorca en hidroavión, no había destituido al vacilante Llano de la Encomienda para ponerse al frente de la guarnición de Barcelona. Se habían perdido minutos preciosos discutiendo. Y, por si fuera poco, existía el enigma de la Guardia Civil.

¿Cuántos guardias se pondrían de su parte, desafiando las órdenes del coronel Serrano? La situación no era halagüeña precisamente, y las perspectivas de una victoria, nada claras.

Pero era igualmente de una claridad meridiana que el golpe, con o sin sorpresa, con muchas o pocas tropas, con la ayuda de la Benemérita o en contra, había que darlo a fondo, sin contemplaciones, pegando primero, de acuerdo con el viejo axioma de que quien pega primero pega dos veces, adelantándose a sus enemigos, aunque fuera por horas. Gonzalo se dio la vuelta en la silla para comprobar el buen orden de la tropa. De acuerdo con el plan trazado, ellos debían asegurar la comunicación con el cuartel de Atarazanas con su propio cuartel, en el que había quedado un retén al mando del coronel. Los dragones marchaban orgullosos y fanfarrones como suelen ser los soldados de caballería a lomos de sus monturas. El capitán Iraola, al frente de su segundo escuadrón, le dirigió un saludo con la vista. ¡Pobre Iraola! ¡En menudo fregado lo había metido! El tercer escuadrón lo mandaba el capitán Velasco, el mismo que lo había llamado cobarde en la sala de estandartes.

De momento, todo parecía desarrollarse sin novedad. Al final de la calle ya se divisaban las dos altas torres venecianas del paseo de María Cristina, y al fondo, flotando en el cielo matinal, los pétreos baluartes del castillo de Montjuich, enrojecidos por los primeros rayos del sol. Al pasar junto a plaza de toros de Las Arenas, Gonzalo dirigió una mirada distraída a los carteles pegados a sus muros de ladrillo rojizo, que anunciaban, para aquella misma tarde, la actuación de los hermanos Bienvenida, que *lidiarían seis magníficos toros, seis,* de la ganadería del duque de Simancas*, si el tiempo no lo impide y la autoridad lo permite.* A pesar de la tensión que lo dominaba, Gonzalo paladeó inconscientemente la velada ironía que en aquellos momentos encerraba el tradicional aviso taurino.

En la plaza de España se quedó el escuadrón del capitán Velasco. Una sección del mismo tomó posiciones en torno a la fuente monumental; otra, en la embocadura de la carretera de la Bordeta, y la tercera, en la continuación de la Gran Vía, para asegurar la comunicación con el cuartel de Ingenieros de Lepanto.

La vasta plaza registraba escasa animación a aquellas horas de la mañana. Tres excursionistas con pantalones de pana, botas claveteadas y grandes mochilas a la espalda se encaminaban hacia el subterráneo de los Ferrocarriles Catalanes. Los soldados les gastaron las bromas de rigor para disimular su nerviosismo:

–¿Se puede saber adónde vais tan de mañana?

–¿No os habéis dejado a las chavalas en casa?

–¿Qué os parece si os cambiamos los fusiles por las mochilas?

En los ojos de los excursionistas se reflejaban la extrañeza y la incomprensión cuando desaparecieron tragados por la boca del subterráneo.

Vecinos de Sants observaban desde las azoteas y las bocacalles el ordenado despliegue de la tropa.

Cuando Gonzalo daba las últimas instrucciones al capitán Velasco, se oyeron unos estampidos amenazadores procedentes del paseo del Marqués del Duero, o Paralelo. El aire tembló y un airón de lucha y tormenta voló sobre los dragones.

–¡Es la artillería de Atarazanas!

–¡Se defienden a cañonazos!

–¡Acudamos en su ayuda!

A través de sus prismáticos de campaña, Gonzalo de Montcada distinguió la polvareda levantada por el cañoneo que flotaba al final del popular paseo barcelonés. Sin perder un segundo, mandó desplegar el escuadrón ocupando toda la calzada. Otro tanto hizo el capitán Iraola a sus espaldas con un intervalo de unos cien metros de separación.

–¡Sables fuera! – ordenó.

Un relampagueo de acero acuchilló el aire matinal.

–¡Al trote!

El escuadrón se arrancó al trote corto. Se oyeron nuevos estampidos en rápida sucesión y nervioso crepitar de fusilería. El escuadrón avanzaba en buen orden, sin ser hostigado. Al llegar a la confluencia con la calle de Entenza, Gonzalo descubrió la barricada de adoquines, colchones y muebles viejos que los anarquistas habían levantado a la altura de la Brecha de San Pablo, desde la que acosaban a los defensores del cuartel de Atarazanas. Una barricada con la que no contaba. Una cosa era dispersar una multitud a sablazos, y otra,

lanzarse de cabeza contra un muro erizado de fusiles. Y sobre el adoquinado de una calle, para acabar de arreglarlo. Pero la cosa ya no tenía remedio. Al verlos venir hacia ellos, los anarquistas saltaron al otro lado de la barricada para hacerles frente. Gonzalo midió con la vista la distancia que los separaba y ordenó:

–¡Caaaar…guen! ¡Adelaaaan…te!

Picó espuelas y su caballo se arrancó al galope. Tras él lo hizo el escuadrón en peso. Las nubéculas de los disparos puntearon la barricada. Las balas silbaban amenazadoras sobre sus cabezas. Sin volverse, Gonzalo podía oír el griterío de los dragones animándose mutuamente, las respiraciones entrecortadas de los caballos, sus nerviosos relinchos, las imprecaciones, las voces de mando de los sargentos, el sordo impacto de una bala hundiéndose en el pecho de un animal, el grito sofocado del dragón que se ladea de la silla y rueda por el suelo con un fuerte golpe. Y otro y otro. Los cascos de los caballos levantan chispas contra el adoquinado de la calle. La distancia se acorta por momentos. Caen más caballos y más jinetes.

La barricada vuela al encuentro del escuadrón.

Entre la polvareda que lo envuelve, Gonzalo distingue a una muchacha morena, con un pañuelo rojo al cuello, que arenga a sus defensores y lo señala a él con el dedo. A su lado, un miliciano forzudo, tocado con un gorrillo cuartelero, le dispara a escasos metros de distancia. Pero la bala alcanza a su caballo y el pobre animal se estrella contra el muro de adoquines. Gonzalo salta a tiempo de la silla y rueda por el suelo. Ha estado en un tris de que el caballo lo aplastara con su masa. Aturdido por el golpe, empuña la pistola. Muchos dragones han corrido su misma suerte, y una agitada montaña de caballos y jinetes heridos se ha formado al pie de la barricada.

La segunda oleada de dragones del capitán Iraola se les viene encima y choca contra ellos, como un tren lanzado a toda velocidad, sin posibilidad de frenar en tan corto espacio, aumentando el caos y la confusión, que aprovechan los milicianos para dispararles a mansalva desde las azoteas que bordean el paseo, causando una gran mortandad. Entre ellos, el mismo capitán Iraola, que resulta alcanzado en el pecho por una bala.

La carga ha terminado en fracaso.

Gonzalo reagrupó a los maltrechos supervivientes al amparo de la barricada y ordenó formar un rudimentario cuadro con los cadáveres de los caballos. El enemigo les había hecho muchas bajas, entre muertos, heridos y contusionados. Una verdadera carnicería. Hasta donde alcanzaba la vista, no se veían más que dragones que se arrastraban sobre las piernas, dejando un rastro de sangre, y caballos con las tripas al aire que pugnaban penosamente por levantarse, relinchando y enseñando sus grandes dientes amarillos.

Desde las troneras del vetusto cuartel de Atarazanas, sus defensores los saludaban blandiendo sus fusiles y los animaban a seguir. Pero Gonzalo dudaba mucho que, con el centenar y pico de hombres supervivientes, pudiera enlazar con ellos. A decir verdad, los milicianos los tenían atrapados en una ratonera. Los dragones se habían portado valientemente, haciendo honor a su nombre. Se prometió a sí mismo que, si salía vivo del lance, él mismo se ocuparía personalmente de estampar el *valor probado* en sus cartillas militares.

Si salía vivo del lance…

La idea de la muerte no le asustaba excesivamente. Hacía tiempo que la había asumido. Morir frente al enemigo con una espada en la mano es la mejor forma de dejar este mundo, era el pensamiento que su padre le había inculcado desde muy joven. *Aprovecha la oportunidad si se presenta.* Sobre todo cuando se hace por una causa noble que uno ha abrazado voluntaria y conscientemente.

Algo que, desgraciadamente, no podía decir su amigo, el capitán Iraola, que se había jugado la vida (y la estaba perdiendo a borbotones por una herida en el pecho) defendiendo una causa que no era la suya, y ahora agonizaba tendido en el sucio empedrado de la calle y lo miraba con ojos turbios.

–Gonzalo -acertó a musitar a duras penas-, yo…

–No digas nada. Ahora te sacaremos de aquí. Perdóname, Juanjo, no era mi intención.

–Sí… ya… lo sé… Numancia… tu deber…

Su cabeza cayó a un lado y expiró. Gonzalo trazó la señal de la cruz sobre su pecho ensangrentado y le cerró los ojos. Le embargaba un monstruoso sentimiento de culpabilidad. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse a la vista de la tropa.

El alférez López de Sepúlveda, de la tercera sección del primer escuadrón, fue a avisarlo de que los paisanos estaban levantando una segunda barricada doscientos metros más allá y emplazando una ametralladora Hotchkiss entre los adoquines. Tenía la guerrera rasgada por varios sitios y el sudor le chorreaba por la cara.

–¡Mi comandante! ¡Vienen con fusiles y cascos de acero!

–Los de la Maestranza de San Andrés, con toda seguridad -masculló Gonzalo, muy contrariado.

–¿Quiere decir que habrá caído en su poder?

–Eso me temo.

El alférez le señaló la frente con el dedo.

–Mi comandante, le está sangrando la frente.

–Sí, supongo que sí -dijo Gonzalo pasándose distraídamente la mano por la sien. La retiró empapada de sangre-. Un rasguño sin importancia, alférez.

–¿Quiere mi pañuelo, mi comandante?

–Gracias, tengo el mío.

Al hurgar en el bolsillo de su guerrera, Gonzalo tropezó con la pitillera de plata, regalo de cumpleaños de su mujer.

–¿Un pitillo, Sepúlveda?

–Gracias, mi comandante -dijo el joven alférez extrayendo un cigarrillo con dedos sudados y polvorientos.

Gonzalo leyó la dedicatoria escrita en el interior de la tapa de la pitillera: *A Gonzalo, con todo mi amor. Cecilia.* Resultaba incongruente y patética en aquella atmósfera enrarecida de sangre, pólvora y violencia. ¿La volvería a ver? ¿Y a sus hijos? ¿Y a su padre? Con un gesto enérgico apartó estos pensamientos de su cabeza y se dedicó a organizar la defensa de su precaria posición.

Al mediodía de aquel mismo y caluroso domingo 19 de julio de 1936, el coronel Serrano, al mando de una poderosa y disciplinada columna de la Guardia Civil, subía pausadamente vía Layetana arriba en dirección a la Comisaría de Orden Público, donde aquella madrugada se había refugiado el presidente Companys, temeroso de ser capturado por los militares en el palacio de la Generalidad, como le había ocurrido en la intentona separatista de 1934.

El coronel marchaba al frente de la tropa, con expresión resuelta, la boca apretada, la fusta de cuero trenzado en la mano enguantada y la vista al frente, sin desviarla ni a derecha ni a izquierda, como un reflejo subconsciente de la línea de conducta que se había trazado de estricta fidelidad y obediencia a la legalidad constitucional. Ni don Alfonso de Montcada, ni su hijo, ni sus miserables secuaces se saldrían con la suya. De nada les valdrían sus títulos, su arrogancia secular y sus privilegios de casta, porque el resultado de la incierta lucha que ensangrentaba las calles de Barcelona dependía de una simple orden que él iba a dar a los mil doscientos guardias que marchaban tras él y que la obedecerían ciegamente.

A esas alturas de la jornada, las tropas sublevadas habían perdido su impulso y su combatividad iniciales, pero todavía se defendían briosamente en diversos puntos de la ciudad. Las milicias populares, por su parte, también acusaban el cansancio de la lucha y habían sufrido cuantiosas bajas. Ambos contendientes estaban exhaustos.

En esta tesitura, la columna del coronel Serrano se había convertido en el árbitro supremo de la situación, el peso que inclinaría el fiel de la balanza del lado de la legalidad republicana. El coronel Serrano barruntaba que iba a representar el mismo papel que Blucher representó en Waterloo, acudiendo con sus húsares negros en auxilio de la exhausta caballería inglesa. Sentía confusamente los hilos del destino fluir por sus manos enguantadas. Era su momento de gloria, por el que pasaría a la historia y sería recordado por la posteridad.

En el tenso silencio de la calle sólo se oía el paso grave de los guardias que marchaban en dos filas, arrimados a las paredes de los edificios, con el fusil terciado y los ojos fijos en los balcones y las ventanas. El charol de los tricornios brillaba al sol, y sobre sus uniformes verdosos destacaban los anchos correajes amarillos. Cuando la cabeza de la columna llegó a la altura del anodino edificio de la Comisaría de Orden Público, el coronel Serrano alzó el brazo derecho y mandó con voz sonora:

–¡Aaaaal…to!

Los guardias se detuvieron con un taconazo, y las culatas de sus fusiles golpearon con fuerza el suelo.

El coronel Serrano levantó la vista hacia el presidente Companys, aferrado a la barandilla de hierro del balcón, que lo miraba con fijeza de ahorcado. Con él estaban el *conseller* Tarradellas, Federico Escofet, comisario de Orden Público, y otros *consellers* igualmente asustados.

El coronel Serrano reparó en su cara macilenta y en las grandes bolsas que se le habían formado bajo los ojos. El hombre recelaba una encerrona, se dijo, pese a las seguridades que le había dado por teléfono el general Aranguren, jefe supremo de la Benemérita en Cataluña. Él había sido testigo de la conversación. Pero, de momento, estaba en sus manos, no en las de su superior. La paradoja resultaba chocante: por no sabía bien qué raro misterio, había sido elegido por los hados para poner a la Benemérita, uno de los pilares sobre los que se asentaba la unidad de España, a disposición de un presidente separatista por el que él no sentía excesiva simpatía. Y, mucho menos, por su ideología catalanista y antiespañola. No obstante, decidió prolongar malignamente unos instantes la agonía de Companys.

Él y los *consellers* que lo rodeaban contenían la respiración. El silencio se podía cortar con cuchillo. En la congelada quietud de la calle restalló el inquietante tableteo de una ametralladora en la embocadura de la calle de Fontanella, seguido inmediatamente por el fuego graneado de la fusilería procedente de la plaza de Cataluña. Ni el coronel ni los guardias movieron un músculo de sus caras. Pero los ocupantes del balcón dieron muestras de gran nerviosismo.

El presidente no se pudo contener más y, sacando medio cuerpo fuera del balcón, gritó con fuerte entonación nasal:

–¡Viva la Guardia Civil!

El coronel Serrano dio un cuarto de vuelta con estudiada lentitud, se cuadró y, llevándose la mano a la charolada visera de su tricornio, dijo:

–¡A sus órdenes, señor presidente!

A primeras horas de la tarde, la situación de los Dragones de Numancia se había hecho crítica. Llevaban más de doce horas combatiendo sin parar. Estaban agotados, sedientos y muertos de hambre. No habían comido más que una lata de sardinas y un chusco y echado un trago de agua de sus cantimploras. Apenas asomaban la cabeza por encima del parapeto, les caía encima un diluvio de balas.

Entre su barricada y la del enemigo se extendía la devastada calzada del Paralelo, sembrada de ramas desgajadas, cadáveres de hombres y caballos con las tripas al aire y adoquines arrancados por los cañonazos. La metralla había acribillado igualmente las aspas de mentirijillas del teatro El Molino. Algunos postes del tendido del tranvía se habían venido al suelo, y los cables se alzaban como retorcidas y extrañas serpientes de acero.

Tampoco podían esperar socorro de los artilleros de Atarazanas, porque, hacía un par de horas, el viejo cuartel había caído en poder de las milicias populares. Sus defensores se habían rendido. Algunos habían sido asesinados, sin más. El capitán Ramón Mola, hermano del Director, había preferido suicidarse con su propia pistola antes que caer en su poder. También se había rendido, en el cuartel de Pedralbes, el coronel Núñez de Montalbán, cuya ensangrentada cabeza, ensartada en una pica cogida en la plaza de toros, los milicianos habían enarbolado ante los ojos horrorizados de los dragones.

–¡Y esto mismo es lo que os sucederá a vosotros si no os rendís inmediatamente! – los había amenazado el pistolero Francisco Ascaso, que había tomado el mando de las fuerzas asaltantes.

Gonzalo, después de consultar brevemente con el alférez López de Sepúlveda, el único oficial superviviente, se había negado en redondo. Si iban a matarlos igual, era preferible hacérselo pagar caro y morir con las armas en la mano. Apenas les quedaban municiones. Había mandado armar los machetes. Los dragones se habían parapetado tras los cadáveres de los caballos y apuntaban sus carabinas hacia la barricada enemiga.

Un cabo fue a informarle, muy alarmado:

–¡Mi comandante! ¡Me parece que he visto brillar los tricornios de la Guardia Civil!

–¡Lo que faltaba para el duro! – barbotó Gonzalo entre dientes.

Mirando con atención, entre la masa desarrapada de milicianos y paisanos armados, Gonzalo distinguió los tricornios de los guardias a los que el sol vespertino arrancaba reflejos mortales. Lo que tanto había temido se había cumplido: enfrentarse a la Benemérita. No tenían escapatoria ni salvación. Había llegado su hora.

–¿Hemos de disparar a los guardias, mi comandante? – preguntó el cabo.

–Sin dudarlo un segundo. Pero que nadie abra fuego hasta que yo lo ordene. Hay que dejarlos que se acerquen hasta tenerlos a pocos metros de distancia.

Un huracán de fuego preludió el asalto final, y una granizada de balas se estrelló contra la barricada. Los dragones enterraron la cabeza entre los hombros y aguardaron con los dientes apretados. Aún no se había acallado el tableteo de las ametralladoras cuando los milicianos saltaron de su parapeto.

–¡Adelante! – gritó Ascaso corriendo al frente de sus hombres con su negro pistolón amartillado-. ¡Adelante, compañeros! ¡Muera el fascismo! ¡Abajo la canalla fascista!

A su lado corría ágilmente la joven morena del pañuelo rojo al cuello.

Una hilera de fusiles con la bayoneta calada asomó de improviso sobre la barricada de adoquines y cadáveres equinos.

Bajo las viseras de los cascos de acero, blanqueaban las caras terrosas de los dragones cerrando el ojo izquierdo para hacer puntería. Detrás de ellos se erguía Gonzalo. Esperó a que los milicianos estuvieran a menos de quince metros y ordenó:

–¡Fuego!

Sonó una descarga cerrada y varios milicianos se derrumbaron. Entre ellos, el propio Ascaso, que soltó su pistolón, se llevó la mano al pecho y rodó sobre el empedrado hecho una pelota. Muy pocos se apercibieron de su muerte. Enardecidos por la lucha y el griterío, los milicianos saltaron por encima de su cadáver y cayeron sobre el parapeto rebelde.

A los soldados no les dio tiempo de accionar los cerrojos de sus carabinas para meter otro cartucho en la recámara. Y dirigieron los punzantes aguijones de las bayonetas contra sus asaltantes, que se ensartaron en las mismas. La resistencia fue muy corta. Los pocos dragones supervivientes fueron arrollados y rematados en el suelo. Algunos se entregaban y levantaban las manos pidiendo clemencia.

–¡Soy inocente! ¡Los oficiales nos han obligado a disparar!

–¡Esto se lo cuentas a tu puta madre! ¡Toma!

–¡Me rindo! ¡No disparéis!

–¡Piedad!

–¿La tuvisteis vosotros?

La matanza proseguía, implacable.

El alférez López de Sepúlveda, después de contar los disparos de su revólver, se lo llevó resueltamente a la boca y gritó:

–¡No me cogeréis vivo, canallas!

Y oprimió el gatillo. La bala de plomo le destrozó el paladar y le astilló el cráneo.

Después de haber vaciado el cargador de su revólver, Gonzalo echó mano de su sable y se defendió a sablazos del cerco de bayonetas que lo rodeaba. Sus atacantes no se atrevían a disparar por temor a herir a sus compañeros. Al dar un paso atrás, tropezó con las piernas de un soldado muerto y dio un traspiés, momento que aprovechó un miliciano corpulento y patilludo para sacudirle un fuerte culatazo en la mandíbula que dio con él en el suelo.

La muchacha morena le puso una bayoneta al cuello.

–¡Revienta de una vez, maldito!

Pero un guardia de Asalto, en camiseta, con los pantalones sujetos por los tirantes y la gorra canallescamente echada sobre la nuca, detuvo el brazo de la enfurecida joven en el último instante.

–¡Atrás! ¡A éste hay que cogerlo vivo!

–¡Sí, porque tú lo digas, gilipollas!

–¡La compañera tiene razón! – la apoyaron los enfurecidos milicianos-. ¡Hay que darle su merecido!

–¡Acabemos con él!

–¡Fuera contemplaciones!

–¡Déjame, maldita sea! – se desgañifaba la joven morena, tratando de zafarse del guardia de Asalto que la retenía por el brazo.

Aturdido por el culatazo, Gonzalo la miraba desde el suelo. *Anda, acaba de una vez, maldita* -la animaba con los ojos-, *me ahorrarás la ignominia de un juicio y el mal trago de un fusilamiento.*

–¡Quita de ahí! – dijo el miliciano patilludo empujando con rudeza al guardia-. ¡Ya has oído a la compañera! ¡Dale fuerte, Carmen!

La súbita irrupción del coronel Serrano con un puñado de guardias civiles salvó, in extremis, la vida de Gonzalo de Montcada.

–¡Alto! – gritó severamente, abriéndose paso entre los desconcertados milicianos-. ¡Paso a la Guardia Civil!

La joven morena vaciló unos segundos y apartó la bayoneta del cuello de Gonzalo.

–Entregadme a este hombre -ordenó el coronel Serrano con voz neutra.

Los milicianos lo miraron, estupefactos.

Pero, una vez repuestos de la sorpresa, lo miraron con ojos desafiantes y los dedos en los gatillos de sus fusiles todavía calientes.

–¡No os lo entregaremos, maldita sea tu estampa! – gritó el miliciano patilludo-. ¡Es nuestro prisionero y le vamos a dar su merecido ahora mismo! ¡Es un fascista y un asesino! ¡Ha matado a Ascaso!

–Por eso mismo tendrá que responder de su crimen ante un tribunal.

–¡Pero qué tribunal ni qué hostias! ¡Nos lo cargamos ahora y sanseacabó!

–Esto lo tendrá que decidir el Consejo de Guerra que lo juzgue -insistió el coronel sin alzar la voz-. Les repito que este hombre es un prisionero de la Guardia Civil.

Milicianos y guardias se miraron, retadores. El miliciano patilludo se llevó el máuser a la cara y apuntó al coronel en la frente.

–¡No nos asustan los tricornios! ¡Mira lo que hemos hecho con los militares! ¡Lo podemos repetir con vosotros!

Los guardias habían terciado sus largos fusiles. El sargento que mandaba el destacamento se había llevado la mano a la pistolera, presto a salir en defensa de su coronel.

Desde el suelo, Gonzalo volvió a rezar para que se liaran a tiros y acabaran con él de una vez.

El coronel Serrano apartó con la fusta el cañón del fusil dirigido a su frente y ordenó con voz impersonal:

–No haga tonterías, buen hombre. Despejen, por favor.

Su serenidad y su sangre fría acabaron de desarmar a los desconcertados milicianos, que se hicieron a un lado.

Gonzalo se incorporó vacilando sobre sus piernas. La sangre, el sudor y el polvo formaban una espesa costra sobre su cara. Tenía la

mirada turbia y el uniforme destrozado. Hizo un esfuerzo por cuadrarse.

–A sus órdenes, mi coronel… muchas gracias por su intervención. Le debo la vida.

–Ni gracias ni nada -advirtió secamente el coronel-. Es usted un traidor y un rebelde. – Y sin previo aviso echó el brazo atrás y le cruzó la cara de un violento fustazo.

Gonzalo, sorprendido por el repentino ataque, se llevó la mano a la mejilla y miró despectivamente al coronel, entornando sus ojos grises y atrevidos. Un atisbo de sonrisa se deslizó por sus labios tumefactos.

–Es usted muy valiente, mi coronel, lo felicito.

El coronel Serrano no se dignó contestarle. Con un imperioso movimiento de cabeza llamó al sargento y a un par de guardias que no podían ocultar el asombro que les causaba la escena que estaban presenciando.

–Sargento, ponga las esposas a este hombre. Es un rebelde. Y no vacile en disparar a matar si trata de escapar. Usted responde de él.

–A la orden de usía, mi coronel.

El sargento sacó unas esposas de la cartera de cuero que llevaba en bandolera.

–Si me lo permite, mi comandante -pidió casi excusándose.

Gonzalo le tendió las manos.

–Usted no tiene la culpa, sargento.

Con un breve clic, el acero infamante se cerró en torno a sus muñecas.

–Por aquí, mi comandante -le indicó el sargento, abriéndole paso entre los rencorosos milicianos y la joven morena que le dirigía miradas relampagueantes de odio.

Dos guardias siguieron tras ellos, mientras el resto se dedicaban a buscar soldados supervivientes entre los restos de la barricada.

Gonzalo andaba tambaleante entre los guardias. Estaba agotado. El cansancio, la tensión acumulada en tres días eternos, el hambre, la sed, la falta de sueño y el brutal culatazo que le había propinado el miliciano patilludo lo sumían en un estado de profunda postración. La mejilla cruzada por el fustazo del coronel le quemaba como una brasa. El sol caía implacable sobre su nuca. Había jugado y había perdido.

Porque, a la vista de lo ocurrido con ellos, era a todas luces evidente que el alzamiento militar había sido aplastado en Barcelona. El vergonzoso espectáculo de la Guardia Civil haciendo armas con el populacho lo demostraba claramente. Era muy amargo tener que reconocerlo.

Pero lo que acababa de hundirlo y abrumarlo era la inutilidad de su sacrificio, la muerte de tantos y tantos jóvenes y valientes soldados, de sus amigos, del capitán Iraola, del esforzado alférez López de Sepúlveda. ¡Ojalá hubiera muerto con ellos en la barricada! Se ahorraría la vergüenza de ser juzgado como un vulgar criminal y ser colocado ante un pelotón de ejecución. Ya podía darse por muerto. Lo daba por hecho. La idea le angustiaba, pero no tanto como pensar en la suerte que iban a correr su padre, su mujer y sus hijos. ¿Les daría tiempo de escapar, huir del castillo, ponerse a salvo? Quizá en esos momentos las turbas enfurecidas estaban asaltando Requesens y…

El aniquilador pensamiento acabó con las últimas fuerzas que le quedaban. Se tambaleó y sintió que la visión se le oscurecía. Una mano gruesa y sudada lo sostuvo por el brazo, mientras una voz le susurraba al oído:

–Apóyese en mí, mi comandante. Créame que siento tanto como usted lo que está ocurriendo.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 5:
1936-1939

–¡Catalanes! ¡Españoles! ¡El general Goded, jefe de la insurrección militar en Barcelona, les va a dirigir la palabra! ¡Atención! ¡Atención! ¡Escuchen al general Goded!

Cecilia contuvo la respiración y aguardó las palabras del general con la mirada fija en la rejilla ovalada del aparato de radio. Su inquietud y su alarma habían ido creciendo en la misma proporción que subía la excitación y el tono de la voz del locutor de Radio Barcelona que, a lo largo de todo el día, había ido dando cuenta de las alternativas de la lucha en las calles y las plazas de Barcelona y las exhortaciones del presidente Companys a los barceloneses a aplastar a los militares sublevados.

Las palabras del general Goded sonaron apesadumbradas, sordas, cargadas de latentes amenazas:

–La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero. – Una pausa angustiosa punteada por el tictac del reloj del rincón-. Si queréis evitar el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo… -Por un momento pareció que el general iba a añadir algo más, pero finalmente se calló.

Cecilia se mordió los labios para sofocar el grito de espanto que le había subido a la garganta. Aquel breve y conciso comunicado radiofónico disipaba sus últimas esperanzas: los militares habían perdido la partida, se habían rendido, el alzamiento había fracasado. Su pensamiento voló a su marido. ¿Qué habría sido de él? ¿Lo habrían hecho igualmente prisionero? O por el contrario… Cecilia no llegó a formularse esta alternativa. Era demasiado espantosa. Miró la cara de su suegro como si quisiera convencerse de que lo que acababa de oír no era más que un mal sueño. Pero el semblante tenso de don Alfonso no dejaba lugar a dudas. Un frío glacial le subió por las piernas y una mano helada le estrujó el corazón. Hizo un denodado esfuerzo para serenarse. Quizá no todo se hubiera perdido y quedara un resquicio para la esperanza. Gonzalo era hombre de recursos, valiente como pocos, y no sería la primera vez que se veía en una situación comprometida.

La emisión se reanudó en catalán, una voz ronca y exaltada:

-Catalans! Només unes paraules, perquè aquests són moments de fets i no de mots!

–¡Es Companys! – masculló don Alfonso con los dientes apretados-. ¡El muy bastardo!

***-Acabeu d'escoltar al general Goded, que dirigia la insurrecció, que demana s'eviti el vessament de sang. La rebel·lió ha estat sofocada…* (Acabáis de escuchar al general Goded, que dirigía la insurrección, y pide que se evite el derramamiento de sangre. La rebelión ha sido sofocada.)**

Cecilia miraba sin ver las finas motas de oro que bailaban en el sesgado rayo de sol que entraba por las arcadas de la galería. Tampoco oía la algarabía de una bandada de gorriones que buscaba acomodo en los tilos del parque para pasar la noche.

-Visca Catalunya! Visca la República! **-terminó la alocución el presidente Companys.**

Don Alfonso apagó la radio con un gesto brusco de la mano, se dirigió a su vieja escribanía y abrió un cajón.

Cecilia seguía sentada en el sofá, con las manos sobre el pecho, anonadada. ¿Qué iba a ocurrir ahora? El espanto y la angustia la tenían paralizada. Súbitamente experimentó la urgente necesidad de abrazar a sus hijos, de sentirlos muy cerca de su corazón.

–Javier, Gonzalo -llamó con voz apagada.

Javier acudió a su lado y le rodeó la espalda con el brazo. Gonzalo la miraba con ojos redondos y asustados, ojos de niño que no acaba de comprender el complejo universo de los mayores pero que intuye difusamente el peligro. Un malestar sin nombre se apoderó de Cecilia. El pulso se le aceleró y un sudor frío perló su frente.

–¿Dónde está Blanca? – gritó, más que preguntó.

–Hace un momento ha dicho que bajaba a La Fontana a buscar un libro que ayer se dejó olvidado -contestó Javier, impresionado por el semblante descompuesto de su madre-. ¿Quieres que vaya a avisarla?

–Sí, por favor, ¡ve corriendo!

Pero cuando el muchacho se disponía a salir para cumplimentar el encargo, se escucharon unos pasos precipitados en la antesala. Todos se miraron, alarmados. La puerta se abrió violentamente y ante ellos

apareció el Paparro, sudoroso y jadeante, con las alpargatas cubiertas de polvo. Con la diestra empuñaba su escopeta de caza. Una canana repleta de cartuchos le ceñía la cintura.

–¡Aprisa! – jadeó sin esperar a saludar-. ¡No hay tiempo que perder, don Alfonso! ¡El Sisco y los segadores están subiendo la cuesta del castillo con hoces y horcas! ¡Los acompañan obreros de la tejería de Vic y de la fábrica de Manlleu armados con escopetas!

Cecilia lo miró espantada y abrazó con fuerza a Gonzalo, como si quisiera protegerlo de un peligro invisible. ¡Estaban perdidos! ¡Venían a por ellos! ¡No tenían escapatoria!

Javier miró al payés y, después, a su abuelo, a la espera de instrucciones.

Don Alfonso aparecía revestido de una calma glacial. Con una mano se introdujo en el cinturón un revólver azulado que había cogido de la escribanía. Con la otra alargó un abultado sobre a su nieto.

–Guárdalo en el bolsillo… -ordenó con tono autoritario-. Son vuestros pasaportes y algo de dinero… Y ahora atiéndeme bien porque no tendré tiempo de repetírtelo: montáis en el Ford T y salís a escape. El Paparro te acompañará. Atropella al que se te ponga por delante, sin miramientos ni consideraciones. Salís a la carretera y me esperáis escondidos detrás de la casilla de los peones camineros. Mientras, yo bajaré a buscar a Blanca a La Fontana. Nos reuniremos con vosotros dentro de una media hora. Si pasado ese tiempo no lo hemos hecho, os vais, te lo repito, os vais sin nosotros. A Manlleu, a Vic, a Sant Quirze de Besora, donde os pille mejor. Y en cuanto podáis, cogéis un tren para Puigcerdá, os bajáis en La Molina, y desde allí cruzáis a pie la frontera por el Pas dels Lladres. El Paparro, que se vuelva para acá. Vosotros dirigíos a casa de los Clermont… y allí nos encontraremos cuando podamos.

–¡Pero abuelo! – protestó Javier-. ¡Yo no puedo dejaros solos a Blanca y a ti!

Con una fuerza que lo dejó estupefacto, don Alfonso agarró a su nieto por el cuello y lo miró con ojos llameantes.

–¡Como te atrevas a desobedecerme, te mato aquí mismo! – Su voz restalló como una orden militar que no admitía réplica-. ¡Piensa en tu madre y en tu hermano! ¡Andando!

Salieron todos al pasillo, sin volver la cabeza hacia atrás ni entretenerse en recoger nada; con lo puesto. Javier sujetaba a su madre por el brazo. Gonzalo brincaba a su lado. Don Alfonso andaba a largas zancadas mientras daba las últimas instrucciones al Paparro.

–Te confío la familia, Paparro… pónmela a salvo.

–Pensaba esconderla en la masía de mis suegros en Sant Quirze de Besora.

–¿Son de confianza?

–¡Son carlistas, don Alfonso! – protestó el payés.

–De acuerdo… y no vaciles en abrirte paso a tiros si es preciso. Por lo que acabo de oír por la radio, hoy el plomo anda barato.

–Llevo la escopeta cargada con postas.

–Bien jugado.

A Cecilia se le doblaban las rodillas. No era posible lo que estaba ocurriendo. No era verdad. Eran imaginaciones suyas. Era una pesadilla. No tardaría mucho en despertarse bañada en un sudor frío y viscoso.

–¡Vamos, mamá! – la animaba Javier mientras, en su fuero interno, maldecía interiormente la ocurrencia de su hermana de bajar a La Fontana a buscar un libro que había leído cien veces por lo menos.

En algún rincón del castillo retumbó un disparo. Los fugitivos se detuvieron como fulminados por un rayo.

–¡Parece que ha sonado en la escalinata! – dijo Javier.

Don Alfonso amartilló el viejo Colt.

–¡Adelante! – ordenó con decisión-. ¡Lo que tenga que sonar sonará!

Magín Suñol subía la escalinata de dos en dos, a su encuentro. Empuñaba una escopeta todavía humeante.

–¡Malditas sanguijuelas! – jadeó-. ¡No os saldréis con la vuestra!

Cecilia, paralizada por el terror, lo vio echarse el arma a la cara y apuntarlos.

Desde lo alto de la escalinata, su suegro extendió el brazo derecho armado con el revólver, en línea recta desde el ojo derecho al punto de mira. El izquierdo lo tenía guiñado. Apretó el gatillo. De la boca del Colt surgió un breve fogonazo. La pesada bala de plomo acertó a Magín Suñol en el pecho. El joven cayó hacia atrás, soltó la escopeta y

rodó escaleras abajo, hasta acabar chocando contra el arnés milanés que se esparció por los escalones con estrépito de chatarra.

Cecilia chilló histéricamente.

Sin perder un segundo, don Alfonso se volvió hacia su nieto:

–¡De prisa, coge su escopeta! ¡Te podrá hacer falta!

Al inclinarse para coger el arma, Javier se encontró con los ojos vidriosos de Magín fijos en los suyos, dolorosamente dilatados por la sorpresa. Era el primer muerto que veía en su vida.

–¡Vamos, Javier, no te entretengas! – le azuzó su abuelo-. ¡No tenemos un segundo que perder! ¡Vamos, Cecilia!

Al pie de la escalinata, *Sher Kahn* agonizaba con el espinazo partido por una perdigonada y el espeso pelaje manchado de sangre. Desde el suelo, aún tuvo fuerzas para dirigirles una turbia mirada de despedida y mover la cola. A Gonzalo se le llenaron los ojos de lágrimas y se inclinó para abrazarlo.

-¡Sher Kahn!

El Paparro lo empujó sin miramientos.

–¡Vamos, Gonzalo, vamos! ¡Y usted también, doña Cecilia!

Al llegar al patio de armas, don Alfonso abrazó rápidamente a Cecilia y a sus nietos.

–Adiós, nos encontraremos en la casilla de los peones camineros, como habíamos quedado. No perdáis tiempo… -dijo empujando a Javier por el hombro-. Recuerda mis instrucciones.

–Sí, abuelo, y tú ten mucho cuidado.

–Será mejor que lo tengan ellos, adiós -dijo don Alfonso, que se dirigió con paso vivo al portalón de entrada. De su mano derecha pendía el viejo Colt de Gettysburg, regalo del millonario Cornelius Van Allen II, que aún no había dicho su última palabra.

Por un momento, Javier estuvo tentado de desobedecer sus órdenes y acompañarlo. Pero la mirada angustiada que le dirigió su madre le quitó rápidamente esta idea de la cabeza.

Mientras cruzaban el patio de armas en dirección a las cocheras, Javier se encomendaba a todos los santos para que las llaves estuvieran puestas en el veterano pero seguro Ford T con el que había hecho las prácticas de conducción y sacado su título de conducir. Y la costumbre era dejarlo siempre con las llaves puestas.

El viejo Ford estaba en su sitio de costumbre, entre el Rolls del abuelo y el Citroën de su madre. Detrás de los mismos se vislumbraba la colección de calesas y faetones que el motor de explosión había condenado al paro, y ahora languidecían bajo una capa de polvo gris.

Lo primero que hizo Javier al subir al Ford fue tantear con la mano el tablero de mandos. ¡Las llaves estaban en su sitio! Paradójicamente, la rapidez endiablada con que se desarrollaban los acontecimientos lo ayudaba a mantener la cabeza fría. Se puso al volante y colocó a su alcance la escopeta de Magín. El Paparro se sentó a su lado con la suya entre las piernas. En el asiento de atrás se acomodaron Cecilia y Gonzalo. Javier le dio al motor de arranque y, después de dos nerviosos intentos, el viejo vehículo dejó escapar un animoso petardeo. Javier pisó el acelerador con mucho tiento, al tiempo que levantaba el pie del pedal del embrague. «Serenidad -se dijo-. Si me aturullo, lo voy a ahogar.» Se pasó la mano por los ojos para despejarlos del sudor que le chorreaba por la frente y sacó el coche al patio de armas. Antes de desaparecer en el zaguán, dirigió la mirada hacia lo alto, donde le pareció ver la cara asustada de la Hilaria, asomada a una ventanita del segundo piso. Reprimiendo un gesto de impotencia y de rabia, dio gas, acabó de cruzar el zaguán y enfiló la alameda del parque a toda velocidad.

El Paparro aprestó su escopeta y se dirigió a Cecilia, que no había abierto la boca y estaba abrazada a su hijo pequeño, ambos petrificados del susto.

–Doña Cecilia, cuando yo lo ordene, usted y Gonzalito se tumban debajo del asiento… podría ser que los segadores nos dispararan.

–¿Saben que nos escapamos? – preguntó Javier, tomando la primera curva sobre dos ruedas.

–Me temo que sí. No me ha dado tiempo a cortar los cables del teléfono.

Javier se concentró en la conducción.

Al doblar el último recodo del camino, antes de desembocar en el asfalto de la carretera general, descubrieron a los segadores del Maestrazgo. Estaban aserrando un gran cedro con la evidente intención de atravesarlo en el camino. Les faltaba muy poco. Su alta copa ya se bamboleaba amenazadoramente. La repentina irrupción del

coche los sorprendió en plena faena. Soltaron la sierra y las hachas y corrieron a empuñar las hoces. Un obrero de la tejería de Vic los apuntó con una escopeta de cañones recortados.

–¡Alto o disparo!

–¡Agáchese, doña Cecilia! – ordenó el Paparro sacando el cañón de su escopeta por la ventanilla-. ¡Y tú acelera, Javier!

Javier pisó a fondo el pedal del gas.

El Paparro disparó al mismo tiempo los dos cañones de su escopeta. El mortífero abanico de pesadas postas de plomo alcanzó de pleno al compacto grupo de segadores, que se desplomaron entre gritos y maldiciones, mientras el gran cedro crujía y comenzaba a abatirse sobre el camino. Un segador recogió la escopeta de su compañero caído y se la echó a la cara. Javier y el Paparro agacharon las cabezas. La perdigonada arrasó el parabrisas, y una lluvia de esquirlas de vidrio y fragmentos de metal cayó sobre los fugitivos. Javier se incorporó rápidamente y, con un golpe de volante in extremis, enderezó la marcha del coche, que se iba directo a la cuneta, y lo dirigió hacia la parte izquierda del camino, donde calculaba encontraría un resquicio para escurrirse, porque el cedro ya se desplomaba a cámara lenta sobre ellos, entre crujidos y astillazos.

Les fue de un pelo. Una rama alcanzó la trasera del Ford T y le arrancó de cuajo la capota de lona. El veterano vehículo se tambaleó bajo el impacto y perdió arrancada. Javier entró rápidamente la segunda y pisó con fuerza el pedal del gas. El Ford pegó un salto hacia adelante, como un caballo al que le clavan las espuelas. Sonó otro disparo, y una segunda perdigonada se estrelló contra la rueda de recambio montada en la trasera y los restos de la capota que se arrastraban ruidosamente por el suelo.

Por el rabillo del ojo, Javier vio a los burlados segadores blandir los puños entre una nube de polvo y astillas. El Sisco no estaba entre ellos. Mantuvo el pie sobre el acelerador hasta que, a poco más de un kilómetro, llegó a la casilla de los peones camineros, tras la que ocultó el maltrecho Ford T.

Después de recuperar *Los jinetes de la pradera roja,* Blanca salió del pabellón, entornando la puerta a sus espaldas.

Un destello metálico hacia la parte de la balaustrada le llamó entonces la atención. El sol, muy bajo sobre el horizonte, la hería de frente y le impedía ver con precisión. Haciendo pantalla con la mano libre, volvió a mirar. Sorprendida, distinguió a dos hombres que, maldiciendo y jadeando, acababan de trepar por el muro y se habían encaramado a la balaustrada. Ambos empuñaban sendas escopetas de caza y miraban hacia ella. Blanca, muy asustada, reconoció la cara picada de viruelas del Sisco. Reprimiendo un grito de miedo, volvió a entrar en el pabellón y cerró la puerta con dos vueltas de la llave. El corazón le latía tumultuosamente. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué hacía allí el Sisco? ¿Tenía algo que ver con la pelea que había sostenido con su hermano y las amenazas que había proferido? A raíz de este penoso incidente, Blanca había tenido angustiosas pesadillas. ¿Estaría soñando de nuevo ahora? Se clavó las uñas en las palmas de las manos y rogó fervientemente a Dios para que así fuera.

Unos violentos golpes contra la puerta desvanecieron sus esperanzas; eran demasiado reales y sonaban demasiado fuertes y amenazadores.

–¡Abre o echamos la puerta abajo! – vociferó el Sisco al otro lado.

Blanca se apartó de un salto, despavorida.

–¡Te hemos visto entrar! ¡Abre de una vez!

Blanca fue retrocediendo de espaldas hasta tropezar con la mesa de billar. El terror le paralizaba la mente y le impedía pensar. La puerta temblaba bajo las patadas y los puñetazos que le propinaban los dos segadores.

–¡Abre de una puñetera vez o disparamos!

Blanca dirigía desesperadas miradas a su alrededor, buscando una escapatoria, un hueco donde esconderse. El corazón le martilleaba tan fuerte que la ahogaba. Desde lo alto de su cuadro, Elisenda de Montcada parecía mirarla compasivamente. Blanca quiso gritar pidiendo auxilio, pero las palabras no le salieron de la boca.

–¡Por última vez, abre o disparamos!

Blanca musitó una oración con labios temblorosos:

–¡Dios mío, no me abandones! ¡Ten piedad de mí!

Sonó un estampido y la cerradura saltó astillada bajo la perdigonada. Una vigorosa patada propinada por el Sisco acabó de

abrir la puerta.

Blanca corrió a esconderse detrás de una butaca.

Los dos hombres se dirigieron hacia ella, rodeando la mesa de billar por ambos lados para cortarle toda posible retirada. El Sisco avanzaba por una zona de penumbra, mientras que el sol, que entraba por la puerta abierta, aureolaba la figura de su compañero.

–Es inútil que te escondas, zorra, te vamos a pillar igual.

–¡Por favor, Sisco, haré lo que queráis, pero no me hagáis daño!

Una sonrisa negra curvó los labios del segador.

–¡Claro que va a hacer lo que yo quiera, señorita! ¡Faltaría más! Pero no tema, no le vamos a hacer ningún daño. Un favor, eso es lo que le vamos a hacer, ¿verdad, Anselmo?

Anselmo lanzó una bronca risotada de asentimiento.

–¡Un servidor tendrá mucho gusto en pasarla por la piedra!

Pisando sin hacer ruido, don Alfonso acababa de entrar en el pabellón. Con la mano derecha empuñaba su viejo Colt. Llevándose el índice de la izquierda a los labios, indicaba a su nieta que guardara silencio.

El aviso llegaba demasiado tarde. Blanca no había podido contener el grito de alivio que le había subido a la boca:

–¡Abuelo!

Los dos segadores se volvieron con la rapidez del rayo.

Don Alfonso disparó primero contra Anselmo, situado en la zona de luz. Lo acertó de pleno en la frente. La fuerza del impacto lo arrojó contra un ventanal. Sus dedos se engaritaron en el pesado cortinaje de raso y lo desprendieron de sus anillas. Pero las fracciones de segundo que empleó don Alfonso para localizar al Sisco, semioculto en las sombras, le resultaron fatales. El segador le disparó a menos de diez metros de distancia, y la rugiente masa de perdigones le deshizo literalmente la cabeza. Astillas de hueso y pedazos de cerebro volaron en todas direcciones y se incrustaron en el marco dorado del cuadro de su antepasada.

–¡No! – chilló Blanca, espeluznada.

Ahora, el Sisco había dejado la escopeta sobre la mesa de billar y avanzaba hacia ella encorvado como un lobo.

–¡Javier! – llamó Blanca con todas sus fuerzas.

–¡Grita lo que quieras, estúpida! ¡Nadie te va a oír! ¡Y menos el hijo de puta de tu hermano!

Blanca lo veía aproximarse como un espantoso personaje de pesadilla. Estaba tan cerca que ya podía percibir el tufo de sus ropas, el acre olor de su cuerpo sudoroso, el brillo mate de sus ojos apretados por el odio y el deseo.

Por la puerta abierta se divisaba la superficie plateada del estanque brillando al sol vespertino, y dos mariposas blancas revoloteando entre los rosales.

Javier consultó su reloj por enésima vez.

Pasaban más de cinco minutos de la media hora de espera ordenada por su abuelo para abandonar su precario escondrijo y reemprender la fuga. Pero se resistía a ponerse en marcha. La ausencia del Sisco entre la partida de segadores le causaba un malestar intolerable. Lo relacionaba con su hermana. En las profundidades de su cerebro había oído resonar, muy claramente, su angustiada llamada de socorro.

–Ya tendrían que estar aquí -dijo cambiando una nerviosa mirada con el Paparro, que continuaba sentado a su lado con la escopeta sobre las rodillas.

El payés asintió con una cabezada. Él también se debatía en un mar de dudas.

–Es verdad, pero aquí no podemos continuar. A cada minuto que pasa, aumenta nuestro riesgo… el tuyo, el de tu madre, el de Gonzalo y el mío, por supuesto. Hay que tomar una decisión, y cuanto antes. En cualquier momento pueden presentarse los segadores. Habrán dado aviso y van a cortar las carreteras. A estas horas ya deben de estar buscándonos. No tenemos ni un segundo que perder si queremos llegar a la masía de mis suegros esta noche.

–Sí… pero…

Javier tenía que admitir que el Paparro tenía toda la razón del mundo. Estaba exponiendo a su madre y a su hermano a un riesgo mortal. Pero la idea de abandonar a su suerte a su hermana y a su abuelo le sublevaba. Le parecía una cobardía sin nombre. Sentía que se le desgarraba el alma. Si tenían que morir, lo harían juntos, defendiéndose a tiros o como fuera.

–¿Qué hacemos, mamá? – preguntó, volviéndose hacia el asiento de atrás.

Cecilia lo miró, angustiada. Nunca en su vida se le había planteado una alternativa tan atroz: su vida, la de sus dos hijos varones y la del Paparro, o la de su hija y su suegro.

–No sé…

–Pues yo sí sé lo que voy a hacer -dijo Javier con repentina decisión, cogiendo la escopeta de Magín y disponiéndose a bajar del coche.

El Paparro le hundió los cañones de su escopeta en las costillas.

–¡Tú vas a hacer lo que te diga yo! ¡Arranca el coche y vámonos!

–¡Pero, Paparro…!

–¡No hay peros que valgan! ¡Te juro que, si no lo haces, soy capaz de dejarte seco de un tiro aquí mismo! ¡Piensa en tu madre y en tu hermano! ¡Recuerda lo que dijo tu abuelo!

A todas éstas, Gonzalo había reparado en una lejana humareda, hacia la parte del castillo, punteada por chispas rojizas que se elevaban por encima de las copas de los pinos.

–Mira qué humo más raro, Javier.

Javier y el payés miraron hacia donde les indicaba el niño.

–¡Mal nacidos! – barbotó el Paparro, furioso-. ¡Han prendido fuego al castillo!

–¡Dios mío! – exclamó Cecilia.

Javier reprimió un movimiento de rabia. Se miraron, impotentes, unos a otros. Una ráfaga de viento les trajo el tibio olor de las cenizas. Ahora ya se veían las rojas lenguas de fuego subir hacia el cielo crepuscular.

Javier no dudó un segundo más y le dio al botón de arranque.

–De acuerdo, nos vamos -dijo con voz sorda-. Y que Dios y Blanca y el abuelo me perdonen.

Y entrando la primera, sacó el coche a la carretera sin volver una sola vez la vista hacia atrás ni escuchar los desgarradores sollozos de su madre abrazada a Gonzalo. Tras él quedaba la feliz etapa de su infancia y de su adolescencia. Había llegado el momento de pasar la página del libro de la Vida y enfrentarse a un nuevo capítulo plagado de incógnitas y amenazas.

El acre olor a humo y a cenizas fue la primera impresión que captaron los embotados sentidos de Blanca. Abrió lentamente el ojo izquierdo; el derecho se le empezaba a cerrar de resultas del puñetazo que le había propinado el Sisco. También tenía el labio partido y varias contusiones repartidas por todo el cuerpo. Blanca era fuerte y se había defendido como una leona, a patadas, a mordiscos, con uñas y dientes. El segador se había ensañado con ella y finalmente la había reducido a la impotencia con un fuerte golpe en la mandíbula que la había sumido en una misericordiosa inconsciencia.

Yacía de espaldas sobre las frías losas de mármol del pabellón, con la vista fija en los faunos y las ninfas del techo, la blusa hecha trizas, la falda arrancada, el pelo en desorden y las piernas impúdicamente abiertas. Gimiendo de asco y vergüenza, se llevó las manos a la ingle, y sus dedos rozaron una costra de sangre y flujo seminal. Las retiró vivamente, como si se hubiera quemado.

–¡Oh, no, Dios mío! – sollozó, comprendiendo al instante lo ocurrido.

Aferrándose al brazo de una butaca, se incorporó penosamente. La cabeza le daba vueltas. Una náusea incontenible le subía a la garganta. Repentinamente se dobló sobre la cintura y vomitó todo lo que tenía en el estómago, sintiendo en la boca el regusto amargo de la bilis.

Cuando cesaron las violentas arcadas, se pasó el dorso de la mano por los labios doloridos y miró a su alrededor. ¿Qué era aquel resplandor rojizo que brillaba fuera? ¿Sería la revolución de la que tanto hablaban las personas mayores? Horrorizada, reparó luego en el cadáver de su abuelo tendido al pie del retrato de su antepasada, con la cabeza destrozada y la mano derecha todavía aferrada a la empuñadura del revólver. Unos metros más allá, distinguió el cadáver del segador Anselmo, despatarrado, con la camisa empapada de sangre y los ojos muy abiertos, fijos en el cuadro de Goya.

Blanca recogió los desgarrados jirones de su falda y de su blusa y se vistió de cualquier manera, llorando a lágrima viva, bajo la mirada compasiva de su tatarabuela. ¿Sería ésta la desgracia que había anunciado a Javier y a Laura con sus misteriosas lágrimas? En su desvarío le pareció que le señalaba la puerta con los ojos, invitándola a huir. Sí, eso era lo que debía hacer, huir, no fuera que el Sisco volviera a

buscarla para ensañarse de nuevo con ella. Todo menos aquel horror. Antes, la muerte. Solamente la muerte podría acabar con la infamia que ardía en lo más íntimo de su ser, abrasándola como un hierro al rojo. Solamente la muerte…

Encogida sobre sí misma, pasó de puntillas por encima de los cadáveres de su abuelo y del segador, evitando pisar la sangre que manaba de sus heridas, y salió al exterior. Una ardiente bocanada de luz y calor la empujó contra el muro.

La Fontana resplandecía como un ascua en la noche. Rabiosas llamaradas surgían de las ventanas del castillo, lamían sus muros y subían a perderse en el cielo negro, esparciendo chisporroteantes haces de brasas, chispas y humo.

Protegiéndose los ojos con las manos, Blanca avanzó hasta el borde del estanque y hundió la mirada bajo sus aguas enrojecidas por el resplandor del incendio. Allí estaba el olvido, la paz, la inconsciencia, la nada. Antes de arrojarse al agua, se golpearía la cabeza contra el tritón de piedra para perder el conocimiento y evitar que el instinto de conservación la impulsara a nadar.

El estrépito de una techumbre que se derrumbaba en el interior del castillo, levantando redoblados haces de chispas, apartó estos pensamientos de su cabeza. ¿Habría sepultado a su madre y a sus hermanos, a los que, hacía una eternidad, había dejado con las cabezas pegadas a la rejilla del aparato de radio? ¿Se estarían abrasando vivos? El pensamiento la sobrecogió y dio un paso atrás. Protegiéndose la cara con las manos de las ardientes oleadas de calor, retrocedió hasta la balaustrada.

–¡Dios mío! – gimió, asustada-. ¿Qué puedo hacer ahora?

Al castillo no podía volver. La masovería tampoco era el lugar más indicado. Allí la estarían esperando los segadores. Sus pensamientos giraban, alocados. Repentinamente, una lucecita de esperanza se encendió en su cerebro: ¡iría a «La Encina»! Estaba lejos, pero llegaría. Conocía el camino de memoria, incluso de noche. El Paparro y la Carmeta la esconderían y la protegerían. Ni el Sisco ni los segadores ni nadie irían a buscarla allí.

Pasó las piernas al otro lado de la balaustrada y se descolgó por la hiedra que enmascaraba el muro. Pronto sus pies pisaron la hierba del

prado. Un poco más allá discurría apaciblemente el arroyo de Requesens.

Se metió en un remanso, y con el agua hasta los muslos y un pedazo de su falda desgarrada, se restregó enérgicamente entre las piernas para desprender la repugnante costra que las cubría, mientras lloraba de rabia y de vergüenza. Sabía que estas desgracias podían ocurrirles a las mujeres, pero ¿por qué precisamente a ella? ¡Cuánto odiaba al Sisco! Hasta ahora no había sabido lo que era verdaderamente odiar. Si tenía ocasión, se lo diría a Javier para que le diera su merecido. ¡Y vaya si lo haría! Conocía a su hermano. Por ella era capaz de todo; incluso de matar al hombre que la había ultrajado. Javier lo haría fríamente. Ella no lo sentiría lo más mínimo ni tendría remordimientos ni se confesaría ni se arrepentiría nunca.

Sorbiéndose las lágrimas, Blanca terminó de fregotearse. La somera limpieza la hizo sentirse un poco mejor. Remontando unos metros el curso del arroyo, salió a la cinta blanquecina del camino de «La Encina» y echó a andar penosamente. Le dolía todo el cuerpo de resultas de la brutal paliza que le había propinado el Sisco.

Las rojizas luminarias del incendio fueron quedando atrás en la noche de verano.

Cuando llegó al viejo puente del molino, las estrellas se reflejaban apaciblemente en la superficie de un remanso. Blanca se adentró resueltamente en las inquietantes oscuridades de la garganta que tanto temor le inspiraba. Después de lo ocurrido, nada podía asustarla ya.

Hacia la medianoche llegó a «La Encina», arrastrándose sobre las rodillas. La larga caminata había acabado con sus últimas fuerzas.

La vieja masía dormía envuelta en las sombras nocturnas. Ninguna luz brillaba en las ventanas. Ningún murmullo de voces. Silencio. Por un momento, Blanca temió que sus habitantes la hubieran abandonado. Hasta que, repentinamente, estalló un coro de ladridos, y un perro corrió hacia ella agitando alegremente la cola.

–¡Oh, *Pistón,* cuánto te quiero! – exclamó, reconfortada por el calor del animal, que se restregaba contra sus piernas.

–¿Quién anda ahí? – preguntó una voz desde el interior de la casa-. ¿Eres tú, Paparro?

–¡No, Carmeta, soy Blanca!

Tras la puerta cerrada, se oyó una ahogada exclamación de asombro.

–¡Espera, que ahora bajo a abrirte!

Blanca aguardó, acurrucada contra la recia tablazón de la puerta, temblando de fiebre y agotamiento.

Rechinó el cerrojo y la Carmeta apareció bajo el umbral con una pañoleta sobre el camisón, sosteniendo una palmatoria en alto. María estaba detrás de ella con el viejo trabuco de su padre en las manos. A la temblorosa luz de la vela, la payesa reparó en el semblante desencajado de Blanca, en su labio partido, en su ojo tumefacto, en su expresión alucinada, en sus ropas destrozadas.

–¡Válgame Dios! – exclamó, horrorizada, adivinando lo sucedido sin necesidad de más explicaciones.

Blanca se arrojó en sus brazos sollozando histéricamente.

La payesa la abrazó con fuerza.

–¡Llora, hija, llora, que eso te hará bien!

Blanca quería hablar, contar lo sucedido, pero la angustia le atenazaba la garganta.

–¡Di! ¡Di! – la apremiaba la payesa, presintiendo nuevas desgracias.

–¡Carmeta! ¡Carmeta! – hipaba Blanca.

–¡Habla de una vez! ¡Di lo que tengas que decir!

–Carmeta… el Sisco… el Sisco ha matado al abuelo delante de mí y luego… luego… luego… los segadores…

Los sollozos y la vergüenza no la dejaron seguir.

La payesa volvió a abrazarla.

–¡No sigas! ¡No sigas! ¡El hijo de su madre! ¡Canalla! ¡Mala bestia!

–…han prendido fuego al castillo… -continuó Blanca entre hipido e hipido.

La payesa la apartó un poco y la miró con incredulidad.

–¿Con tu madre y tus hermanos dentro?

–No sé… yo estaba en La Fontana… -Blanca hablaba entrecortadamente, con frases deshilvanadas y la cara hundida en el pecho de la Carmeta-. Ellos se habían quedado en la sala escuchando la radio… y cuando he recobrado el conocimiento, he visto el incendio… no sé qué les puede haber ocurrido… no quiero ni imaginarlo…

–¿Tampoco has visto a mi marido?

–No.

–¡Dios quiera que no le haya ocurrido nada! – gimió la Carmeta dirigiendo la vista al cielo-. Desde este mediodía que no sé de él. Ha descolgado su escopeta y se ha ido sin decir palabra. A mí me ha extrañado mucho, porque no es época de caza. Seguramente se iba al castillo… quizá haya podido poner a salvo a doña Cecilia y a los chicos… -La payesa se percató de pronto de la presencia de María y el Josep, que miraban a Blanca con igual horror-. ¿Qué hacéis ahí parados como pasmarotes? ¡Josep, enciende el fuego y pon agua a calentar! ¡Y tú, María, prepara un baño bien caliente… y vendas, y esparadrapo… y baja una manta! Anda, pasa adentro, Blanca, y te curaremos.

Entraron en la casa, y la Carmeta hizo sentar a Blanca junto a los rescoldos del hogar, mientras sus hijos salían escapados a cumplir sus órdenes. Encendió un quinqué de petróleo y a su luz amarillenta examinó la cara de Blanca con más detenimiento.

–¡Dios mío, cómo te ha puesto ese mal nacido!

María bajó una manta y la echó sobre los hombros de su amiga.

–Lo siento mucho, Blanca -dijo con ojos llorosos.

Blanca se arrebujó en la manta. Daba diente con diente y temblaba como una azogada.

A todas éstas, la padrina había bajado a la sala de estar y la miraba desde la puerta. Su boca desdentada se abría con un gesto de incomprensión.

–¿Qué le ha ocurrido, señorita Blanca?

–¿Y a usted qué le parece? – preguntó, irritada, la Carmeta-. ¿Es que acaso no lo ve?

El tono de la payesa era tan expresivo, y el aspecto de Blanca, tan lastimoso, que la padrina se tambaleó y hubo de apoyarse en el quicio para no caerse.

–¡Virgen santa!

–¡Y esto no es nada! – añadió la Carmeta-. ¡El Sisco ha asesinado a don Alfonso! ¡Y los segadores han prendido fuego al castillo!

–¡Dios mío! – exclamó la padrina santiguándose, asustada-. ¿Y doña Cecilia…?

Pero la Carmeta ya no la atendía. El Josep había venido de la cocina con una tetera humeante. La payesa le añadió una generosa ración de aguardiente, llenó una taza y la acercó a los labios de Blanca.

–Anda, Blanca, bebe, esto te reconfortará.

La joven se escaldó la garganta con el ardiente brebaje. Tosió y aspiró angustiosamente una bocanada de aire. Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

–¡Por favor! – suplicó, apartando la taza con las manos.

La Carmeta insistió y la obligó a tomar dos tazas más.

–¡Me voy a emborrachar! – se defendió Blanca.

–Eso es lo que pretendo… anda, un poco más…

El fuerte licor no tardó en hacer efecto y sumió a Blanca en una benéfica lasitud.

–Y ahora, ¡al baño! – ordenó la Carmeta ayudándola a incorporarse-. Y tú, María, prepara una cama en tu cuarto.

La Carmeta se ocupó de bañar y lavar personalmente a Blanca en la bañera.

–¡Dios mío! – iba murmurando para sí mientras le enjabonaba la espalda como si fuera una niña pequeña-. ¡Dios mío, qué desgracia más horrible! ¿Cómo puedes permitir que haya hombres tan malos en el mundo?

Luego la envolvió en una toalla, aplicó pomada a sus heridas y las cubrió con gasas y esparadrapo. Blanca se dejaba hacer, amodorrada. Finalizada la cura, entre ella y María la acostaron en la cama que ésta había preparado junto a la suya.

La velaron durante toda la noche.

Blanca rechinaba los dientes, se despertaba bañada en sudor y prorrumpía en estridentes alaridos que resonaban en toda la casa y despertaban al Josep y a la padrina.

Con un potente rugido, el Hispano-Suiza del señor Soler-Ribot enfiló la primera curva de la carretera de La Rabassada haciendo chirriar los neumáticos. En el asiento de atrás, estrechamente encajados entre el maquinista Sánchez y el portero de la fábrica, don Joaquín y doña Rosa no osaban respirar. Cuando se habían presentado en las oficinas de Ausiàs March para recoger el dinero de la caja fuerte, habían sido recibidos a insultos, salivazos y patadas por un comité de

obreros y obreras enfurecidos. El fornido maquinista había obligado a don Joaquín a abrir la caja, de donde sacó fajos de billetes de cien pesetas que repartió entre todos sus camaradas como quien reparte peladillas en un bautizo a la puerta de la iglesia. Luego les dijo:

–Y ahora os llevaremos a dar un paseo.

Gregorio, el chófer, detuvo el Hispano-Suiza en una revuelta, entre pinos y matas de retama todavía amarillas. A sus pies se extendían las luminarias de las calles de Barcelona que bajaban rectas hasta el mar. Por oriente ya se insinuaba la claridad rosada de la aurora.

Los bajaron a empellones y los situaron en la cuneta, bajo la luz cruda de los focos del coche.

–Y ahora, poneos guapos, que os vamos a hacer un retrato. ¡A ver esa sonrisa!

–¡No, por piedad! – gimió el señor Soler-Ribot al ver que los obreros aprestaban las armas-. ¡Os daré todo lo que pidáis!

–¡A buenas horas, cabrón de mierda! – gritó el maquinista-. ¡Te ha llegado tu San Martín, cerdo! ¡Adelante, compañeros! ¡Dadles su merecido!

Retumbaron los disparos y los señores Soler-Ribot cayeron uno encima de otro hechos unos guiñapos.

Aún no había amanecido cuando los fugitivos de Requesens salieron de la masía de los padres de la Carmeta y se dirigieron, en carro, a la estación de Sant Quirze, distante una decena de kilómetros. Javier había juzgado oportuno dejar el coche en la cuadra de la casa; un vulgar carro no llamaría la atención de nadie. Por el mismo motivo, habían cambiado sus elegantes trajes veraniegos por unas ropas campesinas que les habían dejado los suegros del Paparro, las más viejas, gastadas y remendadas que habían podido encontrar en los arcones del desván.

Cecilia vestía unas sayas pardas que casi le llegaban a los pies calzados con alpargatas, y ocultaba sus trenzas de oro bajo un pañuelo gris echado sobre los ojos. La cesta del almuerzo al brazo completaba el disfraz. El Paparro, con la alforja y una bota de vino colgadas del hombro, figuraba que era su marido. Javier y Gonzalo, curtidos y tostados por el sol, podían pasar, con buena voluntad, por los hijos del falso matrimonio. Javier llevaba un zurrón en bandolera, y en las

negras vueltas de la faja guardaba el sobre con los pasaportes y el dinero que le había dado su abuelo. Gonzalo lucía unos pantalones cortos muy remendados y mostraba unas rodillas despellejadas y cosidas a arañazos como las del más arriscado monaguillo rural.

El Paparro también había obligado a Javier a tocarse con una gorra grande y mugrienta, propiedad de su suegro.

–Póntela y no protestes, que yo sé lo que me digo. Los Montcada sois escandalosamente rubiales. Mucha gente os podría reconocer.

Y de un manotazo le había encasquetado la prenda hasta las orejas.

El suegro del Paparro los despidió en la estación y se volvió a su masía, después de desearles suertes y negarse a aceptar el dinero que le ofrecía Javier.

–De ninguna de las maneras -había dicho-. Les he hecho este favor con mucho gusto. Cuenten conmigo para lo que haga falta.

Ya había amanecido y el sol empezaba a calentar. En la pequeña estación rural, los fugitivos de Requesens no llamaron la atención. Aparentemente eran una familia campesina más, camino de sus quehaceres. Había poca gente. Javier se acercó a la taquilla a comprar los billetes.

–Cuatro terceras para La Molina.

–No puedo asegurarle a qué hora llegará el tren -se excusó el empleado-. Está detenido en Vic. Con todo este jaleo de la sublevación de Barcelona, el servicio anda revuelto. Será seguramente el último tren que circule hoy.

–No importa -dijo Javier-. Esperaremos lo que haga falta.

–Pues aquí los tiene -dijo el empleado alargándole los cartoncillos por la ventanilla-. Son veinticuatro pesetas.

Javier pagó y se los guardó en las vueltas de la faja.

Se sentaron en un banco bajo la marquesina.

–¿Cómo te encuentras, mamá? – preguntó Javier.

–Bien -mintió Cecilia, que no había pegado ojo durante toda la noche.

El Paparro liaba cigarro tras cigarro para disimular su inquietud, y dirigía desconfiadas miradas a los viajeros que esperaban en el andén por si se topaba con algún conocido al que tendría que explicar la sorprendente presencia de los Montcada en su compañía.

Se desayunaron para distraer la espera. Cecilia apenas probó un bocado. El Paparro insistió en que comiera un poco.

–Le van a hacer falta muchas energías para cruzar el Pas dels Lladres, doña Cecilia, le espera una buena caminata puerto arriba.

Cecilia se esforzó en tragar un poco de salchichón y tortilla de patata que les había preparado la suegra del payés.

Pero Gonzalo, aunque soñoliento, comió con buen apetito.

Un pitido lejano anunció la llegada del tren. Venía con una hora de retraso. En la caldera de la locomotora, los ferroviarios de la Compañía del Norte habían pintado con pintura blanca las siglas CNT-FAI. El maquinista, sacando su cara tiznada por la ventanilla, saludó a los viajeros que esperaban en el andén alzando un puño exultante.

–¡Salud, compañeros!

–¡Salud!

–¡Hemos cascado a los militares!

–¡Bien hecho, ya era hora de que les dieran su merecido!

Cecilia se estremeció de espanto, pero el Paparro y Javier alzaron los puños y respondieron a su saludo con idéntico entusiasmo.

–¡Salud, camaradas!

–¡Viva la revolución!

Subieron a un vagón de tercera. El Paparro y Javier colocaron las alforjas, la cesta y la bota en la rejilla. Cecilia se sentó junto a la ventanilla, y Gonzalo, a su lado. El Paparro sacó su bolsa de picadura e invitó a Javier a fumar.

–No, gracias.

El tren lanzó un ronco pitido y arrancó con entrechocar de herrajes. Pronto cogió velocidad y empezó a deslizarse pegado a los verdosos meandros del Ter. En la pausa que hizo en Ripoll para que le pusieran una locomotora de refuerzo, una pareja de milicianos, armados con escopetas de caza y pañuelos rojos al cuello, subió al vagón para pedir la documentación a los pasajeros.

Cuando el Paparro los vio asomar por el fondo del pasillo, advirtió disimuladamente a Cecilia:

–Doña Cecilia, hágase la dormida y no rechiste… y esconda las manos. Y vosotros, muy tranquilos. Dejadme hablar a mí.

Y bajó la bota de vino de la rejilla.

–¿Un trago, compañeros? – preguntó, ofreciendo a los milicianos el sobado pellejo de cuero.

–No, muchas gracias, estamos de servicio -respondió el que parecía ser el jefe, mirando con desconfianza a Cecilia, que simulaba dormitar con el pañuelo echado sobre los ojos.

–¿Algún problema?

–Andamos buscando al párroco de La Gleva para meterle cuatro tiros en la barriga. El muy hijo de zorra disparó contra el pueblo desde la torre de la iglesia y se escapó con el tesoro que escondía en el altar.

–Comprendo.

–¿Y vosotros adónde vais?

–A Campdevànol, a echar una mano a unos parientes que tienen más campos de los que pueden llevar ellos solos. ¿De veras que no queréis echar un trago?

–De veras, muchas gracias… ¿Y este chico? – preguntó el miliciano señalando a Gonzalo.

–Es mi hijo pequeño.

–Muy rubio me parece para ser tu hijo, ¿no crees?

El Paparro lanzó un cómico suspiro y ladeó la cabeza en dirección a Cecilia, sentada a su lado.

–¡No me hables, compañero! De un tiempo a esta parte, he empezado a notar que me salen unos bultos muy sospechosos en la frente.

Los milicianos se rieron de buena gana, pero no parecieron muy convencidos con la explicación.

–¿Y ese otro? – inquirió el jefe, señalando a Javier-. Le veo algo raro que no sabría explicar. Igual que a la parienta. ¿No tenéis nada que ver con los fascistas esos de los Montcada, que se han escapado del castillo de Requesens?

–La primera noticia.

–De todas formas, me gustaría ver vuestros papeles.

Cuando el Paparro fingía rebuscar en los pliegues de su faja unos imaginarios papeles, se oyeron gritos y carreras por el andén.

–¡A por él! ¡A por él!

–¡Que no escape!

Los dos milicianos se desentendieron del Paparro y corrieron hacia la plataforma del vagón, mientras se descolgaban rápidamente las escopetas del hombro.

Los fugitivos se asomaron a la ventanilla.

Por el andén venía corriendo hacia ellos un hombre mayor, con gafas, la cabeza descubierta y vestido con un guardapolvo gris, perseguido por un enfurecido tropel de gente que enarbolaba palos y picas. Con la mano derecha sujetaba una maleta de cartón de la que iban cayendo diversas prendas de ropa y otros objetos. Los dos milicianos le salieron al paso.

–¡Alto!

El hombre los miró con el espanto reflejado en sus ojos. Pero no se detuvo, sino que saltó a las vías y corrió torpemente hacia una fila de vagones de mercancías estacionados en una vía muerta, junto a un cobertizo verdoso.

Los dos milicianos se echaron las escopetas a la cara, dispararon precipitadamente y lo alcanzaron en las piernas. El hombre pareció que tropezaba en los raíles y cayó de bruces.

La maleta rebotó contra el suelo y acabó de abrirse, y un cáliz de plata y pequeños redondeles de hostias muy blancas se esparcieron por las piedras del balasto tiznadas de grasa y carbonilla.

–¡Te di tu merecido, canalla! – gritó triunfalmente uno de los milicianos, corriendo hacia él para rematarlo.

Pero la gente ya se había arremolinado junto al caído y lo estaban moliendo a palos. Los golpes resonaban sordamente. Cuando ya debía de estar medio muerto, alguien le enganchó bajo la barbilla un garfio de los empleados en la matanza del cerdo.

–¡Vamos a colgarlo de la plaza, para que sirva de escarmiento a todo el pueblo!

–¡Eso!

Y, entre todos, tiraron del cadáver, profiriendo alaridos y gritos de triunfo. La cabeza del cura rebotaba sordamente contra las traviesas, dejando un rastro de sangre.

Todo había ocurrido tan repentinamente, que Cecilia, paralizada de horror, no había podido tapar los ojos de Gonzalo.

–¿Qué le han hecho a ese hombre, mamá?

–¡No mires! – contestó Cecilia, lívida, esforzándose por contener la arcada que le subía a la garganta. Logró dominarse con un férreo acto de voluntad.

Al otro lado del pasillo, una payesa mayor se dio la vuelta y se santiguó a hurtadillas.

Los milicianos marcharon confundidos con la multitud, dispuestos a festejar su triunfo en la cantina de la estación. La exaltación de la cacería humana les había hecho olvidar a los fugitivos de Requesens. El Paparro se secó el sudor de la frente con un pañuelo y exhaló un profundo suspiro de alivio.

–¡Nos hemos librado por los pelos, doña Cecilia!

Cecilia lo miró, impotente.

Cuando el tren arrancó de nuevo, el vagón entero estalló en un huracán de apasionados comentarios. Había para todos los gustos. Mientras unos defendían a los milicianos, otros no se recataban en llamarlos asesinos.

–¡Mosén Ramón era una buena persona!

–¡Un ladrón, eso es lo que era!

–¡Mentira!

–¡Éste ya no volverá a robar!

–¡Había bautizado a mis hijos!

Los fugitivos callaban para no significarse. Cecilia todavía estaba sobrecogida.

Mientras el tren, envuelto en la espesa humareda que desprendían las dos locomotoras, ascendía las empinadas rampas del puerto de Tosas, el Paparro aprovechó la ocasión para dar a Javier las últimas instrucciones en voz baja:

–Una vez en La Molina, retrocede vía arriba hasta la boca del túnel, giras a la izquierda y te metes en el bosque de Segramorta. Subes hasta la carretera de la Collada, la cruzas mirando que no pase ningún coche. Y continuáis trepando ladera arriba, hasta el Pas dels Lladres. ¿Te acuerdas?

–Sí, aquella gran pradera entre el bosque.

–Ni más ni menos. Donde cazamos aquel sarrio al que le faltaba medio cuerno… Pero vigila que no estén los carabineros, porque por allí acostumbran cruzar los contrabandistas.

–De acuerdo, lo tendré en cuenta.

–Y después, tiras cuesta abajo, y no pares hasta Palau de Cerdaña. No tiene pérdida. Es como trepar al tejado de una casa: subes por un lado y bajas por el otro, y a cualquier sitio que llegues es Francia. Pero, ¡ojo!, no te confundas con Villalobent, que está a un par de kilómetros o menos a la izquierda y es España.

–Descuida, que no me voy a perder.

Los oscuros pinares del valle del Freser fueron quedando a sus pies.

Gonzalo se había dormido con la cabeza apoyada en el regazo de su madre, que le acariciaba distraídamente el pelo.

Jirones de humo sofocante invadieron el vagón cuando el tren se sumergió en el largo túnel de Tosas. Unos viajeros descuidados habían olvidado cerrar la ventanilla. Alguien protestó, pero ya era inútil.

Cinco minutos después, el convoy salía al risueño valle de La Molina.

–Estamos llegando -advirtió Javier empezando a bajar los morrales y la cesta de la rejilla.

Gonzalo se frotó los ojos, desconcertado, y miró por la ventanilla.

–¿Esto es La Molina?

–Sí -contestó Javier.

–Pues yo no veo ningún molino.

–Nadie ha dicho que hubiera molinos.

–¿Entonces por qué se llama Molina?

–¡Y yo qué sé!

Con un postrer chirrido de frenos, el tren se detuvo en la pequeña estación montañesa sumida en la paz olorosa de la mañana, apenas un simple apeadero empleado por los leñadores para cargar los troncos de pino y abeto en los vagones aparcados en una vía muerta. Estaba desierta. Los fugitivos se apearon. El jefe de estación les dirigió una mirada distraída. Luego dio la salida al tren con la banderola y entró en la cantina a escuchar las noticias de la sublevación de Barcelona que transmitía la radio.

El Paparro se despidió de los fugitivos en la parte de arriba del andén.

–Yo me quedaré aquí, a la espera de un tren de vuelta. Me gustaría estar esta misma noche en Requesens. O mañana, a más tardar. Quiero

tranquilizar a mi familia. ¡Cualquiera sabe lo que estarán pensando!

–Sí, Paparro, te lo pido por Dios -suplicó Cecilia cogiéndole la mano-. Ve a Requesens y averigua qué ha sido de Blanca y de mi suegro. Quizá aún puedas hacer algo por ellos.

–Haré lo que pueda y más, doña Cecilia -le aseguró el payés-, y tan pronto como sepa algo, intentaré hacérselo llegar a casa del señor Hubert. Ya verá como todo acaba por arreglarse.

–¡Dios te oiga, Paparro!

–¡Como que me va a tener que oír! Y cuando encuentre a Blanca, la cuidaré como si fuera mi propia hija… porque estoy seguro de que me la encontraré en mi casa a la vuelta.

–Paparro, por muchos años que viva, jamás olvidaré lo que has hecho por nosotros. Dios te lo premiará.

Javier y el payés cambiaron un firme apretón de manos.

–Paparro, no sé cómo darte las gracias.

–¡No me vengas con historias y apresúrate!

–Si te hace falta dinero… -empezó Javier, vacilante, llevándose la mano a la faja.

–¡Vete a hacer puñetas!… Con perdón, doña Cecilia, pero es que su hijo tiene unas ocurrencias *que p'a qué.*

Pese a sus protestas, Javier le metió un buen montón de billetes en la faja.

Su mano curtida alborotó los rizos de Gonzalo.

–Cuida de tu madre, Gonzalito, le vas a hacer falta. Y ahora, en marcha, no pierdan más tiempo, que les espera una buena caminata.

Se separaron.

El Paparro se dirigió a la Casa Roja, la antigua posada de las diligencias, a tomarse un carajillo, mientras los fugitivos se adentraban en el bosque de Segramorta, pisando sin ruido la alfombra de agujas de pino.

A la una de la tarde llegaron al Pas dels Lladres, una risueña pradera abierta a los cuatro vientos, y desde la que se oteaba, como desde un mirador, la colorida colcha de los campos y prados del amplio valle de la Cerdaña.

Javier hizo una pausa y aguzó el oído. Silencio. El rumor del viento en las copas de los pinos. El tañido de unas esquilas lejanas. Los

pausados giros de un águila en el cielo. Todo parecía estar en calma bajo el sol. Pero un ligero tufo a humo que le dio en la nariz lo puso en guardia. Será que los carabineros han encendido fuego para calentar la comida, pensó con desconfianza.

–¿Ocurre algo, Javier? – preguntó su madre acercándose a él al captar su vacilación.

Javier observó su rostro demacrado y sus ojos hundidos en las órbitas. Se había echado el pañuelo sobre la nuca, y el viento le había revuelto el pelo. Su madre era una mujer fuerte y en buena forma física. Estaba habituada a la montaña y a las caminatas. En su juventud había trepado al Gorramendi, al Alkurruntz y a otros picos del valle del Baztán en compañía de sus hermanos mayores. Pero las atroces experiencias pasadas habían hecho mella en su temple animoso. Estaba hecha polvo, hundida. Su energía y su decisión se habían volatizado. El huracán revolucionario había cambiado sus papeles respectivos, y ahora era él quien tomaba las decisiones y daba las órdenes, mientras su madre obedecía, sin rechistar. La fuerza de los acontecimientos lo había convertido en el jefe indiscutible de la familia. O lo que quedaba de la misma. Movido por un irrefrenable impulso de pena y compasión, la abrazó, y Cecilia se hizo un ovillo en sus brazos, como una niña indefensa y desvalida, mientras gruesos lagrimones rodaban por sus mejillas abrasadas por el áspero sol de las alturas.

–¡Dios mío! – sollozó-. ¿Cómo has permitido esta desgracia? ¿Qué será de nosotros?

–¡Ánimos, mamá! Conseguiremos escapar, ya verás tú. Dentro de tres o cuatro horas nos plantamos en «Bell Prat» y nos reunimos con nuestros amigos. Tú confía en mí. ¿Qué va a pensar Gonza al verte así?

–¡No llores, mamá! – gimoteó Gonzalo cogiéndole una mano.

Cecilia redobló los sollozos y atrajo al niño hacia sí.

Estuvieron un rato abrazados los tres.

Javier aguardó a que pasara la crisis. Él también tenía un nudo en la garganta y estaba tan angustiado y preocupado como ellos. Pero no podía dejarlo traslucir ni derrumbarse. Por primera vez en la vida, sentía gravitar sobre sus jóvenes hombros el peso abrumador de la responsabilidad. ¡Y valiente responsabilidad! Ahora no se trataba de pasar un examen con más o menos éxito. Se trataba nada menos que de

salvar las vidas de su madre y de su hermano. Ambas estaban en sus manos. No podía equivocarse. Ni tomar una decisión errónea.

Cecilia se sonó ruidosamente con un pañuelo mugriento y se frotó los ojos enrojecidos.

–Javier, ya estoy mejor.

–¿Y tú, Gonzalo?

–También -contestó el niño valientemente, sorbiéndose los mocos y las lágrimas.

–Así me gusta. Lo habéis hecho muy bien los dos. Y ahora vamos a seguir.

–¿Falta mucho? – preguntó Gonzalo, que estaba francamente cansado.

–Nada, media hora.

–Tengo sed.

–Pues habrás de esperar a que lleguemos a un arroyo.

Retrocediendo un poco, dieron un rodeo para evitar el Pas dels Lladres, y fueron a salir a una cresta pedregosa, a unos cincuenta metros por encima del portillo de los contrabandistas.

Javier se asomó con precaución. No se veía ni rastro de los carabineros. A su derecha se alzaban los pedregosos contrafuertes del Puigmal, todavía estriados por neveros que se resistían a fundirse, pese a lo avanzado de la estación. Con mirada crítica, estudió la larga y empinada pedriza de cortantes lajas de granito que se abría bajo sus pies. Lo peor de la caminata, se dijo. Al final de la misma se desplegaba un acogedor abanico de prados y bosques. Y al fondo de todo, ya en el valle, los tejados de pizarra de dos diminutas aldeas que brillaban al sol de la tarde. Calculó que serían Palau de Cerdaña, a la derecha, y Villalobent, a la izquierda. Mucho ojo con equivocarse. Un error podría costarles la vida.

–En marcha -ordenó.

Como había temido, la travesía de la pedriza resultó penosa y agotadora.

Javier, que había preferido ocultar sus temores a su madre y a su hermano, no dejaba de meterles prisa discretamente para no alarmarlos más de la cuenta. Cuando por fin se deslizaron bajo las acogedoras ramas de los primeros abetos, dejó escapar un profundo

suspiro de alivio. Estaban salvados. De momento. Luego miró a su madre para infundirle ánimos. Tenía las alpargatas hechas jirones y los pies empapados de sangre.

–¿Te duelen, mamá?

–Un poco -admitió Cecilia disimulando un rictus de dolor.

–Un esfuerzo más y llegamos.

Reanudaron la marcha con nuevos ánimos.

A media tarde salieron a un terreno más despejado, a unos cien metros por encima de los grises tejados de Palau de Cerdaña. Sólo un bosquecillo de pinos se interponía entre ellos y unos pastizales amarillentos que bajaban hasta la orilla del joven Segre. En los prados de la orilla francesa, Javier distinguió una pareja de aldeanos que estaban aventando el heno recién segado. Detrás de ellos, en una loma alargada, las casas del pueblo se alineaban como las almenas de un castillo. Había acertado de pleno. Se sintió como si le hubieran quitado de la espalda una mochila cargada con lingotes de plomo. De haber estado presente el Paparro, le habría felicitado por su sentido de la orientación. Se volvió hacia su madre:

–Bueno, mamá, parece que al final todo ha salido bien. Esta aldea es Palau de Cerdaña. Y aquella casona que destaca entre todas las casuchas del pueblo tiene que ser «Bell Prat», por fuerza. ¿Te acuerdas? Una casa de color siena, con un jardín muy bien cuidado asomado al río, la misma de la que nos habló Solange. A lo mejor nuestros amigos están merendando debajo de aquellos parasoles. Ahora sí que podemos decir que estamos definitivamente salvados.

–¡Dios lo quiera! ¡Ya no puedo más!

–¡La sorpresa que se van a llevar los Clermont cuando nos vean llegar! – dijo Javier en fingido tono de broma.

–¡Pero en qué circunstancias! – gimió Cecilia-. ¡Cuando pienso en la invitación que nos hizo Solange! ¡Jamás pensaría que nos presentáramos de esta manera!

Javier le pasó el brazo por los hombros.

–No te lamentes, mamá, hemos llegado hasta aquí. Piensa que dentro de poco podrás darte un baño caliente, cenar y acostarte entre sábanas limpias. Tendrías que dar gracias a Dios.

Cecilia se sorbió las lágrimas.

–Tienes razón, Javier, soy una desagradecida.

–¿Estará Maite? – preguntó Gonzalo.

–Claro.

–¿Falta mucho?

–Nada. Tú mismo puedes verlo desde aquí: cruzar este bosque, bajar hasta el Segre, vadearlo y subir al pueblo. Quince minutos, máximo.

–¿No me engañas como antes?

–Ahora no. Ahora es verdad.

A punto de ganar la protección del bosquecillo, los sobrecogió el estampido de un disparo y el inquietante zumbido de una bala perdiéndose sobre sus cabezas, ¡zwiiiiiing!, acompañado por frenéticos ladridos de perros.

–¡Los carabineros! – gritó Javier-. ¡Nos han descubierto! ¡De prisa, mamá! ¡Corre, Gonzalo!

Los fugitivos se lanzaron cuesta abajo, despavoridos.

Sonó otro disparo y una voz de aviso:

–¡Alto a los carabineros!

Pero los fugitivos ya habían entrado en el bosque y corrían entre los pinos, saltando entre sus raíces, apartando las ramas bajas con la mano. Cecilia, embarazada por las pesadas sayas campesinas, tropezó y se golpeó la rodilla contra un tocón.

–¡Ay! – se quejó lastimeramente.

Al cabo de un segundo, Javier estaba junto a ella.

–¿Estás bien, mamá? – preguntó ansiosamente mientras la ayudaba a levantarse.

–Sí, no ha sido nada…

Cecilia se recogió las sayas a la cintura y reemprendió la carrera cuesta abajo, cojeando penosamente. Gonzalo brincaba delante de ellos. Se había olvidado por completo de su cansancio y de la sed. Los jadeos y las maldiciones de los carabineros y los ladridos de los perros se oían cada vez más cercanos y amenazadores a sus espaldas. Sonó otro disparo, y la bala arrancó un ramillete de agujas de pino que flotaron un momento sobre las cabezas de los fugitivos. Salieron a los pastizales. Al final de los mismos, a menos de cien metros, fluía la clara corriente del Segre.

–¡Corred! ¡Corred! – los apremiaba Javier, cerrando la marcha.

Alertados por el ruido de los disparos, la pareja de aldeanos franceses, un hombre y una mujer de cierta edad, habían dejado las horquillas y corrían hacia el río agitando los brazos para indicarles el mejor vado.

-Par ici! Par ici!

Desde la linde del bosque, los carabineros, rodilla en tierra, se llevaron las carabinas a la cara y volvieron a disparar. Una bala acertó a Gonzalo en la espalda. El niño lanzó un gañido, como el de un conejo cuando lo atrapa un perro, y cayó de bruces entre la hierba.

Cecilia se volvió hacia él con los ojos desorbitados.

–¡Gonzalo!

–¡No te pares, mamá! – ordenó Javier, empujándola sin contemplaciones. Se agachó rápidamente y levantó el cuerpo inerte de su hermano-. ¡Corre! ¡Corre! ¡Yo me ocupo de Gonzalo!

Bajaron a trompicones los últimos metros del pastizal y entraron al galope en el río, aprovechando que los carabineros introducían nuevos cargadores en las recámaras de sus carabinas. Javier sostenía el cuerpo de su hermano por encima de la fría corriente del Segre. El niño respiraba débilmente. Tenía los ojos cerrados y una espuma rosada manchaba sus labios infantiles. Un ominoso borrón escarlata se extendía y empapaba su camisa blanca.

Murió antes de ganar la orilla francesa.

La pareja de aldeanos franceses acudieron en socorro de los fugitivos. Sosteniendo a Cecilia por los hombros, la ayudaron a remontar la cuesta del prado, mientras la animaban:

-Courage, madame!

Javier trepó con el cadáver de su hermano en brazos, sin sentir su peso.

–¡Gonzalo! – gritó Cecilia con voz desgarrada, arrojándose sobre su hijo y apretándolo contra su pecho-. ¡Mi niño! ¡Mi pobre niño!

Los carabineros observaban la escena desde la orilla española del Segre, sin poder hacer uso de sus armas so pena de provocar un incidente internacional.

Javier los miró con ojos cegados por la rabia y las lágrimas, y levantó hacia ellos un puño iracundo manchado de sangre.

–¡Cobardes! ¡Ésta me la pagaréis! ¡Os lo juro por Dios!

Atraídos por el tiroteo, por el camino del pueblo bajaban más vecinos a la carrera y, confundidos entre ellos, Hubert, Solange y Maite.

–¡Javier! – jadeó el diplomático sujetando al muchacho por el brazo-. ¿Qué ha ocurrido? ¡Santo cielo! – exclamó, horrorizado, al fijarse en la sangre que le empapaba la camisa-. ¡Cecilia! ¡No me digas que…! – Hubert no terminó la frase al reparar en el cuerpo inerte del niño en brazos de su madre-. ¡No es posible!

-*Quel horreur, mon Dieu!* -gritó Solange precipitándose hacia su amiga.

Maite corrió a abrazar a Javier, deshecha en lágrimas.

–¡Oh, pobre Gonzalito!

Hubert y Solange se esforzaron en separar a Cecilia del cadáver de su hijo. El dolor la enloquecía. Continuaba aferrada al niño y no atendía a razones.

–¡Dejadme!

–¡Ven, Cecilia! – insistía Hubert-, ¡te llevaremos a casa! ¡Quizá aún estemos a tiempo de hacer algo por él! ¡Llamaremos al médico! ¡Lo llevaremos al hospital de Bourg-Madame!

–¡Dejadme!

–¡Cecilia! ¡Soy Solange, tu amiga! – la intentaba consolar Solange-. ¡Queremos cuidar de ti!

–¿Y Blanca? ¿Y don Alfonso? – inquirió Hubert, alarmado, buscándolos con la vista-. ¿Dónde están?

–Se quedaron en Requesens… -contestó rápidamente Javier-. No pudieron escapar…

–¿Quieres decir que…? – preguntó Hubert sin terminar la pregunta, temiendo lo peor.

–No lo sé con exactitud, Hubert… El abuelo bajó a La Fontana a buscar a Blanca… y no volvimos a verlos…

–Anda, vamos a casa y allí me lo cuentas todo… es aquella casona que se ve a la izquierda… estamos en un momento…

Los lugareños asistían consternados a la escena. Las ajadas ropas campesinas que vestían los fugitivos los habían engañado en un primer momento, tomándolos por payeses catalanes que huían de la revolución

que al parecer había estallado en España. Pero empezaron a cambiar de opinión al reparar en su talante distinguido y en la consideración y el afecto que les demostraban *monsieur et madame* de Clermont, sus vecinos más ilustres. Se perdían en un mar de conjeturas y cuchicheaban entre sí.

-Ils sont des aristocrates espagnols!

-Regardez la pauvre madame!

-Et son petit enfant tué!

A duras penas consiguieron Solange y Hubert separar a Cecilia del cadáver de Gonzalito. Javier se hizo cargo de él.

–Ven, Cecilia, vamos a casa -dijo Solange cogiéndola por los hombros-. Allí te cuidaremos, es un momento…

Hubert les abrió paso entre los corros de asombrados vecinos.

-S'il vous plaît… **Por aquí, Javier -le indicó, enfilando una calleja que daba al vado del Segre-. Acércate, Cecilia, apóyate en mí.**

Cecilia andaba pesadamente, entre Hubert y Solange, sin ver dónde pisaba. Algunos lugareños se descubrieron respetuosamente a su paso. Las mujeres le dirigieron compasivas miradas.

-Pauvre madame!

-Elle est si gentille!

Maite caminaba junto a Javier. Lloraba a moco tendido y sostenía la mano de Gonzalito, que colgaba desmayada a un lado y empezaba a enfriarse.

Tras ellos marchó el pueblo en peso, haciéndose cruces del dramático suceso, lo más dramático que había acaecido en Palau de Cerdaña desde los lejanos días de la Revolución de la que les habían hablado sus mayores.

Mientras se dirigían a la casa, Javier, con frases rápidas y mal hilvanadas, relató a sus amigos lo ocurrido en Requesens.

-C'est pas possible! **-repetía Solange, incrédula, una y otra vez-.** ***Mon Dieu, c'est pas possible!***

–¡Cuánta razón tenía don Sinibaldo! – se lamentaba Hubert-. Sus palabras han resultado ser proféticas. Estos dos últimos días me los he pasado con la oreja pegada a la radio, pero nunca, nunca imaginé que pudiera ocurrir una cosa semejante. ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

La triste comitiva cruzó bajo el portón del patio de «Bell Prat», una casona tradicional cerdañesa de amplios aleros, tejado de gruesas losas de pizarra y alegres macetas de flores en las ventanas. En su fachada campeaba un florido reloj de sol y una leyenda en catalán: *«A qualsevol hora que arribeu, sereu benvinguts»* (A cualquier hora que lleguéis, seréis bienvenidos).

Javier depositó el cadáver de su hermano en un sofá de la sala y Solange lo cubrió piadosamente con una sábana blanca que trajo Maite. Cecilia se había derrumbado en una butaca y sollozaba con la cara oculta entre las manos.

Hubert telefoneó a la gendarmería del puesto fronterizo de Bourg-Madame para dar parte de lo sucedido, y a continuación cogió su coche y se fue a buscar al médico, mientras Solange ordenaba a la servidumbre preparar los cuartos de los huéspedes y disponer agua caliente, vendas y gasas para curar a Cecilia. Entre Solange y Javier la ayudaron a subir al primer piso. Antes de llegar al primer rellano, se desvaneció. Javier (que se lo esperaba) no tuvo más que recogerla en sus brazos; la llevó al cuarto que le habían preparado y la depositó suavemente en la cama.

Solange le lavó y le curó los pies ensangrentados, le vendó la rodilla lastimada y le puso un camisón suyo, sin que Cecilia llegara a despertarse. Finalmente la arropó con el embozo de la cama, entornó los postigos, apagó la luz del techo, dejando la de la mesilla de noche. Cecilia estaba sumida en un sueño pesado como la muerte.

Javier y Maite lavaron y adecentaron a Gonzalo, un juguete descoyuntado que se dejaba hacer y trastear sin ofrecer resistencia. Parecía dormido. Hasta la fecha, jamás habían tocado un cadáver, pero con el de Gonzalito no experimentaban el natural rechazo que la visión de la muerte causa a los jóvenes. Lo que verdaderamente sentían era un dolor muy hondo, un nudo en la garganta y profundas ganas de llorar. Para ellos, Gonzalito continuaba estando vivo, seguía siendo su hermano pequeño, el chiquillo travieso de siempre.

Maite peinó sus rizos revueltos y le cruzó piadosamente las manos sobre el pecho.

–Te quiero, Gonza -susurró inclinándose para depositar un beso en la frente serena del niño, que resplandecía con la inocencia y el candor

de sus jóvenes años.

Luego se presentaron Hubert con el médico de Bourg-Madame, el representante del juez y dos gendarmes, para tomar declaración a los fugitivos. En un momento la casa se llenó de gente que quería ver *le petit enfant espagnol assasiné.* El representante de la ley y los dos gendarmes tuvieron, en todo momento, grandes deferencias con Hubert de Clermont, que no había olvidado ponerse en la solapa de la americana la cinta roja de la Legión de Honor. Tras reconocer someramente el cadáver del niño, el médico extendió el parte de defunción: muerte sobrevenida por paro cardíaco causado por una bala que le seccionó la arteria aorta.

El representante del juez, después de escuchar las declaraciones de Javier y de la pareja de aldeanos testigos del asesinato, tampoco tuvo dificultades para emitir su veredicto: al niño español lo había matado una bala española, disparada por carabineros españoles desde territorio español; un accidente muy triste y lamentable que, por desgracia, escapaba a la jurisdicción de la justicia francesa, como dando a entender que, si hubiera ocurrido en la orilla francesa del Segre, les habrían ajustado las cuentas a los asesinos. Pero no era el caso. Todo había ocurrido en territorio español. No había habido violación de soberanía territorial. Por otra parte, los pasaportes de los fugitivos estaban en regla. Hubert los acompañó a la puerta y los gendarmes se despidieron llevándose repetidas veces la mano a la visera del quepis.

-Bon soir, monsieur de Clermont; bon soir, madame.

El médico (al que Hubert había puesto rápidamente en antecedentes) subió luego a reconocer a Cecilia. Le levantó un párpado, le tomó el pulso y la auscultó con el estetoscopio. También le reconoció la rodilla lastimada. Finalmente mandó hervir agua y una jeringuilla y le inyectó un poderoso calmante.

–Su madre está bien… físicamente bien -aclaró a Javier, mientras frotaba el brazo de Cecilia con un algodón empapado en alcohol-. No tiene ninguna lesión orgánica, excepto la contusión de la rodilla, que carece de importancia. Pero está bajo los efectos de una fortísima impresión emocional. La muerte de su hijo y el calvario que me dicen ustedes que ha sufrido la han afectado profundamente. Para estos

casos, la medicina tradicional no sirve de gran cosa. Tranquilidad, reposo y cariño es lo único que le puedo recetar. Procuren distraerla, que no se canse, que duerma mucho, ahórrenle emociones fuertes, que no lea la prensa ni escuche la radio. El sueño es la mejor terapia en estos casos. El calmante que le he inyectado la tendrá inconsciente hasta mañana al mediodía aproximadamente. Yo volveré a pasar por la tarde. En caso de que diera muestras de inquietud o nerviosismo, les dejo esta cápsula de reserva. ¿Alguno de ustedes tiene práctica en poner inyecciones?

–Yo misma -dijo Solange.

–De acuerdo. Y no se olvide de hervir aguja y jeringuilla.

–Sí, doctor, descuide.

El médico guardó sus instrumentos en el maletín y se despidió de los dueños de la casa y de Javier.

-*Courage, jeune homme* -intentó animarlo-. Confíe en la Divina Providencia. Ya sabe lo que decimos los franceses: Dios escribe recto con renglones torcidos.

Javier hizo un valiente esfuerzo para exhibir una breve sonrisa de agradecimiento, mientras en su fuero interno pensaba que Dios no había podido escribir más torcido con renglones más rectos.

Aprovechó la ausencia de Hubert para despojarse de sus pantalones empapados, sus alpargatas destrozadas y su negra faja de payés, ducharse y ponerse la ropa que le había dejado Hubert. Le venía un poco corta y estrecha, y decidió que mañana iría a comprar ropa a su medida en Bourg-Madame.

Solange lo había instalado en una habitación de la buhardilla forrada de clara madera de haya, con vistas al patio, a los establos y a la villa de Puigcerdá, cuyas luces brillaban a lo lejos, en lo alto de una loma. El largo crepúsculo estival tocaba a su fin, y las estrellas se iban encendiendo una tras otra en el cielo opalino.

A la hora de la cena, Javier, sobreponiéndose a su angustia y su dolor, relató a sus amigos, con todo detalle, las diversas peripecias de su fuga, empezando por la forma en que su abuelo había fulminado a Magín Suñol en la escalera del castillo, hasta el triste final de Gonzalito en el vado del Segre, pasando por el tiroteo que el Paparro sostuvo con los segadores en la alameda del parque, el espeluznante asesinato de

mosén Ramón a manos de los milicianos en la estación de Ripoll y la azarosa travesía de los Pirineos por el Pas dels Lladres.

Hubert y Solange lo escuchaban entre conmovidos y consternados.

–¡Diablo de hombre! – se le escapó a Hubert cuando Javier contó lo del abuelo disparando al hijo del administrador con su viejo Colt americano.

–Sí -convino Javier-, a mí también me dejó admirado. A pesar del susto que llevaba encima. Me parecía que lo conocía desde que tengo uso de razón, pero en aquel momento se me reveló como una persona muy distinta. Se puede decir que escapamos gracias a él.

–Vamos, vamos, no seas tan modesto, si no llega a ser por ti, no salvas a tu madre -dijo Hubert llenándole el vaso de vino.

Javier dejó la cuchara a un lado, se secó los labios con la servilleta y bebió un sorbo de vino.

–El final ya lo conocéis. Si llegáis dos minutos antes…

–Estábamos tranquilamente en el jardín, tomando el té -explicó Solange-, cuando de repente oímos los tiros y vimos gente que bajaba corriendo y tropezando por los prados de la otra orilla del Segre. No teníamos ni idea de quiénes podían ser. Dejamos el té y salimos rápidamente para ver qué ocurría… y puedes imaginarte el susto y la sorpresa que nos llevamos cuando te vimos subir la cuesta del río, con la camisa manchada de sangre, a tu madre abrazada a Gonzalito, llorando a lágrima viva… Fue horroroso… No me extraña que la pobre esté deshecha.

Javier apoyó los codos en la mesa y sepultó la cara entre las manos. Así estuvo un buen rato. Los Clermont guardaron silencio. Cuando levantó la cabeza, tenía los ojos arrasados en lágrimas.

–Gonzalito, Gonzalito -musitó con voz sorda.

Se enjugó torpemente los ojos con los puños.

–Perdonad.

–No tienes que excusarte -dijo Hubert-. Nosotros también sentimos mucho la muerte de tu hermano. Pero consuélate pensando que ha volado directamente al cielo.

–No te quepa la menor duda -lo apoyó Solange-. De tus brazos, al cielo.

Hubert dirigió una compasiva mirada a la patética imagen que componía el chico que tenía delante, tragándose virilmente su dolor, su angustia y su desesperación. Porque Javier, pese a su estatura y a su espléndido desarrollo físico, no dejaba de ser un niño, un niño grande. Dentro de poco cumpliría veintiún años, pero las terribles pruebas por las que había pasado en aquellos dos últimos días le habían hecho crecer diez años de golpe. En cuarenta y ocho horas había pasado de la juventud a la madurez. Sus ojos y su expresión reflejaban la gravedad de un hombre de treinta. O más.

Javier se recobró poco a poco. Sus pensamientos habían tomado otros derroteros.

–Lo que me atormenta ahora es no saber qué ha sido de Blanca… y del abuelo. Aunque me temo lo peor. Es un presentimiento terrible que no me puedo quitar de la cabeza.

–¡Calla! – se enfadó Solange-. ¡Debemos confiar en Dios! La esperanza es lo último que se puede perder.

–¿Esperanza? – preguntó Javier con amargura-. No sé qué esperanza puedo albergar. Saca tú misma las conclusiones: el Sisco no estaba entre los segadores que nos dispararon en el camino de Requesens. El Sisco -explicó- era el cabecilla de los segadores que subían a Requesens todos los veranos a ayudar con la siega. El hombre me odiaba a muerte desde la pelea que sostuve con él, justo al día siguiente de vuestra partida. El Sisco había insultado a Blanca, había querido tirarla del caballo, le había roto la blusa… Como es natural, me lancé sobre él y le aticé el mayor puñetazo que he pegado en mi vida… le partí un diente… y lo hubiera matado, si los demás segadores y el mayoral no llegan a separarnos. El hombre juró vengarse.

–Comprendo -asintió Hubert.

Javier apuró otro sorbo de vino y prosiguió:

–Pues, como os decía, el Sisco no estaba con los segadores que nos querían cortar el paso. Tengo muy buena vista, y allí no estaba, el condenado; lo habría reconocido en el acto. ¿Por qué? Sencillamente porque el hombre, por alguna razón que se me escapa, debió de bajar a La Fontana, donde se encontró con la tonta de mi hermana, que nos había dejado momentos antes para ir a buscar un libro que había

olvidado la tarde anterior. Lo que ocurrió en el pabellón no me lo quiero ni imaginar.

Los Clermont lo miraron, angustiados.

Javier se rehízo con un esfuerzo y continuó:

–Mi hermana Blanca y yo somos uña y carne. Podemos presentirnos a mucha distancia, adivinar lo que pensamos antes de abrir la boca. Es telepatía, o como queráis llamarlo. Cuando estábamos aguardando a que ella y el abuelo se reunieran con nosotros en la casilla de los peones camineros, oí su llamada de auxilio, un grito terrible que resonó en mi cabeza tan claramente como os estoy oyendo a vosotros ahora… y luego, silencio, un silencio cargado de siniestros presagios… El resto os lo podéis imaginar -concluyó sombríamente.

Hubert dejó pasar unos segundos antes de hablar.

–No tienes por qué sacar conclusiones precipitadas, Javier. Por la forma en que tu abuelo liquidó a ese Magín Suñol, tal como nos acabas de contar, no tendría nada de extraño que hubiera matado al Sisco de la misma manera.

–Si fuera como tú dices, ¿por qué no se reunieron con nosotros en la casilla de los peones camineros? No está a más de un cuarto de hora del castillo.

–Se entretendrían más de la cuenta. Se retrasarían por lo que fuera, y cuando llegaron a la casilla, vosotros ya os habíais ido.

–Hubert, te agradezco mucho tus buenos deseos y los ánimos que me das, pero me temo que algo horrible le ha sucedido a Blanca, algo que me da escalofríos sólo de imaginármelo.

Maite puso una mano encima de la suya.

–¡Por favor, Javier, no digas eso! ¡A Blanca no puede haberle sucedido nada malo!

–Dios te oiga, pero no puedo quitármela de la cabeza.

La camarera cambió los platos y Solange le sirvió una buena ración de bistec con patatas fritas.

–Anda, Javier, come un poco más.

–No tengo hambre… tengo un nudo en la garganta… me cuesta tragar.

Solange lo animó:

–Lo comprendo, Javier, pero debes hacer un esfuerzo. No has parado en todo el día. Debes de estar agotado.

Después de masticar desganadamente un pedazo de bistec, Javier colocó los cubiertos en el plato y preguntó por su padre.

–De tu padre en concreto no sabemos nada -contestó Hubert-, pero me temo que las noticias no sean buenas si hemos de prestar crédito a la prensa y la radio francesas. El alzamiento militar ha fracasado en Barcelona, en Madrid, en Valencia, en Bilbao y en muchas otras ciudades. Los rebeldes, como los llama la prensa izquierdista, se han hecho fuertes en el Alcázar de Toledo. En Castilla han triunfado de pleno. De todas formas, la situación sigue siendo muy confusa. De tu padre, como te digo, no sabemos nada. Sólo que el general Goded se rindió en Barcelona.

–Escuché sus palabras en la radio, minutos antes de salir a escape.

–Pues no se sabe nada más. Habremos de esperar a mañana, a que la prensa o la radio den más detalles.

–Y me entere de que soy huérfano…

–¡Javier! – se enfadó Hubert-. ¡No sacarás nada torturándote inútilmente!

Después de tomar café subieron a visitar a Cecilia.

Continuaba dormida. La luz de la mesilla de noche acentuaba las sombras violáceas bajo los ojos y sus mejillas laceradas por el sol.

A Javier se le hizo un nudo en la garganta.

–¡Pobre mamá! – dijo depositando un beso en su frente.

–Yo me quedaré a velarla -se ofreció Solange-. Vosotros podéis ir a acostaros. Sobre todo tú, Javier. Procura descansar. En la mesilla de noche encontrarás una jarra de agua y un vaso. *Bonne nuit, chéri,* que descanses.

Javier se inclinó para besarla pero acabó abrazándola.

–Gracias, Solange, eres muy buena. – Javier se separó y se volvió hacia Hubert-. Perdona, aún no os he dado las gracias por todo lo que habéis hecho por mi madre y por Gonzalito.

–No tienes que darnos las gracias por nada -dijo Solange-. En esta casa todos os queremos mucho, como supongo que te habrás dado cuenta.

–Lo sé, Solange, lo sé. Me lo habéis demostrado con creces. Pero no sigas por ese camino porque conseguirás que me eche a llorar otra vez.

–Nadie te lo va a reprochar. Te servirá de alivio.

–Me imagino que te habrás fijado en el lema que figura en la fachada de esta casa -dijo Hubert.

–Sí, y me ha emocionado -reconoció Javier, que, movido por el agradecimiento, no tuvo ningún reparo en abrazar a Marie-Thérèse.

–Gracias igualmente, Maite.

-Je t'aime, Javier **-le susurró la joven al oído.**

En el silencio y la soledad de su habitación, Javier se sintió infeliz, desgraciado, desdichado y desamparado como jamás se había sentido en su vida. A pesar de la angustia, de la tensión, del agotamiento y del cansancio mortales que arrastraba desde el amanecer, el sueño reparador se negaba a dejar su mente en blanco y sumirlo en un piadoso olvido. Tumbado en la cama, boca arriba, con los ojos dolorosamente abiertos, miraba sin ver las inclinadas vigas del techo, que en su desesperación se le antojaron las ominosas aspas de un diabólico maesltrom que amenazaba con arrastrarlo a las negras profundidades del remolino de la locura. Eran demasiadas, y demasiado terribles, las desgracias que se habían abatido sobre él en tan corto espacio de tiempo. Al doloroso vacío causado por la muerte de su hermano se sumaba la ansiedad por la suerte corrida por su hermana. ¿Qué habría sido de ella? Su angustiosa llamada de auxilio todavía resonaba en su cerebro con la misma estremecedora claridad que el disparo que acabó con la vida de Gonzalito. Y él la había ignorado con la excusa de salvar a su hermano y a su madre, abandonándola a un terrible destino. Era un cobarde, un miserable cobarde. Si no hubiera sido por el bienintencionado tonto del Paparro, a esas horas, Blanca y el abuelo estarían con él y con su madre, porque él los habría salvado y habría acabado con el Sisco, con aquella alimaña inmunda…

Al conjuro de aquel nombre odioso, el maelstrom de la angustia volvió a ponerse en marcha, y sus negras ondas lo arrastraron al mismo epicentro del horror. Por la oscura pantalla de sus párpados, su imaginación sobreexcitada proyectaba imágenes atroces que le hacían gemir y rechinar los dientes.

–¡Basta! – gritó apartando las sábanas de una patada y saltando de la cama.

Estaba empapado en sudor. Tenía el pelo erizado. Rechinaba los dientes. Empezó a dar vueltas por la habitación como un león enjaulado, maldiciendo y tropezando con los muebles y los zapatos. ¡Maldito Sisco! ¡No pararía hasta encontrarlo y meterle cuatro tiros en la barriga! ¡España no sería lo bastante grande para esconderse! ¡Lo mataría como a un perro rabioso aunque fuera lo último que tuviera que hacer en la vida!

Con manos temblorosas, se sirvió un vaso de agua del jarro y echó un trago. Luego se asomó a la ventana para que el aire fresco de la noche le diera en la cara y lo despejara un poco. Miró distraídamente las miles de estrellas que parpadeaban en un cielo sereno. Y las minúsculas constelaciones de luces que titilaban a lo largo y ancho del valle. Envueltas en las sombras nocturnas, las montañas parecían respirar pausadamente, como descansando de los ardores del día. La luna menguante estaba muy baja sobre el horizonte.

Estaba tan absorto contemplándolas que apenas oyó el ligero chirrido que hizo la puerta al girar sobre sus goznes. Se volvió, muy sorprendido, y distinguió a Maite. Por debajo del camisón le asomaban los pies calzados con zapatillas. Sus ojos parecían mayores que de costumbre. El pelo le caía sobre los hombros desnudos. Se llevaba el índice a los labios reclamando silencio.

–Chiiis… -susurró cerrando la puerta a sus espaldas-. He oído rechinar las tablas del techo de mi cuarto y he pensado que no podrías dormir… Ven -dijo cogiéndolo de la mano y llevándolo a la cama-. Anda, acuéstate, yo te haré compañía hasta que te duermas.

Javier se dejó conducir a la cama, como un niño, y se acostó.

Maite se sentó a su lado, lo arropó con el embozo y le acarició la frente febril con su mano fina y fresca.

–Anda, tranquilízate y descansa.

–¡No puedo! – gimió Javier-. ¡No puedo quitarme a Blanca de la cabeza! ¡Soy un cobarde!

–¿Tú, un cobarde? – se asombró la joven-. ¿Tú, que has salvado a tu madre de una muerte segura?

–¡Sí! ¡No tendría que haber abandonado a Blanca, nunca! ¡Debería haber acudido en su ayuda!

Javier se dio la vuelta con brusquedad y rompió en roncos sollozos, con la cara hundida en la almohada.

Maite se inclinó sobre su espalda.

–¡Por favor, no llores, Javier, que me da mucha pena verte así!

Y apartó las sábanas y se tendió junto a él, sin prestar atención al camisón, que se le había subido a la cintura.

Javier se abrazó a ella como un náufrago al que le arrojan un salvavidas. Al contacto con el cálido cuerpo femenino que se estrechaba contra el suyo, notó que su tensión, su dolor, su angustia y el férreo control que durante dos días y dos noches interminables había mantenido sobre sus nervios se fundían como la nieve tocada por el fuerte sol de marzo. La abrazó con fuerza. Sus manos se deslizaron por su espalda hasta sus esbeltas caderas. Y hundió los dedos en su carne tibia y prieta. La conciencia de la realidad lo abandonó, y su ardor masculino se contagió como un incendio abrasador a Maite, que correspondió a su abrazo con igual ardimiento. Sus labios buscaron ávidamente los del muchacho. En pocos segundos los envolvió un rojo torbellino. Les faltaba el aire. Cuando Javier se dio cuenta, estaba jadeando sobre Maite, que gemía entrecortadamente bajo sus arremetidas. Pero ya era tarde para detenerse. En un momento dado, la joven dejó escapar un gritito que Javier oyó como en sueños.

Diez minutos después, el muchacho recuperaba el uso de sus dispersas facultades, se apartaba de Maite y la contemplaba, horrorizado.

–¡Lo siento! ¡Yo no quería…!

Maite le puso un dedo en los labios. Sus ojos resplandecían en la claridad azulada que se filtraba por la ventana.

–Calla, tonto. ¿Te encuentras mejor ahora?

–Sí, pero…

–¿Sí pero qué? ¿No has sido feliz?

Javier buscó la palabra adecuada. Era difícil de explicar.

–Siento mucho haberte… lastimado.

–Apenas un pinchacito de nada. Luego todo ha sido maravilloso. He sido tuya, como dicen las novelas que robo a mi madre.

–Lo siento -insistió Javier-. Pero te prometo que me casaré contigo.

–Tú no tienes que prometerme nada.

–Sí, sí, te lo prometo -dijo Javier atrayéndola hacia sí.

Maite volvió a abandonarse en sus brazos.

Javier dormía profundamente cuando el canto del gallo en el patio anunció el fin de la noche. Apenas se agitó cuando Maite le retiró de debajo la sábana manchada de sangre y abandonó de puntillas la habitación con ella bajo el brazo.

–Me casaré contigo -susurró Javier en sueños.

Maite le sonrió desde la puerta.

Por encima de la taza de café con leche, Javier dirigió una larga, significativa y amorosa mirada de disculpa a Maite, sentada al otro lado de la mesa.

Ella le devolvió la mirada. Era muy escueta: pareces tonto, decían sus ojos.

A la clara luz del día, su apasionada aventura nocturna en la habitación de la buhardilla le parecía una acción canallesca, impropia de un caballero. Había abusado de su buena fe. Se había aprovechado de las circunstancias. Pero había ocurrido, como quien no quiere la cosa. Entre abrazos, besos y caricias, las cosas se habían ido complicando sobre la marcha hasta el apoteósico desenlace. Dios era testigo de que no había sido premeditado. Su estado de ánimo no era el más propicio para efusiones amorosas. Pero había ocurrido así, y no lo lamentaba. Quería a Maite. Era guapa, buena y cariñosa, y lo que había hecho por su madre y por Gonzalito, nunca se lo podría agradecer bastante por muchos años que viviera.

Luego miró disimuladamente a sus padres, Hubert y Solange, aparentemente muy ocupados en untar las tostadas con mantequilla y mermelada. ¿Se habrían enterado del tempestuoso encuentro con su hija en la buhardilla? Si lo sabían, lo disimulaban muy bien. Para su tranquilidad, tenía que reconocer que Solange lo había mirado cariñosamente, sin segundas intenciones. O, por lo menos, eso era lo que él se imaginaba.

Finalizado el desayuno, Hubert y Javier bajaron al enclave fronterizo de Bourg-Madame para cumplimentar los trámites del entierro, que Javier había decidido que sería en el mismo cementerio de

Palau de Cerdaña, la aldea francesa que con tanto cariño los había acogido, a él y a su madre. La cercana tierra española quedaba descartada por motivos obvios. Y, de paso, aprovecharía la ocasión para poner un telegrama a sus abuelos de Pamplona, contándoles el drama. Y comprarse ropa adecuada.

En el servicio municipal de pompas fúnebres, encargó un pequeño ataúd blanco y una sencilla lápida de granito gris que llevaba grabada la inscripción *«A mon enfant»*, pensando que a su madre le gustaría, debajo de la cual mandó grabar, con letras más pequeñas: «Gonzalo de Montcada, 1928-1936». Pese a sus protestas, Hubert no consintió que se hiciera cargo del importe de los gastos.

La redacción del telegrama a sus abuelos le llevó su tiempo, y su decisión flaqueó cuando llegó a la casilla del *texte.* Con la pluma en la mano, interrogó a Hubert con la mirada.

–¿Cómo se lo cuento?

–Diles la verdad, pero camuflada. Antes o después tendrás que decírselo de viva voz, de modo que es mejor que lo vayan adivinando.

El texto definitivo quedó así: *Mamá y yo llegados sanos y salvos a Francia, casa amigos. Gonzalito sufrió accidente. Sin noticias de Blanca y abuelo Alfonso. Espero veros pronto. Abrazos. Javier.*

–Confío que sepan leer entre líneas -musitó cuando salían de la oficina de correos y telégrafos.

A continuación se dirigieron al estanco de la calle Mayor a comprar la prensa matutina. Todavía no había llegado.

–Viene con el exprés de París, que llega a la Tour de Carol a eso de las diez -se disculpó la estanquera-. Pasen más tarde, a las once seguro que la tendré.

Javier le preguntó por una sastrería.

–Sigan por esta misma acera y encontrarán una a menos de cien metros de aquí -les informó, obsequiosa, la estanquera-. La única que hay, pero muy bien surtida, como ustedes mismos podrán comprobar.

En la sastrería que les indicó la estanquera, Javier se compró un discreto traje oscuro de la mayor talla que encontró, camisas, una corbata negra, dos jerséis, una cazadora de cuero y diversas prendas de ropa.

Aprovecharon aquel tiempo muerto para llegarse al puente internacional sobre el Raur, afluente del Segre. La gendarmería del puesto de policía había reforzado la vigilancia, y guardias nacionales, con casco de acero y fusil al brazo, vigilaban los accesos del puente y cuidaban del orden.

Al otro lado del río, en la aduana y el puesto de policía españoles, reinaba una gran agitación. Paisanos armados con escopetas y brazaletes rojos se mezclaban con los policías y los aduaneros, y pedían la documentación a los ocupantes de los coches de los veraneantes barceloneses de Puigcerdá, cargados con maletas, que pretendían pasar a Francia. No todos lo conseguían y, pese a sus lamentos, algunos tenían que dar la vuelta y volverse a Puigcerdá.

El espectáculo hizo fruncir el ceño a Hubert de Clermont.

A las once en punto estaban de vuelta en el estanco. La prensa había llegado finalmente, y la estanquera estaba deshaciendo los paquetes. Hubert compró *Le Temps* y *Le Midi Libre*, y con ellos bajo el brazo, fueron a sentarse a una mesa del café Buscail, situado en la misma calle Mayor. Madame Buscail, la propietaria en persona, les sirvió los cafés que habían encargado.

El local, oscuro y bajo de techo, retumbaba con el griterío y las excitadas conversaciones de los lugareños, que comentaban los dramáticos acontecimientos que tenían lugar a menos de un kilómetro en línea recta de donde estaban ellos tomándose sus *pastises* matinales. Todos tenían algo que contar. El propietario de Rigolisa (una alquería situada a escasos metros de la raya fronteriza) aseguraba que aquella misma madrugada había oído disparos en Puigcerdá. Un payés francés, casado con una *pubilla* española del Villar de Urtg, comentaba que era inminente la llegada de la cuadrilla de Antonio Martín, el temible anarquista andaluz, más conocido por el Cojo de Málaga, dispuesto a cumplir la amenaza de prender fuego a la iglesia de Santa María, al ayuntamiento, al registro de la propiedad, y a liquidar a todos los terratenientes y gentes de derechas de Puigcerdá. Entre los parroquianos tampoco faltaban periodistas y fotógrafos que no querían perderse la ocasión de dejar constancia de las truculencias de sus vecinos españoles. Toda la Cerdaña francesa estaba conmocionada.

Javier apartó la taza de café a un lado y desplegó *Le Temps* sobre la mesa. *L'Espagne ensanglanté,* era su escandaloso titular a toda plana. Lo leyó febrilmente. Aunque la situación continuaba siendo confusa, lo cierto es que el alzamiento militar había sido aplastado en las grandes ciudades españolas, Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia. En otras, la lucha continuaba con resultado incierto. Sin embargo, el desaliento no parecía hacer mella en los rebeldes. Navarra entera lo había secundado entusiásticamente. También había triunfado en Burgos, en toda Castilla la Vieja y en gran parte de Aragón. En Sevilla, gracias a un increíble golpe de audacia, el general Queipo de Llano se había hecho con el control de la ciudad. Aprovechando la confusión de los primeros momentos, el destructor *Churruca,* al mando de un capitán faccioso, había cruzado el Estrecho y había desembarcado en Cádiz una bandera de la Legión con toda su impedimenta. Pero a la vuelta, la tripulación se había amotinado, había asesinado a su capitán y a toda la oficialidad. Lo mismo que había ocurrido con el resto de las unidades de la flota, entre las que se encontraban un acorazado y varios cruceros. Con la escuadra en poder de los rojos controlando el Estrecho, los facciosos difícilmente podrían transportar a la Península el Ejército de África. De momento habían organizado un puente aéreo con anticuados aparatos que transportaban pequeños contingentes de legionarios y regulares que pasaban a reforzar los modestos efectivos del general Queipo de Llano en Sevilla. Los militares rebeldes también se habían impuesto sorprendentemente en Zaragoza, pese a su elevado censo anarquista. Oviedo, el Alcázar de Toledo y el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, en plena sierra Morena, eran islotes rebeldes en la inmensidad republicana, donde los coroneles Aranda y Moscardó y el capitán Cortés rechazaban con éxito todos los ataques gubernamentales. Unos mapas esquemáticos reflejaban la situación de las zonas ocupadas por uno u otro bando, muchísimo mayor la leal a la República, una amplia faja que abarcaba la totalidad de la parte centro y sur de la península Ibérica, con la excepción de Cádiz, Sevilla y Algeciras. Sea como fuere, lo que había comenzado siendo un típico pronunciamiento a la española llevaba todas las trazas de convertirse en un conflicto de gravedad y duración imprevisibles.

Javier fue pasando nerviosamente las páginas del diario en busca de la información que buscaba. La encontró finalmente en las noticias de última hora. Allí se informaba detalladamente de los combates mantenidos en las calles de Barcelona, con una relación completa de los militares rebeldes hechos prisioneros por las fuerzas leales a la República. La encabezaba el general Goded. También figuraba el nombre de su padre. El corazón le dio un vuelco.

–¿Qué has visto? – le preguntó Hubert, al que no le había pasado por alto el sobresalto del muchacho.

–Es papá -contestó Javier con forzada sencillez-. Lo han hecho prisionero.

–¿Está herido? – preguntó Hubert ansiosamente.

–No dice nada… supongo que no.

–¡Pobre Gonzalo! Lo siento mucho, Javier, es una mala noticia… pero podría ser mucho peor. Está vivo. ¿Qué más dice?

Javier leyó:

-Todos los jefes y los oficiales rebeldes detenidos permanecen incomunicados y presos en el vapor* Uruguay *a la espera de ser juzgados por un consejo de guerra.

Javier levantó los ojos del diario.

–No tiene escapatoria. Lo condenarán a muerte. Eso está más claro que el agua.

–¡Por Dios, Javier, no digas eso! – protestó Hubert-. No adelantes acontecimientos. Tu padre es un prisionero de guerra, y de acuerdo con la Convención de Ginebra…

–Papel mojado.

–No pierdas las esperanzas tan pronto, Javier, te lo ruego. Voy a ver lo que se puede hacer a través de la Sociedad de Naciones, o de la Cruz Roja, donde tengo buenos amigos que me echarán una mano.

–Poca cosa -dijo Javier, pesimista-. Te dirán que el alzamiento militar es un problema de orden público que cada país debe resolver de acuerdo con sus propias leyes. Lo estudié el curso anterior, el abecé del derecho internacional.

–De cualquier forma, lo voy a intentar, porque…

–¿Se lo decimos a mi madre? – lo interrumpió Javier, dudoso.

Hubert negó con la cabeza.

–No, de momento. Vamos a esperar unos días. La pobre no está ahora para demasiadas impresiones.

–¿Y si lo pregunta?

–Tú déjame hablar a mí. Por algo soy diplomático.

Javier estuvo de acuerdo.

Intercambiaron los periódicos y Hubert repasó brevemente el resto de las noticias de *Le Temps.* El estallido español había creado gran tensión en las cancillerías europeas. La tensión acumulada en aquellos últimos años en Europa había acabado explotando por la fisura más débil de la corteza del Viejo Continente. Los gobiernos de las diversas naciones aseguraban que mantendrían una política de estricta neutralidad para alejar el peligro de extender el conflicto a toda Europa. Se hablaba incluso de crear un pacto de no intervención. La URSS no se pronunciaba en ningún sentido. Todos los gobiernos se andaban con pies de plomo y procuraban disimular su simpatía o su antipatía por una u otra de las facciones enfrentadas.

Hubert terminó de leer y dobló el periódico.

–¿Vamos? – preguntó.

–Sí, tengo ganas de ver cómo ha pasado la noche mi madre - contestó Javier.

Se levantaron y Hubert se acercó a la barra para pagar la consumición, mientras Javier se dirigía hacia la salida.

Después de cobrar el importe de las consumiciones, madame Buscail le preguntó por Javier, que esperaba junto a la puerta, señalándolo con los ojos.

–Mosieur Hubert, ¿es ése el joven español que ayer cruzó la frontera en Palau de Cerdaña con su familia?

–El mismo, madame Buscail.

–¡Pobre chico! Aquí no se habla de otra cosa. Debió de ser horrible. ¡Lo que habrá sufrido su madre!

–No lo sabe usted bien.

–¿Usted cree que en España estallará una revolución bolchevique como la de Rusia, monsieur Hubert?

–Me temo que ya ha estallado.

-*Mon Dieu!* ¿Y cree que el Cojo de Málaga prenderá fuego a la iglesia de Santa María de Puigcerdá y matará a los terratenientes?

–Eso me temo.

–Otra cosa, monsieur Hubert, ¿a qué hora será el entierro?

–A las cinco.

–Pues allí me verá usted. No me lo quiero perder por nada del mundo.

A las doce emprendían el camino de vuelta a Palau de Cerdaña. El sol se había encaramado a lo más alto del firmamento, y sus rayos caían implacables sobre el amplio valle levantando una fina bruma de calor.

Maite salió a recibirlos al patio, y Hubert disimuló el afectuoso abrazo que intercambió con Javier.

–Tía Cecilia ha preguntado por ti.

Subieron a verla. Hacía poco que se había despertado. Solange le había dado el desayuno y la había arreglado someramente. Aún estaba muy pálida y ojerosa, pero, por la expresión de sus ojos, Javier comprendió que se estaba recuperando y sacando a flote su animoso temple navarro. Después de que la hubo besado, Cecilia lo retuvo junto a sí y escrutó su semblante con detenimiento.

–Javier… ¿cómo estás? – preguntó acariciándole las mejillas con ternura.

Javier se esforzó en sonreír.

–Bien, mamá, hago lo que puedo.

–Lo sé, hijo, lo sé. Y muy bien, por cierto. Ayer fuiste muy valiente. No sé lo que habría hecho sin ti.

–¡Por favor, mamá, no digas tonterías!

–¿Se sabe algo de papá?

–Nada, de momento.

–¿Y de Gonzalito?

Por un momento todos creyeron que desvariaba.

–Sí, no me miréis así, sé muy bien que Gonzalito está en el cielo.

–De momento, está abajo -dijo Javier-. Maite lo ha vestido y lo ha arreglado muy bien. Parece que duerme.

–¿Cuándo es el entierro?

–Esta tarde, en el cementerio del pueblo, a las cinco.

–Quiero asistir… tengo que despedirme de mi hijo…

A Cecilia se le nublaron repentinamente los ojos, y Solange, con un gesto de la cabeza, les indicó que se retiraran de la habitación.

–Esperadme abajo.

El sepelio de Gonzalito congregó una pequeña multitud: el pueblo de Palau en peso con su alcalde al frente, simples curiosos, periodistas, fotógrafos, el juez y el médico de Bourg-Madame, el jefe de policía, dos gendarmes, la estanquera, madame Buscail, de punta en blanco, vecinos de las cercanas aldeas de Oseja, de Sallagosa, de Er, de Estavar, e incluso de Font Romeu, vestidos con sus trajes de los domingos. Se había corrido la voz de que el niño asesinado era el hijo menor de un militar sublevado perteneciente a una ilustre familia, y muchos franceses no habían querido perderse la oportunidad de contemplar, con sus propios ojos, auténticas víctimas de la tragedia española.

De pie, junto al pequeño y conmovedor ataúd blanco, Cecilia y Javier presidían el duelo, y eran el centro de todas las miradas. Cecilia vestía un traje oscuro que le había prestado Solange. Una mantilla sobre los ojos disimulaba la palidez de su rostro y sus profundas ojeras. Llevaba los pies vendados. Javier la sostenía firmemente por un codo; Hubert, por el otro. El diplomático se esforzaba en mantener un semblante impasible. A su lado estaba Solange, vestida igualmente de negro. Maite flanqueaba a Javier por la izquierda y no podía contener las lágrimas ni apartar los ojos del pequeño féretro. Un fotógrafo les sacó una foto.

Los asistentes al duelo formaban un respetuoso y silencioso corro en torno a la fosa recién abierta en el prado del cementerio, sembrado de cruces y lápidas. Los hombres, descubiertos; las mujeres, con mantilla. Todos con los ojos bajos y los semblantes serios.

El sacerdote oficiaba el responso fúnebre revestido con los ornamentos sagrados.

-Libera me de morte aeterna in die illa tremenda.

***-Kyrie eleison* -respondieron a coro los presentes.**

-Christe eleison.

-Kyrie eleison.

-Tremens factus sum ego et timeo dum discussio venerit atque ventura ira.

-Kyrie eleison.

-Christe eleison.

-Kyrie eleison.

Las tremebundas palabras volaron al cielo y se perdieron en los anchurosos horizontes cerdañeses. El perfume a prados húmedos y heno recién segado anunciaba el fin de la luminosa jornada estival. Sombras azuladas empezaban a sumergir la dentada crestería de la sierra del Cadí.

Antes de dar tierra a Gonzalito, el cura tuvo unas palabras de consuelo para Cecilia y Javier. También habló el alcalde de Palau de Cerdaña. Javier, en su nombre y en el de su madre, le contestó con su francés de colegio y le agradeció la acogida y la hospitalidad que les habían dispensado. Finalmente, el cura roció con agua bendita el féretro, y los sepultureros lo bajaron a la fosa con ayuda de unas sogas.

Javier empuñó la pala que le tendió un sepulturero. La primera palada de tierra resonó como una lúgubre granizada al chocar contra la tapa del pequeño ataúd. Se le había hecho un nudo en la garganta. A duras penas podía contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos; éstas, sin embargo, rodaban incontenibles por las mejillas de su madre y de Maite.

Cuando el cortejo mortuorio regresaba al pueblo por lo alto de los campos, los componentes de la comitiva alzaron los ojos del suelo y contemplaron con aprensión una nube de humo negro que se alzaba sobre los tejados de Puigcerdá.

–¡Es el Cojo de Málaga, que ha prendido fuego a la iglesia de Santa María! – dijo madame Buscail.

-Nom de Dieu!

–¡El maldito ha cumplido su amenaza!

-C'est la révolution!

Muchas aldeanas se santiguaron, y los periodistas y los fotógrafos subieron a sus coches y salieron a escape hacia Puigcerdá y Bourg-Madame. ¡Qué bizarro reportaje para concurrir al Pulitzer!

Después de la cena, aprovechando que Cecilia había subido a acostarse para reponerse de las muchas emociones de la jornada, Javier expuso a sus amigos su inquebrantable decisión de pasar a España y alistarse en el Requeté de Pamplona.

–Es mi obligación. Estoy rabiando por empuñar un fusil y emprenderla a tiros con los asesinos de mi hermano. Que se vayan preparando. No voy a dejar uno con vida. Lo he decidido. Tengo ganas de pelea. Como comprenderéis, no puedo quedarme aquí con vosotros, mano sobre mano, mientras otros chicos de mi edad se juegan el tipo en España. Es mi deber con la patria, aunque, dicho así, suene un poco melodramático. Pero es la pura verdad. Si no corriera a alistarme, no podría volver a miraros a la cara.

Estaban tomando café en la sala. Afuera se oía cantar a los grillos. La brisa nocturna hacía oscilar las cortinas de las ventanas y traía los aromas campesinos de la aldea dormida.

–Pero en la guerra te pueden matar -dijo Maite, muy angustiada.

–Supongo que sí. Pero no por eso voy a arrugarme. Y no temas, Maite, no me matarán.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Porque tú rezarás a Dios para que no ocurra, ¿verdad?

–No pararé de hacerlo en todo el día.

Hubert encendió pausadamente una pipa. Al él no le pillaba por sorpresa la decisión del muchacho. Se la veía venir. Era lo que habría hecho él en una situación parecida. Sacudió la cerilla en el aire para apagarla y le preguntó:

–¿No crees que deberías esperar un poco, a ver cómo ruedan las cosas? La situación todavía es muy fluida. Quizá se resuelva a favor de los blancos en cuestión de horas.

–No -dijo Javier con firmeza-. Mi deber es estar al pie del cañón desde ahora mismo. Sería un cobarde si no pasara inmediatamente a España a alistarme con los míos.

–Perdona, Javier, quizá hayas interpretado mal mis palabras, lo que yo quería decir es que…

–No me has ofendido, Hubert, te he entendido perfectamente. Pero no quiero que la guerra se acabe antes de tiempo y perder la oportunidad de vengar a Blanca y a Gonzalo. Esta inactividad me consume.

–Comprendo -asintió Hubert viéndose a sí mismo un montón de años atrás, camino del Marne-. Es lo que yo haría en tu lugar. El problema es cómo se lo decimos a tu madre.

–No dará saltos de alegría cuando se entere, como es natural, pero lo comprenderá, y hasta me animará a hacerlo. ¡Como si no la conociera! Mañana mismo pienso coger el tren.

–Pasado mañana. Hemos de contarle a tu madre lo ocurrido a Gonzalo, la hemos de preparar un poco, ¿no te parece?

–Bueno, pasado -transigió Javier de mala gana-. Pero ni un segundo más.

–Eso ya está mejor. Y no hace falta que cojas el tren. Yo mismo te acompañaré a la frontera.

Hubert se levantó un momento para buscar un plano de carreteras de un estante de la librería. Apartó las tazas de café y lo desplegó sobre la mesa.

–Veamos…

Con la boquilla de la pipa fue indicando los diversos puestos fronterizos entre Francia y España.

–Descartados Irún, La Junquera, Port Bou y Bourg-Madame, por supuesto, todos en poder de los rojos, Somport y Arnéguy son las dos únicas puertas de entrada a España en poder de los blancos. Arnéguy, a dos pasos de Saint-Jean-Pied-de-Port, por Valcarlos y el puerto de Ibañeta, es el que te pilla más cerca de Pamplona. En fin, que si te decides por Saint-Jean-Pied-de-Port, entrarás en España por el antiguo camino de los peregrinos de Santiago. En Somport podríamos encontrarnos con dificultades. ¿Estás conforme?

–De acuerdo. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

–Calma, muchacho, calma, que todo se andará. Pasado mañana por la mañana, como habíamos quedado.

–¿Os podría acompañar, papá? – preguntó Maite.

–Si tu madre no tiene inconveniente…

Solange no tuvo ningún reparo.

–Sí, puedes ir con ellos. Yo me quedaré con Cecilia.

–¿Seguro que no quieres que me queda contigo, mamá? – pregunto Maite.

–Seguro. Puedes irte tranquila.

–¿Una copita, Javier? – preguntó Hubert con una botella de brandy en la mano.

–No tengo por costumbre beber alcohol, pero en fin…

–Te ayudará a conciliar el sueño.

–Gracias.

Hubert le llenó a medias la copa panzuda y se sirvió otro tanto. Solange y Maite rehusaron.

Javier bebió un sorbo para animarse. Lo que tenía que decir no era fácil.

–Por lo que se refiere a mi madre -empezó-, os pediría, por favor, que la tuvierais con vosotros unos días hasta que…

–Javier -lo interrumpió Hubert, tajante, encañonándolo con la boquilla de la pipa-, tú no tienes que pedirnos nada. Tu madre es nuestra invitada, ¿queda claro?

–Pues no sabéis el peso que me quitáis de encima y no sé cómo daros las gracias por…

–También te dije en otra ocasión que no quiero volver a oírte decir que nos agradeces nada. Queremos mucho a tu madre. Aquí la cuidaremos con mucho gusto, el tiempo que haga falta. Y en cuanto se reponga lo suficiente, nosotros mismos nos ocuparemos de acompañarla a Pamplona, a casa de sus padres. O, si lo prefiere, que venga con nosotros a París. Como si quiere irse con vuestros parientes de Burdeos. Lo que ella decida.

–Muchas gracias. Otra cosa -carraspeó Javier, muy confuso-. No sé cómo empezar… quiero decir que mi madre y yo tenemos un dinero que nos dio el abuelo… -Se sacó torpemente un sobre del bolsillo del pantalón y se lo tendió a Hubert-. Es para los gastos que os ocasione la estancia de mi madre. Cuando llegue a Pamplona, les pediré más a mis abuelos y os lo haré llegar tan pronto como me sea posible. Yo ya me apañaré como pueda.

Hubert volvió a amenazarlo con la boquilla de la pipa.

–Javier, no sigas por ese camino si no quieres que me enfade de veras. Te repito por última vez que tu madre y tú sois nuestros invitados. Por otra parte -añadió después de dar una chupada a la pipa-, no tienes nada que temer en ese sentido. Tu tío Sinibaldo, previendo muy acertadamente el curso que iban a tomar los acontecimientos, lo arregló todo y me entregó unos documentos, unos poderes, que acreditan a tu madre como la legítima propietaria de las bodegas Cotes de la Dordogne. Por el dinero no os habéis de preocupar.

Tu madre es rica. Muy rica, para hablar con precisión. En cuanto se reponga lo suficiente, Solange y yo tendremos mucho gusto en acompañarla a Burdeos para solucionar los trámites y el papeleo. ¿Estás más tranquilo ahora?

–Sí, mucho más. Y hablando de tío Sinibaldo, me pregunto qué habrá sido de él. Me temo que la revolución le habrá pillado de pleno.

Hubert apuró un sorbo de coñac.

–Si quieres que te diga la verdad, a mí también me preocupa don Sinibaldo. Ignoro si había hecho planes para salir de España. Cuando hablamos por última vez, en Requesens, le ofrecí mi casa. Ésta y la de París. – Hubert hizo una pausa-. Pero no seamos aves de mal agüero, ¿no te parece, Javier? Y ahora vamos a ver si podemos sintonizar Radio Sevilla para escuchar el parte de guerra del general Queipo de Llano…

Aquella noche el general anunció, con un entusiasmo difícil de disimular, que un renqueante convoy formado por cinco lentos mercantes con dos mil hombres del Ejército de África a bordo, protegido por el anticuado cañonero *Dato* y seis viejos aviones, había zarpado de Ceuta, cruzado el Estrecho y ganado Algeciras, después de que el *Dato* hubo rechazado los ataques del destructor *Velasco,* que lo superaba en armamento y velocidad. Varias pasadas a poca altura de los aviones nacionales aterrorizaron de tal manera a su amotinada tripulación, que no tardó mucho en girar en redondo y buscar refugio en las aguas internacionales de la bahía de Tánger.

–Es la confirmación del viejo aforismo latino*, fortuna juvat audaces,* la fortuna ayuda a los audaces -dijo Hubert echando mano de la botella de brandy para celebrar la audaz operación-. Me pregunto en qué estaría pensando el capitán del acorazado *Jaime I* para barrer el convoy nacional a cañonazos.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 6:
1936-1939

Desde el privilegiado mirador de la tribuna del hotel Majestic, durante diez días y diez noches infernales, el notario Palol de Revardit fue un involuntario y espeluznado testigo de la revolución que bramaba en Barcelona con furia apocalíptica.

En los comienzos de su carrera notarial, don Sinibaldo había presenciado las algaradas, los saqueos y las quemas de iglesias de la Semana Trágica. Pero estos excesos revolucionarios eran peccata minuta comparados con el terror desatado por los sucesos del 18 de julio de 1936. En 1909, ningún barcelonés, de cualquier sexo, edad o condición, había sido sacado a rastras de su casa, metido a empellones en un coche requisado a punta de pistola, conducido a la carretera de la Rabassada y acribillado a balazos en la cuneta; algo que él había presenciado, con sus propios ojos, aquel apocalíptico 21 de julio de 1936. A menos de veinte metros de distancia. Justo enfrente, en el portal neogótico de la finca sita en el paseo de Gracia esquina con la calle de Valencia. Las infortunadas víctimas habían sido el matrimonio Casas y sus hijos. En sus oídos todavía resonaban las súplicas del señor Casas, los gritos desgarradores de su mujer y el llanto de los niños. De nada le valieron al señor Casas sus protestas de acendrado catalanismo, de fidelidad a la República y de total rechazo a los militares sublevados. Los milicianos los metieron en el coche, a culatazos, y salieron a escape, haciendo sonar desatinadamente el claxon.

Sus alarmantes vaticinios se habían cumplido punto por punto. Aquella orgía de sangre, odio y destrucción era la airada reacción popular que él había predicho que seguiría inexorablemente al fallido alzamiento militar. Como la noche sigue al día. La derrota de los militares había sido el pistoletazo de salida que anunciaba el levantamiento de la veda de curas, burgueses, empresarios, aristócratas y gentes de derechas en general. Si hubiera tenido suficiente estado de ánimo, podría haber levantado una acta notarial de los sucesos acaecidos en aquellos diez alucinantes días de julio de 1936 que le tocó vivir en el hotel Majestic. Ésta era la película:

El 19, el estruendo del cañoneo y el tableteo de ametralladoras que sonaban hacia la plaza de Cataluña lo habían despertado de su agitada duermevela. A él y a todos los huéspedes del hotel, que se habían precipitado a recepción a solicitar información. El estrépito de la batalla se apagó hacia el mediodía, para ser sustituido por el frenético ir y venir de las ambulancias. Don Sinibaldo no pudo por menos que pensar en su ahijado. ¿Qué habría sido de él?

Alrededor de las seis de la tarde pudo escuchar el comunicado radiofónico del presidente Companys anunciando el fin de la batalla y la rendición incondicional de los militares sublevados. Una hora más tarde, el humo y las cenizas procedentes del incendio de la cercana iglesia de la Concepción oscurecían el cielo y se posaban en el alféizar de su ventana. El aire era espeso y caliente, como el que desprende un bosque en llamas. Entrada la noche, la misma emisora informó de los jefes y los oficiales detenidos, entre los que se encontraba su ahijado; se suponía que vivo. El pensamiento no le dejó conciliar el sueño.

El 20, lunes, los estridentes bocinazos de los coches de las patrullas de control, conducidos por enardecidos milicianos de la FAI y la CNT, lo habían hecho saltar de la cama, despavorido. El ir y venir de los incendiarios no cesó en todo el día. De vez en cuando sonaban disparos esporádicos. Como no habían salido los diarios, su única fuente de información era la radio del hall del hotel, que no dejaba de vocear frenéticamente el aplastamiento de la sublevación militar por el pueblo barcelonés en armas.

El 21, martes, asistió al rapto de la desgraciada familia Casas. Y al saqueo sistemático de comercios, viviendas y pisos del paseo de Gracia abandonados por sus inquilinos. No tenía más que apartar los visillos de la ventana de su habitación y mirar. Los asesinos de las llamadas *Patrullas del Amanecer* cumplían al pie de la letra la promesa que les había hecho Companys: *La calle será vuestra.* Bastaba la denuncia del portero de la finca para que, al poco rato, se presentaran los milicianos armados hasta los dientes y practicaran un registro salvaje en el domicilio del denunciado. Cualquier excusa era buena para que se lo llevaran a rastras: ir a misa, esconder una bandera monárquica, una escopeta de caza, un grabado del Sagrado Corazón, una foto del último rey, ser miembro de la CEDA (como era su caso), de la Falange o del

Somatén, haber hecho donaciones a la Iglesia… O, simplemente, la sospecha de haber votado a las derechas en las últimas elecciones. Lo peor de todo era tener escondido a un cura o a una monja. Equivalía a la ejecución inmediata.

El hotel Majestic se había convertido en un refugio de gentes acosadas. Su hall era un hervidero de rumores y excitados comentarios. A falta de noticias fidedignas, los bulos corrían con la rapidez del rayo. Cualquier huésped que llegaba de fuera contaba nuevas atrocidades.

Por uno de estos refugiados, el notario se enteró del trágico y espeluznante final de los señores Soler-Ribot. Se decía también que el famoso violonchelista Pau Casals se había salvado de puro milagro, no sin que los *faieros* hubieran saqueado su villa marinera de San Salvador. Cuatro jóvenes monjas dominicas del noviciado de Sant Cugat fueron abatidas en una revuelta de la carretera de Vallvidrera. Los *faieros* habían entrado a saco en la cripta de la Sagrada Familia y habían prendido fuego a los planos y las maquetas dibujados por Gaudí. Y casos como éstos se podían multiplicar por mil. La gravedad de la situación también podía calibrarse por el alarmante descenso de los alimentos servidos en las comidas. La carta había desaparecido de las mesas, y ahora imperaba un espartano menú.

Los incendios de iglesias y conventos estaban a la orden del día. Los Mozos de Escuadra hacían lo que podían para controlar la situación. Pero no habían podido impedir que Santa María del Mar, joya insigne del gótico catalán, hubiera ardido como una pira. El gobierno de la Generalidad lamentaba profundamente estos atropellos y los achacaba a grupos de *incontrolados,* y aseguró que se tomarían las medidas oportunas para que no se repitieran semejantes incidentes, que tanto empañaban la buena imagen de la revolución.

La dirigente anarquista Federica Montseny corroboró estas declaraciones y se lamentó compungidamente: *Hemos confirmado algo que sospechábamos: que la revolución es ciega y destructora, incontrolable, grandiosa y cruel. De las profundidades del hombre honrado surge un apetito salvaje, una sed de exterminio, un deseo de sangre.* ¡Maldita zorra!, se le escapó al notario, que en su vida había dicho una palabrota más fuerte que *¡caray!*

La alucinante sucesión de horrores y asesinatos que sacudían Barcelona a diario no había hecho más que incrementar su angustia y la conciencia de la precariedad de su propia situación. Si no se hubiera refugiado a tiempo en el hotel Majestic, habría corrido la misma suerte que la infortunada familia Casas. O el matrimonio Soler-Ribot. Lo de menos era que su domicilio hubiera sido desvalijado de arriba abajo. A esas horas, las hordas revolucionarias lo estarían buscando para asesinarlo. Tenía que escapar, ponerse a salvo en el extranjero. Pero, conditio sine qua non, no sin antes haberse informado de la suerte corrida por Alfonso y su familia.

El miércoles 22 salió la prensa. Don Sinibaldo la devoró, pero, por la forma ambigua y tendenciosa que daba las noticias, no pudo hacerse una idea cabal de la situación real del país. Se daba por descontado que la intentona militar había sido aplastada en Madrid, Valencia y Bilbao. No así lo que había ocurrido en otras capitales de provincias. Por ejemplo: *El pueblo alzado en armas ha sofocado la rebelión en Toledo. Pero se lucha duramente en el Alcázar.* ¿Quería decirse que la histórica fortaleza estaba en posesión de los rebeldes, como los calificaba la prensa? Don Sinibaldo sabía leer entre líneas y sospechaba que el triunfo de las fuerzas leales a la república no era tan aplastante como dejaban adivinar los exultantes comunicados de la prensa diaria. No obstante, el gobierno admitía sesgadamente que Zaragoza, feudo insigne del anarquismo ibérico, había caído en poder de los rebeldes, pero que, en breve, saldría de Barcelona una expedición de castigo para recuperarla para la República.

La prensa del 25 dio, con grandes titulares, la ejecución sumarísima del general Goded, jefe de la rebelión, en los fosos del castillo de Montjuich. Pero, por más que rebuscó, don Sinibaldo no encontró una sola línea que hiciera referencia al castillo de Requesens. Se sabía que algunas mansiones señoriales habían sido saqueadas, y sus moradores, asesinados en sus estancias. Pero ni una sola palabra sobre Requesens; ni siquiera en los rincones donde solían aparecer esta clase de noticias para no alarmar más de la cuenta a la ciudadanía.

El 26 de julio, agotada su paciencia, había cogido el toro por los cuernos y había telefoneado al *conseller* de Cultura de la Generalidad, Ventura Gassol, al que, en cierta ocasión, había invitado a visitar la

biblioteca del castillo de Requesens. El propio don Alfonso le había hecho de cicerone y le había mostrado el gran cuadro de Tiziano que presidía la escalera noble, y lo había acompañado a pasar revista a los tesoros bibliográficos que se alineaban ordenadamente en los anaqueles del antiguo refectorio cisterciense.

A continuación habían bajado a La Fontana y don Alfonso le mostró el cuadro de su antepasada pintado por Goya. El *conseller* se quedó prácticamente sin habla cuando le informó de que la puerta del pabellón nunca se cerraba con llave. Lo guardaba la maldición de la Dama del Lago. El *conseller* se la hizo contar dos veces, aunque no por ello quedó muy convencido de la eficacia de la fórmula para velar por la seguridad de una joya de la pintura universal.

Si Ventura Gassol era el poeta, el humanista y el hombre culto que decía ser, seguro que le echaría una mano.

El *conseller* no tardó ni dos segundos en ponerse al aparato.

–Buenos días, don Sinibaldo, lo creía en el extranjero.

–Es donde me gustaría estar ahora. De momento, estoy refugiado en el hotel Majestic. A salvo de las iras populares.

–¿Puedo preguntarle por el objeto de su llamada?

Don Sinibaldo hizo acopio de valor y respiró hondo antes de contestar:

–Si no es abusar de su amabilidad, quisiera preguntarle si sabe algo del castillo de Requesens, qué ha sido de su biblioteca… y de la suerte corrida por la familia Montcada.

–Pues lamento mucho tener que comunicarle muy malas noticias, don Sinibaldo: el castillo ha sido incendiado por una cuadrilla de revoltosos. Precisamente, mañana mismo salgo para allá, para ver si se puede salvar algo del desastre.

–¿Y don Alfonso? ¿Y su familia? ¿Qué se sabe de ellos? – preguntó don Sinibaldo en un temeroso susurro.

–Nada en concreto. Sólo rumores. Unos dicen que don Alfonso ha sido asesinado, pero que parte de la familia consiguió escapar.

El notario palideció. Aunque no se había forjado ninguna ilusión acerca de la suerte corrida por su amigo, las palabras del *conseller* lo dejaron anonadado.

–Asesinado -musitó.

Tardó algunos segundos en reaccionar.

–Señor Gassol, necesito ir con usted a Requesens. Se lo pido por lo que más quiera. Para mí, es cuestión de vida o muerte enterarme de lo ocurrido en el castillo.

–¿De veras quiere usted acompañarme? – preguntó el *conseller.*

–Sí.

–Piense en los riesgos que va a correr. Si lo reconocen los *faieros* de los controles de carretera, dese por muerto. Y a mí me pondrá en un verdadero compromiso.

–Sí, lo sé. No me importa correr ese riesgo. No dormiré tranquilo hasta que averigüe la suerte que han corrido mis amigos.

–Pues pásese mañana por el palacio de la Generalidad. A las nueve en la puerta que da a la plaza de San Jaime. Lo estaré esperando con un coche oficial y una pequeña escolta.

–Descuide, que allí estaré como un clavo. Se lo agradeceré eternamente.

–Y otra cosa: procure vestir informalmente. Usted ya me entiende, ¿verdad?

–Lo entiendo perfectamente. Por cierto: ¿qué se sabe del comandante De Montcada?

–Está preso en el vapor *Uruguay.*

–Sí, ya lo sabía. Lo he leído en la prensa. ¿Lo podría visitar?

–Imposible.

–¿Ni haciéndome pasar por un enviado de la Sociedad de Naciones, o de lo que sea?

–Señor Palol, no sabe usted lo que me pide. Ni yo mismo puedo entrar en el *Uruguay.* Sintiéndolo mucho, en este caso no puedo hacer absolutamente nada por usted. El caso del comandante De Montcada escapa a nuestra jurisdicción. Compete a la justicia militar. Aunque mejor sería hablar de la justicia de la FAI. De un día para otro lo van a someter a un consejo de guerra sumarísimo. Es cuestión de días.

–¡Santo Dios!

–Lo siento, don Sinibaldo. Y ahora me dispensará, tengo un montón de gente aguardando en la antesala.

Y el *conseller* colgó.

Previendo que, tarde o temprano, tendría que dejar su escondrijo del hotel Majestic, don Sinibaldo había encargado a un camarero de toda su confianza que le comprara, en un ropavejero de Los Encantes, un traje viejo y remendado, alpargatas y una gorra mugrienta. También había sustituido sus quevedos por unas vulgares gafas de carey que lo hacían irreconocible. Un disfraz que había merecido la aprobación de monsieur Leprevost, el director del hotel:

–Ha hecho usted muy bien, don Sinibaldo, salir a la calle vestido correctamente con americana sombrero y corbata, *bagatelas, trapujos y porquerías burguesas,* como los ha calificado un comunicado de la FAI, es una invitación al suicidio. ¡Y lo que me cuesta convencer a mis huéspedes extranjeros para que vistan informalmente!

Confiando en la eficacia del disfraz, don Sinibaldo se atrevió a cruzar la puerta del hotel. Una vez fuera, permaneció unos segundos en la acera, sin atreverse a dar un paso, con el corazón en la boca, convencido de que una mano sudada y callosa no tardaría mucho en posarse en su hombro: *Camarada, tu aspecto no me acaba de inspirar confianza, acompáñame.* Pero, ante su sorpresa, no ocurrió nada. Más animado, se ajustó la visera de la gorra sobre los ojos y echó a andar cautelosamente, y muy pronto se confundió con la multitud desarrapada que circulaba por el paseo de Gracia. Estaba literalmente muerto de miedo. Pero su camuflaje proletario debió de funcionar, porque ningún vecino lo reconoció. Poco a poco se fue tranquilizando y empezó a lanzar furtivas miradas a su alrededor.

Lo que vio confirmaba lo acertado del consejo que le había dado el director del hotel: por el antaño señorial paseo de Gracia no se veían, ni por asomo, señoras con sombrero ni caballeros con corbata y cuello duro. Ni chóferes uniformados conduciendo lujosos automóviles. Tampoco curas ni monjas. Todos los vehículos habían sido requisados por el Comité de Milicias Antifascistas, y reclamarlos sería lo último que se les ocurriría a sus propietarios. Pestilentes montañas de basura empezaban a formarse delante de las porterías. Los basureros habían sido los primeros en apuntarse a las patrullas de control y asesinos del amanecer.

Don Sinibaldo no consideró prudente coger el metro en Aragón para ahorrarse la caminata hasta Fernando. Si llegaban a sorprenderlo

dentro, lo cazarían como a un conejo. Mejor bajar a pie, como un curioso más que echaba un vistazo a las devastaciones sufridas por la ciudad. Entre Consejo de Ciento y Diputación, cruzó al otro lado del paseo para no tener que pasar por debajo de las ominosas banderas revolucionarias que colgaban de la fachada del Círculo Ecuestre, incautado por la FAI. En un quiosco de la Gran Vía compró *Solidaridad Obrera.*

Las huellas de la refriega eran patentes en la plaza de Cataluña.

Miles de repugnantes moscas verdes revoloteaban en torno a los cadáveres de caballos y mulos, que seguían sin retirar y esparcían un hedor insoportable que obligaba a los transeúntes a acelerar el paso y taparse la nariz. Algunas estatuas estaban desconchadas. Las paredes del hotel Colón estaban acribilladas por la metralla. Armones volcados y casquillos de bala esparcidos por el suelo daban fe de la dureza de la lucha. En las paredes de la Telefónica todavía quedaban restos de sangre coagulada.

Se escurrió Ramblas abajo, bien pegado a las fachadas de los edificios, y enfiló la calle Fernando, que lo llevó, en un momento, a la plaza de San Jaime. Lo primero que hizo fue echar un vistazo a las ventanas de su notaría. Estaban abiertas de par en par. En el centro de la plaza todavía humeaban los restos chamuscados de sus muebles y sus archivos, que habían ardido, juntamente con los del canónigo Huguet y los del conde del Montseny. Reconoció un fragmento de la cabeza de Aristóteles hecha pedazos. Pero lo que más le sobrecogió fueron los cartelones que colgaban de los balcones del ayuntamiento y el palacio de San Jorge con las siniestras efigies de Marx y Stalin junto a las de Companys y Largo Caballero. Don Sinibaldo se hacía cruces de lo que estaba viendo. No podía hacerse a la idea de la radical transformación que había sufrido Barcelona, la laboriosa, emprendedora, culta y abierta urbe mediterránea con dos mil años de historia a cuestas, *el archivo de la cortesía* que cantó Cervantes.

A las nueve en punto estaba delante de la puerta del palacio de San Jorge, guardado por una pareja de mozos de Escuadra y un puñado de *faieros* con el pañuelo rojo al cuello y pistolones al cinto. El *conseller* lo esperaba junto a un gran Dodge negro con el guión de la Generalidad de Cataluña ondeando en el guardabarros derecho. A don Sinibaldo le

costó reconocer al antaño atildado *conseller* de Cultura. Estaba pálido, ojeroso, con la melena entreverada de gris y el nudo de la corbata mal hecho. Como si le hubieran echado veinte años encima; lo que no era de extrañar, pensó don Sinibaldo.

El *conseller* le presentó al comisario Contreras, que haría el viaje con ellos, un individuo enjuto de ojos astutos y gestos nerviosos, vestido con traje de rayadillo y una corbata chillona, y tocado con un sombrero flexible.

–Encantado -dijo el comisario.

–Pues ya nos podemos ir -dijo el *conseller.*

Entraron en el coche. Don Sinibaldo se sentó en el asiento de atrás, encajado entre Ventura Gassol y el comisario Contreras. Sintió en su costado el bulto metálico de su pistola, un contacto duro y desagradable. Junto al chófer, tomó asiento un policía de uniforme, muy alto y corpulento, de aspecto absolutamente disuasorio. El mismo *conseller* se ocupó de correr el cristal que separaba el habitáculo de los pasajeros del chófer.

Mientras el Dodge rodaba por la carretera de Ribas, pegada a las vías del Ferrocarril del Norte, el notario Palol puso en antecedentes al comisario Contreras.

El comisario Contreras, por su parte, le formuló algunas preguntas aclaratorias. Sí, había oído hablar del castillo de Requesens, de su famosa biblioteca y del cuadro de Goya que se guardaba en el pabellón de la Fontana. ¿Y que la puerta nunca se cerraba con llave? Lo protegía la maldición de la Dama de la Fontana. ¡Vaya, ésta sí que era buena! ¿Y don Alfonso de Montcada era el padre del comandante de su mismo nombre, preso en el *Uruguay?* Vaya, qué interesante. Sí, claro, era muy lógico que las turbas hubieran asaltado el castillo y asesinado a sus moradores. No sería el primer caso. El castillo de Montesquiu, por ejemplo. Al marqués de Juliá no le dio tiempo de escapar. Lo mataron mientras estaba desayunando en el jardín. Muy triste y lamentable, sí.

Don Sinibaldo miraba sin ver los destartalados arrabales de la gran ciudad por los que había pasado el viento huracanado de la revolución. Los muros de las fábricas, los almacenes y los talleres estaban pintarrajeados con consignas revolucionarias y vivas a la URSS. En la

distancia, creyó distinguir las altas chimeneas de Hilaturas Soler-Ribot, sobre las que no flotaban sus característicos penachos blancos. Se preguntó si alguna vez volverían a humear. Ahora estaban en manos de un comité de obreros. Un poco más allá, el tizón chamuscado del campanario de la iglesia de San Martín de Provensals lucía al claro sol de julio. La atmósfera era turbia y pesada, como si la brisa todavía no hubiera tenido tiempo de dispersar las humaredas de los incendios.

En el campo, las huellas del vendaval revolucionario no eran tan patentes. Sobre los rastrojos de los trigales flotaba una aparente normalidad. Pasada la fiebre revolucionaria de los primeros días, los campesinos que no se habían apuntado a las columnas libertarias y las patrullas antifascistas volvían a la rutina inflexible que imponen las labores agrícolas. Algunos saludaban al paso del coche con el puño en alto.

Pero los muros ennegrecidos de las iglesias de los pueblos por los que atravesaban bastaban para romper la ilusión de normalidad. Don Sinibaldo apartaba la vista con una mueca de horror. No se atrevía a abrir la boca, no fuera que el comisario Contreras simpatizara con los incendiarios. Ventura Gassol también guardaba un prudente silencio. Tal vez el espectáculo le avergonzara, pero no quería significarse delante del comisario ni del policía de la escolta.

En Granollers se detuvieron para almorzar en la fonda Europa, a dos pasos de su famosa plaza Porchada. El señor Parellada, el propietario, reconoció y saludó al *conseller* de Cultura de la Generalidad. Éste y el notario tomaron asiento ante un velador de mármol apartado del tumulto. El comisario Contreras y el policía habían hecho rancho aparte y se habían instalado en la barra. Un camarero con mandil hasta los pies les llevó sendos cafés y unas pastas.

Ventura Gassol miró a todos lados para asegurarse de que estaban a salvo de oídos indiscretos y se inclinó hacia adelante.

–¿Puedo ser sincero con usted, don Sinibaldo?

–Por supuesto, cuente con mi discreción más absoluta. – El notario se lo esperaba. Un simple vistazo a sus facciones descompuestas le había permitido adivinar de qué pie cojeaba el *conseller* y el drama personal que estaba viviendo. La situación no era nueva para él. En el ejercicio de su profesión se había encontrado con muchos casos

semejantes. No hacía falta ser un lince para comprender que los resortes mentales de Ventura Gassol habían saltado en mil pedazos-. Hable con toda confianza, se lo ruego.

–Ya no puedo más -empezó el *conseller* con voz sorda-. Un día de éstos voy a presentar mi dimisión. Lo que he presenciado estos días en Barcelona sobrepasa mi capacidad de horror. Jamás en la vida hubiera sospechado la bestialidad de la reacción popular. Ha sido como soltar una manada de hienas sedientas de sangre. Hace tres días tuve que enfrentarme a una cuadrilla de energúmenos que querían prender fuego a la catedral, yo, que nunca me las he dado de valiente. Estuve en un tris de que me mataran. Cosa que hubieran hecho, sin demasiados problemas de conciencia, si los mozos de escuadra de mi escolta no me hubieran protegido.

–Admiro su valor, señor Gassol, fue un gesto que le honra. La posteridad se lo agradecerá.

El *conseller* de Cultura levantó los ojos de su café, que no había probado, y le dirigió una mirada desesperada.

–Pero, dígame, don Sinibaldo, ¿qué podemos hacer con sólo trescientos mozos frente a los miles de salvajes que andan sueltos por ahí? – preguntó alzando un poco la voz para hacerse oír por encima del barullo reinante-. No podemos estar en todas partes, ni acudir con ellos en auxilio de todos los párrocos que nos llaman para pedir que no les quemen sus iglesias. ¡Y suerte que hemos podido salvar el monasterio de Montserrat! ¿Se imagina el descrédito que ese atentado habría significado para Cataluña?

–No quiero ni pensarlo.

–Es el cuento de nunca acabar, don Sinibaldo. Anteayer mismo, los milicianos fusilaron en la playa de Calafell a un puñado de hermanos de San Juan de Dios, cuyo único delito era cuidar niños tullidos abandonados por sus padres. – El *conseller* hizo una pausa para mesarse la melena-. Yo no soy un historiador de su talla, señor Palol, sólo un simple aficionado, pero siempre me ha interesado la Revolución francesa, y le puedo asegurar que lo que he presenciado estos días en Barcelona me ha servido para refrescar la memoria. Es como si la hubiera vivido en persona. Jamás pude imaginarme que el Terror implantado por Robespierre en París se reproduciría con la misma

ferocidad en Barcelona un siglo y medio después. Con muy ligeras variantes. Los recién creados tribunales populares han hecho las veces de los tribunales de Salud Pública franceses. En esta parodia de cortes de justicia, los criminales juzgan y condenan a los mismos jueces que los habían condenado a ellos. Los obreros, a sus patronos. Los criados, a los amos. Los deudores, a los usureros. Los automóviles han sustituido a la carreta, y el tiro en la nuca, a la guillotina. Eso sí, las sentencias de muerte no se cumplen en el solemne marco de la plaza de la Concordia, sino en las anónimas cunetas de la carretera de la Rabassada, en los descampados del Campo de la Bota y en el cementerio de Montcada. Los cadáveres de los ajusticiados, con una etiqueta al cuello que certifica su muerte por *traumatismo craneal* o *hemorragia interna,* se amontonan a diario en los sótanos del hospital Clínico. Es un espectáculo penoso, atroz. Pero todavía lo es más contemplar a sus atribulados deudos, que se atreven a ir a identificarlos.

El *conseller* hablaba a borbotones, con ganas de sacarse de encima el peso que lo agobiaba. El notario Palol lo escuchaba, consternado. A esas alturas de la revolución ya nada podía sorprenderlo.

–Nos equivocamos -terminó con amargura Ventura Gassol-. Aunque usted y yo militemos en campos diferentes, podemos entendernos porque somos personas civilizadas. Pero nunca con el populacho sediento de sangre que brama en la calle. Estamos en su poder, atados de pies y manos. ¿Sabe lo que le dijo ayer el presidente al comisario de Orden Público? *No sea usted imprudente, Escofet, es muy peligroso enfrentarse al pueblo. Nuestra posición es la de esperar a que pase la riada. Ya se cansarán. Las multitudes son inconstantes*. Éstas fueron sus palabras textuales, para que se vaya usted haciendo una idea de cómo está el patio. Los *faieros* me han amenazado de muerte si muevo un dedo en favor de los rebeldes.

–No sé si yo entro en esa categoría de personas, pero le agradezco mucho el gesto que ha tenido conmigo, señor Gassol.

–Considérelo como una modesta reparación por mi parte para compensar las salvajadas que cometen a diario mis correligionarios, si puedo llamarlos así.

–Un último ruego, señor Gassol.

–Usted dirá.

–Tengo que salir de España. Mi vida corre peligro.

–No me dice usted nada nuevo. Estos días, en la antecámara de mi despacho tengo cola de gente que viene a solicitar pasaportes para salir de España. Y se asombraría lo indecible si le dijera los nombres de algunos de los solicitantes. – Hizo una pausa para tomar un sorbo de café-. Déjelo en mis manos, don Sinibaldo. Yo mismo informaré de su caso a Federico Escofet. Deje pasar unos días y llámelo de mi parte.

–¿Adónde?

–A su despacho de la comisaría de policía de vía Layetana. ¿Tiene el número?

–Sí.

El *conseller* garabateó un número en una servilleta de papel y se la tendió.

–Éste es el de su domicilio particular. Una precaución que nunca está de más.

–Se lo agradezco infinitamente.

Don Sinibaldo pagó las consumiciones. Incluso las de los policías en la barra.

Volvieron al coche. El chófer esperaba junto a la puerta con la gorra en la mano.

Un control de las Milicias Antifascistas los detuvo en el cruce de Cuatro Carreteras entre Vic y Balenyá. Don Sinibaldo se encogió entre el comisario Contreras y Ventura Gassol, que asomó la cabeza por la ventanilla y se dio a conocer. El guión de la Generalidad en el guardabarros derecho del Dodge allanó los trámites.

–¡Adelante, camaradas! – saludó el miliciano, puño en alto-. Podéis seguir.

El *conseller* hizo un tímido intento de levantar el puño para corresponder al saludo. El comisario se limitó a emitir un vago gruñido de asentimiento.

Al cruzar el casco urbano de Vic, don Sinibaldo lanzó una mirada de reojo a la chamuscada torre románica de la catedral, cuya techumbre se había venido abajo y había sepultado entre sus escombros los titánicos murales del pintor Sert.

Lo primero que vio, nada más apearse en la plazuela porticada de Requesens, le cortó el aliento: un *¡Muerte a la zorra!*, pintarrajeado en la tiznada pared de lo que había sido la escuela de la aldea. Don Sinibaldo se tambaleó y retrocedió unos pasos, como la persona desprevenida que abre la puerta de un horno y siente en la cara una bocanada de calor abrasador. ¿Cómo era posible tamaña muestra de odio y de ingratitud?

El comisario Contreras se había desabrochado la americana y contemplaba los destrozos con los brazos en jarras y el aire de la persona que está curada de espantos. Los vecinos los miraban desde las puertas entornadas de sus casas. La llegada de un coche oficial sólo podía significar que la policía acudía a investigar el incendio del castillo, la iglesia y las matanzas que siguieron. Nadie quería hablar ni responsabilizarse de lo ocurrido. Aunque aquellos días habían sucedido cosas increíbles y la idea del orden parecía haber saltado rota en mil pedazos, era mejor no buscarse problemas con los representantes de la autoridad. Se tranquilizaron un poco cuando vieron que el comisario Contreras no hacía ningún gesto de sacar su bloc de notas para tomarles declaración. El comisario no iba a detener a nadie. Sólo quería formular algunas preguntas relacionadas con el incendio del castillo y la suerte corrida por sus moradores.

Después de muchas dudas y vacilaciones, la Eulalia de Cal Peixano se atrevió a dar la cara. Había reconocido al notario Palol, lo que la tranquilizó. La payesa habló, controlando a duras penas la indignación que la dominaba:

–¡Sí, yo le contaré a usted lo que ocurrió, señor policía! ¡Yo no me voy a callar como los cobardes de nuestros hombres, que no levantaron un dedo para impedir el atropello! ¡Sí, no me miréis así! ¡Sois un hatajo de cobardes! – La Eulalia respiró hondo para recuperar el aliento y prosiguió-: Cuando llegaron las noticias de la sublevación de los militares, los segadores, capitaneados por la mala bestia del Sisco, subieron al castillo y le prendieron fuego. Desde aquí se veían las llamas. De vuelta, cogieron a mosén Pau, al administrador del castillo, el pobre señor Suñol, que usted conoce muy bien, al mayoral de los segadores y a dos vecinos, el Joan de Ca La Elisa y el Quintí de Can Brutau (muy buenas personas las dos y que nunca faltaban a misa los

domingos), los ataron de pies y manos, los rociaron con gasolina, los encerraron en el interior de la ermita y le prendieron fuego. Los pobres murieron abrasados como pollos, juntamente con la ermita. Véala usted mismo, señor Palol. Da pena, la pobre. ¡Con lo bonita y arreglada que la teníamos! A doña Cecilia le daría un disgusto de muerte si pudiera verla ahora.

–¿Se sabe algo de ella? – preguntó el comisario Contreras.

Por lo que ella sabía, y se había comentado en el pueblo, la señora duquesa y sus dos hijos varones habían conseguido escapar en un coche, después de abrirse paso a tiros a través de una barrera que habían tendido los segadores y los obreros de la tejería de Manlleu.

Don Sinibaldo la interrogó.

–Dice usted que doña Cecilia y los dos chicos consiguieron escapar…

–Sí, así es.

–¿Y qué se sabe de don Alfonso? ¿Y de su nieta? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Sabe usted algo?

La Eulalia de Cal Peixano ignoraba lo que había sido de don Alfonso y de su nieta. Quizá hubieran muerto abrasados, pero no podía asegurarlo. Nadie había querido subir al castillo a averiguar lo ocurrido. Pero, por las caras de susto que pusieron los aldeanos, el notario se temió lo peor. Le sugirieron que fuera él mismo a comprobarlo. Sólo el convincente argumento de una buena recompensa en metálico decidió a un par de mozos a acompañarlos. Por indicación suya, se echaron sendas palas y azadones al hombro y cogieron por un atajo que evitaba las revueltas del camino. Le había asaltado una terrible premonición.

El *conseller* los invitó a subir al coche y emprendieron la subida al castillo. En la primera revuelta, el chófer tuvo que frenar para no chocar contra un gran cedro atravesado en el camino. El comisario Contreras se apeó.

–Esto confirma lo que ha dicho aquella buena mujer -dijo echando un vistazo a los cristales astillados esparcidos por la calzada y unos cartuchos disparados. Se agachó, recogió uno y se lo llevó a la nariz-. Todavía huele a pólvora -comentó-. Pero sigamos.

El chófer maniobró hábilmente, rodeó el obstáculo y enfiló la alameda final.

El notario Palol palideció cuando divisó los chamuscados muros del castillo a través de las frondas del parque.

–¡Dios mío! – susurró, asustado.

El *conseller* se llevó las manos a la cabeza.

El coche cruzó la explanada y se detuvo frente al portalón de entrada. El chófer mantuvo la puerta abierta para que se apearan el *conseller* y el notario. El comisario Contreras bajó por la otra y se ajustó el sombrero con ademán resuelto.

–¿Entramos? – preguntó.

Los cuatro hombres sortearon como pudieron las vigas calcinadas y los cascotes que alfombraban el zaguán y salieron a la plaza de armas, una superficie devastada y ennegrecida. El olor a humo lo impregnaba todo. La torre del homenaje, los recios muros almenados y las paredes maestras habían aguantado la furia de las llamas y se habían mantenido firmes. Pero gran parte del interior se había desplomado. Los suelos y los artesonados de roble habían ardido como una pira. Una montaña de cascotes sepultaba la biblioteca. Si había cadáveres a la vista, no pudieron descubrirlos.

Ésta era la opinión del comisario Contreras:

–Lo siento. Haría falta una brigada entera para remover los escombros trabajando día y noche durante un mes.

–Quizá encontremos algo en La Fontana -sugirió el notario, esperanzado.

El comisario se encogió de hombros, pero siguió tras él cuando enfiló la rampa de La Fontana. Los mozos, que habían llegado entonces, siguieron tras ellos. El policía grueso cerraba la comitiva y había soltado el cierre de la pistolera. Él no creía en fantasmas, pero tener el arma a punto era una precaución que nunca estaba de más.

La puerta del pabellón estaba abierta. Y la cerradura, destrozada y chamuscada.

–Un escopetazo a menos de un metro de distancia -dictaminó con autoridad el comisario Contreras, que se inclinó para recoger unos perdigones chafados y se los enseñó al notario.

–¿Y dice usted que la puerta nunca se cerraba con llave?

–Nunca -contestó don Sinibaldo.

–Pues alguien lo hizo esta vez -dijo el comisario-. Por dentro. Alguien que tendría mucho miedo. Vamos a entrar.

Después de asegurarse de que la pistola estaba en su funda sobaquera, el comisario Contreras franqueó resueltamente el umbral del pabellón.

El notario, el *conseller* y el policía entraron tras él, pero los dos mozos se quedaron junto al estanque.

La vaharada pestilente que le dio en la nariz al comisario confirmó sus sospechas. Registró rápidamente el interior con la vista y no tardó mucho en descubrir un cadáver tendido en el suelo, boca abajo, con la cabeza reposando en un charco de sangre seca y negra, al pie del cuadro que se suponía era de Goya. En su mano derecha aferraba un Colt azulado de un diseño un tanto anticuado. El cadáver estaba en avanzado estado de putrefacción. Una nube de zumbadoras moscas verdes se paseaba por las negras cuencas de los ojos.

Don Sinibaldo se llevó las manos a la boca con un gesto de horror y cayó de rodillas junto al cadáver de su amigo.

–¡Dios mío!

–¿Don Alfonso de Montcada? – inquirió el comisario a su espalda.

El notario asintió con la cabeza. Se había quedado sin habla.

El *conseller,* muy pálido, se había apoyado en el quicio de la puerta y parecía a punto de vomitar.

El comisario y el grueso policía procedieron a registrar la lujosa estancia.

Lo primero que llamó la atención del comisario Contreras fueron los fragmentos de hueso, restos de masa encefálica y sangre coagulada incrustados en el marco de oro del cuadro de Goya, procedentes, sin lugar a dudas, de la cabeza de la víctima número uno. Sin molestarse en emplear el pañuelo reglamentario, le desprendió el Colt que aferraba su mano derecha. Por pura rutina, se lo llevó a la nariz y olisqueó el cañón. Luego, con un movimiento rápido que demostraba gran familiaridad con las armas de fuego, abrió el tambor y le echó un rápido vistazo. Faltaban dos balas. Al lado de una butaca volcada encontró restos de tela de lo que parecía ser una falda femenina y una cinta de terciopelo azul de las que empleaban las jóvenes para sujetarse

el pelo a la nuca, con cabellos rubios adheridos, como si alguien hubiera tirado con fuerza de la misma. Se los mostró al notario Palol.

–¿Los reconoce usted?

Don Sinibaldo reconoció en el acto la cinta de terciopelo azul de Blanca. Se puso lívido.

–Sí, es de Blanca, la nieta de don Alfonso -susurró.

–Señor comisario -avisó entonces el policía, que buscaba por el otro lado-, convendría que echara un vistazo a esto.

El comisario se dirigió a donde le indicaba su subordinado. Al otro lado de una mesa de billar, al pie de un ventanal, y medio oculto por un cortinaje desprendido de sus anillas, yacía, boca abajo, un segundo cadáver, un hombre de mediana edad, segador o jornalero, a juzgar por sus ropas ajadas. El comisario le dio la vuelta con el pie para verle la cara. Presentaba un limpio orificio de bala en plena frente. La que correspondería, con toda seguridad, a uno de los disparos efectuados por el Colt encontrado en la mano de la víctima número uno. ¿Adónde habría ido a parar la segunda? Cabía suponer que la víctima número uno hubiera efectuado un primer disparo que no dio en el blanco. Cosa que dudaba. El comisario tampoco se molestó en buscar las huellas del impacto de la bala en la pared. En las presentes circunstancias no valía la pena tomarse tantas molestias. Aquel asesinato era un crimen más de los muchos que se cometían a diario en aquellos días en Cataluña. Junto al cadáver del presunto jornalero había una vieja escopeta de caza, con los dos cartuchos en la recámara. Intactos. Los que no había llegado a disparar contra la víctima número uno, que lo habría fulminado con un disparo de su Colt en la frente, sin darle tiempo a llevarse la escopeta a la cara. Y que, a su vez, resultó alcanzada por una perdigonada de su cómplice situado a su espalda. Porque, a pesar de lo que había contado el notario Palol, y de la curiosa atmósfera de ultratumba que se respiraba en aquella suntuosa pieza, el comisario Contreras se resistía a creer en fantasmas asesinos que disparaban escopetas de caza del calibre doce. La realidad era mucho más prosaica que las leyendas. En un momento, ató cabos, reconstruyó mentalmente el crimen y expuso al atribulado hombrecillo que lo acompañaba su versión de los hechos:

–Por lo visto, la joven de la cinta azul se encerró, con llave, en el interior del pabellón. Por lo que dice usted, debía de ser la primera vez que se hacía en dos siglos. Los asesinos pulverizaron la cerradura de un escopetazo y fueron a por ella. Justo entonces, entró don Alfonso. Nada más pisar el umbral, disparó al muerto que está al pie de aquel ventanal -lo señaló con el dedo-, sin darle tiempo a disparar su escopeta. Le acertó en plena frente, como usted puede comprobar. Un buen disparo, sí señor. Pero, desgraciadamente, no se percató de una segunda persona, a su espalda, que le disparó a su vez, a muy pocos metros de distancia, como puede deducirse por el impacto de los perdigones en la nuca. El hecho de que en el tambor del Colt de la víctima número uno falten dos balas puede interpretarse como que ésta hubiera efectuado un segundo disparo que no llegó a alcanzar a su asesino. Si nos tomáramos la molestia de buscar, quizá, en el techo, o en las paredes, encontraríamos el impacto de la bala. Pero lo dudo mucho. El balazo en la frente de la víctima número dos indica que se trataba de un tirador de primera. En cualquier caso, el detalle no tiene mayor importancia. Una vez cometido el crimen, y le ruego me excuse por exponérselo tan crudamente, señor Palol, el asesino de don Alfonso violó a su nieta, como se infiere de los jirones de su falda y esta cinta de terciopelo azul. Consumada la violación, lo más seguro es que subiera al castillo a ayudar a sus secuaces a prenderle fuego.

–¿Y Blanca? ¿Se la llevó con él?

–Lo dudo mucho. En las presentes circunstancias, cargar con una joven conmocionada habría sido un engorro.

–¿No la mató?

–Lo ignoro -respondió el comisario, que se entretuvo un momento para encender un cigarro. Echó una bocanada de humo-. Lo cierto es que aquí no está su cadáver. Hemos registrado la estancia a fondo, sin resultado. Usted mismo puede verlo.

–¿Y por qué no acabó con ella? – preguntó don Sinibaldo, extrañado.

El comisario se encogió de hombros.

–Los asesinos son unos sujetos imprevisibles, desconcertantes en grado sumo. Quizá se conformara con violarla.

El notario Palol movió la cabeza con un gesto de duda.

–La odiaba a muerte. Y a don Alfonso. Y a toda su familia.

–¿Quién la odiaba? – preguntó el comisario.

–Su violador, el Sisco, no puede ser otro. Un sujeto malcarado y pendenciero que siempre estaba creando problemas.

–¿Usted lo conocía?

–¿Al Sisco? De vista, claro.

El comisario frunció el ceño.

–Podría tratarse de la misma persona. Es muy posible. Todo parece encajar. Aquella mujer del pueblo dijo que los segadores subieron al castillo a prenderle fuego, y el tal Sisco y su compinche, la víctima número dos, debieron de aprovechar la ocasión para bajar a La Fontana para robar el cuadro de Goya. ¿Para qué si no? Y al encontrarse a la joven, la violaron. Y asesinaron a don Alfonso, que acudía en su ayuda.

–Pero no se llevaron el cuadro.

–No, en eso le doy la razón. Seguramente el Sisco decidió dejarlo en su sitio para volver luego y robarlo sin testigos -el comisario se había acercado al famoso cuadro y lo miraba con mucho detenimiento-. Menudo genio debía de gastar la buena señora -comentó en voz alta.

–¿Por qué lo dice usted? – preguntó el notario.

–Por la expresión de su cara. ¿No la ha visto usted?

A don Sinibaldo le sorprendió el cambio operado en las facciones de la castellana de Requesens, otrora apacibles y risueñas. En el fondo de las pupilas de aguamarina de Elisenda de Montcada relampagueaba un inquietante ramalazo de furia maligna y vengativa.

–Pues es verdad. No me había fijado hasta ahora -reconoció don Sinibaldo, que interrogó largamente con la vista a Elisenda de Montcada.

Pero los airados ojos de la castellana de Requesens le devolvieron la mirada sin desvelar el secreto del sangriento drama ocurrido entre aquellas cuatro paredes doradas. Sintió que se le erizaba el pelo del cogote. ¿Sería verdad la leyenda de la Dama de la Fontana? ¿Volvería algún día el fantasma de Elisenda de Montcada a surgir de las aguas para vengar la muerte de su biznieto y la violación de su tataranieta?

El comisario Contreras paseó la vista por la estancia por si se le hubiera escapado algún detalle revelador. Luego se dirigió a don

Sinibaldo.

–En las presentes circunstancias, la secuencia lógica de los acontecimientos no tiene mayor importancia. El resultado sigue siendo el mismo. Yo le aconsejaría que no le diera más vueltas al asunto, señor Palol. Son conjeturas que no tienen la más mínima relevancia, ni para su amigo, ni para su nieta.

–Sí, claro, tiene usted razón. ¿Me podría quedar su cinta del pelo y el jirón de su falda?

–Por supuesto -accedió en el acto el comisario-. Aquí los tiene usted. Aunque se trata de pruebas circunstanciales de la máxima importancia, en los tiempos que corren me temo que ningún juez las va a reclamar. Están desbordados de trabajo -terminó con retintín el policía-. O en la cárcel.

Don Sinibaldo recibió ambas prendas con el mismo temor y reverencia que un cruzado de Godofredo de Bouillon hubiera dispensado a un fragmento del Lignum Crucis. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en la agonía que habría sufrido su infeliz sobrina. Las envolvió en un pañuelo y se lo guardó en el bolsillo interior de su raída americana de dril; una prueba más de la alucinante aventura revolucionaria que estaba viviendo. Jamás hubiera imaginado que él, un pacífico estudioso de la historia, un día sería protagonista de la misma y presenciaría, con sus propios ojos, una verdadera revolución con todo su cortejo de horrores y atrocidades.

El comisario acabó de garabatear unas notas en su bloc y se lo guardó en el bolsillo.

–Creo que podemos dar por cerrada la investigación. Asesinato múltiple seguido de violación, sin rastro de la joven violada ni de su cadáver.

–¿Cree usted que consiguió escapar?

El comisario volvió a encogerse de hombros.

–Es posible. Es lo más que le puedo decir.

–¿No se suicidaría en el estanque de ahí afuera? – preguntó el notario con un hilo de voz.

–¿Qué le hace pensar eso?

–La leyenda que le he contado antes. Hace referencia precisamente a la maldición de la Dama de la Fontana.

–Vamos a comprobarlo. No cuesta nada.

Pero el registro del estanque resultó infructuoso. Bajo sus claras aguas no aparecía el cuerpo de ningún ahogado. Todo estaba en orden y el agua continuaba goteando apaciblemente de la boca de los tritones.

–¿Está más tranquilo ahora, señor Palol? – preguntó el comisario.

Don Sinibaldo tuvo que rendirse a la evidencia: Blanca había desaparecido, como tragada por la tierra.

–Quizá lograra ponerse a salvo -musitó, esperanzado.

–¿Y por qué no? – lo animó el comisario-. Los violadores nunca se llevan a sus víctimas consigo. Las dejan abandonadas, tiradas en el suelo. Si hubiera querido matarla, lo habría hecho, téngalo por seguro, y habríamos encontrado su cadáver. Con toda probabilidad, la joven debió de escapar.

Mientras tanto, el policía de escolta había vuelto del coche con un cartel que le había pedido el *conseller,* y lo estaba clavando con un martillo en la puerta del pabellón. Decía: *«Propietat de la Generalitat de Catalunya. Respecteu-la.»*

El comisario lo contempló burlonamente.

–Señor Gassol, no vale la pena que se tome tantas molestias. ¡Para lo que sirven estos carteles!

–Por lo menos se enterarán.

–Es usted demasiado crédulo, señor Gassol. Los incontrolados se lo pasarán por el forro de los cojones, con perdón.

Entre el policía, el comisario, el *conseller* y don Sinibaldo, arrastraron los cadáveres a la puerta del pabellón. Los dos mozos se habían negado en redondo a entrar para echarles una mano, pero una vez fuera, se prestaron a subirlos hasta el parque del castillo, en donde cavaron a toda prisa una fosa al pie de la más frondosa de las dos secuoyas gigantes.

Los enterraron juntos, de cualquier manera, sin ceremonias ni responsos. El viejo hidalgo y el oscuro labriego, enfrentados en la vida y unidos en la muerte.

Don Sinibaldo caviló que el Destino había complacido a su amigo, ahorrándole una vulgar muerte en la cama, un pensamiento que lo sublevaba, como muchas veces le había confesado:

–¿Morir en la cama? ¡Qué tontería, Sinibaldo! Ni que fuera una panacea. Los hombres debemos morir de pie, con una espada en la mano. Un privilegio que raramente los dioses conceden a los mortales.

–¿Plutarco? – había preguntado él.

–No, cosecha propia -había respondido Alfonso burlonamente.

Los hados le habían sido propicios. Alfonso había muerto valientemente, no con una espada en la mano, como habría sido su deseo, pero sí empuñando un viejo Colt americano, que para el caso era lo mismo. En defensa de una dama. De su nieta Blanca, por la que sentía especial debilidad. Como él mismo. ¡Pobre niña! ¡Qué atroz destino el suyo!

Después de que los mozos hubieron aplanado el pequeño túmulo de tierra con las palas, don Sinibaldo, descubierto, rezó un apresurado padrenuestro por su quijotesco y temerario amigo, por su nieta, por Cecilia, por Gonzalo y por el viejo mundo de Requesens, golpeado por el puño de hierro de la revolución.

El *conseller,* el comisario Contreras y el policía de la escolta, retirados unos pasos, guardaron un respetuoso silencio.

Los mozos, después de haber cobrado las propinas prometidas, salieron a escape, abandonando las herramientas, como si estuvieran contaminadas y no quisieran llevarse consigo la maldición de la Dama de la Fontana, que guardaría el cuadro de Goya hasta la consumación de los siglos. Cuando contaran en el pueblo lo que habían visto, la gente pegaría un respingo y se santiguaría a toda prisa. A escondidas, claro. Y una renovada oleada de miedo se propagaría por el señorío y las comarcas colindantes. Nadie iba a poner los pies en el pabellón de La Fontana mientras durara la guerra.

El largo viaje de vuelta a Barcelona le sirvió al notario para reflexionar con más calma. Era verdad que la pobre Blanca, la niña de los ojos de su padre, había sido violada por un salvaje. Pero, por lo menos, todos los indicios apuntaban a que había logrado huir y ponerse a salvo. ¿En alguna masía de algún aparcero fiel, de los muchos que tenía su difunto amigo? ¿En «La Encina» por ejemplo? Una corazonada que no convenía descartar, un resquicio para la esperanza.

Otra relativa buena noticia, entre tanta desgracia y calamidad, era que Javier, Cecilia y Gonzalito habían conseguido escapar. Pero

¿adónde? Evidentemente, no en dirección a Barcelona, sino en dirección contraria. A Francia, con toda seguridad, a través de los Pirineos. ¿Hasta Palau de Cerdaña, donde les habían ofrecido refugio los señores de Clermont? ¿Y por qué no? Era una mera conjetura, pero don Sinibaldo conocía sobradamente a Javier y sabía de lo que era capaz el chico. En varias ocasiones le había rondado por la cabeza ponerse en contacto telefónico con Hubert. Pero había desistido en seguida: a esas alturas de la revolución, todas las conferencias internacionales estarían espiadas, controladas y registradas, y las patrullas de control no habrían tardado ni diez minutos en localizarlo y darle caza.

Los camiones subían a marcha lenta por el centro de la calzada del paseo de Gracia. El rugido de sus motores enardecía al público, que saludaba puño en alto a los expedicionarios. *Los leones del Clot, Los hijos de la Pasionaria, Los chacales de la revolución,* y otras pintorescas partidas revolucionarias respondían a sus aclamaciones blandiendo los fusiles por encima de sus cabezas. Tras improvisados parapetos de colchones (se decía que la lana desviaba las balas), asomaban los cañones de las ametralladoras arrebatados a los militares sublevados. La marcialidad brillaba por su ausencia. No había dos milicianos que vistieran igual. Aunque el mono azul de mecánico era la prenda más comúnmente utilizada, muchos iban sumariamente vestidos con camisetas y taparrabos, y sus únicas prendas militares eran el casco de acero y las cartucheras repletas de peines. Unos pocos se tocaban con picudos gorrillos cuarteleros y exhibían pañuelos rojinegros al cuello. Los guardias de Asalto que los acompañaban habían prescindido de sus guerreras azules y habían adoptado un aire proletario. Tampoco faltaban mujeres armadas vestidas igualmente con monos azules de mecánico. De acuerdo con la consigna *Hagamos la guerra ahora y dejemos la revolución para después,* muchos milicianos, conscientes de la peligrosa amenaza fascista a sus espaldas que significaba Zaragoza, la habían secundado y se habían apuntado a la columna de castigo. La muchedumbre los animaba con sus gritos:

–¡A Zaragoza, valientes!

–¡A cascar a los rebeldes!

–¡No dejéis uno con vida!

El notario Palol los contemplaba a través de los visillos entornados de su tribuna del primer piso del hotel Majestic. Y tuvo que frotarse varias veces los ojos para convencerse de lo que estaba viendo. ¡Su querido y señorial paseo de Gracia, convertido en una grotesca y amenazadora rúa revolucionaria!

Los vítores se reprodujeron con renovado entusiasmo cuando desfiló Durruti a bordo de un soberbio Mercedes-Benz descapotado requisado quién sabe dónde. En el rostro del gran jefe anarquista se reflejaba el orgullo de aquella hora suprema. Lo acompañaba el comandante Pérez Farrás, *cap de Milícies de la Generalitat,* en calidad de asesor militar, quien se había despojado del vistoso uniforme de los Mozos de Escuadra y ahora vestía el obligado mono proletario cruzado por el correaje militar.

Cuando llegó a la altura de la tribuna presidencial, Durruti saludó con el puño cerrado al presidente Companys, que lo miró ansiosamente y le devolvió el saludo:

–¡Viva Durruti!

Al notario tampoco le pasaron por alto los rubios atletas de la frustrada Olimpiada Popular, encuadrados en la Centuria Thäelmann, extrañamente graves y disciplinados. Su jefe, Hans Beimler, ex diputado del Reichstag y excautivo del campo de concentración de Dachau, saludaba militarmente llevándose el puño cerrado a la sien derecha, al estilo del Rot Front alemán. Su frente amplia y sus ojos ligeramente achinados le prestaban cierto parecido con Lenin, lo que, indudablemente, complacía a sus hombres y a la multitud que lo aclamaba como al esforzado paladín venido a España para luchar por las libertades del pueblo trabajador.

Los últimos en desfilar fueron una cuadrilla de hombres del campo, a juzgar por lo atezado de sus semblantes, arracimados en las cajas de dos camiones, en cuyos costados alguien había escrito con toscos brochazos *Los Segadores del Maestrazgo.* Los precedía un Rolls-Royce plata y granate, en cuyo estribo iba, de pie, un sujeto malcarado, con la cara picada de viruelas, saludando con el puño cerrado. Tras unos segundos de estupor, don Sinibaldo reconoció el coche. ¡El Rolls de su amigo Alfonso! ¡Y el sujeto montado en el estribo no podía ser otro que el Sisco! Experimentó un profundo sobresalto: estaba contemplando al

asesino de su amigo Alfonso y al violador de Blanca, su nieta. Se le nubló la vista y, de no haber estado apoyado en el quicio de la ventana, se habría caído al suelo. Así permaneció largo rato, conmocionado, hasta que el ruido y el griterío de la grotesca mascarada se hubieron perdido en la distancia, en dirección al Cinco de Oros, para enfilar la Diagonal y la carretera de Zaragoza.

Aquella misma noche, don Sinibaldo bajó a recepción, se encerró en una cabina telefónica y marcó el número de teléfono que le había apuntado Ventura Gassol en una servilleta de la fonda Europa.

–¿Don Federico Escofet?

–Yo mismo. ¿Con quién hablo?

–Con Sinibaldo Palol de Revardit. Sentiría haber interrumpido su cena, señor Escofet.

–¡Qué va! Estaba escuchando las fanfarronadas de Queipo de Llano por Radio Sevilla. Hoy se le notaba más achispado de la cuenta. Está claro que el hombre le da a la manzanilla que da gusto.

–¿Usted escuchando a Queipo de Llano?

–Sí, ¿por qué no? Así me entero de los planes de los rebeldes. Y cambiando de tercio, Ventura Gassol me ha hablado de su caso. Asunto resuelto.

–¿Tan rápido?

–Señor Palol, yo no soy una persona que se olvida de los favores que le han hecho a uno.

–Señor Escofet, en ningún momento lo he mencionado.

–Ya lo sé, porque usted es un caballero. Y yendo al grano: el próximo jueves, uno de agosto, un carguero alemán, *Baden* de nombre, recalará en el puerto de Barcelona, y su capitán está conforme en admitir a bordo a un puñado de refugiados. *Emigrados,* según la terminología de la Revolución francesa. Entre ellos encontrará mucha *gente conocida.* Claro que no debe esperar ninguna comodidad a bordo. Es un simple carbonero destinado a Génova. ¿Se ajusta a sus deseos?

–Como anillo al dedo. Me embarcaría en una cáscara de nuez. Y Génova me parece un destino muy apropiado. Pero, como usted comprenderá, señor Escofet, en mi actual situación tengo el tiempo muy justo y ciertas dificultades para hacerme con el billete del pasaje.

–No se preocupe, el consulado alemán se ha hecho cargo de todos los gastos. ¿Tiene usted su pasaporte en regla?

–Sí.

–Tráigalo, y yo mismo me ocuparé de hacerle estampar el visado de las Milicias Antifascistas, el único válido para salir de España.

–¿Puedo preguntar a qué se debe semejante muestra de clemencia y magnanimidad?

–Pues a que varios *consellers* han presionado al presidente Companys para que facilite la huida al extranjero a muchas y muy significadas personas de derechas, usted entre ellas, para evitar que las asesinen, en una palabra. – El comisario de Gobernación hizo una pausa-. En el fondo tenemos buenos sentimientos y no somos tan bestias como nos pinta la propaganda facciosa.

–No pasarán muchos años sin que la Historia les pase factura de este baño de sangre que han permitido, una verdadera vergüenza para Barcelona que, si antes era la Ciudad de las Bombas, desde ahora será la Ciudad de los Asesinatos al por mayor.

–No hemos podido evitarlo, don Sinibaldo, los anarquistas nos han desbordado, son grupos de incontrolados…

–… que ustedes fueron los primeros en armar.

–¿Y qué quería usted que hiciéramos, si queríamos impedir que los militares nos ganaran por la mano?

–Los militares no habrían quemado ninguna iglesia ni asesinado al obispo Irurita, por citar un solo asesinato de los miles que han cometido sus amigos.

–Ya le digo que hicimos lo imposible por evitarlo.

–Todo lo que usted quiera, pero lo cierto es que, con su permisividad y su falta de autoridad se han ganado la enemiga de la mitad de los catalanes, como mínimo, incluidos muchos catalanistas. No quiero ni pensar lo que hubiera ocurrido si llegan a prender fuego a la abadía de Montserrat.

–Los pudimos parar a tiempo.

–Una gota en un océano. Con las iglesias que han llegado a quemar y los curas que han asesinado, se han cubierto de gloria, y lo único que han conseguido es que, desde ahora, los mejores catalanes se pongan

del lado del general Franco. En resumidas cuentas: que han perdido la guerra.

–Eso está por ver.

–¿No ha oído lo que ha dicho el general Mola?

–¿Y no sabe usted que está prohibido escuchar la radio facciosa? – preguntó burlonamente el comisario de Gobernación.

–¿Me va a detener por eso?

–¿Qué ha dicho, si se puede saber?

–Que Madrid va a caer el día menos pensado en manos de los nacionales gracias a las cuatro columnas que convergen hacia la capital, más una quinta que está dentro de la ciudad.

–Bravatas.

–Tiempo al tiempo, ya me lo dirá usted.

El notario hizo una pausa y tragó saliva. Después preguntó:

–¿Sabe algo de Gonzalo de Montcada? ¿Está herido?

–No, que yo sepa.

–¡Pobre Gonzalo!

–¿Lo quería usted mucho, verdad? – preguntó el comisario, dándolo ya por muerto.

–Sí, era mi ahijado.

–Don Sinibaldo, no se lamente ahora. Les advertimos mil veces a los militares del riesgo y la responsabilidad en los que incurrían al sacar las tropas a la calle. Pero no nos hicieron el más mínimo caso. Ellos mismos se echaron la soga al cuello. Fueron unos verdaderos insensatos. – Una pausa-. Señor Palol, pásese el jueves por la comisaría de vía Layetana y pregunte por el comisario Chicote, que se hará cargo de todos los trámites, incluido el visado del Comité de Milicias Antifascistas, y los conducirá al *Baden,* que encontrarán atracado en el muelle del Carbón. Y, sobre todo, no se olvide de su pasaporte. Le deseo buen viaje y mucha suerte.

A última hora de la tarde del miércoles, don Sinibaldo se endosó su disfraz de honrado menestral, salió a la calle, cogió el metro en Aragón, se bajó en Fontana y se dirigió hacia la plaza del Diamante de Gracia para cumplir la última gestión que tenía que hacer antes de abandonar España. La última pero no la menos importante. *Last but not least.*

Pocos minutos después, pulsaba el timbre del segundo primera de la modesta casa de vecindad, como todas las del barrio, donde vivía su oficial de notarías. Pudo oír cómo se corría la mirilla de la puerta y era observado con desconfianza por unos ojos invisibles. Tras unos segundos se descorrió el cerrojo y el propio señor Gratacós, en bata y zapatillas, lo invitó a pasar.

–¡Don Sinibaldo! ¡Disfrazado así no lo había reconocido! ¡La ansiedad que nos ha hecho pasar usted no es para describirla! ¡No sabíamos cómo podíamos contactar con usted!

–No hace falta que le diga que mi notaría ha sido asaltada y saqueada -contestó don Sinibaldo-. Lo mismo que mi domicilio. De momento estoy refugiado en el hotel Majestic con las pocas pertenencias que he logrado salvar. Soy un prófugo de la *justicia,* y declarado persona non grata. Mis cuentas bancarias han sido intervenidas y canceladas.

El señor Gratacós se llevó las manos a la cabeza.

–¡Dios mío, cómo nos hemos de ver! Pero, por favor, pase, toda precaución es poca. Ahora mismo aviso a mi señora.

La señora Gratacós salió de la cocina, lo recibió con los mismos aspavientos que su marido y lo invitó a tomar asiento en la butaca de una salita en cuya pared clareaba el espacio donde había lucido la ingenua policromía de una Virgen de Montserrat, que se había apresurado a poner a buen recaudo. Lo mismo que el grabado de la *Ultima cena* que presidía el comedor.

–Espero que nos haga el honor de cenar con nosotros.

–Le estaré muy agradecido.

–Si no le importa esperar a que lleguen Rafaelito y la Montserrateta. No pueden tardar mucho.

–En absoluto.

Mientras esperaban la llegada de los chicos, don Sinibaldo puso al corriente de sus andanzas a su oficial de notarías, que se lo quedó mirando como si lo viera por primera vez.

–¡Me deja usted pasmado, don Sinibaldo! ¡Jamás le hubiera imaginado capaz de semejante osadía! Y perdone la franqueza. Si los milicianos lo descubren, lo matan allí mismo.

–Tenga usted en cuenta -dijo el notario a modo de disculpa- que viajaba en un coche oficial y con el *conseller* de Cultura de la Generalidad.

–Todo lo que usted quiera.

Los señores Gratacós se quedaron consternados cuando les informó del asesinato de don Alfonso y del incendio del castillo de Requesens.

–¿Y qué se sabe del resto de la familia?

–Parece ser, y digo parece ser porque no hay nada seguro, que doña Cecilia y los chicos consiguieron escapar a no se sabe dónde. En cuanto a Blanca, en el pabellón de La Fontana encontramos restos de su falda y la cinta del pelo. – El notario bajó la voz hasta reducirla casi a un susurro-. Según todos los indicios, parece que fue violada por un segador.

La señora Gratacós se llevó las manos a la boca con un gesto de espanto.

***-Déu meu! Quina desgràcia més horrible!* ¡Lo que me faltaba por oír en la vida!**

La señora Gratacós aún no se había repuesto del dantesco espectáculo de las llamaradas surgiendo por las ventanas de la cercana iglesia de los Josepets y de la horripilante mascarada de los incendiarios celebrando una parodia de misa, revestidos grotescamente con estolas y casullas, y las pistolas al cinto, entre blasfemias, eructos y risotadas.

–¡Qué espanto, señor Palol, qué espanto! ¡Jamás pensé que un día podría ser testigo de un espectáculo semejante! Y suerte que el pobre mosén Jaume pudo escapar a tiempo, que si no… -Se inclinó hacia adelante y añadió, bajando la voz-: Está escondido en el piso de arriba de esta misma escalera. El pobre está muy afectado. Se ha quedado sin habla. Pero los señores Mercadal no se atreven a llamar a un médico, no sea que un vecino se entere y los denuncie a las patrullas de control de la FAI.

–Lo ocurrido estos días en Barcelona clama al cielo -se lamentó el señor Gratacós-. Semejantes desmanes jamás los habría tolerado el presidente Macià, que éste sí que era un verdadero señor, y no el fantoche que tenemos ahora… Una vergüenza, una salvajada que ha deshonrado a Cataluña a los ojos de toda Europa.

Don Sinibaldo rechazó su invitación para quedarse en su casa, escondido, el tiempo que fuera.

–Muchas gracias, señor Gratacós. Mañana mismo embarco en un carbonero alemán con destino a Génova. Lo que sí voy a pedirle, señor Gratacós, es que cualquier noticia, un simple rumor, referente a Blanca, la nieta de don Alfonso, me la haga llegar a esta dirección de monsieur de Clermont, en París, que aquí le dejo apuntada -don Sinibaldo le tendió una tarjeta-. En clave, por supuesto. Por ejemplo, puede decir que la paloma ha vuelto al palomar. O lo que se le ocurra. El señor de Clermont me la hará llegar a mí y yo ya sabré leer entre líneas. ¿Queda claro?

–Muy claro, cuente con mi discreción.

Cuando llegaron los hijos del matrimonio, pasaron al comedor contiguo y tomaron asiento a una mesa iluminada por la luz de una lámpara verdosa con colgajos de cristal que tintineaban al paso de los tranvías que bajaban por la cercana calle de Salmerón.

–No se haga muchas ilusiones, señor Palol -se creyó obligada a excusarse la señora Gratacós cuando sacó a la mesa un pastel de patata y col trinchada aderezado con tiras de tocino fritas-. En el mercado no se encuentra nada de nada. ¡Y a qué precios!

–No tiene por qué excusarse, señora Gratacós. Se come lo que hay. Además, yo como como un pajarito.

Sin embargo, Monserrat y Rafaelito, el benjamín de la familia, entraron a saco en las copiosas raciones de pastel que les sirvió su madre.

Monserrat (Montserrateta, como acostumbraba llamarla la autora de sus días) era una chica muy seria y responsable, empleada a jornada completa en Santa Eulalia, la prestigiosa *boutique* del paseo de Gracia, pero por las noches asistía a unos cursillos de confección en la Academia Cots, porque tenía la idea fija de abrir su propio taller de costura y crear sus propios modelos. Buen gusto no le faltaba. El año anterior había sido elegida reina de los Juegos Florales de Gracia.

Rafaelito era un chico muy espabilado que acababa de aprobar con nota el tercer curso de bachillerato en los Hermanos de la Doctrina Cristiana. De momento no tenía las ideas muy claras sobre su futuro, y don Sinibaldo se abstuvo de formularle la pregunta idiota que saca de

quicio a los chicos: *¿Y tú qué quieres ser cuando seas mayor?* ¡Qué va a saber un chico de trece años! Bombero, maquinista de tren, futbolista, cualquier cosa.

En cualquier caso, sus proyectos estaban en el aire, a merced del curso que pudieran tomar los acontecimientos. Roto el hielo inicial, ambos hermanos se habían franqueado con él. Don Sinibaldo tenía debilidad por los chicos que él no había tenido, y ellos lo presentían en el acto.

A las diez, después de que hubo rehusado una copita de malvasía, el señor Gratacós lo acompañó a la puerta, y mientras se calaba la gorra, le susurró al oído:

–No pase usted cuidado, don Sinibaldo, me acuerdo de su encargo, y en cuanto tenga la menor noticia de Blanca se la haré llegar sin falta a monsieur de Clermont, tal como usted me ha indicado. Y que Dios lo acompañe.

–Lo mismo digo. Y cuídense.

Un sol de justicia caía sobre el aterrorizado rebaño de fugitivos que aguardaban pacientemente en el polvoriento muelle del Carbón, al pie de los escarpados contrafuertes de Montjuich. A menos de diez metros se alzaban los negros y herrumbrosos costados del *Baden*, un anticuado carguero de la Hamburg-Amerika Line, superviviente de la Gran Guerra. Más allá, destacaba la elegante silueta del transatlántico *Uruguay*, la prisión flotante donde estaban encerrados los militares sublevados el pasado 18 de julio y otros presos derechistas.

El notario Palol se esforzaba por mantener la calma. De vez en cuando, se secaba el sudor que le chorreaba por la frente con un pañuelo mugriento a tono con su disfraz. Con la mano izquierda, aferraba firmemente el maletín Gladstone, del que no se separaba ni a sol ni a sombra. Debajo del pijama había escondido una elegante cartera de cuero de Rusia que contenía mil pesetas en billetes, cuyo vistoso aspecto, esperaba, desviaría la atención de los milicianos del control de Milicias Antifascistas del tosco sobre de papel de estraza que contenía la cinta de terciopelo azul y el jirón de la falda de Blanca. Entre los calcetines y las alpargatas, ocultaba dos sobres con cincuenta mil pesetas y otros tantos francos, toda su fortuna repartida en los dos

pies. Esperaba fervientemente que los milicianos no lo obligaran a descalzarse.

**Pese a los pintorescos disfraces que exhibían los fugitivos, don Sinibaldo no tuvo ninguna dificultad en reconocer la patética figura del vizconde de Sanglier, en mangas de camisa, barbilampiño y despojado de su conocido plastrón gris perla. Inaudito. Lo que le faltaba por ver en la vida. Alfonso había acabado teniendo razón: la revolución no había respetado a los revolucionarios de salón. Reconoció también a don Pedro Rahola, distinguido político regionalista y ex ministro de Marina de la Corona, debidamente afeitado de su barba apostólica, enfundado en el guardapolvo de su chófer. Distinguió a la marquesa de Vallvidrera, la buena señora que tanta lata les había dado con su testamento, disfrazada de florista de las Ramblas. Reconoció al abad Marcet de Montserrat, en compañía de un puñado de monjes supervivientes de la matanza perpetrada dos días antes en la explanada del templo montserratino. A Bertrán y Musitu, ex ministro de Gracia y Justicia de la Corona. A don Juan Joaquín María de Nadal, el atildado y exquisito cronista oficial de la ciudad, vestido como un vulgar mozo de cuerda. A Margarita Cabestany, con un bebé de pocos días en brazos y dos pequeños niños rubios asidos a sus faldas. Su marido, un conocido agente de aduanas, andaba huido a salto de mata para escapar al acoso de las cuadrillas de estibadores del puerto de Barcelona. Reconoció asimismo a sor Evelina Arderiu, la aristocrática superiora de las monjas del Sagrado Corazón de Sarriá. Y a un puñado de monjas vestidas con trajes grises, bastas medias de lana y zapatos bajos, hablando en susurros entre sí y con la vista baja. Un disfraz que no habría engañado a nadie. El comisario Escofet había acertado de pleno: *gente conocida.*

Muchos hablaban inglés o francés entre sí para hacerse pasar por extranjeros. Ninguna dama gastaba sombrero, ni exhibía joyas a la vista. Algunas vestían las ropas de sus antiguas cocineras. El equipaje que acarreaban era muy escaso: pequeñas maletas y simples bolsas de mano. A ningún fugitivo en su sano juicio se le habría ocurrido solicitar los servicios de un mozo de cuerda, que, por otra parte, brillaban por su ausencia. Su gran preocupación era pasar desapercibidos, no destacar por nada, confundirse en el anonimato gris de la masa.

Al notario se le hicieron siglos los pocos minutos que tardó en abordar la mesa del control de aduanas. Infinitamente más largos y angustiosos que los que tardó en presentarse ante el tribunal de su examen de notarías que, hasta el momento, había considerado la experiencia más terrorífica y aniquiladora que había sufrido jamás. Entonces opositaba por un título académico. Ahora, por la vida. Cuando le llegó el turno, se descubrió respetuosamente y, con la gorra en la mano, estudió la cara del funcionario que examinaba su pasaporte.

–¿Algo que declarar? – preguntó éste, señalando el maletín con un dedo manchado de tinta.

–Nada especial, señor. Un par de mudas, los útiles de aseo y un par de frascos de medicinas contra la acidez de estómago.

–A ver.

Don Sinibaldo lo abrió para que pudiera echar un vistazo a su contenido.

–De acuerdo, puede pasar -dijo el funcionario con aire aburrido, estampando la fecha de salida en el pasaporte-. El siguiente.

Don Sinibaldo se lo echó al bolsillo, sujetó el maletín con firmeza y se dirigió a la mesa del control de Milicias Antifascistas, que volvían a hurgar en los equipajes de los viajeros y comprobaban que el aval de salida estuviera debidamente estampado en sus pasaportes. Una peculiar reválida revolucionaria.

En aquellos precisos momentos la estaban pasando Margarita Cabestany y la marquesa de Vallvidrera. Una miliciana desgreñada y sudorosa, con el pañuelo rojo al cuello y pistolón al cinto, acababa de encontrar una prenda de seda en el maletín de la marquesa de Vallvidrera y la exhibía triunfalmente en el aire, a la vista de todos los fugitivos.

–¡Eufrasia! – gritó, exultante, a una compañera dos metros más allá.

–¿Qué?

–Te pregunto si has visto las bragas que gastan estas tías.

–Grita más, que con todo este barullo no me entero de nada.

–¿Que si has visto las bragas que gastan estas tías? – gritó la miliciana desgreñada a voz en cuello-. ¡De seda pura!

La mirada de la abochornada marquesa de Vallvidrera se cruzó, por pura casualidad, con la de don Sinibaldo, que desvió rápidamente los ojos para no tener que contemplar su sufrimiento ni experimentar un ataque mortal de vergüenza ajena.

–Es que no tengo otras -dijo la marquesa de Vallvidrera en voz muy baja para que nadie la oyera.

–¿Quieres decir que vas sin bragas? – preguntó, muy sorprendida, la miliciana-. ¡Ésta sí que es buena! ¿Has oído, Eufrasia? – gritó-. ¡Esta guarra dice que no gasta bragas! ¡Nunca acabaré de entender a estas ricachonas de derechas! ¡Tanto hablar de religión, de decencia y de buenas maneras, y luego resulta que se pasean por ahí sin bragas, hechas unas cerdas!

–Lo siento, me ha entendido mal -susurró la marquesa de Vallvidrera-. Quiero decir que éstas son de repuesto.

La miliciana sonrió con sorna.

–Pues ya sabes lo que te toca. Pero éstas me las quedaré yo. Como recuerdo… ¡La siguiente!

Margarita Cabestany se adelantó con los dos niños pegados a su falda y el bebé en brazos. Estaba pálida y descompuesta, y mostraba ostensibles signos de fatiga en el rostro.

La miliciana desgreñada le echó un capote:

–Puedes dejar el rorro a mi compañera. ¡Eufrasia, hazte cargo de este crío!

La dama entregó el bebé a la Eufrasia, que lo recibió de buena gana y lo acunó incluso.

–¡Y ahora ábrete de piernas! – ordenó la miliciana-. ¡Rápido, que no estamos aquí para perder el tiempo!

Los hombres que aguardaban en la cola apartaron la mirada al instante.

Arrebolada como un pimiento, Margarita Cabestany se sometió a la humillante exploración a la vista de todos y de sus hijos.

–Nada -dijo la miliciana, decepcionada por no haber encontrado una navaja, un revólver o una joya en sus ligas.

–Ya le he dicho que no llevo nada de valor.

–Eso lo decidiré yo, encanto. Ahora arremángate las mangas de la blusa, que hoy no es un día como para andar tan tapada. – Y sin

esperar, ella misma le subió la mano por el brazo-. ¡Hola! ¿Y esto qué es? – exclamó, sorprendida, poniendo al descubierto una pulsera de brillantes ceñida al brazo por encima del codo-. ¿Es que no te has enterado de que no se pueden sacar joyas de España, ricura?

–Es un recuerdo de mi primera comunión…

–¡Pues como no me la entregues inmediatamente, la segunda hostia de tu vida te la voy a dar yo! ¡Estaríamos apañados!

A pesar de todo, tanto Margarita Cabestany como la marquesa de Vallvidrera se pudieron considerar muy afortunadas cuando pasaron al otro lado de la mesa y se dirigieron a la escalerilla de embarque del *Baden,* donde fueron acogidas por el capitán en persona:

-Guten Morgen, meine Damen.

El miliciano del control antifascista, después de dirigir una curiosa y desconfiada mirada a don Sinibaldo, le obligó a abrir el maletín.

–¡Vamos a ver qué nos quiere colar este fascista disfrazado!

El notario lo abrió obedientemente. Estaba tan mortalmente asustado que ni siquiera le temblaban las manos y había dejado de sudar.

El miliciano hurgó entre sus modestas pertenencias y en seguida dio con la cartera de piel de Rusia burdamente escondida debajo del pijama, y la abrió.

–¡Hola! – exclamó alegremente-. ¡Esta sí que es buena! ¡Compañeros, mirad la fortuna que se quería llevar el abuelete éste! – Y dirigiéndose a él, le preguntó-: ¿Tú tampoco te has enterado de que no se puede sacar dinero de España?

–Era para los primeros gastos en el extranjero.

–¡Ya te voy a dar yo a ti dinero para primeros gastos en el extranjero! ¡Aparte de que, a tu edad, ya no te va a hacer ninguna falta para gastártelo en queridas! Queda requisado. – Y se guardó tranquilamente la cartera en el bolsillo-. ¡A ver! ¡El siguiente!

Don Sinibaldo no se lo hizo repetir dos veces y cruzó los pocos metros que lo separaban de la escalerilla de embarque del viejo *Baden,* que ya había encendido las calderas y empezaba a echar humo negro por su única y alta chimenea asegurada con cables de acero. El truco había funcionado. Pero cuando ya tenía un pie en el primer peldaño de la escalerilla, le dio un mareo y se le aflojaron repentinamente las

piernas. La reacción lo había dejado exhausto. Vaciló peligrosamente, pero, por no soltar el maletín, no se asió al pasamanos, y estuvo en un tris de caer a las grasientas aguas del puerto. Un marinero, con la palabra *Baden* bordada con letras góticas en la banda de la gorra, acudió rápidamente en su ayuda y lo sostuvo con su brazo musculoso.

-Fühlen Sie Sich gut, mein Herr?

El notario asintió con la cabeza y le dio sus más efusivas gracias en alemán.

-Sehr gut, danke.

Don Sinibaldo se tomó unos segundos de respiro para recuperarse de la aniquiladora experiencia.

El mismo marinero robusto lo cogió del brazo y lo acompañó escalerilla arriba. Cuando estaba hacia la mitad, se volvió y dirigió una larga mirada a la pesadilla que dejaba a sus espaldas. ¡Salvado!

Los fugitivos fueron alojados en sendas bodegas impregnadas de polvillo de carbón, una para los hombres y otra para las mujeres, en donde la marinería había dispuesto unos toscos jergones de paja para pasar las dos noches que iba a durar la travesía. Una travesía que un buen *liner* cubría en menos de veinticuatro horas. Pero el viejo *Baden* no era precisamente un galgo de los mares.

No obstante, a Margarita Cabestany el capitán le cedió su propio camarote para que pudiera sentirse más cómoda con su bebé y recuperarse de las emociones y las fatigas sufridas. Los dos niños mayores los confió a la marquesa de Vallvidrera, que les arregló un petate junto al suyo en un rincón de la bodega de mujeres. En un momento, la imaginación desbordante de los niños lo convirtieron en un campamento de colonos sitiado por los pieles rojas.

A eso de las dos de la tarde, la hora de la siesta, el *Baden* largó amarras sin hacer sonar la sirena ni solicitar los servicios del remolcador, aprovechando una providencial brisa de tierra que lo separó lentamente del muelle. El piloto maniobró con mucha habilidad. A marcha lenta, se deslizó furtivamente al lado del *Uruguay.*

Acodado en la borda, el notario Palol lo contempló tristemente. No debían de separarlo ni veinte metros. Estaba tan cerca que podía ver las caras de fastidio de los guardias civiles y los milicianos que se paseaban por la cubierta con el fusil al brazo. Detrás de las oxidadas y

deslucidas planchas de su casco, en algún perdido rincón de sus oscuros sollados, Gonzalo, su ahijado, sufría amargo cautiverio a la espera del consejo de guerra que lo aguardaba. ¡Qué triste era partir sin haberlo abrazado por última vez, ni haberlo puesto al corriente de la suerte corrida por su familia! Pero quizá fuera mejor así. ¿Cómo le habría explicado que su padre había sido asesinado, y su hija, violada? Y que de su mujer y el resto de sus hijos no se sabía nada con certeza. La falta de noticias haría sufrir a Gonzalo los tormentos del infierno. Que Dios lo tuviera en su gloria.

Los fugitivos se habían apiñado en la cubierta y guardaban un silencio sepulcral. Algunos rezaban. Muy pocos dirigían la vista atrás para despedirse de Barcelona. Cuanto antes la perdieran de vista, mejor. La salvación estaba en el mar azul que brillaba más allá de la bocana del puerto.

El *Baden,* tras describir un pausado giro en las oleosas aguas de la dársena de San Beltrán, avanzó bien pegado a la fila de plataformas mejilloneras alineadas a lo largo de la escollera, como si quisiera confundirse con sus mugrientas redes y aparejos. Metro a metro, el viejo carbonero fue ganando terreno. Los mejilloneros tampoco le prestaron demasiada atención. Se había corrido la voz de que algunos fascistas muy significados querían escapar de Barcelona. Pero era evidente que no se largarían en un barco tan sucio y cochambroso como el que ahora se deslizaba a marcha lenta delante de sus narices. Además, hacía demasiado calor para preocuparse por esas minucias. La mayoría dormían la siesta.

Una vez rebasado el faro, el *Baden* aceleró su marcha y enfiló decididamente hacia un barco de guerra gris plomo que se divisaba a una milla aproximadamente, con su alto puente de mando y las torres de artillería a proa y a popa perfilándose contra el horizonte marino. Los fugitivos lo miraron con una mezcla de temor y curiosidad. A aquella distancia no podía distinguirse la bandera que arbolaba en el palo mayor.

El Baden aún no había cubierto ni media milla, cuando moderó su marcha y, por un momento, a los fugitivos les pareció que empezaba a girar en redondo para volver al muelle de San Beltrán, de donde había zarpado no hacía ni media hora. ¿A qué se debía ese cambio de rumbo?

Se consultaron angustiosamente con la mirada, sumamente alarmados. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Los habían descubierto?

La agitación se apoderó del atribulado pasaje.

Desde la aleta de estribor del puente de mando, un marinero, de riguroso uniforme, agitaba las banderolas de señales transmitiendo un mensaje al misterioso buque de guerra, cuyos detalles y cañones ahora se podían distinguir con más claridad.

–¡Es el acorazado alemán *DeutschLand!* -informó don Pedro Rahola, el ex ministro de Marina, que hacía rato lo había estado observando con ayuda de unos prismáticos que habían superado con éxito el registro de los aduaneros y los milicianos del control antifascista.

–¿Qué dice? – preguntó el vizconde de Sanglier.

–Está enviando un mensaje a nuestro barco -contestó don Pedro Rahola con los binoculares pegados a los ojos, sin mirarlo.

–¡Bueno! ¿Pero qué dice? – se impacientó el vizconde.

El señor Rahola no se dignó contestar y continuó descifrando lo que buenamente podía del enigmático juego de las banderas que se intercambiaban ambos barcos, con el obvio propósito de no romper el silencio radiotelegráfico.

–Dice que… bueno, parece ser que el *Baden* ha recibido un mensaje de las autoridades portuarias de Barcelona por el que se le ordena regrese a puerto porque se sospecha que lleva embarcados un puñado de fascistas muy peligrosos…

–¡No! – el grito de espanto estalló unánime entre los fugitivos apiñados en la cubierta.

El señor Rahola reclamó silencio con la mano.

–¡Señores, un poco de paciencia, por favor! Piensen que no sólo tengo que descifrar las señales de morse, sino también traducirlas del alemán al español.

El señalero, mientras tanto, continuaba con su vistoso juego de banderolas de acuerdo con las instrucciones que le transmitía el capitán desde la timonera. El señor Rahola fue traduciendo lentamente:

–Ahora, el *Deutschland* acaba de informar de que ha radiado un mensaje a las autoridades del puerto diciendo que el *Baden* es un

mercante alemán que está bajo su protección y que proseguirá su ruta.

–¿Y qué han contestado los rojos?

–Calma, señores, calma, por favor… Los rojos dicen… los rojos dicen que… que de ninguna de las maneras, que el *Baden* debe volver a Barcelona… de lo contrario, las baterías del castillo de Montjuich abrirán fuego sobre él.

Un grito de angustia se elevó entre el grupo de refugiados.

El vizconde de Sanglier se puso blanco como el papel.

–¡No pueden dejarnos en la estacada! – protestó-. ¡Esta misma mañana he hablado con el cónsul alemán, que me ha dado toda clase de garantías!

La marquesa de Vallvidrera tenía pegados a sus faldas a los niños Cabestany, que seguían con mucho interés el enigmático juego de las banderolas y no parecían especialmente alarmados.

El señor Rahola había descifrado nuevos datos.

–¡Atención! – exclamó, muy excitado-. Ahora el *Deutschland* informa de que abrirá fuego de inmediato contra las baterías de Montjuich si se atreven a efectuar un solo disparo sobre el *Baden.* Aunque sólo sea de aviso. ¡Miren ustedes! ¡Miren!

Los fugitivos pudieron ver, a simple vista, cómo las torres de proa y popa del acorazado giraban silenciosamente sobre sus ejes y sus cañones apuntaban amenazadores al castillo de Montjuich.

A bordo del *Baden* se produjo una incontrolable oleada de pánico, y los fugitivos se encogieron dentro de sus disfraces como si, de un momento a otro, fuera a iniciarse un furioso cañoneo que los pillaría entre dos fuegos. El abad de Montserrat cayó de rodillas sobre la cubierta y empezó a rezar el padrenuestro en voz alta. Algunos fugitivos lo imitaron.

–… santificado sea Tu nombre…

La tensión y la angustia todavía se prolongaron algunos minutos más. El señalero continuaba con las banderolas caídas a lo largo del cuerpo, a la espera de nuevas órdenes. La brisa hacía ondear la cola de su gorra blanca, que le caía sobre la espalda. Las miradas de los fugitivos continuaban prendidas en las troneras del castillo de Montjuich de las que, si Dios no lo remediaba, surgiría la primera llamarada que desataría el infierno. De momento, el *Deutschland*

guardaba silencio, agazapado en la línea del horizonte, como un lobo gris al acecho.

El rumor de la maquinaria del viejo carbonero al activarse de nuevo indicó a los fugitivos que el *Baden* volvía a emprender la marcha para ponerse bajo la protección de los cañones del acorazado alemán. Los fugitivos rompieron en un espontáneo aplauso de alivio, y el capitán abandonó la timonera para agradecer la ovación.

El notario Palol exhaló la larga bocanada de aire que había retenido en los pulmones desde que el *Baden* había aminorado su marcha. ¿Hasta cuándo aguantaría su viejo sistema nervioso otro susto de este calibre? A su edad ya no estaba para esos trotes. Cuando se hubo calmado lo suficiente, se acodó en el pasamanos y contempló la confusa aglomeración urbana de la ciudad de Barcelona, que ahora desfilaba lentamente por el costado de babor del *Baden*. ¿Volvería a verla algún día?

Una fuerza misteriosa mantenía a los fugitivos atornillados a las tablas manchadas de polvo de carbón de la cubierta del viejo carguero. Todos tenían los ojos húmedos de lágrimas, fijos en la silueta de la ciudad que iba quedando atrás.

Repentinamente, un joven monje de la abadía de Montserrat rompió a cantar, con voz insegura y temblorosa, la primera estrofa del *Virolai,* el himno de la Virgen de Montserrat:

-Rosa d'abril…

que fue inmediatamente contestada por la totalidad de los fugitivos:

-Morena de la serra, del Montserrat, estel…

El notario Palol de Revardit se sacó un pañuelo del bolsillo, se sonó ruidosamente para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y miró los esqueletos metálicos de las torres de San Jaime y San Sebastián, que se empequeñecían y se difuminaban en la atmósfera turbia de la tarde.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 7:
1936-1939

Policías y gendarmes armados montaban guardia junto al viejo puente de piedra de Saint-Jean-Pied-de-Port bajo el que discurre la saltarina corriente del Petit-Nive. Al otro lado del mismo ondeaba la antigua bandera rojigualda, que se agitaba al compás de la fresca brisa que bajaba del puerto de Ibañeta.

Javier y Maite se abrazaron y cambiaron un rápido beso en presencia de Hubert. Un beso con sabor a lágrimas. Javier experimentó, por primera vez en su vida, el dolor desgarrador de una separación. Una separación más dolorosa de lo que hubiera imaginado nunca, pero muy diferente del abrazo que había cambiado con su madre anteayer por la tarde en «Bell Prat». Dos mujeres, dos abrazos, pero dos sensaciones diferentes.

Su madre, como había supuesto acertadamente, fue la primera en animarlo a alistarse en el Requeté de Pamplona. Lo bendijo y le trazó la señal de la cruz sobre la frente. También le dio recuerdos para los abuelos y el encargo de decirles que se reuniría con ellos tan pronto como le fuera posible.

–No te vayas -gimoteó Maite con la cara hundida en su hombro.

Hubert la apartó suavemente y empujó al muchacho hacia el puente.

–Anda, Javier, márchate tranquilo, que nosotros cuidaremos de tu madre. Y tan pronto como podamos, nos pondremos en contacto contigo en casa de tus abuelos. Que Dios te acompañe.

Cambiaron un apretón de manos.

–Gracias, Hubert.

–Por esta vez, te perdono las gracias. Anda y no te entretengas.

A su lado, el policía francés insistía:

-Les papiers, s'il vous plait.

Javier rebuscó en el bolsillo de su cazadora y le entregó el pasaporte.

–Tenga, aquí lo tiene.

El policía de aduanas lo ojeó con mucha atención. Todo parecía estar en regla.

-*D'acord, d'acord, jeune homme… et bon voyage* -le deseó burlonamente, devolviéndole el pasaporte al tiempo que levantaba la barrera para que pasara.

Javier se guardó el pasaporte en el bolsillo, se ajustó la bolsa de viaje a la espalda y empezó a cruzar el viejo puente, cuyo empedrado había sido hollado por los pies de los miles de peregrinos procedentes de todos los rincones de Europa camino de Santiago de Compostela. Y por los restos del maltrecho ejército de Carlomagno, tras la rota de Roncesvalles. A mitad del mismo, se volvió y saludó con la mano a Maite y a su padre, que aún seguían al otro lado.

Maite le sopló un beso con los dedos.

–¡Adiós! ¡Escríbeme!

–¡Descuida!

Dos carabineros españoles salieron a su encuentro.

–El pasaporte, por favor -pidió el cabo, que lucía un espeso mostacho negro.

Javier se lo entregó.

El carabinero lo estudió unos segundos y meneó la cabeza en señal de desaprobación.

Javier lo miró, preocupado. ¿No estaba en regla? ¿No lo dejarían entrar en España?

–¿Qué ocurre?

–Ocurre que este pasaporte está expedido por la República -contestó el cabo-, y nosotros no queremos saber nada de esa señora.

–¿Pues qué esperaban? – replicó Javier, amostazado-. Todavía no me ha dado tiempo de cambiarlo.

–¿Y para qué quieres entrar en España? – preguntó el cabo con visible desconfianza.

–Para alistarme con esos señores -contestó Javier señalando con la cabeza a un par de veteranos requetés, armados con escopetas de caza y tocados con viejas boinas rojas, que habían salido de uno de los dos barracones de madera a los que se limitaba aquel modesto puesto fronterizo español perdido en los Pirineos.

Desde el otro lado del puente, Hubert y Maite lo miraban extrañados, como diciendo: *¿Qué ocurre?*

–¿Y cómo has dicho que te llamas? – preguntó el cabo, mirándolo inquisitivamente.

–Javier de Montcada.

–¿Y cómo puedes demostrar que no eres un espía rojo que quiere infiltrarse en nuestra retaguardia?

–¡Maldita sea! – estalló Javier, furioso-. ¡Porque no lo soy! ¡Me he jugado el tipo para escapar de la zona roja y éste es el recibimiento que me hacen ustedes!

El compañero del cabo miraba por encima de su hombro y le señalaba algo en el pasaporte.

El cabo miró donde le indicaba su compañero. Luego levantó la cabeza y lo miró con curiosidad.

–¿Su segundo apellido es Ortiz de Zabala? – preguntó, pasando del *tú* al *usted.*

–Ahí lo pone bien claro.

–Pues podría haber empezado por ahí -dijo el cabo, devolviéndole el pasaporte con claras muestras de respeto.

–Con leerlo, estaban ustedes al cabo de la calle -replicó Javier, algo más calmado.

–¿No será usted por casualidad nieto de don Carlos? – preguntó uno de los requetés veteranos, que se había acercado.

–Efectivamente.

–¿Y quiénes son ese señor y la joven que están al otro lado del puente, que parece que lo conocen a usted? – preguntó el cabo de carabineros.

–Un amigo francés y su hija, que me han traído hasta aquí en su coche.

–¿Buenas personas?

–Mejores no hay.

–Pues pase usted… y sea bienvenido a España.

Javier cambió una última mirada de despedida con Maite. Se preguntó cuándo la volvería a ver. Hasta ahora no había caído en la cuenta de que podían matarlo en la guerra. Apartó rápidamente el pensamiento de la cabeza.

El autobús de línea de Pamplona ya había salido, pero un hombre mayor, con las facciones talladas a hachazos y chapela roja a la cabeza,

lo invitó a subir a su camión, que parecía una reliquia de la Gran Guerra.

–Anda, sube, que te llevo yo -le dijo cuando Javier le hubo explicado que quería ir a Pamplona para alistarse en el Requeté.

–Pues no sabe cuánto se lo agradezco.

–El que te lo agradezco soy yo. Si no fuera porque ya soy mayor, yo también me habría apuntado.

En Valcarlos (un puñado de casas de paredes blancas y tejados rojos alineadas a ambos lados de la carretera), el camionero dejó su destartalado vehículo en una serrería situada en las afueras del pueblo para que le cargaran una partida de tablones de abeto recién aserrados que le tenían preparada.

Un mozo del pueblo pidió subir.

–Yo también voy a Pamplona.

El camionero lo aceptó de buena gana.

–Pues sube. Cuantos más seáis, más estopa les daréis a aquel hatajo de mal nacidos.

Se acomodaron los tres en la cabina.

El mozo se llamaba Josetxu Larramendi, era aizcolari o leñador, de esos que partían troncos de haya en los concursos de las aldeas. Era muy fornido y tenía la nariz aguileña y los ojos muy juntos. Hablaba con fuerte acento vasco y, de vez en cuando, se le escapaba una palabra en esa lengua.

Javier preguntó al camionero cuánto se le debía por el viaje.

–Nada -contestó éste, dándole al motor de arranque-. ¡Faltaría más! En Pamplona me ayudáis con la descarga de los tablones en la estación y estamos en paz.

Josetxu explico a Javier que se dirigía a Pamplona para alistarse en el Requeté. Si no se había alistado antes -se disculpó- era porque había tenido que guardar cama unos días a causa de un derrote que le tiró un toro en los últimos sanfermines y del cual todavía se resentía.

–¡Jo! ¡Fue mala suerte! El jodido animal me pilló nada más cruzar el portal Nuevo y me arrastró lo menos cuatro o cinco metros, hasta que mis compañeros me lo quitaron de encima… ¡que si no!

Javier asintió con una cabezada.

–Sí, sé lo que son esas cosas.

–¿Sí?

–Sí. Yo también he corrido el encierro y me he llevado más de un revolcón… sin consecuencias graves.

–Pero tú no eres navarro -se extrañó el mozo, dirigiéndole una mirada desconfiada.

–Mi madre lo es.

–Eso lo explica todo -dijo Josetxu, como dando a entender que los sanfermines era una exclusiva navarra a la que no se podía apuntar cualquiera. Y añadió, tras una breve pausa-: Pero lo que más me joroba es que los compañeros pensarán que lo hice a propósito para no alistarme.

–¿Crees que nos cogerán? – preguntó Javier, inquieto.

El camionero se rió por lo bajo, sin apartar un segundo los ojos de las cerradas revueltas del puerto de Ibañeta, entre prados verdes, vacas blanquinegras y apretadas filas de abetos azules.

–¡Y más que fuerais! No tenéis más que presentaros en el cuartel de infantería ese al que le dicen del general Moriones y os cogerán a la primera.

Almorzaron en una tasca de Roncesvalles.

Llegados a Pamplona, ambos jóvenes ayudaron al camionero a descargar la partida de tablones en un muelle de la estación. Acabaron sudorosos y con las manos pringadas de resina.

El camionero los invitó luego a tomar un carajillo en la cantina y los despidió calurosamente:

–¡Suerte, y que matéis muchos rojos!

–¡Por nosotros no quedará!

–¡Abur!

Javier y su nuevo amigo entraron por el portal de Santo Domingo y enfilaron a buen paso la cuesta de la ciudad. Ya eran las ocho, y empezaban a encenderse las primeras farolas del alumbrado público. En la plaza del Castillo se separaron, después de haber quedado citados a las ocho a la puerta del cuartel. Instintivamente, habían buscado el apoyo de la mutua compañía para afrontar juntos el incierto destino de la guerra.

A Javier le sorprendió, y confortó al mismo tiempo, el clima bélico y patriótico que respiraba la capital navarra. No era día festivo, pero los

balcones de la popular plaza estaban engalanados con profusión de banderas españolas. Una banda de música interpretaba briosas charangas y marchas militares en el quiosco del centro de la plaza. Corrillos de veteranos tocados con boinas rojas comentaban el parte de guerra frente al Círculo Carlista, en cuyo balcón principal ondeaba una gigantesca bandera española flanqueada por dos más pequeñas, una con las aspas de Borgoña y otra con el águila bicéfala de Carlos V. Justo encima del café Suizo (donde su madre solía llevarlo a merendar chocolate con churros) colgaba la bandera negra y roja de la Falange, con el yugo y las flechas de los Reyes Católicos. Grupos de chicas se paseaban del bracete, vestidas con el pardo uniforme de las *margaritas,* tocadas con boinas rojas ladeadas con coquetería. Una más atrevida que las demás le guiñó el ojo. Javier correspondió de la misma manera. La chica se ruborizó y sus amigas se metieron con ella. La gente andaba con aire marcial y expresión resuelta. A Javier le sorprendió también el gran número de mujeres y la ausencia casi total de hombres. Sobre todo de hombres jóvenes. Mozos, no se veía ninguno. Incluso le pareció sorprender miradas reprobadoras en los ojos de muchos transeúntes.

–Sí, mañana mismo me alisto -explicó a un señor mayor que lo paró un momento, lo retuvo por la manga de la cazadora y lo miró con curiosidad.

–¿Tú no serás por casualidad…?

Javier no esperó a oír el resto de la pregunta. Abriéndose paso entre el gentío, cruzó la plaza en diagonal y enfiló el camino de la catedral. Mientras se perdía por el dédalo de callejas de la Navarrería, pensaba cómo daría a sus abuelos la tremenda noticia que lo abrumaba.

Muy pronto llegó al vetusto caserón familiar, a caballo de las antiguas murallas de la ciudad. La puerta, coronada por un escudo deslucido por la intemperie, estaba abierta. Entró en el vasto y oscuro zaguán y empezó a subir la escalera de piedra de sobados escalones y pasamanos de hierro. Restituto, el viejo ordenanza de su abuelo, surgió de entre las sombras.

–¡Ahivadiós! – exclamó, sorprendidísimo-: ¡Pero si eres Javier! ¡A lo primero pensé que eras tu padre! ¡Pero pasa, hombre, pasa! Ahora mismo voy a avisar al señor y a doña Mercedes.

–¿Cómo están?

–¡Los tienes con el corazón en un puño! ¡A tu abuela le vas a dar un alegrón que no veas! ¡Lo que ha sufrido la pobrecilla desde que recibió tu telegrama!

Restituto era castellano, de Alar del Rey, pero toda su vida la había pasado en Navarra al servicio de don Carlos, al que le aguantaba sus berrinches, y era el único en toda la casa que se atrevía a llevarle la contraria. También era el encargado de asistir y prestar los primeros auxilios a los jóvenes Ortiz de Zabala que corrían los sanfermines, con gran escándalo y horror por parte de las mujeres de la familia, que miraban con malos ojos esos bárbaros festejos populares. Restituto se hacía cargo de que su condición femenina les impedía comprender el gran descrédito y deshonor que se seguirían si no lo hicieran. Los mozos los señalarían por la calle con el dedo. Y eso él no podía tolerarlo de ninguna de las maneras. Pertrechado de algodones, gasas y árnica, se apostaba hacia la mitad de la carrera, atento a correr en su ayuda al menor percance.

Sin dejar de hablar, el ordenanza precedió a Javier por un pasillo oscuro y entró sin llamar a un recargado salón isabelino, cuyos balcones estaban abiertos de par en par para dejar pasar la brisa que soplaba desde las cercanas arboledas del Arga.

–Doña Mercedes, don Carlos, tienen ustedes visita -anunció alegremente.

La abuela Mercedes alzó la vista de la labor de ganchillo que tenía sobre la falda y se lo quedó mirando con la sorpresa reflejada en sus claros ojos azules.

Doña Mercedes llevaba el pelo, muy blanco, recogido en un moño, y gastaba cuello de encaje ceñido a la garganta. Su aspecto frágil y delicado, de figurita de porcelana de Sajonia, podía inducir a engaño a quienes no la conocieran, porque, en realidad, doña Mercedes había sido madre de cinco hijos guapos y vigorosos. Cecilia era la pequeña, la niña de sus ojos. La había tenido a los cuarenta, cuando todo el mundo creía que su ciclo maternal había acabado, y, en consecuencia, la había cuidado más como a una nieta que como a una hija.

–¡Alabado sea Dios! – exclamó dejando la labor a un lado y levantándose para ir al encuentro de su nieto-. ¡Javier, qué alegría más

grande! Pero, dime… ¿Es verdad que…?

Javier hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–¡Lo sabía, lo sabía! – sollozó doña Mercedes, arrojándose en sus brazos-. ¡Pobre Gonzalito! ¡Lo adiviné en seguida, tal como estaba redactado el telegrama! ¡Pobre niño! ¡Qué desgracia más horrible!

Se apartó un poco y fijó sus ojos en los de su nieto.

–¿Y cómo está Cecilia? ¿Y qué se sabe de tu hermana y de tu abuelo? ¿Seguís sin noticias suyas? Ya nos hemos enterado de lo de tu padre. ¡Qué desgracia más espantosa! ¡Aquí no vivimos, pensando en ellos! Como te puedes imaginar, tu telegrama nos dejó con el corazón en un puño! ¡Pero, cuenta, Javier, cuenta! – Las preguntas y los interrogantes se agolpaban en sus labios.

Eran demasiadas preguntas para ser contestadas al mismo tiempo. Javier se deshizo del abrazo de su abuela, y besó la apergaminada mejilla de su abuelo, que le acarició la cabeza con manos temblonas.

–¡Javier!

–¡Abuelo!

Don Carlos era el patriarca de la familia Ortiz de Zabala y, desde el 18 de julio, vestía el apolillado uniforme azul de capitán del ejército del Pretendiente, don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, el Carlos VII de los carlistas, y era inútil tratar de convencerlo de que gastara una ropa más cómoda. A duras penas había conseguido la abuela Mercedes disuadirlo de ceñir el sable reglamentario de infantería. Era más que nonagenario, lucía barba y bigotes blancos como la nieve y estaba más sordo que una tapia, pero su cabeza se conservaba sorprendentemente lúcida y se acordaba de todo. Especialmente de episodios de su lejana juventud. Andaba con ayuda de un bastón, arrastrando las pantuflas.

–Cuéntanos, Javier, cuéntanos -le pidió la abuela cuando se hubo tranquilizado-. Anda, siéntate aquí conmigo.

Tomaron asiento en un anticuado sofá forrado de seda, y la abuela le cogió una mano entre las suyas.

–Son muy malas noticias, abuela -la previno Javier-, malísimas, terribles, espantosas…

–Ya lo sé, pero quiero que me lo cuentes todo, con todo detalle, quiero saber toda la verdad, no puedo con tanta incertidumbre.

Restituto se había quedado con ellos, de pie junto al sillón de don Carlos.

Javier dio comienzo al relato y se lo contó todo, todo lo que sabía con certeza, desde la fuga del castillo y la travesía de los Pirineos, hasta la muerte de Gonzalito y la cálida acogida que les habían dispensado los Clermont en su casa de Palau de Cerdaña.

A medida que progresaba en la descripción de su odisea, la abuela Mercedes se llevaba a los ojos llorosos un pañuelito de encaje y don Carlos acercaba la trompetilla a su oreja para enterarse de lo que decía.

–¡Hijos de Satanás! – mascullaba, furioso-. ¡Ésta nos la pagaréis!

De su hermana y de su abuelo, Javier se limitó a decir que ignoraba lo que podía haberles ocurrido, guardándose para sí sus siniestros presentimientos.

–Hubert de Clermont ha dicho que procurará ponerse en contacto con el cónsul francés de Barcelona para que intente contactar con tío Sinibaldo y averigüe lo que pueda. Tío Sinibaldo también tendrá sus problemas, suponemos. Espero con toda mi alma que consiga escapar.

–¡Pobre Cecilia! – se lamentaba la abuela Mercedes-. ¡Qué calvario, el suyo! ¡Lo que habrá sufrido la pobre! ¡No me lo quiero ni imaginar! – Miró a Javier-. Ahora lo que tiene que hacer es venirse con nosotros. Ésta es su casa, y donde mejor la cuidaremos.

–Descuida, abuela, que vendrá en cuanto pueda. Ella misma me encargó que te lo dijera. Todavía sigue muy débil y afectada. No está en condiciones de viajar. Pero no sufras por ella, abuela -la consoló Javier-, nuestros amigos la cuidan como no os podéis imaginar. La verdad es que no han podido portarse mejor. No sé lo que habría sido de nosotros sin ellos.

–¡Qué buenos deben de ser, a pesar de ser franceses! Me gustaría conocerlos para darles personalmente las gracias.

–¿Son protestantes? – inquirió el abuelo, receloso.

–No, católicos, como nosotros -respondió Javier acercando la boca a la trompetilla.

–¿Van a misa?

–Sí, y confiesan y comulgan.

–Menos mal -se tranquilizó el abuelo.

–A Gonzalito -continuó Javier, dando más detalles de su odisea- lo enterramos en el cementerio de Palau de Cerdaña. Y todo el pueblo asistió al entierro. Hasta el alcalde.

–¿Le pusisteis una cruz en la tumba? – preguntó la abuela.

–Por supuesto, abuela, y una lápida muy bonita que yo mismo encargué en la funeraria de Bourg-Madame.

–¡Pobre Gonzalito, tan pequeño y tener que acabar así! – gimoteó la abuela-. ¡Espero que Dios lo haya acogido en su gloria!

–De eso puedes estar segura, abuela, de mis brazos, voló al cielo, directo.

Las campanadas de la catedral dieron las nueve, y sus ecos de bronce se expandieron sonoros por el aire nocturno. Al instante, como si fuera una contraseña, fueron contestadas por todas las iglesias de Pamplona, y un alegre concierto de metal voló por encima de los pardos tejados de la ciudad del Arga.

–Las nueve -dijo la abuela levantándose-. Anda, vamos a cenar, que debes de estar muerto de hambre.

Mientras cenaban, la abuela Mercedes puso a Javier al corriente del panorama familiar. Tío Ignacio aún estaba en Inglaterra, a la espera de que el nuevo gobierno autorizara a los jesuitas a volver a sus antiguos colegios y universidades. Tío Josemari había partido con la columna del coronel García Escámez a la conquista de los Altos de Somosierra. Tía Beatriz, la superiora del colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Ondarreta, seguía en San Sebastián, sana y salva al parecer, porque en la capital de Guipúzcoa, aunque había quedado del lado republicano, los curas y los religiosos habían sido protegidos de los furores revolucionarios gracias a la arraigada religiosidad del pueblo vasco, que no habría tolerado que les pusieran la mano encima. Tío Andrés y tía Matilde y los primos pequeños continuaban de vacaciones en Lecumberri, pese a la peligrosa proximidad del frente de batalla, porque ningún navarro con la cabeza sobre los hombros dudaba de la victoria final. Dios combatía con ellos. Enrique, el primo mayor, se había apuntado al Tercio de Lacar. Alejo se había enrolado en el crucero *Canarias.* Y las primas, a las *margaritas,* la organización juvenil femenina de la Comunión Tradicionalista.

–Tendrías que haber visto la plaza del Castillo el 20 de julio -explicó entusiasmada la abuela a Javier-. No cabía un alfiler, y cuidado que es grande. Toda la ciudad se había congregado allí para recibir y aplaudir a los requetés que venían de todos los rincones de Navarra para marchar a la guerra. Era emocionante. A mí se me saltaron las lágrimas. Tu abuelo no se lo quiso perder y tuvimos que llevarlo. Por poco le da un soponcio de tanto gritar cuando el general Mola izó la bandera española en el balcón de la Diputación Foral. Supongo te habrás dado cuenta de los pocos hombres que se ven en Pamplona.

–Sí, en la calle he notado que me miraban con malos ojos. Hasta un señor desconocido me ha parado.

–No te extrañe. Todos los hombres se han ido a la guerra. En muchos pueblos no ha quedado ninguno. Como los de Artajona y Mendigorria, que vinieron con sus alcaldes al frente. Las boinas rojas se agotaron en los comercios. Lo mismo que las banderas españolas. En el campo, los frailes han tenido que hacerse cargo de las faenas de la siega y la trilla. En los pueblos sólo han quedado los viejos, los niños y las mujeres. Muchos chicos han mentido sobre su edad para que los cogieran, y así muchos han conseguido alistarse de matute.

–Yo lo voy a hacer mañana -dijo Javier-. Para eso he venido a Pamplona. Espero que se hagan cargo de los motivos de mi retraso.

–¡Pues claro que sí! – exclamó el abuelo al instante-. Tú diles que eres mi nieto, y si tienes problemas, que vengan a mí, que me van a oír. ¡Faltaría más! ¡A un veterano de Montejurra se le van a subir a las narices!

Concluida la cena, pasaron al oratorio familiar, donde la abuela Mercedes dirigió un interminable rosario que acabó con unas no menos interminables letanías y las usuales invocaciones tradicionales en los hogares navarros.

–¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal!

–¡Líbranos, Señor, de todo mal! – contestaron a coro el abuelo, el ordenanza Restituto, la cocinera, la doncella que había servido la cena y el mismo Javier.

Luego, el abuelo, bisbiseando consejos en su oído como un mosquito, lo arrastró hasta una vieja arqueta de ébano de la que sacó

una boina roja rematada con una chapa dorada con el viejo lema carlista: *Dios, Fueros, Patria y Rey.*

–Toma, te la regalo -dijo colocándosela en la cabeza.

–Pues no sabes cuánto te lo agradezco, abuelo -dijo Javier probándosela delante de un espejo de la sala-. No tengo, y me daba corte ir sin una. Es muy bonita.

–Cuídamela y llévala con honor.

–Descuida.

El abuelo le mostró luego un cuadro bastante malo que representaba un batallón de carlistas cargando bizarramente contra una desmoralizada tropa alfonsina que huía ante ellos con exagerados gestos de espanto. Al frente del batallón figuraba un joven capitán enarbolando una bandera en una mano y un sable en la otra.

–Ése que ves ahí soy yo -dijo orgullosamente, señalándolo con un índice amarillento-. Tu abuelo en la acción de Montejurra, donde les dimos *p'al pelo* a los alfonsinos. Díselo también a los burriciegos esos del cuartel. – Don Carlos hizo una pausa, pareció meditar y agregó-: Bien pensado, creo que lo mejor será que te acompañe yo.

Javier tuvo que emplear toda su diplomacia para quitarle la idea de la cabeza. La espantosa posibilidad de presentarse en el cuartel del general Moriones de la mano de su abuelo lo había dejado helado.

–Te lo agradezco mucho, abuelo. Pero prefiero ir solo. Y tampoco les voy a decir que soy tu nieto. No quiero ningún trato de favor. Quiero alistarme como cualquier mozo, como el que he conocido hoy, por ejemplo.

La abuela quiso saber cómo se llamaba.

–Josetxu -respondió Javier.

–¿Josetxu qué más?

–Larramendi.

–¿No será de los Larramendi de Azpiroz?

–No sé, abuela. No tengo la más mínima idea.

–En cualquier caso -dijo doña Mercedes-, en el cuartel te encontrarás con Paco Olavide, que es capitán, y muy amigo nuestro y de tus tíos. Y compañero de juegos de tu madre. Cuando lo veas, seguro que te acuerdas de él.

–No lo dudo, pero no quiero ningún trato de favor, repito, eso que quede muy claro.

La abuela Mercedes lo instaló en el cuarto de su tío Josemari, que daba a una calleja apartada.

–¿Has traído pijama?

Javier le señaló con el dedo la bolsa de viaje.

–¿Y zapatillas?

–No.

–Pues puedes coger las de tu tío. Y en el armario encontrarás un batín. Puedes cogerlo igualmente.

–Gracias, abuela.

Revolviendo en el armario, oculta tras los trajes y las prendas de su tío, Javier descubrió una foto de Hedy Lamarr, posando tal cual su madre la había puesto en el mundo, sacada de la película *Éxtasis,* que había causado gran escándalo y revuelo cuando se estrenó. Se le escapó un silbido de admiración. Seguro que la abuela no la había visto. Si la hubiera descubierto, habría fumigado el armario con salfumán y matarratas. O quizá le habría prendido fuego. Su madre decía que su hermano era un bala perdida y que ya iba siendo hora de que sentara la cabeza. Pero no se podía negar que tío Josemari tenía muy buen gusto.

Revolviendo en un cajón de su escribanía encontró una navaja suiza de múltiples usos; tenía incluso una fina sierra de buen acero de Solingen. Probó su filo contra el dedo índice. Cortaba como los dientes de un tiburón.

Al atardecer del segundo día de navegación, un repentino y furioso temporalazo en el golfo de Lyon sacudió de firme al *Baden,* y obligó a su capitán a modificar el rumbo para aproarlo a las olas que reventaban con violencia y cuyos espumarajos llegaban hasta la misma timonera del puente de mando. A los pocos minutos de haber estallado, no quedaba un solo fugitivo en cubierta, y las bodegas se habían convertido en un pandemónium de gemidos, lamentos y vomitonas incontrolables. En el límite de sus fuerzas, los fugitivos ni se preocupaban de dirigirse a las letrinas, sino que se incorporaban sobre un codo y vomitaban en el suelo. De vez en cuando, pasaban marineros y esparcían aserrín entre los jergones de paja.

El temporal duró toda la noche.

De madrugada, amainó un poco, la mar se calmó, y los agotados argonautas se sumieron en un sueño reparador.

Cuando el notario Palol consideró que el *Baden* navegaba plácidamente, sin intempestivos sobresaltos, se levantó con cuidado, tratando de no pisar al vizconde de Sanglier, que dormitaba a su lado cubierto por una plasta de bilis y vomitonas. Unos minutos más aspirando la atmósfera infecta y nauseabunda de la bodega y moriría sin remisión. Tambaleante, se dirigió a la escalerilla y, asiéndose al mohoso pasamanos de hierro, trepó fatigosamente a cubierta.

Asomó la cabeza. Los primeros y rasantes rayos del sol le hirieron en los ojos. La fresca brisa marina que le dio en la cara lo despejó al instante. Las monstruosas olas de la víspera se habían calmado milagrosamente, y ahora el *Baden* se deslizaba serenamente por un mar de seda teñido de oro. El repentino cambio de decorado le pareció cosa de magia. La estabilidad era total. El peligro había pasado definitivamente. Respiró hondo y dirigió una mirada a su alrededor. No tardó mucho en distinguir a don Pedro Rahola, acodado en la borda de babor, atisbando con sus prismáticos la línea azulada de la costa ligur, que se perfilaba en el horizonte. El temporalazo de la víspera no parecía haberle afectado lo más mínimo.

–Buenos días, don Sinibaldo -lo saludó cuando lo tuvo a su lado dejando colgar los binoculares del cuello.

–Buenos días, señor Rahola -contestó don Sinibaldo.

–¿Qué tal ha pasado la noche?

–Se lo puede usted imaginar. Si el temporal llega a durar dos horas más, no lo cuento. Pensé que me moría.

–Ha sido una broma del mistral, poco corriente por estas fechas.

–Muy inoportuna, si quiere que le diga la verdad. Por mí, podría habérsela evitado.

El *Baden* cruzaba ahora por entre una flotilla de pesqueros que recogían las redes. Bandos de gaviotas volaban a ras de agua, disputándose ruidosamente los despojos que los pescadores arrojaban por la borda. Sus ásperos graznidos se sobreponían al sordo rumor de la maquinaria del *Baden.* Un pescador barbudo los saludó agitando la

mano. Don Pedro contestó a su saludo de la misma guisa. Camaradería de marinos.

–Considérelo como el precio que hemos tenido que pagar por escapar del infierno de Barcelona.

–Sí, un precio realmente irrisorio. ¡Cuando pienso en el susto que nos dieron los rojos saliendo del puerto, todavía se me pone la carne de gallina!

–Y usted que lo diga. Si no llega a ser por el *Deutschland,* no estaríamos aquí.

Ambos hombres se estremecieron al considerar la espantosa posibilidad.

–Afortunadamente, ya pasó todo -dijo el ex ministro de Marina-. Ahora estamos a salvo. Ahí delante tiene usted la ciudad de Génova. –La señaló con el dedo-. *La Superba,* la resguardada bahía que en su día albergó una de las más importantes flotas de galeras del Mediterráneo, la acérrima rival de Venecia y cuna de los Doria. Y de donde, según afirman los genoveses, salió Colón para poner sus conocimientos al servicio de los Reyes Católicos. Véala usted mismo. Tenga mis prismáticos.

El notario se los llevó a los ojos y los ajustó.

El sol naciente se reflejaba en las numerosas cúpulas, torres y campanarios de la ciudad, dispuesta en forma de anfiteatro en torno a la amplia bahía. Una línea de fuertes y castillos coronaba las alturas circundantes para prevenir ataques por la parte de tierra. Palacios y villas señoriales trepaban por las faldas de las colinas.

–Una hermosa ciudad -dijo hablando consigo mismo-. Tal como me la había imaginado.

–Y esa torre tan alta que nos da la bienvenida es el faro de La Lanterna -dijo don Pedro señalando una alta torre de ladrillos que se alzaba en el extremo de la escollera-. Linterna, el nombre lo dice todo.

Poco a poco, los fugitivos fueron apareciendo en cubierta: una colección de pálidos y tambaleantes fantasmas, ojerosos y tiznados del polvillo del carbón. Pero las caras les cambiaban en el acto cuando distinguían la aglomeración urbana de Génova, que crecía lentamente ante sus ojos. La señalaban con el dedo y prorrumpían en

exclamaciones de alegría. El abad de Montserrat cayó de rodillas y sus monjes lo imitaron al instante.

–Recemos, hermanos.

El ex ministro de Marina se permitió una sonrisa.

–Diríase que son los israelitas divisando la Tierra Prometida.

–Ya lo puede usted decir -dijo el notario Palol-. Ya lo puede usted decir -repitió, profundamente convencido.

El cocinero pasó luego entre los grupos, armado con un gran perol de café humeante. Lo seguía un pinche con una fuente de cacillos de peltre desportillados, que el cocinero colmaba generosamente. Los fugitivos sorbían el café ruidosamente, a dos carrillos. Los colores les volvían a la cara.

A la marquesa de Vallvidrera no le importó compartir su cacillo con sor Evelina Arderiu.

–En la guerra como en la guerra -sonrió esta última.

La marquesa de Vallvidrera apuró un trago y comentó con ironía:

–Si hace un mes, alguien me llega a decir que un día viajaría en la bodega de un cochambroso barco carbonero, estibada como un vulgar saco de patatas, que dormiría en un sucio jergón de paja y que haría mis necesidades en una letrina infecta, lo habría mandado a paseo.

–Los caminos del Señor son inescrutables -sonrió la superiora de las monjas del Sagrado Corazón-. Está usted viva. ¿Qué más quiere? En cuanto al *Baden,* ese *cochambroso barco carbonero,* como tan injustamente lo tilda usted, es el instrumento del que se ha servido Dios para salvarle la vida y ponernos a prueba.

–¡Pues menuda prueba!

–No se queje, doña Emilia, no se queje. Por cierto, ¿sabe usted cómo han pasado la noche la pobre señora Cabestany y su bebé?

–Ni la menor idea. Espero que bien. El capitán ha sido muy galante dejándole su propio camarote. Todo un detalle por su parte.

–¿Y los dos niños?

–Los he dejado durmiendo en la bodega. Los pobrecillos estaban agotados.

–Lo comprendo.

El *Baden* atracó, excepcionalmente, en los muelles de la estación marítima, entre elegantes vapores y lujosos transatlánticos, al pie de los

jardines colgantes del palacio Doria. Un improvisado comité de recepción, encabezado por el representante consular español, no muy seguro del papel que debía representar, recibía a los exhaustos argonautas al pie de la escalerilla y les facilitaba datos y direcciones de hoteles y pensiones.

A don Sinibaldo le faltó muy poco para arrodillarse y besar los adoquines del muelle.

El cochero de un *simón,* vestido con blusón azul, se le acercó con la gorra de hule en la mano.

–¿El *signore* desea un coche?

–Pues sí, efectivamente, necesito un coche -contestó don Sinibaldo en el acto-. Y también una sastrería, un banco y la agencia de viajes Cooks más próxima.

Tras un rápido vistazo a su cochambroso disfraz de fugitivo, el auriga se hizo cargo al instante de sus necesidades más perentorias.

–Si el *signore* no tiene inconveniente, lo llevaré a vía Roma, y allí, en un radio de cien metros escasos, encontrará todo lo que desea y de la mejor calidad. Incluso *belle ragazze.*

–¿Cómo lo ha adivinado?

-II signore è un cavaliere spagnolo molto distinguito,* y la ropa que lleva no le hace justicia, *non è vero?

Don Sinibaldo subió al vetusto carruaje.

El cochero se hizo cargo de su maletín, trepó al pescante y empuñó las riendas. Luego se volvió hacia el notario Palol.

–Si el *signore* tiene demasiado sol, echamos la capota.

–¡No, no! Está muy bien así, al sol.

-Ah, il bel sole dall'ltalia!* Y ahora, si el señor me lo permite, daremos un pequeño rodeo por la vía Garibaldi, *antes detta via della Maddalena,* para que pueda admirar los palacios *piu belli del mondo.

–De acuerdo, me pongo en sus manos.

El cochero restalló el látigo por encima de las orejas del caballo, que emprendió un alegre trotecillo vía Carlo Alberto adelante. El notario se reclinó en el asiento con un suspiro de satisfacción, libre de preocupaciones. El balanceo del coche lo sumía en un beatífico estado de bienestar, mientras el obsequioso auriga, con el mango del látigo, le

señalaba los monumentos que él consideraba más dignos de ser admirados.

-*Questo è il palazzo Bianco,* del siglo xvi, *bello, bellissimo*… y aquel de más allá, el *palazzo Rosso, anche bellissimo*…

El notario asentía distraídamente. La musicalidad de la lengua italiana era bálsamo para sus oídos, atormentados por las consignas revolucionarias que había escuchado en Barcelona. El espectáculo que se desplegaba a ambos lados del coche lo tenía sorprendido y maravillado. La gente andaba sin miedo, camino de sus quehaceres y sus obligaciones. Nadie insultaba a las señoras con sombrero. Ni se metía con los caballeros con corbata. Las lunas de los comercios estaban intactas. La multitud no asaltaba los carromatos de reparto detenidos frente a las tiendas de ultramarinos. Las iglesias presentaban sus fachadas limpias de tiznajos. Los guardias de la circulación, correctamente uniformados, dirigían el tráfico. La basura no se amontonaba en las aceras. Ni había cadáveres de caballos. Las ominosas efigies de Lenin y Stalin no colgaban de las fachadas de los edificios oficiales… Como un náufrago rescatado de las aguas en el último momento, don Sinibaldo aspiró ávidamente largas bocanadas de aquella bendita normalidad ciudadana.

El cochero lo dejó en el mismo centro de vía Roma. Su consejo resultó acertado. En una sucursal del Banco de Milán compró moneda italiana, la justa para efectuar algunas compras y pagar la cuenta del hotel, y un billete de tren a un destino sin determinar todavía. En la sastrería Giovinezza, la más lujosa y mejor surtida de vía Roma, se equipó de pies a cabeza. El propietario, que lo atendió en persona, tampoco pareció muy sorprendido de su astroso aspecto.

–El señor no es el primer español que se presenta de esta guisa en mi establecimiento. Últimamente he tenido que ocuparme de muchos compatriotas suyos. ¿Quiere cambiarse aquí?

–Antes quisiera darme un buen baño. ¿Podría usted recomendarme un buen hotel?

–El hotel Miramare, sin ninguna duda. El hotel que tiene la mejor vista de todo Génova. El hotel donde se aloja el Duce cuando nos honra con su visita.

–¿Sería usted tan amable de anunciarles mi llegada? Vestido como voy, podrían tomarme por un anarquista. Mi nombre es Sinibaldo Palol de Revardit.

–Delo usted por hecho.

Don Sinibaldo pasó por caja, pagó el importe de sus compras y pidió un taxi.

–Dentro de un segundo lo tiene usted aquí.

El dueño de la sastrería lo acompañó hasta la puerta, y un servicial dependiente lo acompañó al taxi con los paquetes.

-Arrivederci, eccellenza.

Un portero uniformado y un mozo de equipajes, ambos con semblantes impasibles, lo aguardaban a la puerta del hotel Miramare, recostado en la colina del Granaloro, graciosamente abierta al puerto y a la bahía.

El recepcionista tampoco reveló el menor síntoma de sorpresa y lo inscribió en el libro de registro con toda normalidad.

–Lo estábamos esperando, signore Revardit. ¿Le parece bien una habitación con terraza y vistas al mar?

–Me parecerá bien cualquier habitación mientras tenga agua caliente, jabón, toallas en abundancia y una buena cama con sábanas limpias.

–De acuerdo, señor. Habitación 304, tercer piso. Chico, acompaña al *signore.*

La primera providencia de don Sinibaldo fue tomar un largo baño. Luego se vistió con las compras hechas en la sastrería Giovinezza. Su ropa de fugitivo la mandó quemar. Luego pidió dos conferencias. Una con Palau de Cerdaña y otra con París.

–Sí, Palau de Cerdaña -deletreó con paciencia a la operadora que lo atendió-. Un pueblecito del sur de Francia, en la raya misma de la frontera española. Puedo dar fe de su existencia.

***-Bene.* Pero tendrá que esperar un rato, *signore,* las líneas están muy sobrecargadas en esta época de vacaciones.**

–Esperaré lo que haga falta.

Mientras aguardaba la conferencia, pidió al servicio de habitaciones que le enviaran un barbero. Cuando le estaba quitando el jabón de la cara, sonó el teléfono y la operadora le informó de que nadie respondía

en el número de Palau de Cerdaña. Seguramente no habría nadie en la casa.

–Lo suponía. Pruebe con París.

El barbero recogió sus bártulos y se retiró deshaciéndose en reverencias.

Don Sinibaldo procedió a vestirse.

Estaba terminando de hacerse el nudo de la corbata frente al espejo cuando sonó el teléfono. Esta vez hubo suerte. La voz de Hubert de Clermont le respondió en la distancia:

–¡Don Sinibaldo! ¡Por fin!

–¡Monsieur de Clermont! ¡Qué alegría oírlo!

–Lo mismo digo, don Sinibaldo, hemos pasado mucha ansiedad por usted. Incluso temimos por su vida. Pero, antes que nada, tengo que informarle que Cecilia está con nosotros, sana y salva.

–¡Alabado sea Dios!

–Ella, Javier y Gonzalito lograron escapar por los Pirineos, a pie. Las aventuras que corrieron no son para describirlas; una verdadera odisea. Ahora la tenemos con nosotros. Yo tuve que dar por terminadas mis vacaciones en la Cerdaña. El ministerio de Asuntos Extranjeros ha reclamado urgentemente mi presencia en la capital, debido a la tensión internacional que se ha creado tras los sucesos de España. En cuanto a Javier, nos dejó para ir a alistarse al Requeté de Pamplona.

–Suponía que lo haría. ¿Y Gonzalito?

Un silencio de mal agüero.

–Don Sinibaldo, lamento mucho tener que darle una mala noticia.

–¿Qué le ha ocurrido?

–Murió al cruzar la frontera.

–¿Como que murió?

–De un accidente.

–¿De un accidente? – inquirió, receloso, don Sinibaldo.

–Sí, de un accidente un tanto especial. Bueno, en realidad no fue un accidente.

–¿Ah, no?

–Murió de un disparo que hicieron los carabineros españoles cuando vadeaba el Segre. Expiró en los brazos de su hermano Javier - dijo de corrido Hubert-. No llegó a pisar tierra francesa.

–¡Santo cielo!

–Sí. Nosotros fuimos testigos del asesinato del pobre niño. Porque el suceso fue un asesinato, sin paliativos.

–¿Y Cecilia? – preguntó el notario con un hilo de voz.

–Cecilia había cruzado antes, a ella no le ocurrió nada… pero le faltó muy poco para enloquecer de dolor.

El notario tuvo que sentarse en la cama, de la impresión. Las piernas no le sostenían. La cabeza se le fue.

–…horroroso, lo siento tanto como usted -le estaba diciendo Hubert-. Mi mujer, mi hija y yo todavía no nos hemos repuesto de la impresión… pero ¿por qué no se viene aquí lo más pronto posible y se lo contamos todo con más calma y detalle?

Don Sinibaldo se recuperó con un esfuerzo.

–Sí, es lo que voy a hacer inmediatamente.

–¿Dónde está usted ahora? – preguntó Hubert.

–En Génova.

–Pues lléguese a Niza y saque un billete en el Tren Azul que, si mal no recuerdo, sale para París a eso de las ocho de la noche.

–Deme una noche de descanso, Hubert, estoy agotado. He venido de Barcelona en la bodega de un carbonero de mala muerte, y encima hemos sufrido una tempestad horrorosa. No puede usted imaginarse lo que ha sido. Creí que me moría.

–De acuerdo, don Sinibaldo, me hago cargo de su estado. Pasado mañana, yo mismo iré a recogerlo a la Gare de Lyon.

–Entonces le contaré mi particular odisea. ¿Podría hablar con Cecilia?

–Por supuesto, ahora mismo se la paso.

El notario apenas pudo contener la emoción al reconocer y escuchar la voz de su querida ahijada, que le habló a través de sus lágrimas y le confirmó, con palabras entrecortadas, lo que le había adelantado Hubert.

–¡Cuánto lo siento, Cecilia! ¡Es tan atroz lo que me cuentas que me cuesta mucho creerlo! ¡Pobre Gonzalito!

–Yo estoy que no me tengo, destrozada. Y ahora, tío Sinibaldo, dime tú: ¿qué sabes de Blanca? De la situación de mi marido ya me he enterado por los periódicos.

Hacía tres días escasos, el notario Palol pensó que el mal rato que había pasado frente a los *faieros* del puesto de control de Milicias Antifascistas del puerto de Barcelona había sido el peor de su vida; peor incluso que el de su examen de notarías. Pero estaba equivocado. Completamente equivocado. ¿Cómo se le dice a una madre que ha visto agonizar a su hijo pequeño en sus brazos, que su propio marido aguarda la muerte frente a un pelotón de ejecución y que su hija ha sido violada por un desalmado y que de ella no se sabe absolutamente nada, si está viva o muerta?

–Cecilia -empezó-, has de ser muy fuerte.

–¡Sí! ¡Sí! ¡Lo seré, pero no me tengas sobre ascuas, tío Sinibaldo! ¡No puedo más con esta incertidumbre!

–Verás, Cecilia, conseguí viajar a Requesens.

–¿Y?

–Los rojos habían quemado el castillo.

–¡Sí, sí, nosotros vimos las llamas desde la casilla de los peones camineros!

–Pues bien, bajamos a La Fontana y…

–¿Quiénes?

–Ventura Gassol, el *conseller* de Cultura de la Generalidad, el comisario Contreras, un policía y yo.

–De acuerdo. ¿Y qué más?

–El pabellón se había salvado de las llamas. No me preguntes por qué los segadores no le prendieron fuego, pero es así. Estaba intacto. Por fuera.

–Por fuera, entiendo. ¿Y por dentro?

–Estaba un poco revuelto. La cerradura estaba destrozada por un escopetazo. Había una butaca tumbada y un cortinaje desprendido de las anillas.

–¿Y qué encontrasteis?

El notario se armó de valor.

–El cadáver de Alfonso, tu suegro, tendido al pie del cuadro de tía Elisenda y con su viejo Colt aferrado a su mano derecha. Tenía la cabeza destrozada y estaba… -El notario oyó con toda claridad el sofocado grito de horror de Cecilia. Incluso le pareció percibir el

esfuerzo sobrehumano que ésta hacía para reponerse-. Lo siento, Cecilia.

–¿Y Blanca? ¿También encontrasteis el cadáver de Blanca?

–Cecilia, déjame que te explique.

–¡No intentes disimular, tío Sinibaldo! – se impacientó Cecilia al otro lado del hilo-. ¡Quiero saber toda la verdad!

–Cecilia, si tienes un poco de paciencia te lo cuento.

–Cuenta, te escucho.

–Blanca no estaba -fue la escueta respuesta del notario.

–¿Qué quieres decir con eso de que no estaba?

–Pues eso, que no estaba en el pabellón.

–¡Tío Sinibaldo, tú me ocultas algo! ¡Quiero saberlo todo! ¿Qué descubristeis?

El notario respiró hondo.

–De acuerdo, Blanca no estaba, te lo juro. Registramos el pabellón de arriba abajo, el estanque, los jardines, todo. Sin resultado…

–¿Y?

Ahora o nunca, se dijo el notario. Dijo de un tirón, como un niño que recita de memoria la lección aprendida la tarde anterior:

–En el suelo, el comisario Contreras encontró la cinta de terciopelo azul de Blanca, esa con la que le gustaba recogerse en el pelo… y jirones de su falda.

–¿Quieres decir que… que…? – preguntó Cecilia con un hilo de voz al cabo de unos segundos.

–Mucho me temo que sea lo que estás pensando -contestó el notario con voz sorda.

Siguió un silencio.

–¡Cecilia!

A don Sinibaldo le pareció que la comunicación se había cortado. Hasta que oyó el ruido de un cuerpo que se desplomaba. Luego la voz de Hubert:

–¡Cecilia se ha desmayado! ¿Qué le ha dicho usted, don Sinibaldo?

–En pocas palabras, Hubert: que de acuerdo con todos los indicios, mucho me temo que a la pobre Blanca la violaron.

–¡Dios mío, qué espanto! ¡Ahora me explico el desmayo de Cecilia!

–A mí tampoco me extraña lo más mínimo. Siento mucho haber tenido que darle tan mala noticia. Pero tenía que hacerlo. Cecilia tenía que saberlo. No se lo podía ocultar.

–Sí, claro, claro, era necesario. Es mejor enfrentarse a la realidad, por dura que sea, que esconder la cabeza como las avestruces. ¡Pobre niña! Javier lo había intuido. Él mismo nos confesó sus temores. El chico sabía lo que se decía. Su instinto no le engañaba. Pero ¿está viva?

–Eso es lo que no conseguimos averiguar. Quiero suponer que sí. Pero espere a que nos veamos para que se lo pueda contar con más detalle. Por teléfono es imposible. Dele muchos recuerdos a Solange de mi parte. Y cuídeme a Cecilia.

–Descuide. Lo espero pasado mañana en la Gare de Lyon.

El notario colgó, agotado, exhausto.

Tardó media hora larga en reponerse de la impresión.

Almorzó en el mismo hotel y luego durmió una corta siesta. Por la tarde bajó a la ciudad, y en una agencia de Wagons-Lits de vía Roma, un joven y atento empleado le informó de la mejor combinación para llegar a París era a bordo del Tren Azul.

–Lo tiene usted muy fácil, señor. A las cinco sale de la Stazzione Porta Principe un rápido destinado a Niza con un coche cama, que es enganchado a la cola del Tren Azul en la capital de la Riviera. De esta manera se evita usted los engorros del transbordo y las molestias de la aduana, que se pasa en el mismo tren. Y a las nueve de la mañana del día siguiente, está usted en París en la Gare du Lyon. – El empleado consultó brevemente su reloj-. Si se da usted prisa, aún podría cogerlo.

El notario negó con la cabeza.

–No, muchas gracias, joven, se lo agradezco mucho, pero lo dejaremos para mañana. Estoy muy cansado. Agotado. Resérveme un departamento individual para mañana.

Aprovechó el resto de la tarde para comprar una buena maleta, cepillo y pasta de dientes y diversos productos de perfumería. Aquella noche se acostó a las diez, después de tomar unas galletas y una infusión de tila. Tenía los nervios alterados. Había realizado todas las gestiones como un autómata. No se podía quitar de la cabeza el ruido sordo que había hecho Cecilia al derrumbarse junto al teléfono. Le había tocado ser el funesto mensajero de la Muerte.

Se despertó temprano y pidió el desayuno y la prensa matutina al servicio de habitaciones. Desayunó en la terraza, al sol, con la bahía y la ciudad de Génova desplegadas a sus pies, mientras contemplaba la llegada de un gran transatlántico blanco. Luego se entretuvo leyendo la prensa. El conflicto español y las conversaciones del Tratado de No Intervención continuaban copando los primeros titulares de los periódicos. La posición del gobierno italiano se acercaba al punto de vista de los rebeldes españoles. El editorial del *Giorno del Matino* no se recataba de tacharlos de defensores de la cristiandad frente a la barbarie comunista. Y le faltaban palabras para ensalzar la heroica resistencia del coronel Moscardó en el Alcázar de Toledo.

Almorzó en una *trattoria* de la piazza de le Scuole Pie, muy cerca de la catedral, cuya pasta asciutta le había recomendado encarecidamente el director del hotel. Los mejores espaguetis a la carbonara que había probado en su vida. De vuelta en el hotel, procedió a hacer el equipaje. Primeramente, extendió sus pertenencias encima de la cama, como tenía por costumbre, y las guardó por riguroso orden de importancia: en primer lugar, el sobre con la cinta de terciopelo y el jirón de la falda de Blanca.

A las cuatro y media, en la Stazione Porta Principe, un atento mozo de Wagons-Lits (quepis y uniforme marrón) se hacía cargo de su equipaje y lo instalaba en un laqueado departamento del rápido Génova-Ventimiglia-Niza, que salió puntualmente a la hora anunciada, de acuerdo con la inflexible exactitud horaria que Mussolini había impuesto a los ferrocarriles italianos. Los trámites aduaneros los pasó en el mismo tren. Una revisión rutinaria. El policía francés se limitó a pedirle el pasaporte.

–¿Algo que declarar? – preguntó el aduanero.

Don Sinibaldo le mostró su maleta abierta.

El aduanero dibujó una cruz con tiza en la tapa y le deseó buen viaje.

Aprovechó la larga parada en Niza para pasear por el andén y estirar las piernas. En seguida le llamaron la atención la profusión de banderas rojas con la hoz y el martillo, y los pasquines pegados en las paredes con el eslogan *Aidez l'Espagne martyre.* En el quiosco de la sala de espera compró un fajo de periódicos. Los titulares de *L'Humanité*

llamaban a los franceses a la resistencia popular y a la lucha contra el fascismo. Saltaba a la vista que el conflicto español les apasionaba más que el escandaloso romance que el príncipe de Gales mantenía con la divorciada americana miss Simpson. En un suelto del mismo se anunciaba que en París se había abierto una oficina para reclutar voluntarios extranjeros para ir a luchar contra los rebeldes españoles. Y que la Pasionaria hablaría el próximo sábado en el Velódromo de Invierno de París. En la place de la Concorde, los enfrentamientos entre los Croix de Feu y los Camelots du Roi por una parte, y los comunistas por otra, se reproducían a diario y obligaban a intervenir a la policía.

En muy pocos kilómetros era palpable el cambio radical que se había operado en el diapasón político de la escena europea: todo lo que en Italia eran alabanzas al alzamiento militar español se habían convertido en dardos envenenados en Francia. Pero ni una palabra acerca del asesinato del obispo de Barcelona a manos de los rojos, ni del incendio de la catedral de Gerona y de Santa María del Mar y de tantas y tantas bellas iglesias, ni del alucinante terror desatado en Barcelona, ni de los miles de asesinatos de religiosos y gentes de derechas.

Dominando su irritación, don Sinibaldo se instaló ante una mesa del coche restaurante del Tren Azul, y mientras aguardaba a que le sirvieron la cena, acabó de leer las noticias referentes a España. En un rincón de *Le Temps* leyó que, de un día para otro, se iba a celebrar un consejo de guerra contra el resto de los militares sublevados en Barcelona. Gonzalo entre ellos. Estaba tan absorto y preocupado por la información que no se enteró cuando el tren se puso en marcha y las festivas luminarias veraniegas de la Riviera se fueron quedando atrás, perdiéndose en la noche oscura.

Compartió la mesa con un matrimonio parisino y un reservado caballero inglés con aspecto de coronel retirado del ejército de la India, los cuales, una vez roto el hielo inicial, se interesaron por su caso y lo acosaron a preguntas. ¿Era verdad que en España había estallado una revolución bolchevique? ¿Eran ciertas las noticias de la quema de iglesias y asesinatos de sacerdotes o eran sólo rumores?

-*Mais oui!* ¡Claro que son ciertas! Lo que pasa es que la prensa izquierdista francesa no lo dice. Y no hace falta ser cura para que lo

maten a uno. Yo mismo, por ejemplo, estoy vivo de milagro. Un amigo mío no ha tenido tanta suerte y lo han asesinado en su propio castillo.

-Mon Dieu!

–Ya lo puede usted decir.

Don Sinibaldo se despachó a gusto. Para que se fueran enterando de lo que ocurría al otro lado de los Pirineos.

–Eso me recuerda las historias de la Comuna de París que me contaba mi abuelo -asintió pensativamente el caballero francés.

El coronel inglés invitó luego a una ronda de brandy, lo que estimuló la elocuencia de don Sinibaldo, que rara vez bebía, y era, por naturaleza y profesión, una persona sumamente reservada y poco dada a explayarse con extraños. Lo que ocurría era que los titulares de la prensa francesa lo habían sacado de quicio. La sobremesa con aquellos desconocidos vino a ser una válvula de escape a la indignación que hervía en su interior.

Fueron de los últimos comensales en abandonar el coche restaurante.

Don Sinibaldo se durmió acunado dulcemente por el suave balanceo del Tren Azul lanzado a toda velocidad valle del Ródano arriba. Y por la ilusión de abrazar a Cecilia dentro de pocas horas. Suerte que le había adelantado las malas noticias por teléfono y estaría preparada.

Desde su puesto en la cola, en el patio del cuartel del general Moriones, Javier y su amigo Josetxu eran testigos del mal rato que en aquellos momentos estaba pasando Félix Larraz, un chico de unos quince o dieciséis años, de complexión fuerte pero mejillas sonrosadas y ojos de niño, a manos de un brigada de pelo gris y guerrera deslucida, y un escribiente gordo y con gafas, sentados a una mesa presidida por un crucifijo. A cierta distancia, el abuelo del chico asistía a la escena. La mayoría de los voluntarios eran hombres mayores o chicos muy jóvenes.

–¿Cuántos años has dicho que tienes? – preguntó el brigada, receloso.

–Dieciocho -contestó el chico-. Lo pone en ese papel.

El brigada lo examinó con gran atención.

–Está falsificado. Sólo hay que verlo. Es más falso que un duro sevillano.

–¡No es verdad! – protestó el chico.

–¡Ya lo creo que es verdad! Espera un par de años y te cogemos.

–¡Para entonces la guerra se habrá acabado!

–Pues mejor para ti, que lo podrás celebrar vivo. ¿Qué más quieres?

–Ir a la guerra.

–Mira, chaval, no me hagas perder más tiempo. ¡El siguiente!

El chico se retiró y fue a reunirse con su abuelo, entre chacotas y gritos de burla.

–¡A comer sopas, chaval!

–¡Anda y que tu madre te limpie los mocos!

A los ojos del chico asomaron lágrimas de rabia y vergüenza.

El siguiente voluntario era un hombre ya mayor, labrador, a juzgar por sus manos callosas y su cogote color ladrillo recocido por el sol, y calzado con recias abarcas de cuero.

–Mi mujer dio a luz hace tres días -explicó para justificar su tardanza.

El brigada le contestó que no tenía ninguna obligación de alistarse.

–¡Sí la tengo! – protestó el labrador con tono apasionado-. ¡Como cualquier español bien nacido!

El escribiente lo alistó como Jesús Mendiola, natural de San Martín de Unx, casado y padre de tres hijas, *hijas,* como precisó con cierta amargura el labrador.

–Ha sido destinado al Tercio de Montejurra.

Después le llegó el turno a Josetxu Larramendi.

El brigada le indicó con un gesto que podía tomar asiento en la silla que había dejado vacía el labrador.

–Sí, señor -contestó el mozo obedeciendo y despojándose de la boina roja.

–No me llames señor -rezongó el brigada, aburrido-. Tienes que decir sí, mi brigada o no, mi brigada. ¿Estamos? Esto es el ejército.

–Sí, señor.

–¿Cómo?

–Sí, mi brigada -se corrigió Josetxu, bizqueando.

El escribiente terminó de anotar los datos de Josetxu y le tendió la pluma.

–¿Sabes escribir?

–Sí.

–Pues firma aquí -le indicó.

Conteniendo la respiración, Josetxu escribió laboriosamente su nombre completo, sacando la lengua a causa del agotador esfuerzo.

–¿Está bien así, mi brigada? – preguntó cuando hubo acabado de garabatear.

–Muy bien, y recuerda que desde ahora estás sujeto al Código de Justicia Militar y que debes obedecer a tus jefes en todo lo que te manden.

–Yo no entiendo de códigos o como se llame, mi brigada -contestó Josetxu con socarronería-. Yo me he apuntado para matar rojos.

–Procura que no te maten a ti. También te hemos destinado al Tercio de Montejurra.

Desde una ventana del primer piso, el capitán Olavide había presenciado el incidente sin poder disimular la risa.

El siguiente voluntario era Javier.

Al joven le pareció advertir cierto cambio en el tono de voz y la expresión del brigada cuando le dio su nombre y sus apellidos completos.

–¿No serás por casualidad pariente de ese comandante De Montcada que los rojos han hecho prisionero en Barcelona?

–En efecto, mi brigada, es mi padre.

–Lo siento.

–Gracias.

–Y tu madre, ¿no será parienta del capitán Ortiz de Zabala?

–Su hermana, mi brigada.

–Apunta -ordenó el brigada al escribiente.

Éste escribió en el libro de registro los datos que le dio Javier.

–Te alistamos como soldado raso -dijo finalmente el brigada, como excusándose.

–Por supuesto, mi brigada, no pretendo otra cosa.

Javier firmó con pulso firme y devolvió la pluma al escribiente.

–Hecho.

Finalizado el alistamiento, el brigada Civantos llevó a los voluntarios admitidos al almacén del cuartel, donde varios cabos

furrieles les repartieron uniformes, botas y correajes de acuerdo con sus tallas.

–Los que tengáis familia en Pamplona podéis ir a dormir a casa de vuestros padres o familiares. Los demás dormiréis en el cuartel, para que os vayáis acostumbrando al catre, al rancho y al toque de diana. Y mañana os quiero a todos aquí, a las siete en punto, para presentaros a vuestros capitanes respectivos. Todos limpios, aseados y bien peinados para no desmerecer del Tercio de Montejurra. Que no se os olvide. Y serenos, por supuesto.

Lo primero que hizo Javier al llegar al caserón de sus mayores fue tranquilizar al abuelo.

–¿Lo ves, abuelo? Me han cogido, sin problemas, a la primera.

–¿Has hablado con Paco Olavide?

–No ha sido necesario.

–¿Lo has visto?

–No. Quizá mañana.

–Pues dile de mi parte que se ande con mucho ojo.

Aquella misma tarde, la abuela mandó llamar a una costurera para que le alargara los pantalones del uniforme. Ella misma se ocupó de coserle un escapulario con la leyenda *Detente, bala, el Sagrado Corazón está conmigo* en el bolsillo superior izquierdo de la guerrera.

–El Sagrado Corazón te protegerá.

Javier, aunque tenía serias dudas sobre su eficacia protectora, se lo agradeció, se puso la guerrera, se caló la boina roja y se miró en el espejo.

–¿Qué tal mi facha de quinto, abuela?

–¡Qué más quisieran los quintos tener tu facha!

–Te prometo que un día luciré una estrella de alférez.

–¿Y por qué no las tres de capitán?

A la hora de los postres se presentó Restituto y anunció una llamada telefónica.

–¿Por quién pregunta? – quiso saber la abuela.

–No lo he entendido bien, señora, hablaba en francés, o qué sé yo. Aló, aló, y chorradas por el estilo. La verdad es que no he entendido nada. Creo que será mejor que se ponga usted.

–¡Seguro que es tu madre! – dijo la abuela corriendo a ponerse al aparato, que estaba en el gabinete de trabajo de tío Ignacio, una habitación literalmente forrada por los cientos de libros, tratados y revistas de arqueología que el primogénito de los Ortiz de Zabala había ido reuniendo, antes y después de ingresar en la Compañía de Jesús.

Javier siguió a su abuela, pisándole los talones.

Doña Mercedes se llevó el teléfono a la oreja.

–¡Diga! – dijo casi sin aliento.

–¿Es casa de los señores Ortiz de Zabala? – preguntó la voz musical de la operadora.

–¡Sí, sí!

–Tienen ustedes una conferencia con París. Procuren ser lo más breves posible. Gracias. Ya pueden hablar.

–¿Con quién hablo? – preguntó doña Mercedes.

–¡Mamá, soy Cecilia! – contestó la voz de su hija al otro lado del hilo. Javier reconoció al instante la voz de su madre.

–¡Hija! ¿Desde dónde me llamas?

–Desde París, desde casa de nuestros amigos los Clermont. ¡Qué alegría oírte, mamá! ¿Cómo estáis por ahí? ¿Y papá? ¿Y Javier?

–Lo tengo aquí a mi lado. ¿Y tú, cómo estás?

–Mucho mejor, mamá. Solange, Hubert y Maite me cuidan como no te puedes imaginar. ¿Podría hablar con Javier?

–Por supuesto, hija, ahora mismo te lo paso. Tu padre y yo no vivíamos pensando en ti. Un abrazo muy fuerte. Ahora te lo paso. Toma, Javier, es tu madre.

La abuela se hizo a un lado y Javier se llevó el aparato al oído.

–¡Mamá! – musitó con voz estrangulada.

–¡Javier! ¡Cuántas ganas tenía de oír tu voz! ¿Cómo estás, hijo?

–Muy bien, mamá, y con muchas ganas de verte. Hoy mismo me he alistado…

–¿Qué dices? ¡Te oigo muy mal!

–Sí, yo también. Te decía que hoy mismo me he alistado en el Requeté.

–Pues no sabes cuánto me alegro.

–¿Habéis podido averiguar algo de Blanca? ¿Y del abuelo? – preguntó Javier.

–Sí…

–¿De veras? ¿Están vivos?

–Verás…

–¿Malas noticias? ¡Mamá! ¿Me oyes? ¡Maldito teléfono! – lo agitó furioso en el aire-. ¡Mamá, mamá! ¿Qué me decías?

–Sí, hijo, te oigo. Pero será mejor que te lo cuente tío Sinibaldo, que lo tengo aquí a mi lado.

–¿De veras? No sabía que estaba con vosotros.

–Sí, llegó ayer, de Génova. Después de muchas peripecias, finalmente consiguió escapar de Barcelona y…

–¡Pásamelo, por favor!

Javier oyó el nervioso carraspeo de don Sinibaldo aclarándose la garganta al otro lado del hilo.

–Javier…

–¡Tío Baldo, no sabes la alegría que me da oírte y lo mucho que he sufrido pensando en ti! ¿Estás bien?

–Sí, muy bien, gracias. Yo también me alegro mucho de hablar contigo, Javier. Tu madre me ha contado cómo conseguisteis cruzar los Pirineos. Eres un héroe.

–¡Quita! ¡Quita! La heroína es mamá.

–He sentido mucho lo de Gonzalito. Me ha dolido en el alma. Yo lo adoraba.

–Lo sé, tío Baldo, lo sé. No pude hacer nada por impedirlo. Pero ésa me la pagarán, como que Dios existe. ¿Qué es eso que tenías que contarme de Blanca y del abuelo? ¿Son buenas noticias?

–Buenas y malas.

–¿Quieres decir que está viva?

–Quiero suponer que sí.

–¿Ah, sí? ¿Qué quieres decir con que supones que sí? ¡Por favor, dime todo lo que sepas! – se impacientó Javier-. Aunque sea malo. ¡Hasta que sepa lo ocurrido en Requesens no podré dormir tranquilo!

–De acuerdo, Javier, te contaré todo lo que pude averiguar de tu hermana y de tu abuelo.

La voz de la operadora interrumpió la conversación:

–Por favor, sean lo más breves posible. Piensen en los usuarios que están esperando a que ustedes terminen.

–De acuerdo, señorita, de acuerdo -dijo don Sinibaldo, que se apresuró a resumir en pocas palabras la visita al pabellón de La Fontana, lo mismo que le había contado a su madre.

A medida que hablaba, el semblante de Javier se ensombrecía por momentos. Las revelaciones de tío Sinibaldo eran como demoledores golpes de maza en las frágiles esperanzas que se había forjado para engañarse a sí mismo. Sus más negros presagios se cumplían al pie de la letra. El detalle de la cinta de terciopelo y los jirones de la falda de su hermana en el suelo del pabellón no dejaban lugar a dudas: el Sisco la había violado después de haber asesinado al abuelo. Lo que no se explicaba era por qué el jodido hijo de puta no la mató también. El furor le hacía rechinar los dientes. La venilla de la sien izquierda latía, amenazadora. Tenía los músculos tensos como cables de acero. Los nudillos de la mano que sujetaba el teléfono se le había puesto blancos de tanto apretar. El pelo se le había erizado.

La abuela lo miraba, espantada.

–¿Qué dice?

Javier hizo un gesto con la mano libre.

–Luego te lo cuento, abuela. – Javier se dominó con un esfuerzo sobrehumano-. Tío Baldo, ¿podría ponerse Maite?

–Ahora mismo. La tengo aquí a mi lado. Ella también quiere hablar contigo. Cuídate mucho, Javier, un abrazo muy fuerte.

–Lo mismo digo. Adiós.

En seguida oyó la voz llorosa de Maite.

–¡Javier!

–¡Maite!

–¿Cómo estás?

–De aquella manera. Me acabo de enterar de lo de Blanca y tu abuelo. Lo que me imaginaba.

–Lo siento como no te puedes imaginar. Rezo mucho por ella… y por ti.

Otra vez la voz de la operadora:

–Lo siento mucho pero tengo que interrumpirlos.

–¡Un abrazo muy fuerte, Javier! ¡Te escribiré!

–¡Te quiero mucho! ¡Adiós!

La operadora cortó la comunicación.

Javier colgó lentamente el aparato y se volvió hacia su abuela, que le preguntó:

–¿Qué te ha dicho tu tío? ¿Malas noticias? – Doña Mercedes hizo una pausa-. ¡No hace falta que me lo digas! ¡Lo veo en tu cara!

–Siéntate, abuela.

Doña Mercedes se sentó obediente en la butaca del escritorio y levantó los ojos hacia su nieto, que se había quedado de pie junto a ella.

Por un momento Javier había pensado disimular la verdad. Pero, sorprendentemente, se oyó decir a sí mismo:

–Abuela, ha ocurrido lo que temía: el Sisco, un segador que empleaba el abuelo, lo asesinó y luego… luego… violó a Blanca.

Doña Mercedes abrió los ojos, espeluznada, y se llevó la mano a la boca. Durante largos segundos no pudo articular palabra.

–¡Dios mío, qué horror más espantoso! – musitó finalmente-. ¡No me lo puedo creer!

–Yo tampoco lo quería creer… y ya ves.

–Pero… ¿está viva?

–Tío Sinibaldo supone que sí ¡Quién sabe!

–Seguro que Dios misericordioso se ha apiadado de ella.

Javier agitó la cabeza. En aquellos momentos tenía una opinión muy negativa de la misericordia divina. Dijo lentamente, con voz sorda:

–Si ha conseguido huir y está viva, sé dónde se ha refugiado. Y después de que haya acabado con el hijo de puta del Sisco, iré a buscarla. Lo juro por Dios.

–¡Javier! – protestó la abuela, escandalizada.

–Perdona, abuela, me ha salido del alma.

Doña Mercedes tuvo que darle la razón. Por una vez en la vida, tomar el nombre de Dios en vano estaba justificado.

Con gran algarabía y profusión de maldiciones y voces de mando, los capitanes de las tres compañías del Tercio de Montejurra (una unidad tipo batallón con un total aproximado de cuatrocientos hombres) se hicieron cargo de sus reclutas.

Javier fue asignado a la segunda, que estaba al mando del capitán Olavide. Su cara le resultaba vagamente familiar. Tal vez lo habría visto en casa de los abuelos. Pero no podía asegurarlo. Tendría poco

más de treinta años y la expresión franca, y en su camisa caqui lucía las tres flores de lis de plata distintivas de su rango, encima de un pequeño escudo con el águila bicéfala de Carlos V abrazando las aspas de Borgoña, un recuerdo de los Tercios de Flandes.

Los otros oficiales de la compañía eran el teniente Hurtado de Leyva y el alférez Freire Sotomayor. El primero era moreno y muy apuesto y llevaba la boina ladeada sobre la oreja. Tenía un tono de voz agudo y estridente que no contribuía precisamente a aumentar su popularidad entre la tropa. A Josextu no le cayó bien desde el principio.

–Para mí, que es demasiado *echao p'alante.*

El alférez Freire era gallego, rubio, flaco y muy joven. Más joven incluso que muchos reclutas. Pertenecía a la última promoción de la Academia de Infantería de Zaragoza, licenciada justo antes del alzamiento militar. Era de natural alegre y espontáneo, talante que procuraba disimular bajo una forzada máscara de autoridad. Su frase preferida era: *No me confundáis la tolerancia con la debilidad en el mando.* Pero fue admitido sin reservas por los requetés. De lo que se trataba era de ganar la guerra, no de hacerle la vida imposible.

El capitán Olavide pasó lista a su compañía en el patio del cuartel.

–Cuando diga vuestro nombre y apellido, tenéis que contestar *presente.*

Cuando citó el de Javier, pareció mirarlo con cierto interés y curiosidad. Por suerte, no se le ocurrió hacer ningún comentario. Javier se hubiera muerto de vergüenza. Fundido.

–Irás a la segunda sección, con el alférez Freire y el sargento Martínez.

–Sí, mi capitán.

El asombroso parecido de los gemelos Larraínzar, Pedro y Antonio, dejó perplejo al capitán Olavide. Ambos eran idénticos y con el mismo taimado aspecto de cazurros.

–¿Cuál de vosotros dos es Pedro?

–Yo, mi capitán.

–¿Y Antonio?

–Yo, mi capitán.

El capitán Olavide los volvió a mirar, en busca de alguna señal que le permitiera diferenciarlos. Su perplejidad iba en aumento.

–¿Cómo os podré distinguir? – preguntó.

–Es muy difícil, mi capitán, ni nuestra madre puede.

Josetxu Larramendi y un mozo de Echarri Aranaz, apellidado Muguruza, pero más conocido por Tricu (erizo, en vasco) debido a sus pelos perpetuamente de punta, también fueron asignados a la segunda sección, la misma de Javier.

El sargento Martínez, un burgalés sanguíneo y apasionado, al que toda la fuerza se le iba por la boca, porque en realidad era incapaz de matar una mosca (no obstante ser un fanático de la lucha con arma blanca), enseñó a los reclutas de la segunda sección los rudimentos de la instrucción.

–La instrucción es el abecé de cualquier ejército -les espetó cuando los tuvo formados delante de él-. Una tropa sin instrucción es una horda indigna de ese nombre.

En cualquier caso, los nuevos reclutas no le dieron mucho trabajo. Muchos conocían la instrucción. Los mayores por haber hecho el servicio militar. Y los más jóvenes por haber sido entrenados, en valles y caseríos remotos, por el general Varela, disfrazado de fraile, en aquellos dos últimos años que precedieron al alzamiento militar, cuando los carlistas navarros comprendieron que el estallido de la guerra era inevitable.

Los hizo marchar arriba y abajo, marcando ruidosamente el paso, sin dejar de vociferar amenazas.

Javier archivó en su mente algunas de las más curiosas.

–¡Como me perdáis el paso, os voy a llevar como a putas por rastrojos!

Javier tuvo que hacer grandes esfuerzos para imaginarse a un pelotón de desgraciadas prostitutas cubiertas de sangre arrastrándose penosamente por encima de las punzantes agujas de paja de un campo de trigo recién segado. El pensamiento lo hizo sonreír, cayendo luego en la cuenta de que era la primera vez que le ocurría desde su dramática fuga de Requesens.

Finalizada la apretada jornada de instrucción, el capitán Olavide mandó llamar a Javier a la sala de banderas del cuartel.

–El brigada Civantos me había hablado de ti -empezó sin mas preámbulos-. Aunque yo ya te había echado el ojo. Tú eres, si no me equivoco, sobrino de José María Ortiz de Zabala y nieto de don Carlos. Hijo de Cecilia, en una palabra, ¿verdad?

–Sí, mi capitán.

El capitán Olavide le sonrió amistosamente.

–Puedes tutearme, si quieres… en privado. Soy un buen amigo de tu tío, de tu madre y de toda tu familia.

–Gracias, mi capitán.

–Oye, lo del tuteo lo he dicho en serio. Puedes llamarme Paco si quieres.

–De acuerdo, Paco.

–Ante todo, quiero manifestarte lo mucho que he sentido que los rojos hayan hecho prisionero a tu padre. Se portó como un valiente y aguantó hasta el final como un jabato.

–Muchas gracias -dijo Javier, emocionado.

–Y de tu madre, ¿qué sabes?

Javier le hizo un rápido resumen de la situación.

–Pues no sabes cuánto lo siento -dijo el capitán Olavide cuando Javier terminó de hablar-. Quiero mucho a tu madre. De niños habíamos jugado a escondite en el caserón de tus abuelos, y en más de una ocasión me había limpiado los mocos. Debe de estar hecha polvo, la pobre.

–Puedes imaginártelo, pero lo superará.

–Estoy convencido de ello, tu madre es una mujer de temple poco corriente.

–Dímelo a mí.

El capitán le dirigió una mirada amistosa.

–¿Estás a gusto con nosotros? Quiero decir, con tus compañeros.

–No me puedo encontrar mejor, como pez en el agua -reconoció Javier, que desde el primer momento se había sentido a gusto entre sus rudos paisanos navarros, en su gran mayoría, labradores, pastores, leñadores y gentes del campo.

A los pocos días de tratar con ellos le había sorprendido el odio visceral que profesaban a los rojos en general y, en particular, a los vascos, sus primos hermanos. Constantemente estaban hablando de

darles su merecido, de hacerles tragar sus *ikastolas,* sus *batzokis* o casas del pueblo, o como se llamaran, y su lengua. Al fin y al cabo, reflexionaba Javier, muchos de ellos también hablaban vascuence, o algo parecido, como Josetxu mismo cuando se enfadaba. Él también entendía muchas de sus expresiones por habérselas oído a la Hilaria, su niñera baztanesa.

–Sí, muy a gusto.

–¿No te han parecido un tanto brutos?

–Sí, un poco brutos sí lo son.

El capitán Olavide sonrió abiertamente.

–Dicen que los navarros se dividen en brutos, muy brutos y de Tafalla. Otros te dirán que la palma se la llevan los de Estella. O de Mendigorria. Pero, en fin, estos matices locales no tienen mayor importancia. Yo soy el primero en reconocer que a brutos no hay quien nos gane y que tenemos fama de bárbaros y montaraces, pero, eso sí, nunca te dirán una cosa por otra ni te dejarán jamás en la estacada. Y como soldados, no los hay mejores, ya lo verás. ¿Cuántos años tienes?

–Cumpliré veintiuno el próximo día 14 de agosto.

–Muchas felicidades. ¿Y qué estudiabas?

–Este año había terminado cuarto de derecho. Y el año que viene pensaba empezar la carrera de ingeniero agrónomo.

–Eres ambicioso, por lo que veo.

Javier se encogió ligeramente de hombros.

–Si quieres llamarlo así…

–¿Y cómo es que tú, un chico brillante y prometedor, no te has apuntado a la Falange, un movimiento joven y renovador, a tono con los tiempos? A su lado, los carlistas debemos de parecer una colección de antiguallas de mucho cuidado, dinosaurios, fósiles de otra época.

–Nunca me pasó esa idea por la cabeza -dijo Javier-. No sabría cómo explicarlo. No tengo nada personal contra los falangistas, pero no acabo de asimilar su galimatías de *la unidad de destino en lo universal* y tanto empacho de flechas y luceros. La verdad es que me parecen excesivamente teatrales y fanfarrones, con tanto correaje y tanto puñal al cinto. – Hizo una pausa y sonrió-. Supongo que será por mi sangre navarra. Desde niño siempre he oído hablar a mi madre de los requetes y de los carlistas y de las historias que le contaba el abuelo. El Paparro,

el payés que me enseñó a cazar y andar por el monte, también es carlista. No sé… pero el caso es que me he apuntado al Requeté.

–Pues has hecho muy bien -aprobó el capitán Olavide-. A tu abuelo le habría dado un patatús si te hubieras apuntado a los falangistas. No es que sean malos chicos, no, pero aquí tienen escaso arraigo popular, en tanto que el carlismo es algo que los navarros hemos mamado desde la cuna. Lo llevamos en la sangre. A veces sospecho que somos unos románticos incurables, que estamos fuera del tiempo y de la historia, tal como afirman nuestros detractores. – Se lo quedó mirando con simpatía-. Pero ya te aseguro yo que nunca te arrepentirás de haberte apuntado al Requeté. Con nosotros es con quien mejor estarás. Te habrás dado cuenta de la moral que gastan los requetés.

–Sí, he podido comprobar que están rabiando por echarse al monte y empezar a pegar tiros… como yo mismo.

–A los requetés, yo el primero, nos tienen sin cuidado la legitimidad y las cuestiones dinásticas, que si el príncipe Javier por aquí, que si el regente don Alfonso Carlos por allá, los trapicheos de Fal Conde y Zamanillo, que si Mola, que si Franco y otras politiquerías de poca monta. Ni siquiera les ha afectado la muerte de Sanjurjo, que en un momento se pensó se pondría al frente del alzamiento. A falta de un rey como éste -y el capitán Olavide señaló con los ojos un gran cuadro del Pretendiente en toda su gloria decimonónica, vestido con un largo capote azul hasta el suelo, la mano en la empuñadura del sable, un dogo tendido a sus pies y el castillo de Froshdorf a su espalda-, nos da absolutamente igual que sea Franco o Mola quien dirija la guerra. Lo único que les importa, y que desean con toda el alma, es salir a matar rojos y ganarla. Supongo que tú pensarás lo mismo, ¿no?

–Exactamente lo mismo -contestó Javier-. Sueño con ello noche y día.

–Pues descuida, que ocasiones no te van a faltar. Ten por seguro que les sentaremos la mano. Dentro de muy pocos días saldremos para Guipúzcoa para reforzar la columna del coronel Beorlegui, que está atascada frente a Oyarzun y San Marcial, unas posiciones que los rojos defienden con uñas y dientes, muy conscientes de que, si les cortamos la conexión con la frontera francesa, por donde les llegan suministros,

material de guerra y voluntarios comunistas veteranos de la Gran Guerra, están irremisiblemente perdidos.

–¿Pero qué ocurre con el Pacto de No Intervención ese del que tanto hablan los periódicos?

–Papel mojado. Por lo menos, en la frontera de Irún no funciona, y los gendarmes hacen la vista gorda y dejan pasar a los voluntarios extranjeros. Tú mismo lo podrás comprobar cuando conquistemos esa ciudad. Porque caerá en nuestro poder, seguro, es cuestión de días. Una vez Irún en nuestras manos, San Sebastián seguirá su misma suerte, sin disparar un tiro. Y después, ¡a por Vizcaya! Otra cosa -dijo el capitán Olavide cambiando de tema-. No voy a dispensarte ningún trato de favor, te voy a tratar igual que a tus compañeros.

–¡Eso espero! – dijo Javier.

–Sólo te pido que este trato amistoso lo reservemos para momentos como éste.

–Sí, mi capitán. Pero el abuelo me ha dicho que te andes con ojo.

El capitán Olavide no pudo reprimir una carcajada.

–Don Carlos nunca cambiará. Genio y figura hasta la sepultura.

El sargento Martínez blandió el machete en el aire y anunció a los voluntarios de su sección, sentados en torno a él en el suelo pedregoso del campo de maniobras:

–La bayoneta permite al soldado valiente enfrentarse con el enemigo y matarlo cara a cara. En este sentido, es una arma mucho más noble que el fusil, que mata a distancia. – Hizo una pausa y paseó la vista por las caras de los requetés, que lo escuchaban literalmente hipnotizados, con un interés que no habían demostrado por otras enseñanzas castrenses, tales como hacer la instrucción o limpiar el armamento-. Aunque todo el mundo la llama bayoneta, lo que hoy se emplea es el machete. La bayoneta era una pieza triangular que inventó Federico el Grande y luego fue copiada por todos los ejércitos de Europa. Hoy está anticuada. El machete la ha reemplazado con ventaja. En realidad, el machete es una pequeña espada que se acopla al fusil. Pero, a diferencia de esta arma (la más noble jamás salida de las manos del hombre), el machete presenta una hendidura a lo largo de toda la hoja para que la sangre fluya sin problemas, la sangre del enemigo, se entiende.

–¿Hay que afilarlo, mi sargento? – preguntó Josetxu.

–Eso depende del gusto de cada uno. Las ordenanzas no dicen nada al respecto. Personalmente, lo prefiero bien afilado. Aparte de que penetra mejor en el cuerpo del enemigo, un machete bien afilado sirve para cortar el chusco, abrir las latas de sardinas y cortarse las uñas de los pies.

Por asociación de ideas, los reflejos que el sol vespertino arrancaba a la brillante hoja de acero despertaron en Javier sus adormecidas ansias de venganza. Llevaba tres días sin tener pesadillas ni rechinar los dientes en sueños. La novedad de la vida militar y la intensidad del entrenamiento a que los sometía el capitán Olavide lo tenían ocupado las doce horas del día, y hacían que llegara agotado a la cama y conciliara el sueño a la primera. Decidió in mente que el machete sería el arma perfecta para acabar con el Sisco. Mucho mejor que una bala. Más directo. Más plástico. Un balazo entre los ojos sería una muerte demasiado misericordiosa para aquella sanguijuela inmunda. El machete le permitiría hurgar en sus tripas, reventarle los pulmones, saltarle los ojos y, finalmente, rebanarle la polla y los testículos, que le metería en la boca para ahogar los bestiales aullidos que lanzaría mientras se desangraba como un cerdo, tendido a sus pies. También decidió que, de vez en cuando, le sacudiría una patada en la cara para asegurarse de que estaba agonizando. Porque estaba seguro, absolutamente seguro de que, más tarde o más temprano, en el transcurso de la guerra, sus caminos se cruzarían, y él tendría ocasión de ajustarle las cuentas como se merecía. De esto no le cabía la menor duda. Estaba tan seguro de que un día se lo encontraría cara a cara como de la existencia de Dios. En el colegio, los profesores de religión les habían repetido hasta la saciedad que Dios era justo y misericordioso. Ahora se le presentaba la ocasión de demostrárselo, poniéndole al Sisco al alcance de su machete, previamente afilado, de acuerdo con las instrucciones del sargento Martínez. Si Dios era misericordioso, tenía forzosamente que apiadarse de él, que había pasado por el trance aniquilador de ver expirar a su hermano pequeño en sus brazos. Y si era justo, no podía dejar impune la miserable violación de su hermana. Él, con mucho gusto, sería el ejecutor de la sentencia de muerte que dictaría el Sumo Hacedor. Pero, a la espera de

que se presentara tal venturosa oportunidad, se iría entrenando con los rojos que se le pusieran por delante.

–Para terminar, una advertencia muy importante -los previno el sargento Martínez-: no miréis a vuestro enemigo a los ojos, porque la visión de la sangre que mana de sus heridas podría inspiraros compasión y hacer flaquear vuestro ánimo. Vosotros hundidle el machete en la barriga y no preocupaos de más. El resto es un problema entre vuestra víctima y Dios, que debe juzgarlo. Y, una vez en el suelo, le plantáis un pie en el cuello y retiráis el arma, con fuerza. ¡Sin contemplaciones! ¿Queda claro? Mata antes de que te maten a ti, es la primera ley de la guerra.

El sargento Martínez encajó el machete en el cañón del fusil y lo ensartó con violencia en uno de los muñecos de paja vestidos de guadaris vascos que colgaban de una cuerda tendida entre dos postes.

–¡Así! Y ahora vamos a practicar un poco. Armad los machetes y formad de cuatro en fondo. Cuando yo dé la orden, venís a la carrera y ensartáis al enemigo. Y mucho cuidado con tropezar. ¿Preparados?

Por las mismas fechas en que Javier era instruido por el sargento Martínez en el correcto empleo del machete en la lucha cuerpo a cuerpo, el Sisco y su cuadrilla de segadores, integrada en la columna Durruti, subían a sangre y fuego valle del Ebro arriba, acabando con los últimos núcleos de resistencia rebeldes, prendiendo fuego a las iglesias que se habían salvado de la quema, fusilando en las eras a los terratenientes (después de haber violado a sus mujeres ante sus propios ojos) y desbaratando, uno tras otro, los destacamentos que los rebeldes les enviaban desde Zaragoza para frenar su avance. Muchos campesinos aragoneses se habían unido a la columna anarquista catalana, atraídos por el señuelo del botín. Otros tantos se habían quedado en retaguardia para organizar comunas libertarias.

En esta campaña, llevada a cabo en lo más ardiente del verano, el Sisco había dado múltiples pruebas de sus excepcionales dotes de mando y de su innato sentido de la estrategia, que no dejaron de asombrar al propio *cap de Milícies,* el comandante Pérez Farrás, formado en una academia militar. El oficial estaba hasta la coronilla de las excentricidades de los milicianos que, teóricamente, estaban a sus

órdenes, como, por ejemplo, la muy curiosa de abandonar la posición para ir a dormir la siesta del mediodía.

Su primera y relevante actuación tuvo lugar en Caspe.

Con un audaz golpe de mano, asaltó su histórico castillo y fusiló a quemarropa al puñado de guardias civiles y elementos facciosos cuando salieron brazos en alto, enarbolando banderas blancas. No les dio tiempo ni a abrir la boca.

La segunda y definitiva fue en Velilla de Monegros al contener, pistola en mano, una desbandada de un destacamento anarquista, al que sorprendió, en plena siesta, un escuadrón de sables del coronel rebelde Monasterio, del Regimiento de Castillejos de Zaragoza. Los jinetes se desplegaron por lo alto de la loma que domina el pueblo de míseras casas de adobe, con ánimo de envolver a los milicianos y cortarles la retirada.

Alguien gritó:

–¡Estamos copados!

Los milicianos salieron a escape, sujetándose las cartucheras con las manos. La carrera se convirtió en desbandada cuando los jinetes aparecieron al final de una calle con las hojas de los sables brillando al sol.

El Sisco no perdió el ánimo y ordenó a su partida de segadores parapetarse tras las tapias de una huerta y emplazar una ametralladora.

–¡Disparad al primero que se acerque a menos de veinte metros, sea rebelde o de los nuestros!

Los milicianos venían hacia ellos, atropellándose, con el pánico reflejado en sus caras.

–¡Si no dais media vuelta inmediatamente, dispararé contra vosotros! – los previno el Sisco, haciendo bocina con las manos.

El golpeteo de los cascos de los caballos resonaba amenazador al final de la calle.

Los despavoridos milicianos ignoraron la amenaza y continuaron corriendo desatinadamente hacia ellos.

–¡Fuego! – ordenó el Sisco.

Una ráfaga de aviso abatió a cinco. Los demás se detuvieron. Y entre morir a manos de sus camaradas, o frente al enemigo, eligieron

esta última alternativa. Se parapetaron en las bocacalles y dispararon sus armas contra los jinetes rebeldes, que volvieron grupas y no tardaron en desaparecer tras unas lomas cenicientas.

Los milicianos, repuestos del susto, miraron con asombro y admiración la cara enérgica y bronceada del Sisco.

–¡Joder, con el gachó!

–¡Los tiene cuadrados!

–¡Pues no se ha andado con remilgos ni nada!

–¡Igual se carga a su padre y se queda tan ancho!

–¡Pero si no llega a ser por él, los fascistas se nos comen vivos!

La noticia del incidente no tardó en extenderse como un reguero de pólvora y llegar a oídos de Durruti, que llamó al Sisco a su puesto de mando, instalado en la cocina de una gran casa de campo que había sido del alcalde de Bujaraloz, ejecutado sumariamente en los primeros días de la revolución.

–¡Muy bien hecho, camarada! – lo felicitó calurosamente cuando lo tuvo delante-. ¡Así es como hay que actuar! ¡Sin contemplaciones! ¡Los cobardes no tienen sitio en nuestras filas! – Lo mostró a sus hombres-. ¡Aprended del Sisco, camaradas! ¡Seguid su ejemplo! Los hombres que ha matado no merecían vivir. – Luego se volvió hacia el segador-: Desde ahora, Sisco, asumirás el mando del ala izquierda de la columna. Ortiz no puede con sus hombres. Será un buen carpintero y todo lo que tú quieras, pero está visto que no sirve para andar a tiros. Ve a Fraga y lo relevas del mando. Dile que es una orden mía. – Le pasó amistosamente el brazo por el hombro y lo sacudió-. ¡Tú y yo haremos cosas grandes, Segador, ya verás! Lo primero, conquistar Zaragoza y luego, prender fuego al Pilar, que es cuestión de días.

Camino de su nuevo puesto de mando, el Sisco llevaba el ceño fruncido mientras reflexionaba sobre su meteórica carrera: de simple y miserable jornalero, a jefe de una columna militar libertaria. Debido al azar, o a lo que fuera, se había encontrado, de repente, en el ojo del huracán de la revolución, en el epicentro exacto de unos acontecimientos que no tenían precedentes de ninguna clase y sólo esperaban que una persona resuelta se pusiera al frente de los mismos y llenara el vacío de poder que se había producido tras el fallido golpe militar. Una oportunidad que el destino le presentaba en bandeja de

plata. El Sisco no había vacilado ni un segundo. Descubrió, no sin cierta sorpresa por su parte, que había nacido para mandar, no para obedecer. Por primera vez en la vida había paladeado la embriagadora droga del poder. Era fantástico mandar y ordenar: ¡Tú haz esto! y ¡tú, lo de mas allá! ¡Y que le obedecieran en el acto! Libre de ataduras de cualquier tipo, su iniciativa, su energía y su innata capacidad de mando se habían impuesto contundentemente y lo habían convertido en el jefe indiscutible de su partida de segadores.

El poso de rencor, miseria, hambre y humillaciones, grabado en sus genes a lo largo de incontables generaciones de míseros aldeanos, era el poderoso motor que lo impulsaba hacia adelante, a arremeter contra el viejo orden, como un ariete vengador, a derribar todas las barreras y los obstáculos que le salieran al paso, sin contemplaciones. No se había detenido ante nada. Ni ante nadie. Ni había vacilado un segundo en quemar vivo al mayoral de su cuadrilla por oponerse a la revuelta. Y a mosén Pau y al administrador del castillo, y a aquel par de payeses reaccionarios. Y mucho menos en asesinar a la sanguijuela de Requesens. Y violar a la zorra de su nieta.

Al recordarlo, sonrió torcidamente. La había dejado tendida en el suelo del pabellón, medio muerta, despatarrada. Por un momento había pensado en rematarla de un escopetazo. Si no lo hizo fue porque caviló que la muerte sería un castigo demasiado suave comparado con la vergüenza y la ignominia que la acompañarían toda la vida. Con un poco de suerte, igual le había hecho un hijo. Tendría gracia la cosa. Un golpe devastador para el orgullo de aquellos malditos aristócratas. Nada podría dolerles más que un hijo bastardo. La gente la señalaría con el dedo, y su hermano lamentaría toda la vida haberle puesto la mano encima y haberlo humillado delante de sus camaradas. El hijo de puta lo pagaría muy caro. Lloraría lágrimas de sangre. Y, si se le presentaba la ocasión, lo mataría como a un perro, porque lo más normal era que se hubiera alistado con los rebeldes, y quién sabe si, en el transcurso de la guerra, no se encontrarían frente a frente algún día. Casualidades más raras se habían visto. Una echadora de cartas de las Ramblas le había leído la mano y le había asegurado que se tropezaría con él. No una vez, sino dos. Y que llegaría muy lejos en su nueva profesión. Que Javier de Montcada empezara a despedirse de su

arrogancia, de sus humos y de sus aires de señorito. Cuando hubiera acabado con él, no lo conocería ni la madre que lo parió. Más tarde, cuando tuviera una oportunidad, volvería a Requesens a llevarse el cuadro de Goya. Él no creía en la tontería aquella del fantasma de la Dama del Lago, como bien había demostrado fulminando al amo y violando a su nieta delante de su retrato.

Cumplida su venganza, el Segador había *requisado* el Rolls-Royce de la sanguijuela de don Alfonso y había bajado a Barcelona con su cuadrilla de segadores para echar una mano a los anarquistas a sofocar los últimos focos de resistencia fascista de la Ciudad Condal. Una vez aplastados, había partido para el frente de Aragón con la columna Durruti, convencido de que, sin su ayuda, los *faieros* nunca conseguirían derrotar a los rebeldes. Reconocía a las milicias ciudadanas su habilidad para la lucha callejera. Pero en campo abierto eran una verdadera nulidad. No tenían ni la menor idea del terreno, ni habilidad para moverse, ni resistencia a las fatigas y a las penalidades. La más mínima marcha bajo el sol los dejaba al borde del agotamiento y con los pies llenos de llagas y ampollas. Siempre se estaban quejando de hambre y de sed. A él, que le dejaran sus segadores, gente curtida y resistente, acostumbrada a todos los climas, a las inclemencias del tiempo y a las asperezas de la sierra.

El Sisco asumió, pues, el mando del ala izquierda del dispositivo de avance de la columna Durruti. Apenas tenía que alzar la voz para imponerse. Le bastaba una mirada de sus ojos de piedra para ser obedecido con la rapidez del rayo. A ningún miliciano a sus órdenes se le ocurría protestar ni invocar los sagrados principios ácratas antiautoridad, antidisciplina y antitodo. El fulminante final sobrevenido a sus compañeros en Velilla de Monegros acallaba cualquier protesta. Incluso antes de ser formulada.

Una aureola de leyenda y crueldad no tardó mucho en forjarse en torno a la figura del Segador del Maestrazgo, como muy pronto empezó a ser conocido entre las columnas libertarias que convergían en Zaragoza.

No obstante, la capital de Aragón no cayó en sus manos.

Pese a que sus avanzadillas dieron vista a las torres del Pilar. Su caída parecía inminente. El 15 de agosto, el gobierno de la República

dio por segura su conquista. La noticia fue radiada a toda España. Era cuestión de horas que las huestes libertarias se pasearan triunfantes por el Coso y el paseo de la Independencia. Biplanos leales sobrevolaron la ciudad y dejaron caer algunas bombas para amedrentar a los rebeldes. Una perforó el techo de la basílica mariana, llegó al suelo, pero no llegó a explotar, una estúpida casualidad que el oscurantismo de los facciosos atribuyó a un milagro de la Virgen.

Pero la resistencia de los blancos se fue endureciendo gradualmente, y el avance anarquista fue haciéndose más lento en la misma proporción, hasta quedar definitivamente frenado a unos quince kilómetros de la antigua César Augusta de los romanos.

La columna del Segador acabó atrincherándose frente a Codo, Belchite y Fuentes de Ebro. Por la noche, los milicianos encendían hogueras, y el viento del Moncayo les traía el aroma de los campos abrasados por el sol y el perfume amargo del tomillo. Las luces de Zaragoza brillaban en la lejanía, fuera de su alcance, semejantes a *los ojos de buey de un transatlántico,* como las describió luego un voluntario inglés alistado en las milicias del POUM.

El frente de Aragón empezó a dibujarse como una caprichosa línea quebrada que iba desde las nevadas cumbres del Pirineo hasta la serranía pinariega de Cuenca, pasando por los hitos de Jaca, Huesca, Zaragoza, Belchite, Daroca y Teruel, defendidos tenazmente por los nacionales.

El 12 de agosto, los voluntarios navarros del Tercio de Montejurra juraban bandera en el patio del cuartel del general Moriones. No sólo los jóvenes, sino también los veteranos que en su día habían jurado la enseña morada de la República, alegando que no era la suya, y ahora estaban encantados de jurar la vieja bandera de sus mayores.

En la tribuna de invitados ilustres se hallaban los abuelos. Don Alfonso, enfundado en su apolillado uniforme y arrastrando el sable por el suelo, parecía a punto de estallar de orgullo y satisfacción.

Luego, las tres compañías, precedidas por el comandante García Valiño y el sargento cristero, que enarbolaba una gran cruz, desfilaron marcialmente ante el general Solchaga. Don Fermín Elizalde, el páter del batallón, con boina roja y de riguroso uniforme, cruzado por el

correaje, bendecía a los requetés con el crucifijo que llevaba colgado del cuello.

Mientras, el sargento Martínez, muy tieso y sin volver la cabeza, rezongaba por lo bajo su amenaza favorita:

–¡Ese paso, muchachos! ¡Como me lo perdáis, os voy a llevar como a putas por rastrojos!

Al día siguiente partían para el frente norte para reforzar la diezmada columna del coronel Beorlegui. No había tiempo que perder. La resistencia de Oyarzun y San Marcial se prolongaba más de la cuenta.

–¡Que el acusado se ponga en pie para escuchar la sentencia!

Gonzalo se levanta, cuadra los hombros y adopta una expresión impasible. Aquellos militares traidores y aquella gentuza innoble, que llena a rebosar el comedor de primera clase del vapor *Uruguay,* no verán en él el menor signo de debilidad. Ni tampoco les dará el gustazo de arrodillarse delante de ellos para suplicarles clemencia.

Fija la vista en los ojos del general Cardenal, que preside el tribunal, y esquiva su mirada. Sobre la mesa, cubierta con un paño negro, hay dos vasos y una jarra de agua. Tras los rostros de los magistrados se despliega una gran bandera catalana. Hace mucho calor. Las aspas de los ventiladores del techo se esfuerzan inútilmente en refrescar la atmósfera viciada del comedor. Llano de la Encomienda lo observa desde la primera fila de testigos. Viste de paisano. Junto a él se sientan los coroneles Santa Pau y Serrano. A Santa Pau lo conoce de antiguo. En sus ojos cree adivinar cierta pena. Se le nota violento. Serrano lo mira con ojos inexpresivos, muy tieso, con los guantes y la fusta sobre las rodillas.

Gonzalo se lleva la mano a la mejilla. Aún le escuece el fustazo. Respira hondo. No se forja ilusiones. La sentencia no puede ser más que la muerte. Se la ha ganado a pulso; no sólo por su actuación al frente de la tropa sublevada, sino también por sus provocaciones constantes al tribunal y al público. No valía la pena mostrarse contemporizador ni mostrar signos de debilidad ni arrepentimiento. Reconoce que se lo ha puesto muy difícil a su abogado defensor, el comandante Casanovas, que sólo ha podido alegar su brillante hoja de servicio en África y su herida en la conquista de Alhucemas. Él mismo

se ha ocupado de dejarlo sin argumentos. Casanovas ha terminado con una retórica petición de clemencia invocando un reciente discurso del ministro Prieto en las Cortes. En su fuero interno, Gonzalo le agradece su buena voluntad, pero piensa que podría haberse ahorrado tantas molestias. Hace mucho tiempo que está teórica y técnicamente muerto. Es un cadáver vestido con un uniforme roto y manchado de sangre seca. Una vez más lamenta no haber caído con sus camaradas en las barricadas del Paralelo y que aquella enfurecida miliciana morena no le clavara la bayoneta en el cuello. Le habría ahorrado la ignominia y la vergüenza de esta farsa judicial.

–¡Comandante De Montcada!

En la sala se ha hecho un profundo silencio, rasgado únicamente por el monótono zumbido de las aspas del ventilador que gira encima de las cabezas del público y el asmático mugido de un remolcador pidiendo paso.

El general Cardenal carraspea un poco y lee con voz neutra e impersonal:

–Los miembros de este tribunal FALLAMOS que debemos condenar y condenamos al procesado, Gonzalo de Montcada, como autor responsable de un delito de rebelión militar, previsto en el artículo 452 del Código de Justicia Militar, a ser pasado por las armas. La sentencia se cumplirá mañana, 15 de agosto, en el foso de Santa Elena del castillo de Montjuich, al amanecer.

Gonzalo no ha movido un solo músculo de la cara. Pero la sala entera explota en un huracán de vítores y aplausos. Los miembros del tribunal adoptan una expresión grave y hablan entre sí. El general Llano de la Encomienda mueve la cabeza como lamentando el fallo. El coronel Serrano disimula su satisfacción bajo su habitual máscara de impasibilidad.

A continuación, Gonzalo y el comandante López Amor, juzgado con anterioridad, son esposados y sacados de la sala entre una nutrida escolta de guardias civiles al mando de un sargento. Descienden por la escalerilla y embarcan en una gasolinera de la Junta de Obras del Puerto que esperaba abarloada a estribor del viejo vapor. Desembarcan en el muelle del carbón. Los guardias tienen dificultades para abrirles un pasillo entre la vociferante multitud que los insulta, les

escupe y los amenaza. Gonzalo siente su ardiente aliento de odio y la cálida viscosidad de los salivazos en la cara.

–¡Hijos de puta!

–¡Fachas de mierda!

–¡Al paredón con ellos!

Pero Gonzalo no inclina la cabeza, ni se molesta en limpiarse los salivazos con las manos esposadas. Los guardias forcejean con la enfurecida multitud y, a duras penas, consiguen introducirlos en un coche celular, que arranca a toda prisa, entre insultos, amenazas y pedazos de carbón lanzados con rabia. Tras él marchan una veintena de coches ocupados por milicianos y milicianas que no se fían de los guardias.

Mientras el coche celular traquetea sobre el empedrado de la cuesta del castillo, Gonzalo contempla por la ventanilla trasera el panorama portuario que se empequeñece a sus pies. Una vela blanca parece inmovilizada en la inmensidad azul del mar. Sopla poco viento, piensa Gonzalo. Y se imagina a los tripulantes de la goleta tumbados a popa, aburridos. Una reflexión irrelevante.

El coche celular se detiene ante la garita del segundo recinto amurallado. Al otro lado del foso se yergue, fosca y amenazadora, la pesada mole de la fortaleza, con sus muros de piedra rojiza y las bocas de los cañones asomando por las troneras. Nadie se ha fugado de la misma. En el curso de su historia, los fosos del castillo de Montjuich han sido escenario de muchas ejecuciones sumarísimas. Las últimas fueron las de Francisco Ferrer y Guardia, el polémico fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, acusado de haber instigado los desmanes de la Semana Trágica, y de cinco anarquistas más. Desde los tiempos de Felipe V, los barceloneses siempre lo han mirado con mal disimulado temor.

Los milicianos que montan guardia meten la cabeza por la ventanilla del coche y echan un vistazo a los condenados.

–Son los presos que han juzgado esta mañana -explica el sargento de la Guardia Civil que manda el destacamento.

–De acuerdo, podéis pasar… y que les den la ración de plomo que les corresponde.

Cruzan el puente levadizo y pasan bajo el gran escudo de piedra del portón de entrada, custodiado por soldados del Regimiento de Almansa, en un vano intento de guardar las apariencias de legalidad: teóricamente, en el interior del castillo reina la jurisdicción militar. Al otro lado del foso, la autoridad corresponde al Comité de Milicias Antifascistas, virtual dueño de Barcelona.

El sargento quita las esposas a los dos comandantes y los entrega al oficial de guardia, que firma y le entrega el recibo que le exige. Tal como está el patio, el sargento no quiere líos de ninguna clase. Las responsabilidades han de quedar muy claras en estos confusos días revolucionarios que le ha tocado vivir. Que luego no le vengan con historias. Hasta la fecha nunca ha llevado detenido a ningún comandante.

Gonzalo aprovecha para frotarse las muñecas doloridas y limpiarse los salivazos de la cara.

Los dos comandantes cruzan la plaza de armas entre un piquete de soldados con la bayoneta calada. El sargento que lo manda se detiene frente a una pesada puerta de hierro pintada de verde y descorre el cerrojo.

–Por aquí, mi comandante.

Gonzalo entra y mide con la vista la antesala de su muerte: una pieza abovedada de dimensiones regulares y paredes desnudas, que apesta a desinfectante. Al fondo hay un ventanuco protegido por fuertes rejas de hierro hincadas en la piedra del muro. El mobiliario se reduce a un jergón desvencijado cubierto por una manta, una mesa de madera de pino descabalada, una silla de enea y un palanganero oxidado en un rincón.

La puerta se cierra a sus espaldas con ruidoso tintineo de llaves y entrechocar de hierros. El piquete se aleja por el patio de armas marcando el paso.

–¡Op-oh! ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda, derecha, izquierda!

Gonzalo echa un vistazo a través de las gruesas rejas del ventanuco. La vista cae a pico sobre el amplio foso que rodea todo el perímetro de la fortaleza. Por encima de la contraescarpa del glacis se alcanza a ver la parte alta de Barcelona, la montaña del Tibidabo y las tres chimeneas de ladrillo de la fábrica de gas del Paralelo, el escenario de

su última batalla. Efectuado este reconocimiento de mera rutina, Gonzalo se tumba en el jergón y, cruzando los brazos bajo la nuca, fija la vista en los desconchados del techo.

A última hora de la tarde le sirven la cena.

Mientras mastica desganadamente un desabrido estofado con patatas, se pregunta si el esfuerzo de mover las mandíbulas vale la pena. ¿Para qué tomarse esta molestia y digerir este grosero rancho cuartelero si mañana, a estas horas, será un cadáver? Es la última cena de su vida. Como cualquier cosa o gesto que haga a partir de este momento. Solamente los condenados a muerte son conscientes de esta certeza, afortunadamente vedada al resto de los mortales. Su padre le había ponderado la muerte en combate, la mejor muerte a que puede aspirar un hombre, frente a una vulgar muerte en la cama. Ahora reconoce que morir en la cama tiene sus ventajas. La cama le permite a uno abandonar este mundo rodeado del amor y el cariño de los suyos, con la mano de su mujer entre las suyas, animándolo y trasmitiéndole su calor y su apoyo en este trance angustioso. Su ausencia y la falta de noticias de su familia lo torturan. La idea de irse de este mundo sin saber de ellos lo desespera y le causa un dolor intolerable que se sobrepone a su propio miedo. Porque tiene miedo, pavor, ¿para qué engañarse?

Le habría gustado confesar y comulgar. Habría sido como pedir la luna. Lo da por imposible.

Una corneta lejana convoca a retreta en el patio de armas.

Oscurece.

La luz se desvanece silenciosamente en el recuadro de la ventana, y las primeras estrellas se encienden en el cielo veraniego. Los gritos de alerta de los centinelas, volando de garita en garita, a lo largo de los baluartes, traen a Gonzalo el recuerdo de su campaña marroquí.

–¡Centinela, alerta!

–¡Alerta está!

Tumbado de espaldas, con la mirada perdida en las tinieblas nocturnas, Gonzalo de Montcada repasa la película de su vida. Ha llegado al crepúsculo de su existencia, esa zona de penumbra donde se confunden la luz y la sombra, donde la muerte todavía no es un hecho pero la vida se bate en retirada. Cuarenta y siete años de vida terrenal.

No son demasiados. Recuerda su infancia y su juventud, a caballo entre Requesens y la Academia Militar de Valladolid, su matrimonio con Cecilia, la campaña de Marruecos, el nacimiento de sus hijos, las alegrías de la paternidad. No tiene motivos para sentirse excesivamente frustrado. Con la excepción de las prematuras muertes de su madre y de su hermano Fernando, ha sido una vida razonablemente feliz. Lástima que haya tenido que acabar así. Claro que podría haber sido peor. Por lo menos el destino le concedió la oportunidad de defenderse hasta el último momento con las armas en la mano. Lo que más le duele y lo atormenta son la muerte de su amigo el capitán Iraola y la de tantos y tantos valientes soldados que perdieron la vida cumpliendo sus órdenes. Y total, para nada, reconoce con amargura. Pero no se arrepiente de su actuación, ni está dispuesto a perdonar a sus enemigos. Ni siquiera ante la perspectiva de comparecer ante el tribunal divino que lo aguarda a la vuelta de la esquina. Javier les dará el castigo que se merecen y los vengará a todos. Nota que los ojos se le humedecen al recordar sus últimas palabras y su desabrida despedida. ¡Con cuántas ganas le daría ahora un abrazo y le pediría perdón!

Amanece.

El nuevo día se acerca de puntillas por el cielo. El ventanuco se ilumina gradualmente con la rosada claridad de la aurora. A las seis lo afeita un tembloroso recluta, causándole un pequeño corte en el labio superior.

–Perdone, mi comandante, se me ha ido la mano.

Gonzalo lo tranquiliza:

–No ha sido nada, muchacho. A estas alturas de mi vida, ¿qué importancia tiene un poco de sangre, no te parece?

–Sí, mi comandante.

Gonzalo se quita los restos de jabón de la cara con la toalla. Con breves tirones se ajusta la guerrera despojada de los signos distintivos de su rango militar, y se abrocha cuidadosamente los botones, todos menos uno. ¡Lástima que no se la hayan podido lavar y planchar como hubiera sido su deseo! Los caballeros deben ir al encuentro de la muerte vestidos con sus mejores galas. Es una cita importante en la vida de uno.

El toque de llamada resuena amenazador en la plaza de armas.

Gonzalo espera con los nervios en tensión.

La pesada puerta de hierro se abre con un chirrido ominoso. Han venido a buscarlo. Ha llegado su hora. El sargento de guardia lo invita a salir.

–Mi comandante…

Sale a la clara luz de la mañana. López Amor lo saluda con la mirada. ¡Ánimos!, parecen decirle sus ojos. Los colocan a ambos en el centro del piquete de soldados con la bayoneta calada.

–¡De frente! ¡March! – ordena el sargento.

Cruzan la plaza de armas marcando sonoramente el paso. De una forma inconsciente, Gonzalo acompasa su paso al de los soldados del piquete. Sonríe para sus adentros. Un claro ejemplo de deformación profesional.

Desde lo alto de la torre de señales, dos soldados lo observan y preparan la bandera negra de las ejecuciones que izarán cuando se haya cumplido la sentencia.

–¡Cabeza, variación izquierda!

El piquete gira disciplinadamente a la izquierda, desfila por delante del cuerpo de guardia y desciende por un sombrío corredor abovedado.

–¡Cabeza, variación derecha!

Cruzan bajo la poterna y salen al foso.

La aparición de los reos es saludada por el griterío salvaje de la multitud que se apiña en la parte de afuera de los baluartes. En un extremo del foso aguarda el piquete de ejecución y una banda de tambores enfundados en paños negros, de acuerdo con el macabro ritual de las ejecuciones castrenses. Lo manda un desconcertado capitán de infantería. Un comandante de Estado Mayor, vestido con un mono azul de mecánico, en el que destaca incongruentemente una estrella de ocho puntas, se acerca a los reos. El nerviosismo que lo domina se trasluce en sus gestos y la forma de esquivar las miradas de sus compañeros de armas.

–¡De prisa! ¡De prisa! – ordena nerviosamente, sin apartar los ojos de los milicianos armados con fusiles que se agolpan en los baluartes-. ¡Tienen unos segundos para despedirse! ¿Quién quiere ser el primero?

–Yo mismo -dice Gonzalo adelantándose, resuelto.

–Pues dese prisa, no me fío un pelo de esos salvajes de ahí arriba.

Cambia un fuerte abrazo con López Amor.

El áspero roce de su guerrera en la mejilla lo conforta.

–¡Ánimos, Gonzalo!

–¡Hasta muy pronto!

Acompañado por el capitán del piquete, recorre la veintena escasa de metros que lo separan del pie del muro. Se le antojan veinte kilómetros, interminables. Un paso detrás de otro, su cerebro ordenando los movimientos a los músculos de sus piernas, sin notar el suelo bajo los pies. Los últimos pasos que doy en mi vida, piensa, mientras mira la banda dorada del sol que se desliza acariciadora por el rugoso muro de piedra. Hoy también apretará el calor.

–¿Quiere que le vende los ojos? – le pregunta el capitán, sosteniendo un pañuelo negro en las manos.

–No, muchas gracias, prefiero morir con los ojos muy abiertos para no perderme detalle de las caras de mis asesinos.

–Como usted quiera, mi comandante.

El capitán vuelve junto al piquete y forma en un extremo del mismo.

–¡Atención! – ordena, al tiempo que desenvaina el sable.

Gonzalo queda solo frente al pelotón. Algún soldado está muy pálido. La multitud guarda un torvo silencio. Cuadra los hombros, se santigua rápidamente y alza la cabeza, fijando la mirada en el cielo rasgado por el vuelo de las golondrinas, como si quisiera anestesiarse con su azul.

–¡Primera fila! ¡Rodilla en tierra!

El ruido sordo de las culatas al golpear el suelo.

Redoblan los tambores.

–¡Carguen! ¡Armas!

El siniestro estridor de los cerrojos de los máusers al empujar los cartuchos a la recámara.

El capitán alza el sable.

–¡Apunten!

Una profunda inspiración para coger aire. Las negras bocas de los fusiles buscan su corazón. Un postrer vistazo al giro de la última golondrina, un pensamiento final dedicado a Cecilia y a sus hijos, a los

que nunca más volverá a ver. Contrae los músculos del pecho como si sintiera ya el lacerante desgarrón del plomo en la carne.

–¡Fuego! – manda el capitán bajando el sable.

–¡Viva España! – grita Gonzalo con todas sus fuerzas, saltando hacia adelante, como si quisiera franquear limpiamente el profundo foso que separa la vida de la muerte.

Cayó hecho un ovillo al pie del muro, con la guerrera rasgada por siete balazos, mientras los espectadores prorrumpían en salvajes alaridos de victoria.

–¡Capitán, cumpla con su deber! – ordenó el comandante de Estado Mayor con voz estridente.

El capitán del piquete corrió hacia el caído y le disparó el tiro de gracia en la nuca.

Gonzalo pareció estremecerse y su mejilla buscó la caricia de la tierra.

En la torre de señales, los soldados izaron la bandera negra que anunció a los barceloneses que la sentencia se había cumplido a la hora y en el día previstos.

La prensa española y extranjera dieron cumplida noticia del último fusilamiento en el castillo de Montjuich. La roja habló de la ejemplaridad de la justicia y de la merecida ejecución de los comandantes rebeldes. El general Mola, después del parte de guerra de las ocho, glosó sus muertes y acabó su arenga con un vibrante *¡Gloria a los héroes!*

Javier palideció, pero, aparte de eso, su rostro permaneció impasible, sin dejar traslucir la furia homicida que lo dominaba.

El capitán Olavide y el mismo comandante García Valiño le dieron el pésame. Sus camaradas lo habían animado:

–Tú deja a los rojos en nuestras manos, que esos hijos de puta se van a enterar de lo que vale un peine.

Cecilia se desmayó cuando leyó la noticia en *Le Figaro.*

Hasta las diez de la mañana no se levantó la neblina plateada que flotaba sobre la pequeña vaguada que separaba a gudaris de requetés parapetados tras sus respectivos sistemas de trincheras y alambradas. Un bando de cuervos negros picoteaba entre los surcos de un campo recién labrado. Más allá de las posiciones rojas, asomaban los rojos

tejados de Oyarzun y los postes del tendido eléctrico del ferrocarril a Irún y la frontera francesa. La joroba verde del monte Jaizquibel se perfilaba hacia el norte. El aire húmedo de la mañana estaba impregnado de pacíficos aromas campesinos. Las gotas de rocío brillaban en la hierba. Un silencio irreal se prolongaba engañosamente entre las dos tropas enfrentadas.

El Tercio de Montejurra y una bandera de la Legión aguardaban impacientes la orden de lanzarse al asalto.

Una hora antes, el páter había bendecido y dado la absolución de sus pecados a los requetés. Tricu, el popular Erizo, se empeñó en confesarlos de viva voz. Nadie se rió ni le prestó atención. ¡Como si a alguien fuera a importarle, en aquellos tensos momentos, que se hubiera propasado con la hija del alcalde de su pueblo! Ni aunque la hubiera dejado preñada. Los requetés recibieron la absolución de rodillas, descubiertos. Luego, el páter los exhortó a matar rojos.

La frágil calma fue rota por la voz recia y desafiante de un ametrallador alsaciano, veterano de la Gran Guerra, que asomó su cara rojiza por encima de los sacos terreros de su parapeto y amenazó a los requetés:

***-Nous avons écrasé les boches! Et nous ferons celui de même avec vous!,* ¡fascistas de mierda!**

Lo cual era, a todas luces, una imprudencia. Y las imprudencias se pagan.

En las guerras convencionales (guerras entre naciones), los combatientes de ambos bandos han de ser adecuadamente adoctrinados, estimulados y animados, para entrar en combate, jugarse la vida y superar el instintivo temor que asalta a cualquier ser humano a la hora de salir de la trinchera y desafiar el fuego enemigo a cuerpo descubierto. Una previa campaña de propaganda se ha encargado de pintar al adversario con los peores colores: una colección de bestiales asesinos de niños y violadores de mujeres sedientos de sangre. En una guerra civil, esta preparación psicológica está de más. Sobra. Como era el caso. A los requetés de Montejurra nadie tenía que explicarles que los gudaris que tenían al otro lado de la vaguada, a no más de cien metros, eran sus enemigos mortales. Los requetés no tenían ninguna necesidad de que alguien los azuzara para arrojarse a sus cuellos.

Estaban rabiando por hacerlo. El problema de sus mandos era contenerlos. El asalto a Oyarzun sería su ansiado bautismo de fuego. Con la excepción del capitán Olavide, el sargento Martínez y un par o tres de veteranos de Marruecos, el resto de los voluntarios no estaban fogueados. Los únicos estampidos que habían oído en su vida eran los de las escopetas de caza y el de los fusiles en el campo de tiro.

–¿Qué ha dicho este franchute? – preguntó Josetxu a Javier-. Sólo he entendido el final.

–Ha dicho que… -Javier desistió de traducir literalmente la parrafada del voluntario alsaciano y la resumió en pocas palabras-: Ha dicho que nos van a dar por el culo.

–¿Lo habéis oído todos? – voceó el mozo, indignado.

El furor de los requetés no conoció límites.

–¿Conque eso ha dicho el hijo de puta ése? ¡Pues que se vaya preparando! ¡Cuando acabe con él, no lo conocerá ni la madre que lo parió!

Una batería del siete y medio abrió fuego desde detrás de un bosquecillo de hayas, y sus proyectiles empezaron a caer en las trincheras y las alambradas enemigas, abatiendo los piquetes y levantando espesos surtidores de barro y humo. Los buenos blancos eran celebrados con grandes gritos por los requetés.

–¡Y esto es sólo el aperitivo!

–¡Para que os vayáis preparando!

La preparación artillera se prolongó durante media hora.

El capitán Olavide consultó su reloj por última vez y mandó armar los machetes. A su lado se habían situado el abanderado y el sargento cristero con la cruz en alto.

Javier desenfundó la aguda hoja de acero y la encajó en el cañón de su fusil.

El capitán Olavide volvió a consultar su reloj. Contó los segundos y luego ordenó:

–¡Adelante!

Y saltó el primero, pistola en mano.

Los requetés lo siguieron como un solo hombre, con los fusiles terciados, animándose con sus clásicos:

–¡Hala!

–¡A por ellos!

–¡Aurrá!

Una marea de boinas rojas se extendió por el campo labrado. Al frente de la misma tremolaban los vivos colores de la vieja bandera española de Carlos III. La artillería alargó el tiro y sus proyectiles zumbaron por encima de las cabezas de los requetés.

–¡Jo! ¡La madre que los parió! – rezongó Josetxu sin dejar de correr-. ¡Sólo faltaría que estos cabrones nos dieran a nosotros!

Protegidos por el fuego de las ametralladoras de la primera compañía, situada a la derecha, los requetés de la segunda y la tercera avanzaron a la carrera. Javier se había adelantado a sus camaradas y corría entre los primeros.

El enemigo respondió con un furioso fuego graneado y frenético tableteo de ametralladoras. Por un momento pareció que iba a frenar a los rebeldes. Pero nuevas oleadas de requetés, presionando desde atrás, se les vinieron encima, arrolladoras.

El capitán Olavide, el teniente Hurtado y el alférez Freire, pistola en mano, animaban a sus hombres con sus gritos. Josetxu, sin necesidad de que lo animara nadie, iba directo al nido de ametralladoras del voluntario alsaciano con una mortal determinación reflejada en sus ojos estrábicos. Muchos requetés cayeron abatidos por el fuego enemigo. Sus compañeros saltaron por encima de sus cuerpos sin vida. El sargento Martínez disparaba ráfagas con su fusil ametrallador a la altura de la cadera. Cuando estaban a escasos metros de las trincheras enemigas, la artillería suspendió el tiro, y los requetés se abrieron paso entre en las alambradas revueltas por el cañoneo.

Con cuatro zancadas, Javier ganó el parapeto enemigo y saltó dentro de la profunda zanja. Un miliciano pálido y desmedrado, con un casco de acero que le venía grande, las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo y pantalones azules de mecánico con tirantes, lo recibió con un disparo a bocajarro. El fogonazo y el estampido lo cegaron momentáneamente y no sintió el surco que el rabioso moscardón de plomo le había trazado en el pómulo derecho. Llevado por el impulso, se arrojó contra el miliciano y le hundió el machete en el pecho hasta la empuñadura. El miliciano cayó al suelo, y asiendo el fusil con ambas manos, trató de apartárselo. Un silbante

estertor se escapaba de sus pulmones perforados por el acero. Javier apoyó el pie izquierdo en su cuello y tiró del fusil hacia arriba, con fuerza, tal como lo había explicado el sargento Martínez. La acerada hoja salió tinta de sangre roja y fresca.

Lo invadió una náusea abrumadora.

Por un momento había creído que la vacuna de odio, rencor y ansias de venganza que hervían en su interior, como la lava ardiente de un volcán, lo habría inmunizado contra el espectáculo atroz de la violencia. Pero ahora, sin saber exactamente por qué, experimentaba una gran compasión por el hombre que agonizaba a sus pies, con una expresión de estupor en los ojos, un pobre diablo al que no conocía de nada y que, a lo mejor, era un buen padre de familia. Habría querido gritar pidiéndole perdón, resucitarlo. Había dejado de oír el estrépito de la batalla que bramaba sobre su cabeza.

Tampoco pudo ver cómo Josetxu caía sobre el puesto de ametralladoras enemigo con la furia de un ángel exterminador y hundía su bayoneta en el cuerpo del voluntario alsaciano, una y otra vez, con saña y ferocidad.

–¡Toma, toma y toma, maldito! ¡Para que aprendas a morderte la lengua, franchute de mierda!

Una segunda oleada de requetés asaltaba el parapeto, arrojando bombas de mano a diestro y siniestro.

A través de los fogonazos y del humo de las explosiones, Javier distinguió a Jesús Mendiola brincar ágilmente por encima de los sacos terreros con los botoncillos de las polainas manchados de barro.

–¡No te quedes ahí parado! – le gritó el labrador desapareciendo de su vista de un salto-. ¡Que aún quedan rojos!

Javier asintió débilmente, y apoyando la cabeza en la pared de la trinchera, vomitó el chusco con chorizo que había tomado para el desayuno.

Pero era un hombre muy distinto el 13 de septiembre, cuando el Tercio de Montejurra se descolgó por las laderas del monte Ulla y entró victoriosamente en San Sebastián.

Las acciones del cerro de Santa Bárbara, Andoain y las Peñas de Haya lo habían curtido y fogueado. Incluso lucía unos modestos galones de cabo en la bocamanga y las hombreras de su guerrera. Se los había

ganado a pulso. El rasponazo que le había dejado en la mejilla el balazo del miliciano de Oyarzun le había curado de espantos y escrúpulos. Le había ido de un pelo. Mata si no quieres que te maten, le había dicho el sargento Martínez en el campo de maniobras. Había aprendido dolorosamente la primera lección de la guerra.

Los gudaris se habían retirado de la ciudad sin presentar batalla. Largas columnas de fugitivos escapaban por la carretera de Bilbao, en automóviles, en carros, a pie, cargados con enseres y maletas.

A ambos lados del paseo de Miracruz, empezaron a abrirse puertas y ventanas. Mucha gente salía a vitorearles dando vivas a España. Los requetés estaban sorprendidos del cálido recibimiento. No se lo esperaban. Josetxu abrazaba a las chicas de cuatro en cuatro, y Javier estrechaba las manos que se le tendían. Una chiquilla de largas trenzas rubias se había asido a la mano del capitán Olavide y marchaba a su lado, confiada y orgullosa. Un vejete tocado con una gran chapela negra se hacía cruces de lo que estaba viendo:

–¡Leñe! ¡Y aquellos *melisianos* nos *desían que* los requetés eran gigantes, hombres altos como una casa igual! ¡Ahora veo que el miedo que nos tenían era el que los *hasía* ver un requeté como cuatro o así!

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 8:
1936-1939

Mauricio Soler-Ribot y José Bertrán y Musitu departían sosegadamente mientras paseaban arriba y abajo por la avenida de la Emperatriz de Biarritz. Estaban tan absortos en la conversación que apenas prestaban atención a las bañistas madrugadoras que comenzaban a tomar posiciones en la fina arena de la Grande Plage, ni al lejano rumor de las olas del Cantábrico, que aquel tibio y soleado día de primeros de octubre de 1936 batían con desgana la negra base del Rocher de la Vierge, como si reservaran su furia para los temporales invernales, cuya espectacularidad había dado justa fama a la elegante, mundana y cosmopolita ciudad aquitana, puesta de moda por la española Eugenia de Montijo, que si llegó a ser emperatriz de los franceses fue gracias al empeño que puso su madre, María Manuela Kirkpatrick.

Delante de ellos, y ajena a sus graves preocupaciones, Merceditas saltaba a la rayuela con alegre revoloteo de lazos y faldas, actividad que interrumpía de vez en cuando para asomarse a la barandilla del paseo y echar un vistazo a niñas más afortunadas que ella que se perseguían entre las casetas de baño lanzando agudos chillidos.

Al llegar frente al presuntuoso edificio del Casino Municipal, Mauricio Soler-Ribot y José Bertrán dieron la vuelta y enfilaron hacia la alta estructura de ladrillo rojizo del hotel du Palais, que destacaba al final de la señorial avenida, momento que aprovechó el segundo para encararse con su amigo y espetarle con cierta prosopopeya:

–Resumiendo, amigo Soler, que el Servicio de Información de la Frontera del Nordeste, o SIFNE, si lo prefiere, estaría encantado de tenerlo en sus filas y contar con su valiosa colaboración.

Mauricio Soler-Ribot alzó la vista del suelo y la fijó en un par de atractivas bañistas que desplegaban sus toallas y sus sombrillas en la arena, dispuestas a apurar los últimos rayos de sol antes de enfrentarse a las brumas parisinas que las esperaban a su regreso a la capital de Francia.

–Y bien, Soler, ¿qué me contesta? – insistió José Bertrán y Musitu ante el silencio de su amigo.

–¿Y a usted qué le parece? – respondió éste burlonamente.

–¿Quiere decir que podemos contar con usted?

Desde que el prestigioso abogado barcelonés había empezado a exponerle el tema, a Mauricio le había bastado menos de un segundo para tomar una decisión. Si hubiera albergado alguna hipotética duda sobre a cuál de los bandos en pugna debía apoyar, el cobarde asesinato de sus padres a manos de los anarquistas barceloneses se la habría despejado al instante. El brazalete de luto en la manga de la americana se lo recordaba las veinticuatro horas del día. Asesinato al que había que sumar el de su hermano Ramón (el inefable Monchi), despeñado con su coche y su amiga por los acantilados de la carretera de Colera a Portbou. La verdad sea dicha, Mauricio nunca había experimentado un cariño exagerado por la mala pieza de su hermano mayor, pero le bastó enterarse de su triste final para que la sangre hirviera en sus venas y experimentara una gran pena y compasión por él.

Al igual que su progenitor, Mauricio no era un hombre que supiera estarse mano sobre mano. La inactividad lo enervaba. Era ya mayor y padre de familia para enrolarse en una unidad militar (una posibilidad que había considerado muy seriamente), de modo que acogió con todo entusiasmo la propuesta de Bertrán y Musitu, que le resolvía el problema del trabajo, por el que, por supuesto, no aceptaría un céntimo; lo haría por puro patriotismo y ansias de revancha. La economía no era un problema que le preocupara especialmente. Hilaturas Soler-Ribot había dejado de producir, pero él era accionista (y un accionista de peso) de los principales bancos españoles, y sus cuantiosos dividendos le permitían mantener su habitual tren de vida. En la actualidad, sus objetivos prioritarios se cifraban en ganar la guerra, sentar la mano a los asesinos de sus padres y de su hermano y recuperar su fábrica de tejidos y el control de sus muchos y variados negocios. Su trabajo en el SIFNE sería el instrumento más adecuado para llevarlos a la práctica.

Su hijo Luis se había alistado en la Falange. Su hija Laura y su marido se habían instalado en Salamanca, en la zona nacional. Él, con Concha y Merceditas, lo había hecho en el hotel du Palais de Biarritz, juntamente con otros muchos refugiados vascos, madrileños y barceloneses a los que el estallido de la revolución había pillado en San

Sebastián, en plenas vacaciones, y se habían apresurado a cruzar la frontera, al igual que diversos miembros del cuerpo diplomático acreditados en España, cuyo decano, sir Henry Chilton, el embajador inglés, no se recataba de ocultar sus simpatías por la causa de Franco. Al mismo tiempo que había hecho muy buenas migas con su hija Merceditas.

Aunque la Bella Easo ya había caído en poder de los nacionales, Mauricio, para no exponer a la familia a riesgos innecesarios, aguardaba prudentemente a que el general Mola conquistara Bilbao para regresar a España. Todo se andaría, con la ayuda de Dios. De momento, el general Solchaga, después de haber conquistado prácticamente toda Guipúzcoa, continuaba empujando a los rojos hacia Vizcaya. En Asturias, la columna del coronel Martín Alonso, procedente de Galicia, había entrado en Oviedo, la ciudad que el coronel Aranda había defendido tenazmente desde el inicio de la guerra. No se puede decir que hubiera obligado a levantar el sitio a los rojos: solamente había abierto un estrecho pasillo (el Pasillo del Escamplero), un delgado cordón umbilical por el que llegaban, con cuentagotas, los suministros más indispensables a la martirizada capital del Principado de Asturias. Pero la noticia que más había entusiasmado y levantado la moral a Mauricio Soler-Ribot (y a millones de españoles) había sido el levantamiento del sitio del Alcázar de Toledo por la columna del general Varela, el 28 de septiembre pasado. En los días siguientes a su liberación, los periódicos de la zona nacional y buen número de la prensa europea aparecieron inundados de fotografías del general Franco y un demacrado, barbudo y enflaquecido coronel Moscardó paseándose por entre las ruinas de la histórica fortaleza todavía humeantes.

Mauricio no era militar. Ni siquiera un estratega de café, de los muchos que habían surgido como las setas en otoño aquellos primeros días de guerra, pero, después de haber asistido a los inciertos comienzos para las armas nacionales, intuía que esas victorias permitían mirar el futuro con más optimismo. Al empezar el conflicto, ni él ni nadie habrían apostado veinte duros por los militares sublevados. Pero éstos, gracias a su valor, a su disciplina y a su tesón, se estaban imponiendo a sus enemigos, y ahora controlaban casi media

España. Mauricio consideró que se había superado el peligroso punto de inflexión. Y allí estaba él para acabar de inclinar la balanza a su favor.

–Cuente conmigo -contestó brevemente.

–Pues se lo agradezco infinitamente -dijo Bertrán y Musitu-. Estaba convencido de que podía contar con su colaboración.

–¿Es que lo había dudado alguna vez?

–No, para serle franco, en ningún momento.

–¿Y de qué actividad o departamento me tocaría hacerme cargo? –preguntó Mauricio, reanudando el paseo.

–Del servicio de contraespionaje -contestó José Bertrán acomodando su paso al de él.

Mauricio se detuvo y enarcó una ceja con un gesto de sorpresa.

–Supongo que no lo dirá usted en serio.

–Absolutamente en serio.

–Pues si quiere que le diga la verdad, es la primera vez en mi vida que oigo esa palabreja.

–¿Y usted cree que yo tenía alguna idea de espionaje cuando me metí en estos berenjenales? – replicó Bertrán y Musitu con una sonrisa irónica-. En nuestro trabajo, la mecánica y la rutina son lo de menos. Dentro de un par de semanas se habrá puesto al corriente de todo. Lo que cuenta es el ojo clínico, el olfato, la tenacidad. Y usted, no hace falta que se lo recuerde, anda sobrado de todas estas facultades. Y además es cazador. Y un excelente jugador de ajedrez. Cazar espías es lo mismo que cazar perdices. Una simple cuestión de paciencia y tenacidad. La esencia del contraespionaje se reduce, básicamente, a adelantarse a los movimientos del adversario, engañarlo y hacerlo caer en la trampa.

–Muy ingenioso. ¿Me podría proporcionar un botón de muestra?

–Con mucho gusto. El sistema que proporciona mejores resultados es pasarle información intoxicada.

–Información intoxicada.

–Sí, dejarle capturar informes falsos con apariencia de buenos, para que mueva la ficha en dirección a la ratonera que le hemos preparado. A eso se le llama intoxicación.

–Intoxicación -repitió Mauricio. Arrugó los ojos y se quedó mirando unos segundos a su amigo con expresión pensativa. La idea le gustaba. ¿Montar un servicio de contraespionaje? ¿Y por qué no? A Mauricio le podían los retos, de la clase que fueran. Como él mismo acostumbraba decir, *montar y dirigir una empresa se limita a una organización inteligente y sistemática del trabajo.* Si Mauricio hubiera tenido escudo heráldico, su lema habría sido el viejo aforismo *Labor omnia vincit.* Lo que verdaderamente le gustaba a Mauricio era crear empresas de la nada, ponerlas en marcha… y olvidarse de ellas. La rutina le aburría. Por supuesto que había dirigido la empresa familiar con toda eficacia y brillantez, pero una vez encauzada, con un par de buenos directores funcionaba sola. Sí, director del contraespionaje nacional, ¿por qué no?

El abogado Bertrán prosiguió:

–Aunque un imbécil bienintencionado ha dicho que el espionaje no es un servicio de caballeros *(Herrendienst,* como lo definió el coronel Walter Nicolai, jefe del servicio secreto alemán en la pasada Gran Guerra), tenga la completa seguridad de que el espionaje es un servicio de caballeros, patriótico y absolutamente honorable. Y necesario. En el fondo, es una manifestación más del instinto de defensa propia. Y el espía que se juega la vida por su patria en la retaguardia enemiga es tan valiente (o más) que el combatiente de primera línea de fuego. *Un ejército pequeño siempre es superior al más poderoso de sus enemigos cuando conoce de antemano sus intenciones.* Son palabras de Federico el Grande. Como es el caso de nuestro ejército, pequeño y, encima, carente de un buen servicio de espionaje y contraespionaje. El alzamiento pilló por sorpresa al SIMP, su Servicio de Información Militar y Política. Por suerte, otro tanto le ha ocurrido al SIM del campo contrario. Nuestro SIFNE ha nacido precisamente para llenar ese vacío, una organización civil y voluntaria que hemos puesto al servicio y las órdenes incondicionales del gobierno nacional de Burgos.

–Me descubro ante ustedes, Bertrán.

–No se guasee, Soler. Pero gracias de todas formas. – Hizo una breve pausa y continuó-: El cuartel general lo hemos instalado en «La Grande Frégate», aquella villa… mire, desde aquí la puede ver usted. – Y don José Bertrán señaló con el dedo un chalet de piedra gris y tejado

pizarroso que se levantaba en la colina del faro de Biarritz-. Lo hemos alquilado. De momento no tenemos problemas con las autoridades francesas. Aunque esto no quiere decir que no los tengamos en el futuro. De momento, nos toleran. Recuerde que el presidente francés, Léon Blum, es del Frente Popular. La Abwehr y la OVRA, los servicios secretos alemán e italiano respectivamente, nos han surtido generosamente de personal especializado, emisoras de radio de largo alcance, micrófonos, material fotográfico, códigos criptográficos, tintas simpáticas, carteras con doble fondo y toda la parafernalia propia de un servicio de espionaje.

–Perdone que lo interrumpa, Bertrán. Cuando dice *nosotros*, ¿a quiénes se refiere?

–A cientos de catalanes como usted mismo en sus mismas circunstancias. ¡Qué le voy a contar a usted! Paisanos suyos que han tenido que huir de Cataluña para salvar la piel, abandonándolo todo, sus casas, sus haciendas, sus negocios, sus queridas fábricas… Le citaré unos pocos para que se haga usted una idea: Juan Estelrich, Eugenio d'Ors, Ventosa y Calvell, Carlos Sentís, Octavio Saltor, Domingo Gabarro, José María Bulto, Pedro Riviere, Josep Pla…

–¿El escritor?

–El mismo.

Mauricio Soler-Ribot parecía sorprendido.

–¿Pero no era un catalanista de toda la vida?

–Pues ya lo ve usted. Y no es el único. El atropello y el expolio que han sufrido estos paisanos nuestros en sus propias carnes les han hecho aparcar momentáneamente sus veleidades catalanistas y apoyar la causa nacional con todas sus fuerzas. Y ahora aguardan impacientes la ocasión para sentarles la mano a los rojos y recuperar sus bienes. – José Bertrán hizo una pausa y sonrió ligeramente-. Contamos incluso con un humorista, como es el caso de Valentín Castanys. Pero la inmensa mayoría de nuestra gente son profesionales, ingenieros, abogados, médicos, empresarios como usted mismo, que se han volcado en la tarea como un solo hombre, con el entusiasmo propio de los catalanes *quan anem per feina.*

Mauricio asintió con un gesto de comprensión.

–Sí, estoy de acuerdo con usted. Pero, por más esfuerzos que hago, a muchos de ellos no me los puedo imaginar en su papel de espías. Sobre todo al bueno de Valentín Castanys. ¡Pues no me he reído yo poco con sus chistes de *El Xut!*

–No se trata propiamente de espías. Nosotros los llamamos *informadores* y, por supuesto, no les pedimos que se jueguen la vida. Simplemente que abran los ojos y los oídos… y nos hagan llegar lo que han visto u oído. Entre ellos figuran evadidos de la zona roja, quintacolumnistas, funcionarios de las legaciones diplomáticas de Portugal, Italia y Alemania, *cagoulards* franceses, miembros del Socorro Blanco en zona roja y de diversos países europeos, agencias de prensa y periodistas simpatizantes con la causa nacional, congregaciones católicas de todo el mundo. Incluso amas de casa que oyen chismes en la cola del pan y se apresuran a transmitírnoslos.

–Jamás lo hubiera dicho.

–Pues así es. Otra grandísima fuente de información, y no menos importante, es la propia prensa republicana, sobre la que su gobierno no ejerce ningún tipo de control ni censura, y nos sirve prácticamente la información en bandeja de plata. Se asombraría usted de la cantidad de correspondencia que se recibe a diario en «La Grande Frégate». Las secretarias no dan abasto a archivarla toda. Las desborda. Los radioaficionados tampoco les van a la zaga y nos bombardean con sus mensajes de sus radios de galena. Que las antenas de radio instaladas en el tejado de «La Grande Frégate» no se fundan es un misterio incomprensible. Funcionan día y noche. Como le digo, esta avalancha de información es debidamente contrastada, cribada y seleccionada, porque el noventa por ciento de los mensajes no merecen la más mínima credibilidad y acaban en la papelera. En «La Grande Frégate» separamos el grano de la paja, y lo que tiene algún valor se envía, debidamente cifrado, por supuesto, al SIMP de Burgos.

–Lo felicito, Bertrán -dijo Mauricio Soler-Ribot que añadió a continuación-: Pero eso costará mucho dinero, digo yo.

–Sí, pero por ese lado no tiene por qué preocuparse: Francisco Cambó y Juan March corren con todos los gastos.

–¿Se refiere usted a…?

–Sí -contestó José Bertrán sin darle tiempo a completar la pregunta-. Me refiero al banquero y multimillonario mallorquín, Juan March y Ordinas, diputado a Cortes, enjuiciado por un delito de contrabando en 1933 y posteriormente encarcelado en la prisión de Alcalá de Henares, de la que salió por la puerta grande en compañía del alcaide, después de haberlo comprado a golpes de talonario. A él y a los funcionarios de prisiones -sonrió brevemente-. Un caso único en los anales penitenciarios españoles.

Mauricio Soler-Ribot se detuvo, apoyó las manos en la barandilla del paseo y volvió a mirar al par de bañistas guapas que ahora se estaban embadurnando concienzudamente brazos y piernas con crema Nivea.

–Vaya, vaya, vaya -dijo pensativamente-. Y, si no he entendido mal, mi misión consistirá, básicamente, en desenmascarar, descubrir y detener a esos mismos informadores enemigos infiltrados en nuestras filas.

–Ni más ni menos. Y para ello contará usted con el apoyo de la Guardia Civil, la policía, el servicio de aduanas y…

–¿Incluso alguna Mata-Hari, como aquel par de sirenas que se ven allí?

–¿Y por qué no? Pero no se haga ilusiones, Soler: las Mata-Hari y las Fräulein Doktor sólo existen en la imaginación de los novelistas.

–Pues es una pena. ¿Cuándo empiezo?

–Como ya contaba con su adhesión, esta misma tarde iremos a «La Grande Frégate» y le presentaré a sus colaboradores más próximos. Y le haré entrega de unos cuantos tratados de espionaje publicados a raíz de la Gran Guerra, para que se vaya imponiendo en el tema.

–¿Los tendré que estudiar?

–Los devorará; se lo garantizo yo. Especialmente el *Manual de espías,* de Elsbeth Schragmuller, la agente secreta alemana que revolucionó los métodos del servicio de espionaje del káiser. Sus dotes de observación y su profundo conocimiento del alma humana superan a los del mismo Freud.

–En ese caso, le prometo leerlo de cabo a rabo.

El abogado Bertrán lo cogió por el codo y reanudaron el paseo.

–También me he tomado la libertad de prepararle una entrevista con el coronel Sagardía, de la Guardia Civil y jefe supremo del SIMP, para la semana que viene. Supongo que no le importará viajar a Burgos y a Salamanca con cierta frecuencia.

–En absoluto.

–Pondremos un coche y un chófer a su disposición.

Cuando Mauricio se disponía a darle las gracias, Merceditas se plantó inopinadamente delante de los dos caballeros con los brazos en jarras y aire desafiante.

–Papá, me aburro.

–¿Qué maneras son éstas, Merceditas? – le reprendió severamente el autor de sus días.

–Me habías prometido que iríamos a la playa.

–En seguida bajaremos, ten un poco de paciencia. Ahora mismo iremos a buscar a mamá. Y recuerda, para otra ocasión, que es de muy mala educación interrumpir a las personas mayores cuando están hablando.

–Sí, papá.

Sin embargo, a don José Bertrán le hizo mucha gracia la frescura y el desparpajo de la niña.

–Merceditas, ya no te robo más a tu papá. Te mereces un premio por lo buena que has sido y la paciencia que has tenido aguantándonos a los dos. ¿Qué tal un helado?

–Sí, muy bien.

–Sí, ¿qué más? – preguntó su padre.

–Sí, por favor.

–¿De qué? – inquirió el abogado-. ¿De vainilla?

–Sí, de vainilla y chocolate -precisó Merceditas al instante-. Y que sea de los grandes. Como los que me regala el señor Chilton.

El despacho del jefe supremo del Servicio de Información Militar y Política estaba ubicado en las buhardillas del palacio neogótico de la Capitanía General de Burgos, al final de un dédalo de pasillos oscuros y polvorientos, a salvo de la agitación y el trajín de las plantas inferiores, en donde se alojaban los despachos y las dependencias de la Junta Técnica de Defensa del mando nacional. Desde sus historiadas ventanas se alcanzaban a divisar las airosas torres y el afiligranado cimborrio de

la catedral flotando majestuosamente por encima de los tejados y las chimeneas de la antigua capital de Castilla.

–¿Señor Soler-Ribot?

–¿Coronel Sagardía?

Los dos hombres se estrecharon la mano.

A ambos les bastó una simple mirada para radiografiarse mutuamente.

El coronel Sagardía tenía la expresión firme de la persona que sabe lo que quiere y adónde va, la boca breve y los ojos grises y penetrantes, muy hundidos en las órbitas, como los de un lobo oculto en la sombra, para velar sus intenciones.

–Pero, por favor, tome asiento.

Mauricio se sentó en una raída butaca de cuero que le acercaba el coronel Sagardía, que tomó asiento frente a él.

–El señor Bertrán me lo ha recomendado encarecidamente -dijo el coronel.

–Él sabrá lo que se hace -sonrió Mauricio, que dirigió una desaprobadora mirada al escritorio abarrotado de papeles, informes y expedientes. Carpetas y ficheros de las más variadas formas y colores se amontonaban en las estanterías sin aparente orden ni concierto.

El coronel captó en el acto su matiz de desagrado.

–Sí, ya sé lo que usted está pensando. Y si se toma la molestia de hurgar en las papeleras, encontrará más de un documento catalogado como *Alto secreto.* Desconcertar al posible espía enemigo forma parte de mi modus operandi. Lo aprendí de Fouché.

–¿El genio tenebroso?

–¿Usted también ha leído el libro de Stefan Zweig?

–Lo he devorado. Y montañas de tratados de técnicas de espionaje y contraespionaje. Vengo con los deberes hechos.

–Usted y yo nos entenderemos.

–Le ruego me perdone -dijo Mauricio-. No lo he podido evitar. El orden es una de mis manías preferidas.

–En mi descargo puedo alegar que gran parte de la culpa la tienen usted y el SIFNE, por enviarnos tal cantidad de información. ¿Se puede saber de dónde la sacan?

–Pues tenga usted en cuenta que sólo les enviamos una pequeña parte de la que recibimos de nuestros informadores.

–¿Un cigarrillo?

–Sí, gracias.

Después de encenderlo, el coronel preguntó a Mauricio si conocía Burgos.

–Sí, bastante bien, de mi época de corredor de tejidos de nuestra fábrica. Apuesto a que más de un tendero de la calle de Laín Calvo y la plaza Mayor se acordará de mí. – Mauricio se sacó un fajo de cuartillas de la cartera de cuero que llevaba consigo y preparó su pluma estilográfica-. Cuando usted quiera, coronel Sagardía.

Mauricio Soler-Ribot y el coronel Sagardía emplearon dos horas largas en imponerse de la organización de sus respectivas organizaciones, de su funcionamiento, de sus competencias y de sus líneas generales de actuación. Mauricio lo quería saber todo y acosó a preguntas al coronel, que acabó quejándose.

–Soler-Ribot, me está usted resultando un hueso; deme un respiro.

–Lo siento. Saberlo todo y cómo funciona es otra de mis manías. José Bertrán debería habérselo advertido.

–Pues tengo que reconocer que es una buena manía. Me alegro. ¿Otro cigarrillo?

Mauricio lo aceptó y durante unos segundos ambos hombres fumaron en silencio.

Las campanas de la catedral dieron la una.

–¿Se le ocurre alguna cosa más? – preguntó el coronel después de dar una larga calada a su cigarrillo y aplastar la colilla en un cenicero de pie.

–Sí, dos y muy importantes. La primera, el historial de todos los jefes, oficiales y ayudantes de los Estados Mayores de los generales Vigón y Dávila. Y de sus escribientes, de sus secretarias y de las mujeres de la limpieza. Y la segunda, la relación de las personas que entran y salen de nuestras fronteras y de toda la correspondencia que parezca sospechosa. Necesito también una relación mensual de todos los permisos y las autorizaciones que se conceden a corresponsales de prensa extranjeros acreditados para visitar los frentes de batalla. Y a

qué periódicos representan. Y, a ser posible, sus currículums vitae y sus simpatías políticas. Y personales.

–Por lo general, esos permisos los otorgamos a corresponsales de periódicos de tendencia derechista. Nunca a los de tendencia izquierdista, *L'Humanité* y el *Daily Worker,* por ejemplo.

–Si quiere que le diga la verdad, no me fío de nadie.

–Por lo que veo, se ha aprendido la lección al dedillo.

–Ha fichado usted un hueso.

–Ya me he dado cuenta. Y en cuanto a sus honorarios…

–Los ingresa directamente en la cuenta de la casa de huérfanos de la Guardia Civil -lo atajó Mauricio.

–Un gesto muy generoso por su parte. Y ahora, ¿qué le parece si vamos a almorzar?

–De acuerdo.

Antes de abandonar Capitanía, el coronel mostró a Mauricio el salón del trono de la planta noble, profusamente decorado con las armas de Castilla y León, en donde, hacía muy pocos días, Franco había sido proclamado jefe de Estado y Generalísimo de los Ejércitos.

–Dese usted cuenta de lo espacioso que es y, sin embargo, no cabía un alfiler. Estaba lleno hasta la bandera, y los presentes se daban codazos para estar en primera fila. Estaban todos: los generales Orgaz, Cabanellas, Kindelán, Dávila, Vigón… En fin, que no faltaba nadie.

–¿Puedo preguntarle cómo se lo tomó Mola?

–Mola fue de los primeros en aclamarlo cuando salieron al balcón para saludar a la multitud. Una lucha por el poder, en estas circunstancias, habría sido suicida.

–Sí. Estoy de acuerdo con usted -dijo Mauricio-. Mola hizo lo que tenía que hacer: renunciar y ceder el mando a Franco.

–El mando único es condición indispensable para ganar esta guerra. Y todas.

–¿Dónde está Franco ahora? – preguntó Mauricio Soler-Ribot.

–En Salamanca. El obispo le ha cedido su propio palacio para instalar allí su cuartel general. Para estar más cerca del teatro de operaciones. ¿Vamos?

Salieron a la plaza de Alonso Martínez y el coronel cogió a Mauricio por el brazo.

–Iremos paseando, si no le importa. El restaurante está ahí mismo.

–En absoluto.

Enfilaron la céntrica y animada calle de Laín Calvo y Mauricio miró complacido las tribunas acristaladas que la flanqueaban y el tranquilo ir y venir de los burgaleses con la confianza de la gente que se sabe a salvo de ataques del enemigo y a más de cien de kilómetros de los frentes de batalla. El aspecto de la ciudad no había cambiado demasiado en veinte años.

–Me gusta Burgos, mucho.

–Lo celebro -dijo el coronel Sagardía.

Almorzaron en Casa Tejada, un mesón sin pretensiones, situado en la plaza de Santa María, con vistas a la esplendorosa fachada occidental de la catedral, que ahora recogía el sol de octubre tamizado de oro. El coronel Sagardía le recomendó el lechazo al horno.

–Hágame caso y no se deje engañar por el aspecto de este tugurio. Su cocinero sabe lo que se hace.

Mauricio no se arrepintió de su elección.

–Me había olvidado de una cosa -dijo el coronel Sagardía a la hora del café, sentados frente a dos tazas humeantes-. Para que no tenga usted problemas protocolarios ni innecesarios roces burocráticos, lo voy a ascender a coronel honorario. O *habilitado,* como se dice ahora.

–¿Así, de golpe, y saltándome el escalafón? – preguntó Mauricio con sorna-. Me temo que más de un coronel auténtico podría mosquearse.

–Usted déjelo en mis manos.

–¿Y tendré que vestir el uniforme?

–Pues sí, sería muy conveniente. Por lo menos cuando venga a Burgos o a Salamanca. Tres estrellas de ocho puntas abren muchas puertas. Al mismo tiempo que le ahorrarán a usted el engorro de saludarme reglamentariamente cuando nos encontremos. – El coronel Sagardía hizo una pausa significativa y fijó sus ojos en los suyos-. Soler, no es necesario que le recuerde que el silencio y la discreción son la regla número uno de nuestra profesión. Lo hablado entre nosotros no lo comente con nadie. Ni siquiera con su mujer. Recuerde siempre: el hombre es esclavo de sus palabras y señor de sus silencios.

Al día siguiente, Mauricio Soler-Ribot partía para Biarritz con el nombramiento de coronel honorario en el bolsillo y un salvoconducto, firmado por el propio general Mola, que le otorgaba plenos poderes para meter la nariz donde se le antojara.

Tras una embestida final, la ofensiva navarra se detuvo en la orilla derecha del río Deva, frontera natural entre Guipúzcoa y Vizcaya.

Frente a los cansados requetés del general Solchaga se alzaban los gudaris del coronel Garnir Ullibarri, atrincherados en los montes de Eibar y el Duranguesado, no demasiado altos, pero sí endemoniadamente enrevesados, algo que ya habían tenido ocasión de comprobar los romanos a su costa dos mil años antes. Al otro lado de los mismos, la recién constituida república de Euskadi se aprestaba a la defensa, y el ingeniero militar Goicoechea construía, a toda prisa, un sistema de trincheras, fortines y casamatas en torno a Bilbao que muy pronto fue conocido por *el Cinturón de Hierro,* y era tenido por inexpugnable. El presidente Aguirre, el popular ex delantero del Atletic de Bilbao, había jurado los antiguos fueros ante el milenario roble de Guernica y había proclamado que los vascos eran católicos, apostólicos y romanos, pero que lucharían al lado de los españoles republicanos hasta la derrota final del fascismo. Y que luego verían.

De los tres mil y pico requetés que habían salido de Navarra dos meses antes, mil habían caído, muertos o heridos, en el campo de batalla. El pequeño ejército de voluntarios había consumido su fuerza expansiva y ahora reclamaba un descanso para recuperar las fuerzas y el aliento antes de lanzarse a nuevas empresas.

Por otra parte, lo que pudiera ocurrir en el frente norte tenía una importancia muy relativa en aquellos días de finales de octubre, cuando la atención de toda España estaba pendiente del rápido avance del Ejército de África, al mando de los generales Yagüe y Varela, que se acercaba a marchas forzadas a Madrid. La suerte que pudiera correr la capital de España arrastraría a todo el país, en cuyo caso, el frente norte se liquidaría por sí solo.

El Tercio de Montejurra cubría un frente de medio kilómetro aproximadamente, entre las localidades de Vergara y Mondragón. A la segunda compañía le tocó en suerte el pueblecito de Leizaberri, una agrupación de casas blancas con dinteles de piedra y tejados rojos, en

torno a una maciza iglesia y un campanario rematado por una afiligranada cruz de hierro forjado.

El pueblo había caído prácticamente intacto en su poder, si se exceptuaba un aserradero situado en las afueras, que había recibido un morterazo del ochenta y uno que le reventó parte del tejado y averió la maquinaria. Todos los mozos en edad militar, los nacionalistas más significados y algunos hombres mayores habían acompañado a los gudaris en su retirada para eludir posibles represalias. Incluso algunas mujeres. Pero no así la panadera que, aunque era una nacionalista rabiosa, se quedó para hacer frente a los invasores parapetada tras el mostrador de su tahona.

Los requetés fortificaron diversas posiciones en torno al pueblo y las unieron con un quebrado sistema de trincheras. En la otra orilla del río, los gudaris vascos, que estaban tan agotados como ellos mismos, les habían dejado hacer en paz.

El capitán Olavide mandó clausurar el *batzoki* y hacer ondear la bandera española en el balcón del ayuntamiento. Y al padre Amurrio, el párroco, le informó de la obligatoriedad de predicar en castellano a sus feligreses. La entrevista tuvo lugar en el pórtico cubierto de la iglesia, lugar preferido por los vecinos para solventar sus diferencias y tomar decisiones.

El padre Amurrio, un cincuentón vigoroso, de cara redonda, ojillos azules y coloradas mejillas de campesino, se rascó la frente surcada de profundas arrugas, con un gesto preocupado.

–La mayoría de mis feligreses no me van a entender si les hablo en romance -objetó.

–Pues ya es hora de que lo aprendan -le replicó el capitán Olavide, amostazado.

–Tienen la cabeza muy dura, los aldeanos.

Al capitán Olavide le resultaba increíble que un español de cualquier rincón de España no supiera hablar castellano. También se hacía cruces de que los vascos, tan parecidos en tantos aspectos a ellos, los navarros, cuyos abuelos habían luchado codo a codo a las órdenes del Pretendiente (cuya litografía figuraba en muchos caseríos vascos y navarros en lugar de honor), que iban a misa y confesaban y comulgaban con el mismo fervor, se hubieran aliado con los rojos

bolcheviques, comunistas, enemigos de Dios y de España, incendiarios de iglesias, blasfemos y asesinos de curas y religiosos. Sencillamente increíble. Aparte de la boina roja que gastaban los requetés, apenas había diferencias externas entre éstos y los gudaris. A veces lo difícil era distinguirlos en pleno combate.

–De acuerdo, padre -accedió de mala gana el joven capitán-. Háblele en vascuence, pero mucho cuidado con lo que dice. Yo también lo entiendo. Y muchos requetés. Por ahí andan sueltos muchos curas que, con la excusa de predicar la palabra de Dios, lo que hacen es soliviantar al personal contra nosotros.

–Sólo les hablaré del amor que Cristo predicó a los hombres.

–Que buena falta les hace. Y de paso recuérdeles lo que monseñor Múgica ha dicho a los católicos vascos: que no hagan causa común con los enemigos de Cristo y de la Iglesia.

El padre Amurrio señaló a su alrededor con una mano deformada por el juego de pelota y dijo:

–Hijo mío, si mis feligreses fueran esos enemigos de Dios y de la Iglesia de los que me hablas, ni tú estarías aquí charlando conmigo ni este porche nos cobijaría a los dos de este condenado sirimiri que está cayendo del cielo.

–Yo ya sé lo que me digo, padre, y no me gustaría nada que acabara como el padre Aristimuño.

–¿Qué le vais a hacer? ¿Fusilarlo?

–No sé -respondió evasivamente el capitán Olavide, que no tenía ninguna simpatía por el cura separatista Aristimuño, capturado no hacía mucho a bordo de un pesquero por un *bou* nacional cuando navegaba rumbo a Bayona-. Eso tendrá que decidirlo el tribunal que lo juzgue.

–¿No os parece demasiada la sangre derramada en las trincheras para que, encima, tengáis que añadir la de ese santo varón, que no ha hecho más que el bien a su pueblo?

–Un rojo, si tenemos que llamar a las cosas por su nombre -replicó el capitán Olavide, notando que se acaloraba, como siempre le ocurría cuando trataba este tema del clero vasco-. Un rojo y un separatista.

–No juzguéis y no seréis juzgados, dijo el Señor.

–Y no sembréis vientos si no queréis recoger tempestades. Se lo recuerdo una vez más, padre, mucho cuidado con lo que diga desde el púlpito. Agur.

El capitán Olavide giró sobre sus talones, se caló la boina y salió a la llovizna plateada que empapaba los habares y ponía un toque de melancolía otoñal en el verde paisaje norteño.

El capitán Olavide desconfiaba instintivamente del padre Amurrio. Tiene más conchas que un galápago, pensaba, irritado, cuando se dirigía a la casa propiedad de un nacionalista huido con los gudaris, en la que había instalado el puesto de mando de la compañía. Lo mismo pensaban muchos requetés que lo miraban con malos ojos y no querían confesarse con él.

–¿Alguna novedad? – preguntó al telefonista que había instalado el equipo en el aparador del comedor.

–Ninguna, mi capitán.

–¿Ni de la cota 450?

–Tampoco, tranquilidad absoluta.

La posición más avanzada de la compañía era un fortín, o casamata de troncos y sacos terreros, protegido por alambradas, situado en lo alto de una loma que se adentraba peligrosamente en territorio enemigo, y desde la que se dominaba la retorcida carretera que bajaba del puerto de Urkiola. Era conocida por la cota 450 o, simplemente, *la cota.* Su guarnición la componían diez hombres, al mando de un oficial o sargento, que se renovaba periódicamente cada tres días. Su mobiliario se reducía a una estufa de leña, dos cuerpos de toscas literas adosadas a las paredes, una mesa de pino, dos banquetas a cada lado de la misma, un sencillo fogón para calentar el rancho, una estampa de la Virgen del Pilar junto a la de una célebre cupletista más bien ligera de ropa, un botijo de barro y diversas cajas de munición y granadas de mano. En un armero se alineaban ordenadamente los fusiles. Su armamento principal lo componían dos ametralladoras Hotchkiss, cuyos negros cañones asomaban por las troneras, listas para hacer fuego a la más mínima señal de alarma. Estaba conectada telefónicamente con el puesto de mando de la compañía en Leizaberri.

Su defensa era relativamente fácil.

Aprovisionarla era harina de otro costal, puesto que el sendero hasta ella discurría muy cerca de las líneas enemigas y estaba expuesto al fuego de sus armas automáticas. Los centinelas debían mantener los ojos y los oídos bien abiertos, y al que se lo pillaba dormido se lo pelaba al cero, sin más contemplaciones. Un día indeterminado de la semana, subía una recua de tres mulas cargadas con provisiones de boca, agua, munición y diversos pertrechos. Para no llamar la atención del enemigo, la marcha se hacía de noche, y los cascos de las acémilas se protegían con trapos para amortiguar los chispazos y el ruido de las herraduras contra las piedras del camino.

Aparte de estas tensiones idiomáticas, que podrían calificarse de domésticas, los días otoñales transcurrían apaciblemente en Leizaberri. A no ser por algún que otro disparo aislado, hubiérase dicho que la guerra había acabado. Las amas de casa tendían la ropa en los prados, los niños alborotaban en el patio de la escuela, y las castañas se pudrían en los caminos embarrados de la tierra de nadie. Los requetés francos de servicio escribían a sus familias, bebían chacolí en la taberna del pueblo y jugaban a la pelota en el frontón de la iglesia, con permiso del padre Amurrio. Sus relaciones con los lugareños, sin ser cordiales, habían dejado de ser tensas. La resistencia humana tiene un límite. Para combatir el aburrimiento, más de un requeté franco de servicio ayudaba en las faenas del campo a las mujeres cuyos maridos habían huido con los rojos. Todo el mundo hacía la vista gorda. La rutina diaria se había acabado imponiendo. Y eso sin contar con las exigencias que la naturaleza impone a hombres y mujeres, que afectaban especialmente a las relaciones entre las jóvenes vascas y los mozos navarros. Los más osados se habían atrevido a presentarse en el baile del pueblo, desafiando la ira de la panadera, con la vana esperanza de sacar a bailar a Begoña, la guapa maestra del pueblo, que, para mayor inri, tiraba los tejos al teniente Hurtado.

Hasta la ocupación del pueblo por los requetés, Begoña Aguirreurreta había tenido que disimular sus verdaderos sentimientos para no ponerse a mal con los vecinos y los padres de los niños. Pero ahora veía el cielo abierto y les enseñaba a cantar el *Oriamendi* y el *Cara al sol.* Tenía su domicilio en el primer piso de la escuela, y en su

ventana ondeaba una pequeña bandera española, entre floridos tiestos de geranios y margaritas.

El teniente Hurtado de Leyva no había acabado de caer bien a sus hombres. Tres meses de campaña habían enseñado a los requetés a fijar sus dos frentes básicos de actuación: frente al enemigo y frente al mando, enemigo tradicional de la tropa desde la oscura noche de los tiempos. De la misma manera que el capitán Olavide y el alférez Freire habían pasado el examen con nota, al teniente Hurtado lo admitían con reservas. Y no es porque no fuera valiente y arrojado como el que más, sino porque les molestaba el excesivo distanciamiento y el estricto cumplimento de las ordenanzas que imponía a la tropa. Una exigencia innecesaria, porque todos los requetés se habían presentado voluntarios y tenían tantas ganas de acabar con los rojos como él mismo, y nadie tenía que pincharles para que, llegada la ocasión, se arrojaran al cuello de los gudaris. Y, para acabar de arreglarlo, ahora sólo faltaba que les pisara a Begoña, prevaliéndose de las dos estrellas de su uniforme.

Josetxu, Pedro Larraínzar, Javier y Tricu *el Erizo* lo comentaron una tarde, cuando la oscuridad los obligó a suspender el partido de pelota que estaban jugando en el frontón de la iglesia. Se habían sentado en el murete que limitaba la cancha de juego y se masajeaban las manos doloridas.

–¡Nada, que no puedo con sus aires de señorito y su chulería! – estalló Josetxu, calándose la boina de un manotazo-. Y ahora, el muy cabrito, va y se lleva el gato al agua.

–¡Anda y que no está buena ni nada la moza! – dijo Tricu-. ¡Lo que son buenas agarraderas no le faltan!

–¡Los hay con suerte! – se lamentó Pedro Larraínzar-. ¡Y nosotros sin comernos un rosco!

–¿Tú crees que se la beneficia? – preguntó Josetxu bajando la voz.

–Quién sabe. No pondría la mano en el fuego. Es una mosca muerta.

–Hablando del rey de Roma -los interrumpió Javier, señalándolos con la vista-, por ahí vienen los dos tortolitos.

–Y muy amartelados, por cierto -dijo Josetxu.

Cuando el teniente Hurtado y la maestra pasaron a su lado, los cuatro requetés se pusieron de pie y se llevaron respetuosamente la mano derecha al vuelo de la boina.

–A sus órdenes, mi teniente.

–Podéis bajar la mano -los autorizó el teniente Hurtado con un gesto.

–Gracias, mi teniente -dijo Javier contestando por todos.

–Buenas noches, señorita -dijo Larraínzar.

–Buenas noches, requeté -contestó Begoña con una sonrisa.

Larraínzar sonrió, confuso, espantado de su propia audacia.

Javier sorprendió la mirada de la joven fija en la suya. Le pareció que tenía los ojos azules y profundos. Pero quizá se debiera a la penumbra reinante.

Los cuatro amigos los contemplaron alejarse, pisando sin ruido la húmeda alfombra de hojas marchitas del paseo de la olmeda, al final del cual se vislumbraban los muros blanquecinos de la escuela.

–Nos ha perdonado la vida. ¿No os habéis dado cuenta? – preguntó Josetxu-. *Podéis bajar la mano* -dijo imitando el tono estridente de la voz del teniente Hurtado.

–Para darse importancia delante de la pava esa -gruñó el Tricu.

–Sí, pero a mí me ha saludado -dijo Pedro Larraínzar, muy orgulloso-. ¿A que sí que me ha saludado?

Josetxu escrutó las tinieblas donde se había perdido la pareja. Tenía el ceño fruncido y los ojos más juntos que de costumbre.

–¿Y si les diéramos un susto? – propuso.

Es muy capaz, pensó Javier para sus adentros. ¿Y qué clase de susto?, porque ésa era otra. De un asilvestrado mozo navarro podía esperarse cualquier barbaridad.

Después de tres meses de apretada convivencia, de sufrir las mismas penalidades y de arrostrar los mismos peligros, Javier se había integrado totalmente en la hermandad de su compañía. Su sección se había convertido en un sucedáneo de familia, y sus compañeros, en hermanos y confidentes. De una forma inconsciente se había esforzado en imitar sus ademanes bruscos, sus bromas mortales y su retumbante forma de hablar. También había aprendido a cantar sus hermosas canciones, y no había dejado de sorprenderle la transfiguración que se operaba en sus rudas facciones campesinas cuando las entonaban a coro, al calor de una fogata. Su preferida era *Maitetxu mía,* un

sentimental zorcico que le traía la imagen querida de Maite a la memoria.

Como a cualquier otro requeté del Tercio de Montejurra, los combates, las guardias, las patrullas y los golpes de mano lo habían curtido, y ahora apenas agachaba la cabeza cuando oía silbar una bala. Era como si se hubiera revestido de una segunda naturaleza. Los cadáveres habían dejado de impresionarle. Ya no le inspiraban náuseas ni vomitaba. También se había acostumbrado a dormir en el suelo, en el fango de una trinchera, allí donde le pillaba la noche. Y a comer rancho. Y a entenderse con las mulas de la compañía, unos animales de reacciones imprevisibles, en especial las de la mula *Faraona,* que no tenían nada que ver con la nobleza de los caballos, a los que estaba acostumbrado desde su infancia. Y a las picaduras de piojos y pulgas, eternos compañeros del soldado. Y a prever los súbitos cambios de humor de sus amigos y sus reacciones viscerales, como la que en aquel preciso momento ensombrecía el entrecejo de Josetxu Larramendi y no auguraba nada bueno.

Javier había llegado a querer al rudo mozo de Valcarlos como a un hermano; como a un atolondrado hermano pequeño siempre dispuesto a meterse en líos y al que hay que proteger. Lo cual no dejaba de ser muy curioso, porque ambos no tenían el más mínimo punto en común, como no fuera su propósito de matar rojos. Le bastaba mirarlo a los ojos para adivinar sus reacciones, porque su mente primaria era incapaz de prever las consecuencias de sus actos. Se trataba de la misma ciega inconsciencia que lo llevaba a embestir de frente, como un toro, los parapetos enemigos. Sabía también que sus tres camaradas lo secundarían entusiasmados, porque eran tan brutos como él, y estarían encantados de pegar un susto al teniente Hurtado. No necesariamente mortal.

–Es un poco tarde -dijo-. ¿No os parece? Faltan cinco minutos para el rancho. Hace rato que oigo protestar a mi barriga.

Sus amigos le dieron la razón y obedecieron de mala gana.

–Lo que tú digas, cabo.

Pero el rumbo inesperado que tomaron los acontecimientos les quitó de la cabeza la idea del susto.

Una madrugada, la panadera, que volvía del monte con un haz de leña menuda para encender el horno, sorprendió al teniente Hurtado saliendo de casa de la maestra. Furtivamente. La noticia corrió por el pueblo como un reguero de pólvora, y muchos vecinos miraron a la joven maestra con ojos atravesados.

–¡Ya le daré yo a esa mosquita muerta! – había rezongado la panadera.

La misma tarde que Javier se disponía a partir para la cota 450 con el convoy de suministros, el cartero del tercio llegó con la saca del correo repleta de cartas. En un momento fue rodeado por los impacientes requetés, que formaron un corro en torno a él y lo acosaron.

–¡Eh, tú, a ver esas cartas!

–¡Calma, calma! ¡Que no me las voy a comer!

A medida que las iba sacando de la saca, anunciaba el nombre de sus destinatarios, que se entregaban a las payasadas propias de estos casos.

–¡Imaz!

–¡Yo! ¡Aquí! ¡Patachín! ¡Patachán!

–¡Aizpun!

–¡Presente y guardia!

–¡Mendiola! Juraría que es de la parienta…

–¡Quita, *tonto l'haba!*

–¡Gayarre!

–¡Servidor de usted!

–¡Lasaleta!

–¡Tararí! ¡Tarará! ¡Lo que suene sonará!

–¡Larramendi!

–¡Presente y cachondo!

–¡Montcada! ¡Tienes dos! ¡No te quejarás!

–¡Dame!

Antes de guardárselas apresuradamente en el bolsillo de la guerrera, Javier reconoció la pulcra y picuda caligrafía de su madre en una de ellas. La otra tenía matasellos francés y, aunque su letra le resultara desconocida, le alborotó el corazón. Comprobó también que

ambos sobres habían sido abiertos y vueltos a cerrar por la censura militar.

El sargento Martínez se puso al frente de la patrulla. En el cielo brillaba una luna escuálida que les alumbró el camino con su luz macilenta. La marcha discurrió sin tropiezos, y sin que a la mula *Faraona* le diera por cocear alocadamente ni tirar la carga, como solía hacer con cierta frecuencia.

El relevo se hizo a oscuras, prescindiendo del ceremonial reglamentario, de centinela a centinela. El teniente Hurtado dio la novedad al sargento Martínez.

–Todo parece tranquilo, sargento, a excepción de unos destellos muy sospechosos que me ha parecido ver por la parte del aserradero. No les quite el ojo de encima.

–Descuide, mi teniente.

Javier y los diez requetés de la guardia entrante ayudaron a descargar los pertrechos de las mulas y los estibaron en la casamata, mientras los de la guardia saliente liaban el petate y emprendían el camino de vuelta con el mismo sigilo que a la ida y se perdían en la oscuridad.

Javier tuvo suerte y cumplió la primera guardia. Atisbando por la mirilla del parapeto, escudriñó el prado y el bosque por el que serpenteaba la cinta grisácea de la carretera del puerto. Una neblina esponjosa flotaba encima del río. Pero, por más que forzó la vista, no descubrió nada anormal ni ningún bulto oscuro que reptara hasta su posición. Tampoco descubrió destellos sospechosos por la parte del aserradero. Figuraciones del teniente Hurtado, se dijo. Las dos horas se le hicieron eternas. La impaciencia por abrir las dos cartas que guardaba en el bolsillo de la guerrera lo consumía. Cuando los ojos le empezaban a picar, el Tricu fue a relevarlo.

–¿Alguna novedad? – preguntó en un susurro.

–Nada. Todo está en calma.

–¿Y las luces esas de las que habló el teniente Hurtado?

–Nada de nada.

–Pues por mí, que siga así.

El Erizo se subió el cuello del capote, aprestó su fusil y se aseguró de que tenía la linterna y el cajón de granadas al alcance de la mano.

Javier le deseó buena guardia, entró en la casamata, se despojó rápidamente de las botas y las cartucheras y se encaramó en su camastro. Se tapó con el capote y rasgó el sobre de la primera carta. La de su madre. Estaba fechada en Pamplona, el 15 de octubre de 1936. A la luz de una pequeña linterna que había fijado en las tablas de la cabecera, leyó:

Querido hijo:

Cuando recibas estas líneas, espero y confío que estés vivo, sano y salvo, que no es poco, pues una no gana para sustos y sobresaltos y vive con el alma en un hilo, pendiente del próximo mazazo del Destino. El último ha sido el fusilamiento de tu padre, como supongo que te habrás enterado. Aun por esperado, no ha sido menos doloroso. Como puedes imaginarte, la noticia me dejó deshecha, hundida. Fue como volver a caer en un pozo oscuro. No hace falta que te diga que ha sido el mejor marido y el mejor padre del mundo, y que nunca podré olvidarlo ni reponerme de su pérdida. Que el Señor lo tenga en su gloria.

Te escribo desde la casa de tus abuelos en Pamplona, donde me he instalado desde que pasé a España. Hubert y Solange tuvieron la amabilidad de acompañarme personalmente, cosa que les agradezco sinceramente, pues yo no estaba para demasiados trotes. No te puedes imaginar cómo me cuidaron en «Bell Prat». Maite no se apartaba de mí. Desde que te fuiste, se pasó dos días llorando sin parar por los rincones de la casa, hecha una Magdalena, y tuve que consolarla yo, ¡imagínate! Es un encanto de niña. No encuentro palabras para agradecerles a los Clermont todo lo que han hecho por mí. Incluso me invitaron a irme con ellos a París. A Hubert lo han nombrado miembro de la delegación francesa del Pacto de No Intervención y no para de viajar, pero me ha prometido que encontrará un hueco para hacerme una visita en Pamplona, quizá para las próximas Navidades. En Pamplona, tus abuelos les hicieron el mejor de los recibimientos y se deshicieron en atenciones. Todo les parecía poco. Les aseguraron que podían volver cuando quisieran, que ya sabían dónde tenían su casa.

Ahora, gracias a Dios, me he recuperado bastante y duermo casi de un tirón. Hubo momentos en que pensé que me volvería loca de tanto dolor. Aún no sé bien cómo he podido superar tanta desgracia como me ha caído encima. Seguro que Dios me ha dado fuerzas. Mis padres se

desviven por atenderme y están muy contentos de tenerme con ellos, especialmente mi madre, para la que siempre he sido la niña de sus ojos. Lo mismo que Restituto, el ordenanza del abuelo, que te envía muchos recuerdos.

Continuamos sin tener noticias de Blanca. Aparte de lo que tío Sinibaldo te contó por teléfono, no hemos sabido nada más. Sufro por ella, y la tengo siempre presente en mis oraciones. Quiero creer que consiguió escapar y estará viva, quién sabe dónde. Tío Sinibaldo se ha instalado en San Sebastián y ha encontrado trabajo de archivero en la Diputación Foral de Guipúzcoa, donde ha entrado por la puerta grande. Él mismo me acompañó a Burdeos, a las bodegas de Cotes de la Dordogne, ¡de las que soy presidenta honoraria! ¿Te imaginas a tu madre de presidenta de una sociedad? Me recibieron como a una embajadora, como a una reina, mejor, me abrumaron de cumplidos y atenciones. Tío Sinibaldo arregló todo el papeleo y la cuestión del dinero, y me ha abierto una cuenta corriente en un banco español. Si te hace falta dinero, dímelo y te lo haré llegar en seguida. Tengo más del que puedo gastar.

Bueno, ya he hablado demasiado de mí. ¿Cómo estás tú? Supongo que hecho un verdadero soldado, jugándote la vida a diario. ¡Y cuando pienso en el disgusto que diste a tu padre y a tu abuelo cuando no quisiste seguir la carrera militar! Amargas ironías de la vida. Aunque yo misma te animé a alistarte en el Requeté (lo habrías hecho igual), no vivo pensando que el día menos pensado te puede alcanzar una bala, a pesar del **Detente, bala** *que la abuela te cosió en la guerrera. Pero yo no voy a ser menos que las miles de madres navarras que están en mi misma situación y tienen los hijos en el frente. Aquí en Pamplona la prensa publica la lista de bajas. La repaso con el corazón en un puño.*

Espero que algún día te den permiso y puedas venir a Pamplona. Me muero de ganas de verte y darte un abrazo muy fuerte. Aunque esto suena un poco cursi, te diré que eres lo único que me queda en la vida. Diariamente rezo a Dios para que no te ocurra nada. Cuídate mucho. Reza todas las noches antes de acostarte. Yo, todos los días, te encomiendo a Dios en mis oraciones. Un abrazo muy fuerte de tu madre que te quiere.

Cecilia

Javier se enjugó una lágrima con el puño de la guerrera y pensó en su madre y su calvario durante un buen rato. Poco a poco se fue

serenando.

La otra carta era de Maite (como había sospechado). Su tono franco y apasionado lo hizo enrojecer hasta la raíz del pelo al pensar en los censores militares que la habían leído. Le decía, entre otras cosas:

Hemos cuidado de tu madre como si fuera un miembro de nuestra propia familia. ¡Pobrecilla, estaba deshecha! A mí me da mucha pena, y cuando me mira, me imagino que sabe que te quiero tanto como ella. Pero no me importa, no puedo hacer nada por evitarlo. Mis padres lo saben porque yo misma se lo he dicho. Pero no les he dado más detalles que sólo sabemos tú y yo, y me pregunto cuándo volveré a abrazarte (espero que pronto).

Lamento mucho que la conferencia se cortara y no pudiera decirte lo mucho que te quería y me acordaba de ti. Yo estaba junto al teléfono y me enteré de todo lo que decía tío Sinibaldo. Mis padres no pudieron impedirlo. Lo de Blanca me dejó helada. Es horroroso. No me la puedo quitar de la cabeza. Pero no pierdas la esperanza: seguro que Blanca consiguió escapar y está viva y esperando que tú la vayas a buscar. Confía en Dios, Javier, Él no puede abandonarla. También he sentido mucho las muertes tan terribles de tu padre y de tu abuelo. Yo los quería mucho a los dos, por lo buenos que eran conmigo y lo cómoda que me hacían sentir.

Cuando tu madre se repuso lo suficiente, la acompañamos a Pamplona y allí conocí a tus abuelos, que fueron muy amables con nosotros y se deshicieron en atenciones. Si por Navidad te dan permiso y vas a Pamplona, les escribiré para que me inviten a pasarla contigo. Cuando me contestes, no te olvides de mandarme una fotografía tuya. La pondré en la mesilla de noche y todas las noches me dormiré mirándola. Yo te incluyo la que me sacaste este verano pasado. ¿Te gusto?

Javier pegó un respingo. Un poco más y se pega un coscorrón contra las tablas de la litera superior. ¿Qué si le gustaba? Pensó en el riesgo que había corrido la foto con Maite encaramada en un tritón de piedra del estanque de La Fontana, irradiando sensualidad por todos los poros de su cuerpo moldeado por el bañador; lo raro era que los censores no se la hubieran quedado para clavarla con una chincheta en la pared de su oficina. Lo mismo que había hecho tío Josemari con la foto de Hedy Lamarr. Pero era evidente que, después de leer la carta, se habrían compadecido de él y se habrían dicho: *Pobre chico, dejémoslo*

que disfrute de estas vistas tan estimulantes y no lo privemos de este consuelo. **Javier continuó leyendo:**

Aquí en París todo el mundo y la prensa comentan y discuten vuestra guerra. Interesa casi tanto como el estúpido romance ese del príncipe de Gales con esa señora americana divorciada, miss Simpson, o como se llame. Los Croix de Feu y los Camelots du Roi hablan de pasar a España y alistarse en el Requeté. Y los comunistas, en las Brigadas Internacionales (me parece que se dice así), que han abierto una oficina de reclutamiento en la rue Lafayette. Papá teme que una guerra parecida a la vuestra pueda estallar en Francia el día menos pensado. Mamá está muy inquieta. A propósito de la vuestra, te copio un verso muy bonito que ha escrito Paul Claudel:

En cette heure de ton crucifiement, sainte Espagne,
en ce jour, soeur Espagne, qui est ton jour,
les yeux pleins d'enthousiasme et de larmes,
je t'envoie mon admiration et mon amour.

¿Verdad que es emocionante? A mí también se me llenaron los ojos de lágrimas cuando lo leí.

Este otoño hace muy mal tiempo. Se pasa el día lloviendo y estoy muy triste. He vuelto al colegio. Suerte que es el último año. Me pregunto qué pensarían las monjas si supieran nuestra aventura nocturna en la buhardilla de «Bell Prat». No me he atrevido a confesarme con el cura del colegio. ¡Qué vergüenza habría pasado! Ni lo pienso hacer. Estoy segura de que no fue un pecado y que Dios lo entenderá.

Escríbeme siempre que puedas a la dirección de arriba. Viviré esperando tus cartas. Cuídate mucho. No te arriesgues inútilmente. Piensa que si te matan, yo me moriría sin remisión.

Todas las noches rezo a Dios para que te guarde de las balas de los rojos. Esta mancha de carmín que ves ahí es un beso muy fuerte que te envío con todo mi amor. Siempre tuya,

Maite

Verdaderamente era una carta muy emocionante y conmovedora. Pero ni una sola palabra sobre su posible embarazo. Dentro de las preocupaciones y las fatigas propias de la guerra, Javier no había dejado de pensar en las posibles consecuencias de su apasionado encuentro nocturno en la buhardilla de «Bell Prat». ¿Cuántos

encuentros similares hacían falta para que una chica se quedara embarazada? ¿Bastaba con uno?

Javier volvió a mirar la foto y devoró a Maite con la vista. Él mismo había besado apasionadamente aquellos labios sonrientes y había acariciado aquellas esbeltas piernas que se le habían rendido incondicionalmente.

Suspiró profundamente y guardó la foto y la carta en el bolsillo superior de la guerrera, muy cerca del corazón. ¡Cuánto la echaba de menos! Su consejo, *no te arriesgues inútilmente,* lo había hecho sonreír entre dientes. ¿Qué se imaginaban las chicas que era la guerra?

Tres días más tarde ocurrió la tragedia.

El destacamento que subía a relevarlos fue objeto de un contundente golpe de mano rojo. La carga de granadas y munición que acarreaba la mula *Faraona* saltó por los aires con un tremendo estallido que conmocionó todo el valle y puso el frente en actividad. La guarnición de la cota 450 tuvo que emplearse a fondo para rechazar el asalto de los gudaris que habían trepado sigilosamente por la ladera de la loma, aprovechándose de la confusión y las sombras de la noche. Javier disparó la ametralladora hasta que el cañón se puso al rojo. En un momento, el fortín se llenó de humo, gritos y voces de mando. Cuando acabó el fuego, catorce cadáveres de gudaris aparecieron enganchados en las púas de las alambradas, y durante varios días infectaron la casamata con su pestilencia mortal.

De resultas del fulminante estallido, Josetxu, que llevaba a la *Faraona* del ronzal, resultó literalmente despedazado. Lo mismo que Pedro Larraínzar, que lo seguía con la otra mula. Dos requetés más murieron. Uno de ellos, Abelardo Larratea, natural de Mendigorria, dejaba viuda y dos hijos pequeños. Tres más resultaron heridos de cierta gravedad. El alférez Freire, que iba al frente de la patrulla, salió del lance con un simple rasguño de metralla en la mejilla. Y el cabo Mendiola, que iba a retaguardia, con una herida en el brazo que le valió una breve estancia en el hospital militar de San Sebastián y quince días de convalecencia en su casa de San Martín de Unx.

Una vez contenido el ataque rojo y restablecida la calma, se procedió a atender a los heridos y recoger a los muertos. Los restos sanguinolentos de los requetés y las dos mulas estaban esparcidos y

mezclados confusamente en un radio de diez metros, prendidos en las secas ramas de los robles que jalonaban el sendero. Separar los restos humanos de los animales y guardarlos en ataúdes de madera de pino les llevó su tiempo. Y sin ninguna garantía de que algún pedazo de la mula *Faraona* acompañara a los de los infortunados requetés en su viaje al Más Allá.

Al día siguiente les dieron tierra en el cementerio del pueblo. El padre Amurrio rezó un responso por su eterno descanso, mientras el capitán Olavide no le quitaba los ojos de encima, sospechando una traición.

-*Requiescant in pace* -terminó el padre Amurrio el servicio fúnebre, bendiciendo los ataúdes depositados junto a las zanjas abiertas en la tierra negra y húmeda del camposanto.

–Amén -contestaron el capitán Olavide y el resto de los requetés francos de servicio que asistían al entierro.

Sus sospechas no carecían de fundamento. Sólo que iban desencaminadas. Montó un discreto servicio de vigilancia, y una semana más tarde, el sargento Martínez sorprendió a la maestra del pueblo en el aserradero haciendo señales con una linterna a los rojos del otro lado del río. La pillaron in fraganti, con la linterna y una libreta con el código morse de señales en las manos, sin darle tiempo a deshacerse de ellas.

El descubrimiento causó una profunda indignación entre los requetés, que inmediatamente relacionaron la aniquilación de la columna de aprovisionamiento con el romance que la maestra mantenía con el teniente Hurtado.

El capitán Olavide no tardó ni veinticuatro horas en someter a Begoña a un juicio sumarísimo que tuvo lugar en la sala de sesiones del ayuntamiento del pueblo. La maestra, muy pálida pero resuelta, acabó confesando que, efectivamente, estaba transmitiendo a sus partidarios del otro lado del río la fecha y la hora de la partida de la columna de aprovisionamiento.

–¿Como la vez anterior, no es así? – inquirió severamente el capitán, convertido en juez y fiscal.

–Sí -admitió Begoña con voz temblorosa, que traicionaba su talante resuelto, y la barbilla alzada retadoramente.

El capitán Olavide dejó pasar unos segundos antes de preguntar:

–¿Cómo se enteró de la fecha de la partida?

–Me la dijo el teniente Hurtado -contestó la maestra, evitando mirar al teniente Hurtado, que se sentaba en la primera fila de testigos.

–¿Era su amante?

–Si quiere llamarlo así.

–¿Admite los cargos que se le imputan?

–Me parece que no tengo escapatoria.

El teniente Hurtado, tan pálido y descompuesto como la acusada, confirmó sus declaraciones.

–Sí, supongo que se lo comentaría en algún momento, no me acuerdo, pero no tenía la menor idea de…

–¿Conocía la identidad de la acusada? ¿Su manera de pensar? ¿Sus simpatías?

–Estaba convencido de que era partidaria nuestra, una buena española… había enseñado el *Oriamendi* a los niños.

–¿Le informó de algo más?

–De nada más, mi capitán, mis relaciones con ella eran puramente personales, usted ya me entiende. No irá usted a creer que la acusada y yo…

–Cállese y limítese a responder cuando se le pregunte -le reprendió ásperamente el capitán Olavide-. Ya ha hablado demasiado. Considérese arrestado desde este mismo momento. Mañana mismo daré parte al comandante del batallón. Y podrá considerarse afortunado si se libra de un consejo de guerra.

El teniente Hurtado se sentó retorciéndose las manos.

Tras una brevísima deliberación, el tribunal encontró a la maestra culpable de delito de espionaje, seguido de atentado con víctimas, y la condenó a morir fusilada a la madrugada siguiente, de acuerdo con la expeditiva normativa del Código de Justicia Militar en tiempos de guerra.

El capitán dio por concluido el juicio y dos requetés condujeron a la condenada, con las manos atadas a la espalda, a un establo de las afueras del pueblo, donde pasaría la noche a la espera de la ejecución.

El capitán Olavide pidió seis voluntarios para formar el piquete. Se presentaron Antonio Larraínzar, Javier y cuatro requetés más.

A Javier le había dolido en el alma la muerte de Josetxu Larramendi; una muerte estúpida y miserable: no frente al enemigo, sino a manos de una mujer. Una insignificante maestra de pueblo. La maestra era más asesina que los mismos gudaris que aniquilaron la patrulla de aprovisionamiento y acabaron con la vida de su amigo. No le merecía ninguna compasión. Los rojos tampoco la habían tenido con su padre, ni con su hermano, ni con su hermana, ni con su abuelo, se dijo para convencerse de que actuaba rectamente. Ya era hora de que empezaran a pagar todo el mal que le habían hecho, a él y a su madre. Aunque fuera disparando a una mujer a sangre fría.

Los seis voluntarios pasaron la noche junto al establo. De vez en cuando escuchaban los gemidos y los sollozos de la condenada que se filtraban a través de las tablas mal ajustadas de la puerta.

–¿No sientes compasión de ella? – preguntó Javier a Antonio Larraínzar.

–¿Compasión? – saltó, rencoroso, el mozo-. ¿La tuvo ella de mi hermano? ¡Así reviente la maldita! ¡Pienso meterle un tiro entre ceja y ceja que la mandará al infierno de cabeza! ¡La muy zorra!

Poco a poco, los sollozos de la maestra se fueron apaciguando y pidió agua.

Javier se levantó y le pasó una cantimplora a través de las tablas. La cara de la joven era una mancha blanquecina en la oscuridad. Se había echado una manta sobre los hombros. Al reparar en su aspecto desvalido, a Javier se le hacía muy difícil asociarla con la autoría del atentado y la muerte de su amigo. Pero no tenía vuelta de hoja. Ella misma lo había admitido y confesado.

Begoña bebió unos sorbos y le devolvió la cantimplora.

–Gracias.

Envueltos en sus pardos capotes, los requetés fumaban en torno a la fogata que habían encendido para protegerse del relente frío que bajaba de los montes vecinos.

El padre Amurrio se presentó de madrugada a escuchar la confesión de la condenada y administrarle la comunión, que Begoña recibió de rodillas sobre el estiércol del establo.

Los gallos del pueblo cantaron inquietos. Grupos de vecinos se habían ido acercando furtivamente al establo. Los requetés los oían

cuchichear y removerse en la claridad grisácea del nuevo día.

La estrella matutina resplandecía en un cielo sereno.

Un murmullo de horror y compasión se elevó del grupo de vecinos cuando Begoña salió del establo flanqueada por Javier y Antonio Larraínzar con los fusiles terciados. Parecía una niña entre los dos fornidos mocetones. La seguía el resto del piquete y el padre Amurrio leyendo el breviario con la estola colgada al cuello.

Echaron a andar, prado arriba, en dirección al cementerio. Al frente del cortejo marchaba el alférez Freire, con correaje y pistola al cinto.

Begoña se esforzaba en caminar con la cabeza erguida y aire resuelto, pero las piernas le fallaban y sus pies tropezaban en los hierbajos y las ortigas del camino. Cuando Javier la quiso ayudar a franquear un charco, la joven se desasió de su mano con brusquedad.

–¡Déjame! – dijo con voz llorosa-. ¡No me toques!

A cierta distancia seguían los vecinos.

El sol ya había asomado por detrás de las empinadas lomas del valle de Leiza y hacía brillar las gotas de rocío prendidas en la hierba. Jirones de niebla se deshilachaban perezosamente entre los oscuros pinares y los maizales marchitos.

Llegaron al cementerio y el alférez Freire colocó a Begoña contra la tapia. La cruz blanca del esparadrapo se le marcaba en la mejilla donde le había alcanzado la esquirla de metralla.

–¿Quiere que le vende los ojos? – preguntó fríamente.

–No, gracias -contestó la maestra con voz trémula.

–¡Matadme a mí! – gritó entonces el padre Amurrio, arrojándose de rodillas delante del joven alférez-. ¡Soy viejo y no me importa morir!

–¡No diga tonterías, padre! – contestó el alférez apartándolo con rudeza.

–¡Dele ese gusto, mi alférez! – salió una voz del grupo de requetés que habían acudido a presenciar la ejecución-. ¡Una ración de plomo no le vendría mal a ese rojo emboscado!

–¡Silencio! – ordenó severamente el alférez Freire dirigiéndose a los requetés. Y luego al padre Amurrio-: Esto no es ningún juego, padre. La condenada ha sido juzgada legalmente y ha sido hallada culpable. Ella misma lo ha reconocido.

–¡Pero es tan joven!

–¿Y eso qué importa? – se impacientó el alférez-. ¡También lo eran los requetés que mató, y Abelardo Larratea era padre de dos niños pequeños!

–¡Pero ella no los mató!

–Como si lo hubiera hecho… y un poco más y también me mata a mí. ¡Apártese, padre! ¡Pelotón! – ordenó el alférez, desentendiéndose del padre Amurrio, que aún seguía arrodillado a sus pies-. ¡Carguen! ¡Armas!

El piquete aprestó sus fusiles. Estaban a menos de diez metros de la condenada, que se había hecho un ovillo, pegada a la tapia, para no derrumbarse.

El padre Amurrio levantó el crucifijo y trazó la señal de la cruz en el aire claro y perfumado de la mañana.

–¡Apunten! – mandó el alférez Freire.

Javier se llevó el máuser a la cara y miró el rostro descompuesto de la maestra, iluminado por los débiles rayos del sol naciente tamizados por la neblina. Así debió de sentirse mi padre frente al pelotón de ejecución, pensó, tratando de engañarse a sí mismo. Sus ojos y los de la condenada se encontraron por encima del pavonado cañón del fusil. El pánico y la angustia que afloraban en aquellas pupilas despavoridas pudieron más que su odio y su rencor y, de una forma imperceptible, desvió el punto de mira de la pálida frente femenina.

–¡Fuego! – mandó el alférez Freire.

Restalló la descarga. Javier pudo ver cómo los ojos de la maestra se apretaban heridos por el rayo, y la nubécula de cal que la bala de su fusil había levantado en la tapia, a escasos milímetros de la cabeza de la joven.

–¡Cobardes! – gritó la panadera.

El piquete descansó armas y los vecinos se dispersaron corriendo en todas direcciones.

Javier, un puñado de requetés y un par de vecinos ayudaron a cavar la fosa donde enterraron a la maestra; junto a las de sus víctimas, Josetxu Larramendi, Pedro Larraínzar y Abelardo Larratea. A Javier le pareció una forma de reparar el daño que había estado a punto de cometer. Con dos tablas construyó una tosca cruz, y con un clavo al

rojo, gravó la inscripción *Begoña Aguirreurreta, 1908-1936 RIP,* y la hincó en la cabecera del túmulo de tierra aplanada con las palas. En la de Josetxu escribió: *Josetxu Larramendi, 1915-1936, amigo fiel y requeté ejemplar.*

Aquella misma mañana, el teniente Hurtado marchó al puesto de mando del batallón, en Mondragón, con guardia armada, pero sin esposar. Aprovechando un descuido de sus guardianes, que habían entrado en un bar a tomar un café, arrebató el fusil a uno de ellos y se pegó un tiro en la misma puerta del establecimiento. La vida se le había hecho insoportable entre sus compañeros de armas.

De acuerdo con el refranero popular, había nevado por Todos los Santos, y desde las tierras altas de Requesens se divisaba la blanca corona de los Pirineos, resplandecientes bajo su recién estrenado ropaje invernal. Los hilos de plata de las telarañas volaban en el aire de cristal y un silencio transparente se cernía sobre los bosques azules y el oro de los robledales.

Blanca y María araban el campo de la fuente de los Nogales, llevando por turnos las riendas del caballo para hacer la faena más llevadera. Las últimas lluvias habían dejado la tierra en óptimas condiciones para la labranza.

Ahora le tocaba a Blanca empuñar la pulida esteva, mientras María llevaba el caballo de la brida. Sus pies, calzados con alpargatas, se hundían y tropezaban en los gruesos terrones levantados por la reja, que empujaba contra el suelo con todas sus fuerzas, sintiendo en sus brazos los tironazos del caballo y la resistencia de las raíces al ser partidas por el filo de la aguzada hoja de acero. La labor la absorbía, y todo su interés se cifraba en trazar un surco profundo y lo más recto y paralelo posible, tomando como referencia un pino solitario situado en la linde del campo. Le causaba cierta satisfacción comprobar su buena alineación.

A punto de llegar al extremo del campo, previno a María:

–El siguiente turno te toca a ti.

–Cualquiera diría que hago trampas.

–Sólo te lo he recordado.

–Blanca, no sé qué mosca te ha picado, pero últimamente te has vuelto muy antipática y quisquillosa.

Las dos muchachas estaban solas. A raíz de la fuga de Requesens, el Paparro se había escondido en la cueva del Carlista, con su escopeta, una manta y el *Pistón* como única compañía. Tres de los segadores alcanzados por su escopetazo lo habían reconocido y denunciado al Comité de Milicias Antifascistas de Manlleu. Una patrulla había subido a «La Encina» a registrar la casa y prenderlo. Pero ante las ruidosas protestas de inocencia e ignorancia de la Carmeta, se habían vuelto por donde habían venido con las manos vacías. Últimamente parecían haberse olvidado de su existencia. Al fin y al cabo, «La Encina» estaba en el fin del mundo, o poco menos.

Blanca, María y el Josep, por turnos, le llevaban la comida a lomos del burro. El Paparro recelaba como un lobo, y sólo de tarde en tarde se atrevía a dormir y comer en la casa. Se presentaba sucio y barbudo, oliendo al humo de la fogata. De madrugada, cogía algo de comida, vino y tabaco y volvía a desaparecer en las breñas del monte, tradicional refugio de bandoleros desde los lejanos tiempos de Juan de Serrallonga y el Fadrí de Sau.

En su ausencia, su familia y Blanca habían tenido que espabilarse y arrimar el hombro para sacar la hacienda adelante. Su vida dependía de lo que pudieran sembrar, cultivar y cosechar. La tierra no entiende de política ni admite espera, y lo que no se siembra en otoño no se recoge en primavera y verano, un hecho incuestionable que está por encima de las vicisitudes humanas, por dolorosas que sean.

Cuando podía, el Paparro iba a echarles una mano a las mujeres en las faenas de la siembra, teniendo buen cuidado de apostar a una de las dos muchachas en lo alto de una loma para avisar con un silbido de la llegada de intrusos.

Infinidad de veces le había contado a Blanca cómo había tenido que abrirse paso a tiros entre los segadores, y cómo tuvo que apoyar su escopeta en las costillas de su hermano cuando éste se empeñó en ir a buscarla a La Fontana.

–Y no te creas tú, que a mí también me costó abandonaros, te lo juro, a tu abuelo y a ti. Pero si bajamos a buscaros, nos matan a todos, a tu madre, a tus hermanos y a mí, tenlo por seguro. Entre dos males tuvimos que elegir el menos malo, y perdona que lo exprese así, pero ésta es la pura verdad. Tu hermano estaba desesperado y se acusaba de

cobardía, y no hubo manera de convencerlo de lo contrario. Supongo que ahora seguirá convencido de lo mismo, lo conozco bien, es más terco que una mula aragonesa.

–¿Crees que consiguieron pasar a Francia?

–No te quepa la menor duda. Tu hermano es capaz de esto y de mucho más. Recuerda que yo he sido su maestro. Sí -terminó el Paparro-. Ahora estarán en Palau de Cerdaña, sanos y salvos, en casa de los *misíus.*

Blanca se lamentó una vez más. Si hubiera hecho caso de la advertencia de su abuelo cuando entró en el pabellón y no hubiera gritado como una tonta, el abuelo habría matado al Sisco, de la misma manera que había matado al Anselmo, y luego habrían ido a reunirse con su madre, sus hermanos y el Paparro. Estaba aturdida, muerta de miedo. El grito de alivio que le subió a la boca, al verlo aparecer bajo el dintel de la puerta, le había salido del alma, incontenible. Tampoco pudo hacer nada para prevenirlo de la amenaza del Sisco, situado a sus espaldas. Aún le parecía oír el estampido del escopetazo del segador y ver volar los sesos de su abuelo por el aire.

Cuando las cosas se calmaron un tanto, y decreció la furia revolucionaria de los primeros días, el payés, a instancias suyas, bajó a Vic para tratar de averiguar lo que había sido de su padre. Nadie reparó en él, ni lo reconoció ningún policía. Los gobiernos de la República y la Generalidad tenían otros problemas más perentorios de los que ocuparse, como para entretenerse en buscar prófugos de la justicia. El primero era contener a los rebeldes en los frentes de batalla. Y el segundo, poner coto a los desmanes de los anarquistas de la FAI y la CNT. Un somatén amigo suyo le proporcionó toda la información que deseaba: el comandante De Montcada y otros conjurados habían sido ejecutados en los fosos del castillo de Montjuich a mediados de agosto. También le contó cómo los libertarios habían prendido fuego a la catedral y el Círculo Tradicionalista y habían asesinado a un considerable número de curas y monjas y a los terratenientes que no habían logrado ponerse a salvo.

Cuando, de vuelta en «La Encina», informó a Blanca del triste resultado de sus pesquisas, la joven lloró amargamente, sintiéndose más sola y desamparada que nunca. ¡Pobre papá! Blanca lo adoraba.

Era su héroe, su confidente y su mejor amigo. Su padre le había enseñado a querer a los animales y a montar a caballo. De niña le contaba cuentos sentada en sus rodillas, y cuando el sueño la rendía, la llevaba en brazos a la cama, donde se dormía con una mano entre las suyas. Algunas veces, en sueños, aún le parecía oler el aroma de su jabón de afeitado.

A trancas y barrancas, Blanca había superado el trauma atroz de su violación. Pero el recuerdo de aquellos minutos infernales lo tenía grabado a sangre y fuego en su cerebro. Sufría frecuentes pesadillas, y en plena noche prorrumpía en repentinos alaridos que hacían saltar a María de la cama y meterle una cuchara en la boca para evitar que se mordiera la lengua.

Pero la vida la forzaba a seguir adelante. La vida no se detiene por un crimen o una violación. Ni por mil. El instinto de conservación se acaba imponiendo y empuja al ser humano a avanzar ciegamente hacia un destino desconocido.

Superada la desesperación y el abatimiento de los primeros momentos, Blanca había apretado los puños y se había enfrentado a la nueva situación con decisión y energía. Ella también era terca. Se hubiera sentido indigna del apellido que llevaba de no haberlo hecho. En seguida se hizo cargo de la difícil tesitura en que había puesto a sus amigos, y se esforzó valientemente en ayudarles con todas sus fuerzas. Era lo menos que podía hacer por el Paparro y la Carmeta. ¿Dónde estaría a esas alturas si no fuera por ellos?

Sin embargo, adaptarse a la aspereza de la vida campesina había resultado ser un largo y duro calvario. La otrora refinada jovencita, que vestía trajes del Dique Flotante y ropa interior y medias de seda, que calzaba zapatos de tacón, que asistía a fiestas de sociedad, que se desvestía de cualquier manera, que no se agachaba ni para coger un alfiler, que dormía entre sábanas de hilo, que jamás se hacía la cama, que se sentaba a una mesa puesta con manteles blancos y cubertería de plata y esperaba a que la sirviera una camarera con cofia y delantal, se había transformado en una tosca moza campesina que calzaba alpargatas de esparto, vestía una burda falda de estameña y un suéter de lana gastado por los codos, que se levantaba con el alba, comía un pobre puchero y acarreaba carretillas de estiércol apestoso. Tenía las

palmas de las manos ásperas y rojizas, como las de una lavandera. Y las uñas partidas. Cuando contemplaba tristemente sus antaño finos dedos, deformados ahora por las duras faenas del campo, pensaba que nunca más podría volver a interpretar conciertos de Mozart al piano. ¡Qué lejos quedaban las veladas musicales de Requesens! El sol y el viento le habían curtido las mejillas. Había tenido que aprender a ordeñar vacas, desenterrar patatas, cargar haces de heno, partir leña, encender el fuego, poner la pesada collera al caballo, uncirlo al carro, dar de comer a los patos, hacerse la cama, lavar la ropa en agua helada, desplumar gallinas, limpiar pocilgas, despellejar conejos y mil faenas más de las que no tenía ni la más remota idea de su existencia. En contrapartida, el trabajo la absorbía y le permitía olvidarse, siquiera momentáneamente, de su desgracia. La dura lucha por la supervivencia actuaba como un enérgico analgésico que desplazaba su dolor y su amargura a un segundo plano.

María la ayudó a superar el mal trago, y desde el primer momento se manifestó dispuesta a hacer por ella las faenas más penosas y desagradables. Pero Blanca se negó en redondo. Ni siquiera permitió que la ayudara a limpiar las pocilgas de los cerdos, que era lo que más le repugnaba. A Blanca no le asustaban las ratas, ni las serpientes, ni le molestaba el olor a estiércol de caballo. Ni siquiera el de vaca. Pero le ponían mala los cerdos, unos animales sucios y estúpidos.

María la animaba y la consolaba. Era su paño de lágrimas. Por la noche, recogidas las dos muchachas en su cuarto, charlaba largamente con ella, le confiaba sus cuitas, y muchas veces acababa llorando en sus brazos.

Para agradecerle su apoyo y sus desvelos, Blanca le había organizado un programa de clases de literatura española, matemáticas, historia y gramática castellana, al que la Carmeta se había adherido espontáneamente. La conmovedora expresión de las caras de ambas mujeres, el interés que ponían en aprender, el hambre de conocimientos, el ansia de salir del pozo embrutecedor de la ignorancia que reflejaban sus ojos habían pagado a Blanca con creces el esfuerzo que se tomaba, que no era tanto, y al mismo tiempo le servía de olvido y distracción.

El Josep no se había mostrado tan entusiasmado con el improvisado cursillo académico. Pero no se perdía detalle cuando Blanca, para distraer las interminables veladas otoñales, les leía las aventuras de Robinsón a la vera del fuego. El Paparro se había sentido identificado al instante con el inmortal héroe de Daniel Defoe, y de vez en cuando prorrumpía en un admirativo *¡Coño de hombre!* que le salía del alma.

Al llegar al final del surco y levantar el pesado arado para darle la vuelta, Blanca experimentó un repentino desfallecimiento y dejó caer la reja al suelo. Palideció y apoyó la cabeza en la grupa del caballo.

María soltó la brida del animal y corrió rápidamente a su lado.

–¡Blanca! ¿Qué te ocurre? – preguntó, alarmada, poniéndole una mano en el hombro.

–No sé -contestó ella, con los ojos cerrados-. Me ha dado como un mareo muy fuerte… pero creo que se me está pasando… pensarás que soy una tonta…

–Nada de eso, anda, échate aquí y descansa un poco.

María la hizo sentarse en la hierba y beber un poco de agua de la fuente.

–Si estuviera padre, podrías echar un trago de vino -se lamentó María-, pero nosotras no tenemos bota.

–Ya me encuentro mejor -dijo Blanca al cabo de unos minutos.

Pero todavía estaba algo pálida.

María la obligó a descansar un buen rato. Poco a poco, Blanca se recuperó, y el color volvió a sus mejillas.

Pero María decidió dar por terminada la sesión de labranza, y volvieron a la masía montadas a mujeriegas a la grupa del caballo. El Josep estaba haciendo leña menuda con el hacha en la era. Las dos muchachas descabalgaron y entraron en la cocina.

–¿Ya habéis terminado? – preguntó la Carmeta, un tanto sorprendida, volviéndose hacia ellas con una cuchara de madera en la mano.

Blanca le contó lo ocurrido.

La Carmeta la escuchó atentamente.

–¿Cuándo has tenido la última regla? – le preguntó de sopetón, con franqueza campesina.

–No recuerdo -contestó Blanca, desconcertada-. Hace tiempo, no sé…

–¿Dos meses? ¿Tres?

–Quizá, es posible… ¡No! – gritó Blanca, comprendiendo rápidamente-. ¡No! ¡Esto no ocurrirá nunca! ¡No dejaré que nazca! ¡Antes me mataré!

Y se lanzó fuera, con la mirada extraviada, atropellando a la padrina, que entraba en aquel justo momento.

–¡Virgen Santísima! – exclamó asombrada la payesa, apoyándose en el quicio de la puerta para no caerse-. ¿Adónde va con estas prisas, señorita Blanca?

–¡Apártese, madre! – la Carmeta la empujó con rudeza, saliendo en persecución de Blanca-. ¡María! ¡Josep! ¡Cogedla! ¡No dejéis que escape!

El Josep, tan asombrado como su abuela, dejó el hacha y salió corriendo tras de Blanca. La alcanzó en la orilla del estanque de los patos. Con un ágil salto, se arrojó a su cintura y ambos rodaron por el prado hechos un confuso revoltijo de brazos y piernas. Blanca arañaba la cara del niño y le mordía como una gata rabiosa.

–¡Déjame, estúpido! ¡Esto no es cosa tuya!

María y la Carmeta llegaron en su auxilio y la sujetaron entre los tres. Blanca se debatía, furiosa como una tigresa.

–¡Dejadme! ¡No me lo podréis impedir! ¡Lo mataré! ¡No es mi hijo! ¡Me tiraré escaleras abajo!

Les costó Dios y ayuda reducirla y llevarla a la casa. La acostaron a la fuerza y la Carmeta la ató a la cama. Después la obligó a abrir la boca y le vertió un buen chorro del aguardiente del Paparro que se guardaba para obsequiar a sus amigos. Blanca se agitaba como una posesa sin dejar de gritar y amenazar.

–¡Me suicidaré! ¡No es mi hijo! ¡Es el hijo del diablo! ¡Lo mataré!

La padrina y el Josep la escuchaban aterrados, al otro lado de la puerta.

Los frenéticos esfuerzos por soltarse de sus ligaduras, mezclados con el fuerte aguardiente, acabaron agotando a Blanca, que se sumió en un pesado sopor.

La Carmeta y María la velaron toda la noche mientras la padrina rezaba rosario tras rosario.

De madrugada, Blanca se despertó bañada en sudor. La luz del candil que ardía en la mesilla de noche arrancaba chispazos de locura en el fondo de sus pupilas extraviadas. Cogió por la manga de su camisón a María, que se había inclinado sobre ella con un paño húmedo en la mano.

–Tengo que ir al castillo -siseó con los dientes apretados-. La abuela Elisenda me aguarda en La Fontana. Tenemos una cita. Las dos tenemos que pasar cuentas con el Sisco… ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡El muy estúpido no sabe que ha firmado su sentencia de muerte! Sí, María, sí, no me mires con esos ojos de pánfila que pones, no estoy loca como te imaginas: yo soy la Dama de la Fontana y tengo poderes mágicos.

La Carmeta la reprendió:

–¡Blanca! ¡Cállate, por favor! ¡No sabes lo que dices!

–Sé muy bien lo que digo, Carmeta. Llamaré a Javier, y mi hermano vendrá en seguida. Es muy fácil. Sólo tengo que concentrarme y pensar en él, fijo, fijo, fijo… y Javier viene. Es un truco que he hecho otras veces. Nunca falla. Mi hermano vendrá en mi ayuda y me daré el gustazo de ver cómo mata al Sisco ante mis propios ojos, como a un perro rabioso.

–¡Calla! ¡No digas más disparates!

–En seguida, Carmeta, pero antes tienes que hacerme un favor: avísame cuando sea luna llena.

María le pasaba el pañuelo húmedo por la frente.

–Anda, Blanca, tranquilízate y duerme un poco.

A la mañana siguiente se despertó extrañamente sosegada y pidió a la Carmeta que le desatara las piernas.

–Me portaré muy bien -prometió.

La payesa la miró con desconfianza.

–¿De veras?

–Sí, te lo prometo. Y además tengo que ir al baño a hacer pipí. Supongo que no te gustará que me lo haga en la cama, ya soy mayorcita, ¿no te parece?

La Carmeta desató las correas y Blanca posó sus pies desnudos en las baldosas de barro del suelo.

–¡Brrr! ¡Qué fría está el agua esta mañana! – exclamó estremeciéndose.

La Carmeta frunció el ceño. No sabía qué pensar de todo aquello, y antes de que salieran al campo de los Nogales, previno a su hija:

–No le quites el ojo de encima. No me fío un pelo. Temo que cometa alguna locura.

Las contempló largo rato cómo se alejaban, camino adelante, montadas en la grupa del caballo.

–¡Qué desgracia! – suspiró entrando en la casa-. ¡Como si no hubieran ocurrido bastantes, ahora resulta que tenemos un bastardo en camino! ¡Si por lo menos estuviera aquí mi marido!

Pero sus temores resultaron injustificados.

María no le quitó el ojo de encima a Blanca. Pero su comportamiento fue normal, y volvió a trazar surcos muy paralelos. Parecía haberse olvidado de sus desvaríos de la noche pasada.

Aquella misma mañana terminaron de labrar el campo. Ahora sólo faltaba esparcir la semilla y esperar al verano para recoger el fruto de la siembra.

A Javier, los remordimientos no le dejaban dormir.

Los ojos despavoridos de la joven maestra se le aparecían en sueños, acusadores, tristes y doloridos. Había estado a punto de matar a una mujer, culpable o no. Pero mujer al fin y al cabo. ¿Era la condición femenina una eximente de culpabilidad? El Código Penal no decía nada al respecto. Y el de Justicia Militar, menos. El tribunal que había juzgado a su padre no había tenido tantos miramientos para condenarlo a muerte. Ellos se habían limitado a dar a probar a Begoña la misma medicina. Pero…

Aprovechando un hueco en el servicio, fue a buscar al padre Amurrio. Lo encontró jugando una partida de pelota en el frontón de la iglesia, contra un par de maduros aldeanos, sudoroso, con la sotana enrollada a la cintura. Los chasquidos de la pelota resonaban como disparos al golpear contra el alto muro de piedra.

–Padre, cuando tenga un momento libre, quisiera confesarme.

–¿Me dejas terminar la partida?

–No faltaría más.

Javier se sentó en el murete y esperó.

Acabada la partida, los aldeanos se despidieron del padre Amurrio, congestionados por el esfuerzo. Al pasar junto a Javier, le dirigieron una significativa mirada. El padre Amurrio se bajó la sotana y le indicó el camino de la sacristía bajo el porche.

–Entra.

La pieza estaba impregnada del olor a cera e incienso. La presidía un crucifijo. Había una mesa de madera de pino junto a la pared, cuatro sillas de enea, una gran cómoda para guardar los ropajes litúrgicos y un reclinatorio.

El padre Amurrio sacó una estola, se la puso al cuello, se sentó en una silla e invitó a Javier a arrodillarse a sus pies en el reclinatorio.

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida.

–¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?

–Dos meses, más o menos. Pero no es que me confesara. El páter nos dio la absolución a todos.

–¿Y cuándo fue esto?

–Cuando el asalto a Oyarzun.

–Comprendo. ¿Y de qué te acusas?

–De haberme presentado voluntario para fusilar a Begoña.

–¿Acaso no era tu enemiga?

–Todo lo que usted quiera, pero me avergüenzo de haberme presentado voluntario para fusilarla.

–Desgraciadamente, estamos en guerra, y se supone que un soldado tiene que obedecer a sus superiores y cumplir con sus obligaciones militares.

–El caso es que no cumplí con mis obligaciones militares, padre, porque, en el último instante, desvié la puntería y no acerté a Begoña en la cabeza, como había sido mi primer impulso. Si un día sube al cementerio, en la tapia podrá descubrir el desconchado que hizo mi bala. Es posible que la encuentre en el suelo si se toma la molestia de hurgar entre las ortigas.

–En ese caso no has cometido el pecado de que te acusas.

–Ya lo sé. Pero quería contárselo a alguien que no fueran mis compañeros de armas. Ni al capitán Olavide. Igual pensaban que era un mal patriota, o qué sé yo. – Hizo una pausa y añadió con firmeza-:

Sí, quiero acusarme de haberme presentado voluntario a fusilar a una mujer indefensa.

El padre Amurrio reflexionó unos segundos. Luego le preguntó:

–¿Y qué te impulsó a apuntarte al piquete?

–El odio que siento por mis enemigos. Un odio que no me deja dormir. Y no crea que hablo a humo de pajas, padre. Tengo motivos más que sobrados para odiarlos a muerte.

–Cuéntamelo todo. Pero siéntate si quieres, si eso te hace sentir más cómodo.

Javier se acomodó en una silla, se dio a conocer, lo puso en antecedentes y le habló del asesinato de su hermano a manos de los carabineros, del de su abuelo, de la presunta (por no decir segura) violación de su hermana y del fusilamiento de su padre en los fosos del castillo de Montjuich.

El padre Amurrio lo escuchó con semblante apesadumbrado, la cabeza inclinada y la mano derecha apoyada en la frente.

–Y si ésos no le parecen motivos suficientes para odiar a los rojos -concluyó Javier, sombrío-, que baje Dios y lo vea.

–Un respeto, chico -le reprendió severamente el padre Amurrio-. Recuerda que estás en Su Casa.

–Lo que usted diga. Pero ¿comprende ahora por qué me presenté voluntario para fusilar a aquella roja?

–Hasta cierto punto. Tú podrás tener muchos y lamentables motivos, pero el quinto mandamiento de nuestra religión prohíbe taxativamente quitar la vida al prójimo: *No matarás,* recuérdalo.

–En esta guerra no lo cumple nadie, ni nosotros ni los rojos.

El padre Amurrio levantó la vista y se lo quedó mirando de hito en hito.

–Paradójicamente, tú lo has cumplido. ¿Te das cuenta? ¿Por qué no disparaste a Begoña? Ella también era tu enemiga, la causante indirecta de la muerte de tus amigos.

Javier abrió los brazos con un ademán de desaliento.

–No lo sé, padre, no lo sé. Estoy hecho un lío. Confuso. Cuando la vi hecha un guiñapo tembloroso, apoyada contra la tapia, me dio una lástima inmensa. Si hubiera sido un hombre, habría sido muy diferente. No lo habría dudado ni un instante y le habría metido una bala entre

ceja y ceja, sin pensarlo dos veces. Y me habría quedado tan ancho. No sería el primer hombre al que he despachado al otro mundo. He matado a más de uno. Tengo las manos manchadas de sangre, ¿sabe, padre? – Hizo una pausa y prosiguió-: Pero no me arrepiento de haberlos matado, no me arrepiento de nada. Odio a los rojos. Lo mismo que ellos me odian a mí… como esos aldeanos que jugaban a la pelota con usted. He visto la mirada que me dirigían al despedirse. Pero no me importa. Ni me importa que sepan que yo no disparé a la maestra. Usted tampoco se lo puede decir.

El padre Amurrio esbozó una sonrisa.

–¿También me odias a mí?

Javier movió la cabeza con un gesto de duda.

–No.

–¿Acaso no soy tu enemigo?

Javier se apartó un poco y miró al padre Amurrio como si calibrara su potencial peligrosidad.

–No, no creo -concluyó finalmente.

–Pues no sabes bien el peso que me quitas de encima.

–Me alegro.

–Pero el caso es que no puedo darte la absolución si no te arrepientes y perdonas a tus enemigos.

–Contaba con su negativa, padre.

–Entonces, ¿puedo preguntarte por qué has venido a confesarte?

–Ya se lo he dicho, padre, porque tenía ganas de comentarlo con alguien, de desahogarme.

–Y yo te repito que debes perdonar a tus enemigos. Reconozco que es muy difícil, pero tienes que hacer un esfuerzo, para que pueda darte la absolución.

–Igual me pedía la luna. A veces me he preguntado si mi madre, con lo piadosa que es, ha perdonado a los asesinos de mi hermano pequeño, y a los que fusilaron a su marido… que es mi padre.

–Son palabras de Jesucristo y yo no las puedo cambiar.

Javier hizo un gesto de impotencia con las manos.

–Pues no sé qué decirle, padre.

–Hagamos una cosa -le propuso el padre Amurrio-. Por unos pocos segundos, te arrepientes y yo aprovecho para darte la absolución… y

luego ya será un asunto personal entre tú y Dios. ¿Qué te parece?

Javier se encogió de hombros.

–De acuerdo. Pero dese prisa, porque no aguantaré mucho tiempo.

–Arrodíllate.

Javier se arrodilló, el padre Amurrio le trazó la señal de la cruz sobre la frente y recitó rápidamente:

***-Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti…* y en penitencia rezarás un avemaría a la Virgen de Leizaberri -sus ojillos azules se estrecharon maliciosamente- y jugarás una partida de pelota conmigo a la primera ocasión que se te presente… con la condición de que me dejes ganar.**

El 13 de noviembre de 1936, Durruti y el Segador, ambos de pie en los estribos del atropellado Rolls-Royce de don Alfonso de Montcada, saludaban puño en alto a los miles de enfervorizados madrileños que se agolpaban a lo largo de la Gran Vía para dar la bienvenida a los anarquistas catalanes sacados del frente de Aragón, y a las dos primeras Brigadas Internacionales formadas a toda prisa en la base de Albacete.

La situación de la capital de España era muy crítica; muchos la daban ya por perdida. El ejército rebelde acampaba a sus mismas puertas, a escasos kilómetros de la Puerta del Sol. El modesto Manzanares se había convertido en improvisado foso defensivo. La artillería rebelde disparaba desde los encinares de la Casa de Campo. Sus directores de tiro, instalados en el cerro Garabitas, casi frente por frente del palacio de Oriente, tomaban como referencia inmejorable el rascacielos de Telefónica, que emergía como un poste sobre el mar de tejados y azoteas circundantes. Sus muros presentaban numerosas desconchaduras causadas por la metralla. Trimotores Junkers 52, de la recién formada Legión Cóndor alemana, habían dejado caer rosarios de bombas sobre las posiciones gubernamentales sin preocuparse excesivamente de afinar la puntería. Un bombazo había puesto al descubierto las entrañas del metro en la Puerta del Sol. Como fulminante represalia, los milicianos habían realizado varias sacas en la cárcel Modelo, y habían fusilado a cientos de presos pronacionales en los descampados de Paracuellos de Jarama, un villorrio a las afueras de

la capital. Ojo por ojo y diente por diente, para que se fueran enterando los fascistas.

No obstante, la proximidad del enemigo no había amilanado a los madrileños, que se habían lanzado afanosamente a cavar trincheras en la Ciudad Universitaria y a levantar parapetos en el parque del Oeste, que dominaba la menguada vega del Manzanares. Hasta el momento, con más o menos fortuna, habían logrado contener a los legionarios y regulares del general Varela. Su entusiasmo había suplido su falta de ciencia militar. La Pasionaria había animado a las mujeres a tener preparados calderos de aceite hirviendo para arrojárselo a los primeros moros que se atrevieran a enfilar la calle de la Princesa. También se habían acostumbrado a mirar al cielo y a correr a los refugios cuando sonaban las sirenas de la alarma aérea.

Al llegar a la altura de la Red de San Luis, el Segador deletreó el texto de la gran pancarta colgada de lado a lado de la calle: *¡No pasarán!* Con su ayuda, por supuesto. Cien metros más allá, otra pancarta, suspendida de la fachada del Banco de Bilbao, proclamaba orgullosamente que *Madrid será la tumba del fascismo.* Los titulares del cine Rialto anunciaban, con oportunidad y notable sentido de la historia: *Los marinos de Kronstadt.* Sentido que no se había contagiado a sus vecinos del Capitol, que proyectaban *Morena clara,* el gran éxito de la temporada, interpretada por Imperio Argentina. Un tabernero de la calle Mayor ofrecía *moro frito, a siete reales la ración, con pan y vino.* En varios bares de la Gran Vía (por la que ahora desfilaban orgullosamente las huestes libertarias) habían proliferado las mesas *reservadas para el general Mola,* que había fanfarroneado entrar en Madrid para finales de mes con ayuda de su famosa quinta columna.

Sonrientes muchachas, asomadas a las ventanas del rascacielos de Telefónica, vitoreaban entusiásticamente a los milicianos de la columna Durruti y arrojaban flores y besos a su paso.

–¡Vivan los anarquistas catalanes!

–¡Viva el Segador!

–¡Viva Cataluña!

–¡Gracias por vuestra ayuda!

El Segador sonreía y contestaba al saludo con el puño en alto.

–¡Salud, guapas!

Durruti miraba con mal disimulado rencor a su aguerrido lugarteniente.

Una viva enemistad había estallado entre los dos cabecillas libertarios. Ambos eran lobos de la misma camada, demasiado parecidos y peligrosamente violentos. Se admiraban y se repelían mutuamente, como el agua y el aceite. Pero la creciente popularidad del Segador había acabado despertando la envidia y la animosidad de Durruti. El Segador podía embarullarse leyendo un mapa, o calculando el alza de una pieza de artillería, pero nadie ponía en duda su innato sentido de la estrategia y su conocimiento instintivo del terreno, cualidades que le faltaban a Durruti, experto en la lucha callejera, pero inexperto en campo abierto.

El Segador había llegado a encontrar insoportable su aire de superioridad, su arrogancia y su anárquica manera de llevar la guerra. El Segador estaba cada día más convencido de que, sin autoridad ni disciplina, no se iba a ninguna parte y, menos, a ganar la guerra. En pura teoría, el trasnochado anarquismo que había intentado inculcarle Magín Suñol en Requesens resultaba muy pintoresco y fascinaba a los observadores y a los periodistas extranjeros. Pero en la realidad sólo había servido para que los rebeldes les pararan los pies una y otra vez. Como había ocurrido lamentablemente en Huesca, defendida por un puñado de rebeldes y paisanos armados con escopetas de caza. O en las calcinadas llanuras aragonesas, donde habían perdido lastimosamente el tiempo matando curas, quemando iglesias, violando mujeres de terratenientes y organizando colectividades libertarias. Al Segador no le había escandalizado lo más mínimo que García Oliver y Federica Montseny, ambos anarquistas convencidos, hubieran entrado a formar parte del gobierno, como ministros de justicia y sanidad respectivamente, algo jamás visto en los anales del anarquismo. ¿Que el poder corrompe? ¡Valiente simpleza! Quien detenta el poder tiene la sartén por el mango, y mientras ellos estaban en el limbo bakuniniano de las ideas, los comunistas les iban segando la hierba bajo los pies y apoderándose de los resortes del gobierno. El Segador no podía ocultar la admiración que le inspiraban los férreos métodos comunistas de llevar la guerra y el modo en que habían forjado el aguerrido Quinto

Regimiento, cuya eficacia combativa podía parangonarse con la de la misma Legión de los rebeldes.

Tras los anarquistas, siguieron los voluntarios extranjeros encuadrados en las Brigadas Internacionales XI y XII, numeradas así para no confundirlas con las diez primeras unidades españolas de ese tipo. A pesar de su diversa procedencia, para los españoles, todos los brigadistas eran rusos sin excepción y, como tales, fueron aclamados frenéticamente.

–¡Viva Rusia!

–¡Muera el fascismo!

–¡Vivan los luchadores de la libertad!

–¡Viva la Unión Soviética!

Los brigadistas extranjeros interpretaron aquellos vítores, incomprensibles para ellos, como muestras de simpatía y, en agradecimiento, levantaron el puño y gritaron: *Les soviets partout!*, lo que acabó de confirmar las suposiciones de los madrileños. ¡Eran los rusos soviéticos, que venían en su ayuda! Su paso grave, los buenos uniformes de paño que gastaban, sus grandes boinas y el poderoso armamento que exhibían los fascinaron y les infundieron confianza.

Su presencia en Madrid era la prueba incuestionable de que las interminables sesiones del Consejo de Sociedad de Naciones para debatir e imponer las cláusulas del Tratado de No Intervención no habían servido absolutamente para nada. La Unión Soviética apoyaba abiertamente a la República española con armas y asesores militares (a cambio de las setecientas toneladas de oro de la reserva del Banco de España que cuatro vapores rusos habían transportado al puerto de Odesa, en el mar Negro). Por su parte, Italia y Alemania apoyaban a los rebeldes con igual decisión. El Tercer Reich, con los seis mil hombres y aviones de la Legión Cóndor. El Fascio, con el CTV o Cuerpo de Tropas Voluntarias, que no lo eran tanto. Francia e Inglaterra guardaban una ambigua neutralidad que reflejaba la crispada división de la opinión pública en ambos países y el temor a verse envueltas en una guerra con una pujante Alemania, ávida de desquitarse del *diktat* de Versalles.

Aquella misma tarde, el general Miaja, jefe de la Junta de Defensa de Madrid, convocó, en los sótanos del Ministerio de la Guerra, a

Durruti, al Segador y a los generales Kléber y Lukacs, jefes de las XI y XII Brigadas Internacionales respectivamente, con sus respectivos Estados Mayores, comisarios políticos adjuntos y jefes de batallón francos de servicio, para tratar de asignar un sector a cada unidad. Asistían también el coronel Rojo, su jefe de Estado Mayor y el general ruso Goriev. No había un segundo que perder.

–Caballeros, no les voy a ocultar que la situación de Madrid es muy crítica -empezó el general Miaja, situado frente a un gran plano de Madrid que ocupaba media pared del sótano-. Tenemos al enemigo a las mismas puertas de casa, como quien dice. Ustedes mismos habrán podido comprobar esta mañana los destrozos causados por su artillería en la Gran Vía. En una palabra: estamos a tiro de sus cañones. Ahora mismo nos puede caer un zambombazo encima que nos entierre debajo de este ministerio. – Empuñó un largo puntero y lo deslizó por el plano hasta detenerse encima del puente de los Franceses-. Miren, aquí tenemos el Manzanares… y al otro lado, la Casa de Campo, el antiguo coto de caza de los reyes españoles…

Don José Miaja Menant era asturiano, calvo, grueso y miope. Se lo podría haber tomado por un abad jovial y bonachón, amante de la buena mesa y de los licores que destilaban los monjes a sus órdenes. Era de los pocos generales que no habían apoyado a los rebeldes. Había militado en la UME, la Unión Militar Española de los golpistas, de los que se apartó después de las elecciones del pasado febrero, que dieron el triunfo a la izquierda española. Había hecho la campaña de rigor de Marruecos, con Varela, y sabía de lo que era capaz su camarada bilaureado, el mismo que ahora tenía enfrente en los encinares de la Casa de Campo. También barruntaba que su nombramiento como jefe de la Junta de Defensa de Madrid era un regalo envenenado que le había hecho Largo Caballero, el jefe del gobierno, antes de salir escapado a Valencia, con todos sus ministros, tan pronto se oyeron los primeros cañonazos de los rebeldes sonando por la parte de Carabanchel. Unos días antes, Azaña, el presidente de la República, había huido a Barcelona, sin avisar a nadie, y se había instalado en el Palacio Real de Pedralbes. Todos creían que Madrid era indefendible.

–De momento -continuó el general Miaja-, hemos conseguido frenar todos los intentos de los rebeldes de cruzar nuestro famoso aprendiz de

río. Pero Varela no ceja en su empeño, y está acumulando refuerzos para intentarlo de nuevo el día menos pensado. – Hizo una breve pausa para dar tiempo a que los intérpretes tradujeran sus palabras al francés y al inglés-. No obstante, tenemos una baza a nuestro favor. Ayer mismo, nuestras tropas capturaron una tanqueta enemiga, y entre las ropas medio quemadas del conductor, encontramos el plan de asalto de Varela, sin fecha ni hora, desgraciadamente, pero con su dispositivo de ataque detallado al milímetro. En resumen, se trata de lo siguiente: amagar un ataque a los puentes de Segovia y Toledo, para que nosotros distraigamos fuerzas de la Ciudad Universitaria y el parque del Oeste, momento que aprovecharán ellos para cruzar el Manzanares aguas arriba del puente de los Franceses. Como pueden ustedes ver, es el abecé de la estrategia: amagar un ataque por un lado para obligarlo a desguarnecer un sector sobre el que descargaremos el verdadero ataque.

Los generales Kléber y Lukacs asintieron con profundas cabezadas. Los dos eran militares profesionales, procedentes del ejército imperial austrohúngaro que, tras la derrota de 1918, habían sido internados en Siberia, donde habían sido debidamente instruidos en la fe comunista. Ambos habían combatido valientemente en la guerra civil rusa con los rojos. De Kléber (pseudónimo de Lazar Stern) se rumoreaba que había participado en el asesinato de la familia imperial rusa en Ekaterinenburg. Lukacs (Matei Zalka, en realidad) era un escritor notable. Pero no se lo suponía implicado en ninguna matanza de miembros de la realeza rusa.

–¿Y quién nos dice que van a seguir este plan al pie de la letra? – preguntó Durruti que, al igual que el Segador, vestía el uniforme reglamentario del ejército español con las dos estrellas de teniente coronel en la bocamanga, cosidas a toda prisa aquella misma tarde en una tienda de efectos militares de la plaza Mayor; una iniciativa del general Miaja para que la pareja de jefes anarquistas no desentonaran con los militares extranjeros presentes en la reunión. Ambos se alojaban en el hotel Palace con cargo a la Junta de Defensa de Madrid.

–Nadie -contestó el general Miaja con franqueza-. Podría tratarse de una trampa, un cebo que nos ha tendido el enemigo para que nos lo traguemos.

–¿Entonces?

–La falta de una alternativa mejor. Si yo estuviera en la piel de Varela, no vacilaría un segundo en seguir su plan al pie de la letra. No puede hacer otra cosa. Mire, Durruti -y el general Miaja volvió a señalar con el puntero el curso del Manzanares-, aguas abajo del puente de los Franceses, las orillas del Manzanares son demasiado escarpadas y no permiten que trepen los tanques. Los puentes de Segovia y Toledo podemos volarlos cuando queramos; lo mismo que el de los Franceses. Ya están minados, previendo esta contingencia. En cambio, los sectores de la Ciudad Universitaria y el parque del Oeste presentan rampas mucho más suaves y accesibles.

–Eso no se lo voy a discutir, camarada general. Pero cambiando de tercio, ¿no le parece demasiada casualidad que un tanquista rebelde llevara el plan de Varela en el bolsillo de su guerrera?

El general Miaja se encogió de hombros.

–Sí, reconozco que puede parecer sospechoso, eso no se lo discuto. Pero no creo que el tanquista se dejara matar expresamente para que le quitáramos el plan de ataque de Varela. Lo más seguro es que sus superiores ni se hayan enterado de que está en nuestro poder. Insisto: Varela no puede hacer otra cosa que atacar por el sector de la Ciudad Universitaria y el parque del Oeste. ¿No opina usted lo mismo, coronel Rojo?

El jefe del Estado Mayor del general Miaja, sentado a su derecha en el estrado, estuvo de acuerdo.

–Sí, ni más ni menos.

La diferencia con su superior no podía ser más acusada. Rojo era delgado, de facciones ascéticas y ojos astutos. Vicente Rojo Lluch había sido profesor de la Academia de Infantería de Toledo y amigo personal de Franco. Cuando el asedio del Alcázar, fue comisionado para negociar con el coronel Moscardó los términos para rendir la fortaleza. Una negociación que no tuvo éxito, ni bajo la amenaza de fusilar al propio hijo del coronel, que al final fue fusilado. Vicente Rojo era creyente y católico practicante. Sobre su cama de campaña siempre pendía un crucifijo. No obstante, formaba al lado de los rojos y en contra de sus viejos compañeros de armas. Nadie conocía sus motivos. ¿Tal vez obligado por su apellido?

El general Miaja volvió a señalar con el puntero las áreas de la Ciudad Universitaria y el parque del Oeste.

–Caballeros, nos les quepa la menor duda. Por este sector se desencadenará el ataque enemigo.

Durruti lo interrumpió con brusquedad:

–Pues nos lo asigna a nosotros y no se hable más. Para eso hemos dejado el frente de Aragón, para echarles una mano en la defensa de Madrid. Los anarquistas somos una fuerza de choque. Nuestro puesto está en primera línea. Estamos acostumbrados a cascar a los fascistas. Cuando nos ven, se les arruga el ombligo y salen huyendo como conejos. Si yo estuviera en la piel de los moros, no perdería ni un segundo en empezar a hacer las maletas.

El Segador observaba a su superior con los ojillos astutamente entornados, animándolo: *¡Adelante, estúpido! ¡Te estás metiendo en la boca del lobo y ahora vas a ver lo que es bueno!* Después de haber visto la lamentable actuación de los libertarios frente a Huesca, solicitar la defensa de un sector tan expuesto era lo último que se le habría ocurrido a él. Durruti se había echado la soga al cuello. Ahora sólo faltaba dejarlo solo para que se estrellara. Él no le iba a sacar las castañas del fuego.

–Mire, Durruti -insistió el general Miaja-, no es que ponga en tela de juicio el valor y la eficacia combativa de su gente; solamente quisiera recordarle que van a tener enfrente a los legionarios y a los regulares de Varela, las tropas más aguerridas de los rebeldes, que no tienen nada que ver con las que usted batió en las calles de Barcelona. Si el enemigo consigue poner el pie en la Moncloa y enfilar la calle de la Princesa, en menos de cinco minutos lo tenemos en la plaza de España. Y al cabo de cinco más, en este ministerio.

Durruti sonrió despectivamente:

–Camarada general, lo dicho: nos deja el parque del Oeste y la Ciudad Universitaria y no se hable más.

El general Miaja se rascó la calva con la mano izquierda y se volvió hacia el coronel Rojo.

–¿Qué opina usted, Rojo?

Los ojos de búho del coronel, detrás de los redondos cristales de sus gafas, parecían decir claramente: Eso es cosa suya, mi general. Aquí el

que manda es usted. Usted sabrá lo que se hace. Si quiere dejar el sector del parque del Oeste y la Universitaria a este par de matacuras irresponsables, para usted serán las consecuencias. Si de mí dependiera, los metía en la cárcel ahora mismo. Pero contestó diplomáticamente:

–No sabría qué decirle, mi general.

El general Miaja se golpeó reflexivamente la palma de la mano izquierda con el puntero y se dirigió a Durruti:

–Insisto, Durruti, quisiera que comprendiera el gran riesgo y la responsabilidad que ha asumido usted.

–Tranquilo, camarada general. Los anarquistas sabremos hacer honor a nuestro nombre y haremos morder el polvo a los fascistas.

El general Goriev tomó la palabra:

–El *tovarich* Durruti tener razón -dijo en su mal español-. Estoy seguro de que sabrá defender valientemente el sector que ha solicitado.

Goriev, cuyo verdadero nombre era Ian Antonovich Berzin, había sido acusado de conspirar contra el zar en la abortada revolución de 1905, juzgado y condenado a cinco años de trabajos forzados en Siberia. En 1917 se unió al Ejército Rojo, que combatía a los generales blancos. Fue proclamado Héroe de la Unión Soviética por el propio Stalin. Tenía el pelo gris, el porte elegante y gestos flemáticos. Estaba al frente de la misión soviética llegada a España para supervisar el buen uso que se hacía del material de guerra ruso suministrado a la República española.

–Gracias -dijo Durruti sin poder ocultar la desconfianza que le inspiraban los comunistas.

Despejado este punto, el general Miaja asignó a los generales Kléber y Lukacs los sectores situados al norte y al sur del dispositivo anarquista; una precaución que no estaba de más.

–¿Alguna pregunta más? – preguntó después de que los dos generales hubieran manifestado su conformidad.

No se levantó ninguna mano. Todo el mundo parecía haber captado las líneas básicas de su plan de defensa. Miaja dejó el puntero a un lado, se frotó las manos para desprenderse unas imaginarias motas de polvo de yeso y se dirigió a la concurrencia:

–Y cambiando de tema, caballeros, me gustaría mucho volver a verlos a todos ustedes en la fiesta de bienvenida que mañana por la noche (si el enemigo lo permite) el Ayuntamiento de Madrid va a dar en su honor en el palacio de Fonfría. No puedo garantizarles que asistan el presidente de la República y miembros del gobierno, por obvias razones que todos conocemos, pero sí el alcalde de la ciudad, la misma Pasionaria, distinguidas damas y muchos periodistas españoles y extranjeros que están deseando conocerlos a ustedes. ¿Podemos contar con su asistencia?

Se levantó un sonoro murmullo de asentimiento.

–Por supuesto, allí nos tendrá como un clavo.

–Cuente con nosotros.

Los jirones de niebla prendidos en el ramaje yerto de las acacias del paseo de la Castellana surgían fugazmente de la oscuridad, como tocados por una varita mágica, cuando los iluminaban las luces del coche oficial que la Junta de Defensa de Madrid había puesto gentilmente a disposición de Durruti y el Segador. La severa consigna de oscurecimiento nocturno se cumplía a rajatabla. Todas las farolas estaban apagadas. Las puertas y las ventanas de los edificios estaban cerradas a cal y canto para no revelar su presencia a la aviación rebelde. Los brillantes haces de los reflectores barrían silenciosamente el cielo oscuro en busca de aparatos enemigos. Patrullas de milicianos armados pedían la documentación a los escasos transeúntes que se atrevían a desafiar el toque de queda. De la parte de la Casa de Campo llegaba el eco de algún que otro disparo aislado. El frente estaba en calma.

Al reconocer el guión del guardabarros, los centinelas que montaban guardia en la verja del palacio de Fonfría les franquearon la entrada en el acto. Ninguna luz de la animada fiesta que tenía lugar en su interior se filtraba al exterior. Tras haber rodado unos pocos metros por un sendero de gravilla, el coche se detuvo frente a una solemne escalinata de mármol, y un ujier se precipitó a abrir la portezuela. Durruti y el Segador se apearon con todo el aire de personas acostumbradas a esas atenciones serviles y entraron en el palacete dieciochesco, pisando firme y sin complejos.

La histórica propiedad de los duques de Simancas, famosa en todo el mundo por sus colecciones de arte, cuadros, esculturas, alfombras persas y tapices de la Real Fábrica, se había salvado del asalto de las turbas, gracias a la decidida intervención del almirante Núñez de Alvarado, al frente de un puñado de guardias de Asalto reunidos a toda prisa, quienes habían conseguido rechazar a los revoltosos que ya se acercaban con teas encendidas, listos para prenderle fuego. También salvó la vida a la duquesa de Simancas, presa ahora en la cárcel de mujeres de Yeserías, a la espera de ser canjeada por un pariente del presidente Azaña. El duque consorte, al estar en Roma, se había librado del fuego y de la ira popular.

En el solemne hall de entrada del palacete, el jovial alcalde de Madrid, don Pedro Rico, les hizo los honores del recibimiento.

–Pasen ustedes, caballeros, pasen y sean bienvenidos. En nombre de la ciudad de Madrid y en el mío propio les doy mis más efusivas gracias por su contribución a la defensa de la Villa del Oso y el Madroño. Y si ahora tienen la bondad de seguirme, les presentaré a las muchas y muy ilustres personalidades que están deseando conocerlos. Por aquí, por favor, si son tan amables…

Una multitud abigarrada y vocinglera llenaba a rebosar los dorados salones del histórico palacete, iluminados por las arañas de cristal de Murano que colgaban del techo. Los invitados hablaban a gritos, se propinaban sonoras palmadas en la espalda y prorrumpían en estruendosas risotadas para celebrar cualquier chiste u ocurrencia. Muchos eran combatientes llegados directamente de las trincheras de la Ciudad Universitaria, sin haberles dado tiempo a limpiarse el barro de las botas. Predominaban el caqui de los militares y los negros chaquetones de cuero de los comisarios políticos, que contrastaba con el colorido chillón de los trajes de las señoras. El vino y los licores corrían con prodigalidad. El cónsul soviético Rosenberg había contribuido a la fiesta con veinte cajas de botellas del mejor vodka ruso de alta graduación alcohólica que, al mezclarse con la manzanilla española, estaba resultando ser una mezcla explosiva.

El alcalde los presentó a los invitados, que los felicitaron y les dirigieron palabras aduladoras.

–Dolores Ibárruri… Durruti. El Segador.

Los dos hombres le estrecharon la mano.

–Salud, camarada.

La idea que el Sisco se había forjado de la famosa revolucionaria no se correspondía con la distinguida mujer que ahora le tendía la mano. La Pasionaria vestía de negro, muy sobriamente, sin ninguna joya a la vista, y llevaba el pelo gris recogido en un moño. Su aspecto era el de una digna matrona romana. Incluso su hablar era refinado y tenía las distinguidas inflexiones aprendidas en el colegio de monjas donde había estudiado en su adolescencia.

–Encantada de conocerlos. He oído hablar muy bien de ustedes y de lo que hicieron en Barcelona.

–Y nosotros de ti y de la gran labor de propaganda que llevas a cabo en España y en el extranjero.

El alcalde se los llevó para proseguir su ronda de presentaciones.

El cónsul soviético, Marcel Rosenberg, les dirigió una fría mirada con sus ojos oscuros y ratoniles, y apenas rozó sus manos con la suya, pequeña y húmeda.

–¡Anda y que te zurzan! – rezongó Durruti-. ¿No te jode, el andoba?

Una expresión que el intérprete no consideró oportuno traducir al ruso.

Para disimular el incidente, don Pedro Rico reclamó unas copas a gritos:

–¡Camarero, unas copas de manzanilla para estos señores!

Luego los presentó a André Malraux, el célebre escritor francés y jefe de una escuadrilla de caza, a la duquesa de Atholl, extemporánea aristócrata inglesa simpatizante de la causa comunista, que los encontró *adorables,* al filósofo católico José Bergamín, al poeta chileno Pablo Neruda, al aristocrático general de aviación Hidalgo de Cisneros y a su distinguida esposa, Constancia de la Mora, nieta de don Antonio Maura, al periodista ruso Kolstov, brillante corresponsal del *Pravda,* al poeta Rafael Alberti (que acababa de componer, a toda prisa, una emocionada oda de bienvenida a las Brigadas Internacionales), y a tantas y tantas personalidades de la vida pública gubernamental que al final el Segador ya no sabía con quién estaba hablando ni de qué. ¡Quién le iba a decir a él, anteayer un miserable jornalero del Maestrazgo, que un día estrecharía tantas manos ilustres que se le

tendían servilmente! Volvió a pensar en la echadora de cartas de las Ramblas de Barcelona.

El fotógrafo húngaro Robert Capa circulaba entre los grupos de invitados como un sabueso diligente, husmeando la oportunidad de caer sobre una buena presa. Nada escapaba al ojo vigilante de su Leica, que llevaba colgada al cuello. Su foto *Muerte de un miliciano en el frente de Madrid,* aparecida en la portada de la revista *Life,* había dado la vuelta al mundo, pese a que algunas críticas ponían en tela de juicio su autenticidad. En primer lugar, no había ninguna referencia visual que permitiera situar el frente de Madrid: la figura del miliciano se perfilaba contra el cielo. En segundo, podría tratarse de un simple comparsa que hubiera aceptado posar para Capa previo pago de una cantidad. En cualquier caso, el llamativo detalle de los sesos escapándose de la herida de la cabeza había impactado profundamente a los lectores de *Life,* que era, en definitiva, de lo que se trataba: aumentar su tiraje.

Con los generales Kléber y Lukacs se limitó a propinarles unas palmadas en la espalda con la familiaridad que se gasta entre compañeros de armas y levantar su copa en su honor.

El último en serle presentado fue el escritor norteamericano Ernest Hemingway, alto, grueso y jovial, que no hablaba una palabra de español y se valía de un intérprete para entenderse con los nativos. El Segador lo miró con suspicacia. Para entonces ya estaba más que achispado. ¿Qué pintaba aquel gringo en una guerra española? Pero el hombre se las arregló para llevarlo a una salita apartada del bullicio. Ambos se sentaron a una mesita.

–¿Le importaría concederme una entrevista para mis lectores del *New York Times?*

El intérprete tradujo sus palabras.

–Saldrá en los periódicos de Estados Unidos -añadió Hemingway para tentarlo.

–¿En inglés?

–Por supuesto.

–Entonces no lo va a entender nadie.

–Los norteamericanos hablan en inglés.

–Ah, bueno, entonces dile que sí.

Ernest Hemingway sacó una libreta de notas y una pluma, y pidió dos whiskys.

El Segador lo cató y chasqueó la lengua. No estaba mal, pero él hubiera preferido una buena cazalla serrana.

-*Cheers!*-dijo el americano, entrechocando su vaso.

–¡Salud! – contestó el Segador, sin necesidad de que el intérprete tradujera la popular expresión inglesa al español.

Echaron un largo trago.

El jefe anarquista eructó sin complejos y se limpió los labios con el dorso de la mano.

–Pues no está tan mal.

El celebrado autor de *Adiós a las armas* había oído hablar del Segador, y al instante se sintió fascinado por su talante montaraz y la tremenda sensación de energía y violencia animales que se desprendía de su cuerpo enjuto. Comprendió en seguida que había dado con el arquetipo de arriscado guerrillero celtíbero que soñaba como protagonista de la novela de la guerra española que le rondaba por la cabeza, aunque ahora luciera el correaje reglamentario del ejército español sobre su bien cortada guerrera, y se hubiera afeitado para la ocasión. El Segador lo subyugó. Con describirlo literalmente, estaba al cabo de la calle. No tenía ninguna necesidad de exprimirse los sesos, como suele sucederles a los novelistas para describir a sus personajes. El Segador era un personaje de carne y hueso, absolutamente real.

Hemingway le tiró de la lengua con habilidad, y el Segador respondió con aplomo y seguridad a sus preguntas. El hombre no era el tosco palurdo que podría parecer a primera vista, denigrado y pintado como el mismo demonio por la prensa nacional y la extranjera derechista. Tenía las ideas muy claras: ganar la guerra, acabar con los curas y los terratenientes y repartir la tierra entre los campesinos. En cualquier caso, los hechos hablaban por él. Después de la cuarta copa de whisky, el Segador le contó una historia terrible y fascinante a la vez, que anotó cuidadosamente en su bloc de notas para después pasarla a máquina en su habitación del hotel Gaylords, donde se alojaba con otros compatriotas y periodistas extranjeros.

Una rubia, alta y bien plantada, los interrumpió a media entrevista.

–Por fin te encuentro, Ernest. Con una copa en la mano, para no perder la costumbre.

–Es whisky medicinal, querida. Me ayuda a inspirarme. Me lo recomendó el doctor Sherwood. ¿No te acuerdas?

–Ya.

Hemingway se la presentó al Segador.

–Es mi mujer, Martha Gellhorn. También es periodista y simpatizante suya. Puede hablar con entera libertad.

El Segador le estrechó la mano con rudeza y admiró sus provocativas caderas, realzadas por una ceñida falda tubo de franela gris.

–Buenas cachas -dijo por todo comentario.

El intérprete no lo comentó exactamente así:

–El camarada Segador dice que la señora es muy guapa.

Hemingway sonrió. Había visto la dirección de los ojos del Segador y su expresión lasciva.

–¿Qué te parece, Martha?

Martha lo repasó con los ojos.

–Te felicito, querido, acabas de cobrar un ejemplar récord de macho hispano. Su cabeza no haría un mal papel en tu colección de trofeos de bichos africanos. Entre aquel búfalo de El Cabo del cuerno derecho retorcido y el kudú de Kenia de la pata ranca, por ejemplo. Por otra parte, da la impresión de que, si te mira fijamente durante un rato, el muy animal es capaz de dejarte preñada.

Su marido asintió.

–Sí, es todo un ejemplar. – Hizo una pausa y añadió-: Luego te contaré la historia que me ha contado. Te pondrá los pelos de punta. Muy *typical spanish.* ¿Quieres sentarte con nosotros? Vale la pena que lo escuches.

Martha Hemingway tomó asiento en una butaca frente al Segador y cruzó provocativamente las piernas.

Sin que se dieran cuenta, Robert Capa les disparó una instantánea.

El general Goriev y sus consejeros soviéticos invitaron al Segador a más copas de vodka, lo adularon, le llamaron *tovarich* y le dedicaron grandes elogios y alabanzas. El general Goriev le propuso, lisa y llanamente, pasarse a sus filas.

–El Partido es la única solución, *tovarich* Segador, no le des más vueltas. Los anarquistas no son más que un hatajo de revolucionarios de mala muerte disfrazados de trotskistas que os van a hacer perder la guerra. Hazme caso, *tovarich*. La solución es el Ejército Rojo, un ejército de verdad, y no esta cuadrilla de bandoleros zarrapastrosos.

Se descorcharon más botellas de vodka, de whisky y de manzanilla, y el alcalde de Madrid brindó por la amistad hispanosoviética, y agradeció a Stalin la ayuda prestada por la URSS (tan largamente esperada).

Su parlamento fue contestado (y debidamente traducido) por el cónsul soviético Rosenberg, que le transmitió los saludos y los mejores deseos del Padrecito Stalin y de todo el pueblo ruso, que se había volcado en apoyo del proletariado español, montando manifestaciones y organizando colectas para reunir fondos, medicamentos, ropas de abrigo y alimentos.

A la una, la fiesta había alcanzado su cenit. Más de la mitad de los presentes estaban borrachos, o poco les faltaba. En medio del entusiasmo general, una morena y exuberante miliciana de Lavapiés se subió a una mesa y bailó un animado fandango con gran revuelo de faldas, brioso taconeo y exhibición de muslos hasta las bragas, un espectáculo que hizo las delicias de los invitados extranjeros, encantados de haberse topado, por fin, con el prototipo de mujer española.

Contagiado por su ejemplo, el general Goriev ensayó un rápido baile ruso con los brazos cruzados, lanzando los pies hacia adelante. Sus paisanos lo jalearon batiendo palmas. Cuando, agotado, se cayó de espaldas (ya no tenía treinta años), todos los invitados le dedicaron una estruendosa ovación.

Desde lo alto de un gran cuadro, de brillante colorido y trazos sueltos y vigorosos, firmado por Álvarez de Sotomayor, los duques de Simancas eran testigos involuntarios del ruidoso sarao que se desarrollaba a sus pies y en su propio palacio.

El duque consorte, de pie junto a su mujer, aparecía revestido solemnemente con las vueltas marfileñas de la capa de los Caballeros de la Orden de Montesa. Los ojos rasgados, entre azul y violeta, de la joven y hermosa duquesa, con la banda de seda blanca y dorada de la

Orden de Isabel la Católica cruzando su bien moldeado busto, parecían reflejar cierta sorpresa ante el insólito espectáculo que estaba presenciando.

El único que se mantuvo sereno y prudentemente distanciado del tumulto fue el general Miaja, que, en todo momento, estuvo en contacto telefónico con el coronel Rojo, en su puesto de mando en el Ministerio de la Guerra. El ataque rebelde podía desencadenarse en el momento menos pensado. En la puerta del palacio lo aguardaba su gran Packard negro y una escolta de motoristas armados dispuestos a salir a escape a una orden suya.

El ataque rebelde se desencadenó al amanecer, sin apenas dar tiempo al Segador para que se le despejaran los vapores etílicos de la víspera.

Al amparo de la niebla, una compañía del Segundo Tabor de Tetuán consiguió tender una rústica pasarela sobre el cauce del Manzanares y abrirse paso ladera arriba, a punta de bayoneta, y desalojar a los sorprendidos y adormilados anarquistas de las posiciones avanzadas del hospital Clínico y el palacete de la Moncloa. A continuación siguieron el resto de la unidad, una bandera de la Legión y un batallón del Regimiento de Bailén, compuesto casi exclusivamente por requetés de Los Arcos.

La violencia del fuego rebelde y la perfecta coordinación con que fue llevado el ataque aterrorizaron de tal modo a los milicianos de Durruti que abandonaron sus parapetos y retrocedieron en masa, presas del pánico, por el paseo de Rosales, después de que en la calle de Ferraz hubo resonado el angustioso grito de *¡Los moros! ¡Estamos copados!*

Los atacantes enfilaron la calle de la Princesa y algunos moros llegaron a poner los pies en la misma plaza de España.

Los presos nacionales de la cercana cárcel Modelo, que creían llegada la hora de su liberación, los animaban a gritos, asidos a los barrotes de sus ventanas.

En aquel crítico momento llegó al escenario de la batalla el Packard negro del general Miaja. Sin dar tiempo a que un miembro de su escolta le abriera la puerta, se apeó rápidamente y se plantó en medio

de la calle sobre sus gruesas piernas e increpó a los aterrados milicianos:

–¡A vuestros puestos! ¡A morir en vuestras trincheras! ¡A morir con vuestro general Miaja!

El coronel Rojo tiraba de él.

–¡Atrás, mi general, éste no es su puesto! ¡Se está exponiendo inútilmente!

Miaja se desasió con un gesto brusco.

–¡Éste es mi puesto! ¡Frente al enemigo! ¡A vuestros puestos, valientes!

Pareció un milagro, pero el caso es que su arrojo y su ejemplo se transmitieron a los milicianos, que dieron media vuelta y se enfrentaron a los moros y los legionarios y los obligaron a retroceder hasta la inacabada estructura del hospital Clínico, donde se atrincheraron entre andamios, hormigoneras y sacos de cemento.

Una vez se hubo apaciguado el fragor del combate, el general Miaja miró con desprecio a Durruti.

–¿Son éstas las fieras de que me hablaba, acostumbradas a hacer morder el polvo a los facciosos?

–¡Camarada general, déjeme que le explique! – suplicó Durruti abrasado por la vergüenza.

–¡No me hace falta ninguna explicación! – tronó Miaja-. ¡Lo he visto con mis propios ojos!

–¡Camarada general, deme otra oportunidad! – volvió a humillarse el gran jefe anarquista-. ¡Le juro que no volverá a repetirse este espectáculo!

–¿Quiere otra oportunidad? – preguntó el general, midiéndolo con la vista de arriba abajo-. De acuerdo, se la daré: reconquiste el Clínico y luego hablaremos.

Al día siguiente, Durruti marchó al asalto del hospital Clínico al frente de sus hombres.

Después de un par de tentativas, y a costa de muchas bajas, los anarquistas catalanes llegaron a poner el pie en la primera planta del inacabado edificio, cuya primera piedra había puesto el rey Alfonso XIII.

En su auxilio acudió la XI Brigada Internacional del general Kléber. Los nacionales se defendían desesperadamente, a bombazos y ráfagas de ametralladora, a la bayoneta, piso por piso, planta por planta. El Clínico era la punta del arpón blanco peligrosamente clavada en el flanco oeste de Madrid, la culminación de sus esfuerzos, el final de una larga marcha, una valiosísima cabeza de puente que no podían dejar perder. Sus lóbregos pasillos retumbaban con órdenes formuladas en todos los idiomas de Europa: *Bataillon André Marty, descendez, vite!*, *Garibaldi, avanti!*, *Bataillon Thaelman, fertig machen!*, mezcladas con los estallidos de las granadas y el tableteo de las armas automáticas. Los contendientes se disparaban por los huecos de las escaleras y se arrojaban bombas de mano de ventana a ventana y por los huecos de los ascensores, entre un estruendo y una polvareda infernales. Oscureció y la lucha adquirió caracteres épicos. Pero al final, los hombres de Varela se impusieron y rechazaron a anarquistas y brigadistas fuera del hospital Clínico. O lo que quedaba de él: un ahumado esqueleto de hormigón.

En la confusión de la refriega, Durruti resultó alcanzado en la espalda por una bala, perdida o no, pues nunca se supo si procedía de las filas enemigas o de las propias. Murió a los pocos minutos, a la vista del hospital Clínico, que no había logrado reconquistar. Alguien dijo que había visto al Segador dispararle por la espalda, aprovechándose de la confusión de aquellos momentos. La enemistad entre los dos hombres era notoria. Pero esto nunca se pudo demostrar.

A la misma hora, minuto más, minuto menos, José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, era fusilado en el patio de la prisión de Alicante, donde estaba preso desde el principio de la guerra.

Tampoco nunca se pudo esclarecer si Franco se había negado a canjearlo por el político catalán y catalanista, educado en los jesuitas, Carrasco y Formiguera, hombre de profundas convicciones religiosas, preso en la zona nacional, que acabó fusilado en Burgos, pese a los ruegos de clemencia del Vaticano y de varios prelados españoles. Ambos casos constituían graves secretos de Estado.

Era el 20 de noviembre de 1936.

A partir de ese día, los nacionales renunciaron a sus intentos de conquistar Madrid, y se dedicaron a fortificar afanosamente sus

precarias posiciones de la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, de donde no se movieron en toda la guerra.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 9:
1936-1939

Desde el duro banco de un vagón de tercera del ferrocarril del Plazaola, Javier miraba sin ver las nevadas quebradas del valle de Leizarán que iban quedando atrás. La perspectiva de abrazar a su madre dentro de poco desplazaba de su mente cualquier otro pensamiento. De abrazarla, de estrujarla, de cubrirla de besos. Ni siquiera prestaba atención a la algazara de sus compañeros de armas. Ni al canto burlesco que los más audaces, asomados a las ventanillas, dedicaban en honor a la pequeña locomotora que resoplaba en cabeza del convoy, tirando con todas sus fuerzas mientras subía al túnel de Huici a paso de tortuga:

Ya se aserca la tren, manso, manso,
ya se aserca la tren al estasión.
Todos quieren entrar por una puerta,
todos quieren entrar en mogollón.
Unos desir que se marean
y tener ganas de vomitar,
sacar el cabesa por el ventana,
y en el camino echar, echar, echar.
Ya se aserca la tren, manso, manso,
ya se aserca la tren al estasión.

La máquina, como si quisiera corresponder a sus gritos de ánimo, lanzaba alegres pitidos que se perdían en las agrestes soledades del valle de Leizarán. El hecho de que el vagón no estallara por la presión generada por los gritos, los cantos y los alaridos de los requetés desafiaba todas las leyes de la física.

Antes de finalizar aquel agitado y dramático año de 1936, en el Tercio de Montejurra, al igual que en muchas otras unidades nacionales, se concedió un merecido descanso a la tropa y se procedió a sortear una generosa cuota de permisos navideños que revistió mucha más emoción que el mismo sorteo del Gordo de Navidad. Javier fue uno de los agraciados por la diosa Fortuna.

Las incesantes y copiosas lluvias otoñales habían convertido el frente norte en un incómodo barrizal que no invitaba a ninguno de los

dos bandos enfrentados a emprender ofensivas de cierta envergadura; todo lo más, a algún aislado golpe de mano para rectificar las líneas. Era como si entre ambos hubieran pactado una tregua tácita para tomarse un respiro.

En la zona nacional se había desvanecido el espejismo de una rápida victoria. Franco tuvo que reconocer, a regañadientes, que el ataque a Madrid había fracasado. Los madrileños y los brigadistas internacionales se lo habían puesto muy difícil. En los bares de la Gran Vía continuaban las mesas con el cartelito de *reservada para el general Mola* que, para desquitarse, había amenazado a los bilbaínos con *arrasar Vizcaya si no se rendían inmediatamente.* En el puerto de Somosierra, los primeros copos de nieve se posaban silenciosamente sobre el altar portátil que los carpinteros navarros habían construido para celebrar la primera misa en la Puerta del Sol. Y muchos huidos de la zona roja (que se las prometían muy felices) habían tenido que deshacer las maletas que ya tenían listas para volver a sus casas.

Las tropas gubernamentales estaban igualmente exhaustas. Pese a sus denodados esfuerzos, no habían conseguido arrebatarles a los rebeldes Oviedo, Huesca, Teruel, ciudades prácticamente sitiadas. Ni siquiera el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza que, aislado en plena sierra Morena, al mando del capitán Cortés de la Guardia Civil, se les seguía resistiendo tercamente. Los gudaris vascos habían sido derrotados en Villareal de Álava, y el caballo blanco con que el presidente Aguirre pretendía hacer una entrada triunfal en Vitoria había sido devuelto a la cuadra.

Algunos requetés se apearon en Irurzun; otros, en Sarasate y Berriozar. Pero la mayoría continuaron viaje a Pamplona, sin dejar de alborotar, cantar y echar tientos a las botas. La escandalera cesó como por ensalmo cuando *la tren* rodó con estrépito de chatarra oxidada sobre el puente de la Rochapea, a la vista de los negros baluartes de la capital navarra, envueltos en las sombras del corto crepúsculo invernizo.

–A que te pican los ojos -le dijo Jesús Mendiola a Javier, dándole con el codo en las costillas.

Javier tuvo que reconocerlo: se había emocionado repentinamente.

Con un suspiro final y con grandes gemidos de frenos, el tren se detuvo en la estación de la avenida del Conde Oliveto. Los requetés se despidieron con gran algazara, propinándose fuertes palmadas en la espalda y deseándose anticipadamente Felices Pascuas de Navidad. Algunos tuvieron que ser llevados por sus compañeros.

Javier se ajustó el macuto al costado y, levantándose el cuello del capote, emprendió con paso ligero y animoso la empinada cuesta del Portal Nuevo. Ya había oscurecido y a la luz mortecina de las farolas leyó el lema que una mano anónima había pintado en los negros sillares de la muralla: *Una Patria, un Estado, un Caudillo.* Javier se encogió de hombros. Aquella noche no estaba para descifrar jeroglíficos.

Su llegada al caserón de sus abuelos desató un verdadero terremoto. Restituto le abrió la puerta y dio la voz de alerta. Su madre fue la primera en asomarse a lo alto de la escalera. Pero ¿era realmente su madre aquella mujer pálida, severamente vestida de negro, de cabellos entreverados de gris, que lo miraba de hito en hito, como a un aparecido?

Subió los escalones de cuatro en cuatro, como una tromba.

–¡Mamá!

–¡Javier!

Se funden en un apretado abrazo. La cabeza de su madre se hunde en la burda tela de su capote. Al instante, Javier reconoce el familiar perfume de sus cabellos, el mismo que lo envolvía cuando le daba el beso de buenas noches. Se ha echado a llorar como un niño. Su madre también llora. Lo abraza una y otra vez, nerviosamente. Luego lo aparta para escrutar su semblante. De repente, Cecilia se fija en la cicatriz del pómulo derecho.

–¡Javier! – grita, asustada.

–¡No es nada, mamá, un recuerdo de los rojos!

Y vuelve a abrazarla muy fuerte, no sea un sueño que se desvanezca. A través de las lágrimas, Javier ve otros rostros borrosos que le sonríen afectuosamente: el abuelo Carlos, la abuela Mercedes, tío Ignacio, Solange, Hubert, tío Sinibaldo… y ¡Maite! Le faltan brazos para abrazarlos a todos, las palabras se le atragantan, ríe, llora. Maite se arroja impetuosamente contra su pecho y funde sus lágrimas con las suyas. Siente fugazmente sus labios contra los suyos, su mejilla de seda

contra la suya, que esa mañana no ha tenido tiempo de afeitar. El macuto le estorba. Su madre se hace cargo de él y se aparta discretamente…

Sin saber exactamente cómo, de repente se encontró sentado en un sofá, entre su madre y Maite, frente a un buen fuego, frotándose los ojos con la mano que Maite le dejaba libre, mirando aturdido las caras expectantes de sus familiares y de los invitados. Tío Ignacio había descorchado una botella de jerez y se ocupaba de llenar los vasos de todos. El abuelo Carlos estaba congestionado de orgullo y satisfacción. La abuela Mercedes le pareció, más que nunca, una frágil figurita de porcelana de Sajonia. Por contraste con la limpieza y la pulcritud de su madre y de Maite, empezó a percibir su rancio olor a soldado, el tufo a mugre de parapeto, a grasa de fusil, a pólvora, al cuero de las cartucheras, a rancho, a letrina. ¡Dios, qué agobio!

–¡Dejadme, por lo menos, ir a tomar un baño! – protestó, tratando de zafarse de los brazos de Maite y de su madre.

–¡De ninguna de las maneras! – ordenó tajante el abuelo-. ¡Tú no te mueves de aquí hasta que nos lo cuentes todo!

–¡Huelo a demonios! ¿No te has dado cuenta, abuela?

–No me he dado cuenta de nada, sólo de que soy muy feliz y dichosa de tenerte con nosotros y comprobar que el *Detente, bala* del Sagrado Corazón que te cosí en la guerrera te ha librado de todo mal.

El abuelo insistió:

–Nos aguantaremos, pero tú de aquí no te mueves hasta que nos cuentes todas tus hazañas.

–No he llevado a cabo ninguna hazaña, abuelo… he hecho lo que todos… he pegado algunos tiros… eso es todo.

–¿Y esa cicatriz que tienes en la mejilla? – preguntó Solange señalando con los ojos.

–¿Dónde? – preguntó Maite, asustada, igual que Cecilia antes.

Javier se llevó la mano al pómulo derecho.

–¡Ah! ¿Eso? Un pequeño recuerdo de los rojos, no tiene mayor importancia -la tranquilizó Javier.

Todos se acercaron a examinar la cicatriz.

–Tropezarías con algo, ¿verdad? – sugirió Hubert diplomáticamente.

–Sí, ahora que me acuerdo, tropecé con una rama baja una noche que salí de patrulla con el sargento Martínez.

–Sea lo que sea, queremos que nos lo cuentes todo -insistió el abuelo-. Desde que saliste de Pamplona hasta esta misma noche.

Javier acabó rindiéndose, y en una hora aproximadamente resumió sus vivencias guerreras, suavizando las escenas más crudas, como el asalto a la bayoneta de Oyarzun y el fusilamiento de la maestra de Leizaberri. No fue un relato fluido, como es natural, sino que cada dos por tres tenía que interrumpirlo para hacer aclaraciones, responder a alguna pregunta y aclararse la garganta con un sorbo de jerez. Todos lo escucharon como si fuera el mismísimo oráculo de Delfos. Él mismo estaba asombrado del interés que le demostraban todos. El abuelo bebía literalmente sus palabras y le hacía repetir dos y tres veces lo que no entendía.

–¡Eres un requeté! – exclamaba, entusiasmado-. ¡Un verdadero requeté! ¡Mañana mismo iremos al Círculo Carlista para que te vean mis amigos!

Desde la sombra, los ojos inteligentes y observadores de Ignacio Ortiz de Zabala no se apartaban del rostro congestionado de su sobrino, a medida que éste avanzaba a trompicones en su accidentado relato. Su negra sotana, abrillantada por el uso y llena de zurcidos, era la prueba más evidente de que cumplía a rajatabla el voto de pobreza de la Compañía de Jesús. Y sin embargo, su alta y seca figura de antiguo hidalgo destilaba un aire de elegancia y distinción que imponía a primera vista. Era de movimientos ágiles y precisos, y cuando se le caía un papel de las manos, no esperaba a que alguien se le adelantara a recogerlo, sino que lo hacía él mismo.

Hacía muchos años que Ignacio Ortiz de Zabala (llamado a ser el futuro conde de Las Bardenas Reales) había renunciado de muy buen grado a sus títulos y blasones familiares, al mundo, a sus pompas y a sus obras, convencido de su vaciedad estéril, para entregarse de lleno al estudio de las matemáticas, la paleontología, la filología, las lenguas orientales y la arqueología. Su curiosidad era insaciable. Pero a medida que profundizaba en el estudio de los conocimientos humanos, sus conocimientos divinos se debilitaban en la misma medida, haciéndosele cada vez más evidente la contradicción entre fe y ciencia. Tuvo varias y

serias crisis que estuvieron a punto de hacerle colgar los hábitos. Sus inquietudes y dudas corrían parejas con las de su hermano en religión, el jesuita francés y paleontólogo de fama mundial, Teilhard de Chardin, que le había confesado:

Querido hermano en Cristo. Referente a lo que me cuentas, he de confesarte, a mi vez, que hace tiempo yo también he perdido la esperanza de que los descubrimientos científicos y los viajes nos acerquen a la verdad, y cuanto más profundizo en los conocimientos de nuestra fe, mas difícil se me hace conciliarlos. ¿De veras no estamos equivocados?

Palabras terribles por proceder de una mente tan lúcida como la suya. El general de los jesuitas lo invitó a retractarse de sus audaces planteamientos. El padre Teilhard, fiel a su voto de obediencia, acató la orden sin rechistar. A él, en cambio, le consiguió un trabajo de ayudante de campo junto al célebre arqueólogo británico sir Leonard Woolley, el mismo que había descubierto las tumbas reales de Ur, que necesitaba un colega experto en lenguas orientales. Y allá fue, confiando en que el trabajo y el sol del desierto despejaran sus dudas y afirmaran su fe vacilante. La terapia resultó eficaz. Y a la que no fue ajena cierto suceso fortuito.

En el transcurso de un viaje de exploración, entre Mosul y Korsabad, se desvió unos kilómetros del trillado camino de las caravanas para ir a investigar un enigmático zigurat, del que le había hablado el camellero que lo acompañaba, miembro de la tribu de los Ben Omeya. La noche se les echó encima, se extraviaron y tuvieron que acampar en pleno desierto, al raso. El frío era glacial. Bien arropado en las vueltas de su grosera chilaba de pelo de cabra, Ignacio Ortiz de Zabala se alejó unos metros de la fogata. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, elevó la vista al cielo y se quedó estupefacto al contemplar el fulgor diamantino de las miríadas de estrellas y constelaciones que centelleaban en la vasta cúpula del firmamento, a distancias insondables, como si las viera por primera vez. Sus facciones debieron de reflejar tal sorpresa que el camellero, que estaba acuclillado junto a las brasas, sorbiendo un vaso de té caliente, comentó sonriente, mostrando la blancura de sus dientes en su cara cetrina:

-Allah Akbar, efendi!

Efectivamente, tuvo que reconocer, Dios era grande para haber creado tales maravillas, que existían desde hacía miles de millones de años, antes de que él, un pobre y engreído gusano que se arrastraba torpemente por la superficie de un minúsculo corpúsculo planetario (que, por no tener, ni siquiera tenía luz propia), se hubiera atrevido a poner en duda Su Existencia, con la excusa de no entender ciertas contradicciones aparentes. ¡Qué lección le había dado aquel sencillo hombre del desierto! A raíz de esta revulsiva experiencia cósmica, todas sus dudas se desvanecieron y avanzó por la vida con el paso firme y resuelto de los antiguos cristianos.

Era autor de varios tratados de arqueología, tan desconocidos en su patria como apreciados en los medios académicos europeos y americanos. Cuando la Compañía de Jesús fue expulsada de España, el general lo mandó llamar para regir los destinos del Beaumont College, por cuyas aulas había pasado precisamente su sobrino, el mismo que ahora tenía delante y se atragantaba y se embarullaba en el relato de sus experiencias bélicas.

–Bueno, ahora que lo he contado todo, creo que me ha llegado el turno de preguntar a mí -dijo Javier cuando terminó-. Por ejemplo, me gustaría mucho que tío Sinibaldo me contara las aventuras que ha corrido en Barcelona.

–De aventuras, nada. Digamos que levanté acta notarial de ciertos dramáticos sucesos que mañana tendré ocasión de referirte con más detalle. Ahora estoy demasiado emocionado. ¿De acuerdo, sobrino?

–De acuerdo, lo dejaremos para mañana, pero te aseguro que no te escaparás así como así.

–Descuida, puedes estar tranquilo.

Javier se dirigió a su tío Ignacio.

–¿Y tú, tío Iñaki? Te hacía en la Rubia Albión. ¿Podrías explicarme a qué se debe el honor de tu visita?

–Que a mí también me han dado permiso, como a ti. ¿Un poco más de jerez?

Javier le tendió el vaso.

–Sí, por favor, se me ha quedado la boca seca de tanto hablar. Gracias.

Javier se volvió luego hacia Hubert y Solange, que no le habían quitado el ojo de encima.

–Perdonad que no os haya dado las gracias como os merecéis, pero es que, entre todos, no me habéis dejado hablar.

El diplomático lo reprendió:

–Javier, recuerda que habíamos quedado en que tú no tenías que darnos las gracias por nada.

–Mi madre me escribió que la habéis cuidado muy bien…

–Y lo volveríamos a hacer las veces que fuera preciso. – Hubert sonrió maliciosamente-. Oye, ¿por qué no vas a darte un baño? Ahora sí que me parece que empiezo a captar cierto tufillo que me trae viejos recuerdos. Tienes nuestra autorización.

–¿Puedo, abuela?

–Sí, hijo, sí -lo autorizó la abuela Mercedes-. Ya conoces el camino. Mientras tanto, nosotras nos ocuparemos de la cena.

Javier se levantó del sofá.

–¿Me acompañas, mamá?

Madre e hijo salieron del salón seguidos por las miradas compasivas de los presentes.

–Recibí tu carta -dijo Javier cuando hubo cerrado la puerta del cuarto de tío Josemari a sus espaldas-, y…

Por toda respuesta, Cecilia se arrojó en sus brazos, apoyó la cabeza en su pecho y dio rienda suelta a su dolor.

–¡Javier! ¡No puedo más!

Javier la mantuvo abrazada largo rato.

–Mamá, tienes que ser fuerte.

–Me esfuerzo todo lo que puedo -dijo Cecilia entre sollozo y sollozo-. Y más. Pero no puedo quitarme a tu hermana de la cabeza. Me he resignado a la muerte de tu padre, de tu hermano y de tu abuelo. Sé que están en el cielo. Pero no a la violación de tu hermana, según se desprende de lo que nos contó tío Sinibaldo. La idea me tortura día y noche. Me consume, me provoca pesadillas. Me angustia pensar qué estará haciendo ahora… si es que está viva, claro. Qué vida llevará, tan lejos de aquí. Y yo sin poder hacer nada por ella… -Se apartó y se secó las lágrimas con el pañuelo-. Mañana tío Sinibaldo te contará con más

detalle la visita que hizo a Requesens. Yo no me veo con ánimos de volver repetir sus palabras.

Javier asintió.

–Lo comprendo.

–Sería como revivirlo todo otra vez, ¿sabes?… Hurgar en la herida… Pero no hablemos más de Blanca. – Cecilia se separó de su hijo y le mostró una serie de prendas de vestir que había dispuesto ordenadamente encima de la cama-. Mira, te he comprado ropa de paisano: trajes, camisas, zapatos, calcetines, una chaqueta azul marino… y una corbata lo más parecida posible a la de tu colegio. ¿Te gusta?

Javier la cogió entre los dedos.

–¿Cómo no me va a gustar, si la has elegido tú? Otra cosa será que me acuerde de hacerme el nudo.

Mientras Cecilia guardaba la ropa en el armario de su hermano Josemari, Javier entró en el cuarto de baño y abrió los grifos de la bañera. El agua salió a gozosos borbotones y el vapor de agua empezó a empañar el espejo del lavabo.

–La ropa sucia la dejas detrás de la puerta y luego yo misma la recogeré -le indicó Cecilia.

–Está un poco más que sucia -se excusó Javier mientras empezaba a desnudarse.

–Lo supongo, no te preocupes… ¡Ay, Javier, no sabes lo feliz que me siento teniéndote aquí conmigo! ¡No sé lo que haría sin ti!

–¡Y yo! ¡Verás lo bien que lo vamos a pasar estos días!

–¿Hasta cuándo tienes permiso?

–Hasta después de Reyes, como en el cole.

–¿Lo has pasado muy mal en el frente?

–No, lo normal en estos casos.

–Pero no me creo que esta cicatriz de la cara te la hicieras al tropezar con una rama.

–Acertaste. Pero te juro que no volverá a ocurrir.

–Dios te oiga, porque a mí no me llega la camisa al cuerpo pensando que el día menos pensado…

–No seas ave de mal agüero, mamá. Oye, ¿qué hay para cenar? – preguntó, introduciendo las piernas en el agua-. Estoy muerto de

hambre. Me comería un buey entero. Con patatas fritas de acompañamiento.

–Pues estás de suerte, porque me parece que hay bastante rosbif.

–Buen rancho -aprobó Javier terminando de introducirse en la bañera.

Cecilia lo dejó solo. Cerró la puerta, recogió la ropa sucia y fue a reunirse con su madre para echarle una mano con los preparativos de la cena.

Javier se estuvo media hora en remojo, hasta que el jabón y el agua caliente hubieron desprendido la última partícula de miseria y suciedad de su cuerpo. Hacía un montón de tiempo que no se lavaba tan a fondo. El agua que salía por el desagüe presentaba un sospechoso tono grisáceo. Se envolvió en un albornoz, se secó y se afeitó cuidadosamente. Para terminar se dio un masaje con una loción que robó a su tío Josemari. Satisfecho del resultado, se miró en la empañada superficie del espejo, que le devolvió la imagen de un joven que sostenía su mirada con graves ojos de hombre.

–¡Jolín, pues sí que he cambiado! – pensó en voz alta-. ¡Si ni yo mismo me reconozco!

La ropa limpia le produjo una sensación de frescura y bienestar indescriptible. Los zapatos le apretaban un poco, pero ya se acostumbraría. Hacerse el nudo de la corbata le llevó más tiempo del previsto. Casi se había olvidado. Se peinó con la raya a un lado y decidió que un corte de pelo tampoco le vendría mal. Finalmente se puso la americana azul marino. Su madre había vuelto a adivinarle el gusto… y la talla. Al mirarse al espejo y retocarse el nudo de la corbata, se encontró absolutamente irreconocible.

–Será cuestión de ir acostumbrándose -se dijo tirando de las mangas de la americana sobre los puños de la camisa.

Cuando bajó al comedor, no lo reconocían. Volvieron a repetirse las escenas de entusiasmo y cariño, y el abuelo, saltándose el protocolo, lo hizo sentar a su derecha. A su lado se sentó Maite, muy ruborizada, a instancias de Cecilia.

–Sí, hija, no gastes tantos cumplidos, que yo también he sido joven y sé lo que son estas cosas.

Sentado frente a una mesa puesta con un impoluto y almidonado mantel blanco, Javier tuvo que esforzarse de firme para desterrar los hábitos cavernícolas desarrollados en las trincheras, manejar con elegancia los cubiertos y secarse los labios con la servilleta antes de apurar un sorbo de vino.

La cena resultó muy animada, y todos, de común acuerdo, evitaron comentar desgracias y malos momentos. Hubert habló de sus gestiones en el Comité de No Intervención, y tío Iñaki, de sus experiencias al frente del Beaumont College, de las proezas de Javier en el campo de rugby y de sus travesuras.

–Y que fuera sobrino mío no lo libró de los azotes en un par de ocasiones, ¿no es verdad, Javier? – comentó guiñándole un ojo.

–Sí, tío Iñaki, todavía me escuecen -contestó el joven haciendo el ademán de llevarse la mano al trasero.

–¿Se puede saber qué delito cometió para merecer tan severo correctivo? – preguntó Hubert.

–Sencillamente, hizo explotar una traca casera a la hora del almuerzo en el refectorio, el Día de Guy Fawkes, el día, como ustedes sabrán, que los ingleses celebran el abortado intento de ese cabecilla católico de prender fuego al parlamento.

Javier protestó:

–Tío Iñaki, tú nunca quisiste hacerte cargo de que lo que estaba en juego era el honor nacional. Yo simplemente quería demostrar a mis condiscípulos ingleses que una traca española no tiene nada que envidiar a los ridículos fuegos artificiales de Guy Fawkes.

Todos se rieron de buena gana.

–¿Lo conseguiste? – inquirió Hubert.

–No le diré más -respondió su tío por él- que a los cinco minutos teníamos a la policía en la puerta preguntando si la revolución bolchevique había estallado en el colegio.

–No exageres, tío Iñaki -protestó Javier.

–Lo que yo sí te puedo asegurar, querido sobrino, es que el petardo que estalló debajo de mi mesa por poco me salta un ojo. Naturalmente, no tuve otra opción que sentarlo en el potro de los tormentos.

–¿A su propio sobrino? – preguntó Solange, escandalizada.

–¿Por qué no? Era un alumno como los demás. Yo no podía hacer favoritismos de ninguna clase. Javier tampoco lo habría admitido. ¿Cuántos azotes te di, Javier?

–Diez, el máximo admitido por el reglamento.

Solange opinó que el sistema escolar británico era bárbaro y anacrónico y causaba traumas irreparables a los chicos.

–No lo dirá por mi sobrino, ¿verdad? – sonrió el padre Ortiz
Solange miró a Javier y tuvo que admitir que el jesuita tenía razón: Javier tenía aspecto de todo menos de chico traumatizado. Estaba muy guapo y elegante, limpio, aseado y recién afeitado. Sus ojos azules destacaban vivamente en sus facciones curtidas. ¡Qué diferente su aspecto de ahora del que ofrecía seis meses atrás, cuando se presentó en «Bell Prat», pálido y desencajado, con la mirada extraviada, la camisa manchada de sangre, las alpargatas destrozadas y la ropa hecha jirones! Seis meses que parecían seis años. La experiencia y las dramáticas experiencias que había sufrido lo habían convertido en un hombre hecho y derecho, seguro de sí mismo. También le complacía ver que cogía la mano de su hija por debajo de la mesa. Y las rendidas miradas de adoración que ésta le dirigía. Una vez más se afirmó en la idea de que le encantaría convertirlo en su yerno.

A Javier le confortó ver que su madre se esforzaba en parecer alegre y animosa y tomar parte en la conversación. Pero le causaron mucha pena las hebras grises que le habían salido en la cabeza, lo cual no tenía nada de extraño, después del calvario que había sufrido.

Un alegre fuego crepitaba en la chimenea de la sala. A través de las cortinas se veía caer la nieve en espesos torbellinos.

La velada se prolongó hasta la medianoche. Al final, Javier se las ingenió para desaparecer con Maite por un pasillo oscuro. Nadie pareció reparar en su desaparición, y todos continuaron hablando como si tal cosa.

A la mañana siguiente, don Sinibaldo y Javier se encerraron en el estudio de tío Iñaki para tener una charla en profundidad y atar los cabos sueltos que no habían podido aclarar en la conferencia telefónica. Cecilia no había querido estar presente.

El día era frío. Los tejados y las calles de Pamplona habían amanecido bajo medio palmo de nieve. El temporal había escampado y

ahora un blanco resplandor entraba por la ventana y alegraba los lomos de los severos tratados de arqueología alineados en los estantes de la librería.

Tío y sobrino se sentaron frente a frente a la mesa en la que tío Iñaki se había apresurado a poner cierto orden.

–Te veo algo raro, tío Baldo -dijo Javier-. Ya me lo pareció anoche. Pero no acierto a…

Don Sinibaldo se señaló las gafas con el dedo.

Javier sonrió.

–¡Claro! ¡Son los quevedos!

–Me los tuve que quitar para que los *faieros* no me reconocieran por la calle en Barcelona. Estas sencillas gafas forman parte de mi disfraz revolucionario. Pero ya me he acostumbrado a ellas y las encuentro muy cómodas. Bien -el notario se frotó las manos-, ahora que estamos a salvo de interrupciones inoportunas, te voy a contar, de pe a pa, todo lo que vi y descubrí en la visita que hice a Requesens.

–Te escucho.

–Gracias a los buenos oficios del *conseller de* Cultura, Ventura Gassol -empezó tío Sinibaldo-, viajé en un coche oficial, juntamente con el comisario Contreras y un policía, a Requesens adonde llegamos sin problemas dignos de mención. La gente de la aldea estaba muy asustada y no quería hablar. Suerte tuvimos de la Eulalia de Cal Peixano, ¿te acuerdas de ella?

–Sí, aquella payesa gorda y coloradota.

–La misma, una incondicional de tu madre. Ella nos puso sobre la pista. Subimos al castillo. A mí se me cayó el alma a los pies. Era un montón de ruinas en las que hubiera sido inútil hurgar para tratar de encontrar cuerpos sin vida. Imposible. Como dijo el comisario Contreras, habría hecho falta una brigada entera trabajando sin descanso noche y día durante un mes. Entonces se me ocurrió bajar a La Fontana. Una corazonada. El pabellón estaba intacto. Los segadores no le habían prendido fuego. Pero la cerradura estaba destrozada por un escopetazo. Entramos los cuatro. Los mozos de Requesens se negaron en redondo. El interior estaba bastante revuelto. Había una butaca tumbada y un cortinaje desprendido de sus anillas. El comisario Contreras en seguida descubrió el cadáver de tu abuelo, al pie del

cuadro de vuestra antepasada. El pobre estaba tendido en un charco de sangre seca y negra, tenía la cabeza espantosamente destrozada y la mano derecha engarfiada en su Colt. Por poco me desmayo de la impresión. – Don Sinibaldo hizo una pausa para serenarse y continuó-: Al pie de un ventanal había un segundo cadáver…

–¿De Blanca? – lo interrumpió Javier ansiosamente.

–No. No era tu hermana. Se lo habría dicho por teléfono a Hubert cuando lo llamé a París. Era de un campesino o segador. Pero el otro policía encontró en el suelo… -Don Sinibaldo hurgó en el bolsillo de su americana y extrajo un sobre del que sacó la cinta de terciopelo azul de Blanca-. ¿La reconoces, Javier?

–Sí -contestó el joven con un hilo de voz. La recibió con manos temblorosas, como si fuera una reliquia preciosa, y se la llevó a la mejilla. Le pareció que aún guardaba el calor y el perfume del cabello de su hermana. Se pasó la lengua por los labios resecos-. Sí, es de Blanca -le confirmó.

–¿Y este pedazo de tela? – preguntó el notario mostrándole el jirón de la falda.

Javier miró el pequeño retal. Aunque daba por descontada la violación de su hermana a manos del Sisco, la visión de aquella irrefutable prueba del crimen lo golpeó como una coz en el plexo solar, dejándolo sin aliento.

–También -dijo con voz ronca, cogiendo el jirón de la falda de su hermana, vacilante, como si temiera recibir una descarga eléctrica.

–No se las he querido enseñar a tu madre -dijo el notario-: Son detalles demasiado crudos y absolutamente innecesarios.

–Sí, has hecho muy bien -dijo Javier. Una cólera sorda y terrible empezaba a ganarle-. La pobre no lo resistiría. Dejémosle un poco de esperanza -guardó la cinta azul y el jirón de la falda en el sobre.

–Lo que más desconcertó al comisario Contreras -prosiguió el notario- es el hecho de que en el tambor del Colt de tu abuelo faltaban dos balas. Dedujo que una debía de ser la que mató al segador del ventanal; tenía un agujero en la frente. Pero ¿y la otra?

–La otra fue la que disparó a Magín Suñol, el hijo del administrador, cuando bajábamos por la escalera. El abuelo le disparó antes de que pudiera descargar su escopeta sobre nosotros. La segunda

es la que acertó al segador del ventanal en la frente. Con las prisas no le daría tiempo a recargar el Colt.

–Y mientras tanto, otro segador desconocido le disparó por la espalda y lo mató.

–De desconocido, nada; fue el Sisco, el jefe de la cuadrilla de segadores.

–Eso mismo es lo que yo insinué al comisario Contreras.

–Fue el Sisco en persona -dijo Javier-, no te quepa la menor duda.

–¿Qué te hace estar tan seguro?

–Porque, a pesar de la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos, no distinguí su jeta de hijo de puta entre la cuadrilla de segadores que querían cortarnos el paso en el camino de Requesens. El Sisco debió de bajar al pabellón para robar el cuadro de Goya, o yo qué sé. Y allí se tropezó, por casualidad, con Blanca, que había bajado a buscar un libro de Zane Grey que se había dejado olvidado. Es sumar dos y dos. Es lo mismo que le comenté a Hubert en «Bell Prat». – Javier agitó ligeramente el sobre con la cinta del pelo y el jirón de la falda de su hermana-. Éstas son las pruebas irrefutables de su crimen. El hombre se vengó de mí donde más pudiera dolerme.

–¿El Sisco tenía la cara picada de viruelas?

–Sí. ¿Cómo lo sabes?

–Porque juraría que era el mismo individuo que vi, de pie, en el estribo del Rolls de tu abuelo, cuando la columna Durruti desfiló por el paseo de Gracia al partir para el frente de Aragón. En las cajas de los dos camiones que lo seguían, habían escrito: *Los Segadores del Maestrazgo.* ¿No te parece demasiada casualidad?

–Seguro que es el mismo. ¿Y nada más de Blanca?

–Nada de nada. Como te conté por teléfono, por más que buscamos y rebuscamos por todos los rincones del pabellón, detrás de los cortinajes, debajo de los sofás, entre los rosales, no encontramos ni rastro de tu hermana. Incluso miramos en el estanque, porque, por un momento, temí que se hubiera suicidado, siguiendo el ejemplo de vuestra tatarabuela.

Javier no descartó esa posibilidad. Conociendo a su hermana como la conocía, la veía muy capaz, bajo la presión intolerable de las circunstancias, de poner fin a su vida en el estanque de La Fontana.

–¿Seguro que mirasteis bien?

–Muy bien. Los seis. Doce ojos en total. El agua estaba muy quieta y transparente, y sin embargo no descubrimos nada, absolutamente nada. – El notario movió su cabeza blanca con gesto pensativo-. Hasta entonces, yo me había burlado de la leyenda de la Dama de la Fontana. Me parecía una fantasía disparatada. Pero cuando vi el retrato de tu tatarabuela, en medio de aquel caos, empecé a cambiar de opinión. Yo la recordaba como una joven risueña y bondadosa. Pero ahora se le había puesto cara de mala, con unos ojos malignos y rencorosos. Había sufrido una transformación increíble. Ni tú mismo la habrías reconocido. Hasta al comisario Contreras le llamó la atención. ¿Tú crees que Elisenda de Montcada, tu tatarabuela, puede cambiar de expresión?

–Sí, seguro -contestó Javier sin vacilar-. Yo la he visto llorar. Fue cuando jugamos la última vez a la Prueba del Valor. Entonces lo dudé. Pensé que era víctima de una alucinación o qué sé yo. Pero a la mañana siguiente estaba tan pancha. Y lo que tú me cuentas ahora no hace más que confirmarme en mi opinión. Seguro -terminó con un enérgico gesto de asentimiento-. Su cuadro está embrujado.

El notario pareció titubear.

–Javier ¿no te burlarás de mí si te pregunto una cosa?

–¡Por Dios, tío Sinibaldo!

–Javier, ¿tú crees que tía Elisenda tiene poderes extrasensoriales? Es algo que alguna vez había comentado con tu abuelo.

–Sí, sin lugar a dudas. Y tarde o temprano los usará para atraer al Segador a La Fontana para que yo pueda ajustarle las cuentas.

El notario miró a Javier. Se lo veía avergonzado.

–Oye, Javier, que esto quede entre nosotros. Si se enteran mis colegas de lo que te acabo de preguntar, son capaces de expulsarme del Colegio de Notarios.

–Descuida, tío Sinibaldo -le aseguró Javier, que añadió al cabo de unos pocos segundos-: Lo que no me explico es por qué el Sisco no mató a Blanca. Lo lógico es que lo hubiera hecho después de… de… -la palabra parecía abrasarle en la boca- de violarla.

–Yo también me lo pregunté -dijo el notario, al que la tensa calma que mantenía el muchacho le recordaba a su amigo Alfonso en

circunstancias parecidas. Una calma mucho más temible que el más violento arrebato de furia-. El comisario Contreras sugirió que las reacciones de los asesinos son imprevisibles.

–Todo es muy raro.

–Raro o no, todo apunta a que Blanca consiguió escapar y esconderse no sabemos dónde y que está viva, ¿no te parece?

–Seguro -dijo Javier-. Lo presiento, me lo dice mi sexto sentido… pero preferiría que estuviera muerta.

–¡Javier! – protestó el notario-. ¡Eso no lo digas ni en broma!

–Perdona, tío Baldo, perdona, se me ha escapado. Estoy seguro de que Blanca está viva y apuesto a que sé dónde está.

–¿Dónde? – preguntó el notario.

–En «La Encina», en la masía del Paparro.

–¿Cómo lo sabes?

–A mí me resulta muy fácil pensar y sentir como mi hermana. Ponerme en su piel, en una palabra. Después del, llamémosle, accidente, Blanca debió de bajar al arroyo de Requesens y luego subió a buscar el camino de «La Encina», que es el único refugio donde se le ocurriría ir. Conoce aquellos andurriales como la palma de su mano.

–Dios lo quiera.

–¿Y qué hiciste con el abuelo? – preguntó Javier tras una larga pausa.

–Lo enterramos en el parque, frente al castillo, al pie de aquella secuoya tan frondosa. A él y al otro segador, ambos en el mismo hoyo.

A Javier se le humedecieron los ojos al pensar en él.

–¡Pobre abuelo! ¡Qué valiente fue! Ahora que lo pienso, lo ocurrido aquella tarde en Requesens me parece una película. Un sueño. Tú lo querías mucho, ¿verdad?

Las facciones de don Sinibaldo revelaron una profunda tristeza. Dijo con voz apagada:

–Sí, tu abuelo era mi mejor amigo, el amigo por excelencia. Para mí no había otro hombre como él. Un caballero de pies a cabeza. Su muerte me dolió en el alma. Lamento que sólo pudiera rezarle un simple y apresurado padrenuestro.

Estuvieron un rato en silencio, inmersos en el curso de sus propios pensamientos. En la calleja se oía el alboroto de unos niños que se

habían enzarzado en una pelea de bolas de nieve.

–¿Sabes lo que te digo, tío Baldo? – dijo Javier-. A tu lado, mi aventura es cosa de aficionados.

–Eso no me lo creo ni aunque me lo jures, sobrino. Tu madre me ha contado con todo detalle vuestra fuga por los Pirineos.

–Conocía el camino. Se trataba de subir por un lado de los Pirineos y bajar por el otro. Así de fácil. Y ahora tú me has de contar el resto de tus aventuras.

Con rigor y minuciosidad notariales, don Sinibaldo le hizo a Javier un resumen de su agitada peripecia barcelonesa, desde su huida al hotel Majestic hasta el embarque en el *Baden* y la feliz arribada al puerto de Génova después de sortear el control antifascista del puerto de Barcelona y haber aguantado un temporal desatado en el golfo de Lyon.

Javier lo escuchaba entre aturdido y admirado. Jamás hubiera sospechado tales muestras de audacia y arrojo bajo la inofensiva apariencia de su tío.

–¿Y qué hay de papá?

Don Sinibaldo sacudió tristemente la cabeza y suspiró.

–Por tu padre no pude hacer nada. Absolutamente nada. Cuando insinué a Ventura Gassol la posibilidad de visitarlo en el *Uruguay,* me contestó que ni a él mismo le estaba permitido hacerlo. Si los milicianos me descubrían, no saldría vivo del barco. Me fui, pues, de Barcelona sin siquiera poder darle un abrazo de despedida, con el corazón encogido. Y eso que debía de tenerlo a cincuenta metros escasos de distancia cuando el *Baden* pasó casi rozando los costados del *Uruguay.*

–Te lo agradezco igual, tío Baldo. Fuiste muy valiente.

–Dios me tomó bajo su protección, eso es todo -concluyó don Sinibaldo-. Y ahora, ¿qué te parece si sales a dar una vuelta para que el aire te despeje un poco las ideas? Y de paso invitas a mademoiselle de Clermont a dar un paseo por el parque de La Taconera. Apuesto a que lo estás deseando con toda el alma.

–¿Cómo lo sabes? ¿Tanto se nota?

–Tu tío también tiene ojos.

Javier se levantó y le devolvió el sobre con la cinta azul de Blanca.

–Prefiero que lo guardes tú.

–Lo que tú digas.

Desde lo alto de los nevados baluartes de la vieja Pamplona, Javier, con un amplio gesto de la mano, mostró a Maite los fosos, la triste campiña invernal y las mustias arboledas del Arga difuminadas en la neblina que un mortecino disco solar se esforzaba inútilmente en disipar.

–Desde aquí, san Ignacio de Loyola se enfrentó a las tropas de tu paisano, el rey Francisco I, que le dispararon un cañonazo que lo dejó cojo de por vida.

Maite ladeó la cabeza, enmarcada graciosamente en el cuello de piel de su abrigo, y se lo quedó mirando con expresión traviesa. El frío había arrebolado deliciosamente sus mejillas.

–Lo siento por él, pero apuesto a que no me has traído hasta aquí para hablarme de la vida y milagros de san Ignacio.

–No, claro que no, quería comentarte algo. Dos cosas. Bueno, tres.

–¿De qué se trata?

–Vamos a La Taconera y te lo cuento.

–Chico, me tienes intrigada -dijo la joven echando a andar junto a Javier.

Los parterres y las rosaledas de La Taconera presentaban un aspecto tristón. Javier eligió un banco cercano al monumento del violinista Sarasate, apartó con la mano la nieve que lo cubría e invitó a Maite a tomar asiento, después de asegurarse que estaban solos.

–Anda, siéntate.

–¿Vas a pedirme que te dé un beso? – preguntó Maite, mimosa, cerrando los ojos y ofreciéndole sus labios-. ¿Es eso lo que querías decirme?

Javier resistió la tentación y apartó a la muchacha con delicadeza.

–Maite -dijo con paciencia-. ¿Cuántas veces tendré que decirte que Pamplona no es precisamente París, y mucho menos en estos tiempos de guerra, que parece que en Navarra hayamos regresado a los tiempos de la Edad Media y mis paisanos hayan resucitado la Inquisición? Mira, por allí asoma un municipal que no nos quita los ojos de encima.

–¡Que se vaya a la porra! Bueno, ¿qué es eso tan importante que tenías que pedirme?

–La primera cosa es pedirte que moderes tus efusiones cuando me escribas. Los censores militares abren las cartas de las novias y las mujeres de los soldados y las leen de cabo a rabo. Cuando leí la tuya se me encendieron las orejas.

–¿No te gustó lo que te decía? – se extrañó Maite.

–Mucho, pero me revienta que los censores se enteren de tantas intimidades nuestras.

–¿Y la foto? ¿Estoy bastante guapa para ti?

–Estás estupenda, espléndida, provocativa. Descarada, me atrevería a decir.

–¡Jesús, María y José!

–Todavía no sé cómo no se la quedaron los censores para clavarla con tachuelas en la pared de su oficina.

–La foto la tomaste tú.

–Y tú hiciste el resto, ¿me explico?

–Coquetería femenina, simplemente. ¿Y la segunda cosa que tenías que decirme?

Javier se inclinó, cogió un puñado de nieve y se entretuvo amasándola en la mano para disimular su turbación. No sabía cómo empezar. ¿Cómo se le pregunta a una chica si está embarazada de uno?

–Bueno, estoy esperando -lo apremió Maite.

–De acuerdo. Allá voy. La segunda cosa que quería comentar contigo hace referencia a cierta agitada noche en la buhardilla de «Bell Prat». ¿Te acuerdas?

Los ojos de Maite se entornaron soñadores al recordar el apasionado lance bajo las vigas de la buhardilla.

–¡Cómo quieres que no me acuerde! ¡Fue lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida!

–Y… y… ¿y nada más? – preguntó Javier, muy sonrojado-. ¿No te ha ocurrido nada más? Tú ya me entiendes…

–No, no te entiendo -dijo Maite, desconcertada.

–Que estés en estado, vamos… -explotó finalmente Javier, casi al borde de un ataque de apoplejía.

–¿Yo, en estado? – preguntó Maite con un mohín de escandalizado horror que puso de relieve los hoyuelos de sus mejillas-. ¿Tú has visto

que yo tenga algo parecido a una barriga? ¿Cómo se te pueden ocurrir semejantes tonterías? Pareces tonto, Javier de Montcada.

–Esas tonterías suelen ocurrir cuando las chicas entran en los cuartos de los chicos a altas horas de la madrugada y los chicos se aprovechan de ellas.

–¿Pero todavía crees que el que se aprovechó de mí fuiste tú? ¿No te parece que fue al revés de como lo cuentas? La que me metí en tu cama fui yo. ¿O no?

–Sí, es verdad, pero yo debí de… Me propasé, perdí el control.

–No te propasaste. Lo hiciste muy bien y yo fui muy feliz. Todo resultó muy romántico y emocionante con la luz de la luna entrando por la ventana y la brisa nocturna y todo eso, ¿a que sí?

–Sí, fue emocionante -suspiró Javier al recordarlo-. Pero no me interrumpas. De momento no ha ocurrido nada, pero puede ocurrir.

–¿Quieres saber una cosa? – preguntó Maite, muy sonrojada.

–¿Qué?

–Que me gustaría que te aprovecharas más. ¿No me has deseado todo este tiempo?

–¡Con toda mi alma! – se le escapó a Javier.

–¿Sabes otra cosa?

–No.

–Que hace dos días he tenido la regla -dijo Maite con la boca pegada al oído del joven.

–¿Y eso qué significa? – preguntó Javier.

–Significa que hasta dentro de veinte días o más no estaré en condiciones de concebir un niño… tuyo.

–¿Cómo lo sabes?

Maite se apartó un poco. Todavía continuaba ruborizada.

–Lo he leído en la enciclopedia Larousse. Se llama la ley de Ogino. Dice que los períodos fértiles de la mujer se limitan a cuatro o cinco días antes de la llegada de la siguiente regla. Para dar tiempo a que los ovarios produzcan otro óvulo.

Javier no tardó ni dos segundos en comprender lo que le insinuaba Maite.

–Pero ¿en casa de los abuelos? – preguntó sintiendo que el corazón se le ponía al galope al imaginarse la posibilidad de acabar en la cama

con Maite-. ¿Estás segura de lo que dices?

–Más segura no puedo estar. Me muero de ganas, como te decía en la carta. Ya sabes dónde está mi habitación, al final de aquel pasillo oscuro. No tienes más que dar unos golpecitos a la puerta…

–¿Esta noche? – preguntó Javier.

–¿Por qué no?

Javier se tomó unos segundos para reflexionar.

–De acuerdo.

–Te estaré esperando con los brazos abiertos.

–La tercera cosa que quería comentarte… -prosiguió Javier cuando su corazón dejó de latir alocadamente- es referente a la promesa de casarme contigo que te hice en la buhardilla de «Bell Prat». ¿Lo recuerdas?

–Sí. Estabas medio dormido, pero me acuerdo muy bien. Pero por mí no…

Javier la interrumpió:

–Pues tengo el honor de comunicarte que en la cena de Nochebuena voy a pedir tu mano a tus padres.

–¿De veras? – preguntó Maite saltando del banco con los ojos brillantes-. ¿Lo dices en serio?

–Sí, lo he meditado mucho y muy seriamente.

Maite le echó los brazos al cuello.

–¡Oh, Javier, qué feliz soy!

Javier volvió a desasirse.

–Maite, compórtate, por favor.

–¡Es que no lo puedo evitar! ¡Y te quiero tanto! ¿Se lo has dicho a tu madre?

–No. No tiene ni idea.

–¿Crees que le gustará?

–Estará encantada.

–¡Ay, Dios, qué vergüenza voy a pasar!

–¡Pues mira que yo! Pero, descuida, que lo voy a hacer. Es mi deber.

–¿Sólo porque es tu deber?

–Porque te quiero. Así de sencillo. Quiero que seas mi mujer.

Después de la misa del Gallo en la catedral, la familia Ortiz de Zabala casi al completo y sus invitados se sentaron en torno a la gran

mesa familiar para celebrar la cena de Nochebuena. Los hombres de etiqueta o traje oscuro, y las damas, con vestido de noche.

Era la primera Nochebuena de la guerra.

Su tributo de sangre y vidas humanas se había puesto de manifiesto en el triste cortejo de fieles que se habían acercado a recibir la comunión en las gradas del altar: mujeres enlutadas, huérfanos, heridos con los brazos en cabestrillo, lisiados en sillas de ruedas, mutilados apoyados en muletas o sostenidos por las enfermeras del hospital Alfonso Carlos, recién inaugurado. Suspiros, rezos y sollozos contenidos. Pero en el aire, impregnado del olor a incienso y al humo de las incontables velas que ardían en el altar mayor, se palpaba la decidida voluntad del pueblo navarro de continuar la lucha hasta el final. En el coro, los niños cantaban el *Adeste fideles,* y sus vibrantes notas subían a perderse bajo las finas ojivas de piedra que apuntaban al cielo.

Cecilia fue la primera en pedir celebrar la Navidad con el ceremonial tradicional de todos los años. Sus padres estuvieron completamente de acuerdo, y ahora presidían el ágape desde ambos extremos de la mesa. Tío Andrés y tía Matilde habían venido expresamente desde Vitoria, donde tío Andrés ejercía de notario. Acompañaban al matrimonio Lucía, su hija pequeña, una chica muy alegre y extrovertida, y Adela y Maruja, sus hijas mayores, con sus respectivos maridos y una partida de niños pequeños que habían sido confinados a la cocina para que los mayores pudieran tener la fiesta en paz.

Faltaban Enrique y Alejo. El primero estaba en el frente de Asturias; Alejo, continuaba enrolado en el crucero *Canarias,* patrullando por el mar Cantábrico, frente a Bilbao. Tía Beatriz se había quedado en San Sebastián para celebrar la Navidad con sus hermanas de religión. Otra ausencia notable era tío Josemari, que no había podido abandonar su precaria posición de la Ciudad Universitaria de Madrid.

Solange se había presentado con un traje muy elegante y moderadamente escotado que, como era de esperar, provocó las miradas suspicaces de la abuela Mercedes.

–¿Te has fijado en su escote? – preguntó a su hijo Ignacio con un susurro escandalizado.

–Sí, mamá.

–¿Y te parece bien?

–A mí me parece que está muy guapa -sonrió el jesuita, tolerante.

–¡Jesús, no sé adónde iremos a parar!

Javier y Maite cambiaban nerviosas miradas. Javier se había aprendido un pequeño discursito de memoria. No le llegaba la camisa al cuerpo. El pavo relleno apenas le supo a nada. Cada dos por tres apuraba un sorbo de Cotes de la Dordogne, obsequio que la dirección de las bodegas bordelesas había hecho llegar a Cecilia con su felicitación de Navidad. Su agitación lo incapacitaba para apreciar la textura aterciopelada que le había dado fama mundial.

Todos se quedaron muy sorprendidos cuando se levantó y pidió permiso a la abuela Mercedes para hablar.

–Por supuesto, hijo, estaremos encantados de oír lo que nos tengas que decir.

Javier paseó la mirada por las caras de todos, vueltas hacia él en actitud expectante.

–Abuelo, abuela, mamá…

Enumeró a casi todos los presentes.

–Bueno, yo…

Se pasó la mano por el cuello de la camisa y tartamudeó:

–Aparte de desearos a todos unas Felices Pascuas de Navidad, quisiera pedir a Hubert y a Solange un favor muy especial.

Todos los invitados sonrieron, aparentemente muy sorprendidos.

Solange contenía la respiración. Cecilia lo miraba enternecida. Aunque Javier no le había comentado nada, barruntaba lo que iba a decir.

Javier se lanzó:

–…quisiera pediros la mano de Maite. En fin, que me quiero casar con ella.

Pareció que explotaba una bomba. El comedor estalló en gritos y felicitaciones. Maite se había ruborizado. Solange parecía fuera de sí de alegría. Cecilia no sabía si reír o llorar. La abuela Mercedes estaba radiante, y por su expresión parecía que estaba calculando la cantidad

de nuevas sillas que tendría que encargar para sentar a la mesa a los nuevos retoños que no tardarían mucho en engrosar el tronco familiar. Las primas besaron a la aturdida Maite, la felicitaron y le dieron la bienvenida a la familia.

–¡Pero, mujer, no pongas esa cara! ¡Que te llevas lo mejor de la casa!

Cuando se apaciguó el tumulto, Hubert de Clermont pidió la palabra a don Carlos, que se la concedió en el acto. El diplomático se levantó y esperó a que se apagaran los murmullos.

–Javier -empezó-, no hace ninguna falta que te diga que a Solange y a mí nos has dado la mayor alegría de nuestras vidas. Te lo agradezco de todo corazón. Solange y yo te apreciamos de veras y estaremos encantados de ser tus suegros. – Se volvió hacia Cecilia-: Y consuegros tuyos, Cecilia. No me cabe la menor duda de que harás muy feliz a nuestra hija. – Hizo una pausa, pareció que jugueteaba con los cubiertos de postre y añadió-: Sólo pongo una condición.

Conmoción general. Todos se miraron, muy sorprendidos.

Maite apretó la mano de Javier entre las suyas. ¿Qué condición podría ser? ¿Acaso ella y Javier no se querían lo suficiente? ¿No los habían sorprendido, en más de una ocasión, en el gabinete de tío Iñaki con la mano de Javier debajo de su suéter? ¿Qué condición faltaba, pues, para que pudieran pasar por la vicaría?

–No temáis, hijos míos, no me voy a oponer a vuestra unión. Contáis con mi bendición de antemano. Pero prometerse en matrimonio es una decisión muy seria que no se puede tomar a la ligera. Por tanto, voy a pediros que lo meditéis durante un año. Y si al término de ese plazo…

–Pero ¿por qué, papá? – preguntó Maite con expresión compungida.

–Por muchas y muy variadas razones, hija. En primer lugar porque eres menor de edad.

–¡Tengo diecisiete años!

–Sigues siendo muy joven y todavía vas al colegio. Y en segundo lugar, porque hay que contar con que hay una guerra de por medio. Y no toméis mis palabras como un mal augurio. Yo no me voy a oponer a vuestras relaciones, por supuesto. Me encanta veros tan felices. Simplemente quiero decir que en una guerra pueden pasar muchas

cosas. La situación internacional tampoco no está nada clara. A mí, por ejemplo, me pueden destinar a quién sabe dónde el día menos pensado. Pero, sobre todo, lo digo por ti, Javier, no quiero que te sientas ligado por ningún compromiso conmigo ni con mi hija. Tú también eres muy joven -lo miró significativamente y añadió-: ¿Me explico?

–A medias. Yo quiero a Maite y quiero casarme con ella.

–Sí, ya lo sé, eso no lo pongo en duda. Y ella te quiere a ti. Y te repito que a Solange y a mí nos llena de felicidad la perspectiva de convertirnos en tus suegros. Sólo os pido que aplacéis vuestra decisión para dentro de un año. Un año pasa muy pronto. Y si, para entonces, vuestra decisión es irrevocable, el 24 de diciembre de 1937, yo mismo me ocuparé de anunciar oficialmente vuestro compromiso y fijaremos la fecha de vuestra boda. Contando, claro está, con la aprobación de Cecilia.

Cecilia asintió con una cabezada. Se había emocionado mucho y no le salían las palabras de la boca.

–Y ahora brindo por vosotros dos -dijo Mauricio alzando su copa.

Todos se pusieron de pie y brindaron por Javier y Maite.

Un tenue resplandor se filtraba por debajo de la puerta de la alcoba de Maite. Hacía dos horas que los moradores y los invitados del caserón de la Navarrería se habían retirado a sus habitaciones respectivas, soñolientos y algo mareados por los brindis y las libaciones de la cena.

Tras cerciorarse de que el pasillo estaba desierto, Javier golpeó tres veces la puerta con los nudillos.

Maite la abrió. Los pezones se le marcaban insinuantes bajo el camisón. El pelo le caía sobre sus hombros desnudos. Se arrojó en sus brazos reprimiendo un gritito.

–¡Pensaba que no vendrías!

Javier se llevó el índice a los labios.

–¡Chis!

Se desasió de su abrazo y cerró la puerta a sus espaldas con dos vueltas de llave. Luego abrió la ventana y echó un vistazo a la oscura calleja que daba a la parte de atrás del caserón. Sacando la mano se aseguró de la solidez del canalón de desagüe que bajaba del alero al empedrado de la calle. Continuaba igual de firme.

–¿Qué haces? – preguntó Maite, intrigada.

–Comprobar la salida de emergencia. Por esta misma ventana nos descolgábamos mis primos y yo para ir a los encierros.

–No creo que nadie nos sorprenda. Mi madre ha dicho que se le cerraban los ojos de sueño… pero ¿qué haces ahí parado?

–¡Espera que me desnude, mujer!

Maite se había quitado el camisón por la cabeza y lo esperaba tendida en la cama con los brazos abiertos.

–¡Ven!

Javier se despojó de la bata y del pijama saltando a la pata coja.

–¡Mujer, que me pones nervioso!

Estuvo a punto de tropezar con los pantalones del pijama. Acabó de quitárselos de una patada. Al cabo de un segundo ya estaba en la cama y abrazaba a Maite. Hundió la cara en su cuello tibio y perfumado.

–¡Por fin! – susurró.

El tiempo andaba metido en agua, gris, lluvioso y desapacible.

El tedio era tan espeso como las nubes cargadas de lluvia que venían del Cantábrico. Los continuos aguaceros habían convertido las trincheras de Leizaberri en un mar de barro que se adhería a las suelas de las botas con pegajosidad de alquitrán. Algún que otro cañonazo estallaba esporádicamente en los campos que rodeaban el pueblo y en las posiciones rojas. Los artilleros de ambos bandos ponían buen cuidado en no acertar sus objetivos para no despertar la fiera dormida del otro lado. Por la cuenta que les traía.

Guerra de posiciones.

Los requetés *pelaban* guardias en los parapetos, se quejaban del rancho, comentaban con todo lujo de detalles lo que les habían hecho a sus mujeres y a sus novias en los pasados permisos y se peleaban por su ración de tabaco. Algunos echaban de menos el fragor de los combates y clamaban por una nueva ofensiva. La inactividad los enervaba. Otros, por el contrario, bendecían y paladeaban la placidez del paréntesis bélico.

El fusilamiento de Begoña no había sido olvidado por los vecinos del pueblo, que miraban con malos ojos a Javier y a los otros cinco requetés del piquete de ejecución. Pero el padre Amurrio no podía hacer nada para desengañarlos. Tenía la boca cerrada por el secreto de confesión.

El alférez Freire había pasado a mandar provisionalmente la sección del teniente Hurtado de Leyva, a la espera de su inminente nombramiento. Y el sargento Martínez se había hecho cargo de su sección, también provisionalmente, y a la espera de la llegada de una nueva remesa de oficiales.

Estando así las cosas, una mañana de mediados de enero, Javier fue citado al puesto de mando de la compañía, y el capitán Olavide le informó brevemente de que había sido requerido (a instancias suyas) para pasar unos cursillos acelerados de alférez que se habían puesto en marcha para cubrir las muchas bajas que se habían producido en la oficialidad del ejército nacional en aquellos seis meses de guerra.

–Los aspirantes a alférez -le explicó- deben reunir tres requisitos básicos: haber combatido un mínimo de tres meses, tener estudios universitarios, o ser bachilleres, por lo menos, y haber demostrado valor, iniciativa y dotes de mando. Requisitos que tú sobrepasas en exceso, e incluso puedes presumir de una pequeña herida.

Aunque aún tenía la cabeza en las nubes, Javier lo escuchó con interés. Todavía estaba bajo los efectos de sus apasionados encuentros nocturnos con Maite. Tenía los labios agrietados de tantos besos. Ninguna noche había faltado a la cita en su alcoba. Tampoco había tenido que hacer uso de la salida de emergencia. Ni nadie los había sorprendido en la cama. Bueno, nadie, excepto Restituto, que la penúltima noche se lo encontró andando de puntillas por el pasillo, con los zapatos en la mano. Javier se había llevado el índice a la boca. Restituto había sonreído maliciosamente con aire de conspirador.

–Tú tranquilo, Javier, que yo no he visto nada.

Estaba exhausto y delgado como un caballo después de la trilla. Su madre no se lo explicaba.

–Con todo lo que comes…

–Es la fatiga del combate, que me sale ahora, mamá; nada grave, no temas.

Pero Solange, su futura suegra, lo había mirado de una manera muy especial. ¿Se había enterado? Y en caso afirmativo, ¿por qué no había puesto el grito en el cielo y lo había denunciado a la abuela Mercedes?

En cambio, nadie había reparado en el aspecto radiante de Maite, esplendorosa como una rosa recién florecida.

–En principio, estoy de acuerdo -dijo Javier-. Pero permíteme que te exponga los inconvenientes que le veo yo a tu sugerencia.

–¿Por ejemplo?

–Que cuando vuelva, el sargento Martínez, el cabo Mendiola y los demás suboficiales serán mis subordinados, y eso no me parece bien.

–Pamplinas -contestó prestamente el capitán Olavide-. En primer lugar, no te puedo garantizar que vuelvas al Tercio de Montejurra. Puedes solicitarlo, sin que eso quiera decir que tu solicitud sea aceptada. Y en segundo lugar, si tenemos esa suerte, tanto el sargento Martínez como el cabo Mendiola y el resto de los suboficiales estarán encantados de estar a tus órdenes y de que los mandes. Lo he comentado con ellos y lo están deseando. Ellos mismos me han confesado que se sienten muy violentos cuando son ellos los que tienen que mandarte a ti. Aunque no te lo creas, tienes mucho ascendiente entre los requetés. Entre otras cosas, por ser quien eres y llamarte como te llamas. Tú sabes de sobra que te he tratado exactamente igual que a ellos, que nunca te he dispensado un trato de favor, que has limpiado las mismas letrinas que ellos, que te han picado los mismos piojos sin que a ti se te ocurriera jamás sacar a relucir tus blasones y tus apellidos…

–¡Por supuesto!

–Otros, en tu lugar, no lo habrían pensado dos veces, no lo dudes. –Hizo una pausa-. Pues bien, como te decía, los requetés de esta compañía, y de todo el tercio, te aprecian sinceramente, están al corriente de las desgracias que se han abatido sobre tu familia, y tienen tantas ganas de vengarte como tú mismo. Por ese lado te puedo garantizar formalmente que nada los hará más felices que verte volver con la estrella de seis puntas en la boina… Si tenemos la suerte de que te destinen a tu antigua unidad, claro está. Es tu deber para con la patria. No estamos en condiciones de desperdiciar elementos tan valiosos como tú. Piensa, además, que cuando vuelvas, me podrás tutear en público. Igual que al alférez Freire.

–Si me lo planteas así, no creo que me quede otra alternativa que presentarme.

–Por supuesto. Y otra cosa: no creo que te conformes con unos simples galones de cabo.

–Eso es verdad. Ahora que lo pienso, la abuela Mercedes me sugirió que un día luciría las tres estrellas de capitán.

–Pues ya sabes lo que te toca. No esperaba otra cosa de ti. De modo que ya me estás haciendo el petate, entregando el fusil al maestro armero, y esta misma tarde te largas a Andoain, coges el primer tren para Burgos, te presentas en Capitanía y allí te dirán a qué academia te destinan. Es una orden, cabo.

Javier cursó los estudios de alférez en el trasnochado balneario de Fuentecaliente, cerca de Miranda de Ebro, en compañía de quinientos jóvenes procedentes de todos los rincones de España, que se alojaban en sus antaño solemnes habitaciones equipadas ahora con esquemáticas literas de madera de pino.

El curso estaba al mando de un coronel español, mutilado de guerra. Las clases prácticas las impartían instructores alemanes, veteranos de la Gran Guerra. Las teóricas corrían a cargo de jefes y oficiales españoles, la mayoría, también mutilados de guerra. Los horarios eran muy apretados y la disciplina, muy severa. Los sábados por la tarde, los quinientos aspirantes a alférez eran autorizados para llegarse a Miranda o a Burgos, cuyas modestas luminarias se les antojaban el mismísimo París.

Un día, entre clase y clase, Javier se sintió inspirado, cogió papel y pluma y escribió una larga carta a su madre.

Querida mamá:

Te escribo desde la academia de Fuentecaliente, que es un caserón inmenso y destartalado que no hace honor a su nombre, pues hace más frío que en el Polo Norte. No sé quién le sacaría el nombrecito, pero desde luego se lució. De momento he conseguido sobrevivir y estoy razonablemente bien. Y tú, ¿cómo estás? ¿Ya descansas, comes y duermes lo suficiente? ¿Cómo están los abuelos? ¿Y tío Iñaki? ¿Y tío Josemari? ¿Tienes noticias de Maite? ¿Se sabe algo de Blanca?

Yo, como te digo, estoy bien. Comparto una habitación con Ignacio de Fontcuberta y Juan Manuel Desvalls, compañeros de la facultad, y con dos chicos gallegos, un vasco y un extremeño, con los que hago muy buenas migas. Porque has de saber que aquí hay chicos de toda España,

todos animados por el mismo entusiasmo de ganar la guerra y acabar con los rojos. Los falangistas son mayoría, como Luis Soler-Ribot, que también se ha apuntado. Los requetés estamos en minoría y de vez en cuando tenemos nuestras agarradas, como si no supiéramos que hace poco hemos sido **unificados** *por real decreto, algo que parece que nos revienta por igual tanto a unos como a otros. Nuestros jefes se esfuerzan en explicarnos que esa orden de Franco no es un capricho, sino que está pensada para unificar la retaguardia y conducir mejor la guerra. Como la de cambiar las flores de lis de los requetés por las estrellas reglamentarias del ejército español. No es que me disguste una estrella de seis puntas en la boina, pero me habría gustado más una flor de lis de plata como las de tío Josemari. Era más romántico. Al abuelo seguro que no le habrá gustado ni pizca. No sé si hacía falta* **unificarnos**. *Los requetés hemos dicho que no nos pondremos la camisa azul de los falangistas ni cantaremos el* **Cara al sol**, *y ellos que no se tocarán con la boina roja ni cantarán el* **Oriamendi**. *Peor para ellos. Ya veremos cómo acaba esta broma de la Unificación (esto lo tachará seguramente el censor). Suerte que la bandera es la misma para todos y en eso todos estamos de acuerdo.*

Nuestro régimen de vida es deliciosamente espartano. Dormimos en saludables colchonetas de paja, sobre no menos confortables tablas de madera. Las duchas son heladas, y la calefacción brilla por su ausencia. El confort es impecable, y el servicio, exquisito. No comemos precisamente a la carta, pero los garbanzos con chorizo del rancho escapan a toda descripción (solamente los podrías superar tú o la Carmeta). Todas las energías que nos proporcionan esas aristocráticas féculas las gastamos en las agotadoras **carreramar** *que nos imponen nuestros salvajes instructores teutones. Todas las mañanas, a las seis y media, casi a oscuras y con un frío helador, Karl von Noblock, un tieso, impecable y bien afeitado capitán alemán, nos saluda con un cordial, enérgico y sorprendente:*

–Guten Morgen, *compañía!*

que nosotros, para no ser menos, le contestamos igualmente en alemán:

–Guten Morgen, *Herr capitán!*

que al hombre le gusta mucho. He decidido que si un día llego a mandar una compañía, voy a saludar igual a mis soldados. No sé por qué

en el ejército español no se pueden tener esos detalles con la tropa. Saludar por las mañanas es lo menos que se puede pedir, ¿no te parece? Von Noblock ha estado en el famoso Chemin des Dames de Flandes y de vez en cuando nos cuenta sus experiencias bélicas.

Tras esta inusual salutación en el ejército español, damos comienzo a una apretada jornada de trabajo. Las mañanas las dedicamos a hacer gimnasia, trepar por cuerdas, saltar el potro, maniobras en el monte, asaltar unas trincheras inverosímiles, cortar alambradas con cizallas y cosas por el estilo, y las tardes, a clases teóricas: topografía, táctica, logística, armamento y ordenanzas militares.

El comandante Gil, el profesor de logística, aparte de haber perdido tres dedos de la mano izquierda en el Jarama, también ha perdido un hijo, alférez provisional de la primera promoción, y muchas veces, en plena explicación en clase, se nos queda mirando en silencio, con ojos turbios, como si nosotros se lo recordáramos (es como mi caso, sólo que al revés). Nos da mucha pena y no le gastamos jugarretas ni hacemos volar aviones de papel en su clase. Lo que son las cosas: los que estábamos encantados de haber colgado los libros en la universidad con la excusa de la guerra ahora hemos de apechugar con otras asignaturas que no tienen nada que ver con el derecho romano ni el Código Civil, pero que son igual de rollo.

El rancho es a las doce, la retreta a las nueve y el toque de silencio a las diez. No tenemos ni tiempo para aburrirnos. Los brigadas y los sargentos alemanes nos hacen ir más tiesos que una vara, no nos perdonan el más mínimo desliz y por menos de nada nos cascan un paquete.

–¡Señog, si mosca picag en nagiz, uno no moveg cabeza ni un milímetro! ¡Carreramar!

Pero en el fondo son buenas personas y están consiguiendo resultados magníficos, lo que tiene escaso mérito si se tiene en cuenta que la materia prima de que disponen, nosotros, es de la mejor calidad, modestia aparte. Von Noblock nos ha explicado que la disciplina, el aparato y la marcialidad castrenses, aunque aparentemente no sirven para nada, y menos para ganar batallas, son trucos psicológicos para formar un ejército y desarrollar el espíritu militar. El sargento Martínez opina lo mismo, aunque lo explique de otra manera y nos haya llevado **como**

putas por rastrojos. ***Perdona, mamá. Espero que siga con vida y volver a verlo pronto.***

Nos hemos acostumbrado a desfilar cantando briosas canciones alemanas con letra española, algo también inusual en el ejército español, pero que resulta muy efectivo para no perder el paso.

Pronto tendremos los exámenes finales. Me he propuesto sacar el número uno de la promoción. Lo voy a hacer por papá, que le habría gustado mucho, después del disgusto que le di. La entrega de despachos (¿verdad que suena rimbombante?) tendrá lugar seguramente en el paseo del Espolón de Burgos, en donde espero verte en la tribuna de honor, más guapa que nunca y con mantilla y peineta españolas, para dar envidia a mis toscos amigachos. Me lo tienes que prometer.

También nos hemos enterado de la buena nueva de la conquista de Málaga. Poco a poco les vamos comiendo el terreno a los rojos. Ya verás como pronto podremos volver a Requesens y averiguar lo que ha sido de Blanca. No me puedo quitar a mi hermana de la cabeza.

Muchos recuerdos a los abuelos, a tío Sinibaldo y a tío Josemari, si por fin le han dado permiso. Y a Restituto. Y tú, cuídate mucho. Si viene carta de Maite, me la guardáis. Te envío un abrazo muy fuerte. Te quiere mucho, tu hijo,

Javier

Javier omitió prudentemente contar a su madre la costumbre de saludarse entre sus compañeros con un jovial *Hola, cadáver,* ni la definición que se daban a sí mismos: *los provisionales son animales que nacen, crecen, se estampillan y mueren.*

Su carta se cruzó con la de su madre.

Querido hijo:

¿Cómo estás? ¿Cómo te sientan estas* vacaciones *de guerra? Por lo menos, ahora sé que estás a cubierto de las balas y no te pueden matar, lo que siempre es un consuelo para una madre, pero me siento muy orgullosa de que te hayas alistado a esos cursillos de alféreces provisionales que por aquí llaman* cadáveres efectivos*, un nombrecito que me da escalofríos sólo de oírlo.

Yo me voy recuperando bastante bien, y ahora, con un grupo de amigas mías, he instalado un taller de confección de prendas de abrigo para los combatientes en los bajos de casa y funcionamos a todo gas. No

sabes lo bien que me sienta el trabajo. Por lo menos me hace olvidar nuestras desgracias. No conocerías el caserón de los abuelos, lleno de señoras de mi edad y jóvenes **margaritas** *dándole a las agujas y a las tijeras. Otras tantas hacen de enfermeras en el hospital militar Alfonso Carlos, y a ninguna se le caen los anillos. Aquí nadie ha regateado sacrificios a la patria y se han apuntado a todo.*

Los Clermont se fueron dos días después de tu partida. Hubert tenía bastante razón cuando te pidió que aplazaras el anuncio de tu compromiso con Maite. Aún eres muy joven, Javier, sólo tienes veintiún años. Ten un poco de paciencia. Y un año pasa volando. Pero celebro muchísimo que quieras casarte con Maite. Como ya te dije en otra ocasión, es un encanto de niña. Yo también la quiero. La adoro. Como a una hija. Aunque lo barruntaba, me sorprendió bastante cuando te levantaste para hablar, sin haberlo consultado antes conmigo. Claro que te habría dado la razón. La que no cabía en sí de satisfacción era Solange, mi futura consuegra. No me atrevo a pensar a qué se refería Hubert cuando dijo que **podían pasar muchas cosas con una guerra de por medio.** *Me estremezco sólo de pensarlo.*

El que ha estado aquí, no hace mucho, ha sido mi hermano Josemari, que ha preguntado por ti y te envía sus recuerdos, y que a ver cuándo podréis coincidir. Estuvo en la batalla del Jarama y dice que se libró por los pelos de caer prisionero de los rojos. Una no gana para sustos. Supongo que te has enterado de la conquista de Málaga por nuestras fuerzas.

También nos han visitado Higinio y Laura Masferrer. Venían de pasar unos días en San Sebastián, con Concha y Merceditas, y me invitaron a almorzar a Las Pocholas. Luego siguieron viaje a Salamanca, donde Higinio ha encontrado **trabajo** *como secretario y jefe de etiqueta y protocolo del general conde de Jordana, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores español. El hombre está encantado de la vida, ya sabes tú lo que le gustan estas cosas. Laura dice que se va a apuntar al Servicio Social de la Falange que ha fundado Pilar Primo de Rivera. Me ha preguntado por ti y me ha dicho que te diera muchos recuerdos de su parte y te dijera que tiene muchas ganas de verte.*

Tío Sinibaldo viene a vernos de vez en cuando. También ha estado con nosotros unos días mi hermana mayor, Beatriz, que nos ha contado la

angustia y el susto que pasaron cuando San Sebastián cayó en poder de los rojos. Afortunadamente no les ocurrió nada ni les quemaron el convento como ha ocurrido en tantos lugares de España.

La que está un poco pachucha es tu abuela Mercedes. Cosas de los años que, en cambio, no parecen afectar a tu abuelo, que cada día está más insoportable y pretendía que Restituto tocara diana floreada todas las mañanas. ¡Imagínate! Lo primero que he hecho ante la amenaza ha sido esconderle el cornetín de órdenes.

Mauricio Soler-Ribot no para de viajar de Burgos a Salamanca y a la frontera. Ya lo conoces. Es una verdadera máquina de trabajar. No sé exactamente a qué se dedica, pero debe de ser muy importante, porque tiene un coche oficial a su disposición. Pero el hombre no suelta prenda. Luisito, su hijo, está en una Centuria de Falange y me parece que también quería apuntarse a los cursillos de alféreces provisionales.

El tiempo por aquí sigue regular, y la primavera se hace la remolona. A ver si me escribes pronto. Todos los días rezo a Dios para que te libre de todo mal. A la espera de darte un abrazo muy fuerte, recibe un beso de tu madre, que te quiere.

Cecilia

Javier alzó la vista de la hoja de papel y se quedó mirando unos desconchados churretosos que había en la pared de la habitación que compartía con sus compañeros. *Pueden pasar muchas cosas con una guerra de por medio.* Hubert era diplomático y hablaba como un diplomático. Hubert no podía exponer crudamente la realidad: que podía dejar viuda a Maite antes de tiempo. Antes del tiempo razonable que uno concede a un matrimonio normal. La cosa sucedía con cierta frecuencia. No tenía más que dirigir la vista alrededor. ¿Cuántos camaradas suyos habían perdido la vida? Josetxu Larramendi, Pedro Larraínzar, Tricu, *el Erizo*… A Jesús Mendiola le fue de un pelo. Abelardo Larratea, aquel requeté de Mendigorria que voló por los aires con la mula *Faraona.* Había dejado viuda y dos niños pequeños. Hubert no había podido exponer tan crudamente sus temores. Sobre todo, con su madre delante. Que, sin embargo, lo había intuido al instante. Javier estaba seguro de ello.

La mañana de marzo olía a primavera temprana. Pero unas nubes blancas, recortadas como las almenas de un castillo, agazapadas al otro

lado del profundo foso del Henares, parecían presagiar un frío y repentino cambio de tiempo.

Al otro lado de la cuneta, en la linde de un campo, un pastor enfundado en una tosca capa negra, paraguas terciado a la espalda y apoyado en un cayado, contemplaba con los ojos entornados la ruidosa columna motorizada que progresaba rápidamente por la carretera general Zaragoza-Madrid. De vez en cuando se pasaba la mano por la barba sin afeitar de su cara picada por la viruela. A su espalda, las ovejas, guardadas por un par de peludos mastines, triscaban los ásperos rastrojos de un campo de cebada.

Al frente de la flamante columna del Corpo di Truppe Volontarie (o CTV), formada por las divisiones Dio lo Vuole y Fiame Nere, marchaba el general Edmondo Arnaldi, encajado incómodamente en la barquilla de un sidecar Harley Davidson, muy satisfecho de lo bien que se estaba desarrollando la operación planeada para conquistar Guadalajara y, de paso, enlazar con el saliente nacional del Jarama, y así completar el cerco de Madrid por el sur. A él mismo le había sorprendido la pasmosa facilidad con que habían barrido la débil resistencia que les había opuesto el enemigo. Avanzaban al doble de velocidad, por lo menos, que la agrupación del coronel Moscardó que les cubría el flanco derecho, a pesar de haber salido las dos columnas al mismo tiempo de Sigüenza, la base de partida de la ofensiva. ¿Se debería a la alta calidad combativa de sus hombres, muchos de ellos veteranos fogueados en Abisinia? ¿A la moral que les había insuflado la toma de Málaga? Una brillante victoria por la que habían sido felicitados por el Generalísimo en su cuartel general de Salamanca, homenajeados como héroes y entrevistados por periodistas extranjeros simpatizantes de la causa nacional, entre ellos, el joven y prestigioso corresponsal inglés Harold Philby, cuyas entusiastas crónicas en el *Times* eran devoradas por los lectores ingleses partidarios de Franco. Él mismo le explicó, con todo lujo de detalles, la proyectada ofensiva sobre Guadalajara, y cómo iban a infligir a los rojos la mayor derrota de toda la guerra. Como llevaba todas las trazas de confirmarse, a juzgar por la velocidad con que su columna progresaba rápidamente por aquellos desolados y pedregosos páramos de la Alcarria, punteados, aquí y allá, por altos tejos y oscuros sabinares; un severo paisaje que le recordaba la altiplanicie abisinia, en

donde había ganado sus entorchados de general. *La guerra motorizada,* una nueva forma de hacer la guerra desarrollada por el general Roatta, jefe supremo del CTV.

En su orden de operaciones figuraba que su columna, al llegar al kilómetro 85, debía desviarse hacia Brihuega y conquistarla, para envolver el dispositivo enemigo por el sur y luego enlazar, en Torrija, con la agrupación de Moscardó, y cerrar así la tenaza. A continuación, la División Litorio, que marchaba a retaguardia, embestiría de frente, como un ariete, y Guadalajara caería en su poder como una fruta madura que se desprende del árbol. La estrategia había sido concebida por el general Dávila. Pero el honor de llevarla a la práctica había recaído en el CTV, tras la insistencia demostrada por el general Roatta. Franco y los generales de su Estado Mayor acabaron cediendo, convencidos a medias. Era un gesto que debían a sus aliados.

Ahora, justamente, acababan de llegar al mojón del kilómetro 85, y de allí, efectivamente, arrancaba una carretera hacia la izquierda. Pero no había ningún letrero indicador. ¿Sería la de Brihuega? Muy molesto, el general Arnaldi alzó el brazo y mandó detener la columna, que se detuvo a sus espaldas con ruidoso chirriar de frenos y neumáticos. Algunos soldados aprovecharon la detención para saltar de los camiones, estirar las piernas y hacer sus necesidades en la cuneta. El general Arnaldi se desincrustó trabajosamente de la barquilla del sidecar, se apeó, y su ayudante de campo se apresuró a desplegar ante sus ojos un plano Michelin.

-*Carpo di Baco!* -refunfuñó, molesto-. ¡No hay quien entienda estos malditos mapas españoles!

–Es francés, mi general.

–Francés o español, tanto da.

El ayudante orientó el mapa y señaló con el dedo.

–Parece obvio que, si torcemos a la izquierda, llegaremos a Brihuega.

–¿Qué le hace sospechar que esta carretera es la de Brihuega?

–No es un vulgar camino de tierra, mi general, sino una carretera bien asfaltada que debe de conducir a una población de cierta importancia, como es Brihuega.

–¿Y por qué no está indicada en el mapa?

El ayudante se encogió de hombros.

A todas éstas, el general Arnaldi reparó en la silueta del pastor que los estaba contemplando desde la linde del campo.

Componía una deliciosa estampa bucólica, con su amplia y pintoresca capa castellana, el paraguas terciado a la espalda y las ovejas paciendo a su alrededor. Parecía puesto allí por la mismísima Providencia para sacarlos del atolladero.

–Oiga, buen hombre -se dirigió a él, en su mejor español-. ¿Nos podría confirmar si ésta es la carretera de Brihuega?

El pastor fue rápidamente a reunirse con ellos.

–Sí, ésa que sale a la izquierda -contestó sin vacilar, señalando con el cayado. Y añadió a continuación-: No tienen pérdida. Primero cruzarán un encinar y luego dejarán a la derecha el palacio de Ibarra, un palacio muy bonito. Al paso que van ustedes, dentro de dos horas, o menos, se plantan en Brihuega.

–Muchas gracias, buen hombre. ¿Quiere un cigarrillo?… Tenga, quédese la cajetilla entera.

–Muchas gracias -dijo el pastor guardándosela en el bolsillo de su sobada chaqueta de pana.

–No hay de qué.

–A mandar, que para eso estamos.

El general Arnaldi volvió a instalarse en la barquilla del sidecar, dio la voz de avante, y la larga columna de camiones y tanquetas volvió a ponerse ruidosamente en marcha. Los soldados rompieron a cantar *Facceta nera bell'abisinia,* y al desfilar delante del pintoresco pastor español, lo saludaron con el brazo extendido a la romana.

-Arrivederci!

–¡Con Dios!

El Segador les devolvió el saludo y pasó revista a la bien equipada columna que rodaba confiadamente delante de él: los soldados instalados a bordo de excelentes camiones, todos muy bien uniformados y con cascos de acero, los cañones antitanques montados sobre ruedas de goma, flamantes motos-ametralladoras, poderosas tanquetas con su número en los costados, cocinas de campaña, ambulancias con la cruz roja sobre círculos blancos… Nada escapó a su ojo vigilante. Nada que

ver con su desvencijada columna, que salió de Barcelona a finales del pasado mes de julio.

Desde entonces había llovido mucho: se había afiliado al partido comunista, ahora mandaba una división y se codeaba con Líster, el cantero gallego formado en la Academia Frunce de Moscú, con Cipriano Mera, albañil de profesión y agresivo sindicalista, y con el general Lukaks, jefe de la XII Brigada Internacional.

Cuando la última tanqueta se hubo perdido de vista, silbó a los perros, recogió el rebaño y cinco minutos más tarde llegaba al corral, de donde había salido de buena mañana, y entregaba los corderos al pastor, que le tenía un caballo ensillado. El Segador montó, picó espuelas y salió escapado hacia Brihuega, tomando un atajo a través de un pinar.

El general Arnaldi dejó la División Dio lo Vuole en el palacio de Ibarra, mientras él continuaba con las Fiame Nere hacia Brihuega, adonde llegó a media tarde. Los rojos la habían abandonado, y la pudo ocupar sin disparar un tiro. Mejor así. Pero no tomó la elemental precaución de ocupar las alturas que rodean esa vieja ciudad amurallada regada por el Tajuña, repitiendo el mismo error en que incurrió lord Stanhope, sostenedor del archiduque de Austria.

Eso fue lo primero que hizo el Segador una vez de vuelta en su puesto de mando.

Al primer golpe de vista, había captado el valor estratégico de aquellas lomas. Sin tener ni la más remota idea de que era exactamente lo mismo que había hecho Vendôme, el joven y brillante general de Luis XIV, doscientos años antes, un inteligente dispositivo que le permitió pulverizar la fuerza de lord Stanhope con total impunidad.

El Segador mandó emplazar sus cañones apuntando a la histórica y desprevenida villa por cuyas plazas y callejas empezaban a deambular los voluntarios italianos del CTV.

Aquella misma madrugada, el frente de nubes había cruzado el foso del Henares y ahora empezaba a descargar fríos chubascos de aguanieve. El Segador se frotó las manos. Aquellos aguaceros no podían servir mejor a sus propósitos. Aguardó pacientemente a que la totalidad de la división italiana acabara de meterse en la ratonera. Cuanto más apiñados estuvieran, mejor blanco presentarían.

Protegido con un chubasquero, pasó revista a los artilleros que cubrían las piezas y a los soldados que se calentaban en torno a las fogatas de los vivaques. Charló con ellos y les prometió una brillante victoria para el día siguiente.

Tuvo especiales palabras de aliento para Nino Nanetti, fervoroso comunista y ex trabajador metalúrgico, que estaba al mando del Batallón Garibaldi de la XI Brigada Internacional.

–Ahí tienes a tus paisanos traidores, Nanetti -le dijo señalando con el dedo el pozo oscuro a sus pies, donde titilaban débilmente las luces de Brihuega-. A tu merced. Ha llegado la hora de que empieces a ajustarles las cuentas.

Una sonrisa maligna se dibujó en la cara de Nino Nanetti, sobre la que caía el agua de lluvia.

–Descuida, camarada Segador, que ahora van a pagar muy caro los tres años que estuve encarcelado en el penal de la isla de Lípari por orden de Mussolini.

Cuando hubo suficiente luz, a una orden del Segador, cuarenta cañones de diversos calibres abrieron fuego al unísono, y un huracán de fuego y metralla se abatió sobre la desprevenida concentración de tropas italianas.

A través de sus prismáticos, el Segador podía ver cómo los camiones y las tanquetas maniobraban torpemente para dar media vuelta y tratar de escapar por donde habían venido la tarde anterior. Pero al salirse del asfalto de la carretera, los flamantes vehículos se hundían hasta los ejes en los campos embarrados. Los soldados saltaban de los camiones, abandonaban las armas y huían a pie. Los oficiales se veían impotentes para contener la desbandada.

La lluvia y la aguanieve convirtieron igualmente en un barrizal el aeropuerto de fortuna de Almazán, a unos cien kilómetros de distancia al norte, en la provincia de Soria, impidiendo el despegue de los bombarderos Saboya, que no pudieron hacer nada para acudir en socorro de sus atribulados compatriotas. Cosa que pudieron hacer perfectamente, en las pistas de cemento de Barajas, los bombarderos Curtis gubernamentales, que despegaban a medida que iban reponiendo su carga de bombas.

La División Dio lo Vuole, atrincherada en el palacio de Ibarra, fue reducida a cañonazos. La Littorio, que acudía en ayuda de sus hermanas, fue arrastrada en su caótica desbandada, lo que acabó de completar el desastre.

El intento del Corpo di Truppe Volontarie de romper el frente rojo por Guadalajara se saldó con dos mil muertos, cuatro mil heridos, otros tantos prisioneros, la pérdida de sus banderas y enormes cantidades de material de guerra que pasaron a engrosar los exhaustos parques de la República. El Duce montó en cólera y prometió que ningún soldado del CTV volvería vivo a Italia si antes no alcanzaban una victoria resonante que lavara la vergüenza de la derrota de Guadalajara, una batalla (mal llamada de Guadalajara) que el periodista inglés Herbert Matthews calificó como *The battle of the Century,* un siglo que había conocido las del Somme y Verdún.

El general Roatta, por su parte, explicó que a sus hombres les *había faltado furia.*

El día de la entrega de despachos a la nueva hornada de alféreces provisionales amaneció templado y soleado, sin una sola nube en el cielo. En los tilos del Arlanzón asomaban los primeros brotes de la primavera. Repicaban alegremente las campanas de la catedral de Santa María de Burgos. Los balcones y las tribunas que daban al paseo del Espolón aparecían profusamente engalanados con banderas españolas. La banda de música interpretaba *Los voluntarios, Banderita* y otros briosos aires militares.

Después de la marcial ceremonia, la tercera promoción de alféreces de Fuentecaliente desfiló a tambor batiente frente a las tribunas de autoridades.

Javier braceaba enérgicamente con la marcialidad prusiana que les habían inculcado a sangre y fuego los brigadas y los suboficiales alemanes. Después de casi dos meses de estudio y prácticas intensivas, había superado con éxito los exámenes reglamentarios. No obstante, había tenido que conformarse con el número dos de la promoción. El primero lo había sacado Cirilo Martín Retortillo, un chico de Huesca, hijo del notario de la ciudad, de brillante inteligencia y memoria prodigiosa, facultades que le habían valido el remoquete de *el Einstein*

de Aragón. **Javier se había apresurado a felicitarlo, sin sombra de envidia.**

En la cena de despedida, el director de la academia y diversos profesores les habían dirigido la palabra y deseado suerte en su nuevo empleo. Javier retuvo especialmente el consejo que les dio el capitán Von Noblock:

–Y no olviden eso que les he dicho muchas veces: sean buenos camaradas de sus hombres, trátenlos como a personas y nunca les manden cosas que ustedes no puedan hacer. He visto a oficiales inhumanos caer en el primer combate, abatidos por la espalda, por sus propios hombres.

En la guerrera y la boina lucía una solitaria estrella de seis puntas que lo llenaba de satisfacción y orgullo, pese a su insignificancia en el escalafón castrense. Pero lo que acababa de completar su felicidad era que su solicitud de ingreso había sido atendida y lo habían destinado a su viejo Tercio de Montejurra, y a su misma compañía. Los idus de marzo, tan denostados por los oráculos de César, no podrían haberle sido más favorables.

Cuándo el capitán Von Noblock mandó *¡Vista a la derecha!*, Javier giró la cabeza como un autómata, y en el palco de honor, junto a la gruesa figura del general Orgaz, descubrió a su madre vestida de negro, con peineta y mantilla españolas, que lo miraba emocionada y orgullosa. Antes de que el capitán ordenara *¡Vista al frente!*, con el rabillo del ojo aún pudo ver a Mauricio Soler-Ribot y a Laura y a Higinio Masferrer en la tribuna de invitados. ¡Vaya sorpresa! Laura también vestía de negro y lucía peineta y mantilla españolas y estaba muy guapa.

Finalizado el desfile y disuelta la formación, Javier corrió a reunirse con su madre.

–¡Mamá!

–¡Javier!

Cecilia se olvidó del general Orgaz, de las dignísimas autoridades burgaleses y de la compostura que se espera de una dama de su alcurnia en un acto tan protocolario, y se arrojó impetuosamente en los brazos de su hijo como una jovencita atolondrada. Javier la abrazó con igual entusiasmo y la levantó jubilosamente en el aire.

–¡Mamá!

–¡Ay, cuidado con la mantilla! – protestó Cecilia llevándose las manos a la peineta.

–¡A la porra la mantilla!

–¡Suéltame!

Javier la depositó en el suelo con cuidado y Cecilia se compuso el tocado.

–¡Eres incorregible, Javier! – protestó por pura fórmula-. ¡Nunca aprenderás a comportarte en público!

Pero no podía disimular la felicidad que la inundaba.

Mauricio Soler-Ribot e Higinio y Laura Masferrer le felicitaron y, a continuación le dieron el pésame por las muertes de su padre, su hermano y su abuelo. No habían tenido ocasión de verse desde el comienzo de la guerra.

–Lo sentimos mucho, Javier -dijo Mauricio hablando por los tres, al tiempo que le estrechaba la mano-. Mucho, no te lo puedes imaginar. Tu padre era un caballero como quedan pocos. Y un valiente. Por no hablar de tu abuelo.

–Yo también lo siento mucho -dijo Laura-. Yo los quería a los tres. Sobre todo a Gonzalito, mi amigo de aventuras juveniles en La Fontana. Siempre lo recordaré.

Y pareció que se enjugaba una lágrima con la punta del pañuelo.

Mauricio los invitó a todos almorzar en Casa Tejada. Aunque era coronel honorario, ahora iba de paisano.

A Mauricio Soler-Ribot le habían bastado dos meses escasos para convertirse en la mano derecha del coronel Sagardía. Su primer éxito importante fue descubrir el complot urdido para atentar contra el acorazado *Deutschland*, fondeado en la bahía de Vigo. Con la colaboración de la Abwehr y la marina de guerra alemana, dejó *capturar* a un agente doble con información precisa sobre la fecha y la hora exactas en que el acorazado atracaría en el muelle del Arenal para ofrecer una recepción a las autoridades de la ciudad y, de paso, repostar carne, pescado, verduras y otras vituallas frescas. Mientras sonaba la música y el capitán del barco atendía a sus invitados en la toldilla, tres carretillos, cargados hasta los topes de hortalizas, tomates y melones, entraban por el portillo de estribor.

Una vez dentro, el portillo se cerró y una guardia armada rodeó a sus sorprendidos conductores. Un registro permitió descubrir varias potentes bombas de relojería camufladas entre la verdura. Intoxicación, en una palabra. El primer sorprendido del éxito fue él mismo.

–Está aquí mismo, a la vuelta de la esquina -informó a Cecilia.

Un letrero en la puerta anunciaba que en Casa Tejada se servía el *plato único,* en cumplimiento estricto de la medida decretada por la autoridad como demostración de patriotismo y austeridad bélica.

Mauricio guiñó un ojo a Javier cuando captó su fugaz expresión de desilusión.

–No temas, Javier, se trata de un *plato único* muy especial, si puedes esperar un poco.

El mesonero en persona salió a recibirles a la puerta, envuelto en embriagadores tufos culinarios.

–Por aquí, don Mauricio, si es tan amable. Les he reservado una mesa del fondo para que se encuentren más cómodos…

–Como puedes ver, Cecilia -se excusó Mauricio, una vez se hubieron sentado en torno a una sencilla mesa de madera de pino-, no es el restaurante más elegante de Burgos, ni de lejos, pero sí el más típico y el que sirve el mejor lechazo al horno, una especialidad de esta tierra, que no podríamos degustar en el hotel del Norte y de Londres, con todas sus ínfulas de grandeza. Yo suelo venir aquí con mucha frecuencia.

–Ya me he dado cuenta -dijo Cecilia.

El asador no tardó en llenarse con nuevas remesas de jóvenes alféreces acompañados por sus padres, hermanos pequeños, tíos y tías, todos dispuestos a festejar el nombramiento por todo lo alto. En los ojos de sus madres se reflejaban el orgullo y la ansiedad a partes iguales. Javier los saludaba a medida que iban entrando.

–Bueno, Javier, cuéntanos -dijo Mauricio-, que hace mucho tiempo que no sabemos nada de ti.

–Ni yo de vosotros.

Mientras saboreaba a conciencia el *plato único* (que resultó ser *todo en un plato),* Javier se esforzaba en ignorar las miradas cargadas de

significado que le dirigía Laura, mientras ésta lo iba poniendo al corriente de sus viajes y vicisitudes:

–Por fin nos hemos instalado en Salamanca y hemos alquilado un piso muy espacioso, en la misma rúa Mayor, entre la casa de las Conchas y la plaza Mayor. Muy cerca del palacio arzobispal. – Hizo una pausa y continuó-: Salamanca es una ciudad espléndida. Y sumamente cómoda. Una está a un paso de todo, y se puede ir a pie a todas partes, sin necesidad de coger el coche ni el metro. No es como Barcelona ni Madrid. Mi tía Enriqueta nos ha presentado a un montón de gente conocida, familiares y amigos, como los Pérez-Tabernero, los Estella, los Covaleda, los Ribero, los Ibarra, los Urquijo… y nos invitan a fiestas y a tientas en el campo. En fin, que lo pasamos estupendamente bien.

–Y yo he entrado a trabajar en el gabinete de protocolo del general conde de Jordana -dijo Higinio-. Ya sabes, organizar recepciones, recibir a…

–¡Y no sabes lo barata que resulta la vida! – lo interrumpió Laura-. Con tres duros que le doy a la cocinera, vuelve de la plaza con la cesta llena a rebosar y aún le sobra dinero. La carne es de primera y baratísima. Y el marisco, no digamos. ¿A que no dirías lo que cuesta un kilo de langostinos gordos como langostas?

–¿Diez pesetas? – aventuró Cecilia calculando por lo bajo.

–¡Siete! Encuéntralos en el mercado de la Boquería por ese precio. ¡Cuando lo pienso! Cerca de casa hay un restaurante que se llama La Viuda del Fraile, nada menos, adonde vamos a cenar con mucha frecuencia y por cinco duros nos ponemos morados.

–¡Laura! – protestó Higinio-. ¡Qué maneras de hablar son ésas!

–No sé por qué te escandalizas, Higinio, es la pura verdad. Siempre está de bote en bote… Javier, si un día te dan permiso, nos gustaría mucho invitarte a cenar, ¿verdad, Higinio?

–Por supuesto.

–Anda, Javier, anímate -insistió Laura-. Pasaríamos el día montando a caballo, asistiendo a tientas y persiguiendo novillos por el campo.

–¡Pareces tonta, Laura! – replicó Javier-. ¿Cómo quieres que me anime? En las presentes circunstancias no puedo aceptar invitaciones

ni hacer planes de ninguna clase. Supongo que te habrás enterado de que hay una guerra en curso, ¿verdad?

–Sí, claro, me temo que sí -dijo Laura después de reflexionar unos segundos. Pero se animó al instante y preguntó-: ¿Se puede saber adónde te destinarán ahora?

–A la Primera Brigada de Navarra.

–Dicen que Mola quiere tomar Bilbao -dijo Higinio.

–Eso mismo dice *Radio Macuto.*

–Oye, Javier, antes de que me olvide -dijo Laura después de secarse delicadamente los labios con la servilleta-. Merceditas te envía sus recuerdos más cariñosos y me encarga que te diga que aún se acuerda de la Prueba del Valor.

–¿Todavía?

–No te puedes imaginar cómo.

–Pues se los devuelves, y dile que yo también me acuerdo muy bien de ella y de lo valiente que fue.

–Javier, un día tendrás que explicarme esa dichosa prueba -dijo Higinio.

–Imposible -respondió Javier-. Todos los participantes hemos prestado un juramento secreto. ¿No te lo ha contado Laura?

–Sí, y no hay manera de que me dé más detalles.

–¡Pero, querido, se trata de un juramento espantoso! No querrás que me quede ciega, ¿verdad?

Después del café, Mauricio se despidió para reintegrarse a su trabajo en Capitanía. Se excusó:

–Lo siento, Cecilia, el trabajo es el trabajo. Nos veremos esta noche en el hotel.

Cecilia y su hijo dedicaron la tarde a ir de tiendas, pasear por la ciudad y visitar la catedral, en donde pudieron disfrutar de los ensayos del Adagio de Albinoni a cargo de un organista inspirado que los transportó a un mundo mágico y elevado, muy lejos de las miserias y las angustias de la guerra.

Se reunieron todos para cenar en el solemne comedor del hotel del Norte y de Londres, y luego tomaron café y licores en el salón, sentados en un tresillo dispuesto en torno a una mesita. La sobremesa se

prolongó hasta las once. Cecilia y Mauricio no tardaron en despedirse y retirarse a sus habitaciones. Poco después lo hizo Higinio.

–No tardes mucho -dijo a Laura disimulando un bostezo con la mano-. Mañana me gustaría salir temprano.

–Déjame terminar esta copa de brandy y subo en seguida.

–Buenas noches, Javier, que descanses.

Laura se sentó en una butaca, frente a Javier, encendió un cigarrillo y cruzó despreocupadamente las piernas. Vestía un ajustado jersey de angora que moldeaba provocativamente su busto.

–¿Te has dado cuenta de que nos hemos quedado solos? – comentó paseando la vista por el amplio y caldeado salón recargado de solemnes molduras y cortinajes.

–Casi solos -precisó Javier señalando con la vista unos huéspedes con aspecto de extranjeros, enfrascados en la lectura de la prensa-. Oye, ¿qué hace tu padre, si puede saberse? Me tiene intrigado. Todas las puertas se le abren y la gente lo saluda con el máximo respeto.

Laura bajó la voz.

–Te lo diré, pero tú no lo digas a nadie: es el jefe del contraespionaje nacional, a las órdenes directas del coronel Sagardía, del Servicio de Información Militar.

–La primera noticia -dijo Javier, sorprendido-. Apuesto a que debe de hacerlo la mar de bien. A tu padre no se le escapa una. Las pilla al vuelo.

–Puedes imaginártelo… pero no le digas a nadie que te lo he dicho yo.

–Descuida.

–¿Y ahora por qué no hablamos de nosotros? Tenía muchas ganas de volver a verte.

–Y yo a ti -contestó Javier sinceramente, desviando con un esfuerzo la vista de las redondas rodillas de la joven.

–¿Eso es todo lo que se te ocurre?

–Podría añadir que estás muy guapa.

–Muy amable por tu parte. Y si no es mucha indiscreción, ¿puedo preguntarte si te has acordado alguna vez de mí?

–Sí, muchas veces.

–¿Y de lo bien que lo pasamos en La Fontana?

–Por supuesto.

–¿Y no te gustaría repetir la experiencia?

–Sin una alfombra mágica, veo un poco difícil volar a La Fontana.

–Es mucho más fácil que todo eso: nuestras habitaciones están en el segundo piso. En un momento aparezco en la tuya y… el resto lo dejo a tu imaginación.

A Javier, el corazón le dio un vuelco.

–¿Cuándo?

–Ahora.

–¡Laura, no sabes lo que dices!

–Sé muy bien lo que digo. ¿Has oído hablar del *reposo del guerrero?* Esta noche me siento magnánima y estoy dispuesta a amenizarte tu particular reposo bélico. En mis brazos amorosos olvidarás las miserias de la guerra, la tensión de los combates y demás cosas por el estilo.

–Laura, eres una buena amiga, me gustas mucho, tengo un buen recuerdo de ti, pero…

–Pero hay otra mujer en tu vida, ¿no es eso lo que ibas a decirme?

–Lo has adivinado.

–Maite, ¿verdad?

–Sí.

–Lo suponía. Tu madre nos ha hablado mucho de ella y de lo bien que os acogieron en su casa de Palau de Cerdaña.

–No pudieron portarse mejor con nosotros.

–Yo habría hecho lo mismo.

–Estoy seguro, gracias.

Se produjo una pausa.

Los últimos huéspedes dieron por finalizada la lectura de la prensa. Se levantaron de sus butacas y se dirigieron a recepción a pedir las llaves.

Laura aplastó la colilla de su cigarrillo en un cenicero.

–Tengo que reconocer que tienes muy buen gusto. Maite es una chica muy mona. No tuve ocasión de verla el último verano, pero apuesto a que se habrá convertido en una joven muy atractiva.

–Sí, en efecto.

–Y te ha sorbido el seso y tú le has prometido amor y fidelidad eternos.

–Sí. Y nos hubiéramos prometido si su padre no se hubiera opuesto.

–Javier, permíteme que te diga que eres un ingenuo incorregible: las promesas de amor no son más que la expresión de un buen deseo que no resiste la tentación de la carne. La mía, por ejemplo.

–Eso lo dirás tú.

–¿Quieres que te lo demuestre? – preguntó Laura, que se subió las faldas hasta más arriba de las costuras de las medias de seda negras-. Ya soy mayor -le recordó burlonamente-. Llevo medias.

–¡Laura, que te pueden ver! – exclamó Javier, alarmado.

La joven volvió la cabeza y miró por encima del respaldo de su butaca.

–¿Quién? Yo no veo a nadie…

–Pero pueden entrar.

–Te he puesto nervioso, ¿verdad? – inquirió Laura.

–Sí -reconoció Javier con la vista fija en los muslos de Laura.

–Puedes tocarme las piernas para comprobarlo.

–No me hace falta, desde aquí las veo muy bien.

–¿Verdad que son muy bonitas? – dijo la joven estirándose las medias con coquetería.

–Sí, muy bonitas.

–Pues serían tuyas si quisieras.

Laura las abrió con deliberada lentitud para mostrar su turbadora intimidad.

Javier miró fascinado la protuberancia de su monte de Venus, que se insinuaba bajo las bragas. Hizo un esfuerzo por apartar la vista y estudiar los cortinajes del salón. Imposible.

Volvió a mirar la provocadora entrepierna de Laura, que lo retaba con sus ojos de gata, maliciosamente entornados.

–¿Qué te parece si subimos a tu habitación para que puedas comprobarlo en la cama, con más comodidad, al mismo tiempo que te demostraré que la fidelidad es un mito? Con cinco minutos tendré suficiente.

–¡Laura!

La joven sonrió.

–¿Ves como tienes miedo?

–Estoy temblando. ¿Por qué no te vas a acostar? Tu marido debe de estar esperándote. Le has prometido que subías en seguida.

–Estará dormido como un ceporro, si eso es lo que te preocupa.

–No insistas, Laura, te quiero como a una buena amiga, pero no puedo hacerle esta faena a Maite, compréndelo. Ni a tu marido.

–Sólo serán diez minutos, nadie se va a enterar.

–Nos enteraremos tú y yo, y después me remordería la conciencia.

–O sea, que te gustaría.

–¡Por supuesto que me gustaría! ¡Que uno es de carne y hueso como cualquier hijo de vecino!

–¿O sea, que te gusto?

–¡Claro que me gustas! Te lo he dicho muchas veces. Te encuentro muy atractiva.

–¿Pues a qué esperas?

–No espero nada.

–¿Es tu última palabra?

–Sí.

Laura suspiró, desalentada.

–¡Qué despedida más triste! ¿No tienes compasión de una pobre doncella desvalida?

–Por favor, Laura, no digas más gansadas -dijo Javier, levantándose-. Anda, vamos a dormir, que ya es muy tarde y mañana tengo que madrugar.

–¿No te dará pena dormirte solo? – preguntó Laura haciéndose la remolona.

–Sí, pero tendré que aguantarme, qué remedio.

Laura juntó las piernas, se bajó las faldas hasta las rodillas y se levantó.

–¿Pensarás por lo menos alguna vez en mí en la soledad de tu trinchera cuando levantes la mirada a las estrellas?

–Te lo prometo, anda, vamos.

Se dirigieron a recepción y Javier pidió la llave de su habitación al galoneado recepcionista, que la descolgó de su casillero.

–Aquí la tiene, caballero. ¿Tenemos que despertarlo a alguna hora especial?

–A las siete, por favor.

Junto a la cancela del ascensor, Laura lo observaba con expresión pensativa. El ascensorista, finalizada su jornada laboral, se había retirado a descansar.

Javier se reunió con ella y entraron en la estrecha cabina de caoba y terciopelo. Javier pulsó el botón y el ascensor se puso en marcha. Mientras ascendían pausadamente, Laura se le acercó insinuante y lo miró fijamente a los ojos. Javier intentó disimular. La cabina se detuvo en el segundo piso. Javier cerró cuidadosamente las puertas a sus espaldas. Laura no le quitaba la vista de encima.

Ante ellos se extendía el pasillo alfombrado, iluminado a trechos por lamparillas con pantalla que esparcían una claridad tenue y cómplice. Un tanto vacilantes, echaron a andar hacia sus habitaciones. Javier se detuvo frente a la suya, abrió la puerta y cruzó confiadamente el umbral. Laura siguió tras él.

–Buenas noches, Laura.

–¿Me das un beso de despedida? – pidió Laura con un susurro.

Javier se inclinó y la besó en la mejilla.

–¿Y eso es todo lo que se te ocurre? – preguntó la joven burlonamente-. ¿No puedes hacerlo mejor?

–¿Cómo?

–¡Así, tonto!

Laura le echó los brazos al cuello y lo besó apasionadamente en la boca.

Ante su profunda sorpresa, Javier se encontró devolviéndole el beso con la misma pasión. Sin despegar los labios de los suyos, la joven lo empujó al interior de la habitación y cerró la puerta con el pie.

Javier se incorporó a su unidad cuando faltaban pocos días para que se iniciara la proyectada ofensiva sobre Bilbao, que el mal tiempo había obligado a aplazar un día tras otro.

Se encontró con un ejército completamente desconocido. Las abigarradas columnas de requetés de los primeros días de la guerra se habían convertido en las nuevas y flamantes brigadas de Navarra, numeradas de la I a la V, al mando del general Solchaga, con un total de cincuenta mil hombres. Los tercios de Lacar, San Ignacio, San Miguel y Montejurra y tres batallones del Regimiento de América

integraban la primera, que mandaba el coronel García Valiño, recién ascendido a ese empleo.

La plaza de comandante del Tercio de Montejurra había sido ocupada por el comandante Alonso de Errasti y Telia, alavés de nacimiento, ordenancista estricto y buen jinete, que no tenía ningún inconveniente en arrastrarse de espaldas por un campo embarrado para enseñar a sus hombres la mejor forma de cortar alambradas con una cizalla. Procedía del frente del Jarama, de donde el alto mando nacional lo había retirado para evitar roces internacionales con el gobierno de Estados Unidos. En plena batalla, el comandante Errasti no había tardado ni cinco minutos en mandar fusilar a dos prisioneros de la brigada americana Abraham Lincoln, con la excusa de que sus compatriotas habían linchado a su hermano Luis, piloto de caza, que había tenido la desgracia de saltar en paracaídas de su avión en llamas y caer en sus líneas.

En la oficialidad de la I Brigada figuraban voluntarios militares extranjeros, que tenían tanta inquina a los rojos como los mismos requetés. La mayoría eran veteranos de la Gran Guerra y de la guerra civil rusa. Había un archiduque de Austria camuflado bajo un vulgar pseudónimo, un ex atamán de cosacos del Don capaz de aguantar lo inaguantable con una copa en la mano y un ex oficial de la Legión Extranjera de turbio pasado.

El conocimiento de español de esos voluntarios extranjeros era muy deficiente, pero suplían esa falta con su valor probado y su valiosa experiencia en combate. Los hombres a su mando se guardaron mucho de tomárselos a broma. Al fin y cabo, pensaban, no sólo comulgaban con sus mismos ideales, sino que habían venido a España a jugarse la piel por un país que no era el suyo; un gesto muy de agradecer. Muy pronto se acostumbraron a interpretar y a obedecer sus órdenes formuladas en un español pintoresco.

El más joven de los voluntarios era Peter Turner, un inglés alto y corpulento, de facciones rojizas, mostacho del mismo color y empedernido fumador de pipa, que por chapurrear un español básico *Sistema Hugo* y haber seguido los cursillos del Officer Training Corp de la Universidad de Cambridge se lo consideraba equiparado a un alférez español. Había sido asignado a la primera compañía del Tercio de

Montejurra, y el capitán Olavide se lo había confiado a Javier para que lo instruyera someramente sobre las peculiaridades de la vida castrense del ejército español y le enseñara el usual repertorio de palabrotas y maldiciones más comúnmente utilizadas para reforzar debidamente las órdenes a la tropa. Ambos habían congeniado inmediatamente.

Otro fichaje importante era un capitán médico, el doctor Melchor Calasparra, asturiano, natural de Oviedo, cáustico y seco como un bacalao, de ideas liberales y avanzadas, que sorbía rapé y no perdía ocasión de chinchar al páter. Tenía familia en Gijón, zona roja, y aguardaba con ansia el momento de entrar. Todo el mundo lo conocía por su mote: doctor Aspirino, tratamiento que no le molestaba en absoluto.

La mejor acogida la encontró Javier en su antigua compañía, en donde relevó al sargento Martínez. El capitán Olavide y el teniente Freire, recién ascendido a ese empleo, se apresuraron a felicitarlo y prestarle su apoyo incondicional. El sargento Martínez y el cabo Mendiola se olvidaron inmediatamente de las familiaridades y el tuteo anterior, al igual que el resto de los requetés del tercio, que le dieron el tratamiento de *mi alférez* con toda naturalidad.

A Javier no le costó nada pasar a mandar a los que habían sido sus iguales. Conocía el alma del soldado, su idiosincrasia y sus triquiñuelas, y sabía lo que era la dureza de la vida en campaña y la disciplina militar por haberla experimentado en carne propia. Tampoco olvidó nunca el consejo que les había dado Von Noblock: *Traten a sus hombres como a seres humanos.*

Peter Turner vio el cielo abierto cuando conoció a Javier y la posibilidad de entenderse y comunicarse en inglés. Peter pertenecía a la generación de niños ingleses que habían oído contar a sus padres y hermanos mayores las historias y peripecias que habían corrido en las trincheras de la Gran Guerra. El cine bélico que siguió a esta conflagración acabó de inflamar su imaginación, y ahora sólo aguardaban el momento de emular las hazañas de sus mayores.

Por este motivo, la cota 450 lo fascinó literalmente cuando Javier le mostró las interioridades del oscuro y ahumado fortín con los mismos ademanes que el dueño de un *cottage* emplearía para enseñar las habitaciones y dependencias a sus invitados. Peter Turner pasó revista

a todos los detalles de la casamata. El botijo le llamó mucho la atención. La estampa de la Virgen del Pilar junto a la de la rolliza cupletista le arrancó una sonrisa.

–¡Es tal como me lo imaginaba! – exclamó maravillado-. *It's wonderful! Very, very nice!*

Javier pensó que el adjetivo *nice* no era precisamente el más adecuado para calificar aquella covacha mugrienta, maloliente y plagada de ratas, pero asintió cortésmente para no desilusionarlo.

-Oh, yes, it's wonderful.

Y lo invitó a sentarse en el sillín de hierro de una de las dos ametralladoras Hotchkiss que componían la dotación del fortín. Los requetés del retén lo observaban con curiosidad sin entender ni palote las palabras que cambiaba con el alférez De Montcada.

Peter accionó el cerrojo con maestría, introdujo el peine de balas en la recámara y fingió apuntar un blanco imaginario a través de la tronera abierta en el muro de sacos terreros.

–Modelo del año 23 -sentenció con suficiencia.

–¿La conoces? – preguntó Javier.

–Un modelo tan sencillo como seguro. Treinta y una piezas y cuatro muelles. Podría desmontarla y volver a montarla con los ojos cerrados. Tiene refrigeración por aire, raramente se encasquilla, y puede efectuar hasta seiscientos disparos por minuto.

–Si tú lo dices…

–No pareces muy seguro.

Javier sonrió.

–No me paré a contarlos.

–¿Cuándo?

–Cuando los rojos nos atacaron el otoño pasado. Los paramos a menos de diez metros de donde estás tú sentado y con esta misma ametralladora.

Peter exhibió un asombro muy poco inglés.

–¿De veras? ¿Por qué no me lo cuentas?

Javier lo invitó a tomar asiento ante la rústica mesa de pino y se excusó:

–No puedo ofrecerte una copa porque el alcohol está severamente prohibido en la cota 450.

–Lo comprendo.

–Pero puedes fumar.

Peter hurgó en el bolsillo de su guerrera y sacó una pipa y una bolsa de tabaco. Atacó la cazoleta a conciencia y le aplicó una cerilla que encendió rascando contra la suela de sus botas. Dio varias caladas para asegurarse de que había prendido satisfactoriamente.

-*Well* -dijo, satisfecho, sacándose la pipa de entre los dientes.

–Y ahora, ¿puedo preguntarte por qué te has alistado con nosotros? – inquirió Javier.

–Sencillamente, porque me aburría en la universidad -contestó Peter con una sonrisa burlona-. Sí, no pongas esa cara de tonto. En Cambridge se pasaba el día lloviendo y yo ya estaba hasta el gorro de historia de Inglaterra y economía política, ya sabes, Adam Smith, Keynes, Von Hayek y todo este rollo. Yo tenía ganas de acción, de pelea. Y vuestra guerra me pareció una ocasión de perlas para gastar mi sobrante de energías. Eso es todo.

–Tal como lo cuentas, suena increíble.

–Sí, muchos ingleses somos así. Debajo de nuestras proverbiales *good manners,* continuamos siendo un hatajo de sajones salvajes escapados de las selvas de Teototurgo. Porque, has de saber, *my boy,* que en el fondo de todo inglés digno de tal nombre dormita un lord Byron presto a acudir en defensa de pueblos oprimidos. Preferentemente de países soleados como Grecia… o España.

–No lo dirás por el tiempecito del que disfrutamos aquí -dijo Javier señalando con los ojos el techo de troncos de la casamata que ahora resonaba con la lluvia que caía con fuerza.

–Sí, esto ha sido una grandísima decepción -reconoció Peter Turner con una mueca de disgusto-. Si quieres que te diga la verdad, me siento estafado. Antes de viajar a España, yo creía a pies juntillas en todos esos tópicos del romántico sur, el sol, las mujeres morenas y los cuentos de la Alhambra de Washington Irving. Sí, no lo dudes -insistió al percibir signos de incredulidad en la cara de Javier-. Los voluntarios ingleses, de los dos bandos, hemos sido víctimas de la propaganda. Nunca nos habríamos apuntado a una guerra civil entre la nieve y el hielo de Rusia. La soleada España es otra cosa.

–¿Y por qué no te has apuntado a los rojos, como tantos compatriotas tuyos?

–Por aquello de que todo buen inglés siempre se pone de parte del más débil y de las causas perdidas. Simple *fair play.* Por eso me alisté con los requetés.

–¿O sea, que los requetés, el carlismo, te parecemos una causa perdida? – preguntó Javier.

–Sí, pero reconozco que presentáis una estampa heroica y romántica, con vuestras boinas rojas y los capotes y las flores de lis y las aspas de Borgoña y las cruces y todo eso. Pura Edad Media.

–¡Vaya! ¿Y puedo preguntarte por qué te parecemos los más débiles?

–Porque sois cuatro gatos y tenéis a más de media España en contra. Aunque no dudo de vuestro valor -se apresuró a añadir Peter-. La defensa del Alcázar me entusiasmó. Nunca pensé que resistiría tanto. Ése fue uno de los motivos que me llevó a alistarme con los blancos. Debe de ser la faceta romántica de mi carácter. Quijotesca.

–¿Y por nada más?

–Sí, y porque soy todo lo contrario a un intelectual, y me fastidian los rojos, los comunistas y los gilipollas. Sobre todo, los gilipollas. Digamos también que por ganas de llevar la contraria a mis amigos.

–¿Qué amigos?

–Dos condiscípulos que se han alistado en las Brigadas Internacionales: mi primo Jack Mackaulay y mi amigo del alma Giles Trelawney. Tan buenos amigos los tres, que en la universidad nos llamaban los Tres Mosqueteros. Yo soy Athos, Jack es Porthos y Giles, Aramis.

–¿De veras?

–Sí. Y tú, con lo fanfarrón que eres, podrías haber sido D'Artagnan.

–Gracias.

–Sí -continuó Peter-, mis amigos se contagiaron con la epidemia de peste roja que se ha extendido por Oxford y Cambridge en estos tres últimos años. Sucumbieron como pajaritos. En ambas universidades hay más rojos que en el mismo Kremlin. Y no creas que mis amigos son tontos, ni mucho menos. Todo lo contrario. Siempre fueron alumnos muy brillantes y sacaban muy buenas notas. Más que yo, por supuesto.

Jack había remado incluso en el once de Cambridge. Por eso no me cabe en la cabeza cómo pudieron tragarse la trola esa del comunismo. Como buenos intelectuales que son, no ven más allá de sus narices y toman el rábano por las hojas. Su sentido de la irrealidad es pasmoso. Intelectual no es sinónimo de inteligente, ni mucho menos, ¿sabes?, sino todo lo contrario. Mis amigos creen a pies j un tillas que el marxismo es la panacea que permitirá acabar con la explotación del hombre por el hombre, con el veneno de la propiedad privada, con las guerras imperialistas y con todas las demás tonterías por el estilo. Y no los sacarás de ahí. Ambos dan por sentado que la culpa de los millones de parados que se arrastran por los caminos de Europa y América desde el martes negro de Wall Street la tiene el liberalismo económico. Una crisis semejante es impensable en un país comunista. Sencillamente, la crisis no existe, por decreto. Lo ha dicho Lenin. El estallido de vuestra revolución acabó de encenderlos. Apuntarse a las Brigadas Internacionales les pareció una buena idea para empezar a poner en práctica sus brillantes teorías. – Peter hizo una pausa para prender otra cerilla y aplicarla a la pipa, que se le había apagado-. Acabamos peleados, como era de esperar. El peligro que veo ahora que los tengo enfrente es que me peguen un tiro. O yo a ellos.

–Sí, es una posibilidad que no se puede descartar. ¿Has pensado lo que harás si un día te encuentras a tu primo, o a tu amigo, en el punto de mira de tu rifle? ¿Le dispararás?

–Me temo que no -confesó Peter tras unos segundos de reflexión.

–¿Y si los hacemos prisioneros y el comandante Errasti te ordena fusilarlos? ¡Con la tirria que les tiene!

–Espero fervientemente que esa posibilidad no se presente nunca. Me quita el sueño. Estoy de acuerdo en enfrentarme a ellos con las armas en la mano, pero me subleva la idea de convertirme en un vulgar verdugo.

Javier estuvo a punto de comentarle que se había presentado voluntario para formar parte de un piquete de ejecución, pero optó por callarse. Era una historia demasiado larga y demasiado complicada. Le contó, en cambio, el calvario sufrido por su familia. Peter lo escuchó, muy impresionado.

-*By Jove!* ¡Es la historia más bestial que he escuchado en mi condenada vida! Lo siento mucho, *my boy.* Pero muchos ingleses no creerán lo que me has contado a mí. Dirán que son patrañas inventadas por los blancos para desacreditar a los rojos. Ahora comprendo tus motivos para alistarte en el Requeté y empuñar las armas. Son más concretos que los míos. Cuenta conmigo para darles su merecido.

–Gracias.

Peter Turner guardó silencio un rato, como si estuviera dándole vueltas a una idea en la cabeza.

–Oye… -empezó titubeando.

–¿Qué?

–No sé cómo empezar.

–Suéltalo de una vez.

–¿Puedo preguntarte si cuesta mucho superar el trauma ese del bautismo de fuego? He oído comentar a amigos de mi padre casos de oficiales que no pudieron superarlo y fueron incapaces de saltar de la trinchera cuando se dio la voz de ataque. Quedaron marcados para toda la vida y la gente les hizo el vacío.

Javier le dirigió una larga mirada y movió la cabeza.

–Todo depende de la furia que uno almacena dentro. A mí, por ejemplo, como puedes comprender, no me costó nada. Me sobraba furia. Y continúa sobrándome. Por eso ni me enteré de las balas que me disparaban los rojos en el asalto de Oyarzun. Tuve poco mérito.

–Me cuesta mucho creerlo.

–Pues te lo puedes creer. Es la pura verdad. Otro recurso que te sugiero, para suplir una eventual falta de furia, es pensar en el ridículo que vas a hacer delante de tus hombres si te arrugas. Estos mismos requetés que ahora nos están mirando con tanta curiosidad y preguntándose de qué diablos estamos hablando, aunque a ti te puedan parecer una colección de mozos cazurros y bonachones, en plena batalla se transforman en auténticos leones. Son valientes entre los valientes. Fuerzas de choque, en una palabra. Pensarían que los oficiales ingleses no dan la talla.

A Peter Turner se le encrespó el mostacho.

–¡Ya verás tú si no dan la talla! ¡Que se vayan preparando!

–No lo dudo.

–Otra cosa: ¿dónde aprendiste a hablar inglés?

–En Inglaterra, en el Beaumont College de los jesuitas, no muy lejos de Cambridge.

–Yo soy protestante.

–Descuida, que si te portas valientemente, ni los requetés, ni el páter ni yo te lo tendremos en cuenta.

–Peter, ¿puedo preguntarte una cosa? – preguntó Javier desde la seguridad que le confería la oscuridad de la habitación que ambos jóvenes compartían.

Llevaba más de una hora tumbado en el catre y le resultaba imposible conciliar el sueño. No hacía más que dar vueltas y más vueltas al tórrido encuentro con Laura en el hotel de Inglaterra de Burgos. ¿Cómo había podido caer de cuatro patas en la trampa que le había tendido la condenada? Y la facilidad con que había traicionado a Maite. No se lo acababa de creer.

–Depende -contestó Peter Turner con voz soñolienta desde la litera superior.

–Ya sé que los ingleses sois muy reservados y todo eso, pero necesito hablar con alguien o reviento.

–Somos reservados pero menos. Pero si el crimen es muy espantoso, te sugiero confesarte con el páter, que seguro que te lo perdona. En esto, los católicos tenéis ventaja sobre nosotros, los protestantes.

–Prefiero contárselo a un amigo.

–De acuerdo. ¿De qué se trata?

–¿De veras? ¿No te molestarás?

–Tú dispara y después te lo diré.

–¿Tienes novia?

–No. ¿Y tú?

–Sí. Tengo novia y se llama Marie-Thérèse. Es francesa.

–Chico, me habías asustado. En un principio temí que me ibas a preguntar si soy de la acera de enfrente. – Peter hizo una pausa-. No, no tengo novia. Soy libre como el viento. ¿Y qué ocurre con Marie-Thérèse?

–Le he sido infiel con una amiga común -contestó Javier tras unos segundos de vacilación.

–¿Quieres decir que te has acostado con ella?

–Sí. Y los remordimientos se me comen vivo.

–¿Cómo fue la cosa? – preguntó Peter, muy interesado.

Javier le contó la aventura que había tenido con Laura.

Peter Turner expresó su entusiasmo con un resoplido.

-Wonderful experience, by Jove!

–¿No te escandalizas? – preguntó Javier.

–No.

–¿Es guapa, la dama?

–Sí, muy guapa.

–En ese caso, la culpa no es tuya -dictaminó Peter-. Se trata de una emergencia bélica. Tu amiga te tentó.

–De eso puedes estar completamente seguro.

–Y tú no te pudiste resistir.

–Cuando me di cuenta ya estábamos en la cama.

Una pausa.

–¿Estabais prometidos tu novia y tú?

–No, oficialmente, pero sí, moralmente.

–¿Ya no la quieres?

–¡Claro que la quiero! La adoro. Y encima estoy en deuda con ella por lo bien que se portó con nosotros cuando nos escapamos de España.

–Cuéntale como fue y pídele perdón.

–No me atrevo.

–Pero tú estás arrepentido, ¿verdad?

–Arrepentido y avergonzado.

–Pues olvídalo y no pienses más en ello, y si un día se da la ocasión, me presentas a esa pérfida dama y tendré unas palabras con ella.

–Gracias, me has quitado un peso de encima.

Para celebrar su nombramiento, el coronel García Valiño invitó a los jefes y los oficiales de la I Brigada a una cena (vulgar rancho, servido con todo ceremonial y protocolo) en el comedor de una villa señorial situada en las inmediaciones de Vergara, propiedad de un naviero vasco nacionalista exiliado, en donde la brigada había instalado el puesto de mando.

Como era de rigor, los alféreces ocuparon un extremo de la larga mesa, que presidía el coronel, sentando a su derecha e izquierda respectivamente al páter y al teniente coronel duque de la Torre, el

experto jefe de la artillería de la brigada, que, a la hora del café, contó cómo había tenido la oportunidad de salvar al novelista Pío Baroja de las manos de un exaltado grupo de requetés, en su casa de Vera de Bidasoa, poniéndolo a buen recaudo al otro lado del río.

El páter lo reprendió severamente:

–Pues hizo usted muy mal, don Carlos. Tendría que habérselo dejado a aquellos requetés, que le habrían hecho tragar todas las mentiras y las procacidades que ha escrito.

–¿A aquel hatajo de bárbaros? – se horrorizó el duque, persona muy culta y dotada de inclinaciones literarias-. ¿Para que lo fusilaran y perder así una de las glorias de nuestra literatura?

–¡Vergüenza y deshonor de la literatura española, querrá usted decir, don Carlos! Nuestros requetés lo habrían mandado al lugar que se merece: ¡al infierno!

–Usted siempre está hablando de matar -dijo el doctor Calasparra, que vio una ocasión magnífica para atacar al páter en su propio terreno-. Desde que estoy con ustedes, no lo oigo más que animar a esos chicos a matar rojos.

El páter le dirigió una mirada venenosa desde el otro lado de la mesa.

–Si no fuera porque mi sagrado ministerio me impide empuñar las armas, lo haría yo con mucho gusto.

–El quinto: No matarás -le recordó el doctor.

–A tus semejantes, no a los rojos.

–Páter, permítame que le recuerde que cuando Dios promulgó los Diez Mandamientos los rojos todavía no existían.

–Matar rojos es una obligación impuesta por el mismo Jesucristo a las personas honradas -insistió don Fermín Elizalde.

–Lamento decirle que está usted muy equivocado, páter; Jesucristo no habló para nada de matar. Jesucristo predicó el amor entre los hombres. Recuerde que Él mismo perdonó a sus verdugos en la cruz.

–Natural, eran romanos, no rojos.

Del extremo de la mesa llegó el contenido eco de las risas de los alféreces. El coronel y el duque de la Torre asistían, encantados y sonrientes, a este rápido intercambio de fintas y estocadas dialécticas.

Javier traducía a Peter Turner algún giro de la conversación que se le escapaba.

–No se me salga por la tangente, páter -replicó el doctor, amenazándolo con un índice amarillento de nicotina-. Jesucristo sabía lo difícil que es amar y perdonar a los enemigos. Por eso lo diría. Porque supone una heroicidad fuera de lo común. Nadie pone la otra mejilla cuando alguien nos atiza un bofetón. Si puede, contesta de igual forma y en el acto. Es una reacción tan lógica como necesaria. Si el homo sapiens hubiera practicado la política suicida de presentar la mejilla a las agresiones externas, la especie humana haría varios millones de años que se habría extinguido. Agarrar una cachiporra con nuestras manos prensiles de primate y sacudir un estacazo a una fiera, o a un vecino quisquilloso, fue el primer pensamiento humano, mal que les pese a los pacifistas. La agresividad forma parte del comportamiento humano.

–De los animales irracionales -puntualizó el páter.

–Sobre la racionalidad humana habría mucho que hablar -le rebatió el doctor Calasparra en el acto-. Más del setenta por ciento de nuestro comportamiento es instintivo. Por ejemplo: responder a tiros a una agresión es instintivo; poner la otra mejilla, racional. Nuestra religión, y todas las religiones en general, son construcciones intelectuales hechas de buenas intenciones que difícilmente se ponen en práctica. El mismo islam, que ensalza el amor entre los hombres, no se olvida de predicar la guerra santa y matar infieles; cuantos más, mejor. Usted entre ellos. Dígame, páter: ¿se dejaría hacer picadillo por un mohamed de ésos?

–¡Que se atrevan a ponerme la mano encima!

–¿Lo ve usted?

–Actuaría en simple defensa propia. Nuestra religión la admite.

–¿Dónde? – saltó el doctor-. He leído varias veces los Santos Evangelios y en parte alguna la he visto mencionada.

–Se sobreentiende. Es la ley natural.

–Que en muchos casos está en flagrante contradicción con la religión. Si llevamos los postulados de nuestra religión a sus últimas consecuencias, corremos el riesgo de poner en evidencia sus contradicciones internas. Y usted, el de caer en la apostasía. Aquel

pensador inglés, cuyo nombre no recuerdo ahora, lo resumió muy bien cuando dijo que el cristianismo no es de este mundo.

–Stuart Mill -se permitió apuntar el alférez Turner, con todo respeto, desde el otro extremo de la mesa.

–Gracias, alférez.

–¡Qué iba a saber ese condenado protestante, indigno de su condición de cristiano! – se enojó el páter.

El doctor Calasparra señaló al joven inglés.

–El alférez Turner también es protestante. ¿Lo considera usted su enemigo?

El páter le dirigió una mirada amistosa.

–El alférez Turner es la gloriosa excepción que confirma la regla.

–Gracias, páter.

–De nada, alférez. Insisto que hay que acabar con los rojos -volvió don Fermín a la carga.

–Páter -observó burlonamente el doctor Calasparra-, me está usted resultando más dañino que un escorpión venenoso y, a la larga, acabará dando la razón a Hobbes, un filósofo inglés del siglo xiv, que seguramente conocerá usted mejor que yo.

–Si es un hereje del calibre de Stuart Mill, no tengo el menor interés en conocerlo.

–¿Ni siquiera lo que escribió? Y en latín, por añadidura, una lengua que usted domina.

–Bueno, suéltelo de una vez.

-*Homo homini lupus,* los hombres somos lobos para con nuestros semejantes.

–¡Pero demonio de hombre! ¿Cuándo querrá convencerse de una vez por todas que los rojos no son nuestros semejantes?

–¿Ni siquiera cuando están heridos? ¿O agonizando? En virtud de mi juramento hipocrático, yo tengo la obligación de atenderlos exactamente igual que a los nuestros.

–Bueno, eso es un caso aparte, lo reconozco. Pero a los vivos, ¡tiro que te crió! Recuérdelo, doctor, si no quiere retorcerse en las llamas del infierno por los siglos de los siglos.

–Amén -concluyó el doctor Aspirino, echando mano a su cajita de rapé y aspirando un buen pellizco.

El Paparro había ido a Sant Quirze con el carro, para tratar de cambiar sacos de patatas y judías por vino, aceite y jabón, cuando Blanca dio a luz un niño que casi pesó cuatro kilos en la balanza romana.

La Carmeta, ayudada por su hija, atendió a Blanca con la misma solicitud que habría puesto para atender el parto de un ternero. Anudó hábilmente el cordón umbilical del recién nacido y lo levantó triunfalmente en el aire, transfigurada por la alegría que la venida al mundo de un nuevo ser causa siempre en los espíritus más elementales que, precisamente por su misma simplicidad, captan mejor que las inteligencias sofisticadas los imperativos mensajes de la perpetuación de la especie.

–¡Es un niño! – exclamó, radiante-. ¡Un hermoso niño!

Blanca, congestionada y sudorosa, miró fríamente el lloriqueante montón de carne salido de sus entrañas.

La Carmeta bañó al recién nacido, lo envolvió en rústicos pañales y pasadas doce horas lo entregó a Blanca para que le diera de mamar, cosa que ésta hizo con visibles muestras de repugnancia que escandalizaron a la Carmeta, a María y a la padrina.

–¡Mujer, pon un poco más de atención, que es tu hijo! – protestó la payesa.

–¡Mentira! ¡Es el hijo del diablo! ¡Por mí podéis tirarlo al estercolero! ¡Lo odio!

–¡No diga eso, señorita Blanca! – la riñó la padrina-. ¡Dios la va a castigar!

–¿Más, todavía? – preguntó Blanca volviendo la cara a un lado y rompiendo a llorar desconsoladamente.

María cogió el niño y lo acunó con dulzura.

Cuando el Paparro volvió de Sant Quirze y echó un vistazo a la cuna donde dormía, torció el gesto y gruñó:

–¿Y a qué habéis esperado para ahogarlo en un barreño de agua sucia, como se hace con la camada de una gata?

La Carmeta lo miró como a un monstruo salido del mismo infierno.

–¿Qué has dicho, desgraciado? ¡Repítelo!

–Lo que has oído, tonta. Muerto el perro, se acabó la rabia. Una preocupación menos.

A la Carmeta le faltaba el aire. La indignación la ahogaba.

–¡Paparro, mala bestia! ¡No me lo puedo creer! ¡No estás en tus cabales! ¡No sabes lo que dices! ¡Matar a un pobre niño indefenso! ¡Qué pecado más espantoso! ¡Me avergüenzo de ti! ¡Dios te castigará por lo que has dicho!

–Nos hemos de deshacer de este niño -insistió el payés-. Y cuanto antes, mejor.

La Carmeta cogió la sartén que tenía más cerca y la blandió en el aire con gesto amenazador.

–¡Como te atrevas a ponerle la mano encima, te acordarás de mí! ¡Y lo mismo te digo a ti, Blanca! ¡Mucho cuidado con lo que hagáis!

El Paparro la miró con admiración.

–Carmeta, no sabes lo guapa que te pones cuando te cabreas.

–¡Pues ya sabes lo que te toca!

El payés suspiró, resignado.

–Y eso no es todo -prosiguió la Carmeta sin perder su aire belicoso-. Lo bautizaremos como Dios manda.

–¿Quién lo bautizará?

–Tú mismo.

–¡Pero si yo no soy cura!

–Sirves lo mismo. Lo aprendí en el catecismo.

–Tampoco tengo agua bendita.

–¿Y para qué te sirve esa boquita que Dios te ha dado? La bendices y santas pascuas.

–No valdrá.

–Sí valdrá… y después lo adoptaremos.

–¿Quiénes?

–Tú y yo.

–¿Nosotros? – preguntó el payés incrédulo.

–Sí, nosotros dos, tú y yo -repitió la Carmeta con firmeza que no admitía réplica.

Blanca asistía en silencio a la trifulca matrimonial y callaba, confusa. Era una vorágine de sentimientos encontrados que la agitaban como una mala chalupa en una galerna desatada. Una parte de su ser se volcaba hacia el fruto de sus entrañas, era parte de ella, era ella misma. Otra lo rechazaba con la misma fuerza, la repelía hasta el

tuétano. Le recordaba momentos atroces que nunca olvidaría: aquel pedazo de carne rojiza y gimoteante era el hijo de su violador.

La Carmeta intentó hacerla entrar en razón con buenas palabras:

–Querida Blanca, me hago cargo de tu desgracia y de todo lo sucedido, pero lo que no podemos hacer es deshacernos del pobre niño. Compréndelo, es un pecado horrible, el pecado que más aborrece Dios. El niño no tiene ninguna culpa de haber nacido. Lo único que te pido es que tengas un poco de paciencia y lo críes. Es un favor que te pido. Considéralo como un hijo mío y del Paparro, y así lo diremos a quienquiera que se acerque por aquí. ¿Qué cosa más natural que hayamos tenido un hijo más? Y si un día las cosas acaban por arreglarse, como esperamos todos, y tu madre y tus hermanos vuelven a Requesens, aquí paz y después gloria, y todos tan contentos, ¿de acuerdo?

–Y se lo van a creer, ¿verdad? – preguntó Blanca, escéptica.

–Pues claro.

–No tan claro. Se darán cuenta en seguida de la mentira. No los quiero volver a ver más.

–Desvarías, Blanca, no sabes lo que dices. Verás como cambias de opinión cuando vuelvan a Requesens y los abraces.

–Estoy manchada -insistió Blanca con amargura-. Nunca más podré volver a mirar a mi madre ni a mis hermanos a la cara. Soy una perdida.

–¡Por Dios, Blanca, deja de decir tonterías! – se enfadó la payesa-. Serías una perdida como dices, si lo hubieras consentido. Cualquier mujer, incluso la más santa, está expuesta a esta desgracia. Es como una granizada que arrasa la cosecha sin que nada ni nadie lo pueda evitar. Son cosas que escapan a nuestro control. Olvídate de lo ocurrido, y a partir de ahora piensa que el niño no es tuyo, sino mío y de la mala bestia de mi marido, y que, cuando la situación se normalice, lo adoptaremos con todas las de la ley. ¿De acuerdo?

Blanca asintió, indecisa.

Al cabo de una semana, el Paparro, a trancas y barrancas, había asumido la nueva situación y se mostró dispuesto a bautizar al niño en la fuente de las hayas. Todos se vistieron con sus mejores ropas, como si se dispusieran a ir a la fiesta mayor de Requesens. María actuaba de

madrina, y el Josep, de padrino. La Carmeta sostenía una vela encendida en su mano coloradota. El Paparro hizo de improvisado oficiante.

–¿Cómo quieres llamarlo? – preguntó a Blanca, sosteniendo en alto el cazo más limpio de la cocina, a falta de una concha de plata.

–Me da igual -contestó Blanca, indiferente.

–Pues lo llamaremos Salvador -propuso el payés-. Como mi abuelo, un hombre fortísimo que una vez derribó una tapia al intentar sacarse un carro de encima.

–Paparro, déjate de historietas que no interesan a nadie y bautiza al niño de una vez -se impacientó la Carmeta.

–Está bien. Salvador, yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y vertió el agua en la cabeza del niño que María sostenía encima de la pileta de la fuente.

–Amén -contestó su familia a coro.

Dos semanas más tarde, algo parecido a la ternura resplandecía en los ojos de Blanca cuando daba de mamar a su hijo. Esto ocurría de tarde en tarde, y cuando no la veía nadie. Porque la idea de deshacerse de él no acababa de abandonarla. Era una idea fija, terrible, inquietante, agazapada en los repliegues de su subconsciente, que la asaltaba cuando menos lo esperaba. Sería cuestión de aguardar y encontrar el momento oportuno.

El 12 de junio de 1937, el tronar de más de cien baterías de todos los calibres disparando contra el sector del Cinturón de Hierro de Bilbao comprendido entre Larrabezúa y Beriaga hizo saltar a los bilbaínos de sus camas y les recordó que el general Mola se disponía finalmente a cumplir su tremenda amenaza.

Después de una larga y agotadora campaña, el Ejército del Norte había arrebatado a los soldados vascos la casi totalidad de Vizcaya. Las bajas habían sido cuantiosas, y el alférez Turner se había distinguido en el asalto de las posiciones del monte Pagasarri, acreditando el valor que se suponía a un miembro del Officer Training Corps de la Universidad de Cambridge equiparado a un alférez español. Ni siquiera tuvo que echar mano del recurso del miedo a hacer el ridículo delante de sus

hombres para lanzarse cuesta arriba. La ferocidad innata de la sangre sajona que corría por sus venas lo hizo todo.

A este devastador cañoneo, sin precedentes en toda la guerra, siguió el demoledor bombardeo de sesenta trimotores de la Legión Cóndor, que acabaron de triturar la red de casamatas y nidos de ametralladoras del Cinturón de Hierro, que saltaron por los aires con sus defensores.

Las I y II Brigadas de Navarra fueron las primeras en lanzarse al asalto de las posiciones gubernamentales. El 15 de junio, el Tercio de Montejurra conquistaba las alturas de Archanda y se asomaba a la orilla derecha de la ría de Bilbao, que el lehendakari Aguirre había pretendido convertir en un segundo Manzanares, en contra de la opinión del general Gamir Ulibarri, que creía imposible la defensa de la capital de Vizcaya. No obstante, y como último y desesperado recurso, mandó volar todos los puentes que comunican el viejo Bilbao de las Siete Calles con el nuevo de la plaza Elíptica.

Voladura que no pudo impedir que los requetés cruzaran el Nervión por pontones improvisados sobre gabarras de carbón y se abrieran paso hacia el interior de la ciudad por la Gran Vía de López de Haro, invadida por una sofocante nube de polvo y humo, mientras el gobierno de Euskadi se retiraba precipitadamente en dirección contraria, hacia Santander. Después de un siglo y dos tentativas fallidas, Bilbao caía finalmente en poder de los carlistas navarros, algo que no habían podido conseguir nunca, ni siquiera el famosísimo general Zumalacárregui.

El que no estuvo para presenciar la victoria de sus hombres fue el general Mola, muerto pocos días antes, cuando el avión que lo llevaba de Vitoria a Burgos se perdió en la niebla y se estrelló contra un cerro próximo al pueblecito burgalés de Castil de Peones. Corrió el bulo de que el accidente había sido causado por una bomba de relojería escondida en el avión por los partidarios de Franco, celosos de su protagonismo. Pero no pudo demostrarse nada.

Su puesto fue ocupado por el pequeño y bigotudo general Dávila, africanista veterano y hábil estratega, muy apreciado por los asesores militares alemanes por su eficacia, por su discreción y por la meticulosidad que ponía en todo, pues contrariamente a la costumbre

española, no dejaba nada a la improvisación y exigía la máxima puntualidad a sus subordinados.

Tras un breve descanso, las I y V Brigadas de Navarra fueron trasladadas a diversos pueblos del norte de las provincias de Palencia y León, preparándose para lanzarse a la conquista de las alturas del sistema Cantábrico y los Picos de Europa, antes de que los temporales de otoño convirtieran los puertos de El Pontón, Tarna, Leitariegos, San Isidro y Pajares en senderos intransitables. El tiempo urgía, y a Franco le interesaba liquidar el frente norte antes de lanzarse sobre Madrid sin la amenaza de tener enemigos a la espalda.

Pero a los requetés no les dio mucho tiempo a disfrutar de aquel inesperado paréntesis bélico.

El 10 de agosto, ambas brigadas fueron embarcadas precipitadamente en trenes y camiones, y se dirigieron a marchas forzadas a Brunete, un pueblecillo al noroeste de Madrid, repentina y ferozmente atacado por los V y XVIII Cuerpos de Ejército republicanos, que se habían concentrado sigilosamente en los encinares y pinares de El Escorial y Valdemorillo, sin ser detectados por los observadores y los espías nacionales. A un evadido de la zona roja, que informó haber visto a los hombres del Segador acantonados en Torrelodones, no se le prestó el más mínimo caso.

El fulminante ataque rojo había pillado por sorpresa al mando nacional.

Las posiciones de la 71 División nacional, que guarnecían aquel sector del frente, fueron barridas por los nuevos tanques rusos T26, que avanzaron arrolladores por aquellas inmensas rastrojeras calcinadas por el sol, apoyados desde el aire por los modernos y maniobreros cazas *Chatos,* o *Ratas,* que rechazaron a los anticuados biplanos Heinkel de los rebeldes.

Después de una desesperada resistencia, el frente nacional acabó saltando en una extensión de quince kilómetros. Villanueva del Pardillo, Quijorna, Villafranca del Castillo y Brunete cayeron en poder de los rojos. La flecha de su ataque apuntaba inequívocamente a Navalcarnero, importante centro de comunicaciones que canalizaba todo el tráfico de Andalucía y Extremadura a Madrid.

Un ramalazo de hielo corrió por la médula del mando nacional, que comprendió, con la rapidez del rayo, la ambiciosa maniobra roja: yugular la cuña clavada en el flanco oeste de Madrid y sorprender por la espalda sus posiciones de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, al mismo tiempo que los forzaría a aflojar la presión que ejercían sobre Asturias y Santander. La amenaza no podía ser más grave.

El general Varela abandonó su residencia de La Granja, instaló su puesto de mando en Boadilla del Monte y ordenó a las divisiones 150, 13 y 12 desplegar en arco frente a la cuña atacante, con órdenes estrictas de no ceder un solo palmo de terreno. Él mismo llegó a estar a tiro de los cañones de los T26 rusos. Von Richthofen, jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor, le insinuó la conveniencia de retirar sus aviones a bases más alejadas de la batalla. El general Varela se limitó a sonreír desdeñosamente; no en vano ostentaba dos cruces laureadas.

Durante diez interminables días, bajo un sol de fuego y un calor asfixiante, rugió la batalla con una intensidad nunca vista hasta la fecha. Ataques y contraataques se sucedían furiosamente por ambos bandos. Villanueva del Pardillo, Quijorna y Villafranca del Castillo pasaron varias veces de unas manos a otras.

Pero el epicentro de la batalla era Brunete, en el centro casi exacto de la calcinada llanura, y cuyo campanario era el blanco preferido de la artillería de ambos bandos. Su importancia estratégica era muy relativa, pero, a juzgar por la ferocidad de los combates que se libraban por su posesión, diríase que allí se iba a dirimir la suerte de la misma guerra.

El 25 de agosto la ofensiva roja había sido prácticamente frenada y el giro de la batalla había empezado a inclinarse a favor de los nacionales, gracias, en gran parte, a la llegada de los nuevos cazas Messerschmitt 109 y el empleo de los cañones antiaéreos del ocho con ocho de la Legión Cóndor, que se revelaron contundentes a la hora de cerrar el paso a los bombarderos y los cazas republicanos. Incluso a los mismos tanques, disparando con alza cero.

El 27 se combatió durísimamente en Brunete. Tres veces lo ocupó la 13 División del coronel Barrón, y otras tantas fue reconquistada por los hombres de Líster y los brigadistas de Walter. Al acabar el día era un

informe y humeante montón de ruinas del que sobresalía el acribillado muñón de la torre de su iglesia.

Cuando Varela se sintió lo bastante fuerte, inició un movimiento de tenaza para envolver el disputado pueblo por ambos flancos. Para que la maniobra tuviera éxito, era condición indispensable conquistar la loma del Espolón, defendida tenazmente por la división del Segador.

Desde su puesto de mando, detrás de una protección de sacos terreros, el general dirigía la maniobra con la distante frialdad del jugador de ajedrez que envía sus peones a la muerte. Los asaltos se sucedían sin interrupción desde las primeras horas de la mañana. Una vez llegados casi a la cima del cerro, los rojos rechazaban a los nacionales, que se retiraban atropelladamente loma abajo, dejando el arenoso cauce del Guadarrama sembrado de heridos y cadáveres. El horno ardiente de la batalla se había tragado batallones enteros. Impasible, el general Varela, sin apartar los ojos de su telémetro de campaña, ordenaba la entrada en fuego de nuevas reservas:

–¡Que ataque la Cuarta Bandera de Legión!

La aguerrida unidad se desplegó en orden de combate y los legionarios desfilaron delante de los requetés del Tercio de Montejurra, que aguardaban su turno, camuflados en un encinar.

–¿Qué? ¿De caza? – se mofó un teniente joven y moreno, con el gorrillo ladeado sobre la oreja derecha, aludiendo al innegable aire abigarrado de la tropa navarra.

El sargento Martínez lo fulminó con la mirada.

–¡Ya os daré yo caza a vosotros! ¡Que no tengamos que ir a buscaros!

Como así había ocurrido. Una hora después de iniciado el asalto, la bandera se retiraba maltrecha, con sus heridos y sus moribundos a cuestas. Los cadáveres los habían dejado abandonados, prendidos en los piquetes de las alambradas, ante la imposibilidad de recuperarlos.

–¡Hace falta más preparación artillera! – había gritado el teniente moreno sin dirigirse a nadie en particular.

–¡Más pelotas y menos hablar! – había mascullado el sargento Martínez, satisfecho.

Tras ser bendecidos por el páter, los requetés marcharon al ataque. Pero apenas habían entrevisto el lomo de los parapetos enemigos, su

fuego huracanado los obligaba a tumbarse cuerpo a tierra, con la cabeza hundida entre los hombros y los dientes apretados. Los más valientes se atrevían a dar pequeñas carreras y disparar a ciegas, para, en seguida, tirarse al suelo. Consiguieron llegar a pocos metros de las alambradas enemigas. Allí volvió a detenerlos el furioso fuego de sus armas automáticas. Cuando el capitán Olavide se incorporó para animarlos, una ráfaga de ametralladora le acertó de pleno en la cabeza, que le estalló como una calabaza seca. El teniente Freire tomó el mando de la compañía.

–¡Adelante!

Aún no había dado dos pasos cuando fue alcanzado en el vientre por un casco de metralla, y cayó de espaldas, entre unas matas de romero, con los intestinos al aire. El abanderado, que se había incorporado para seguirlo, corrió la misma suerte.

Javier, convertido en involuntario jefe de lo que quedaba de la segunda compañía, reagrupó a los supervivientes al pie del pasillo abierto en las alambradas y midió con la vista la distancia que los separaba de las trincheras enemigas: no llegaría ni a veinte metros. Veinte metros de infierno, humo y metralla. La terrible violencia del fuego enemigo empezaba a hacer mella en el temple animoso de los requetés. Lo delataban sus semblantes desencajados bajo una máscara de polvo y sudor. El horror de la muerte brillaba en muchos ojos. El miedo se propagaba en ondas invisibles, incontenible, más contagioso que la misma peste. A él mismo le rondaban ya sus deletéreos efluvios. Eran los clásicos síntomas que preceden a la rotura de nervios y a la desbandada. Hizo un severo esfuerzo por controlarse. No podía dejarse dominar por el pánico, ni dar el espectáculo que había desaconsejado al alférez Turnen Había que hacer algo. Y pronto. Asomando la cabeza con precaución, volvió a mirar la posición enemiga…

Entonces lo vio.

Fue un instante brevísimo. Duró lo que dura un relámpago de verano, pero fue suficiente para reconocer la odiosa cara picada de viruelas del Segador asomada entre los sacos terreros del parapeto. Lo vio con tanta claridad que hasta distinguió el diente mellado que le había saltado de un puñetazo. Su visión lo galvanizó. Todo desapareció a su alrededor: el miedo que empezaba a agarrotarlo, el infernal fragor

del combate, los chasquidos de las balas contra las piedras, la sed insoportable, los muertos, el calor abrasador, los ayes de los heridos…, todo menos el Sisco, que era el Segador, el famoso jefe de una división roja. Era la oportunidad que había estado esperando durante días y noches interminables. Por fin había sonado la hora de la venganza. Dios, en su infinita misericordia y sabiduría, le ofrecía la oportunidad de acribillar a su aborrecido enemigo, de acabar de una vez por todas con el responsable de sus pesadillas nocturnas y vengar a su hermana. Ahora no se trataría de disparar contra enemigos anónimos, gentes a las que no tenía ningún motivo especial para odiar, sino contra Su Enemigo por antonomasia, el asesino de su abuelo, el miserable violador de su hermana y el culpable del calvario de su madre. Con dedos temblorosos, introdujo un nuevo cargador en su pistola Parabellum y se colocó en el cinturón del correaje una bomba de mano de mango de las empleadas por los soldados alemanes de la Legión Cóndor.

–¡Martínez! – ordenó al sargento que estaba dos metros detrás de él-. ¡Prepárese para cubrirme con su fusil ametrallador!

–¡Mi alférez, lo único que conseguirá es que lo acribillen los rojos!

–Martínez, ¿no era usted el que decía que los parapetos enemigos no se conquistan quedándose acurrucados en las trincheras? ¡Mendiola, usted también me acompañará! ¡Y tú, Larraínzar! ¡Y todos los demás! ¡Les vamos a dar una lección a esos chulos de la Legión que nos miran por encima del hombro! ¡Adelante!

Y sin esperar a que sus órdenes fueran obedecidas, se lanzó cuesta arriba, como impulsado por la fuerza de un potente muelle de acero largo tiempo contenido, mientras el sargento Martínez barría con certeras ráfagas de su fusil ametrallador la cresta del parapeto enemigo.

Arrastrados por su ejemplo, lo siguieron el cabo Mendiola, Antonio Larraínzar y el resto de los requetés. Al pasar junto al cuerpo sin vida del abanderado, Larraínzar se inclinó, recogió la bandera del suelo y la tremoló en el aire, al tiempo que gritaba:

–¡Adelante, Montejurra!

La escena apareció nítidamente en el visor del telémetro del general Varela, a más de medio kilómetro de distancia: un grupo de pardas

figuritas tocadas con boinas rojas que corrían animosamente ladera arriba, entre estampidos, tropezones y llamaradas.

–¡Duro con ellos! ¡Valientes! – gritó, entusiasmado.

Sin apenas detenerse, Javier lanzó la bomba de mano, haciéndole describir la parábola adecuada. La mortífera piña entró verticalmente en la trinchera enemiga, donde explotó esparciendo letales esquirlas de metralla en todas direcciones.

Aprovechando la confusión, se plantó de un salto en lo alto del parapeto. Con la mano derecha empuñaba su Parabellum. Sin prestar atención a los fogonazos que estallaban ante sus ojos, buscó al Segador con la mirada. ¡Allí estaba el maldito, tratando de ocultarse tras sus hombres! ¡Peor para ellos! ¡Los mataré a todos! Y apretó el gatillo con decisión.

Los ocho disparos de su pistola parecieron confundirse en uno solo. Dos milicianos se derrumbaron fulminados. Los demás le dispararon a quemarropa. Sintió el desgarrón de las balas en diversos lugares de su cuerpo. Vaciló y cayó de cabeza dentro del parapeto. Lo último que vio fue el suelo de la trinchera, alfombrado de rojizas vainas de cobre, subir hacia él. Antes de desvanecerse, aún pudo oír la voz animosa del sargento Martínez perdiéndose en la distancia:

–¡Resista, mi alférez! ¡Adelante, Montejurra!

Luego lo envolvió la oscuridad.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 10:
1936-1939

Con un esfuerzo sobrehumano, se obligó a apartar la vista del pálido rostro juvenil cubierto de sangre, polvo y sudor postrado a sus pies. Apenas respiraba. No era el único herido. Había cincuenta más, por lo menos, tendidos en las camillas alineadas a la sombra de unas encinas polvorientas que crecían junto al reseco cauce del Guadarrama. Pero ella sólo tenía ojos para el joven alférez de requetés, con la cara vuelta a un lado, desmayada, apoyada en una mugrienta boina roja, los brazos colgando inertes a ambos lados del cuerpo en un gesto de indefensión total. La sangre fluía de una herida en el cuero cabelludo y formaba manchas oscuras en su guerrera hecha jirones, a la que faltaba la gruesa hebilla del correaje y el piadoso *Detente, bala.* Los rojos lo habían acribillado literalmente a balazos; lo milagroso era que aún siguiera con vida.

Hacía apenas un cuarto de hora que los camilleros lo habían bajado de la loma del Espolón, todavía envuelta en humo. Los proyectiles enemigos estallaban a cien metros escasos del improvisado hospital de sangre. Los rugidos de los *ratas* rusos y los Messerschmitt alemanes, persiguiéndose en vuelo rasante, atronaban el aire y se sobreponían a los ayes y lamentos de los heridos. La batalla se alejaba como una tormenta de verano después de haber descargado su furia asesina sobre los sembrados.

No lo mires -se repitió a sí misma-, aparta tus ojos de él. Te estás arriesgando peligrosamente. Era consciente de que debía resistir la poderosa atracción que irradiaban aquellas juveniles facciones curtidas por el sol y moldeadas por el dolor y el sufrimiento. Debía hacerse fuerte. Resistir. Contener férreamente la oleada de ternura que le subía del corazón y amenazaba con ahogarla. Debía sofocar el impulso maternal de precipitarse en su ayuda, de abrazarlo, de acercar un vaso de agua a sus labios agrietados, de trasmitirle parte de su vida. Luces rojas de peligro parpadeaban en las profundidades de su cerebro.

Pero los ojos se le iban tras aquel acribillado torso de atleta postrado en la sucia lona de la camilla.

–¡Rápido, hay que hacerle una transfusión de sangre! – gritó un joven capitán médico, con la bata blanca manchada de sangre, que había surgido a su lado no sabía cómo-. ¡Creo que aún estamos a tiempo de salvarlo! ¿Hay algún voluntario? – La señaló a ella con el dedo-. Usted misma, enfermera, ¿sería tan generosa de donar su sangre a este pobre herido?

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba tendida en otra camilla junto a la del alférez, con su cara vuelta hacia la de él, a menos de medio metro de distancia y con las venas de sus brazos conectadas por un tubo de goma, por el que fluía su sangre, roja y espesa, al cuerpo exangüe del requeté moribundo.

–¡Lo salvaremos! – exclamó el capitán médico con los dedos de la mano derecha tanteando las pulsaciones de su muñeca.

El color le volvía débilmente a la cara. Entreabrió fugazmente los ojos y los fijó en los de ella, sin verla, ausentes y lejanos, perdidos en los remotos confines del más allá. ¿Eran azules? ¿Grises? No le dio tiempo a comprobarlo, porque los cerró casi al instante, con un gesto fatigado. Volvía a respirar…

–¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! – gritó alegremente el capitán médico-. ¡Gasas y apósitos, rápido!

Voces confusas, timbrazos lejanos, inconexos retazos de conversaciones, rumor de pasos que se perdían por pasillos misteriosos…

Yacía de espaldas en el fondo de un pozo negro, húmedo y angosto. Unos rostros borrosos lo observaban atentamente desde el brocal y lo animaban a subir hasta ellos. Se incorporaba penosamente y, haciendo oposición con las manos y los pies contra el muro, se ponía a trepar, ganaba algunos metros… Pero las fuerzas le fallaban, los dedos le resbalaban en las piedras recubiertas de musgo viscoso, y caía de espaldas, girando lentamente en un vacío opaco y silencioso.

Las voces se perdían, los rumores de pasos se desvanecían, los rostros se esfumaban.

Silencio.

Ocasionalmente, la oscuridad era rasgada por rápidos destellos de luz y aprovechaba la ocasión para reanudar sus torpes intentos de trepar hasta el brocal del pozo.

Y vuelta a despeñarse.

Silencio.

Un día (si este término significaba algo en aquellas oscuras y atemporales profundidades) consiguió despegar los párpados y echar una turbia mirada a su alrededor.

Sentía su cuerpo como un bulto ajeno a su ego pensante. Un foco de luz centelleaba dolorosamente ante sus ojos. Le dolía el pecho. Le pareció sentir el tacto de sábanas limpias. Y oler a fenol y a diversos medicamentos. También tenía mucha sed, una sed abrasadora, pero cuando quiso llamar a su madre para pedirle un vaso de agua, sus labios no llegaron a articular ningún sonido. Alguien le había pegado la lengua al paladar. Le pareció que un óvalo femenino se inclinaba hacia él y le decía algo. Pero no consiguió enterarse de nada. Volvió a desvanecerse y caer al fondo del pozo describiendo las lentas espirales de costumbre.

Silencio.

Después de una eternidad que no podría haber precisado (¿horas?, ¿días?, ¿semanas?) consiguió finalmente auparse hasta la superficie del pozo. El dolor del pecho había remitido, aunque todavía notaba unos pinchazos muy dolorosos al inspirar bocanadas de aire. También le dolía el hombro izquierdo, y no podía mover el brazo del mismo lado. Y tampoco una de sus piernas. No sabría decir cuál de las dos. Pero por fin había conseguido despegar la lengua. ¡Qué alivio!

–¡Mamá! – musitó, haciendo un gran esfuerzo.

Pero, con gran desencanto por su parte, no fue su madre la que se inclinó sobre él, sino el óvalo femenino.

Enfocó la mirada como quien ajusta unos prismáticos de campaña. Entrevió una cofia blanca y unos ojos violetas, límpidos como lagos, que lo contemplaban curiosamente. Del cuello le colgaba el estetoscopio. Según todos los indicios, se trataba de una enfermera, y él estaba en un hospital. Las cosas empezaban a encajar poco a poco.

–Agua -consiguió articular finalmente, llevándose la mano derecha a la boca.

El óvalo se la apartó con delicadeza y se la colocó al costado, encima del embozo. Pero le levantó la cabeza y le acercó un vaso de agua fresca a los labios. Era evidente que se trataba de un óvalo bueno. Bebió a

pequeños sorbos. El agua le disolvió la pastosidad de la boca y lo hizo sentirse más despejado. Miró a su alrededor. Estaba en una habitación pequeña con aspecto de celda monacal, o algo así, de paredes encaladas y una ventanita al fondo, acostado en una cama auténtica. Tenía la pierna derecha escayolada y el brazo izquierdo inmovilizado contra el pecho por un vendaje que le rodeaba todo el torso. Y otro en torno a la cabeza. Pero eso no podría asegurarlo. El óvalo pertenecía a una enfermera, tal como había sospechado. Se felicitó por su clarividencia y la miró con simpatía.

–Gracias.

–De nada -contestó el óvalo disimulando una sonrisa.

La lucidez recién recobrada le permitió tender un puente entre el presente y el pasado: el ensordecedor tableteo de las ametralladoras, la cabeza del capitán Olavide estallando en menudos fragmentos, el olor acre de la cordita agarrado a la garganta, los gritos de ánimo de los requetés, el rictus de dolor del teniente Freire llevándose las manos al vientre, los lamentos de los heridos, la odiosa cara del Sisco entrevista a través de la salva de fogonazos que saludaron su aparición en lo alto del parapeto enemigo… y nada más. Al parecer, no lo habían matado del todo.

–¿Dónde estoy? – preguntó en un susurro.

–En el hospital militar de Salamanca -contestó el óvalo, con los ojos muy cerca de los suyos.

–¿Y la batalla?

–Ganamos, Brunete es nuestro. El peligro desapareció. Pero ahora será mejor que se calle y no hable más.

¡Menos mal! Pero ¿qué había sido del Sisco? ¿Lo había enviado al otro mundo?

–¿Y el Segador?

La enfermera se encogió de hombros con un gesto de incomprensión y lo mandó callar, llevándose el índice a los labios.

–Chiiis.

Javier se calló.

La enfermera le cogió la muñeca derecha, sus dedos buscaron hábilmente la arteria radial y miró la esfera de su reloj de pulsera.

Javier observó cómo sus labios se movían imperceptiblemente al contar las pulsaciones.

–¿Qué me ha ocurrido? – inquirió con la lógica curiosidad de la persona que ha traspasado los tenebrosos confines del más allá y ha tenido la fortuna de volver a puerto para contarlo.

La enfermera volvió a llevarse el índice a los labios, sin dignarse contestar ni separar la vista de la esfera del reloj.

–Pues que ha resucitado, ni más ni menos -contestó soltándole la muñeca cuando terminó de musitar.

–¡No me diga! – exclamó, admirado-. Pero me…

La enfermera le había colocado un termómetro en la boca con muy poca consideración.

No tuvo más remedio que callarse.

Ahora, la enfermera había cruzado los brazos y, desde su altura olímpica, lo observaba con aire distante y antipática expresión profesional.

Javier aprovechó la tregua para examinarla a su vez. Le echó unos treinta años. Ni uno más. Tenía el cutis cremoso salpicado de diminutas pecas, una nariz fina y recta y unos labios sensuales y bien dibujados. Los pómulos, altos y marcados, acentuaban la profundidad de sus ojos grandes y rasgados, de un color entre violeta y azul miosotis, que parecían oscuros por contraste con su tez lechosa. La pequeña y coquetona cofia almidonada que coronaba simbólicamente su cabeza apenas podía contener la exuberante marea de su pelo negro con destellos azulados. Le admiró igualmente su cuello fino y esbelto, y la peculiar elegancia con que mantenía erguida la cabeza sobre los hombros.

Transcurridos dos minutos, la enfermera le sacó el termómetro de la boca, miró la columna de mercurio, lo sacudió enérgicamente y anotó la temperatura en una tablilla que colgaba a los pies de la cama.

–Treinta y seis y medio -le informó, guardándose el termómetro en el bolsillo del uniforme-. Esto está muy bien. Al doctor Merino le va a gustar.

–¿Qué día es hoy? – quiso saber Javier.

La enfermera volvió a ignorarlo. Con dedos ágiles, que demostraban una larga práctica médica, le enroscó una banda elástica

por encima del codo del brazo sano, apretó y desinfló varias veces una perilla de goma y observó las oscilaciones de la aguja en la esfera del fonendoscopio.

–¿Y esto para qué me lo hace? – inquirió Javier.

–Le estoy tomando la presión.

–¡Ah!… Pero, dígame, ¿qué día es hoy?

La enfermera se colgó el fonendoscopio del cuello, le desprendió la banda elástica del brazo y lo guardó todo en su estuche.

–Jueves, 3 de septiembre -contestó cuando hubo anotado los datos en la tablilla.

–¿3 de septiembre? – se asombró Javier-. ¿Quiere decir que llevó aquí más de cuatro días sin enterarme de nada?

–Cinco, para ser exactos. Entre Brunete y aquí. Pero, de momento, será mejor que no haga más preguntas y descanse.

Hablaba modulando musicalmente las palabras, con un curioso deje entre inglés y andaluz, si uno era capaz imaginarse semejante combinación.

–¿Cómo estoy? – preguntó.

La enfermera sonrió.

–Vivo, de momento.

–Algo es algo. Otra cosa: ¿ya han avisado a mi madre?

–Sí, le pusimos un telegrama.

–¿Y por qué no viene a verme?

–Seguramente porque el servicio de ferrocarriles andará un poco desbarajustado a consecuencia del movimiento de tropas originado por la batalla, y el tren se habrá retrasado.

–Ah -dijo Javier comprendiendo.

–Pero no creo que tarde mucho en presentarse -lo consoló la enfermera, que le reconoció rápidamente los vendajes de la cabeza, el torso y la escayola de la pierna. Cuando acabó, movió la cabeza con un gesto aprobador-. Todo parece estar en orden.

–¿Qué le pasa a mi brazo izquierdo? – preguntó Javier-. ¿Por qué no puedo moverlo?

–La tiene inmovilizado -contestó la enfermera-. Lo mismo que la pierna izquierda…

–Yo pensaba que era la derecha.

–No, es la izquierda. Y ahora sea buen chico y procure dormir un poco. Ha hablado como una cotorra. Después pasará el doctor Merino a reconocerlo.

Y salió, cerrando cuidadosamente la puerta tras ella.

Javier quiso reflexionar sobre todo lo que le había contado la enfermera, pero de repente lo acometió un gran cansancio y se quedó dormido profundamente.

–¿Qué tal esos ánimos, Javier? – tronó una voz recia que lo despertó de la beatífica siesta.

Javier abrió los ojos.

A su lado se había materializado un hombre bajo y grueso, de cejas espesas y alborotadas como las de un jabalí furioso. Del cuello le colgaba el estetoscopio, símbolo de su profesión, que se contradecía abiertamente con un grueso cigarro puro que sobresalía del bolsillo superior de su bata blanca, que llevaba desabrochada. Lo acompañaba la enfermera guapa empujando un carrito cargado de gasas, apósitos, vendas, pinzas, alcohol y diverso material de curas.

–Creo que mejor, doctor… Y oiga, ¿cómo sabe mi nombre?

–Los doctores somos muy listos, no sé si lo sabías, Javier de Montcada, ¿no es así como te llamas?

–Efectivamente… pero, dígame, ¿qué me ha pasado?

El doctor se lo quedó mirando, aparentemente muy sorprendido por la pregunta.

–¿Que qué te ha pasado? Pues todo y nada -contestó, cogiéndole la muñeca con gesto maquinal y tirando de la leontina de su reloj al mismo tiempo-. La manida expresión *estar vivo de milagro* se te podría aplicar con toda justicia. Los rojos te dejaron convertido en un verdadero colador. Has vuelto a nacer, como quien dice. Durante todo este tiempo te hemos alimentado con suero intravenoso. Pero no temas, no te voy a marear con innecesarios tecnicismos. En pocas palabras: la bala que te atravesó el pulmón izquierdo lo hizo limpiamente, sin romperte ninguna costilla ni afectar ninguna arteria. Digamos que se limitó a ventilarte un poco. Otra te alcanzó el hombro sin mayores problemas. La tercera te rompió la tibia y te causó una herida lacero-contusa. La cuarta se te llevó medio lóbulo de la oreja izquierda. La quinta… en pocas palabras: que los rojos te han dejado arreglado.

–¿Y cómo voy a quedar? – lo interrumpió Javier sin poder disimular su ansiedad.

El doctor esperó a terminar de contar las pulsaciones de su muñeca y se guardó el reloj en el bolsillo del chaleco.

–¿Que cómo vas a quedar? Aunque no te lo creas, dentro de dos o tres meses estarás en el frente pegando tiros como si no te hubiera ocurrido nada.

–¡Gracias a Dios! ¡Ya me veía en una silla de ruedas para toda la vida!

–De momento, libras -dijo el doctor echando un rápido vistazo a la tablilla que le había entregado la enfermera-. Bien… bien… bien… -fue aprobando con la cabeza a medida que leía-. ¿Tienes algún tipo de malestar? ¿Náuseas? ¿Vértigo?

–Me duele cuando respiro, unos pinchazos…

–Eso se te pasará pronto. ¿Algo más?

–Tengo hambre.

–Eso todavía es menos grave. En una palabra, que estás como una rosa, algo que seguramente tu madre agradecerá cuando llegue y te vea.

–¿Por qué han tardado tanto en avisarla?

–Para ahorrarle un susto de muerte. Quisimos asegurarnos de que no ibas a estirar la pata. Hace cuarenta y ocho horas nadie habría dado una perra gorda por ti. Estabas para el arrastre, como se dice vulgarmente. Imagínate que tu madre llega y se encuentra con un fiambre. ¿Verdad que no le habría gustado?

–Tiene razón, doctor, no había caído… y le agradezco el detalle.

–A quien se lo debes agradecer es a Soledad.

–¿A Soledad? – preguntó Javier, un tanto perplejo.

–Sí, a Soledad, duquesa de Simancas y otras hierbas de difícil catalogación -le aclaró el doctor Merino, señalando con los ojos a la enfermera que lo observaba desde el otro lado de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho-. Soledad, aunque sea medio inglesa, en el fondo es buena persona. Que ahora puedas estar hablando conmigo se lo debes a ella y a nadie más que a ella. En plena batalla, bajo el fuego enemigo, te dio su sangre, sangre azul, no te vayas tú a creer, de la mejor calidad. Si no llega a ser por ella, te mueres allí mismo, sin

remisión, desangrado como un pollo. Pasado el peligro, Soledad se hizo cargo de tus pedazos, te metió en una ambulancia y te acompañó hasta aquí con el convoy de heridos; no se separó de tu lado ni de día ni de noche. Ella, y tres compañeras más, fueron citadas en la orden del día por su heroica actuación y propuestas para la medalla militar. Se la han ganado a pulso.

–¡Doctor! – protestó, sofocada, la joven.

–¡Soledad, no protestes y espabila! – dijo el doctor empuñando el estetoscopio.

Durante cosa de diez minutos, el doctor y la enfermera se ensañaron a fondo con él.

–Una pregunta más, doctor -dijo cuando terminaron de curarlo y vendarlo-, ¿podría decirme qué se sabe de mis compañeros? Del sargento Martínez y el cabo Mendiola.

–No tengo el gusto de conocer a esos caballeros. Sólo sé que tu unidad, el Tercio de Montejurra, se quedó en cuadro, pero que, gracias a vuestro sacrificio, se conquistó la Loma del Espolón y se despejó la amenaza roja. Es más, por ahí se rumorea que a ti y a dos requetés más, que por desgracia no lo podrán contar, os van a conceder la Laureada de San Fernando.

–Bromea, doctor.

–Es la pura verdad… aunque, si estuviera en mi mano, se la concedería a Soledad.

–Le cederé la mía con mucho gusto… en el caso de que me la concedan, claro.

–Es un gesto que te honra, muchacho. Pero de momento, lo que vas a hacer ahora es estarte calladito, descansar y dormir. Por hoy ya has hablado bastante. Ni mañana ni pasado habrá cura. Dejaremos que la naturaleza trabaje en silencio. Para cualquier cosa, llama a Soledad. Tienes un timbre en la mesilla de noche, al alcance de la mano.

–¿Tengo que darle algún tratamiento especial?

–Mientras no le pellizques el trasero, se los puedes dar todos, de alteza para arriba. A su marido, nuestro ilustre representante en el Vaticano, no le haría ninguna gracia. Para bien o para mal, pues eso nunca se sabe, has venido a caer en manos de la enfermera más guapa

del hospital. Por ahí se dice que más de uno se ha dejado pegar un tiro para conseguirlo.

–Lo comprendo.

–Ahora, a descansar y a ser buen chico.

Salieron de la habitación y lo dejaron solo con sus pensamientos. ¿Quiénes serían los dos muertos candidatos a la Laureada? ¡Podían ser tantos! Media compañía como mínimo. Luego pensó en el Sisco, o Segador. Qué coincidencia. El hombre había hecho carrera. De asesino y violador, a general de división. ¿Le habría acertado? ¿Se habría librado de sus disparos? ¿Se le volvería a presentar otra ocasión semejante? Los que lo habían propuesto para la Laureada (si era verdad lo que le había dicho el doctor) se habían equivocado lamentablemente al suponerle una valentía que nunca tuvo. Fue un estallido de odio, furia y rencor lo que lo catapultó cuesta arriba contra su enemigo. A esto se había limitado su pretendida *heroicidad.* Antes de ver al Segador, estaba tan aterrado como sus propios hombres, ésa era la pura verdad, aunque se esforzara en disimularlo a sus ojos.

No tardó en adormilarse. La cura y la conversación lo habían fatigado.

Al mediodía lo despertó una hermana de la Caridad tocada con una gran toca almidonada que enmarcaba su rostro mofletudo y sonriente. Traía una bandeja con la comida: sopa, un bistec a la plancha, patatas fritas, agua y una manzana de postre.

–¿Cómo van esos ánimos, buen mozo? – lo saludó cariñosamente.

–Pues ya lo ve, tirando, sor…

–Sor Jacinta, para servir a Dios y a usted, y vengo a darle la comida.

–Pues se lo agradezco mucho, porque no puedo más de hambre.

La hermana le anudó una servilleta al cuello con ademanes maternales, lo incorporó ligeramente y le dio la sopa a cucharadas. Luego le partió el bistec. Le costó masticarlo. Casi se había olvidado de mover las mandíbulas. Entre bocado y bocado, sor Jacinta le acercaba el vaso de agua a los labios.

–Parece que hay gazuza, ¿verdad? – comentó, contenta.

–Me comería tres bistecs como éste y otras tantas raciones de patatas fritas -suspiró Javier.

–Todo se andará, el primer día no se debe abusar.

–Oiga, hermana, ¿no le parezco ridículo? Me siento como un niño pequeño al que su madre le da la comida.

–No diga tonterías, alférez, he visto cien casos peores que el suyo.

–Otra cosa, hermana, ¿qué habitación es ésta? Parece una celda.

–Pues no anda usted desencaminado. Es una auténtica celda. Una celda del convento de la Merced de los frailes dominicos de Salamanca.

–¿Y los frailes?

–Los frailes fueron los primeros en desalojarlo y ponerlo a disposición de la Sanidad Militar para acoger a la avalancha de heridos que nos llegaron de Brunete. El refectorio y la biblioteca de la primera planta han sido transformados en salas comunes. A los oficiales clínicamente muertos, como usted, los instalaron en estas celdas del tercer piso destinadas a los novicios. Dentro de la desgracia, ha tenido suerte, alférez: una habitación individual nada menos, como la de un hotel de postín.

A Javier, sin embargo, la modesta celda conventual no le pareció precisamente una habitación de un hotel de postín, y señaló con los ojos la ventana del extremo, por la que entraba un alegre rayo de sol.

–¿Y aquella ventanita adónde da?

–Al puente romano del Tormes. ¿Conoce Salamanca?

–No.

–Es una ciudad muy bonita, seguro que le gustará cuando pueda salir a pasear. ¡Y la plaza Mayor! ¡Ay, qué plaza, Dios mío! No hay otra igual en España. Ya me lo dirá usted cuando la vea. Los salmantinos la cruzan una vez al día, les venga de paso o no, llueva o granice.

Sor Jacinta, sin dejar de hablar, le peló una manzana.

Javier paladeó a conciencia el fresco sabor de la fruta. Le supo a gloria. Cuando terminó, la hermana le retiró la servilleta del cuello, le limpió los labios y le aconsejó dormir la siesta.

–Verá qué bien le sienta, alférez.

Y salió de la celda acompañada por el tranquilizador frufrú de sus hábitos blancos.

Javier se durmió arrullado por el vago murmullo de ruidos y conversaciones que subía de la planta baja.

Al atardecer, sor Jacinta subió a darle la cena: sopa de fideos, merluza rebozada y un plátano.

Javier se quejó:

–Hermana, no me gusta el pescado. Sobre todo la merluza. Tiene demasiadas espinas.

–Pues no hay otra cosa, lo siento.

Tuvo que conformarse.

Pero pasó una buena noche.

Al día siguiente se despertó notablemente más despejado y recuperado.

Después de desayunar, un barbero, pequeño y moreno como un gitano, lo afeitó, y tuvo ocasión de mirarse en el espejo que le presentaba. Estaba flaco, demacrado y macilento. Un vendaje manchado de sangre le rodeaba la cabeza. Le pareció excesivo para medio lóbulo como había dicho el doctor (si había dicho la verdad). También le había ido de un pelo esa vez. Lo raro era que los rojos no lo hubieran cosido a balazos. Mejor blanco no había podido ofrecerles. A su madre tendría que contárselo con mucho tacto para no asustarla más de la cuenta.

A media mañana entró la enfermera guapa para tomarle la temperatura, la presión y el pulso, y, de paso, le entregó un fajo de periódicos y revistas atrasados.

–Para que te vayas enterando cómo fue lo de Brunete. Y para que te rías con los chistes de *La Ametralladora,* esta nueva revista que ha salido hace poco. ¿Crees que podrás leer?

–Lo intentaré.

–Te colocaré otra almohada bajo la espalda para que estés más cómodo.

La enfermera sacó una almohada de un armario, le pasó un brazo bajo la espalda y lo ayudó a incorporarse. Javier sintió el roce de su pelo en la mejilla y aspiró el turbador perfume femenino que se desprendía de su cuerpo.

–¿Estás mejor así? – preguntó la enfermera cuando hubo acabado con los arreglos.

–Mucho mejor.

–¿Tienes calor?

–Sí, un poco.

–Esto lo arreglo yo en seguida.

La enfermera empapó un pañuelo en una botella de agua de colonia y le refrescó la frente y las mejillas.

–¿Te gusta?

–Mucho. Huele muy bien… Oiga, siento causarle tantas molestias, señorita. Es usted muy amable.

–¡Por favor! – protestó la joven con una sonrisa-. Deja de tratarme de usted y gastar tantos cumplidos.

–Como quieras, yo me llamo Javier de Montcada.

–Ya lo sabía. Y también que tienes una novia, o una amiga, que se llama Blanca.

–No. Es mi hermana. ¿Cómo lo has sabido? – preguntó Javier, intrigado.

–Durante días y días, cuando delirabas, no hacías más que hablar de ella y de lo que le ibas a hacer a un tal Sisco si un día lo pillabas. A veces también lo llamabas el Segador. ¿Es ese famoso general rojo?

–El mismo. ¿Dije alguna inconveniencia?

–Digamos que no gastaste un lenguaje académico precisamente. Lo pusiste de vuelta y media. Apuesto a que debes de odiarlo a muerte.

–A muerte es poco. Es una historia muy triste. El día que me vea con ánimos te la contaré.

–Tendré mucho gusto en oírla, pero no quiero parecer indiscreta.

–¿Decía algo más?

–Sí, también llamabas a tu madre, lo que no tiene nada de extraño, porque es lo que hacen el ciento por ciento de los heridos, aunque se trate de hombres hechos y derechos.

Javier suspiró.

–¡Pobre mamá! ¡Como si no tuviera bastante con lo que ha sufrido, para que ahora me tenga que ver así!

–Pues puedes dar gracias a Dios de que no te haya visto cuatro días antes, porque entonces sí que se muere. Del susto. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Como ha dicho el doctor Merino, estás vivo de milagro. Mejor dicho: estás vivo gracias a él. Aunque él diga lo contrario. El doctor Merino es una eminencia de fama mundial, a pesar de que su aspecto pueda inducir a pensar lo contrario. Es discípulo del gran

cirujano alemán Hans von Killian. Cuando empezó la guerra, dejó su cátedra de cirugía en la Universidad de Leipzig y se vino a España para echarnos una mano. Tiene más títulos que yo misma, con la diferencia de que él se los ha ganado rigurosamente a pulso. También es doctor honoris causa de qué sé yo cuántas universidades europeas y americanas. Ahora está ensayando una nueva técnica para curar las heridas de guerra. Verlo operar es un verdadero placer. Sostiene el bisturí como un director de orquesta la batuta…

Mientras hablaba, la enfermera le iba arreglando el embozo de la cama con hábiles tirones a las sábanas. Javier la observó disimuladamente. El doctor Merino no había exagerado un ápice al calificarla como la enfermera más guapa del hospital. De aquél y de cualquier otro, pensó. Era alta, esbelta y bien proporcionada, tenía la cintura estrecha, y bajo el peto del uniforme, la tela se tensaba, insinuante. Volvieron a admirarle sus ojos, grandes y profundos como un par de lagos pirenaicos velados por la neblina azulada del amanecer. Y sombreados por unas pestañas tan largas que, cuando las agitaba, parecía que una corriente de aire fresco recorría la celda.

Cuando hubo acabado de poner orden en la habitación, la enfermera le indicó un pequeño armario pintado de blanco, en un rincón de la celda:

–Ahí he guardado tu traje de campaña, tu boina, tus botas y tu documentación. Sor Jacinta te lo ha lavado y lo ha planchado todo. Y te ha zurcido la guerrera.

Cuando la enfermera se hubo ido, Javier se entretuvo leyendo la prensa atrasada. Los ponían por las nubes. *Heroica actuación del Tercio de Montejurra,* decía *El Norte de Castilla. Los valientes soldados de España reconquistan Brunete y expulsan a la canalla marxista* era la cabecera del *ABC de* Sevilla. *¡Por Dios y el césar!,* clamaba el diario falangista *Arriba España. El sol de la Victoria alumbra nuestras armas en Brunete.* Y así por el estilo.

Lo que no dejaba de tener su lógica: los periodistas no habían estado en la línea de fuego. También resultaba sorprendente la hiel que destilaban sus plumas al referirse a los rojos, un sentimiento de odio que, después de un año de guerra, no era tan unánimemente compartido por los combatientes nacionales, que lo reservaban para los

brigadistas internacionales, cuyos oficiales eran ejecutados sin más cuando caían prisioneros, una práctica que horrorizaba a su amigo el alférez inglés Peter Turner, que invocaba, inútilmente por supuesto, las normas del Derecho Internacional y la Convención de Ginebra.

Pero se rió con ganas con los chistes disparatados de *La Ametralladora:* una vaca entra en una tienda de música y pregunta: Oiga, ¿me podrían afinar el cencerro? Ja, ja, ja.

Pero cuando se lo contó a sor Jacinta, ésta no lo entendió ni le hizo ninguna gracia.

Cecilia llegó dos días después.

Temblorosa.

Hecha un flan.

El doctor Merino en persona le hizo los honores del recibimiento, y mientras la acompañaba a través de salas y pasillos atestados de heridos, moribundos y lisiados, la puso rápidamente en antecedentes y la tranquilizó:

–Y sobre todo, doña Cecilia, no se deje impresionar por las apariencias.

–¿Lo dice para tranquilizarme, doctor?

–Es la pura verdad.

–Dios lo oiga.

Subieron a la tercera planta.

–Javier, tienes visita -anunció el doctor, haciéndose a un lado-. Por aquí, doña Cecilia, si es tan amable.

Soledad, que estaba tomando el pulso a Javier en aquel preciso momento, alzó la cabeza y miró a la recién llegada con cierta sorpresa.

Cecilia se quedó sin habla al reparar en el aspecto de su hijo.

–¡Javier, cómo te han puesto! – exclamó con ojos llorosos-. ¡Y qué delgado estás!

Repuesta de la impresión, se precipitó a abrazarlo.

–¡Vamos, mamá! – la consoló Javier, sonriente, por encima del hombro-. ¡Que no es para tanto!

–¿Que no es para tanto? ¡Eso lo dirás tú!

–Doña Cecilia, permítame que le explique -dijo el doctor Merino.

Y con pocas, pero claras palabras, el eminente cirujano trazó un tranquilizador cuadro clínico.

–Su hijo -terminó-, a pesar de las apariencias, no puede estar mejor. Comprendo que su aspecto la haya impresionado, no es para menos, pero puedo asegurarle que no hay ningún motivo de alarma. Ha superado la crisis, y ahora, si no se presentan complicaciones, está en vías de franca recuperación, que hay que atribuir a su vitalidad de toro bravo. Otro, en su lugar, se habría muerto irremisiblemente.

–¡Doctor, no sabe usted bien cuánto se lo agradezco y el peso que me quita de encima!

–No me lo agradezca a mí. Si me permite, le voy a presentar a la verdadera artífice del milagro, una colega suya, de sangre azul, se entiende, Soledad Simancas…, Cecilia Montcada…

Cecilia veía ante sí a una mujer joven de turbadora belleza, uniformada de blanco, tocada con la reglamentaria cofia de enfermera, que la miraba francamente con sus grandes ojos azulados. Apenas iba maquillada. Un ligerísimo toque de carmín en los labios, innecesario por demás. Cecilia había oído hablar de ella y de los incontables tesoros artísticos que albergaba su palacio de Fonfría, en el paseo de la Castellana de Madrid. Y de su famosa ganadería de reses bravas. Incomprensiblemente, un lejano timbrazo de alarma repiqueteó en las anfractuosidades de su subconsciente, pero, abrumada por la gratitud, lo apartó rápidamente de su mente y abrazó a la joven, movida por un espontáneo impulso de agradecimiento.

–Muchas gracias, Soledad… ¿puedo llamarte así?… No encuentro palabras para agradecerte todo lo que has hecho por mi hijo… el doctor me lo ha contado cuando me acompañaba hasta aquí, lo valiente que fuiste, en plena batalla…

–¿Pues qué iba a hacer? – sonrió Soledad devolviéndole el abrazo-. No voy a repetir las palabras de Nelson en Trafalgar; sonarían demasiado rimbombantes. Además, Javier ha sido el paciente perfecto. Todavía es hora de que lo oiga quejarse. Ni siquiera protesta cuando le arranco los esparadrapos, que es lo que menos soportan los heridos.

–Doña Cecilia, ¿quiere que echemos un vistazo al paciente para que acabe de tranquilizarse? – preguntó el doctor Merino.

–Si no es demasiada molestia…

–Ninguna… a ver, Soledad, échame una mano.

Entre los dos incorporaron a Javier y le retiraron la sábana que lo cubría. Cecilia se sobresaltó a la vista del aparatoso vendaje que le rodeaba el torso.

–¡Dios mío! – se le escapó al tiempo que se llevaba las manos a la boca.

–Doña Cecilia, le repito una vez más que las apariencias engañan -insistió el doctor Merino.

–¿A que soy igual que la momia de Tutankamón, mamá? –preguntó Javier torciendo la cabeza para dirigirle una mirada de soslayo-. Sólo me faltaría el escarabajo sagrado y un cucurucho en la cabeza para dar el pego al mismo tío Iñaki.

–Y en cuanto a la fractura de la pierna -continuó el doctor sosteniendo la sábana en alto para que Cecilia pudiera ver la escayola- imagínese que su hijo se la ha roto jugando al fútbol en el patio del colegio. De hecho, ya se podría pasear con ayuda de unas muletas, si no fuera porque debe guardar inmovilidad para que se le cicatricen las heridas del pecho, que, como le digo, no revisten mayor gravedad. Afortunadamente no se han presentado infecciones ni ningún tipo de problema. Son lo que los médicos llamamos heridas limpias. A ningún virus o microbio con dos dedos de frente se le ocurriría instalarse en las balas salidas de la boca de un fusil a dos mil kilómetros por hora. Su asepsia es total. En cuanto a la escayola, calculo que para finales de septiembre, o primeros de octubre lo más tardar, se la podremos quitar y se lo devolveremos como nuevo. ¿Está más tranquila ahora, mi querida señora?

–Mucho más, le repito que me ha quitado un peso enorme de encima, doctor, y que no encuentro palabras para expresarle mi agradecimiento.

–Pues ya que está más tranquila, Soledad y yo, con su permiso, continuaremos nuestra ronda.

Cuando se hubieron ido, Cecilia se sentó en la cama junto a Javier, le cogió la mano derecha entre las suyas y escrutó ansiosamente su semblante.

–Dime la verdad, Javier, ¿te encuentras bien? ¿Es verdad lo que me ha contado el doctor?

–La pura verdad.

–¿Te duele la herida del pecho?

–Sólo cuando respiro hondo o me muevo con brusquedad. También cuando estornudo.

–Pues no estornudes.

–Lo intentaré.

–Ni te muevas; yo te lo haré todo. ¿Y la pierna?

–Sólo me pica.

–¿Y la oreja?

–Nada de nada, quizá mañana me quiten el vendaje.

Cecilia lo miró de hito en hito unos segundos.

–Todavía no me acabo de creer que estés vivo. Cuando recibí el telegrama, creí que me daba algo. Tuve que sentarme para poder abrirlo. Aún no me he recuperado de la impresión.

–Todo se ha reducido a un susto, como puedes ver.

–¡Pues menudo susto me has dado!

–No era mi intención.

–Me lo imagino, pero no vuelvas a hacerlo.

–Procuraré que no se repita.

–¿Cómo ocurrió?

–¿No te lo han contado?

–No, sólo lo he leído en los periódicos, muy por encima, pero desconozco los detalles.

–Yo sólo te puedo contar lo que vi. En las batallas, uno sólo se entera de una pequeñísima parte de lo que ocurre, justo lo que tiene delante de los ojos… y le permiten ver el humo de las explosiones y el estallido de las bombas. Del resto, ni la menor idea. Todo es muy confuso. Tiros, gritos, los enlaces van y vienen, órdenes, contraórdenes, estampidos, uno no sabe si tiene el enemigo delante o detrás, la gente protesta, maldice del mando, se caga en todo… perdón, mamá. Yo creo que ni los mismos generales se enteran de gran cosa y van dando palos de ciego.

–Bueno, cuéntame lo que hiciste tú.

–Pues resulta que, después de muchos intentos, nuestro tercio se lanzó al asalto de la maldita loma, pero los rojos nos recibieron a tiros y nos obligaron a pegarnos al terreno, que es como se dice en términos militares…

–Sí, ya sé.

–Apenas nos podíamos mover. Así que uno levantaba la cabeza, se la volaban, como le ocurrió al capitán Olavide…

–¡Pobre Paco, cuánto lo siento!

–Y no fue el único. También le dieron al teniente Freire y a muchos requetés más… no te podría decir cuáles. Total, que estábamos allí acurrucados, muertos de miedo, cuando de repente vi al Sisco en persona en lo alto del parapeto, que resulta que es el Segador, ese famoso general de los rojos. Fue como si me hubieran clavado unas banderillas de fuego. Me olvidé de todo y salté hacia adelante, dispuesto a hacerlo trizas. Por desgracia, ocurrió todo lo contrario y los rojos me frieron a tiros. Y ya no recuerdo nada más hasta que me desperté en este hospital.

–El doctor Merino me ha contado la segunda parte de la batalla: que los sanitarios te sacaron medio muerto del campo de batalla y que allí mismo, Soledad, tendida en otra camilla a tu lado, sin prestar atención a los tiros, te dio su sangre. ¡Qué valentía, cuando lo pienso! ¡Nunca se lo podré pagar!

–Ni yo.

Estuvieron callados unos segundos.

–También me ha dejado admirada lo guapa y distinguida que es -dijo Cecilia con expresión pensativa-. Es una enfermera de película.

–Sí, es muy guapa -admitió Javier-. Pero tú no tienes nada que envidiarle.

–¡Adulador!

Volvieron a callarse, mirándose extasiados a los ojos, sin acabar de creerse la felicidad que los embargaba, hasta que Javier saltó repentinamente:

–¡Me tendrían sin cuidado mis heridas ni haberme muerto si me hubiera llevado por delante al cabrito del Segador! ¡Maldita sea! ¡No creo que se me presente una ocasión mejor para ajustarle las cuentas y…

–Javier, no te excites.

–Pero lo intentaré las veces que sea preciso, te lo juro, mamá. No dormiré tranquilo hasta que lo mate y lo envíe al infierno.

–De momento, lo que has de hacer es olvidarte de él y recuperarte de tus heridas, eso es lo más importante.

–Contigo a mi lado lo conseguiré en seguida, ya verás.

Javier acarició las manos de su madre y la miró enternecido.

–Mamá, no sabes las ganas que tenía de verte.

–Y yo a ti -dijo Cecilia devolviéndole la mirada con la misma ternura.

Así estuvieron unos segundos.

–¿Y los abuelos? – preguntó Javier.

–Los he dejado con el alma en un hilo, como puedes imaginarte. Ahora mismo saldré a ponerles un telegrama para que se tranquilicen. Es lo primero que me ha pedido la abuela. Te envían muchos recuerdos y sus deseos para que te pongas bien. Lo mismo que Restituto. La que sigue pachucha es la abuela; el riñón, ya sabes.

–¿Grave?

–No, de momento…

–Me alegro.

–¿Estás bien instalado aquí? – preguntó Cecilia paseando la mirada por la pequeña celda.

–Muy bien. Como puedes ver, tengo una habitación individual, un verdadero lujo asiático, como me ha asegurado sor Jacinta.

–Ya lo veo, no sabes lo atestado que está el hospital.

–¿Has avisado a los Clermont? – preguntó Javier.

–Les puse un telegrama antes de venir aquí, dándoles las señas de este hospital. Me olvidé de decirte que ahora se han instalado en Ginebra. A Hubert lo han nombrado embajador de Francia en la Sociedad de Naciones.

–¡Qué lástima!

–¿Cómo que qué lástima? ¿No te alegras? Es un cargo muy importante que no se lo conceden a cualquiera.

–Lo digo porque Maite no podrá venir a visitarme.

–Igual vienen por Navidad, cuando Maite tenga vacaciones. Recuerda que todavía va al colegio.

–Sí, es verdad -reconoció Javier de mala gana-. ¿Y tú dónde te alojas? Aquí, en Salamanca, quiero decir.

–En el Gran Hotel, muy cerca de la plaza Mayor que, por cierto, es preciosa. Dime -insistió Cecilia ansiosamente, con la mano derecha de su hijo todavía entre las suyas-, ¿de veras que te encuentras bien?

–Muy bien, mamá, te lo aseguro, no seas pesada.

–¿No me engañas?

–No, te lo prometo.

–Pues entonces voy a dejarte un momento para ir a poner el telegrama a los abuelos. Y otro a los Clermont.

–Dales muchos recuerdos de mi parte -dijo Javier-. A todos. Y en especial a Maite. Y dile que tengo muchas ganas de verla.

–Descuida. Volveré en seguida.

–Oye, mamá, ya que vas a salir, hazme un favor. Pasa por una floristería y encarga un ramo de rosas, las mejores, para Soledad; un ramo que no pase por esta puerta.

–Tienes razón -asintió Cecilia-. Con el susto que me he llevado, no había caído. Se lo merece. El ramo y mucho más.

–Si me das una tarjeta tuya, le pondré cuatro líneas.

Cecilia hurgó en su bolso, encontró el billetero y le tendió una tarjeta a Javier.

–Toma, aquí la tienes.

–¿No se enfadará si empleo una tarjeta tuya, verdad?

–Estoy segura de que se pondrá furiosa. ¿Dónde se ha visto que los soldados vayan a la guerra con tarjetas de visita en los bolsillos del uniforme? ¡Javier, se te ocurre cada cosa!

Empleando el bolso de su madre como improvisado pupitre, Javier, con la mano derecha, garabateó torpemente cuatro líneas de agradecimiento al dorso de la pequeña cartulina mientras su madre se la sujetaba. Jamás hubiera sospechado que el concurso de la mano izquierda fuese necesario para escribir cuatro simples renglones. Se preguntó cómo se lo montaría para escribir una carta a Maite contándole su percance y diciéndole cuánto la echaba de menos. Porque no se trataba de dictársela a su madre. Lo que tenía que decirle era demasiado íntimo y personal.

–Ya está -dijo cuando terminó-. Convendría que fueras cuanto antes, no sea que cierren. A ver si las pueden enviar a primera hora de la tarde.

–Voy volando -dijo Cecilia levantándose de la cama y depositando un beso en la frente de su hijo-. Adiós, volveré lo antes posible.

–Y sobre todo que sea un ramo que no pase por esa puerta -le recordó Javier.

–Tú déjalo en mis manos.

Aún no habían pasado ni cinco minutos de su partida, cuando entró Soledad con el carrito de curas.

–Me envía expresamente el doctor Merino para que te quite el vendaje de la cabeza. Me ha dicho que ha sido una falta imperdonable por su parte que tu madre tuviera que verte de esta guisa… Oye, ¡qué madre tienes! Me ha dejado admirada lo guapa y distinguida que es.

–Ella ha dicho exactamente lo mismo de ti. Que eras una enfermera de película. Las dos os habéis fascinado mutuamente.

–¿De veras? – dijo Soledad, halagada, mientras preparaba el instrumental-. Me alegro de que le haya caído bien… Te voy a hacer un poco de daño -lo previno, empezando a soltarle la venda.

Javier apretó los dientes y se estuvo quieto mientras duró la cura. La bala, aparte de arrancarle medio lóbulo, le había dejado un inquietante surco en el cuero cabelludo. Soledad lavó y desinfectó hábilmente la herida con un algodón empapado en yodo y unas pinzas.

–No te la taparé para que le dé el aire y acabe de secarse. Es lo que recomienda el doctor Merino. ¿Quieres ver el aspecto que tienes? – preguntó tendiéndole un espejito que sacó del bolsillo de su uniforme.

Javier se observó con expresión crítica, moviendo la cabeza a un lado y a otro.

–Si John Silver *el Largo* estuviera en mi pellejo, se las vería y se las desearía para colgarse el arete de pirata.

–Espera a que te peine un poco -dijo Soledad poniendo orden en su revuelta pelambrera con la ayuda de un pequeño peine-. ¿Sabes que eres tan rubiales como tu madre?

–Eso dice la gente.

–¿Blanca también?

Por los ojos de Javier cruzó una ráfaga de dolor que no pasó inadvertida a la enfermera, que se apresuró a excusarse:

–Perdona, Javier, no debería habértelo preguntado. Soy una entrometida que se mete donde no la llaman. Lo que ocurre es que me

parece que te conozco de toda la vida. Lo mismo que a tu madre. Normalmente no soy así con la gente. Tengo fama de orgullosa y de que…

–¿Tiene cinco minutos, enfermera?

–Sí, creo que sí… pero por mí no lo hagas.

–Pues siéntese y atienda.

–Pero…

–Enfermera, es una orden.

–¿Me tengo que poner firmes?

–No es necesario. Verás… -empezó Javier, que en algo más de cinco minutos le resumió su vida y milagros y le habló de Requesens, de la Prueba del Valor, de Blanca, del Sisco, del drama ocurrido en el pabellón de La Fontana, de su accidentada fuga a través de los Pirineos, de su dramático epílogo, de la acogida que les dispensaron sus amigos en «Bell Prat», del fusilamiento de su padre, de su alistamiento en el Requeté y de sus asaltos a la bayoneta. Pero ni una palabra del fusilamiento de la maestra de Leizaberri.

Durante unos segundos, Soledad no dijo nada, como si se tomara un tiempo para digerir la dramática información. Una expresión de incredulidad y compasión mezcladas se reflejaba en sus ojos abiertos como platos.

–¡Javier, me has dejado con el corazón encogido! ¡Es tan horroroso lo que cuentas! Yo no sabía nada.

–¿Cómo ibas a saberlo?

–Perdóname otra vez.

–Perdonada.

–Esto te ayudará a comprender las canas que le han salido a mi madre. Y mi sobresalto cuando mencionaste a Blanca. Yo la idolatraba. Mi hermana y yo éramos uña y carne, más que gemelos. Bueno, la idolatro -añadió tras una pausa-, porque no sé con certeza si está viva o muerta. Y te explicará el odio que siento por los rojos. En especial, por el Segador.

–Yo no he tenido hermanos ni hermanas -observó Soledad pensativamente al cabo de unos segundos-, pero me imagino que se los debe de querer mucho.

–Mucho es poco. No sabría cómo explicártelo. Es un amor visceral, un amor diferente del que se puede sentir por una novia, o un marido, en tu caso, por ejemplo, pero no menos intenso. Supongo que porque hemos sido concebidos y criados por la misma madre y porque por nuestras venas corre la misma sangre.

Soledad echó las vendas sucias en un cubo, recogió el instrumental de curas y se despidió:

–Ahora tengo que dejarte. Pero el día que quieras, yo también te contaré mis aventuras de guerra y los sustos que he pasado.

–Tendré mucho gusto en escucharlas.

Cecilia volvió poco antes del mediodía, algo acalorada por el paseo. La cara se le iluminó cuando vio la cabeza de su hijo libre del vendaje.

–Javier, pareces otro, da gusto verte así.

–Nada más irte tú, vino la enfermera y me lo quitó en un periquete -explicó Javier-. Dijo que no era nada importante.

Cecilia dejó el bolso, el sombrero y los guantes al pie de la cama y se inclinó para echar un vistazo a la oreja mutilada de su hijo.

–No parece grave, pero menudo susto cuando lo pienso… y aquí te ha quedado un rasguño… y vaya rasguño. Javier, no sé si podré aguantar toda la guerra así. ¿Quién te ha peinado tan bien?

–Soledad.

Cecilia pasó revista al contenido de la mesilla de noche. El frasco de agua de colonia pareció sorprenderla.

–¿Cómo ha venido a parar aquí? – preguntó, cogiéndolo para leer la etiqueta.

–No sé, me imagino que lo habrá traído Soledad.

–Es muy buena. Nada menos que English Lavander de Atkinsons.

–Sí, huele muy bien -convino Javier.

–¿Y tu ropa?

–Está en ese armario del rincón.

Cecilia lo abrió y echó un vistazo en su interior.

–Todo está muy limpio y ordenado -dijo.

–Sor Jacinta se ha ocupado de todo.

Cecilia descolgó la guerrera de su percha, la mantuvo en alto y la examinó con expresión aprensiva.

–Está llena de zurcidos… un verdadero colador, como ha dicho el doctor.

Una expresión de alarma se dibujó en la cara de su hijo.

–Por favor, mamá, no la tires, lo leo en tu cara.

–¡Pero si está hecha cisco!

–La guardaré como un recuerdo de Brunete y quizá me la vuelva a poner algún día.

–De ninguna de las maneras. No puedes ir por el mundo hecho un zarrapastroso. Esta misma tarde iré a comprarte ropa nueva. Ahora mismo voy a hacer una lista de lo que te falta.

Cecilia se sentó a los pies de la cama, sacó una libretita de su bolso y apuntó: una guerrera nueva, toallas, un cepillo de dientes, pijamas, libros, un espejo, ropa, pantalones, camisas, una chaqueta…

–De *tweed,* como las que gastaba papá.

Cecilia lo anotó.

–¿Se te ocurre algo más?

–Sí, papel y sobres para escribir a Maite. Y una pluma estilográfica.

–¿Eso es todo?

–Apunta también una cazadora de ante con cremallera. Y un pañuelo de seda para el cuello.

Cecilia volvió a garabatear.

–Ya está anotado: una cazadora de ante con cremallera y un pañuelo de seda. Trataré de complacerte, claro, porque has de tener en cuenta que Salamanca no es Barcelona.

–Seguro que en el hotel te informarán de dónde están las mejores sastrerías. Y otra cosa: ¿has encargado las rosas?

–Sí, he encargado las rosas -lo tranquilizó Cecilia-. Un ramo que necesitarán un camión para transportarlo.

–Gracias.

–¿Y a que no sabes a quién me he encontrado cuando venía hacia aquí? – dijo Cecilia guardando la libretita en el bolso.

–¿A Franco?

–No digas tonterías… a Higinio y a Laura Masferrer.

–¡Vaya, qué sorpresa! Sí, ahora que lo dices, creo que viven aquí. ¿Te acuerdas de que nos lo comentaron en Burgos, cuando la entrega de despachos?

–Me han dicho que mañana a las seis vendrán a hacerte una visita.

–Pues serán muy bien recibidos… Oye, mamá, le he contado a Soledad nuestra vida y milagros. Supongo que no te molestará, ¿verdad?

–No, claro que no. ¿Por qué iba a molestarme? ¡Cómo ibas a tener secretos con ella si te ha salvado la vida! Yo misma le aclararé los puntos dudosos.

La llegada de sor Jacinta con la bandeja de la comida interrumpió la conversación.

Javier le presentó a su madre.

–Sor Jacinta, mi madre. Mamá, te presento a sor Jacinta.

–Mucho gusto señora.

–El gusto es mío, hermana… y si no tiene inconveniente, yo misma me ocuparé de darle la comida a mi hijo.

–Ninguno, señora, y permítame decirle cuánto celebro que su hijo, con la ayuda de Dios Todopoderoso, haya salido con bien de este lance tan terrible que le ha tocado vivir.

Cecilia le dio la comida. Javier lo devoró todo. Luego recogió los platos, puso orden en la habitación y se dispuso salir.

–Voy al hotel a almorzar. Volveré lo antes posible.

–Mamá, ya que estás de pie, hazme un favor.

–Tú dirás.

–Asómate a la ventana y dime qué se ve.

Cecilia se acercó a la ventana y echó un vistazo.

–¿Qué ves?

–Veo, veo… -canturreó Cecilia de buen humor.

–¿Qué ves?

–Veo un puente de piedra, muy largo y con muchos ojos que pasa por encima del Tormes. Al otro lado hay una iglesia antigua, junto a la carretera. Y más allá se extiende una llanura que parece no tener fin, con pastos y encinares. Al fondo de todo se adivinan unas montañas. Luce un buen sol y hace calor.

–Gracias, me tenía intrigado.

Cecilia entornó los postigos y dejó la pequeña celda sumida en una fresca penumbra.

–Procura dormir un poco.

A Javier no le costó nada seguir su consejo.

Lo despertó Soledad, dos horas más tarde, entrando en la habitación como un torbellino.

–¡Javier, no deberías haberlo hecho! – exclamó, inclinándose sobre él y besándolo impetuosamente en la mejilla-. ¡Yo no me merezco un regalo tan principesco!

–No he visto el ramo, si es a eso a lo que te refieres, pero estoy seguro de que si lo viera, me parecería pequeño, mezquino y miserable.

–¿Pequeño? – se asombró la joven-. ¡Si apenas cabía en la salita de las enfermeras! Ha sido la sensación del hospital. Me has dejado completamente confundida, avergonzada. Isabelín Ibarray Lolín Urquijo no hacían más que mirarse de reojo y hacer visajes, las muy tontas. ¡Son unas rosas preciosas!

–Ten en cuenta que las ha elegido mi madre. Ella sabe mucho de rosas. Es una experta jardinera.

–¡No deberías haberlo hecho!

–Es lo menos que podemos hacer por ti, ¿no te parece? Piensa que si yo estoy vivo es gracias a tus saludables plaquetas y leucocitos que ahora saltan y brincan por mis venas.

–¿Qué se siente? – preguntó Soledad, curiosa, que seguía con sus ojos a un palmo de los de Javier.

–Un cosquilleo especial, como de burbujas de sifón, o gaseosa. Una sensación muy curiosa. No sabría explicarlo… algo que te permite conocer mejor a la donante, adivinar sus pensamientos más íntimos…

–¿De veras?

–Sí.

–¿Qué pienso ahora mismo?

–Hum… ¿Qué te parece si te lo digo en otro momento?

–Dímelo ahora, me tienes en ascuas.

Los señores Masferrer cumplieron su promesa y a las seis de la tarde del día siguiente se presentaron puntualmente con un libro y una gran caja de bombones. Laura vestía camisa azul de falangista, zapatos bajos, ajustada falda negra y boina roja ladeada con el ángulo justo permitido por las ordenanzas. Higinio iba de paisano.

Laura y Javier cambiaron una rápida y cautelosa mirada de inteligencia.

Tras la usual explosión de exclamaciones de sorpresa, alegría, besos y abrazos, Cecilia los invitó a sentarse en cuatro malas sillas que había mandado traer, abrió la caja de bombones y los puso al corriente de los progresos realizados por Javier, y éste les contó brevemente su peripecia vital, desde el asalto a la cota del Espolón hasta que abrió los ojos en el hospital cinco días después, más muerto que vivo. Higinio y Laura lo escucharon entre asustados y admirados.

–¡Chico, eres un héroe!

–¡Pamplinas! No sabía lo que me hacía. Y aquí me tenéis. Y ahora habladme de vosotros.

–Pues ya lo ves, convertidos en unos verdaderos salmantinos -dijo Higinio-. El día menos pensado me compraré lo que ellos llaman el *traje corto,* para presentarme debidamente a las tientas de novillos. Bromas aparte: el trabajo me tiene muy ocupado. No paro en todo el día. Recibo a visitantes extranjeros, los acompaño a ver la ciudad, traduzco cartas y cosas por el estilo. Es mi modesta contribución al esfuerzo de la guerra.

–¿Y tú, Laura? – preguntó Javier volviéndose hacia la joven-. Ya veo que te has apuntado a la Falange. El uniforme te sienta muy bien. Estás muy chula vestida de azul.

-*Con su camisita y su canesú* -canturreó burlona la joven, que le dedicó un malicioso guiño de complicidad que Javier fingió ignorar-. Todo menos las medias, ¿sabes?, que son de seda.

Javier estuvo a punto de atragantarse con un bombón de licor.

–¿Y a qué te dedicas, si no es demasiada indiscreción? – preguntó cuando le hubieron pasado las arcadas-. Es que no me gusta el licor -explicó a su madre para justificar el sobresalto.

–Me he apuntado a Auxilio Social. Me han asignado un trabajo muy entretenido, como de maestra o así, y me paso las mañanas limpiando los mocos a los niños rojos huérfanos, dándoles la comida al mediodía, jugando con ellos al corro de la patata y a la gallinita ciega y cosas por el estilo. Todas muy patrióticas, por supuesto, y dentro del más puro estilo de la *unidad de destino en lo universal,* que no sé qué demonios significa. Pilar Primo de Rivera ha intentado explicármelo más de una vez, pero no ha habido manera. Debo de ser muy dura de entendederas.

Cecilia enarcó una ceja con un gesto de sorpresa.

–¿Huérfanos rojos, has dicho?

–Sí -le aclaró Higinio-. Se trata de los hijos de los rojos fusilados después del Alzamiento. No es que en Salamanca hubiera muchos rojos, pero sí en cantidad suficiente como para constituir una amenaza latente en nuestra retaguardia. Franco decidió eliminarlos por las buenas y mandó fusilarlos. Los falangistas se ocuparon de ello. Muy triste, sí.

–Yo también he pasado por eso -dijo Cecilia con voz dura-.Javier también es un huérfano de guerra. – Iba a añadir: y yo una viuda de guerra. Pero se arrepintió inmediatamente y dijo-: No sabía nada. Lo siento por esos niños. Quiero decir que lo que haces tiene mucho mérito.

La joven hizo un gesto de despreocupación con la mano.

–Todos hemos de arrimar el hombro, ¿no te parece, Cecilia? Ahora ya he me he acostumbrado y me desenvuelvo bastante bien en mi trabajo.

–No os diré más que hasta la ha felicitado la mismísima Pilar Primo de Rivera -dijo Higinio, muy orgulloso-. Y los niños la quieren mucho.

–No exageres, Higinio, no exageres… Oye, Javier, espero que te guste el libro que te hemos traído. Es de Jardiel Poncela. Se llama *Amor se escribe sin H*.

–Un título muy sugestivo. Te prometo que lo leeré con mucho interés y estoy seguro de que me gustará mucho.

–Verás también que te lo he dedicado.

–Razón de más para que lo lea. Tiempo no me va a faltar.

Higinio le transmitió los buenos deseos de José Vicente y Enriqueta Fontanilles y le informó de que también irían a hacerle una visita.

–Solemos reunimos con ellos a la hora del aperitivo en la terraza del bar Novelty de la plaza Mayor. José Vicente quiere invitarte a los ojeos de perdices en Los Hontanares. Y a correr liebres a caballo. Le he comentado la buena escopeta que eres.

Cuando Javier iba a protestar, sonaron unos golpecitos en la puerta, y sin esperar contestación, asomó la cabeza de Soledad. En la mano sostenía un pequeño sobre azul. Se excusó inmediatamente:

–¿Interrumpo una reunión familiar?

–Pasa -la invitó a entrar Cecilia-. Tú sabes que nunca molestas… Mira, te voy a presentar a unos buenos amigos de Barcelona, Higinio y Laura Masferrer… Soledad Simancas.

Higinio se levantó y le besó ceremoniosamente la mano.

–Es un placer.

–El placer es mutuo.

–Cecilia nos ha hablado muy bien de usted y de lo bien que ha cuidado a Javier.

–Cecilia siempre tan amable y considerada.

Laura y Soledad se midieron rápidamente con la mirada y cambiaron un ósculo de circunstancias. Apenas se rozaron las mejillas con los labios.

–Encantada, querida.

–Lo mismo digo -dijo Soledad, que se acercó a la cama de Javier con el sobre azul en la mano.

–Ha llegado este telegrama para ti. No hará ni cinco minutos. Y como he pensado que podía ser importante, yo misma he subido a entregártelo.

–Gracias -dijo Javier, adivinando en el acto su procedencia-. ¿Me ayudas, mamá?

Cecilia rasgó el sobre, lo desdobló y se lo tendió.

–Aquí lo tienes.

Javier lo cogió con la mano derecha y leyó rápidamente el texto: *Enterada del percance, mis padres y yo hacemos votos rápido restablecimiento. Recuerdos a tu madre. Besos y abrazos. Maite.*

–Maite y sus padres te envían sus recuerdos -dijo levantando la vista hacia su madre.

–Se los devuelves cuando puedas -respondió Cecilia.

Javier miró a Soledad, que le devolvió la mirada con una expresión indescifrable.

Experimentaba la inquietante sensación de estar avanzando por un campo minado.

La conquista y liberación de Santander por las brigadas navarras del general Solchaga fue celebrada entusiásticamente en Salamanca y en toda la España nacional.

Su conquista sirvió también para tender una cortina de humo sobre la debacle de Belchite, un pueblo aragonés de poco más de cuatro mil habitantes, casas de adobe y una notable iglesia mudéjar, que resultó arrasado. El Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, que lo había defendido frente a efectivos abrumadores, fue aniquilado en su práctica totalidad. Como había ocurrido con Brunete, Franco, empeñado en liquidar el frente norte, se había mostrado reacio a acudir en su defensa. A última hora, cuando la situación era crítica, envió las aguerridas divisiones 13 y 150, de los coroneles Barrón y Sáenz de Buruaga, que lograron frenar la ofensiva roja en Fuentes de Ebro, a escasos kilómetros de Zaragoza, que nunca había llegado a tener el peligro tan cerca de sus puertas.

En el hospital militar de Salamanca se descorcharon botellas de champaña, se brindó por la victoria, y los heridos y las enfermeras se abrazaron en los pasillos ante las escandalizadas miradas de sor Jacinta y sus hermanas. El doctor Merino, que había subido a reconocer a Javier, auguró un fulminante incremento del censo demográfico para dentro de nueve meses exactos.

–Es la ley Munthe, que digo yo.

–Si se digna explicarla, quizá nos enteremos de algo -le pidió Cecilia.

–Mi querida señora, si usted ha leído es extraordinario libro que se llama *La historia de San Michele,* del médico sueco Axel Munthe, recordará sin duda aquel párrafo antológico, que cito más o menos de memoria; dice así: *Donde quiera que el equilibrio entre la vida y la muerte se perturba por una causa accidental, ya sea peste, terremoto o guerra, la vigilante Naturaleza se pone en seguida a trabajar para ajustar el balance, y llama a nuevos seres a ocupar el vacío dejado por los caídos. Constreñidos por la irresistible fuerza de una ley natural, hombres y mujeres caen unos en brazos de otros, con los ojos vendados por el deseo, sin darse cuenta de que es precisamente la muerte quien preside su unión, con un afrodisíaco en una mano y un narcótico en la otra.*

–¿Y puedo preguntarle dónde dejamos a Dios, doctor?

–Esta aparente paradoja forma parte del grandioso plan del Sumo Hacedor.

–Pues tal como lo describe Axel Munthe, parece toda una bacanal romana, y sus ideas, escandalosamente liberales, doctor.

–Realistas, mi querida señora, realistas. Y ahora, contando con su valiosa cooperación y la de Soledad, vamos a dar un repaso al buen mozo de su hijo… A ver, Javier, cómo te incorporas…

Con ayuda de pinzas y tijeras, el doctor Merino despegó hábilmente los vendajes que le rodeaban el torso y el brazo derecho.

A Cecilia le admiró la destreza de sus manos, gruesas como longanizas, manejando delicadamente las pinzas y las tijeras. El doctor captó su sorpresa y le sonrió por debajo de sus cejas peludas:

–Doña Cecilia, eso de las manos de artista es un cuento chino. Lo que cuenta es el cerebro que las dirige.

–Sí, sí, ya me doy cuenta.

El doctor mostró a Cecilia las dos pequeñas cicatrices indicadoras de los orificios de entrada y salida de las balas cerrados con algunos puntos de sutura.

–¿Lo ve usted, doña Cecilia? Mejor aspecto no pueden presentar. Es lo que digo yo siempre: para cicatrizar las heridas, de la clase que sean, no hay mejor medicina que dejarlas en paz durante un tiempo, y que la juventud haga el resto.

–Doctor, a usted y a Soledad les vamos a levantar un monumento en la plaza Mayor -dijo Cecilia, conmovida y agradecida a un tiempo.

El doctor Merino señaló a Soledad con los ojos con un guiño socarrón.

–No le digo que Soledad no hiciera un brillante papel, por obvias razones que saltan a la vista, pero, como usted comprenderá, ni mi apostura heroica ni mi trasnochada facha de matasanos son las más indicadas para inspirar a ningún escultor. No -se corrigió-, el monumento se lo levantaremos a usted por tener un hijo tan valiente.

Soledad limpió con un algodón los bordes de las cicatrices, les aplicó yodo y las cubrió con gasas y esparadrapo.

–Se acabaron las vendas, Javier -dijo el doctor-. ¿Te encuentras mejor así?

–Mucho mejor, doctor. Esto es otra cosa -dijo Javier moviendo los hombros y el brazo izquierdo con satisfacción-. Ya no podía más del

maldito vendaje; me tenía frito. Ahora podré abrazar a mi madre como Dios manda.

–De todas formas, no te entusiasmes demasiado -le previno el doctor-. Diez o quince días de cama no te los va a quitar nadie, de manera que es mejor que empieces a acostumbrarte a la idea.

Libre del engorro del vendaje, Javier dispuso el papel de cartas en la bandeja que le acercó su madre, quitó el capuchón a la pluma estilográfica, dirigió la vista a lo alto y empezó animosamente:

Querida Maite:

Recibí tu telegrama. Gracias. Ya estoy mucho mejor. Se puede decir que he resucitado. En el hospital me han cuidado muy bien y…

Después de cinco minutos de esfuerzos y concentración, la imagen querida de Maite empezó a materializarse en su mente, y no tardó mucho en evocar el sabor apasionado de sus besos, la firmeza de sus senos juveniles, el tacto electrizante de sus caderas y sus gemidos de placer. Con tal intensidad, que no tardó mucho en hacérsele patente que sus reflejos viriles habían salido intactos del percance de Brunete. Claro que no pudo poner en el papel, claramente, todo el amor que sentía por ella y cuánto la deseaba. Los malditos entrometidos de la censura. ¿Cómo podía explicarle que, a pesar de su estado y de su escayola, se veía capaz de llevarla al cielo una vez más?

Encontró la forma de expresar sus sentimientos recurriendo a toscas metáforas que habrían avergonzado a sus profesores de literatura. Lo mismo que habían hecho los trovadores provenzales cinco siglos atrás para cantar los encantos de las damas de sus pensamientos. Se llamaba el amor cortés, o algo parecido. No lo recordaba con exactitud.

Pero no le dijo una sola palabra de Soledad. Consciente o inconscientemente, evitó hablar de ella.

–Déjame que le ponga dos líneas -le pidió su madre cuando hubo terminado de escribir y firmado al pie-. Sí, no pongas esa cara, que no voy a leer lo que has escrito tú.

Javier le entregó las cuartillas.

Cecilia llenó media cuartilla de apretada caligrafía.

–Gracias -dijo cuando terminó.

Javier dobló las cuartillas, las metió en el sobre, pasó la lengua por la parte engomada y lo cerró. El peligro había sido conjurado. A continuación, escribió las señas de los Clermont que le había proporcionado su madre, que le preguntó:

–¿Te has quedado más tranquilo, verdad?

–¿Cómo lo has adivinado? – preguntó Javier.

–Soy tu madre, recuerda.

–Sí, aquí donde me veis, yo también he pasado lo mío -contaba Soledad sentada en una silla a los pies de la cama de Javier-. Se puede decir que yo también estoy viva de milagro.

Javier y Cecilia la escuchaban muy interesados.

Cecilia tricotaba un suéter de lana, y de vez en cuando se levantaba para tomar medidas en el brazo de su hijo.

–¿De veras?

–Sí -empezó Soledad-. A mí, el Alzamiento me pilló en Madrid. Estaba haciendo las maletas para ir a reunirme con mi marido en Roma, cuando de repente estalló la revolución, y las turbas irrumpieron en mi palacio de Fonfría, dispuestas a hacerme picadillo. Por un momento me vi violada, muerta y destripada a manos de aquellos salvajes. Si has visto la película esa de la Pimpinela Escarlata, te harás perfecto cargo de lo que fue aquello. Me sentí igual que María Antonieta, cuando los *sans-culottes* la obligan a ponerse el gorro frigio y cantar *La Carmagnole.* Me salvó, por los pelos, un pariente comunista, un marino partidario de los rojos (algo, querida, que ha ocurrido en las mejores familias) que pudo detenerlos a tiempo. Si tarda cinco minutos más en presentarse, ardo con todo el palacio encima. En mi vida he pasado más miedo. Mi pariente se jugó la vida para salvarme, tengo que reconocerlo honradamente. Pero no pudo impedir que los rojos me detuvieran por fascista y reaccionaria, y me encerraran en la cárcel de mujeres de Yeserías, donde pasé una buena temporada. La directora, una hiena orejuda, rebosante de odio y resentimientos, no perdía la ocasión de insultarme, y a la menor oportunidad me ponía a fregar las letrinas con lejía y estropajo.

–¡Pobre Soledad! – se compadeció Cecilia, levantando los ojos un momento de la labor-. ¡Qué mal debiste de pasarlo!

–Sí, muy mal, no te lo voy a ocultar. Pero, por lo menos, aquellos dos meses de cárcel me enseñaron más que dos años en Meltenham (el colegio inglés donde estudié). Una experiencia que me sirvió para quitarme muchas manías y hacerme ver las cosas desde otro punto de vista, y que la vida no era tan de color de rosa como una se imaginaba. Yo siempre había sido una niña caprichosa y malcriada, que hacía su santísima voluntad, que desayunaba en la cama y que tiraba la ropa al suelo, de cualquier manera, al acostarme por la noche…

–Como mi hija Blanca -dijo Cecilia, que no pudo evitar que una sombra de pesar le oscureciera fugazmente el semblante.

Soledad lo captó en el acto.

–Lo siento, Cecilia, no era mi intención recordarte malos momentos. El otro día ya metí la pata con tu hijo. Si quieres, me callo.

–No, sigue, por favor.

–Pues como te iba diciendo, llegué a pensar que nunca saldría viva de aquellas cuatro paredes odiosas. Hasta que un buen día llegó el aviso de que iban a canjearme por un cuñado del presidente Azaña en poder de los nacionales. Mi pariente comunista había removido Roma con Santiago y había tirado de todos los hilos y no paró hasta conseguir mi libertad, y la verdad es que no le puedo estar más agradecida… a pesar de sus ideas. Fui conducida a Valencia, y allí embarqué en un destructor inglés… soy medio inglesa, como os ha dicho el doctor Merino… El capitán mandó formar la guardia, y cuando pisé la cubierta, el contramaestre me saludó con los tres pitidos reglamentarios, como si fuera un almirante o qué sé yo, mientras, desde el muelle, una selecta comisión de despedida pedía mi cabeza, me ponían de vuelta y media y me llamaban puta aristócrata y otros piropos del mismo calibre. Fue muy desagradable, te lo puedes creer, Cecilia. Absolutamente *disgusting*.

–Te creo, te creo -dijo Cecilia, convencida.

–Recuerdo que me impresionó el contraste -continuó Soledad-. Apenas diez metros de agua separaban aquellos dos mundos. A un lado, los marinos ingleses, impecables, uniformados de blanco, disciplinados, y al otro, una vociferante turba de milicianos patibularios y brujas sucias y desmelenadas. No te puedes imaginar el alivio y la satisfacción que experimenté cuando el destructor levó

anclas, se hizo a la mar y los perdimos de vista. A bordo me trataron como a una reina. El capitán me cedió su propio camarote. La travesía fue muy buena, y en seguida llegamos a Gibraltar. El gobernador en persona me recibió en el muelle, como si fuera una aristócrata de Versalles escapada del Terror… El resto ya lo sabes. Pasé a la España nacional. En Sevilla seguí un cursillo de enfermera y luego me vine a Salamanca, donde el doctor Merino me tomó bajo su protección. Estuve en Brunete, donde eché una mano a tu hijo… y aquí me tienes, en este hospital, haciéndolo lo mejor que Dios me da a entender.

–Vamos, vamos, Soledad, no seas tan modesta -la animó Cecilia, alzando un momento la vista de las agujas-. El otro día no pude por menos de admirarte cuando quitabais el vendaje de Javier entre tú y el doctor. Parecías una verdadera profesional, como si lo hubieras hecho toda la vida.

–Es la fuerza de la costumbre, querida, no tiene ningún mérito. Todo lo que haga para ayudar a ganar la guerra me parecerá poco. Y aquellos mal nacidos se acordarán de los malos ratos que me hicieron pasar en la cárcel.

–No te puedo comprender mejor.

–Oye, Cecilia, cambiando de tema, ¿qué tal te tratan en el Gran Hotel?

–Muy bien, no tengo queja. ¿Por qué lo preguntas?

–Te lo decía por si te gustaría venirte a vivir conmigo a mi casa. He habilitado los altillos de un palacio que tengo a dos pasos de aquí que se caía de puro viejo. Hay habitaciones de sobra, con cuartos de baño, agua caliente, calefacción y todos los lujos y comodidades del siglo veinte, no te vayas tú a creer que en Salamanca todavía vivimos como en la Edad Media.

–Te lo agradezco mucho, Soledad, pero no quiero causarte más molestias de las que te hemos causado.

–No me causarás ninguna molestia, querida. La única pega es que no me verás en todo el día. Me lo paso currando en el hospital.

–Gracias, yo tampoco me muevo del hospital. No vale la pena que te molestes. Además, el paseo desde el Gran Hotel hasta aquí, rúa Mayor abajo, no me lleva ni diez minutos y me distrae mucho. Me encanta. Y si me canso, me paro en el bar Novelty a tomar un café.

–Como quieras, pero si cambias de opinión, no tienes más que decírmelo. Y otra cosa -añadió-. Si un día, por la razón que fuere, necesitas un coche, tendré mucho gusto en poner a tu disposición mi Rolls, con chófer incluido, para desplazarte a donde se te antoje. Esteban estará encantado. Es un fanático de la aristocracia.

Las campanadas de la catedral Nueva dieron las tres.

Soledad se levantó precipitadamente.

–¡Las tres! – exclamó, preocupada-. ¡El doctor Merino me estará esperando para empezar la ronda y yo aquí hablando como una descosida! Adiós, Cecilia, y recuerda que me has prometido que el sábado por la tarde iremos de compras y a la peluquería. Tienes un pelo muy bonito para que lo lleves tan descuidado, ¿estamos?

–De acuerdo, te acompañaré con mucho gusto.

Estaban tomando café sentados en torno a una mesa de la terraza del bar Novelty. Un amable sol otoñal lamía los soportales de la plaza Mayor, transitada por los salmantinos con la devoción de quienes cumplen el rito de pasear, siquiera una vez al día, por aquel recuadro mágico.

–Lo que ocurre con Soledad es que está a matar con su marido -explicaba José Vicente Fontanilles, mientras revolvía calmosamente el azúcar con la cucharilla-. A punto de divorciarse, para ser exactos. Ésa es la razón, y no otra, por la que ella está aquí en Salamanca, y Fredy sigue en Roma, haciéndose pasar por nuestro representante en el Vaticano, con la gracia que se supone debe de hacerle a Su Santidad.

Cecilia no se perdía detalle de sus palabras.

–Fredy Fonseca, dicho con los debidos respetos -agregó Enriqueta-, siempre ha sido un calavera y un manirroto, que se ha pateado alegremente el fortunón que le dejó su padre al morir. Hablando en plata: no tiene donde caerse muerto. Todas sus tierras, sus títulos y sus propiedades han pasado a manos de Soledad, que le pasa una modesta asignación para que vaya tirando y guarde las apariencias. Soledad es riquísima. Ni ella misma sabe lo que tiene. Media provincia es suya. Aquí, en Salamanca mismo, tiene el palacio de Toral de los Guzmanes, una auténtica joya del plateresco, que ahora ha reformado para hacerlo más habitable. En San Sebastián tiene un *cottage* de estilo inglés, justo al lado mismo del palacio Real de Miramar («Gure Etxea»,

creo que se llama) con una colección de Turners, Constables y Gainsboroughs que para sí quisiera la Tate Gallery. Su ganadería de toros bravos es de las mejores de España, dignos de medirse con los famosos Miuras. Su finca de «El Robledal», a escasos kilómetros de aquí, linda precisamente con la mía de «Los Hontanares», y no es raro el día que sus toros nos pisotean los sembrados y nos hacen polvo los nidos de las perdices. Aparte de eso, no tengo nada contra ella.

–Pues viéndola trabajar como una negra en el hospital, nadie diría que es riquísima -observó Cecilia pensativamente.

–Ganas de llamar la atención que tiene -opinó Laura-. No sé por qué motivo, Soledad se cree en la obligación de representar el papel de la Florence Nightingale española. Le encanta darse aires de importancia y que se hable de ella. Pero a mí no me engaña.

–No es verdad, estás muy equivocada, Laura -salió Cecilia al instante en defensa de su nueva amiga-. Hay maneras más agradables de que se hable de una sin necesidad de cuidar heridos ulcerados ni vaciar orinales apestosos. Lo he visto con mis propios ojos. A las siete de la mañana, Soledad está al pie del cañón, hace las guardias nocturnas de rigor y se ha convertido en la mejor instrumentista del doctor Merino, en su mano derecha, y él, a pesar de sus títulos y de su fortuna, no tiene ningún miramiento con ella y la trata exactamente igual que al resto de sus compañeras. Soledad es una buena española y una patriota que se entrega con todas sus fuerzas a nuestra causa sin reparar en sacrificios.

–Y con su dinero -intervino Higinio levantando los ojos de *El Norte de Castilla*-. Hace muy pocos días me he enterado que las treinta ambulancias y los quirófanos de campaña que estuvieron en Brunete los pagó ella de su propio bolsillo. Lo mismo que cualquier equipo médico que haga falta en el hospital, por caro que sea. Cuando la ocasión lo requiere, ella misma viaja a Suiza o a Alemania para ocuparse de todo. Gracias a ella, el hospital militar de Salamanca es el mejor equipado de toda España. Aunque ella es la primera que procura que no se hable del tema.

–Hasta Franco la ha felicitado -dijo José Vicente tras apurar su taza de café-. Soledad entra en su cuartel general como Pedro por su casa, y la Guardia Mora forma para recibirla. Aquí, en Salamanca, como

supongo os habréis dado cuenta, es una verdadera institución… ¿Queréis otro café?

–Yo me tomaría otro coñac -dijo Higinio.

–¿Y vosotras?

–Yo un café -dijo Cecilia.

–¿Y tú, sobrina?

–Nada, gracias -contestó Laura.

José Vicente llamó al camarero haciendo chasquear los dedos con un gesto autoritario.

–¿Cómo es Soledad? – preguntó Cecilia a Enriqueta-. Tú que la conoces.

–Aparte de ser guapa con ganas, no se puede decir que haya sido muy feliz en su vida. Su padre era Íñigo Álvarez de Toledo, el que fue nuestro embajador en Londres, ¿os acordáis? Su madre era inglesa, Priscilla Montagu Scott-Howard. Ambos murieron en un tonto accidente de caza en el transcurso de un safari en Kenia, cuando ella era una niña. Unos tíos suyos se hicieron cargo de ella. Apenas tiene familia. Pero la que la acogió con más cariño fue su abuela materna, la marquesa de Greenock, la principal accionista de la naviera Blue Star, que la nombró heredera universal, después de repudiar y desheredar a la cabeza loca de Nancy, su hija mayor (hermana de Priscilla y tía de Soledad) cuando ésta se fugó con un clarinetista negro, un *affaire* que escandalizó a media Inglaterra y fue la gota que colmó la copa de la indignación de la buena señora, que estaba hasta el moño de las extravagancias de su hija, y en cambio sentía verdadera idolatría por su nieta anglo-hispana. De modo que, cuando murió (no hace muchos años), toda su inmensa fortuna pasó a Soledad. La infancia y la adolescencia de ésta transcurrieron a caballo entre el castillo de su abuela en Inglaterra, en el Meltenham Royal College, en Madrid, y las fincas de Extremadura de su padre que administraban los parientes que la acogieron. Luego se casó con Federico Fonseca, que le sorbió literalmente el seso, porque Fredy será todo lo calavera que se quiera, pero no se puede negar que es atractivo y simpático como todos los sinvergüenzas. Como era de esperar, al medio año de matrimonio ya le había puesto los cuernos con sus mejores amigas. Suerte que Soledad no tiene un pelo de tonta, y muy bien asesorada por los abogados

ingleses de su abuela, en su contrato matrimonial había establecido una estricta separación de bienes. De no ser así, a estas horas Fredy la habría dejado más pelada que las ratas. Según los rumores que corren, ahora anda liado con una baronesa italiana que lo tiene a pan y cuchillo… en fin, que ejerce de gigoló.

–¿Han tenido hijos? – inquirió Cecilia.

–No, a Dios gracias, sólo habría faltado esa complicación.

–Pobre Soledad, lo siento por ella. No se merece semejante suerte.

–Parece que habéis hecho muy buenas migas ella y tú -observó Enriqueta.

–Sí, es la pura verdad. Hemos intimado bastante. Soledad me ha contado el calvario que le tocó vivir en zona roja. Incluso me ha invitado a ir a vivir con ella en su palacio. Fíjate si somos buenas amigas que hasta me ha llevado a la peluquería a teñirme el pelo y me ha obligado a quitarme el luto y a comprar ropa más alegre.

–Pues no sabes lo bien que te sienta. Pareces otra, Cecilia. Te han quitado años de encima. Da gusto verte, sinceramente, te lo prometo.

Camino del hospital, Cecilia meditaba sobre lo que le habían comentado los Fontanilles acerca de Soledad y de su marido. Pero todos sus temores y sus aprensiones se disiparon como por arte de magia cuando vio a Javier apaciblemente dormido con la cabeza apoyada en la almohada y el libro de Jardiel Poncela caído a un lado de la cama.

Los rumores no se confirmaron y a Javier no le concedieron la Cruz Laureada de San Fernando, sino la Medalla Militar individual de primera clase, y lo ascendieron a teniente por méritos de guerra.

Se la impuso el general Varela en una sencilla ceremonia, en presencia de su madre, del doctor Merino, de Soledad, de sor Jacinta y de un galoneado ayudante cuadrado rígidamente.

–El problema contigo -dijo el bilaureado general con su peculiar gracejo andaluz después de que se la hubo prendido en la chaqueta del pijama-, y perdone, doña Cecilia, por lo que voy a decir, es que no cascaras, pese al decidido empeño que pusiste. Aunque a aquella distancia a mí me lo pareciera. Porque has de tener en cuenta que a la mayoría de los laureados les conceden la Cruz post mórtem. Un pequeño detalle al que los miembros del tribunal conceden la máxima importancia. Yo soy una excepción excepcional. Si de mí dependiera, te

la habría concedido en el acto y en el mismo campo de batalla. Desgraciadamente, los picajosos del tribunal opinaron lo contrario. Ésta es la pega contigo, Javier: que hayas sobrevivido al asalto al Espolón.

Cecilia lo escuchaba, horrorizada.

–Sí, doña Cecilia, sí, no me ponga esa cara -la consoló el general-. Su hijo está vivito y coleando. ¿Qué más quiere usted? Y en posesión de la Medalla Militar. Puede usted estar orgullosa de él.

Al día siguiente por la tarde, Javier recibió la visita de un comandante del Estado Mayor del general Vigón y de un periodista extranjero. Soledad hizo las presentaciones:

–La duquesa de Montcada, su hijo Javier. El comandante Lacruz, mister Philby, del *Times* de Londres.

El periodista inglés se inclinó ligeramente ante Cecilia.

Aparentaba unos treinta años. Tenía las facciones alargadas, el mentón firme y unos penetrantes ojos oscuros. Gastaba una descuidada americana de mezclilla, la corbata roja y negra del Trinity College de Cambridge y unos arrugados pantalones de franela que le hacían rodilleras. Dijo, en un español bastante aceptable para tratarse de un inglés alérgico a cualquier idioma extranjero:

–Encantado de conocerla, señora. Mi nombre completo es Harold Adrian Russell Philby, pero, como sin duda le resultará largo y fatigoso, puede llamarme Kim, como todos mis amigos. El apodo me lo sacó mi padre, que es un admirador incondicional de Rudyard Kipling. ¿Se acuerda usted de *Kim de la India?*

–Es uno de mis cuentos preferidos.

El comandante Lacruz le besó la mano. Exhibía un torso abombado bajo la impecable guerrera de su uniforme, cruzado por un brillante correaje y los dorados cordones de ayudante prendidos del hombro. Un fino bigote negro adornaba su labio superior, llevaba el pelo cuidadosamente fijado con gomina y atufaba a Varon Dandy.

Javier les estrechó la mano y los invitó a tomar asiento en las sillas que les había acercado Soledad, que se retiró discretamente alegando sus obligaciones.

–Hasta luego, Cecilia.

–Usted dirá de qué se trata, mi comandante -dijo Javier.

–Vamos a dejarnos de formalidades, teniente. Al fin y al cabo, está usted herido y rebajado de servicios.

–Lo que usted mande.

–A mister Philby le gustaría formularle algunas preguntas acerca de su asalto a la Loma del Espolón. Mister Philby es uno de los mejores y más brillantes corresponsales del *Times* destacados en España.

–¡Qué más quisiera yo! – gimió Kim Philby, sacándose un bloc de notas y una estilográfica del bolsillo de la americana-. Hago lo que buenamente puedo, pero dudo mucho que mis reportajes estén a la altura de mis deseos.

–Si prefiere tener la entrevista a solas con mi hijo, me retiro un momento -se ofreció Cecilia.

–¡Por favor, señora, todo lo contrario! Quédese con nosotros. Se lo ruego.

–¿Quiere que hablemos en inglés? – preguntó Javier.

–Se lo agradecería mucho, teniente; mi español es malísimo.

–Conteste sin miedo a sus preguntas -le aconsejó el comandante Lacruz-. Mister Philby es el mejor defensor de nuestra causa en Inglaterra. Al Generalísimo le entusiasman sus reportajes que aparecen en el *Times.*

–Pero hasta la fecha no ha podido presentármelo -se quejó el periodista.

–El Generalísimo es una persona sumamente ocupada -le contestó evasivamente el comandante Lacruz, también en inglés-. Eso tendría que saberlo usted después del tiempo que lleva con nosotros.

–También está muy ocupado el general Varela y, sin embargo, me ha concedido varias entrevistas.

–Philby, usted sabe tan bien como yo que al general Varela le encanta que lo entrevisten, a cualquier hora del día o de la noche. Forma parte de su personalidad. Tenga en cuenta, además, que es andaluz, y Franco, gallego.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Forma parte del misterio del alma española.

–De acuerdo -admitió de mala gana Kim Philby empuñando la pluma estilográfica-. Usted gana, mayor. Veamos, teniente De Montcada…

Durante media hora, Harold Philby interrogó a Javier sobre diversos aspectos de la batalla y el asalto a la cota del Espolón. Conocía su oficio y estaba dotado de un innegable encanto personal que hizo que Javier se le confiara desde el primer momento y respondiera a todas sus preguntas sin reservas de ninguna clase.

–Me gustaría añadir algo de mi propia cosecha particular -dijo Javier cuando concluyó el interrogatorio.

–Usted dirá, teniente.

–Diga a sus lectores del *Times* que ganar una Medalla Militar es una lotería. Por no hablar de la Laureada; depende de que uno tenga o no testigos de excepción. Yo tuve la suerte de que me viera el general Varela. Pero estoy seguro que en Brunete hubo cien acciones más meritorias que la mía que se quedaron en el anonimato y sin recompensa. Como la de mi mismo capitán, a quien le volaron la cabeza cuando le faltaban pocos metros para llegar a la trinchera enemiga. Y eso no me parece justo.

–Ésa será su opinión particular, teniente. Piense que a usted no lo mataron de puro milagro.

Javier movió la cabeza con un gesto de duda.

–Y le diré más, mister Philby, por un momento pensé en coger la bandera de manos del abanderado. Pero me pareció un gesto tan teatral como poco práctico. Me habrían faltado manos para empuñar la bandera, la pistola y la bomba de mano.

–Al Generalísimo le habría entusiasmado ese detalle.

–Lo lamento por él, pero yo tenía que elegir entre la bandera o la bomba de mano. Elegí esta última opción, menos teatral pero más efectiva. Espero que el Generalísimo se haga cargo.

–Lo comprendo, teniente De Montcada. Ha sido usted muy amable y se lo agradezco profundamente -dijo Kim Philby guardándose la pluma y el bloc de notas en el bolsillo de la americana-. Cuando usted esté mejor, me gustaría invitarlo a un trago para celebrar su medalla militar.

–Cuente conmigo.

Cuando le desaparecieron por completo las molestias del pecho y el doctor Merino le hubo quitado los puntos de las heridas, Soledad le entregó unas muletas y lo invitó a dar unos pasos por la habitación.

Estaban solos. Hacía dos días, Cecilia había emprendido viaje a Pamplona, donde la reclamaba el delicado estado de salud de su madre.

–Estaré a tu lado por si te mareas y tengo que sostenerte.

–Peso una tonelada -le advirtió Javier.

–Soy fuerte y estoy acostumbrada. No eres el primer caso que atiendo.

No fue necesario. Apoyándose pesadamente en las muletas, Javier arrastró su pierna escayolada hasta la ventana y se asomó al exterior.

–¿Ves qué bien lo has hecho? – lo animó Soledad, que se quedó a su lado en previsión de un posible traspiés.

Javier entornó los ojos ante la desacostumbrada claridad y aspiró con fruición el aire fresco y perfumado de la mañana de otoño. El sol espejeaba en la amplia corriente del Tormes, que fluía majestuosamente entre los encumbrados tajamares del puente romano y llevaba sus aguas al Duero. Más allá, se extendía la estepa, agostada, inmensa, hasta el pie de unas lejanas sierras azuladas.

–¿Te gusta? – le preguntó Soledad al cabo de un rato de silenciosa contemplación.

–Me encanta. Hasta me parece distinguir caballos paciendo allá a lo lejos.

–No te equivocas. ¿Te gustan los caballos?

–Me entusiasman, siento verdadera debilidad por ellos.

–Yo también. Ésta es tierra de buenos caballos. Y de toros. Por allá abajo, al pie de aquellas sierras, tengo una dehesa, «El Robledal». Cuando te quiten la escayola, te llevaré para que la conozcas y saldremos a dar una vuelta a caballo. Tú madre me encargó que te sacara a pasear y a tomar el sol.

El reverso de la medalla de su recuperación lo constituyó la expulsión (sin demasiadas contemplaciones ni respeto a su Medalla Militar) de su paraíso particular, y su posterior ingreso en una sala colectiva del primer piso, destinada a oficiales heridos convalecientes, al mando de sor María de la Concepción, una monja muy enérgica y autoritaria que la regía con mano de hierro. Fue instalado entre el capitán Georg von Hartmann, que se recuperaba de una herida en un brazo recibida en Brunete, y el alférez Maldonado, del arma de

artillería, al que le habían amputado la pierna izquierda por debajo de la rodilla.

Soledad lo presentó a sus colegas enfermeras.

–Javier, te presento a dos buenas amigas mías, Isabelín Ibarra y Lolín Urquijo, que estoy segura de que te van a cuidar muy bien.

–Puedes jurarlo, Soledad -dijo Isabelín al instante-. Tanto Lolín como yo haremos lo imposible para que su estancia en nuestra sala le resulte inolvidable, ¿verdad, Lolín? Nuestra especialidad son los tenientes de requetés.

–Tú déjalo en nuestras manos y no te preocupes de más -dijo Lolín Urquijo-. Javier, ¿te gustaría algo especial para cenar esta noche?

Soledad las miró, recelosa.

Pese a su apellido alemán, el capitán Georg von Hartmann era finlandés, sobrino del mariscal Mannerheim, héroe nacional de Finlandia, y todo un personaje en la España nacional. Cuando era muy joven había combatido en el ejército del káiser Guillermo en la Gran Guerra, primero, como soldado de caballería, y luego, como aviador. La paz que siguió al conflicto no se avenía a su temperamento inestable y apasionado, de modo que el estallido de la guerra española le pareció una ocasión de perlas para dejar su empleo civil de vendedor de coches americanos. Hizo las maletas, se vino a España y se puso a las órdenes del mando nacional, que lo admitió en seguida para aprovechar su gran experiencia militar, avalada por las muchas cicatrices que ostentaba en la cara y diversas partes del cuerpo que, añadidas al corte de pelo a cepillo, hacían de él la caricatura perfecta del militar prusiano popularizado por Erich von Stroheim en la película *La gran ilusión.* En el frente de Asturias se distinguió al mandó de una centuria de Falange. Luego estuvo de instructor en la Academia de Alféreces Provisionales de Pedrollén, cerca de Salamanca.

Pero aquella rutina era demasiado para su temperamento inquieto, de modo que no tardó en mezclarse en el complot falangista de Hedilla, que fue abortado expeditivamente por la Guardia Civil en un abrir y cerrar de ojos. Franco no podía tolerar semejantes muestras de insubordinación y desacato en sus propias filas. Fue detenido, juzgado y condenado a muerte. Pero fue absuelto al poco tiempo, debido a su gran prestigio y a su mucha popularidad, no sólo entre la tropa y sus

compañeros de armas, sino también entre las chicas de los prostíbulos de las ciudades cercanas a los frentes de batalla. Cuando se despedía de la madame, nunca se olvidaba de besarle versallescamente la mano, al tiempo que le aseguraba que era el mejor polvo que había echado en su vida. Su vida sentimental era tan agitada como su trayectoria bélica. Se había visto envuelto en mil líos de faldas, que no tenía inconveniente en contar, con pelos y señales, a Javier y al alférez Maldonado, que lo escuchaban embobados.

Lo que no les hacía tanta gracia a ambos jóvenes era su condenada costumbre de dormir con un revólver cargado debajo de la almohada, según él, una precaución elemental para defenderse de dos oficiales de la Legión que lo buscaban para ajustarle las cuentas. Afortunadamente, nunca tuvo que hacer uso de la misma. Algunas noches se escapaba del hospital y volvía a las tantas de la madrugada. Una vez fue sorprendido en la puerta por sor María de la Concepción. El hombre no perdió la serenidad.

–Buenos días, reverenda madre -dijo con su tono más cortés y melifluo-, vengo de la primera misa de la iglesia de la Purísima.

–¡Alabado sea Dios! – se admiró la buena mujer-. ¡Si pudiera convencer a algunos amigos suyos para que siguieran su ejemplo!

Cuando se lo contó a sus vecinos de cama, Javier y el alférez Maldonado se desternillaron de risa.

Javier añoró amargamente las delicias de su particular paraíso perdido.

A los muchos inconvenientes derivados de la forzosa promiscuidad (ronquidos nocturnos, la radio a todo volumen, ayes y lamentaciones, olores y hedores de las más variadas procedencias y el rezo colectivo del rosario impuesto sin contemplaciones por sor María de la Concepción) se añadía un estricto régimen de visitas que sólo eran autorizadas a partir de las seis de la tarde.

La única, pero importante, ventaja era que podía salir al claustro ajardinado, donde los heridos y convalecientes celebraban tertulias al sol, se contaban sus percances, jugaban al parchís y grababan dedicatorias en sus escayolas. A las diez de la noche, un agudo toque de corneta los congregaba en torno al aparato de radio para escuchar el parte de guerra y las charlas del general Queipo de Llano. Al final se

tocaba la *Marcha real,* convertida en himno nacional, seguida por el *Cara al sol y* el *Oriamendi.* Los heridos menos graves la escuchaban de pie, en posición de firmes, con las manos extendidas a lo largo de sus batines; los incapacitados y los tullidos, postrados en sus camas o en sus sillas de ruedas. Al reparar por primera vez en aquella patética legión de lisiados, Javier se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de figurar entre sus filas.

Distrajo sus ocios escribiendo sendas cartas a su madre, a Maite y al abuelo Carlos, leyendo todos los libros y las revistas que caían en su poder, o le pasaban sus compañeros de sala, y recibiendo las visitas de Higinio y de Laura, que no tardó mucho en granjearse el título de *glorioso movimiento nacional* por el provocativo contoneo de sus caderas. José Vicente y Enriqueta Fontanilles le reiteraron su invitación para los próximos ojeos de perdices en «Los Hontanares».

Soledad entraba de vez en cuando a interesarse por su estado. Su aparición bajo el dintel de la puerta era saludada con un coro de tosecitas y murmullos de contenida admiración. Soledad fingía ignorarlos. Pero hacían sentirse muy violento a Javier.

A mediados de octubre, entre el doctor Merino y un robusto ayudante le quitaron la escayola en presencia de Soledad, que quiso asistir al histórico acontecimiento. La fractura se había reducido sin problemas, pero le había quedado la pierna muy delgada y sin fuerzas.

–Levántate y anda -le ordenó el doctor.

Javier apoyó el pie en el suelo con notable aprensión.

–Anda, no seas gallina.

Javier vacilaba. Diminutas gotas de sudor perlaban su frente.

–¿Aguantará?

–¡Claro que aguantará! ¿Qué crees que hemos hecho durante todo este tiempo? ¿Rascarnos la barriga? Es increíble lo cobardes que podéis llegar a ser los hombres más valientes. Y a ver si espabilas, que no tenemos toda la mañana para perder contigo.

Javier se decidió finalmente. La pierna aguantó, sin crujir ni astillarse como había temido.

El doctor le entregó un bastón.

–Para finales de mes te habrás recuperado. Tómatelo con calma, da pequeños paseos y no te lo quieras comer todo el primer día.

Apoyándose en el bastón y en Soledad, regresó a su sala, donde fue recibido con voces de ánimo y felicitación.

Para celebrar su feliz recuperación, encargó canapés surtidos y un par de docenas de botellas de buen rioja, y aquella misma noche invitó a toda la sala a una pequeña fiesta, a la que también asistieron Soledad, Isabelín Ibarra y Lolín Urquijo y otras enfermeras que no quisieron perderse el festejo.

Cuando el tumulto alcanzaba un nivel alarmante, sor María de la Concepción se presentó como un ángel vengador, restableció el orden con un par de enérgicas palmadas y envió a los revoltosos a la cama.

Por la ventana de la salita de las enfermeras, Soledad observaba a Javier, que estaba sentado en un banco del jardín del claustro, muy enfrascado en la lectura de un libro.

–Vuelvo en seguida -dijo.

Isabelín Ibarra, que había seguido la dirección de su mirada por encima de su hombro, guiñó disimuladamente un ojo a Lolín Urquijo, que estaba preparando una tetera comunitaria en un infiernillo de alcohol.

–¿Te guardamos una taza?

–No, gracias. Os lo podéis tomar vosotras.

–Le das cariñosos recuerdos de parte nuestra, no te olvides.

–No me olvidaré. ¿Algo más?

Lolín Urquijo esperó a que hubiera salido y movió la cabeza con un fingido gesto de inquietud.

–Esa chica me preocupa. La veo muy mal. ¿No te parece, Isabelín?

–Todo lo que tú quieras, pero no se puede negar que tiene buen gusto -opinó Isabelín con un deje de envidia.

Mientras brincaba con pies ligeros los anchos y gastados escalones de piedra de la escalinata, Soledad se esforzaba en quitar importancia al paso que iba a dar. ¿Peligroso? Sí, entrañaba cierto riesgo, no lo podía negar. Pero no, no va a pasar nada, se decía para animarse. Estaba segura de que podría controlar la situación. Al fin y al cabo, sólo se vive una vez, ¿no es verdad?

En la puerta del claustro se entretuvo unos segundos para mirarse al espejo, darse un ligero toque de carmín en los labios y arreglarse el pelo bajo la cofia.

Javier no se dio cuenta de su presencia hasta que se sentó a su lado y le espetó:

–¿Divertido?

Javier dobló el extremo de la página, cerró *Amor se escribe sin H* y volvió la cabeza hacia ella.

–Sí, tiene cosas graciosas. Pero mi madre diría que es una astracanada. No creo que le hiciera demasiada gracia.

–Hay muchas personas mojigatas que consideran atrevido a Jardiel Poncela. ¡Imagínate!

–Eso tengo entendido.

–Sor María de la Concepción lo pondría en el índice de Libros Prohibidos sin pensarlo dos veces.

–Lo creo a pies juntillas.

Soledad revolvió lentamente la grava con la punta de su zapato blanco y preguntó, sin levantar los ojos:

–¿Te gustaría ir el próximo sábado a tomar el aperitivo en la plaza Mayor?

–Me parece una idea magnífica. Tengo muchas ganas de conocerla. Todo el mundo me ha hablado de lo bonita que es. Sor Jacinta me la ha puesto por las nubes.

–Pues yo misma tendré mucho gusto en mostrártela e invitarte a un aperitivo.

–Muchas gracias. ¿Pero crees que el doctor Merino me dará permiso para salir?

–Tú déjalo de mi cuenta. Además, yo misma vendré a buscarte en coche. Apenas tendrás que dar un paso. Quiero informarte de un proyecto que me han encargado.

–¿Quemar viva a sor María de la Concepción? – inquirió Javier con afable curiosidad-. Si necesitáis voluntarios para acarrear leña para la hoguera, contad conmigo.

–Te lo contaré todo el sábado. A las doce, estate en la puerta del hospital.

–Descuida, que allí estaré como un clavo.

El sábado, a la hora indicada, Javier renqueó con el bastón hasta la puerta del hospital, salió a la calleja de Veracruz y esperó con la espalda apoyada en el muro.

A las doce y cinco, un flamante Aston Martin, procedente de la calle de Las Mazas, frenó delante de él y, sin moverse de su asiento, Soledad le hizo señas para que se acercara. Llevaba el uniforme reglamentario de enfermera y una capa azul sobre los hombros.

–Anda, sube -le dijo empujando la puerta con la mano derecha y manteniéndola abierta para que entrara.

Javier le pasó el bastón y se instaló pesadamente a su lado.

–No he bajado del coche para no llamar la atención -se excusó Soledad, arrancando sin más dilación-. Me he dado cuenta de que a tus amigachos no les gustan nada estas muestras de favoritismo.

–Bien jugado. Se ponen muy nerviosos, y después me hacen la vida imposible y me tachan de enchufado.

Soledad giró a la izquierda por la angosta calle de los Libreros.

–Primero te llevaré a dar una vuelta para que conozcas Salamanca, por las mismas calles que un día pisó el Lazarillo de Tormes. Un recorrido turístico. Conduciré muy despacio para que puedas verlo bien.

Javier lo miraba todo con ojos nuevos y curiosos, deslumbrado tras dos meses de reclusión hospitalaria. Los chaparrones de los días anteriores habían limpiado la atmósfera y habían dejado el aire fino y transparente. El sol arrancaba tonalidades doradas a las fachadas de las iglesias y los palacios. Había tantos que en seguida perdió la cuenta.

Soledad aflojó la marcha al pasar frente a las escalinatas del Palacio Episcopal. El capitán de la Guardia Mora, al reconocer el escudo ducal en la portezuela del coche, la saludó galantemente llevándose los dedos a la visera de la gorra. La joven contestó con una sonrisa y un gesto de la mano.

–Aquí vive Franco -explicó.

–¡Arrea! – exclamó sorprendido Javier-. ¿Nada menos que en casa del obispo?

–Su ilustrísima, monseñor Pla y Deniel, le ha dejado su palacio con mucho gusto hasta que termine la guerra.

–Oye, qué saludo te ha dedicado el capitán de guardia; deben de conocerte mucho.

–Sí, Franco y doña Carmen me han invitado a merendar en más de una ocasión.

–Creo que será mejor que sigamos -observó Javier prudentemente.

–¿A qué viene este ataque de pánico, si se puede saber? – inquirió Soledad, sorprendida.

–Deben de ser resabios de mi época de guripa. Cuanto más lejos esté uno de los mandos, mejor.

–¡Qué tontería!… Y aquí a la derecha tienes la catedral Nueva.

Javier sacó la cabeza por la ventanilla, y casi se partió el cuello para admirar la gigantesca jabalina de piedra berroqueña que se proyectaba hacia el cielo.

–Esperemos que aguante, porque si se derrumba, el porrazo no nos lo quita nadie.

–¿No se te ocurre un comentario más inteligente?

–Espectacular, monumental, soberbia… ¿Te gusta más?

–Sí, así está mejor. ¿Y qué me dices de la fachada?

–Ídem de ídem. Es magnífica. Nunca me hubiera imaginado tanta exuberancia y tantas fiorituras de piedra. Me ha deslumbrado, no encuentro otra palabra mejor para describirla.

–Eso suele ocurriros a los de la capital, que miráis por encima del hombro a los de provincias. ¿Sabes que Salamanca recibe el sobrenombre de Roma la Chica, por su patrimonio monumental? Ni Toledo lo supera.

–Lo único que sabía de Salamanca es aquello que dijo fray Luis de León al reanudar las clases en la universidad, después de pasar dos años en las cárceles de la Inquisición por haber osado traducir al castellano el Cantar de los Cantares.

–¿Qué dijo?, porque una es una ignorante de mucho cuidado.

-Decíamos ayer…

–Un comentario muy fino. Lo que mis compatriotas llamarían *sense of humor.* Y ahora que lo dices, creo recordar que en la universidad se conserva el aula donde daba las clases.

–Será cuestión de visitarla.

Soledad hizo un alto en el patio de la Universidad Vieja.

–Mira, aquí lo tienes -dijo mostrándole la estatua de fray Luis de León, que parecía despedir paternalmente a los estudiantes que salían de clase, atropellada y tumultuosamente. Todos eran muy jóvenes. Una minoría, respetuosa con la tradición, gastaba sombrero de copa y capa

negra. La mayoría vestían prosaicas americanas y corbatas, de acuerdo con el siglo. Javier los miró con simpatía.

–Felices ellos.

–Esperemos que no tengan que ir a la guerra -añadió Soledad.

Javier dirigió una apreciativa mirada al hermoso recinto medieval.

–Estoy pensando que cuando termine la guerra voy a matricularme en esta universidad para acabar mi carrera. Me da la impresión de que la sabiduría debe de entrarle a uno por simple ósmosis, que le basta respirar el aire que lo rodea, ¿no te parece?

–No es tan fácil como te imaginas. Cuando llega la época de exámenes, tienes a todos los estudiantes ahí, frotando concienzudamente una rana de piedra escondida en los bajorrelieves de la fachada. Dicen que trae suerte. Ni los más empollones dejan de hacerlo, por lo que pueda ocurrir.

–En mi vida había oído una cosa igual. ¡Frotar una rana!

Al final de la calle de la Compañía, Soledad señaló con el dedo una modesta casa de piedra, de dos pisos, sin blasones ni escudos en la puerta.

–Aunque cueste de creer, con el tiempo, esta casa será más famosa que su vecina, la Casa de las Muertes, que llama mucho la atención a la gente por esas calaveras que tiene en las ventanas.

–¿Por qué?

–Porque en ella murió don Miguel de Unamuno en circunstancias un tanto especiales.

–Algo había oído decir.

–No me extraña. La censura se ocupó de que no trascendieran a la calle. Según he oído contar, don Miguel se las tuvo tiesas con el mismo general Millán Astray en el paraninfo de la universidad. La cosa hubiera acabado muy mal si doña Carmen Polo de Franco no lo hubiera sacado del aula del brazo, desafiando la ira de los falangistas. Después de ese incidente, lo destituyeron de su cargo de rector, lo dieron de baja en el casino y mucha gente le retiró el saludo. Don Miguel se encerró en esa casa que ves ahí, y nunca más volvió a pisar la calle ni a hacer sus célebres pajaritas de papel en los veladores del Novelty. Murió pocos días después. Del disgusto, creo yo.

Después de mucho rodar, Soledad se detuvo en una plazuela recoleta, frente a un palacio de florido estilo plateresco, enorme puerta blasonada y llamativas gárgolas que sobresalían de los aleros del tejado.

–Y ésta es mi casa… y la tuya, el palacio de Toral de los Guzmanes.

Javier abarcó la amplia fachada con los ojos.

–Es espléndido. Pero ¿no crees que te viene un poco ancho?

–Sí, varias tallas. Pero no temas. Yo vivo en aquellas ventanitas de piedra calada y vidrio emplomado del tercer piso. Me he habilitado lo que los franceses llaman un *pied-à-terre,* una suite muy confortable y acogedora a una medida humana. El resto del palacio está cerrado. Estos viejos caserones serán todo lo artísticos y espectaculares que se quiera, pero resultan totalmente inhabitables, con sus salas inmensas carentes de toda intimidad, con puertas que no ajustan, llenas de corrientes de aire, telarañas y crujidos misteriosos.

–¿Tiene fantasma? – preguntó Javier.

–Sí, por supuesto, pero no de la categoría de vuestra Dama de la Fontana, de la que me hablaste. De entrada, no es una dama.

–¿No?

–No. Es un fantasma descaradamente plebeyo y ordinario, como verás. Según cuenta la leyenda, una antepasada mía contrató los servicios de unos sicarios para que liquidaran a una dueña, una mujer muy exuberante y provocativa que traía loco al duque. Pero, en la oscuridad de la noche, se confundieron, y en lugar de matar a la dueña, mataron a la cocinera, que también era gorda y sebosa. Y para ocultar su crimen, no se les ocurrió nada mejor que emparedarla en la chimenea del comedor, y desde entonces, el Día de Difuntos, su ánima se pasea por los salones del palacio atronando con sartenes y cacerolas. Como puedes ver -terminó Soledad con una sonrisa-, se trata de un fantasma muy poco romántico, carente por completo de encanto y de *sex appeal.*

–¿Tú lo has visto?

–¡No, Dios me libre! Me moriría de miedo. ¿Te gustaría verlo a ti?

–¿Por qué no? Me fascinan los fantasmas y las casas embrujadas. Como a mi abuelo, en paz descanse.

–Pues a ver si te invito el próximo Día de Difuntos -dijo Soledad entrando la primera y arrancando para proseguir el paseo.

–¿Y eso que tenías que decirme? – preguntó Javier al cabo de un rato.

–¡Ah, sí! De eso quería hablarte. Resulta que, a primeros de noviembre, vendrá a Salamanca una comisión diplomática inglesa, presidida por sir Robert Hodgson, para tratar de restablecer las relaciones entre Inglaterra y el nuevo gobierno español, un tanto deterioradas como tú sabes, y Franco en persona me ha pedido que organice una fiesta campera, una becerrada o como quieras llamarla, en mi dehesa de «El Robledal», para romper el hielo. Algo absolutamente extraoficial.

–Seguro que lo pasarás en grande y serás la reina de la fiesta.

Soledad arrugó un poco la nariz.

–No creas que me divierte el plan. Lo hago por patriotismo, porque una es sencilla y modesta de por sí, y enemiga de vanas ostentaciones.

–Si tú lo dices…

–Te lo juro.

–Pero el trabajo no te lo va a quitar nadie.

–Ningún trabajo. Mi misión se limitará a supervisarlo todo. El verdadero trabajo corre a cargo de una comisión de festejos integrada por el comandante Lacruz, Kim Philby, al que tú ya conoces, y ese amigo vuestro, Higinio Masferrer, jefe de protocolo del conde de Jordana, muy anglófilo, por cierto, que, precisamente hoy, nos invita a almorzar en el Gran Hotel para fijar la fecha definitiva, repasar la lista de invitados para que no se nos escape ninguno y concretar algunos detalles. He quedado con ellos a la una en la terraza del Novelty, adonde voy a llevarte ahora mismo para invitarte al aperitivo que te prometí.

–¿Y en qué consistirá el festejo?

–Ya te lo he dicho: lidiar una vaquilla embolada, los que se atrevan… y rejonear a caballo.

–¿Quiénes serán los caballeros?

–Yo misma. Todos los caballeros están en el frente.

–¿Tú? – exclamó Javier, sorprendido.

–Sí, pero te prometo que lo haré con unos rejones mochos porque, como comprenderás, soy incapaz de torturar a ningún animal, y menos, a un inocente novillo. Después habrá un almuerzo al aire libre, con bufete frío y un bar con abundancia de bebidas. ¿Te gustaría asistir?

–Mucho, pero me temo que no tenga suficiente categoría para alternar con tus ilustres invitados.

Soledad protestó:

–¡Javier, no seas ridículo, por favor!

–Bueno, si me lo pides tan bien, te prometo hacer un esfuerzo sobrehumano para superar mi timidez innata y hablar sin tartamudear.

Soledad aparcó el coche en la calle de Zamora, cerca del casino. No se tomó la molestia de cerrarlo. Se colocó el bolso en bandolera y cogió a Javier del brazo.

–Ven, que ahora te voy a enseñar la octava maravilla del mundo.

Entraron a la plaza. La terraza del Novelty estaba muy concurrida. Dos rubios oficiales alemanes de la Legión Cóndor, uniformados de gris azulado, se levantaron en el acto cuando descubrieron a Javier renqueante y a Soledad, y les cedieron sus asientos con sendos taconazos.

-Fräulein…

Soledad les dio las gracias con una sonrisa que acabó de fundirlos.

-Danke schon.

Javier dejó el bastón a un lado, se acomodó en una butaca de mimbre y dejó vagar la vista por el gran cuadrilátero de piedra dorada presidido majestuosamente por la historiada fachada del ayuntamiento.

–¿Qué tienes que decir? – preguntó Soledad, despojándose de su capa azul y acercando su butaca a la de él.

–Me ha dejado sin habla. A su lado, la plaza de Cataluña es una perfecta birria. Y no digamos la del Castillo, de la que los paisanos de mi madre se sienten tan orgullosos.

–Estaba segura de que te gustaría. Es la obra suprema de Churriguera. Al decir de los entendidos, es la mejor plaza de España. Superior incluso a la plaza Mayor de Madrid, que tampoco es manca.

–¡Y qué animación! ¡Si parece una feria!

–Pues esto no es nada. Tendrías que verla al atardecer. Aquí se da cita la juventud salmantina para flirtear bajo los soportales. Las chicas giran en el sentido de las agujas del reloj. Los chicos lo hacen en sentido contrario, y cuando se encuentran, es el momento de intercambiar los oportunos guiños, miraditas de reojo y tirarse los tejos.

–Curiosa costumbre, a fe mía.

Un camarero canoso se acercó solícito con la servilleta al brazo.

–Dichosos los ojos que la ven, señora duquesa. Hacía tiempo que no se dejaba caer por aquí.

–El trabajo, José, el hospital, que me tiene muy ocupada.

–Un respiro no le va mal a nadie, digo yo. ¿Qué va a ser?

–¿Qué le parece si nos trae unos tacos de jamón y unas copas de jerez, por ejemplo? A no ser que el caballero prefiera otra cosa.

–El caballero está totalmente de acuerdo con la elección de la dama -dijo Javier al instante-. Venía pensando en tacos de jamón y copas de jerez durante todo el camino.

–Pues ya lo sabe, José, lo dicho. Y ponga también unas patatas fritas y unas aceitunas rellenas.

–Lo que usted mande, señora duquesa.

Javier miró cautelosamente a su alrededor.

–Soledad, no veo a tus amigos.

–Ya te he dicho que no llegarán hasta la una… y que no son mis amigos. Son simples conocidos, relaciones protocolarias, ¿estamos?

–¿Tú crees que a la gente le parecerá bien que me vean aquí contigo?

–¿Por qué no les va a parecer bien? Eres un herido de guerra y yo soy tu enfermera. Igual que María José Ortega -dijo Soledad saludando con los ojos a una enfermera rubia que guiaba entre las mesas a un herido con los ojos vendados-. ¿Te convences ahora?

–Sí -dijo Javier-. Él es Pepe Robledo, un alférez de ingenieros. Conozco su caso. Le estalló una granada en la cara cuando estaba desactivando la espoleta. Está vivo de milagro.

Soledad hurgó en su bolso.

–Javier, tendrás que perdonarme -dijo sacando un sobre-. Llegó ayer y olvidé entregártelo.

–Perdonada -dijo Javier guardándose el sobre en el bolsillo de la chaqueta de ante. Había reconocido la letra en el acto-. No tiene importancia; es de Maite.

–¿La chica que te puso aquel telegrama?

–Sí, la misma. La chica francesa de quien te hablé. La hija de los señores de Clermont.

Soledad pareció titubear.

–¿Puedo preguntarte si es tu novia?

–Sí.

–¿Y no vas a abrir la carta? Yo miraré hacia otro lado y haré ver que no me entero de nada.

–En eso estaba yo pensando.

–¡Es de tu novia, y no tienes curiosidad por saber lo que te cuenta! ¡No me lo puedo creer!

–Sí, pero me aguanto.

–Yo no podría.

Javier echó con la mano unas migajas de patatas fritas a una paloma que andaba picoteando debajo de la mesa.

–El día que me conozcas mejor, te asombrará mi portentosa fuerza de voluntad.

–Aún no me has enseñado ninguna foto de la dama de tus pensamientos -lo reprendió Soledad.

–Nunca pensé que pudiera interesarte.

–Pues pensaste mal. Las mujeres somos muy curiosas. A tus años y con tu experiencia con las mujeres, deberías saberlo.

–¿Qué te hace suponer que yo tengo experiencia con las mujeres?

–Se te nota a la legua.

–¿Ah, sí?

–Sí, no disimules. Anda, sé bueno. Enséñame su foto. Apuesto a que debes de llevar una en la cartera.

–Sí.

–¿Pues a qué esperas?

–Como quieras -dijo Javier echando mano a la cartera y sacando la foto de Maite en el tritón de La Fontana.

–Aquí la tienes.

Soledad la contempló con expresión admirativa.

–Te felicito, es muy guapa. Y aquí parece la mismísima Miss Francia. ¿Puedo decirte que tiene unas piernas estupendas?

–Su madre había sido maniquí de Dior.

–Eso explica su buen tipo. ¿Y la torre y la cascada que se ven detrás?

–Son del castillo de Requesens.

–Es muy bonito. Espectacular, mejor.

–Aquí jugábamos a la Prueba del Valor.

Soledad volvió a examinar la foto de Maite.

–¿Quién se le sacó?

–Yo mismo.

–Pues te has dado muy buena mano.

–Pura casualidad. Todo el mérito es de la modelo.

–¿Me sacarías una foto parecida a mí?

–Me encantaría.

–Debes de quererla mucho, ¿verdad? – preguntó Soledad devolviéndole la fotografía.

–Sí.

–Es natural. ¡Es tan guapa, y los dos sois tan jóvenes!

–¡Eh! – protestó Javier-. ¡No te las des de mayor!

–¿Cuantos años me echarías? – preguntó Soledad con curiosidad.

Javier la miró entornando un poco los ojos.

–Veintisiete, veintiocho… -aventuró, indeciso.

–Eres muy amable, pero si Dios no lo remedia, pronto cumpliré treinta y tres. Exactamente el próximo 16 de diciembre.

–Pues nadie lo diría al verte.

–Pues sí, hijo, sí, dentro de poco seré una respetable matrona.

El camarero se presentó con la bandeja del aperitivo, dispuso los platitos de tacos de jamón y patatas fritas encima de la mesita, escanció el jerez en los altos catavinos y se fue a atender a dos ganaderos recién llegados, calzados ambos con botos salmantinos y tocados con llamativos sombreros de ala ancha.

Soledad levantó su copa.

–A tu salud, Javier, por esta tu primera salida.

–A la tuya.

Apuraron sendos sorbos de jerez.

Javier se relajó al instante. La guerra era una cosa muy remota y sin sentido en aquellos momentos. Sus compañeros de armas se estarían jugando el tipo en el Jarama, en el Clínico, en la carretera de La Coruña, en Gijón o donde fuera, pero él no podía hacer nada por evitarlo. La situación escapaba a su control. Cerró los ojos, sintiendo en la frente la tibia caricia del sol otoñal.

Soledad carraspeó un poco.

–¿Decías algo? – preguntó Javier, distraído.

–Te preguntaba si tenías algún plan para mañana domingo.

–¿Plan? Como no sea jugar al parchís con el alférez Maldonado o rezar el rosario con sor María de la Concepción, no tengo nada que, técnicamente, se pueda llamar plan. A no ser -añadió- que Lolín Urquijo consiga escaquearse y la invite a ver *Los hermanos Marx en la ópera* en el cine Bretón. Me han dicho que es una película muy divertida.

–¿Y qué me dices si te olvidas de la lagarta de Lolín Urquijo y yo te invito a almorzar a mi dehesa de «El Robledal»?

–¿Contigo?

–Claro, ¿con quién va a ser si no?

–Quiero decir, tú y yo mano a mano.

–Por supuesto.

–¿Y qué va a decir tu marido?

–Nada, ¿qué quieres que diga? Y además, no está aquí. Nada menos que en Roma, a más de mil kilómetros de distancia.

Javier se encogió de hombros y pinchó un taco de jamón.

–Por mí, de acuerdo, adelante con los faroles, como dicen los toreros.

–Y de paso aprovecharé para enseñarte mis caballos y mis toros. Me dijiste que los caballos te entusiasmaban. Apuesto a que los míos no te van a defraudar.

–Estoy seguro.

–Verás lo bien que te va a sentar un día de campo.

–No lo dudo. ¿Pero qué me dices del hospital?

–No te preocupes por el hospital. Pediré una excedencia temporal. A las ocho estaremos de vuelta. Y no digas una palabra a nadie -dijo Soledad mirando hacia una de las esquinas de la plaza-. Mira, por allí

viene la comisión de festejos… y la cursi de tu amiga Laura, hecha un brazo de mar. Si no tengo ocasión de verte -dijo la joven rápidamente sin mirarlo-, quedamos en que te pasaré a recoger mañana a las diez en punto por la puerta del hospital, como hoy, ¿de acuerdo?

–A la orden de usía, mi coronel, lo que usted mande.

–Y recuerda: ni una palabra a nadie, ¿comprendido? Esta salida nuestra ha de quedar entre tú y yo, ¿conforme?

–OK, seré una tumba.

–¡Javier! ¡Qué sorpresa! – exclamó Laura después de besarlo en la mejilla-. Te hacía en el hospital. ¿A qué se debe tu presencia aquí?

–Sencillamente a que Soledad ha tenido la amabilidad de sacarme a pasear.

–Tienes muy buen aspecto.

–Será el sol… y el jerez.

–Te encuentro muy mejorado, Javier -dijo Higinio estrechándole la mano.

Los recién llegados acercaron más butacas, formaron un corro y el comandante Lacruz anunció pomposamente:

–Invita el Alto Estado Mayor. ¡Camarero!

La conversación giró mayormente en torno a la próxima fiesta campera, y Kim Philby contó que se había apuntado a un cursillo de tauromaquia por correspondencia para no quedar mal delante de sir Robert y mantener enhiesto el pabellón de la Union Jack.

Javier se mantuvo en un discreto segundo plano. El sol y el jerez lo habían sumido en un grato sopor. Pero prestó atención cuando mister Philby preguntó si conocían el tratamiento que daban a Serrano Súñer, el cuñado de Franco.

–¿De veras no lo saben ustedes?

–No, la verdad.

–Pues lo llaman el Cuñadísimo…

Todos se rieron. Pero Philby se apresuró a excusarse:

–Pero, por favor, no digan que se lo he contado yo, que soy extranjero y se supone que debo guardar estricta neutralidad.

–Yo no he oído nada -dijo el comandante Lacruz, falsamente escandalizado.

Soledad dirigió una cautelosa mirada a su alrededor y preguntó, bajando la voz:

–¿Saben ustedes la precaución que hay que tomar en la actualidad para llamar a un taxi?

–Que lleve la bandera de libre -contestó Laura.

–Que esté desocupado -dijo Higinio Masferrer.

–Que no tenga las ruedas pinchadas -dijo Kim Philby.

Soledad negó con la cabeza.

–Mucho más que eso: hay que asegurarse de que sea *Uno, Grande y Libre,* el mismo lema que figura en el nuevo escudo de España.

Javier se lo tradujo a Kim Philby, que se desternilló de risa y lo apuntó en su bloc de notas.

A Laura le llamó la atención el bolso de Soledad.

–No es un bolso exactamente, querida -contestó ésta-, sino más bien una versión refinada de los zurrones que gastan los monteros de sierra Morena. Me lo regaló un admirador manchego al que di calabazas, por pesado. Resulta muy práctico. Incluso tiene la marca del hierro de la dehesa, mira, aquí la tienes.

–Pues es precioso. Y muy elegante.

–No opinan lo mismo las señoras de Salamanca.

–¿Me lo dejas tocar?

–Por supuesto.

Soledad le alargó el bolso y Laura acarició la piel suave y bien curtida, dúctil al tacto.

–¡Qué maravilla! ¿Dónde podría encontrar uno parecido?

–En parte alguna. Es una pieza de artesanía, única en su género, fabricada exclusivamente para mí.

–¡Qué pena!

–¿Te gusta mucho?

–Me encanta, lo encuentro elegantísimo, adorable.

–Hagamos una cosa -propuso Soledad, halagada-. Como resulta que eres la primera persona que me lo ha elogiado, te voy a regalar su hermano gemelo.

–¿Tienes dos? ¿No decías que…?

–Sí, tengo éste y otro que tiene una pequeña tara que mi calabaceado admirador consideró indigna de mi alta categoría. Pero

que no se aprecia si no te fijas.

–No importa, seguro que me gustará igual.

–Si me das tu dirección, te lo haré llegar mañana mismo.

A Higinio no le pareció bien el trato e insistió en pagar religiosamente el bolso.

Pero Soledad dijo que se lo regalaba o se quedaba sin él. Higinio tuvo que transigir.

–¡Los catalanes, siempre tan estrictos! – sonrió el comandante Lacruz por debajo de su bigotito.

–Esta misma tarde iré a buscarte un regalo para corresponder debidamente al tuyo -dijo Laura-. Esta mañana he visto un pañuelo de seda muy elegante en una tienda de la plaza del Corralillo…

–No te molestes, mujer, no tienes que regalarme nada.

–Insisto.

–Como quieras.

Cuando el carillón del ayuntamiento dio las campanadas de la una y cuarenta y cinco, el comandante Lacruz propuso por dar finalizada la reunión.

–Caballeros, el general conde de Jordana nos espera en el hall del Gran Hotel. Y no es necesario que les recuerde a ustedes que es la puntualidad en persona.

Soledad le pidió diez minutos para devolver a Javier al hospital.

–A las dos en punto estoy con ustedes -prometió al comandante Lacruz.

–No vale la pena que te molestes, querida -dijo Laura-. Si Javier no tiene inconveniente, yo misma tendré mucho gusto en invitarlo a almorzar a casa. Hoy como sola. Mi casa está a dos pasos de aquí. ¿Qué dices, Javier?

–Digo que muy bien. El menú del hospital no es para tirar cohetes.

Laura entornó los ojos e hizo ver que reflexionaba.

–Si mal no recuerdo, hoy tenemos macarrones gratinados y ternera con guisantes. ¿Te parece bien el menú, Javier? Claro que, si no te gusta y prefieres otra cosa…

–Son mis platos preferidos.

–Has de prometerme que no te ajetrearás demasiado -pidió Soledad con cierto timbre de ansiedad en la voz-. Recuerda que tu pierna

todavía no está en forma.

Laura despejó sus temores al instante.

–Querida, te prometo que me ocuparé personalmente de que no se ajetree más de la cuenta ni se fatigue. Puedes irte tranquila. Y tú, Higinio, no tardes demasiado.

El comandante Lacruz la tranquilizó:

–Señora Masferrer, le prometo que no entretendremos más de la cuenta a su marido. Va a ser un mero almuerzo de trabajo. Al general conde de Jordana no le gusta prolongar las sobremesas.

Y con esta promesa dejaron solos a Laura y a Javier.

A punto de desaparecer bajo los soportales de la plaza, Soledad volvió la cabeza y les dirigió una rápida y aprensiva mirada. La joven se había acercado a Javier y le decía algo al oído.

Éste sonreía.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 11:
1936-1939

Mientras aguardaba la llegada de Soledad, Javier pugnaba por alejar de su mente la difusa sensación de culpa que lo asaltaba con creciente intensidad desde el momento que había abierto los ojos aquella misma mañana. Sí, de acuerdo, había aceptado la invitación de Soledad para visitar su dehesa, admirar sus caballos, pasar un día en el campo, tomar el sol, pasear, almorzar en santa paz. ¿Acaso no era eso lo que le había recetado el doctor Merino? Prescripción facultativa. ¿Qué había de malo en ello? Nada, pero…

Soledad se presentó con sólo cinco minutos de retraso a los mandos de su Aston Martin. Javier le agradeció el detalle de aparcar el llamativo deportivo en la esquina de la calle de los Libreros, relativamente fuera del alcance de miradas indiscretas. Asegurándose de que no lo miraba nadie, se llegó hasta el coche y se deslizó rápidamente en el asiento del copiloto. Había hecho grandes progresos y ahora andaba y se movía con relativa facilidad con la ayuda de un bastón.

–Hola -saludó brevemente.

–Hola -respondió Soledad con igual brevedad al tiempo que le dirigía una cálida sonrisa de bienvenida-. ¿He sido puntual, verdad?

–Sí, muy puntual, pero cuanto antes nos alejemos de esta zona batida por el fuego enemigo, tanto mejor.

Soledad arrancó y enfiló a marcha lenta la cuesta de los viejos baluartes que dominaban el Tormes, cuyos sillares mostraban los impactos causados por los cañones del mariscal Marmont en la guerra de la Independencia, y que el ayuntamiento de la ciudad nunca consideró necesario disimular. Nobles cicatrices de piedra que formaban parte de la historia viva de Salamanca.

–¿Has tenido problemas con el servicio de espionaje del hospital? – preguntó Soledad girando hacia el puente romano.

–Ninguno, les he dado esquinazo a todos -contestó Javier-. A estas horas se figuran que estoy en la capilla, confesando mis pecados con el capellán.

–¿Pero tú tienes pecados? – pareció asombrarse la joven.

–Más de los que te imaginas -contestó Javier recordando su aventura nocturna con Laura en el hotel Londres de Burgos, que aún le remordía la conciencia.

–¡Y yo que pensaba que eras un Galahad, un caballero sin tacha!

Javier negó con la cabeza.

–De Galahad, nada de nada. Más bien, un vulgar Lancelot du Lac. Hablando en plata, no soy más que un pobre pecador que jamás encontrará el Santo Grial.

–Oye, ¿no te importa que conduzca yo? – preguntó Soledad sin mirarlo.

–En absoluto. Lo estás haciendo muy bien. ¿Por qué iba a importarme?

–Hay muchos hombres que tienen prevención a que conduzcan las mujeres. He pensado que así podríamos prescindir del chófer y hablar con más libertad, ¿no te parece?

–Muy buena idea.

Acabaron de cruzar el puente, dejaron la ciudad a sus espaldas y cogieron la carretera de Extremadura, en dirección a Béjar y a la sierra de La Candelaria, que se perfilaba en la lejanía.

La calzada ascendía y serpenteaba entre amplias lomas, tendidas como grandes olas oceánicas, de un vivo verde esmeralda. El sol arrancaba brillantes reflejos a los regatos de agua clara que fluían entre sotos de chopos y álamos. Pequeñas aldeas dormitaban perezosamente a la sombra de las espadañas de los campanarios, coronadas por los vacíos nidos de las cigüeñas que, a estas horas, ya habían emprendido el largo viaje a África a pasar el invierno lejos de los hielos y rigores castellanos.

Soledad conducía con la vista al frente, las manos enguantadas apoyadas negligentemente en el volante de caoba y acero y cambiando las marchas con habilidad al tomar las curvas cerradas.

Javier callaba, mientras miraba distraídamente el risueño paisaje que se desplegaba al otro lado del parabrisas al compás de la marcha del coche.

–Esto es lo que se llama el Campo Charro -explicó Soledad, con un amplio gesto de la mano, como si le hubiera adivinado el pensamiento-.

La *Arcadia felice,* que cantó no sé qué famoso poeta. Aunque no estoy muy segura. Igual me confundo con Virgilio. ¿Te gusta?

–Mucho. Hace que a uno le entren ganas de patearlo a lomos de un buen caballo.

–Todo se andará, ten un poco de paciencia. Yo misma tendré mucho gusto en acompañarte cuando llegue el momento.

Javier volvió a sumirse en un mutismo ensimismado.

–¿En qué piensas, si puede saberse? – preguntó Soledad, al cabo de un rato, rompiendo el silencio.

–En que esta paz me parece irreal y en que me siento culpable de no estar en el frente pegando tiros con mis cantaradas -contestó Javier-. Los remordimientos se me comen vivo.

–¿Pero cómo quieres estar en el frente en tus condiciones? ¡Por favor, Javier, piensa con la cabeza!

–Sí, ya lo sé, pero no lo puedo evitar. Y tú, ¿en qué piensas? –preguntó Javier a su vez, dirigiendo una mirada de soslayo al fino perfil de la joven-. Un penique por tus pensamientos, como decís los ingleses.

Soledad apartó un momento la mirada de la carretera, se volvió ligeramente y le sonrió.

–¿De verdad lo quieres saber?

–Sí.

–Pues en que me siento muy feliz, como una colegiala haciendo novillos, y que empezaría a saltar y a brincar y a dar besos a todo el mundo.

–A mí me ocurre igual -dijo Javier, dando por sentado que Soledad se refería a los mismos inocentes besos que él daría a su madre o a su hermana.

–¿Pues a qué esperas?

–A que lleguemos. De momento conduce y no quites los ojos de la carretera.

–¿Estás insinuando que corro demasiado?

–Sí, y por allí viene un carro -y Javier señaló con el dedo una gran carreta tirada por una yunta de calmosos bueyes grises que ocupaba toda la calzada de la estrecha carretera.

Soledad aflojó la marcha y se arrimó a la cuneta derecha para ceder el paso a la parsimoniosa carreta. Esperó a que ésta hubiera pasado, arrancó de nuevo y preguntó:

–Oye, ¿y ayer qué ocurrió?

–¿Tendría que haber ocurrido algo especial? – inquirió Javier, receloso.

–¿No te invitó a almorzar Laura Masferrer?

–Sí, claro.

–¿Y no pasó nada?

–¿Como qué?

–Que Laura se te insinuara.

–No -mintió Javier, que había tenido que rechazar un asalto en toda regla de Laura, del que lo salvó la oportuna aparición de Higinio, que llegó antes de lo previsto-. ¿Qué iba a ocurrir? Comimos.

–¿Solos?

–Sí. Bueno, con la excepción de la camarera que sirvió la mesa y la cocinera, que estaba en la cocina.

–¿Qué te dio de comer?

–Macarrones gratinados y ternera con guisantes, el menú que me había prometido.

–¿Bueno?

–Muy bueno, no tuve necesidad de pedirle el libro de reclamaciones.

–Pues espera a probar la sorpresa que te preparo yo.

–Seguro que será de las que hacen historia.

–Oye, ¿no notas nada en mi conjunto? – preguntó Soledad tras una pausa.

–Sí, que vas de paisana -dijo Javier que ya se había fijado en sus zapatos bajos y la falda escocesa de vivo colorido-. Me he dado cuenta nada más entrar en el coche. Pareces una auténtica *highlander.*

–Son los colores de mi clan -explicó Soledad-. Un conjunto tradicional que no puedo lucir en Salamanca para no escandalizar a las señoras de la buena sociedad, que considerarían poco distinguido que una dama como yo fuera enseñando las rodillas por ahí.

–Ellas se lo pierden, porque te sienta muy bien, muy *chic,* como dirían los franceses.

Soledad le dirigió una rápida mirada de reojo.

–Tú también estás muy elegante, con tu americana de mezclilla y el *foulard* de seda al cuello. Ni más ni menos que un *gentleman farmer.* Sólo te faltaría una gorra vieja, una pipa mugrienta entre los dientes y unas botas de goma apestando a estiércol de vaca.

Javier sonrió.

–Antes de irse, mi madre me equipó a fondo por si un día tenía que alternar con la *gente bien* de Salamanca. Contigo, por ejemplo.

–¿La echas de menos?

–Sí, mucho -contestó Javier, que volvió a mirar por la ventanilla.

Siguió otra larga pausa.

Acababan de cruzar un robledal y ahora corrían por una llanura amplia y despejada. Las montañas del fondo parecían haberse acercado notablemente.

–Oye, Javier, ¿qué hay, o qué ha habido, entre tú y Laura? –preguntó Soledad de repente.

–¿Y por qué tiene que haber habido algo entre Laura y yo, si puede saberse?

–Porque lleváis el pecado escrito en la frente. Se os adivina a la legua.

–Eso lo dirás tú.

–Javier de Montcada, a mí no me la das con queso.

–¿Por qué habéis de ser las mujeres tan endemoniadamente curiosas?

–Porque nos gusta, no podemos evitarlo, es más fuerte que nosotras. Anda, cuéntame lo que ocurrió entre Laura y tú.

–No está bien que un caballero vaya contando sus aventuras por ahí.

–¡Ah! – exclamó Soledad triunfalmente-. ¿Conque fue una aventura? Me lo imaginaba. Anda, cuenta, cuenta.

–Yo no te he dicho que fuera a contártelo.

–Sí lo has dicho.

–Yo no he dicho nada… ¡Cuidado con esas gallinas! – exclamó Javier, alarmado, al ver que Soledad se iba directa contra una pacífica partida de gallinas que picoteaban despreocupadamente justo a la entrada de una pequeña aldea.

Soledad frenó a tiempo, mientras las aves escapaban en todas direcciones, entre irritados cacareos y revolotear de plumas. Su dueña, una aldeana vestida con el traje tradicional salmantino, dejó el botijo en la fuente donde lo estaba llenando y salió tras las gallinas pegando chillidos:

–¡Mis gallinas! ¡Que me las matan!

Luego miró indignada a la causante del alboroto.

Soledad juntó las manos con un gesto suplicante de perdón.

La mujer la reconoció, depuso su talante indignado y adoptó una actitud respetuosa.

–Señora duquesa.

–Perdona, Javier -se excusó Soledad después de que hubieron reanudado la marcha-. Pero la culpa no ha sido mía sino de las tontas de las gallinas, por circular por donde no deben. Me he distraído un momento.

–Sí, ya me he dado cuenta. ¿Quieres que conduzca yo?

–Te prometo que no se repetirá… ¿Y qué ocurrió luego?

–¿Y por qué no me cuentas tú lo qué ocurrió contigo, Kim Philby y el comandante Lacruz? Higinio Masferrer me dijo que te los habías metido en el bolsillo y que tenías a Kim Philby muy entusiasmado.

–Es un hombre muy guapo y muy atractivo, ¿no crees?

–Yo no creo nada.

–¡Oh, te has puesto furioso! – dijo Soledad, mirándolo por el rabillo del ojo.

–¡Mujeres! No sé quién dijo que era más fácil morir por la mujer amada que vivir con ella.

–Quienquiera que sea el autor de la frasecita es muy poco galante. Y, además, eso no lo puedes decirlo de mí, porque no has vivido conmigo… ni tampoco me amas.

–Pero casi… quiero decir que no he vivido contigo -se corrigió Javier rápidamente-. Me has cuidado muy bien, esto es lo que quería decir.

–Comprendo. ¿Te gusta esta tierra? – preguntó Soledad cambiando de conversación.

–Mucho, ya te lo he dicho antes.

–Hay personas a las que les aburre la monotonía de esta llanura y estos altos cielos castellanos.

–A mí me producen una sensación de liberación.

–Como si una pesara menos, ¿verdad? Como si levitara como un faquir de la India.

–Algo así, pero mejor y sin moscas ni serpientes venenosas.

Después de rodar algunos kilómetros por la carretera general, se desviaron a la derecha por un camino de tierra en buen estado y, cuatro kilómetros más allá, cruzaron bajo una verja de hierro rematada por un forjado que venía a representar el perfil esquemático de una hoja de roble enmarcada entre dos astas de toro.

Soledad frenó.

–Esto es «El Robledal», la dehesa de que te he hablado. Se extiende desde aquí hasta la sierra de la Peña de Francia, que son aquellas montañas que se ven al fondo.

Javier midió la distancia con los ojos.

–Es muy grande.

–Sí, enorme.

–¿Cuántas hectáreas tiene?

–No me lo me preguntes. Tengo muy mala cabeza para los números. Miles. Solo sé que es muy grande.

–Hum… parece importante.

Soledad volvió a arrancar. Se adentraron por entre unos pastizales y Javier no tardó en descubrir puntas de toros oscuros y castaños que pacían entre las encinas. Otros estaban tumbados en la hierba, rumiando calmosamente, junto a cerdos negros. Las siluetas de un par de caballistas, con las picas al hombro, avanzando al paso por lo alto de un alcor, se recortaban contra el limpio cielo otoñal. A medida que avanzaban, iban apareciendo más y más toros.

–¿Embisten? – preguntó Javier.

–No, mientras no bajemos del coche y violemos su espacio vital, su territorio. Todos estos que ves son toros bravos.

–Pues no lo parecen.

–No te fíes de las apariencias.

Soledad aminoró la marcha y se detuvo a pocos metros de un soberbio ejemplar de lomo musculoso y astas afiladas como puñales,

plantado junto a una vieja encina, muy entretenido en comer las bellotas que alfombraban el suelo.

–Es *Tarugo,* un toro amigo mío.

Soledad bajó la ventanilla y lo saludó agitando la mano enguantada.

–¡Eh, *Tarugo!*

El animal le prestó una atención distraída.

-*Tarugo* es un toro indultado -explicó.

–¿Indultado?

–Sí. En la plaza, dio tales muestras de valor, arremetiendo contra todo y contra todos, sin importarle un pimiento que el picador lo hubiera machacado a fondo, que el presidente y el público, como un solo hombre, puestos en pie, pidieron su indulto. Así, gracias a su bravura, *Tarugo* se libró de la estocada final, y ahí lo tienes, tan feliz, montando a todas las vacas que le traen para transmitir sus valientes genes a los toritos.

–A eso le llamo yo vivir como un cura -dijo Javier-. Como un sultán, mejor dicho.

Soledad lo volvió a saludar, agitando la mano. *Tarugo* alzó finalmente la pesada testuz del suelo y miró a Soledad con expresión estólida.

–Dice que está muy contento de verme -tradujo.

–Menos mal.

–Ahora te toca saludarlo a ti. Anda, dile algo agradable y sin que se te note el miedo.

–¿Quién te ha dicho que tengo miedo?

–Me alegro. Es muy importante que no pierdas la serenidad porque, de lo contrario, los toros lo presienten, se ponen muy nerviosos y son peligrosos. *Tarugo* sería capaz de embestirnos si le demostraras el menor atisbo de miedo.

Javier clavó sus ojos en los del toro, negros, brillantes e imprevisibles.

–Buenos días, *Tarugo.* Parece que hay apetito, ¿verdad?

El animal acabó bajando la vista a los pocos segundos y volvió a triturar las bellotas con lentos movimientos de sus quijadas. Soledad y Javier lo observaron en silencio. Al poco, el animal les dio la espalda ostentosamente y se alejó espantándose las moscas con el rabo.

Soledad entró la primera y arrancó.

Las paredes encaladas de «El Robledal» destacaban como una alargada mancha blanca y roja entre los encinares verdinegros de la estepa. Artísticas rejas de hierro forjado protegían las ventanas de la planta baja. De su techumbre surgían varias chimeneas equipadas con sus correspondientes veletas. Frente a la fachada se abría una amplia explanada delimitada por una hilera de altos robles centenarios del color del oro viejo. En torno a la casa principal se levantaban las viviendas del mayoral y de los mozos, los corrales, un pequeño coso taurino, las cuadras y las caballerizas.

El mayoral y una mujer cetrina salieron a recibirlos a la puerta de la casa.

–Buenos días, señora duquesa -saludó el mayoral con el sombrero cordobés en la mano. Sus facciones enjutas, curtidas por el sol y el viento, revelaban honradez y lealtad. Tenía las piernas estevadas a consecuencia de los muchos años pasados a caballo-. La estábamos esperando.

–Pues aquí me tienen, Ramón. Le presento a don Javier de Montcada, un herido de Brunete a mi cargo que ha venido a tomar el sol y el aire.

Javier le tendió la mano.

–Encantado.

El mayoral se la estrechó, un tanto sorprendido.

–Ramón Sanmartín, para servir a Dios y a usted.

–Ramón es el hombre que más sabe de toros de toda España -explicó Soledad-. El que más sabe y el que más los quiere. ¿No es verdad, Ramón? Los conoce a todos por su nombre.

–Alguno se me escapa, señora duquesa.

La mujer cetrina abrazó a Soledad y ésta la besó en ambas mejillas, arrugadas como una pasa.

–Mira, Antonia, quiero presentarte a un amigo mío.

Pero cuando Javier le ofrecía la mano, la mujer dio un paso atrás con un gesto de desconfianza.

Soledad le guiñó un ojo a Javier con disimulo.

–Antonia, que Javier es un buen amigo mío, y descuida, que no te va a hacer nada.

La mujer cetrina esbozó una ligera reverencia pero no perdió su aire huraño, y acompañó a Soledad al interior de la casa mientras se hacía cargo de su chaqueta y de sus guantes. Estaba pendiente de sus menores movimientos. En sus ojos negros como la noche brillaba una fidelidad perruna.

Javier las siguió renqueando con su bastón.

En el hogar de la sala de estar chisporroteaba un fuego de leños de encina.

–Lo acabo de encender -explicó la mujer cetrina-. Por las tardes refresca más de la cuenta.

–Gracias, Antonia, suerte que te tengo a ti, que piensas en todo.

–¿A qué hora querrán almorzar ustedes?

–Temprano. A la una. A las ocho entro de guardia en el hospital y no me gustaría salir demasiado tarde.

–Lo que tú digas, mi alma -hablaba con un cerrado acento andaluz.

Soledad dejó a Javier instalado en la sala de estar.

–Curiosea lo que quieras mientras yo subo a arreglarme un poco. A la derecha de la escalera encontrarás un lavabo. Considérate en tu propia casa.

Y desapareció escaleras arriba.

Javier se entretuvo pasando revista a la estancia: baja de techo, vigas a la vista y dos ventanas abiertas a la explanada del robledal, amueblada con viejos muebles castellanos y mantas zamoranas de vivos colores. Una librería, varias butacas de cuero, una mesita y un sofá situado frente al fuego componían el resto del mobiliario. Un oloroso arrimadero de roble corría a lo largo de las paredes encaladas, de las que colgaban astas de toro, banderillas, cornamentas de venado, viejas escopetas de caza, carteles taurinos, platos de cerámica de Talavera, picas y fotos de toreros debidamente dedicadas. El conjunto resultaba algo abigarrado, pero trasmitía una cálida sensación de casa vivida. Una puerta de cuarterones, parcialmente entornada, permitía ver el comedor con la mesa puesta con manteles y dos candelabros de plata en ambos extremos.

Una foto en especial llamó la atención de Javier: un grupo de diestros y aficionados de distinto pelaje, reunidos, al parecer, con ocasión de una tienta, capea o festejo similar. En el centro del grupo

aparecía Soledad, junto a un hombre moreno, alto y apuesto, con los aladares de plata, ataviado con zahones de cuero. La estampa perfecta del *latin lover.* La tenía familiarmente abrazada por los hombros. Javier se acercó para mirar la foto con más detenimiento.

-*Voici, monsieur le Duc* -se dijo en voz alta.

Soledad nunca le había hablado de su marido, ni de sus hijos, si es que los tenían. Ni él tampoco se lo había preguntado. Ni pensaba hacerlo. Al oír rumor de pasos a su espalda, se volvió rápidamente. La Antonia había aparecido bajo el umbral de la puerta del comedor y lo miraba con expresión acusadora.

–Sólo miraba la foto -explicó Javier.

La mujer cetrina desapareció tan silenciosamente como había aparecido. Javier se encogió de hombros y continuó pasando revista a las fotos y los trofeos de la sala.

Al poco bajó Soledad. Llevaba una cámara Leica en bandolera.

–Anda, vamos, que te voy a presentar a mis caballos.

Mientras se encaminaban a las caballerizas acompañados por el mayoral, Soledad le explicó el extraño comportamiento de la mujer cetrina.

–Antonia, no es que esté loca, pero sí que tiene un tornillo más suelto de lo normal a consecuencia de un trauma que sufrió hace unos años. Fue mi niñera desde que me quedé huérfana y me hizo de madre. Por eso me quiere tanto y mira mal a todos los hombres que se me acercan demasiado. Una especie de celos raros. Pero, aparte de esa fobia, es completamente inofensiva y una buenísima persona.

–Por lo que pueda ocurrir, me esforzaré en guardar estrictamente la distancia de seguridad estipulada por el código de circulación.

–De acuerdo, pero no es necesario que exageres.

Pronto llegaron a las caballerizas. Encima de cada *box,* figuraba el nombre del caballo; unos diez en total. Dos mozos les estaban cambiando la paja en esos momentos. Cuando vieron a Soledad, suspendieron la faena, se llevaron la mano a la visera de las gorras y la saludaron respetuosamente.

–Señora duquesa.

Soledad correspondió al saludo y le dijo a Javier:

–Dijiste que te gustaban los caballos. Pues aquí tienes donde elegir. Mira, éste es *Lucero,* mi caballo preferido, con el que voy a rejonear el día de la capea. *Lucero* me entiende y me quiere más que muchas personas. Y yo a él, ¿verdad, *Lucero?*

El caballo, un corcel espléndido, negro y lustroso como el azabache, relinchó y frotó su cabeza contra el hombro de la joven.

–¿Ves cómo me quiere?

–¡Es magnífico! – se le escapó a Javier.

Soledad le dio unas palmadas en el cuello y pasaron al siguiente *box*.

–Y éste, *Califa* -dijo mostrándole un gran alazán de crines rubias, cabeza pequeña y cuello engallado-. Un verdadero diablo. A mí me ha tirado dos veces por lo menos.

–Señora duquesa, los caballos no tiran a sus jinetes -le recordó respetuosamente el mayoral-. Son los jinetes los que se caen de los caballos.

–Siempre tienes razón, Ramón, no hay manera de que me acuerde. Pero el caso es que *Califa* me ha pegado un par de sustos morrocotudos.

Javier acarició la frente del animal y dejó que éste le olfateara la cara. Después le palmeó el cuello. *Califa* se estuvo quieto, pero lo miró de reojo, mostrando el blanco de los ojos.

–El señor entiende de caballos -dijo el mayoral, que lo había estado observando con atención.

–Pero menos que la señora duquesa.

–¿Te verías con ánimo de montarlo? – preguntó Soledad-. No ahora, por supuesto, sino cuando te hayas restablecido del todo.

–¿Por qué no? Me gustan los retos… y los caballos. Pero dame unos días para acabar de recuperarme.

–Los que tú quieras.

Volvieron a la casa dando un pequeño rodeo para que Javier pudiera ver el coso y los chiqueros.

–Aquí es donde tendrá lugar la tienta -explicó Soledad.

Javier estudió el redondel enarenado que le mostraba la joven. Era una plaza de toros en pequeño, con sus barreras, sus burladeros y los colores de la bandera española dando la vuelta a los tendidos.

–Soledad, déjame decirte que me admira tu valor -dijo después.

–No tienes nada que temer. *Lucero* ha sido especialmente enseñado para esquivar las astas del toro. Él y yo nos hemos pasado miles de horas entrenando. *Lucero* no tiene nada que ver con los caballos de la Alta Escuela, que sólo saben adoptar posturitas gratuitas y dar pasos ridículos. Son como los animales amaestrados del circo. *Lucero,* en cambio, actúa para salvar su piel. Y la mía. Piensa que el arte del rejoneo tiene más de cinco siglos de existencia. En realidad, es la forma primitiva del toreo. Al fin y al cabo, los toreros no eran más que simples peones que acudían al quite cuando los caballeros resultaban desarzonados. Por eso nunca anteponen el *don* a su nombre, como los rejoneadores. – Le sonrió tranquilizadoramente-. No temas. *Lucero* confía en mí, como yo confío en él. *Lucero* me conoce mucho mejor que tú.

–¿Y tú qué sabes?

Al pasar junto a un corral vacío, Soledad le tendió la Leica a Javier.

–¿Te importaría fotografiarme aquí?

–Faltaría más.

Soledad se disculpó:

–Me hago cargo que el fondo no es tan señorial como vuestra Fontana de Requesens. Ni que yo pose en traje de baño como tu novia. Tampoco tenemos piscina.

–No importa -dijo Javier ajustando el diafragma y la velocidad-. Trataremos de sacar partido de los robles de la casa.

–¿Y yo subida a la valla?

–Sí, es una buena idea. Quedarás muy bien. Muy en tu salsa de ganadera. Con un poco de suerte, saldrán aquellos toros de allí.

Soledad se sentó en la valla.

–¿Qué tal estoy así?

Javier la miró a través del visor.

–Muy bien.

–¿Se me ven las piernas?

–Sí, un poco.

Un poco bastante.

–Es que la falda es muy corta y no da más de sí.

–Me hago cargo. Estás muy atractiva.

–¿Adónde miro? ¿A la cámara?

–Sí. – Clic-. Y ahora, un poco de lado. – Clic-. Y ahora, mirando a lo lejos. – Clic-. Levanta la barbilla… y ahora cruza las piernas. – Clic-. Sonríe…

Javier le dio la mano para ayudarla a bajar.

–Muchas gracias -dijo Soledad-. Has sido muy amable. Mañana mismo enviaré a mi doncella para que revelen el rollo y saquen copias.

La Antonia les tenía preparada la comida en el comedor: una gruesa, dorada y crujiente empanada de aspecto suculento.

–Hornazo -explicó Soledad sentándose a la mesa-. La sorpresa que te he comentado antes. Se trata de un concentrado vitamínico propio de estas tierras, preparado a base de chorizo, cebolla, tocino, huevos duros y guindilla, muy indicado para heridos convalecientes y jovencitas anémicas. Dinamita pura. Se acostumbra tomar en Semana Santa. Lo ha cocinado la Antonia, debidamente asesorada por la mujer del mayoral, que es una experta en el tema.

–Pues no se trata de desairarla.

Soledad le cortó una generosa ración y se la puso en el plato. Ella se sirvió una ración simbólica.

–¿Tan poco? – se extrañó Javier.

–La idea del suicidio todavía no me ha rondado por la cabeza.

Javier repitió para que no quedara la menor duda de que el compuesto vitamínico había sido de su total agrado. Pero cuando se levantaron de la mesa, su estómago no presentaba ninguna hinchazón fuera de lo normal. Continuaba tan liso como una tabla de planchar. Dio las gracias a la cocinera.

–Mi enhorabuena, Antonia. Hacía tiempo que no probaba algo tan sabroso.

La mujer cetrina lo miró con desconfianza, musitó algo ininteligible y se retiró a la cocina con los restos del hornazo.

Soledad le guiñó un ojo a Javier y le susurró al oído:

–Te la has metido en el bolsillo.

El café lo tomaron en la sala de estar, sentados en el sofá, frente al fuego.

–¿Sabes una cosa? – dijo Javier con la taza en la mano, mirando complacido a su alrededor-. Me gusta tu choza, tiene personalidad.

Nada que ver con esas ridículas salitas para recibir a las visitas. Hace que uno se sienta a gusto.

–«El Robledal» es mi refugio. Aquí vengo siempre que me siento sola o deprimida.

–¿Tú, sola? – se extrañó Javier-. Con lo guapa que eres no deben de faltarte admiradores. Descontando a tu marido, claro está -se apresuró a añadir.

–Precisamente por eso. No sé por qué misteriosa razón impongo respeto a los hombres. Se me mantienen alejados. Igual se creen que soy orgullosa… ¡o yo qué sé! También soy más alta que muchos de ellos.

–Entonces, de acuerdo con esa regla de tres, yo debo de ser un sinvergüenza de tomo y lomo.

–Nunca me has parecido un sinvergüenza, pero, desde luego, has sido el primer hombre que me ha tratado con naturalidad en mucho tiempo y me ha hecho sentir cómoda. – Soledad pareció titubear un poco y agregó-: No os lo había dicho hasta ahora, ni a tu madre ni a ti, pero has de saber que mi matrimonio ha sido un completo fracaso.

–Soledad, a mí no tienes que explicarme nada.

–Quiero hacerlo porque creo que es una explicación que se debe a un buen amigo.

–Gracias por lo de buen amigo, pero me parece que no he hecho nada especial para merecer ese honroso título.

–Más de lo que te figuras… ¿Te apetece una copa? ¿Brandy? ¿Anís? ¿Whisky?

–Un poco de brandy… y si tú me acompañas.

Soledad se levantó, sacó una panzuda botella y dos copas de cristal de un aparador y volvió a sentarse junto a Javier en el sofá.

–Tú dirás basta -dijo vertiendo un chorro de coñac.

–Así está bien.

–Y ahora yo…

Soledad llenó su copa a medias.

Bebieron un sorbo.

–Cuando vuelva al frente y se lo cuente a mis amigos, no se lo van a creer -dijo Javier después de paladear un sorbo de brandy.

–No pienses en el frente ahora. No vas a ganar nada.

–De acuerdo.

–¿Qué te gustaría hacer ahora? – preguntó Soledad-. ¿Escuchar música en el gramófono? ¿Mirar fotos familiares?

–Hablando de fotos -dijo Javier señalando con los ojos el personaje central de la foto de los diestros y aficionados reunidos en la tienta-. ¿Es tu marido, el duque de Simancas, el famoso ganadero?

Soledad siguió la dirección de su mirada.

–Sí, es mi marido, pero no es el duque de Simancas. La duquesa de Simancas soy yo. Él es el vizconde de Navahermosa.

Javier asintió con una cabezada.

–Comprendo. – Hizo una pausa-. Creo que me gustaría mirar esas fotos familiares de las que me has hablado. Tengo curiosidad por ver cómo eras de niña.

–¿No lo dirás para burlarte de mí? – pregunto Soledad, recelosa.

–¡Dios me libre! ¡Después de lo bien que me has cuidado!

Soledad se levantó, eligió un álbum de una librería y volvió a sentarse al lado de Javier. Lo abrió sobre sus rodillas desnudas y pasó la primera página.

–Mira, ésta soy yo en brazos de mi madre, ¿verdad que era guapa? Mi madre, quiero decir.

Javier admiró como se merecía a la joven dama de cuello esbelto, ojos graves y frente despejada ceñida por una diadema de diamantes. La blusa de seda le caía hasta la cintura en suaves pliegues. La niña miraba al fotógrafo con expresión traviesa.

–Guapísima. Y tiene tu mismo pelo negro. Supongo que será tu mitad española.

–Todo lo contrario, la mitad inglesa. Mi padre era rubio y mi madre morena. Murieron en un accidente de caza en Kenia cuando yo era muy pequeña. Mi padre era un gran cazador, una afición que yo no he heredado y no lamento en absoluto. Mira, aquí lo tienes -dijo Soledad señalando con el dedo un cazador vestido de caqui, facciones enérgicas y bigote rubio, tocado con un salacot colonial, posando un pie sobre un búfalo de El Cabo de poderosa cornamenta. Con la mano derecha sostenía un rifle exprés. Al pie de la foto figuraba: *Masai Mara, Kenia Colony,* y una fecha borrada-. El *white hunter* se acercó demasiado a un elefante furioso para que mi padre lo pudiera fotografiar con detalle.

De repente, el animal se levantó y cargó contra ellos, y al dar marcha atrás rápidamente, el vehículo se precipitó por una *donga,* un barranco, que tenían a su espalda y que el *white hunter* no había visto. Se mataron los tres. – Soledad miró con cariño la foto de su padre-. A pesar de su aspecto de matarife, mi progenitor era un hombre sumamente bondadoso y un padre ejemplar, por lo poco que puedo recordar de él. Siempre he vivido con la pena de no haberlo tratado y conocido más.

Javier asintió pensativamente con la cabeza.

–Lo creo. Pero consuélate pensando que tú nunca has pasado por el terrible trance de querer pedir perdón a tu padre y no poder hacerlo porque ya no está en este mundo puesto que los rojos lo han fusilado.

–¿Sí? – preguntó Soledad con un susurro.

Javier fijó los ojos en las llamas y dijo lentamente:

–De niños, adoramos a nuestro padre, lo ponemos en un pedestal, es poco menos que Dios, y todo lo que dice y hace pasa por riguroso artículo de fe. Al crecer, las cosas cambian radicalmente. No estamos de acuerdo con sus opiniones, discutimos con él y le llevamos sistemáticamente la contraria. Pero cuando lo perdemos, se nos cae el mundo encima, los remordimientos se nos comen vivos y daríamos media vida para resucitarlo y pedirle perdón.

–¿Tan mal te portaste con él?

–No es que me portara especialmente mal, pero le di el disgusto de su vida cuando me negué a seguir la carrera de las armas, tradicional en nuestra familia desde tiempos inmemoriales. Yo quería ser ingeniero agrónomo, diplomático, embajador, explorador, cruzar las estepas de Asia a caballo, dar la vuelta al mundo en una goleta de Terranova, remontar el curso del Amazonas en una almadía, yo qué sé. Todo menos saltar del catre al toque de diana, hacer la instrucción, desfilar a tambor batiente y andar por ahí pegando tiros. Y ya me ves ahora: me parece que he pegado más tiros en un año que él en toda su vida. Si ahora pudiera verme, estaría orgulloso de mí.

–¿Lo lamentas?

–¡Qué va! Los he pegado con mucho gusto. Y los que pienso pegar. Todavía tengo que ajustarles las cuentas a los rojos.

Soledad pasó la página.

–Y ésta soy yo en Greenock Castle, cuando tenía nueve años, montada en *Sir Charles,* este poni lanudo que aparece aquí. Se murió de un atracón de avena. Yo tuve un disgusto terrible. El jardinero me ayudó a enterrarlo en un rincón del parque. Incluso le puse una cruz en su tumba. Mis abuelos se indignaron y dijeron que era impropio de niñas cristianas poner cruces en tumbas de burros. ¿Verdad que no tenían razón?

–Ninguna. Los animales son mejores que muchas personas. Y por lo que puedo apreciar, *Sir Charles* tiene una expresión simpática y bondadosa.

–No creas, las apariencias engañan; *Sir Charles* era un verdadero demonio, y cuando menos te lo esperabas, te tiraba un bocado que te hacía ver las estrellas. Mira, aquí se ve mejor Greenock Castle. ¿Verdad que es bonito, con tanta torrecilla y tanta hiedra trepando por los muros? Ahora es mío. Me lo dejó mi abuela al morir. Y un montón de tierras, títulos y propiedades que no sé qué hacer con ellas. Yo era su nieta preferida y le hubiera gustado llamarme Carmen porque se figuraba que sonaba muy español.

Javier se apartó un poco y miró a la joven con curiosidad.

–¿Y tú qué te sientes más, inglesa o española?

–Española hasta la médula -respondió la joven sin vacilar un segundo-. Si no fuera así, ya me dirías qué hago en una guerra que ni me va ni me viene. Pero tengo las dos nacionalidades. Y dos pasaportes. Si no me sintiera española, nunca me habría entretenido en recoger tus pedazos en Brunete.

–Cuando vuelva al hospital, recuérdame que te imponga la medalla militar. Te lo prometí.

–Si vuelves a mencionar ese tema, te arrojaré a sor María de la Concepción y a sus secuaces para que te hagan rezar el rosario.

–¡No, por favor! ¡Ten piedad de mí!

–Pues a ver si haces el favor de no decir más tonterías.

La tarde empezaba a declinar entre los encinares, y Soledad se levantó un momento para encender la lámpara de pie que estaba junto al sofá. Volvió a sentarse y abrió el álbum por donde lo había dejado.

–¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! – dijo señalando con el dedo un grupo de colegialas con medias negras de algodón y canotiers, posando en la

majestuosa escalinata de piedra de un parque señorial-. Aquí estoy con mis compañeras, en Meltenham. La cuarta por la derecha, una verdadera facha como podrás ver.

Javier miró con detenimiento la chica que le indicaba y negó con la cabeza.

–Pues a mí no me lo parece. Estás muy graciosa y divertida. ¿Cuántos años tenías entonces?

–Pues, de acuerdo con la fecha de la foto, unos trece o catorce años.

Javier alzó la vista de la foto y se dio una palmada en la frente.

–¡Hablando de años! ¡Yo cumplí veintidós en plena batalla de Brunete! Pero claro, con todo el jaleo, se me fue el santo al cielo. Ni mi madre se acordó de felicitarme cuando vino a verme al hospital.

–Pues me parece una verdadera injusticia -dijo Soledad-, y me vas a permitir que sea yo quien te dé el primer beso de cumpleaños.

Javier inclinó ligeramente la cabeza para intercambiar un beso fraterno, como se suponía que tenía que ser un ósculo de cumpleaños con una mujer casada. Pero en lugar de depositar el beso en la tersa mejilla de la joven, tal como había calculado, sus labios se posaron en la propia boca de Soledad, que no pareció dar la menor importancia al turbador incidente y continuó hablando como si tal cosa:

–Muchas felicidades. Y tomo buena nota para organizarte una fiesta de cumpleaños como se merece, con pastel de velas incluido. ¿Puedo preguntarte cómo te sientes a tus veintidós juveniles primaveras?

Javier apuró un buen trago de coñac antes de contestar.

–Como el mismísimo Matusalén, cargado de experiencia y sabiduría.

–Pues espera a cumplir los míos… ¿Seguimos mirando más fotos?

–De acuerdo.

–Y aquí salgo con mi marido -dijo Soledad-. Esta foto nos la tomó el mismo Pepe Bienvenida, el famoso matador, cuando vino a «El Robledal» a una tienta.

–¿Es la misma que te he comentado antes?

–La misma.

–¿A ti te gustan los toros? – preguntó Javier.

–Me gustan los toros, pero no asistir a su asesinato público en la plaza.

–¿Tú nunca vas a las corridas?

–Por desgracia, he tenido que presidir demasiadas como propietaria de esta ganadería. Lo he pasado como no te puedes llegar a imaginar, mirando a todas partes menos al ruedo. No hagas caso de todos estos simbolismos y filosofías baratas que se han sacado de la manga cuatro intelectuales de vía estrecha para justificar la crueldad de la *fiesta nacional.* No son más que pura y vana retórica. ¿A ti se te ocurriría torturar y matar a *Tarugo?*

–Ni por asomo; lo he encontrado muy simpático.

–Por ese mismo motivo me cuesta mucho entender a Ramón, el mayoral, que quiere a sus toros más que a sus propios hijos, y, no obstante, los acompaña personalmente al sacrificio y no se aparta de la barrera hasta que el matador ha acabado con ellos con el estoque.

–¿No le da pena?

–Supongo que sí. Pero sentiría mucho más que dieran un espectáculo bochornoso y no hicieran lo imposible por despachar al torero al otro barrio. En una palabra: que no hicieran honor a la tradición de bravura de esta ganadería. Si se los tuvieran que llevar los *mansos,* le darían un disgusto de muerte. Una ignominia que no podría resistir. Igual se pegaba un tiro. En cualquier caso, reconozco que es más honroso morir en la plaza que en el matadero. Por lo menos, en la plaza, el toro tiene la oportunidad de llevarse al torero por delante.

Soledad continuó pasando lentamente las páginas del álbum y comentando las fotos. El fuego seguía chisporroteando apaciblemente en el hogar. Los troncos de encina se habían convertido en ascuas rojizas que ahora despedían un grato calorcillo. Densas sombras habían ido invadiendo los rincones de la estancia. La lámpara de pie derramaba su cálida luz sobre las absortas cabezas de los dos jóvenes, inclinadas sobre las fotografías. Los almohadones del sofá se habían ido hundiendo bajo su peso combinado, y ahora estaban en estrecho contacto, hombro contra hombro, cadera contra cadera. Sin darse cuenta habían ido bajando el tono de sus voces y hablaban en susurros, sin sentir ni oír el leve rumor de las agujas del destino, tejiendo la funesta malla de acero que tuerce el camino de los mortales.

La brusca irrupción de la Antonia en la sala los hizo levantar la cabeza, sorprendidos. La mujer preguntó:

–Soledad, ¿se puede saber qué hacéis tan a oscuras?

–Mirando fotos.

–¿Sabes qué hora es?

–No.

–¡Las seis dadas!

–¡Las seis! – exclamó Soledad, cerrando el álbum de golpe y levantándose precipitadamente-. ¡Mujer! ¿Por qué no nos avisabas?

–Porque como me dijiste que tenías que estar de vuelta en el hospital a las ocho, pensé que tú misma estarías pendiente de la hora. A mí también se me fue el santo al cielo y no me acordé más.

Soledad guardó apresuradamente los álbumes en la librería y subió a arreglarse a toda velocidad.

–¡Bajo en seguida!

Javier se levantó, se ajustó la americana y requirió su bastón.

Soledad bajó al cabo de dos minutos.

–¡Vamos!

La Antonia los acompañó al coche arrebujada en una pañoleta de lana negra. Se había levantado un viento frío que arremolinaba la dorada hojarasca de los robles en la explanada. Javier volvió a felicitarla por el hornazo y le deslizó una propina en la mano cuando se la estrechó, cuidando de que Soledad no se diera cuenta.

El viaje de vuelta transcurrió entre largos y ensimismados silencios. Los pensamientos de Javier seguían direcciones erráticas. Una extraña timidez sellaba sus labios. Ocasionalmente, la mano de Soledad, desnuda de guantes, rozaba la suya al accionar la palanca del cambio de marchas.

Oscurecía cuando llegaron a la ciudad del Tormes. Las torres de la catedral Nueva y la Universidad Pontificia se silueteaban contra el rojo cielo otoñal que se reflejaba en el cauce del río con resplandores de incendio.

Tres días después, el correo le llevó dos cartas a Javier. Una era un sobre azul con remitente suizo. La otra, una cartulina con una corona ducal estampada en relieve en el ángulo superior izquierdo y el texto

impreso con elegante letra inglesa, dirigida al teniente don Javier de Montcada, *esquire.* Su texto rezaba así:

La Duquesa de Simancas tiene el honor de invitarle a la fiesta campera que tendrá lugar en su dehesa de «El Robledal» el Día de Todos los Santos a las doce del mediodía. Se ruega a los militares asistan de uniforme y con condecoraciones.

Salamanca, octubre de 1937

Segundo Año Triunfal

Se ruega contestación

Y debajo, escrito de puño y letra de Soledad:

A las nueve se celebrará una fiesta de cumpleaños estrictamente privada. Abrazos. Soledad.

Javier se guardó el sobre azul en el bolsillo, sin abrirlo, sintiendo que se le desgarraba el corazón.

Aunque la tienta de «El Robledal» había sido programada como un acontecimiento social estrictamente privado, había congregado al *todo Salamanca,* desde las primeras autoridades de la provincia hasta las máximas jerarquías del Movimiento.

Los invitados se apiñaban en las gradas de sol, porque, a pesar de que el astro rey lucía esplendoroso en un cielo sin nubes, de las nevadas sierras de la Candelaria y la Peña de Francia bajaba un airecillo fresco que invitaba a acogerse a su calorcillo. Providencialmente, hacía dos días justos que había dejado de llover.

Otro detalle que contribuía a mantener el ambiente festivo y distendido era la reciente caída de Gijón, pocos días antes, en poder de las tropas de los generales Aranda y Solchaga. La pesadilla de tener el enemigo a la espalda se había disipado definitivamente, algo que se reflejaba en el talante de los asistentes a la tienta. El frente norte había sido finalmente liquidado.

Entre el caqui apagado de los uniformes militares, destacaban las manchas lustrosas de los abrigos de pieles de las damas y sus ostentosos tocados. Unas pocas lucían sombrero cordobés para estar más a tono con el acontecimiento. Se veía algún que otro uniforme italiano, pero ninguno alemán. El conde de Jordana había decidido no cursar ninguna invitación a los representantes de la potencia aliada para evitar innecesarios roces con la delegación inglesa.

La presidencia de la fiesta la ostentaba el propio general Jordana, de porte aristocrático, severo monóculo y conocidas tendencias monárquicas. Lo acompañaban sus ilustres invitados: sir Robert Hodgson, de menguada presencia y aspecto oficinesco, Serrano Súñer, uniformado de azul oscuro falangista, sin boina roja y con su cabellera plateada al aire, su Ilustrísima el obispo de Salamanca, monseñor Pla y Deniel, envuelto en ropajes purpúreos, Pilar Primo de Rivera, hermana de José Antonio, y Dionisio Ridruejo, el poeta del régimen, recientemente nombrado jefe de Prensa y Propaganda, ambos de azul, pero sin correajes ni puñales al cinto, la bélica moda que había querido imponer Manuel Hedilla, el capitoste falangista defenestrado hacía un año.

Detrás de ellos se veía ir de aquí para allá a Higinio Masferrer, diligente y atento a solucionar cualquier problema de etiqueta o protocolo que pudiera presentarse.

Javier ocupaba un asiento de *sombra* en compañía de Laura Masferrer, de José Vicente y Enriqueta Fontanilles, de Kim Philby y de su amigo Randolf Churchill, hijo del famoso político inglés recién llegado a España en calidad de observador y cronista aficionado. De acuerdo con los términos de la invitación, Javier iba de uniforme, luciendo sus estrellas de teniente en la veterana boina roja, regalo de su abuelo Carlos, debidamente lavada y zurcida por sor Jacinta del Amor Hermoso, y la Medalla Militar prendida en la guerrera nueva que le había comprado su madre. La vieja se había revelado irrecuperable.

Después de desbravar adecuadamente una vaquilla embolada, el mayoral había invitado a los asistentes a bajar a la arena a lucir sus habilidades.

El primero en hacerlo había sido el comandante Lacruz. Dio unos cuantos pases bastante aceptables, para tratarse de un simple aficionado, hasta que el nervioso animal lo alcanzó en el pecho con un sonoro topetazo que lo envió contra la barrera, sin mayores consecuencias. El comandante Lacruz se retiró muy digno entre discretos aplausos. Animado por su ejemplo, y un par de copas de manzanilla, Harold Philby se lanzó valientemente al ruedo. Dio un par de pases absurdos, se enredó con el capote, tropezó y acabó rodando por el santo suelo, ocasión que aprovechó la irritada vaquilla para

revolcarlo a placer y hacerle un vistoso roto en los pantalones. El público rugió de entusiasmo, y Harold Philby fue despedido con una gran ovación. El agregado comercial italiano toreó al alimón con el mayoral, pero cuando pidió que lo dejara solo, la vaquilla lo volteó aparatosamente con gran susto de los invitados extranjeros y las risas de los españoles.

Pero el tono de la fiesta cambió radicalmente cuando Soledad hizo su entrada en el ruedo a lomos de *Lucero.* A partir de ese momento, la tienta dejó de ser un vulgar festejo popular para convertirse en un espectáculo señorial.

Soledad vestía traje campero, la gorguera de encaje sobresaliendo del cuello de la chaquetilla negra entallada, su oscura mata de pelo recogida en un moño, el sombrero cordobés sujeto a la barbilla por el barboquejo, y repujados zahones de cuero protegiéndole las piernas. Por contraste con la masa negra y nervuda de su montura, parecía doblemente grácil y esbelta, bien aplomada sobre la silla vaquera y la espalda recta como un huso.

Soledad se adelantó hasta la presidencia y saludó con una ligera inclinación de cabeza, sin descubrirse, de acuerdo con los privilegios de su sexo.

El conde de Jordana dio su autorización para iniciar la faena.

Soledad, muy templada y serena, esperó la aparición del novillo con los rejones romos en la mano y la mirada fija en la puerta del chiquero. El animal salió, atolondrado, deslumbrado por el sol, como una fuerza de la naturaleza repentinamente liberada, dispuesto a embestir todo lo que se le pusiera por delante. El mayoral lo templó con un par de hábiles pases y se retiró por el burladero. El novillo se quedó plantado en medio de la plaza, un tanto desconcertado, hasta que vio a Soledad. Entonces se arrancó impetuosamente hacia ella.

El público contuvo el aliento.

Durante cinco largos minutos que a Javier se le hicieron interminables, Soledad evolucionó gallardamente por el ruedo. Bajo la presión de sus rodillas y un ligero roce de las espuelas, hizo girar, caracolear y arrancarse a *Lucero,* hurtando hábilmente los cuernos del toro, mientras ella empleaba ambas manos para clavarle inofensivamente los rejones en el lomo. El mayoral y un par de mozos,

con los capotes preparados, estaban al quite, dispuestos a acudir en socorro de su ama al menor incidente.

En el profundo silencio que se había hecho en la plaza, resonaba el golpeteo de los cascos de *Lucero* en la arena, los agudos gritos de Soledad citando al novillo y los furiosos resoplidos de éste. El animal acabó agotado y sudoroso, con la lengua fuera y los flancos agitados por la afanosa respiración, mirando estúpidamente a su enemiga, con lo que Soledad dio por terminada la exhibición.

El público, puesto en pie, le tributó una cerrada ovación, y Soledad galopó alrededor del ruedo, muy arrebolada y sonriente, esta vez con el sombrero en la mano derecha, saludando y dando las gracias.

Los invitados abandonaron lentamente las gradas y se dirigieron a la explanada del robledal, donde se había dispuesto un bufete frío y un puesto de bebidas. Ahora, el sol había templado definitivamente el ambiente y el vientecillo se había encalmado. Muchas damas aprovecharon para desprenderse de sus abrigos de pieles y exhibir sus joyas. Todos comentaban el soberbio espectáculo que había ofrecido la duquesa de Simancas.

Ésta, escoltada por el general Jordana, sir Robert Hodgson y Serrano Súñer, circulaba entre los grupos de invitados y recibía sus parabienes. Kim Philby los seguía a cierta distancia y tomaba notas en su bloc con vistas al sensacional y muy *typical spanish* reportaje que preparaba para el *Times*, que, estaba seguro, haría las delicias de sus compatriotas ávidos de color local.

Al paso de Soledad, los invitados se deshacían en alabanzas y cumplidos.

–¡Querida! ¡Déjame decirte que has estado divina! – gorjeó la condesa de Montejos.

–¿Le importaría que nos fotografiaran con usted? – le pidieron el secretario de sir Robert y su mujer-. ¡La sorpresa que se llevarán nuestras amistades cuando nos vean en compañía de una matadora! ¿Se dice así? ¿O toreadora?

Los cumplidos se sucedían sin fin:

–¡Nunca había presenciado nada igual! ¡Qué maravilla! ¡Qué estilo!

–Señora duquesa, ¿sería tan amable de firmarme la invitación? Es para mis padres, que viven en Londres y no se lo querrán creer cuando

se lo cuente… Muchas gracias, es usted muy amable.

–¡Querida, no te conocíamos esas habilidades! Nos has dejado a todos con la boca abierta.

Soledad agradecía los cumplidos y atendía todas las peticiones, sin perder la sonrisa, el buen humor y la paciencia.

La explanada hervía de risas y animadas conversaciones bajo el sol. Los invitados de más edad y prestigio habían pasado a almorzar en el comedor. Pero la mayoría y la gente joven habían tomado asiento en las mesas y las sillas dispuestas bajo los robles. O deambulaban con una copa en la mano, departiendo animadamente y pinchando los canapés que les presentaban atentos camareros. Ocasionales ráfagas de viento, procedentes de las caballerizas y los corrales, les recordaban que estaban en plena estepa salmantina.

Cuando Soledad hubo cumplido con todos sus deberes de anfitriona, fue a buscar a Javier, que había contactado con un grupo de jovencitas dedicadas a atracarse de croquetas de jamón y gambas rebozadas, y se lo llevó con gran disgusto de éstas.

–Luego os lo devuelvo, moninas. Ven, Javier, que quiero presentarte a Pilar Primo de Rivera y a otros amigos que desean conocerte… a ver dónde se han metido. – Soledad miró por encima del mar de cabezas-. ¡Allí están! ¡Ven, Javier! – dijo tirando de él.

En esos momentos, Dionisio Ridruejo y el conde de Foxá se estaban defendiendo, con agudeza y buen humor, del acoso al que los sometía el doctor Merino, armado con un puro descomunal en una mano y una copa de whisky en la otra. Junto a ellos, Pilar Primo de Rivera pugnaba por contener la risa.

Soledad retuvo disimuladamente a Javier.

–Espera un momento. Vale la pena escucharlo.

Se disimularon tras un grupo de invitados y aguzaron el oído.

–Caballeros -estaba diciendo el doctor Merino con su vozarrón tonante-, en lugar de escribir tantos ensayos sobre la unidad de destino en lo universal, no estaría de más que algún día se acercaran al frente a pegar cuatro tiros para hablar del tema con conocimiento de causa. En la completa seguridad -añadió después de dar una calada a su puro- de que, si resultaran malparados, para mí será un honor grandísimo practicarles la autopsia.

–No es por falta de ganas, doctor -se excusaba Dionisio Ridruejo, cuya bien cortada guerrera azul disimulaba la estrechez de sus hombros, que contrastaba con su frente de pensador, amplia y despejada. Tenía profundas entradas, el pelo muy negro cuidadosamente peinado hacia atrás, y las mejillas chupadas-. Doctor, le supongo enterado de mi reciente nombramiento de jefe de Prensa y Propaganda del Movimiento, y el trabajo no me deja un momento libre. Ya se sabe, unos combaten con las armas, y otros, con la pluma.

–Ya.

–Compréndalo, doctor, soy absolutamente imprescindible en la retaguardia. Alguien ha de orientarla, insuflar ánimos, levantar la moral.

–Claro, sin su guía se desmoronaría irremisiblemente.

–Lo mismo me ocurre a mí -explicaba el conde de Foxá con una sonrisa incisiva bajo su nariz aguileña. A diferencia de su amigo, vestía de paisano-. La novela que estoy escribiendo ahora me tiene ocupado las veinticuatro horas del día. Apenas me deja tiempo para respirar. Si he venido a esta fiesta es por la gran amistad que me une con Soledad, no por otra cosa. ¡Qué más quisiera yo que estar en el frente pegando tiros!

–Es verdad, señor conde. Su entusiasmo bélico me confunde. Salta a la vista que respira *ardor guerrero* por todos los poros de su cuerpo serrano, no hay más que verle a usted.

Agustín de Foxá hizo un gesto de falsa impotencia con las manos.

–No sabe usted lo que me cuesta disimularlo, doctor, pero no hay manera. Me acaban saliendo el *ardor guerrero* y el *amor patrio.*

–Pues insista y esfuércese con toda su alma, si no quiere que lo confundan con uno de esos vivales que se *han apuntado para supervivientes,* como se dice ahora.

–Doctor, permítame decirle que está usted muy equivocado -lo corrigió Dionisio Ridruejo con socarronería-. Agustín y yo *nos conservamos para padres,* que no es exactamente lo mismo. Una simple, pero no menos importante, cuestión de matiz semántico, doctor, usted ya me entiende, ¿verdad? ¿Quién, si no, iba a quedar para repoblar los yermos campos de Castilla arrasados tras la batalla, no le parece a usted?

–¿Y por qué no dejamos ese gratificante cometido a los auténticos supervivientes? Por ejemplo, al joven y bien dotado duque de Montcada… ¡No te me escapes, granuja! – al decir esto, el doctor Merino echó rápidamente su brazo atrás y pilló a Javier por la manga de la guerrera-… que ha sobrevivido, inexplicable y milagrosamente, a mis *atenciones.* -Hizo una pausa y los miró de arriba abajo, a él y a Soledad-.Javier, está visto que tú no pierdes el tiempo y te arrimas al sol que más calienta.

–Las circunstancias, doctor.

El doctor Merino se dirigió a Soledad:

–Soledad, permíteme decirte que has estado magnífica, te felicito. Y antes de que me olvide: mañana te tomas el día libre. Te lo has ganado a pulso.

–Gracias, doctor.

Soledad efectuó las presentaciones, empezando por Pilar Primo de Rivera.

A Javier le impresionó favorablemente la expresión afectuosa de sus ojos tristes y oscuros y la sencillez de sus maneras, que no guardaban relación con la severidad azul y plata de su abrigo falangista.

–Encantado de conocerla -dijo Javier estrechando su mano pequeña y fina entre las suyas.

–¡Por favor, Javier, no gastes tantos cumplidos! Es contrario a las normas igualitarias de la Falange.

–Pero da la pequeña casualidad de que yo soy requeté.

–¡Uy, hija! ¡Tú no sabes bien lo puntilloso que es! – la interrumpió Soledad-. Me ha costado Dios y ayuda que me apeara el tratamiento de *señora duquesa.*

–Como tú prefieras, Pilar… y aprovecho la ocasión para decirte que sentí mucho la muerte de tu hermano.

–Muchas gracias -dijo la joven sin poder disimular una ligera expresión de pena-. Y yo para felicitarte por la Medalla Militar que ganaste en Brunete. Soledad me lo ha contado todo con pelos y señales.

–Inmerecidamente, me he cansado de repetirlo.

–¡Vamos, vamos, no seas tan modesto! Lo que hiciste tiene mucho mérito.

–Hice lo que pude.

–¡Que no es poco!

Después Soledad le presentó al conde de Foxá como:

–Agustín de Foxá, *l'enfant terrible* del Régimen.

–¡Por favor, Soledad, no me lo recuerdes! – se defendió el conde de Foxá-. Un desliz lo puede tener cualquiera… Encantado, Javier, espero que seamos buenos amigos.

–Lo mismo digo, Agustín.

–…y finalmente te presento a Dionisio Ridruejo, nuestro más eximio poeta y uno de los autores de la letra del *Cara al sol.*

–El más insignificante, querrás decir -lo corrigió el jefe de Prensa y Propaganda del Movimiento tendiéndole la mano a Javier.

–Encantado -dijo éste.

–El gusto es mío. Y si no tienes inconveniente, me gustaría hacerte una entrevista para que nos cuentes tus impresiones del asalto a la cota del Espolón. Estoy al corriente de la trifulca del tribunal que te denegó la Laureada. Una verdadera injusticia. La publicaríamos en la revista *Vértice.*

–Ningún inconveniente; estoy a tus órdenes.

Soledad se dirigió al conde de Foxá:

–Agustín, antes me ha parecido oírte decir que estabas escribiendo una novela, ¿he oído bien?

–Has oído bien.

–¿De qué trata? Así, en líneas generales.

–De la revolución marxista en Madrid.

–Qué interesante. ¿Y cómo se llamará?

–Le he dado muchas vueltas al tema, pero me parece que al final la titularé *Madrid, de Corte a checa.*

–Oye, suena muy bien. ¿Y salgo yo?

–A ver si te encuentro un hueco. Quizá te haga salir como una duquesa roja, como la de Atoll, por ejemplo.

–¿Tan mal me quieres?

–No, perdona, una duquesa *comme il faut,* mucho más guapa e interesante que aquel adefesio con faldas que Dios confunda.

–Si quieres detalles, te los puedo dar en abundancia, de primera mano. Conozco el paño.

–Te prometo tenerlo en cuenta.

El doctor Merino se interesó por el estado de la pierna de Javier.

–Ya ni me acuerdo de que la tengo -contestó éste.

–La semana que viene te daré el alta. Te deseo mucha suerte en el futuro. Y cuando veas a tu madre, le das un abrazo de mi parte.

–Descuide, doctor.

La reunión se disolvió cuando el conde de Jordana reclamó la presencia de Soledad, y Javier aprovechó la ocasión para ir a reunirse con el grupo de chasqueadas jovencitas que para entonces ya habían dado cuenta de tres bandejas de croquetas y dos de gambas rebozadas.

Allí lo fue a encontrar Laura media hora después.

–Javier, ¿dónde te habías metido? – le reprendió-. Te andábamos buscando. José Vicente quiere invitarte a su próximo ojeo de perdices. Lo está organizando todo. Ven…

Javier siguió tras ella.

A media tarde, cuando refrescó, los invitados empezaron a desfilar, de vuelta a Salamanca. Un equipo de mozos y camareros estaban retirando las mesas de la explanada y las cargaban en camionetas. El doctor Merino había sido el primero en despedirse alegando el mucho trabajo que tenía en el hospital. Soledad, todavía ataviada con su atuendo campero, despedía a los invitados a la puerta de la casa. Besó respetuosamente el anillo de su ilustrísima, que la bendijo paternalmente, pasando por alto el llamativo detalle de los ceñidos pantalones que la joven vestía para la ocasión. Su ilustrísima se hacía cargo: no se podía montar a caballo y rejonear novillos con faldas.

–Queda con Dios, hija mía. Guardaremos un grato recuerdo de tu hospitalidad y de tu labor en pro de nuestra Santa Causa.

El general conde de Jordana le besó la mano y le reiteró su agradecimiento:

–Lo primero que haré al llegar a Salamanca será informar a su excelencia del éxito de la fiesta y de la buena impresión que ha causado a nuestros amigos ingleses.

–Transmítale mis respetos y dígale que lo he hecho con mucho gusto.

Roncaron los motores y, uno tras otro, los coches fueron abandonando la dehesa. Kim Philby y Randolf Churchill, notablemente

achispados, pretendían prolongar la fiesta en un tablado flamenco de Salamanca.

Soledad se los quitó de encima con diplomacia.

–Otro día los acompañaré con mucho gusto -dijo empujándolos hacia su coche-. Ahora me siento un poco cansada después de tanto ajetreo, compréndanlo.

Los dos ingleses se retiraron a regañadientes.

Los Masferrer fueron de los últimos en despedirse.

Javier se excusó de no regresar a Salamanca con ellos en su coche.

–Soledad me ha pedido que me quede un rato más y luego bajaré con ella.

Se guardó de informarles de que estaba invitado a una fiesta de cumpleaños privada.

Laura taconeó, irritada.

–No nos habías dicho nada.

–Creí que no merecía la pena.

Laura lo miró con ojos llenos de sospechas, pero no se atrevió a hablar en presencia de su marido. Subió al coche y se sentó a su lado. Javier le cerró cuidadosamente la portezuela.

–Adiós, Javier -dijo Higinio con las manos en el volante-. Nos veremos en «Los Hontanares»… Lo mismo te digo, Soledad.

–Descuida. Allí estaré como un clavo.

Con la partida del último coche, el silencio de la estepa descendió sobre la dehesa. Ya había oscurecido. Las estrellas titilaban en el cielo oscuro y las ventanas del cortijo brillaban cálidamente como una invitación a recogerse en su interior, junto al fuego. Soledad se colgó del brazo de Javier y ambos se dirigieron a la casa.

–¿Qué, te has divertido? – preguntó.

–Sí, mucho, pero me engañaste. Dijiste que ibas a rejonear una vaquilla y ha resultado ser un novillo de mucho cuidado.

–Pero ya viste que no tuve problemas con él. – Soledad se lo quedó mirando-. ¿No me digas que pasaste miedo por mí?

–Pues sí, ya que me lo preguntas, pasé bastante miedo.

–¡Oh, Javier, eres un encanto! Pero aparte del miedo, ¿lo has pasado bien?

–Sí, muy bien.

–Ya te vi coqueteando como un loco con aquellas jovencitas.

–Con alguien tenía que hablar, ¿no te parece? Además, no coqueteé como un loco como tú dices. Charlaba con ellas, simplemente.

–Sí, claro, me hago cargo.

–¿Y tú qué tal? – inquirió Javier-. ¿Cómo te encuentras?

–Fatal. No puedo con mi alma. Tengo los pies hechos polvo, la mandíbula desencajada de tanto sonreír y unas ganas enormes de quitarme las botas y darme un buen baño.

Encima de la mesa del vestíbulo, entre otros muchos ramos y obsequios, lucía el gran ramo de rosas que Javier le había regalado.

–No deberías haberlo hecho -le reprochó Soledad, hundiendo la cara entre sus pétalos.

–¡Qué menos!

Entraron en la sala de estar.

–Puedes quitarte la guerrera y el correaje -le autorizó Soledad, magnánima, dejándose caer despreocupadamente en una butaca.

Javier se apresuró a seguir su consejo y se quedó con el suéter que le había *tricotado* su madre, sobre la camisa caqui del uniforme.

–Yo tampoco podía más de tanto arreo.

–¿Me ayudas a quitarme las botas?

–En seguida.

Javier dio la espalda a Soledad, que introdujo su pierna izquierda entre las suyas. Javier sujetó la bota por el tacón y la puntera. La joven apoyó familiarmente el pie en su trasero y empujó. La bota salió con facilidad. Repitieron la operación con la bota derecha. Soledad lanzó un suspiro de alivio, movió los dedos de los pies dentro de los calcetines de lana y se excusó:

–Perdona la confianza. Ya sé que esto no debe hacerlo una dama, pero la resistencia de una tiene un límite. Llevo así desde la mañana.

Javier se sentó en otra butaca y miró a Soledad. Le extrañó el silencio que reinaba en la casa. Sólo se oía el plácido chisporroteo del fuego en el hogar.

–¿Y la Antonia?

–Se ha ido a casa del mayoral, le he dado permiso. Nos ha dejado la cena preparada en el horno. ¿Por qué?

–Por nada.

–¿Sabes que te la has ganado? Ahora es tu aliada incondicional.

–¿Por alguna razón especial?

–Por tres razones especiales.

–¿Ah, sí? ¿Cuáles?

–Sí, porque le alabaste el hornazo, porque le diste una propina principesca sin que yo me enterara y, sobre todo, porque le estrechaste la mano al despedirte.

–¿Y qué hay de particular en ello?

–La buena de la Antonia no está acostumbrada a esas muestras de cortesía. Lo mismo que el mayoral. Semejantes deferencias con la servidumbre no se estilan por estos pagos. Aquí, a la gente se le caen los anillos por menos de nada.

–A ti, no, por lo visto.

–Yo soy la gloriosa excepción que confirma la regla.

–Laura se ha ido echando chispas -comentó Soledad al cabo de unos segundos-. Me he dado cuenta. Si no le llegas a sujetar la puerta del coche, el portazo se habría oído en la plaza Mayor de Salamanca.

–Estaría cansada.

–Claro.

Javier comentó lo bien que había resultado el festejo.

–Has deslumbrado a la afición… y a tus compatriotas.

–No lo dirás por sir Robert. ¡Qué tío más *esaborío,* como dicen en la tierra de María Santísima! No sé en qué estarían pensando mis paisanos del Foreign Office cuando lo enviaron aquí.

–Desde luego, el hombre no da la talla. Oye, ¿por qué se mosqueó Agustín de Foxá cuando lo presentaste como *l'enfant terrible* del Régimen?

–Porque lo es. Agustín de Foxá es un jaimito incorregible que no pierde ocasión de chinchar a los jerarcas del Régimen. A Serrano Súñer lo trae por el camino de la amargura.

–Tenía entendido que era un buen falangista -se extrañó Javier-. Compañero de primera hora de José Antonio, nada menos.

–Sí, eso es verdad, pero su sentido crítico se rebela al captar ciertos matices de la filosofía joseantoniana, y entonces el hombre salta. En las presentes circunstancias no es de recibo decir que *la Falange es la hija adulterina de Isabel la Católica y Karl Marx.*

Javier se desternilló de risa.

–¡Genial! – exclamó secándose las lágrimas cuando acabó de reírse.

–Como puedes comprender, a Serrano Súñer le dio un patatús y amenazó con mandarlo al frente. Agustín se retractó en el acto. Es del dominio público su alergia visceral a los tiros y a la sangre. Aquello del *si te dicen que caí* sonará muy bien en los desfiles, pero él no tiene la más mínima intención de caer en el campo de batalla. Eso lo deja a los idealistas como tú.

–Sí, ya oí cómo el doctor Merino lo ponía verde, a él y a Dionisio Ridruejo.

–Otro que tal. Mucho *ruidrejo* y pocas nueces. El doctor Merino tiene más razón que un santo al ponerlos de vuelta y media. Son un par de enchufados, como muchos falangistas, que se pasan el tiempo discutiendo el sexo de los ángeles en lugar estar en las trincheras jugándose la vida.

–Sí, son unos verdaderos pelmas. Yo no los aguanto.

Soledad se masajeó los dedos de los pies.

–¿A ti también te ha invitado José Vicente a su ojeo de «Los Hontanares»?

–Sí, no lo he podido evitar -contestó Javier.

–Pues podemos ir juntos, si te parece. Pero no esperes de mí que pegue muchos tiros contra perdices indefensas.

–Ya somos dos.

–Me alegro. El otro día se lo comenté a tu madre en la peluquería. No soporto los ojeos de perdices. – Soledad lanzó un suspiro y se levantó con un esfuerzo-. Con tu permiso, Javier, voy a subir a darme un merecido baño, relajarme y ponerme guapa. No hace falta que te diga que estás en tu casa. Te autorizo a servirte una copa, curiosear mis álbumes de fotografías, poner discos en el gramófono, ojear revistas… lo que quieras. Pero no te impacientes si me retraso un poco.

–Me hago cargo. Tómate el tiempo que quieras.

Soledad eligió la mejor rosa del ramo que le había regalado Javier y desapareció escaleras arriba.

Él se sirvió una copa de jerez, se arrellanó en una butaca, cogió un puñado de revistas y se entretuvo leyendo los chistes de Tono y Miura en *La Ametralladora* y mirando los requetés y los falangistas que Sáenz

de Tejada dibujaba en *Vértice.* Le parecieron demasiado heroicos y teatrales. Ellos no eran así, ni de lejos. Habitualmente ofrecían un aspecto desastrado y estaban cubiertos de mugre de arriba abajo.

De vez en cuando cogía el atizador y agitaba los leños del hogar.

Soledad lo sorprendió en esa postura, arrodillado delante de la chimenea, con el atizador en la mano y la cara a dos palmos de las llamas.

Javier la miró, embobado.

La joven llevaba un traje de noche negro prendido de los hombros por dos simples lacitos, el pelo recogido en la nuca con un pasador de plata, y una fina sarta de diamantes ciñéndole el cuello.

–¿Te has quedado sin habla? – le preguntó empezando a descender pausadamente la escalera con el sugerente contoneo de una maniquí de alta costura.

–Sí -reconoció Javier levantándose con presteza-. Patidifuso. Nunca te había visto tan elegante y bien arreglada.

–Alguna vez tiene que ser la primera, ¿no te parece? – preguntó Soledad flotando hacia él entre susurros de seda y oleadas de perfume-. Una no puede circular así en el hospital, compréndelo. Los heridos se amotinarían. ¿Me das el brazo?

Entraron en el comedor.

Javier contempló admirado la mesa puesta con todo lujo, un centro de rosas y los candelabros de plata labrada en ambos extremos.

–¿No te has excedido, Soledad? Pensaba que se trataba de una cena de cumpleaños, no de una recepción del cuerpo diplomático.

–Me había olvidado del pequeño detalle de consignar en la invitación que sería un *dîner aux chandelles* -se excusó Soledad-. ¿Te importaría encender las velas mientras yo voy a la cocina a buscar el asado? Encontrarás cerillas encima del aparador.

–A tus órdenes.

Después de varios y torpes intentos y gastar más cerillas de la cuenta, finalmente Javier consiguió prender las velas.

Soledad trajo la fuente del asado y la dejó en el centro de la mesa.

–¿Algún reparo a *la mise en scène?* -preguntó sentándose en la silla que le acercó Javier.

–Ninguno, todo está perfecto.

–¿Te importaría apagar la luz del techo?

–En absoluto -contestó Javier, obedeciendo.

–Pues a comer.

Javier se sentó en la cabecera opuesta y comió sin enterarse apenas del gusto del excelente asado de buey con acompañamiento de patatas y cebollas asadas que había preparado la Antonia. Tampoco paladeó como se merecía el vino de las riberas del Duero que lo regaba. Sentía sobre sí los ojos de Soledad, que lo miraban con inquietante fijeza. En la estancia se respiraba una extraña y conocida calma; la temible calma que precede a la rotura del frente. Se esforzó en hablar con naturalidad. Sin conseguirlo. No se le ocurría ningún motivo de conversación inteligente, aparte de cuatro vulgaridades relacionadas con la fiesta y los tocados extravagantes de algunas señoras. Pese al empeño que ponía, los cubiertos le tintineaban en el plato con fragor de cataclismo. Es idiota lo que me está pasando -se decía para tranquilizarse-. Soledad me ha invitado a cenar. Eso es todo. Pero no era todo. El silencio, la soledad y el inquietante resplandor de la luz de los candelabros jugando al escondite en el escote de la joven lo desasosegaban. Le costaba apartar la vista del insinuante desfiladero de sus senos.

La cena terminó con el usual pastel de velas que Soledad trajo de la cocina mientras entonaba el tradicional *Happy birthday to you* con buena voz de contralto.

–A ver cómo te portas -dijo depositándolo frente a Javier.

Javier cogió aire y apagó las velas de un soplido.

Soledad aplaudió.

–Y ahora tienes que formular un deseo antes de partirlo -dijo entregándole un cuchillo afilado.

Javier fingió abismarse en profundas meditaciones.

–¿Ya está? – inquirió Soledad.

–Sí.

–¿Me lo dices?

–Imposible, es alto secreto militar.

Después de mordisquear sin ganas unos pedazos de pastel, Javier descorchó una botella de *champagne,* llenó dos copas, ofreció una a Soledad y brindó con la suya en alto.

–Por mi gentil anfitriona.

–For mi querido invitado.

–A tu salud.

–A la tuya, por muchos años.

Bebieron un sorbo mirándose a los ojos.

–Ahora, el protocolo exige que el invitado saque a bailar a la dueña de la casa -dijo Soledad a continuación-. ¿Te acuerdas de bailar?

–Después del tiempo transcurrido, no estoy muy seguro, pero te prometo que pondré mis cinco sentidos en pisarte lo menos posible.

Se trasladaron a la sala de estar con las copas de champaña en la mano, y Soledad puso un disco en el gramófono.

–Es *Ramona* -explicó mientras daba cuerda al aparato con la manivela-. Lo he elegido precisamente porque tiene mucho ritmo y es fácil de bailar. Seguramente lo recordarás. – Soledad tarareó unos compases-. ¿Te suena?

–Sí, mucho. Era el preferido de mi padre.

Sonaron los primeros acordes y Javier insinuó una reverencia ante Soledad.

–Señorita… perdón, señora, ¿me concede el honor de este baile?

–Será un placer, caballero.

Javier la enlazó por la cintura. Soledad le rodeó el cuello con el brazo derecho y se estrechó confiadamente contra él. *Ramona, mi vida entera es para ti,* canturreaba la voz meliflua del cantante. Giraron lentamente al compás de la música, prendidos en la magia de sus nostálgicos acordes. Soledad apoyó la cabeza en el cuello de Javier, que subió su mano derecha hasta sentir el tacto aterciopelado de su espalda desnuda. Lo sacudió una descarga. La fragancia que desprendía su piel lo mareó. Le pareció que el aire se había cargado repentinamente de electricidad estática y que una neblina rojiza lo aislaba de la realidad circundante. Los oídos le zumbaban. Sólo sentía los alborotados latidos del corazón de Soledad, que palpitaba alocadamente junto al suyo. Le costaba dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Había estado ciego para no darse cuenta antes. Adivinó la maravillosa verdad en el acto cuando Soledad alzó la cabeza y lo miró con ojos graves y profundos.

–Javier… yo…

Javier apenas tuvo que inclinarse para besar aquellos labios que buscaban ávidamente los suyos para sentir en la boca el sabor de la gloria y el regusto amargo de la traición inextricablemente mezclados.

Luego se separaron un poco y se miraron, sorprendidos y maravillados.

–Javier, te quiero -dijo Soledad con sencillez.

–Me temo que yo también -contestó Javier con la misma sinceridad-, pero me parece…

Soledad acalló su protesta con un largo beso.

–¡No está bien lo que hacemos! – protestó Javier recuperando el aliento-. Es un disparate…

–Sí, es un disparate maravilloso -convino Soledad sin apartar los ojos de los suyos-. Ven -dijo tirando de él hacia la escalera.

Javier hizo un último y débil esfuerzo.

–Soledad, ¿has pensado en las consecuencias?

–Asumo toda la responsabilidad… ven -insistió tirando de él.

–Pero…

–No hay peros que valgan -dijo Soledad soltándose los lacitos del vestido, que cayó a sus pies hecho un revoltillo fosforescente, dejando ver sus altos senos, la cintura estrecha y la armoniosa curva de sus caderas ceñidas por un liguero de encaje negro del que pendían las medias de seda que ponían de relieve la blancura de sus muslos realzados por los tacones de aguja de sus zapatos-. ¿Es preciso que te lo diga más claro?

Javier la miró con ojos brillantes de deseo y negó con la cabeza con un gesto de impotencia.

–Anda, ven.

Javier la siguió obedientemente escaleras arriba.

Soledad lo precedió hasta su alcoba.

Un perfumado fuego de encina crepitaba suavemente en la chimenea. A la luz de la lamparilla de la mesita de noche, el cobertor abierto de la cama mostraba la acogedora blancura de las sábanas.

Soledad se tendió en la cama y le alargó la mano.

–Ven…

Javier se acostó a su lado y la noche salmantina pareció estallar en mil pedazos.

De madrugada, Javier encendió la lamparilla de la mesita de noche, se incorporó sobre el codo izquierdo y miró a Soledad, que sonreía feliz, con la cara enmarcada por el oscuro manto de su cabellera esparcido por la almohada.

–Soledad, ¿has oído hablar del derrumbamiento del califato de Córdoba? – le preguntó severamente.

–Sí, lo estudié en el colegio. ¿Qué ocurre con él?

–Que es caca comparado con lo que se nos ha caído encima.

–¿Ah, sí? – preguntó Soledad con aire inocente.

–Sí. O dicho con otras palabras: que la hemos hecho buena y me pregunto qué va a ocurrir ahora.

Soledad levantó su bien torneado brazo y le apartó un mechón de pelo de la frente con los dedos.

–¿Sabes que tienes unos ojos muy interesantes? – dijo mirándolo con ternura-. Es lo primero que me llamó la atención cuando los abriste en el hospital y me confundiste con tu madre. Son una fascinante mezcla de niño inocente y hombre de pelo en pecho, de un hombre que ha sufrido y se esfuerza valientemente en ocultar sus penas. Una combinación que nos va muy bien a las mujeres y estimula nuestro sentido de protección maternal.

–Soledad, menos guasa y no cambies de conversación. Te he hecho una pregunta muy seria y me gustaría que me dieras una contestación igualmente sensata.

–¡Oh, Javier, no seas aguafiestas! – protestó Soledad, resiguiendo con la uña manicurada del dedo índice el hombro musculado del joven-. ¿Cómo quieres que te dé una respuesta sensata si me has dejado convertida en pasta de boniato? Digamos que no la hemos hecho buena, sino que me has hecho inmensamente feliz, que son cosas muy diferentes. ¿Por qué no hablamos mañana?

–No, ha de ser ahora.

–¿Sabes? Resultas irresistible cuando pones esa cara tan enfurruñada y dices *ha de ser ahora, ha de ser ahora* -le remedó burlonamente Soledad, que alzó ambos brazos, los cruzó detrás de la nuca de Javier y lo atrajo hacia sí-. Yo te diré lo que vamos a hacer ahora mismo…

Un sesgado rayo de sol entraba alegremente por los postigos entreabiertos y caía sobre los vestidos de ambos jóvenes, hechos un confuso montón a los pies de la cama.

Javier apartó las sábanas, se levantó y se dirigió al cuarto de baño.

–En el estante encontrarás jabón de afeitar, brocha, maquinilla, loción de afeitado, peines, un cepillo de dientes y todo lo que te haga falta -le informó Soledad-. Y un albornoz detrás de la puerta. Es el azul. El mío es el rosa, no te confundas. Y espero que te guste el pijama que te he comprado.

–¿Has pensado en todo, verdad? – preguntó Javier.

–Previsora que es una.

–Estabas muy segura de todo.

–Absolutamente convencida.

–Me has tendido una trampa.

–Si lo quieres llamar así… -convino Soledad-. Pero no me negarás que ha sido toda una señora trampa.

–Habría caído un elefante -dijo Javier con la mano en la manija de la puerta.

–Javier -lo llamó Soledad desde la cama, donde continuaba reclinada, con las sábanas hasta la cintura y las manos cruzadas indolentemente tras la nuca.

–¿Qué?

–Te quiero -le sonrió enviándole un beso con la punta de los dedos.

Bajaron a desayunar al comedor, vestidos, peinados y arreglados.

La Antonia les había preparado un auténtico desayuno a la inglesa: huevos fritos con jamón, salchichas, arenques, café bien cargado y tostadas con mantequilla y mermelada.

–He pensado que te gustaría -dijo Soledad.

–Tienes el don de adivinarme siempre el gusto -contestó Javier, masticando a dos carrillos.

La Antonia asomaba de vez en cuando la cabeza por la puerta de la cocina, presta a servirles más café, más jamón o lo que hiciera falta. No abrió la boca ni hizo ningún comentario ante la insólita presencia de Javier ni de la incuestionable intimidad que éste compartía con su ama. Pero su semblante cetrino traslucía una íntima satisfacción cuando observaba el radiante aspecto de Soledad.

–¿A qué hora les tengo preparado el almuerzo? – preguntó cuando terminaron de desayunar.

–Yo pensaba que volvíamos a comer a Salamanca -dijo Javier.

–Pues lamento decirte que pensabas mal. Saldremos a dar la vuelta a caballo que te prometí en una ocasión. Antonia -dijo Soledad dirigiéndose a su niñera-, espéranos a las tres, por ejemplo. Igual nos entretenemos más de la cuenta. ¿Te parece bien?

–Lo que tú digas, mi alma.

Soledad revolvió en un armario del zaguán y sacó unos zahones abrillantados por el uso. Se los tendió a Javier.

–Será mejor que te los pongas. Te van a hacer falta.

–¿Tú crees?

–No protestes y póntelos.

Javier se los ajustó a la cintura como había visto hacer al mayoral.

–Son de mi marido, que es casi tan alto como tú -dijo Soledad.

–¿Y no se va a enfadar?

–¡Imagínate! Se va a poner furioso cuando se entere de que le has robado sus queridos zahones.

El mayoral llevó a *Lucero* y a *Califa* a la puerta de la casa. Tampoco hizo ningún comentario ni le extrañó la presencia de Javier en compañía de su ama. Como si el hecho de que ésta pasara la noche en la casa con un caballero desconocido, en ausencia de su marido, fuera lo más normal del mundo. La gente bien tenía sus cosas, que él no tenía que juzgar. Él disfrutaba de un buen trabajo, quería a sus toros, y su ama le pagaba espléndidamente.

Javier comprobó personalmente los bocados de las monturas y las cinchas, y ajustó las correas de los estribos con movimientos expertos y precisos que merecieron la silenciosa aprobación del mayoral. *Califa* se estuvo engañosamente quieto durante estos preparativos.

–No se deje engañar, don Javier -le aconsejó el mayoral, que le tenía el animal de las bridas-. Con *Califa* nunca se sabe, es un pozo de sorpresas.

Javier ayudó a montar a Soledad. Luego lo hizo él. *Califa se* agitó inquieto al sentirlo encima. Agachó peligrosamente las orejas y, por un momento, pareció que iba a salir a escape. Javier lo contuvo con un ligero pero enérgico tirón de las riendas. *Califa* se calmó al instante

como si hubiera captado el mensaje de su jinete. Enderezó las orejas y adoptó una actitud más tranquila. Javier aflojó la presión de las riendas y el mayoral suspiró, aliviado.

–Pueden darles caña, señora duquesa -les aconsejó-. Los dos necesitan un buen meneo.

–Por nosotros no quedará, Ramón. Hasta luego.

–Que se diviertan, y tengan cuidado.

–Gracias.

Cogieron la dirección de la sierra de la Peña de Francia, que resplandecía en la lejanía espolvoreada de nieve.

–¿Cómo lo has conseguido? – preguntó Soledad, intrigada.

–¿Conseguido, qué?

–Tranquilizar a *Califa.* Se ha quedado más manso que un corderito. Lo normal es que hubiera salido disparado como un rayo y tú hubieras salido volando por las orejas.

–Es muy fácil, la mera sensación de serenidad que le he transmitido con las rodillas.

–Y claro, tú eres muy sereno.

–Deberías haberme conocido antes.

–¿Antes de qué?

–Antes de conocerte a ti.

–¡Oh, deja de lamentarte, maldita sea! ¿O es que no te sientes feliz en mi compañía, a lomos de *Califa,* con este sol radiante y el campo oliendo a gloria?

Bien afianzado en los estribos y con las riendas entre los dedos de la mano izquierda, Javier hubo de confesarse a sí mismo que se sentía extraordinariamente feliz. Luego llegaría el doloroso momento de enfrentarse a la realidad, arrepentirse, lamentarse y pasar revista al lío en que se había metido.

–Oye, ni la Antonia ni el mayoral han hecho ningún comentario. ¿Tú crees que han adivinado lo nuestro?

–Vamos a ver, ¿tú qué crees?

–Que hemos acabado retozando en la cama.

–Javier de Montcada, me asombra tu perspicacia.

–¿Tú crees que se han escandalizado?

–Todo lo contrario. Les ha encantado verme tan feliz. Me quieren, ¿sabes?, y no soportan al déspota de mi marido. Ésta es la pura verdad.

–¿Adónde vamos?

–Tú sígueme.

Cabalgaron felices bajo el brillante sol de otoño.

El aire resonaba con el canto de las alondras. Los toros los contemplaban un momento al pasar y luego continuaban paciendo, indiferentes. En los pastizales despejados, aflojaban las riendas de sus monturas y se lanzaban a un desaforado galope, saltando las cercas y los regatos que les salían al paso. Conforme se acercaban a las primeras estribaciones de la sierra, el terreno se iba volviendo más escabroso, y los encinares iban cediendo paulatinamente el puesto a robles y castaños. A veces tenían que abrirse paso entre la jara y la maleza. Javier apreció entonces la utilidad de los zahones. Soledad marchaba en cabeza abriendo el camino. Javier la seguía. De vez en cuando, la joven se volvía y sorprendía su sonrisa y su mirada fija en su cintura.

–¿De qué te ríes, si puede saberse?

–No me río de ti, te estoy admirando -contestó Javier, muy serio.

–¿Admirando qué?

–Eso es lo que tú quisieras saber.

–¡Dímelo ahora mismo! ¡Es una orden de tu enfermera!

Javier espoleó ligeramente a *Califa,* se emparejó con Soledad, la atrajo por los hombros y la besó. Soledad fingió resistirse, pero sus labios se abrieron dulcemente. Sabían a sol, a viento y a mujer joven enamorada.

–¡Eres malo! – protestó, separándose con brusquedad.

–Y tú hueles muy bien.

–¿A qué?

–A Soledad.

–¡A que no me pillas esta vez! – lo desafió la joven picando espuelas.

Javier salió tras ella.

La galopada los llevó hasta una pradera medio oculta tras una espesa cortina de olmos y castaños de encendidos tonos rojos y amarillos. Por su centro corría un arroyo. El agua resbalaba mansamente por unas minúsculas gradas de granito verdoso, hasta

desembocar en un plácido remanso que reflejaba un pedazo de cielo azul.

–Aquí es -dijo Soledad refrenando a *Lucero*-. Este claro es uno de mis santuarios preferidos.

–¿Y este río tan caudaloso? – preguntó Javier, señalando la modesta corriente de agua.

–Mi Danubio azul particular.

Javier echó pie a tierra y ayudó a descabalgar a la joven. Soledad cayó deliberadamente en sus brazos, le echó los brazos al cuello y lo amenazó:

–Ahora me dirás de qué te reías o no te suelto.

–De acuerdo, pero ha de ser al oído.

–¿Tan escandaloso es lo que tienes que decirme?

–Sí.

–No importa, pero dímelo.

Javier le susurró unas palabras junto a la oreja y Soledad se ruborizó.

–¡Sinvergüenza!

–Te lo había advertido.

Javier aflojó las cinchas a los caballos, les trabó las manos y los soltó en la pradera para que pacieran a su antojo, mientras Soledad se despojaba de los zahones y se sentaba en la hierba templada por el sol y apoyaba la espalda en el rugoso tronco de un roble caído. Le tendió una mano a Javier y con la otra palmeó la hierba a su lado.

–Anda, siéntate aquí conmigo.

Javier obedeció, se estiró cuán largo era y apoyó la cabeza en el regazo de la joven.

–¿Estás cómodo?

–Más cómodo, imposible. ¿Pero puedo hacerte una sugerencia?

–Si no es muy atrevida. Ahora que te conozco, sé cómo las gastas.

–¿Por qué no te sueltas ese pelo tan maravilloso que tienes?

Soledad se quitó un par de horquillas, inclinó la cabeza, y una fragante catarata de ébano acarició la frente y las mejillas del joven.

–¿Te gusta así?

–Eres maravillosa -suspiró Javier dejando correr entre los dedos las oscuras y sedosas guedejas-. Todavía no me lo acabo de creer.

–¿Creer qué?

–Que hayamos acabado tú y yo solos en este rincón del mundo.

–¡Qué sorpresas nos depara la vida, ¿verdad?! – sonrió maliciosamente Soledad.

–Ahora comprendo por qué a estas fiestas camperas se las llama tientas. Soledad, tú me has tentado, dime la verdad.

–Sí.

–Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

–Al detalle. Reconozco que te he tendido una trampa, y no me arrepiento lo más mínimo de haberte seducido.

–Pero no me negarás que yo me resistía con todas mis fuerzas, no sé si te dabas cuenta.

–Me daba perfecta cuenta de lo tonto que llegabas a ser, y cuanto más te me resistías, tanto más me empeñaba yo en conquistarte.

–Sí -reconoció Javier-. Tendría que haberme dado cuenta. – Javier hizo una pausa y la miró largamente a los ojos-. A mí ya me extrañaba tanto mimo, tanta English Lavander y tanta historia. Como, por ejemplo, cuando me diste aquel beso de cumpleaños, supuestamente fraterno, y yo pensé que había calculado mal las distancias y me encontré besando tus labios.

–Y te ruborizaste como un colegial…

–… o cuando me diste las gracias por aquellas rosas que te regalamos mi madre y yo, y te inclinaste sobre mí y te me quedaste mirando fijamente a los ojos. Yo ya noté algo raro, pero me dije que era imposible.

–¿Imposible, qué?

–Imposible que te hubieras enamorado de mí, un simple teniente, tú, una mujer casada, la mujer de un embajador, mayor que yo…

–Pues ya ves lo equivocado que estabas. Deberías haberlo leído en mis ojos. En mi vida he visto a nadie más cegato que tú. Y si no hubieras sido tan odiosamente caballeresco, me habrías devuelto el abrazo al instante y habría sido tuya allí mismo.

–¿Delante de sor Jacinta?

–¿Y por qué no?

–Apuesto a que no le habría gustado.

–Ya habríamos encontrado el momento. – Soledad, sin dejar de hablar, se entretuvo arreglándole el cuello de la camisa sobre el suéter-. ¿Sabes quién tiene la culpa del número que te monté anoche?

–No.

–Laura.

–¿Laura?

–Sí, Laura, la lagarta esa de ojos de gata en celo. Su actitud hacia ti no me dejó otra alternativa que seducirte con todas las de la ley. Yo también estaba haciendo un esfuerzo heroico por dominarme y controlar la situación, pero aquel día que te raptó para llevarte a almorzar a su casa fue la gota que hizo rebosar el vaso. Cuando os vi desaparecer bajo los soportales de la plaza Mayor, me entraron unos celos terribles y decidí echarlo todo a rodar y pasar a la ofensiva, como decís los militares.

–¿Quieres que yo también te confiese una cosa?

–Sí.

–Pues yo también tuve celos del comandante Lacruz y Kim Philby cuando se te llevaron a almorzar.

–Pues, que yo recuerde, no te di ningún motivo para estar celoso.

–Me di cuenta de cómo se te comían con los ojos. ¡Menudo par de granujas están hechos el tal Philby y el comandante Lacruz, que se cree Ronald Colman o poco menos! A los que habría que añadir la alhaja de Randolf Churchill. ¿O es que ya no te acuerdas de ayer, cuando pretendían raptarte?

–Lo hacían con buena intención.

–¡Ya les daré yo buenas intenciones a ese par!

–Y yo, a Laura. Un día tendrás que contarme lo que ha habido entre Laura y tú.

–No creo que te guste oírlo.

–Me encantará. Las mujeres, no sé si lo sabías, nunca tenemos celos del primer amor de un hombre. Lo que cuenta para nosotras es el último. ¿Y ahora puedo preguntarte cuándo te enamoraste de mí?

–Supongo que cuando me desperté en el hospital y te pedí agua y entreví dos lagos misteriosos, de un color que todavía no sé si es violeta o azul miosotis, inclinados sobre mí…

–¿Miosotis?

–Es una pequeña flor azul de los Pirineos que también se llama *nomeolvides.*

Soledad juntó ambas manos con un gesto de arrobo.

–¡Oh, Javier! ¡Qué romántico! ¿Verdad que no me olvidarás nunca?

–Nunca… Ahora mismo, vistos desde tu acogedor regazo, me parece que son azules.

–Te dejo adivinarlo.

Javier adoptó repentinamente una expresión severa.

–Bueno, Soledad, me temo que ha llegado la hora de coger el toro por los cuernos, porque, aunque tú opines lo contrario, la hemos hecho buena.

–¡Hijo, qué pesadito te pones! Desde que hemos salido no has hecho más que quejarte. ¿No eres bastante feliz conmigo, en este prado tan bonito, escuchando el murmullo del agua en el arroyo y los cantos de los pajaritos en la enramada?

–Sí, pero tengo unos terribles remordimientos de conciencia.

–¿Sí? – preguntó Soledad, angustiada.

–¿Te lo imaginas, verdad?

–Me temo que sí.

–No puedo quitarme a Maite de la cabeza -dijo Javier con voz sorda-. Ahora comprendo a mi frustrado suegro, cuando me dijo que en una guerra podían pasar muchas cosas. No se refería a perder la vida; eso es lo de menos. Se refería a algo peor: perder el honor. He faltado a mi palabra. Soy un canalla.

–Lo siento en el alma -dijo Soledad, compungida-. Perdóname, Javier. Lamento que te sientas tan mal por mi culpa. Y también lo siento por ella, puedes creerme. No la conozco de nada, pero debe de ser estupenda y buenísima desde el momento en que tú te enamoraste de ella. – Hizo un gesto de desaliento con las manos-. Lo siento Javier, siento horrores que por mi culpa esta chica tenga que pasar este mal trago. Pero yo no pude evitar enamorarme de ti. Me esforcé con toda el alma para que la cosa no siguiera adelante. Me resultó absolutamente imposible. No recuerdo qué sabio dijo que el corazón tiene razones que la cabeza no entiende.

Javier asintió pensativamente.

–Sí, el viejo Pascal sabía lo que se decía. Será por eso por lo que sigo sin explicármelo. Vamos a ver: ¿qué tienes tú que Maite no tenga? Las dos sois guapas a rabiar, buenas, simpáticas y encantadoras. Ambas me habéis demostrado con creces vuestro amor y vuestros buenos sentimientos en los momentos difíciles. Maite en persona me ayudó a amortajar a Gonzalito, mi hermano pequeño, un gesto que jamás olvidaré. Y tú, no hace falta que te lo diga. Si no fuera por ti, ahora no estaría aquí contigo.

Soledad se inclinó sobre Javier y silenció sus palabras con un beso.

–Eso no vuelvas a mencionarlo jamás, ¿estamos?

–Estamos.

Siguió una pausa. La brisa arrancó un susurro dorado en las copas de los castaños.

–¿Estabais prometidos? – preguntó Soledad.

–No -contestó Javier-, si te refieres a si estábamos prometidos formalmente. Cuando solicité su mano, delante de toda la familia, en la Nochebuena pasada, Hubert, su padre, se negó. Dijo que lo pensara bien, que el matrimonio es una cosa muy seria y que esperara un año para hacer oficial el compromiso.

–Pues un consuelo.

–Un flaco consuelo. Fue entonces cuando dijo que en una guerra podían pasar muchas cosas. Seguro que estaba pensando en el lío en que nos hemos metido.

–Y todo por mi culpa -se lamentó Soledad-. Todo por mi mala cabeza.

Javier negó con la cabeza.

–No, Soledad, no, la culpa ha sido de los dos… Yo tampoco he podido evitarlo. Me sentía como resbalando en el tobogán de una feria pringado de jabón, sin nada a que asirme. – Javier lanzó una piedrecilla al remanso y contempló pensativamente las ondas que había causado su caída-. Pero lo peor de todo es cómo se lo voy a contar a Maite. ¿Cómo le explico ahora que lo nuestro se ha acabado? No quiero ni imaginarme el dolor y el sufrimiento que le voy a causar.

–¿Y si no le cuentas nada?

–¿Y tenerla engañada? ¡Qué cosas se te ocurren, Soledad! No podría ni aunque me lo propusiera. Me haría sentirme canalla y

miserable por partida doble.

–Maite se hará cargo de nuestro patinazo… y lo comprenderá en seguida. Es muy joven y apuesto a que en seguida le sale un novio.

–Le sentará como una puñalada trapera. Ponte en su lugar.

–Sí -asintió Soledad con un susurro temeroso.

-*Well* -dijo Javier al cabo de unos segundos-. ¿Y ahora qué hacemos?

-*To be or not to be.* ¿Tú crees que Shakespeare podría haberse inspirado en nuestra aventura para escribir una de sus célebres comedias?

–Soledad, no te guasees, que el horno no está para bollos. De verdad, ¿qué hacemos? ¿Seguimos con nuestro lío? ¿Nos olvidamos del tropezón… y seguimos siendo tan buenos amigos como antes?

–¡Javier, no lo dirás en serio! – exclamó Soledad, súbitamente alarmada.

–Es una posibilidad que he considerado muy seriamente.

–¡Pero no puedes dejarme y casarte con una mujer a la que no quieres!

Javier frunció el ceño.

–No estoy muy seguro de que no quiera a Maite.

–¿Pero me quieres más a mí, verdad? – preguntó Soledad ansiosamente.

–Sí -suspiró Javier-. Es verdad, pero no se trata de que te quiera más que a Maite. Se trata de que me he portado como un canalla y que le debo una reparación.

–¡Javier, si me abandonas, me suicidaré! – gritó Soledad, poniéndose repentinamente rígida-. ¡Te lo juro!

Javier le sujetó el mentón con firmeza.

–Calma, muchacha, yo no he dicho que vaya a abandonarte. Soy demasiado cobarde. Me faltan arrestos. Pero es que no se me ocurre nada para salir de este atolladero.

–¿Y si dejamos que los acontecimientos decidan por nosotros? – sugirió Soledad-. ¡Estamos en guerra y pueden pasar tantas cosas!

–Sí, claro, es lo que dijo Hubert de Clermont. A lo mejor me vuelven a acertar los rojos y caigo en manos de otra enfermera guapa y me meto en otro lío.

–¿Lo nuestro es un lío?

–¿A ti qué te parece? ¿Cómo calificarías nuestra relación? Un teniente de requetés que se lía con la mujer de un embajador. ¿Una aventura? ¿Un adulterio?

–¿Y por qué no un romance? – sugirió Soledad con una tímida sonrisa-. Suena mucho mejor y es más romántico, ¿no te parece?

Javier levantó la mano derecha y jugueteó con una guedeja de Soledad.

–Romance, de acuerdo. Pero me pregunto cómo reaccionará tu señor marido cuando se entere de nuestro *romance.* Porque seguro que el hombre acabará enterándose tarde o temprano.

–Agarrará un cabreo de padre y muy señor mío. Pero no dirá esta boca es mía por la cuenta que le trae. Se lo tendrá que tragar. Y si le pica, que se rasque. Aparte de que se lo tiene muy merecido. Hace años que me pone los cuernos. Yo simplemente me he limitado a pagarle con su misma moneda. Ahora sabrá lo que es encontrarse con la horma de su zapato. Según mis últimas informaciones, ahora anda liado con una baronesa italiana que lo tiene a pan y cuchillo. ¿Sabes qué mote le han sacado los italianos?

–No.

–Pues nada menos que el Giocondo, un nombrecito que lo retrata de pies a cabeza.

–¿Y no crees tú que el Giocondo vendrá hecho un basilisco, dispuesto a desafiarme y a lavar con sangre su honor ultrajado?

–Imaginaciones tuyas. Aquí, la esposa ultrajada soy yo. Por este lado no tienes nada que temer.

–Con la muy notable excepción de sor María de la Concepción, temo a muy poca gente en este mundo terrenal. Si tu marido viene en son de guerra, que se me presente y me lo diga a la cara. Como si quiere retarme a un duelo. Incluso a sable. He cruzado mi acero con mi abuelo y me considero…

–Javier, no me salgas ahora hecho un matasietes de tres al cuarto. A mi marido jamás se le ocurrirá retarte a nada, porque, aparte de ser un fanfarrón y un bocazas, es más cobarde que las gallinas.

–Pero, si por la razón que fuera…

–¡Por favor, olvídate de mi marido!

–De acuerdo. Pero ¿a ti no te remuerde la conciencia?

–Lo más mínimo. Quítate de la cabeza la idea de que has roto un matrimonio, has deshecho un hogar y cosas por el estilo. Tú no has roto ni deshecho nada. Mi matrimonio hace muchos años que está roto. ¿Estamos?

–Estamos. ¿Y ahora qué hacemos?

–Dejar que las cosas sigan su curso y luego Dios dirá. ¿O se te ocurre algo mejor?

Javier se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

Se callaron unos segundos, sumidos ambos en profundas cavilaciones. En el silencio del castañar se oyó el ruidoso chapoteo de una trucha al saltar para cazar una mosca que se había acercado demasiado a la superficie del remanso. Un arrendajo cantó en la espesura.

–¿Cuándo te va a dar el alta definitiva el doctor Merino? –preguntó Soledad rompiendo el silencio.

–La semana que viene. Ayer me lo comunicó. Tú estabas delante, ¿te acuerdas?

–Sí.

–Espero y confío que el permiso de convalecencia lo pases en mis habitaciones privadas del palacio de Toral de los Guzmanes.

–Pensaba alojarme en el Gran Hotel. Mi madre lo había dejado todo arreglado antes de irse.

–No vale la pena que te gastes los cuartos en semejante mausoleo. En mi palacio estarás mucho mejor atendido… y acompañado.

–De eso último no me cabe la menor duda, pero ¿te has parado a pensar en el escandalazo que vamos a dar? Salamanca, con los debidos respetos, no deja de ser una modesta capital de provincia donde todo el mundo se conoce y las noticias vuelan. Y tú no eres precisamente una desconocida.

–Sí, lo he pensado. Pero no me importa lo más mínimo. El que quiera escandalizarse que se escandalice. Me tiene absolutamente sin cuidado.

–En ese caso…

–¡Hijo, lo dices como si tuvieras que hacer un sacrificio espantoso!

–Todo lo contrario. Lo estoy deseando. Sólo que no me gustaría que la gente hablara mal de ti y que tu buen nombre se resintiera. Te van a poner de vuelta y media y te llamarán de fresca para arriba. Y empleo una palabra suave, tú ya me entiendes, ¿verdad?

–¡Olvídate de mi buen nombre! Ya estoy hasta el moño de mi buen nombre y de guardar las apariencias. Debería haber dado este paso mucho antes. La paciencia de una tiene un límite. Quiero gozar de la vida. Quiero ser tuya. – Soledad cogió una ramita del suelo y acarició la nariz de Javier, que continuaba con la cabeza reclinada en su regazo y la mirada perdida en dos nubéculas que volaban veloces hacia la Peña de la Virgen de Francia-. Javier, lamento mucho el lío en que te he metido… pero ¡es que te quiero tanto!

–Y yo también -dijo él incorporándose sobre el codo, cambiando de posición y obligando a Soledad a tenderse de espaldas sobre la hierba-. ¿Y sabes por qué?

–No.

–Por esa especie de bruma misteriosa que vela tus ojos, como si quisieras ocultarme algo.

–Te oculto mis penas.

–¿Tienes penas?

–Sí, pena de que te vayas y me abandones… ¡Dios! ¿Por qué resulta todo tan complicado cuando una se enamora?

–No me gusta nada -gruñó el coronel Rojo, rascándose el entrecejo con la punta de un lápiz-. Absolutamente nada. Da la impresión de que Columbus haya planeado la operación mano a mano con los propios oficiales del Estado Mayor del general Vigón.

–El mensaje anterior también era muy convincente -le recordó el general Miaja mirando la hoja mecanografiada a contraluz como si esperara que ese examen le revelara la clave del misterio-. Y, por cierto, resultó ser verdad. ¿Qué opinan ustedes?

–Estamos en lo de siempre, mi general -dijo el coronel-. Podría tratarse de un cebo para hacernos caer en una ratonera. Se trata de un clarísimo caso de intoxicación, que es como lo llaman los del servicio de contraespionaje en su jerga particular. La vez anterior nos dijo la verdad para que nos confiáramos. Y ahora nos suministra información falsa para que nos la traguemos con anzuelo, caña y sedal.

–Hum -dijo pensativamente el general Miaja, agitándose inquieto en su poltrona-. A mí me parece sorprendentemente auténtica.

–Precisamente ahí radica el peligro, mi general. No sería la primera vez que el enemigo pone deliberadamente información auténtica al alcance de su adversario para que su misma autenticidad haga sospechar lo contrario a su Estado Mayor. Seguramente recordará usted el célebre caso de aquel agente secreto alemán capturado en París por los agentes del Deuxième Bureau, en cuyos bolsillos se encontraron los planes del general Schlieffen para invadir Bélgica. No podían ser más auténticos: los había redactado Von Schlieffen de su puño y letra. Vista la facilidad con que se había dejado capturar este agente alemán, los franceses dedujeron, erróneamente, por supuesto, que ese plan era una burda trampa que les tendían los alemanes para hacerlos caer en la ratonera, y Joffre no cambió lo más mínimo su dispositivo de defensa, que es lo que, en definitiva, pretendía el alto mando alemán.

–Una historia muy novelesca, sin duda -sonrió el general Goriev, semioculto en la penumbra-. Pero no rigurosamente exacta. También recordarán ustedes que quedaron bastantes cabos sueltos y que en las filas de la Abwehr ocurrieron un par de suicidios inexplicables. – El general Goriev hizo una pequeña pausa y luego añadió con un guiño malicioso de sus ojos oblicuos-: ¿Qué les parece si volvemos a disfrazar de pastor al Segador y lo enviamos detrás de las líneas enemigas?

Miaja y Rojo acogieron la sugerencia de su colega ruso con una sonrisita cortés.

Pero Goriev insistió:

–El mensaje de Columbus no puede ser más auténtico y revela las verdaderas intenciones del mando enemigo: romper el frente por Guadalajara para tratar de enlazar con el saliente del Jarama y dejar Madrid aislado. Ningún otro frente le ofrece una ruptura con tantas posibilidades de éxito como éste. La liquidación del frente norte le ha dejado las manos libres y ha puesto a su disposición una importante masa de maniobra, la misma que ahora está acumulando en el sector de Sigüenza, Almazán y Molina de Aragón, tal como nos informa Columbus, sirviéndonos en bandeja la oportunidad de atacar su desguarnecido flanco de Teruel; una posibilidad que su Estado Mayor jamás podrá imaginarse. Los pillaremos completamente desprevenidos,

con todas sus fuerzas apuntando en dirección contraria. Cuando quieran reaccionar, será tarde, y Teruel y su pequeña guarnición habrán caído en nuestro poder.

–También nos indica la fecha -observó el coronel Rojo: entre el 15 y el 20 de diciembre próximos.

–No se quejará, pues, de falta de exactitud, Rojo -dijo el general.

–Me escama tanta precisión, mi general. Me huele a cuerno quemado.

–¿Qué se sabe de Columbus? – preguntó el general Miaja después de una corta pausa.

–Poca cosa, mi general -respondió el coronel-. Actúa solo, pero por la exactitud y la precisión de sus mensajes, podemos colegir que está inmejorablemente situado en el cuartel general del Estado Mayor del general Vigón.

–¿Y su mensaje ha sido bien descifrado?

–Le puedo garantizar que ha sido examinado con lupa en la sección de claves y descifrado con todas las cautelas. Mi general, si no fuera por los tiempos que corren, me atrevería a decirle que el informe de Columbus va a misa.

–¿Entonces…?

–¿Qué quiere que le diga, mi general?, uno es desconfiado de por sí.

El general Miaja levantó su pesada humanidad de la butaca, cogió un largo puntero y se quedó plantado frente a un gran mapa de España clavado en la pared con chinchetas. Así se estuvo un largo rato, golpeándose suavemente la palma de la mano izquierda con el puntero. Finalmente se volvió hacia el coronel Rojo.

–Siento disentir de su parecer, Rojo. Yo también opino como el general Goriev. Franco sigue empeñado en conquistar Madrid. No ha hecho otra cosa desde que empezó la guerra. Madrid es su obsesión. Esta guerra es la guerra de Madrid. Conozco muy bien a Franco. Es un zorro viejo pero poco imaginativo. No le gusta dar pasos en falso, sino ir sobre seguro y con las espaldas cubiertas. Cuando frenó a Varela en Brunete, lo hizo para liquidar primeramente el frente norte y atacar luego Madrid sin nuestra amenaza pesando sobre su cabeza. Lo venció un exceso de cautela. No quiso arriesgarse. Si no hubiera frenado a Varela, ahora estaría sentado donde estamos nosotros. Ahora sólo

piensa vengar la afrenta de Brunete, devolver golpe por golpe; a eso se limita su rudimentario sentido de la estrategia. Franco es incapaz de imaginar grandes operaciones. – El general Miaja señaló con el puntero la capital de la Alcarria-. Guadalajara: por ahí atacará Franco, no le quepa la menor duda, Rojo. Pero esta vez con tropas españolas y mandos españoles. El informe de Columbus no hace otra cosa que confirmar estas suposiciones nuestras. ¿No lo ve usted así, Rojo?

El coronel Rojo se encogió de hombros y dijo:

–La guerra es, en última instancia, una partida de póquer (y que conste que esta frase no es de Klausewitz, sino de cosecha propia) y, a la postre, hay que apostar todos los triunfos a una sola carta si uno quiere llevarse las apuestas de la mesa. Por tanto… por tanto, aceptaré su sugerencia: Teruel.

–¿Y usted, Goriev? – preguntó el general Miaja.

–Teruel -contestó su colega ruso.

El general Miaja se frotó las manos.

–Celebro que haya unanimidad, caballeros. Romperemos, pues, el frente enemigo por Teruel, amenazaremos la carretera de Zaragoza y desbarataremos su proyectada ofensiva sobre Guadalajara. Los rebeldes se van a llevar la mayor sorpresa de esta guerra, que ya creen ganada. Estoy seguro de que la fortuna nos sonreirá y alcanzaremos una gran victoria, que buena falta nos hace para levantar la alicaída moral de nuestras tropas y de nuestra retaguardia.

En el zaguán del palacio de Toral de los Guzmanes, Soledad presentó formalmente a Javier a los miembros de su servidumbre, alineados de acuerdo con su rango doméstico al pie de la solemne escalinata que llevaba a la planta noble.

–A partir de hoy -anunció-, don Javier de Montcada será nuestro invitado… con todos los honores.

–Sí, señora duquesa.

Javier les pasó revista.

El ama de llaves, que atendía por Fuencisla, adoptó una actitud reservada y se inclinó ligeramente. La cocinera, una mujer gruesa de mejillas rubicundas, que parecía haberse quedado literalmente sin habla de la impresión, fue incapaz de emitir ningún sonido de bienvenida. En la cara del chófer, un hombre mayor con el pelo

grisáceo y nariz torcida de boxeador, deporte que había practicado en su juventud, le pareció captar un matiz de simpatía. Florinda, la doncella particular de Soledad, le dedicó una reverencia y una fugaz sonrisa de complicidad. La camarera esbozó una mueca que podía significar cualquier cosa. Lo mismo que la planchadora. El mozo de recados lo miró con ojos bovinos y expresión estólida.

–¿Puedo preguntar a la señora duquesa en qué habitación lo alojaremos? – inquirió respetuosamente el ama de llaves.

–En mi alcoba -contestó Soledad con aplomo.

–Lo que mande la señora duquesa.

Cualesquiera que fueran los pensamientos que les rondaran por la cabeza a aquellos dignos servidores, los ocultaron perfectamente bajo semblantes impasibles. Javier echó mano de todos los arrestos del soldado que ha desafiado impávido el fuego enemigo y aguantó sus atónitas miradas con la misma impasibilidad.

–Ya pueden retirarse -los autorizó Soledad.

Los sirvientes se retiraron con la boca abierta.

–Anda, ven, que te voy a enseñar tus nuevas habitaciones -dijo la joven cogiéndolo de la mano.

–¡Eh, que no me voy a perder!

–Eso es lo que tú te crees.

A través de un laberinto de altos y deslucidos salones, escaleras de piedra y largas galerías repletas de oscuros cuadros de antepasados, Soledad condujo a Javier hasta sus aposentos del tercer piso. Cuando hubieron entrado, cerró la puerta a sus espaldas con el pie y ambos estallaron en una carcajada.

–¿Te has sentido muy violento? – le preguntó cuando dejó de reírse.

–¿Me puedo sentar? – pidió permiso Javier-. Es de la impresión, ¿sabes?

–Lo he hecho para dejar las cosas bien claras desde el principio. No me gustan las medias tintas. Somos amantes y punto.

Javier se dejó caer en una butaca y paseó la vista por la alargada y acogedora estancia, cuyas ventanitas de piedra calada daban a la plazuela del Clavero. En un extremo había una chimenea de estilo Tudor con los leños preparados para ser encendidos. Una amplia cama de matrimonio, recubierta con una colcha de brocado de seda, ocupaba

el centro de la alcoba. Gruesas alfombras amortiguaban los pasos sobre el parquet de roble. Diversos grabados ingleses, con escenas de la caza del zorro y relevos de los tiros de las diligencias en las posadas del camino, colgaban de las paredes, empapeladas con un papel crema y oro a tono con el cubrecama y las cortinas de las ventanas. La alcoba se prolongaba con una antecámara amueblada con un par de butacas de cuero, un bonito escritorio, otra chimenea más pequeña y una librería que ocupaba la totalidad de la pared del fondo.

–¿El señor teniente da su conformidad? – preguntó Soledad cuando Javier hubo acabado el escrutinio.

Javier frunció los labios y movió la cabeza a un lado y a otro.

–No sé si podré acostumbrarme a tanto lujo. Compréndelo, Soledad, he perdido la costumbre. En las trincheras uno desarrolla hábitos troglodíticos.

–Pues espero que los destierres lo antes posible y te acostumbres a estas comodidades burguesas… y a mí -dijo Soledad, que se sentó en sus rodillas, le echó los brazos al cuello y lo miró a los ojos-. ¿No te gusta tu nueva chabola?

–Mucho, muy confortable y elegante.

–¿Y su dueña?

Javier introdujo una mano bajo las faldas de la joven y la deslizó entre sus muslos. Soledad se estremeció.

–Su dueña todavía me gusta más. Pero eso no quita que me pregunte qué diablos estarán pensando el ama de llaves, tu doncella, la cocinera, la camarera, el chófer y el mozo.

–¡Que tengo una suerte loca! ¿Qué quieres que piensen? A veces pareces tonto, Javier. Ahora mismo estarán pensando que me estás metiendo mano y acertarán de pleno.

–¿No se sentirán molestos o escandalizados?

–¿Escandalizados? Sí, es muy posible. Pero, por la cuenta que les trae, no van a decir esta boca es mía. Servir a la duquesa de Simancas es un privilegio al alcance de muy pocos y la mejor recomendación para encontrar empleo. Aquí viven como reyes. No te preocupes por lo que puedan pensar. Y además, les has caído simpático.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo he visto en los ojos de Florinda, mi doncella. Tu encanto personal y tu magnetismo la han fascinado. Lo mismo que a Esteban, el chófer, que estaba encantado.

–¡Pero si no me conoce de nada!

–Esteban te ha calado en el acto. A mí me conoce de niña y todo lo que yo diga o haga le parecerá bien. Había servido a mi padre. Se dejaría matar por mí sin dudarlo un segundo. Yo soy uno de sus dos grandes amores.

–¿Y el otro? ¿Su mujer?

–No, la Dama de Plata.

–¿La Dama de Plata?

–Sí, la Dama de Plata del radiador de su idolatrado Phantom II.

–¡No me digas!

–Fíjate hasta qué extremo llega su chifladura que aprendió inglés para asistir a unos cursillos de mantenimiento y buenas maneras en Crewe. Porque no te creas tú que conducir un Rolls se limita a mover el volante y entrar las marchas. Es mucho más complicado que todo eso. Es un verdadero ritual. Ya te darás cuenta de que nunca cruza por delante del emparrillado del radiador de su Dama de Plata. Ni permitirá que te sientes a su lado. Tiene muy asumido el tema de las diferencias de clases. Un día le pediremos que nos lleve a dar una vuelta para que lo puedas comprobar. ¿Ya estás más tranquilo ahora?

–Sí, pero eso no es óbice para que mañana mismo tus fieles servidores propalen nuestro lío a los cuatro vientos, y se enteren la carnicera del mercado, el colmadero de la esquina, el mozo de la farmacia, la panadera…

–Se guardarán mucho si no quieren verse de patitas en la calle. –Soledad reprimió un chillido-. ¡Ay! ¡No me toques ahí, que me haces cosquillas!

Javier esbozó una mueca escéptica.

–Dudo mucho que no se vayan de la lengua. La gente se acabará enterando.

–Bueno, ¿y qué?

–¿No te asustan las consecuencias? Piensa, Soledad, que la vamos a armar gorda, pero que muy gorda.

–No, nada.

–El obispo nos excomulgará. Recuerda cómo te miró el día de la tienta simplemente porque gastabas pantalones.

–Se guardará mucho porque Dios Nuestro Señor, a la vista de nuestras particulares circunstancias, no tendrá en cuenta este patinazo nuestro.

–¿Ah, no?

Soledad sonrió maliciosamente.

–Me he limitado a facilitarte el cumplimiento de su undécimo mandamiento.

–¿Qué dice, si puede saberse, ese curioso mandamiento que acabas de sacarte de la manga?

Soledad alzó un dedo y declamó solemnemente:

–Undécimo mandamiento: no desearás a la mujer de tu prójimo… en vano.

Javier se rió.

–Ahora ya estoy más tranquilo.

–¿Pues qué te parece si empiezas a ponerlo en práctica? – le sugirió Soledad, muy arrebolada, empezando a desabrocharse la blusa-. No tenemos mucho tiempo. ¿Me sueltas la presilla del sostén, por favor?

Antes de que se esfumara su decisión, Javier, haciendo de tripas corazón, se sentó al escritorio de la antecámara y empuñó la pluma, dispuesto a confesar su traición a Maite. Los malos tragos, cuanto antes se pasaran, mejor. Estaba solo. Soledad se había ido muy temprano al hospital. Mejor así. Le habría resultado imposible escribir en su presencia. Su proximidad le habría recordado su traición, y sus remordimientos habrían sido insoportables.

Pero le bastó con escribir *Querida Maite* en el encabezamiento para que sus ojos oscuros flotaran entre el papel y los suyos, profundos, dolidos, acusadores, dando al traste con su resolución y haciéndole patente la magnitud de su traición. Querida Maite. ¿Cómo podía gastarle semejante faena a Maite, la joven que los había acogido en «Bell Prat», a él y a su madre, que lo había consolado en su desesperación? ¡Que lo había ayudado a amortajar a Gonzalito! La joven cuya mano había solicitado a su padre. La mujer con la que había decidido casarse, tener hijos y fundar una familia. ¿Acaso él se iba a casar con Soledad? Hasta ahora no lo había pensado. Soledad

estaba casada. Y le llevaba diez años. Diez años de diferencia que convertían su romance en una aventura sin futuro. Ésa era la cruda realidad. Pero la amaba desesperadamente. Pero también quería a Maite, a su manera. No la podía olvidar.

Javier resopló, gimió, se retorció las manos y se mesó el pelo. Se sentía zarandeado por dos fuerzas poderosas que tiraban de él en direcciones opuestas, como un nadador que se debate en la marejada que tira de él mar adentro, y las olas que lo empujan a la orilla salvadora. Y no es porque Soledad le hubiera salvado literalmente la vida. La gratitud no tenía nada que ver con el amor devorador que lo consumía como una llama. La amaba con todas las fibras de su ser.

La batalla fue larga y agotadora. Pero, poco a poco, Soledad se fue imponiendo y desterrando a Maite de su corazón. Aprovechando este momento de debilidad, Javier empuñó la pluma y escribió con mano agarrotada:

Querida Maite:

Supongo que te habrá extrañado mi silencio y que no contestara a tus dos últimas cartas. Se debe a que la vergüenza se me comía vivo y no me atrevía a abrirlas ni a leerlas. Lo que voy a decirte ahora te dolerá mucho, pero lo considero un deber ineludible y un trago de lo más amargo: te he sido infiel, he faltado a la palabra que te di y te he traicionado con Soledad, la enfermera que me ha cuidado y de la que te hablé en una carta anterior. Podría explicarte cómo ocurrió todo, pero esto no me servirá de excusa ni de consuelo, ni me hará sentirme menos culpable. Me temo que nunca más podré volver a mirarte a la cara. Ni a tus padres. Soy un sinvergüenza y un canalla indigno de ti y de tu amor, y lo único que puedo hacer es pedirte perdón por el daño que te he hecho y el dolor que te va a causar esta carta. Lo mejor que puedes hacer tú es olvidarme y, si es posible, no me guardes demasiado rencor.

Adiós.

Javier

Le dolió en el alma despedirse tan secamente. Por un momento había dudado si poner *abrazos* o *besos* en lugar de un antipático *adiós.* Pero luego pensó que no tenía ningún derecho a enviarle ni besos ni abrazos. Habrían sido besos de Judas.

Franqueó la carta en el primer estanco que le salió al paso y la echó en el buzón de la oficina central de Correos. Cuanto antes llegara a manos de Maite, mejor.

Deambular por la ciudad y visitar el aula donde fray Luis de León había impartido sus lecciones no le sirvió de distracción ni mitigó su vergüenza ni sus devastadores remordimientos. Al mediodía se dejó caer en el Gran Hotel y pidió un whisky doble en la barra del bar.

–¿Con hielo, señor duque? – inquirió el barman con retintín y la sonrisita maliciosa de la persona que está en el ajo.

Javier plantó ambas manos en la barra, ladeó un poco la cabeza y lo fulminó con la mirada. Los ojos se le habían estrechado como las mirillas de una casamata por las que asoma el cañón azulado de una ametralladora en la sombra. La venilla de la sien se le había disparado.

–¿Quiere repetir lo que ha dicho? – preguntó después de unos segundos, espaciando amenazadoramente las palabras.

La risita había desaparecido como por ensalmo de las facciones ratoniles del barman, que ahora reflejaban un pánico loco. Por un momento temió que aquel robusto joven lo sujetara por el cuello con sus manazas como jamones y lo levantara del suelo.

–Le preguntaba si lo quería con hielo, señor -acertó a tartamudear.

–¿Y qué más?

–Señor duque.

–¿Duque de qué? – deletreó Javier muy claramente.

–Duque de Montcada, señor, por supuesto.

–Que no se te borre de la memoria, estúpido. Otra falta de respeto de ese calibre y sales volando por la puerta. Que no se te olvide.

–Sí, señor, no se me olvidará, señor.

–Y ahora sírveme el whisky.

Cuando trasponía la puerta del Gran Hotel y devolvía el saludo al portero uniformado, Javier lamentaba que el barman no se le hubiera insolentado. Habría sido un excelente pretexto para hacerlo polvo, machacarlo. La pelea habría resultado ser una excelente válvula de escape para dar salida a su tensión acumulada. En cualquier caso, el barman y los clientes del hotel que habían sido testigos del incidente habían tomado buena nota de su fulminante reacción. Estaban avisados.

El ojeo de «Los Hontanares» habría resultado una vulgar matanza de perdices indefensas y un acontecimiento social irrelevante, de no ser porque Laura sorprendió a Javier saliendo de puntillas de la habitación de Soledad a altas horas de la madrugada.

Laura ya estaba enterada de su lío (como media Salamanca), pero la cruda evidencia de sus relaciones acabó de sacarla de quicio. Ya le había incomodado bastante que ambos compartieran el mismo puesto en el ojeo, para que ahora sorprendiera a Javier saliendo furtivamente de su habitación con los zapatos en la mano.

Javier, desde la puerta, tiró un beso a Soledad, arrebujada en las mantas.

–Buenas noches.

–Buenos días, cariño -susurró Soledad, adormilada.

Javier cerró la puerta con cuidado y salió al pasillo. No tenía ningunas ganas de descolgarse por la ventana de la habitación de Soledad para volver a su habitación de la planta baja, donde lo había instalado Enriqueta Fontanilles para guardar las apariencias de respetabilidad. A aquellas horas de la madrugada, pensó Javier, todos los cazadores debían de dormir a pierna suelta, descansando de las fatigas y las emociones de la jornada. Tenía ganas de acostarse y dormir. Soledad lo había dejado extenuado, para el arrastre, exhausto. Se alejó pisando sin ruido pasillo adelante, en dirección a la escalera.

A sus espaldas, una puerta giró silenciosamente sobre sus goznes y asomó la cabeza de Laura.

–¡Traidor! – susurró con los dientes apretados-. ¡Ésta me la pagarás!

A primeros de noviembre, Mauricio Soler-Ribot hizo un viaje relámpago a Londres para contratar los servicios profesionales de *Messrs. Spencer and Pinkerton, investigadores privados desde 1887, by appointment of Her Majesty,* tal como figuraba con letras doradas en la puerta verde oscuro de su sobrio y Victoriano despacho de la *city,* desde cuyas ventanas se divisaban los tilos y los castaños del Mall, despojados ya de su hojarasca otoñal.

A esas alturas de la guerra, Mauricio se había instalado en las oficinas del SIMP de Burgos, puerta con puerta con la de su inmediato superior, el coronel Sagardía. Hacía casi un año que el gobierno francés

había expulsado el SIFNE de Biarritz; algo que se veía venir. Sus actividades y el apoyo descarado que prestaba a los rebeldes rozaban el límite de la legalidad republicana y la neutralidad entre ambas naciones. A Mauricio no le había importado el traslado. La proximidad del centro de decisiones les había ahorrado un sinfín de viajes, molestias y la necesidad de cifrar sus comunicados. Él y su familia habían alquilado una villa en San Sebastián al final de la Cuesta de Aldapeta. Cuando le sugirió a su mujer la alternativa de instalarse en Burgos o San Sebastián, Concha se decidió sin vacilar por la Bella Easo. Dijo que era más chic, más cosmopolita. Mauricio no puso ninguna objeción.

Tras los saludos y los cumplidos de rigor, Mauricio entró en materia sin más dilaciones.

–Necesito que me investiguen a fondo a esta serie de periodistas y corresponsales ingleses acreditados en la España de Franco, si la puedo llamar así -dijo tendiéndoles una relación mecanografiada que había sacado de su cartera-. Con la máxima discreción, por supuesto.

–La discreción es la primera norma de esta casa -le recordó respetuosamente mister Spencer, nieto del fundador de la prestigiosa firma de detectives londinense y del que había heredado su calvicie y la forma de huevo de su cabeza en la que su bombín encajaba como un guante.

-Sorry…

–No tiene importancia, mister Souler-Raibot. Continúe, *please.*

–Necesito conocer sus antecedentes familiares, su infancia y su juventud, los colegios y las universidades donde estudiaron, sus círculos de amistades, su vida privada, incluso sus inclinaciones personales y políticas, los viajes que han hecho últimamente, en especial a la URSS, si han tenido contacto con agentes soviéticos…

Mister Spencer levantó la vista de la hoja mecanografiada y se colocó las gafas sobre la frente.

–¿De alguno de ellos en particular, mister Souler?

–Sí, concretamente de mister Harold Philby, corresponsal del *Times* en España. ¿Le suena?

–Sí, lo conozco, he leído sus reportajes con mucho interés.

Mister Spencer cruzó una rápida mirada de inteligencia con mister Pinkerton, que ahora se había levantado y acercado a la ventana para echar un vistazo al destacamento de los Coldstream Guards que se dirigía a Buckingham Palace para relevar a la brigada de los Irish Guards. Sus yelmos empenachados y sus capas rojas tendidas sobre las grupas de sus caballos componían una viva nota de color en la neblinosa atmósfera otoñal. El espectáculo debió de complacerlo, porque infló orgullosamente el pecho, alzó la barbilla y se estiró las puntas del chaleco sobre su pantalón de corte.

–Perdonen ustedes -se excusó al volver a tomar asiento frente a su socio y a Mauricio-. El capitán que manda el destacamento es mi hijo.

–Le estaba diciendo a mister Spencer que los reportajes de Harold Philby en el *Times* también le gustan mucho a Franco -le explicó Mauricio Soler-Ribot.

–¿Y eso le disgusta a usted?

–Me huele a chamusquina.

–¿Chamusquina?

–Le ruego me disculpe, mister Pinkerton. Se trata de una expresión coloquial española. Quiero decir que Harold Philby me inspira un profundo recelo.

–¿Por alguno motivo especial, mister Soler? ¿Sospecha de él?

Mauricio Soler-Ribot se tomó unos segundos antes de contestar. De un tiempo a esta parte, se estaban produciendo extrañas fugas de información en el Estado Mayor del general Vigón que lo tenían intrigado y perplejo. Sus sospechas se dirigían a Harold Philby, pese a que este periodista pasaba por un ardiente defensor de la causa nacional y estaba muy bien visto en los ambientes oficiales y mundanos de Burgos, Salamanca y San Sebastián. Incluso por su superior, el coronel Sagardía. Pero él no acababa de verlo claro. Se lo decía su sexto sentido. Sus crónicas del *Times,* aunque disimuladas bajo una capa de falsa modestia, resultaban tan ditirámbicas que eran curiosamente sospechosas. Por lo menos para él. Allí había gato encerrado. Se limitó a decir:

–No tengo ningún motivo concreto para sospechar de mister Philby. Sólo quiero saber cómo es, cómo respira, en qué ambientes se mueve. Supongo que eso no es ningún delito.

-*Of course.* Es perfectamente legal.

–¿Cuánto tiempo calcula que podrán llevarles sus pesquisas?

Mister Pinkerton meneó la cabeza.

–Digamos que un mes. Dos, tal vez. La lista es bastante extensa y no podemos exponernos a dar ningún paso en falso. Se trata de un asunto sumamente delicado, como usted comprenderá, y hemos de andar con pies de plomo. Máxime teniendo en cuenta la guerra civil que vive su país y las tirantes relaciones diplomáticas entre el gobierno de Burgos y el nuestro. El Foreign Office podría tomar cartas en el asunto y molestarse. Supongo que se acordará usted de la crisis diplomática causada por el capitán Potato Jones al mando de su barco, el *Seven Seas,* con ocasión del bloqueo nacional del puerto de Bilbao por parte de la marina de guerra española franquista.

–Sí, me acuerdo muy bien.

El incidente ocurrió cuando él todavía estaba en Biarritz. Sir Henry Chilton lo había tenido al corriente del incidente. El *Seven Seas* transportaba un cargamento de patatas valencianas con destino a los hambrientos bilbaínos, cuando el crucero nacional *Almirante Cervera* lo mandó detener al entrar en el límite de las seis millas de las aguas jurisdiccionales españolas. Potato Jones no se arredró, alegando que el límite reconocido por Inglaterra era de tres. Y continuó su marcha con su mugriento cascajo, que no hacía honor a su nombre. El crucero español le lanzó un cañonazo de aviso delante de su proa. Visto lo cual, Potato Jones (al que acompañaba su hija Gladys) envió un SOS al crucero de batalla inglés *Hood,* el mayor buque de guerra del mundo, que hacía pocos días había zarpado de Gibraltar a revienta calderas, a instancias de sir Samuel Hoare, primer lord del Almirantazgo. Y cuyo capitán se puso inmediatamente de parte de sus paisanos, advirtiendo al *Almirante Cervera* que lo dejara marchar en paz. El capitán del crucero español no se lo hizo repetir dos veces. El *Hood* podría haberlo fulminado con sus monstruosos cañones de 381 milímetros a más de veinte kilómetros de distancia. De esta manera, el *Seven Seas* pudo hacer una entrada triunfal en la ría de Bilbao, mientras Potato Jones y su hija Gladys, ambos de pie en el puente de mando, eran ovacionados por miles de famélicos bilbaínos apostados a ambas orillas de la ría. El gobierno de Burgos protestó airadamente por lo que consideraba un

abuso de fuerza por parte de la flota inglesa en aguas jurisdiccionales españolas. A raíz de este incidente, el gobierno inglés advirtió a sus barcos mercantes que se abstuvieran de visitar puertos españoles bloqueados por los nacionales. Y si lo hacían, la flota de su majestad no les dispensaría su protección.

–Pero ahora no se trata de un problema de patatas, sino de una simple investigación de un súbdito inglés por parte de detectives ingleses en la misma Inglaterra -dijo Mauricio Soler-Ribot-. Confío en su tacto y en su discreción. Y no hace falta que les diga que el asunto me urge mucho.

–Trataremos de acortar los plazos. Pondremos a trabajar a nuestros mejores sabuesos.

–Se lo agradeceré. Y otra cosa: no reparen en gastos.

Después de discutir otros detalles y pagar una cantidad como paga y señal, mister Pinkerton y mister Spencer invitaron a Mauricio Soler-Ribot a una humeante taza de té, que les sirvió en bandeja de plata una secretaria que parecía arrancada de las páginas de una novela de las hermanas Brontë.

Mauricio les agradeció el detalle. Se había resfriado en el ferry de Calais, y el *smog* que invadía las calles de la *city* le había acabado irritando la garganta.

Finalizada la entrevista, ambos investigadores lo acompañaron a la puerta y lo despidieron con grandes muestras de deferencia.

Una hora más tarde, Mauricio Soler-Ribot alzaba una dorada aldaba de latón y la dejaba caer en la blanca puerta de la elegante mansión georgiana de sir Henry Chilton en Belgravia. Oyó cómo sus ecos se perdían en el interior de la casa. Al poco le abrió un solemne mayordomo con listada chaquetilla de faena.

–¿A quién debo anunciar, sir?

Mauricio le hizo entrega de una historiada tarjeta de visita redactada en inglés.

Tras estudiarla brevemente, el mayordomo lo hizo pasar a una biblioteca de la planta baja que olía al cuero de las butacas, a habanos caros y a los lomos de la Enciclopedia Británica alineados en los anaqueles de la librería.

–Si el señor es tan amable de esperar un momento, sir Henry lo atenderá en seguida.

Sir Henry lo recibió cordialmente, lo invitó a una copa de oporto, se interesó por su familia y, en especial, por Merceditas.

–No la conocería usted si la viera, sir Henry -contestó Mauricio, confortablemente arrellanado en una butaca de orejas-. Se está convirtiendo en una señorita a una velocidad mayor de la deseable.

–No se queje usted, don Mauricio. Apuesto a que no perderá ni un ápice de su frescura juvenil.

–Lo decía porque estoy perdiendo a la niña de mis ojos.

–Bueno, hay cosas peores que le pueden pasar a uno. Y ahora, ¿podría decirme qué le trae a usted por aquí?

Mauricio no se recató de hablarle con toda franqueza y exponerle el objeto de su visita. La lealtad de sir Henry a la causa nacional estaba fuera de toda duda. Lo había demostrado en el caso del *Seven Seas,* poniéndose resueltamente de parte del gobierno de Burgos.

–Se trata de Harold Philby, sir Henry, ese periodista del *Times* que se mueve por Burgos y Salamanca como pez en el agua y que todo el mundo encuentra encantador. ¿Lo conoce usted?

–A él, no, pero sí a su padre, St. John Philby, como se hace llamar el autor de sus días.

–¿Y qué tal es?

Sir Henry disimuló una sonrisa tras su bigote canoso cortado en forma de cepillo.

–Atienda…

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 12:
1936-1939

El telegrama le temblaba en las manos como una hoja zarandeada por el viento.

Restituto se lo acababa de entregar hacía pocos minutos. Estaba remitido desde Salamanca, aquella misma mañana. Cecilia miraba hipnotizada el pequeño sobre azul como si fuera una bomba a punto de explotar. Se notaba la boca seca de angustia y el corazón martilleándole en el pecho. Tomó asiento muy lentamente, con mucho cuidado, en una butaquita situada junto a la cabecera de la cama de su madre, no fuera que un movimiento brusco precipitara la deflagración de la carga explosiva que encerraba el telegrama. Ábrelo, se ordenó a sí misma. Pero sus dedos se negaron a obedecer la orden del cerebro y a rasgar el leve envoltorio de papel azul. Las fuerzas la habían abandonado. Se esforzó valientemente por sobreponerse al pánico y alejar los siniestros presagios que la rondaban como viscosas alas de murciélagos. A Javier no podía haberle ocurrido nada, se dijo una y otra vez. Nada de nada. El doctor Merino o la dirección del hospital militar de Salamanca la habrían avisado al instante si hubiera ocurrido algo. Cuando lo dejó, estaba perfectamente, recuperándose a ojos vistas. Le iban a quitar la escayola de un día para otro. Tenía apetito y muy buen color. Aquellos temores eran producto de su imaginación. Seguro que el doctor Merino lo había dado de alta y ahora le anunciaba su llegada. No podía tratarse más que de eso. Sí, pero…

–¿A qué esperas para abrirlo, Cecilia? – se impacientó doña Mercedes, recostada entre almohadones y con la cabeza tocada con una cofia.

–Sí, ahora mismo lo abro -contestó Cecilia revolviendo en el cajón de la mesilla de noche hasta dar con una lima de uñas.

–¿Es de Javier? – preguntó su madre.

–Supongo. El remite es de Salamanca.

Cecilia se armó de valor, rasgó el sobre y lo desplegó.

El texto era muy escueto: *Llegaré próximo día diecisiete noche. Todo bien. Abrazos y recuerdos a los abuelos. Javier.*

Se le escapó un profundo suspiro de alivio, cerró los ojos y se recostó contra el respaldo de la butaca con un gesto fatigado. ¡Qué susto, Dios mío!

–¿De quién era? – preguntó la abuela Mercedes.

–De Javier -contestó Cecilia-. Dice que está muy bien y que llegará el próximo día diecisiete por la noche y que os envía muchos recuerdos a ti y a papá.

–¿Y se puede saber entonces por qué pones esa cara de ánima en pena? ¿Acaso no es una buena noticia?

–Sí, es una buena noticia -reconoció Cecilia, que no podía alejar el vago presentimiento de peligro que le rondaba por la cabeza de un tiempo a esa parte-. Sí, es una buena noticia.

–Hacía tiempo que no teníamos noticias suyas -comentó la abuela Mercedes.

–Demasiado tiempo -musitó Cecilia, guardándose el telegrama en el bolsillo de su delantal de faena-. Demasiado tiempo -repitió pensativamente con el ceño fruncido.

–No puedo hacerme a la idea de que me abandones -suspiró Soledad-. Estoy muy triste. Tristísima.

Estaban sentados a una mesa del restaurante La Viuda del Fraile, un modesto chiscón frecuentado mayormente por los vecinos del barrio. Se lo había recomendado a Javier el capitán Von Hartmann. Tras una distraída lectura del menú, se habían decantado por las perdices escabechadas, la especialidad de la casa.

Javier le cogió una mano por encima del mantel de hule. – No te abandono, Soledad. Sólo te dejo una temporada -la animó. Y agregó-: Además, no depende de mí, sino del alto mando. Ayer mismo puse un telegrama a mi madre anunciándole mi llegada. Espero que a estas horas ya lo haya recibido.

–¿Qué le vas a contar? – pregunto Soledad con curiosidad.

–No hago más que darle vueltas a la cabeza. Me preocupa. Pero me temo que se lo acabaré contando todo de cabo a rabo. Aparte de que mi madre lo adivinará en seguida. Me conoce mejor que yo mismo. Siempre se lo he contado todo. Bueno, casi todo.

–¿Cómo crees que se lo tomará?

Javier hizo un gesto vago con las manos.

–De entrada, le daré un disgusto de muerte. Mi madre adora a Maite. Para ella es como una hija, y la mayor alegría de su vida era que se casara conmigo. Y ahora sólo faltará que le diga que me he liado contigo.

–Habíamos quedado en que lo nuestro era un romance.

–Bueno, un romance. Pero no creo que el nuestro le haga una gracia loca, sino más bien todo lo contrario. De entrada, como buena navarra y religiosa que es a machamartillo, pondrá el grito en el cielo. Pero, por otra parte, hay que contar que te aprecia sinceramente, te quiere mucho y te está eternamente agradecida. Y si se pone demasiado pesada, siempre puedo recordarle que tu sangre corre por mis venas.

–¿Tienes ganas de verla?

–Muchísimas. ¡Imagínate! Me muero por darle un abrazo, de estrujarla. Aparte de que me da mucha pena verla tan sola.

–¡Pobre Cecilia, lo que debe de haber sufrido! – se compadeció Soledad.

–Me parece que ni tú ni yo ni nadie nos lo podemos llegar a imaginar.

–En el fondo, tengo celos de tu madre, Javier. No sabes cuánto te envidio por tener una madre semejante.

–No seas tontita, Soledad, ¿cómo vas a tener celos de mi madre?

–Sí, ya lo sé, es una tontería lo que he dicho. Me ha salido del alma. Yo también la quiero mucho. Espero que me comprenda un poco y no me odie demasiado.

–¿Por qué iba a odiarte?

–Por el lío en que te he metido.

–Sin mala intención, ¿verdad?

–Eso por descontado.

Soledad fijó su mirada en la de Javier.

–¿Sabes que tu madre presintió que acabaríamos como hemos acabado?

–¿Cómo lo sabes?

–Lo adiviné al instante, por la expresión de sus ojos, cuando nos presentó el doctor Merino. Tú estabas delante. ¿Te acuerdas? Fue como un relámpago, visto y no visto, pero en seguida lo disimuló.

–¿Hay algo que las mujeres no sepáis?

–Lo que nos depara el futuro. ¿A ti no te asusta pensarlo?

–Sí, un poco.

–A mí, mucho. Yo tengo miedo, Javier, mucho miedo, ¡y lo veo todo tan complicado y oscuro!

–Habíamos quedado que esta noche no nos angustiaríamos pensando cosas tristes y acontecimientos que no podemos controlar y que no conducen a nada.

–Es verdad, perdona, lo había olvidado.

La viuda del fraile en persona les colocó delante de ellos los platos con las perdices escabechadas, con sendas fuentes de pimientos asados al horno y patatas panaderas de acompañamiento, una jarra de vino y un cestillo con rebanadas de pan recién hecho. Era una mujer algo entrada en carnes; del tipo de mujeres que volvían loco al capitán Von Hartmann.

–Es para mojar en la salsa -explicó-. Si no lo hacen, mis clientes podrían molestarse -añadió con una sonrisa-. Buen provecho.

–¿Empezamos? – preguntó Javier empuñando cuchillo y tenedor.

–Empezamos -asintió Soledad.

Aunque las perdices estaban muy buenas, con un ligero toque a vinagre y laurel, Soledad apenas las probaba. Pero admiró el entusiasmo que ponía Javier engulléndolas a dos carrillos.

–¡No sé cómo puedes comer con tanto apetito!

–Mujer, los buenos días se acaban y pronto me tocará comer rancho. No hay que desaprovechar, pues, las últimas oportunidades que nos brinda el destino de alimentarnos decentemente.

–Por favor, no me recuerdes la guerra ahora. Me has de prometer que te la tomarás con mucha calma y no te expondrás inútilmente.

–Ya lo dijo el coronel Bramble -dijo Javier sin levantar los ojos del plato-: *La vida del soldado es realmente dura, y a veces está expuesta a verdaderos peligros.*

–No sé de qué me estás hablando.

–De *Los silencios del coronel Bramble,* de André Maurois. ¿No lo has leído?

–No.

–Pues te lo recomiendo si quieres conocer la vida en las trincheras y la psicología del soldado.

–Javier, no quiero que vuelvas a las trincheras… los rojos te pueden matar.

–Mira, no había caído, suerte que tú me lo recuerdas ahora.

–No te burles, Javier, estoy muerta de miedo. No me llegan los sostenes al cuerpo. Sé, por amarga experiencia, lo que ocurre en los campos de batalla.

–Perdona, lo siento.

–¿Quieres esta media perdiz mía? No la he probado -dijo Soledad acercando su plato al suyo.

–Y aunque la hubieras probado. Es una prueba más de la intimidad que me encanta compartir contigo, ¿sabes? Como beber en tu vaso, secarme con tu toalla, ver mi maquinilla de afeitar junto a tus potingues en el mismo estante del cuarto de baño, emplear tus mismos cubiertos, decir que tienes pipí y cosas por el estilo.

–Sí, ahora todo resulta más cómodo -reconoció Soledad, trasladando discretamente su media perdiz al plato de Javier.

–Le diré a Von Hartmann que estaban muy buenas y muy tiernas.

Soledad no lo escuchaba.

–¿Por qué no te quedas un par de días más?

–Imposible, ya te he dicho que tengo los billetes del tren en la cartera. Y, además, también quiero pasar unos días con mi madre. Compréndelo.

–¿A qué hora pasa el tren?

–A las ocho.

–Te acompañaré a la estación.

–Vas a llegar tarde al hospital.

–Será mi primera falta de puntualidad. El doctor Merino se hará cargo. Ya conoce lo nuestro, ¿sabes?

–¿Cómo se enteró el ilustre galeno de nuestra aventura?

–Al verme tan distraída y despistada. Fue el primero en adivinarlo. Me miró por debajo de aquellas cejas tan peludas y me dijo: *Soledad, tú estás enamorada de Javier, ¿verdad?* Yo le dije que sí, y él me dijo que era inevitable que sucediera.

–¿Le molestó?

–Nada, no me hizo ningún reproche, sino que encontró muy natural lo ocurrido entre tú y yo. Dijo que nuestro romance no era más que la

confirmación de la ley de Axel Munthe.

–La conozco. La enunció en el hospital delante de mi madre y de mí: lo de las guerras que siegan vidas humanas y el horror de la muerte que hace que hombres y mujeres caigan unos en brazos de otros, y que la Naturaleza llama a nuevos seres para ocupar el vacío que han dejado los caídos y etcétera, etcétera, etcétera. En una palabra: más o menos lo que hemos hecho tú y yo.

–Así es, lo más natural del mundo -asintió Soledad con expresión inocente.

Javier la miró, alarmado.

–¿No estarás insinuando que…?

–Yo no insinúo nada. Todo son figuraciones tuyas.

–Por un momento me habías asustado.

–¿No te gustaría? – preguntó Soledad con la ansiedad y la curiosidad reflejadas en sus ojos.

–No me he parado a pensarlo. Pero me parece que sería una verdadera complicación.

–¿Pero te gustaría o no? – insistió Soledad.

Javier reflexionó unos segundos.

–Sí, me gustaría -dijo con firmeza-. Estaría muy orgulloso de tener un hijo tuyo.

–¡Oh, Javier! Yo también estaría muy orgullosa de tener un hijo tuyo. Hasta he pensado cómo lo llamaríamos.

–¿Cómo?

–Gonzalito.

–¿Y si fuera niña?

–Blanca.

Javier se emocionó a pesar suyo y para disimular bebió un sorbo de vino.

–Soledad, te quiero por lo que has dicho.

–Yo te quiero a ti por lo bueno que eres.

–No te fíes de las apariencias. Soy un rufián de la peor calaña. Pero, de momento, será mejor que Gonzalito y Blanquita se queden quietecitos en el limbo de los proyectos irrealizables.

–La pega -observó Soledad con expresión pensativa- es que, oficialmente, el niño sería hijo de mi marido.

–Nadie creería eso. Hasta la fecha no se han inventado los niños por correspondencia.

–Pero el niño continuaría siendo de mi marido, te guste o no.

–Lo sé -dijo Javier con el ceño fruncido-. El Código Civil español lo dice muy claro: Los hijos habidos en el matrimonio son del marido.

–¿Y tú estarías de acuerdo?

–No. Antes me casaría contigo.

–¿De veras? – preguntó Soledad, emocionada-. ¿Cómo?

–Ése es el problema.

Guardaron unos segundos de silencio.

–Sí, no nos podemos casar -reconoció Soledad con amargura-. ¿Lo habías pensado?

–Sí, le he dado mil vueltas y no le veo la solución. Tú estás casada y…

–…y te llevo diez años de diferencia -dijo Soledad-. ¿No es eso lo que estás pensando?

–Sí.

–Diez años de diferencia no son nada entre un hombre y una mujer. Pero un verdadero abismo entre una mujer y un hombre. Piensa que, cuando tú tengas sesenta, estés hecho un atractivo milord y las jovencitas se te rifen, yo tendré setenta y seré una anciana respetable con el pelo blanco y la cara llena de arrugas. – Soledad hizo un gesto con la mano-. Quítate esa idea de la cabeza. La biología es implacable. Me temo que nuestro romance no pase de ser una vulgar aventura y estemos condenados a ser amantes y nada más que amantes.

Javier torció el gesto con una mueca de desagrado.

–No me gusta eso de amantes, tiene un matiz peyorativo que no me gusta absolutamente nada.

–Pues, hijo, mucho me temo que acabaremos ingresando en el Panteón de Amantes Ilustres para hacer compañía a Nelson y a lady Hamilton, a Ana Karenina y al conde Vronsky, a Lancelot y a la reina Ginebra, y a Napoleón y a la condesa Waleska.

–Y a César y a Cleopatra, no te olvides -añadió Javier.

–Y a todas esas parejas las ha absuelto la Historia -le recordó Soledad.

–Pues a mí me tiene sin cuidado pasar a la historia como el amante secreto de la duquesa de Simancas.

–¿Entonces, qué? – inquirió Soledad-. Si no nos podemos casar, ya me explicarás tú cómo nos lo montamos.

Javier sacudió la cabeza con un gesto de impotencia.

–¡Maldita sea, no lo sé!

Soledad se lo quedó mirando de hito en hito.

–Yo sí que lo sé: casándote con Miss Francia y teniendo hijos con ella.

–¿Con Miss Francia? ¿Con Maite, quieres decir? – preguntó Javier, muy sorprendido.

–Sí -contestó Soledad con los ojos llenos de lágrimas-. Con Maite. Ella es buena y te quiere.

–¿Y tú no? – preguntó Javier, estupefacto.

–Yo te adoro.

–¿Entonces? – Javier se la quedó mirando, desconcertado-. Soledad, no te entiendo. ¿No me dijiste una vez que si te abandonaba y me casaba con Maite te suicidarías?

–¡No me hagas caso! – estalló Soledad, rompiendo a llorar-. ¡Estoy confusa y no sé lo que me digo! Lo veo todo tan negro que…

Javier dejó los cubiertos en el plato y le cogió la mano.

–Soledad, por favor, serénate. La dueña nos está mirando… y el camarero… y los clientes.

–¡Que se vayan todos a la porra! ¡Soy muy desgraciada! – hipó la joven, llevándose las manos a los ojos.

Javier le pasó su pañuelo.

–Vamos, Soledad, ya buscaremos una solución. Anda, sécate las lágrimas, que me da mucha pena verte así.

Ella levantó la cabeza y lo miró con los ojos enrojecidos.

–¿Me perdonas, Javier? Te prometo que no volverá a ocurrir.

–Claro que te perdono.

–¿Por qué no pides la cuenta y nos vamos a casa? Yo no quiero postre ni café. En casa podemos tomar una copa junto al fuego en bata y zapatillas. Invito yo.

–Es una buena idea. Ahora mismo pido la nota.

–Y yo aprovecharé para ir al lavabo. Debo de estar horrible, ¿verdad?

Soledad se levantó y desapareció por la puerta del fondo, seguida por las miradas perplejas de algunos comensales. Javier aprovechó para pagar la nota y dar una buena propina al camarero por su discreción durante toda la cena.

La dueña los despidió en la puerta. No le pasó por alto el aire abatido y desconsolado de Soledad.

–Señora duquesa, si puedo hacer algo por usted… -se ofreció.

Soledad le estrechó la mano y le dio las gracias.

Salieron a la calle desierta y escasamente iluminada, porque, aunque ya habían pasado varios meses del bombardeo de Salamanca por la aviación roja, todavía se mantenía la consigna del oscurecimiento nocturno en previsión de nuevos *raids.*

–Vamos a ir por la plaza Mayor -sugirió Javier, cogiendo a Soledad por el brazo-. Quiero despedirme de ella para llevarme sus buenos recuerdos.

En algunas ventanas se veían luces y sombras tras los visillos. Los primeros fríos del otoño habían alejado a los noctámbulos e invitaban a los salmantinos a recogerse temprano en sus hogares. De vez en cuando se oían unas pisadas cuyos ecos se desvanecían bajo los soportales.

–¿Ya te encuentras mejor? – preguntó Javier al cabo de un rato.

–Sí, mucho mejor. Perdóname otra vez. No sé qué me ha ocurrido.

–No tiene importancia. ¿Y qué hay de esa invitación a tomar unas copas en tu casa que me habías comentado?

–Sigue en pie. Esta noche voy a hacerte muy feliz, ya verás tú. Empieza a prepararte.

–Estoy seguro, anda, vamos a casa, que aquí hace un frío que pela.

Soledad se durmió estrechamente abrazada a Javier, que estuvo largo rato con la mirada perdida en la claridad azulina que se filtraba por la ventana, reflexionando sobre las extrañas reacciones de las mujeres. No hacía mucho, en una cacharrería de la calle de Zamora, había leído en un plato de cerámica: *El hombre piensa, la mujer da que pensar.* Se trataría seguramente de eso. Tranquilizado, no tardó en dormirse.

Pese a sus protestas, Esteban bajó la maleta de Javier al portal del palacio y la colocó en el maletero del Rolls.

–No se moleste, don Javier.

–¡Que no es ninguna molestia, Esteban!

–¡No se queje, don Javier, que dentro de poco le tocará cargar con el chopo!

Javier miraba distraídamente las modestas casas de los arrabales que desfilaban al otro lado de las ventanillas del lujoso automóvil. Aún no había amanecido, y la luz de las farolas de gas se reflejaba en los charcos de la calle. Vestía de uniforme. Había pasado un brazo en torno a los hombros de Soledad. Ésta, hecha un ovillo, callaba, con la cabeza apoyada en su hombro.

La estación estaba sumida en la neblina helada que subía del cercano Tormes. Una capa de escarcha cubría las vías y los cobertizos. Más allá, una panzuda locomotora de maniobras resollaba ruidosamente arriba y abajo, empujando ristras de vagones desvencijados. Campesinos de negro y mujeres envueltas en coloridas pañoletas aguardaban pacientemente en los andenes junto a sus maletas de madera y fardos de cartón atados con cordeles.

–¿Me escribirás? – preguntó Soledad.

–Te lo prometo. Y espero que tú hagas lo mismo.

–Por supuesto, pero primero tienes que enviarme tus señas.

–Te las comunicaré en seguida que llegue a mi nuevo destino. Todavía no sé adónde me van a mandar.

–No te olvides de dar muchos recuerdos a tu madre… y que se haga cargo de nuestro patinazo… y que me perdone. Lo hice sin mala intención.

–Tú déjalo en mis manos.

–¡Javier, me siento la mujer más desgraciada del mundo! – gimió Soledad repentinamente, rodeándolo con ambos brazos y reclinando la cabeza en su pecho-. ¡No sé qué voy a hacer sin ti!

–Vamos, mujer, verás como pronto me dan permiso y te vengo a ver -la consoló Javier manteniéndola abrazada-. Dios aprieta, pero no ahoga.

–Pues que vaya con cuidado, porque está a punto de conseguirlo.

–Ya será menos.

–Te lo juro. Me has de prometer que tendrás mucho cuidado y no te apuntarás a asaltar parapetos.

–Eso no te lo puedo garantizar, depende de los caprichos del mando.

–Pues les dices a esos señores que se vayan a tomar viento.

–Se lo diré, descuida, pero dudo que me hagan caso. Son unos tipos muy especiales. Otra cosa: cuando me escribas, reprímete un poco y no les des demasiados detalles a los censores. No quiero que se enteren de nuestras intimidades.

–¿Te gusto en las fotografías que me sacaste el otro día?

–Mucho. Siempre llevo una en la cartera.

–¿Cuál?

–Ésa en la que se te ven las piernas.

–¡Eres un fresco!

–¿Acaso no me las enseñaste expresamente?… Mira, me parece que por ahí viene el tren.

–¡Así descarrile, el maldito!

Ya se oían los resoplidos de la locomotora. Sus luces parpadeaban en la neblina como dos luciérnagas.

–Apártate un poco…

–¿Y si me tiro a la vía como Ana Karenina en la película de Greta Garbo? – dijo Soledad.

El Sud-Exprés desfiló majestuosamente delante de ellos, envolviéndolos en cálidas y húmedas nubes de vapor. La máquina se detuvo junto a la manga de agua, y el fogonero saltó ágilmente al andén y la enchufó al depósito del ténder.

–¡Salamanca, quince minutos de parada! – voceó el jefe de estación.

Javier y Soledad subieron a un coche de primera clase, seguidos por Esteban con la maleta. Javier mostró el billete al interventor, y éste los condujo a un departamento ocupado por un bigotudo y lustroso comandante de Artillería y un joven y pelirrojo capitán de Ingenieros. Ambos se pusieron en pie cuando entró Soledad. Al comandante le bastó una mirada para hacerse cargo de la situación.

–Tómeselo con calma, teniente -le aconsejó amistosamente-. El capitán y yo bajaremos un momento a tomarnos un café en la cantina. ¿Vamos, capitán?

–¿Adónde, mi comandante? – preguntó sorprendido el interpelado.

–A tomar café, invito yo.

–Pero si yo no quiero café, mi comandante.

–Capitán, es una orden.

–De acuerdo, mi comandante -dijo el capitán de Ingenieros, comprendiendo finalmente-. Sí, creo que un café me sentará muy bien. Me estaba durmiendo.

Cogieron las gorras de la rejilla y salieron del departamento.

–Hasta ahora, teniente.

Esteban alzó la maleta de Javier y, con un poderoso impulso, la depositó en la rejilla.

–Que tenga un buen viaje, don Javier -le deseó con la gorra en la mano-. Y cuídese.

–Procuraré seguir su consejo… y gracias por todo -dijo Javier estrechándole la mano.

–No se merecen, don Javier -contestó el chófer, que cerró la puerta corredera a sus espaldas y se alejó pasillo adelante en dirección a la plataforma de salida.

Soledad y Javier, después de levantar el reposabrazos, se sentaron en una butaca y se abrazaron en silencio. El nudo que tenían en la garganta les impedía hablar.

El tiempo se arrastró inexorable y dolorosamente.

Transcurridos diez minutos, se abrió la puerta y la cabeza del comandante de Artillería se asomó al departamento.

–Lo siento, teniente, acabo de ver al jefe de estación con el banderín al brazo camino de la locomotora. Convendría que la señorita se apresurase. Si puedo ayudarlo en algo…

Javier y Soledad bajaron al andén y cambiaron un largo beso junto al estribo del vagón, sin preocuparse del público. Ni de Esteban, que aguardaba unos metros más allá, con la mirada diplomáticamente desviada.

Sonó el silbato del jefe de estación, la locomotora lanzó un ronco bramido y el tren se puso en marcha entre nubes de humo y entrechocar de herrajes.

Javier se desprendió del abrazo de Soledad, saltó al estribo de su coche y se sujetó al pasamanos de latón.

Soledad anduvo unos metros a su lado por el andén, con su mano entre las de él. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

–¡Javier, no me olvides!

–¡Volveré!

–¡Cuídate!

–¡Lo intentaré!

–¡Adiós!

–¡Te quiero!

El exprés de Irún aceleró su marcha y Soledad se fue rezagando, sin dejar de agitar la mano con un patético gesto de despedida, hasta que se detuvo casi al final del andén. Javier vio empequeñecerse su figura en la distancia. Pero no abandonó el estribo del vagón hasta que su capa azul y su cofia almidonada se esfumaron en la fría neblina del Tormes.

Ninguno de los argumentos que se le ocurrieron durante el viaje, para explicar a su madre el lío en que se había metido, le parecieron plausibles ni convincentes. Al final, resignado, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, Javier optó por olvidarse del tema y decidió que lo resolvería sobre la marcha.

En Alsasua transbordó al correo de Pamplona, que venía atestado de requetés que se dirigían a la capital navarra para recibir el homenaje que iba a tributarles la ciudad y media España. La algazara y el bullicio que armaban sirvieron para distraerlo de sus preocupaciones.

Llegó a Pamplona muy entrada la noche, sucio, cansado y pringado de carbonilla. Desde la portezuela del vagón buscó con la vista a su madre. No tardó mucho en descubrirla, perdida entre la multitud que se arracimaba en el andén, en compañía de su hermano.

–¡Tío Josemari! – gritó con voz estentórea-. ¡Estoy aquí!

–¡Javier! – contestó su tío, abriéndose paso entre el gentío.

Cecilia lo siguió tras la estela que iba dejando a su paso.

Sin esperar a que el mugriento convoy se hubiera detenido, Javier saltó ágilmente al andén con la maleta en la mano.

–¡Tío Josemari!

–¡Javier!

–¡Mamá!

Cecilia se adelantó a su encuentro y se arrojó impetuosamente en sus brazos.

–¡Mamá! – exclamó Javier levantándola del suelo y zarandeándola jubilosamente como tenía por costumbre.

–¡Déjame, loco! – protestaba Cecilia por pura fórmula-. ¿Qué va a pensar la gente?

–¡Que piensen lo que quieran! ¡A mí me da igual!

–¡Pero no hace falta que me estrujes así!… Anda, suéltame y saluda a tu tío.

–¡Vamos, Javier, compórtate! – lo exhortaba su tío, que no podía contener la risa-. ¡Que me la vas a descalabrar!

Javier obedeció y depositó cuidadosamente a su madre en el suelo.

–¡Jesús! – exclamó Cecilia, muy sofocada, arreglándose los desperfectos de su tocado-. ¡Eres incorregible!

Tío y sobrino se propinaron sonoras palmadas en la espalda.

José María Ortiz de Zabala era alto y enjuto como su hermano mayor, y sus ojos chispeaban humorísticos en sus facciones curtidas por el sol. En la boina roja y en la canadiense con cuello de piel de borrego ostentaba una estrella de ocho puntas. Después del abrazo se apartó un poco y examinó a su sobrino con la mirada.

–¡Qué alegría me das, Javier! ¡Ya no me acordaba de ti! ¡Y qué buen aspecto tienes! Nadie diría al verte que los rojos te cosieron a balazos.

–¡Lo mismo digo, tío! ¡Y enhorabuena! ¡Ya veo que te ascendieron a comandante!

–¡Y a ti, a teniente! ¡Y encima condecorado con la Medalla Militar! Tu madre me lo ha contado todo. ¡Menudo sobrino me ha salido! Está visto que no se te puede dejar solo… ¡Vaya, vaya, vaya! Tú y yo tenemos muchas cosas que contarnos.

–¿Y qué os parece si os las contáis en casa? – les sugirió Cecilia con muy buen sentido-. Tengo los pies tan helados que ya ni los siento.

–Por una vez en la vida debo admitir que tienes razón, Cecilia -dijo su hermano-. ¡Ea, vamos a casa y allí me lo cuentas todo! Como sigamos aquí un minuto más, vamos a pillar una pulmonía de padre y muy señor mío.

Sin hacer caso de sus protestas, se hizo cargo de la maleta de Javier.

–Es una orden, teniente. Aunque usted tenga la Medalla Militar y exhiba heridas recibidas en defensa de la patria, yo sigo siendo comandante. Acompañe a su madre y no rechiste. ¡De frente! ¡March!

Salieron a la plaza de la estación y subieron al viejo y destartalado Chevrolet de tío Josemari, que se puso al volante y ordeno:

–Y vosotros dos, atrás, como dos tortolitos. ¡Y sin chistar!

Madre e hijo obedecieron de buena gana. Javier le pasó un brazo por los hombros. Cecilia se estrechó contra él y le cogió la mano libre entre las suyas.

–¡Cuántas ganas tenía de verte, Javier! – exclamó, feliz.

–¡Y yo a ti, mamá!

–¿Cómo te encuentras?

–Muy bien.

–¿Y tu pierna?

–Ni me acuerdo de ella.

–¿Y del brazo?

–Todavía menos.

–Era una pregunta retórica -dijo Josemari, que ya enfilaba la cuesta del Portal Nuevo-. No hay más que ver la manera como te ha zarandeado, Cecilia. A mí me ha recordado un oso enloquecido. O, mejor, a Tarzán abrazando a Jane después de una larga ausencia en el monte Mutia.

–Bueno, Javier, cuenta, ¿qué tal lo has pasado? – preguntó Cecilia a su hijo sin prestar atención a las palabras de su hermano-. ¿Te trataron bien en el hospital?

–Sí, muy bien. Todos fueron muy amables. Y el doctor Merino me encargó que te diera muchos recuerdos de su parte. Lo mismo que Soledad.

–¿Cómo está?

–Muy bien… y se acuerda mucho de ti.

–¿Por qué has tardado tanto en venir?

–Porque el doctor Merino me tuvo bajo observación unos días para asegurarse de que no se presentaban complicaciones -mintió descaradamente, a sabiendas de que su madre no se lo iba a tragar-. Y después me concedieron un permiso de convalecencia para acabar de recuperarme.

–Un permiso que se ha alargado mucho, ¿no te parece?

–Es que luego los Fontanilles me invitaron a un ojeo de perdices en su finca de «Los Hontanares». Y la veda no se ha abierto hasta hace muy pocos días. Y no me pareció correcto rehusar. ¿Te acuerdas de lo pesado que se puso Higinio?

–Sí, me acuerdo. ¿Y nada más?

–Sí, ahora que lo recuerdo, Soledad también me invitó a una tienta de vaquillas en su finca de «El Robledal».

–¿Antes o después?

–¿Antes o después de qué?

–Del ojeo.

–Antes.

–Comprendo -dijo Cecilia pensativamente-. ¿Y quiénes más asistieron a la tienta? Porque imagino que no serías el único invitado.

–No, claro. Fue una fiesta muy importante. Estaban Serrano Súñer, el general Jordana, el obispo de Salamanca, Pilar Primo de Rivera, sir Robert Hodgson, el conde de Foxá…

Josemari dejó escapar un silbido de admiración.

–¡Jolín, Javier! ¡Pues no te codeas tú con gente importante!

–A mí me tenían sin cuidado. Fui porque Soledad quería que viera cómo rejoneaba un novillo a caballo.

–¿Ella en persona?

–Sí, y lo hizo estupendamente bien y la aplaudieron a rabiar.

–¡Esa chica es una joya! – exclamó admirado Josemari sin volver la cabeza-. Por lo que tu madre me ha contado, no sólo es una enfermera de película, sino que encima nos ha salido un as del rejoneo a caballo. Javier, creo que me la tendrías que presentar.

–En lugar de ir pidiendo a tus sobrinos que te presenten chicas, lo que tendrías que hacer es casarte, que ya va siendo hora de que sientes la cabeza -le reprendió Cecilia-. Y además, llegas tarde. Soledad está casada. Es la duquesa de Simancas, la mujer del vizconde de Navahermosa, nuestro representante en el Vaticano. De modo que de chica, nada de nada.

Tío Josemari se dio una palmada en la frente.

–¡Claro, la de los toros! ¡Ahora caigo! A eso le llamo yo tener potra. Si los rojos te dejan convertido en un colador, lo menos que se puede

pedir es que te atienda una enfermera de bandera y luego te invite a una tienta por todo lo alto. – Suspiró cómicamente-. ¡Y ya me ves a mí, sin un triste rasguño!

–Josemari, no te quejes ni tientes a la Providencia -le reprendió su hermana.

–No, si no me quejo, Cecilia, sólo digo que en este mundo no hay justicia.

–¿Y quiénes dices qué te invitaron al ojeo? – inquirió Cecilia desentendiéndose de su hermano y prosiguiendo el interrogatorio.

–José Vicente y Enriqueta Fontanilles, ya te lo he dicho antes.

–Pero tú siempre has mantenido que no te gustaba cazar al ojeo, que no era deportivo.

–Sí, pero Laura le había dado tanto la tabarra a José Vicente que no tuve otro remedio que aceptar.

–¿Y cómo te las arreglaste?

–Cobré un par de infelices perdices, las justas, para cumplir el expediente.

–Y Laura compartiría el puesto contigo.

–No, fue Soledad.

–Pues el día que me acompañó a la peluquería en Salamanca, me comentó que el momento más feliz de un ojeo de perdices era cuando un invitado disparaba a su vecino de puesto.

–Es verdad, no cogió la escopeta en todo el ojeo.

–O séase -resumió la situación Josemari-, que Soledad se quedó contigo para amenizarte la espera.

–Supongo que sí -admitió Javier, alarmado ante el sesgo que iba tomando la conversación.

–Y la tal Laura se quedaría echando chispas, si no me equivoco. Oye, Javier, esto empieza a ponerse interesante. Cuenta, cuenta -dijo tío Josemari rodeando la plaza del Castillo, donde un sereno amenazaba con el chuzo a un grupo de alborotadores con dos copas de más en el cuerpo que se habían hecho fuertes en el quiosco de música y se resistían a ser desalojados-. Soy todo oídos.

–Oye, tío Josemari. ¿Y por qué no me cuentas algo tú? Desde que he llegado, mamá y tú no habéis dejado de atosigarme.

–Tienes razón, soy un desconsiderado.

–¿Por qué no me cuentas algo de la Ciudad Universitaria y el Clínico?

–Buena pregunta, sobrino. Mira, no te diré más que nuestras trincheras y las de los rojos están tan cerca que podemos organizar concursos de jotas, de parapeto a parapeto. Cuando nos cansamos de cantar, cavamos minas y contraminas y apostamos a ver quién salta antes por los aires. Resulta muy emocionante, te lo puedes creer. Pero será mejor que te lo cuente en privado en alguna tasca de la calle de la Estafeta, porque a tu madre no le gusta que hable de estas cosas en su presencia.

–¿Hasta cuándo tienes permiso? – preguntó Cecilia.

–Hasta el veinticinco -contestó Javier.

–¿Tan pronto? – se lamentó-. ¡Si hoy ya es diecisiete!…

El caserón de la Navarrería estaba sumido en el sueño y el silencio nocturnos.

Josemari se excusó en el rellano de la escalera:

–Javier, te dejo con tu madre, porque seguro que tenéis infinidad de cosas que contaros. Otra cosa: te he cogido el cuarto que me usurpaste en mi ausencia. Lo mismo que la navaja suiza… pero tranquilo, te la puedes quedar. La abuela te ha preparado la habitación de soltera de tía Matilde. Espero que estés cómodo y duermas bien. Mañana hablaremos con más calma. Buenas noches y que descanses.

–Gracias.

–¿Has cenado? – preguntó Cecilia después de que su hermano los hubo dejado solos.

–Si se puede llamar cena al bocadillo de mala muerte que he comido en el tren…

–Ven a la cocina, te he guardado algo de cena en el horno.

Javier siguió a su madre de buena gana y se sentó a la cabecera de la mesa. La estancia guardaba el tibio calorcito de la jornada y el olor de los guisos familiares, que Javier aspiró con fruición. Todo estaba recogido, limpio y en orden. En la repisa de la campana refulgía el brillo rojizo de las panzudas perolas de cobre.

Cecilia le puso delante un plato sopero colmado hasta los bordes de judías estofadas, media hogaza de pan, una botella de vino de La Ribera, las vinagreras, el salero y una servilleta recién planchada.

–Si te falta algo más…

–Que me hagas compañía mientras ceno.

Cecilia se sentó enfrente de él, al otro lado de la mesa, y mientras Javier devoraba las judías, el pan y el vino, fue poniéndolo al corriente de las novedades familiares. Cuando Javier arrambló con todo, volvió a llenarle el plato.

Hasta que llegó el temido momento.

–Bueno, Javier, ahora cuéntame la verdad.

–¿Tanto se me nota? – preguntó Javier cautelosamente, disimulando un eructo con la mano.

–Lo llevas escrito en la cara. Se trata de Soledad, ¿verdad?

–Sí -reconoció Javier francamente-. ¿Cómo lo has adivinado?

–Javier, a mí no me la puedes dar con queso. Te conozco desde que te llevaba dentro de mí. Y sólo me ha faltado escuchar las tonterías que has dicho en el coche para atar cabos. ¿Qué ha ocurrido entre Soledad y tú?

–¿No te enfadarás si te lo cuento?

–Tú cuenta.

Javier vació el vaso de vino que tenía delante, se armó de valor y se lanzó a la palestra como el nadador que se arroja de cabeza a un río de agua helada.

Cecilia lo escuchó atentamente, meneando la cabeza de vez en cuando.

–Y eso es todo -acabó Javier, agotado por el esfuerzo.

–¿Y te parece poco? – exclamó Cecilia, preocupada-. ¿Te das cuenta de lo que habéis hecho?

–Sí, claro que me doy cuenta. Lo siento mucho, mamá, no quería darte este disgusto. Fue sin querer.

–Me lo imagino. ¿Y no pudiste hacer nada para evitarlo?

–Sí, lo hice, me esforcé todo lo que pude… pero al final no pude resistir más.

Cecilia exhaló un profundo suspiro.

–Tal como lo has contado, tendrías que haber sido san Ignacio de Loyola y san Francisco de Asís todo en una pieza para no sucumbir ante los encantos de Soledad. Ella es demasiado guapa. Lo presentí en el mismo momento que la conocí.

–Soledad también. Te leyó el pensamiento.

–Pues no se equivocó. Fue una corazonada… que se ha acabado confirmando. Me di cuenta de cómo os ibais enamorando mutuamente. De ti, sin ninguna duda. No tenía más que ver cómo se te iluminaba la cara cada vez que entraba en tu habitación.

–¿Tanto se notaba?

–Habría que estar ciego para no darse cuenta. Con Soledad era más difícil. Ella se esforzaba en disimular y mantener la compostura. Pero la traicionaban pequeños detalles.

–¿Cuáles? – preguntó Javier, curioso y aliviado al mismo tiempo por lo bien que se lo estaba tomando su madre.

–Por la forma de arremeterte las sábanas y arreglarte el embozo de la cama.

–¡Qué tontería!

–No es ninguna tontería. Hay muchas maneras de arreglar el embozo. Es la intención o el cariño que se pone en ello. Tampoco me pasó por alto el llamativo detalle del agua de colonia. ¿Tú crees que es normal que las enfermeras vayan regalando frascos de agua de colonia de las marcas más caras a los heridos a su cargo, a no ser que haya una razón muy poderosa de índole personal?

–Sí, tal vez sí. Pero te prometo que yo jamás pretendí conquistarla -se defendió Javier virtuosamente-. Jamás se me pasó tal idea por la cabeza.

–Precisamente por esa reserva tuya, Soledad se sentiría atraída hacia ti. Muchas mujeres se sienten defraudadas si los hombres las tratan sin segundas intenciones y…

–Mamá, te aseguro que siempre traté a Soledad correctamente, sin ningún tipo de segundas intenciones como tú dices, nunca me insinué ni me propasé con ella, te lo juro.

–No hace falta que jures nada.

–Una vez me llamó *odiosamente caballeresco.*

Cecilia meneó la cabeza.

–No dejo de preguntarme cómo, entre tantos hombres rendidos a sus pies, Soledad tuvo que fijarse precisamente en el pardillo de mi hijo.

Javier le guiñó un ojo.

–Precisamente por eso, porque soy hijo tuyo.

–Javier, no tergiverses mis palabras, que te conozco. Eso me halaga, pero no resuelve nada. Soledad ha demostrado tener menos cabeza que un chorlito. Soledad no es ninguna niña, es una mujer hecha y derecha ¿Cuántos años tiene?

–Un día de éstos cumplirá treinta y tres.

–Treinta y tres años -musitó Cecilia-. Y si ella no hubiera querido, no habría ocurrido nada.

–Es posible -admitió Javier, conciliador.

–Pero claro, no contaba con Laura Masferrer, que se metió en medio y lo lió todo. ¿Me equivoco?

A Javier le asombró la perspicacia de su madre.

–No. Es verdad. ¿Cómo lo has adivinado?

–Tú siempre le has gustado a Laura. Desde los tiempos de la Prueba del Valor.

–Mamá, ¿sabes que tienes una memoria de elefante?

–La que Dios me ha dado. Laura tampoco sabe disimular. A ella también le traicionaron los nervios. Ahora me explico los arrumacos que te dedicó en Casa Tejada en Burgos, y su escandalosa forma de insinuarse por debajo de la mesa.

–¿Te diste cuenta?

–Javier, que tu madre no es ciega. En Salamanca también me di cuenta de que cuando ella y Soledad se encontraban saltaban chispas.

–No creas, son muy buenas amigas. Se adoran. Una vez Soledad le regaló un bolso muy bonito… y Laura, un pañuelo de seda.

–¡Pareces tonto, Javier! ¡Ni que tuvieras los ojos en el cogote! ¿Cómo puedes no darte cuenta de lo que ocurre delante de tus narices? ¡Si hasta Josemari lo ha adivinado a la primera! ¿Qué le hiciste a Laura?

Javier abrió los brazos de par en par.

–¿Qué quieres que le haya hecho? Nada… bueno, sí, una vez me invitó a almorzar a su casa.

–¿Ella y tú, mano a mano?

–Sí.

–¿Higinio no estaba?

–Higinio tenía un almuerzo de trabajo con el general Jordana para hablar de la tienta.

–¿Y qué ocurrió?

–Nada -contestó Javier que podría haber añadido: porque Dios no quiso. Pero la verdad era que no había ocurrido nada. Nada irremediable.

–Pero Soledad se imaginaría qué sabe qué, lo vería todo rojo y se liaría la manta a la cabeza con los resultados que todos conocemos.

–Sí -acabó reconociendo Javier-. Me confesó que había tenido unos celos terribles y que no le había dejado otra alternativa que seducirme.

–¿Lo ves?

–También me dijo que lo sentía mucho, y que no lo había hecho con mala intención.

–¡Faltaría más!

–Y me pidió que la perdonaras. Ella te quiere mucho.

–Sí, ya lo sé. Y yo a ella. La considero una buena amiga. Sobre todo por lo mucho que ha hecho por ti, algo que nunca le podré pagar.

–Ni yo.

Cecilia se calló.

Javier alargó una mano por encima de la mesa y cogió la de su madre.

–¿Ya no estás enfadada conmigo, mamá?

–Yo no he dicho que estuviera enfadada contigo. Ya ves que ni siquiera te he reñido. Si tuviera que estar enfadada, sería con Soledad por haberte seducido. Aunque, bien mirado -agregó Cecilia con el ceño fruncido-, yo también tengo parte de culpa.

–¿Tú? – exclamó Javier, boquiabierto.

–Sí, por mi mala memoria. Si me hubiera acordado de felicitarte por tu cumpleaños, Soledad no habría tenido excusa para invitarte a un *dîner aux chandelles* en su dehesa, ¿no te parece?

–Pues ya que lo mencionas…

–Era una broma.

–Sí, supongo que sí.

–Javier, dejémonos de historias y suposiciones. El caso es que la habéis hecho buena, porque, a estas alturas, me temo que media Salamanca se habrá enterado de vuestro lío.

–Sí, me temo que sí -convino Javier, pesimista.

–Lógico y natural. Tú viviendo con ella a pan y cuchillo en el palacio de Toral de los Guzmanes, de cara al tendido.

–Dijo que le parecía una tontería que me gastara los cuartos pagando una habitación en el Gran Hotel.

–¡Qué considerada!

–A ti también te invitó.

–¡Javier, no te me salgas por la tangente!

–Sí, mamá.

–A los salmantinos les serviríais el escándalo en bandeja. A Soledad todo el mundo la conoce.

–Sí, es muy popular, la gente la para y la saluda en la calle.

–Pues seguro que esa misma gente la habrá puesto de vuelta y media, de adúltera para arriba.

Javier suspiró.

–Me temo que sí.

–¿Y no te molesta que hablen mal de ella? ¿Y de ti?

–Sí, claro que me molesta. Pero hasta la fecha nadie me lo ha dicho a la cara… y han hecho santamente bien. Al barman del Gran Hotel le fue del canto de un duro que no le partiera la cara.

–Pero lo dirán a tus espaldas.

–Es posible, pero, como comprenderás, yo no puedo ir por ahí dejando *knock-out* a gente que no conozco de nada, simplemente porque sospeche que hablan mal de Soledad.

Cecilia hizo una pausa.

–Otra cosa, Javier, ¿te has confesado?

–No.

–Pues tienes que hacerlo, y cuanto antes. Estás en pecado mortal. Has deseado a la mujer de tu prójimo.

–En vano -masculló Javier entre dientes.

–¿Qué dices? – preguntó Cecilia-. No te he entendido bien.

–Decía que mañana me iré a confesar -contestó Javier, que no tenía ninguna intención de hacerlo.

–Eso espero -dijo Cecilia, que, sin una razón especial, movió el salero de sitio y preguntó-: Y a todas éstas, ¿qué dice su marido?

–Nada, *el Giocondo* no ha abierto el pico. Así es como llaman los romanos a su marido -aclaró Javier a su madre-. Soledad dice que *el Giocondo* no dirá esta boca es mía por la cuenta que le trae. Aparte de que es un gallina y un pendón impresentable. Hace años que están separados. Él no la quiere y le pone los cuernos con una baronesa o condesa italiana, no me acuerdo. El adúltero es él, y nadie más que él. Soledad se ha limitado a pagarle con la misma moneda.

–Sí, algo de eso me comentaron los Fontanilles. Pero ahí no acaba el problema, ¿verdad, Javier? – Cecilia clavó la mirada en la de su hijo-. Hay algo que te tortura.

Él respiró hondo y le devolvió la mirada. Había llegado el temido momento de la verdad.

–Sí.

–¿Maite, verdad?

–Sí -contestó Javier con voz sorda, inclinando la frente, apesadumbrado-. Me quita el sueño.

Cecilia prosiguió:

–Aunque Hubert dejó dicho muy claro que no os consideraba prometidos oficialmente, tus abuelos y yo misma tratamos a Maite como si así fuera. Hubert sabía perfectamente lo que se decía. No andaba desencaminado. Los acontecimientos han acabado dándole la razón. – Cecilia hizo una breve pausa-. No hace mucho, Maite me escribió para preguntarme si la invitábamos a pasar las vacaciones de Navidad con nosotros, como el año pasado. Le contesté inmediatamente diciendo que ni siquiera debería haberse tomado la molestia de coger la pluma, porque, con presentarse por las buenas, estaba al cabo de la calle. Le dije que esta casa era la suya y la de sus padres. ¿Te acuerdas de lo bien que nos acogieron y nos atendieron en «Bell Prat»?

Javier se apretó los puños hasta que le crujieron los nudillos.

–¡Por favor, mamá, no me lo recuerdes! – gimió-. ¡Eso es lo que más me duele y me atormenta! Ya sé que no he podido portarme peor con Maite. Y con sus padres. No encuentro palabras para insultarme como me merezco. Soy un canalla, un desagradecido, un mentiroso, he faltado a mi palabra. Daría lo que fuera para que no hubiera ocurrido lo de Soledad y que todo siguiera como antes. Siento en el alma el daño

que le he causado a Maite. Tengo unos remordimientos terribles. No me la puedo quitar de la cabeza.

–¿Ya se lo has dicho?

–Sí. Le escribí una carta -contestó Javier con la vista baja-. No sabes lo que me costó.

–Me lo imagino. Le habrás dado un disgusto de muerte.

–¿Tú crees que debo escribir otra carta a sus padres, disculpándome y pidiéndoles perdón?

–Yo lo haré por ti.

–Te lo agradezco mucho. ¿Me dejarás muy mal?

–Me limitaré a contarles la verdad y lo que vi y presencié en Salamanca.

Algo parecido a la esperanza asomó a los ojos de Javier.

–Quizá se hagan cargo de lo ocurrido.

–Es posible, pero eso no les aliviará del disgusto que les causará la noticia. Ellos te quieren.

–Yo también los quiero mucho a los dos y nunca podré pagarles lo que hicieron por ti.

–¿Pues a qué esperas, Javier? Aún estás a tiempo de dar marcha atrás. ¿Por qué no te olvidas de Soledad y vuelves con Maite?

Javier pareció acordarse de algo. Se removió en la silla.

–¿Pues sabes una cosa, mamá? Soledad en persona me pidió que volviera con Maite, que me casara con ella y que tuviéramos muchos hijos.

–¿Eso te dijo? – preguntó Cecilia, sumamente asombrada.

–Sí. Y luego se echó a llorar.

–¿Por qué?

Javier se encogió de hombros.

–Supongo que a consecuencia de una crisis o un ataque de nervios. No sé. Fue durante la cena de despedida en el restaurante de La Viuda del Fraile. Estaba muy alterada ante la inminencia de mi partida.

Cecilia se quedó mirando a su hijo de hito en hito, intentando adivinar el enigma que encerraba el ruego de Soledad. ¿Qué raro pensamiento habría atravesado la mente de la duquesa de Simancas para renunciar a su hijo en beneficio de su joven rival francesa?

¿Arrepentimiento? ¿Reconocimiento tácito de lo absurdo de su aventura?

–¿Pues por qué no sigues su consejo?

–¡Mamá, me pides unas cosas! – exclamó Javier-. ¡Como si yo fuera una bombilla que se puede encender y apagar al antojo de uno pulsando un interruptor! – Hizo una pausa-. Claro que quiero a Maite… pero la quiero de una manera diferente. No sabría cómo explicarlo. Mamá -preguntó, angustiado-, ¿tú crees que es posible querer a dos mujeres al mismo tiempo?

–Lo dudo mucho. El amor es un sentimiento muy exclusivo.

Javier asintió con una cabezada.

Cecilia continuó:

–Yo sólo sé que tú no puedes casarte con Soledad porque está casada y te lleva…

–Diez años -dijo Javier-. Bueno, nueve y algunos meses. Yo los cumplo en agosto y ella en diciembre.

–Diez años son muchos años entre una mujer mayor y un…

–No se puede decir que Soledad sea una mujer mayor.

–Para mí es una jovencita. Pero para ti sigue siendo una mujer mayor. Piensa, además, que los años pasan al doble de velocidad para las mujeres que para los hombres, y que cuando tú tengas sesenta años y estés en la flor de la vida, ella será una abuela de setenta.

–Eso mismo me comentó Soledad.

–Y sabiéndolo ambos, ¿piensas seguir siendo su amante?

–¡Mamá! ¡No digas eso! ¡No soporto esa palabra!

–¿Pues cómo quieres llamarlo? No hay otra. Y ésa es la más suave que se me ocurre.

–Me temo que sí.

Siguió un silencio. Madre e hijo se escrutaban el semblante tratando de adivinarse el pensamiento.

Cecilia fue la primera romperlo:

–¿Estás seguro de que no se trata de una aventura pasajera, un romance entre un herido y su enfermera, como son tan corrientes en los hospitales?

–No, estoy seguro de que no. No es ninguna aventura pasajera. La quiero con toda mi alma, y si pudiera, me casaría con ella.

–Pero no puedes, métetelo en la cabeza. Y otra cosa, y perdona la franqueza: ¿la has dejado embarazada?

Javier negó con la cabeza.

–No lo creo. Ella me dijo que no.

–¿Cuándo empezó vuestro lío?

–El Día de Todos los Santos. Me acuerdo muy bien porque era el día de la tienta.

–Y hoy es diecisiete de noviembre, bueno, dieciocho, porque ya pasan de la una. Un poco pronto para saberlo, pero no imposible. Porque me imagino que en la cama no habréis rezado precisamente el rosario.

–No.

–Quiere decirse que las posibilidades de que venga un niño son considerables.

–Me imagino que sí -dijo Javier agitándose en la silla, sumamente incómodo.

–Tú rebosas fuerza y vigor por todos los poros del cuerpo, y Soledad es la perfecta imagen de la salud y la belleza.

–Pero ella no ha tenido hijos con su marido.

–Eso no quiere decir nada. Aunque su marido sea un donjuán, puede perfectamente ser estéril. Porque también hay hombres estériles, aunque el sambenito nos lo carguemos luego las mujeres. Yo dudo muchísimo que tú lo seas. La duda ofende. Pondría la mano en el fuego. Tu padre y yo te concebimos con todas las de la ley.

Javier callaba, confuso. La mano se le fue a la botella y se sirvió otro vaso de vino.

–¿Quieres, mamá?

–No, gracias. Javier, déjame recordarte que estás jugando con fuego, a un juego peligrosísimo que te puede estallar en la cara.

Javier se llevó el vaso a la boca y apuró un sorbo de vino.

–¿Sí?

–Sí, muy peligroso. Piensa que, si a consecuencia de vuestra relación, viene un niño, ese niño será tu hijo biológico (y mi nieto), pero oficialmente será el futuro vizconde de Navahermosa. ¿Lo has pensado?

–No había caído en ello, pero ahora que lo dices, es verdad.

Cecilia insistió:

–¿Y no te molesta pensar que por sus venas correrá la sangre turbulenta de los Montcada, la sangre de tu padre, de tu abuelo, de vuestro antepasado de Lepanto, y tú tendrás que mantener la boca cerrada y conformarte con mirarlo a distancia?

–Me revienta.

–¿Pues entonces a qué esperas para acabar con Soledad? A mí también me reventaría no poder abrazar ni jugar con mi nieto.

–¡Mamá, qué complicado me lo pones!

–De complicado, nada, todo es tan sencillo como la vida misma.

Javier bebió otro sorbo de vino. No le pareció prudente comentar con su madre los nombres que había sugerido Soledad para sus posibles hijos. Estaba seguro de que la afectaría mucho.

–Ibas a decirme algo, ¿verdad? – preguntó Cecilia, que había leído la vacilación en sus ojos.

–Sí.

–Pues dímelo.

–No te gustará.

–No importa. Dímelo.

–Pues comentando este tema con Soledad, me dijo que ya había pensado los nombres que les pondríamos a nuestros hipotéticos y futuros hijos.

–¿Cuáles?

–Gonzalo si fuera niño y Blanca si fuera niña.

Como había temido, a su madre se le nublaron los ojos.

–¡Javier!

–¿Ves como Soledad es buena?

Cecilia se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

–Yo nunca he dicho que Soledad fuera mala, solamente una irresponsable. Como tú mismo. Mereceríais que os encerraran a los dos.

–Sí…

Cecilia volvió a la carga.

–Javier, me gustaría que recapacitaras un poco y pensaras en el futuro. Ya sé que en tu estado actual es difícil pensar con claridad porque Soledad te ha sorbido literalmente el seso, te ha deslumbrado,

como ocurre con los conejos, que se quedan inmóviles y pasmados en la carretera cuando los enfocan los faros de un coche. – Cecilia le cogió la mano por encima de la mesa-. Javier, piensa con la cabeza, no con el corazón. Aún estás a tiempo de romper con Soledad y volver con Maite. Ella se hará cargo de las circunstancias, de que la culpa de lo ocurrido no ha sido del todo tuya y te perdonará el patinazo. Estoy totalmente convencida. Maite te adora. Maite es una buena niña. Y no hablo a humo de pajas. Me lo ha demostrado en los momentos difíciles, que es cuando verdaderamente se conoce a las personas y a los amigos. Y cuando la guerra termine, os podréis casar, formar una familia y tener hijos, muchos hijos, fuertes y guapos, como yo os tuve a vosotros, que podrían llamarse Blanca y Gonzalito. – Hizo una pausa y añadió-: Los hijos son lo único que da sentido a la vida, el único vínculo que verdaderamente nos ata a la tierra. Los romances, las aventuras, los líos estériles dejan mal sabor de boca y no conducen a nada. Javier, haz caso a tu madre, rompe con Soledad y vuelve con Maite. No quiero dejarla escapar, Javier. Nada me haría más feliz que tenerla de nuera. ¿No te gustaría ser padre y hacerme abuela a mí?

–Sí.

–¿Qué has decidido, entonces?

Javier dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo con un gesto de desaliento.

–De momento, irme al frente. Allí se ven los problemas de distinta manera. Si no es que se olvidan del todo.

–¡Javier, no digas eso, que se me pone la carne de gallina!

–Perdona, mamá, pero no sé qué otra cosa puedo hacer.

Cecilia se levantó, se situó detrás de él y le rodeó el cuello con los brazos.

Javier reclinó la cabeza en su pecho.

–Lo siento, mamá, no quería causarte esta pena. Tienes que perdonarme.

Cecilia le acarició las mejillas.

–Bien mirado, la que tengo que pedirte perdón soy yo. Perdona, Javier, he sido injusta y desconsiderada contigo. No tengo ningún derecho a amargarte el permiso nada más llegar a casa, después de todo lo que has hecho y estás haciendo por mí, por todos nosotros, por

España entera. A pesar de lo ocurrido entre tú y Soledad, estoy muy orgullosa de ti. A tus años, ya has sufrido demasiado para que encima yo tenga que andar chinchándote. Daría lo que fuera para que todos tus problemas, nuestros problemas, fueran como éste. Podría haber sido mucho peor. ¿No te parece? Estás vivo, y eso es lo que cuenta para mí. No sabes lo que sufro cuando estás en el frente. Soy muy feliz teniéndote conmigo y al poder abrazarte así. No sé lo que haría sin ti.

–Lo mismo digo.

–Y ahora vamos a dormir. Son ya las dos pasadas y tú debes de estar hecho polvo. Mañana, a la luz del día, veremos las cosas con más claridad y encontraremos una solución. Y, de momento, no diremos nada a los abuelos. Y, menos que a nadie, a mi hermano Iñaki.

Con la pluma en alto y expresión vacilante, Soledad miraba sin ver los hilos de agua que resbalaban y se perseguían por los cristales emplomados de la ventana de la antecámara de su alcoba. Después de un rato de profunda reflexión, empuñó la pluma y empezó a escribir con trazos firmes:

Querido Javier:

Aún no han pasado ni veinticuatro horas desde que te fuiste y todavía no me explico cómo sigo viva. Javier, te quiero con toda mi alma, tú lo sabes bien, pero antes de que sea demasiado tarde, y a riesgo de perderte, tengo que confesarte que…

El rasgueo de la plumilla al correr por la hoja de papel se confundía con el chisporroteo del fuego en el hogar y el rumor del agua bajando ruidosamente por los canalones de desagüe. Llovía torrencialmente y las gárgolas vomitaban chorros de agua que se estrellaban contra las losas de piedra de la plazuela del Clavero. De vez en cuando, Soledad dejaba la pluma a un lado, volvía la cabeza y echaba un largo vistazo a la amplia cama de matrimonio donde tantas horas felices había pasado en los brazos de Javier. Luego continuaba escribiendo, entre suspiros, exclamaciones ahogadas y frecuentes tachaduras cuando no encontraba la palabra adecuada. La pluma le temblaba entre los dedos. Su escritura se iba haciendo vacilante por momentos. A media cuartilla la soltó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–¡No se lo puedo decir! – gimió-. ¡Soy una estúpida! ¿Cómo se me puede haber ocurrido semejante idea? ¡Lo perdería para siempre!

Con un repentino impulso, cogió la cuartilla y la rasgó en pequeños fragmentos que echó al fuego, donde ardieron con llamitas azules. Soledad miró cómo se consumían y se convertían en ceniza.

Luego se dirigió a la cama, se arrojó sobre la colcha y rompió a llorar, mientras aporreaba la almohada con los puños cerrados y repetía:

–¡Me lo merezco! ¡Me lo merezco! ¡Por estúpida!

Sentado a una mesa de una atestada y ruidosa taberna de la calle de la Estafeta, Javier le abrió de par en par el corazón a su tío Josemari. O lo hacía o reventaba. Necesitaba desahogarse, contar sus problemas, sus angustias y sus remordimientos a una persona de su propio sexo. A falta de un amigo de su edad, su tío le pareció el más indicado. Su tío era un hombre de mundo, inteligente, cordial y comprensivo. Javier le tenía toda la confianza. Se lo contó todo. No le ahorró ningún detalle. Incluso sus visitas nocturnas a la habitación de Maite en el caserón de los abuelos.

José Maria Ortiz de Zabala lo escuchó sin pestañear ni escandalizarse lo más mínimo, completamente indiferente al alboroto que armaban una cuadrilla de mozos sudorosos y congestionados, que proclamaban a voz en cuello que *las golondrinas cantaban a orillas del Arga* bajo un cartel de *prohibido cantar* pegado a la pared con papel matamoscas. Cuando Javier terminó de explayarse, se rascó la cabeza y le expuso su particular y liberal opinión.

–Así, a bote pronto, el problema parece tan insoluble como la cuadratura del círculo, pero la solución es mucho más simple.

–¿De veras?

–Sí, señor. Muy simple: o te olvidas de Maite y la dejas, o sigues con Soledad, como hasta ahora, sin preocuparte de más.

–Pues para este viaje no hacían falta alforjas y no te cuento nada - dijo Javier, mosqueado.

Josemari se llevó la copa a los labios, bebió un sorbo de vino y dijo sentenciosamente:

–Mi querido sobrino, no me interpretes mal. El verdadero problema no es Soledad, ni Maite, ni tu madre, ni tú mismo. El verdadero problema, el problema de fondo, es la guerra que te ha colocado en esta incómoda tesitura, la guerra que lo distorsiona todo. Las ideas

caballerescas que te infundió tu madre en tu no tan lejana infancia no cuentan en la guerra. Los sir Galahad sólo existen en la imaginación de lord Tennyson. El resto de los caballeros son de carne y hueso, como tú y como yo, expuestos a todas las flaquezas de la carne. Tú, en el fondo, no dejas de ser un simple juguete de las circunstancias bélicas que te han sobrepasado. Nuestro error es que pretendemos explicar y juzgar tu caso, y muchos otros, con criterios de tiempos de paz. Y ahí es donde radica el fallo, y tú te agobias y te desesperas. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Javier asintió con la cabeza.

Tío Josemari prosiguió en un tono vagamente doctoral:

–Porque una cosa son los problemas de faldas en tiempos de paz, y otra, muy distinta, los problemas de faldas en tiempos de guerra. No tienen nada que ver. O cómo los ven los paisanos de la retaguardia, o cómo los vemos los combatientes de primera línea, como tú o como yo. ¿Me sigues?

–Sí, tío -contestó Javier, más animado.

–¿Otro chiquito?

–Ya llevo cinco.

–No importa. Estamos de permiso y tenemos bula papal.

–Vale.

–¡Pilarín! ¡Otro par de chiquitos, que tienes a mi sobrino al borde de la deshidratación!

–¡A la orden, mi comandante! – contestó al punto la joven camarera que atendía las mesas ataviada al estilo tradicional navarro.

–¿Te das cuenta, Javier, de lo bien que funciona la jerarquía militar entre los navarros? ¡Hasta las mujeres la han asimilado! Los rojos pueden ir despidiéndose de ganar la guerra.

–Seguro.

–Pues como te iba diciendo, el padre Izurdiaga (por ahí van diciendo que será la tumba del fascismo) y sus tremebundos colegas, que claman por la moralidad y las buenas costumbres de la retaguardia y arremeten contra las perniciosas modas que nos llegan del extranjero, no tienen nada que hacer. Tienen la partida perdida de antemano. Es inútil que se desgañiten desde el púlpito y nos amenacen a los combatientes con las penas del infierno si sucumbimos a las tentaciones

de la carne. Cuando los requetés vuelven del frente, lo que verdaderamente quieren es acostarse con una mujer: la suya, la del prójimo, una amiga, la novia, la mujer de la limpieza, una pelandusca… la que sea, cualquier cosa que lleve faldas. Y ahí tienes la demostración palpable de mi brillante teoría -dijo Josemari señalando con la vista al puñado de mozos que se apiñaban frente a la barra y requebraban a Pilarín-. ¿Tú crees que esos requetés han hecho caso a las prédicas del padre Izurdiaga?

Javier meneó la cabeza con un gesto dubitativo.

–Lo dudo mucho.

–Ni el más mínimo caso. Puedes jurar que la mayoría le han hecho proposiciones para llevársela a la cama. Sin que eso quiera decir que mañana no te los encuentres en misa de nueve, muy serios, formalitos, limpios y arreglados, adelantándose devotamente a recibir la Comunión después de haber confesado sus pecados.

Javier lo escuchaba con la mirada ligeramente turbia, la barbilla apoyada en el hueco de la mano izquierda y el vaso en la derecha.

Tras unos segundos de profunda reflexión, Josemari agregó:

–Afortunadamente, pues, de lo contrario, nos íbamos a quedar sin niños, ¿no te parece? Los soldados hemos de combatir en dos frentes: el de batalla, contra el enemigo, y el de la retaguardia, con nuestras mujeres, para reponer las bajas en combate… Sí, sí, no te rías… Nuestro mérito es enorme, aunque el padre Izurdiaga no quiera reconocerlo.

–El doctor Merino opina lo mismo que tú.

–No tengo el honor de conocer a ese sagaz matasanos, pero apuesto a que es un hombre sabio y ponderado que sabe lo que se dice. Los curas y los predicadores -prosiguió Josemari tras paladear un sorbo de vino-, que hablan de moral y decencia y se rasgan las vestiduras cuando uno empina el codo o se va de picos pardos por ahí, no saben de la misa la mitad, ni tienen pajolera idea del miedo, la angustia y la tensión insoportables que pasamos los combatientes de primera línea de fuego. Por no hablar de los piojos, la mierda, el barro, el polvo, la sed, el frío el tifus y un largo etcétera que tú conoces tan bien como yo. Ningún paisano conoce, ni de lejos, lo que es aguantar una sesión de morterazos del 81, esa muerte solapada que viene del cielo sin avisar, ni posibilidad

de esquivarla, y a uno sólo le queda el recurso de hacerse un ovillo dentro de su agujero, agarrarse al suelo con uñas y dientes, meter la cabeza entre los hombros y resistir la tentación de salir a escape y no…

–Nuestro páter sí lo sabe.

–Pero no el padre Izurdiaga, que nunca ha estado en el frente y no sabe lo que es una trinchera… y, además, es falangista. Yo he pasado miedo, muchísimo miedo, te lo confieso sin rubor, sobrino. Y me lo he tenido que tragar para ocultarlo a mis hombres.

–A mí me ha ocurrido igual.

–Pues eso te ayudará a comprender mejor lo que intento explicarte. Esas experiencias lo dejan a uno hecho un manojo de nervios. Y la única terapia que funciona en estos casos son unos brazos femeninos, lo que un cursi anónimo ha llamado *el reposo del guerrero,* Y eso es una verdad como un templo, y no hay por qué escandalizarse si uno se agarra a la primera moza que se le pone a tiro, como te ha ocurrido a ti, a mí y a cualquier pringao como nosotros que se ha visto metido en una ensalada de tiros sin comerlo ni beberlo, y ha tenido que hacer de tripas corazón, como se dice vulgarmente.

–Supongo que será como tú lo dices.

–Tenlo por seguro. A ti, los rojos te dejaron hecho unos zorros. Pero dio la bendita casualidad de que Soledad estaba cerca de ti, te dio su sangre, se hizo cargo de tus pedazos, te embarcó en un convoy de heridos y al cabo de un lapso de tiempo razonable te invitó a meterte en su cama. Si no hubiera sido Soledad, habrían sido sus colegas, María Puri, Concha, Isabelín… O la misma Maite, si la hubieras tenido a mano, quien habría estado encantada de hacerte ese favor, con lo que tú te habrías ahorrado esta innecesaria dosis de ansiedad y amargura que ahora te agobia y te consume, porque, afortunadamente, las mujeres tienen un corazón muy grande y se compadecen de uno, y tienen tanta necesidad de cariño y compañía como nosotros mismos… ¡Jolín, con el discurso que me ha salido!

Pilarín se presentó con los chiquitos y, al inclinarse para dejarlos sobre la mesa, ofreció a tío y sobrino la reconfortante visión de su escote.

–Hace un momento hablábamos de ti, Pilarín -dijo tío Josemari.

–¿Bien o mal?

–Bien, por supuesto, la duda ofende.

–¿Y se puede saber qué decíais? – inquirió la joven, pasando el trapo con deliberada lentitud sobre la mesa.

–Que nos gustaría que nos dijeras a cuántos mozos has tenido que pararles los pies esta noche.

–A todos.

–¿Lo ves, Javier? – exclamó triunfalmente Josemari-. Ahí tienes la demostración viviente de mi brillante teoría.

–Me has convencido a medias. Con Pilarín no vale; es demasiado atractiva.

–¿No me podríais dar más detalles? – preguntó la joven, muy intrigada-. No sé de qué diablos estáis hablando, pero suena muy interesante… ¡Voy! – gritó, impaciente, a unos parroquianos que reclamaban su presencia desde el otro extremo del local-. ¡Jo, qué fastidio! ¡La gente no tiene consideración! Luego me lo contáis todo con más detalle. ¡No os vayáis, por favor, que me habéis dejado muy intrigada!

Pilarín se alejó entre las mesas y tío y sobrino echaron sendos tragos.

–No está nada mal este rioja joven, ¿no te parece, sobrino? – preguntó Josemari-. Este año, a pesar de la guerra, les ha salido una excelente cosecha.

–Dímelo a mí, que ya empiezo a verte doble -asintió Javier-. ¿Y qué más?

–Otro aspecto distorsionante de la guerra es la aterradora incertidumbre que el destino nos depara a los combatientes. Ahora mismo, tú y yo estamos departiendo tranquilamente (es un decir) en este tugurio infecto, y dentro de quince días, cuando empiece la próxima ofensiva, quién sabe dónde estaremos. Quizá con las tripas al aire y las pelotas colgando del árbol más próximo a consecuencia de un pepinazo del quince y medio. Tu mismo tercio quedó lo que se dice en cuadro en Brunete. Allí perdí a mi buen amigo Paco Olavide, tu antiguo capitán. Tú te libraste por los pelos. – Tío Josemari hizo una pausa-. La guerra viene a ser una especie de lotería macabra en la que todos tenemos números más que suficientes para que nos toque el gordo. Nuestras vidas penden de un hilo muy fino que puede romperse

en el momento menos pensado. Imagínate, por un momento, que después de haber removido Roma con Santiago y de haber envenenado previamente a su marido con matarratas, te casas con Soledad, y una semana más tarde palmas con todos los honores en el campo de batalla. ¿Qué habrás conseguido? Nada. Sólo dejarla viuda. Lo mismo que si te casas con Maite.

Javier asintió con una profunda cabezada.

–¿Lo ves? – exclamó tío Josemari-. Pues ante esta pavorosa incertidumbre, habrás de convenir conmigo que todos los demás problemas carecen de importancia, y no tiene ningún sentido angustiarse y hacer planes para el futuro, y lo mejor que podemos hacer los soldados es aprovechar todas las oportunidades que nos salen al paso. Nuestra filosofía, la filosofía del combatiente de primera línea, podría resumirse en el clásico carpe diem.

-*Carpe diem, quam minimum credula postero* -declamó solemnemente Javier-. Goza del día de hoy y no cuentes con el de mañana. Horacio *dixit.*

–Sobrino, me admira tu conocimiento del latín.

–No te lo creas, tuve que escribirlo cien veces en la pizarra.

–El latín tiene la virtud de dignificar y justificar cualquier vulgaridad. En este caso, el popular dicho *aquí te pillo, aquí te mato.*

–¿No suena un poco fuerte? – preguntó Javier.

–Más fuerte me parecería palmarla sin haber gozado del momento presente. Por lo menos, te vas de este mundo con un bello y romántico recuerdo y el nombre de tu amada en los labios.

–Tal como lo explicas, parece muy sensato.

–¿Lo habías puesto en duda alguna vez? – preguntó Josemari a gritos, para hacerse oír por encima del estrépito que armaban los mozos, que ahora, puestos en pie y agarrados por el pescuezo, la habían emprendido con la canción del Carrascal, que se había puesto de moda en la retaguardia nacional.

Carrascal, carrascal, qué bonita serenata.
Carrascal, carrascal, que me estás dando la lata.
En la procesión de Tauste, Tauste,
en la procesión de Tauste, Tauste,
en la procesión de Tauste,

los primeros van delante.

Carrascal, carrascal, qué bonita serenata…

–¡Para lata, la que me estáis dando vosotros! – rezongó tío Josemari dirigiéndoles una mirada asesina-. ¿Por qué no os largáis con la música a otra parte y nos dejáis en paz, hatajo de desgraciados?

–Y tú que lo digas.

Más calmado, Josemari se volvió a su sobrino.

–Y a todas éstas, ¿qué opina tu madre?

–Puedes imaginarte: hecha un mar de dudas. Ella y Soledad habían hecho muy buenas migas. Mi madre no puede olvidar que me salvó vida. Me parece que la he puesto entre la espada y la pared y no sabe qué pensar.

–Algo muy sorprendente, tratándose de mi querida hermana.

–Te confieso que a mí también me sorprendió. Temía que me echara la caballería encima, que me hiciera picadillo… y ya ves. Yo creo que me comprende, hasta cierto punto.

–Lógico y natural. Cecilia se ha hecho cargo de las especiales circunstancias que concurren en tu caso, y el favor inmenso que le debe a Soledad, y no ha vacilado en pasar por encima de sus creencias y sus convicciones. Algo que no sucederá con mi hermano Iñaki cuando se entere. Ya sabes cómo las gasta nuestra particular Espada de Trento y Martillo de Herejes.

–Supongo que sí -dijo Javier, pesimista-. La abuela me ha dicho que ahora está de rector en el colegio de San Ignacio de San Sebastián.

–Pues ya sabes lo que te toca: no asomar las narices por la Bella Easo, por sí las moscas. Ponerte fuera del alcance de su artillería.

–Eso será fácil. Pasado mañana salgo para Sigüenza. Allí me espera mi tercio, afilando las espadas de cara a la próxima ofensiva.

–Sí. Y otra vez nos tocará jugarnos el tipo a cara o cruz. – Tío Josemari paladeó un sorbo de vino y añadió, arrastrando las palabras con cierta dificultad-: Créeme, sobrino, no te tortures ni te consideres un canalla pensando que has faltado a la palabra que diste a Maite. Ni cómo vas a resolver la papeleta con Soledad. Deja que el destino decida por ti. No puedes hacer otra cosa. Estás atado de pies y manos. Si viene Maite, bienvenida sea. Le pides perdón, hacéis las paces y verás como al cabo de pocos días la quieres como antes.

Javier meneó la cabeza, no demasiado convencido.

–Tal como lo pintas, todo parece muy fácil.

–¡Y lo es! Por lo que me has contado, las dos son guapas como para parar un tren, dos auténticas bellezas, ¿me equivoco?

–No.

–Pues ahí está la ventaja.

–¿De veras?

–Sí, verás, las mujeres guapas -divagó tío Josemari con la mirada perdida en la nube de tabaco y fritangas que flotaba encima de las cabezas de los parroquianos- son como los neumáticos de recambio. Todas sirven para sacarnos del atolladero. Así que las besas y las acaricias un poco, se ponen a rodar como la seda, tú pierdes el mundo de vista y te olvidas de las otras.

–¡Oye, tío Josemari! – protestó Javier, mosqueado-. ¡Que ni Soledad ni Maite son un par de neumáticos de recambio!

–No te sulfures, sobrino. Era una manera de hablar. No tendrías ningún problema si una de las dos fuera un poco feúcha. La descartas y te quedas con la guapa. Lo malo de tu problema es que se complica por exceso. Lo que yo quería insinuarte es que tú te crees perdidamente enamorado de Soledad. Estás convencido de que es única y que no la cambiarías por ninguna otra mujer. Pero ahora dime, con el corazón en la mano: ¿qué ocurriría si esta misma noche Maite llamara a la puerta de tu cuarto, sin más vestido que un camisón transparente? ¿Eh? ¿Me lo podrías explicar?

–No…

–¡Pues yo te lo diré, so merluzo! Caerías de cuatro patas en sus brazos. Y harías santamente bien, y Maite estaría encantada.

–Supongo que sí -tuvo que admitir Javier, recordando los aprietos en que lo había puesto Laura en varias ocasiones.

–Los hombres -prosiguió el tío Josemari haciendo describir lentos círculos a su vaso sobre la mesa manchada de vinazo- estamos hechos de carne y hueso, una materia vil y deleznable donde las haya, lo que, unido a la lejanía de la mujer amada, nos hace muy vulnerables al encanto femenino más cercano. Nos pasa como a los astros del firmamento, cuya fuerza de atracción disminuye proporcionalmente en función del cuadrado de la distancia que los separa. Teniendo, pues,

esta ley newtoniana en cuenta, todos, y todas, tendríamos que ser más conscientes de nuestras flaquezas, hacernos cargo de las circunstancias y perdonarnos nuestros patinazos ocasionales. ¿Estás de acuerdo conmigo?

–Sí.

–Me alegro. ¿Quién te dice a ti que Maite no ha patinado, siquiera un poco? Y no pongas esa cara de ofendido, que Maite también es de carne y hueso y tiene tanto derecho a patinar como tú y como yo.

–Sí, claro, Maite puede patinar lo que quiera -reconoció Javier de mala gana.

Hasta ahora no había considerado esa desagradable posibilidad. Pero claro, si él tenía un lío con su enfermera, ¿por qué no podía Maite tener un lío con un amigo del instituto o con quien fuera? Tenía exactamente sus mismos derechos. Pero el hecho de imaginársela en la cama en brazos de otro hombre le molestó. ¿Celos? Apartó esta idea de su cabeza y volvió a escuchar a su tío, que volvía a perorar incansable.

–¡Si al final acabarás dándome la razón, sobrino! Resumiendo: acepta las cosas como son, vengan de donde vengan, y da gracias a Dios de seguir vivo a cada día que pasa. No adelantes acontecimientos. No vas a conseguir nada como no sea angustiarte en vano. – Tío Josemari alzó el vaso, lo miró a contraluz y trató de adivinar el color del vino. A los dos segundos lo dejó por imposible-. Sobrino, ¿te has parado a pensar alguna vez que los amores nunca son eternos?

–Sí.

–Unos naufragan en la rutina del matrimonio.

–Por lo que yo he podido ver, mis padres se han querido siempre.

–Otros acaban trágicamente. Ésos son los amores verdaderamente eternos. Precisamente porque no han llegado a consumarse. Acaban con la muerte prematura de uno o de los dos protagonistas. Y eso los convierte automáticamente en una leyenda. No tienes más que dar un repaso a la historia de la literatura universal: Romeo y Julieta, Tristán e Isolda…

–Javier y Soledad.

–Perdona, sobrino, no quería llegar tan lejos.

–Tranquilo. He captado el mensaje. Pero tienes razón, y no descarto en absoluto la posibilidad de que mis amores con Soledad acaben como

el mismo rosario de la aurora.

–Por favor, Javier, no te tortures por anticipado. Estamos en manos de Dios. De Alá, como dicen los moros. Nuestro destino está escrito en las estrellas del desierto y se cumplirá inexorablemente, hagas lo que hagas o dejes de hacerlo. ¡Ea, levanta esos ánimos, sobrino! Vamos a pedir dos chiquitos más. ¡Pilarín!

El local se había vaciado un tanto y los mozos habían dejado de alborotar.

La camarera fue hacia ellos con una jarra de vino en la mano.

–Y ahora me contáis eso tan interesante de lo que estabais hablando -dijo después de haber llenado sus vasos.

–Faltaría más, encanto, siéntate aquí con nosotros -dijo José María Ortiz de Zabala apartándose un poco y haciéndole sitio a su lado en el banco-. Aquí donde lo ves -y señaló acusadoramente a Javier con el dedo-, el sátiro de mi sobrino, no contento con seducir a una doncella desvalida y dejarla embarazada, se ha liado con una dama de alta alcurnia.

Pilarín puso cara de pasmo y miró a Javier.

–¿No lo dirás en serio, verdad?

Javier se limitó a guiñarle un ojo.

–¿Me podéis dar más detalles?

–Por supuesto -contestó tío Josemari, que hizo un breve resumen del lío a la joven camarera.

–Tal como lo cuentas, las dos me caen muy bien -dijo Pilarín-. Las dos me parecen encantadoras. – Hizo una pausa y miró a Javier-. ¿Pero es verdad eso de que has dejado embarazada a la doncella desvalida?

–No, por supuesto que no. Todo es producto de la mente enfermiza de mi tío.

–¿Te acuerdas de ella?

–Sí.

–¿Y todavía la quieres?

–Pues sí -acabó reconociendo Javier-. Más o menos. Sí.

–¿Y cuál de ellas es mayor?

–La dama de alta alcurnia. Me lleva diez años.

–¿Y está casada?

–Sí. Encima está casada.

–¿Y las dos son guapas?

–A rabiar. Cada una en su estilo.

–En ese caso me inclinaría por la doncella desvalida.

–Pues ya lo has oído, sobrino -dijo Josemari-. Has escuchado la voz de la sensatez. La voz del sentido común femenino. Ya sabes lo que te toca.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 13:
1936-1939

–¿Has dicho Kim Philby? – preguntó Peter Turner, muy sorprendido, limpiándose con el dorso de la mano la espuma de cerveza que se le había quedado prendida en su rojizo mostacho.

–Sí.

–¿Y que escribe en el *Times?*

–Sí, ¿qué tiene de particular? – quiso saber Javier.

–Si me dijeras que lo hace en el *Daily Worker,* lo entendería mejor.

–¿Por qué?

–Porque Kim Philby es un rojo y un comunista de tomo y lomo, como decís los españoles.

Javier devolvió la mirada a Peter Turner con igual extrañeza.

–¡Qué raro!

Ambos amigos estaban tomándose unas cervezas en la cantina de la estación de Sigüenza después de haber supervisado la descarga del armamento y la impedimenta de su compañía de los vagones del tren que los había traído hasta allí.

Desde que había sido designada por el mando nacional como una de las bases de partida de la nueva ofensiva sobre Guadalajara, la capital del Alto Henares, normalmente una población apacible y recoleta, se había convertido de repente en un agitado hervidero de tropas. El día D previsto para desencadenarla era el 25 de noviembre. De momento, la lluvia y el mal tiempo obligaban a posponerla indefinidamente, lo que aumentaba el mal humor y la impaciencia de la soldadesca, que vagaba inquieta por las callejas y los soportales de la vieja ciudad castellana y atestaba sus tabernas sin ocurrírseles entrar en la catedral y echar un vistazo a la tumba de su famoso Doncel.

Muy pocos días le habían bastado a Javier para reintegrarse a la rutina castrense. Las formaciones de diana, rancho y retreta, las sesiones de instrucción, relleno de estadillos, guardias y maniobras le habían hecho olvidar la dulzura de las jornadas salmantinas. A veces se preguntaba si no habría sido el sueño maravilloso de una noche de otoño. Un simple vistazo a la foto de Soledad encaramada a una valla

de los corrales de «El Robledal» bastaba para convencerlo de lo contrario.

En más de una ocasión había reflexionado sobre la conversación sostenida con su tío en la tasca de la calle de la Estafeta. Tenía que reconocer que los dos estaban más animados de la cuenta, pero tío Josemari, en muchos aspectos, tenía más razón que un santo. De nada servía torturarse pensando en el futuro y lamentarse por el pasado si en el momento menos pensado uno podía acabar con los intestinos colgados del árbol más cercano. El presente se imponía sin contemplaciones. Volvía a formar parte de la gran maquinaria bélica que pensaba y decidía por él. La guerra era el ancho foso que le permitía enterrar sus angustias y sus remordimientos. Su destino continuaba escrito en las estrellas, como había dicho tío Josemari, fuese lo que fuese lo que eso significara.

Su antigua compañía, recompuesta tras la sangría de Brunete, la mandaba ahora el capitán Loarre, un aragonés natural de Jaca, resuelto y cuadrado como una talega. El cabo Mendiola (que incomprensiblemente había salido de la acción del Espolón sin un solo rasguño) había sido ascendido a sargento para llenar el vacío dejado por el sargento Martínez, caído en el asalto final. Su pérdida fue muy sentida en la compañía y todo el Tercio de Montejurra, que seguía siendo una unidad de élite dentro de la 1 División de Navarra, pues ahora las antiguas brigadas se habían transformado en grandes divisiones dada la magnitud de sus efectivos y potencia de fuego.

El sargento Mendiola le había contado, punto por punto, los pormenores del asalto a la cota del Espolón, y le confirmó lo que temía: que el Segador había conseguido huir al amparo del humo y las explosiones.

–Otra vez será, mi teniente -lo había animado-. Lo importante es que usted siga vivo. Cuando lo recogimos del suelo y lo tendimos en la camilla, ni yo ni nadie habríamos dado ni cinco céntimos por usted. Suerte tuvo de aquella enfermera. ¡Jolín, que mujer más valiente! Nos dejó a todos admirados. Por lo valiente y por lo guapa, todo hay que decirlo.

Javier sonrió interiormente al pensar en la sorpresa que se habría llevado el bueno del sargento Mendiola si hubiera conocido la segunda

parte de la acción de la loma del Espolón.

Entre la hornada de nuevos reclutas incorporados al batallón, Javier había descubierto a Félix Larraz, el chico de Pamplona que fue rechazado a la hora de alistarse en el patio del cuartel del general Morriones. Javier aún recordaba sus lágrimas de rabia y vergüenza rodando por sus mejillas y las pullas que le habían dirigido los voluntarios. Ahora, se había convertido en un mozo alto y bien plantado y, no obstante la pelusa que le crecía en las mejillas, seguía teniendo ingenuos ojos de niño. Era natural de Ochagavia. A Javier le alegró saber que era montañero y cazador de sarrios, o rebecos, por otro nombre. Su expresión inteligente y su aire resuelto le causaron muy buena impresión. Le propuso ser su asistente.

–Si eso no supone que no pueda disparar a los rojos, mi teniente -había objetado respetuosamente el mozo, dándole vueltas a la boina entre los dedos.

La misma objeción que él le había planteado el capitán Olavide cuando éste le propuso apuntarse a los cursillos de alférez provisional.

–Descuida, que por ese lado no te van a faltar oportunidades. Quizá hasta demasiadas.

–Si es así, de acuerdo, mi teniente.

Su vacante la había ocupado el alférez inglés Peter Turner, que para entonces había hecho grandes progresos con su español castrense y había enriquecido su léxico de insultos y maldiciones con nuevas y exóticas aportaciones. Ambos compartían una habitación en la casa de un vecino de Sigüenza, padre de dos hijas morenas y garridas que eran la admiración del joven inglés. Cuando se fueron, le pagaron religiosamente todos los gastos de alojamiento, a pesar de sus protestas, y les hicieron un buen regalo a su mujer y a sus hijas.

–Kim estudiaba historia con mi hermano mayor -explicó Peter Turner dejando la jarra de cerveza encima de la mesa, procediendo calmosamente a cargar su pipa con una mezcla de tabaco holandés que sacó de una bolsita de ante.

–¿Lo conoces?

-*Of course,* de mis locos años de Cambridge. Éramos condiscípulos, aunque separados varios cursos. Pero sus simpatías no se orientaban precisamente hacia los blancos, sino, más bien, hacia los rojos.

–Pues a mí no me lo pareció -dijo Javier, desconcertado-. A Franco le gustan mucho los reportajes que publica en el *Times.*

–Oye, ¿estamos hablando de la misma persona? – preguntó Peter, igualmente desconcertado.

–No sé, ahora que lo dices, me haces dudar.

–Te estoy hablando de Harold Adrian Russell Philby, éste es su nombre completo, graduado por Cambridge y ex alumno del Trinity College -dijo Peter.

–Exacto. Y él mismo le dijo a mi madre que si su nombre le parecía demasiado largo lo llamara simplemente Kim, el apodo que le sacó su padre en honor de Rudyard Kipling, su autor preferido.

–Es el mismo, sin lugar a dudas. Pero me cuesta mucho entender que ahora esté a favor de los blancos -insistió Peter.

–¿Y por qué no?

–Porque es más rojo que la Pasionaria.

–¿Sí? – preguntó Javier sin poder ocultar su sorpresa. Peter Turner terminó de atacar la cazoleta de su pipa y contestó:

–Sí, lo que oyes. En mi tiempo, Kim Philby era un activo y distinguido miembro de la célula comunista de Cambridge. Su rojez era pública y notoria. Siempre andaba dando mítines y conferencias y hablando de lo bien que se vivía en Rusia y de las injusticias del capitalismo. Yo mismo había asistido a sus mítines para comprobar hasta qué punto podía llegar su tontería. En 1932, si mal no recuerdo, se afilió al Club Laborista de la universidad, que si no es comunista, le falta muy poco. Y de ahí, a ingresar en el partido *par excellence* sólo hay un paso; un paso que Philby daría un año más tarde. Lo que le valió viajar a Rusia un par de veces para beber en las fuentes originales de la sabiduría y ser debidamente aleccionado en la ortodoxia marxista.

–¡Vaya! – exclamó Javier, desconcertado.

–Sí, puedes creerme -dijo Peter prendiendo una cerilla, acercándola a la cazoleta de su pipa y arrancando perfumadas volutas de humo-. Kim siempre ha sido un tipo raro. Se había comentado incluso que si era de la acera de enfrente, como sus amigos Burges y Maclean, un par de mariconazos de mucho cuidado, seguramente para hacerse dignos de la ilustre tradición sodomítica instaurada en Cambridge por Oscar Wilde, alumno del Trinity College, por cierto. En 1934, Kim Philby

estaba en Viena luchando codo a codo con los socialistas, que se habían hecho fuertes en el nuevo barrio de Florisdorff, donde fueron cañoneados sin contemplaciones y expulsados por las tropas de la Heimwehr del canciller Dollfuss. Kim tuvo suerte, se escapó por las cloacas de la ciudad con un puñado de supervivientes y consiguió llegar a Inglaterra sano y salvo. Y ahora, por lo que tú me cuentas, resulta que es amigo de los blancos. Sencillamente, no me lo explico -terminó Peter, tan desconcertado como su amigo, colocándose la boquilla de la pipa entre los dientes.

Javier apuró un sorbo de cerveza y sonrió burlonamente.

–El resplandor de la luz del camino de Damasco lo habrá cegado y lo habrá hecho caer del caballo. Como a san Pablo. Y ahora ha vuelto al redil de las buenas ovejas.

Peter apretó los labios con un gesto dubitativo.

–Al redil de las buenas ovejas, no sé. Pero sí al redil de la Alianza Anglogermana de Oswald Mosley, decididamente derechista y pro fascista. ¿Cómo te explicas semejante contradicción?

–Esto confirma su conversión, ¿no crees?

–Me parece rarísimo, si quieres que te diga la verdad. Más que raro. Ya te digo: Kim Philby es más rojo que la Pasionaria.

–Pues a mí nunca me ha dado esa impresión, ni de lejos -dijo Javier-. O si lo es, lo disimula muy bien. Se relaciona con la mejor sociedad de Salamanca, lo invitan a fiestas y es amigo del comandante Lacruz, del Estado Mayor del general Vigón.

–Claro, no me extraña: para meter la nariz donde no le importa, espiarnos mejor y luego informar a sus amos comunistas.

Javier meneó la cabeza con un gesto de duda.

–Pues no sé qué decirte, Peter, sinceramente, me has dejado de una pieza.

–Pues yo sí. Y creo que deberíamos dar parte al servicio de información militar -insistió Peter-. O, por lo menos, al comandante de la brigada. Insisto: Philby es un elemento peligroso, un espía rojo agazapado en nuestra retaguardia. Y cuanto antes, mejor.

Javier hizo un gesto con la mano.

–¡Bah, quítate esa idea de la cabeza! Debe de tratarse de un compatriota excéntrico y con ganas de llevar la contraria. Como

Bertrand Russell.

–Un mal bicho, eso es lo que es Kim Philby. Insisto en que debemos dar parte al comandante Errasti.

–Si tanto te empeñas…

–Espero que estés presente en la entrevista. Mi español todavía no es ninguna maravilla.

–Descuida.

Apuraron sendos tragos de cerveza.

–Y cambiando de tema, ¿qué tal lo has pasado en Salamanca? –preguntó Peter.

–Pues resulta que me he enamorado de la enfermera que me salvó la vida en Brunete y cuidó de mí en el hospital.

Peter chasqueó los labios en señal de aprobación.

–Todo dentro de la más pura tradición bélica, *my boy.* Un incidente rutinario que no reviste una gravedad especial.

–El caso es que me he liado con ella, tú ya me entiendes, ¿verdad?

–Te entiendo.

–El problema es que está casada.

–Eso lo hace más *exciting* todavía.

–No te puedes imaginar hasta qué punto. Me he metido en un buen lío, ¿sabes?

–¿Y quién es ella, si se puede saber?

–Una chica medio paisana tuya. Soledad Álvarez de Toledo, por parte paterna, y Montagu Scott-Howard por parte de madre. La duquesa de Simancas, en una palabra.

Peter sacó dos bocanadas de humo de su pipa y asintió con la cabeza.

–Sí, conozco a su familia. Su madre era famosa entre la *gentry* londinense por su elegancia y por los sombreros extravagantes que lucía en Ascot. Era muy guapa. A mí me tenía fascinado. Aunque yo fuera un niño, estaba enamorado de ella. Por desgracia, mis *esperanzas* se esfumaron cuando murió en Kenia en un accidente de caza, juntamente con su marido.

–Su hija también es muy guapa. Y me quedo corto al describirla así.

–¿Y qué hay de aquella chica francesa de que me hablaste? Tu novia, si mal no recuerdo. Aquella a la que le pusiste los cuernos con

una amiga en el hotel de Inglaterra de Burgos.

–He roto con ella.

–¿Unilateralmente?

–Unilateralmente.

–Pobre chica. Lo siento por ella. Lo habrá pasado fatal.

–Yo también -dijo Javier.

Peter Turner se reclinó en el respaldo de la silla y se lo quedó mirando entre admirado y socarrón.

–Teniente De Montcada, me estás resultando un casanova de pacotilla.

–Contra mi voluntad, te lo puedes creer. No me inspira ninguna simpatía ese personaje. Lo encuentro despreciable.

–Pero las apariencias…

–Digamos mejor las circunstancias.

–¿Y por qué no me lo cuentas todo?

–Otro día -dijo Javier consultando el reloj-. Son las seis pasadas. Y además, está empezando a chispear de nuevo.

Los dos amigos, después de pagar la consumición a escote, se levantaron los cuellos de los capotes y enfilaron la cuesta de la ciudad, dominada por la maciza mole de la catedral y la torre almenada del viejo alcázar, que empezaban a difuminarse en la media luz del atardecer invernal.

Tras solicitar la reglamentaria audiencia, el comandante Errasti los recibió dos días después en el puesto de mando de la división. Con pocas palabras, Javier le expuso el objeto de la visita.

–Mi comandante, el alférez Turner tiene una información referente a un corresponsal del *Times* en nuestra zona que cree que debe poner en su conocimiento. O del Servicio de Información Militar.

–Eso suena importante, ¿no les parece?

–Sí, muy importante, mi comandante -insistió Peter Turner-. No me he cansado de repetírselo al teniente De Montcada.

–Veamos de qué se trata. Empiece, por favor.

Peter Turner le contó todo lo que le había contado a Javier en la cantina de la estación. El comandante Errasti lo escuchó atentamente y le formuló algunas preguntas aclaratorias.

–Muy bien, alférez -dijo cuando terminó-. Póngame todos esos datos por escrito, y yo mismo me ocuparé de hacer llegar su informe al Servicio de Información Militar de Burgos lo antes posible.

–Mi comandante, ¿cree que es importante lo que le he contado?

–Podría ser. Pero vamos a dejarlo en manos del SIMP, que ellos saben más que nosotros de estas cosas. ¿Todo bien, mister Turner?

–Muy bien, mi comandante. Gracias.

–Me alegro. Y muchas gracias por la información.

–No se merecen, mi comandante.

Cuando el mando nacional escrutaba el cielo ansiosamente y vacilaba a la hora de desencadenar la proyectada ofensiva sobre Guadalajara, un repentino ataque rojo a Teruel decidió por él, desbarató todos sus planes y sumió a Franco en un mar de perplejidades y vacilaciones.

–Teruel -reflexiona el Generalísimo, mientras mide con cortos pasos el dorado Salón de Audiencias del Palacio Episcopal de Salamanca- es una de las capitales de provincia más frías y pobres de España, ocupa una posición muy precaria en el extremo de la punta de lanza nacional que amenaza Valencia y toda la retaguardia republicana. En realidad, es una plaza sitiada por el enemigo, unida a Zaragoza por el delgado hilo de la línea del ferrocarril y la carretera de Calatayud, ambas bajo la amenaza de la artillería roja emplazada en los Altos de Celadas y del Muletón. Un estrecho pasillo de apenas cinco kilómetros de ancho. En algunos puntos, ni eso. No obstante, la capital del Bajo Aragón goza de buenas defensas naturales. Se asienta en lo alto de un cerro, en la confluencia de los ríos Guadalaviar y Alfambra, que le hacen de eficientes fosos. El edificio del Seminario es muy alto y poderoso, y viene a ser, con sus torres y sus gruesos muros de ladrillo, el verdadero alcázar de Teruel. Su guarnición, que no pasará de los cuatro mil hombres entre tropa, guardias civiles y paisanos armados, está al mando del coronel Rey d'Harcourt. Así están las cosas.

Franco termina su monólogo, se vuelve hacia el general Vigón, sentado en una butaca, y le pregunta.

–¿Qué se sabe de Rey d'Harcourt?

–Tengo entendido que es un buen elemento, mi general -responde el jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, parapetado tras los

gruesos cristales de sus gafas de montura de concha. El general Vigón tiene la frente despejada y expresión inteligente. Recuerda más a un pragmático hombre de negocios que a un militar profesional-. Si bien -añade-, por los rumores que me han llegado, últimamente parece que anda algo deprimido, como si no acabara de reponerse de la muerte de su hijo Enrique, alférez de requetés de la Cuarta Brigada de Navarra, caído en Brunete.

–¿Se puede confiar en él? – pregunta el Generalísimo.

–Por supuesto.

–¿Se convertirá en un segundo Moscardó, llegado el caso?

El general Vigón se encoge de hombros. Tiene el ceño fruncido.

–Supongo que sí.

Los dos hombres se envuelven en un denso silencio cargado de incógnitas. El general Vigón aprovecha la pausa para echar aliento a sus gafas y limpiarlas con una gamuza que se ha sacado del bolsillo. Las manecillas del reloj de la repisa de la chimenea del salón desgranan lentamente los segundos. Al otro lado de la puerta, blanca y dorada, se oye un alegre rumor de risas y conversaciones.

El Generalísimo se rasca el entrecejo con un gesto pensativo.

–¿Qué opinan los generales?

El general Vigón se guarda la gamuza en el bolsillo de la guerrera y se ajusta las gafas.

–Se lo puede usted imaginar. Varela y Yagüe, no es necesario que se lo diga, son de la opinión de marchar sobre Guadalajara sin más dilación, abandonando Teruel a su suerte.

–¿Con el riesgo de que caiga en poder de los rojos?

–Sí, mi general.

–¿Y Aranda y Moscardó?

–Todo lo contrario. Opinan que acudiendo en auxilio de Teruel no perdemos nada. Y que Guadalajara y Madrid pueden esperar.

–Me lo imaginaba.

Franco recuerda de pronto que, con ocasión de la jura de los Consejeros Nacionales en el monasterio de Las Huelgas de Burgos, monseñor Polanco, obispo de Teruel, le había recordado respetuosamente lo expuesto de su posición y lo cerca que tenían al enemigo: a las puertas mismas de la ciudad.

–No se olvide de Teruel, excelencia -le había dicho respetuosamente el obispo en el umbral de la puerta al despedirse.

Franco le había dirigido una sonrisa tranquilizadora.

–No pase usted cuidado, monseñor.

Monseñor Polanco -recapacita el Generalísimo- como casi todos los obispos españoles, con las notables excepciones de monseñor Múgica, obispo de Vitoria, y monseñor Vidal y Barraquer, obispo de Tarragona, firmó la Carta Colectiva del episcopado español redactada por el cardenal Isidro Goma, primado de España y arzobispo de Toledo, defendiendo la legitimidad del Movimiento Nacional frente a la vesania marxista. Si los rojos conquistan Teruel, lo primero que harán será fusilarlo.

–¿Y usted, Vigón? – pregunta Franco al cabo de unos segundos-. ¿Qué opina usted?

–En primer lugar, me gustaría saber quién se ha ido de la lengua. Porque ésta es otra. Y en segundo lugar, me gustaría tener más datos sobre los efectivos enemigos empeñados en Teruel. Pero hasta que los tengamos, y como el tiempo apremia, en principio me inclino a pensar como Varela y Yagüe. Con la enorme masa de maniobra que hemos acumulado en Sigüenza, Medinaceli y Molina de Aragón, Guadalajara caerá en nuestro poder a la primera embestida. Enlazaremos con el saliente del Jarama y, dentro de una semana más, Madrid será nuestro, habremos ganado la guerra y dado una lección a los italianos. *Fortuna juvat audaces,* ¿recuerda usted el aforismo clásico?

–¿Sacrificando de esa manera a Teruel, a Rey d'Harcourt, a su guarnición, a la población civil y al obispo Polanco? – insiste el Generalísimo-. ¿Lo ha pensado usted bien, Vigón?

–Sí, mi general. Su sacrificio compensará sobradamente las bajas que nos ahorraremos en ulteriores operaciones para recuperarlo. Aparte de que al obispo Polanco no le tocarán ni un pelo por la cuenta que le trae al gobierno rojo de cara a la opinión internacional. Y si me permite otro refrán, mi general, le diré que no se puede hacer una tortilla sin cascar previamente los huevos.

–Eso se lo tendría que decir usted a Rey d'Harcourt, ¿no le parece, Vigón?

Cuando el jefe del Alto Estado Mayor del Ejército del Norte va a abrir la boca, se abre la puerta y asoma la oscura y repeinada cabeza de doña Carmen Polo de Franco, ondulada a la permanente. No se le mueve un pelo de sitio.

Franco alza la vista.

–¿Carmen?

–Paco, te recuerdo otra vez que el té se está enfriando y que tienes a Carmencita y a la duquesa de Simancas muy impacientes las dos por empezar a cortar la tarta de manzana que les has regalado.

Franco se levanta.

–Me tendrá que perdonar, Vigón.

El general lo imita.

Franco se dirige a su mujer:

–En seguida estoy con vosotras. Vigón, continuaremos hablando en otro momento.

–Sí, mi general. Pero me permito recordarle que el asunto no tiene demasiada espera. El tiempo se nos echa encima.

La víspera del asalto a Teruel, el Segador, embutido en una gruesa pelliza de piel de borrego, escoltado por sus oficiales de Estado Mayor, pasó revista a sus tropas acantonadas en Villastar, un villorrio al pie de La Muela, un cerro escarpado situado justo enfrente de Teruel, en el lado de acá del río Júcar. Ya había oscurecido y la ciudad se vislumbraba confusamente en las tinieblas nocturnas, sin una sola luz que revelara la presencia de sus defensores.

La Muela era el objetivo que le había asignado el general Hernández Sarabia, jefe del Ejército Republicano de Levante, compuesto por cuatro cuerpos de ejército que totalizaban más de cien mil hombres, apoyados por trescientas piezas de artillería y doscientos tanques. La operación había sido diseñada por el coronel Rojo, que había explicado cuidadosamente su alcance y sus objetivos al Segador y a los demás jefes de unidad encargados de llevarla a cabo.

A esas alturas de la guerra, el Segador había aprendido a leer y escribir con cierta soltura, a interpretar un plano y orientarlo con la brújula, los rudimentos teóricos del arte militar y a montar correctamente a caballo. Y lo que no sabía se lo hacía explicar a punta de pistola. Había engordado bastante y ahora lucía una cerrada barba

negra. La buena vida y los buenos alimentos le habían pasado factura. Su imagen había llegado a ser muy popular en España y en el extranjero gracias a las numerosas fotografías suyas aparecidas en la prensa republicana. Y, sobre todo, al reportaje que le dedicó el escritor Ernest Hemingway en la revista *Life* y que dio la vuelta al mundo.

La dirección del partido comunista español le había asignado un comisario político para que lo instruyera en los dogmas marxistas-leninistas y mantuviera viva la llama revolucionaria en su unidad. Se llamaba Marcos Berrocal, aragonés, nacido en el seno de una familia acomodada y tradicional de terratenientes de Calatayud y con la que siempre se había llevado a matar. Era moreno, corpulento, de ojos achinados y comunista apasionado. Había estudiado en la Facultad de Derecho de Madrid, donde llegó a ser directivo de las Juventudes Socialistas Unificadas. Chapurreaba el ruso y se había leído íntegramente *El capital* de Karl Marx, sin que le quedaran secuelas. En 1935 había viajado a Moscú en calidad de delegado del Partido Comunista de España para asistir a la convención de la Internacional Comunista. Cuando estalló la sublevación militar, se alistó en el V Regimiento. Había participado en el asalto al cuartel de La Montaña y en el sitio del Alcázar de Toledo. Sus relaciones con el Segador eran todo lo fluidas que cabía esperar entre un intelectual y un hombre de acción.

La noche de diciembre era muy fría. Más allá del recodo del Júcar, las llamaradas de la artillería roja rasgaban el cielo cárdeno con sus estampidos. El cañoneo no cesaba las veinticuatro horas del día. Sus proyectiles impactaban, demoledores, en las altas torres mudéjares de San Martín y San Salvador que configuraban el perfil de Teruel en el horizonte aragonés. Sus artísticas filigranas de cerámica y ladrillo saltaban en pedazos y cascotes que caían ruidosamente en la popular plaza del Torico, sin que, de momento, ninguno hubiera alcanzado al pequeño torito de bronce encaramado en lo alto de una columna de hierro.

Por informes de evadidos de la ciudad, el Segador sabía que su situación era muy crítica y desesperada. El coronel Rey d'Harcourt, desmoralizado por la magnitud del ataque y el abrumador número de los efectivos enemigos que se le venían encima, había ordenado a los

destacamentos que guarnecían el perímetro exterior de la plaza que se replegaran al interior del casco urbano y se fortificaran en los sólidos edificios de la Comandancia Militar, el Seminario, el convento de Santa Clara, el Banco de España y la Diputación. Había mandado asimismo abrir trincheras en las calles, excavar fosos para impedir el paso de los blindados, tender alambradas entre casa y casa y hacer acopio de agua y víveres para resistir un largo asedio. Cientos de mujeres, niños y ancianos se hacinaban en los sótanos del Banco de España, el Seminario y la Diputación. Desgraciadamente, faltaban alimentos, mantas, agua, medicinas y leña y carbón para calentarse.

No obstante todas las privaciones y las penalidades propias de un asedio, los hombres de Rey d'Harcourt se defendían con tenacidad, y con sus ametralladoras y cañones antitanques batían el puente Nuevo de la carretera de Valencia y el puente medieval de Los Arcos. El Segador tenía que reconocer que, aunque engañados por la propaganda facciosa, los defensores de Teruel eran valientes. Aunque su valentía no iba a servirles de nada.

El Segador animó y confraternizó con los soldados que dentro de pocas horas se lanzarían al asalto de La Muela, un asalto que se preveía difícil y sangriento. La Muela era el cerrojo de Teruel, su barbacana avanzada, y los rebeldes iban a defenderlo con uñas y dientes.

En la plaza del pueblo, y sin que se dieran cuenta, se unió al corro de soldados reunidos en torno a un joven moreno, de cara redonda y ojos negros y encendidos, que declamaba versos al calor de una fogata. Sus gestos y sus ademanes apasionados le recordaron mucho a Magín Suñol, el hijo del administrador del castillo de Requesens cuando les predicaba las bondades del anarquismo en el patio de la *masovería.*

–¿Quién es? – preguntó al comisario Berrocal, que se abrigaba con un chaquetón de cuero negro en el que lucía la preceptiva estrella roja de cinco puntas.

–Es el poeta Miguel Hernández, camarada general -contestó el comisario en tono reverente-. Casi un paisano tuyo, natural de Orihuela. De niño era pastor de cabras. Pero estudió de firme y ahora es un gran poeta. Comunista. De los buenos. Pablo Neruda y Rafael Alberti lo aprecian mucho.

Al Segador le sonaban vagamente esos nombres. ¿No se los habían presentado en la recepción del palacio de Fonfría el otoño anterior? Manteniéndose fuera del redondel iluminado por las llamas de la fogata, prestó atención a lo que decía el joven moreno. Al principio no entendió gran cosa. Hasta que oyó la palabra *jornaleros.*

Jornaleros, España, loma a loma,
es de gañanes, pobres y braceros.
¡No permitáis que el rico se la coma,
jornaleros!

¡Joder, aquello tenía sentido! ¡Vaya si lo tenía! Sí, señor. Él mismo había sido un miserable jornalero por un sueldo de hambre. Escuchó con más atención, y el siguiente verso lo dejó literalmente pasmado.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

¡Ése soy yo! – se dijo, admirado-. Yo soy el huracán al que jamás volverán a ponerle un yugo encima. Yo soy el rayo vengador que jamás nadie podrá retener prisionero en una jaula. ¡Joder, cómo me ha calado el gachó!

Pero lo que más le admiró fue su capacidad para resumir en cuatro frases lo que él no podría haber expresado en toda su puñetera vida. Hasta entonces había tenido en un pobre concepto a los hombres de letras y a los intelectuales, que, con demasiada frecuencia, se pasaban el día perorando en la retaguardia, mientras los soldados, sin tantos remilgos, daban el callo en las trincheras. Aquel chico predicaba con el ejemplo, estaba en primera línea de fuego y mañana se jugaría el tipo frente a los rebeldes. Cuando terminó el recital, se apresuró a felicitarlo.

A las ocho de la mañana del 17 de diciembre, con las primeras luces del día, se desencadenó el ataque general, y los hombres del Segador se lanzaron al asalto de La Muela, enardecidos por los versos de Miguel Hernández. Al mediodía la posición era suya y los hombres de Rey d'Harcourt se retiraban a la ciudad por el puente Nuevo.

En una operación muy bien coordinada, la 11 División de Líster, descolgándose del Muletón, al oeste del entrante rebelde, y las 48 y 60 del VIII Cuerpo de Ejército republicanos, atacando briosamente desde Rubiales, al este, juntaron sus mandíbulas de acero en el pueblecillo de San Blas, un arrabal al norte de Teruel. El efecto sorpresa fue total, y las pequeñas posiciones nacionales que guarnecían el ferrocarril y la carretera de Zaragoza fueron arrolladas.

Con las últimas claridades de ese mismo día 17 de diciembre de 1937, la capital del Bajo Aragón se hallaba cercada, y cortadas sus comunicaciones con la retaguardia nacional.

Franco, después de veinticuatro horas más, de dudas y vacilaciones, y en contra de la opinión del general Vigón, finalmente decidió cancelar la proyectada ofensiva sobre Guadalajara y acudir en socorro de Teruel, y envió un mensaje de aliento al coronel Rey d'Harcourt redactado en estos términos:

El Generalísimo saluda a los defensores de Teruel. Nuestro Ejército prepara sus fuerzas para el inmediato aplastamiento de los asaltantes. La caída de un centro de resistencia no debe desalentar a los demás. Si algún mando desmayara, debe ser destituido por el más capaz de sus inmediatos inferiores, o por cualquiera de ellos, en el caso de que esto fuera necesario para prolongar la defensa. Desde ahora queda usted nombrado comandante de esta plaza con toda autoridad. La conducta heroica del Alcázar de Toledo, Villarreal, Oviedo y Belchite servirá de ejemplo para esta gloriosa guarnición. Tened confianza en España, como España confía en vosotros. ¡Arriba España! ¡Viva España!

Y en consecuencia, los tres cuerpos de ejército nacionales efectuaron un giro de ciento ochenta grados y se dirigieron hacia Teruel a marchas forzadas.

El 20 de diciembre, las vanguardias de Varela tomaban contacto con las fuerzas sitiadoras y trababan combate con las avanzadillas rojas. Aparentemente, el auxilio había llegado a tiempo.

El 30, los requetés de la 1 División de Navarra asaltaron a la bayoneta la posición de La Muela por tres lados, venciendo la terca resistencia que les oponían los hombres del Segador. Al final consiguieron desalojarlos a costa de un elevado número de bajas, como era habitual en una unidad de choque. El Tercio de Montejurra fue el

primero en poner el pie en la disputada cima y ahuyentar a los últimos hombres del Segador.

Javier (que nunca supo lo cerca que había llegado a estar de su enemigo personal) y sus compañeros dieron vista a la martirizada ciudad, cuyo caserío se desplegaba al otro lado del foso del Júcar.

El comandante Errasti mandó tremolar una bandera nacional para saludar a sus defensores, que respondieron de igual manera. Ante la posibilidad de un contraataque enemigo, mandó profundizar las trincheras excavadas por los rojos y emplazar las ametralladoras en los lugares más ventajosos. Los picos rebotaban en la tierra helada, dura como la piedra. Apenas consiguieron ahondar medio metro más.

Pero la posibilidad de un contraataque parecía muy remota. El enemigo no daba señales de vida. Su artillería había suspendido el tiro y ahora un gran silencio planeaba sobre la ciudad y las posiciones rojas.

La tarde era gris y desapacible, y en la lejanía se recortaban los agrios relieves de los Altos de Celadas y las blancas cimas de la sierra Palomera, barridas por el cierzo.

El amanecer del último día de 1937 resultó glacial. Los capotes de los centinelas apostados en los bordes de La Muela aparecieron rígidos y blancos de escarcha. El cielo presentaba el clásico color panza de burra que presagia las grandes nevadas. Los requetés quemaron aliagas y carrascas para calentarse y se arremolinaron en torno a las cocinas de campaña, pateando enérgicamente el suelo para entrar en calor. Los rancheros repartieron generosas raciones de café con leche, convenientemente reforzadas con coñac *asaltaparapetos*, que los requetés se tragaron como si fuera agua.

Al caer la tarde, mientras los requetés del Tercio de Montejurra continuaban consolidando afanosamente sus posiciones y preparando refugios de fortuna para resguardarse de los zarpazos de la intemperie, Javier, al mando de su sección, fue enviado en misión de descubierta y avanzadilla a reconocer el puente Nuevo, que salvaba el profundo foso del Turia y venía a salir justo delante del Seminario y de la torre de San Martín.

–Tome posiciones junto al puente, estudie las trincheras enemigas y me envía un enlace con un informe -ordenó el comandante Errasti-.

Pero no se le ocurra cruzar al otro lado del río ni trabar combate con el enemigo. Limítese a informar de la situación.

–Sí, mi comandante.

–Y otra cosa, abríguense bien.

–Sí, mi comandante.

Aprovechando la media luz vespertina, la sección se desplegó en guerrilla y bajó la áspera ladera de La Muela con los fusiles apercibidos. Los requetés llevaban las cartucheras sobre los capotes, los macutos repletos de raciones de emergencia y las manos protegidas por guantes de lana que les habían enviado desde Pamplona.

Reinaba una extraña calma. Ocasionalmente se oía el retumbar apagado de un cañonazo y en seguida volvía a hacerse el silencio. Javier mandó extremar las precauciones y avanzar los pelotones por saltos. Pero no fueron hostigados en ningún momento, y ocuparon las trincheras enemigas sin disparar un tiro. Estaban desiertas. Un guiso de patatas estofadas se enfriaba sobre el rescoldo de una hoguera. Chuscos, gamellas, cucharas y cuchillos aparecían esparcidos por el suelo, en desorden, como si sus propietarios los hubieran abandonado precipitadamente sin darles tiempo a terminar el rancho.

–No me gusta nada esta tranquilidad -rezongó el sargento Mendiola.

Al otro lado del puente, los defensores del Seminario hacían ondear una bandera española y los llamaban a gritos, asomados a las ventanas roídas por la metralla, animándolos a entrar en la ciudad. Los requetés contestaron a su saludo con gritos igualmente estentóreos. Estaban tan cerca que Javier podía distinguir sus semblantes barbudos y demacrados.

Pero, ateniéndose a las órdenes recibidas, no se decidió a cruzar el puente, en cuya calzada todavía humeaba un tanque volcado. El cadáver negro y calcinado de su conductor asomaba medio cuerpo fuera de la torreta. Más allá, la estación del ferrocarril era un amasijo de locomotoras despanzurradas y vagones hechos trizas.

–Parece que el enemigo se ha retirado -comentó, perplejo, sin apartar la vista de los carcomidos muros del Seminario-. Da toda la impresión de que los rojos han levantado el cerco.

–Pues a mí me da muy mala espina tanto silencio y tantas facilidades, mi teniente -opinó el sargento Mendiola, receloso-. Seguro que es una trampa que nos quieren tender esos hijos de Satanás. A buen seguro que han minado el puente y esperan a que pasemos para volarlo entonces.

–Lo raro es que no lo hayan volado ya -dijo Javier echando mano a su bolsa de costado, de la que extrajo una hoja de papel. Se quitó los guantes y con los dedos ateridos de frío garabateó el siguiente informe:

Al comandante Errasti del Tercio de Montejurra

Mi comandante:

No hemos encontrado resistencia por parte del enemigo. Sus posiciones están abandonadas. Se han retirado. Si se apresuran, podrán entrar en Teruel sin disparar un tiro. Tomo posiciones junto al puente del Turia. Espero sus órdenes. Hora: 16.40.

Teniente De Montcada.

Dobló reglamentariamente la hoja de papel, tal como le habían enseñado en la academia de Fuentecaliente, y se la entregó a un cabo.

–Se la entregas personalmente al comandante Errasti. Y dile lo que has visto con tus propios ojos: que los rojos han ahuecado el ala. Nosotros nos quedaremos por ahí, seguramente en aquel establo que se ve allá.

–A la orden, mi teniente.

El cabo se fue, y ellos todavía se quedaron como cosa de un cuarto de hora con los dedos en los gatillos de los fusiles mirando el puente, el Seminario, la torre de San Martín y las casas de Teruel, que empezaban a difuminarse en las sombras del frío crepúsculo invernal.

Pero no ocurrió nada.

Al poco empezó a nevar, débilmente al principio, pero con creciente intensidad después. Teruel y sus frustrados defensores se esfumaron silenciosamente tras una espesa cortina de blancos emisarios celestes que bajaban del cielo en lentos vaivenes y se posaban con suavidad en el suelo helado y duro como la piedra.

Javier y los treinta hombres de su sección se retiraron a un establo en ruinas. Le faltaban las puertas, las ventanas y buena parte del tejado. Después de inspeccionarlo someramente, se instalaron en el rincón más protegido.

–Pasen, señores, pasen -los invitó a entrar el inevitable chusco que no falta en ninguna compañía-. Gocen del confort de nuestras habitaciones, pero recuerden que la calefacción se factura aparte.

–A mí me reserva una cama de matrimonio.

–¿Con señora o sin señora?

–¡Con dos, si te parece bien, so merluzo!

Javier apostó un centinela junto a la puerta, pero mandó que todos continuaran con las cartucheras puestas y los fusiles al alcance de la mano. También prohibió encender fuego para no delatar su presencia al enemigo. Los requetés sacaron chuscos, chorizos y latas de sardinas en aceite de sus macutos y cenaron sentados sobre un montón de paja sucia. Los tragos a las botas de vino les sirvieron para templar el ánimo.

Continuaba nevando. No se veía a diez metros de distancia. Oscureció muy pronto y la temperatura cayó en picado. Sucios festones de hielo se formaron en las orillas del Turia. Un silencio irreal descendió sobre Teruel. La nieve, fría y seca como la harina, se posaba sobre los destrozados tejados, colmaba los parapetos y borraba los relieves del terreno. El enemigo no daba señales de vida. Pero el frío arreciaba. Los requetés se enterraron en la paja sucia.

–¡Cuidado con dormirse! – les advirtió Javier-. ¡El que se duerma no se despertará vivo!

El frío no tardó en solidificar el agua de las cantimploras y las hizo estallar. El vino de las botas aguantó un poco más. Los requetés se apretaron unos contra otros, se taparon las cabezas con los pasamontañas y se protegieron con sus capotes.

–¡Y pensar que en Brunete maldecíamos el calor! – se lamentó un mozo de Tafalla que en la batalla había pillado una insolación de campeonato.

–¡Lo que daría por aquel sol! – lo acompañó otro de Leire dando diente con diente-. ¡Tan calentito!

–¡Y yo por una cama con tres mantas de lana!

–¡Te querrás callar, hijo de mala madre!

Erráticas turbonadas de nieve se colaban por las vigas destrozadas del tejado, se arremolinaban en los rincones y acababan depositándose suavemente sobre los cuerpos tendidos de los requetés. Javier mandó

cantar jotas para tenerlos despiertos. Pero las voces de los mozos, después de una briosa arrancada, decaían, desmayadas.

Al alborear 1938, el frío era atroz.

–¡Feliz Año Nuevo, compañía! – saludó Javier a los requetés recordando la costumbre de Von Noblock.

–¡Feliz Año Nuevo, mi teniente!

–¿Alguien se ha acordado de las uvas? – preguntó el chistoso con escaso entusiasmo.

Pese a sus denodados esfuerzos, los requetés no tardaron en sucumbir al frío y al sueño. Javier los despertaba a patadas.

–¡Si os dormís, no os despertaréis más! ¿Es que no lo entendéis? ¡Hala! ¡A cantar!

–¡Vamos, muchachos! ¿Son éstas las maneras de comenzar el año? – lo secundaba el sargento Mendiola-: ¿Quién se anima a cantar conmigo? Hace ya tiempo que no oigo la canción del Carrascal. ¿Alguien me la podría recordar?

Los requetés lo escuchaban como atentos fantasmas cubiertos de nieve y escarcha hasta las cejas, abrazados unos a otros para transmitirse el calor de sus cuerpos.

Javier zarandeaba con particular insistencia a Félix Larraz, su joven asistente, que se había hecho un ovillo a su lado.

–¡Mi teniente, déjeme dormir! – protestaba soñoliento el mozo, al que se le había vuelto a poner cara de niño.

–¡Que te crees tú eso!

Y volvía a zarandearlo con fuerza y a propinarle patadas y puñetazos.

Los segundos se hacían eternos. El tiempo se negaba a avanzar. El frío entraba por los pies y subía por las piernas, retardaba la circulación de la sangre, agarrotaba las venas, anestesiaba los centros nerviosos y paralizaba los sistemas de defensa del organismo. Un dulce sopor invitaba a los hombres a rendirse al sueño de la muerte. Los dientes castañeteaban y el frío encajaba las mandíbulas. Bajo la corta visera de los pasamontañas, la máscara de hielo modelaba, sobre los rostros crispados de los requetés, la imagen del dolor mudo.

Al abrigo de un capote, la llama efímera de una cerilla alumbró unos segundos el cuadrante de un reloj. Aún no eran las dos. Afuera

continuaba nevando.

Javier no cejó en toda la noche en sus esfuerzos por mantener a los requetés en actividad. El sargento Mendiola y unos pocos, que habían comprendido el peligro, se esforzaron en secundarlo y animar a los más débiles. Javier gritó, amenazó, repartió patadas y puñetazos a diestro y siniestro, pero cuando fue a relevar al centinela de la puerta, tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba vapuleando a un muerto.

A la lívida luz del amanecer, descubrió que cuatro requetés más habían muerto por congelación. La muerte los había sorprendido dulcemente con la boca abierta y una expresión de pasmo en los ojos. La nieve se posaba silenciosamente en sus frentes azuladas. Sus cuerpos tenían la rigidez de las barras de hielo. Siete más tenían los pies insensibles y gangrenados. A un requeté que no tuvo la precaución de ponerse los guantes se le quedó la piel de la mano pegada al cañón del fusil. A él, a Félix Larraz, al sargento Mendiola y a quince requetés más los había salvado el ejercicio y su empecinamiento en mantenerse despiertos.

A las nueve, un sol pálido, rodeado de un círculo irisado, se elevó fatigosamente sobre el resplandeciente y silencioso campo de batalla de Teruel, prestándole la gélida y engañosa belleza de un cuento de hadas. El cauce del Turia había quedado reducido a un simple regato de agua negra. Helaba. El aire reposaba en calma tras los furores nocturnos, y las torres de Teruel, esmaltadas de blanco, se perfilaban con nitidez diamantina en la atmósfera glacial de la mañana de enero. El día era claro como pocos. Solamente hacia los Altos de Celadas, una gasa azulenca se aferraba a sus flancos, los restos de la tempestad que se alejaba hacia el norte.

Javier y los requetés supervivientes salieron del establo como tambaleantes espectros y emprendieron el camino de regreso a sus posiciones de La Muela, con los muertos y los heridos a cuestas.

La intensa nevada y los 18 grados bajo cero que se alcanzaron en la madrugada de Año Nuevo en el alto páramo turolense dejaron literalmente clavadas en sus posiciones a las tropas nacionales que acudían en socorro de Teruel. Sorprendidos a la intemperie, en plena maniobra y sin ropas de abrigo, aquella inesperada ola de frío polar había anulado su capacidad de reacción. El intenso frío causó

centenares de muertos por congelación, reventó los motores de los vehículos y solidificó la grasa de las armas automáticas. Las columnas de suministros quedaron atrapadas en la nieve. Los enlaces entre las distintas unidades se perdieron en la ventisca y contribuyeron a aumentar el caos.

Por su parte, las tropas sitiadoras habían podido ponerse a cubierto en las dependencias de la plaza de toros, en las afueras de la ciudad, y en los túneles del ferrocarril de Valencia por el puerto de Escandón. Al comprobar que los nacionales no daban señales de vida, regresaron sigilosamente a Teruel, volvieron a ocupar las posiciones abandonadas a toda prisa la tarde anterior, reconquistaron La Muela y reanudaron su cañoneo contra el Seminario.

Las inquietantes noticias del cerco de Teruel (pese a la velada censura de la prensa), con sus temperaturas glaciales y su incierto desenlace, mantenían en vilo a la retaguardia nacional. Los planes de Franco no se habían cumplido. Miles de madres, esposas, novias y hermanas atribuladas habían llenado las iglesias impetrando la protección divina para sus hijos, maridos y novios, que luchaban y morían enterrados en la nieve.

Cecilia acusó el golpe pero mantuvo una impasibilidad total. Ya no tenía más lágrimas que llorar. Se había limitado a rezar interminables rosarios con su madre a los pies de su cama. No podía evitar recordar las palabras de su hijo en la cocina: *En el frente, las cosas se ven de una manera muy distinta.*

Soledad cayó en una profunda depresión y no daba una a derechas.

El doctor Merino tuvo que concederle una semana de permiso para que se recuperara.

–Hija mía, me hago cargo de tus sentimientos y del mal rato que estarás pasando, pero así no puedes continuar. Será mejor que lo dejes, o, de lo contrario, entre tú y yo vamos a liquidar a tantos pacientes que justificaremos el título de matasanos con que nos honra el respetable. Tómate unos días de descanso y vuelve cuando te hayas recuperado. Y no tengas prisa.

Soledad siguió sus indicaciones, y Esteban la llevó en su idolatrado Rolls-Royce a «El Robledal», donde la Antonia se hizo cargo de ella.

Se pasaba largos ratos en la sala de estar, con una manta escocesa sobre las rodillas, frente al fuego, con la mirada prendida en las llamas. Profundas ojeras circundaban sus ojos. Por las mañanas, si hacía bueno y lucía el sol, daba pequeños paseos a caballo a lomos de *Lucero* en compañía del mayoral y se acercaba a saludar al toro *Tarugo,* que continuaba paciendo impertérrito entre las encinas, ajeno a las locuras de los humanos. Por la noche, antes de acostarse, escuchaba el parte de guerra en la radio en compañía de la Antonia, que hacía calceta sentada a su lado y luego le servía la cena.

Con los pies hundidos en la nieve sucia y pisoteada de la calle y el dedo índice de la mano derecha acariciando el gatillo de su metralleta rusa, el Segador aguardaba impaciente la aparición del coronel Rey d'Harcourt bajo el dintel de la puerta de la Comandancia Militar de Teruel.

Tras él formaban su Estado Mayor, el comisario político de su división, el periodista inglés Herbert Mathews, del *Daily Express,* diversos observadores extranjeros, fotógrafos y monsieur Junot, el delegado de la Cruz Roja Internacional. Entre las facciones adustas y malcaradas de los hombres del Segador destacaba la cara ingenua y redonda de Miguel Hernández, que contemplaba con inmensa curiosidad la increíble escena de aquellos verdugos del pueblo rindiéndose a un puñado de pobres braceros.

El coronel Rey d'Harcourt, después de profundas cavilaciones y dolorosas dudas, y en contra de la opinión del teniente coronel Barba y un puñado de oficiales partidarios de una resistencia numantina, al precio que fuera, había decidido rendir la plaza. Él no tenía ningún derecho a condenar a muerte a las mujeres, a los niños, y a los ancianos que tiritaban de hambre, frío y miedo en las catacumbas de la Comandancia Militar y los sótanos del Banco de España, con el pretexto de realizar una gesta heroica que pasaría (o no) a la historia. Él no sería un nuevo Moscardó a costa de cientos de vidas inocentes. Y al actuar así, era consciente de que sería tachado de traidor por muchos compañeros de armas. En cualquier caso, no sabía que había firmado su sentencia de muerte. Y la del obispo Polanco. En consecuencia, había autorizado a entrar en la plaza sitiada al delegado de la Cruz Roja Internacional, quien los invitó a rendirse con todas las

garantías estipuladas en el Tratado de Ginebra: los civiles y los heridos serían evacuados a Valencia para reponerse, no se tomarían represalias contra los combatientes, a los prisioneros se les daría el trato humanitario exigido por las convenciones internacionales, y el obispo Polanco y sus religiosos serían tratados con todo respeto y corrección.

A raíz del sitio de Teruel, la prensa extremista republicana había atizado antiguos rencores y había recordado a sus lectores que monseñor Polanco había sido uno de los primeros prelados españoles que había firmado la Carta Colectiva del episcopado español apoyando el triunfo de las armas nacionales. La suerte del obispo rebelde se había convertido en un tema del máximo interés. Nacional e internacional. Más que la del propio coronel Rey d'Harcourt.

Los ojos de media Europa estaban puestos en la capital del Bajo Aragón. Al gobierno de la República no le interesaba dar un mal paso que la comprometiera. Prieto, ministro de Defensa, se había mostrado especialmente severo en este punto: absoluto respeto y trato humanitario a los vencidos. Demostrarían así al mundo que los republicanos no eran una colección de matacuras sanguinarios, como había querido presentarlos la propaganda facciosa, sino personas civilizadas que acataban estrictamente las normas del Derecho Internacional en tiempos de guerra.

En este sentido, había aleccionado a los grandes jefes de unidad. En especial, al Segador, que le tenía una inquina especial al obispo Polanco, el odioso símbolo de la tiranía eclesiástica aliada con los terratenientes.

–No quiero ningún tipo de violencia con los vencidos, repito, ningún tipo de violencia -había insistido en la reunión que tuvo con el Segador y los jefes de las demás unidades rojas en el vagón del Ferrocarril del Central de Aragón, estacionado a escasos metros del primer túnel de Escandón, desde donde había presenciado la última fase de la batalla con ayuda de unos prismáticos Zeiss de largo alcance-. Y menos con el obispo Polanco. ¿Entendido?

El coronel fue el primero en salir, con los brazos en alto, enarbolando una bandera blanca en una mano y el sable envainado, en la otra.

El Segador lo miró con odio y curiosidad.

A pesar del frío intenso, Rey d'Harcourt se abrigaba únicamente con la guerrera del uniforme, que le colgaba de los hombros enflaquecidos. Los ojos, hundidos detrás de sus gafas redondas, reflejaban vergüenza y resignación. Era un hombre acabado, con la frente marcada por el estigma de la derrota que ahora se enfrentaba a un incierto destino. Pero no dio ningún motivo al Segador para acribillarlo allí mismo, como habría sido su deseo. Tras él salieron los miembros de su Estado Mayor, igualmente abatidos y humillados.

Se dirigió al Segador, lo miró de frente y dijo escuetamente:

–Me rindo.

Y le entregó el sable.

Un gesto de otra época, un gesto inusitado que sorprendió y complació al Segador, en cuyos ojos brillaba la borrachera del triunfo: todo un coronel de carrera, un maldito blanco, que se le rendía a él, un modesto jornalero del Maestrazgo. ¡Si sus padres pudieran verlo ahora!

–Pero no te creas que con esto te librarás del paredón de ejecución -gruñó por lo bajo-. Nos has costado muy caro, maldito.

Y con un par de zarpazos le arrancó las estrellas de las hombreras.

–¡Para que te vayas enterando!

Pero el coronel no inclinó la frente.

–¡Desarmadlos a todos! – ordenó el Segador a continuación.

Los hombres de Rey d'Harcourt soltaron las hebillas de sus correajes y dejaron caer sus pistolas en la nieve.

Los soldados rojos se hicieron cargo de sus armas y los agruparon contra la pared, como si se dispusieran a fusilarlos, algo que parecía estar esperando Herbert Mathews, el corresponsal del *Daily Express,* que ya tenía la cámara preparada. Pero el Segador no le dio ese gusto.

Decepcionado, Herbert Mathews se llegó al cercano convento de Santa Clara, a tiempo de ver salir a monseñor Polanco, sin afeitar, demacrado, vestido con su eterno hábito de agustino y calzado con unas zapatillas rotas y sucias. Un guardia de Asalto, al ver que tenía dificultades para trepar por la montaña de escombros que se había formado delante de la puerta del convento, le tendió una mano, con un ademán entre autoritario y compasivo.

–Deme usted la mano, que aquí todos somos españoles.

Un miliciano de la división del Segador, no obstante, le apuntó entre ceja y ceja con su máuser.

–¡Arriba las manos, canalla!

El guardia de Asalto lo recriminó.

–Baja el arma, no está bien lo que haces.

–Hay que darle su merecido. Es un asesino. ¿A cuántos has matado con éste? – preguntó al obispo, señalándole el crucifijo que le colgaba del pecho.

–Yo no he matado a nadie, y menos con Éste, que nos da la vida.

Otro soldado le ofreció una cantimplora de agua, que el obispo agradeció con una sonrisa fatigada.

Herbert Mathews anotó cuidadosamente el detalle en su bloc de notas.

El coronel y el obispo fueron conducidos a Valencia y encerrados en el penal de San Martín de los Reyes. Al coronel se le ofreció el mando de un cuerpo de ejército. Se negó en redondo. Posteriormente, ambos fueron trasladados al castillo de San Fernando de Figueras. Y fusilados en una cantera abandonada de Pont de Molins en los últimos días de la guerra.

La caída de Teruel en poder de los rojos y la rendición del coronel Rey d'Harcourt cayeron como un morterazo del 81 en el cuartel del Generalísimo y provocaron un gran escándalo en los Estados Mayores de Burgos y Salamanca, que se apresuraron a tacharlo de traidor, como había temido el digno militar.

Después de Nuestra Señora de la Cabeza, Teruel era la segunda plaza nacional que conquistaba el ejército de la República en el transcurso de la guerra. Era la primera vez que los rojos derrotaban, sin paliativos, a los rebeldes. La prensa republicana había puesto la conquista de Teruel por las nubes. Así había dado la noticia el diario *L'Humanitat* de Barcelona:

TEROL PER A LA REPÚBLICA. El gloriós Exèrcit Popular allibera la ciutat germana després d'uns combats que admiren el món.

Los ecos de la batalla llegaron también al extranjero. En el elegante comedor de su casa de Belgravia, sir Henry Chilton apartó los restos del *porridge* y los huevos con beicon del desayuno, se ajustó las gafas,

desplegó el *Times* y leyó atentamente el extenso reportaje de Kim Philby:

El incidente ocurrió en la plaza mayor de Caudé, pequeño pueblo a pocas millas de Teruel. Los autos de la prensa estaban detenidos allí, a la espera de otro vehículo que se había retrasado, y los periodistas, después de unos pocos minutos de deambular por las nevadas calles del pueblo, regresaron a sus automóviles para protegerse del intensísimo frío.

Este corresponsal se reunió con mister Neil y mister Sheepshanks en el auto de ellos, y pocos minutos después mister Johnson, fotógrafo del semanario* Newsweek*, se instaló al volante. El grupo estaba fumando en un ilusorio esfuerzo por elevar la temperatura, cuando un proyectil estalló cerca del radiador y acribilló de metralla el vehículo.

Este corresponsal pudo abandonar el automóvil y atravesar la plaza hasta el muro donde se protegían un grupo de soldados. Desde allí fue llevado a un puesto de primeros auxilios, donde le curaron rápidamente unas leves heridas en la cabeza.

Entretanto, los valientes oficiales españoles del general Aranda se esforzaban valerosamente, sin hacer caso de los proyectiles que caían sin cesar, en rescatar a los ocupantes del coche. Mister Johnson, sin embargo, había recibido un casco de metralla en el costado y debió de morir instantáneamente.

Mister Sheepshanks respiraba aún cuando llegó el grupo de rescate con las camillas. Había resultado herido en el rostro y en la cabeza, y desde el principio fue evidente que tenía pocas probabilidades de vivir. Murió en el hospital de Monreal, a las siete de la tarde, sin haber recobrado el conocimiento.

Mister Neil estaba plenamente consciente cuando fue llevado en una camilla al puesto de primeros auxilios de Caudé, y mostró preocupación por el destino de su querida máquina de escribir. Tenía una pierna fracturada por dos sitios, y posteriormente se le extrajeron de la misma treinta y cinco pedazos de metralla.

Fue llevado a Zaragoza y operado. Pero la gangrena hizo su aparición y ha muerto al mediodía de hoy.

El general Vigón, por su parte, propinó un severo rapapolvo a los coroneles Sagardía y Soler-Ribot.

Este último lo escuchó con los dientes apretados.

Mauricio no estaba acostumbrado a recibir rapapolvos de nadie. Pero ahora, en cierto modo, era militar. Podría haber replicado: *Mi general, tendrían que tener más cuidado con lo que dicen y delante de quién.* Pero optó por mantener la boca cerrada. Un buen jugador de ajedrez nunca revela su verdadero juego hasta haberse asegurado de tener todos los triunfos en la mano. Quien ríe último ríe dos veces.

La ofensiva roja de Teruel y su caída fueron también la causa del fallecimiento de don Carlos Ortiz de Zabala, capitán del Pretendiente y conde de las Bardenas Reales. De un fulminante ataque cardíaco. Sus viejas arterias no pudieron resistirlo. Se quedó seco de la impresión. Con él desaparecía el último protagonista de la última guerra romántica. A su entierro asistió media Pamplona y la totalidad de los carlistas veteranos con sus viejas banderas y estandartes apolillados ondeando al viento triste de invierno.

Con los ojos entornados para protegerlos del intenso reverbero del sol en la nieve, Javier de Montcada, al frente de su sección, miraba con aprensión los fogonazos anaranjados de la artillería roja que punteaban las peladas arboledas del Alfambra.

Había transcurrido un mes de la caída de Teruel en poder de los rojos, y la maquinaria bélica nacional volvía a ponerse en marcha para ejecutar la ambiciosa maniobra concebida meticulosamente por el general Dávila para reconquistar la capital del Bajo Aragón. La seguridad y la confianza del pequeño y bigotudo general en la victoria eran absolutas y compartidas por todos los jefes y los oficiales de su Estado Mayor, que no albergaban ninguna duda de salirse con la suya.

Contrariamente, el alto mando del Ejército de Levante republicano no las tenía todas consigo. El general Hernández Sarabia intuía confusamente que su ataque a Teruel había provocado una reacción desmesurada en sus adversarios. Sin proponérselo, habían despertado a un verdadero gigante. Lo que el coronel Rojo había planeado como una simple maniobra de diversión para neutralizar la ofensiva nacional sobre Guadalajara llevaba todas las trazas de convertirse en una batalla de alcance inesperado e insospechadas consecuencias para la República. De momento habían perdido las estratégicas posiciones de los Altos de Celadas y el Muletón, dejando a los facciosos en inmejorables condiciones para caer sobre su flanco derecho y la vital

carretera de Teruel a Montalbán, por donde les llegaban los suministros. El mal tiempo y un providencial temporal de nieve habían retrasado momentáneamente la ofensiva enemiga y les habían permitido tomarse un respiro.

Pero el tiempo había mejorado y hoy, 15 de febrero de 1938, el día era helado pero bueno, y el general Dávila volvía a la carga al frente de sus tres aguerridos cuerpos de ejército, a los que había que añadir la División de Caballería del general Ortega Monasterio cubriendo su flanco izquierdo.

Tras Javier marchaba el sargento Mendiola con el fusil ametrallador terciado. Lo seguía Félix Larraz con el casco de acero embutido en el pasamontañas. Algo más allá, el alférez Turner avanzaba resueltamente al frente de su sección, con la bufanda de su colegio en torno al cuello, la pipa entre los dientes y los mocos helados prendidos de su mostacho rojizo. Ni que estuviera jugando un partido de criquet -se dijo Javier-. Tendré que dejarme el bigote. De lo contrario, mis hombres no me van a tomar en serio. Comprendió que era un pensamiento absurdo en aquellas circunstancias.

La artillería roja disparaba, incansable, tratando por todos los medios de frenar el lento pero imparable avance de la 1 División de Navarra. Sobre el vasto páramo nevado destacaban las negras siluetas de los infantes. Los proyectiles de acero rasgaban el aire con un zumbido amenazador y estallaban entre las filas de los requetés, que se encogían instintivamente.

–¡Que nadie se tumbe! – ordenaba el capitán Loarre a través del redondel de escarcha de la obertura de su pasamontañas.

Los requetés se incorporaban avergonzados y seguían adelante, pisoteando con sus botas claveteadas los primeros brotes de trigo que asomaban cautelosamente en los trojes limpios de nieve. A su flanco derecho marchaban los Regulares de la 13 División de Barrón, con sus uniformes color arena y sus rojos *tarbus.* Al izquierdo, la división de sables desplegaba sus escuadrones, con el general Ortega Monasterio al frente, de acuerdo con la tradición del arma de caballería.

Oleada tras oleada, los cazas nacionales se acercaban en vuelo rasante desde el oeste, ametrallaban las trincheras rojas y se perdían atronando entre las nubes bajas. Más hacia el sur, una formación de

bombarderos dejaba caer su carga de bombas sobre las posiciones rojas del Mansueto. La tierra temblaba bajo el impacto de las explosiones. El fuego antiaéreo rojo llenaba el cielo de nubéculas negras. Sus estampidos sonaban lejanos, como breves y secos truenos veraniegos.

El Tercio de Montejurra proseguía su avance.

A media mañana, su vanguardia había tomado contacto con las avanzadillas enemigas y el combate se había generalizado en toda la línea.

Ahora, la artillería enemiga había corregido el tiro y sus proyectiles estallaban con creciente precisión entre las filas de los requetés, esparciendo nubes de metralla, barro helado y piedrecillas en todas direcciones.

–¡Adelante! – refunfuñó el sargento Mendiola al notar la vacilación de sus hombres-. ¡Que los rojos disparan al mundo!

Por el rabillo del ojo, Javier vio cómo se ajustaba las cartucheras sobre el capote, con un gesto maquinal. Fue la última visión que tuvo de él. Una formidable explosión lo levantó del suelo y lo arrojó varios metros atrás, hecho un guiñapo informe. Lo mismo que al sargento Mendiola, al que un fragmento de metralla al rojo vivo le había cercenado limpiamente el brazo izquierdo por debajo del codo. Otro arrancó la pipa de la boca al sorprendido alférez Turner.

Anestesiado por el estampido, Javier no sintió la ardiente esquirla de metralla que se le hundió en el hombro derecho. Ni la que le rozó la sien, le entró bajo la visera del casco y se lo arrancó de la cabeza de un violento tironazo que retumbó en su cerebro como una gigantesca campana golpeada por un badajo de hierro. Un dedo más a la izquierda y le parte el cráneo. Javier rebotó sordamente en los surcos removidos por el cañoneo, y allí quedó, tendido boca abajo, con la mejilla derecha apoyada en la nieve mezclada con los rastrojos del pasado otoño y los ojos todavía abiertos.

Experimentaba una curiosa sensación de paz y desprendimiento sublimes. Su espíritu se cernía sobre un radiante mar de nubes nimbadas por el sol en el ocaso. Voy a morir -pensaba, resignado-, lástima de bigote, ya no me lo podré dejar y la gente me confundirá con un alférez. Luego su pensamiento voló a Soledad y recordó con gran

nitidez sus ojos anegados en lágrimas al despedirse de ella en la estación de Salamanca. ¡Cuánto la había querido! Pensó también en Maite y lo mal que se había portado con ella. Pero ya no podía pedirle perdón ni hacer nada por ella. Ni por su madre. Ni vengar a Blanca. No podía hacer nada por nadie. Era el fin. Aquella ardiente esquirla de metralla había solucionado sus problemas de forma tajante. Aspiró dolorosamente una bocanada de aire helado.

A punto de hundirse en la sima de la nada, aún entrevió, a través de una bruma que se espesaba por momentos, a los escuadrones del general Ortega Monasterio arrancarse al galope con rumor de trueno y el relampagueo de sus sables acuchillando el fosco cielo de febrero.

Una hora más tarde fue recogido por los sanitarios que seguían al tercio con sus camillas, atendido someramente por el doctor Calasparra y, a continuación, evacuado al puesto de primeras curas de Caminreal, sin que hubiera recobrado el conocimiento. El páter le dio la absolución y le administró los santos óleos dándolo por muerto. Tenía una fuerte conmoción cerebral, había perdido mucha sangre y deliraba confusamente.

Todavía inconsciente, fue instalado en un bien acondicionado tren hospital que se dirigió a Zaragoza a revienta calderas. Pero, al estar los hospitales de esa ciudad abarrotados de heridos por congelación, el convoy continuó viaje hasta San Sebastián, adonde llegó doce horas después.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 14:
1936-1939

Cinco días después salió del estado de coma.

La primera cara que reconoció, ansiosamente inclinada sobre él, fue la de su madre. Tampoco le costó identificar el peculiar olor de un hospital militar compuesto a partes igual de fenol, humanidad doliente y tufo de coles hervidas. Constató también la existencia de unas cortinas de tela que lo aislaban, relativamente, de los seis o más heridos con los que compartía la sala. Ahora ya conocía los trámites del proceso clínico y se tomó las cosas con más filosofía. Tenía mucha fiebre, la mirada borrosa y le dolían terriblemente la cabeza y el hombro derecho. Pero se esforzó con toda su alma por guiñar un ojo turbio y legañoso a su madre.

–Mamá -consiguió articular con voz estropajosa-: Lo siento mucho… esta vez no ha sido culpa mía… Yo…

Cecilia le puso un dedo en los labios.

–No digas nada, no te canses.

–Me dispararon un cañonazo… -susurró.

–Chiiis -ordenó severamente Cecilia-. El doctor Bastos ha dicho que no debes hablar ni fatigarte.

–¿Dónde estoy?

–En el hospital General Mola de San Sebastián.

–¿Y qué me ha ocurrido esta vez?

–Conmoción cerebral, la clavícula derecha fracturada… pero ¿por qué no te callas y procuras dormir un poco? El doctor Bastos ha dicho que es muy importante que duermas y descanses.

–Una pregunta más -susurró Javier con un esfuerzo final.

Cecilia acercó su cara a la de su hijo, adivinando lo que quería decirle.

–Sí, ya lo sé, no hace falta que me digas nada. Ayer le puse un telegrama. Llegará esta misma tarde, tranquilízate.

–Gracias -dijo Javier antes de cerrar los ojos y sumirse en un pesado sopor.

Cecilia miró angustiada el rostro pálido y macilento de su hijo, sus ojos hundidos en las órbitas y su cabeza cubierta por un vendaje

ensangrentado. De vez en cuando se estremecía nerviosamente y hacía gestos con la mano izquierda como si quisiera alejar un invisible peligro.

Cecilia había recibido la noticia del nuevo percance de su hijo con relativa serenidad. No la había pillado por sorpresa. Hacía tiempo que lo presentía, lo que no quitaba que casi se hubiera desmayado al verlo hecho una piltrafa ensangrentada y delirante.

Cecilia recordaba como una pesadilla infernal los dos días y las dos noches pasados junto a la cabecera de la cama de su hijo, que se debatía entre la vida y la muerte, se agitaba inquieto, deliraba bañado en sudor, y se hubiera arrancado el vendaje de la cabeza de no habérselo impedido. Y la llamaba a gritos. A ella y a Soledad.

El doctor Bastos, de facciones finas y gafas sin montura, vestido con una impecable bata blanca, la había informado someramente: conmoción cerebral y fractura de clavícula. Total, nada.

–¿Cómo que nada? – había exclamado Cecilia, escandalizada ante la falta de sensibilidad del médico-. ¿Le parece a usted poco?

–Muy poco para lo que ha sido, mi querida señora. Consuélese pensando que podría haber sido infinitamente peor. La conmoción cerebral es, en síntesis, una inhibición de las funciones encefálicas ocasionada por un choque transmitido al cráneo y sin alteración visible de la sustancia cerebral. Y cuya duración está en función de la potencia del choque. Y no hace falta que le diga que el impacto del casco de acero contra la cabeza de su hijo fue muchísimo peor que la coz de una mula, lo que explica los cuatro días que ha tardado en salir del estado de coma. – Al mismo tiempo que hablaba, el doctor Bastos le había levantado los párpados a Javier con un movimiento rápido y le había examinado el glóbulo ocular con la ayuda de una pequeña linterna-. Pero una vez el cerebro se ha recuperado de los efectos del choque, las alteraciones psicosomáticas se desvanecen casi con la misma rapidez con que han aparecido, en virtud de unos mecanismos internos que los neurocirujanos todavía no nos explicamos, y podríamos calificar de milagrosos. Si la esquirla de metralla que le arrancó el casco de la cabeza se hubiera desviado sólo dos milímetros, su hijo habría quedado parapléjico.

–¡Por favor, doctor, no me asuste más de lo que estoy! Sólo de imaginármelo siento que me voy a desmayar.

–Considérelo como un milagro de Dios. Lo de menos es la fractura de la clavícula. Con treinta días de escayola y el brazo en *avión* quedará como nuevo. Se lo garantizo. ¿Ve usted como tiene que dar gracias a Dios?

–Lo hago varias veces todos los días, doctor, pero como mi hijo se empeñe en darme estos sustos de muerte, no sé si voy a poder resistir esta angustia y esta tensión mientras dure la guerra.

–Por suerte, acabará muy pronto. ¿Ha visto usted cómo nuestras tropas han liberado Teruel y avanzan que parece que no hay quien las pare? Para cuando su hijo salga del hospital, ya habrá terminado.

–Dios lo oiga, doctor. Pero me duele ver a mi hijo en este estado, delirando, con fiebre… se me parte el corazón.

–La comprendo, señora, pero le repito que no tiene por qué angustiarse. Le aseguro que su hijo ya ha superado el trauma. Lo peor ya ha pasado. Dentro de unos días le haré unas pruebas psicotécnicas. Pero, tal como lo veo, creo poder afirmar que resultarán muy satisfactorias. De momento le ruego que tenga un poco de paciencia. Su hijo es muy fuerte. Dentro de tres meses ni se acordará del percance.

–¡Dios lo oiga, doctor!

–Espere a que pasen un par de semanas y ya me lo dirá usted.

–¿Puedo quedarme a velarlo?

–¡Por supuesto, doña Cecilia! Estoy seguro de que será una enfermera perfecta. Mímelo como sólo saben hacerlo las madres, satisfaga sus deseos, impida que se agite, tranquilícelo, ahórrele malas noticias, no le lleve la contraria… Y ahora, con su permiso, la tendré que dejar.

El doctor Bastos y la enfermera que lo acompañaba se habían retirado después de pasar revista a los restantes heridos de la sala.

La enfermera, para tranquilidad de Cecilia, era muy poquita cosa.

Acallando sus dudas y sus escrúpulos, Cecilia se había apresurado a poner un telegrama a Soledad. Consideró que había llegado la ocasión de empezar a devolverle el favor inmenso que le debía. También la movió el egoísmo de madre. Se había limitado a interpretar al pie de la letra el tratamiento que el doctor había prescrito a Javier: *Satisfaga sus*

deseos, no le lleve la contraria. **Nadie podría reprocharle que hubiera avisado a Soledad. Se había limitado a cumplir órdenes superiores. Soledad era la persona más indicada para disipar la ansiedad de su hijo. Soledad resultaría ser la mejor terapia y lo estimularía a salir del pozo de inconsciencia en que se hallaba sumido. Más tarde, ya se le ocurriría algo para explicar a su hermano Iñaki la insólita presencia de Soledad junto a la cama de su hijo.**

A primeras horas de aquella misma noche, Soledad se apeaba de su Rolls frente a las puertas del hospital General Mola. Desde que llegó el telegrama de Cecilia, le habían bastado menos de doce horas para pedir un permiso temporal en el hospital, telefonear a los guardas de su chalet «Gure Etxea» anunciándoles su llegada, hacer el equipaje, cargar las maletas en el Phantom II y emprender viaje a San Sebastián en compañía de la Antonia y de Florinda, su doncella particular.

Consciente de la gravedad del caso, Esteban había sobrepasado largamente los cien kilómetros por hora en las largas rectas entre Salamanca y Valladolid, sin que en ningún momento el majestuoso y silencioso automóvil diera la impresión de rodar a más de cincuenta. ***Esperemos que no sea nada grave, señora duquesa,*** **había musitado, sinceramente preocupado.**

A regañadientes, Soledad había consentido en pararse a almorzar en un restaurante de Aranda de Duero. Lo hizo por la Antonia, Florinda y Esteban. Ella se habría conformado con un simple bocadillo de jamón y un vaso de agua. No podía dominar la ansiedad ni la impaciencia que la consumían. Los nervios se la comían viva.

Cecilia salió a recibirla a la puerta de la sala.

Soledad se levantó el velito de encaje de su sombrero y la interrogó silenciosamente con la mirada.

A Cecilia le impresionaron su palidez y sus profundas ojeras.

–Tranquilízate -la animó, pasándole un brazo por los hombros-. El susto ya ha pasado. Hace dos días que ha recobrado el conocimiento. Ha abierto los ojos y me ha reconocido.

–¿Y cómo está? – preguntó Soledad con un hilo de voz, vacilando todavía en el umbral de la sala.

–El doctor Bastos me ha asegurado que ya ha superado la crisis.

–¿No me engañas?

–Entra y compruébalo tú misma.

–¿Puedo?

–¡Pues claro que puedes! Anda, pasa de una vez.

Pero, al igual que ella, Soledad no pudo evitar un profundo sobresalto cuando vio la cabeza vendada de Javier y sus ojos hundidos en las órbitas. Se mordió los labios para ahogar un sollozo y se llevó las manos a la boca.

–¡Oh, no! ¡Dios mío, no! – exclamó cayendo de rodillas junto a la cabecera de su cama.

Javier entreabrió los ojos febriles y le sonrió débilmente desde las brumas de la inconsciencia.

Soledad hundió la cara junto a su cuello y rompió a llorar desconsoladamente.

–¡Javier! ¿Por qué nos das estos sustos? – se lamentó con voz lagrimosa, entre hipido e hipido. Así se estuvo un rato. Luego levantó los ojos hacia Cecilia, que seguía de pie junto a la cama mirándolos a los dos-. ¿Me perdonas, Cecilia?

–No tengo nada que perdonarte -dijo Cecilia generosamente-. En cambio, te agradezco mucho que hayas venido.

–No me des las gracias, no me las merezco -dijo Soledad con la mano izquierda de Javier entre las suyas-. Estoy muy avergonzada de lo ocurrido entre tu hijo y yo. Muy avergonzada. Y arrepentida. No era mi intención complicaros la vida de esta manera. Reconozco que me porté como una chiquilla tonta recién salida del colegio… Me enamoré de tu hijo, Cecilia, lo siento, fue más fuerte que yo. No pude evitarlo. Si quieres, ahora que he visto que está fuera de peligro, me vuelvo a Salamanca.

–¡Eso ni se te ocurra! – saltó Cecilia-. La que tienes que perdonarme eres tú por haberte atraído a esta trampa.

–¿Pero qué dices? – exclamó asombrada Soledad-. ¿De qué trampa me estás hablando? No entiendo nada.

–Sí, mujer, déjame que te explique. Javier, en su desvarío, te llamó varias veces. Incluso me confundió contigo.

–¿De veras? – preguntó Soledad, conmovida.

–Sí, y no creas que no he sentido algo de celos.

–¡Por favor, Cecilia, no digas eso!

–Era una broma, mujer. Me pidió que te llamara. Bueno, no es que me lo pidiera; lo vi reflejado en sus ojos. Cosa que hice al instante, pensando que tú serías la mejor medicina para sacarlo de su postración. Es el consejo que me dio el doctor Bastos.

–Entre tú y yo lo conseguiremos, ya verás.

–A costa de un escándalo y de tu buen nombre -le recordó Cecilia suavemente-. ¿Lo has pensado bien, Soledad? Porque de vuestro lío se va a enterar media España, si no se ha enterado ya.

–¡Al diablo mi buen nombre! – exclamó Soledad con vehemencia-. ¡Estoy hasta el moño de mi buen nombre y de guardar las apariencias! Ya se lo dije a Javier y te lo vuelvo a repetir a ti. – Soledad se incorporó y abrazó a Cecilia-. Si éste es el precio, o el sacrificio, que tengo que hacer para que Javier viva y se recupere, lo haré con mucho gusto. Es lo único que nos importa a las dos. Todo lo demás puede irse al diablo, mi buen nombre incluido. Cambiando de tema: ¿dónde te alojas?

–En el hotel María Cristina.

–Pues desde ahora serás mi invitada en «Gure Etxea»… y no quiero protestas -la interrumpió Soledad-. Como me dijo tu hijo en cierta ocasión: *Es una orden, enfermera.* En mi casa estarás mucho más cómoda que en el hotel y nos haremos compañía mutuamente.

Cecilia había aceptado de buen grado. La frialdad de la habitación del hotel se le caía encima. Tenía verdadera necesidad de compañía, de calor humano, de una amiga a la que confiar sus inquietudes.

Al día siguiente, todo rastro de fiebre había desaparecido de los ojos de Javier. También había recobrado el buen color.

A ambos lados de la cama, su madre y Soledad lo miraban con ojos llorosos, como a un resucitado, sin acabar de creerse el milagro.

Si a Ignacio Ortiz de Zabala le sorprendió la presencia de Soledad junto a la cama de su sobrino, lo disimuló perfectamente bajo sus elegantes maneras de hombre de mundo.

Su hermana efectuó las presentaciones con mucha diplomacia.

–Iñaki, te presento a Soledad Álvarez de Toledo, la enfermera que cuidó a Javier en Salamanca… Soledad, mi hermano Ignacio.

Soledad, que vestía su blanco uniforme de enfermera, le besó respetuosamente la mano.

–Encantada de conocerlo, padre.

–Lo mismo digo, hija. Mi hermana me ha puesto en antecedentes. Yo también le doy las gracias por todo lo que hizo por mi sobrino que, por lo visto, parece decidido a tenernos a todos con el alma en vilo.

–No se merecen, padre Ortiz.

Tío Iñaki se volvió hacia Javier, que no le quitaba el ojo de encima y guardaba una actitud reservada y expectante.

–Bueno, Javier, ya me dirás tú lo que hemos de hacer contigo -dijo el jesuita con fingida severidad sentándose en la silla que le había acercado su hermana-. *Usque tandem, nepote, abutere patientia nostra?*

–Mira, tío Iñaki -contestó Javier con paciencia-, ni el mismo Cicerón se habría librado del cañonazo. Me he cansado de repetir a mi madre que esta vez yo no tuve ninguna culpa de lo ocurrido, ni asalté ningún parapeto ni nada de nada. Los rojos me dispararon a traición, ¿sabes?, no me dieron ninguna opción de defenderme. Yo marchaba tranquilamente por el campo, mirando las margaritas y silbando a los pajaritos, cuando de repente, ¡plaf!, un zambombazo… y aquí me tienes.

–Hecho un *ecce homo* por lo que veo. Bromas aparte, ¿cómo te encuentras?

Cecilia contestó por él:

–Está mucho mejor. A Dios gracias, lo peor ya ha pasado. El doctor Bastos me ha asegurado que está totalmente fuera de peligro y en vías de franca recuperación.

–Lo que no debe sorprendernos, teniendo dos enfermeras como vosotras dos -dijo galantemente el padre Ortiz mirando a Soledad sin, aparentemente, ninguna intención especial.

–Hemos hecho lo que hemos podido, padre -dijo Soledad, que se había ruborizado levemente.

–No me cabe la menor duda. ¿Y ese brazo, Javier? – preguntó tío Ignacio señalando el aparatoso vendaje que lo tenía inmovilizado contra el pecho.

–Es la clavícula, tío Iñaki, por eso no me lo dejan mover, pero nada grave, según tengo entendido. Un fragmento de metralla que se desvió más de la cuenta. Bueno, eso es lo que ha dicho el doctor.

–Me alegro. Ahora lo que tienes que hacer es comer, descansar y recuperarte. Pensando en ello -dijo el jesuita, al tiempo que se sacaba

un envoltorio de las profundidades del bolsillo de su sotana-, te he traído un libro de Agatha Christie, *Asesinato en el Orient Express.* Estoy seguro de que te va a gustar, aunque la trama esté prendida con alfileres y se aguante por los pelos. Su título me llamó en seguida la atención cuando lo vi el otro día en una librería de la Avenida, porque has de saber que yo también he viajado en ese famoso tren en más de una ocasión, sin que, afortunadamente, me viera envuelto en ninguna intriga detectivesca ni fuera asesinado en la cama.

–Mi hermano Ignacio -explicó Cecilia a Soledad-, aparte de jesuita, también es arqueólogo y ha pasado largas temporadas en Palestina y Mesopotamia haciendo excavaciones con tu ilustre compatriota sir Leonard Woolley, el famoso arqueólogo.

–He oído hablar de usted, padre -dijo Soledad-. Y de sus descubrimientos. Pero mentiría si le dijera que he leído sus libros.

–Y has hecho santamente bien, hija mía -dijo el padre Ortiz tuteándola-. Te has librado de una buena.

–Ahora sólo le faltaría descubrir una momia como la de Tutankamon para ser más famoso que lord Carnarvon y Howard Carter juntos -agregó Javier.

–Pero estoy segura de que tu tío también habrá pasado sus peligros y sus apuros -dijo Soledad-. ¿No es verdad, padre Ortiz?

–Más de los que te imaginas, hija. El día que tenga tiempo, pondré mis recuerdos por escrito y quizá escriba un libro narrando mis aventuras en Oriente Medio, que estoy seguro tendrá más éxito que mis aburridos tratados de arqueología sumeria, que sólo interesan a cuatro gatos.

–Apuesto a que será más emocionante que este que me acabas de regalar -dijo Javier, tranquilizado por el sesgo que iba tomando la conversación.

–Por lo menos, más real que el de miss Christie, y más de un lector se llevará una sorpresa. ¿Tú sabías que una vez me secuestraron los beduinos?

–¿De veras? – preguntó Javier, verdaderamente interesado-. Eso nunca me lo has contado. No sabía nada.

–Esto te enseñará a no fiarte de las apariencias. Ya es hora de que te vayas enterando de que tu tío Iñaki también ha llevado una doble vida,

que no todo ha sido enseñar latín a una colección de zoquetes como tú.

La conversación siguió por este derrotero neutral, pero cuando el padre Ortiz se despidió y Cecilia lo acompañó a la puerta del hospital, Soledad aprovechó la ocasión para inclinarse sobre Javier y darle un largo beso.

–¿Crees que tu tío se ha enterado de lo nuestro? – preguntó después de que hubo recuperado el aliento-. ¡Me ha mirado de una manera!

–Me imagino que sí.

–No ha hecho ningún comentario -dijo Soledad con la cara junto a la de Javier-. Pero seguro que se habrá preguntado qué hago a tu lado y quién me ha dado vela en este entierro.

–Es jesuita, ¿sabes? No se le escapa una.

–¿Y cómo crees que reaccionará?

–Prefiero no pensarlo… pero dame otro beso antes de que vuelva mi madre… o dos. Por el mismo precio…

En cambio, tío Sinibaldo, que se presentó al día siguiente con un libro de Karl May bajo el brazo, acogió a Soledad sin reservas ni suspicacias de ninguna clase.

–¡Claro que conozco el lío en que se han metido ustedes! – exclamó cuando Javier empezaba a ponerlo en antecedentes para explicarle la presencia de Soledad-. Cecilia me ha puesto al corriente de todo.

–Tío Sinibaldo, me siento incomodísimo si me tratas de usted -protestó Javier-. Es como si no te conociera.

–Me lo imagino, sobrino, pero no lo hago por ti, sino por respeto a doña Soledad.

–¡Por favor, don Sinibaldo, le ruego que me trate igual que a su sobrino! – dijo Soledad con la mejor de sus sonrisas-. Yo también me siento incómoda con el tratamiento.

El notario la miró con simpatía.

–Como quieras, hija. Como os decía, Cecilia me lo ha contado todo. Has de saber, Soledad, que entre Cecilia y yo no hay secretos de ninguna clase. Es como si fuera mi hija. Gonzalo, su marido, que en paz descanse, era mi ahijado. Pero esa confianza que me otorgas no me autoriza a meterme en vuestra vida privada ni a comentar con nadie vuestra particular relación. Ni siquiera contigo misma, Soledad… a no ser que tú misma me autorices expresamente.

–Desde ahora está usted autorizado, don Sinibaldo. Pero, dígame francamente, ¿no le escandaliza saber que Javier y yo vivimos en pecado?

–Pecado venial -precisó el notario Palol con una sonrisa indulgente-. ¿Por qué iba a escandalizarme? En estos dos años que llevamos de guerra y revolución he visto demasiadas atrocidades para escandalizarme por una nimiedad semejante. Estoy curado de espantos, y ahora hay muy pocas cosas que me escandalicen verdaderamente.

–Pero hay gente que no opina como usted y nos ha puesto de vuelta y media -dijo Soledad.

–Adulterio puro y simple -precisó Javier.

Don Sinibaldo movió la cabeza.

–No seas tan severo contigo mismo, Javier. ¿Tú crees que los exégetas de las leyendas artúricas han calificado de adulterio el romance que mantuvieron la reina Ginebra y Lancelot du Lac? Un romance que ha inspirado páginas inmortales de la literatura universal. Con la ventaja, por vuestra parte, de que el vizconde de Navahermosa no se parece, ni de lejos, al rey Arturo. ¿Me explico lo suficiente?

–Gracias por calificarlo de romance, don Sinibaldo -dijo Soledad-. Y gracias también por el detalle de compararme con la reina Ginebra.

Javier esbozó una mueca pesimista.

–Pero tío Iñaki no opinará lo mismo cuando se entere; ya lo conoces. De momento, no ha dicho esta boca es mía.

–Tu tío Ignacio está en su perfecto derecho de pensar lo que quiera, pero imaginaros a vosotros dos como a un par de adúlteros vergonzosos es lo último que se me ocurriría en la vida. ¡Qué disparate! Amantes me parece mejor. Como los de Teruel. Porque os queréis, ¿verdad?

–Yo la odio -dijo Javier-. No la soporto.

–Y yo le pago con la misma moneda -dijo Soledad envolviéndolo en una mirada amorosa.

–Entonces, no preocupaos de más y aprovechad la ocasión. Nadie sabe lo que nos depara el destino.

–¿Carpe diem? – preguntó Javier.

–Ni más ni menos. ¿De dónde lo has sacado? – inquirió tío Sinibaldo, muy sorprendido.

–Es una historia muy larga de contar. Pero es el mismo consejo que me dio tío Josemari.

–Pues tu tío Josemari sabía muy bien lo que se decía. En fin, cuando estés mejor y te den de alta en el hospital, tendré mucho gusto en invitaros a cenar en Casa Nicolasa para que me contéis vuestras cosas. O en mi casa, como prefiráis vosotros. No es ninguna maravilla, pero resulta confortable.

–¿Dónde vives ahora? – preguntó Javier.

–En la calle Peña y Goñi, muy cerca del Kursaal y de la playa del Gros. Nada que ver con mi piso del paseo de Gracia, por supuesto. Pero me encuentro muy a gusto. Y estoy aprendiendo a hablar vasco con mi cocinera.

El telegrama que llegó aquella misma tarde desconcertó a Soledad, pero arrancó una leve sonrisa a Javier. Se limitaba a una sola palabra y la firma, a continuación: *Aprovéchate. Peter Turner.*

–¿Quién es? – preguntó Soledad, que le estaba dando la sopa en aquellos momentos. Cecilia había ido a almorzar al hotel María Cristina, de acuerdo con los turnos que se habían impuesto las dos para no dejarlo solo.

Javier le mostró el telegrama.

–Peter Turner, un alférez inglés y compatriota tuyo.

–¿Lo conozco?

–No lo creo. Tal vez de niños. Era un admirador de tu madre. La encontraba fascinante.

–¿Ah, sí?

–Sí, de las carreras de Ascot.

Soledad asintió.

–Sí, ya entiendo. Pero me pregunto cómo se habrá enterado.

–Las noticias vuelan.

El telegrama de tío Josemari, que llegó veinticuatro horas más tarde, expresaba lo mismo pero en forma más académica: *Carpe diem.*

Mientras Javier, amorosamente atendido por su madre y Soledad, se recuperaba a ojos vistas, el Ejército del Norte del general Dávila avanzaba arrolladoramente sobre Cataluña a través de los secarrales

del valle del Ebro. El ejército rojo, desmoralizado, se retiraba desordenadamente sin presentar batalla.

Un ejército en retirada es como un torrente de piedras, fango y árboles arrancados de cuajo que se precipita barranco abajo. Todo cede, se cuartea, hunde, choca entre sí. La unidad que resiste aislada no tarda en contagiarse del pánico y se suma a la riada de fugitivos. De nada valen los gritos y las exhortaciones de los pocos oficiales que, pistola en mano, tratan de contener la desbandada de sus hombres. Apenas los agotados batallones del ejército rojo se habían fortificado en una posición, el rápido y continuo movimiento de flanqueo del enemigo los obligaba a replegarse para escapar del cerco. La súbita aparición de la aviación nacional (que había conseguido el dominio absoluto del cielo), ametrallando las concentraciones de fugitivos que embotellaban caminos y carreteras, acrecentaba el caos de la retirada y desarticulaba cualquier tipo de maniobra defensiva. Los soldados rojos arrojaban sus armas y desertaban en masa.

El Segador, eficazmente secundado por su comisario político, fusilaba a los desertores, sin consejo de guerra, y luego colgaba sus cadáveres de los árboles y los postes de teléfono con un cartel de *desertor* prendido del cuello. Pero este macabro aviso no servía para contener la oleada de pánico que se había apoderado de su maltrecha división. Miguel Hernández lloraba de impotencia y de rabia. Nadie le hacía caso.

El Cuerpo de Ejército Marroquí del general Yagüe llegó a avanzar hasta setenta kilómetros en cuatro días. Las tropas de vanguardia tenían que esforzarse por mantener contacto con el enemigo, que rehuía sistemáticamente el combate. El trabajo era de los servicios de intendencia para suministrarles. Se reconquistaron las ruinas de Quinto, Codo y Belchite, y se levantó el cerco de Huesca, que duraba desde el comienzo de la guerra. Se conquistaron Alcañiz, Puebla de Híjar y Caspe. En los visores de la artillería nacional aparecía ya la ahumada torre de la Seo de Lérida, incendiada por Durruti dos años antes. Algo más al norte, las tropas de Solchaga conquistaron Balaguer y se atrincheraron en la orilla derecha del Segre, el caudaloso afluente del Ebro que fluye desde el valle de la Cerdaña.

La ofensiva nacional llegó hasta las comarcas de la Terra Alta, en la provincia de Tarragona. Se conquistaron Gandesa y Mora la Nueva, a orillas del Ebro. Durante tres días y tres noches, los puentes del ferrocarril de Zaragoza y de la carretera de Alcañiz a Tarragona fueron un continuo flujo de trenes regimentales, parques de artillería, ambulancias y camiones repletos de fugitivos que cruzaban a la orilla izquierda del río.

Era el puño de hierro de la guerra, que llamaba a las puertas de Cataluña.

La misma prensa no se recataba en admitir la magnitud del desastre:

Ante la presión enemiga, nuestras fuerzas evacúan Quinto, Codo y Belchite. La aviación enemiga bombardeó insistentemente Puebla de Híjar, y nuestros cazas lograron derribar un Meissel Smith [sic] que cayó junto al puente de Sástago. Nosotros no tuvimos baja alguna. En los demás frentes, sin novedad.

Los temores del general Hernández Sarabia y el coronel Rojo habían sido rebasados con creces: la debacle de Teruel se había convertido en una retirada que no llevaba trazas de ser frenada ni contenida. En los fríos páramos del Alfambra, el ejército de la República había sufrido quince mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros, y perdido centenares de cañones, ametralladoras, tanques y aviones, un quebranto del que parecía imposible que se pudiera recuperar.

El general Hernández Sarabia y el coronel Rojo reconocían que les había salido el tiro por la culata.

Javier se despertó a eso de las nueve, parpadeó y miró a su alrededor, un tanto desconcertado. Sus ojos todavía no se habían acostumbrado al insólito cambio de decoración. Poco a poco fue reconociendo los muebles, los cortinajes y los elegantes grabados ingleses de la alcoba de Soledad en «Gure Etxea», el señorial *cottage* de ladrillo rojo y ventanas enmarcadas por la hiedra, situado en la falda oriental del monte Igueldo de San Sebastián, asomado a la bahía de La Concha.

La joven respiraba suavemente a su lado, con la cabeza hundida en la almohada y una semisonrisa aleteando en los labios. Inclinándose

ligeramente sobre ella, podía oler su aliento perfumado. Javier la contempló con cariño mientras se decía a sí mismo que sería el herido de guerra más afortunado del mundo si los remordimientos lo dejaran en paz. La proximidad de Soledad le recordaba constantemente su traición. No podía desterrar a Maite de su recuerdo; ella era la fría sombra de una nube errática planeando sobre su felicidad.

Después de gozar silenciosamente de la contemplación de Soledad durante unos segundos, se levantó sin ruido, se echó el batín sobre los hombros con la mano izquierda y, calzándose las zapatillas, se dirigió al ventanal, lo abrió y salió a la terraza.

La mañana de abril rezumaba humedad y melancolía primaveral. Más allá de los olmos centenarios y de los bien cuidados céspedes, y por encima de las torrecillas y las mansardas del Palacio Real de Miramar, La Concha desplegaba la gracia femenina de su comba marina coronada por el festón plateado de las olas que rompían desganadamente en la arena húmeda y apelmazada de la bajamar. Un pesquero se deslizaba a marcha lenta entre la isla de Santa Clara y el monte Urgull, dejando una rizada estela en las tranquilas aguas de la bahía. El sonido de su motor llegaba a la terraza del chalet amortiguado por la distancia: tap-tap-tap. Los agudos pináculos del Buen Pastor y San Ignacio sobresalían de los tejados de la ciudad, negros y húmedos de lluvia. Hacia la parte de Irún, el monte Jaizquibel dibujaba su amplia joroba verde tendida hacia Francia. Javier calculó que, un poco más allá, estarían Oyarzun y San Marcial, el escenario de sus primeros combates. Su visión le trajo a la memoria su traumático bautismo de fuego dos años antes.

Hacía pocos días le habían dado una alta provisional en el hospital. Le habían quitado el artilugio del brazo derecho, que ahora lo llevaba suspendido por un simple cabestrillo de lona colgado del cuello. A él mismo le sorprendía la habilidad que había desarrollado con la mano y el brazo izquierdos. Incluso podía abrocharse los zapatos. Pero en la sien izquierda le había quedado una inquietante cicatriz blanquecina. Al paso que iba, pensaba, no tardaría mucho en parecerse al mutiladísimo general Millán Astray.

Su madre los había dejado para volverse a Pamplona.

Hasta entonces, los tres habían vivido en «Gure Etxea», bajo el mismo techo, pero en habitaciones rigurosamente separadas, con lo que las apariencias se habían salvado. Pero cuando Cecilia se fue, Javier pasó a la alcoba de Soledad, quien se apresuró a dejar bien claro al matrimonio que cuidaba del chalet que Javier era su invitado a todos los efectos. ¿Quedaba suficientemente claro? Nada de medias tintas. Soledad sabía ser autoritaria cuando se lo proponía. Los porteros y el jardinero también acataron sus órdenes sin rechistar. Lo mismo que había hecho la servidumbre de su palacio de Toral de los Guzmanes en Salamanca.

–Javier -le había dicho su madre al despedirse en la estación de Atocha-, eres mayor de edad, sabes lo que haces y puedes decidir por ti mismo. Yo no puedo impedirte que aceptes la invitación de Soledad de quedarte a vivir con ella en «Gure Etxea». Como tampoco puedo impedirte a ti, Soledad, que me secuestres a mi hijo. Considéralo como el primer pago de un favor muy grande que te debo. Tú también eres mayor de edad y sabrás perfectamente lo que haces… y a lo que te expones. Y no es que quiera lavarme las manos, como Poncio Pilatos. Sé que eres buena y quieres a Javier. Y no me preguntéis si obro bien o mal. Sólo espero que Dios no me lo tenga en cuenta. Estoy hecha un lío. Y tú, Javier, cuando se te acabe el permiso de convalecencia, pásate por Pamplona y me dedicas dos días. No creo que sea mucho pedir. Piensa que tu madre también te quiere mucho y te necesita.

Soledad había asumido toda la responsabilidad y le había asegurado que le tenían sin cuidado las habladurías de la gente y el escándalo que, sin duda, iban a dar en San Sebastián, una ciudad plagada de familiares, refugiados de Madrid y Barcelona, amigos, conocidos y relaciones.

–Seremos muy discretos.

–No sé cómo lo conseguiréis. San Sebastián, pese a su cachet y su cosmopolitismo, tampoco deja de ser una modesta capital de provincias. Una no puede dar dos pasos sin encontrarse a gente conocida por la calle.

Javier la había ayudado a subir al tren y la había visto partir con encontrados sentimientos de pena, alivio y remordimiento.

De eso hacía ya diez días, más o menos.

Diez días que le habían pasado como un sueño, atendido amorosamente por Soledad, en un marco tan lujoso y confortable que le provocaba remordimientos al pensar en las penalidades y las fatigas de campaña que debían de estar pasando sus camaradas. Remordimientos que no conseguían mitigar ni las alfombras Aubusson, ni el aroma a cera del parquet de roble, ni los brumosos paisajes de Turner y Constable que colgaban de las paredes, ni los profundos sillones de cuero situados frente a la chimenea del salón. Una verdadera vergüenza, en una palabra, sin paliativos.

No oyó ni sintió a Soledad, que se había acercado en silencio, por detrás, andando sobre los pies desnudos, hasta que le rodeó el cuerpo con ambos brazos y apoyó la cabeza en su espalda.

–¿Estás triste, Javier?

–No. Bueno, sí. Un poco.

–¿Pensabas en tu madre?

–Sí.

–¿Es porque no la has acompañado a Pamplona?

–No. Solamente que me dio mucha pena cuando se fue. Me hizo sentirme como el malo de la película.

–¡Bah! ¡Figuraciones tuyas!

Ahora el pesquero había llegado al puerto de pescadores. Grupos de mujeres con cestas y capazos hormigueaban en el muelle a la espera de la descarga de las capturas. Pronto, sus agudos gritos, pregonando la plateada cosecha marina, resonarían gozosamente en las calles de San Sebastián: *¡Bocarta, bocarte!*

Estuvieron largo rato en silencio, mirando ensimismados la amplia lámina de agua de la bahía, recorrida por los espejeantes centelleos del sol, que asomaba intermitentemente por entre las nubes grises.

–¿Sabes, Javier?, me gustaría detener el tiempo para poder gozar de esta felicidad eternamente -dijo Soledad.

–Y a mí. Pero me temo que esto no lo consiga ni el mismísimo Einstein.

–A mí me da miedo tanta felicidad, tengo miedo de perderla.

–Pues no te tortures inútilmente -la animó Javier-. No vale la pena angustiarse pensando en el mañana. Me lo dijo mi tío Josemari, que es más sabio que tío Iñaki, aunque no escriba libros de arqueología ni

desentierre momias mesopotámicas. Nuestro destino está escrito en las estrellas del desierto. Los problemas se han de resolver uno a uno, sobre la marcha, a medida que vayan presentándose, por orden de riguroso escalafón, como en el ejército.

Pero Javier se abstuvo prudentemente de comentarle su curiosa teoría de los neumáticos de recambio. Presentía que Soledad no sería capaz de apreciar su implícita ironía y sí, en cambio, de despertar innecesarias suspicacias. Se dio la vuelta, se desprendió el brazo derecho del cabestrillo y la abrazó con delicadeza.

–¿Cómo sigue tu brazo? – preguntó ella.

–Ya lo ves, te puedo abrazar. Mejora cada día que pasa.

–Pero no te esfuerces en recuperarte.

–Piensa que entonces te podré abrazar como Dios manda. ¿No te gustaría?

–Sí, pero te enviarán al frente.

–Me temo que eso sea inevitable. La guerra todavía no ha terminado.

–No tardará mucho. Date cuenta que nuestras tropas ya han conquistado Lérida -dijo Soledad que tenía tiempo sobrado de leer la prensa y escuchar el parte de guerra diario por la radio.

–Pero eso no quiere decir que los rojos se den por vencidos. Son muy tozudos. Los conozco bien. – Javier miró, malhumorado, las nubes bajas que cruzaban el cielo empujadas por el viento-. ¡Qué asco de tiempo! No parece que estemos en primavera. Siempre este maldito chirimiri de los demonios. ¿Qué se puede hacer en San Sebastián cuando llueve?

–De momento, entrar en casa y desayunar. Estoy oliendo el café con leche y las tostadas con mantequilla que nos está preparando la Antonia.

–Sagardía, creo que tenemos a nuestro hombre en el bote -dijo Mauricio Soler-Ribot entrando en el despacho del jefe supremo del SIMP con una gruesa carpeta bajo el brazo, sin avisar ni dar tiempo al ordenanza de anunciarle-, y el general Vigón va a tener que tragarse sus palabras.

–Pues cierre la puerta y tome asiento, por favor.

Mauricio ajustó la puerta a su espalda, depositó la carpeta encima del escritorio abarrotado de papeles y se sentó frente al coronel Sagardía.

–Apuesto a que se va a llevar una sorpresa cuando se lo diga. Jamás lo diría.

–Pues suéltelo de una vez, Soler, me tiene usted intrigado -se impacientó el coronel.

Mauricio todavía dejó pasar unos segundos, saboreando malignamente el placer de retener el secreto, como hacen los perdigueros bien enseñados, que se resisten a entregar la pieza cobrada a sus amos.

–¿Lo quiere saber?

–¡Pues claro que lo quiero saber, maldita sea! ¿Quién es?

–Harold Philby -anunció Mauricio Soler-Ribot finalmente, soltando la bomba, con los ojos fijos en los del coronel Sagardía.

–¿Harold Philby? ¿El corresponsal del *Times?* -preguntó el coronel con la sorpresa y la incredulidad más absolutas reflejadas en su semblante.

–Sí.

–¿Ese periodista inglés que tan bien nos deja en sus crónicas?

–El mismo.

–¿Está seguro de lo que dice? – inquirió, dudoso, el coronel al cabo de unos segundos.

–Segurísimo. Hacía tiempo que sospechaba de él. Incluso antes de que un alférez inglés de la 1 División de Navarra nos pusiera sobre la pista.

El coronel Sagardía sacó una cajetilla de tabaco de un cajón del escritorio y ofreció un cigarrillo a Mauricio Soler-Ribot.

–Gracias -dijo éste aceptándolo.

El coronel prendió una cerilla y la acercó a Mauricio, que se inclinó un poco para encender su cigarrillo, y volvió a reclinarse en el respaldo de su butacón al tiempo que expelía una nube de humo.

–Soler, me deja usted de una pieza. Me cuesta mucho creer que un corresponsal al que se le ha condecorado con la medalla al Mérito Militar de segunda clase por su valiente actuación en Teruel, sea un espía rojo. Sencillamente, no me cabe en la cabeza.

–No me extraña nada. A mí me ocurrió lo mismo cuando lo descubrí. El tal Philby nos ha engañado como a chinos. Es un verdadero punto filipino. Yo no sé quién lo acreditó como corresponsal extranjero en nuestra zona, pero, desde luego, el *quidam* que lo hizo se lució. Cualquier ama de casa que pide referencias sobre una nueva criada lo habría hecho mejor que nosotros.

–¡Qué vergüenza!

–Sí, ya lo puede usted decir. Me he tomado la molestia de estudiar sus antecedentes (los suyos y los de todos los corresponsales extranjeros acreditados en la España nacional), y he descubierto que no pueden ser peores.

–¡Y nosotros en la higuera!

–¡Imagínese! Lo salvó su cobertura de miembro distinguido de la Alianza Anglogermana y su corresponsalía del *Times.* Gracias a ese digno disfraz, nuestro hombre ha podido meter sus sucias narices en el Estado Mayor del general Vigón, visitar los frentes de batalla, hablar con todos nuestros generales y pasar la información que ha querido a los rojos, entre ella, mucho me temo, nuestros planes de la fallida ofensiva de Guadalajara.

–¡Coño!

–Pero así que he escarbado un poco, he descubierto que es uno de los miembros más activos de la célula comunista de Cambridge y un agente secreto del KGB. Incluso ha viajado un par de veces a Moscú para recibir instrucciones del *Komintern.*

–¿Lo podría demostrar?

–Por supuesto. Al ciento por ciento. Le aseguro que no me he dejado ningún cabo suelto ni ningún rincón por escudriñar. Para ello me tomé la molestia de viajar Inglaterra para contratar los servicios de Spencer and Pinkerton, la mejor agencia de detectives de Londres, para que investigaran a nuestro hombre.

–¡Qué gran idea! – exclamó, admirado, el coronel-. Reconozco que a mí nunca se me habría ocurrido.

–Yo lo he puesto en práctica varias veces cuando me ha interesado conocer la habilidad de algún cliente o proveedor sospechoso - reconoció modestamente Mauricio Soler-Ribot-. Le ahorra a uno un montón de tiempo, dinero y gasto de energía nerviosa.

–Tiene usted razón, pero continúe, por favor.

–Pues como le iba diciendo, estos respetables caballeros investigaron discretamente a nuestro hombre: su familia, su pasado, los colegios y las universidades donde estudió, sus amistades, sus movimientos y sus inclinaciones, políticas y personales, y lo que descubrieron no deja lugar a dudas sobre la verdadera identidad de Harold Philby: un espía comunista al servicio del KGB soviético. Hasta tal punto que los señores Spencer y Pinkerton estaban tan sorprendidos como yo mismo. Y cuyo diagnóstico me confirmó sir Henry Chilton, el antiguo embajador inglés, partidario nuestro y al que tuve el placer de conocer en Biarritz. Todo concuerda. Kim Philby es nuestro hombre.

El coronel Sagardía miró a Mauricio Soler-Ribot por entre las volutas de humo de su cigarrillo.

–Lo que no consigan ustedes, los catalanes, no lo consigue nadie. Ya lo dice el refrán popular, y corríjame si me equivoco: el catalán de las piedras saca pan.

–Sólo que en este caso concreto no ha sido una honrada hogaza campesina, sino un peligroso alacrán de la peor especie.

–Lo felicito sinceramente, Soler, ha hecho usted una gran labor. Le estoy sumamente agradecido.

Mauricio golpeó ligeramente la carpeta con el índice.

–En este dossier encontrará todos los detalles del caso, el informe de los detectives ingleses (yo mismo lo he traducido para evitar cualquier fuga de información), los antecedentes de nuestro hombre y las pruebas irrebatibles de su traición.

En la cara del coronel se dibujó cierto aire de preocupación.

–El problema será cómo se lo decimos al Generalísimo.

–¿Por qué?

–Porque lo tiene por una bellísima persona.

–Pues con mucho gusto le paso a usted la papeleta, Sagardía. Yo ya he cumplido con la parte de mi trabajo. Quiero tomarme unas pequeñas vacaciones. Creo que me las he ganado. Hace dos meses que no paro. La semana que viene querría viajar a San Sebastián para pasar unos días con mi familia. Casi ni me acuerdo de la cara que tienen mi mujer y mi hija pequeña. Aprovecharé ahora que Harold

Philby está en Inglaterra. Tuvo que marcharse precipitadamente para asistir a los funerales de su padre. ¿Sabía usted que era mahometano?

–¿Quién? ¿Philby?

–No, su padre, St. John Philby.

–De los ingleses puedo creerme cualquier cosa.

–Pues ya sabe lo que le toca: echarle el guante en cuanto ponga los pies en España. Pero no se olviden de tomar precauciones a la hora de detenerlo: el hombre es un tirador experto.

Desde el prado donde estaba tendiendo la ropa al sol, Blanca podía ver a su hijo gateando por la orilla del estanque de los patos. De vez en cuando se incorporaba y daba algunos pasos torpes y vacilantes, para volver a caer otra vez, sentado de culo, muy asombrado de su hazaña.

Teniendo en cuenta las severas condiciones y el aislamiento de «La Encina», y un invierno frío como pocos, el niño se había criado excepcionalmente bien y había superado con éxito la dura prueba de la selección natural, a la que habría que añadir el despego con que lo había tratado su madre. Cuando la divisaba, a la vuelta del trabajo, Salvador gateaba torpemente hacia ella con los brazos abiertos. Blanca lo apartaba a un lado con un gesto desabrido, y el niño corría a refugiarse, llorando, en los brazos de María o de la Carmeta.

Blanca no podía evitarlo; seguía sin poder superar la repulsión instintiva que le inspiraban sus rasgos, que le recordaban los de su violador. Sobre todo cuando le daba de mamar. Ver la repulsiva cara del Sisco en pequeño chupándole los pezones la descomponía. Por ese motivo se había apresurado a destetarlo y alimentarlo con papillas, algo que hizo muy poca gracia a la Carmeta y a la padrina. Pero, por otra parte (y esto era lo grave del caso), también se sentía atraída hacia él, una reacción visceral, incontrolable, que le salía de lo más profundo de sus entrañas. Su hijo y ella eran la misma cosa. Veía sus propios rasgos reflejados en su carita, que también le recordaban a Gonzalito cuando tenía su misma edad. Por sus venas corría su misma sangre… mezclada con la oscura y odiosa sangre del Sisco.

Más de una vez, Blanca había superado la tentación de ahogarlo con la almohada. Pero la adoración que reflejaban sus ojos prendidos en los de ella la había desarmado al instante. Y, sobre todo, el pensamiento de que iba a matar una parte de sí misma. Y también

(Blanca tenía que reconocerlo), el temor a la violenta reacción de la Carmeta. La payesa era una mujer de una sola pieza, muy capaz de cumplir su amenaza y estrellarle un sartenazo en la cabeza. Y de ponerla de patitas en la calle, donde acabaría muriéndose irremediablemente, lo que, bien mirado, no era lo peor que podría ocurrirle. Sería el fin de sus problemas y de sus angustias.

Ahora Salvador se había acercado peligrosamente a la orilla y, con la mano extendida, ofrecía un gusano recién desenterrado a un pato que lo miraba con sus ojos redondos, ladeando la cabeza con un gesto de desconfianza. El agua no tendría allí ni medio metro de profundidad, pero suficiente para ahogar a un niño que daba sus primeros pasos.

Blanca depositó la cesta de la ropa en la hierba del prado y esperó con los brazos cruzados. Quizá ésa fuera la oportunidad que había estado aguardando inconscientemente durante todo aquel tiempo. La Carmeta, el Paparro, María, nadie podría acusarla de nada si el niño se caía al agua y se ahogaba. Un momento de descuido lo puede tener cualquiera, ¿no? El Paparro la apoyaría. Al payés nunca le había convencido la patraña que se había inventado la Carmeta de que el niño era de ellos.

Salvador alargó demasiado el brazo, basculó hacia adelante y cayó de cabeza al agua, donde chapoteó espantado.

Blanca todavía dejó pasar unos segundos antes de acudir en su auxilio.

–¡Mmm mamm ma mamá! – logró vocalizar por primera vez el niño, con el pánico reflejado en su carita curtida, al tiempo que le tendía los brazos.

En dos saltos Blanca estuvo a su lado, lo sacó del agua en un santiamén y lo estrechó contra su corazón.

–¡Hijo!

Esta experiencia y su instintiva y rápida reacción, no dejaron de sorprenderla. Las cosas nunca son tan claras como parecen. Y, menos todavía, los sentimientos. A raíz de este involuntario y traumático revulsivo, sus relaciones con su hijo mejoraron notablemente.

A la Carmeta (que no había presenciado el incidente) le alegró mucho su cambio de comportamiento. No se lo explicaba. Pero respiró

tranquila.

–¿Te has dado cuenta, Soledad? – preguntó Javier echando un vistazo al radiante azul del cielo enmarcado por el alto ventanal estilo Tudor del comedor de «Gure Etxea»-. No llueve.

–Eso parece -contestó distraídamente la joven, en bata y zapatillas, mientras vertía el té en su taza-. ¿Quieres?

–No, gracias, prefiero café. A estas alturas de nuestro romance todavía no me explico cómo no conoces mis preferencias.

–A veces también hace buen tiempo en la Bella Easo -dijo Soledad.

–Pues se tratará de aprovecharlo sin perder un segundo. ¿No tienes ganas de salir?

–Sí, muchas.

Desde que Cecilia los había dejado, no habían dado motivos de escándalo porque habían llevado una vida muy retraída en «Gure Etxea» y apenas se habían dejado ver por la ciudad. Se bastaban el uno al otro, como una pareja de recién casados. No tenían ninguna necesidad de traspasar las verjas del parque para ser felices. Mientras Soledad podaba rosales y mataba pulgones, Javier leía una novela en una tumbona, o bien, embutido en un mono, se entretenía reparando el motor de un Triumph cupé colorado que había descubierto en las cocheras, oculto debajo de unas lonas. Tumbado en el suelo, apretaba las tuercas de la suspensión con las llaves inglesas que le pasaba Esteban. Al atardecer, antes de cenar, tomaba unas copas junto al fuego con los pies apoyados en un escabel, mientras Soledad se pintaba las uñas. Gracias a esta voluntaria reclusión habían conseguido pasar bastante desapercibidos. Bueno, eso era lo que creían ellos. El mercado de La Brecha (donde se suministran todas las amas de casa donostiarras) había actuado como una caja de resonancia: eran la comidilla de medio San Sebastián.

Javier tuvo la demostración palpable cuando telefoneó al colegio de San Ignacio para concertar una visita con su tío Iñaki y devolverle así la que él le había hecho en el hospital.

–¿Con Soledad? – había preguntado el jesuita.

–Sí, con uniforme de enfermera y yo, con el brazo en cabestrillo.

–¡Ni se te ocurra! ¡Qué escándalo! ¿Qué van a pensar los chicos?

Javier pensó que los chicos estarían encantados de ver a una señora tan guapa.

Tío Iñaki gritó tanto y tan fuerte que Soledad no tuvo que hacer ningún esfuerzo por escuchar sus palabras.

Javier tuvo que excusarlo después de haber colgado el aparato en su percha.

–Lo siento, tío Iñaki es así, no lo puede remediar. Su reloj se ha parado en la Contrarreforma del Concilio de Trento. Su reacción era previsible. No esperaba otra cosa de él.

–¿Por qué diablos no querrá comprender que yo soy tu enfermera y tú un herido de guerra a mi cargo?

–Es hombre de ideas fijas.

–Sí, un verdadero aguafiestas.

–Espero que se le pase el cabreo.

Por eso, cuando le había sugerido hacer una visita a su tía Beatriz, la superiora de las Esclavas del Sagrado Corazón, Soledad lo disuadió en el acto:

–Mejor que vayas tú solo. Con la bronca de tu tío Iñaki ya he tenido bastante. A tu tía no la conozco de nada y no tengo nada contra ella, seguro que es una persona encantadora, pero prefiero quedarme en casita haciendo calceta.

Tía Bea lo había recibido en la sala de visitas del colegio, en Ondarreta, y lo había abrazado cariñosamente, envolviéndolo en el fragante frufrú de sus holgados hábitos negros impregnados de incienso, humo de velas y tintineo de cuentas de rosario.

–¡Javier, no sabes las ganas que tenía de abrazarte! ¡Pero déjame que te vea! – lo apartó un poco-. ¡Si casi no te conozco! ¡Cuando te dejé eras un niño, y ahora estás hecho todo un hombre!

En su rostro, ceñido estrechamente por la toca almidonada, se reflejaban las secuelas de varias enfermedades tropicales contraídas cuidando leprosos en Lambarené, el hospital del doctor Schweitzer en Gabón, a consecuencia de las cuales tuvo que regresar a Europa para reponerse. A Javier, sus facciones, entre serenas y autoritarias, le recordaron mucho a su madre. Como era de esperar, tuvo que contarle sus avatares bélicos. Y ella a él, sus tribulaciones en San Sebastián bajo

la dominación roja. Pero no le hizo preguntas indiscretas, y lo despidió con las mismas muestras de cariño y afecto.

Javier se fue con la duda de si se había enterado de su aventura con Soledad. En cambio, no le quedó ninguna de las miradas intencionadas y maliciosas de algunas chicas mayorcitas que revoloteaban por la sala de visitas con cualquier excusa y no le quitaban la vista de encima.

Javier apuró un sorbo de café y dejó la taza en la mesa.

–Mira, Soledad, en vista del buen tiempo reinante, te propongo una salida campestre.

–Me gusta la idea. ¿Adónde?

–A Leizaberri, un pueblecito que está a la vuelta de la esquina.

–¿Por algún motivo especial?

–Sí, para visitar el cementerio, rezar un padrenuestro y encargar unas misas por el eterno descanso del alma de Begoña Aguirreurreta. Después te invito a comer besugo braseado en Guetaria; conozco una taberna en el puerto donde lo bordan. Y si no tienes inconveniente, podemos ir en ese Triumph tan estupendo que acabo de poner a punto y está pidiendo a gritos que le den un meneo. Yo mismo lo conduciré. Me siento completamente en forma… mientras no tenga que cambiar una rueda.

Soledad alzó la vista de la tostada que estaba untando con mantequilla y lo miró, un tanto perpleja.

–Dicho así de pronto, resulta un tanto confuso. ¿No crees? Lo del besugo braseado lo entiendo sin dificultad, y acepto encantada. Pero ¿te importaría aclararme la primera parte del programa? Si no he entendido mal, se trata de ir a Leizaberri a rezar un padrenuestro y encargar unas misas por una tal Begoña que, al parecer, ha pasado a mejor vida. ¿Me podrías dar más detalles?

–Con mucho gusto. Begoña era la maestra del pueblo; resultó ser una espía roja y los requetés la fusilamos, y por eso me remuerde la conciencia.

Soledad se sobresaltó visiblemente.

–¿Es una broma, verdad?

–No.

–Supongo que no lo dirás en serio.

–Por desgracia es la pura verdad -contestó Javier sirviéndose más café de la cafetera.

–¿Puedo preguntarte qué había hecho?

–La pillamos con las manos en la masa cuando transmitía a sus partidarios la fecha y la hora de salida del próximo convoy de amunicionamiento a una posición nuestra muy expuesta, la cota 450. El anterior convoy había sido objeto de un devastador golpe de mano rojo. Literalmente, voló por los aires. Dos buenos amigos míos y otros dos requetés murieron despedazados.

–¡Qué horror!

–Dímelo a mí, que tuve que ayudar a recoger y reunir sus restos mortales. Tendrías que haberlos visto cuando los bajaron al pueblo en una carreta que chorreaba sangre literalmente. Estaban destrozados, hechos piltrafas, irreconocibles. Aparte de los restos que habían quedado prendidos en los robles del sendero y no hubo manera de despegarlos.

–¿Y cómo se enteró Begoña de tantos detalles?

–Se lo dijo el teniente Hurtado.

–¿También era rojo?

–¡No, qué va! Begoña le sonsacó sin que se diera cuenta. Eran amantes; lo había seducido con malas artes.

–¿Como yo a ti?

–¡Mucho peor! Con los peores propósitos, puedes imaginarte. Por eso, cuando el capitán Olavide pidió voluntarios para el piquete, di un paso al frente sin pensarlo dos veces.

Soledad se llevó las manos a la boca.

–¡No!

–¡Déjame que te explique, mujer! Que me presentara voluntario no quiere decir que le disparara a matar.

–Me habías asustado -dijo Soledad, aliviada-. No te imaginaba capaz de una barbaridad semejante.

–¿Barbaridad? Ponte en mi lugar: aún no hacía ni tres meses que los rojos habían fusilado a mi padre. Eso sin contar los asesinatos de Gonzalito y el abuelo y la violación de Blanca. Sólo faltaba este cobarde golpe de mano de los gudaris, que acabó con la vida de cuatro buenos

amigos míos. ¿Lo comprendes ahora? Yo ardía en deseos de venganza y ganas de devolver golpe por golpe.

Soledad meneó la cabeza, dudosa.

–Pero se trataba de una mujer.

–Todo lo que tú quieras, pero más dañina que una cobra. El consejo de guerra que la juzgó la halló culpable de un delito de espionaje a favor del enemigo en tiempo de guerra y la condenó a ser pasada por las armas. La chica admitió su culpabilidad. Cuando la pusieron contra la tapia del cementerio, le apunté a la frente…

Soledad había palidecido ligeramente y lo escuchaba con los ojos muy abiertos.

–Sí, pero no temas -la consoló Javier-. Sus pupilas reflejaban tal pánico que en el acto se me quitaron las ganas de apretar el gatillo. Además, era una chica joven, como tú, y bastante atractiva. La verdad es que me dio mucha pena. Pero eso les tuvo sin cuidado a los otros cinco requetés del piquete, que se la tenían jurada. Uno de ellos era hermano gemelo de una de las víctimas, Pedro Larraínzar. De modo que cuando el alférez Freire mandó ¡fuego!, yo apunté a un lado… Mi bala se estrelló contra la tapia del cementerio, sin rozarle ni un pelo, algo que podrás comprobar tú misma si te dignas acompañarme a Leizaberri. Estará a una hora escasa de aquí. Menos, en el Triumph.

–¿Y qué ocurrió luego?

–Te lo cuento camino de Leizaberri… Anda, vamos a vestirnos, que esto es un escándalo. ¡Si mis camaradas me vieran en bata y zapatillas a las diez de la mañana!

Esteban les tenía preparado el llamativo deportivo a la puerta del chalet. Javier se puso al volante y Soledad se acomodó a su lado.

–Está todo en orden, don Javier -explicó el chófer-. Yo mismo le he cambiado el aceite y he dado un par de vueltas para probarlo. Va como una seda. Si me lo permite -agregó respetuosamente-, le aconsejaría entrar la directa después de alcanzar los setenta u ochenta kilómetros por hora, no antes. Es un pura sangre, como *Lucero,* y necesita que le den caña.

–Gracias, Esteban, seguiré sus instrucciones al pie de la letra.

Soledad se anudó un pañuelo de seda bajo la barbilla y Javier se caló una gorra que el otro día se había comprado en la sastrería Old

England de la Avenida. El portero abrió de par en par la puerta del parque y los despidió tras desearles buen viaje.

Cogieron por la avenida de Zumalacárregui y luego siguieron por la sinuosa carretera de Bilbao que bordeaba la costa.

–¿Todo bien? – preguntó Soledad.

–Todo bien -contestó Javier, que estaba disfrutando de la conducción y maniobraba el volante con sólo la mano izquierda, sin molestias ni problemas cuando tenía que emplear la derecha para accionar la palanca del cambio de marchas.

–Pues ahora, cuéntame la segunda parte de la historia de Begoña, que me tiene muy intrigada.

Javier se la contó con todo lujo de detalles.

–¿Y nadie salió en su defensa? – preguntó Soledad cuando terminó-. ¿Nadie pidió clemencia por ella?

–Sí, el padre Amurrio, el cura del pueblo, que quiso que lo fusilaran en su lugar. Pero el alférez Freire se lo impidió y lo mandó a paseo.

–¡Qué valiente!

–Dijo que era viejo y no le importaba morir.

–¿También era rojo?

–No creo. Digamos que era separatista. Los requetés de mi compañía y el páter del batallón no lo podían tragar. Pero dos de ellos me ayudaron a cavar la fosa donde la enterramos. En Leizaberri habían quedado muy pocos hombres. Sólo mujeres. Me pareció un acto de desagravio.

–¿Crees que el padre Amurrio se acordará de ti?

–Seguro. A los pocos días, me confesé con él. Me dio la absolución por los pelos, porque yo no quería arrepentirme.

Enfrascados en la conversación, atravesaron el pueblo de Orio sin reparar en el vistoso espectáculo que ofrecían los pesqueros de vivos colores fondeados en la ría, que les daban la bienvenida agitando alegremente sus gallardetes al viento.

–¿Y qué le ocurrió al teniente Hurtado, al amante de Begoña? – preguntó Soledad.

–Se suicidó cuando lo conducían a Mondragón, al consejo de guerra donde lo iban a juzgar. La sentencia de muerte la tenía segura. En un

descuido de los requetés que lo conducían, se pegó un tiro. No podía hacer otra cosa.

–¡Qué tragedia, Dios mío!

–Sí, un verdadero drama -asintió Javier, mientras empezaba a tomar calmosamente, una tras otra, las interminables curvas que describía la carretera entre Zarauz y Zumaya bordeando los acantilados cortados sobre el mar.

Leizaberri apenas había cambiado en un año y medio. Seguía ensimismado en su placidez campesina de siempre. Los manzanos y los cerezos empezaban a florecer, y un manto de hierba fresca cubría las feas verrugas y los costurones de las trincheras y los parapetos, como si quisiera borrar el desgraciado recuerdo de la guerra. Aldeanos veteranos esparcían estiércol en los campos, y las vacas pacían en los prados como si no hubiera ocurrido nada.

Dejaron el coche en la plaza Mayor y se dirigieron a la iglesia.

Las mujeres que lavaban la ropa en el lavadero público dejaron de fregotear un momento, levantaron la cabeza de la colada, los miraron con suspicacia y cuchichearon nerviosamente entre sí.

–Están convencidas de que yo le disparé a Begoña -explicó Javier a Soledad-. Por eso me miran con malos ojos.

El padre Amurrio, que estaba leyendo el breviario bajo el porche, alzó los ojos y se los quedó mirando con cierta sorpresa.

–Tú eres Javier de Montcada, ¿verdad? – preguntó tras una ligera vacilación.

–El mismo, padre.

–Así, de pronto, al verte de paisano, no te había reconocido. ¿Y ese costurón que luces en la frente? – inquirió señalándolo con los ojos.

–¡Oh! Un recuerdo de Teruel, padre, nada importante. Permítame que le presente a una amiga mía, Soledad de Simancas, la enfermera que me salvó la vida y me atendió en el hospital.

–El Señor esté contigo, hija.

Soledad se inclinó y le besó la mano.

–¿Y se puede saber qué os ha traído hasta aquí? – preguntó el padre Amurrio poniendo el punto y cerrando el breviario-. No es usual que visitantes tan distinguidos acudan a esta remota aldea perdida en los montes de Euskadi.

–Verá, padre -empezó Javier-, como usted recordará, por desgracia, yo formé parte del piquete que fusiló a Begoña.

–Sí, lo recuerdo. Tú y cinco requetés más.

–Pues bien, he venido para rezarle un padrenuestro a Begoña y encargar unas misas por el eterno descanso de su alma.

El padre Amurrio espantó con la mano una mosca que le rondaba por la frente.

–¿Y puedo preguntarte cómo se te ha ocurrido ese bello gesto?

–Me lo ha sugerido mi enfermera -mintió Javier.

–Pues te felicito por tu buen corazón, hija mía.

Las mejillas de Soledad se tiñeron levemente de rojo.

–No lo crea, padre, soy una vulgar pecadora.

–Quien se humilla será ensalzado -citó el padre Amurrio-. Pero ¿por qué no pasáis a la sacristía y os tomáis un vaso de chacolí?

–Después, padre. Primero quiero ir al cementerio. ¿Nos podría dejar la llave?

–Está abierto.

–Claro, lo había olvidado.

–¿Conoces el camino?

–Con los ojos cerrados.

–Os espero luego.

–De acuerdo, padre.

–¿Por qué has tenido que decirle al padre que la idea de rezar el padrenuestro había sido mía? – preguntó Soledad cuando hubieron salido del porche-. Me has hecho sofocar. Estoy seguro de que habrá adivinado lo nuestro.

–Bueno, ¿y qué? Tampoco se ha escandalizado ni nos ha pegado una bronca como mi tío Iñaki.

Antes de encaminarse al cementerio, Javier invitó a Soledad a visitar la casamata de la cota 450.

–Nos viene de camino. Sólo será un momento.

Una herradura oxidada entre las piedras del sendero mostraba el lugar exacto donde el convoy de aprovisionamiento había volado por los aires. Javier la miró con respeto.

–Es de la infortunada mula *Faraona* -explicó a Soledad.

La lluvia, el sol y las hormigas diligentes habían hecho desaparecer compasivamente todos los restos humanos adheridos a las ramas desgajadas de los robles por efecto de la brutal explosión.

A Javier le asaltaron un montón de recuerdos cuando se deslizó por la estrecha apertura de la casamata. Seguía siendo la covacha oscura y ahumada de siempre. Por el suelo se hallaban esparcidas vainas de balas, periódicos viejos y dos gamellas de aluminio abolladas. El fogón estaba oculto bajo un manto de polvo. La superficie de la mesa de pino aparecía profusamente decorada con las dedicatorias que habían grabado sus inquilinos a punta de navaja. Incluso la de Peter Turner, que no había podido resistir la tentación de dejar constancia gráfica de su paso por la *cota.*

Soledad examinó con críticos ojos de ama de casa las desvencijadas literas adosadas a las paredes y los mugrientos jergones de paja.

–¿Y aquí dormías tú? – preguntó con una mueca de incredulidad.

–Sí, como un verdadero rey.

–No me lo puedo creer.

–Te lo juro.

–¡Pobrecito!

–Esto te ayudará a entender los remordimientos que me asaltan en «Gure Etxea» cuando pienso en mis amigos que están en el frente.

A través de las troneras, Javier le mostró las posiciones de los gudaris, el recodo del río, las casas del pueblo abajo y las ruinas del aserradero, desde donde Begoña había hecho las señales de morse a sus partidarios.

–Aquí me he pasado yo horas y horas mirando la oscuridad hasta que me han dolido los ojos.

Camino ya del cementerio, Soledad se entretuvo unos minutos en formar un ramillete con margaritas, ranúnculos, gencianas, dientes de león y otras flores silvestres que crecían a cientos en aquellos prados floridos. Al agacharse, su negra mata de pelo desaparecía entre la hierba alta y jugosa. Luego se incorporaba y dirigía la vista alrededor, en busca de nuevas flores. Cuando dio por finalizada la faena, mostró orgullosamente el ramillete a Javier.

–¿A que es bonito?

–Muy bonito.

–¿Ya que huele bien?

–Huele muy bien y es muy bonito -reconoció Javier, impaciente-. Pero déjalo ya, que no nos va a dar tiempo si queremos estar en Guetaria a la hora de almorzar.

Al llegar al cementerio, Javier se fue derecho a la tapia. En seguida descubrió el desconchado causado por la bala de su máuser.

–Mira -dijo mostrándolo a Soledad-. Ésta es la prueba de mi inocencia.

–No tienes que demostrarme nada -dijo la joven pasando el dedo por el agujero-. Nunca he dudado de tus palabras.

Entraron en el camposanto y Javier condujo a Soledad ante la tumba de Begoña. Sobre el leve túmulo de tierra apuntaban rododendros y rosales silvestres. La inscripción de la cruz decía: *Begoña Aguirreurreta, 1908-1936. RIP.* Estaba ligeramente deslucida por la lluvia y la nieve de dos inviernos. Soledad la contempló pensativamente.

–Veintiocho años -dijo cuando terminó de deletrear el enrevesado nombre vasco-. Ahora tendría treinta años, tres menos que yo. ¡Mira que morir tan joven! ¡Y de qué manera! Aunque fuera roja, no puedo por menos de admirar lo valiente que fue. Yo no habría llegado viva a la tapia. Me habría muerto antes. Del susto, puedes creerme.

–Me lo imagino… Y éstas son las tumbas de los requetés que se puede decir que mató ella misma -dijo Javier señalando las modestas tumbas de Josetxu y Larraínzar, sobre las que revoloteaban abejas y mariposas-. Y de una parte de la mula *Faraona.*

–¿Tú crees que habrán hecho las paces? – preguntó Soledad.

–Seguro, no tienen más remedio, al estar tan juntos…

Contemplaron las tumbas en silencio.

–¡Qué sensación de paz más maravillosa se respira aquí! – dijo Soledad dirigiendo la vista alrededor-. No me importaría que me enterraran en un cementerio parecido cuando me muera. Sin mausoleos ni sarcófagos ni historias. En la tierra, como Begoña. ¿Te acordarás, Javier?

–Será lo primero que apuntaré en mi agenda cuando volvamos a casa: enterrar a Soledad en un camposanto pueblerino. ¡Mujer, se te ocurren unas cosas!

Soledad depositó el ramillete de flores al pie de la tosca cruz de madera. Luego se arrodilló y rezó un padrenuestro. Javier la acompañó, de pie, a su lado.

–Y ahora otro por tus amigos -dijo Soledad.

–Gracias -dijo Javier cuando terminó. Se le habían nublado los ojos.

Cogidos de la mano, bajaron la cuesta del pueblo.

De las chimeneas de las casas subían perezosas columnas de humo blanco. Las amas de casa preparaban la comida del mediodía. Se oyó la voz de contralto de una mujer que llamaba a un niño:

–¡Patxi! ¿Dónde te has metido? ¡Demonio de niño! ¡Si he de ir a buscarte yo, será peor! ¿Me oyes? ¡Patxiiiii!

Pero Patxi no daba señales de vida.

–¿Habéis encontrado la tumba de Begoña? – preguntó el padre Amurrio cuando entraron en la sacristía para despedirse.

–Sí, padre -contestó Javier-. Y el día que suba al cementerio, eche un vistazo a la tapia, a la derecha de la puerta, y podrá ver el desconchado que le hice.

–Ya te dije que te creía. ¿Tenéis mucha prisa?

–Pensábamos ir a almorzar a Guetaria.

–Sólo os entretendré cinco minutos… pasad y sentaos. Será un momento.

Soledad y Javier tomaron asiento en sendas sillas de enea que les acercó el padre Amurrio, que se sentó frente a ellos.

–Hace un año te confesaste conmigo del pecado que dijiste estuviste a punto de cometer. ¿Te acuerdas, Javier?

–Sí.

–¿Me autorizas a hablar de ello en presencia de esta joven?

–Puede.

–Gracias. A mí se me llenó la boca con las sacrosantas palabras de Cristo, del amor que deberíamos profesar a nuestros enemigos, y te dije que no podía darte la absolución si no los perdonabas. ¿Lo recuerdas?

–Sí, padre.

–Pues ahora quiero pedirte perdón a ti.

–¿Usted a mí? – preguntó Javier, desconcertado.

–Sí, por mi soberbia, soy un embustero… Escucha -dijo el padre Amurrio precipitadamente-, cuando te vi entrar en el porche, te reconocí en seguida y sentí que se despertaba mi viejo odio hacia mis enemigos y hacia los de mi pueblo. ¡Que Dios me perdone! Me acordaba perfectamente de ti, de Antonio Larraínzar, de Mendizábal y de los otros requetés que fusilasteis a Begoña. Te mentí descaradamente. Yo nunca he podido disimular que mis simpatías estaban con mi pueblo. Nunca ha sido un secreto para nadie. Hasta el capitán Olavide sospechaba de mí. Yo os odiaba a los requetés por haber invadido nuestra tierra, fusilado a nuestros gudaris, escarnecido nuestra lengua… que no es ninguna maravilla, lo reconozco, pero es la nuestra… y vienes tú, un enemigo nuestro, y me das una verdadera lección de caridad cristiana…

–¡Oiga, padre, que yo no pretendía darle ninguna lección de caridad cristiana ni de ninguna clase! – protestó Javier-. Nosotros sólo queríamos rezar un padrenuestro ante la tumba de Begoña, eso es todo.

–De vuestra enemiga -precisó el padre Amurrio.

Javier se encogió de hombros.

–No sabría qué decirle, padre.

–De vuestra enemiga -insistió el padre Amurrio-. Y a pesar de todo, tú vas y la perdonas y le rezas un padrenuestro.

Javier meneó la cabeza.

–No estoy muy seguro de haberla perdonado, padre, recuerde mis dudas y lo que le costó a usted darme la absolución.

–No, Javier, tú has puesto en práctica las enseñanzas de Jesucristo. No te has limitado a hablar como hago yo desde el púlpito, con palabras vacías… Yo también quisiera perdonar a mis enemigos… Pero no puedo. Es superior a mis fuerzas… Soy débil, soy un miserable pecador -acabó el padre Amurrio hundiendo la cabeza entre los hombros.

–Quien se humilla será ensalzado -le recordó suavemente Soledad-. No hace mucho lo dijo usted mismo.

El padre Amurrio levantó sus vivos ojillos azules y se la quedó mirando.

–A ti también debo pedirte perdón por haber pensado mal de ti.

A Soledad le subieron los colores a la cara.

–Sí, hija mía, no te avergüences. El amor que os profesáis es muy hermoso. No temas -se apresuró a añadir a la vista del creciente sofoco que iba ganando a Soledad-. Dios no te lo tendrá en cuenta. ¡Como si a Dios fueran a molestarle semejantes bagatelas en los tiempos que corren!

Javier se levantó para despedirse y le alargó discretamente el sobre que llevaba preparado en el bolsillo del pantalón.

–Me gustaría mucho que dijera algunas misas por el eterno descanso del alma de Begoña.

El padre Amurrio lo rechazó con un gesto.

–Las diré sin necesidad de que tengas que darme nada.

–Es para que arregle la escalera del coro, que está que se cae -dijo Javier diplomáticamente.

–En ese caso…

Cuando ya tenían el pie en el estribo del coche, el padre Amurrio, desde el porche, les recordó a gritos que tenían que probar su chacolí.

–En otra ocasión, padre, se nos hace un poco tarde -dijo Javier, arrancando-. ¡Agur!

–Creo que deberíamos haber aceptado su invitación -le reprochó Soledad cuando ya enfilaban la carretera de Guetaria-. Me parece que el hombre se ha molestado.

–¡No sabes tú bien de la que nos hemos librado! – exclamó Javier con vehemencia-. Cualquier parecido del chacolí con el vino es pura coincidencia. Es un brebaje mortal de necesidad.

–Pero sólo un sorbo.

–Ni eso. Y otra cosa: no te creas ni una palabra de lo que ha dicho el padre Amurrio: que yo he puesto en práctica las enseñanzas de Cristo y todo eso. Nada de nada. Continúo odiando a los rojos como desde el primer día y con la misma intensidad. A muerte. Nunca les perdonaré todo el mal que nos han hecho a mi madre y a mí.

Eran cerca de las tres cuando llegaron a Guetaria, pero el posadero no tuvo ningún inconveniente en asarles a la brasa un par de besugos recién desembarcados de un pesquero. Los instaló en una mesa cercana a una ventana que dominaba el pequeño puerto. Un penetrante olor a brea y algas descompuestas flotaba en el aire. Unas mujeres remendaban las redes de pesca sentadas en los adoquines del muelle.

–Reconozco que este asador no es un restaurante digno de tu alta categoría -se excusó Javier-. Sólo te pido que esperes a probar el besugo.

–Javier de Montcada, a veces me pones mala con tus tonterías -dijo Soledad pacientemente, despojándose de su chaqueta y colgándola del respaldo de la silla-. La verdad es que no sé cómo te aguanto.

–Ni yo. El sufrimiento se te nota en la cara. Hablando de restaurantes: antes has dicho que tenías tres años más que los que habría cumplido nuestra amiga Begoña, que en paz descanse.

–Javier, tus jeroglíficos me desconciertan -dijo Soledad sentándose a la mesa-. ¿Qué tienen que ver mis años con la categoría de los restaurantes? No veo la relación por ningún lado.

Javier se sentó frente a ella.

–Ahora la verás. ¿Cuándo los cumpliste?

–Al poco de irte tú de Salamanca, el 16 de diciembre.

–Lo que quiere decir que no pude felicitarte como te merecías. ¿Me sigues?

–Sí.

–Pues me permitirás que ahora sea yo quien te devuelva la invitación de «El Robledal» y te invite a una cena de cumpleaños por todo lo alto en el hotel María Cristina de San Sebastián. A no ser que prefieras La Nicolasa.

–No, me quedo con el María Cristina.

–De acuerdo, en el hotel María Cristina.

–¿Con sorpresa incluida?

–Por supuesto.

–¿Y después me seducirás?

–Eso lo dejo en tus manos.

–Dalo por hecho -contestó rápidamente Soledad.

Javier se la quedó mirando con curiosidad.

–Oye, ¿cómo te sientes a tus treinta y tres primaveras? Es importante eso de tener treinta y tres años. No se cumplen todos los días.

–Espera a cumplirlos tú y ya me lo contarás. Es como decir adiós a la loca juventud, darte cuenta de que ha llegado la hora de sentar la cabeza…

–¿Tú crees que la has sentado?

–Tengo la impresión de que la he perdido por completo.

–¿Lo lamentas mucho?

–Nada, absolutamente nada. Me alegro mucho de haber perdido la cabeza por ti.

–Y yo por ti.

Soledad ladeó la cabeza y entornó ligeramente los ojos.

–Javier, dime sinceramente: ¿no te cohíbe salir con una mujer mayor?

–Me entusiasma. Especialmente contigo. Me basta fijarme en las miradas de admiración que te dirigen los hombres con los que nos cruzamos por la calle.

–¿Sabes que la gente piensa mal de las mujeres mayores que salen con hombres o chicos más jóvenes que ellas?

–También piensa mal de los chicos que salen con ellas.

–¿Y no te molesta?

–Mientras no se les ocurra decírmelo a la cara, pueden pensar lo que quieran. Si se les ocurre hacerlo, no les arriendo la ganancia. Igual que si te lo dicen a ti.

–De momento, nadie me ha dicho nada.

–Pues eso han salido ganando. De manera que ya puedes empezar a quitarte esas telarañas de la cabeza. Tú no eres una mujer mayor. Sigues siendo una mujer joven. Para mi madre eres una jovencita. Fíjate que en las tiendas te llaman *señorita: señorita por aquí, señorita por allá.*

–En cambio, tú pareces mayor… y no te ofendas, porque los años de más que aparentas te favorecen mucho. Si dices que tienes veintiocho o veintinueve años nadie lo pondrá en duda. ¿Ves qué bien lo hemos arreglado?

–Mucho mejor de lo que te imaginas -dijo Javier, que había estado escuchando disimuladamente la conversación que sostenían en vasco unos pescadores que tomaban café y carajillos en una mesa a su espalda-. ¿A que no sabes lo que han dicho de ti nuestros vecinos?

–No tengo ni la menor idea.

–Aparte de comentar que somos *gente bien,* han dicho textualmente que tú eres una *neskatxa polita,* una chica guapa, chica, no mujer.

–¡Qué galantes son los pescadores de Guetaria! Nadie lo diría al ver su aspecto de neanderthales.

Después de comer dieron una vuelta por las empedradas callejas del pueblo y entraron en la iglesia, de cuyo techo colgaban exvotos y reproducciones de viejos veleros milagrosamente salvados de la galerna.

Luego salieron a una plazoleta asomada al mar y admiraron la estatua de Juan Sebastián Elcano, muy valiente y arrogante él, con los brazos cruzados sobre el pecho y un pie plantado sobre el globo terráqueo rodeado por su orgullosa divisa: *Primum circumdediste me.*

–Lo envidio -comentó Javier pensativamente.

–¿Haber dado la vuelta al mundo en un cascarón? – preguntó Soledad.

–No, haber hecho realidad su divisa. Mientras que yo…

–¿Tú, qué?

–Yo todavía no he cumplido la de mi familia: *Nemo impune lacessit me,* nadie me hiere impunemente. Y, si lo hace, que se atenga a las consecuencias.

Acodados en el parapeto del rompeolas, contemplaron la vasta inmensidad marina que se extendía ante sus ojos. El viento del norte había arreciado y barrido todo resto de nubes, y ahora arrancaba ráfagas de agua pulverizada de las crestas de las olas. Dos pesqueros acababan de doblar el extremo septentrional del Ratón de Guetaria y cabeceaban pesadamente en la marejada, levantando plateados bigotes de espuma con sus altos tajamares. Una bandada de gaviotas se arremolinaban tras su estela, peleándose por los despojos que los pescadores arrojaban por la borda.

–Tengo pena de Begoña -dijo Soledad, de pronto, con la vista perdida en la inmensidad azul cobalto del mar. Sus ojos se habían llenado repentinamente de lágrimas-. No puedo quitármela de la cabeza. Me has dejado con el corazón encogido, Javier. Visitar luego su tumba ha acabado de hacerme polvo.

–¡Pero, mujer, si no la conocías ni nada! – intentó consolarla Javier-. Recuerda que le has rezado un padrenuestro y hemos encargado unas misas por el eterno descanso de su alma. ¿Qué más

podemos hacer por ella? Ya sé que no es una historia muy alegre. Son cosas de la guerra.

–Pero casi tenía mi edad.

–¿Y eso qué importa?

–Supongo que nada. Debo de ser muy tonta.

–No eres tonta, sólo que tienes buen corazón, eso es todo.

–¿No te has enfadado conmigo? – preguntó Soledad arrimándose a Javier-. Me invitas a comer un besugo estupendo y yo me echo a llorar como una tonta. ¿Me perdonas?

–Perdonada.

Volvieron paseando al coche.

–¿Quieres que conduzca yo? – se ofreció Soledad cuando Javier le abrió la portezuela del copiloto.

–No, gracias, me encuentro en forma, como el mismísimo Nuvolari.

–Sobre todo, no hagas movimientos bruscos.

Javier esperó a que Soledad se hubiera acomodado para cerrar su portezuela. Luego se instaló frente a los mandos del deportivo. Se calzó los guantes, le dio al motor de arranque y emprendió el camino de vuelta a San Sebastián.

Ensimismados en sus pensamientos, guardaron silencio hasta más allá de Zarauz, y al enfilar la cuesta de los Altos de Orio, Soledad, como si hubiera estado rumiando largamente una idea que le rondaba por la cabeza, preguntó de repente:

–¿Y por qué no nos fugamos?

A Javier, la pregunta lo pilló con la cabeza en las nubes.

–No, y por varias e importantes razones -contestó cuando se hubo recuperado de la sorpresa.

–¿Por qué no? – insistió Soledad como si no lo hubiera oído-. ¿Por qué no nos vamos lejos de esta maldita guerra, lejos de la gente que habla mal de nosotros, del escándalo, de tu tío Iñaki, de mi marido, de tantos problemas y tanta angustia? A Inglaterra, a Francia, a América, a las islas de los Mares del Sur, a donde quieras, a donde nadie nos conozca y nos dejen tranquilos. Soy inmensamente rica. No sé qué hacer con mi dinero. No tendríamos problemas de ninguna clase. Seríamos felices… tú y yo solos.

Javier negó enérgicamente con la cabeza, y cuando habló, en sus palabras vibraba un matiz de cólera contenida:

–Soledad, no sabes lo que me pides. Yo no puedo fugarme contigo ni con nadie. Es absolutamente imposible. Métetelo en la cabeza. ¿Cómo quieres que huya, que abandone a mi madre, que deserte, que deje escapar la más mínima oportunidad de vengar a mi padre y a mis hermanos? La venganza (aparte de ti, claro está) es lo único que da sentido a mi vida. – Javier hizo una pausa-. Soledad, tú no te puedes ni imaginar lo que es ver morir a tu hermano pequeño en los brazos, con los labios manchados de sangre y la mirada turbia perdida en el cielo, y contemplar, impotente, a sus asesinos al otro lado del río. Aquella tarde juré vengarlo, costara lo que costara. – A Javier se le había acelerado la respiración y casi le rechinaban los dientes-. Lo juré por Dios. Nunca lo he olvidado y jamás lo olvidaré. Y, menos que nada, acabar con el Sisco, la repugnante alimaña que violó a mi hermana Blanca. Sólo oír su nombre, se me sube la sangre a la cabeza y lo veo todo rojo. Vivo para vengarme, para hacerle pagar todo el daño que ha causado a mi madre. Sueño con ello noche y día. Y espero fervientemente que Dios me conceda una segunda oportunidad para meterle cuatro tiros en la barriga y enviarlo al infierno.

–Perdona, Javier, no quería ofenderte.

El enfado le duró a Javier hasta poco después de Aguinaga. Detuvo el coche en un recodo de la carretera, a cubierto de miradas indiscreta, pasó el brazo derecho sobre los hombros de Soledad y la atrajo hacia sí.

–La que tienes que perdonarme eres tú, Soledad. Reconozco que me he excitado más de la cuenta.

–No, la culpa es mía por habértelo preguntado. Suponía que me contestarías esto.

–¿Pues qué imaginabas que te iba a contestar? Haz como Hércules Poirot, emplea tus células grises. Soledad, yo te quiero, te adoro, daría mi vida por ti, pídeme lo que quieras, me casaría contigo si pudiera, pero no me pidas que chaquetee como un conejo, que escurra el bulto, que deje a mis amigos en la estacada. Sería un traidor a España, a mi madre, a la memoria de mi padre, a los requetés, a ti misma. Me convertiría en un desertor, en una palabra, me fusilarían en el acto si me cogieran (y me lo tendría merecido). Si me escapara contigo, los

remordimientos se me comerían vivo hasta el fin de mis días. – Se calló unos segundos y luego añadió-: Y tampoco seríamos felices. Ni tú ni yo. ¿Qué pensarías de mí? Que soy un cobarde. Nunca más podría mirarte a la cara.

–¿Cómo quieres que piense que eres un cobarde, Javier, si has demostrado hasta la saciedad que eres todo lo contrario? Basta con mirarte. Si lo fueras, no te habrían concedido la medalla militar.

–Me la quitarían si huyera con el rabo entre piernas.

–Y cuando acabe la guerra, ¿te escaparías conmigo?

–No me gusta esa palabreja.

–Bueno, pues digamos que emprenderíamos un largo viaje, tú y yo solos, muy lejos de aquí.

–Lo pensaré.

–Compraríamos una goleta, la aparejaríamos con todas las comodidades y pondríamos rumbo a las islas de los Mares del Sur, como los amotinados de la *Bounty.* ¿Qué te parece la idea?

Un artístico pastel de cumpleaños, con treinta y tres velas humeantes, y un gran ramo de rosas encima del aparador sorprendieron a Soledad aquella mañana cuando bajó al comedor a desayunar. Javier se le había adelantado sigilosamente, levantándose de la cama sin despertarla.

–¡Oh, Javier! – protestó, muy emocionada-. ¡No deberías haberte molestado! ¡Qué flores más bonitas! ¡Y un pastel de cumpleaños!

–Ninguna molestia. Me he limitado a comprarlo en la pastelería Ayestarán… Pero haz el favor de soplar de prisa, si no quieres que comamos pastel a la cera.

Se sentaron a la mesa.

Soledad cogió aire, sopló y apagó las velas de un solo bufido.

Javier y la Antonia aplaudieron.

–¡Muchas felicidades!

–¡Por muchos años!

–Y ahora tienes que cortarlo -dijo Javier-… y te sugiero que pinches en el centro, y a conciencia. Como si fueras un torero entrando a matar.

–¿Por qué?

–Pinche y obedezca, enfermera, es una orden.

Soledad empuñó el cuchillo que le había tendido la Antonia y lo hundió en el pastel.

–¡Oh, hay algo duro!

–Tú dale fuerte y no te preocupes.

Soledad hurgó en el bizcocho y puso al descubierto un objeto envuelto en papel de plata.

–¿Qué es?

–Será mejor que lo saques.

–A ver, una servilleta… esto resulta la mar de pringoso. Antonia, una servilleta, por favor.

La Antonia le alargó una servilleta.

Javier la animó.

–Para una cirujana de tu categoría, discípula del eminente doctor Merino, destripar un simple pastel de nata tiene que ser coser y cantar. Imagínate que estás practicando una difícil operación de cesárea.

Soledad se dio buena maña y acabó extrayendo un enigmático envoltorio.

–¿Qué es? – preguntó mirándolo con curiosidad.

–Ábrelo y lo sabrás.

Soledad retiró el papel de plata. Era un estuche de terciopelo negro.

–¡Javier… no…!

–¡Deja de protestar y ábrelo de una vez!

Soledad obedeció.

–¡Oh, Javier, no deberías haberlo hecho! – exclamó la joven cogiendo entre los dedos un fino collar de perlas-. ¡No me lo merezco!

–Te mereces eso y mucho más, ¿verdad, Antonia?

–Sí, don Javier.

Soledad sostenía el collar entre los dedos como si se hubiera quedado repentinamente sin habla, mirando alternativamente a Javier y el collar.

–¿Por qué no lees la inscripción que hay en la medallita, junto al cierre? – le sugirió Javier.

Soledad acercó la medallita a los ojos y leyó en voz alta: *A Soledad, mi enfermera de Brunete, con todo mi amor y mi gratitud. Javier.*

–¡Oh, Javier! – exclamó arrojándose en sus brazos-. ¡Qué detalle! ¡Has hecho que se me salten las lágrimas de la emoción!

–Pues si llego a saberlo, no te lo regalo -dijo Javier, que también se había emocionado-. ¿Crees que he acertado tu medida? En la joyería Iturmendi insistí mucho en que eran para una joven muy esbelta con cuello de cisne.

Soledad se colocó el collar en torno al cuello y fue a mirarse a un espejo de la sala.

–¡Son preciosas!

–Celebro que te gusten -dijo Javier.

–Pues espera a vérmelas con un traje *comme il faut,* y no con esta horrible bata de andar por casa.

–Pues a mí me gustas mucho así.

Soledad volvió a contemplar su imagen en el espejo y acarició las perlas con las yemas de los dedos.

–Te habrá costado una fortuna.

–Mi paga de teniente de varios años. Pero no temas: mi madre me paga un principesco sobresueldo de campaña, más generosos pluses por heridas recibidas en combate. La verdad es que no sé cómo gastármelo.

–¿Cómo puedo darte las gracias?

–Con un beso bastará.

–¿Así?

–Muy bien, Y ahora mismo voy a llamar al hotel María Cristina para reservar una mesa para esta noche. A no ser que prefieras La Nicolasa.

–No. En La Nicolasa se come mejor, pero el María Cristina es más *chic.* Y si tienes problemas, pregunta por el señor Gutiérrez -dijo Soledad.

–¿Quién es?

–El maître.

–¿Te conoce?

–Por supuesto. Y a mi marido, también.

–Y sabiéndolo, ¿te empeñas en desafiar las furias del Averno en su misma guarida?

–Pero, vamos a ver, ¿en qué quedamos? ¿Has dicho que me invitabas a cenar en el hotel María Cristina o no?

–Sí, pero…

–No hay peros que valgan. Esta noche cenaremos en el hotel María Cristina, como está mandado. Me lo habías prometido.

–Apuesto a que nos encontramos a media Barcelona.

–Y a medio Madrid. Puedes jurarlo.

–Pues les voy a dar que hablar a nuestros respectivos paisanos. Hoy me siento mala y con ganas de hacer rabiar a la gente. Quiero dar la campanada.

A media mañana bajaron a la ciudad y asistieron a la misa de doce en la iglesia del Buen Pastor. Finalizada la solemne y concurrida ceremonia religiosa, fueron a tomar el aperitivo a la terraza del Xauen, junto a La Concha.

Mientras paladeaban los célebres combinados especialidad de la casa, Javier y Soledad contemplaban distraídamente el desfile de la multitud que discurría, rumorosa, por la Avenida, camino de la playa.

El sol brillaba esplendoroso en un cielo sin nubes. Los parasoles de las terrazas y los toldos de las tiendas ponían una nota de alegre colorido en el paisaje urbano. La brisa que soplaba desde el mar agitaba los tamarindos de Alderdi Eder y les traía el olor a salitre marino, algas y las primeras cremas solares extendidas sobre epidermis femeninas. En el aire vibraba la promesa sutil de unas vacaciones anticipadas. Niños al cuidado de sus niñeras se dirigían a la playa armados con sus cubos y sus palas. Unos chicos jugaban al fútbol en la arena alisada por la bajamar. Otros construían *culebrillas* para disputar carreras de canicas. Unos pocos y audaces bañistas se atrevían a desafiar las frías aguas del Cantábrico. Las boinas grises de los *guardias cívicos* alternaban con los uniformes azules de las colegialas del Sagrado Corazón. Envarados falangistas *conservados para padres* exhibían puñales damasquinados al cinto para hacerse perdonar su condición de enchufados.

Sólo la visión de los soldados heridos que renqueaban sobre sus muletas, acompañados por solícitas enfermeras del hospital General Mola, recordaba que una guerra feroz se estaba librando a menos de quinientos kilómetros de distancia. Afortunadamente, victoriosa. En el ambiente se palpaba la euforia que había provocado la llegada del Cuerpo de Ejército de Galicia del general Aranda al Mediterráneo, en Vinaroz, cortando en dos a la España republicana. Toda la orilla

derecha del Ebro, desde Caspe y el castillo moro de Mequinenza, hasta Tortosa, en su desembocadura, era la nueva frontera de la España nacional. Muchos refugiados habían vuelto a hacer planes para regresar a sus casas.

Los oficiales de permiso, que trataban de acercarse a la abarrotada barra del Xauen, hablaban animadamente entre sí de *romper el frente*, sin sentirse afectados por las dudas y los temores que asaltaban a una tal *Chaparrita la divina, que a misa se encaminaba por la mañana para rezar.* El barman no se daba punto de reposo para atenderlos a todos y agitaba incansable la coctelera.

Paradójicamente, los únicos que no participaban de la alegría y el optimismo generales eran Javier y Soledad.

–Es curioso lo que me ocurre -dijo Javier, que había divisado unas boinas rojas perdidas entre la multitud-. ¿Quién me iba a decir a mí que un día lamentaría que la guerra fuera a acabarse tan pronto? Me revienta ver a la gente tan contenta y satisfecha. Y yo aquí sin dar golpe, rascándome la barriga. Daría lo que fuera por estar con mis compañeros de armas para acabar de machacar a los rojos.

–A mí también me deprime esta euforia -le confesó Soledad, que vestía un claro traje de verano y protegía sus ojos tras unas grandes gafas oscuras-. Parece el fin de todo. Mientras duraba la guerra, una tenía sus esperanzas, pensaba que podía pasar algo que diera un vuelco a la situación, yo qué sé. Pero ahora que se acaba, ¿qué va a ser de nosotros?

Javier le cogió una mano.

–Soledad, no me gusta verte triste.

–¿Pues cómo quieres que esté, si te vas pasado mañana?

–Sí. Pero no puedo hacer otra cosa. Recuerda que prometí a mi madre que pasaría unos días con ella en Pamplona.

Soledad asintió con la cabeza.

–Perdona, soy muy egoísta. Dale un abrazo de mi parte y dile que me acuerdo mucho de ella… Oye, este martini es muy fuerte, ¿no lo has notado?

–Sí, pero no me importa. Me sirve de anestesia.

–¿Quieres otro?

–No, gracias… pero sí otra ración de boquerones. Están muy ricos.

–Yo también… ¡camarero!

Enfrascados en sus pensamientos, esperaron las nuevas raciones de boquerones, mientras el canturreo de Chaparrita seguía impregnando la terraza del Xauen de una vaga melancolía.

–Esta tarde iré a despedirme de tío Iñaki -decidió Javier al cabo de un rato-. Supongo que no me querrás acompañar.

–¿Tú estás loco? Aprovecharé tu ausencia para ir a la peluquería. Ayer pedí hora. Esta noche quiero estar muy guapa… para ti.

–He reservado mesa para las nueve. El señor Gutiérrez me ha dicho que está de bote en bote y me ha pedido que seamos muy puntuales.

–Me esforzaré por todos los medios a mi alcance.

–¿Qué traje te pondrás? – preguntó Javier, curioso.

–Uno que me permita lucir el collar de perlas que me has regalado.

–¿Como el de «El Robledal»?

Soledad pareció reflexionar y una chispa maliciosa chisporroteó en sus ojos.

–Algo parecido, sí, ¿por qué no?

–¿Aguantado con lacitos a los hombros?

–Tú déjame a mí. Y yo espero que tú lleves aquel traje azul marino que tanto te favorece.

–Dalo por hecho.

–Y la corbata de tu colegio.

–No es de mi colegio. Se parece.

–Para el caso, es lo mismo.

–A la orden de usía.

Soledad se bajó las gafas, inclinó la frente y miró a Javier por encima de la montura, con expresión preocupada.

–Javier, ¿no te cansas de mí?

–Cada día te encuentro más desagradable. No sé cómo te aguanto.

–¿Todavía me quieres?

–Te detesto.

–¿Y puedo preguntarte por qué?

–Por tu fortuna. ¿Es que lo has dudado algún momento?

–Lo sospechaba, pero no me importa. Oye, ¿tú crees que me he engordado?

–¡Qué pesadas llegáis a poneros las mujeres con este dichoso tema! Eres igual que mi hermana Blanca. – Javier hizo una pausa y adoptó una expresión ausente, como si su pensamiento hubiera volado a centenares de kilómetros de distancia, muy lejos de la bulliciosa terraza del Xauen. Dijo lentamente-: Mi hermana es otro de los motivos por los que no quiero que el fin de la guerra me pille fuera de juego y perder así la oportunidad de encontrarme cara a cara con el Segador y volarle la tapa de los sesos.

–¿Y si él te mata a ti?

–Imposible. No voy a darle esa oportunidad. Soy un tirador de primera, el campeón de mi división.

Soledad meneó la cabeza.

–Tendrías que tener un poco más de cuidado, Javier. Ya sabes lo que dice el refrán: a la tercera va la vencida.

–Y también aquel que dice: desgraciado en el juego, afortunado en amores.

–Razón de más para que no te arriesgues.

Javier la miró de soslayo.

–¿Tú crees que nuestros amores son afortunados, Soledad?

–¡Pues claro! ¡Quién lo duda!

–Pues a mí no me importaría que fueran un pelín desgraciados para tener un poco de suerte en el juego de la guerra. Lo justo para soltarle…

–Javier de Montcada, te odio, te odio y te odio.

Después de dejar a Soledad a la puerta de la peluquería Iranzo de la calle Urbieta, Javier le dio al motor de arranque del Triumph, cruzó lentamente el puente de Santa Catalina, siguió meditabundo por la avenida de Miracruz, y en la confluencia con las de Ategorrienta y Navarra, se detuvo frente a la severa mole del colegio de San Ignacio.

–Allá vamos -se dijo en voz alta para animarse, cortando el contacto y apeándose.

La entrevista resultó tan borrascosa como había temido.

Tío Iñaki lo recibió cordialmente en su cuarto del segundo piso, amueblado con sencillez espartana. El mobiliario se reducía a un camastro desvencijado, una esterilla raída, una mesa de escritorio presidida por un pequeño crucifijo de bronce en una peana, dos sillas

de anea y una gran librería atestada de libros, papeles, cachivaches exóticos, tablillas de escritura cuneiforme y diversas muestras de cerámica sumeria. Lo invitó a sentarse en una de las dos sillas.

–Tío Iñaki, venía a despedirme -anunció Javier-. Mañana salgo para Pamplona, para saludar a mi madre y pasar un par de días con ella. Y luego, al frente del Ebro. Mi permiso se ha acabado.

Tío Ignacio lo miró con simpatía, como si no se acordara del rapapolvo pasado.

–Espero que esta vez no tengas esos tropiezos a los que nos tienes tan acostumbrado.

–No. No creo que se me presenten muchas oportunidades de jugarme el pellejo. Y lo lamento de veras. Me voy a quedar sin la ocasión de sentarle la mano al Segador.

–¿Sigues odiándolo?

–A muerte.

–Javier, la venganza es impropia de los buenos cristianos -le recordó tío Iñaki.

–Será debido a que soy un mal cristiano. Pero no me importa nada. ¿Por qué no pruebas a meterte en mi piel? Apuesto a que verías las cosas de manera muy distinta y odiarías al Segador tanto como yo.

Tío Iñaki pasó por alto su sugerencia y tamborileó nerviosamente con un lápiz contra la rayada superficie de la mesa.

–Cambiando de tercio, ¿por qué no me haces un favor muy grande?

–¿Cuál?

–Dejar a Soledad. ¿No te das cuenta de que esa disparatada relación vuestra no conduce a nada bueno? Apelo a tu buen sentido, sobrino. Ya que tu madre ha demostrado carecer de él por completo. Y sólo faltaba que don Sinibaldo la apoyara. Jamás lo hubiera sospechado de un notario.

–Admito que nuestra relación es muy difícil, y tampoco le veo salida… pero la quiero. Y le debo la vida, así, tal como suena.

–Pues meterla en semejante berenjenal no es precisamente la mejor forma de agradecerle este favor, sino todo lo contrario. Si la quisieras de veras como dices, la dejarías ahora mismo, por su propio bien, por el tuyo y por el de todos.

–Es que voy a hacerlo dentro de un par de días. Hasta es posible que la deje para siempre. Y a ti y a mamá y a la abuela y a tía Bea. A todos.

–¡Javier, por favor, no digas eso!

–¿Por qué no? Es una posibilidad que no puedo descartar. Tengo el terrible presentimiento de que no volveré a verla nunca más. A la tercera va la vencida. No es posible que la buena suerte dure tanto.

–Estoy seguro de que Dios, en su infinita misericordia, no lo va a permitir.

–Ha permitido cosas muchísimo peores, ¿no crees, tío Iñaki?

–¡Calla, desgraciado, no blasfemes! ¡Los designios de Dios son inescrutables!

Javier se calló. Sabía que discutir la bondad de Dios y la inescrutabilidad de sus designios con su tío Iñaki los llevaría a un callejón sin salida. Y no tenía ganas de discutir y enfadarse con su tío. Ni con él ni con nadie.

–¿Y por qué no vuelves con Maite? Aquella chica tan mona y tan buena con la que estuviste a punto de prometerte.

Javier se removió inquieto en la silla.

–¡No me lo recuerdes, tío Iñaki, aún me dura la vergüenza de la trastada que le he gastado! Y no creas que no la quiero ni que me he olvidado de ella.

–¿Entonces?

¡Goool!

El grito estentóreo había resonado jubiloso en todo el ámbito del colegio.

–¿Quién ha marcado? – preguntó Javier, curioso.

Tío Iñaki se levantó, se asomó a la ventana y echó un vistazo al patio de juegos, donde los chicos de los cursos superiores disputaban ruidosamente un partido de fútbol.

–Los de sexto. Este año están hechos unos fieras. Los de séptimo no pueden con ellos -contestó el jesuita volviendo al escritorio, sentándose a horcajadas sobre su silla y apoyando los brazos en el respaldo.

–Afortunados ellos.

–Debes confiar en Dios, Javier -continuó tío Iñaki-. Él te quiere y sólo te pide un pequeño sacrificio: que abandones a Soledad, vuelvas al

buen camino y pongas fin al escándalo que estáis dando los dos. ¿No te asusta la idea de presentarte a Él con semejante pecado sobre la conciencia?

–No -contestó Javier sinceramente-. No me asusta. No lo creo tan rencoroso y vengativo. Por lo menos, eso es lo que nos dijo el padre Amurrio.

–¿Y quién es ese señor, si se puede saber?

–El cura de Leizaberri.

Tío Iñaki se dio una palmada en la frente.

–¡Toma! ¡Aquel cura rojo! ¡Pues menudo consejero te has buscado, sobrino!

–No fui en busca de su consejo, sino a pedirle que rezara unas misas por el alma de Begoña.

–¿Begoña? ¿Qué Begoña?

–Begoña Aguirreurreta, la maestra del pueblo. Resultó ser una espía roja. Los requetés la pillamos con las manos en la masa y la fusilamos por las buenas. Eso fue en el otoño del 36. Yo formé parte del piquete de ejecución.

–No sabía nada -dijo tío Iñaki.

–¿Te sorprende, verdad?

–Sí, mucho, me has dejado de piedra.

–Nunca se lo he contado a nadie. Ni a mamá. Pero para tu tranquilidad, te diré que, aunque apreté el gatillo, mi bala se estrelló contra la tapia del cementerio. Lo hice ex profeso. – Javier hizo una pausa-. Pero eso no quita que me sintiera igual de mal. ¡De ese pecado sí que me arrepiento! Espero que Dios no me lo tenga en cuenta. Han pasado dos años y todavía me remuerde la conciencia. No me la puedo quitar de la cabeza. Y Soledad, a la que tú crees tan mala, se arrodilló ante su tumba y rezó un padrenuestro conmigo por el eterno descanso de su alma.

–Eso dice mucho en su favor.

–¡Pues claro! ¡Si Soledad es buenísima!

–Sobrino, yo nunca he dudado de su buen corazón ni de sus buenos sentimientos. Pero si tan buena es, lo que tendría que hacer es dejarte, por tu propio bien y por el de ella.

–No la convencerás, es muy tozuda y me quiere mucho.

–Pues tendrías que hacerlo tú por ella. Así no puedes seguir, Javier, vives en pecado mortal. Has quebrantado el décimo mandamiento de la ley de Dios: no desearás a la mujer de tu prójimo.

–Soledad no es la mujer de ningún prójimo, tío Iñaki. No se puede decir que Soledad esté casada. Hace años que ella y su marido han terminado. Ella no lo quiere; lo detesta.

El padre Ortiz contempló en silencio a su sobrino unos segundos. Después preguntó:

–¿Qué te parecería si te confesaras ahora?

–Es lo que estoy haciendo, tío Iñaki.

–Pues arrepiéntete y te daré la absolución.

–No puedo arrepentirme de quererla.

–Pues si los rojos te matan, irás derecho al infierno en la otra vida.

Javier se encogió desdeñosamente de hombros.

–No será mucho peor que el calvario que me ha tocado vivir en la tierra.

Tío y sobrino se separaron sin llegar a entenderse.

–Señora duquesa… -Por un momento, las estiradas mejillas del maestresala reflejaron una sorpresa sin límites cuando descubrió a Javier y a Soledad bajo el dintel de la gran puerta de espejos del comedor del hotel María Cristina.

Soledad iba ataviada con una corta capa de visón sobre los hombros, un ajustado traje de satén negro y finos zapatos de tacón de aguja. Llevaba el pelo recogido en la nuca y el collar de perlas regalo de cumpleaños en torno al cuello. Su mano izquierda, enfundada en un guante de cabritilla largo hasta el codo, se apoyaba posesivamente en el brazo derecho de Javier, que se apresuró a deshacer el equívoco:

–Señor Gutiérrez, ayer tarde hice una reserva para dos personas a nombre del duque de Montcada.

–El caballero que me acompaña -le aclaró Soledad, señalándolo maliciosamente con los ojos.

En fracciones de segundo, el maestresala se hizo cargo de la situación, ató cabos, adoptó la máscara de impasibilidad propia de los maîtres acostumbrados a capear toda clase de temporales y efectuó una pequeña reverencia.

–Señor duque.

–Señor Gutiérrez -correspondió Javier con igual cortesía.

–Le ruego me perdone. No sé en qué estaría pensando. Pero, ahora que lo tengo delante, ¿puedo preguntarle si es usted hijo de doña Cecilia, la duquesa de Montcada, que se alojó no hace mucho en este mismo hotel?

–Efectivamente, es mi madre.

–Se parece usted mucho. Y, si no me equivoco, usted también será nieto o pariente de don Alfonso de Montcada.

–Sí, señor, acertó usted, don Alfonso era mi abuelo, en paz descanse.

–Todo un caballero del *ancien régime* como ya quedan pocos -dijo el maestresala, moviendo aprobadoramente la cabeza-. Yo mismo tuve el honor de atenderlo a él y a su majestad, el rey Alfonso XIII, cuando cenaron aquí hace ya un montón de años… -Hizo una pausa-. Les he reservado una mesa al fondo del comedor, tal como me pidió. Si los señores son tan amables de seguirme…

–Tú mira al frente y no desvíes la vista ni a derecha ni a izquierda -le susurró rápidamente Soledad a Javier, echando a andar-. Como si no conocieras a nadie.

Javier se esforzó en seguir su consejo y marcharon tras el estirado señor Gutiérrez, tan consciente como ellos mismos de la curiosidad y la expectación que habían despertado. La camarera del guardarropía cerraba la marcha.

Los comensales, como si se hubieran puesto de acuerdo, suspendieron sus conversaciones, levantaron los ojos de sus platos y los fijaron con curiosidad en la joven pareja de réprobos.

Desde el principio de la guerra, el hotel María Cristina se había convertido en el punto de reunión obligado de la buena sociedad donostiarra, de los miembros del cuerpo diplomático acreditado en Burgos y Salamanca, de viajeros distinguidos y de multitud de refugiados de Madrid y Barcelona que se contaban mutuamente sus avatares bélicos con todo lujo de detalles. Aunque su comida competía a duras penas con la de Casa Nicolasa, más casera, su bar, sus solemnes salones de fin de siglo y sus terrazas asomadas a la desembocadura del Urumea eran el mejor mirador para otear la vida social de la Bella Easo y estar al corriente de los acontecimientos y los chismorreos locales.

Soledad avanzó desafiadora y arrogante, como una fragata con todas las velas desplegadas al viento, ignorando olímpicamente los susurros y los comentarios que despertaba a su paso. Javier, a su lado, andaba encogido como el soldado que ha sido tomado por el blanco de la artillería enemiga sin un mal parapeto donde refugiarse. Por un momento estuvo tentado de agachar instintivamente la cabeza. Aunque las miradas no matan, resultaban tan incómodas como las balas de Oyarzun, Brunete y el Alfambra.

El maestresala los condujo a una mesa del fondo, algo apartada (pero no lo suficiente, para el gusto de Javier), puesta con almidonados manteles de hilo, cubertería de plata, una pantallita de seda y un par de claveles en un estilizado búcaro de porcelana.

–¿Le parece bien, señor duque?

–Muy bien, señor Gutiérrez.

–Lo celebro.

Soledad se sentó en la silla que le acercó el maestresala y se despojó lentamente de la capa de visón, ofreciendo al público el espectáculo mayestático de sus hombros desnudos. Se pudo oír un sofocado *¡Oh!* de contenida admiración, que Soledad fingió no oír. La camarera se hizo cargo de la valiosa prenda y se retiró con ella al guardarropía.

El maestresala les entregó sendas cartas.

–Mientras ustedes eligen, aprovecharé para atender a otros clientes. Pero antes, con su permiso, me permitiría recomendarles nuestros platos del día: mero braseado al hinojo, de primero, y chuletón de Berritz con acompañamiento de pimientos de Tolosa, de segundo. Los dos están de primera, se lo puedo garantizar.

–Por mí, vale -dijo Javier en el acto-. Y que el chuletón esté muy poco hecho.

–¿Y la señora duquesa?

–Lo mismo. Un día es un día. ¿No le parece, señor Gutiérrez?

–Permítame que le diga, con todo respeto, que está usted radiante, señora duquesa.

–Es usted muy amable, señor Gutiérrez.

El maestresala recogió las carpetas de los menús y les entregó sendas cartas de vinos.

–El sommelier los atenderá en seguida -dijo antes de retirarse.

–Me temo que le he hecho pasar el peor rato de su vida -observó Javier cuando el señor Gutiérrez estuvo fuera del alcance de su voz-. El buen hombre se ha hecho un taco con tanto título y tanta historia.

–Sí, me he dado cuenta por la cara de asombro que ha puesto cuando te ha visto -asintió Soledad mientras se quitaba los guantes de cabritilla tirando de la punta de los dedos-. Después de verme a mí, se esperaría encontrar a mi marido a mi lado, y se ha llevado una sorpresa morrocotuda. ¿Qué ha ocurrido?

–Que anoche, cuando llamé para hacer la reserva, todo fueron pegas, que estaba lleno hasta la bandera, como si todo San Sebastián se hubiera puesto de acuerdo para celebrar el gran triunfo del general Aranda. Entonces se me ocurrió hacer la reserva a nombre del duque de Montcada. Fue como si hubiera frotado la lámpara de Aladino. Se deshicieron en atenciones. No creas que no me costó. Era la primera vez que lo hacía.

–Pues ya es hora de que te vayas acostumbrando a ese privilegio. Has revalidado los blasones familiares con creces. Con tu propia sangre. Tu enfermera puede dar fe de ello.

Ambos se parapetaron tras las cartas de vinos mientras fingían estudiarlos con la máxima atención.

–¿Y tú qué tal? ¿Cómo te sientes después del paseíllo? – preguntó Javier-. ¿Has reconocido a mucha gente?

–Juraría que he visto a dos primos de mi marido con las arpías de sus mujeres respectivas que no nos quitan el ojo de encima.

–Me las vas a presentar luego, ¿verdad?

–Ya pueden esperar sentadas. Por mí, pueden hablar hasta que les salga humo de la cabeza. Y tú, ¿has reconocido a alguien?

–Me ha parecido ver a unos amigos de mis padres… y al general Monasterio, nada menos, cenando con los marqueses de Alfarrás.

–¿Te han reconocido?

–Me temo que sí.

–No les hagas caso y haz como si no los hubieras visto.

–Me esforzaré con todas mis fuerzas, porque la verdad es que me siento más indefenso que un muñeco de pim pam pun en una barraca de feria.

–Yo también -dijo Soledad-, pero no me importa. Me encanta.

–¿No los oyes bisbisear? – preguntó Javier.

–Sí -contestó ella-. Les hemos dado materia de conversación para rato. Nos están despellejando. Como si los estuviera oyendo. Dicen: *¡Que me cuelguen si el chico no es el hijo mayor de Gonzalo y Cecilia! ¿Y ella quién es? ¡Pues nada menos que Soledad Simancas! ¡Qué me dices! ¿La mujer de Fredy? ¡La misma! ¡Y su marido, en la higuera! ¡Déjalo correr, que buena pieza está hecho el tal Fredy! Se lo tiene merecido. Me han dicho que viven en «Gure Etxea». ¡Qué escándalo! Oye, ¿y te has dado cuenta de lo guapo que es el chico?*

–Estás muy equivocada -la contradijo Javier-. Dicen: *Pobre Soledad, con lo guapísima y maravillosa que es, ha tenido que cargar con semejante saldo, como si la chica no tuviera donde escoger. Claro que el chico la adora. Se la come con los ojos. No es para menos. Oye, Paco, ¿te has dado cuenta del modelito que gasta la nena? Tengo entendido que se llama bañera. Me pregunto cómo se le aguanta. Muy sencillo: por obvias razones que saltan a la vista. ¡Ya os daré yo obvias razones a vosotros dos, par de sinvergüenzas!*

–¿No lo encuentras emocionante?

-*Exciting,* para decirlo en tu lengua materna -dijo Javier-. Hasta me parece oír silbar las balas.

–¿A qué se deberá que las esposas infieles y sus guapos amantes, tarde o temprano, tienen que exhibirse públicamente en un restaurante de postín? – se preguntó Soledad, perpleja-. O en un palco de la ópera.

–Porque los humanos somos tan insensatos que nos gusta tentar a los inmortales dioses.

–Y a los hombres, exhibir sus conquistas.

–En nuestro caso es completamente al revés. Eres tú la que me exhibes a mí. Yo nunca te conquisté, Soledad, recuérdalo. Y si fuera como tú dices, tampoco me sentiría orgulloso. Avergonzado, mejor.

–¿Maite?

Javier asintió con la cabeza.

–Sí.

Soledad hizo un mohín de dolorida sorpresa y alargó una mano por encima de la mesa para coger la de Javier.

–¡Oh, Javier, no digas eso! No lo he dicho con mala intención.

–Estoy convencido.

–¿Todavía te acuerdas de ella?

–Sí. Pero vamos a olvidarnos de este lapsus mío. Hemos venido a aquí a celebrar tu cumpleaños y pasarlo bien, ¿no es verdad?

–¿Me perdonas, Javier? Hablaba por hablar.

–Te perdono -contestó él, que llamó al sommelier con un gesto de la mano.

–¿El señor ya ha elegido?

–Sí. Con el pescado tomaremos un Marqués de Riscal blanco.

–De acuerdo, señor -contestó el sommelier anotándolo en su libreta.

–Y para la carne… para la carne… para la carne nos puede traer un buen burdeos. Un Cotes de la Dordogne, por ejemplo. ¿Estás de acuerdo, Soledad?

La joven protestó:

–¡Pero, Javier, si ese vino es carísimo!

–Claro, porque es el mejor y tú te mereces lo mejor. – Y sin prestarle atención, Javier se dirigió al sommelier-: Lo dicho: un Cotes de la Dordogne.

–Lo buscaré en la bodega, señor. Con esto de la guerra, últimamente las cajas nos llegan con cuentagotas. Pero descuide, que por mí no quedará.

–Estoy seguro. Muchas gracias.

–Esta noche he decidido tirar la casa por la ventana -dijo Javier a Soledad cuando el sommelier se hubo retirado-. Carpe diem.

–¿Qué diablos significa?

–Goza del momento presente. O no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Es un consejo que me dio mi tío Josemari.

Estaban hacia la mitad del mero al hinojo cuando Javier advirtió disimuladamente a Soledad:

–No te vuelvas en seguida, pero ahí vienen los que faltaban para completar la reunión.

–¿Quiénes? – preguntó ella con curiosidad.

–Pues nada menos que mis tíos segundos, Mauricio y Concha Soler-Ribot, y tío Sinibaldo, la crema y nata de la colonia catalana de San Sebastián. En realidad la que es tía mía es Concha Fontanilles, la hermana mayor de José Vicente, al que tú conoces de Salamanca, el

marido de Enriqueta. Si querías dar la campanada, me parece que esta noche te podrás poner el mundo por montera.

–¿Te sientes muy violento?

–Sobre ascuas.

–Tú déjame a mí.

–¡Qué remedio! – gimió Javier.

–¡Gallina!

Javier dirigió un breve saludo con la mano a sus tíos, que éstos contestaron de igual forma antes de sentarse a la mesa adonde los había conducido el maestresala.

–Te has sofocado -dijo Soledad mirándolo inquisitivamente por debajo de la pantallita de seda.

–Sí.

–A los condecorados con la Medalla Militar por la valentía demostrada frente al enemigo no les están permitidas esas debilidades.

–Pero el enemigo que tenemos ahí enfrente es de abrigo. Tía Concha da sopas con honda a la mismísima Pasionaria.

Pasado un tiempo prudencial, Soledad se volvió disimuladamente para lanzar una rápida ojeada a los recién llegados.

–No nos quitan el ojo de encima -dijo cuando hubo concluido el examen.

–No me extraña. Como el resto de los comensales.

–La niña es hermana de Laura, ¿verdad?

–Sí, Merceditas, su hermana pequeña.

–Es muy mona.

–Sí, ha crecido mucho desde la última vez que la vi -asintió Javier-. Está mucho más delgada. Antes era un poco gordita.

–Y la señora estirada sentada a su lado debe de ser su madre.

–Efectivamente.

–Se parecen. Y el caballero de aspecto serio y reservado debe de ser su marido.

–Acertaste. Es mi tío Mauricio.

–Él padre de tu amiga Laura.

–¿Por qué tienes que decir siempre *tu amiga Laura* con ese retintín tan molesto? Es amiga mía y se acabó.

–¡Hijo, es que a ti no se te puede decir nada!

–Es la manera de decirlo.

–Pero tío Sinibaldo me cae muy bien.

–¡Menos mal!

–Me recuerda a un personaje de Conan Doyle.

–Tú también le has caído muy bien a él.

–Me parece que es el único que nos defiende.

–No te olvides de mi madre.

–Sí, es verdad. Algo que no me acabo de explicar. ¡Porque lo que es su hermano Ignacio!

–Pues mi tía Concha no le va a la zaga. Ya puedes empezar a afilar tus garras. Te va a acorralar contra las cuerdas.

–Pues me parece que te llevarás una sorpresa.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque tu tío Sinibaldo no lo va a permitir.

–No te fíes de las apariencias. Después tendré que ir a saludarlos.

–¿Yo también?

–Tú también. Oye, ¿y por qué en lugar de hablar tanto no te acabas el mero? Se te va a enfriar.

–Te doy la mitad, ¿quieres?

–Soledad, a ver si te comportas, que esto no es la taberna de Guetaria.

Cuando hubieron terminado el pescado, el camarero retiró los platos y, casi al instante, se presentó el sommelier con la botella de Cotes de la Dordogne arropada en una cestita como un recién nacido. La descorchó con la teatralidad propia de esos casos, escanció un poco de vino en una copa y lo sometió a la aprobación de Javier.

Javier le hizo dar vueltas, lo olió y lo observó a contraluz.

Después bebió un pequeño sorbo, hizo como que lo paladeaba sabiamente, tal como había visto hacer a su padre y a su abuelo, y asintió con la cabeza.

–Muy bueno.

El sommelier llenó las copas de ambos jóvenes y se retiró.

–Debes de entender mucho de vinos -dijo Soledad, admirada.

–Las apariencias engañan. No distingo un rioja de un cariñena.

–Entonces, ¿a qué ha venido toda esa comedia?

–Porque éste es un vino muy especial que se merece un respeto por mi parte.

–¿Sí?

Por toda respuesta, Javier le mostró la botella.

–Mira la etiqueta.

–Sí, ya la veo. ¿Qué tiene de particular?

–Lee el lema que hay debajo del escudo.

Soledad leyó:

-Nemo impune lacessit me.

Levantó los ojos, sorprendida.

–¿Es la divisa de tu familia, verdad?

–Sí.

–¿Quieres decir que…?

–Sí, son las bodegas de mi familia en Aquitania. Y espero que dentro de unos años puedas leer en la etiqueta: *Gran Reserva Duquesa de Montcada.* ¿Qué te parece? A falta de una ganadería como la tuya, los de infantería tenemos algo que hacer para destacar del montón.

–Oye, Javier, ¿por qué en lugar de decir tantas tonterías no brindas conmigo?

–Es una gran idea.

Levantaron las copas discretamente mirándose a los ojos por debajo de la pantallita de seda.

–A tu salud.

–Por muchos años.

–Pues tenías razón -dijo Soledad después de saborear un sorbo de vino-. Es soberbio. Para que luego hablen del Château Lafitte y compañía.

El chuletón de Berritz superó todas las expectativas de Javier.

Y se conformaron con un postre cualquiera para dar tiempo a que Mauricio y sus invitados terminaran de cenar. Luego Javier pidió la cuenta.

–Ya está pagada, caballero -le informó el camarero que había acudido a su llamada-. Le han invitado aquellos señores.

–¡Vaya por Dios! – exclamó Javier, enfadado, mirando hacia su mesa.

Mauricio, que estaba al quite, le hizo un gesto conciliador con la mano.

–Es incorregible -dijo Javier.

–¿Quién?

–Tío Mauricio, no soporta que nadie pague las cuentas del restaurante estando él sentado a la mesa.

–¿Y por eso te quejas? Tendrías que estarle agradecido.

–Es que quería invitarte yo.

–Otra vez será. El próximo permiso. – Soledad se levantó-. Déjame unos minutos para ir al lavabo. Me parece que se me ha corrido un poco el rímel…

Cuando volvió, Javier se puso en pie para recibirla. Para entonces se habían despejado sus temores. Soledad era suya. La cogió por el codo con un gesto posesivo y la escoltó a través de las mesas hasta la de sus tíos. Captó en el acto la mirada de admiración que resplandeció en los ojos de Mauricio Soler-Ribot. Seguro que ya estaba en el ajo. La presentó sin meterse en innecesarias honduras:

–Soledad Simancas, una buena amiga mía y de mi madre. Soledad, mis tíos Mauricio y Concha. A tío Sinibaldo ya lo conoces…

Mauricio se inclinó y le besó la mano.

Concha y Soledad se saludaron con una breve inclinación de cabeza.

Pero Merceditas abrazó y besó sin complejos ni disimulos a Javier, que le devolvió el beso y el abrazo con la misma efusión.

–¡Merceditas, cuántas ganas tenía de verte! ¡Desde la Prueba del Valor! ¡Déjame que te diga que estás hecha una verdadera señorita!

–¡Y tú, muy guapo!

–Mira, Merceditas, te presento a Soledad, que también sabe de qué va la Prueba del Valor porque yo mismo se lo he contado.

Merceditas se cogió el borde de la falda para iniciar una ligera reverencia, pero Soledad la abrazó sin darle tiempo a completarla.

–Javier me ha contado lo valiente que fuiste en aquella ocasión.

–Gracias… -Merceditas tiró de la manga a Javier-. Oye, ¿puedo decirte una cosa?

–Por supuesto.

–Pero ha de ser al oído.

–¿Tan importante es?

–Mucho.

–Merceditas -le reprendió su madre-, secretos en reunión es de mala educación.

–¡Por favor, mamá!

–Bueno, si tanto te empeñas…

Merceditas se empinó sobre las puntas de los pies y acercó su boca al oído de Javier, que la escuchó atentamente, mientras una sonrisa se extendía por sus facciones.

–¿Se lo puedo decir a tus padres y a tío Sinibaldo? – preguntó cuando Merceditas terminó de bisbisear-. ¿Me das permiso?

–No sé… -respondió la niña, dudosa.

–No es ningún secreto, tía Concha -tranquilizó Javier a su madre-. En cualquier caso, es un secreto a voces.

–Pues si es así…

–Merceditas me ha confesado que encuentra a Soledad muy guapa y que lleva un traje muy bonito y elegante.

–En lo que todos estamos de acuerdo -dijo el notario Palol de Revardit galantemente-. ¿Y qué les parece a ustedes si ahora nos sentamos todos?

–¿Puedo sentarme a tu lado, Soledad? – preguntó Merceditas tímidamente.

–Por supuesto, cariño.

Tomaron asiento.

Merceditas lo hizo entre Javier y Soledad.

–¿Cuántos años tienes ahora? – preguntó Javier.

–Doce -contestó la niña.

–¡Doce años! – se admiró el joven-. ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo! ¡Si parece que fue ayer cuando llevabas tirabuzones y me decías que te alegrarías de que me estrangulara la Dama de la Fontana! ¿Te acuerdas, Merceditas?

–¡Ya lo creo! Pero es que entonces era una niña tonta y no te quería. Pero ahora ya soy mayor.

–Eso salta a la vista -dijo Soledad-. Y déjame decirte que tú también llevas un traje muy elegante.

–¿De veras?

–Es la pura verdad.

–Pues a mí me gusta mucho el tuyo. Es precioso. Aunque -añadió bajando la voz hasta reducirla a un susurro- a mí no sé cómo se me aguantaría.

Soledad le guiñó un ojo.

–Deja pasar dos o tres años.

–¿De veras?

–No te quepa la menor duda.

–Y el collar de perlas es muy bonito.

–Me lo ha regalado Javier.

Mauricio Soler-Ribot se permitió interrumpir el intercambio de cumplidos.

–Bueno, Javier, desde aquel almuerzo en Burgos no había tenido ocasión de saludarte y, por lo que veo, llevas todas las trazas de emular las hazañas de tu padre y de tu abuelo, que en paz descansen.

–Involuntariamente.

–Déjate de historias. Las Medallas Militares no se ganan por casualidad. Y si no ganaste la Laureada fue por un pelo. Me he enterado de todo el asunto y lo reñidas que fueron las votaciones.

–Son una lotería.

–Pues celebro mucho que a ti te haya tocado el gordo y vayas superando con éxito tus diversos *percances.* Tienes un aspecto espléndido.

–Todo el mérito es de Soledad y de mi madre.

–No le hagan caso -dijo Soledad-. A Javier le gusta exagerar.

–No sea tan modesta, Soledad -dijo Mauricio-. Cecilia nos ha contado cómo rescató a Javier bajo el fuego enemigo… Pero, antes que nada, ¿qué queréis tomar? Invita la casa.

–Oye, tío Mauricio, no deberías habernos invitado -protestó Javier-. La invitación corría de mi cuenta.

–Para mí es un gran honor invitar a un herido de guerra por la patria y a su gentil enfermera. ¿Qué queréis? ¿Café? ¿Un coñac? ¿Pacharán?… Lo que queráis… ¡Ya sé lo que tomaremos! – dijo Mauricio con súbita inspiración-. ¡Champaña! La ocasión se lo merece. – Chasqueó los dedos-. ¡Camarero!

En fracciones de segundo, un camarero con la servilleta al brazo se materializó a su lado.

–¿Don Mauricio?

–Tráiganos una botella del mejor *champagne* que guarden en la bodega, el mejor, no se le olvide. Y sin reparar en el precio.

–Lo que usted mande, don Mauricio.

El camarero se fue y Mauricio Soler-Ribot se volvió hacia Javier.

–Bueno, Javier, perdona la interrupción. Cuéntanos. ¿A qué afortunada casualidad se debe tu presencia aquí?

–Pues para celebrar el cumpleaños de Soledad, una invitación que le debía y que tú no me has dejado pagar.

–Es que os he visto tan felices y tan radiantes que no he podido resistirlo -se defendió el jefe supremo del contraespionaje nacional-. La vuelves a invitar otro día.

–Cumplí treinta y tres el pasado 16 de diciembre -aclaró Soledad.

–Pues no los aparenta usted en absoluto -dijo Mauricio-. Yo no le habría echado más de veinticinco. En cualquier caso, muchas felicidades.

–Muchas gracias, es usted muy gentil.

–Mi hija Laura me ha comentado lo bien que rejoneó en su dehesa de Salamanca y lo mucho que disfrutaron en el ojeo de perdices de «Los Hontanares».

–Sí, lo pasamos muy bien -mintió Soledad de buena gana.

–Esta mañana os hemos visto en el Buen Pastor -comentó Concha con expresión inocente.

–íbamos a misa -explicó Javier con aire igualmente inocente.

–Nos habría gustado mucho saludaros -dijo Mauricio-, pero os perdimos de vista a la salida y no hubo manera de encontraros luego.

–Fuimos a tomar el aperitivo a Xauen.

–Comprendo.

Siguió una pausa.

–¿Y qué tal por Pamplona, Javier? – preguntó Concha-. ¿Cómo está tu madre? Hace mucho tiempo que no la he visto.

–Supongo que bien.

–¿Lo supones?

–Sí. Yo también hace tiempo que no la veo.

–¿Ah, no? – pareció asombrarse Concha Fontanilles-. Yo pensaba que vivías con ella en casa de tus abuelos en Pamplona.

–No, yo vivo aquí, en San Sebastián -respondió Javier con expresión impenetrable.

–¿De veras? – inquirió Concha, ignorando las furiosas miradas de su marido.

–Javier es mi invitado en mi chalet de «Gure Etxea» -contestó Soledad por Javier, mirándola directamente a los ojos-. A pan y cuchillo, ¿verdad, querido?

–Sí, querida. Eres la anfitriona perfecta, tengo que reconocerlo.

–¡Ah! – exclamó Concha, sofocada.

La llegada del camarero con la botella de champaña en un cubo plateado con hielo y una colección de finas copas de cristal impidió que Concha prosiguiera con su interrogatorio, y durante un minuto todos admiraron la destreza del sirviente, que descorchó la botella con gestos precisos y teatrales, la envolvió en una servilleta y escanció con maestría el burbujeante brebaje en las copas.

–Mamá, ¿puedo tomar un poco? – preguntó Merceditas.

–Por supuesto -contestó su padre.

–Pero muy poco -objetó Concha.

–¡Mujer, un día es un día!

Mauricio se levantó y alzó la suya para brindar.

Todos lo imitaron.

–A tu salud, Javier.

–A la tuya.

–A su salud, Soledad, por muchos años.

–A la salud de todos -dijo el notario Palol de Revardit-. ¡Por el triunfo final de nuestras armas!

–¡Por la victoria!

–¡Por la vuelta a casa!

Apuraron el contenido de las copas, se miraron sonrientes unos a otros y volvieron a tomar asiento entre la expectación y la simpatía de los demás comensales.

–Esperemos que el brindis se cumpla al pie de la letra -dijo don Sinibaldo-. Yo ya he empezado a hacer las maletas para regresar a Barcelona.

–Don Sinibaldo, no eche las campanas al vuelo antes de tiempo -le reprendió Mauricio.

–¿Y por qué no? La guerra lleva todas las trazas de acabarse.

–Los rojos no se dan por vencidos tan fácilmente. Recuerde lo que ocurrió en Teruel, cuando todos nos las prometíamos tan felices. Los rojos todavía nos pueden reservar alguna sorpresa. De momento, las tropas de Aranda no han conseguido conquistar Castellón de la Plana.

–Dele un par de semanas y ya verá usted como conquistan Valencia en un santiamén.

–Vamos a esperar, ¿no le parece, don Sinibaldo? Como dice aquel refrán catalán: no cuentes con el trigo hasta que lo tengas en el saco, atado y bien atado.

–¡Tú siempre tan pesimista, Mauricio! – se quejó su mujer.

–Realista, querida.

El camarero volvió a llenarles las copas.

Don Sinibaldo miró a Javier con cariño y simpatía.

–Javier, me imagino que debe de ser duro esto de acabar el permiso y volver al frente.

–¡No lo sabes tú bien, tío Sinibaldo! – suspiró Javier-. Se hace muy cuesta arriba. Es mucho peor que volver a clase después de las vacaciones de Navidad.

–Los que estamos en la retaguardia nunca podremos agradeceros bastante a los jóvenes vuestro desprendimiento, vuestra generosidad y los sacrificios tan grandes que estáis haciendo por España y por todos nosotros.

–Tío Sinibaldo, te aseguro que cuando uno está en pleno fregado no se da cuenta de nada, y menos de que esté haciendo sacrificios.

–Eso no me lo harás creer, Javier, ni que me lo jures. Me basta mirarte para convencerme de lo contrario.

–Es la pura verdad, tío Sinibaldo, te lo juro.

–Lo único que te pedimos es que no te prodigues en los asaltos. Tú ya has cumplido con creces. Piensa en tu madre. No podría resistirlo si te ocurriera algo, Dios no lo quiera.

–Me esforzaré al máximo, descuida.

Apuraron el contenido de las copas y Mauricio captó al vuelo la rápida mirada de inteligencia que habían cambiado Javier y Soledad.

–Con toda confianza, Javier, no queremos robaros más tiempo del preciso. Ya hemos abusado bastante de vuestra compañía. Seguro que tú y Soledad tendréis muchas cosas que deciros.

–La verdad es que me gustaría estirar un poco las piernas -se excusó Soledad-. Me temo que he cenado demasiado… y ya saben lo que pasa con las calorías de más.

–Pues nadie lo diría al verla, querida -dijo Concha-. Tiene usted una figura soberbia.

–Muchísimas gracias, es usted muy amable y muy gentil -dijo Soledad-. Pero es mejor curarse en salud, ¿no le parece a usted? ¿Vamos, Javier?

Javier alegó una excusa parecida.

–Me perdonaréis, pero yo tampoco aguanto mucho tiempo sentado. Es la falta de costumbre.

Todos se hicieron cargo.

La chica del guardarropía trajo la capa de visón y ayudó a Soledad a colocársela sobre los hombros.

–Cuando veas a tu madre le das recuerdos de nuestra parte -dijo Mauricio-. No lo olvides. Nuestros más cariñosos recuerdos, y que así que podamos le haremos una visita.

–Descuida. Y vosotros, a Higinio y Laura. Tengo muchas ganas de volver a verlos.

Merceditas y Soledad cambiaron un afectuoso abrazo.

–Adiós, Soledad, me ha gustado mucho conocerte -dijo la niña.

–Lo mismo digo, Merceditas. A ver si te llamo un día de éstos para charlar un poco de nuestras cosas. Vivimos muy cerca una de la otra.

–¿Lo dices en serio?

–Absolutamente en serio, tú confía en mí. Pero has de prometerme que me hablarás de la Prueba del Valor.

–Te lo prometo.

–¿Y tú me dejarás ver tus trajes?

–Prometido… ¿Vamos, Javier?

Soledad se colgó del brazo del joven y ambos cruzaron el comedor asaeteados por las inquisitivas miradas y los siseantes murmullos de los comensales.

–¿Y usted qué opina, don Sinibaldo? – preguntó Mauricio cuando hubieron desaparecido por la gran puerta acristalada.

–Que hacen una pareja magnífica, Mauricio, qué quiere que le diga. A pesar del escándalo y de todo lo que ustedes quieran. No pueden caerme más simpáticos los dos. Javier, no hace falta decirlo. Lo conozco desde niño. Y ella es encantadora.

–¿Qué es el escándalo? – inquirió Merceditas, curiosa.

–Las niñas no preguntan esas cosas -dijo Concha.

–Escándalo significa que no están casados pero viven como si lo estuvieran -le explicó su padre.

–¡Mauricio! – se enfadó Concha-. ¡Merceditas no tiene por qué enterarse de según qué detalles!

–No le he dado ningún detalle. Le he dicho sencillamente que Soledad no está casada con Javier.

–¿Por qué no? – preguntó Merceditas, muy extrañada.

–Porque está casada con otro señor.

–¡Qué tonta! ¿Y por qué no lo deja y se casa con Javier?

–Porque es muy complicado y no lo entenderías -se impacientó su madre-. Y, por favor, no hagas más preguntas.

–Pues a mí me gusta mucho Soledad y que sea amiga de Javier, aunque no estén casados, y que viva con ella -insistió Merceditas-. Porque Javier la quiere, ¿verdad? Y ella lo quiere a él. Eso salta a la vista, ¿verdad, mamá?

–¡Merceditas!

–Sí, mamá.

–Si llego a saber que nos ibas a hacer tantas preguntas, no te traemos. Nos habías prometido que estarías callada.

–Sí, mamá, pero a mí me gusta Soledad. ¿Te has fijado en su vestido? Era precioso.

–Demasiado escotado.

–¿Demasiado escotado?

–Sí, demasiado escotado. Escandalosamente escotado.

–Oye, papá, ¿a ti te ha gustado Soledad?

–Si -admitió francamente Mauricio-. Mucho.

–Yo la he encontrado maravillosa y la quiero mucho.

–Sí, hija -asintió su padre-. Soledad es maravillosa y todos la queremos mucho. En eso estamos todos de acuerdo. Hasta tío Sinibaldo.

–¡Muy bonito, Mauricio, muy bonito! – se quejó Concha-. ¡Si ésta es tu manera de enseñar moralidad y buenas costumbres a tu hija, estamos apañados!

Merceditas no entendía nada.

Con el brazo derecho sobre los hombros de Soledad, Javier y la joven caminaron lentamente por el paseo de los Fueros. La noche de mayo era tibia y estrellada, y las artísticas farolas del puente de María Cristina se reflejaban en la oscura superficie del Urumea, que fluía plácidamente camino de su cercana desembocadura.

–¿Te has dado cuenta de cómo le he parado los pies a tu tía Concha? – comentó Soledad.

–Sí -admitió Javier-. Le has acertado en plena cresta. La cara que ha puesto era todo un poema. La buena señora no se esperaba una respuesta tan directa.

–¡Qué impertinente! ¿A ella qué le importa dónde vive una y con quién, no te parece? Un poco más y nos pregunta si dormimos en cama de matrimonio o en camas separadas. Espero que haya aprendido la lección.

Javier asintió pensativamente.

–Sí. Hemos sido la gran atracción de la noche. Mañana lo sabrá todo San Sebastián. Hemos despejado las últimas dudas que pudieran existir sobre nuestra pecaminosa *liason.* Ahora somos amantes oficiosos.

Soledad sonrió.

–Me parece oír los comentarios de Concha mañana en la peluquería: *¿A que no sabéis con quiénes estuvimos cenando el otro día en el María Cristina? ¿No? ¡Pues nada menos que con Javier, el hijo de Gonzalo y Cecilia, y su amante! ¿Qué dices? ¡Sí, su amante, la duquesa de Simancas! ¡No! ¡Sí! ¡Cuenta, cuenta!*

–Fascinante.

–Oye, y qué simpática y encantadora es Merceditas -dijo Soledad cambiando de conversación.

–Sí, ha mejorado mucho -admitió Javier-. Me he fijado en cómo se te comía con los ojos. Le has caído muy bien.

–Y ella a mí. No se puede comparar con su hermana Laura. Ni de lejos.

–¡Y dale con Laura!

–Lo digo para hacerte rabiar. ¿O es que no te das cuenta, tonto, más que tonto? ¿Y por qué, en lugar de enfadarte tanto, no me das un beso?

–Eso no te lo voy a discutir -dijo Javier empujando a Soledad bajo la protección de un tamarindo-. Debo reconocer que de vez en cuando se te ocurren buenas ideas.

–Javier, me has corrido todo el carmín de los labios -se quejó Soledad cuando hubo recuperado el aliento-. Pero te lo perdono y te quiero igual.

–Yo también -dijo Javier reanudando el paseo.

–Pero estoy muy triste y asustada de que te vayas. Javier, no me abandones. Me voy a sentir muy sola y desamparada si te vas.

–Lo comprendo. Pero eso no depende de mí, y ya deberías saberlo a estas alturas de la guerra. No es la primera vez que nos ocurre.

–Sí, tendría que saberlo, pero no me acostumbro a la idea.

–¿Y qué vas a hacer tú? – preguntó Javier-. ¿Te vas a quedar en San Sebastián?

–No, no lo resistiría. Volveré a Salamanca, al hospital. El doctor Merino me admitirá de nuevo. No soporto la idea de estar mano sobre mano todo el día, sin otra cosa que hacer que pensar que te pueden matar… Acabaría volviéndome loca.

–Soledad, no seas ave de mal agüero. Mala hierba nunca muere, dice el refrán. Y yo soy una ortiga venenosa.

–Lo siento, Javier, pero no puedo quitarme la idea de la cabeza. Ya has oído lo que ha dicho don Sinibaldo. No te arriesgues ni te prodigues en los asaltos, tú ya has cumplido con creces con tu deber para con la patria.

–¡Si la guerra se acabará el día menos pensado sin darme la oportunidad de ajustarle las cuentas al Sisco!

Soledad se detuvo, alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

–Javier, ¿me querrás siempre?

–Sí -contestó Javier, conmovido por su repentino aire de desamparo y la inquietante aura de tragedia que asomaba a sus ojos, moteados por el fulgor azulado de las estrellas.

–¿Pase lo que pase? – preguntó Soledad con labios temblorosos como los de una niña a punto de echarse a llorar.

–¿Qué puede pasar?

–¡Tantas cosas! – suspiró Soledad-. Que venga mi marido y la arme por todo lo alto.

–¿Pero no me decías que tu marido no pinta nada y que hace años que no lo ves?

–Es verdad, hablaba por hablar. Lo que ocurre es que estoy asustada y tengo mucho miedo.

–¿Miedo de qué?

Soledad hizo un gesto vago con las manos.

–No lo sé, de algo terrible y espantoso que nos reserva el destino, un presentimiento que no puedo quitarme de la cabeza. ¿Qué harías si yo me muriera mientras tú estás en la guerra?

–¿Y por qué diablos te has de morir precisamente ahora que se va a acabar?

–Yo también soy mortal como tú, ¿sabes? Puedo pillar el sarampión, la escarlatina, una pulmonía, me puede atropellar un tranvía… qué sé yo. ¿Tienes un par de duros? – preguntó Soledad, separándose un poco-. Se me acaba de ocurrir una idea, una brillante idea.

–¿De veras?

–Sí. Verás, los romanos dicen que si arrojas unas monedas a la Fontana de Trevi y formulas un deseo, los dioses de la fuente te lo conceden. Ya sé que el insignificante Urumea no tiene nada que ver con esa prestigiosa fuente romana, pero quién sabe si a lo mejor también tiene poderes mágicos. No perderemos nada con probarlo.

–Eso es verdad.

–¿Tienes alguna moneda suelta?

Javier rebuscó en los bolsillos de su americana y encontró un par de duros de plata retirados de la circulación.

–Pues mira, has tenido suerte. He encontrado nada menos que un par de *amadeos* auténticos. Toma, aquí los tienes.

–Es mucho dinero -objetó Soledad.

–No me seas tacaña, mujer. Nunca será bastante dinero si nos garantiza lo que estamos pensando. Por lo menos, yo.

–Es verdad. Ven… -dijo Soledad tirando de Javier hasta la barandilla que daba al río.

Se asomaron y contemplaron la negra corriente del Urumea, que gorgoteaba y lamía los sillares del muro tapizados de musgo y algas.

–Para que el truco surta efecto hemos de lanzar las monedas al mismo tiempo -lo previno Soledad.

–De acuerdo -dijo Javier preparándose.

–Pero antes hemos de formular un deseo.

–Ya lo he pensado.

–Y yo también.

–¿Qué has pensado tú? – preguntó Soledad, curiosa.

–Que un autobús de dos pisos atropelle a tu marido y lo deje pegado al asfalto como un chicle. ¿Y tú?

–Lo mío es secreto.

–Pues adelante.

Las brillantes piezas de plata trazaron un surco fosforescente en la noche y cayeron en la oscura superficie del río, donde permanecieron visibles unas fracciones de segundo antes de que las oleosas ondas del Urumea se cerraran sobre ellas y las ocultaran bajo un velo de misterio impenetrable.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 15:
1936-1939

Estaban terminando de almorzar cuando los frenéticos ladridos de *Pistón,* que había detectado a gente extraña en las proximidades de la casa, los pusieron sobre aviso. El Paparro no esperó a más. Dejó la cuchara en el plato, cogió su escopeta y su canana, se metió un pedazo de pan en el zurrón y se largó como un rayo al bosque vecino, desapareciendo como una sombra en las breñas del monte, dando interiormente gracias a Dios por haber mantenido siempre bien abastecida la cueva del Carlista en previsión de alguna sorpresa desagradable.

Como ésa.

Aunque pensara que a esas alturas de la guerra las autoridades republicanas se habrían olvidado de su existencia.

Atisbando por la ventana del primer piso, camuflada entre los geranios, la Carmeta reconoció a dos guardias republicanos con los fusiles al hombro que venían por el camino de Requesens.

Sin necesidad de haberlas avisado, María y Blanca habían recogido el plato y los cubiertos del Paparro de la mesa y los habían sumergido en el agua jabonosa del barreño, mientras la payesa salía a recibir a los guardias a la puerta de la masía, restregándose las manos en el delantal.

–Buenos días, señora -dijo el cabo, secándose el sudor de la frente con un pañuelo, porque el mediodía era muy caluroso y el sol llameaba implacable en lo más alto del cenit sin que una sola nube mitigara sus ardores.

–Buenas tardes -les devolvió el saludo la Carmeta. María, Blanca y el Josep se habían hecho una piña a su espalda. Faltaba la padrina, que había muerto el invierno pasado, víctima de una angina de pecho. Blanca tenía a su hijo en brazos y miraba a los guardias con alarma y aprensión-. Ustedes dirán lo que les trae por aquí.

–Pues sencillamente que venimos en busca de su marido -explicó el cabo dirigiendo una apreciativa mirada a las generosas curvas de la payesa, al tiempo que sacaba de su sobada cartera de cuero la orden de reclutamiento del Paparro, en virtud del decreto del gobierno de la

movilización urgente y forzosa, no sólo de los hombres mayores de cuarenta y cinco años, sino también de los mozos de las quintas de los años 40 y 41, chicos que, por razón de su corta edad, ya eran conocidos como los de la *quinta del biberón*-. Véala usted misma -dijo tendiéndole la orden.

La Carmeta echó una mirada distraída al documento como si se desentendiera de su existencia.

–¿No sabe usted leer? – preguntó el cabo.

–¿Por quién me ha tomado usted? – saltó indignada la payesa-. ¡Mejor que usted!

El cabo pasó por alto su exabrupto.

–Pues si la ha leído, se habrá enterado de que venimos a buscar a su marido porque le ha llegado el momento de cargar con el chopo. De alistarse, en una palabra.

–¿Y eso por qué? – preguntó la Carmeta con los brazos enjarras y actitud desafiante.

El cabo podría haberle explicado, con mucha paciencia, por supuesto, que la guerra había llegado finalmente a las fronteras de Cataluña, y el fragor de los combates que se libraban a orillas del Segre había despertado a los catalanes de la relativa seguridad con que habían vivido hasta entonces. Todas las campañas que había hecho el gobierno de la Generalidad para reclutar voluntarios habían fracasado. La retaguardia catalana no había respondido al *inflexible esfuerzo bélico* que le pedía el presidente Companys. Muy pocos mozos se habían alistado de buen grado. La mayoría habían procurado escurrir el bulto. Otros lo habían hecho con la esperanza de desertar a la primera oportunidad. O pasarse al enemigo. El entusiasmo revolucionario de los primeros días se había esfumado. La población civil, después de dos largos años de privaciones, reveses y retiradas, no se hacía ilusiones sobre el resultado final del conflicto. Estaba abatida y desmoralizada, y sólo ansiaba el fin de la guerra. Ganara quien ganase. En contra de la empecinada opinión del doctor Negrín, jefe de gobierno de la República, apoyado por el partido comunista, de continuar la lucha hasta el final, a toda costa, como fuera y al precio que fuera. Negrín no quería ni oír hablar de entablar negociaciones de paz con el enemigo, tal como le sugería Prieto, el ministro de Defensa (lo que le

valió su destitución), y había persuadido a Léon Blum, su colega del Frente Popular francés, para abrir los pasos fronterizos de Port Bou y la Junquera, para que empezara a fluir el material de guerra soviético largamente retenido por el Pacto de No Intervención. El doctor Negrín procuraba ganar tiempo por todos los medios, a la espera del inminente conflicto europeo que parecía que iba a estallar el día menos pensado, dada la tirantez a que habían llegado las relaciones entre Alemania y las democracias europeas, que no vacilarían en apoyar a la república española. Pero era evidente que la buena mujer que tenía delante, frotándose nerviosamente las manos en el delantal, no habría comprendido esas altas razones de Estado. De modo que se limitó a contestar escuetamente:

–Porque estamos perdiendo la guerra. ¿O es que no se ha enterado usted, señora mía?

Mientras hablaba, el cabo no había dejado de dirigir curiosas miradas a Blanca, que procuraba disimularse detrás de la espalda de la payesa.

–Por última vez, ¿dónde está su marido?

–¿Mi marido? – exclamó la Carmeta con exagerados aspavientos de ignorancia-. ¡Desde que se largó hace un par de años que no he vuelto a saber de él! ¡A saber! ¡Con alguna pelandusca!

–Pues los campos y la casa no presentan mal aspecto -observó el cabo, señalando las ventanas floridas, el huerto rebosante de judías y tomateras, la era y los graneros limpios y bien ordenados.

–Pues no se crean que se cuidan solos, no, señor, que buenos sudores nos cuestan a mis hijos y a mí -dijo la Carmeta.

–¿Y no hay más hombres en la casa? – preguntó el cabo.

–¿Más hombres? – se lamentó la Carmeta, mirando a su alrededor-. ¡Qué más quisiera yo que echarle mano a uno!

–¿Y ese chico? – preguntó el cabo señalando al Josep, que había pegado un estirón considerable.

–Es mi hijo… un chico, como usted mismo ha dicho.

–¿Cuántos años tiene?

–Catorce. ¿Verdad, Josep?

–Sí, madre.

–Pues parece fuerte.

–¡Toma, como que es hijo mío! – se ofendió la Carmeta-. Pero les aseguro que no es más que un chico. Todavía no le ha salido el bigote, como ustedes podrán ver.

El cabo examinó el bozo que empezaba a asomarle al Josep encima del labio superior.

Se produjo un largo silencio punteado por los gruñidos de *Pistón,* que olfateaba, desconfiado, las brillantes polainas del guardia republicano.

–Pues sintiéndolo mucho, tendremos que registrar la casa -dijo finalmente el cabo-. Es nuestra obligación.

–Registren lo que quieran, la casa, los graneros, los corrales, las buhardillas…, que ya les aseguro yo a ustedes que no van a encontrar nada mínimamente parecido a un hombre.

Las mujeres se hicieron a un lado y los guardias entraron en la casa.

La Carmeta les mostró la mesa, puesta con cuatro platos, en los que se enfriaba el cocido.

–Vean ustedes…

El cabo los contó con la vista.

–No nos han dejado terminar la comida -se quejó la Carmeta.

–Lo siento mucho, señora.

El registro resultó infructuoso y los guardias se fueron por donde habían venido, echando pestes y maldiciendo a sus jefes por la inútil y larga caminata bajo aquel sol de fuego.

En la tasca de Requesens, los guardias comentaron con el tabernero el escaso éxito de sus pesquisas en «La Encina». Y la curiosa presencia de una joven rubia cuyo aspecto no tenía nada que ver con el resto de la familia del Paparro.

–No sé de quién me están hablado ustedes -dijo el tabernero, pasando lentamente un trapo mugriento por encima del mostrador de zinc.

–Una chica de unos diecinueve o veinte años, alta y bien plantada ella, con un crío en brazos, tirando a rubio. Mi compañero aquí presente lo podrá atestiguar. ¿Verdad, Serapio?

–Sí, cabo.

El tabernero se encogió de hombros.

–Que yo sepa, la familia del Paparro se compone de su mujer, de su hija María y del Josep, un chico de trece o catorce años. Y de nadie más. A no ser que la Carmeta hubiera parido el invierno pasado.

–¡Está usted de guasa! No era un bebé, sino una joven hecha y derecha.

–Seguro que han pillado ustedes una insolación.

La Eulalia de Cal Peixano, que había entrado a comprar un cuartillo de vino, escuchó la conversación con el ceño fruncido pensativamente.

El gorgoteo de los remos al hundirse en el agua limosa del Ebro era el único rumor que levantaba la fantasmal flotilla de barcas que surcaba la corriente del gran río ibérico, al amparo de la oscuridad de la noche. Por encima de la borda de las frágiles embarcaciones, asomaban los fusiles y los cascos de acero de los soldados pintados de negro. A simple vista podrían haber pasado por troncos o amontonamientos de maleza a la deriva. El monótono croar de las ranas en los cañaverales componía una tranquilizadora música de fondo.

Eran las 0.15 horas del 25 de julio de 1938.

Sentado a proa de la primera barca, el Segador escrutaba la escarpada orilla derecha del río, sumida en las tinieblas. El enemigo no daba señales de vida. Los preparativos de la audaz operación se habían llevado a cabo con tal sigilo que el servicio de espionaje nacional no había podido detectar aquella formidable concentración de tropas rojas a sólo doscientos metros escasos de sus posiciones. Se preguntó si sus centinelas se habrían dormido. ¿Se habrían quedado sordos los escuchas? Sus recientes victorias habían vuelto muy confiados a los nacionales, se dijo el Segador, apretando el fusil ametrallador ruso entre las manos. ¿Cómo podrían imaginarse los facciosos que, tras el desastre de Teruel, cien mil hombres del recién creado Ejército del Ebro, al mando del coronel Modesto, perfectamente equipados, armados y entrenados, estuvieran iniciando el cruce del río por varios puntos, entre Mequinenza y Tortosa? Los había vencido un exceso de orgullo y confianza que ahora pagarían caro.

Rafaelito Gratacós, el hijo pequeño del oficial de notarías del señor Palol, y sus amigos Daniel y Lorenzo, adscritos a la compañía de

ametralladoras del primer batallón, tampoco se lo explicaban. Ni les importaba. Los tres yacían acurrucados en el fondo de una barca, sin atreverse a chistar, más muertos que vivos. Rafaelito cargaba con el cañón de la ametralladora, Daniel, con el trípode, y Lorenzo, con las dos pesadas cajas metálicas repletas de cintas. El fulminante fusilamiento de dos desertores pocos días antes de iniciarse la ofensiva les había quitado de la cabeza el proyecto de deserción que habían comentado a escondidas.

A Rafaelito Gratacós lo había secuestrado una pareja de guardias republicanos dos meses antes, pese a la desesperada resistencia que les había opuesto su madre, atrincherada en la puerta de su casa.

–Señora, es una orden del gobierno -le había explicado el cabo en el rellano de la escalera.

–¡Pues se la meten donde les quepa!

–¡Señora, un respeto! ¡Que nosotros somos unos *mandaos!*

–¡Me tiene sin cuidado!

Atraído por el escándalo, Rafaelito había salido de su habitación, donde estaba repasando problemas de matemáticas con vistas a los próximos exámenes.

–¿Qué pasa, mamá?

–Que estos hombres se te quieren llevar al frente.

–Tu quinta ha sido llamada a filas, chico -le informó el cabo-, y tienes que venirte con nosotros… ahora mismo.

Rafaelito había palidecido.

–¡Pero si estoy preparando mis exámenes de fin de curso!

–Eso se lo explicas a quien corresponda.

–¡Pero si es un niño! – había argumentado su madre-. ¡Acaba de cumplir los diecisiete años hace unos pocos días!

–Lo sentimos mucho, señora, pero las órdenes son las órdenes -se había impacientado el cabo-. O viene por las buenas, o nos lo llevaremos por las malas.

La señora Gratacós había prorrumpido en desgarradores lamentos:

–¡Mi Rafaelito! ¡Me lo matarán en el frente! ¿Es que no se dan cuenta de que es un sacrificio inútil y estúpido enviar chicos tan jóvenes al frente para morir por una causa perdida?

–Señora, como siga por ese camino, nos veremos obligados a denunciarla al Comité de Actividades contra la República.

La señora Gratacós sabía que, por menos de eso, muchos quintacolumnistas habían dado con sus huesos en La Tamarita, una elegante quinta del paseo de San Gervasio, donde el temible SIM había establecido su cuartel general. También sabía que el recién creado Tribunal de Espionaje y Alta Traición no se andaba por las ramas a la hora de dictar sentencias de muerte. La señora Gratacós no vivía pensando en sus dos hijos mayores, quintacolumnistas activos ambos y miembros del Socorro Blanco. Jordi se había librado por los pelos de ir al frente gracias a su importante trabajo de especialista en la fábrica de automóviles Hispano-Suiza, reconvertida en industria de guerra. En un descuido del responsable de la cadena de montaje, introducía limaduras de acero en el aceite del cárter de los camiones destinados al frente, los cuales, tras rodar satisfactoriamente trescientos o cuatrocientos kilómetros, se detenían incomprensible y repentinamente. En el taller de confección donde había encontrado trabajo, Montserrateta cosía los botones de las guerreras con un par de simples puntadas, lo justo para que se aguantaran unas horas, un truco aparentemente inocente y nimio, pero suficiente para causar irritación y dar trabajo extra a los soldados que debían vestirlas en el frente. El castigo a que se exponían, si eran descubiertos, era el pelotón de fusilamiento en los fosos del castillo de Montjuich.

A pesar de ser consciente del riesgo que corría, la señora Gratacós había protestado airadamente:

–¡Me tiene sin cuidado! ¡Son ustedes unos asesinos! ¡Hijos de mala madre!

–¡Mida sus palabras, señora!

Al ver que toda resistencia era inútil, la señora Gratacós había claudicado y pedido permiso a los guardias para prepararle un hatillo de ropa y algo de comida.

–De acuerdo, señora.

Madre e hijo habían entrado en la habitación del chico.

–La puerta abierta, señora -le había advertido el cabo-. Que nosotros la veamos.,…

La señora Gratacós gimoteaba cuando metía en un maletín de mano unas mudas, dos panecillos, un poco de chorizo y una lata de sardinas en aceite.

–¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! ¡El disgusto que se llevarán tu padre y tu hermana cuando lleguen a comer!

–No sufráis por mí, mamá -la había animado Rafaelito en un susurro-. Me escaparé a la primera oportunidad.

–¡Por el amor de Dios, ten mucho cuidado! ¡No hagas ninguna locura!

–Tú confía en mí.

La señora Gratacós había abrazado a su hijo por última vez y trazado la señal de la cruz sobre la frente.

–¡Que Dios te proteja, hijo!

Los guardias republicanos se habían llevado a Rafaelito poco menos que a rastras, entre el dolor y la indignación de los vecinos de la escalera.

–¡Criminales!

–¡No tenéis consideración!

–¡En lugar de detener chiquillos inocentes, lo que tendríais que hacer vosotros es ir al frente!

–¡Cobardes!

–¡No tenéis vergüenza!

Pero los guardias, acostumbrados a esa clase de insultos y situaciones, no se habían inmutado, y dos casas mas allá se habían llevado, por el mismo y expeditivo procedimiento, a Daniel y a Lorenzo, dos amigos de Rafaelito con los que éste solía jugar a *guardias y ladrones* en el patio del colegio.

Y ahora, los tres jóvenes amigos se hallaban embarcados en la última y mayor operación ofensiva preparada por el alto mando gubernamental para salvar la República.

Después de cinco minutos de cautelosa navegación, las quillas de las barcas rozaron los bancos de arena de la orilla derecha, y los hombres saltaron a tierra, con el agua hasta la cintura y las armas en alto. Inmediatamente, los remeros dieron media vuelta a las barcas y regresaron a la orilla izquierda para recoger otra hornada de soldados.

Cuando se hubo reunido la totalidad del primer batallón, el Segador se puso al frente de sus hombres y dio la orden de armar los machetes y avanzar, con voz tensa y contenida:

–¡Adelante!

Los soldados rojos se abrieron paso entre los juncos y los cañaverales de la orilla y treparon hasta lo alto del talud del ferrocarril de Zaragoza, donde la compañía de armas automáticas emplazó rápidamente un par de ametralladoras para proteger el trabajo de los pontoneros que venían tras ellos y se afanaban en tender una rústica pasarela sobre flotadores de corcho.

La operación se desarrollaba en perfecto orden, sin un solo fallo y en completo silencio. Hasta que dos barcas colisionaron en la oscuridad. El golpe no fue muy fuerte, pero en la calma nocturna resonó con un trueno.

–¡Alto! ¿Quién va? – preguntó una voz asustada con fuerte acento marroquí.

Fue seguida inmediatamente por el nervioso tableteo de una ametralladora que hendió las tinieblas con sus ráfagas disparadas al buen tuntún.

Pero ya era tarde. La posición enemiga, defendida por una sección de un tabor de regulares, fue rodeada y asaltada a la bayoneta y con bombas de mano. La ametralladora fue silenciada al instante, y sus sirvientes, acribillados a balazos. De pie sobre el parapeto, el Segador vaciaba los cargadores de su fusil ametrallador contra los moros, que corrían como ratas por la profunda trinchera y se rendían con las manos en alto.

–¡Piedad, paisa, moros ser engañados!

–¡Eso se lo contáis a vuestra puta madre! ¡Duro con ellos! ¡No dejéis uno vivo! – animaba el Segador a sus hombres, sin apartar el dedo del gatillo-. ¡Así aprenderán esos violadores de mujeres españolas a no meterse donde no los llaman!

Otras dos posiciones nacionales fueron reducidas de igual forma.

El primer batallón formó de nuevo, alargando su orden de combate.

El fuego de la batalla se corrió como una ruidosa traca a todo lo largo del gran recodo que formaba el Ebro antes de entregar sus aguas verdosas al mar.

La artillería nacional disparaba a ciegas, en un vano intento de frenar el paso del río al resto de la división del Segador. La cálida noche veraniega se había iluminado con rojos resplandores de muerte.

A las 15.30 de ese mismo día 25 de julio de 1938, Laura Masferrer se hallaba frente al alargado espejo de la *toilette* del Gran Hotel de Salamanca, estudiando los estragos causados en su maquillaje por el copioso almuerzo ofrecido por el conde de Jordana al cuerpo diplomático para celebrar el día de Santiago, patrón de España. Un almuerzo informal.

Laura había comido, bebido y fumado en exceso. Y los excesos se pagan. Abrió el bolso y revolvió en su interior para buscar el utillaje de reparaciones. Después de unos segundos de búsqueda infructuosa, una viva expresión de desconcierto se pintó en su cara: aquél no era su bolso. Aquél era el bolso de Soledad Simancas, con la que había compartido la misma mesa. En un momento de distracción lo habría confundido con el suyo. Eran prácticamente idénticos. Avergonzada, se dispuso a cerrarlo, porque a ninguna mujer le gusta que manos extrañas hurguen en sus intimidades, una de las cuales, y no la menos importante, es el contenido de su bolso. Y Laura era respetuosa con ese código de conducta femenino no escrito. No recordaba qué famoso psiquiatra había dicho que, por el contenido del bolso de una mujer, se puede conocer el carácter y la personalidad de su propietaria. A ella no le gustaría nada que manos extrañas hurgaran en el suyo.

Pero la curiosidad pudo más que sus convicciones y su sentido de la ética. Era la oportunidad de meter la nariz en los secretos de su odiada rival. Una oportunidad servida en bandeja de plata por el destino. Volvió rápidamente la cabeza. Con la excepción de la mujer de los lavabos, sentada a una mesita junto a la puerta, muy entretenida en hacer ganchillo, estaba completamente sola. Y además, ¿qué iba a pensar la buena mujer? Que estaba revolviendo en su bolso para echar mano de su barra de *rouge* y de su polvera para pintarse los labios y empolvarse la nariz. Ella no podía saber que aquél era el bolso de Soledad. No obstante, para más seguridad, se cercioró de que la puerta estuviera cerrada. Tras la misma se oía el tranquilizador rumor de las conversaciones y los últimos brindis en el comedor. Se decidió en un momento.

Pero su registro no reveló nada de particular. Solamente los habituales chismes que las mujeres llevan en los bolsos: el monedero, un pañuelo, un peine, una barra de labios, una polvera, colorete, horquillas para el pelo, un manojo de llaves, un frasquito de Chanel, unas tijeritas, una lima de uñas… y un sorprendente sobre oficial con el membrete del Alto Estado Mayor. Acallando severamente sus escrúpulos, lo abrió con dedos ágiles, extrajo un fajo de papeles y los ojeó. Cuatro hojas en blanco. Tras unos segundos, su expresión pasó del desconcierto y la perplejidad iniciales a una maligna sonrisa.

–¡Vaya con la mosquita muerta! – musitó en voz baja-. ¡Quién lo iba a decir!

La ofensiva roja, tan inesperada como fulminante, estalló como una bomba de relojería de efectos retardados en el alto mando y la retaguardia nacionales. Con efectos mucho más devastadores que Brunete y Teruel. Nadie se la esperaba a esas alturas de la guerra. Ni se lo explicaba. Todo el mundo daba por hecho que el ejército rojo había sido destrozado en Teruel, y que la posterior retirada, valle del Ebro abajo, había acabado de rematarlo. Los coroneles Sagardía y Soler-Ribot se llevaron un buen rapapolvo y juraron que rodarían cabezas. Mauricio no se lo podía explicar. El alto mando nacional no preparaba ninguna ofensiva que pudiera despertar el interés de los espías rojos, que él hubiera sido el primero en descubrir.

Después de tres días de enconados combates, bajo un sol abrasador y temperaturas que rozaban los cuarenta grados, los V y XV Cuerpos de Ejército de Tagüeña, Líster y el Segador habían reconquistado las localidades ribereñas de Flix, Ascó, Mora la Nueva, Benisanet y Miravet y, más al interior, la Venta de Camposines, la Fatarella, Villalba de los Arcos, Corbera y Pinell de Bray y las estratégicas alturas de las sierras de Pándols y Cavalls que, por sí solas, constituían un campo atrincherado literalmente inexpugnable. El arco atacante tenía sesenta kilómetros de largo por treinta y cinco de profundidad. Los rojos les habían hecho cuatro mil prisioneros a los nacionales y capturado gran cantidad de material de guerra. *Una buena somanta,* como había comentado el general Yagüe con socarronería.

Menos éxito tuvo la 42 División roja que, después de forzar el paso del río por las empinadas y desoladas gargantas de Mequinenza, fue

frenada en el río Matarraña, un reseco afluente del Ebro, sin darle la oportunidad de enlazar con el ala derecha de Tagüeña. La misma suerte corrió la 14 Brigada Internacional francobelga, que fue rechazada a la orilla izquierda del río, en Amposta, después de dos días de combates en el fango de los arrozales del delta.

Los refuerzos nacionales no tardaron en llegar al escenario de la batalla, y la embestida roja fue contenida a duras penas en Gandesa, importante centro de comunicaciones y capital de la Terra Alta tarraconense, mientras, oleada tras oleada, los bombarderos nacionales ametrallaban y soltaban toneladas de bombas sobre los puentes de fortuna tendidos sobre el Ebro, desafiando la cerrada y eficaz barrera de fuego antiaéreo rojo, que los obligaba a deshacerse de su mortífera carga a mas de cinco mil metros de altura, con lo que los blancos eran muy escasos. La mayoría de las bombas estallaban inofensivamente en el agua. Se calculaba que hacían falta más de cien para conseguir un impacto directo, en cuyo caso, la frágil estructura de barcas, tablones y cuerdas saltaba por los aires en pedazos.

Franco, tocado con un salacot colonial, instaló su puesto de mando en los pinares del Coll del Moro, a pocos kilómetros al oeste de Gandesa, desde el que dominaba todo el campo de batalla, enmarcado por las grises cresterías de Pándols y Cavalls, más allá de las cuales discurrían pausadamente las aguas del Ebro, camino del mar.

Franco se había tomado el ataque rojo como una ofensa personal (cuando ya creía tener la guerra ganada) y, desoyendo el consejo de varios de sus generales, Aranda entre ellos, se había decidido por el ataque frontal, fiel a su filosofía de devolver golpe por golpe.

–No me comprenden, caballeros -había chirriado frente a un gran mapa de operaciones en su puesto de mando-. En treinta y cinco kilómetros tengo encerrado lo mejor del ejército rojo, la mejor oportunidad que se nos pueda presentar para destruirlo.

–Podemos destruirlo igualmente atacándolo por la espalda, con la décima parte de las bajas que nos va a costar un ataque frontal, mi general -le objetó respetuosamente el defensor de Oviedo-. Simplemente avanzando por la orilla izquierda del Ebro y volando sus puentes. Será como si le cortáramos las venas. Morirá desangrado, sin que nosotros tengamos que disparar un tiro.

–No me comprende, Aranda -replicó Franco, muy irritado, con su aguda voz de falsete-. Aquí los desgastaremos a fondo.

–Y nosotros también, mi general.

–Pero ellos más -se obstinó tercamente el Generalísimo-. Sufrirán tal castigo que no volverán a levantar cabeza.

El general Aranda se calló, resignado. La disciplina militar es la disciplina militar.

En los primeros días de la guerra, el general Kindelán había dicho: *Hay dos formas de conducir una guerra: con un directorio, o con un general. Con el primer sistema, se pierde; con el segundo, se gana.* Los triunfos acumulados por Franco a lo largo de la contienda lo habían confirmado como un general victorioso. El Generalísimo no tuvo, pues, ninguna dificultad en imponer su punto de vista.

A primeros de agosto, la ofensiva republicana había consumido su fuerza expansiva, y, previendo la inevitable contraofensiva nacional, el cuerpo de Ingenieros empezaba a construir a toda prisa nidos de ametralladora y casamatas de hormigón en los nichos rocosos de las sierras de Pándols y Cavalls, de acuerdo con las consignas de Líster de *fortificar y resistir es vencer,* reforzada con la amenaza de fusilar a quien diera un solo paso atrás, que los comisarios políticos cumplían a rajatabla.

Bien fuera por patriotismo, o a consecuencia de estas draconianas amenazas, los bisoños soldados del Ejército del Ebro se pegaban al terreno como lapas y lo defendían como leones, rechazando uno tras otro los furiosos asaltos nacionales.

Con el ceño severamente fruncido y las manos cruzadas a la espalda, el padre Ignacio Ortiz de Zabala recorría con largas y nerviosas zancadas el salón isabelino del hogar de sus mayores, haciendo revolotear, a cada vuelta, los negros faldones de su sotana.

–¡Qué escándalo, Cecilia, qué escándalo! – clamaba, irritado, una y otra vez-. ¡En San Sebastián no se habla de otra cosa que del bochornoso espectáculo que dieron tu hijo y la duquesa de Simancas en el hotel María Cristina! ¡Son la comidilla de toda la ciudad! ¡Si por lo menos hubieran guardado las apariencias!

La abuela Mercedes, sentada en su sillón preferido, se abanicaba nerviosamente y miraba alternativamente a sus dos hijos, sin decidirse

a tomar partido por ninguno de los dos. Ella también estaba hecha un lío. Sus creencias y sus severos principios religiosos, que tan apasionadamente defendía su hijo Ignacio, chocaban frontalmente con el amor de madre que profesaba a Cecilia, la niña de sus ojos.

–Lo siento -fue el único comentario que se le ocurrió a Cecilia.

–¡En lugar de sentirlo, lo que tenías que haber hecho era impedirlo! ¡Tú eres tan responsable como tu hijo por haberlo consentido!

–Vamos a ver -preguntó Cecilia-. ¿Qué se supone que debería haber hecho yo?

–De entrada, no permitir que tu hijo se quedara a vivir con Soledad en su chalet de San Sebastián.

–¿Cómo? Javier es mayor de edad y puede hacer lo que quiera y vivir con quien quiera.

–Tú eres su madre y tenías autoridad suficiente para prohibírselo.

–No digas tonterías, Iñaki, mi hijo no es ningún chiquillo, sino un hombre hecho y derecho que diariamente se juega la vida con las armas en la mano. El pasado 14 de agosto cumplió veintitrés años. ¿Con qué autoridad le voy a mandar yo?

–De acuerdo, lo acepto. Lo acepto hasta cierto punto. Pero lo que no acepto de ninguna de las maneras es que avisaras a Soledad y la pusieras al corriente de sus heridas recibidas en Teruel. Con mantener la boca cerrada, estabas al cabo de la calle. Mira si era sencilla la cosa.

–¿Ah, sí? ¿Y dejar que Javier se muriera? – inquirió, belicosa, Cecilia-. Mira, Iñaki, cuando me decidí a ponerle el telegrama a Soledad, Javier se debatía entre la vida y la muerte. La había llamado varias veces en su delirio. Yo estaba convencida de que iba a morir de un momento a otro. Cuando comenté al doctor Bastos la conveniencia de avisar a Soledad, me aconsejó que no perdiera un solo segundo en avisarla. Soledad era mi última esperanza. No lo dudé un solo momento. Sí, la avisé -terminó Cecilia, retadora-, y lo volvería a hacer las veces que fuera preciso.

–¡Pues mira la que has armado!

–¡Me importa un pimiento la que haya armado! Si Javier vive, es gracias a Soledad. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Me lo puedes explicar? ¡Cómo se nota que no tienes hijos, Iñaki! En un caso así, una madre se agarra a un clavo ardiendo si es necesario. A lo que sea.

–¿Y no te paraste a pensar en las consecuencias?

–¡Nooo! En aquellos instantes no estaba yo para pensar en consecuencias de ninguna clase.

–Pues ahora las tienes a la vista.

–Me tienen sin cuidado. Insisto: Javier puede hacer y vivir con quienquiera.

–¡Pero no a costa de atropellar la ley de Dios! – tronó Ignacio, haciendo un alto en su paseo y deteniéndose frente a Cecilia-. ¡El Señor lo dijo muy claro: no desearás la mujer de tu prójimo!

–Eso lo dijo de los hombres. Pero no dijo nada de las mujeres que desean el marido de la prójima. Y como resulta que es Soledad la que desea a Javier, que está soltero, aquí no se quebranta ningún mandamiento de la ley de Dios, más claro agua, y todos tan contentos.

Tío Iñaki miró a su hermana con expresión desaprobadora.

–Cecilia, no sabes las tonterías que estás diciendo.

–¿Tonterías? – sonrió ella-. ¡Ninguna! Si el Señor dijo que hemos de llamar al pan, pan y al vino, vino, este mandamiento sólo afecta a los hombres, no a las mujeres.

–Cecilia, tienes ganas de discutir, ¿verdad?

–Sí. Y te diré más, Ignacio: en estos momentos me tienen absolutamente sin cuidado esas habladurías y el escándalo. Javier está en el Ebro, en plena batalla, y el día menos pensado me pueden notificar que ha caído en combate. Como los cientos de chicos que mueren a diario. Hace varias noches que no duermo pensando en él. – A Cecilia se le quebró la voz y se le nublaron los ojos-. ¿Comprendes ahora lo poco que me importan esos chismorreos y las habladurías?

Ignacio dulcificó la línea severa de su entrecejo y le puso una mano en el hombro.

–Lo siento, Cecilia, no era mi intención hacerte sufrir.

–¡Pues lo has conseguido con tus estúpidos sermones! – dijo la abuela Mercedes cerrando el abanico con un gesto irritado-. ¡Causar ese disgusto a tu hermana! ¡Como si no tuviera bastantes, la pobre!

–¡Mamá!

–¡Iñaki, no me levantes la voz, no te lo tolero! – se enfadó la abuela Mercedes.

Ignacio Ortiz de Zabala se dirigió hacia la ventana, apartó la cortina y pareció mirar a lo lejos, hacia los campos amarillentos y las pardas lomas del Carrascal sobre los que caía el inclemente sol de agosto. Movió la cabeza con un gesto pensativo.

–Es evidente que Dios, por alguna razón desconocida, en su infinita sabiduría, nos quiere poner a prueba -musitó.

–¡Pues por mí, podría habérsela ahorrado! – exclamó Cecilia con vehemencia.

–¡Cecilia! – protestó el jesuita, escandalizado, regresando al centro del salón-. ¿Qué maneras de hablar son ésas?

–¡Sí, Iñaki, lo que oyes! ¿Por qué no te pones en mi lugar, en vez de soltarme tantos sermones? Para ti es muy fácil hablar así. ¡Cómo se nota que no te has visto en el trance de perder a dos hijos y a un marido!

Y Cecilia se enjugó una lágrima con la mano.

Ignacio dejó pasar unos segundos a la espera de que se tranquilizara. Luego preguntó a su hermana:

–¿Se puede saber dónde está ahora Soledad?

–Según mis últimas noticias, en Salamanca, en el hospital militar.

–Iré a verla -dijo Ignacio con decisión-. Soledad me va a oír. Le voy a leer la cartilla a Su Gracia la duquesa de Simancas. Le haré ver el daño que se está haciendo a sí misma, a mi sobrino, a todos nosotros y a nuestra santa causa. Estoy seguro de convencerla.

–¿A una mujer enamorada como ella vas a convencer? – preguntó Cecilia, escéptica-. ¡Qué poco conoces a las mujeres, Iñaki! Mucha teología y mucho latín, pero gramática parda, cero.

–Tengo que intentarlo -insistió Ignacio-. Cueste lo que cueste. Soledad tiene que comprender que su disparatada aventura con Javier no puede conducir a nada bueno. Una dama de su categoría, Grande de España y todo lo que quieras, no puede tolerar que su nombre sea arrastrado por el fango de la calle, y que ella y Javier sean la comidilla de toda la retaguardia nacional. He de poner coto a este adulterio escandaloso. Tengo que impedir que sus ecos lleguen al Vaticano… si no han llegado ya. Sería una catástrofe. A su marido, a Javier, a ti, a todos, nos salpicaría el escándalo. Sí, estoy decidido, no pararé hasta conseguir que Soledad me prometa no volver con Javier. Si es necesario

iré a ver al cardenal Pla y Deniel, a quien sea, tengo buenos amigos en Burgos y Salamanca que me echarán una mano. Pediré audiencia a Franco si es preciso. Removeré Roma con Santiago con tal de conseguirlo.

Cecilia se encogió de hombros.

–Haz como te parezca, Iñaki. Lo único que te pido es que no seas demasiado severo con ella. ¿Acaso no predicáis los curas que Dios es misericordioso y tiene compasión de los pecadores? ¿Por qué no va a perdonar a Soledad?

–No pretenderás que le dé mi bendición, ¿verdad?

–No es necesario, pero recuerda que Nuestro Señor perdonó a la mujer adúltera y la libró de ser lapidada.

En un respiro de la batalla, Javier fue requerido al puesto de mando de la división que estaba instalada en la espaciosa y maltrecha Venta de Camposines, recién reconquistada. Le faltaba buena parte del tejado, pero como las lluvias brillaban por su ausencia, no se echaba de menos su protección.

Todos sus habitantes habían huido, menos la *mastressa,* o ama, una mujer muy resuelta y animosa, que había descolgado la bandera republicana de la cocina y colgado, en su lugar, una gran bandera española nacional y una fotografía de Franco, y servía vino y refrescos, previo pago, por supuesto, a sus nuevos huéspedes. La frecuencia y la rapidez con que los pueblos y los caseríos de la Terra Alta pasaban de unas manos a otras había obligado a sus habitantes a cambiar símbolos, banderas y enseñas con la misma rapidez, y a saludar con el puño cerrado al estilo comunista o el brazo extendido a la romana, según los ocupantes fueran de uno u otro bando.

Agosto y septiembre habían transcurrido sin un solo día de tregua. Desde que se levantaban, hasta el crepúsculo, la vida se había convertido en una interminable sucesión de combates feroces y sangrientos asaltos a la bayoneta, que se saldaban con centenares de muertos diarios. Los días que tenían suerte, conseguían un modesto avance de cincuenta o cien metros, no más. Y vuelta a empezar. Tras la preparación artillera de rigor, la infantería volvía a lanzarse al asalto… para ser rechazada una y otra vez por el huracán de fuego enemigo que dejaba los viñedos y olivares sembrados de cadáveres que nadie tenía

tiempo ni oportunidad de enterrar. El desgaste augurado por el general Aranda se estaba cumpliendo al pie de la letra. Los muertos por ambos bandos se podían contar por miles.

El sol no daba trazas de aflojar sus rigores caniculares y continuaba llameando, inmisericorde, en un cielo desesperadamente azul. Los casos de insolación y deshidratación eran muy numerosos. El calor y la sed aumentaban los padecimientos naturales de los combatientes. La tierra abrasada pedía agua a gritos. Las fuentes se habían secado. Los campos estaban agostados. Las cigarras cantaban enloquecidas y sólo enmudecían ante los estampidos de la artillería. Las uvas se pudrían en sus cepas por falta de vendimiadores, ante la impotencia y el desespero de sus amos. Las que caían al suelo muchas veces resultaban trituradas por las cadenas de los blindados que, de esta manera, suplían las normales labores de prensado. Aquel incipiente otoño, el dulzón aroma del mosto no impregnaba los lagares y las bodegas de los pueblos de la Terra Alta; lo había sustituido el amargo olor a pólvora y a cadáveres descompuestos pudriéndose al sol, que lo impregnaba todo con su pestilencia mortal.

A trescientos metros a retaguardia de la gran masía (en tiempos, casa de postas donde las diligencias de Tarragona a Alcañiz y Teruel cambiaban sus tiros), una batería de obuses pesados del duque de la Torre disparaba con lenta cadencia contra las posiciones del espolón de los Gironeses, defendidas por los hombres de Segador. Los estampidos resultaban ensordecedores, y la tierra se estremecía a la caída de los gruesos proyectiles, que levantaban nubes de polvo y humo en la cresta del disputado cerro, también conocido por *la colina de las viudas.* Quinientos metros a la derecha, una batería de antiaéreos del ocho con ocho de la Legión Cóndor disparaba con tiro rasante con su habitual precisión germana. A falta de aviones que batir, su eficacia para destruir nidos de ametralladora resultaba contundente.

Mientras se sacudía el polvo del uniforme y se ajustaba el correaje, Javier se preguntaba para qué diablos lo habría mandado llamar aquel coronel Sagardía del Servicio de Información Militar cuyo nombre le sonaba vagamente, aunque no atinaba quién le había hablado de él. ¿Laura? No estaba muy seguro. ¿Sería por las tres estrellas de capitán que ahora ostentaba de forma un tanto arbitraria en la boina y la

guerrera? De resultas de los combates, el Tercio de Montejurra había vuelto a quedarse en cuadro. Los requetés habían caído como moscas. El primero, el valiente capitán Loarre de su compañía, despedazado por el estallido de un mortero. El comandante Errasti no había perdido el tiempo y lo había ascendido al rango de capitán, sobre la marcha, en plena batalla.

–Teniente De Montcada, ¿se ve capaz de mandar su compañía?

–Sí, mi comandante.

–Pues desde ahora será su capitán.

–De acuerdo, mi comandante, ¿pero y el papeleo y la burocracia y el escalafón y todas esas historias? Ya sabe usted a qué me refiero.

–Olvídese del papeleo, la burocracia y de todas esas historias. Cósase otra estrella en el uniforme, y no me plantee más problemas de los que tengo. Es una orden, teniente.

Javier había obedecido sin rechistar. En cualquier caso, pensó, el problema sería para el comandante Errasti, no para él, que podría atribuirlo al desorden de los estadillos y los partes de bajas de la compañía que había rellenado de cualquier manera, por agotamiento y falta material de tiempo. En los presentes momentos había cosas más importantes de las que preocuparse.

En el puesto de mando de la división reinaba una actividad febril. Los enlaces motorizados iban y venían con sus motos cubiertas de polvo. Los teléfonos de campaña repiqueteaban frenéticamente bajo un chamizo montado en el patio. Los ordenanzas corrían desalados con fajos de órdenes y contraórdenes.

–¿Tienes idea de lo que se trata? – preguntó Javier al capitán de cuartel que lo recibió en el patio de la casa.

–Ni zorra idea. Pero te deseo mucha suerte.

Y lo condujo a una habitación de la planta baja habilitada como sala de mapas.

–Aquí es.

Javier se sacudió el polvo de las botas y entró. Sus ojos, deslumbrados por la brillante luz de la mañana, tardaron unos segundos en habituarse a la fresca penumbra de la pieza. Sentado a una mesa de tablas de madera sin desbastar montada sobre simples caballetes, lo esperaba un coronel de la Guardia Civil, de ojos grises y

reservados, muy hundidos en las órbitas. Tras contemplar, un tanto desconcertado, las tres estrellas que lucía Javier en la boina y la guerrera, dejó sobre la mesa unas hojas mecanografiadas que había estado repasando y lo invitó a tomar asiento en una caja de munición vacía frente a él.

Javier se despojó de la boina y se sentó con precaución.

–¿De qué se me acusa, mi coronel?

–No se lo acusa de nada, capitán. ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante tontería?

–No sé… la costumbre, supongo.

–¿Qué costumbre?

–Era una broma, mi coronel, perdone.

El coronel Sagardía lo miró atentamente.

–¿Lo tienen duro, verdad? – preguntó, al reparar en su aspecto fatigado, sus facciones atezadas por el sol y el uniforme polvoriento.

–Un verdadero hueso, mi coronel, pero a tozudos no nos van a ganar a los navarros.

–¿Un cigarrillo, capitán? – ofreció el coronel Sagardía sacando una cajetilla del bolsillo de su guerrera verdosa.

–Gracias, no fumo.

El coronel prendió una cerilla, encendió el cigarrillo, sopló la cerilla y la depositó cuidadosamente en un casco de granada que servía de improvisado cenicero. Luego expelió una bocanada de humo mientras volvía a examinarlo atentamente.

Javier lo observó a su vez, receloso, y se fijó en sus manos, ahusadas, que no habían conocido el roce de las armas ni el áspero lomo de los parapetos.

–¿Es usted sobrino del padre Ignacio Ortiz de Zabala? – le preguntó el coronel sin más preámbulos.

–Efectivamente -respondió Javier, sorprendido-. Es tío mío, hermano de mi madre.

–Fue condiscípulo mío en la Universidad de Deusto.

–¡Qué casualidad! – se admiró Javier.

–Un buen amigo, un brillante condiscípulo y un gran jugador de pelota vasca. No había quien pudiera con él. Jamás pude ganarle una sola partida.

–Él me enseñó a mí.

–No hace muchos días tuve ocasión de verlo y charlar con él en Salamanca. El hombre se conserva tan bien y sigue tan ágil y delgado como siempre. Parece que los años no pasen para él.

Javier se removió en la caja de munición que le servía de silla y se preguntó, perplejo, adónde quería ir a parar el coronel al hablarle de su tío Iñaki. ¿Para hablarle de tío Iñaki y de lo bien que se conservaba lo había hecho abandonar su posición en momentos tan críticos como aquéllos? Se esperaba un contraataque rojo de un momento a otro. Esperaba que Peter Turner supiera estar a la altura de las circunstancias. Bueno, estaba seguro de ello.

–Sí, es todo un deportista y un verdadero asceta, mi coronel -se limitó a contestar.

El coronel esperó a que se apagaran los ecos de una ensordecedora salva de los obuses del duque de la Torre que hizo temblar el aire.

–He estado estudiando su hoja de servicios, capitán -dijo hojeando los papeles que tenía delante-. No puede ser más brillante: veterano de la campaña del norte, número dos de su promoción en la escuela de alféreces provisionales de Fuentecaliente, distinguido en el asalto a la loma del Espolón de Brunete, herido en la misma acción, condecorado con la medalla militar de primera clase, ascendido a teniente por méritos de guerra, herido de nuevo en el Alfambra… y a capitán ahora, por lo que veo.

–Verá, mi coronel -explicó Javier-, el capitán Loarre resultó muerto… aparte de otros muchos, y el comandante Errasti me ascendió sobre la marcha. Supongo que después ya tendrá tiempo y ocasión de arreglar todo el papeleo. El comandante Errasti es muy riguroso y ordenancista y es incapaz de saltarse…

–Estoy seguro de ello. Lo felicito, capitán.

–Muchas gracias, mi coronel.

–Lamenté mucho, en su día, la muerte de su padre -continuó el coronel Sagardía después de dar una breve chupada a su cigarro-. Murió como un verdadero héroe. Aún recuerdo las palabras de Mola cuando dieron la noticia de su fusilamiento: *¡Gloria a los héroes!*

Javier se emocionó, a su pesar, y se arrepintió en el acto de haber juzgado con severidad al coronel.

Pero su siguiente pregunta, formulada con suavidad felina, lo pilló completamente por sorpresa:

–¿Conoce usted a doña Soledad Álvarez de Toledo y Toral de los Guzmanes, duquesa de Simancas?

–Sí, mi coronel -contestó, poniéndose repentinamente rígido.

–¿Es su amante?

Javier contuvo a duras penas un arrebato de ira. ¿Qué le importaban a la gente sus relaciones con Soledad? ¿O es que no tenían otra cosa en que ocuparse? ¿Hasta en el frente tenían que ir a molestarlo con el cuento de sus relaciones? Allí veía la mano de su tío Iñaki tirando de los hilos. Seguro que había metido sus narices en el asunto. Ahora comprendía el motivo por el que se había entrevistado con el coronel Sagardía en Salamanca. ¡Maldito entrometido! ¡Aún se imaginaría que estaba en el colegio!

El coronel Sagardía repitió la pregunta:

–¿Es su amante?

–Sí, es mi amante -contestó Javier secamente.

Con la misma mano que sostenía el cigarrillo, el coronel Sagardía se rascó el mentón bien afeitado.

–¿Hace mucho tiempo que duran sus relaciones, capitán?

–¡Eso no le importa a nadie más que a mí! – estalló Javier, furioso.

–Capitán -lo reprendió con severidad el coronel-, le recuerdo la disciplina militar y el respeto que me debe. Responda a mi pregunta.

–Mi coronel, ya le he dicho que es un asunto particular mío -contestó Javier, moderando el tono de voz-. Un asunto absolutamente privado entre la duquesa de Simancas y yo. ¿Qué importan nuestras relaciones y el tiempo que hace que duran?

El coronel Sagardía aplastó lentamente el cigarrillo en el casco de granada, se inclinó ligeramente hacia adelante y alzó sus ojos hacia Javier.

–No lo crea, capitán De Montcada -dijo suavemente, dejando caer sus palabras como gotas de plomo fundido-. Sus relaciones con la duquesa de Simancas no son ningún asunto privado entre usted y esa dama. E interesan a muchísima más gente de la que usted se imagina. – El coronel Sagardía hizo una breve pausa y clavó sus ojos grises en los de Javier-. Soledad Álvarez de Toledo y Toral de los Guzmanes,

duquesa de Simancas, era una espía roja. Hace dos semanas fue fusilada en el castillo de Burgos.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 16:
1936-1939

Las palabras del coronel Sagardía llegaron a sus oídos flotando a través de una niebla helada.

Todo quedó en suspenso.

En silencio.

Un silencio opaco que se tragó el estruendo de la batalla, el tiempo y la gravedad.

Lo envolvió una angustiosa sensación de irrealidad. La indefinible sensación que asalta a los que por primera vez ponen los pies en la cubierta de un velero fondeado en un puerto y no aciertan a explicarse la razón de su leve balanceo; algo está fallando y no saben qué. Seguro que estaba soñando. La increíble información pugnaba por abrirse paso hasta el fondo de su cerebro: *Hace dos semanas fue fusilada.* Miró estúpidamente al coronel sin dar crédito a lo que le había parecido oír. Pero después de que el mortal significado de aquellas cinco palabras hubiera sido debidamente registrado en su conciencia, se puso en pie de un salto y, derribando la caja de munición que le servía de asiento, se arrojó impetuosamente sobre el jefe supremo del SIPM con ojos llameantes.

–¡Repita lo que acaba de decir! – se oyó gritar a sí mismo con voz ronca.

El coronel Sagardía no retrocedió ni un paso y lo contempló, impasible.

–Le aconsejo que mida sus palabras y no pierda los estribos, capitán De Montcada. Repito lo dicho: Soledad Álvarez de Toledo y Toral de los Guzmanes, duquesa de Simancas y Grande de España, era una espía roja, y como tal fue juzgada por un tribunal, condenada a muerte y fusilada en el castillo de Burgos. Su nombre en clave era Columbus, el agente secreto Columbus, el mismo que traicionó nuestros planes de la fallida ofensiva de Guadalajara y alertó al enemigo sobre nuestras intenciones.

–¡Le prometo que, si esto es una broma, lo mato aquí mismo! – rugió Javier con los puños crispados.

El coronel volvió a ignorar el desplante de su subordinado y dijo calmosamente:

–Capitán De Montcada, comprendo que la noticia lo haya pillado por sorpresa y lo haya trastornado. Reconozco que no es para menos, y por eso mismo me voy a olvidar de sus amenazas y de su falta de respeto, pero le doy mi palabra de honor de que lo que acabo de decirle es rigurosamente cierto. Como usted comprenderá perfectamente, no entra dentro de mis normas de conducta gastar bromas de este calibre… ni viajar expresamente desde Burgos a Gandesa para darle una noticia semejante. Se lo vuelvo a repetir: la duquesa de Simancas fue acusada formalmente de espionaje a favor del enemigo, juzgada por un consejo de guerra con todas las garantías legales, asistida por un abogado defensor, hallada culpable, condenada a muerte y fusilada. Ella misma admitió su culpabilidad y todos los cargos que se le formularon.

Javier lo escuchaba, lívido.

–¡No es verdad, Soledad no era una espía roja!

–¡Pero, capitán, si le estoy diciendo que ella misma lo confesó de plano, con todo lujo de detalles!

–Una espía roja -musitó Javier, incrédulo, al cabo de un largo silencio, con los ojos fijos en los del coronel Sagardía-. Fusilada…

En fracciones de segundos rebobinó la película de la ejecución de la maestra de Leizaberri, con la alucinante particularidad de que la aterrada joven que se hacía un ovillo contra la tapia del cementerio no era Begoña, sino Soledad, que lo miraba con ojos suplicantes y despavoridos. ¡Por favor, no me dispares! En su mente resonó el chirrido metálico de los cerrojos de los máusers al ser accionados. La voz de mando del teniente Freire. El restallido de la descarga. Cinco crueles balazos perforan el cuerpo de Soledad, que se dobla sobre sí misma, como la espiga cortada por el tallo. Aquel cuerpo, fino y delicado, profanado por el plomo innoble, el mismo cuerpo que él había acariciado apasionadamente, es ahora un bulto patético, acurrucado entre las ortigas, con la sangre manando por cinco heridas, y los ojos, desesperadamente bellos incluso después de muerta, mirando sin ver la neblina azul del cielo. Cerró los ojos con fuerza para alejar la terrible visión. Tuvo la aniquiladora sensación de que le fallaba el suelo bajo

sus pies y se precipitaba a un abismo sin fondo. Un negro y doloroso vacío se había hecho a su alrededor. Se tambaleó. Le faltaba el aire. Tuvo que apoyarse con las dos manos en el borde del tablero para no caerse.

–Pero… ¿fusilada? – consiguió articular finalmente-. ¿Era preciso fusilarla?

–Pasada por las armas, si le parece mejor. Es la pena impuesta a los reos de alta traición en tiempos de guerra -contestó el coronel Sagardía-. Artículo 452 del Código de Justicia Militar.

Javier se sentó en la caja de munición tanteando torpemente con las manos.

–¡Fusilada! – repitió, espeluznado.

–Fusilada, sí. Pero, para su tranquilidad, le diré que su tío Ignacio la escuchó en confesión y que murió con entereza y resignación cristiana.

–¡No me lo acabo de creer! Es espantoso…

–Soy el primero en reconocerlo -admitió el coronel Sagardía-. Es verdaderamente espantoso que una mujer joven y bella como ella haya tenido que acabar así.

–Espantoso -repitió Javier como un eco-. ¡Pobre Soledad! Ella no se merecía una muerte semejante.

El coronel Sagardía meneó la cabeza.

–Capitán, si le sirve de consuelo, le sugiero que piense en los miles de muertos, heridos, mutilados, viudas, huérfanos y destrozos de toda índole que nos ha costado su traición. La duquesa de Simancas ha sido nefasta para nuestras armas, más dañina que cien bombardeos. Miles de jóvenes españoles yacen bajo tierra destrozados por las balas y la metralla. Otros tantos han quedado ciegos, cojos, mancos, con los pies gangrenados, tullidos… Usted mismo, que estuvo en Brunete y Teruel, podría haberse contado entre sus víctimas. En ambas ocasiones se salvó de puro milagro, no hace falta que se lo recuerde. Soledad, su amante, lo puso frente a los cañones y las ametralladoras enemigos.

–¡Mentira! ¡Soledad me quería!

–Capitán -lo reconvino el coronel con paciencia-, está usted hablando como un niño tonto y testarudo que no quiere admitir una evidencia más clara que el agua. Naturalmente que ella en persona no

lo colocó delante de los cañones enemigos, eso sería absurdo. Pero tendrá que convenir conmigo que los cañones y las ametralladoras de Brunete y el Alfambra que dispararon contra usted fueron emplazados allí de acuerdo con las informaciones que ella había transmitido a sus partidarios. Cuando pueda pensar con más claridad se dará cuenta de lo monstruoso de su traición.

Mientras el coronel hablaba, Javier empezaba a comprender detalles o actitudes de Soledad que, en su momento, le habían resultado chocantes o incomprensibles. *¡Oh, no! ¡Dios mío, no!*, había exclamado con dolorida sorpresa cuando cayó de rodillas a los pies de su cama en el hospital General Mola de San Sebastián y lo abrazó, compungida, una exclamación que no era otra cosa que la expresión de sus remordimientos. O sus crisis y sus llantos intempestivos en momentos que no estaban justificados. O la cara de susto que puso cuando le habló del fusilamiento de la maestra de Leizaberri. O la exigencia de que la amara siempre, *pase lo que pase.* O cuando le comentó que podía morirse de un sarampión en su ausencia. O podía atropellarla un tranvía. O la desconcertante aura de tragedia que la envolvía cuando se despidieron a orillas del Urumea en San Sebastián. Soledad presentía su propia muerte, su trágico final.

La pasmosa revelación de su verdadera identidad venía a ser como un devastador terremoto que hubiera agrietado peligrosamente los pilares que sostenían el orgulloso edificio de sus ideales y amenazaba peligrosamente con trastocar su escala de valores. Si Soledad era partidaria de los rojos y había dado su vida por sus principios, eso significaba, lisa y llanamente, que el mundo en el que él había creído con todas sus fuerzas hasta entonces, por el que se había batido fieramente y por el que había arriesgado su vida, presentaba alarmantes grietas. Si no es que se derrumbaba a su alrededor como un castillo de naipes.

No salía de su asombro: ¿Soledad, roja? ¿Tan roja como Begoña y el propio Sisco? ¿Soledad lo había engañado y traicionado deliberadamente? ¿A él, a su madre, a la causa que defendían? ¿Soledad, una farsante? La posibilidad era monstruosa, le repugnaba hasta lo más profundo de su ser, se resistía a admitirla. Quizá fuera una espía roja, pero Soledad lo había querido sinceramente. El amor, el

cariño y el afecto que le había demostrado eran sinceros, de eso no le cabía la menor duda. Soledad en persona lo había sacado del campo de batalla de Brunete con riesgo de su propia vida, le había dado su propia sangre y lo había velado incontables días y noches a la cabecera de su cama. Eso no eran figuraciones, sino hechos reales y demostrables.

Sin embargo, tenía que admitir, a regañadientes, que el coronel Sagardía tampoco fantaseaba lo más mínimo cuando decía que las ametralladoras de Brunete y los cañones del Alfambra se habían emplazado delante de él de acuerdo con las informaciones que ella había transmitido a sus partidarios. ¿Cómo era posible compaginar ambas actitudes de amor y odio?

La desesperada batalla que su inteligencia libraba contra sus sentimientos nublaba su capacidad de raciocinio. Algunas veces, desde el puente de La Zurriola de San Sebastián (en compañía de Soledad precisamente), se había entretenido en observar los pedazos de caña que se agitaban en los remolinos que formaba la corriente descendente del Urumea al chocar contra la marea ascendente procedente del Cantábrico. Se sentía exactamente como ellas, agitado por encontrados sentimientos de amor, odio, rabia, incredulidad, compasión, desesperación y lástima, inextricable y dolorosamente mezclados.

No oyó la nueva salva de obuses que pasó rugiendo como un huracán por encima de la Venta de Camposines. Ni tampoco el estruendo de las explosiones dos kilómetros más allá, diez segundos más tarde. Hizo un esfuerzo titánico para recuperar el control de sí mismo.

–No me lo puedo creer -murmuró con voz sorda-. No me cabe en la cabeza.

–Ni en la suya, ni en la mía, ni en la de su tío Ignacio, ni en la de nadie. ¿Quién se podía imaginar que toda una duquesa de Simancas fuera una espía roja?

–¿Ella lo confesó?

–Sí, de plano. Ya se lo he dicho antes.

–¿Y qué alegó?

–Que estaba defendiendo la causa de la justicia y del pueblo español.

–¿Soledad, defendiendo la causa del pueblo español?

–Sí, capitán, ha oído usted bien: estaba defendiendo la causa de los rojos. ¿Se imagina usted mayor disparate?

–No lo entiendo…

El coronel Sagardía lo miró con una chispa de piedad en sus ojos fríos.

–Lo siento por usted, capitán, no por ella. La duquesa de Simancas no se merece su compasión ni la de cualquier español bien nacido. Era tan mala y tan roja como los asesinos que fusilaron a su padre.

–¡No diga eso, por favor! – protestó Javier, dolido.

–¡Es la pura verdad!

–Sí, pero me cuesta admitirla… me duele…

–Me lo imagino.

Transcurrieron unos segundos. Se oyeron los secos disparos de los antiaéreos del ocho con ocho de la Legión Cóndor rematando la faena de los obuses del duque de la Torre.

–Y eso no es todo -dijo el coronel.

–¿No? – preguntó Javier, alarmado ante la nueva calamidad que le iba a anunciar el coronel Sagardía.

–Su compinche, el comandante Lacruz, se voló la tapa de los sesos. Lo encontramos tumbado boca abajo sobre el escritorio de su propio despacho, vestido con sus mejores galas y una pistola en la mano todavía humeante. Se despachó al otro mundo para evitarse la vergüenza de un juicio. Y a nosotros nos ahorró el precio de las balas que habrían puesto fin a su miserable existencia, que no valía ni el precio del plomo con que habían sido fundidas.

En la cara de Javier se dibujó una expresión de viva incredulidad.

–¿El comandante Lacruz, rojo? ¿Quiere decir, el ayudante del general Vigón?

–El mismo.

–Imposible.

–De imposible, nada, capitán. Ocurre en las mejores familias. Y si no, que se lo pregunten al marqués de Oroquieta. O al coronel Hidalgo de Cisneros, nuestros más ilustres y preclaros traidores aristócratas. Todo hombre tiene un precio, y el comandante Lacruz no fue una excepción a esta regla tan vieja como la misma humanidad.

Javier levantó la ceja izquierda en signo de interrogación.

–Sí -dijo el coronel Sagardía-. La duquesa de Simancas lo compró con dinero contante y sonante. No hace falta que le diga que era riquísima. Ni siquiera tuvo que poner en juego sus innegables encantos para seducirlo y sonsacarle secretos militares, como ocurre habitualmente en esas historietas de espionaje que corren por ahí, empezando por las de las célebres Mata Hari y Fräulein Doktor y compañía. Soledad lo compró por las buenas para ahorrarse innecesarios problemas. El dinero puesto en una cuenta secreta de un banco suizo es un procedimiento mucho más expeditivo que un revolcón en la cama. Ya lo dijo Francisco de Quevedo: *Poderoso caballero es don Dinero.* El vil metal todo lo allana, nada se le resiste.

Aún bajo el efecto de la profundísima impresión que lo embargaba, Javier tuvo un ramalazo de cólera y celos. ¿Soledad y el comandante Lacruz, uno en brazos del otro, compartiendo la misma cama? Imposible. Nunca le dieron esa impresión. Pero, claro, tampoco Soledad le dio la impresión de ser roja.

El coronel Sagardía adivinó en el acto lo que estaba pensando.

–No vale la pena que se torture, capitán, entre el comandante Lacruz y la duquesa de Simancas no hubo la aventura que se está usted imaginando ahora. – Esbozó una ligera sonrisa impregnada de desprecio-. Ella le ha sido fiel a usted en todo momento.

Javier guardó silencio unos segundos. Luego preguntó:

–¿Sospecharon alguna vez de ella?

El coronel Sagardía abrió los brazos.

–¿Cómo íbamos a sospechar de toda una señora duquesa, Grande de España que, para colmo, había estado en un tris de ser fusilada por los rojos (eso es lo que decía ella), que había pasado una temporada en la cárcel de Yeserías fregando suelos y letrinas, que había perdido sus palacios y sus riquezas? ¿Quién iba a sospechar de una enfermera que había estado en la misma línea de fuego en Brunete, que había pagado de su propio bolsillo treinta magníficas ambulancias, quirófanos de campaña, instrumental clínico… la enfermera que había sido citada en la orden del día y propuesta para la medalla al Mérito Militar? Su cobertura era perfecta, invulnerable, inatacable. La duquesa de Simancas estaba por encima de toda sospecha, del bien y del mal. Sospechar de ella era lo mismo que hacerlo del general Varela. O del

propio Generalísimo. Lo que nosotros no sabíamos entonces era que, bajo aquella apariencia radiante y mundana, ocultaba una fría inteligencia. Se podría decir que la duquesa de Simancas era la excepción que confirma la regla de que la belleza femenina está reñida con la inteligencia… Sí, capitán De Montcada, sí, no ponga esa cara. Todo depende del color del cristal con que se mira. Y usted la miraba a través de un prisma rosado, con ojos de enamorado. Y ella a usted. El amor es ciego. Usted sólo veía en ella a una dama de su misma clase y condición, una joven encantadora, como tantas otras con las que está usted acostumbrado a tratar. Y encima, enamorada, locamente enamorada, de usted. Con la excepción de la condesa de Castiglione, la amante italiana de Napoleón III, dudo mucho que en toda la historia del espionaje mundial, de todas las épocas, una espía haya tenido más facilidades que la duquesa de Simancas para descubrir los secretos y los planes del enemigo: sencillamente, nosotros le servíamos la información en bandeja de plata. Todas las puertas se le abrían, alternaba con todos los generales, el mismo Franco y doña Carmen la invitaban a merendar, delante de ella la gente hablaba sin tapujos. Aun sin contar con la colaboración del comandante Lacruz, le habría bastado escuchar lo que se decía a su alrededor y memorizarlo. Le bastaba una sonrisa para tener a todos los hombres a sus pies, no hace falta que se lo recuerde.

–¿Y por qué tuvo que mezclar al comandante Lacruz?

–Porque, como le digo, además de guapa, era inteligente y práctica. Sumamente práctica. De esa manera se ahorró un montón de problemas y rodeos. Ella era espía, no una experta en temas militares. Pocas mujeres conocen la diferencia entre un batallón y un regimiento. O un cañón y un obús. Es lo mismo que si a usted y a mí nos preguntaran la diferencia entre un dobladillo y un pespunte. La duquesa de Simancas fue directamente al grano, a la fuente misma de información.

–¿Y no sospecharon del comandante Lacruz?

–Tampoco. No teníamos ningún motivo especial para sospechar de él. Su expediente era impecable: buen patriota, inteligente, trabajador… demasiado trabajador: se quedaba trabajando hasta las tantas en las oficinas del Estado Mayor… sí, usted lo ha adivinado: las

horas que empleaba en poner en clave los documentos calificados de *Alto Secreto,* una operación algo compleja y laboriosa. El resultado, en forma de una o dos cuartillas mecanografiadas, lo entregaba a la duquesa de Simancas, y ella, o una persona de su confianza, lo hacía llegar a sus enlaces de Hendaya. Ella misma viajaba con frecuencia al extranjero con la excusa de adquirir material quirúrgico para el hospital militar de Salamanca, instrumental médico de alta precisión, medicamentos, equipos de rayos X… cualquier cosa que se le pudiera ocurrir para justificar el viaje. Y una vez al otro lado de la barrera, todo su trabajo se reducía a entregar la información a un agente del KGB que la esperaba disimuladamente al otro lado del puente internacional. ¿Quién iba a poner trabas en la frontera de Irún a la duquesa de Simancas, o registrarle el equipaje? Era impensable. De regreso, volvía con un resguardo secreto del Crédit Suisse en el bolso que entregaba discretamente al comandante Lacruz, que ya se prometía un futuro muy feliz, descansado en una playa del Caribe bebiendo daiquiris a la sombra de los cocoteros.

Javier asintió pensativamente. Todo empezaba a encajar en su mente. Todo menos los móviles de su traición.

–¿Puedo preguntar cómo la descubrieron?

El coronel Sagardía se sacó una cajetilla de cigarrillos que guardaba en un bolsillo de la guerrera, encendió uno y luego dirigió una larga mirada a Javier.

–¿Lo quiere saber?

–Sí, mi coronel -contestó Javier, dispuesto a apurar hasta las heces el cáliz de la amargura-. Ahora ya nada tiene importancia.

–Pues en cierto modo, a causa de usted, capitán.

–¿A causa de mí?

El coronel dio una honda chupada al cigarrillo.

–En la carrera de espía de la duquesa de Simancas podríamos distinguir dos fases muy bien diferenciadas: antes y después de Brunete. ¿Me sigue, capitán? En la primera fase actuó por pura convicción, por puro idealismo… si puede llamarse idealismo a esa sarta de mentiras criminales propaladas por los comunistas. En la segunda, fue una espía *malgré lui;* precisamente a causa de usted. Soledad cayó en la trampa más vieja del mundo, sus propios

sentimientos: se enamoró de usted. A partir de su tropezón en Brunete, la duquesa de Simancas se sintió culpable y responsable de sus heridas y de lo cerca que lo había colocado de la muerte. En una palabra, que los remordimientos se la comían viva, y para no volver a exponerlo a nuevos peligros, decidió dar por finalizada su carrera de agente secreto a las órdenes del Kremlin.

–¿Lo consiguió?

–No. Si lo hubiera conseguido, nunca la habríamos descubierto.

–No entiendo nada.

–Verá usted. Su renuncia voluntaria no figuraba en los planes de sus amos. Era una fuente de información demasiado valiosa. ¡Imagínese, un topo instalado en el mismísimo Estado Mayor del general Vigón!

–¿Un topo? – inquirió Javier.

–En nuestro particular argot profesional, topo significa un espía camuflado en la retaguardia enemiga.

–Comprendo.

–Sus amos, como le digo -prosiguió el coronel Sagardía-, no le permitieron abandonar la partida y le exigieron continuar en su puesto bajo la amenaza de denunciarla a nosotros.

–¿Qué tipo de amenaza? – se extrañó Javier-. Ella estaba en la España nacional. ¿Cómo podían amenazarla?

–Chantaje a distancia, capitán. Una simple colección de fotografías.

En los labios de Javier se dibujó una mueca de extrañeza.

–Todavía lo entiendo menos.

–Verá, capitán, cuando la estancia de Soledad en zona roja, el KGB soviético tuvo buen cuidado en asegurarse su fidelidad y su colaboración eternas. Aunque esos hijos de su madre son más malos que la piel del diablo, debemos descubrirnos ante sus métodos diabólicos: le tendieron una trampa.

–¿Sí?

–Sí, de una forma muy sencilla. Contrataron los servicios del fotógrafo húngaro Robert Capa, un reportero gráfico de guerra, comunista y acérrimo partidario de los rojos, para que la fotografiara en situaciones comprometidas.

–¿Situaciones comprometidas? – inquirió Javier, receloso.

–No, capitán, vuelve usted a equivocarse. Cuando hablo de situaciones comprometidas no me refiero a vulgares revolcones en la cama, sino a participaciones en mítines políticos, visitas a frentes de batalla, actuaciones públicas para animar a la tropa y eventos por el estilo. Soledad era muy inteligente, de eso no nos cabe la menor duda, pero aquí su inteligencia le falló lamentablemente. ¿Qué había de particular en que el famoso Robert Capa la fotografiara animando puño en alto a los milicianos que sitiaban el Alcázar? ¿O despidiendo a los soldados rojos que marchaban a los Altos de Somosierra vestida de miliciana con su pañuelo rojo al cuello? ¿O visitando a los heridos de guerra en un hospital militar, codo a codo con la Pasionaria? La duquesa de Simancas no vio en ello segundas intenciones. Ella no podía sospechar de sus hermanos de religión, comunistas en estado puro, los hombres más honestos, íntegros y altruistas que jamás haya parido madre. Y se prestó gustosamente al juego. A Capa le pagaron muy bien; más que bien. Sólo le pusieron una condición: que todas las fotos y los negativos se los quedarían ellos para publicarlas cuando les pareciera oportuno. Capa aceptó a regañadientes, no sólo por orgullo profesional, sino porque cualquier periódico o revista extranjera, la misma *Life,* le habría pagado aquella exclusiva mundial a precio de oro, en el acto.

–Mi coronel, ¿puedo preguntarle cómo conocen tantos detalles?

–Porque Soledad nos lo contó todo, de pe a pa. Para entonces, ya no tenía ningún sentido ocultarnos nada. Quizá lo hizo para protegerlo a usted, porque, quieras que no, usted también salía en la historia.

–Comprendo.

–Cuando Soledad comunicó a sus amos que no contaran más con ella para seguir suministrándoles información, éstos le hicieron llegar discretamente un par de fotografías, las más comprometedoras, preguntándole, al mismo tiempo, si le gustaría verlas publicadas en el *Times,* el *New Herald* o *Le Temps,* diarios que, en el momento oportuno, aparecerían encima de la mesa del Generalísimo y doña Carmen, junto con los croissants y el café con leche del desayuno: *S'Altesse la duchesse de Simancas à côté du brave peuple espagnol, qui lutte pour sa liberté.* No quiero ni contarle el respingo que habría pegado su excelencia al ver a

su valiente y admirada duquesa de Simancas confraternizando con la chusma roja y sus generales comunistas.

–Maquiavélico -tuvo que admitir Javier.

–Diabólico. Ante este chantaje -prosiguió el coronel-, la duquesa de Simancas sólo podía hacer dos cosas. Una: negarse, ser descubierta y fusilada en el acto. Otra: continuar con el jueguecito, incluso a sabiendas de que usted podría resultar muerto de resultas del mismo. Tenía una probabilidad contra medio millón (ése es el número aproximado de nuestros combatientes) de que a usted no le tocara el gordo. La tenían cogida, y no precisamente por los pelos. Puesta entre dos males, se arriesgó y eligió el menos malo. El que a ella le pareció menos malo, claro, confiando en la suerte. Pero no hubo suerte, y a usted le tocó la china, de pleno, en el Alfambra.

–No hace falta que me lo recuerde.

–A raíz de ese percance, la duquesa de Simancas habría abandonado de buena gana su labor de espionaje a favor de los rojos. Pero el pánico a que sus amos no cumplieran su palabra y nos restregaran estas fotografías por las narices pudo más que ella, y decidió a continuar en la brecha.

–¿Usted las ha visto? Las fotos, me refiero.

–No, nadie las ha visto. Nunca llegaron a publicarse, ni en España ni en el extranjero. Descubrimos a Soledad sin que sus amos tuvieran que poner en práctica ese chantaje, por pura casualidad.

–¿Cómo?

–A causa de una confusión tonta -contestó el coronel al instante-. Comprendo que la cosa le podrá parecer fantasiosa y novelesca, pero es la pura verdad, porque, con muchísima frecuencia, sucede que la realidad supera a la fantasía más desbordada del novelista más imaginativo.

–¿Sí?

–Sí. La facilidad y la total impunidad con que la duquesa de Simancas y el comandante Lacruz desarrollaban su labor de espionaje en las altas esferas oficiales los había vuelto tan despreocupados que no se tomaban la molestia de guardar las más mínimas precauciones que un agente secreto jamás se olvida de tomar en territorio enemigo. El éxito los había vuelto confiados. El incidente ocurrió en el almuerzo

que el conde De Jordana dio con ocasión de la celebración del Día del Apóstol Santiago en el Gran Hotel de Salamanca, al que asistieron diversos miembros del cuerpo diplomático acreditados en España. La duquesa de Simancas también estaba invitada. Lo mismo que su amiga la señora Masferrer…

–¡Laura! – exclamó Javier, estupefacto.

–Exactamente, Laura… La señora Masferrer se confundió de bolso y se llevó el de su amiga Soledad… eran prácticamente iguales, dos bolsos de piel, muy bonitos y elegantes, y cuando buscaba su lápiz de labios, debajo de la polvera encontró un sobre con el membrete del Alto Estado Mayor que contenía cuatro hojas en blanco. Superada la lógica perplejidad inicial, pensó en seguida en las cartas escritas con tinta simpática de las que hablaban las novelas de espías que le dejaba su padre. En fin, que no eran el tipo de papeles que una duquesa suele llevar en el bolso para asistir a un almuerzo del cuerpo diplomático. En una palabra, que le parecieron muy sospechosos, y como no lo veía nada claro, los sustrajo por las buenas y se los hizo llegar a su padre, que aquella misma tarde había llegado a Salamanca para entrevistarse con el general Vigón…

–¡La muy zorra!

El coronel Sagardía se indignó.

–¡Capitán De Montcada, permítame que le diga que me saca usted de quicio! ¿Puedo preguntarle de parte de quién está? ¿De nosotros o de los rojos?

–No sé…

–Pues a ver si se decide de una puñetera vez. Como le decía, su padre es precisamente Mauricio Soler-Ribot, el competente jefe de nuestro servicio de contraespionaje. Laura se apresuró a excusarse y devolvió el bolso a Soledad. Le pareció que ésta palidecía un poco, pero dice que eso no podría asegurarlo. Soler-Ribot sometió las hojas en blanco a la prueba de los vapores de yodo. La corazonada de su hija era cierta. Aquellas cuatro hojas contenían informes de interés militar, ¡sin cifrar! Tanta era la confianza con la que actuaba el comandante Lacruz que ni siquiera se tomó la molestia de poner el mensaje en clave. ¡Y lo introdujo en un sobre oficial! Desenredar todo el ovillo y atar cabos nos llevó menos de veinticuatro horas. Hacía tiempo que

Soler-Ribot sospechaba de una trama de espionaje dirigida por un periodista inglés, Harold Philby, del *Times*, al que estuvimos a punto de detener. Afortunadamente pudimos parar la operación a tiempo cuando descubrimos que era inocente. El verdadero topo era la duquesa de Simancas.

–¡No! ¡El espía era Kim Philby! – exclamó Javier.

–¿Cómo va a ser espía Kim Philby, si descubrimos a la duquesa de Simancas en posesión de aquellos documentos?

–Sería su colaborador.

–No. Hicimos las oportunas averiguaciones, con el máximo tacto y discreción, por supuesto, y no pudimos descubrir ninguna conexión entre este periodista inglés y la duquesa de Simancas.

–No me lo creo.

–Pues se lo puede usted creer, se lo digo yo. Cuando Soler-Ribot estuvo convencido de la culpabilidad de nuestra sospechosa, se personó en su palacio de Toral de los Guzmanes en compañía de su hija Laura, en calidad de testigo, y de un par de guardias civiles. La duquesa de Simancas estaba haciendo las maletas para irse de España. Mauricio le enseñó el cuerpo del delito y le preguntó qué hacían aquellas cuatro hojas en su bolso y cómo habían llegado a su poder. Soledad no pudo justificar su posesión y cantó de plano. La detuvimos en el acto. Cuando íbamos a proceder contra el comandante Lacruz, éste ya se había despachado al otro mundo. El mismo día de la recepción, Soledad le había informado de la sustracción de aquellos documentos, y el hombre se vio perdido. Se encerró en su despacho, se puso su uniforme de gala y se pegó un tiro. Soledad se ratificó de lo dicho en el consejo de guerra que siguió, cuyos detalles le ahorraré a usted para no aumentar su angustia, porque comprendo, a pesar de todo, que esto es un trago muy amargo para usted.

–Gracias, mi coronel -contestó Javier, abatido-. No se lo puede usted imaginar.

Otra salva de obuses atronó por encima de la Venta de Camposines como si quisiera recordar a los dos hombres que la batalla del Ebro proseguía su curso.

El coronel Sagardía esperó a que se restableciera el silencio.

–Capitán De Montcada, quisiera formularle una pregunta.

–Usted dirá, mi coronel.

–¿Le consultó alguna vez Soledad temas o asuntos militares?

Javier negó con la cabeza.

–Sólo cosas normales, si es a eso a lo que se refiere usted: que si lo pasaba mal en las trincheras, que si el rancho era bueno, que cuándo me iban a dar permiso, por qué no le escribía con más frecuencia y cosas por el estilo, usted ya me entiende. Y además, ¿qué le podría haberle contado yo? ¿Los planes de nuestras ofensivas? ¿Sospechan de mí?

–No, por supuesto que no. Aunque reconozco que, en un primer instante, tanto a Soler-Ribot como a mí, nos rondó la idea por la cabeza, dadas las estrechas relaciones que usted había mantenido con esa dama. Pero la rechazamos igualmente con la misma rapidez. No tenía sentido sospechar de usted, un combatiente de primera línea de fuego, que se ha jugado la vida cien veces y que ha estado a punto de perderla en dos ocasiones. La Medalla Militar que ganó en Brunete lo pone por encima de cualquier sospecha. Solamente quería oír de sus propios labios la confirmación de las declaraciones de la duquesa de Simancas, que me juró que usted estaba completamente al margen de sus actividades delictivas. Lo creo a pies juntillas. Mauricio Soler-Ribot también lo ha puesto a usted por las nubes y me ha encargado que le trasmitiera sus saludos y, por qué no, su pésame, aunque esto pueda sonar incongruente.

–El bueno de tío Mauricio…

–No ha querido venir a darle personalmente la noticia. Me dijo que se sentiría muy violento…

–¡Pero no tanto como la zorra de su hija!

–¡Capitán! – saltó, exasperado, el coronel Sagardía-. ¿Cuándo querrá darse cuenta, de una vez por todas, que la duquesa de Simancas era un mal bicho que nos ha costado miles de muertos y que lo mejor que podía ocurrirle era desaparecer del mapa?

–Sí, pero Laura no deja de ser una zorra.

–Capitán, guárdese los insultos para quienes se los merezcan. La señora Masferrer se limitó a cumplir con su deber de buena española y denunciar a una peligrosa espía roja. ¿O qué debería haber hecho, según usted? ¿Callarse? ¿Cruzarse de brazos y dejar que continuara

matando con total impunidad? Véalo desde este punto de vista: imagínese que su madre (que también la conoció y se relacionó con ella) nos hubiera facilitado una pista para descubrirla. ¿También la condenaría?

–No -dijo Javier al cabo de unos segundos de dolorosa reflexión-. No.

–¿Lo ve usted?

–¿Lo sabe ya?

–Hemos quedado con Mauricio Soler-Ribot que su hermano Ignacio irá a Pamplona para darle personalmente la noticia. No se trata de enviarle un telegrama. Ni llamarla por teléfono. Ignacio nos ha parecido la persona más indicada.

–Mi madre lo sentirá mucho, eran buenas amigas… ella no sabía nada.

–No se puede negar que la duquesa de Simancas se hacía querer por quienes la trataban. ¿Sabe, capitán?, sigo sin explicarme cómo pudo caer tan bajo y traicionar a los de su propia clase.

–Ni yo tampoco, mi coronel -contestó Javier, abrumado.

El coronel Sagardía se sacó un grueso sobre del bolsillo de la guerrera.

–Quizá la explicación de su extraño comportamiento esté contenida en estas notas que le escribió a usted antes de morir y que me pidió que se las entregara personalmente después de su ejecución.

Javier tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no arrebatarle el sobre de las manos.

El coronel lo blandió ligeramente en el aire.

–Mi obligación, capitán De Montcada, es desconfiar de todo y de todos. De acuerdo, pues, con esta elemental norma de precaución, esta carta tendría que haberla leído yo cuando Soledad me la entregó, para enterarme de su contenido. No lo he hecho porque la duquesa de Simancas me juró, por lo más sagrado, que era estrictamente personal, cosa que, en principio, y conociéndolo a usted y a Mauricio Soler-Ribot, estoy dispuesto a creer. De todas formas, y para tranquilizar mi conciencia, voy a pedirle que la abra y la lea en mi presencia, y me dé su palabra de honor de que me informará de cualquier dato de interés extrapersonal que pudiera contener, ¿estamos?

–Tiene usted mi palabra de honor, coronel.

El coronel Sagardía le alargó el sobre por encima de la mesa.

–Para que la pueda leer con más sosiego, me quedaré junto a aquella ventana para ver cómo nuestros artilleros les atizan a los rojos.

El coronel se levantó y lo dejó solo.

Javier cogió el sobre y leyó:

Absolutamente personal. Para entregar al teniente Javier de Montcada después de mi muerte.

Dominando el temblor de sus dedos, Javier abrió el sobre con un cortaplumas que encontró encima de la mesa junto a una caja de compases. Contenía varias hojas llenas de apretada caligrafía. El encabezamiento le cortó la respiración:

Querido Javier, cuando leas estas líneas, yo habré dejado de existir

Las lágrimas le impidieron continuar la lectura. Así estuvo unos segundos. Se las enjugó torpemente con el puño y siguió leyendo con ojos turbios:

y habré muerto frente al pelotón de ejecución con tu nombre en los labios.

¿Me perdonas, Javier? ¿Me podrás perdonar algún día todo el daño que te he causado? Reconozco que no he jugado limpio contigo. Desde el primer momento debería haberme apartado de ti. O confesarte la verdad. Pero no hice ni una cosa ni otra. El miedo a perderte selló mis labios. Tú pudiste más que mis convicciones. Javier, no te pido que me perdones, sólo que me comprendas un poco. Ponte mi lugar, ¿te habría gustado saber que yo, tu amante enfermera, era una espía roja? Sospecho que te habría creado un problema de los gordos. Si yo te hubiera descubierto mi juego, te habría puesto literalmente entre la espada y la pared. Si de acuerdo con tu deber de patriota, tú me denunciabas, me perdías definitivamente. Si no lo hacías, te convertías en mi cómplice, con el riesgo de ser fusilado por traidor a la patria. ¿Has pensado en eso? ¿Podrías haber resistido mirarme a los ojos, a mí, la cómplice de los asesinos de tu padre y de tu hermano? Sinceramente, no sé cómo habrías reaccionado. Prefiero no saberlo.

Lo único cierto de todo este drama es que mi ejecución te librará de estas dudas terribles que te habrían acompañado hasta el fin de tus días.

Querido Javier, te juro que no era mi intención hacerte sufrir la agonía que estarás sufriendo ahora. Mi única excusa es que te he querido con toda mi alma. Tú surgiste en mi vida como un factor imprevisto que desbarataba todos mis planes. Como te dije en una ocasión, me enamoré de ti el día en que abriste los ojos en el hospital, me confundiste con tu madre y me pediste agua, ¿te acuerdas? Para evitar que la cosa siguiera adelante, luché conmigo misma y me esforcé con toda mi alma para borrarte de mi mente. Me repetí, una y mil veces, que eras un blanco, un enemigo más de los muchos que me rodeaban. Vanos intentos. Para acabar de arreglarlo, tú te defendías como un gato panza arriba. A veces pienso que si no hubieras sido tan odiosamente caballeresco y hubieras tratado de aprovecharte de mí, las cosas habrían rodado de muy diferente manera. Cuando comprobé que toda resistencia era inútil, cerré los ojos y me dejé arrastrar por aquel torbellino maravilloso, a sabiendas de que podía acabar como el rosario de la aurora. Como así ha ocurrido.

Seguro que te habrá sorprendido y dolido en el alma conocer mi verdadera identidad. No te lo puedo reprochar. Todos tenemos nuestros motivos para estar a un lado u otro de las barricadas. Tú tenías motivos más que sobrados para odiar a los rojos. Tú hacías tu guerra particular. Tú tenías una idea fija entre ceja y ceja. Tú habías jurado vengar a tu padre, a tu hermano, a tu hermana y a tu abuelo, acabar con el Segador, costara lo que costase, por encima de cualquier otra consideración. Incluso de mí misma. Yo nunca podría haberte disuadido. Recuerdo tu cólera y tu rotunda negativa cuando un día te sugerí que nos fugáramos. Antes de morir quiero que conozcas (no te pido que los comprendas ni los apruebes) los motivos que me llevaron a mí a espiar en favor de los rojos, como llamáis vosotros a mis partidarios. Pero no te daré detalles innecesarios ni comprometedores pues, aunque el coronel Sagardía me ha prometido que no leerá esta carta, no me fío ni un pelo. Sólo temas personales.

Yo pasé gran parte de mi infancia en un cortijo blanco rodeado de olivares, encinas y miseria ancestral, al cuidado de la Antonia, como te conté una vez. Mis tíos pasaban L· mayor parte de su tiempo en Madrid o viajando por todo el mundo. Al cortijo venían a pasar cuentas con el administrador. La que verdaderamente se hacía cargo de mí y me hacía de madre era la Antonia. Y no hace falta que te cuente cómo se quiere a

una madre, sobre todo después de haber visto el cariño y el amor que os profesáis tú y la tuya. ¡Lo que hubiera dado por tener una madre parecida!

Junto a la Antonia viví y palpé la atmósfera de odio, rencor, desesperación y humillaciones en la que se debatían los braceros de mis tíos. Ni la Antonia ni su marido hacían nada por impedirlo, y hablaban libremente delante de mí sin ningún tipo de inhibiciones. Tomás, el marido de la Antonia, era el cabecilla de una cuadrilla de braceros levantiscos, una moderna versión de Espartaco siglo xx. Un día estalló una revuelta en el pueblo vecino y Tomás se puso al frente de los amotinados. Tomás era un hombre muy valiente y decidido. Capitaneados por él, los braceros asaltaron la casa del alcalde, prendieron fuego a la iglesia y pusieron cerco a la casa cuartel de la Guardia Civil, que se apresuraron a pedir refuerzos por teléfono a la capital de la provincia. Total, que llegaron más guardias que sofocaron el motín a sangre y fuego. Tomás consiguió escapar, aunque malherido, dejando un delator rastro de sangre, y se presentó en el cortijo de mis tíos. La Antonia me pidió, de rodillas, que lo escondiera en mi habitación, pensando que allí nadie iría a buscarlo. ¡Imagínate, un facineroso escondido en la habitación de la señorita! Era impensable. Pero apenas le había dado tiempo de arrastrarse debajo de mi cama, se presentaron los guardias y algunos **señoritos** *de los cortijos vecinos. La Antonia se arrojó a sus pies pidiendo clemencia. De nada le valió. La apartaron a patadas y, acto seguido, acribillaron a balazos a Tomás delante de ella y de mí. Puedes imaginarte el* **shock** *que esto representó para la niña de siete u ocho años que yo era entonces. Nunca jamás he conseguido olvidar aquel espantoso horror de tiros, gritos y sangre. ¿Te explicas ahora la chifladura de la pobre Antonia?*

Para hacerme olvidar el atroz espectáculo que había presenciado involuntariamente, fui enviada a Inglaterra con mi abuela materna, que siempre había tenido debilidad por su **nieta española**, *como solía decir. Aparentemente, aquel cambio de aires y de ambiente me resultó beneficioso. Digo aparentemente porque aquella escena atroz se había fijado en el fondo de mi subconsciente infantil, y allí ha permanecido todo este tiempo, aferrada con toda la fuerza de un cáncer maligno.*

Aquel cobarde asesinato me había marcado para toda la vida, y de una forma, consciente o no, me puse del lado de los braceros, de los pobres y de los desheredados, a pesar de vivir yo misma como una reina, rodeada de lujo, atenciones y criados (comprendo que es algo difícil de explicar racionalmente). Luego me casé. Entre otras cosas, mi matrimonio funcionó mal desde el principio a causa del abismo ideológico y visceral que me separaba de mi marido, un verdadero **señorito***, déspota y egoísta, y de la misma clase social a la que se suponía que pertenecía yo. Nuestro enfoque de la vida era diametralmente opuesto. Yo le llevaba sistemáticamente la contraria, y las discusiones más tontas degeneraban en verdaderos altercados.*

Éste es, a grandes rasgos, el proceso que me llevó a convertirme en una roja, tan roja como Begoña, la maestra de Leizaberri, que tú estuviste a punto de fusilar. Si aquella mañana de mayo, mi susto y mi palidez te parecieron exagerados, ahora te los explicarás perfectamente. El camino hasta el cementerio de Leizaberri se me antojó un verdadero viacrucis premonitorio, y tuve que hacer esfuerzos heroicos para disimular mi espanto y mi turbación. Y cuando deposité el ramillete de flores sobre su tumba, me pareció que lo hacía sobre mi propia sepultura. Entonces presentí que, tarde o temprano, seguiría los pasos de mi valiente colega. Aquella hermosa mañana de primavera, en aquellos prados floridos, tu buen corazón y tu compasión me conmovieron profundamente y estuve en un verdadero tris de confesarte la verdad. Me contuve a tiempo, por los pelos. Era la segunda vez que se me ocurría aquella idea disparatada. La primera fue en Salamanca, la misma noche del día de tu partida. Empecé a escribirte una carta… y acabé quemándola en la chimenea. Estaba tan alterada que, ni por un momento, se me pasó por la cabeza que habría ido a parar a manos de la censura militar.

Paralelamente al amor que sentía crecer hacia ti, se despertaban mis remordimientos: yo era la culpable de tu estado, de tus heridas y de lo cerca que habías estado de la muerte. Era un pensamiento terrible que me dejaba anonadada. De modo que, después de aquella maravillosa noche en «El Robledal», decidí, por ti, única y exclusivamente por ti, acabar con mi actividad de espionaje en favor de los rojos.

Pero cuando informé a mis amos de que no contaran más conmigo, me hicieron llegar un par de fotografías. En una de ellas aparecía yo en

compañía de la Pasionaria, presidiendo un mitin comunista en el teatro Eslava de Madrid. En la otra, animando puño en alto a los milicianos que marchaban a los Altos de Somosierra. Al dorso figuraba una breve nota: **Señora duquesa, estamos convencidos de que no le gustará que estas fotos aparezcan publicadas en la prensa y lleguen a conocimiento del mando fascista. Sea buena chica. Gracias por su cooperación.** *Aquella puñalada por la espalda me encendió la sangre y acabó en el acto con mis ideales altruistas. Me reventó sobre todo el* **sea buena chica.** *¿Qué se habían creído aquella colección de necios patanes?*

Pero, desgraciadamente, estaba en su poder, atada de pies y manos, sin escapatoria, atrapada entre la espada y la pared. Si no obedecía, aquella colección de hijos de su madre cumplirían su amenaza, yo comparecería ante un consejo de guerra sumarísimo, sería condenada y pasada por las armas, una idea que me aterraba, porque soy cobarde, lo reconozco sin ambages. Yo no tengo nada de Begoña. Si, por el contrario, me decidía a seguirles el juego, continuaría con vida y te tendría a ti… si una bala asesina no acababa antes contigo, lo que, me dije para animarme, sería demasiada casualidad. De modo que aposté por la segunda alternativa, la que me pareció menos mala.

Tomada esta decisión, ahora sólo podía seguir el curso de los acontecimientos y confiar en la suerte. Pero basta que una desee que no le toque la lotería, para que acierte de pleno el Gordo de Navidad. El décimo agraciado resultó ser un insignificante papelito azul donde tu madre me informaba de la gravedad de tus nuevas heridas en Teruel y me pedía ayuda. Fue como si el corazón se me parara: yo, que te adoraba, que habría dado mil veces mi vida por ti, mi última gota de sangre, había cargado y apuntado el maldito cañón que disparó contra ti en el Alfambra. Creí enloquecer de dolor y remordimientos. Cuando abriste los ojos y me reconociste en el hospital de San Sebastián, se me antojó un milagro de Dios. Era un día gris, lluvioso y desapacible, pero a mí me pareció ver brillar un sol radiante en un cielo azul. Caí de rodillas a los pies de tu cama y os pedí perdón, a ti y a tu madre. Pero ninguno de los dos entendisteis nada.

Aquellos dos meses pasados contigo en San Sebastián fueron los más felices de mi vida y, al mismo tiempo, los más trágicos y angustiosos. Lo entenderás en seguida: yo había decidido vivir intensamente aquellos

pocos días de vida que me quedaban, quemarlos en unos brillantes fuegos artificiales, a la vista de todo el mundo, que se escandalizara quien quisiera. A mí me daba igual, me tenía absolutamente sin cuidado el escándalo, por la cuenta que me tenía. Yo sólo quería ser feliz contigo, sacarle el último jugo a la vida.

Pero el pavor a la espada de Damocles que pendía sobre mi cabeza, no me abandonaba ni de noche ni de día. Tenía la angustiosa sensación de que el suelo se iba a abrir bajo mis pies en el momento menos pensado, y que iba a ser tragada como por el escotillón de un teatro. Por otra parte, mi conflicto interior me desgarraba. Yo era dos personas. Tenía que vivir una doble vida, pensar con dos cabezas y querer con dos corazones, algo muy difícil para las mujeres que no tenemos el cerebro dividido en compartimentos estancos como los hombres y no podemos separar nuestros sentimientos de nuestros razonamientos.

Pero lo más grave del caso era que yo no podía descargar el tremendo peso que me agobiaba, abrir mi corazón de par en par y compartir mi angustioso secreto con la persona que más quería en el mundo, tú, mi querido enemigo, sino que, al contrario, tenía que ocultar celosamente mi verdadera identidad, disimular, mostrarme natural, contenta, de buen humor, decir las habituales tonterías que se esperan de una joven de mi clase, aparentar vivir en el mejor de los mundos, sin dejar de traslucir un solo momento el infierno interior que me torturaba. Temía incluso delatarme en sueños. ¡Tu cabeza estaba tan cerca de la mía!

Este conflicto mío se traducía a veces en lloros y crisis intempestivos que tú seguramente atribuirías a mis remordimientos de esposa infiel o qué sé yo. ¡Qué tontería! Eran mi mejor disfraz para ocultar mis verdaderos motivos. ¡Cuánto llegué a envidiar a la gente que nos rodeaba, gente corriente, gente de una pieza, personas que podían hablar libremente, sin rodeos, decir lo primero que les pasara por la cabeza sin necesidad de analizarlo o filtrarlo previamente, ni medir el alcance de sus palabras, mientras yo no podía bajar la guardia un solo segundo para que no se me escapara alguna indiscreción! ¿Te imaginas lo que es brindar con **champagne** *con el jefe del contraespionaje enemigo, que te felicita por tu cumpleaños, sonreírle afectuosamente y sentir sus ojos sobre los tuyos? (Si ves a Mauricio Soler-Ribot, dile que no le guardo rencor; él no sabía nada y se limitaba a cumplir con su deber.) En algún momento de la*

cena, para acabar con aquella tensión insoportable, se me pasó por la cabeza la idea disparatada de levantarme y gritar: ¡Detenedme, soy mala, soy una espía roja! ¡Imagínate el cirio que se habría armado en el aristocrático restaurante donostiarra!

Aquella constante vigilancia sobre mi personalidad roja me agotaba, me destrozaba los nervios. Me sentía sola, rodeada de enemigos, vigilada… Tú, combatiente de primera línea de fuego, nunca podrás imaginarte el miedo y las tensiones insoportables a las que está sometido un agente secreto en territorio enemigo. Lo que me asombra verdaderamente es que no estallara. No me preguntes de dónde sacaba tantas fuerzas para continuar con mi comedia. Seguramente me las dabas tú, el temor a perderte. La primera sorprendida de mis dotes teatrales era yo misma. ¿Habré equivocado la carrera? En cualquier caso, ahora es demasiado tarde para rectificar el curso de mi vida.

El maldito bolso que en mala hora se me ocurrió regalar a Laura Masferrer fue mi perdición. Cuando se excusó y me lo devolvió, de momento no di importancia al incidente. Pero, por su expresión y por la mirada que me dirigió, comprendí en seguida que había descubierto mi secreto. No creo que haya muchas mujeres capaces de resistir la tentación de registrar los bolsos de sus **amigas** *si se les presenta la ocasión. Laura, evidentemente, no sería la excepción que confirma la regla. Me quedé petrificada de espanto, como fulminada por un rayo. Con una excusa cualquiera, fui a la* **toilette** *y registré el bolso temblando como una azogada. ¡El mensaje había volado! La maldije con toda mi alma. ¡La muy puta! Perdona, pero es que no encuentro otra expresión mejor; ladrona me parece suave. Por un momento estuve tentada de volver al comedor y arrebatárselo a la fuerza. Lo descarté en el acto: un combate de lucha libre entre dos damas de la buena sociedad salmantina sólo habría servido para empeorar las cosas y atraer la atención sobre mí.*

Estaba perdida. Ahora sólo era cuestión de días, o de horas, que vinieran a preguntarme qué hacía aquel sobre en mi bolso. Aquella noche no pegué ojo. En cuanto pude, avisé al comandante Lacruz, que, dicho sea de paso, sólo me había rozado la mano derecha cuando me la besaba al saludarme. Entre él y yo no hubo nada personal: me limité a comprar sus servicios profesionales. No tengas celos de él. Durante un par de días estuve dudando entre salir de España y refugiarme en el extranjero, o

quedarme en Salamanca. Cuando me decidí a hacer las maletas, ya era tarde.

En el juicio, Laura Masferrer declaró contra mí, como importante testigo de cargo. La chica se tomó cumplida venganza. Aunque evitó cuidadosamente mirarme a los ojos, adiviné su expresión triunfal.

¡Cómo la odié! ¡La condenada se había salido con la suya! Pero tampoco la juzgues con demasiada severidad. Ella también se limitó a cumplir con su deber. Sea como fuere, me has de prometer que no volverás a mirarla a la cara. No sé lo que daría por asistir a vuestro próximo encuentro.

No voy a extenderme sobre el consejo de guerra. Admití todas las acusaciones que se me formularon. Las pruebas contra mí eran abrumadoras, aplastantes. Me habían pillado con las manos en la masa. Naturalmente, tú saliste en mi historia, pero les juré y perjuré que tú no sabías nada de mi condición de agente secreto enemigo. Mauricio Soler-Ribot te defendió a capa y espada y se esforzó por mantenerte al margen del asunto. Demostró ser un buen amigo tuyo. Se le veía desolado por haber destapado involuntariamente la caja de Pandora de mi secreto. En realidad, sus sospechas se dirigían al tontainas de Kim Philby, cuyo nombre también salió en el juicio. El caso es que me creyeron y no te citaron como testigo. Creo que me habría muerto allí mismo si te hubieran obligado a declarar: **¿Conoce usted a la acusada? ¿Cuáles eran sus relaciones?**

Esta madrugada me he confesado con tu tío Ignacio. Por lo visto, tu ilustre y sabio pariente me buscaba para apartarme del pecado y poner fin al escándalo que dábamos en la retaguardia nacional. Un espectáculo inadmisible. El hombre se habrá llevado la sorpresa de su vida, pues en lugar de encontrarse con una adúltera convicta y confesa, se ha tropezado con una agente secreta roja condenada a muerte. Estaba consternado. No se lo acababa de creer. He de reconocer que se ha esforzado valientemente en consolarme, hablándome de la misericordia divina, de Jesucristo muerto en la cruz para redimir a los hombres, de la otra vida y todas esas cosas con las que se intenta endulzar a los condenados a muerte el trance atroz de la ejecución. Antes de darme la absolución, me ha preguntado si me arrepentía de mis pecados. No sé exactamente a qué pecados se refería. ¿Haberte amado con toda mi

alma? Le he dicho que sí al instante. Su cara se ha iluminado. ¡Cuesta tan poco hacer feliz a la gente! Después le he pedido que se quedara para hacerme compañía y me hablara de ti. Cosa que ha hecho de mil amores porque te quiere mucho, a pesar del disgusto que le diste en San Sebastián. Bueno, se lo dimos los dos. Me ha hablado largamente de tus travesuras infantiles en el caserón de tus abuelos, de cuando te escapabas para ir los encierros, de tus peripecias en el Beaumont College, de tus partidos de rugby, de cómo apretabas los dientes cuando te administraba algún azote en el trasero, de tus lecturas, de tus inquietudes… Yo lo escuchaba llorando a moco tendido y te veía bajo un prisma diferente, como a un chiquillo inocente y travieso, tan distinto del hombre curtido y amargado que conocí luego. Él mismo me ha proporcionado papel y pluma para escribirte esta carta kilométrica. Me parece que en mi vida he escrito tanto y tan seguido.

Confiar mis impresiones al papel y recordarte es el único consuelo que me queda en estas horas tan amargas que preceden a mi ejecución. Querido Javier, tengo miedo a morir, un miedo espantoso, y no puedo evitar pensar en tu padre y en Begoña, que han pasado por este terrible trance. Me gustaría tenerlos a los dos a mi lado cuando me fusilen a mí.

Me alegra que no puedas verme ahora. Estoy muy fea, vestida con una horrible bata gris y el pelo cortado de una forma más horrible todavía. Aparte de esto, en la cárcel, todas las reclusas, las celadoras y la misma directora han sido muy amables y cariñosas conmigo. Me miran como si fuera el mismísimo fantasma de María Antonieta. Es la primera duquesa que van a fusilar y están muy impresionadas. La Antonia, mi buena y querida Antonia, ha venido a despedirse, y no te puedes ni imaginar lo que hemos llegado a llorar una en brazos de la otra.

Y ahora tengo que darte una noticia muy peculiar, que no sé si te alegrará o te entristecerá: estoy esperando un hijo tuyo. Calculo que ahora tendrá tres meses más o menos. Aunque todavía es muy pequeño, lo oigo ronronear dentro de mí como un gatito cariñoso. No sabes lo que me conforta y la compañía que me hace. No se lo he dicho a nadie porque no quiero que por su culpa retarden la ejecución y nuestro hijo nazca en la cárcel. ¿Estás llorando, Javier? A mí, las lágrimas no me dejan ver por dónde va la pluma.

Antes de morir quiero pedirte tres favores. El primero, que pidas perdón a tu madre por todo el daño que le he causado, involuntariamente. La tengo por una buena amiga que siempre me ha defendido (ahora ya no estoy tan segura de que lo hiciera). Le debo una disculpa. No sé cómo se lo tomará, pero, en cualquier caso, le pides perdón en mi nombre y le dices que la he querido mucho y que me voy de este mundo con su bello recuerdo. El segundo, que vuelvas con Maite, de la que yo te aparté con malas artes. Siento que esa chica haya tenido que sufrir los tormentos del infierno por mi culpa. Ella pensará que soy mala y odiosa y tendrá toda la razón del mundo. También le pides perdón. Vuelve con ella, Javier. No es bueno sufrir solo; yo no me llamo Soledad por casualidad. Estoy segura de que no te ha olvidado y todavía te quiere. Si un día te casas con Maite (cosa que espero y deseo que hagas), no me olvides completamente y ten con ella los hijos que no has podido tener conmigo, Blanca y Gonzalito, como comentamos en la taberna de La Viuda del Fraile. Y Soledad, si viene otra niña. Resérvame un pequeño rincón en tu corazón. No creo que sea pedir demasiado. Considéralo la última gracia del condenado. Y tercero, que les dejes leer esta carta a las dos, a tu madre y a Maite. Quizá las ayudará a comprenderme un poco, y a ti te ahorrará innecesarias explicaciones. Como puedes imaginarte, a estas alturas de mi vida, no me importa nada que se enteren de mis intimidades (y espero que a ti, tampoco).

Mi tiempo se acaba. Cuando me coloquen frente al piquete, cerraré los ojos (dejaré que me los venden, por supuesto) y pensaré en ti. Y cuando esta guerra acabe y pasen los años, recuerda que Soledad, tu enfermera de Brunete, murió con tu nombre en sus labios y tu hijo en sus entrañas. Reza mucho por mí y recibe todo mi amor y mi cariño y un abrazo fortísimo de tu siempre tuya.

Soledad

Posdata: El pasado 14 de agosto cumpliste veintitrés años. ¿Se acordó esta vez tu madre de felicitarte? Yo te envío mi enhorabuena y mis deseos para que cumplas muchos más. Cuídate mucho. Otro sí: también he hecho testamento y te he nombrado mi heredero universal. A su debido tiempo, mis abogados ingleses se pondrán en contacto con tu tío Sinibaldo. Y cuando tengas un respiro, me entierras como te pedí.

Gracias. Te adora,

Soledad

Javier depositó lentamente las cuartillas sobre el tablero y carraspeó para deshacer el doloroso nudo que se le había formado en la garganta y amenazaba con ahogarlo.

–Mi coronel…

El coronel Sagardía se apartó de la ventana y fue a reunirse con él.

–Todo era estrictamente personal y confidencial, mi coronel -le informó Javier, esforzándose por hablar con naturalidad.

–Lo suponía, capitán. Y lamento el mal trago que supongo habrá pasado. ¿Puedo hacer algo por usted?

–Sí, hacer llegar esta carta a mi madre. Es un deseo expreso de la difunta. No creo que haya ningún inconveniente.

–Delo por hecho.

–¿Podría ponerle cuatro líneas en el encabezamiento?

–Las que usted quiera -contestó el coronel Sagardía al instante, tendiéndole su pluma estilográfica.

Javier escribió en el encabezamiento de la carta de Soledad con letra muy pequeña para que cupiera el texto:

Querida mamá:

Si todavía no te has enterado del terremoto, no tardarás mucho en hacerlo. A propósito del mismo, ya verás que Soledad ha dejado escrito que os deje leer esta carta a ti y a Maite. De esta manera, dispondréis de información de primera mano y podréis juzgar por vosotras mismas. Solamente os pido que no seáis demasiado severas con ella. Yo estoy bien y con muchas ganas de verte. Un abrazo muy fuerte de tu hijo que te quiere,

Javier

–Listo, mi coronel -dijo Javier devolviéndole la pluma y las cuartillas-. ¿Quiere echarle un vistazo?

–No es necesario. Me fío de usted.

–Le agradezco la confianza.

El coronel Sagardía introdujo las cuartillas en un sobre oficial, fundió un poco de lacre, lo vertió en el cierre del sobre y estampó sobre el mismo el sello del Servicio de Información Militar.

–Así, tal cual, se lo haré llegar a su tío Ignacio que, como le he comentado antes, nos parece la persona más indicada para entregársela

en mano a su hermana, al mismo tiempo que le informa de lo sucedido.

–Tío Iñaki va a sudar tinta -observó Javier pensativamente.

–Sí -convino el coronel Sagardía, guardándose el sobre en el bolsillo del pantalón-. No es para menos. ¿Alguna pregunta más, capitán?

–Sí, ¿dónde fusilaron a Soledad?

–En los fosos del viejo castillo de Burgos, cerca de la puerta de San Martín.

–¿Y dónde la enterraron?

–En el cementerio municipal, en una tumba anónima, a la espera de que su marido la reclame.

–¿Ha dicho algo?

–Le escribimos a la embajada española de Roma, pero hasta la fecha no ha contestado ni ha dado señales de vida.

–Comprendo.

Atronó otra salva de obuses. Esta vez Javier percibió con toda claridad cómo los pesados proyectiles se alejaban zumbando por encima de sus cabezas.

–¿Le apetece un trago, capitán? – preguntó el coronel Sagardía.

–Y dos también, mi coronel. Los necesito como el mismo aire que respiro.

–¡Iñaki! ¿Tú por aquí? – exclamó Cecilia, alegre, franqueando la puerta a su hermano-. ¡Qué sorpresa!

–Sí, ya ves… Oye, Cecilia, ¿podríamos hablar a solas? – preguntó el jesuita después de depositar un beso distraído en la mejilla de su hermana.

–Por supuesto. ¿Se trata de Javier, verdad? – inquirió Cecilia, alarmada, captando al instante la gravedad latente en las palabras de su hermano.

–Sí, en cierto modo.

Cecilia lo retuvo nerviosamente por la manga de la sotana.

–¡No me asustes, Iñaki! ¿Qué le ha ocurrido a Javier?

Ignacio se desasió con suavidad.

–Tranquilízate, Cecilia, a Javier, que yo sepa, no le ha ocurrido nada.

–Pero…

–Anda, vamos a mi gabinete de trabajo y te lo cuento todo.

–Iñaki, no me engañes, se trata de Javier, ¿verdad? – insistió Cecilia, que sentía crecer su alarma por momentos-. ¿Lo han herido otra vez? ¡Dime la verdad!

–No seas pesada, Cecilia, te aseguro que Javier está bien… Bueno, por lo menos hasta hace unos días. Si le hubiera ocurrido algo, nos habrían informado oportunamente, ¿no te parece?

–¿Entonces…?

Iñaki pasó el brazo por los hombros de su hermana.

–Anda, acompáñame a mi gabinete y te lo cuento todo.

–¡Ay, Dios!

–¿Cómo está mamá? – preguntó Ignacio echando a andar pasillo adelante.

–Bien, de aquella manera, todavía duerme.

–Dejémosla dormir. Luego entraré a saludarla.

»Sí, se trata de algo relacionado con Javier, es verdad -reconoció Ignacio después de ajustar cuidadosamente la puerta a sus espaldas-. Pero no es lo que tú te imaginas.

–¿Entonces? – preguntó Cecilia, impaciente.

–Se trata de Soledad.

–¡Me lo temía! ¿Está esperando un hijo de Javier?

–Cecilia, ¿por qué no te sientas? – dijo Ignacio señalándole una butaca situada a su espalda.

–No puedo, estoy demasiado nerviosa.

–Tú conoces a Mauricio Soler-Ribot…

–Sí, por supuesto. De toda la vida.

–¿Sabías que es el director del contraespionaje del Servicio de Información Militar del ejército?

–No, es la primera noticia. Sospechaba que era algo importante, pero no conocía más detalles. Mauricio es una persona muy reservada que nunca suelta prenda.

–Mauricio Soler-Ribot es nada menos que el brazo derecho del coronel Sagardía, el jefe supremo del SIMP… y condiscípulo mío, por añadidura. Estudiamos en la Universidad de Deusto.

–No sabía nada. Pero, bueno, ¿qué ocurre con Mauricio? – se impacientó Cecilia, cada vez más nerviosa y agitada.

–¿No quieres sentarte?

–No.

Ignacio empezó muy despacio, midiendo el alcance de sus palabras:

–Pues ocurre que Mauricio descubrió que Soledad, la duquesa de Simancas… resultó ser…

–¿Qué? – exclamó Cecilia sin poder contenerse-. ¿Una fresca que nos ha engañado a todos? ¿Una farsante? ¿Un pendón redomado?

Ignacio aguardó unos segundos antes de responder.

–Peor que todo eso.

–¿Peor, dices?

–Sí, mucho peor: Soledad ha resultado ser una espía roja.

–¿Qué has dicho? – preguntó su hermana, estupefacta, dando un paso atrás.

–Que Soledad ha resultado ser una agente secreta enemiga, una espía al servicio de los rojos infiltrada en nuestra retaguardia.

–¡Pe… pe… pero…! – tartamudeó Cecilia con los ojos abiertos como platos-. ¡Eso es imposible!… ¿Soledad, una espía roja? ¡Qué tonterías estás diciendo, Iñaki! ¿Cómo se os puede haber ocurrido semejante desatino?

–Por desgracia, no es ningún desatino. Es la pura verdad. La investigación lo ha dejado muy claro.

–Debe de tratarse de algún error, seguro.

Ignacio negó con la cabeza.

–No se trata de ningún error, Cecilia, qué más quisiera yo. Soledad misma lo ha admitido.

–¿Que Soledad misma lo ha admitido? – preguntó Cecilia, que no salía de su asombro-. ¿Que Soledad ha admitido que era una espía roja?

–Sí. En el juicio sumarísimo que le formaron. Lo admitió delante de un juez, de un jurado y de su abogado defensor.

Cecilia dejó pasar unos segundos antes de hablar.

–No me lo puedo creer.

–Lo mismo me ocurrió a mí cuando me enteré.

Cecilia parpadeó, incrédula, para dar tiempo a su cerebro a asimilar la pasmosa información.

–Soledad, una espía roja -repitió, aturdida.

–Sí.

–¿Cómo fue? ¿Cómo la descubrieron? – acertó a preguntar.

–Según me ha contado Mauricio, de la forma más tonta. Te lo resumo en pocas palabras: Soledad había sobornado al comandante Lacruz, del Estado Mayor del general Vigón…

–Sí, lo conocí en Salamanca, moreno y guapetón él…

–…que sólo tenía que extractar los documentos calificados de Alto Secreto que pasaban por sus manos para redactar los oportunos informes que luego ponía en clave y los entregaba disimuladamente a Soledad, que, a su vez, los llevaba a Francia y los entregaba a un agente secreto ruso que la esperaba en la frontera de Hendaya. Por pura casualidad, el último informe fue a parar al bolso de Laura Masferrer…

–¡Laura Masferrer! ¿La hija de Mauricio? – preguntó Cecilia, muy sorprendida.

–Sí, la misma. Ambas habían coincidido en una recepción en el Gran Hotel de Salamanca, con motivo el Día de Santiago. Sus bolsos eran iguales y los intercambiaron por error. Laura se llevó el de Soledad, y al revolver en su interior para sacar la polvera, encontró el último informe que le había pasado el comandante Lacruz. Le echó un vistazo, por simple curiosidad. De momento no entendía nada. Cuatro hojas en blanco. Pero la chica sospechó algo y se lo entregó a su padre. El resto te lo puedes imaginar. Al cabo de menos de veinticuatro horas, Soledad fue detenida. El comandante Lacruz se pegó un tiro en su despacho.

Cecilia contuvo un respingo de horror.

–¿Y Soledad?

Iñaki se calló y clavó sus ojos en los de su hermana, confiando en que ésta adivinara la verdad y le ahorrara el penoso trance de darle la tremenda noticia de viva voz.

–¿Y? – insistió Cecilia, alarmada por el tenso embarazo que reflejaba la cara de su hermano.

–Soledad fue condenada a muerte -dijo escuetamente.

Cecilia vaciló como un chopo azotado por la tormenta y se tapó la boca con las manos.

–¡No!

–Sí. Condenada a muerte.

–Pero no…

–Sí. Fue fusilada.

Esta vez Cecilia se dejó caer en la butaca que tenía a sus espaldas y se quedó mirando fijamente a su hermano con una expresión de horrorizada sorpresa.

–¿Fusilada? ¿Soledad, fusilada? ¡No es posible! – exclamó, espeluznada-. ¡Oh, no, Dios mío, no!

Ignacio acercó una silla a su butaca, se sentó a su lado y asintió con tristes cabezadas:

–Sí, Cecilia, sí, por muy increíble y doloroso que te resulte, es la pura y terrible realidad. Yo mismo la escuché en confesión, la asistí en sus últimos momentos y fui testigo de su ejecución.

Cecilia se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

–¡Qué espanto, Dios mío, qué espanto!

Así estuvo un rato.

Luego dijo, como hablando consigo misma, con la mirada perdida:

–En esta guerra me he llevado muchas sorpresas, pero ninguna como ésta… De Soledad me imaginaba cualquier cosa, otro lío, un amante desconocido, problemas con su marido, un niño en camino… qué sé yo, todo menos este horror. – Cecilia levantó la cabeza y preguntó-: ¿Y Javier estaba enterado? ¿Sabía que Soledad era una espía roja?

–Javier no sabía absolutamente nada. Nada de nada. Tu hijo estaba completamente al margen del asunto. Si lo hubiera sabido, habría roto inmediatamente con Soledad, ¿no te parece? O la habría denunciado.

Cecilia se secó los ojos con la punta del delantal.

–Sí, tienes razón -reconoció, aliviada-. Me quitas un peso de encima, Iñaki. No sé cómo he podido pensar esa tontería. ¿Lo sabe ya? ¿Sabe Javier que la han fusilado?

–Sí, Javier está enterado de todo. José Sagardía en persona fue a Gandesa para darle la noticia.

A Cecilia los ojos se le volvieron a inundar de lágrimas.

–¡Pobre Javier! No quiero ni imaginarme la sorpresa que se llevaría… y el infierno que estará pasando ahora… ¡Cuando pienso en Gonzalo! ¡Es horroroso, horroroso! No encuentro palabras… ¡Soledad, la amante de mi hijo, fusilada! – y Cecilia volvió a estallar en sollozos.

Iñaki se inclinó hacia ella y le puso cariñosamente una mano sobre las suyas.

–¿Recuerdas, Cecilia, que en cierta ocasión me pediste que tuviera compasión de ella y que pensara en Jesús, que perdonó a la mujer adúltera y la salvó de ser lapidada?

–Sí, muy bien. Y del enfado de mamá y de la bronca que te echó.

–Pues tenías toda la razón del mundo, Cecilia. El que estaba equivocado era yo. Como tú recordarás muy bien, me fui a Salamanca hecho un basilisco, dispuesto a comérmela cruda. Pero toda mi indignación se esfumó en el acto cuando el doctor Merino me informó de que la habían detenido por espionaje en favor de los rojos. Me quedé de piedra. Pese a la censura, la noticia había trascendido y se había filtrado a la calle. Ni un desbordamiento del Tormes habría causado más conmoción. Fue imposible ocultarlo. Ocurrió como con el frustrado complot de Hedilla y los falangistas en otoño del 36. O la trifulca entre Unamuno y Millán Astray. Ni una palabra en la prensa. Nadie sabía nada, pero todo el mundo se había enterado de todo. La detención de la duquesa de Simancas era la comidilla de la ciudad. A Soledad la conocían hasta los gatos. En los suburbios pobres hubo conatos de motín que fueron sofocados en un santiamén por la Guardia Civil. En el hospital militar no se hablaba de otra cosa. Los médicos y las enfermeras se hacían cruces de lo ocurrido. El doctor Merino estaba tan aturdido y escandalizado como tú misma. No sabía qué pensar. Su mejor enfermera… ¡había resultado ser una espía roja! Yo lo esperaba todo menos una noticia de ese calibre: una escena con Soledad, una trifulca de padre y muy señor mío, un lío con el comandante Lacruz, un niño en camino, como tú misma has dicho, cualquier cosa menos esto. El doctor Merino me aconsejó que no perdiera el tiempo y fuera directamente a Burgos, donde tenía lugar el juicio. Quizá aún llegara a tiempo de suspender la ejecución. De modo que cogí el primer tren y fui para allá, y a través del general de los jesuitas, el padre Laburu, solicité una entrevista con Franco para pedir su indulto. El Generalísimo no estaba. Estaba en Gandesa, en su puesto de mando, en plena batalla. El ayudante que me recibió, muy amablemente, por cierto, accedió a cursarle un telegrama, apelando a su magnanimidad, a su clemencia, a la condición femenina de la acusada. Su tajante respuesta llegó a las

veinticuatro horas: NO. La duquesa de Simancas era una asesina convicta y confesa, una alimaña peligrosa, y debía pagar por todos sus crímenes y por la sangre de tantos soldados inocentes vertida en los campos de batalla. José Sagardía y Mauricio Soler-Ribot me dieron toda clase de facilidades para visitarla en la cárcel de mujeres de Burgos. Soledad había pedido confesarse y comulgar. La visité en la misma celda de los condenados a muerte. Su aspecto me dejó con el corazón en un puño. No la habrías conocido, Cecilia, ella siempre tan guapa, tan encantadora y tan radiante. Parecía otra persona, pálida, desmejorada, un fantasma de sí misma. Su aspecto hizo que me sintiera culpable. Se arrojó a mis brazos hecha un mar de lágrimas. ¡Si me llegan a ver mis superiores! Pero en aquellos momentos no estaba yo para historias ni para guardar las apariencias. La abracé. Sí. La abracé. Como te habría abrazado a ti. Sentados a los pies de su camastro, hice lo que pude para consolarla. Soledad me lo contó todo. Estaba deshecha, aterrada, arrepentida por todo el mal que os había causado a ti y a Javier, y me suplicó, una y mil veces, que la perdonarais, tú y Maite, las dos, que no me olvidara de decíroslo. Luego la escuché en confesión y le di la absolución, la absolución más sincera que he dado en mi vida. Nunca me he sentido más cristiano que entonces ni he comprendido mejor a Jesucristo al perdonar a María Magdalena. Después, Soledad me pidió papel y lápiz para escribirle una carta de despedida. Me quedé con ella hasta que la terminó. La metió en un sobre, lo cerró y yo mismo lo entregué a Sagardía, que prometió a Soledad que no la leería y se ocuparía de hacerla llegar a Javier. Soledad me rogó que no la dejara sola y le hablara de Javier. De madrugada la vinieron a buscar. Una vez en la puerta de San Martín, tuve que contemplar cómo le vendaban los ojos, la ataban a una silla y la situaban de espaldas al piquete. – Ignacio se calló, incapaz de describir el horror de aquellos momentos. Hizo una larga pausa para coger aire. Luego añadió con voz sorda-: En mis oídos todavía resuena el fragor de la descarga que acabó con ella. Apenas me quedaron fuerzas para levantar la mano y trazar la señal de la cruz y bendecirla por última vez.

Cecilia lo escuchaba, inmóvil, sin respirar apenas, petrificada de horror, con los ojos enrojecidos, desmesuradamente abiertos.

Ignacio miró a su hermana, largo rato, en silencio, abrumado por el recuerdo del terrible trance de la ejecución. Sus austeras facciones reflejaban el desconcierto y la perplejidad que lo embargaban.

–¿Te das cuenta, Cecilia, de que, consciente o inconscientemente, nos estamos poniendo de parte de una enemiga nuestra, de una asesina que ha hecho correr verdaderos ríos de sangre?

–Sí… -asintió Cecilia, igualmente perpleja.

–La de tu propio hijo, entre otras.

–Sí, eso es verdad, no te lo voy a discutir -reconoció Cecilia-. Pero en Brunete no le habría costado nada dejar que muriera desangrado. Y, sin embargo, hizo todo lo contrario. Con riesgo de su vida. Y eso nunca podré olvidarlo, por más años que viva. Por las venas de Javier corre sangre de Soledad. ¿Cómo te lo explicas?

–Tendría un momento de debilidad.

–Sí, claro, se enamoró de él.

–Pero eso no es una excusa que justifique su traición ni sus crímenes, ¿no te parece?

–Supongo que no -contestó Cecilia, que sacudió la cabeza-. ¡No sé qué pensar, Iñaki! En estos momentos estoy completamente anonadada, confusa, aturdida. No me acabo de reponer de la impresión. Si no hubiera conocido a Soledad, sería diferente. Lo vería todo con más objetividad y no la compadecería como la compadezco ahora. Pero después de haber pasado tantas horas en su compañía en el hospital, a los pies de la cama de Javier, de ver las atenciones y los cuidados que le prodigaba, de haber vivido con ella en su chalet de San Sebastián, de haber ido de compras en la Avenida, a la peluquería, de habernos contado nuestras cosas como buenas amigas, todo hace que me cueste horrores imaginármela como una enemiga nuestra, como una roja. Es absurdo, ya lo sé… hay algo que no encaja.

–Pero eso no quita que Soledad sea tan culpable como los verdugos que fusilaron a tu marido -insistió Ignacio-. Y perdona que te lo recuerde.

–Eso no te lo voy a discutir -dijo Cecilia-, pero se me hace muy cuesta arriba admitir que Soledad sea una asesina. Me resulta imposible relacionarla con el fusilamiento de mi marido. – Hizo un

gesto con las manos-. No sabría cómo explicártelo. Quizá porque los dos han sufrido el mismo espantoso tipo de muerte.

Se callaron un rato. Por la ventana abierta llegaron los ecos de las campanadas de la catedral, que daban las diez.

–¿Cómo reaccionó Javier cuando se enteró? – preguntó Cecilia.

–Puedes imaginártelo. Sagardía dice que primero estuvo a punto de saltarle al cuello, hecho una furia. Pero luego se dominó con un esfuerzo y se tomó las cosas con una sangre fría pasmosa. A Sagardía le impresionó.

–Una reacción muy propia de mi hijo.

–Lo creo, yo también lo conozco bien.

Ignacio hurgó en el bolsillo de su sotana y extrajo un sobre lacrado que entregó a Cecilia.

–Contiene la carta que Soledad escribió a Javier en la celda de los condenados a muerte horas antes de su ejecución, delante de mí. José Sagardía en persona se la llevó a Gandesa. Javier la abrió y la leyó en su presencia después de prometerle que le informaría de cualquier información extrapersonal. Cuando acabó, le pidió que te la hiciera llegar a ti. Sagardía la guardó en este sobre oficial, lo selló… y aquí la tienes, con los sellos intactos, para que te puedas enterar de las enigmáticas razones que llevaron a Soledad a traicionar nuestra causa y convertirse en un agente secreto al servicio de los rojos.

–¿Tú la has leído?

–¡Por supuesto que no!

–¿Te importa que la lea ahora mismo?

–¡Por favor, Cecilia! No es el momento más adecuado para gastar cumplidos. Si quieres, salgo un momento y voy a saludar a mamá.

Cecilia lo sujetó por la manga de la sotana.

–No, quédate conmigo.

Cecilia cogió un cortapapeles de marfil de encima del escritorio, rompió el sello de lacre y rasgó el sobre, del que extrajo nerviosamente un fajo de hojas de papel. Se acomodó en la butaca y empezó a leer con ojos nublados.

Su hermano se levantó discretamente, se acercó a la librería y fingió poner orden en el caos de revistas científicas amontonadas de cualquier modo en los anaqueles.

A medida que avanzaba en la lectura, en los bellos ojos de Cecilia se iban sucediendo expresiones de sorpresa, dolor, consternación y compasión, hasta que prorrumpió en un grito de espeluznada incredulidad.

–¡Oh, no, Dios mío, no!

Su hermano dejó lo que estaba haciendo y acudió rápidamente a su lado.

–¡Cecilia! ¿Qué te ocurre? – preguntó, alarmado por el aspecto de su hermana-. ¿Te encuentras bien?

Cecilia se había reclinado contra el respaldo de la butaca, pálida y desencajada como una muerta.

–¡Hemos fusilado a su hijo! – exclamó con labios exangües-. ¡Al hijo de Javier! ¡A mi nieto!

–¿Qué dices? – preguntó Ignacio, incrédulo-. ¡No es posible!

–¡Léelo tú mismo!

Con un gesto brusco, Ignacio le arrebató la cuartilla de las manos y leyó donde le indicaba su hermana.

–¡La muy estúpida! – masculló entre dientes-. ¡Podría haberlo dicho antes y habrían suspendido la ejecución!

Cecilia se había tapado la cara con las manos y las lágrimas fluían incontenibles y silenciosas entre sus dedos.

Inmediatamente que se lo permitieron sus obligaciones, Mauricio Soler-Ribot viajó a Pamplona para pedir disculpas a Cecilia. Aunque él se había limitado a hacer su trabajo y cumplir con su deber, se sentía vagamente responsable del fusilamiento de Soledad y de la subsiguiente crisis que había provocado en Cecilia. Le debía una explicación, por lo menos.

Laura había insistido mucho en acompañarlo, y Mauricio había accedido. Al fin y al cabo, su hija era una pieza del drama.

–Sí, papá, no quiero que Cecilia se imagine cosas raras ni piense que yo soy la mala de la película. Yo también hice lo que tenía que hacer. Las cosas, claras.

Cecilia los hizo pasar al gabinete de trabajo de su hermano Iñaki.

Una vez instalados, Mauricio tomó la palabra:

–Querida Cecilia, Laura y yo sentimos mucho el dolor y el disgusto que te hemos causado, involuntariamente, por supuesto. Sin que esto

quiera decir que me arrepienta de haber detenido a Soledad, gracias a la colaboración de mi hija. No podría haber hecho otra cosa. Era mi obligación. Soledad era enemiga nuestra. Son cosas de la guerra. Quiero que comprendas que yo me limité a cumplir con mi deber.

–Por supuesto, te comprendo perfectamente, Mauricio, no tienes que darme ninguna explicación. La propia Soledad te exculpa claramente en la carta que escribió a Javier. Dice textualmente: *Si ves a Mauricio Soler-Ribot, dile que no le guardo rencor; él no sabía nada y se limitaba a cumplir con su deber.*

–Todo un detalle por su parte. No obstante, Laura y yo queremos pedirte perdón por haber sido los causantes involuntarios de esta tragedia y del disgusto que te has llevado. Yo estaba enterado de que Soledad y tú erais muy buenas amigas. Laura me lo había contado. Lo que yo ignoraba era que fuese una espía roja. Tu hermano Ignacio me comentó la sorpresa que te llevaste cuando te enteraste.

–Sorpresa es poco. Consternación definiría mejor la impresión que me causó. Fue como cuando una baja una escalera en la penumbra, tanteando con el pie, y en lugar de encontrar el escalón que esperabas, encuentras el vacío y te pegas un susto que te corta la respiración. –Cecilia hizo una corta pausa-. Aunque pueda chocarte, yo quería a Soledad… y la sigo queriendo… y le estoy muy agradecida por todo lo que hizo por Javier.

–¿A pesar de todo? – preguntó Mauricio, mirándola significativamente a los ojos-. ¿A pesar de todo? – repitió-. Piensa que Soledad era enemiga tuya, mía, de todos nosotros, y que ha hecho correr verdaderos ríos de sangre.

–Sí, a pesar de todo -contestó Cecilia con firmeza, tras unos breves segundos de reflexión-. Es lo mismo que le contesté a mi hermano Iñaki cuando me hizo esa misma observación. Sinceramente, no sé qué pensar, Mauricio, estoy hecha un taco, atrapada entre mis sentimientos y mis convicciones. Mi cabeza me dice una cosa y mi corazón, otra, y no hay manera de ponerlos de acuerdo. Reconozco que Soledad era mi enemiga, sí, pero también era mi amiga y me quería, y yo nunca podré olvidar ni agradecerle bastante lo mucho que le debo. Nada menos que la vida de mi hijo. ¿Te ayuda eso a comprender la ambigüedad de mis

sentimientos? Sí, me duele su muerte -terminó-. Y, sobre todo, la de mi nieto.

–Cecilia, a propósito de esta tragedia, quiero que comprendas que ni Sagardía ni yo mismo pudimos hacer nada para suspender su ejecución. ¿Cómo íbamos a adivinar que estaba embarazada de tres meses? Ella no nos dijo una sola palabra.

–Porque no quería que su hijo naciera en la cárcel. Lo dice muy claramente en su carta.

–Eso mismo pensé yo. La bronca que tu hermano Ignacio le pegó a Sagardía estaba fuera de lugar. Para entonces, la cosa ya no tenía remedio. Hacía días que Soledad descansaba bajo medio metro de tierra. A tu hermano y a Sagardía les perdió un exceso de caballerosidad. ¿Cómo iban a leer la carta de Soledad? Era impensable, inconcebible. Si la hubieran leído, se habrían enterado de su estado y hubieran suspendido la ejecución de inmediato. Pero el caso es que ni se les pasó por la cabeza. Aparte de que las cartas del prójimo no se leen, ¿cómo iban a leer una carta escrita por una condenada a muerte pocas horas antes de su ejecución y en presencia de tu hermano? Vale que Sagardía, como jefe del Servicio de Información Militar, tendría que haberle echado un vistazo, pero se fió totalmente de ella. Se imaginó que se trataba de la carta que una mujer enamorada escribe a su amante antes de que la fusilen; intimidades personales en las que un caballero no tiene por qué meter las narices. En consecuencia, dio a Soledad su palabra de honor de que no la abriría ni la leería, y tal cual, la haría llegar a Javier, al que, aunque no conocía personalmente, sabía perfectamente quién era, y no tenía ningún motivo para sospechar de él. ¿Qué clase de secretos militares podría contarle Soledad a Javier? ¿La nueva estrategia del mando rojo para contener la inminente ofensiva nacional? – Mauricio meneó la cabeza-. Absurdo, totalmente absurdo. – Hizo una corta pausa y agregó-: El hombre está muy afectado por lo sucedido. Dice que toda la culpa es suya, y me pide te transmita su más sincero pésame.

–Le das las gracias cuando lo veas.

–Descuida, que será lo primero que haga cuando vuelva a Burgos.

–¿Mauricio, qué habrías hecho tú en su lugar? – preguntó Cecilia con curiosidad al cabo de unos segundos-. ¿Habrías leído la carta de

Soledad?

–No, ni pensarlo. Habría hecho exactamente lo mismo que Sagardía -reconoció Mauricio francamente-. Y con más razón todavía, pues yo he conocido a Soledad en persona. Por no hablar de tu hijo. ¿Cómo iba yo a hurgar en sus intimidades? Cuando estuve cenando con ellos en el hotel María Cristina, es que ni por un momento pensé que podía ser una espía roja. Era lo último que se me podría haber ocurrido. Y ya te digo, la tenía tan cerca de mí como tú misma ahora. Estuvimos charlando, como la cosa más natural del mundo. Me pareció una joven encantadora. Mi mujer le dedicó grandes cumplidos. No te diré más que hasta se metió a Merceditas en el bolsillo. Me fascinó, en una palabra, lo que demuestra hasta qué punto somos estúpidos los hombres. ¿Cómo iba a sospechar yo que Soledad era una espía roja? Es lo mismo que si sospechara de ti. ¡Y para postre brindamos por el triunfo de nuestras armas y la felicité por su cumpleaños! ¿Te imaginas? ¡El número uno del contraespionaje nacional felicitando a una agente secreta roja con motivo de su aniversario! ¡El colmo! En mi descargo sólo puedo alegar que Soledad me engañó como a un chino. A mí, que me tengo por un lince.

–Pues tú no sabes bien los esfuerzos heroicos que tuvo que hacer Soledad para disimular. Dice en su carta que, en un momento de la cena, estuvo a punto de levantarse y anunciar a voces que era una espía roja y que la detuvieras allí mismo.

–Pues no los aparentó en ningún momento. Lo único que sabía de ella era que estaba liada con tu hijo, lo que, después de todo, tampoco es tan grave. Ocurre en las mejores familias.

Cecilia sonrió levemente.

–Entonces me pareció una catástrofe. ¡Lo que son las cosas!

–Pura ley de la relatividad einsteniana. Supongo que estás enterada de la forma como la descubrimos.

–Sí, me lo contó Iñaki. Y la misma Soledad me lo cuenta en su carta.

–Por pura chiripa. Si no llegan a confundirse de bolso, dudo que la hubiéramos descubierto. Mis sospechas se orientaban hacia aquel periodista inglés del *Times,* Kim Philby…

–Sí, lo conocí en el hospital de Salamanca, cuando le hizo una entrevista a Javier para el *Times.* Me pareció un chico muy correcto.

–… pero Sagardía me disuadió de ir a por él para evitar innecesarios roces diplomáticos. Sin que esto quiera decir que yo dé el asunto por zanjado. Aún tengo la mosca detrás de la oreja. El caso es que lo dejamos correr y detuvimos a Soledad.

–Y yo tampoco sospeché jamás de ella -dijo Laura, interviniendo en la conversación, evitando mirar directamente a los ojos a Cecilia-. Sólo que aquel sobre que encontré en su bolso (pensando que era el mío) me dio muy mala espina y se lo quité y se lo entregué a mi padre. Te juro, Cecilia, que no me confundí de bolso a propósito. Me lo había regalado ella misma. Son idénticos. Un día, si quieres, te lo enseñaré para que te convenzas. Hice lo mismo que habrías hecho tú en mi caso, ¿no es verdad?

Cecilia la miró reprimiendo un gesto de irritación. Si Laura se hubiera estado quietecita como corresponde a una esposa decente y no hubiera acosado a Javier, Soledad no habría entrado al trapo, y Javier no habría caído en la trampa que le tendió, con lo que no se habría producido aquel terremoto. Y hasta es posible que a Soledad no la hubieran fusilado. Ni tampoco a su nieto. Pero dijo escuetamente:

–Te limitaste a cumplir con tu deber.

Laura miró a Cecilia con expresión perpleja.

–No comprendo cómo puedes quererla todavía, después de todo el mal que te ha hecho a ti… y a todos nosotros.

–Ni yo misma me lo explico.

–¿La has perdonado?

–De todo corazón.

–¿Y Javier?

–Él mismo me pidió que no fuera demasiado severa con ella.

–¿Has hablado con él?

–No.

–¿Entonces…?

–Me puso cuatro líneas en el encabezamiento de la carta de Soledad.

–¿Me la dejarías leer?

–No, lo siento -contestó Cecilia, tajante-. Es absolutamente personal.

–¿Decía algo de mí?

–Algo que no te haría ninguna gracia tener que escuchar. Pero también te exculpa. Dice a Javier: *Tampoco juzgues a Laura con demasiada severidad. Ella también se limitó a cumplir con su deber.*

–¿Y nada más?

–Que no pudo evitar odiarte.

Laura adoptó una expresión compungida.

–Pero ¿qué queríais que hiciera yo? – exclamó, levantando las manos con un ademán exculpatorio.

–Laura, nadie te acusa de nada.

–¡Pero la forma que tienes de mirarme!

–Figuraciones tuyas. Como ha dejado dicho Soledad*, te limitaste a cumplir con tu deber.*

Mientras Laura hablaba, Mauricio observaba a su hija con el ceño fruncido, al tiempo que se preguntaba a sí mismo hasta qué punto los mejores planes, urdidos por las mentes más lúcidas, astutas y clarividentes, están a merced de los impulsos y los caprichos imprevisibles que gobiernan el comportamiento entre los dos sexos. Unos ojos de un color determinado, unas caderas provocativas, un escote insinuante, pueden dar al traste con previsiones calculadas al milímetro, teóricamente impecables. Ni más ni menos que un encaje de bolillos prendido con alfileres, al que basta con que se le descorra un punto para que todo el tinglado se venga abajo. Los tratados de espionaje que había leído abundaban en cientos de casos parecidos al de Soledad. *Cherchez la femme,* dice un viejo proverbio francés cargado de razón y sabiduría, proverbio que él había ignorado olímpicamente. Aunque la guerra era cosa de hombres, las mujeres tenían la última palabra.

–¿Y qué más dice? – preguntó Laura.

–Entre otras cosas emocionantes y desgarradoras, nos pide perdón a Maite de Clermont y a mí. Y que le deje leer su carta.

–¿Están al corriente del caso? – preguntó Mauricio.

–No creo. La noticia no ha salido en la prensa. Yo les puse cuatro letras para disculparme por la trastada que Javier le había gastado a Maite. Pero eso fue mucho antes del fusilamiento de Soledad.

–Pues tendrías que hacérsela llegar sin falta -opinó Mauricio-. Es la última voluntad de la difunta, de tu amiga. ¿Dónde paran ahora los

Clermont?

–En París -contestó Cecilia-. Con todo este jaleo de Munich, Hubert tuvo que volver precipitadamente a ponerse al frente su antiguo despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero ahora parece que el peligro ha sido conjurado. Por lo menos, de momento.

–Pues lo siento, Cecilia, vas a tener que hacer de cartera y viajar a París para entregarle personalmente esta carta a Maite. No puedes enviarla por correo, con el consiguiente riesgo de que se extravíe, o de que la lean los censores militares. Tienes que hablar con Maite. Y con sus padres. Nuestros amigos se merecen una explicación. Si tienes problemas en la frontera, ponte en contacto conmigo.

Cecilia suspiró.

–Sí, creo que no tendré otro remedio que hacerlo. Es lo mismo que me ha aconsejado tío Sinibaldo. Pero me va a costar lo mío, no te creas. ¿Con qué cara la voy a mirar? ¿Y a sus padres?

–Lo siento, Cecilia, pero te toca coger el toro por los cuernos. Anímate pensando que los Clermont estarán encantados de verte y te lo agradecerán de todo corazón.

–Eso me gustaría creer.

Aquella misma tarde, Cecilia puso un escueto telegrama a París anunciándoles su llegada para dentro de pocos días.

Si en el asalto final a la disputada cota de los Geroneses de la sierra de Cavalls, el fuego y la metralla no acabaron con la vida de Javier se debió a un providencial designio divino, no a que él no se lo hubiera propuesto deliberadamente. Los requetés de su compañía lo vieron saltar resueltamente del parapeto, pistola en mano, y avanzar indiferente bajo un verdadero diluvio de balas.

Más tarde, el teniente Turner (que había fracasado en sus desesperados intentos de tumbarlo cuerpo a tierra) diría que le recordaba a aquellos dibujos de las revistas infantiles con la indicación de *recórtese por la línea de puntos.*

Esto se lo comentó más tarde al páter Elizalde, tendido en una camilla, camino del puesto de curas. Le había alcanzado una ráfaga de ametralladora en el vientre. Murió aquella misma noche. El páter pasó por alto su condición de protestante, le trazó la señal de la cruz sobre la frente y le cerró los ojos con un gesto de infinita compasión.

Otra víctima, inocente en este caso, del furioso asalto a la cota de los Geroneses fue Rafaelito Gratacós. Murió despedazado por el fulminante estallido de un proyectil del ocho con ocho antiaéreo que entró con mortal precisión por la tronera de la casamata que defendía y acabó con su vida, con las de sus dos jóvenes amigos de la *quinta del biberón* y con todos los sirvientes de la ametralladora, cuyos despojos sanguinolentos tapizaron macabramente las paredes de cemento del refugio. Sus restos nunca pudieron ser reunidos ni identificados, y la única noticia que recibieron sus padres fue un escueto *desaparecido en combate,* cuyo siniestro significado no engañaba a nadie.

Instalada frente a una mesita del coche-restaurante del rápido Hendaya-París, Cecilia repartía su atención entre la carta de Soledad (que releía por enésima vez) y los húmedos y oscuros pinares de Las Landas, que desfilaban velozmente al otro lado de las ventanillas del exprés. Aquellas entrecortadas líneas, escritas con mano temblorosa, le habían permitido bucear en las profundidades del alma de su hijo a través de los ojos de una mujer extraña que lo había amado apasionadamente. Soledad le había revelado facetas desconocidas de su carácter y secretos que Javier nunca le había contado. A través de ella se había enterado del fusilamiento de Begoña, un dramático episodio que Javier jamás le había comentado.

Saltaba a la vista que su desgraciada infancia había sido la causa de que se situara en el *lado malo de las barricadas.* ¿Se lo podía reprochar sinceramente? ¿Cómo habría reaccionado ella en su lugar? De haber sabido su condición de espía roja, ¿la habría denunciado? *Me temo que tu madre habría hecho lo mismo que Laura, que se limitó a cumplir con su deber.* Cecilia se lo preguntaba a sí misma. ¿Se habría atrevido ella a denunciar a Soledad, a sabiendas de que ello llevara aparejada su ejecución fulminante? Y la de su nieto. He aquí un buen dilema que no se atrevía a afrontar. El cariño y el amor que le había demostrado habían acabado de desarmarla: *¡Lo que hubiera dado yo por tener una madre como la tuya! La considero una buena amiga que siempre me ha defendido (ahora no sé si lo haría). Le debo una disculpa. No sé cómo se lo tomará, pero, en cualquier caso, le pides perdón en mi nombre y le dices que me voy de este mundo con su bello recuerdo.* Cecilia se preguntaba, perpleja, si la había perdonado. Su referencia a Gonzalo,

su marido: *Me gustaría tenerlos a los dos a mi lado cuando me fusilen a mí,* había hecho que se le saltaran las lágrimas. ¡Qué valiente había sido aunque ella dijera lo contrario! ¡Y callarse su maternidad para no retrasar su ejecución! ¡La suya y la de su propio nieto! ¡Qué horror más espantoso! El conmovedor reproche que le formulaba en la posdata final: *¿Se acordó esta vez tu madre de felicitarte por tu cumpleaños?,* le había provocado otra catarata de lágrimas.

La carta de Soledad contenía muchos y tremendos interrogantes que no se atrevía a despejar, pero, por encima de todo, se deducía, que, equivocada o no, Soledad había querido desesperadamente a Javier, le había salvado la vida con riesgo de la suya, y eso la redimía a sus ojos. O, por lo menos, eso era lo que deseaba creer, porque estaba sumida en un océano de perplejidades y no sabía qué pensar. Y, sin embargo, a través de aquellas líneas desgarradoras se abría una ventana a la esperanza: *Vuelve con Maite, Javier. No es bueno sufrir solo. Estoy segura de que no te ha olvidado y todavía te quiere. Cásate con ella y ten los hijos que no has podido tener conmigo.* ¿Sería verdad? Lo deseaba ardientemente.

A las seis en punto, el rápido de Hendaya se deslizó a marcha lenta entre la maraña de vías relucientes de lluvia de la parisina estación de la Gare d'Orleans y se detuvo bajo su alta estructura de acero y cristal.

El mozo de Wagons-Lits se hizo cargo de la maleta de Cecilia y la ayudó a apearse del vagón. Caían las primeras sombras del crepúsculo otoñal. Habituada a las penurias y las tinieblas de un país en guerra, el resplandor de los focos, la multitud que se agitaba en los andenes, los resoplidos de las locomotoras y el ajetreo de la gran estación, la aturdieron momentáneamente.

Hubert y Solange la esperaban al final del andén. Cecilia se precipitó a su encuentro, con los brazos abiertos. Ambos la abrazaron cariñosamente, sin sombra de resentimiento, aunque a Cecilia le pareció que en los ojos de Solange flotaba un velado reproche.

–¡Hubert!

–¡Cecilia, qué alegría más grande volver a verte!

–¡Y yo a vosotros!

–¿Y se puede saber por qué has tardado tanto en dar señales de vida, Cecilia? – preguntó el diplomático, que había llamado a un mozo

para que se hiciera cargo de la maleta de Cecilia-. Desde las pasadas Navidades que no sabíamos de ti.

–Porque la vergüenza se me comía viva. No sabes lo que me costó escribiros. Todavía me duran los remordimientos por la trastada que Javier gastó a vuestra hija. Mi hijo no tiene excusa ni perdón.

–Cecilia, son cosas que pasan a diario. ¿Por qué te crees, si no, que me negué a tomar en serio su petición de mano? No seas tan severa con él, Cecilia, te lo ruego. Eso nos ha ocurrido a todos alguna vez en la vida.

–Eres muy amable, Hubert y te lo agradezco mucho. ¿Y Marie-Thérèse? – preguntó Cecilia, buscándola con los ojos-. No la veo.

–Nos ha pedido que la excuses por no venir a recibirte. La verás a la hora de la cena. Se ha matriculado en un curso de filología románica en la Sorbona y está muy ocupada en la biblioteca de la universidad preparando los exámenes de ingreso. Ella también está deseando verte; se muere de ganas. El texto del telegrama la tiene en vilo. Como a nosotros, por supuesto. Nos has dejado intrigadísimos.

Se abrieron paso entre el gentío que bullía en el gran vestíbulo de mármol y bronce. Los vendedores de periódicos asaltaban a los viajeros y voceaban excitados la gran noticia de la jornada:

–¡Extra! ¡Extra! ¡Solución en Munich!

–¡Francia y Alemania llegan a un acuerdo de paz!

–¡Daladier, Chamberlain y Hitler firman un pacto de no agresión!

–¡Checoslovaquia a cambio de la paz en Europa!

–¡Se suspende la movilización de los reservistas!

Los soldados, de vuelta de sus casamatas de la Línea Maginot, con el casco de acero sujeto al cinto y el macuto al costado, se propinaban fuertes palmadas a la espalda y se despedían entre gritos y chirigotas.

–¡Hasta la próxima!

–¡A casa!

–¡Y que siga la suerte!

–¡Por lo menos, hasta Navidad!

-Salut les copains!

Afuera, lloviznaba mansamente. Las luces de las farolas se reflejaban en el asfalto húmedo. Los viajeros se peleaban por los escasos taxis que guardaban turno bajo la marquesina de la estación.

Un coche con matrícula del cuerpo diplomático esperaba en la acera. Un chófer uniformado de gris se hizo cargo de la maleta de Cecilia, la guardó en el maletero y partió de inmediato cuando ésta y los Clermont se hubieron acomodado en el amplio asiento trasero.

–¿Y bien?, mi querida Cecilia -dijo Hubert, sonriente, en cuanto hubo corrido el vidrio de separación-, se supone que serás nuestra invitada. Mejor dicho: lo doy por sentado.

–Pensaba alojarme en el hotel Jorge V -contestó ella.

–¿Es un chiste malo, verdad?

–Sí -reconoció Cecilia, contenta de estar de nuevo con sus amigos y por el cariñoso recibimiento que le habían dispensado-. Os lo agradezco mucho. Me habría muerto de tristeza en la habitación de un hotel.

–Bueno, Cecilia, cuéntanos -pidió Hubert mientras el coche tomaba la dirección de los muelles del Sena-. ¿Qué te trae por aquí? ¿Podemos preguntarte a qué se debe el honor de tu visita?

–En primer lugar, saludaros. Y en segundo, transmitir un mensaje a Maite y entregarle una carta en mano.

–¿Una carta de quién? – inquirió Solange, intrigada.

Cecilia se armó de valor. Cuanto antes soltara la bomba, mejor.

–Una carta que Soledad escribió a Javier, con el ruego expreso de que se la dejara leer a Maite.

Sus amigos pegaron un respingo.

–¿Quieres decir de su enfermera, de Soledad, la…?

–Sí, de su amante, para no andarme por las ramas.

–¿Y por qué le escribió una carta? – preguntó Solange, que no podía contener su curiosidad-. ¿Por qué no se lo decía de viva voz? No lo entiendo.

–Porque no tuvo ocasión de verlo. Se la escribió horas antes de morir.

–¿Qué dices? – preguntaron los Clermont, muy sorprendidos-. No sabíamos nada.

–No teníais por qué saberlo. La noticia no salió en la prensa. Ni Javier ni yo tampoco os lo habíamos comentado.

–Lo siento -dijo Hubert por pura fórmula-. ¿Y de qué murió?

Cecilia soltó la bomba:

–La fusilaron los nacionales.

–¿Qué dices? – soltaron al unísono Hubert y Solange-. ¿La fusilaron los nacionales? ¿Hemos oído bien?

–Sí, muy bien. Resulta que Soledad resultó ser una espía roja y la fusilaron hará un par de meses o así.

***-Mon Dieu!-*exclamó Hubert, atónito-. ¡No lo dirás en serio!**

–Absolutamente en serio.

–¿La duquesa de Simancas, una espía roja? ¡No me lo puedo creer!

–Yo tampoco cuando me lo dijo mi hermano Ignacio, que la asistió en sus últimos momentos. Pero te lo puedes creer, Hubert, es la pura verdad, desgraciadamente, una verdadera tragedia.

–¿Nos podrías dar más detalles?

–Por supuesto -contestó Cecilia, que, con pocas y entrecortadas palabras, los puso al corriente de lo ocurrido.

Solange y Hubert la escucharon, consternados.

El coche había dejado atrás la torre Eiffel, cruzado a la rive Droite por el puente de Jena y ahora enfilaba el quai Louis Blériot, en donde vivían los Clermont.

–Ahora comprenderéis la vergüenza y el sofoco que he tenido que vencer para venir a importunaros con esta embajada -concluyó Cecilia-. Soledad rogó a mi hermano Ignacio que no me olvidara de pedir perdón a Maite en su nombre. Y que le entregara la carta de la que os he hablado y que llevo en el bolso.

–¿Tú la has leído? – preguntó Solange.

–Por supuesto, por expreso deseo de la difunta. Maite y yo somos sus únicas destinatarias.

Solange disimuló un gesto de contrariedad.

–¿Javier está al corriente de tu viaje? – inquirió Hubert.

–No, Javier no sabe que he venido a veros. No he podido ponerme en contacto con él. Después de haber plantado a Maite, mi hijo no se atreve a dirigiros la palabra. Está muy avergonzado, avergonzadísimo. Y arrepentido, como no os podéis imaginar. Él mismo me lo confesó cuando vino a verme a Pamplona antes de las pasadas Navidades.

Quince minutos más tarde, Maite se arrojaba en brazos de Cecilia.

–¡Tía Cecilia!

–¡Maite! ¡Cariño, cuántas ganas tenía de verte!

–¡Y yo a ti! ¿Cómo está Javier?

–Supongo que vivo, bueno, es lo que quisiera creer. De momento no me han comunicado ninguna novedad.

Hubert y Solange las dejaron discretamente a solas en una salita forrada de seda, desde cuyas ventanas se divisaban las luces del Sena, tendidas a sus pies como una resplandeciente guirnalda de brillantes fulgurando en la noche.

–Ven, Maite, sentémonos aquí, que tengo que contarte una historia. Una historia muy triste -dijo Cecilia-. Una historia que ya he contado a tus padres, muy por encima, pero que a ti te voy a contar con detalle.

Ambas se sentaron en un sofá, muy juntas.

–Tía Cecilia, no me asustes -dijo Maite con la preocupación reflejada en sus ojos. Había madurado en aquellos dos años, y su mirada era la de una mujer que ha conocido las amarguras y las tristezas del desamor.

–Antes que nada, Maite, quiero decirte que te encuentro muy bien, muy guapa.

–Gracias, tía Cecilia, te devuelvo el cumplido. ¡Cuando me acuerdo cómo estabas en «Bell Prat»!

–¡No me hables! ¡Si parece que ha pasado una eternidad!

–Tía Cecilia, ¿qué tienes que decirme? – se impacientó Maite, revolviéndose inquieta en el sofá-. Tu telegrama me ha dejado muy preocupada.

–Maite, no sé cómo empezar, pero lo voy a intentar. Verás… no hace falta que te cuente lo mal que Javier se portó contigo.

–Sí -dijo Maite con un hilo de voz.

–Y… y… y se enamoró de su enfermera, como supongo te habrá contado.

–Sí, me escribió una carta pidiéndome perdón y diciendo que lo sentía mucho. Y también leí la carta que tú escribiste a mis padres contando los detalles.

–Pues bien… resulta que Soledad, su enfermera, la duquesa de Simancas… resulta que Soledad era una espía roja.

Maite enarcó las cejas en un gesto de profunda sorpresa.

–¡No puede ser!

–Eso mismo es lo que pensamos todos cuando nos enteramos. Tus propios padres tampoco salían de su asombro cuando se lo he contado

viniendo de la estación.

–¿Javier lo sabía?

–Javier no sabía nada. Si lo hubiera sabido, nunca se habría enamorado de ella. O habría cortado inmediatamente sus relaciones. O la habría denunciado a la policía.

–¿Y qué le han hecho a Soledad?

–¿Estás preparada, Maite?

–Tía Cecilia, me asustas.

–¿Estás preparada?

–Sí.

–La han fusilado.

Maite abrió desmesuradamente los ojos y se llevó la mano a la boca con un gesto de espanto.

-Quel horreur!

Y durante un buen rato miró a Cecilia, incapaz de pronunciar una sola palabra más.

–¡Fusilada! – repitió, estupefacta.

–Sí, fusilada -reiteró Cecilia-. A mí no me sorprende lo más mínimo que te horrorices. Una piensa que estas historias sólo ocurren en las películas de espías de la Gran Guerra, no en la realidad.

Maite reaccionó tras el susto.

–¿Y Javier? ¿Qué le han hecho a Javier? – preguntó cogiendo una mano de Cecilia entre las suyas-. ¿Está bien? ¿Lo han detenido? ¿Está en la cárcel?

–Nada, tranquilízate, mujer. A Javier no le han hecho nada. Tampoco está en la cárcel, ni detenido. Javier está en el frente del Ebro, preparándose para la próxima ofensiva. El tribunal que juzgó a Soledad ni siquiera lo llamó a declarar. Su inocencia está por encima de toda sospecha. Nadie dudó un momento de su integridad.

Maite exhaló un suspiro de alivio y se reclinó contra el respaldo del sofá.

–¡Gracias a Dios, tía Cecilia! ¡Por un momento me habías asustado!

Cecilia sacó un sobre de bolso y explicó a Maite:

–Horas antes de enfrentarse al pelotón de ejecución, Soledad escribió esta carta de despedida a Javier, con el ruego expreso de que luego nos la dejara leer a las dos, a ti y a mí, para que tengamos

suficientes elementos de juicio. – Hizo una pausa y añadió-: Naturalmente, tú puedes hacer lo que quieras y negarte a leerla, porque comprendo perfectamente que estés dolida por todo lo ocurrido y no te haga la menor gracia tener que leer una carta de tu rival. Estás en tu perfecto derecho a negarte, y no seré yo quien te lo reproche. Pero si te decides a leerla, verás que Javier, aparte de las dos líneas que nos pone en el encabezamiento, rogándonos que no seamos demasiado severas con Soledad, no se excusa ni hace ningún comentario. Se pone en nuestras manos. Él se ha limitado a cumplir la última voluntad de Soledad.

–¡Pobre Javier! – suspiró Maite, conmovida a pesar suyo-. La quería mucho, ¿verdad?

–Sí, para qué te voy a engañar.

–Estará desesperado, yo sé lo que son estas cosas.

–¡No me lo recuerdes, si no quieres que me avergüence más de lo que estoy!

–¡Por favor, tía Cecilia, no digas eso, que yo os quiero mucho a los dos!

–Javier no se merece que lo quieras, después de la trastada que te ha gastado.

–Sí, pero me da mucha pena.

Cecilia le tendió la carta.

–Léela y saldrás de dudas.

–No sé si me atreveré -musitó Maite cogiendo el sobre con la punta de los dedos-. Me da miedo.

–Te aconsejo que lo hagas -insistió Cecilia-. Te llevarás más de una sorpresa, como me ha ocurrido a mí. Soledad podía estar equivocada, pero no se puede negar que tenía buenos sentimientos. Al final, ya verás que suplica a Javier que vuelva contigo y que te cases con él.

–¿De veras? ¿Que Javier vuelva conmigo? – inquirió Maite, incrédula-. ¿Y que me case con él? ¿Y eso lo dice Soledad?

–Sí, mujer, sí, lo dice Soledad en su carta, con todas las letras. Léela y te enterarás. Y otras cosas que prefiero que las leas tú personalmente porque son demasiado íntimas para decirlas de viva voz.

–¿Puedo abrirla ahora, tía Cecilia?

–Por supuesto, mujer, para eso te la he traído. Y para que la puedas leer con más calma, voy a dejarte sola unos momentos.

Maite le cogió la mano.

–No, por favor, quédate conmigo, tía Cecilia. Tengo miedo de quedarme sola.

–Como quieras. Y si hay alguna palabra que no entiendes, me lo dices y te la traduciré inmediatamente.

Maite abrió el manoseado sobre, sacó las cuatro cuartillas escritas por los dos lados y empezó a leer moviendo ligeramente los labios.

Cecilia la miraba, conmovida.

En el silencio de la salita resonaba tenuemente el tintineo de la vajilla y la cristalería procedente del cercano comedor, y los sofocados suspiros de Maite a medida que progresaba en la lectura de la carta de Soledad.

Cuando terminó, se arrojó en los brazos de Cecilia y sepultó su cabeza en su cuello.

–¡Es tan atroz todo lo que cuenta! ¡Sobre todo que la fusilaran con el niño dentro! Me siento como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Pero ¿sabes una cosa, tía Cecilia?

–Di…

–Soledad tenía razón -dijo Maite con voz llorosa.

–¿…?

–Todavía lo quiero.

Cecilia la mantuvo abrazada a la espera de que se sosegara. Cuando dejó de hipar, la apartó por los hombros y la miró a los ojos.

–¿Pues sabes otra cosa?

–No.

–Javier también te quiere a ti.

–¿Tú lo crees? – preguntó Maite, dudosa.

–¡Seguro que sí! Él mismo me lo dijo en Pamplona cuando me confesó su aventura con Soledad: *¡Claro que quiero a Maite!* Ésas fueron sus palabras textuales.

–Pero querría más a Soledad.

–Porque la tenía más cerca y ella lo provocó deliberadamente. Pero, como tú misma has podido leer en su carta, tienes que reconocer que Javier hizo todo lo humanamente imposible por vencer la tentación y

serte fiel. La propia Soledad lo reconoce sin paliativos cuando dice de Javier: *Tú te defendías como un gato panza arriba. A veces pienso que si no hubieras sido tan odiosamente caballeresco y hubieras tratado de aprovecharte de mí, las cosas habrían rodado de muy diferente manera.* ¿Ves como te quería y se esforzó cuanto pudo? No toda la culpa es de Javier, no, la culpa es de Soledad.

–¿Era más guapa que yo?

Cecilia le dirigió una mirada apreciativa.

–Soledad era muy guapa, no te lo voy a negar. Cuando estuve en su chalet de San Sebastián tuve ocasión de verla desnuda. Los grifos de su cuarto de baño se habían estropeado y vino a bañarse al mío, y como se le había metido jabón en los ojos, tuve que alcanzarle el albornoz. Entonces comprendí perfectamente que le hubiera sorbido el seso al simple de mi hijo. Pero no temas -añadió al reparar en el mohín de disgusto de Maite-. Cariño, tú no tienes nada que envidiarle a Soledad. A ti también te he visto retozar en el estanque de La Fontana con aquel atrevido maillot blanco que tanto me escandalizaba. ¡Si eres una verdadera sirena! Soledad era muy guapa, sí, pero tú tienes una belleza fresca, espontánea, juvenil. Y le llevas dieciséis años de ventaja.

–¿No lo dirás para consolarme, tía Cecilia?

–No, rotundamente no. Y si no, ¿por qué crees que Javier se fijó en ti? Javier tiene muy buen gusto. Y ahora dime la verdad, de mujer a mujer: ¿no te ha hecho feliz mi hijo? Y ya sabes a qué me refiero.

Maite se sofocó y bajó la vista.

–¡Oh, tía Cecilia!

Cecilia la sujetó firmemente por la barbilla y la obligó a levantar la cara.

–Dime la verdad.

–Sí -musitó Maite en un susurro apenas audible.

–Me alegro.

–¿De veras?

–Sí. Pues ya sabes lo que tienes que hacer ahora: seducirlo de nuevo.

Maite la miro, escandalizada.

–¡Pero, tía Cecilia…!

–Sí, Maite, sí. No me pongas esa cara. Sé perfectamente lo que estás pensando: que una mojigata como yo, que se escandaliza por un traje de baño con unos centímetros menos de tela, ahora te anima a meterte en la cama con su hijo sin haber pasado por la vicaría. Lo que las mujeres hemos hecho desde el principio de los tiempos. Se trata de un caso de fuerza mayor en el que el fin justifica los medios. En esta batalla para recuperar a Javier vale todo. Y seguro que Dios lo entenderá y no nos lo tendrá en cuenta el Día del Juicio Final. – Cecilia la envolvió en una mirada amorosa-. Maite, no te voy a dejar a escapar así como así. Eres demasiado buena, demasiado guapa, demasiado generosa, y yo te quiero demasiado. Y nada me haría más feliz que te casaras con Javier y formarais una familia. Soledad misma se lo pide: que tengas con él los hijos que no ha podido tener con ella, Blanquita y Gonzalito; más explícita no puede ser. No la defraudes, es la última voluntad de la difunta. – Cecilia hizo una pausa, clavó sus ojos en los de la joven y dijo con vehemencia-: ¡Necesito vuestros hijos, Maite! ¡Los necesito como el mismo aire que respiro! Después de haber perdido a mi marido, a Blanca y a Gonzalito, me he sentido muy sola. Desesperadamente sola. Me he pasado noches enteras llorando de tristeza. He dejado cientos de almohadas empapadas de lágrimas. Tengo necesidad urgente de compañía, de cariño, de sentirme arropada por vuestro calor, por el tuyo, por el de mis nietos, de oír sus risas, de cambiarles los pañales, de darles la papilla. Te prometo que no seré la típica suegra chinchosa que se interpone entre su nuera y su hijo y le dice a cada paso lo que tiene que hacer. Considérame como una niñera muy especial. – Cecilia juntó ambas manos en un gesto de súplica-. ¡Maite, te lo pido por Dios, recupera a Javier, cásate con él y hazme la abuela más feliz del mundo! Y, de paso, a tus padres, que lo estarán deseando tanto como yo misma. Él nunca tomará la iniciativa porque no se cree digno de dirigirte la palabra ni de mirarte a la cara. De modo que ya sabes lo que te toca.

–¿Cómo?

–Muy fácil. Lo primero que vas a hacer será escribirle una carta y decirle que lo perdonas y que lo quieres.

Maite se apartó, muy sofocada.

–¡Oh, qué vergüenza! Yo no puedo hacer eso, tía Cecilia. Aunque lo quiera mucho. Es lo mismo que declararse a un chico.

–Es mi hijo.

Maite la miró, dubitativa.

–¿Y si me da calabazas?

–Ya te garantizo yo que Javier no te dará calabazas. ¡Si el pobre estará deseando que alguien le escriba, que le cuente sus cosas y que lo consuele! ¿Y quién mejor que tú?

–De acuerdo, lo intentaré. Pero no me gustaría que los de la censura postal se enteraran.

–Descuida. Tú le escribes la carta, me la das, vuelvo con ella a España y yo misma me ocuparé personalmente de hacerla llegar a sus manos, intacta, sin abrir. Y cuanto antes, mejor. En las presentes circunstancias, mi hijo es capaz de cualquier locura. Y sé muy bien lo que me digo.

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 17:
1936-1939

–Su turno, capitán Muñoz -dijo Javier con voz neutra y semblante inexpresivo, empujando el pavonado colt Smith y Wesson calibre 38 por encima de la bayeta verde de la mesa.

Los ojos de todos los presentes, como accionados por un poderoso resorte invisible, giraron en sus órbitas y convergieron hacia el capitán Muñoz, mirándolo con la morbosa fascinación con la que los testigos de una ejecución contemplan a un condenado a muerte al que le quedan escasos segundos de vida. Con la curiosa particularidad de que el verdugo sería la propia víctima: el percutor del revólver había golpeado cinco veces en el vacío con un inofensivo clic. Pero la siguiente golpearía el fulminante del cartucho de la bala que pondría fin a su vida.

Ésta y su reputación estaban en sus propias manos.

Un tenso silencio reinaba en el salón invadido por la neblina azulada del humo del tabaco.

El comandante Padilla, el improvisado árbitro de aquel duelo a muerte, carraspeó ligeramente para aclararse la garganta antes de hablar:

–Capitán Muñoz, es mi deber advertirle que si empuña ese revólver, aprieta el gatillo y se dispara a la sien, no tiene ninguna probabilidad de salir con vida de este juego. Yo mismo lo he cargado con un cartucho auténtico. Puede usted estar completamente seguro. Le ruego, por tanto, que abandone la partida. El juego ya ha llegado demasiado lejos. A partir de ahora puede convertirse en una ejecución estúpida, en un vulgar suicidio sin sentido ni provecho para nadie, con el que no me gustaría cargar sobre mi conciencia. Le doy mi palabra de honor de que no lo consideraré menos valiente que el capitán De Montcada. En mi nombre, y en el de todas las damas y los caballeros aquí presentes, vuelvo a rogarle que abandone la partida. Todos se lo agradeceremos muy sinceramente, y yo tendré mucho gusto en invitarlo a una copa. Todos los presentes son testigos de que se lo he advertido… por su propio bien.

Acabar una jornada de permiso en Zaragoza disputando una partida de ruleta rusa con un desconocido capitán de la Legión en el prostíbulo más elegante de la antigua César Augusta romana era lo último que podría haberse imaginado Javier aquella brumosa mañana de noviembre cuando se despertó en una confortable habitación del Gran Hotel, entre sábanas almidonadas, oliendo a jabón de baño, enfundado en un pijama recién estrenado (del que se había olvidado quitar la etiqueta del precio). Sus planes eran muy simples. Se reducían a tomarse unas copas en un velador de un café del paseo de la Independencia, almorzar en el restaurante Salduba, descabezar una siesta reparadora y acabar el día viendo una película del Oeste repantigado en una butaca del cine Capitol. A esto, y a nada más que a esto, se reducían sus planes para gozar de aquella bendita jornada de descanso.

Con lo que no contaba el capitán De Montcada era con el ligero pero sorprendente parecido que Elisa (la asustada chica que ahora se sentaba a su lado retorciéndose nerviosamente las manos) guardaba con Soledad. Elisa era el precio de la apuesta. Javier también tenía que admitir que su humor se había agriado últimamente y que ahora saltaba a la más mínima provocación. Que el capitán Muñoz la hubiera llamado *puta roja* había acabado de sacarlo de quicio.

Todo había ocurrido paseando al albur, a la salida del cine, en compañía del alférez Bofill, perdido entre la vocinglera multitud que abarrotaba el Coso y el paseo de la Independencia. La había visto caminar, de espaldas y, sin que se diera cuenta, la había seguido, fascinado, hasta un hotelito de mansardas de pizarra y aire afrancesado situado en la orilla derecha del Ebro. ¡Aquella oscura mata de pelo y aquella airosa forma de taconear y de llevar la cabeza erguida sobre los hombros no podían ser más que de Soledad! ¡Seguro que el coronel Sagardía lo había llevado al huerto y que la carta que le había dado a leer era una hábil falsificación!

Pero sufrió una profunda desilusión cuando la chica se volvió y lo miró, un tanto sorprendida. El parecido era notable, pero de ahí no pasaba. ¿Serían hermanas? Soledad nunca le había dicho que tuviera hermanas. Ni hermanos. Claro que también le había mentido en cosas mucho más importantes. También era morena como Soledad, pero sus

ojos no eran azul miosotis, sino más bien azules tirando a verdes. A pesar de la decepción, no pudo evitar que el corazón le latiera con fuerza y la respiración se le acelerara.

–Usted perdone, señorita -se había disculpado llevándose la mano derecha al vuelo de la boina-. Me he confundido de persona. No era mi intención molestarla, lo siento mucho.

–¿Tanto me parezco? – preguntó la joven, evidentemente halagada por la adoración y la pena que reflejaban los ojos del joven capitán de requetés.

–Sí -admitió Javier francamente-. Podría ser su hermana gemela, ya que usted me lo pregunta.

–¿De veras, capitán? ¿Y por qué no entra y lo comentamos con más calma? Tendré mucho gusto en invitarlo a una copa. Lo mismo que al alférez.

–Si no le importa a usted, el gusto de invitarla será mío -dijo el alférez Bofill al instante.

Javier no tenía ganas de tomarse ninguna copa ni de comentar el parecido de Soledad con aquella atractiva joven ni con nadie. Dos intentos de *ahogar las penas en alcohol,* como le habían sugerido algunos compañeros de armas, sólo le habían proporcionado un formidable dolor de cabeza, una resaca espantosa y recordar, con mayor lucidez si cabe, su romance con Soledad y su terrible final.

Pero el alférez Cosme Bofill Bofarull, recién salido de la academia de Ávila, alto, delgado y desgalichado como un espantapájaros y dotado de una voracidad fuera de lo común, y que había ocupado el puesto dejado libre por Peter Turner, había opinado lo contrario.

–Se distraerá, mi capitán, ya lo verá usted.

De modo que habían franqueado la verja del hotelito, oficialmente, un internado de señoritas, burdo eufemismo que no engañaba (ni pretendía engañar) a nadie. El obispado de Zaragoza había presionado repetidamente al comandante militar de la plaza para clausurarlo, pues no se podía consentir que en una ciudad que hasta hacía poquísimo tiempo había estado expuesta al fuego de la artillería roja (y cuya patrona, la Virgen del Pilar, tenía rango de capitán general) se permitieran semejantes y escandalosas expansiones pecaminosas, tan contrarias al espíritu religioso que animaba la cruzada. Pero el alto

mando militar había presionado en sentido contrario, alegando el malestar que esta medida causaría entre su oficialidad, que iba a la ciudad del Ebro a descargarse de las tensiones bélicas. En la cama y a tiros. El prostíbulo de la Turca gozaba de amplia y merecida fama en la retaguardia del frente de Aragón, no sólo por la belleza de sus pupilas, sino también por sus ruidosas trifulcas, con frecuencia resueltas a tiro limpio, como lo atestiguaban los abundantes desconchados en el techo y las paredes. Una buena pelea, a tiros preferentemente, constituía el mejor remate de un buen permiso y un excelente motivo de conversación para entretener las interminables guardias en los parapetos.

Varias jóvenes (y no tan jóvenes), vestidas con conjuntos vaporosos y transparentes, que dejaban escaso margen a la imaginación, sentadas en sofás, en torno a mesitas, o encaramadas acrobáticamente a los taburetes del bar para mejor lucir las piernas, dirigieron miradas de falsa voracidad a los recién llegados.

Un capitán de Caballería que estaba aporreando un piano en compañía de dos chicas sentadas a su lado en la banqueta, dejó en suspenso su particular interpretación de *La cucaracha* y llamó a Javier a gritos desde el otro extremo del salón:

–¡Eh, tú, viejo bastardo, a ver si saludas a los amigos!

Javier se volvió.

El capitán Von Hartmann iba hacia él con los ojos brillantes, una expresión eufórica en su cara cosida a cicatrices y un vaso de whisky en la mano.

–¡Menuda sorpresa, chico! – chirrió con su español nasal-. ¡Pensaba que habías estirado la pata!

–Lo siento, pero de momento…

–Era una broma, cabronazo. Celebro comprobar que estaba equivocado y que has alcanzado mi honorable rango. ¿A quién has tenido que untar?

–Si te lo dijera, no te lo creerías.

–¿Cuánto?

–Se dice el pecado, pero no el pecador.

–En cualquier caso, hay que celebrarlo. ¿Qué queréis tomar? En mi invitación está incluido el alférez…

–Bofill, mi capitán, alférez Bofill.

–Y también la señorita…

–Elisa -se presentó la interpelada.

–¿Qué queréis tomar?

Javier señaló con el dedo su vaso lleno de un turbio licor amarillento.

–Lo mismo que tú.

–No te lo aconsejo, viejo: es whisky español, un condenado *ersatz* que daría mala fama al peor contrabandista de Chicago.

–¿Y tú por qué lo tomas?

–Porque los de Caballería estamos hechos de una pasta especial que nos permite trasegar cualquier tipo de brebaje. Pero tratándose de un paladar tan refinado y aristocrático como el tuyo, te sugiero que pruebes el *sacacorchos, la especialité de la maison.*

–¿Te parece bien, Elisa? – había preguntado Javier a la joven.

–Sí, capitán, muy bien.

Puestos los tres de acuerdo, se habían sentado a la barra del bar y, mientras aguardaban a que el experto barman Nicanor Bermejo les preparara la especialidad de la casa, Javier dirigió una curiosa mirada al salón, que venía a ser un patio interior rodeado por una galería a la que se accedía por una escalera semicircular. Los muebles consistían en multitud de sofás, mesitas, un piano, cortinas de seda y lámparas con pantallas de colores chillones.

Von Hartmann captó su mirada de sorpresa y le dio con el codo.

–Apuesto que no estabas acostumbrado a tanto lujo.

–No, la verdad, me ha deslumbrado -reconoció Javier, parpadeando-. Verdadero lujo asiático.

–¿Y qué tienes que decir de las chicas? ¿A que son guapas todas? Empezando por tu invitada. – Von Hartmann guiñó el ojo a la joven morena-. Mucho cuidado con él, Elisa, a pesar de su aire de inofensivo pardillo, es un verdadero pájaro de cuenta.

Al poco vino la Turca a darles la bienvenida y cobrarles (discretamente) las cincuenta pesetas reglamentarias que valían las atenciones de sus pupilas. Se trataba de una mujer de cierta edad, morena, guapa todavía y no carente por completo de distinción, como se suponía tenía que poseer la directora de un pensionado de señoritas

distinguidas que, por ese mismo motivo, no estaban autorizadas a insinuarse descaradamente a sus clientes, sino que debían esperar modosamente a que éstos las invitaran. Era un internado de categoría, no un lupanar de tres al cuarto. El precio de sus favores equivalía aproximadamente a la mitad de la paga de un alférez en campaña, algo elevado, sin duda, pero que éstos estaban dispuestos a pagar gustosamente. En plena guerra no tenía ningún sentido hacer economías a costa de una paga simbólica y de cobro problemático. La filosofía del combatiente era muy simple: si un día una bala se te cruzaba en el camino, que te quitaran lo bailado.

–Sólo hay un inconveniente, capitán -dijo a Javier haciendo desaparecer prestamente los billetes en las profundidades de su escote en forma de hucha.

–¿Sí?

–Sí, que la señorita espera la visita del capitán Muñoz, de la Legión.

–¿Dónde está? – preguntó Javier.

–Todavía no ha venido.

–¿Entonces…?

–Ha dicho que se presentaría a las nueve.

–Pues ya pasa media hora -contestó Javier después de echar un rápido vistazo a su reloj.

–¿No le gustaría charlar con otra señorita, capitán? Todas son muy guapas, cultas y cariñosas, como usted mismo podrá comprobar si se digna invitarlas.

–No, yo quiero charlar con la señorita Elisa, y si ella no tiene inconveniente, me gustaría invitarla a cenar al restaurante Salduba.

La Turca fingió escandalizarse:

–¡Eso es imposible, capitán, mis señoritas son muy serias y no pueden aceptar invitaciones para salir a cenar con caballeros desconocidos!

–Pues entonces me gustaría invitarla a tomar una copa. Aparte de la que nos ha invitado el capitán Von Hartmann, claro está.

–¿Y nada más? – preguntó la madame, entornando con malicia los ojos discretamente pintados.

–Nada más.

–¿Ni siquiera un cambio de impresiones en la intimidad, capitán? Le recuerdo que su entrada le da derecho.

–No -dijo Javier con firmeza-. Sólo invitarla a tomar una copa y charlar un rato.

–¿Y si a todas éstas se presenta el capitán Muñoz?

–Pues le dice que se largue con viento fresco.

–Tiene muy mal carácter.

–Peor para él, pues tendrá dos problemas: cabrearse y descabrearse.

Como era previsible, el conflicto había estallado cuando estaban probando el explosivo combinado *sacacorchos,* la famosa especialidad del barman Nicanor Bermejo, y se había presentado el capitán Muñoz, que había exigido la inmediata comparecencia de Elisa.

Javier lo reconoció en el acto: el capitán Muñoz no era otro que el teniente de la Legión que se había burlado de los requetés en el asalto a la loma del Espolón: *¿Qué, de caza? A* pesar del tiempo transcurrido, ni aquellas palabras despectivas, ni su aspecto chulesco ni aquellas patillas en forma de hacha que adornaban sus mejillas morenas se le habían borrado de la memoria.

–Imposible. La señorita es mi invitada. Ya conoce el refrán: quien va a Sevilla pierde su silla.

–¡Déjese de refranes estúpidos y entrégueme a la chica! – exigió el capitán Muñoz con un gesto imperioso-. ¡Vamos, Elisa! Estoy esperando.

–Me parece que no me ha entendido bien, capitán -dijo Javier calmosamente, dejando el vaso en la barra, rodeando la cintura de Elisa con el brazo derecho y atrayéndola hacia sí con un ademán protector-. Le repito que la señorita es mi invitada.

–Capitán…

–Capitán De Montcada.

En los ojos del capitán Muñoz se reflejó una ligera sorpresa.

–Capitán De Montcada, le aconsejo, por su bien, que no se mezcle en mis asuntos.

–Ni usted en los míos, capitán Muñoz -replicó Javier, cuya venilla de la sien empezaba a latir, amenazadora.

La Turca había acudido al instante con ruidoso tintineo de collares y brazaletes.

–Capitán Muñoz, ¿ha surgido algún contratiempo que no pueda solucionar yo? – preguntó con zalamería, interponiéndose entre los dos hombres.

–¿Contratiempo? – se sulfuró el capitán Muñoz-. ¡A esto lo llamo yo una cabronada!

–¡Por Dios, capitán, no se excite! ¡Como había dicho que vendría a las nueve y ya son las diez pasadas!

–¡Bah! ¿Qué importancia tiene un pequeño retraso?

–¿Por qué no prueba con alguna otra de mis señoritas? Con la Loli, por ejemplo, que se le parece mucho.

–¡Al diablo con la Loli! Exijo a Elisa. Es lo que habíamos quedado.

–Sí, capitán, pero a las nueve, recuérdelo.

–¡Vamos, Elisa, estoy esperando! – insistió el capitán Muñoz, dirigiéndose a la joven con un gesto imperativo.

–Elisa se queda conmigo -replicó Javier, acentuando la presión de su brazo en torno a la cintura de la joven-. Le repito, de una vez por todas, que la señorita Elisa es mi invitada.

Sus palabras restallaron como un trallazo.

Al instante, el capitán Von Hartmann y el alférez Bofill estuvieron a su lado. Los clientes del internado y las señoritas acompañantes dejaron las copas y las conversaciones y se acercaron a los dos rivales.

El barman Nicanor Bermejo, por su parte, empezó a retirar febrilmente las botellas de las estanterías. Los dos años largos de guerra tras la barra del famoso prostíbulo zaragozano le habían permitido profundizar en el conocimiento del corazón humano con más provecho que dos cursos de psicología en la universidad, y estaba en condiciones de poder afirmar, con un pequeñísimo margen de error, que la trifulca estaba servida. El capitán de requetés era nuevo en la plaza, pero la helada calma que reflejaban sus ojos grises no auguraba nada bueno. Le recordaba el acerado fulgor de las bayonetas al ser desenvainadas. El capitán Muñoz, por su parte, era un viejo y asiduo cliente de la casa, un sujeto pendenciero, *echao p'alante* y aficionado a la ruleta rusa, el endemoniado jueguecito con el que había conseguido achantar y avergonzar a rivales que no tenían precisamente nada de

cobardes, como lo demostraban bien a las claras las ristras de condecoraciones prendidas de sus guerreras.

Los dos hombres se miraron, retadores.

La solución al conflicto la aportó un correoso comandante de Regulares de la 13 División, apellidado Padilla, que lucía en su sahariana color arena el emblema de la Mano Negra ganado en Brunete.

–Caballeros, les ruego que no pierdan la calma, ni la vayan a armar por un quítame allá esas pajas. Dejen que decida la señorita. Es lo justo, digo yo. Ella también tiene derecho a decidir, ¿no les parece a ustedes? El que no esté conforme con esta solución que levante una mano.

No se alzó ninguna.

Javier aceptó someterse al veredicto de Elisa.

El capitán Muñoz se sacudió un fustazo en la caña de las botas con una sonrisa de suficiencia.

Y Elisa miró impotente a la madame.

Ésta le devolvió la mirada con la misma expresión de impotencia. Se iba a armar de todas todas. Su conocimiento del corazón humano podía rivalizar con ventaja con el de su barman. Se encogió de hombros con un gesto fatalista.

–Elisa, ya has oído lo que ha dicho el comandante Padilla. Tú tienes la palabra. Decide con quién quieres quedarte.

La joven parecía abrumada por la responsabilidad que le había caído repentinamente sobre los hombros, sin comerlo ni beberlo. Miró alternativamente a los dos hombres sin decidirse a abrir la boca.

–Bueno, mujer, decídete de una vez -la apremió la Turca que, en su fuero interno, ya había prometido encender una vela a la Virgen del Pilar si el enojoso asunto se resolvía de una forma civilizada y sin excesivos destrozos de mobiliario.

–Bueno, pues no sé -dijo vacilante la joven-, creo que… -Y se calló.

–¡Dilo de una vez! – se irritó la Turca-. ¡No podemos seguir así toda la noche!

Elisa se volvió a medias y señaló a Javier con la cabeza.

–Me quedo con el capitán De Montcada.

Sonaron algunos aplausos.

–¡No lo consentiré de ninguna de las maneras! – gritó ásperamente el capitán Muñoz-. ¡Nadie, y menos que nadie una puta roja como tú, me va a dejar plantado!

Y al decir esto, se abalanzó hacia adelante con ánimo de sujetar a la joven por el brazo.

Javier la apartó rápidamente a un lado y lanzó un potente derechazo a la cara del capitán Muñoz, que lo arrojó contra una mesita taraceada, que se vino al suelo con gran estrépito de copas y botellas rotas.

Las chicas chillaron, asustadas, la madame se llevó las manos a la cabeza y el barman Nicanor Bermejo acabó de poner a buen recaudo las últimas botellas. Algunos clientes sumariamente vestidos se asomaron por lo alto de la galería, dispuestos a no perderse detalle del espectáculo.

–¡Traidor! – jadeó el capitán Muñoz con una rodilla en tierra, señalando a Javier con el dedo-. ¡Traidor! ¡A ti también deberían haberte fusilado junto con la duquesa de Simancas!

Los clientes, las chicas, la Turca y la misma Elisa miraron curiosamente a Javier, que se acercaba amenazador al capitán Muñoz con los puños cerrados y la muerte reflejada en los ojos.

–¡Canalla! ¡Repite lo que has dicho y te mato aquí mismo!

El comandante Padilla se había interpuesto rápidamente entre los dos hombres.

–¡Caballeros, no se olviden del respeto y la consideración que le deben a nuestra digna anfitriona! No den un escándalo que podría costarle la licencia, y a nosotros, nuestro bien ganado esparcimiento. Si tienen alguna diferencia, les ruego que salgan a la calle y allí la diriman a su gusto.

–No hará falta salir a la calle -dijo el capitán Muñoz con una sonrisa torcida-. Hasta la fecha, nadie me ha llamado cobarde sin llevarse su merecido. – Se dirigió a Javier-: Te crees muy valiente porque tienes la Medalla Militar. Pero yo te voy a desenmascarar delante de todos estos caballeros y de estas chicas. En lugar de salir a la calle y liarnos a bofetadas como dos golfos, te propongo jugarnos a Elisa a la ruleta rusa.

Al oír esta palabra, la Turca había salido disparada al teléfono para llamar a la policía militar. Un cetrino capitán del Tabor de Ifni Sahara y un delgado teniente de aviación de la escuadrilla de García Morato salieron tras ella, la alcanzaron, la sujetaron a una silla y la amordazaron en cuestión de pocos segundos.

El comandante Padilla lo organizó todo y previno a las chicas:

–Y vosotras, chitón, no os quiero oír. Ésta es una cuestión personal entre caballeros.

Las chicas asintieron. Con la excepción de cuatro o cinco novatas, el resto ya sabían de qué iba la historia. Parecían excitadas y cuchicheaban entre sí.

–¿Está usted de acuerdo, capitán De Montcada, con el desafío del capitán Muñoz? – preguntó el comandante Padilla.

–De acuerdo, mi comandante -contestó Javier.

Elisa le tiró de la manga de la guerrera.

–¡Déjalo, por favor! ¡Yo no valgo tanto!

–Mucho más de lo que te imaginas y, por supuesto, infinitamente más que esta rata de alcantarilla que va a tener que tragarse sus insultos.

–¡Te aseguro que a mí no me molesta!

–Pues a mí, sí. Nadie, hasta la fecha, ha llamado puta a una amiga mía sin que se lleve su merecido.

–¡Por favor, déjalo! ¡Estoy muy asustada!

–¿Has oído hablar de aquel refrán que dice que *afortunado en el juego, desgraciado en amores?* De acuerdo con el mismo, tengo todos los triunfos en la mano. Soy invulnerable a las balas. Tengo un talismán que me protege. Llevo dos meses intentando que los rojos me acierten, y ya ves, ni un simple rasguño.

El comandante Padilla mandó cerrar puertas y ventanas, correr las cortinas, apagar las luces innecesarias, y sentó a los dos rivales frente a frente a una mesa de juego cubierta con una bayeta verde.

–¿Alguno de ustedes tiene un revólver?

–El mío, si no tiene inconveniente -dijo el capitán Von Hartmann al instante, alargándole el mismo Colt que había inquietado las noches salmantinas de Javier y el alférez Maldonado en el hospital militar-. Está cargado.

El comandante Padilla extrajo cinco cartuchos del tambor, se aseguró de que el sexto ocupaba el hueco que le correspondía, lo hizo girar rápidamente con un golpe de la palma de la mano y lo encajó en la recámara con un movimiento de la muñeca.

–¿Alguno de ustedes lo quiere examinar?

Todos lo dieron por bueno.

Distante y lejano, Javier había asistido a los preparativos, como si el juego no fuera con él.

Desde el fusilamiento de Soledad, vivía envuelto en una espesa nube de indiferencia y lejanía. Comía, respiraba, bebía, marchaba al ataque, disparaba y mataba como un autómata. La agotadora ofensiva que los había llevado a reconquistar el saliente del Ebro le había servido para ahogar su dolor, su amargura y sus remordimientos. Nada le importaba. Y su vida, menos que nada. Sin Soledad no tenía ningún sentido ni merecía la pena vivirla. Si aquel chulo de mierda había pensado que podía asustarlo, se equivocaba de medio a medio. Él no se echaría atrás en ningún momento y aguantaría hasta que lo viera cagarse de miedo en los pantalones. A excepción de la vida, él no tenía nada más que perder.

No podía apartar a Soledad de su recuerdo. Igualmente, continuaba sin poder relacionarla con los asesinos de su padre y de sus hermanos, y de tantos y tantos camaradas suyos caídos en el campo de batalla. Soledad era muy dura consigo misma. Injusta. ¿Cómo podía acusarse de ser cómplice de los asesinos de Gonzalito? Soledad no conocía a Gonzalito. Y, mucho menos, a los carabineros que le dispararon en el vado del Segre. Soledad no era responsable de aquel crimen, aunque sesudos moralistas pudieran pensar lo contrario.

Seguía también sin poder dar respuesta al angustioso interrogante que le planteaba: *¿Te habrías atrevido a denunciarme?* ¿Se habría atrevido? *Lo único cierto de todo este drama es que mi ejecución te librará de las terribles dudas que te habrían acompañado hasta el fin de tus días.* ¿Era lo mejor que podía haberle ocurrido? ¿A ambos?

Pero lo que acababa de desquiciarle era que ellos, los blancos, los nacionales, habían matado a Soledad. Y a su propio hijo. Se había sentido igual que un coche lanzado a más de cien kilómetros por hora al que, de repente, le hubieran entrado la marcha atrás. Todos sus

engranajes mentales habían saltado en pedazos. O como un calcetín al que se le da la vuelta y lo que es blanco resulta rojo, y lo rojo, blanco. Todas las fibras de su ser se rebelaban a admitir la monstruosa evidencia, a ver blanco lo que era más rojo que la sangre. Por más esfuerzos que hiciera, su mente no conseguía asumir debidamente este traumático y fulminante cambio de óptica que distorsionaba su visión y le impedía hacer coincidir sus sentimientos con sus convicciones.

La carta de Soledad le hizo ver las cosas bajo un prisma totalmente diferente. Por primera vez, desde que comenzó la guerra, puso en tela de juicio la justicia y la rectitud de la causa que defendían y que jamás se había cuestionado. Hasta su fusilamiento, había estado más claro que el agua que los buenos eran ellos, y los malos, los rojos. Ahora no estaba tan claro, porque Soledad había resultado ser roja. Y Soledad era buena. Soledad le había abierto dolorosamente los ojos a una realidad desconocida y lo había dejado en situación de comprender a la Antonia, al miliciano que ensartó en Oyarzun, a Begoña, y, ¡cómo no!, al propio Sisco. Todos tenían, como Soledad, sus motivos para estar al otro lado de las barricadas, teóricamente, el malo.

Y muchísimos otros, gentes sencillas y anónimas, que no eran ni rojos ni blancos, y cuya única culpa había sido que la guerra los pillara en la zona roja, y a los que él había disparado fríamente. Ahora se preguntaba, angustiado, a cuántos inocentes habría despachado al otro mundo. Fuera de las unidades de choque como la suya y la Legión, los *pistolos, vulgo guripas* de reemplazo, marchaban al ataque por pura y simple obligación y el temor a las broncas de sus sargentos. Y si no hubiera sido porque los atracaban de coñac asaltaparapetos, no habrían dado un solo paso adelante. A los guripas no los movía ningún ideal, como ocurría con los requetés y los falangistas. A los combatientes del otro lado les ocurría tres cuartos de lo mismo, con el agravante de la desmoralización que debían de llevar encima con tanto palo que habían recibido. Javier comprendía ahora el alivio inmenso que reflejaban los ojos de los miles de prisioneros que habían cogido en la bolsa del Ebro. ¡Basta *de guerra y sufrimientos,* parecían decir! Muchos eran simples niños. Arrancados de sus casas, de los brazos de sus madres, reclutados a la fuerza. La suerte era que, en plena batalla, uno no podía verles la cara ni adivinarles la edad, y se imaginaba que

eran rojos, tan malos como el Segador. La guerra, se dijo, amargado, habrían de hacerla los requetés contra los milicianos, como al principio, cuando asaltaron Oyarzun y el Cinturón de Hierro. Entonces uno sabía a ciencia cierta a quién tenía enfrente. No ocurría como ahora, que uno se exponía a liquidar a un chiquillo inocente.

Ahora se explicaba las miradas rencorosas que les dirigían a los requetés muchos vecinos de los pueblos que conquistaban (otros los saludaban como libertadores) y el porqué de tantas y tantas iglesias incendiadas, chamuscadas y convertidas en cuadras, garajes o cooperativas agrícolas. Y los asesinatos de curas, terratenientes y gentes de derechas. De su propio abuelo. A regañadientes, tuvo que admitir que se trataba de una guerra de opresores contra oprimidos, de ricos contra pobres, de privilegiados contra miserables, y que, tras las banderas, las cruces y las consignas rimbombantes, se ocultaba la defensa de privilegios seculares y sórdidos intereses de clase muy poco acordes con el mensaje evangélico y la caridad cristiana. Aquella indescriptible explosión de odio religioso, sin parangón en la historia de Europa, no se había producido gratuitamente. En el colegio había aprendido que no hay causa sin efecto. Es un principio de física elemental. Las tormentas de verano estallan cuando las diferencias de potencial eléctrico entre las masas de nubes se hacen tan insoportables que se produce una descarga liberadora en forma de rayos y truenos. Los nubarrones de la devastadora tormenta que había estallado en España habían venido acumulándose peligrosamente desde muy antiguo, sin que él, aislado en la torre de marfil de sus privilegios, se hubiera dado cuenta de nada. Se preguntó amargamente si los blancos serían los verdugos de media España como decían los rojos.

Aunque, planteadas así las cosas, el cuadro no dejaba de presentar algunos puntos oscuros, pues no se podía calificar de verdugos, sin más, a miles y miles de españoles que no defendían intereses ni privilegios de ninguna clase, sino que simplemente luchaban por una España más limpia, más hermosa, más auténtica. ¿Eran verdugos los miles y miles de refugiados que habían huido a la zona nacional para salvar la vida? ¿Eran verdugos los miles de jóvenes de toda clase y condición que, como él, se habían apuntado a los cursillos de alféreces provisionales? ¿Eran verdugos los residentes en zona roja que escuchaban todas las

noches las charlas radiofónicas del general Queipo de Llano? ¿Eran verdugos los miembros del Socorro Blanco que se jugaban la vida para ayudar a escapar a los desertores? ¿Y los que acababan bajo las balas de los pelotones de ejecución? ¿Los que gemían en las checas? ¿Los quintacolumnistas que saboteaban la producción de guerra? ¿Eran verdugos Jesús Mendiola, Josetxu Larramendi, Pedro Larraínzar y tantos y tantos requetés que habían muerto abrazados a su bandera? ¿Eran verdugos la Carmeta y el Paparro? ¿Era un verdugo el infeliz de mosén Paul? ¿Eran verdugos el mayoral de los segadores y los dos payeses abrasados vivos en la ermita de Requesens?

Él mismo, ¿era un verdugo? Quizá lo fuera desde el punto de vista de los rojos, pero él no recordaba haberse ensañado deliberadamente jamás con ningún prisionero. Ni siquiera con los interbrigadistas. Y a más de uno le había salvado la vida pistola en mano. Ni siquiera llegó a disparar contra Begoña. Tampoco recordaba haber abusado de su posición ni de su apellido. Dios era testigo de que había limpiado tantas letrinas, barrido tanta mierda y cavado tantas trincheras como sus compañeros. Los callos de las manos no le habían salido porque sí.

Finalmente, su propia madre, ¿era un verdugo? El solo pensamiento le resultaba aberrante, le revolvía las tripas, le producía náuseas, ganas de vomitar, de emprenderla a puñetazos, a tiros. Su madre era la bondad personificada. Su madre era el ángel bueno de Requesens. Ella en persona se había ocupado de construir un dispensario y una escuela en la aldea, en donde ella misma había llegado a dar clases por indisposición de la maestra titular. Y de poner inyecciones antitetánicas a mozos que se habían herido con la reja del arado o por el percance que fuera. Los niños la adoraban. Lo mismo que sus madres, que se peleaban para invitarla a las bodas y los bautizos de sus hijos. Y, sin embargo, aquellas malas bestias de los segadores habían querido matarla. Y los carabineros habían asesinado a Gonzalito en el vado del Segre.

Y la alimaña del Sisco había violado a Blanca en La Fontana. Y asesinado a su abuelo cuando acudía en su auxilio. Y los militares traidores a España habían fusilado a su padre en los fosos del castillo de Montjuich…

Al llegar a este punto de sus reflexiones, Javier notaba que un velo rojo le nublaba el juicio. Era como si tropezara con un sólido muro de piedra. Su capacidad de raciocinio quedaba bloqueada y sentía que volvían a despertarse sus viejos rencores y sus ansias de venganza, el rabioso deseo de acabar a tiros con el Sisco. ¡Al diablo con todos! ¡Que se fueran preparando!

Y el primero de todos, aquel imbécil que lo había provocado estúpidamente.

El capitán Muñoz se humedeció los labios resecos con la lengua y paseó la vista por el círculo de rostros varoniles, curtidos por la guerra y el cotidiano espectáculo de la muerte, que lo miraban sin el menor vestigio de compasión. Las bravatas se pagan, amigo, parecían decir sus semblantes impasibles. Lo habían dejado solo. Los que estaban a su espalda se habían apartado prudentemente para dejar un amplio pasillo a la posible trayectoria de la bala. Nadie abría la boca. Clientes y chicas contenían el aliento. Muchos fumaban nerviosamente. Sólo se oían en un rincón los ahogados gemidos de la Turca, que pugnaba por librarse de su mordaza y de sus ataduras. Los ojos parecía que se le iban a salir de las órbitas.

Sin saber exactamente por qué, Javier se creyó obligado a apoyar la advertencia del comandante Padilla. Bien mirado, no valía la pena cargar con la responsabilidad de una muerte inútil y estúpida. A juzgar por el miedo que había pasado él (que no era poco), la agonía que estaba pasando su rival le parecía castigo más que suficiente.

–Capitán Muñoz, suscribo totalmente las palabras del comandante Padilla. Si quiere abandonar la partida, no voy a considerarlo un cobarde…

Se mordió la lengua al instante. Había metido la pata hasta el fondo. Habría sido más diplomático decir *menos valiente,* como había precisado con tacto el comandante Padilla. Pero el tacto es algo que sólo se aprende con los años, y él sólo tenía veintitrés.

–¿Cobarde, yo? – chirrió desdeñosamente el capitán Muñoz-. ¡Y que me lo tenga que decir un mequetrefe de requetés! ¡Ahora mismo os demostraré que un capitán de la Legión no retrocede ante nada ni ante nadie! ¡A mí, la Legión! – acabó gritando con voz estentórea sin dirigirse a nadie en particular.

Ante la mirada fascinada de los presentes, el capitán Muñoz empuñó el Colt, se lo llevó resueltamente a la sien derecha y oprimió el gatillo. El disparo retumbó como un trueno en el tenso silencio del salón, y la chata bala de plomo, después de astillarle el temporal y destrozarle la masa encefálica, fue a incrustarse en una moldura de yeso de techo del que se desprendió una leve nubécula grisácea.

Al finalizar la cena, Álvaro de Alvear, un joven alférez natural de Montilla, no pudo contener su entusiasmo, se levantó y propuso un brindis en su honor:

–¡Por el capitán De Montcada, que ha hecho morder el polvo a un capitán de la Legión!

El alférez De Alvear formaba parte de una hornada de requetés andaluces que habían venido de Andalucía a llenar el vacío que la batalla del Ebro había causado en las filas del Tercio de Montejurra, cuya cantera autóctona daba muestras de agotamiento. La mayoría eran caballistas que habían tenido que dejar sus monturas y combatir a pie como simples infantes, mal que les pesara. Su gracejo sureño y su forma de hablar, tan distinta del cantarín y, al mismo tiempo, brusco acento navarro, había cambiado la fisonomía de la veterana unidad. En seguida hicieron buenas migas con los mozos navarros, si bien Félix Larraz, el joven asistente de Javier (que para entonces se había fogueado hasta extremos insospechados), no había podido evitar mirar por encima del hombro a los bisoños voluntarios andaluces, con el insufrible aire de suficiencia y superioridad que los veteranos dispensan a los novatos.

Al frente de la partida andaluza estaba el sargento Antonio Carmona, natural del Puerto de Santa María, que pasó a ocupar la vacante dejada por el sargento Mendiola que, a esas horas, debía de estar rumiando su amargura en su caserío de San Martín de Unx, en compañía de su mujer y de sus hijas. Javier congenió con él al instante. Se puede decir que los unió su amor por los caballos. Era moreno y enjuto, ceceaba al hablar, podía estarse dos días sin comer ni beber, y aguantaba el calor igual que un tuareg. Lo único que echaba de menos era un buen caballo.

El alférez De Alvear levantó su copa de vino. Con la excepción del páter Fermín Elizalde, del comandante Errasti, del doctor Calasparra

y del mismo Javier, que permanecieron sentados. El primero, porque su sagrado ministerio le impedía festejar un suicidio. El segundo, por pura diplomacia, no precisamente por falta de ganas. Un jefe de unidad no podía tolerar, oficialmente, un escándalo en la retaguardia protagonizado por un subordinado suyo; un joven y temerario subordinado por el que sentía especial debilidad.

Javier, la Turca, el comandante Padilla, Elisa, el capitán Von Hartmann y el alférez Bofill habían sido citados a declarar ante el juez militar de Zaragoza, que ni siquiera lo pudo acusar de inducción al suicidio; a duras penas, de alteración del orden público y atentado a la moralidad y las buenas costumbres. La víctima (que había sido la inductora del juego) se había despachado a sí misma al otro barrio, sin hacer el más mínimo caso de la sensata sugerencia del comandante Padilla de abandonar la partida cuando aún estaba a tiempo. Su declaración fue amplia y unánimemente confirmada por Elisa, el capitán Von Hartmann y la Turca en persona. Tras lo cual, el juez los despidió, archivó el caso y mandó clausurar el prostíbulo durante una semana.

Todos se pusieron de pie y levantaron sus copas.

Lo que desató las iras del páter.

–¡Insensatos! ¡Vergüenza debería daros! ¡La conducta del capitán De Montcada en aquel prostíbulo infame ha cubierto de oprobio su buen nombre y el de toda la división!

El alférez Bofill salió en defensa de su superior.

–Si me lo permite, páter, le diré que el capitán De Montcada está libre de toda culpa. Es inocente. Yo fui testigo de su actuación. El capitán De Montcada se limitó a pararle los pies al capitán Muñoz. La idea del jueguecito se le ocurrió a él y a nadie más que a él. A mí no me da ninguna lástima. Me consta que era un mal bicho. Esperaba que el capitán De Montcada se arrugara para avergonzarlo delante de todos. ¿Se imagina la vergüenza que esto habría representado para nosotros? Ni siquiera podríamos haber salido a la calle. Desde ahora, los legionarios se darán cuenta de que no ostentan la exclusiva del valor y se cuidarán mucho de mirarnos por encima del hombro a los requetés. El capitán Muñoz lo tiene bien empleado. El capitán De Montcada le

dio la oportunidad de abandonar la partida. Si la rechazó, es asunto suyo. Le salió el tiro por la culata. Se llevó su merecido, eso es todo.

–¡Sí, señor! ¡Así se habla! – confirmaron sus palabras sus compañeros de armas, que le demostraban gran simpatía.

–¡No me convenceréis, hatajo de… de… de cernícalos! – tartamudeó el padre Elizalde al tratar de buscar el mejor calificativo-. ¡No sois dignos de sentaros a esta mesa! ¡Arderéis en las llamas del infierno!

–No se sulfure, páter -terció el doctor Calasparra, que asistía muy regocijado al polémico brindis-. El capitán De Montcada, espejo de caballeros y virtudes cristianas, se limitó a salir en defensa de una dama. ¿No es así, capitán? – preguntó maliciosamente.

–Sí, en efecto, salí en defensa de una dama -reconoció Javier, rompiendo el mutismo que había mantenido hasta entonces.

–¿Una dama? – se escandalizó el padre Fermín Elizalde-. ¡Una descarriada, querrás decir!

–Sí, una dama -insistió Javier con firmeza-. Desde muy pequeño mi madre me enseñó a respetar a todas las mujeres. Incluso a las que usted llama descarriadas. Yo no soy nadie para juzgar a aquellas chicas. Aquel estúpido me sacó de mis casillas al insultarla.

–¡Desgraciado! ¿Te das cuenta del pecado gravísimo que has cometido atentando contra tu vida? – volvió a la carga el páter.

–¿De dónde saca que atentara contra mi vida? – contestó burlonamente Javier-. Estoy vivo, páter, estoy hablando con usted.

–Recuerda que también se peca de intención, y la tuya era matarte.

–Sí -reconoció Javier sin ambages después de reflexionar unos segundos-. Eso no se lo voy a discutir, páter. Pero le aseguro que experimenté un alivio enorme cuando escapé por los pelos. ínter nos, le diré que no me llegaba la camisa al cuerpo; estaba cagado de miedo, si me permite la expresión. Lo que ocurre es que salir en defensa de aquella pobre chica me pareció una excelente excusa para dejar esta vida con cierta dignidad.

–¡Con cierta dignidad! – exclamó el páter, llevándose las manos a la cabeza-. ¡Dejar esta vida con cierta dignidad! ¡Lo que uno tiene que oír!

–Mire, páter, no quiero que piense que yo defiendo el suicidio; créame, me parece una solemne cobardía. Lo que ocurre es que la vida se me ha hecho insoportable desde cierto incidente que todos ustedes deben de conocer, y cualquier excusa me parece buena para jugármela a cara o cruz.

–¡Espero que te retractes inmediatamente de esas palabras! ¡Ahora mismo espero oírte en confesión!

Un repentino ataque rojo libró a Javier de la amenaza.

–Otra vez será, páter -dijo levantándose precipitadamente en busca del capote y la pistola que había dejado en el zaguán del caserón que servía de puesto de mando al Tercio de Montejurra-. *Primum vívere, deinde filosofare.* ¿Se dice así? Primero vivir, luego filosofar. Y otra cosa, páter: si le sirve de consuelo, le diré que no me acosté con el precio de la apuesta. Quiero decir, con la chica. Sólo la invité a cenar para que se le pasara el susto.

La oscura noche de invierno se había iluminado repentinamente con el frenético tableteo de las ametralladoras, descargas de fusilería y el estallido de las bombas de mano. Un comando rojo había cruzado el Segre, doscientos metros más abajo del puente de Balaguer, y había atacado los puestos de centinela nacionales.

Una hora más tarde, los supervivientes del comando repasaban el río con el rabo entre las piernas, hostigados por el fuego de los requetés, dejando una lancha acribillada en la orilla derecha y varios muertos tendidos frente a los parapetos nacionales.

Tras leer atentamente la carta que le remitía el director del servicio de censura postal del puesto fronterizo de Irún, Mauricio descolgó el teléfono de su escritorio y pidió una conferencia urgente con el notario Palol en San Sebastián. Afortunadamente, éste se hallaba en su casa, repasando unos viejos pergaminos que le había hecho llegar el archivero de la Diputación Foral de Guipúzcoa.

–Don Sinibaldo, cuando pueda tendría que llegarse a Burgos -le pidió después de los saludos de rigor.

–¿Sí?

–Para echar un vistazo a una carta muy curiosa que me ha sido remitida desde París por nuestro común amigo Hubert de Clermont.

–¿Y por qué la ha recibido usted? – se extrañó el notario Palol, al otro lado de la línea telefónica.

–Porque el director del servicio de censura postal de Irún ha creído conveniente que yo le echara un vistazo antes.

–No entiendo nada.

–Pues véngase a Burgos y se lo aclararé todo. Y sería muy conveniente que Cecilia se viniera con usted. Su contenido le interesará mucho, si es lo que sospecho yo.

–Será casualidad, pero no hace mucho Cecilia me llamó para decirme que le interesaría hablar con usted. Precisamente la tengo aquí, a mi lado.

–Pues mejor que mejor, así podrá matar dos pájaros de un tiro. En sentido figurado, por supuesto -se apresuró a aclarar Mauricio.

–¿Son buenas noticias?

–Sí, creo que sí. Pero necesito que usted me aclare el sentido de una frase que nos ha llamado la atención al censor y a mí.

–Sigo sin entender nada.

–Lo comprendo, pero no puedo darle más detalles por teléfono. Vénganse cuanto antes. Ahora mismo les reservaré un par de habitaciones en el hotel de Londres. ¿Le parece bien?

Cecilia y don Sinibaldo llegaron a Burgos al día siguiente, se presentaron en Capitanía y solicitaron ser recibidos por el coronel Soler-Ribot.

–Si son tan amables de aguardar un instante, un ordenanza los conducirá a su presencia dentro de un momento -les informó el capitán de guardia-. Los estábamos esperando.

Don Sinibaldo y Cecilia se sentaron en un artístico banco de madera a tono con la factura neogótica del solemne palacio de la Capitanía burgalesa, y aguardaron.

Cecilia no podía contener su impaciencia ni sus aprensiones. Ya se había enterado del incidente de Javier en el prostíbulo de la Turca, y del escándalo y el revuelo que habían causado el suicidio del capitán Muñoz. ¿Se le habían complicado las cosas? ¿Lo habían detenido?

–¿Crees que serán buenas noticias, tío Sinibaldo?

El notario le palmeó afectuosamente la mano.

–Seguro. Si no lo fueran, Mauricio no nos habría mandado llamar.

Al poco vino un ordenanza.

–Señores, por aquí, si son tan amables.

Tras depositar un beso en la mejilla de Cecilia y estrechar la mano de don Sinibaldo, Mauricio los invitó a tomar asiento en un par de butacas frente a su escritorio.

–Mauricio, ¿de qué se trata? – preguntó Cecilia ansiosamente mientras se despojaba de los guantes y el sombrero-. No me llega la camisa al cuerpo.

–Tranquilízate, Cecilia. Esta vez creo que son muy buenas noticias las que tengo que darte. Y, antes que nada, Sagardía me ha pedido que lo excuses y que te salude en su nombre. Tiene una reunión con un personaje muy importante-. Mauricio Soler-Ribot abrió un cajón de su escritorio, del que sacó un sobre-. Don Sinibaldo, aquí tiene la carta en cuestión.

El notario se ajustó las gafas y abrió el sobre que le tendía Mauricio. En un segundo sacó del mismo una hoja de papel pautado.

–¡Pero si es del señor Gratacós! – exclamó, muy sorprendido, al reconocer la letra de su oficial de notarías-. ¡Qué sorpresa!

–Efectivamente. Y verá también que Hubert de Clermont le pone unas líneas en el encabezamiento aclarándole que, si la leyó antes, es porque iba dirigida a él. Pero lea, por favor.

Era muy corta. Don Sinibaldo leyó en voz alta para que se enterara Cecilia:

Distinguido señor Palol, ¿recuerda usted que una vez me pidió que le enviara cualquier noticia interesante del castillo de Irás y no Volverás? Pues bien, tengo el placer de informarle de que la paloma blanca ha vuelto a anidar en la encina.

Por aquí, todos bien, aparte de que seguimos sin saber nada de Rafaelito. Mi señora y Montserrateta le envían muchos recuerdos. Sin otro particular, y esperando verlo pronto, reciba el testimonio de mi consideración más distinguida.

Don Sinibaldo levantó la vista. Los ojos le brillaban de entusiasmo.

–¡Cecilia! – exclamó, exultante-. ¿Te das cuenta? ¡Blanca está viva! ¡En la masía del Paparro!

Cecilia lo miró, pálida, un tanto perpleja.

–¡Sí, Cecilia, sí! ¡Blanca está viva! – insistió don Sinibaldo, agitando la carta delante de sus ojos-. ¡Es lo que convine con el señor Gratacós si se enteraba de algo! ¡La paloma es Blanca, y la encina, la masía del Paparro! ¡Si está clarísimo!

–Pues fue precisamente esa frase la que llamó la atención del director del servicio postal de Irún -dijo Mauricio.

Don Sinibaldo se había levantado y sacudía cariñosamente a Cecilia por los hombros.

–¡Alegra esa cara, Cecilia! ¡Blanca está viva! ¡Viva!

–No me lo puedo creer -musitaba Cecilia con labios trémulos-. ¡Mi pobre y querida niña! – Y se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Así estuvo un rato. El notario y Mauricio Soler-Ribot aguardaron en silencio. Finalmente, Cecilia levantó la cabeza y miró a don Sinibaldo con ojos enrojecidos-. ¿Es verdad, tío Sinibaldo?

–¡Pues claro que es verdad, mujer! ¡Y tendrías que reír y dar gracias a Dios!

Cecilia se sorbió las lágrimas y se secó los ojos con un pañuelo que se sacó del bolso después de revolver nerviosamente su contenido.

–Tienes razón, tío Sinibaldo. ¡Os pareceré tonta! ¡Pero la impresión… ya sabes!… Gracias, Mauricio. Soy muy feliz… ¡Oh, Blanca! ¡He rezado tanto por ella! ¡Qué nerviosa estoy! ¡No me lo puedo creer! Me pregunto qué le habrá ocurrido y cómo se encontrará. ¿Dice algo más la carta?

–Nada más que lo que has oído. Léela tú para que te convenzas. Toma, aquí la tienes.

Cecilia la leyó con mirada todavía turbia.

–Es verdad, no dice nada más.

–Lo que quiere decir que estará muy bien y que la Carmeta y el Paparro la habrán cuidado como si fuera su propia hija. ¿No te acuerdas de lo mucho que la querían? Seguro que Blanca estará muy bien.

–¿Tú lo crees?

–¡Pues claro que sí, mujer!

–¡Tengo unas ganas de verla que no puedo con ellas!

–Pues la verás dentro de poco -le aseguró Mauricio-. Ya iba siendo hora de recibir una buena noticia, ¿no te parece? La mala racha ha

terminado, y dentro de poco podrás abrazarla.

–¡Dios te oiga, Mauricio!

Poco a poco, Cecilia se fue sosegando.

–¿Ya te encuentras mejor? – preguntó tío Sinibaldo, que la miraba sonriente y tan conmovido como ella.

–Mucho mejor, tío Sinibaldo… ¡No me lo puedo creer, Blanca vive!

Mauricio Soler-Ribot aguardó a que pasara su transporte de alegría y luego le preguntó:

–Cecilia, don Sinibaldo me dijo por teléfono que tenías interés en verme. ¿De qué se trata?

–Es verdad, con la impresión se me ha ido el santo al cielo -contestó Cecilia, extrayendo un sobre azul del bolso-. Es una carta de Maite dirigida a mi hijo. Estuve en París, hablando con ella y con sus padres, tal como tú me indicaste. Y Maite me pidió que se la entregara a Javier. Tú, Mauricio, que tienes vara alta en las altas esferas, ¿se la podrías hacer llegar sin que pase por la censura?

–Cuenta con ello.

–Y también la noticia de que su hermana está viva. ¿Le podría poner unas líneas?

–Por supuesto, Cecilia, estás en tu casa -contestó Mauricio levantándose al instante y cediéndole su sillón-. Aquí tienes papel, pluma y sobres.

Cecilia se sentó al escritorio del jefe del contraespionaje nacional y escribió en una hoja de papel oficial:

Querido hijo, según una curiosa nota que Hubert ha enviado a tío Sinibaldo, todo permite suponer que tu hermana Blanca está viva. Dice así, en clave:* la blanca paloma ha vuelto a anidar en la encina. *¿Qué te parece? Trata de ponerte en contacto con ella pero sin hacer más locuras de las necesarias. Tú ya me entiendes. La otra carta es de Maite. Yo misma la traje de París, donde pasé unos días en su casa, con ella y con sus padres, que me dieron muchos recuerdos para ti. Maite te quiere y te espera. Supongo que en la carta te dará más detalles. Pídele perdón otra vez y vuelve con ella. No seas cabezota y no desperdicies esta ocasión que el Destino te brinda en bandeja de plata. Nada podría darme más alegría que te casaras con ella y me hicieras abuela. Con un abrazo,

Tu madre, que te quiere.

Firmó al pie de la nota, la introdujo en un sobre y se lo entregó a Mauricio, juntamente con la carta azul de Maite.

–Aquí las tienes. Seguro que Javier se alegrará mucho cuando las reciba.

–Por partida doble -dijo Mauricio, que le puso cuatro líneas a Javier en una tarjeta suya que prendió con un clip en la nota de su madre. Introdujo ambos sobres en uno de papel más grueso y resistente, lo cerró y pulsó un timbre a continuación. A los pocos segundos, un ordenanza asomó la cabeza por la puerta.

–¿Mandaba algo, mi coronel?

–Sí, sargento. Ocúpese personalmente de lacrar este sobre con el sello del Servicio de Información Militar.

–En seguida, mi coronel. A la orden de usía.

Cecilia se lo quedó mirando, admirada.

–Mauricio, ¿sabes que estás imponente en tu papel de coronel? Hasta la fecha no te había visto de uniforme. – El buen humor había vuelto a sus ojos-. Te sienta muy bien.

–Gracias. A todo se acostumbra uno.

Una sombra de ansiedad volvió a nublar los ojos de Cecilia.

–Mauricio, ¿tú crees que Javier podrá dar con Blanca?

–No puedo asegurarte nada, Cecilia, pero sí te diré que la unidad de Javier, la 1 División de Navarra, figurará en la punta de lanza del ejército que va a caer sobre Cataluña un día de éstos. A ti te lo puedo decir, Cecilia, porque no eres una espía roja y no vas a traicionar nuestros planes: Franco está preparando el mayor ejército que se ha visto en toda la guerra para acabar con los rojos de una sola y fulminante tacada y, quién sabe si, con un poco de suerte, a Javier le tocará atacar por el sector de Gerona y de Requesens. *Cosas veredes*, como dijo el poeta.

Cecilia suspiró.

–Mientras no se meta en nuevos líos, como el último en Zaragoza. ¿Te enteraste, Mauricio? ¡Qué escándalo! ¡Este hijo mío conseguirá matarme a disgustos!

–No exageres, mujer. Javier no cometió ninguna acción deshonrosa. Se limitó a aceptar el desafío de aquel matasietes de la Legión. Él no lo mató. Incluso le dio la oportunidad de retirarse de la partida. Date

cuenta de que el juez lo absolvió. – Hizo una pausa-. Pero no temas, Cecilia, ahora Javier no correrá ningún peligro. El ejército rojo es una sombra de lo que fue, se ha desangrado, ha gastado los últimos cartuchos en la batalla del Ebro. Los rojos no están ahora para montar ofensivas de ninguna clase. Están literalmente hechos polvo. Nuestra victoria está asegurada en un ciento por ciento. El frente rojo se derrumbará como un castillo de naipes al primer empujón nuestro, y Javier no tendrá ocasión de jugarse el tipo como nos tiene acostumbrados.

–¡Dios te oiga, Mauricio! – exclamó Cecilia, juntando las manos a la altura del corazón-. ¡Sería maravilloso que Javier encontrara a Blanca! ¡El encuentro de los dos hermanos después de tres años de separación! – Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas-. ¡Oh, Mauricio, soy tan feliz que no sé cómo podría darte las gracias!

–Acompañándonos a almorzar a Casa Tejada, ¿no le parece, don Sinibaldo?

La visita personal que el nuncio papal, monseñor Gaetano Cicognani, hizo a Franco para solicitar una tregua navideña en el conflicto español no tuvo el menor éxito, ni pudo impedir que la proyectada ofensiva nacional se desencadenara finalmente el 23 de diciembre, pese a los copos de mal agüero que empezaban a caer intempestivamente sobre la formidable concentración de tropas del general Dávila, alineadas desde el Pirineo hasta la desembocadura del Ebro. Franco quiso estar presente en la rotura del frente rojo e instaló su puesto de mando en el castillo de Raimat, cerca de Lérida, y en una orden que cursó a los jefes de las grandes unidades los exhortó:

Es preciso que lleve V. E. al ánimo de jefes, oficiales, clases y tropa que, si queremos desde el primer día ganar el corazón de nuestros hermanos catalanes y no dar un mal paso que haga después más difícil la tarea de españolizar el corazón de Cataluña, es preciso no sembrar odios y tener en cuenta que la única labor que ahora incumbe a las tropas de ocupación es la de ser justos y comprensivos, respetar la propiedad y los bienes de los buenos catalanes y extremar el trato de hermandad con sus habitantes. En una palabra: llevar a los catalanes la paz material y espiritual que tanto necesitan.

La 1 División de Navarra fue la primera que entró en fuego y cruzó el Segre por varios puntos, entre Lérida y Balaguer.

El plan de cuatro líneas de defensa escalonadas, previsto por los generales Rojo y Hernández Sarabia, no pasó del proyecto esbozado en los mapas por sus oficiales de Estado Mayor, pues las órdenes de despliegue y repliegue alternativos no llegaron a cursarse a las distintas unidades. La violencia y la rapidez con que se llevaba a cabo la ofensiva nacional desbarataron todas sus previsiones. Para frenar su avance, las unidades de Zapadores volaban sistemáticamente puentes, carreteras, vías férreas y polvorines, de acuerdo con la vieja táctica bélica de la *tierra quemada.* Muy pronto, la retirada se convirtió en franca desbandada. Indiferentes a las amenazas de oficiales y comisarios políticos, los soldados rojos arrojaban las armas, se rendían por batallones enteros y se dejaban conducir prácticamente sin escolta a los campos de concentración organizados a toda prisa en la retaguardia nacional.

En el curso de la ofensiva, en una desolada barranca, entre Agramunt y el puerto de la Panadella, los requetés del Tercio de Montejurra sostuvieron una breve pero reñida escaramuza con los restos de un escuadrón de Caballería roja y un puñado de brigadistas de la XIV Brigada Internacional que no habían querido ser repatriados en virtud de los acuerdos de Munich, sino que habían preferido continuar en la brecha junto a sus camaradas españoles. Tras dos horas de lucha, salieron de la barranca y se rindieron con los brazos en alto. No tenían escapatoria.

Los brigadistas, doce en total, formaron en una fila, sucios, derrotados, andrajosos y calados hasta los huesos a causa de la fría llovizna que estaba cayendo. Eran ingleses en su mayoría, de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta años. Solamente a un par de hombres maduros, con aspecto de obreros o mineros, les blanqueaban ligeramente las sienes. Algunos se esforzaban en ofrecer un aspecto despreocupado y bravucón para disimular el miedo.

El comandante Errasti les pasó revista con ojos llameantes y el bigote erizado de rabia.

–¡Vista al frente! – mandó al ver que se agitaban desordenadamente como un rebaño asustado.

Los prisioneros se quedaron rígidos, las cabezas inmóviles, la mirada al frente, perdida en las nubes.

–¿Conque vosotros sois los valientes luchadores de la libertad? –preguntó, sarcástico, plantándose delante de ellos con los brazos en jarras-. ¿Qué libertad? ¿La de los gulaks de Stalin? ¿La de los campos de concentración? ¿La del tiro en la nuca? ¿Las deportaciones a Siberia? ¿Ésta es la clase de libertad que pretendíais imponer en España? ¡Menuda cuadrilla de asesinos estáis hechos! ¡Ahora mismo os voy a dar una buena ración de libertad que os quitará para siempre las ganas de meteros donde no os importa! Y de paso, ahorraros el incordio y la vergüenza de estas purgas que ahora se han puesto de moda en el paraíso soviético. – Hizo una pausa y preguntó-: ¿Quién es el jefe? ¡Que dé un paso al frente!

Nadie se movió.

El comandante Errasti volvió a formular la pregunta, esta vez en inglés.

–¡A ver, tú! – dijo señalando con el dedo a un joven rubio, alto y corpulento, que no podía disimular un rictus de dolor en su cara sin afeitar. Con la mano izquierda se sujetaba el brazo derecho, que le colgaba inerte a un costado, y del que goteaba sangre que caía al suelo entre sus pies, calzados con unas botas destrozadas.

–¿Yo?

–Sí, tú, y no te olvides del tratamiento.

-*Yes, sir* -dijo el joven, dando un paso al frente.

–Nombre, rango y unidad.

–Jack Mackaulay, *sir.* Tercer batallón de la XIV Brigada Internacional.

A Javier le dio un vuelco el corazón.

El comandante Errasti se lo quedó mirando de hito en hito con los ojos a un palmo de los suyos.

–¿Ya sabes la suerte que te espera?

–Sí, señor -contestó el joven, tragando saliva con dificultad.

–Mi comandante, si me lo permite -intervino Javier, rompiendo la inmovilidad que lo tenía atenazado- quisiera explicarle que este…

–Capitán De Montcada, cuando quiera saber su opinión, se la pediré.

–Pero, mi comandante…

–¡Silencio!

Javier se calló.

El comandante dio unos pasos arriba y abajo delante de los prisioneros, como si meditara, con las manos a la espalda, mirándose las puntas de las botas llenas de barro. Después irguió vivamente la cabeza y se volvió hacia Javier.

–Capitán, llévese a estos hombres y fusílelos.

Javier se quedó sin habla.

–¡Capitán De Montcada, estoy esperando!

–Sí, mi comandante.

Los prisioneros fueron esposados de cuatro en cuatro, conducidos a las tapias de un corral cercano y puestos de espaldas contra la pared. Delante de ellos formaron los requetés del piquete de ejecución, de cuyos ojos no había desaparecido la excitación del combate.

–¿Alguno de vosotros quiere decir algo antes de morir? – preguntó Javier en inglés-. ¿Dejar algún mensaje?

Jack Mackaulay, con grandes esfuerzos, se sacó del bolsillo de su cazadora un pequeño cuaderno de tapas de hule sujeto con una goma.

–Es mi diario de campaña, señor. ¿Lo podría hacer llegar a mis padres? La dirección está apuntada dentro.

–Lo intentaré -contestó Javier evasivamente, guardándoselo en el bolsillo del pantalón. El mundo era un pañuelo.

Miró con curiosidad exenta de odio al acobardado prisionero que tenía ante sí, que era, nada más y nada menos, que el primo y condiscípulo de su amigo Peter Turner y ex remero de Cambridge. Uno de los tres mosqueteros. Porthos. A pesar de su aspecto andrajoso, todo en él delataba al universitario inglés de buena cuna. Empezando por su acento refinado, como el de cualquiera de sus condiscípulos del Beaumont College. Y lo tenía que fusilar precisamente él.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza como quien espanta una mosca molesta. A esas alturas de la guerra ya debería estar acostumbrado a esas situaciones. ¿Qué le importaba una muerte más sobre la conciencia? Tuvo que echar mano a todo su poso de venganza y rencor para controlar la situación. Sin dejar traslucir sus sentimientos, le preguntó:

–¿Conocías a Peter Turner?

–Sí, señor. Éramos condiscípulos en la universidad.

–¿Los tres mosqueteros?

–Sí, señor -contestó Jack Mackaulay, muy sorprendido.

–Tú eres Porthos, ¿verdad?

–Sí, señor -contestó el joven brigadista sin salir de su asombro.

–Athos murió este verano pasado, en la sierra de Pándols. ¿Lo sabías?

–No, señor.

–Era mi amigo, un buen amigo. Quizá lo mataste tú mismo.

–Si así fuera, no lo habría hecho intencionadamente. Lo siento mucho, señor. Giles Trelawney también ha muerto. En la retirada del Ebro.

En los ojos del joven brigadista brillaba un pánico atroz, unos desesperados deseos de vivir. No quería morir. Suplicó con voz sorda, para que no lo oyeran sus compañeros:

–Me arrepiento de haber venido a luchar a España, señor. Fui engañado. Yo no sabía que los comunistas nos iban a emplear como carne de cañón.

–Lo siento. Estas cosas se piensan antes. Ahora es tarde para arrepentirse. No puedo hacer nada por ti. Ya has oído al comandante Errasti. Si lo desobedezco, el que tendrá que enfrentarse a un consejo de guerra seré yo.

Los fusilaron de cuatro en cuatro, tal como estaban esposados.

Javier mandó empezar por el grupo de Jack Mackaulay para evitarle el suplicio de la espera y el tener que presenciar la ejecución de sus camaradas. Después de la nutrida descarga del piquete, el joven interbrigadista se desplomó mal herido y quedó estirado en el suelo, arañando la tierra con las uñas de la mano izquierda. Para acabar con sus sufrimientos, Javier le descerrajó un tiro en la nuca con su Parabellum. Porthos se quedó definitivamente quieto. El último mosquetero había pasado a mejor vida.

–¡Los cuatro siguientes! – ordenó a continuación.

A los prisioneros rojos se les respetó escrupulosamente la vida, se les dio de comer y de beber, y tabaco, y fueron enviados a retaguardia con la sola escolta de un par de requetés.

–¡Andando, rojillos! ¡Y que no vea yo que alguno se quiere escapar!

Pero la idea de escapar era lo último que le hubiera pasado por la cabeza a ningún *rojillo.* Estaban tan abatidos y desmoralizados que ninguno tenía ganas de arrostrar los riesgos y los peligros de una fuga. Para ellos, la guerra había terminado.

En cuanto a los caballos capturados, Javier sugirió al comandante Errasti formar una sección montada para realizar misiones de flanqueo y descubierta. El sargento Carmona lo apoyó con toda el alma. Sus ojos (y los de todos los caballistas andaluces) se le iban detrás de los animales. El comandante dio su aprobación al instante y se ocupó personalmente de camuflar a los ojos del mando divisionario aquella insólita tropa de caballería en una unidad de Infantería. La confusión de aquellos momentos y el vertiginoso ritmo con que se llevaba a cabo la ofensiva hicieron el resto.

Entre el botín capturado figuraba, además, una partida de excelentes carabinas austríacas Manlincher de alta precisión que sirvieron para equipar a los improvisados jinetes.

–Capitán De Montcada, tome el mando del *escuadrón* -mandó con sorna el comandante Errasti cuando los tuvo formados delante de él.

El día de Reyes de 1939, los cascos de los caballos del improvisado destacamento montado del Tercio de Montejurra dejaron impresas sus huellas en la nieve del puerto de la Panadella. El invierno estaba resultando tan frío y desapacible como el anterior. Arrebujados en sus capotes, los requetés avanzaron a través de la cellisca que azotaba aquellos páramos que marcaban la separación entre la Cataluña interior y la litoral.

En el primer alto para dormir, a la luz de las llamas de la fogata, Javier echó un vistazo al diario de campaña de Jack Mackaulay. Lo abrió al azar, y lo fue leyendo sin guardar un orden riguroso, saltándose páginas enteras. Su lectura no le aportó nada nuevo, sino una curiosa sensación de *déjà vu.* Los sucesos descritos por el infortunado brigadista inglés le parecieron enormemente lejanos y distantes, como ocurridos en otra vida.

Menos un pasaje que le revolvió viejos y atormentados recuerdos.

10 de diciembre de 1936

Después de escuchar las inflamadas palabras de nuestro condiscípulo Esmond Romilly en Speaker's Corner, Giles y yo hemos decidido finalmente alistarnos en la Brigada Internacional que se está reclutando en Francia para combatir a los fascistas españoles sublevados contra la República. Esmond acaba de llegar de Madrid y ha dicho que la situación de la capital de España continúa siendo crítica. Ha terminando el discurso saludando con el puño en alto en dirección a Buckingham Palace, sin que los bobbies le dijeran nada, a pesar de que saben de sobra que es sobrino de Winston Churchill (que se subirá por las paredes de rabia cuando se entere). John Cornford sigue en España, en las trincheras de Madrid, pegando tiros y escribiendo poemas incendiarios.

En la oficina de reclutamiento nos aceptarán. Yo he sido entrenado en un O. T. C. y Giles es un ex Guardman. Los dos podemos ahora luchar en una milicia popular y tendremos derecho a objetar todas las órdenes con las que no estemos de acuerdo. Giles ha dicho que esta guerra no es una insensata matanza en el barro, como la que sostuvieron nuestros progenitores en Flandes, sino una lucha noble por la causa del pueblo trabajador. Nos hemos sentido muy entusiasmados, y Giles también ha levantado el puño hacia los barrios ricos de Londres. Ha empezado a llover a mares y nos hemos tenido que largar a toda prisa.

Giles me ha llevado a la casa de sus padres en Mayfair, y su madre nos ha invitado a tomar el té. La señora Trelaumey tiene un divertido sentido del drama y del teatro. Después, Giles le ha comunicado nuestra decisión irrevocable de ir a luchar a España. **Tengo que hablar con el coronel,** *ha dicho la señora Trelawney mientras cogía el teléfono. Giles me ha explicado que su padre vive en el campo por motivos de salud.* **Sí, querido, desde luego. Tienes toda la razón. Se lo diré a Giles y a su amigo. Ya sabes que estuvo en The Guards… no, no creo que llegara a oficial… Te veré la próxima semana. Adiós, querido.**

Después se ha vuelto hacia nosotros: el coronel me dice que, tan pronto os hayan admitido, debéis ir a Harrod's a equiparos con las mejoras botas que tengan y un buen surtido de ropa interior. Todo a su cuenta, por supuesto. Por favor, haced lo que os dice. Es un viejo soldado. ¿Un poco más de pastel de nuez, querido?

Es una dama muy amable y comprensiva. ¡Tan diferente de mi padre que no aprueba en modo alguno mi alistamiento! En su descargo hay que

aclarar que se trata de un podrido burgués que sólo tiene ojos para las cotizaciones de la Bolsa de la City. Ni mi madre, que no puede disimular sus simpatías por Franco. La pobre está muy afectada porque me voy a la guerra. Pero yo no puedo hacer nada por ella. La Causa del Proletariado Universal está en juego.

13 de diciembre de 1936

La señora Trelawney, Harry Pollit, presidente del Partido Comunista Británico, Nellie Romilly, la madre de Esmond, amigos de Cambridge, lady Stilton y otras señoras a las que no conocía de nada, todas ataviadas con lujosos sombreros y abrigos de pieles, han venido a despedirnos a Victoria Station. Todo muy ruidoso y con ganas de que acabara cuanto antes. El público nos miraba con curiosidad. La locomotora pita y el tren se pone en marcha. Nos asomamos a la ventanilla y saludamos, puño en alto. ¡Viva España! ¡Muera el fascismo! Las señoras corren tras nuestro vagón con el puño cerrado, y los fotógrafos de prensa disparan sus cámaras como locos. Seguro que Harry Pollit pasará una vergüenza de muerte cuando mañana vea las fotografías publicadas en el **Times.** *¡Adiós, vieja Inglaterra! La emoción y la perspectiva de la aventura que nos espera no nos dejan dormir.*

Buena travesía hasta Calais.

París, de 15 diciembre de 1936

Excelente acogida por parte de los **copains** *franceses que nos facilitan la dirección de una pensión francesa.*

He sido invitado por la Asociación Internacional de Escritores Revolucionarios a pronunciar un discurso en el Palais de la Mutualité. He hablado en inglés y en francés y he sido muy aplaudido, y Louis Aragon me ha felicitado y ha animado a los jóvenes antifascistas franceses a seguir nuestro ejemplo, salir de su torre de marfil y a empuñar las armas contra los rebeldes españoles.

De vuelta a la pensión, hemos hecho una visita a una **maison de tolérance,** *que es como los franceses llaman a los burdeles, por una razón que ignoro. Cuando salíamos ya no llovía, pero Giles daba grandes traspiés. El pernod de la madame le ha sentado como un tiro. Lo mismo que a mí.*

Aquello de que siempre llueve sobre mojado será verdad. Aún no nos habíamos recuperado de los efectos de la juerga nocturna, cuando los

copains *franceses nos han sacado de la cama y nos han llevado al café Les Deux Magots de la Rive Gauche y nos han obsequiado con más pernod, más* **pastises** *y más cervezas.*

He comprado **Retour de l'URSS***, de André Gide, un libro realmente alarmante, porque, aunque escrito por un buen comunista, es devastador en la crítica, la cual suena incuestionablemente a verdadera. Por lo que he podido ver, ha provocado gran revuelo en las altas esferas del Partido.*

París, 17 de diciembre de 1936

Después de un severo reconocimiento médico en la **Maison des Syndicats***, de la rue Mathurin Moreau, y de haber demostrado nuestros amplios conocimientos de armamento y el funcionamiento de las ametralladoras Hochtkiss y Maxims, Giles y yo hemos sido admitidos en la Brigada Internacional, juntamente con un puñado de voluntarios ingleses, escandinavos, rusos, alemanes, yugoslavos y qué sé yo cuánta gente más. Hasta tres negros y dos chinos. La comunicación entre nosotros es difícil. Suerte que nosotros dos sabemos francés y Giles domina el alemán.*

Aunque la gran mayoría tenemos firmes convicciones políticas, ha habido sorprendentes excepciones a la hora de alistarse. Un belga de Brujas ha alegado **espíritu de aventura, aburrimiento y este lluvioso otoño de 1936.** *Bill Harrington, camarero del hotel Claridge,* **vino, mujeres y botín.** *Y Dave Newman, metalúrgico del Clyde,* **combatir a Franco y sus sanguinarios comunistas.** *Es lo más increíble que hemos oído en la vida. Sin embargo, los han admitido a los tres.*

He comprado el **Manual de español sistema Hugo.** *Si vamos a España, debo chapurrearlo, cuando menos. Escribimos una postal de París (con la torre Eiffel, por supuesto) a Peter Turner, que a estas horas ya se habrá alistado con los rebeldes. Confiamos no tenerlo enfrente si un día, por azares de la guerra, aparece en el punto de mira de nuestros rifles. A pesar de sus ideas reaccionarias y aberrantes, sigue siendo amigo nuestro.*

En el tren, 18 de diciembre de 1936

Nos vamos. ¡Por fin! Ya era hora. Los responsables nos habían aconsejado que procuráramos pasar desapercibidos, pero cuando hemos coincidido en la Gare de Lyon cualquier imbécil nos hubiera reconocido en el acto por nuestro **uniforme** *de brigadistas: chaquetas de ante con*

cremallera, pantalones caquis, botas claveteadas y grandes mochilas a la espalda. Muchos estaban bebidos. Hemos cantado **La Internacional** *a grito pelado. Suerte que los gendarmes han hecho la vista gorda. Esto de la No Intervención no creo que funcione a rajatabla. Se veía a la legua que íbamos a luchar a España. Nuestro tren, el 77, es conocido ya como el* **tren de los españoles.**

El responsable nos retiene los pasaportes y los cambia por un pase colectivo para todo el grupo que le ha facilitado la embajada de España en París. Dice que por razones de seguridad. No lo acabo de ver claro, aunque lo diga el partido. Seremos unos trescientos o poco más, de las más variadas nacionalidades.

Nota bene: Los rusos son, en realidad, rusos blancos, muchos de los cuales lucharon en los ejércitos de Wrangel y Denikin, y vienen a España para limpiar su pasado y ganarse así el retorno a la Unión Soviética. A los que ostentan grados de oficial les dan el tratamiento zarista de **señoría,** *como si por medio no hubiera habido la Revolución de Octubre.*

Figueras, 19 de diciembre de 1936

Port Bou, primera ciudad española que pisamos, nueve de la mañana. Estamos muertos de sueño y apestamos a vino, a tabaco y a meados. Los trámites aduaneros son muy rápidos. Las autoridades españolas estaban apercibidas de nuestra llegada. Transbordamos a un tren español, mucho más lento que el francés, decorado profusamente con las siglas CNT-FAI de los partidos anarquistas que aplastaron la· sublevación militar en Barcelona. Los ferroviarios españoles nos saludan puño en alto, lo que nos emociona y nos hace sentirnos importantes. Aquí ya se palpa la revolución en el aire.

Luce un sol radiante y la costa catalana presenta un bellísimo aspecto: tierra roja y rocas rojas. Parece mentira que falten tan pocos días para Navidad. Sol rojo, rojo oscuro sobre la línea quebrada del horizonte de montañas. Todo es encantador y me siento más emocionado de lo que jamás he estado en mi vida. Viajar por el corazón de este noble país, donde nuestro pueblo está combatiendo por la causa del proletariado, es una experiencia conmovedora. En el tren no hay clases separadas y es el mismo revisor quien decide quiénes han de ocupar cada departamento. Esta clase de cosas hace que uno sienta que la burguesía se ha desvanecido. Todos los viajeros nos ofrecen vino y comida, y un

adorable miliciano del POUM nos informa de que en España hasta los trotskistas son amables.

Pero me he sentido muy irritado a la vista de las iglesias destruidas que se podían ver desde el tren. Es verdad que los curas las utilizaban para hostilizar al pueblo, pero esto no sirve de excusa para que un partido revolucionario sea indulgente con la destrucción arbitraria de estas iglesias tan encantadoras, destrucción que nos cargan luego a los comunistas. ¡Nefasta CNT **et ses enfantillages!**

Recién llegados a Figueras, somos conducidos y alojados en una gran fortaleza, y un joven anarquista español, muy parecido a Rodolfo Valentino, nos espeta, de buenas a primeras, el siguiente discurso, que un intérprete traduce al francés. Dice más o menos así, porque transcribo de memoria:

-Sabemos de buena tinta que entre vosotros hay elementos que no han venido aquí para morir heroicamente a nuestro lado, sino, para, después de la victoria, ayudar a un partido, cuyo nombre me callo, a tomar el poder e implantar su dictadura particular. En nombre de la Federación Anarquista Ibérica, advierto a esos indeseables que aquí acabarán muy mal. Nosotros somos anarquistas y no toleramos que nadie nos dé órdenes. ¡Abajo la autoridad! ¡Viva la revolución libertaria! ¡Viva nosotros!

Los que no entienden el español y el francés -que son la inmensa mayoría- aplauden entusiasmados. Rodolfo Valentino los fulmina con la mirada y se callan en el acto.

Tipos curiosos, los anarquistas; nunca dejarán de sorprenderme.

Esta tarde han fusilado a la Virgen en la plaza de armas de la fortaleza. Bueno, una imagen de la Virgen de Lourdes, azul y blanca, que había en la capilla. La han hecho añicos, lo que no deja de ser un curioso acto de fe.

Nos hemos pasado dos días limpiando la mierda que se ha acumulado en las letrinas del cuartel. Toneladas y toneladas de mierda de variadas nacionalidades (internacional, en una palabra) que han dejado las hornadas de brigadistas que nos han precedido. Creo que no es precisamente la mejor manera de iniciar una romántica guerra de liberación. Giles ha vomitado. Para reponernos, los cantineros nos han dado a beber vino en porrón, una curiosa vasija de vidrio muy parecida a

los orinales de los hospitales. Nos hemos atragantado. Los españoles se han reído de nosotros y nos han hecho una demostración de cómo se bebe con ese condenado chisme. Son muy hábiles y no se les cae ni una gota.

El vino es bueno y barato, pero seguimos sin poder comer una misteriosa especie de habichuela que ellos llaman **garbanzos,** *aderezados con un embutido de un rojo brillante que sabe a jabón y da diarrea.*

Barcelona, 22 de diciembre de 1936

Hemos desfilado, desde la gran estación de llegada, por una abigarrada avenida, hasta la plaza de Cataluña, que hemos visto tantas veces en los noticiarios cinematográficos. La gente nos ha aplaudido a rabiar, pese a que nuestra marcialidad habría avergonzado al Guardman más chapucero. Por los altavoces suenan las notas del **Himno de Riego** **(***que es el de la República) y salutaciones incomprensibles que son ahogadas por frenéticos vivas. Las muchachas nos echan flores a los pies. Desconcertados, confusos, con expresiones abobadas, hemos seguido adelante sin que se calmara el entusiástico griterío de la multitud.*

He reconocido en el acto los destrozos causados en el hotel Colón por la artillería rebelde. Ahora es la sede del Partido Socialista Unificado de Cataluña. Grandes retratos de Lenin y Karl Marx cuelgan de su fachada. Es la primera vez en mi vida que piso una ciudad cuyo poder detenta la clase obrera. Las iglesias han sido saqueadas e incendiadas. Ni aunque quisieran, podrían los barceloneses celebrar la Navidad, que está al caer, como quien dice. Tampoco hay curas: los han matado. Las tiendas, los restaurantes y los cafés han sido colectivizados. No se ven coches particulares. Todos han sido requisados por los milicianos. Los tranvías y los autobuses han sido pintados de rojo revolucionario. A juzgar por lo que alcanzo a ver, Barcelona es una ciudad en la que las clases adineradas han dejado de existir. No se ve gente bien vestida. Todos llevan prendas muy sencillas o monos azules de miliciano. Las calles están llenas de uniformes desaliñadamente vistosos. En cualquier caso, es excitante estar en una ciudad viendo los uniformes que le gustan a uno, porque en todas las ciudades de Europa un uniforme significa un enemigo.

En el aire flota una especie de carnaval en **pleine révolution.** *Muchas de las cosas que veo no acabo de asumirlas (debido, supongo, a mi nefasta educación burguesa), pero intuyo que éste es el estado de cosas*

por el que vale la pena luchar. Tengo la vívida impresión de haber entrado súbitamente en una era de igualdad y fraternidad universales, donde los seres humanos tratan de comportarse como lo que son, y no como simples engranajes de la maquinaria capitalista. Para quien, como yo, procede de la endurecida y burlona civilización anglosajona, resulta patética la literalidad con que los españoles interpretan los gastados lemas revolucionarios.

Somos conducidos luego al cuartel Lenin, situado en la parte alta de la ciudad. Su estado de desorden y suciedad es indescriptible, lo que podríamos calificar de **subproducto de la revolución** *(que Lenin dijo acertadamente que no se podía hacer con guantes blancos). Había sido un cuartel de caballería de los rebeldes. Por todas partes hay montones de muebles destrozados, sillas de montar rotas, cascos de latón, vainas de sables vacías y comida medio podrida.*

Bebemos áspero vino tinto y comemos pan duro, y una muchacha morena y pequeña, pero erguida y vivaracha, que viste pantalones azules grandes y anchos, canta canciones con una voz áspera y vibrante a la manera árabe. Yo canto **The Cloth-Maker's Union** *y otras canciones revolucionarias.* **¿Mañana, aquí?***, le pregunto a la chica, en español, cuando se va. Y ella dice* **sí***, y yo me siento salvajemente excitado.*

Nos agenciamos unos jergones de paja para pasar la noche.

En el tren, 24 de diciembre de 1936

La muchacha morena no se ha presentado.

En nuestro vagón viajan los supervivientes de la Centuria Thaelman, retirada del frente de Aragón. Son alemanes en su gran mayoría. Miramos con respeto sus uniformes rotos, sus semblantes quemados por el sol y sus numerosas cicatrices.

Nada que ver con sus camaradas españoles, los anarquistas del POUM y la CNT. A Giles le desconcierta enormemente que se nieguen a llevar uniformes y distintivos militares.

-¿Y cómo distinguís a vuestros jefes en la batalla?

-Ningún problema, camarada, por el aspecto de sus caras.

Su desconocimiento del armamento también resulta alarmante.

-Algunos de nosotros no sabemos disparar armas de fuego ni apuntar, de manera que tocamos la guitarra y cantamos flamenco. Eso asusta mucho a los fascistas.

Ni Giles ni yo habíamos oído nunca nada parecido.

El recibimiento que nos dispensan los valencianos no tiene nada que envidiar al que nos tributaron los barceloneses. Incluido un banquete de gala, en un hotel como el Savoy, servido por camareros impecables, dirigidos por un maître de frac, que nos ha recibido puño en alto y un sonoro **¡Camaradas!** *que nos ha desconcertado. Cuando Giles le ha preguntado por aquel aparente contrasentido, el maître le ha explicado que nosotros le merecíamos más respeto que los señorones a los que le había tocado servir hasta ahora; una idea que sólo se le puede ocurrir a un español. Nos hemos esforzado con toda el alma para no romper una sola copa y comer con los cubiertos adecuados para no defraudarte. Muchos brigadistas era la primera vez que veían cubiertos de pescado (bastante idiotas, por cierto; los cubiertos, no los brigadistas).*

Hace un tiempo espléndido, impropio de Navidad, caluroso incluso. Unas muchachas morenas y encantadoras nos han invitado a ir a la playa a saborear una **paella** *(típico plato de arroz con marisco y pimientos) a la orilla del mar, pero nos meten a toda prisa en un tren que sale pitando rumbo a Albacete. Me quedo con las ganas de probar ese famoso plato español.*

Albacete, 27 de diciembre de 1936

El tiempo ha cambiado cuando llegamos a esa ciudad de La Mancha, patria de don Quijote. Llovizna y hace un frío que se mete en los huesos. En la plaza de toros nos recibe André Marty, el famoso revolucionario francés que encabezó el motín del acorazado **Le Protée** *en aguas del mar Negro. Parece de todo menos un marino amotinado: un tendero satisfecho, mejor. Viste un chaquetón de piel de cordero y se toca con una boina de* **chasseur alpin** *de increíble vuelo.* **Et voilà** *su discurso de bienvenida:*

-¡En nombre de quienes me han enviado aquí, en nombre de quienes vierten su generosa sangre en las orillas del Manzanares, en nombre de las mujeres y los niños de Madrid, os doy la bienvenida y os llamo a la lucha! ¡Desde este momento, estáis investidos de la pesada armadura de la disciplina militar! ¡Estáis llamados a ser la **force de frappe** *que aplastará el orgullo fascista! ¡No me defraudéis!*

Se me han acabado los cigarrillos que traje de Inglaterra y no sé dónde comprar más. Los españoles son infumables. Los llaman

mataquintos*, con toda la razón del mundo. Giles lo ha intentado y todavía anda afónico.*

Campamento de Madrigueras, Albacete, enero de 1937

El camarada Mary ha cumplido su palabra, y en cuatro días escasos nos ha hecho conocer el peso de **la pesada armadura de la disciplina militar** *y estamos en camino de convertirnos en lo más parecido posible a una* **force de frappe que aplastará el orgullo fascista.**

La primera, y no menos importante, dificultad que ha tenido que vencer ha sido el idioma. Para facilitar su trabajo nos han distribuido en tres batallones, que podríamos llamar lingüísticos: el Thaelman, que agrupa a los alemanes y a los ingleses que somos una minoría. El Commune de París, que agrupa a los franceses, los belgas, los flamencos y los rusos. Y el Garibaldi, que agrupa a los italianos, los corsos y los serbocroatas, cuyo raro idioma no entiende nadie. Yo creo que ni ellos mismos.

Nuestro batallón lo manda el comandante Ludwig Rehn, pseudónimo tras el que se oculta el aristócrata prusiano Arnold Vieth von Golbenau, ex capitán del ejército del káiser. ¡Cuánto me gusta ese rostro aquilino del partido, de rasgos duros y asombrosos ojos claros! Ahora puedo decir, con sólo verla unos minutos, que sé si una persona pertenece o no al partido.

Pero los métodos que ha empleado para enseñarnos la instrucción han sido tan odiosamente militaristas como escasamente pacifistas, de auténtico sargento mayor. Pero a sus compatriotas alemanes parecía tenerles sin cuidado, y marchaban encantados, arriba y abajo, marcando el paso de la oca y cantando **Die Jugend Marschiert.** *Para no ser menos, los ingleses hemos imitado el ceremonial del cambio de guardia del palacio de Bukingham. Claro que todas estas tonterías las olvidaremos cuando hayamos ganado la guerra. Entonces no tendrá sentido tanta comedia militarista. En cualquier caso, será curioso luchar codo a codo con nuestros antiguos enemigos, muchos de ellos veteranos de la Gran Guerra, que intercambiaron disparos con nuestros padres y hermanos mayores en el Chemin des Dames. Realmente curioso.*

Nos han repartido uniformes y cascos de acero de las más variadas procedencias. Algunos brigadistas se han encargado unas capas de…

Madrid, 12 de enero de 1937

Desfilamos por una gran avenida, camino de nuestras posiciones de la Casa de Campo. En muchos edificios hay colgados carteles de **¡No pasarán!***, entre los desconchados causados por la artillería y la aviación fascista. Hasta ahora yo no había sentido nunca el bombardeo de una ciudad abierta, pero viendo toda aquella destrucción a mi alrededor, repentinamente me he enfurecido hasta el desenfreno.*

Al mando de nuestra brigada está el general Kléber. Es un hombre corpulento, pelo gris y ojos rusos, una de las personas más impresionantes que he visto jamás, tranquilo y modesto, aunque inmensamente capacitado. Habla alemán perfectamente, bien el inglés y mal el español y el francés.

Nos enteramos, consternados, de que John Cornford ha muerto en acto de servicio frente al enemigo. **Gefallen,** *caído, como dicen nuestros camaradas alemanes cuando pasan lista y un compañero responde por él. Giles y yo hemos decidido que lo vengaremos como se merece.* **Ich hatte einen kamerad.**

Por nuestras trincheras se pasea un perro flaco y triste, al que los españoles apodan **Franco.** *Regularmente come con nosotros, pero luego corre a las trincheras enemigas para cenar con los fascistas. La otra mañana volvió con un cartón colgado del cuello que decía:* **Soy un soldado rojo que se pasará a vuestras líneas tan pronto como pueda. ¡Salud, camaradas!**

Madrid, 17 de enero de 1937

Cambio de planes. Nos vamos a no sé dónde. Para animarnos, la Pasionaria, la famosa comunista española, nos ha dirigido la palabra en un cine abarrotado de brigadistas. A simple vista, se nota que es una mujer muy valiente y enérgica. Va severamente vestida de negro, con las mangas ceñidas a las muñecas y un pañuelo blanco en la mano. Una auténtica matrona romana. Como hablaba en español, nadie ha entendido nada, sólo el sentido del discurso. Luego lo ha traducido al inglés una joven morena y guapísima, la mujer más guapa que he visto en mi vida, vestida de miliciana, con gorrillo cuartelero y pañuelo rojo al cuello, pero muy elegante y distinguida. A Giles y a mí nos ha parecido una vestal asistiendo a la suma sacerdotisa del templo de Artemisa. Nos ha hablado en el inglés del rey. La Pasionaria, ha venido a decir, agradece nuestra presencia y nuestro sacrificio y nos anima a combatir a

los fascistas enemigos de la libertad del pueblo. Ha terminado el discurso con su famoso eslogan: **¡Más vale morir de pie que vivir de rodillas!,** *que todo el mundo ha entendido sin necesidad de que la joven morena lo tradujera al inglés. Luego hemos cantado* **La internacional***, puño en alto, en varios idiomas, mientras un fotógrafo corría de aquí para allá sacando fotos. Sobre todo a la miliciana guapa. Muy comprensible; yo hubiera hecho lo mismo. Giles y yo nos hemos preguntado quién diablos podía ser.*

Las Rozas, enero de 1937

Hemos llegado justo a tiempo para participar en la batalla que han dado en llamar de La Niebla, una niebla odiosa y helada de la que hemos **disfrutado** *estos días y que ha sido la causa de que muchas unidades se perdieran e incluso se tirotearan entre sí.*

Ha sido mi bautismo de fuego y todavía me tiemblan las manos al escribir estas líneas. Esta batalla me ha servido para comprobar que una guerra de liberación no se diferencia en nada de una guerra convencional. Es igual de bestial. No tiene nada de romántica. Continúa siendo **una insensata matanza en el barro.** *En la niebla, en este caso. Peor que la de Londres.*

Estábamos en nuestros parapetos de la carretera de La Coruña cuando un grito nos ha puesto sobre aviso: **¡Los moros!,** *pues Franco no tiene ningún empacho en emplear infieles para luchar contra sus paisanos cristianos (que los han combatido durante varios siglos antes de expulsarlos de España). Los he visto salir de unos matorrales, entre la neblina, y subir reptando hacia nosotros, como arañas monstruosas. Me he quedado inmovilizado por la sorpresa. El capitán Fred Copeman me ha gritado:* **¡Dispara, idiota, si no quieres que esos hijos de Mahoma se hagan una corbata con tus cojones!**

He apretado el gatillo y he visto cómo caían algunos. Tres o cuatro, no estoy muy seguro. Son los primeros seres humanos que mato; aunque sean musulmanes. Después, el estruendo y el griterío han sido ensordecedores. Los oídos aún me zumban. El cañón de la ametralladora se ha puesto al rojo vivo de tanto disparo, y hemos tenido que mearnos encima para enfriarlo. Luego ha venido una cocina de campaña y hemos comido arroz frío con las manos llenas de barro.

Repentinamente se ha hecho el silencio. Yo me he sentado con la espalda contra la trinchera y he encendido cuidadosamente un cigarrillo español. Lo que más me temía no ha ocurrido. Sin embargo, tampoco ha habido lágrimas.

Arganda, 30 de enero de 1937

Por fin he podido probar la famosa paella española.

Resulta que nuestra brigada ha sido retirada a este pueblo del sur de Madrid, lejos de la línea de fuego, para lamernos las heridas y reponernos de las fatigas de la batalla, y Emiliano Zapata (nada que ver con el célebre revolucionario mexicano), un anarquista gordo, grasiento y jovial, del Sindicato de Trabajadores Gastronómicos y ex cocinero del hotel Ritz de Madrid, que además gasta sombrero hongo y pañuelo rojo al cuello, nos ha invitado a comer paella española. A nosotros y a los vecinos del pueblo, que se apiñan en los portales y las ventanas de la plaza mayor a modo de improvisado teatro.

Sus amigos del Sindicato del Metal le han confeccionado una sartén monstruosa que al menos tiene treinta pies de diámetro y dieciséis asas para manipularla. En el centro de la plaza han limitado un espacio con carros puestos en círculo, como las carretas de los colonos de los **westerns** *del cine. Voluntarios seleccionados han encendido una fogata enorme. Pero hasta que el fuego no ha sido del modelo exigido, Emiliano Zapata no ha autorizado a bajar la sartén de la camioneta. Dieciséis hombres han avanzado tambaleantes bajo el peso del monstruoso disco de hierro y lo han descargado encima de las brasas.*

A continuación le han vertido un barril entero de aceite, varios sacos de tomates, cubos de cebollas, cestas de pimientos, dos carneros y un cabrito, todos adecuadamente destripados y cuarteados, y cientos de pollos y conejos. Después de que este magma ha frito un rato, le han añadido varios sacos de arroz y cubos de agua. Cada vez que se le añadía algo, los espectadores prorrumpían en vítores y suspiros. Emiliano Zapata y sus adláteres cualificados han revuelto la masa con palas de madera y ha comenzado a chisporrotear una especie de cemento amarillo. Todo el proceso era observado atentamente por los vecinos, cuyos rostros, iluminados por las llamas, componían un espectáculo digno de **Los desastres de la guerra** *de Goya.*

A una orden de Emiliano Zapata, los dieciséis especialistas han agarrado las asas de la sartén y la han agitado al unísono, y un delicioso olor a paella se ha extendido en varias millas a la redonda, hasta las mismas líneas de fas fascistas, que nos dejan hacer en paz por la cuenta que les trae. Después, Emiliano Zapata nos ha autorizado a servirnos sin freno. Ha habido carreras, golpes y empujones. Hemos comido hasta atracarnos.

Morata de Tajuña, 17 de febrero de 1937

A nuestra brigada le ha tocado defender (en mala hora) **Suicide Hill,** *y nuestro batallón ha quedado reducido a doscientos cincuenta hombres (de los seiscientos que tenía). Una verdadera escabechina. Al final nos hemos tenido que retirar al otro lado del Jarama, más muertos que vivos y con la moral por los suelos.*

En la base de partida nos han recibido los brigadistas americanos del Batallón Abraham Lincoln, recién llegados de Albacete, a los acordes de **The red river valley.** *El valle del Jarama no es propiamente rojo (más bien pardo y ocre), pero no tardará mucho en serlo, regado con la sangre de media Europa. Pero la canción es muy bonita y hace que a uno se le salten las lágrimas.*

Los americanos gastan excelentes uniformes de paño y buenas botas de cordones. A su lado parecemos una tribu de gitanos andrajosos. El batallón lo manda un profesor universitario, alto y con gafas, que se llama Bob Merriman y luce una guerrera que parece cortada por un sastre de Savile Row. Un yanqui pelirrojo nos saluda con el puño cerrado y nos pregunta, muy sonriente, si entre nosotros hay alguno de Leeds.

-¡Bien venidos a los mayores mataderos de Europa, maldito idiota! – le ha contestado Bill Harrington con malos modos.

No le falta razón.

Javier pasó rápidamente a Brunete. Le picaba la curiosidad por conocer las impresiones de sus enemigos en aquel encuentro épico de aquel ardiente y ya lejano verano.

Villafranca del Castillo, agosto de 1937

Después de aguantar tres jornadas infernales frente a Brunete, destrozados, hambrientos y muertos de sed, nuestra brigada ha sido retirada de la línea de fuego… para ser enviada otra vez a la boca del infierno, sin apenas darnos tiempo a quitarnos las botas ni echar un trago

de agua. La brigada en peso (mejor dicho, lo que quedaba de ella, pues incluso ha caído nuestro comandante Tom Wintringham) se ha amotinado dentro del mejor estilo de **El motín de la Bounty.** *Tapsell, el capitán que lo ha sustituido en el mando, se ha puesto inmediatamente de nuestro lado:*

-¡Aún no hace tres horas que estos hombres han venido de las trincheras y se los envía de nuevo a ellas! ¡Hubiera sido mejor no relevarlos!

-Lo sé tan bien como vosotros, camaradas -ha contestado el comandante Krieger, un alsaciano de aspecto brutal y cara de cerdo-. Pero ha sucedido algo imprevisto: los hombres del Segador han flaqueado en el frente y nosotros debemos llenar el hueco lo antes posible. La brigada debe volver a su puesto. La situación es muy grave. Cada uno debe volver al sector que tenía antes del relevo.

Los oficiales han bajado la cabeza y han ido a reunirse con sus hombres. Menos el capitán Tapsell.

-¡Me niego! ¡Yo no iré! ¡Es injusto! Los soldados están agotados, hartos de batirse por camaradas incompetentes que les vuelven la espalda. ¡Como si no tuvieran bastante con reparar lo que otros deshacen estúpidamente! Yo prefiero quitarme los galones antes que ordenarles que vuelvan al frente.

Krieger se ha indignado:

-¿Pero dónde se cree usted que está? ¿En una oficina? ¡Presentar su dimisión! Le ordeno que vaya inmediatamente a colocarse a la cabeza de su batallón. Después de la batalla examinaré su caso, y le juro que sus palabras no le van a servir para ir al paraíso precisamente.

-¡No voy!

-¿De modo que no se quiere batir? – ha preguntando el comandante Krieger, echando mano a su revólver.

-No antes de que mis hombres hayan disfrutado el descanso que se merecen.

-¿Es su última palabra?

-Sí.

El comandante Krieger le ha apuntado a la cabeza.

-A la una… a las dos… a las tres. ¿Es tu última palabra?

Tapsell ha inclinado la cabeza afirmativamente, convencido de que Krieger no cumpliría su amenaza. Pero Krieger le ha disparado a quemarropa. Habría muerto linchado por la brigada en peso si sus oficiales no lo hubieran defendido pistola en mano.

El suceso ha causado una conmoción enorme y la brigada ha sido conducida a Torrelodones bajo escolta armada, disuelta, y nosotros hemos sido distribuidos entre otras brigadas.

Añoro el lujo y las comodidades de Brandon Hall, sueño con el té en el jardín, en compañía de mis padres, jugar a croquet con mis hermanas vestidas de blanco y beber cerveza en los pubs de Horsham, y no puedo evitar el deseo de no haber venido jamás a España.

… noviembre de 1937

Esta noche pasada, Bert Moran, al mando de un pelotón, ha perdido gran parte de sus hombres por puro miedo, y le han formado consejo de guerra. Tendrá suerte si sale vivo. Giles tiene un cólico y anda doblado en dos, y sus ojos se han puesto peor. Le dije que viera al mayor Nathan y que entregara una nota al médico del batallón. Esta guerra lleva trazas de eternizarse. No es la aventura romántica resuelta en un par de meses que nos habíamos imaginado.

Como todas las mañanas, nos visitan aviones italianos. Vuelan bajo, formados en flecha, y nos arrojan bombas. Unos pequeños cazas rusos los hostigan y los obligan a retirarse. Todos menos uno, que cae envuelto en llamas. Gritamos. Los soldados de una compañía española disparan sus fusiles al aire y gritan **¡Olé!** *como tienen por costumbre. Un tripulante ha saltado del avión y baja en paracaídas. Unos brigadistas corren hacia él y lo fusilan cuando ha tomado tierra.*

Valencia, abril de 1938

La visita al cónsul inglés ha resultado totalmente infructuosa. Mr. Sullivan no nos puede repatriar. Está **very, very sorry.**

-Lo lamento muchísimo, pero no puedo hacer nada por ustedes. El lío en que se han metido no es sino consecuencia de sus propias decisiones.

¡Y pensar que para escuchar esta respuesta nos hemos fugado de la base de Albacete con el riesgo de que nos formen consejo de guerra por deserción y nos fusilen por las buenas! Es un fascista de mierda.

-Y ni siquiera tienen pasaportes.

Es inútil que le expliquemos que nos los retuvieron en París al alistarnos en las Brigadas Internacionales.

-¿Quiénes?

-Nuestros camaradas, el responsable…

-¡Valientes camaradas! Son ustedes unos ingenuos.

Sí, realmente, hemos sido unos ingenuos al creer las patrañas del partido comunista. Harry Pollit tenía razón: yo soy un muchacho corriente, de la clase adinerada, que ha tenido la desgracia de caer en manos de intelectuales desaprensivos, en fin, la clase de muchacho de la que el partido podría prescindir perfectamente.

Que ha **prescindido** *del embajador Rosenberg, de los generales Goriev, Kléber y de muchos más de cuyos nombres no me acuerdo, que han sido llamados a Moscú, juzgados, condenados y mandados fusilar, por trotskistas y contrarrevolucionarios, por el* **padrecito** *Stalin. Gefallen. El general Lukacs ha tenido suerte y ha muerto con honra frente a Huesca, de un cañonazo. Gefallen. Vivir para ver, como dicen los españoles. La Pasionaria, Líster y el Segador se han salvado, de momento. A ver cuánto duran.*

Harry Pollit tenía más razón que un santo. **Algo huele a podrido en Dinamarca.** *Confieso que la guerra de España me ha vuelto escéptico, pacifista. Era la vanidad por estar entre la minoría, contemplado por los ojos del mundo, lo que me trajo a esta tierra bella y atormentada. En nuestra ansia por construir un paraíso terrenal, nos engañamos burdamente con respecto a la Rusia de Stalin, y hemos aceptado estúpidamente los toscos y cínicos métodos de nuestro partido. Reconozco que mi sueño español estaba hecho de palabras no lo bastante fuertes para resistir la cruda realidad.*

Por supuesto, Giles y yo hemos sido detenidos, acusados de trotskistas, interrogados, conducidos a la cárcel y finalmente **repatriados** *a la base de Albacete, donde nos ha recibido monsieur André Marty, frotándose las manos con la mejor de sus sonrisas:*

-¿Qué tal ese permiso, **mes chers amis?**

Montblanch, octubre de 1938

Después de largas y pacientes horas dedicadas a observar su irritante comportamiento, he llegado a la conclusión de que la mosca española es más persistente, obstinada y tenaz que la mosca inglesa.

Una mosca española se posa, digamos, en una mano. Se la espanta. Pero un segundo después vuelve a posarse exactamente en el mismo lugar, y vuelve a hacerlo una y otra vez, sin cansarse nunca. Pero peor son los piojos.

A la hora de la siesta, mientras estábamos haciendo la digestión de los indigeribles garbanzos españoles, un pulcro capitán español, con unas brillantes botas y una gorra ladeada chulescamente, nos ha convocado a una **hora política.** *Todos hemos pensado que se la podía meter por el culo, pero el maldito bastardo nos ha obligado a ir a punta de pistola. Nos hemos sentado hoscamente a la sombra de unos olivos y un comisario político nos ha leído un artículo del* **Frente Rojo** *que, si no he entendido mal, afirma que el ejército de la República vence en todos los frentes. Incluso cuando se repliega.*

Después de que el intérprete ha hecho la traducción a cuatro o cinco idiomas, ha convocado un turno de preguntas. Mike Murray le ha preguntado cuándo nos iban a mandar a casa. Un canadiense de Toronto le ha pedido un par de calcetines. El hombre se lo ha tomado todo con bastante **fair play***, pero después nos ha obligado, también a punta de pistola, a cantar:* **Hemos venido a la soleada España a echar a los bastardos fascistas más allá de las montañas y de las llanuras.**

Hemos vuelto cantando, con voces desafinadas, **¡Ay, Carmela, ay, Carmela!***, una canción ramplona que se ha puesto de moda entre los brigadistas, seguramente porque la gran mayoría son españoles, desde que dejaron de venir voluntarios extranjeros.*

Montblanch es una ciudad amurallada, sumergida en intensas sombras azules, alrededor de una iglesia gótica y al pie de una gran montaña (nada que ver con el Montblanc de los Alpes).

La comida de esta base es insípida y monótona: pan duro, lentejas, garbanzos y, a veces, peces pequeños y arrugados con los ojos vidriosos, fritos en calderas de aceite.

Javier cerró la libreta con un gesto de indiferencia y se la guardó en el bolsillo de la guerrera. El fin del sueño español de un brigadista ingenuo que había acabado cayéndose del burro. Ni sí ni no, ni blanco ni negro, como en los acertijos infantiles. Era el predecible topetazo de un intelectual cuando se da de bruces con la realidad y todas sus

utopías se van a tomar por el saco. Intelectual no es sinónimo de inteligente, le había dicho Peter Turner en Sigüenza. ¡Pobre Peter!

En su actual estado de ánimo le tenían absolutamente sin cuidado los problemas y las motivaciones de la gente para apuntarse a guerras extrañas. Sólo que a Jack Mackaulay le había salido el tiro por la culata, metafóricamente hablando. El de veras se lo había pegado él. Cumpliendo órdenes superiores. Cuando la guerra terminara, se ocuparía de hacer llegar la libreta a sus padres en Brandon Hall, Rowlands Castle, Marlborough Heights, Horsham, West Sussex, England. O se la llevaría él personalmente. En el supuesto, claro está, de que llegara con vida a ese día venturoso.

Y, por cierto, ¿cómo se informa a unos padres atribulados de que uno ha fusilado a su hijo?

OceanofPDF.com

PARTE II – CAPÍTULO 18:
1936-1939

El enlace montó su atropellada BMW sobre el caballete y preguntó a los requetés que estaban ensillando sus caballos en la plaza mayor de la villa ducal de Montblanch:

–¿El capitán De Montcada?

Un requeté se lo señaló con los ojos.

–Allí.

No hacía ni veinticuatro horas que la *ciudad amurallada sumergida en intensas sombras azules, al pie de una gran montaña* (tal como el infortunado brigadista inglés Jack Mackaulay había descrito la capital de la Cuenca de Barberá, al pie de la sierra de Prades, provincia de Tarragona) había caído en poder de la 1 División de Navarra. La tarde anterior, los rojos la habían abandonado sin presentar batalla ni disparar un solo tiro. Las paredes de muchas casas todavía aparecían empapeladas con los pasquines de *Resistir es vencer,* pegados el pasado otoño. Cascos de acero, fusiles, cartucheras, trípodes de ametralladora, cajas de munición y otros componentes del equipo militar aparecían esparcidos desordenadamente por las calles, abandonados por los soldados rojos para no tener que cargar con ellos en la retirada.

Los vecinos, agrupados medrosamente bajo los pórticos de la plaza, miraban con una mezcla de temor y curiosidad a los requetés de la patrulla montada del Tercio de Montejurra, afanados en torno a sus monturas. Eran los primeros soldados nacionales que veían desde que había empezado la guerra, y estaban a la expectativa. De momento, aquéllos no daban trazas de empezar a tomar represalias ni buscar a los responsables del incendio de la iglesia de Santa María. Más bien se los veía contentos y con ganas de confraternizar con los vecinos. En especial, con las mozas.

El enlace se abrió paso entre los requetés y se dirigió a Javier:

–¿Capitán De Montcada?

–Yo mismo.

–Por fin lo encuentro, mi capitán. Me ha costado Dios y ayuda dar con su unidad -dijo el motorista, extrayendo un sobre de su bolsa de costado después de haberse despojado de sus largas manoplas de

cuero-. Una carta para usted. Es oficial, del Servicio de Información Militar.

–¿Es grave? – preguntó Javier, receloso.

–No lo creo, mi capitán -contestó el enlace, sonriente-. Por lo menos, a mí no me han dicho nada. Sólo que se la entregara en mano. Tampoco hay contestación. ¿Sería tan amable de estampar aquí su firma?

Javier firmó la hoja que le tendía el enlace.

–Muchas gracias, mi capitán.

–No se merecen.

Javier rompió el sello lacrado del Servicio de Información Militar del Ejército de Norte estampado en el remite del sobre, y extrajo dos sobres más pequeños, uno azul y otro con letra de su madre, con una tarjeta del coronel Soler-Ribot prendida con un clip. Decía:

Querido Javier:

Me alegraré de que esta vez sean buenas noticias. Mucha suerte y un abrazo,

Mauricio

Reconoció sin problemas la letra de Maite del sobre azul, pero disimuló la emoción que lo había asaltado repentinamente bajo una severa máscara de impasibilidad.

–Muchas gracias, cabo -dijo levantando la vista hacia el enlace que aguardaba de pie junto a su moto.

–No hay de qué, mi capitán -contestó éste saludando con marcialidad-. A sus órdenes.

Se calzó las manoplas, puso la moto en marcha con un par de enérgicas patadas, arrancó y desapareció con un sonoro petardeo bajo las arcadas de la plaza.

Javier se volvió hacia los requetés, que lo miraban con curiosidad. A los mozos no les había pasado por alto el detalle del vistoso sobre oficial, y que se lo hubiera traído y entregado en mano un enlace motorizado. Estaban intrigados.

–¿Se puede saber qué estáis mirando, papanatas? ¡Mejor será que os ocupéis de vuestros caballos! Sargento, compruebe que todo esté en regla, mientras yo echo un vistazo al contenido de este sobre. Dentro de un cuarto de hora estoy con ustedes.

–A la orden, mi capitán.

Javier tomó por una calleja, se alejó en dirección a la iglesia de Santa María y se sentó en las gradas de la mutilada cruz de término, frente por frente de la ahumada fachada barroca del templo, fuera del alcance de las curiosas miradas de sus hombres.

Primeramente leyó la carta de su madre. De no haber estado sentado, se hubiera tambaleado bajo el impacto de su texto. El corazón le dio un vuelco. ¡Blanca vivía! ¡Estaba en «La Encina», con el Paparro y la Carmeta, tal como había sospechado desde el principio de la guerra! Pero ¿cómo? ¿Y en qué estado? Los siniestros presentimientos, que nunca habían dejado de roerle la mente como ratas tenaces, cayeron como una pesada losa sobre su alegría inicial.

Dobló lentamente la carta, la introdujo en su sobre y se la guardó en el bolsillo superior de la guerrera.

Luego miró con aprensión el sobre azul, sin atreverse a abrirlo, pese a las seguridades que su madre le daba en su carta: *Maite te quiere y te está esperando.* Su roce le abrasaba como un hierro candente. No tenía ningún derecho a abrirlo y leer la carta de Maite. Él era indigno de Maite. Y culpable de las amargas lágrimas que ella habría vertido por su culpa. Que hubiera tenido el detalle y el valor de escribirle lo llenaba de vergüenza y confusión. Tras muchas luchas internas, se armó de valor y rasgó el sobre azul con la navaja suiza de tío Josemari. Empezó a leer:

Querido Javier:

Te ruego que no me tomes por una entrometida que se mete donde no la llaman. Te escribo porque tu madre me lo ha pedido. Ha venido expresamente a París y me lo ha contado todo. Incluso me ha dejado leer la carta que Soledad te escribió antes de morir, y yo soy tan tonta que no pude evitar que se me saltaran las lágrimas. Pensaba que la odiaba por todo el mal que me había hecho, pero lo que cuenta es tan espantoso que me dejó el corazón en un puño, como decís los españoles. Me ocurre lo mismo que a tu madre: aun sabiendo que era enemiga vuestra y culpable de muchas muertes, no le guardo rencor, sino que siento una pena muy grande por ella y por su terrible final. Aunque sólo fuera por el detalle de acordarse de mí, de pedirme perdón y de que volvieras y te casaras conmigo (no creas que no me he sentido violenta leyendo vuestras intimidades).

Querido Javier, no puedo reprocharte que te enamoraras de ella. Mi padre me ha explicado que estas cosas ocurren en las guerras, y que todos los heridos, tarde o temprano, acaban enamorándose fatalmente de sus enfermeras, sobre todo si son tan guapas como Soledad. Él tampoco te guarda ningún rencor por lo ocurrido ni se siente menos amigo tuyo. No puedo decir lo mismo de mi madre, que aún sigue mosqueada. Sucedió lo que tenía que suceder. ¿Qué podía hacer yo, una insignificante colegiala, frente a una mujer hecha y derecha, a mil kilómetros de distancia? Tu madre me ha contado también que tú nunca te insinuaste ni tomaste la iniciativa. La misma Soledad lo confirma cuando dice que tú **te defendiste como un gato panza arriba.** *Te lo agradezco mucho. Pero cuando una mujer se lo propone, acaba sucediendo lo que tiene que pasar. Las mujeres podemos ser muy malas cuando queremos. Si yo hubiera sido tu enfermera, la habría tenido a raya.*

Siento mucha pena por ti. Me imagino perfectamente lo que habrás sufrido, y estarás sufriendo, porque yo misma he pasado por este trance tan doloroso. Y no te tomes esto como un reproche; es sólo un comentario, o la constatación de un hecho. Yo no te reprocho nada ni te guardo rencor, porque todavía te quiero y te perdono de todo corazón, aunque no está bien que las chicas digan estas cosas. Como también he perdonado a Soledad.

Me gustaría y te agradecería mucho que me contestaras. Un par de líneas. Sólo para decirme que estás bien y que piensas un poco en mí.

Me harías muy feliz. Yo rezo mucho por ti, para que no te ocurra nada, sobre todo ahora, que parece que la guerra por fin se está acabando. Puedes escribirme, sin compromiso alguno por tu parte, como si fuera una amiga tuya.

Siempre tuya,

Maite

Javier carraspeó muy confuso y alzó los ojos hacia los boscosos contrafuertes de la sierra de Prades, que se perfilaba bajo un manto de nubes grises. Lo había asaltado una oleada de dolor y arrepentimiento, amarga y profunda como el mar. Se le había hecho un nudo en la garganta. Si no estaba al borde de las lágrimas, le faltaba muy poco. De hecho, estaba llorando.

Aquellas pocas, valientes y conmovedoras líneas lo habían hecho sentirse, una vez más, avergonzado, indigno y miserable como una rata de alcantarilla. Notaba un dolor muy peculiar en la boca del estómago, hecho a partes iguales de remordimientos, amor y gratitud. Maite era demasiado buena, demasiado generosa, demasiado indulgente. Él no se merecía su compasión. Y mucho menos, su amor. Ni siquiera merecía que se acordara de él. Tampoco le servía de consuelo ni justificación que Soledad en persona le hubiera pedido que volviera a buscarla. ***Vuelve con ella. No es bueno sufrir solo.*** **Un consejo más fácil de dar que de poner en práctica. ¿Con qué cara iba a mirar a Maite? ¿Y sostener su mirada? Requería más valor y decisión que asaltar un parapeto erizado de ametralladoras. Pero, sí, claro que le escribiría. Era su obligación. Por simple cortesía. Aunque sólo fuera para contestar a su carta y decirle que, una vez acabada la guerra, se arrastraría hasta ella a suplicar su perdón y su clemencia, como un vulgar hijo pródigo, y le diría, puesto de rodillas:** ***Maite, soy un gusano miserable indigno de ti, he faltado a la palabra que te di y puedes enviarme al infierno, que me lo tengo bien merecido.*** **Se lo diría con estas o parecidas palabras. Se pondría en sus manos. Y que ella dispusiera de él como se le antojara. Entendería perfectamente que lo enviara a la mierda. Estaba en su perfecto derecho. Lo aceptaría. Y cumpliría sin rechistar la penitencia que le impusiera. Peregrinar descalzo a los Santos Lugares, por ejemplo. O lo que se le ocurriera. Cualquier castigo le parecería poco. Se lo tendría merecido.**

Javier se sorbió los mocos, introdujo torpemente la carta en el sobre y la guardó en el bolsillo superior de la guerrera, junto con la de su madre.

En la plaza lo esperaban los requetés formados, ya en orden de marcha.

El sargento Carmona acudió a su encuentro.

–¿Noticias de casa, mi capitán?

–De una vieja madrina de guerra -contestó Javier sin sentirse molesto ni ofendido por la confianza y la curiosidad del sargento.

–Me alegro. No sé lo que seríamos sin ellas.

–¿Todo en orden?

–Todo en orden, mi capitán.

Javier montó el caballo que le traía Félix Larraz de la brida, ordenó las riendas entre los dedos y mandó:

–¡Adelante!

Con los ojos contraídos por la rabia y la amargura, el Segador, desde lo alto del talud de la carretera de Santa Coloma, pasaba revista a los maltrechos restos de su división, que cruzaba las revueltas aguas del Ter por el puente del Pasteral. Líster, víctima de un repentino ataque de pánico, había volado el gran puente de Sarriá de Ter, en la Nacional II, sin esperarlos a ellos. El último, que arree, se habría dicho después de prender fuego a la mecha. ¡El muy hijo de perra! ¡Cobarde de mierda! Era evidente que su lema, *resistir es vencer,* no rezaba con él.

Esta voladura intempestiva los había obligado a dar un rodeo de veinte kilómetros y subir a buscar el puente del Pasteral, mucho más angosto y peor comunicado que el de Sarriá de Ter. Pero la cosa ya no tenía remedio. Tenían al enemigo en los talones.

Desde donde estaba podía ver a sus artificieros colocando las cargas de demolición en las pilas de sillería rojiza del puente, que él volaría cuando hubiera pasado el último de sus hombres. Él en persona. Aunque sólo fuera para restregárselo por los morros al engreído cantero gallego.

El Segador no abrigaba ninguna esperanza ni se hacía demasiadas ilusiones. Era el amargo final del sueño de una noche de verano.

El 4 de febrero, Gerona había caído en poder de la 4 División de Navarra; Barcelona, ocho días antes. Y por las informaciones que había recibido, los barceloneses habían tributado a los facciosos un recibimiento tan cordial y entusiasta que había asombrado a sus propios mandos. Y habría asombrado al mismo Companys de haber estado presente. El presidente no había conseguido galvanizarlos ni convertir el Llobregat en un segundo Manzanares. Ante el temor a ser capturado por los nacionales, se había olvidado de sus vibrantes consignas de *¡Exaltación bélica y voluntad inflexible!,* y había huido con el rabo entre las piernas. A estas horas ya se habría reunido con el doctor Negrín y el presidente Aguirre en los sótanos del castillo de San Fernando de Figueras para tratar de salvar lo insalvable.

Perdida Cataluña, la derrota de la República estaba sellada. La tardía ofensiva de Peñarroya, montada por el Ejército del Centro como maniobra de distracción, no había servido para nada. En cinco días, los nacionales habían recuperado el terreno perdido. Los blancos, reconocía el Segador, volvían a tener la sartén por el mango, y no tardarían mucho en hacerles pagar las humillaciones sufridas a sus manos y reducirlos de nuevo a la categoría de jornaleros. Los versos de Miguel Hernández resonaban en sus oídos una y otra vez: *¿Quién habló de echar un yugo sobre el cuello de esta raza?* No sería el suyo, por supuesto. Él no se rendiría jamás. Y, si tan mal se presentaban las cosas, le quedaba la oportunidad de llegarse hasta Rusia y aceptar la oferta que le habían hecho los comunistas rusos de estudiar en la academia Frunze de Moscú y ostentar un rango militar de acuerdo con los méritos que había adquirido en la campaña española.

Los soldados marchaban en silencio, arrastrando los pies, con el estigma de la derrota impreso en sus frentes abatidas, los uniformes destrozados, con las mantas en bandolera, sin armas muchos de ellos, otros apoyados en muletas. Algunos, muy pocos, levantaban el puño al pasar y lo saludaban animosamente, como en los viejos tiempos de la campaña aragonesa, cuando el sol de la victoria resplandecía en sus banderas rojinegras.

–¡Salud, Segador!

–¡Salud, camaradas!

Pero la mayoría caminaban con la cabeza inclinada, sin levantar los ojos del suelo.

En circunstancias normales, cruzar la división al otro lado del río les habría llevado poco más de una hora. Pero la riada de fugitivos procedentes de Barcelona y su provincia, cargados con sus enseres, en carros, a pie, en camionetas, en simples carretillas de mano, unida al inquietante tronar de la artillería enemiga que se oía en la distancia, eternizaba la operación y aumentaba el nerviosismo de la tropa. La calzada era estrecha y todos querían pasar al mismo tiempo.

Ahora, un automóvil negro, con el guión de la *Generalitat* en el guardabarros, se había detenido justo en el centro del puente provocando un nuevo atasco. El chófer, un funcionario alto y delgado, con sombrero y un abrigo azul, y su mujer, una rubia envuelta en

pieles, se habían apeado y se esforzaban en empujarlo a fuerza de brazos, sin hacer caso de las protestas de los soldados que venían detrás con los camiones de la impedimenta de la división.

–¡Dejad paso, estúpidos!

El funcionario pedía ayuda.

–¡Echadme una mano, por favor!

–¡Sí, hombre, para eso estamos!

El Segador fue hacia ellos.

–¿Qué ocurre?

–Que este paisano estorba el paso -le informó un sargento con una metralleta en bandolera.

–Llevo documentos de la máxima importancia para entregar en mano al presidente Companys en Figueras -explicó el funcionario con tono melifluo.

–¿Y nosotros qué somos? – tronó el Segador-. ¿Basura?

–Por favor, empujadnos hasta el otro lado del río y trataré de encontrar alguna estación de servicio.

–¡Estás tú bueno si piensas encontrar una estación de servicio! ¡Al agua con el coche!

–¡No se atreverá! – lo retó el funcionario.

La mujer lo miraba suplicante desde la altura de sus elegantes zapatos manchados de barro.

–¿Que no me atreveré, enchufado de mierda? ¡Echadme una mano!

Fue el primero en poner las manos bajo el chasis del coche.

–¡Venga, ya! ¡Todos a una!

Entre todos levantaron el automóvil hasta el pretil del puente, donde permaneció oscilando unos segundos. Un empujón final lo precipitó puente abajo y cayó al Ter con un sonoro chapoteo. Habría sido un espectáculo muy divertido de ver, si no hubiera sido por la amenazadora proximidad del enemigo.

Visto lo cual, el funcionario del abrigo azul se sacó un revólver del bolsillo y se disparó un tiro en la sien, ante la mirada horrorizada de su mujer.

Los soldados no le prestaron demasiado caso.

–No tendría la conciencia muy tranquila -dijo uno que andaba apoyado en muletas y llevaba la cabeza vendada.

Despejado el obstáculo, continuó el laborioso cruce del puente.

La mujer del funcionario se quedó llorando, sentada en el pretil. Algunos soldados la animaron a acompañarlos.

–¡Vente con nosotros, guapa, que nos harás compañía en estas noches tan frías!

El Segador la ignoró y urgió a sus hombres:

–¡De prisa, de prisa, que no hay momento que perder!

Ya había pasado el grueso de la división con toda su impedimenta, la artillería y el convoy de los heridos, cuando la súbita aparición de un destacamento de caballería nacional entre los pelados plátanos de la carretera de Santa Coloma, a doscientos metros escasos, desató el pánico, y el artificiero encargado de la demolición del puente accionó precipitadamente la palanca de detonador.

El arco central saltó por los aires y sus gruesos fragmentos cayeron en la rápida corriente del Ter, que bajaba muy crecido, dejando en la orilla derecha al Segador, a dos miembros de su Plana Mayor y a un puñado de soldados.

El estampido sumió al Segador en estado de trance, como si una mano invisible hubiera accionado un interruptor en su cabeza. Aturdido, se masajeó las sienes y contempló con gesto ausente el hueco abierto en la calzada del puente. Aquel estúpido artificiero les había cortado la retirada a Francia por Gerona. Mejor así. Ahora tendría que retirarse río arriba, por el desfiladero del Ter, en dirección a las Tierras Altas de Requesens, desde donde le llegaban voces misteriosas. ***Te estoy esperando,*** **Sisco -decía la mujer del cuadro, reclinada voluptuosamente en un diván de seda, apenas cubierta con un velo de gasa, con una sonrisa lasciva en los labios y los ojos brillantes de deseo-.** ***¿A qué esperas para hacerme tuya?*** **Lo invadió una oleada de lujuria. La follaría hasta la extenuación, como había hecho con su tataranieta. Y después se la entregaría a sus hombres. Claro, tenía que llegarse a La Fontana y agenciarse el cuadro de Goya que se guardaba en el pabellón de caza. Aquel providencial rodeo por las Tierras Altas de Requesens le permitiría cruzar a Francia con una fortuna bajo el brazo. ¿Cómo se le había podido olvidar?**

Se frotó por los ojos.

–¿Te encuentras bien, Segador? – le preguntaba Marcos Berrocal, su comisario político, al percatarse de su mirada extraviada y su expresión alucinada.

El Segador lo miraba sin reconocerlo. Luego recobró la lucidez, con la misma rapidez con que la había perdido.

–Sí, ahora lo entiendo -dijo hablando consigo mismo.

–¿Entiendes qué?

–Sí, ahora lo entiendo -repitió maquinalmente.

–Lo que sea, pero será mejor que nos apresuremos, si no quieres que nos alcancen los facciosos.

Ya se oía el inquietante repiqueteo de los cascos de los caballos del destacamento enemigo en el asfalto de la carretera.

Marcos Berrocal emplazó su fusil ametrallador y disparó varias ráfagas a los jinetes nacionales, obligándolos a echar pie a tierra y ponerse a cubierto detrás de una casilla de peones camineros, proporcionándoles unos preciosos minutos de ventaja.

–Ven, vamos -lo apremió el Segador.

–¿Adónde?

–A Requesens.

–¿A Requesens?

–Sí, a Requesens. No protestes. Anda, vamos, no te arrepentirás, te lo prometo.

–¿Conoces el camino?

–Sí, por allá -indicó el Segador, señalando un camino de herradura que arrancaba desde la carretera en dirección al tajo entre las montañas por donde el Ter desemboca en la llanura de Gerona después de haberse abierto paso por el abrupto desfiladero de Las Guillerías.

El comisario político se encogió de hombros.

–Si tú lo dices…

El Segador reunió a los supervivientes de su división, los arengó, y enfiló el congosto del Ter, al amparo de las achubascadas ráfagas de aguanieve que empezaban en densas cortinas.

Pero no sin que antes Javier hubiera reconocido la inconfundible silueta de su enemigo perdiéndose entre la cellisca.

–Vete preparando, hijo puta -masculló con los dientes apretados-. Espera un poco y verás lo que es bueno.

Por un momento había estado tentado de ir tras él, sin pedir permiso al comandante del Tercio ni dar explicaciones a nadie. En última instancia, lo había contenido el sentido del deber, las órdenes recibidas y la disciplina militar, y había aguardado, impaciente, la llegada del comandante Errasti, que ahora venía al frente de las avanzadillas de la división.

–¿Qué ha sido esa detonación que hemos oído hace un momento? – preguntó don Alonso.

Javier le mostró el hueco causado por la explosión de las cargas de dinamita en la calzada del puente.

El comandante Errasti se asomó a las revueltas aguas del Ter, que lamían furiosamente los pilares del arco volado, y torció el gesto.

–¡Maldita sea! Ahora tendremos que esperar la llegada de los pontoneros para poder cruzar nosotros.

A Javier se lo comían los nervios. Mientras ellos discutían y trazaban planes, el Segador ponía tierra por medio. Ahora o nunca. Era la última oportunidad que se le presentaba de acabar con el violador de su hermana, antes de que el maldito hijo de puta consiguiera pasar a Francia y ponerse a salvo al otro lado de la frontera. Descontando el asalto a la loma del Espolón de Brunete, nunca lo había tenido tan cerca. Esta vez no se le escaparía. Se decidió.

–Mi comandante, ¿no le importaría que fuera tras el Segador?

–¿Qué dice usted, capitán? – preguntó el comandante Errasti, muy sorprendido.

–Que quisiera perseguir y dar alcance al Segador.

–¿Dónde lo ha visto usted?

–Estaba aquí mismo, con un puñado de sus hombres, a los que no les ha dado tiempo a cruzar al otro lado y han huido, río arriba. Si no fuera porque me he detenido a esperarlos a ustedes, a estas horas ya le habría dado alcance.

El comandante Errasti se lo quedó mirando con la duda reflejada en su semblante.

–¿Está seguro de que era él?

–Segurísimo, mi comandante. Su jeta de mal nacido no se me olvida así como así. Déjeme ir tras él. Se lo pido por favor, mi comandante, por lo que más quiera. Tengo una cuenta pendiente con él.

El comandante pareció reflexionar unos segundos.

–De acuerdo, capitán De Montcada. Pero vamos a esperar hasta mañana por la mañana. Entre otras cosas, para dar tiempo a que se nos reúna el grueso de la división. A los de la Intendencia no les da tiempo de seguirnos con sus cocinas de campaña. Que sus hombres descansen y coman un bocado. Deben de estar agotados.

–¡Pero, mi comandante, se nos va a escapar el Segador!

–Figuraciones suyas, capitán, ellos van a pie y ustedes a caballo. Déjelos que se confíen para poder caer sobre ellos cuando menos se lo esperen.

Dominando sus nervios y su impaciencia, Javier tuvo que tascar el freno y esperar a la madrugada siguiente para salir tras las huellas del Sisco.

El viento agrio de la guerra llevó a «La Encina» el retumbar apagado de la batalla de Cataluña y sumió a Blanca en un doloroso mutismo.

Sus sensibles antenas captaban las vibraciones que emitía su hermano con creciente intensidad. Javier se acercaba a Requesens. Presentía su llegada. Encontrados sentimientos asolaban su ánimo. Por una parte, se moría de ganas de arrojarse a sus brazos, de fundirse con él, de recobrar el tiempo pasado. Por otra, le espeluznaba la idea de que la encontrara con su hijo en brazos y, ella en persona, tuviera que informarle de la identidad de su padre. ¿Cómo iba a reaccionar su hermano? No tenía ni la más remota idea. ¿La rechazaría como a una apestada? ¿Se haría cargo de su desgracia y la perdonaría? ¿Acogería favorablemente a Salvador?

De resultas de estas angustiosas cavilaciones, Blanca vagaba inquieta y ceñuda por la masía, respondía con monosílabos cuando se le preguntaba y atendía a sus faenas como una autómata. Con María no cambiaba más palabras que las precisas.

El Paparro y la Carmeta la observaban, preocupados, temiendo una recaída.

El tiempo era frío y borrascoso. Medio metro de nieve cubría el Señorío de Requesens. El viento arrancaba graves sonoridades al bosque, que mugía como un órgano pulsado por los dedos de un gigante. De vez en cuando, la rama de un abeto cedía y dejaba caer su

carga de nieve con un plof apagado. Todos los arroyos, las fuentes y los estanques se habían helado. Llevados por el hambre, los zorros se habían acercado a la masía en busca de basura y restos de comida. Los jabalíes no se recataban de hozar en los patatales del huerto, ocasión que aprovechó el Paparro para cazar un buen par de cochinos que pasaron inmediatamente a engrosar el puchero familiar después de que la Carmeta los tuvo en adobo un tiempo prudencial. Cualquier tipo de alimento era bien recibido por los hambrientos robinsones de «La Encina».

Una tarde, la payesa sorprendió a Blanca a solas. María y Salvador habían salido a dar de comer a los conejos, una faena que fascinaba al niño. El Paparro y el Josep habían bajado a Manlleu con el carro cargado hasta los topes con trigo y patatas para intentar cambiarlos por azúcar, vino, aceite o lo que fuera, y no estarían de vuelta hasta no se sabía cuándo. Cuando el temporal de nieve se lo permitiera. Blanca estaba cosiendo junto al fuego, con expresión pensativa y el ceño dolorosamente fruncido. Tenía sobre la falda unos pantalones de su hijo que estaba remendando por enésima vez.

La Carmeta acercó una silla a la suya y se sentó a su lado.

–Bueno, Blanca -le preguntó con paciencia-. ¿Me podrías explicar qué te ocurre?

–No me ocurre nada -respondió la joven evasivamente sin levantar los ojos de la labor.

–Si no te ocurre nada, ¿me podrías explicar entonces por qué gastas ese genio de los demonios, si se puede saber?

–Eso es cosa mía -replicó Blanca secamente.

–Tuya y nuestra. Todos vivimos en la misma casa y todos hemos de esforzarnos un poco para hacer la convivencia más amable, ¿no te parece? ¿No podrías alegrar un poco esa cara? Precisamente ahora, que por fin parece que las cosas se van a arreglar.

–¿Arreglar para quién? – inquirió Blanca con amargura, alzando los ojos de la pequeña prenda infantil.

–Para ti, para nosotros, para todos. La guerra se va a acabar muy pronto.

–Pues no, no me alegra nada.

–Pues deberías alegrarte y dar gracias a Dios al pensar que dentro de muy poco podrás abrazar a tu madre y a tus hermanos.

–Eso es precisamente lo que pretendo evitar. ¡No los quiero ni ver!

–¡Cómo puedes decir eso! – se escandalizó la Carmeta-. ¡Se trata de tu propia familia! ¡De tu propia madre!

–¿Ah, sí? – se le encaró Blanca, irritada-. ¿Y con qué cara crees que la voy a recibir? ¿Me lo podrías explicar? ¿Cómo quieres que me presente ante ella con este bastardo en brazos y que la gente la señale con el dedo? ¿Qué quieres que le diga? *Mira, mamá, te presento a tu nieto Salvador, el hijo del Sisco; sí, ya sabes, el asesino del abuelo y el violador de tu hija.* -Blanca estalló en sollozos, dejó la labor sobre su falda remendada y se tapó los ojos con las manos.

–¡Es tu hijo! – protestó la Carmeta.

–¡Y del diablo! ¡No te olvides!

La payesa puso una mano en el hombro de Blanca y esperó pacientemente a que pasara la crisis.

–Blanca, no te tomes así las cosas. ¿O es que no te acuerdas de que Salvador es hijo mío y del Paparro?

–¡Mentira! – protestó Blanca con vehemencia-. ¡Eso es mentira! ¿Tú crees que mi madre y Javier son ciegos? Les bastará mirar un segundo a Salvador para darse cuenta de la patraña. Podría pasar muy bien por Gonzalo cuando era pequeño… sólo que un poco más moreno.

La payesa la sacudió enérgicamente por el hombro.

–¡Blanca, escucha! ¿Cuándo querrás comprender, de una vez por todas, que tú no tienes ninguna culpa de lo ocurrido?

–No tengo la culpa, pero he parido un bastardo, que es mucho peor -y Blanca redobló los sollozos.

La Carmeta la miró compasivamente, mientras se exprimía el caletre para encontrar alguna palabra de consuelo. Pero no se le ocurrió ninguna. Bien mirado, la chica tenía toda la razón del mundo, por más vueltas y excusas que ella quisiera darle al asunto y dorarle la píldora.

Ahora Blanca tenía la vista fija en las llamas del hogar. Al cabo de unos segundos dijo con voz sorda, hablando consigo misma:

–Cada día que pasa, comprendo mejor a mi tatarabuela Elisenda… y creo que voy a hacer lo mismo que ella.

–¡Calla y no digas más disparates, desgraciada! – saltó la Carmeta, indignada-. ¡Eso que acabas de decir es un pecado gravísimo del que tienes que arrepentirte inmediatamente! ¡Sólo Dios es dueño de nuestras vidas!

Blanca la miró torcidamente, con ojos enrojecidos.

–¿Y qué sabes tú de pecados? Aquí la única pecadora soy yo, y es justo que pague la penitencia. Estoy apestada -concluyó sombríamente-. No quiero vivir más, lo he decidido.

La payesa levantó una mano con gesto amenazador.

–¡Te prohíbo terminantemente que hables así! ¡Quítate inmediatamente esa espantosa idea de la cabeza! ¡Vergüenza debería darte decir semejantes barbaridades! ¡Mientras estés en mi casa, harás lo que yo te ordene! ¿Estamos?

La entrada de María y Salvador en la pieza puso fin a la conversación. El niño corrió torpemente a los brazos de su madre, que lo acogió con ternura desacostumbrada, ante la mirada complacida de la Carmeta.

–Mamá, la coneja me ha mordido -explicó con su lengua de trapo.

–¿Y tú qué le has hecho? – preguntó Blanca.

–Nada, sólo quería cogerle un conejito.

–A la coneja no le gusta que le cojan sus conejitos.

–¿Por qué?

–Porque tiene miedo de que les hagan daño.

–Yo sólo quería acariciarlo un poco.

–Pero la coneja no lo sabía. A ver, ¿dónde te ha mordido?

El niño alzó un dedito sin rasguños de ninguna clase.

–Aquí.

–Esto lo arreglo yo en seguida. – Blanca hizo unos pases mágicos con las manos y dijo-: Cura, curita sana, si no te curas hoy, te curarás mañana. ¿Ves? Ya estás curado.

El niño se quedó admirado.

A la mañana siguiente, Blanca se ocupó de dar el desayuno a su hijo, de ordeñar las vacas, de poner orden en la cocina y de preparar la comida de los cerdos. Parecía que se había olvidado de sus amenazas de la víspera, proferidas en uno de sus usuales momentos de ofuscación. Con Salvador se mostró particularmente atenta y cariñosa. La

Carmeta suspiró, aliviada, y decidió que no comentaría con su marido su salida de tono, pues bastantes preocupaciones tenía el pobre con sacar la casa adelante en aquel terrible invierno.

Blanca esperó pacientemente a que la payesa se confiara y, a primeras horas de la tarde, se las ingenió para quedarse a solas con su hijo. La Carmeta y su hija habían salido al granero y estaban muy ocupadas disponiendo el pienso en los pesebres de las vacas, que no entendían de guerras y reclamaban sus raciones diarias de comida.

El niño se entretenía en el suelo de la cocina arrastrando el tosco carrito que le había construido el Paparro.

Blanca lo llamó, y Salvador acudió inmediatamente a su lado tendiéndole las manitas.

–¡Mamá!

Sin mediar palabra, Blanca lo abrazó estrechamente, manteniéndolo largo rato apretado contra su pecho. El niño, muy sorprendido, le echó los brazos al cuello.

–Salvador, ¿verdad que me quieres mucho? – preguntó Blanca con voz llorosa.

El niño asintió con una cabezada, se apartó un poco y señaló con un dedo sucio las lágrimas que se deslizaban por las mejillas curtidas de su madre.

–Mamá, pupa.

–Sí, hijo, mamá, pupa; mucha pupa. Pero tú la querrás siempre, ¿verdad?

Salvador volvió a asentir.

–¿Aunque mamá haga una cosa horrible?

–Sí -asintió el niño sin entender nada.

–Te quiero, Salvador -dijo Blanca, volviéndolo a abrazar con fuerza-. Tu mamá te querrá siempre.

El niño se estuvo muy quieto, acurrucado en sus brazos, con la cara pegada a la de su madre.

Después de unos segundos, Blanca lo apartó bruscamente.

–Y ahora sé bueno y sigue jugando.

El niño volvió a sus juguetes, mientras Blanca rellenaba sus zuecos con paja y descolgaba la tosca pelliza de piel de cordero de la percha

del zaguán. Después de que se la hubo puesto, se inclinó y abrazó a su hijo por última vez.

–Adiós, Salvador, sé bueno… y cuando llegue tu tío Javier, le das un abrazo muy fuerte… y le dices que lo quiero mucho y que me perdone. ¿Lo harás?

El niño asintió con una cabezada, por pura fórmula.

Blanca rompió el abrazo, empujó la puerta, salió de la casa y asegurándose de que nadie la veía, echó a andar camino de Requesens adelante.

Un sol triste resbalaba sobre la campiña invernal. Mirando nerviosamente a ambos lados y atrás, Blanca se apresuró a lo largo del sendero. Quería adelantarse al regreso del Paparro y de su hijo para no tener que cruzarse con ellos. El Paparro le habría mandado dar media vuelta inmediatamente. Como un fantasma furtivo, Blanca cruzó por entre los campos yertos, remontó la cuesta del bosque, cruzó la Selva Negra catalana y se sumergió en la garganta sombría que ahora no le inspiraba ningún temor. La terrible decisión que había tomado no dejaba ningún espacio a temores de ninguna clase. Una costra de nieve helada crujía bajo sus zuecos. En las zonas de sombra, allí donde no había dado el sol, se hundía penosamente en dos palmos de nieve polvo. El esfuerzo la hacía jadear.

Tras dos horas de penosa caminata, cruzaba el puente de piedra del molino viejo. El arroyo de Requesens callaba bajo su coraza de hielo negro. La tarde de febrero moría entre rojos celajes. Conforme se acercaba al castillo, Blanca sentía aumentar la intensidad de las radiaciones emitidas por su hermano. Debía apresurarse si no quería encontrárselo.

La verja del parque estaba abierta de par en par, como si hubiera estado esperándola para darle la bienvenida después de su larga ausencia. Blanca la cruzó, sin poder evitar un estremecimiento, y se adentró resueltamente por el camino, dejando en la nieve las huellas menudas de sus zuecos. Un poco más allá rodeó un gran cedro atravesado en la calzada, que Blanca identificó en el acto como el mismo cedro que habían abatido los segadores para cortar el paso a su madre y a sus hermanos.

Al final de la alameda, la visión de los calcinados muros y torres del castillo perfilándose contra el oro y cinabrio del frío crepúsculo invernal la hizo desfallecer y tuvo que apoyarse en el tronco de un castaño. Su imaginación sobreexcitada creyó percibir un imaginario coro de gritos, risas y conversaciones resonando en la explanada. El sudor producido por la caminata se le había helado contra el cuerpo y ahora le hacía dar diente con diente.

Sobreponiéndose a su debilidad, abandonó la contemplación de aquellos parajes queridos, cruzó rápidamente por delante de la fachada principal del castillo y, rodeando su ala izquierda y la torre de los Arqueros, enfiló con decisión las escalinatas que bajaban a La Fontana.

Los antaño bien cuidados jardines presentaban un aspecto salvaje y descuidado. Zarzales, ortigas y malas hierbas habían invadido los arriates de flores y amenazaban con ahogar los rosales que con tanto cariño cuidaba su madre. Nada en aquella gélida desolación permitía evocar los cálidos y felices días veraniegos en compañía de sus hermanos. Como si nunca hubieran existido. La cascada se había convertido en una silenciosa catarata petrificada. Los chorros de agua se habían helado en las bocas de los tritones. Una gruesa placa de hielo gris cubría la superficie del estanque.

Posados en las almenas de la torre del homenaje, un bando de grajos, semejantes a un coro de enlutados testigos, crascitaron molestos por la irrupción de la joven en sus sombríos dominios: Grac-grac-grac.

Blanca, impulsada por una fuerza irresistible, volvió la cabeza y echó un rápido vistazo al pabellón de caza, a su espalda. La puerta estaba entornada, pero sabía que bastaría un leve empujón para que acabara de abrirse y le permitiera atisbar el dorado escenario de su violación. Desistió de hacerlo. Como un rayo aniquilador, cruzó por su cerebro el recuerdo de aquellos minutos atroces.

Ayudándose con las manos, se encaramó a un tritón y se irguió sobre los pies, manteniéndose precariamente en equilibrio. Por última vez, su mirada se deslizó por la atormentada silueta del castillo. Luego inclinó la cabeza, unió sus manos sobre el pecho y musitó:

–Perdón, mamá, perdón, Javier, perdón a todos…

Y saltó hacia adelante con brusca decisión.

La placa de hielo se partió con un seco chasquido que provocó la airada protesta de los grajos, que graznaron ásperamente y alzaron el vuelo con negro revoloteo de alas. Blanca desapareció rápidamente por el boquete. A los pocos segundos, su mano surgió de las aguas, y sus uñas, rotas por el duro trabajo campesino, arañaron débilmente la resbaladiza superficie de hielo, tratando de asirse a los mellados bordes del agujero. Agotada por el esfuerzo, el frío y la falta de aire, Blanca no tardó en abandonar el intento, y su mano desapareció bajo las oscuras olas, sobre las que quedó flotando el zueco izquierdo entre pedazos de hielo.

Cuando se restableció la calma, los grajos volvieron a posarse en las almenas de la torre y ahuecaron las alas, muy irritados por el ruidoso incidente.

Y si me esperas, lo que tú quieras de mí conseguirás,
Maitetxu mía, Maitetxu mía, calla y no llores más.
Yo volveré a quererte, con toda el alma, Maitetxu mía,
y volveré a decirte las mismas cosas que te decía.

El popular zorcico, la vieja canción norteña, resonaba con belleza arrebatadora en el interior del corral, donde hombres y caballos se habían refugiado para pasar la noche a resguardo de la fuerte helada que estaba cayendo.

Javier la escuchaba desde la puerta, arrebujado en su capote, con la espalda apoyada en la tosca pared de piedra y la mirada perdida en las estrellas que tachonaban el cielo. El vendaval había escampado las nubes y los últimos restos del temporal. La canción le traía a la mente el recuerdo querido de Maite. Siempre la había tenido presente en sus pensamientos. Siempre. Ni siquiera en los momentos más apasionados vividos con Soledad la había olvidado por completo. Ella lo había perdonado, tal como le decía en la carta que guardaba muy cerca del corazón y que no perdía ocasión de releer cuando la ocasión se lo permitía. Se la sabía de memoria. Maite era buena, compasiva y generosa más allá de toda previsión. Pero a él, la vergüenza y los remordimientos seguían torturándolo. ¿Quién era él para pedirle que lo esperara? Él no tenía el más mínimo derecho a pedirle nada. Ni siquiera a saludarla. Ni a mirarla a la cara. Él no había sido juguete de las circunstancias. Él la había traicionado deliberadamente con

Soledad. Él era culpable, sin atenuantes ni paliativos de ninguna clase. ¿Podría volver a quererla con toda el alma, como proclamaba orgullosamente la vieja canción, decirle las mismas cosas que le había dicho? (su tío Josemari habría dicho que sí al instante). Y, en caso afirmativo, ¿podría Maite hacerle olvidar el cruel desgarrón dejado por Soledad? ¿Era verdad que el tiempo todo lo cura? Presentía confusamente que habrían de pasar muchos años para cicatrizar aquella dolorosa herida. Pero de lo que sí estaba seguro era de que, en aquellos momentos, de tener a Maite a su lado, la habría abrazado con toda el alma y se habría fundido con ella.

Javier anduvo unos pasos por la nieve, con las manos hundidas en los bolsillos del capote y el ceño fruncido, sumido en profundas y dolorosas meditaciones. *Tu destino está escrito en las estrellas del desierto y se cumplirá inexorablemente, hagas lo que hagas,* le había dicho tío Josemari en aquella ruidosa y abarrotada tasca de la calle Estafeta. Lo cual, aunque sonaba la mar de bien y muy profundo, bien mirado, no quería decir gran cosa. No obstante, levantó la vista al cielo y las estuvo interrogando con la mirada, largo rato, hasta que su fulgor helado le arrancó lágrimas de los ojos. ¿Estaba realmente su destino escrito en aquellas diminutas brasas azules que parpadeaban, indiferentes y lejanas, en el vasto abismo del firmamento?

Entonces cayó en la cuenta de que, atribulado por aquellas cavilaciones, había dejado de percibir los zumbidos emitidos por su hermana que lo habían acompañado a lo largo de toda la jornada. Se habían apagado por completo, y ahora, un silencio doloroso flotaba en el aire helado de la noche. Embargado por negros presentimientos, entró en el corral y se sentó en un rincón.

Los rancheros habían preparado un guisote cuartelero, y el aroma del sofrito se mezclaba con el olor del estiércol de oveja y los calcetines húmedos puestos a secar junto al fuego. Los del orfeón seguían cantando, incansables. Un requeté de Sangüesa los acompañaba con la armónica. Otros engrasaban sus carabinas. El sargento Carmona repasaba, una vez más, el mecanismo de su fusil ametrallador. Javier lo miró con cariño y gratitud. Tenía que reconocer que era el alma de aquella insólita sección montada en una unidad de infantería. Él mismo se había ocupado de enseñar los rudimentos de la monta a los requetés

navarros que se habían ofrecido voluntarios. Los andaluces no necesitaban lecciones de ninguna clase.

Los caballos, abrigados con sus mantas, rumiaban su pienso en el pesebre del rincón y contribuían, con su calor animal, a mantener el ambiente medianamente templado. Javier pensó que habían tenido una suerte loca al encontrar aquel aprisco para refugiarse. La noche de febrero era glacial. Afuera se habrían helado y se habrían quedado tiesos como pajaritos. Como los infortunados requetés que murieron congelados en el corral de La Muela de Teruel al sucumbir al sueño. ¡Qué lejos quedaba ya Teruel! ¡Y los páramos del Alfambra, donde estuvo a punto de pasar a mejor vida!

Félix Larraz, su fiel asistente, le llevó un plato colmado de rancho, juntamente con un pedazo de pan, un vaso de vino y un puñado de cartuchos con la punta de la bala perforada, según las instrucciones que le había dado antes de salir.

–La navaja que me dejó me ha servido a las mil maravillas, mi capitán. ¿Cree que tendrá bastantes?

Javier las repasó.

–Con una será suficiente.

La ausencia de Blanca a la hora de la cena sembró la inquietud y la alarma entre las mujeres de «La Encina».

–¿La has visto tú, María? – preguntó la Carmeta a su hija.

–No, madre. Yo pensaba que estaba con usted.

La Carmeta negó con la cabeza.

–No. Hace un buen rato que no la veo. ¿Dónde puede haberse metido, la condenada?

–¿En la cuadra?

–Vamos a comprobarlo.

Registraron toda la casa, de arriba abajo, sin dejar un rincón por escudriñar: la despensa, la cuadra, los establos de las vacas, los graneros y los heniles, incluso miraron debajo de las camas. Sin resultado. La falta de su pelliza en la percha del zaguán fue el mazazo que acabó con las esperanzas de las dos mujeres. La Carmeta se golpeó la cabeza contra el quicio de la puerta de la cocina y se lamentó amargamente:

–¡Soy una estúpida! ¡La culpa es mía y nada más que mía! ¡Aquellas maneras de mansa cordera que gastaba con su hijo deberían haberme puesto sobre aviso! ¡Aquellos arrumacos no eran más que una trampa para que nos confiáramos! ¡Se estaba despidiendo de su hijo! ¡Qué horror, Dios mío, qué horror más espantoso!

–¿Quiere decir, madre…? – inquirió María, asustada, sin concluir la pregunta.

–¡Ni más ni menos! ¡Blanca ha ido a Requesens para suicidarse en La Fontana, lo mismo que hizo su tatarabuela! Me lo dijo ella misma. Me dijo que no quería estar aquí cuando su hermano viniera a encontrarla. Que no se atrevía a presentarse ante su madre con su hijo en brazos. Me lo dijo con estas mismas palabras.

–¡Noooo…! ¡No puede ser! – exclamó María con labios temblorosos.

–Me temo que sí. Estaba trastornada. La vergüenza se la comía viva. – La Carmeta dirigió una mirada desesperada a su alrededor-. ¡Y la muy loca ha optado por poner fin a su vida! ¡Qué desgracia más horrible, Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Que Dios la perdone! ¿Y qué le voy a contar a su madre cuando llegue?

María se echó a llorar y Salvador la imitó, contagiado por aquella tragedia que presentía confusamente.

La Carmeta se sentó en una silla, muy abatida, con Salvador en brazos. Las fuerzas y la resolución la habían abandonado por primera vez en toda la guerra.

–La culpa es mía y nada más que mía, soy una estúpida… - musitaba una y otra vez.

María reaccionó primero.

–Tenemos que ir al castillo a buscarla. Si nos apresuramos, quizá lleguemos a tiempo.

–¿De noche, y con toda esta nieve? – preguntó la Carmeta, escéptica-. No sabes lo que dices.

–Podríamos intentarlo.

–No, es inútil. – La payesa abrió los brazos con un gesto de impotencia-. ¡Si por lo menos el Paparro estuviera con nosotras! Ya tendría que estar aquí. Lleva tres días fuera.

María subió a acostar al niño.

–¿Mamá no viene? – preguntó Salvador, asustado, reteniéndola por la manga del suéter.

–Ahora mismo volverá -mintió María mientras lo arropaba en su tosca cuna.

Cuando, a la luz de un candil, madre e hija sorbían tristemente una sopa de ajo, sonaron unos golpes en la puerta de la masía. María alzó la cabeza, resplandeciente de alegría.

–¡Blanca! – exclamó levantándose de un salto.

–No, es tu padre -replicó la Carmeta al instante-. Conozco su manera de llamar.

Se levantaron de la mesa y corrieron a retirar la tranca que aseguraba la puerta.

El Paparro y su hijo entraron envueltos en una vaharada de frío y humedad y se las quedaron mirando, un tanto sorprendidos por el seco recibimiento.

–¿Qué os pasa? ¿Os habéis quedado las dos sin habla? – preguntó el payés, igualmente desconcertado-. ¡Ni que fuera un aparecido! ¿Éste es el recibimiento que hacéis al jefe de la familia? Jolín! ¡Valientes modales!

Delante de él, la Carmeta se retorcía las manos, impotente, sin acertar a hablar.

El payés se despojó lentamente de la zamarra de piel de oveja, se sentó en el arcón de la cebada del burro y se sacudió la nieve de las botas.

–¿Blanca? – preguntó finalmente, comprendiendo el desconcierto y el desconsuelo de su mujer y de su hija.

La Carmeta asintió con una cabezada.

–¿Estás segura? – inquirió, escudriñando la cara demudada de su mujer.

–Juzga tú mismo -gimoteó la Carmeta-. Desde las tres o así que no la hemos vuelto a ver. Hemos registrado toda la casa, de arriba abajo. Nada. Como si se la hubiera tragado la tierra.

–¿Habéis mirado en la cuadra?

–En la cuadra, en los graneros, en las buhardillas, debajo de las camas…

El Paparro empezó a aflojarse los cordones de las botas, que se habían helado. Tenía el entrecejo dolorosamente fruncido.

–¿Y el carro y la mula? – preguntó la Carmeta-. ¿Has traído el aceite que te pedí?

–Olvídate del carro y de la mula… y del azúcar y del aceite. Tuve que dejarlo todo en casa de tus padres. Un poco más y me lo quitan unos soldados rojos en retirada. Allí no hay quien se aclare. Han volado el puente del ferrocarril y el de la carretera. Los nacionales ya han llegado a Vic. En el momento menos pensado los tendremos aquí. Además, con la nieve que ha caído, nunca habríamos llegado. Volveré a buscarlo en cuanto pase la tormenta.

–¿Y Javier viene con ellos?

–¡Mujer! ¿Cómo quieres que yo lo sepa?

–Javier es el motivo que ha empujado a Blanca a cometer este disparate -explicó la Carmeta-. Hacía días que Blanca presentía la llegada de su hermano. No quería encontrarse con él. La vergüenza se la comía viva.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque ella misma me lo confesó ayer tarde. Dijo que no quería que su hermano la encontrara con un bastardo en brazos, y que se iba a suicidar en el estanque de La Fontana como su tatarabuela. – La Carmeta hizo una pausa y volvió a gimotear-: ¡Dios mío, qué tragedia, qué horror!… Pero pasad y comed algo, que debéis de estar muertos de hambre y de frío. Sobre todo tú, Josep…

Al despuntar la aurora se pusieron en camino en dirección al castillo de Requesens. El Paparro abría la marcha cargado con el rastrillo más largo que había podido encontrar en los graneros. No se hacía ninguna ilusión de encontrar a Blanca con vida. María cargaba con un saco grande, un rollo de cuerda y un garfio de los empleados en la matanza del cerdo. La Carmeta cerraba la marcha, resollando pesadamente, arrebujada en una pañoleta de lana. Junto a ellos trotaba *Pistón,* que estaba extrañamente desasosegado. El Josep se había quedado en la casa para cuidar de Salvador y no dejar solo al niño.

La luz del nuevo día clareaba sobre el bosque nevado. Los sesgados rayos del sol doraban de refilón las copas de los abetos y anunciaban

una hermosa y tranquila jornada de invierno. El aire estaba quieto y en silencio, presagiando un cambio de tiempo.

El Paparro no tardó mucho en descubrir las huellas de los zuecos de Blanca, que se confundían con las que él y su hijo habían dejado la noche anterior. Más adelante se bifurcaban. Las de Blanca torcían hacia el parque del castillo. Las siguió sin dificultad. Los pequeños hoyos en la nieve cruzaban la verja de hierro. Una vez en el interior del parque, su ojo experto descubrió rastros de pelusa de la zamarra de Blanca prendidas en el tronco de un castaño de Indias. Se los mostró a su familia.

–Mirad, aquí se habrá recostado un momento para recuperar fuerzas… y contemplar el castillo. En esta explanada acostumbraban merendar don Alfonso, doña Cecilia y sus invitados… Todavía me parece estar viéndolos con sus trajes blancos y sus sombreros…

Tras una ligera vacilación, frente a la fachada principal del castillo, las huellas de Blanca torcían decididamente hacia la izquierda para enfilar las escalinatas de La Fontana. El Paparro y su familia las siguieron con fascinado horror. María evitaba cuidadosamente poner el pie en los pequeños cráteres azules abiertos en la nieve por los zuecos de su amiga.

El Paparro fue el primero en descubrir el boquete en el hielo del estanque. Dejó caer el rastrillo con un gesto de desaliento y, a duras penas, sofocó la blasfemia que le subía a la boca.

–¡Por los clavos de Cristo!

La Carmeta y su hija, petrificadas de espanto, contemplaron el acusador agujero, sobre el que flotaba el zueco de Blanca, inmovilizado por la fina película de hielo que se había formado durante la noche.

Cerca de media hora les llevó rescatar el cadáver de Blanca. Después de muchos y pacientes tanteos a ciegas, el Paparro consiguió enganchar el garfio en su pelliza y acercarlo a la superficie.

La Carmeta se santiguó repetidamente cuando la lívida cara de Blanca apareció bajo el agua.

–¡Ave María Purísima!

María apartó la vista con un gesto de horror. Sus mejillas, de ordinario del color de las manzanas en otoño, presentaban un enfermizo tinte terroso.

El Paparro y su hija izaron el chorreante cadáver de Blanca a la superficie y lo depositaron sobre la orilla del boquete, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, la cabeza caída a un lado y la rubia cabellera esparcida por el hielo. Una guirnalda de líquenes coronaba su frente. Entre sus cabellos empapados brillaban minúsculas partículas de granito. Sus ojos, descoloridos por efectos de la larga inmersión en las heladas aguas de la alberca, parecían mirar absortos el pabellón de caza.

–¿Te has fijado adónde mira? – preguntó la Carmeta a su marido, dominando a duras penas el castañeteo de sus dientes-. ¡Ni muerta se puede olvidar de su violación!

El Paparro se los cerró piadosamente y trazó sobre ella la señal de la cruz.

–Que Dios la haya perdonado -dijo descubriéndose ante la conmovedora forma femenina tendida a sus pies.

***Pistón* gemía con el rabo entre las piernas, sin osar acercarse al cadáver de su amiga. María, de rodillas sobre el hielo, lloraba en silencio con las manos juntas, y sus lagrimones cálidos y salados caían sobre las manos yertas de Blanca, que guardaban el frío helador de las profundidades del estanque.**

Introdujeron el cadáver en el saco y lo colgaron del mango del rastrillo, que les serviría de improvisada pértiga para poder transportarlo con más facilidad.

Los grajos de la torre del homenaje contemplaban curiosos aquellos preparativos y, de vez en cuando, emitían breves graznidos de aprobación.

La mañana estaba avanzada y en el cielo sereno brillaba un sol tibio y prometedor.

Sin volver la vista atrás, el Paparro y su familia emprendieron el camino de regreso a «La Encina» con el cadáver de Blanca colgando de la pértiga.

A punto de cruzar bajo la verja del parque, al Paparro le pareció oír el eco distante de una descarga de fusilería.

–¡Aprisa! ¡Aprisa! – ordenó, inquieto.

El peso del cadáver hacía muy penosa la marcha sobre la nieve. La tierra parecía tirar del cuerpo de Blanca, como si la reclamara. La

Carmeta y María se turnaban para apoyar la pértiga en el hombro. El Paparro seguía tras ellas. Su cara sin afeitar reflejaba una profunda tristeza.

Llegados a la masía, el Paparro y el Josep despejaron un espacio de nieve y cavaron a toda prisa un hoyo en la tierra dura y helada de la fuente de las hayas, justo al lado de la tumba de la padrina que, por obvias razones, no había podido ser enterrada en tierra sagrada, como habría sido el deseo del Paparro y de la Carmeta. Ésta y su hija, en la sala de estar, lavaban y vestían el cadáver de Blanca, que, al calor del hogar, perdía su rigidez de mármol.

La enterraron poco después del mediodía, bajo un cielo de seda azul y un sol cariñoso. Se había levantado una brisa templada como un cálido heraldo de primavera.

Salvador miraba, perplejo, la cara amarillenta de su madre, vuelta hacia el cielo, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, entre las que la Carmeta había entrelazado su rosario.

–¿Mamá duerme? – preguntó.

–Sí, mamá duerme -le contestó María, abrazándolo, con los ojos arrasados de lágrimas.

Entre los cuatro, y con mucho cuidado y ternura, la bajaron al hoyo. La Carmeta le cubrió la cara con la mortaja. El Paparro y el Josep arrojaron encima paladas de tierra mezclada con nieve que empezaba a fundirse. Después, el payés, destocado, rezó un padrenuestro que fue contestado a coro por su mujer y sus hijos con las cabezas inclinadas sobre el pecho.

El Josep hincó una tosca cruz de madera en la cabecera del pequeño túmulo, y María esparció migas de pan para que los gorriones acudieran a picotearlas y alegraran el sueño de su amiga con su ruidosa algarabía.

Las primeras luces del día los habían sorprendido a caballo.

Javier abría la marcha. Conocía al dedillo todas las revueltas del camino. Con los ojos cerrados. Desde las sombrías profundidades del cañón podía ver las estrellas que se esfumaban silenciosamente en el helado cristal del cielo, una tras otra. No obstante, su tenso estado de ánimo le impedía apreciar la serena belleza del hermoso amanecer invernal; ni siquiera apreciaba los finos matices del cielo, que pasaban

del rosa al azul en lenta gradación. El frío era intenso y entumecedor. Densas nubes de vapor blanco surgían de los hollares de los caballos, cuyos cascos tropezaban y resbalaban en la escarcha que esmaltaba las piedras del estrecho sendero. Su atención se repartía entre lo alto de la escarpadura y las huellas dejadas por la partida del Segador. Javier recelaba una emboscada. Meterse en aquella ratonera, donde el Sisco y sus hombres podrían freírlos a tiros con toda impunidad, era un riesgo calculado, que, sin embargo, debía arrostrar forzosamente, so pena de dejar escapar esta segunda, y tal vez última, oportunidad de tropezarse con él. No tenía otra alternativa que jugárselo todo a una sola carta. Junto al arzón de la silla se balanceaba rítmicamente la culata de su carabina Manlincher.

Javier adivinaba las intenciones del Segador. Le leía la mente. El asesino, tarde o temprano, acaba volviendo al lugar del crimen. A La Fontana. Javier presentía confusamente que se acercaba a un terrible y desconocido desenlace sin poder hacer nada por evitarlo. Una fuerza superior lo empujaba ciegamente a seguir adelante. La proximidad de Requesens lo espoleaba. ¡Adelante! ¡Adelante! Esta vez, el Segador no se le escurriría entre los dedos. Le tranquilizaban los restos de comida, las vendas manchadas de sangre, las fogatas abandonadas y los excrementos que los fugitivos habían ido dejando en su fuga y no se habían molestado en ocultar, señal evidente de que no se sabían perseguidos. El comandante Errasti sabía lo que se decía cuando le aconsejó hacer un alto y esperar a la mañana siguiente. Calculó que serían unos diez hombres. Quince, todo lo más.

Indiferentes a sus preocupaciones, los requetés marchaban tras él en fila india y se bamboleaban soñolientos sobre las sillas, con las caras hundidas en los cuellos de sus capotes. El sargento Carmona, igualmente receloso, cerraba la marcha, ojo avizor, con el dedo en el gatillo del fusil ametrallador atravesado sobre el arzón.

Javier respiró, aliviado, cuando, a media mañana, salieron de la sombría garganta helada y pusieron pie en las altas tierras de Requesens, gozosamente bañadas por el sol. El corazón se le ensanchó al reconocer el perfil familiar de las montañas, los campos, los bosques y las quebradas, que había pateado en su infancia con una escopeta de balines al hombro. Sólo que ahora le parecieron un poco más pequeños

y cercanos. Era como si las distancias y las cosas se hubieran encogido en su ausencia. Se volvió en la silla y cambió una rápida y triunfal mirada de inteligencia con el sargento Carmona.

–¡Lo conseguimos!

–Lo celebro, mi capitán, pero le aconsejo no se confíe ni baje la guardia.

Un poco más allá se detuvieron un momento para que Félix Larraz tratara de descubrir las huellas de los fugitivos, que se habían desvanecido momentáneamente en una zona rocosa barrida por el viento. No tardó en descubrirlas.

–¡Aquí están, mi capitán!

Apuntaban inequívocamente al norte, al castillo de Requesens.

Javier descabalgó de un salto, se quitó el guante y apretó un puñado de nieve revuelta por los pies de los fugitivos. El sol todavía no había tenido tiempo de fundirla.

–Son de esta misma mañana.

El asistente confirmó el diagnóstico.

–No nos llevarán ni cinco horas de ventaja, mi capitán.

–No podrán ir muy lejos -dijo Javier, incorporándose. Se frotó la mano contra el pantalón, se calzó el guante, y cogiendo las riendas de su caballo que le tendía su asistente, montó con ágil impulso y ordenó al sargento Carmona-: Yo y la mitad de los requetés seguiremos tras las huellas. Usted, Carmona, con el resto del destacamento, vaya por lo alto de aquella loma y adelántese a los fugitivos. Los rodearemos para cogerlos entre dos fuegos. Si se topa con ellos antes que nosotros, conmínelos a rendirse. Si no lo hacen y se ponen farrucos, espere a que lleguemos nosotros. El Segador es un bicho peligroso, y al saberse acosado, se defenderá como un tigre. No quiero bajas. Sería lamentable que se produjeran ahora, cuando falta tan poco para que termine la guerra. ¿Comprendido, sargento?

–Sí, mi capitán.

–Suerte, Carmona, y no me pierda de vista.

–Igualmente, mi capitán. Y no se confíe.

–Lo mismo digo, y recuerde que no quiero bajas.

Ambos picaron espuelas y los dos destacamentos se separaron.

Javier quitó el seguro de la carabina y se aseguró de que salía sin problemas de la funda de cuero. Nada de pistolas, un arma por la que sentía escasa simpatía. Le recordaban a los pistoleros que habían sembrado el terror en las calles de Barcelona. Y su desdichada partida de ruleta rusa con el capitán Muñoz. La última escaramuza de la guerra la libraría con un buen rifle, como estaba mandado. A falta de un sable, como le habría gustado al abuelo.

El destacamento avanzaba al trote corto, entre chirridos de cuero y la respiración afanosa de los caballos.

Javier registraba con la mirada las quebradas de granito y las franjas oscuras de los pinares, que alternaban con las manchas cobrizas de los robledales. Nada escapaba a su atención vigilante. De vez en cuando murmuraba entre dientes:

–Esta vez no te escapas, Segador; ha llegado tu hora, así que vete preparando…

Félix Larraz marchaba junto a él, con los ojos puestos en las huellas de los fugitivos que, a veces, se perdían ocasionalmente.

Al instante, su certero instinto de cazador volvía a encontrarlas.

Los descubrieron al trasponer una loma.

Las pardas figuritas de los fugitivos corrieron a buscar refugio en una hondonada que allí formaba el arroyo de Requesens. Javier contó diez; ni uno más ni uno menos. Y uno de ellos era el Sisco.

Mandó desplegar al destacamento en abanico y ordenó:

–¡Adelante!

–¡Sus y a ellos!

Los caballos se arrancaron al galope y sus cascos levantaron espesos torbellinos de nieve.

Los fugitivos se volvieron, les hicieron frente y abrieron fuego graneado. Un caballo tropezó. Lanzó un agudo relincho, dobló las patas y hundió el morro en la nieve, mientras su jinete salía despedido por las orejas, hecho una pelota.

–¡Maldita sea! – exclamó el mozo levantándose al instante, aturdido por el porrazo.

Cayó otro caballo y un requeté de Jerez de la Frontera fue herido levemente en una pierna por encima de la rodilla, sin graves consecuencias.

Nuevos disparos obligaron a los requetés a echar pie a tierra y buscar refugio tras unos bloques de granito.

Asomando cautelosamente la cabeza, Javier estudió el terreno y tomó calmosamente sus disposiciones para el asalto final. No tenía sentido precipitarse ni arriesgarse. Los fugitivos se habían metido en una ratonera sin escapatoria. Por lo alto de la loma de la derecha veía galopar confiadamente el destacamento del sargento Carmona, con las colas de los caballos flotando al viento y las boinas rojas de los requetés destacando vivamente contra el azul pastel de la mañana inverniza; una colorida estampa venatoria para ilustrar un grabado inglés de la cacería del zorro. De no ser porque ahora se trataba de un combate a vida o muerte. Aguardó a que el destacamento del sargento Carmona se situara en la parte de arriba de la barranca. El cerco se había completado. Mandó que el requeté contusionado se hiciera cargo de los caballos y los pusiera a cubierto en una vaguada desenfilada del fuego enemigo, juntamente con el herido, que se retiró renqueando penosamente.

A todas éstas, los hombres del Segador no economizaban munición y disparaban contra todo lo que se moviera.

Javier no se impacientó.

–¡No disparéis! – ordenó a sus hombres-. ¡Dejadlos que se desfoguen y malgasten munición!

Al poco, el fuego enemigo cesó, como si les hubieran adivinado el pensamiento.

–¡Segador, ríndete -gritó Javier, haciendo bocina con las manos-. ¡No tenéis escapatoria!

–¡Y un huevo!

–¡Tu padre! – le devolvió el insulto el requeté de la armónica.

Les contestó una ráfaga de fusil ametrallador que se estrelló contra los bloques de granito, levantando una nube de cortantes esquirlas. Los requetés agacharon las cabezas y sonrieron por lo bajo.

–¡Quien ríe el último ríe dos veces!

–¡Empezad a prepararos, que os vamos a dar más que a una estera!

Javier se aseguró de que los hombres del sargento Carmona hubieran tomado posiciones y aguardaran con los fusiles listos. Agitó una mano en el aire y ordenó a los fugitivos:

–¡Rendíos! ¡Estáis rodeados!

–¡Y una mierda!

–¡Fuego! – ordenó.

Al cabo de un segundo, una granizada de balas y bombas de mano cayó sobre la partida del Segador desde todos los ángulos. El combate se generalizó. Los requetés se fueron acercando, protegidos por el fuego de sus compañeros.

Cuando cesó el estruendo de los bombazos y los estampidos de fusiles y carabinas, nueve cadáveres estaban tendidos sobre la nieve del arroyo en las grotescas posiciones en que los había sorprendido la muerte.

Los requetés miraron con morbosa curiosidad el cadáver de un individuo alto, moreno y de ojos achinados, que lucía una estrella roja de cinco puntas en su chaquetón de cuero negro perforado por varios balazos.

–Éste es ruso -dijo con suficiencia un requeté de Sangüesa, estudiando sus facciones con atención.

–¿Ah sí? – preguntó Félix Larraz, burlón-. ¿Cuántos rusos has visto en tu vida?

–Algunos… Sólo hay que fijarse en su cara y su uniforme. Es un comisario político. Y mira qué ojos tiene. ¡Si hasta parece chino!

Otro requeté, mientras tanto, le había registrado los bolsillos del chaquetón y había encontrado una sobada cartera de cuero con sus documentos de identidad.

–¡Tú sí que estás hecho un buen chino, *desgraciao!* ¡Para que te vayas enterando: se llama Marcos Berrocal y es natural de Calatayud!

–Pues a mí me parecía…

–A mí me parecía, a mí me parecía… ¡Si serás burro! ¡Un chino de Calatayud! ¡Lo que hay que oír!

–¿No te confundirías con el hijo de la Dolores? – preguntó otro requeté con sorna.

Mientras tanto, Javier se había entretenido en reconocer todos los demás cadáveres, uno por uno. A los que estaban con la cabeza hundida en la nieve les daba la vuelta con la punta de la bota. El Segador no estaba entre ellos.

–¡Maldita sea! – estalló, furioso y decepcionado a un tiempo-. ¡Se me ha escapado! – Se volvió hacia el sargento-: Carmona, ¿cuántos contó usted?

–Diez, mi capitán.

–Igual que yo. Y aquí sólo hay nueve cadáveres.

–Pues yo no he visto las huellas del que falta por parte alguna. A menos… a menos que se haya ido volando en una escoba como una bruja, lo que no parece probable.

Javier miraba con desconfianza la corriente del arroyo que gorgoteaba entre las piedras.

–¡Ya lo tengo! – dijo al cabo de unos segundos de reflexión-. El maldito ha escapado arroyo arriba, por el agua, para no dejar sus huellas en la nieve. Los matorrales y estos abedules nos lo habrán ocultado a la vista, y el hombre ha huido aprovechando la confusión del combate.

–Está usted muy seguro, mi capitán.

–Segurísimo, Carmona. El Segador es zorro viejo. Pero a mí no me la va a dar con queso y el truco no le va a servir de nada. ¡Ya puede ir preparándose! – Tomó rápidamente sus disposiciones-. Félix, tú me acompañarás. Tú y yo seguiremos a pie tras ellos. Usted, Carmona, hágase cargo de nuestros caballos y, con el resto del destacamento, encuentre un camino por donde aquella mancha de pinos, a la derecha…

–¡Pero, mi capitán…! – protestó el sargento.

–No discuta, Carmona, y haga lo que le digo. Sigan el camino hasta que tropiecen con un castillo. Lo rodean por la parte de arriba, para que no escape nadie. Félix y yo apareceremos por la parte de abajo. Y pillaremos al Segador entre dos fuegos. Ya sé dónde lo encontraré.

–Se van ustedes a arriesgar mucho, mi capitán -insistió el sargento, preocupado-. Mejor sería que fuéramos todos juntos.

–No, Carmona, es más seguro como yo le digo, Félix y yo solos. Esto es una cacería, no una batalla en campo abierto, y en una partida de caza se desenvuelven mejor dos hombres que un regimiento.

–Pero el Segador puede esperarlo apostado detrás de cualquier árbol…

–Tranquilo, Carmona, conozco este terreno como la palma de la mano, y puedo imaginarme dónde me tendería una emboscada el Segador… porque yo haría lo mismo en su pellejo. Pero el hombre tampoco lo va a hacer, porque se cree que nos ha dado esquinazo.

–No quieran dárselas de valientes, mi capitán -rezongó el sargento sin dar su brazo a torcer-. No vale la pena arriesgarse.

–Somos buenos tiradores, recuérdelo. Ande, no proteste más y siga mis instrucciones. No hay un segundo que perder. Mientras aquí nosotros perdemos el tiempo discutiendo tontamente, el Segador se nos escapa con viento fresco.

El sargento Carmona ordenó montar, a regañadientes. En los caballos de Javier y de Félix Larraz se acomodaron los dos requetés contusionados en la refriega.

–Suerte, mi capitán -le deseó el sargento antes de picar espuelas.

–Lo mismo digo.

Javier expuso la maniobra a su escudero:

–Remontaremos el arroyo cada uno por una orilla. El Segador ha subido por el agua para no dejar sus huellas en la nieve. Pero en algún momento habrá tenido que salir, bien porque se le estarán helando los pies, bien porque, tarde o temprano, tendrá que subir al castillo. Tú estate atento, con los ojos y los oídos bien abiertos, y cuando descubras unas huellas que salen del agua, me avisas, imitando el canto del arrendajo. ¿Lo conoces?

–Sí, mi capitán.

–Tres veces seguidas: tchac-tchac-tchac. ¿Entendido?

–Descuide, mi capitán.

El capitán De Montcada lo había puesto en antecedentes y él también ardía en deseos de meterle una bala al Sisco entre ceja y ceja.

–Yo haré lo mismo para prevenirte a ti. Y ahora, andando, que no hay tiempo que perder.

Una vez puestos de acuerdo, echaron a andar arroyo arriba, cada uno por una orilla, con las carabinas terciadas, la vista al frente y los dedos en los gatillos.

Javier avanzaba cautelosamente, mirando a uno y otro lado, atento al menor movimiento sospechoso, al crujido delator de una rama, al relampagueo del sol en el acero de un arma. Aunque había

tranquilizado al sargento Carmona, no descartaba en modo alguno la posibilidad de que el Sisco les tendiera una emboscada.

Pero, de momento, sólo se oía el plácido rumor del agua del deshielo fluyendo entre las piedras del arroyo, que se despeñaba en minúsculas cascadas. Muy pronto Javier empezó a reconocer las profundas hoyas donde se había zambullido gozosamente con su hermana, y los árboles por los que él y Gonzalito habían trepado para coger nidos. Pero la tensión de aquellos momentos lo obligó a apartar estas agridulces reflexiones de su mente.

Después de cinco minutos de silenciosa marcha, las únicas huellas que descubrió fueron las de una familia de jabalíes que habían bajado a beber al arroyo. Javier caviló que el Sisco tendría que tener una resistencia formidable para resistir la frialdad del agua. O él habría equivocado sus cálculos y sus suposiciones y estarían persiguiendo un fantasma. ¿Lo habría vencido un exceso de optimismo? Pero no dejó que la incertidumbre lo deprimiera y continuó arroyo arriba, abriéndose paso tenazmente entre los avellanos silvestres y los troncos plateados de los abedules.

No obstante, no descubrió ninguna huella más.

Estaba a punto de confesar su fracaso, darse a todos los diablos y abandonar la partida, cuando oyó el seco chasquido del arrendajo repetido rápidamente tres veces: tchac-tchac-tchac. Jamás en la vida le había parecido más musical el desagradable canto de ese pequeño pariente del cuervo. Félix no lo había podido imitar mejor. Lo había hecho mejor que los mismos arrendajos. Profundamente aliviado, cruzó a la otra orilla. Su asistente le señalaba con el dedo unas huellas que salían de un remanso.

–Mire, mi capitán -le dijo en un cauteloso susurro.

Javier las observó. La nieve aparecía pisoteada y revuelta como si alguien se hubiera entretenido en patearla para entrar en calor. Después se alejaban y se perdían entre un hayedo, hacia la derecha.

–Tenía usted razón, mi capitán -dijo el mozo en voz baja.

–Siempre se aprende algo leyendo libros del Oeste, Félix -bromeó Javier con el mismo tono de voz-. Es un viejo truco de Peter Rice, el famoso sheriff de la Quebrada del Buitre.

–Y son de una sola persona -observó el mozo.

–Del Segador en persona -precisó Javier-. ¡Ya es nuestro!

Sin bajar un solo momento la guardia, siguieron las huellas de las pisadas entre las hayas. El peculiar aroma de su hojarasca podrida transportó a Javier a lo que ya le parecía su lejana adolescencia.

Al final del hayedo, la ahumada torre del homenaje surgió ante ellos como un brazo amputado clamando venganza: negra, silenciosa, amenazadora, perfilada contra el cielo, con sus almenas coronadas de nieve.

Félix la observó con mucha curiosidad.

Las huellas del Segador aparecían impresas limpiamente en el declive nevado que subía a morir al pie del muro de La Fontana. En la parte superior de la balaustrada, justo en la vertical de las huellas, la nieve aparecía barrida.

Las últimas y escasas dudas de Javier se disiparon totalmente. Por allí había trepado el Sisco.

Descartó en el acto cruzar el prado nevado a pecho descubierto. Era absolutamente suicida. Más peligroso que tantear a ciegas en la madriguera de un escorpión. Oculto entre los balaustres, el Segador podría fulminarlo de un balazo antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Pronto dio con la solución.

–Ven -dijo a su escudero.

–¿Abandonamos la partida, mi capitán?

–Tú calla y sígueme.

Javier se dirigió a la entrada del pasadizo secreto, apartó los zarzales, y con la culata del rifle rompió los carámbanos que pendían de la oscura boca de la gruta a modo de efímeros barrotes.

Larraz lo miraba, intrigado.

–Es un pasadizo que lleva al castillo -explicó Javier brevemente mientras sacaba la linterna de la bolsa de costado-. Sorprenderemos al Segador por la espalda. Sígueme.

Se colgaron los rifles en bandolera y se metieron en el túnel. Avanzaron a la luz de la linterna, esquivando los carámbanos agudos como dagas que colgaban del techo. Después de un par de patinazos en el suelo helado y resbaladizo, alcanzaron el pozo que comunicaba con la cripta. Se asieron a sus barrotes y treparon hasta salir al suelo de la misma. La losa que le servía de tapadera estaba apartada a un lado. Tal

como la había dejado un montón de años atrás. De lo contrario, le habría tocado empujarla con los hombros y perder unos segundos preciosos.

Javier paseó el haz de la linterna a su alrededor. La catacumba estaba intacta. Los incendiarios no habían dado con ella. Ni turbado el sueño de piedra de Hugo de Montcada, que seguía abrazado a su espada. Ni el de Elfrida de Aquitania, que dormitaba a su lado, con la expresión apacible de siempre reflejada en su semblante de alabastro.

–¡Vamos! – dijo a su escudero, que contemplaba receloso la silenciosa pareja yacente.

Subieron de dos en dos los amplios escalones de la escalinata de acceso a la cripta, ganaron la planta de la torre, cruzaron por delante de los dos guerreros negros que guardaban la puerta y salieron al portalón del puente levadizo.

–Haz lo que haga yo -ordenó Javier a su asistente.

Javier se descolgó por los rugosos sillares del foso y, con un ágil brinco, se asió a las ramas del cedro gigante que crecía junto a la cascada de La Fontana. Era el camino de retirada de la Prueba del Valor, sólo al alcance de los candidatos más atléticos y decididos. El atajo que ahorraba la travesía por el interior del castillo y el largo rodeo por la torre de los Arqueros. Quince minutos, vitales en aquellos momentos. Javier no se molestó en volver la cabeza para comprobar si Félix Larraz lo seguía. Confiaba ciegamente en las facultades atléticas del mozo.

En un momento, ambos jóvenes llegaron a la base del conjunto monumental de la cascada y se ocultaron entre las esculturas mitológicas, protegidos también por las ramas bajas del cedro, que aquí alcanzaban hasta y cinco y seis metros de longitud. Un escondrijo perfecto. Frente a ellos se extendían los jardines nevados de La Fontana, el estanque helado y, al otro lado del mismo, el pabellón de caza, intacto y distante, con sus muros esgrafiados y sus blancos ventanales brillando inocentemente al claro sol de la mañana.

Lo primero que distinguió Javier fueron las huellas del Segador, impresas claramente en la nieve, desde la balaustrada hasta la misma puerta del pabellón, donde desaparecían en su oscuro interior.

Con los ojos, y un leve gesto de la cabeza, Javier se las señaló a su escudero.

El mozo lo comprendió todo al instante y sonrió.

–¡El pájaro ha caído en la trampa, mi capitán!

Javier lo previno con un susurro:

–No dispares si yo no te lo ordeno. Ésta es una cuestión personal mía entre el Segador y yo, ¿entendido?

–Sí, mi capitán.

Lo segundo que llamó la atención a Javier fueron otras huellas, como dejadas por tres o cuatro personas, que venían por la parte de la torre de los Arqueros y morían justamente en un boquete abierto en el hielo del estanque, sobre el que flotaba un pequeño zueco de madera a impulsos de la brisa. Alrededor del boquete, el hielo y la nieve aparecían profusamente rayados y pisoteados, como si varias personas se hubieran entretenido en ejecutar extrañas y misteriosas actividades. Sin saber exactamente por qué, su visión sobrecogió a Javier, como si una mano helada le estrujara el corazón. Pero dejó la solución del enigma para más adelante.

Volviéndose un poco hacia la derecha, levantó los ojos y echó un rápido vistazo a la torre del homenaje. En sus almenas, los grajos se esponjaban satisfechos al sol. En su fuero interno decidió que, a falta de sus hermanos, de Maite, de Laura y de otros testigos ocasionales, brindaría a aquellos siniestros y oscuros pajarracos una real y muy peculiar Prueba del Valor, como Blanca jamás podría haber llegado a imaginar.

El tiempo pasó lentamente.

Al creciente calor del sol, hilos de agua empezaban a fluir de los carámbanos de la cascada.

Javier se preguntó, intrigado, qué demonios estaría haciendo el Sisco en el interior del pabellón. Llevaría encerrado como un cuarto de hora. El tiempo aproximado que ellos habían tardado en cruzar por el túnel secreto, ganar la cripta y descolgarse por el cedro gigante. ¿Calentándose? ¿Descabezando una siesta? ¿Recordando su crimen? ¿Regodeándose en la violación de su hermana? Javier contuvo severamente su impaciencia y el deseo de entrar como un huracán vengador y emprenderla a tiros. Calma, se dijo. Quería sorprenderlo

completamente desprevenido, tenerlo absolutamente a su merced, de rodillas a sus pies, y oírlo pedir perdón, antes de matarlo como a un perro rabioso. Los valientes que se atreven con mujeres indefensas no se merecen que se les conceda la más mínima ventaja.

–¿A qué esperamos para entrar, mi capitán? – le susurró su escudero a su espalda, mirando por encima de su hombro.

–Calma, muchacho, todo se andará.

Javier no tenía prisa. La venganza es un plato que se ha de saborear frío. Helado, en este caso. En cierta ocasión, el teniente ruso de la división le había dicho que la estepa es ancha pero el camino estrecho, y que, tarde o temprano, todos los viajeros acaban por encontrarse. Tenía la demostración ante sus ojos: después de muchas vueltas y revueltas, su camino y el del Segador habían acabado encontrándose fatalmente.

El Sisco apareció finalmente en la puerta del pabellón.

Javier lo reconoció al instante. Estaba algo más viejo y maltratado por los años y las penalidades de la campaña. Igual que él. Lógico y natural. Pero continuaba siendo el mismo: los mismos ojos taimados y entornados como las aspilleras de un fortín, la misma cerrada barba negra y la misma y odiosa cara picada de viruelas que se le había aparecido en mil espantosas pesadillas. Llevaba la pelliza desabrochada, una canana repleta de balas cruzándole el pecho y un fusil checo en la mano derecha. Con la izquierda sostenía un gran rollo de tela encerada atado con un cordel.

Javier emitió un breve siseo de aviso para llamar la atención de su asistente.

Pero Félix Larraz ya lo había visto.

El Sisco permaneció inmóvil, unos segundos, en el umbral de la puerta, parpadeando ante el intenso resplandor del sol en la nieve. No los había descubierto. Ni los descubriría a menos que hicieran algún movimiento brusco, como sabe muy bien cualquier cazador experto. No lo tendrían a más de veinte metros. Javier lo miró como la araña que contempla malignamente a una presa caída en su red y aguarda, sin prisas, el momento de abalanzarse sobre ella y clavarle el aguijón. Por un momento le pareció que el Sisco miraba en dirección al cedro. Ambos jóvenes contuvieron la respiración.

Pero el Sisco no debió de descubrir nada, porque bajó lentamente las tres gradas del pabellón, entró en la helada superficie del estanque y se detuvo junto al boquete abierto en el hielo, donde pareció mirar, perplejo, el zueco que flotaba en la superficie del agua.

Javier decidió finalmente que había llegado el momento supremo de ajustarle las cuentas de una vez por todas. Después de efectuar una profunda inspiración, se deslizó hasta el suelo, salió de la zona de sombra y avanzó unos pasos en dirección al Sisco, con el rifle aprestado. A él mismo le sorprendió su propia calma. Sus pulsaciones habían descendido por debajo de lo normal. Era como si fuera otra persona que actuara por él. Un distante espectador de sí mismo.

Llamó con voz clara y sonora:

–¡Segador!

El Sisco levantó la vista del boquete y se volvió con la sorpresa reflejada en sus ojos. Luego, con la rapidez del rayo, soltó el rollo de tela y se echó el fusil a la cara, tratando de descubrir de dónde procedía aquella voz desconocida.

–¡Aquí estoy! – exclamó Javier, apuntándole a la cabeza.

–¡Mierda!

Javier centró rápidamente el punto de mira de su carabina en el ceño del Segador, fruncido por la cólera. Pero luego, movido por un inexplicable y repentino impulso de última hora, lo desplazó a la pavonada recámara de su fusil checo, que ya le estaba apuntando. Apretó el gatillo. El disparo retumbó como un trueno en la calma ensimismada de La Fontana. La bala arrancó el fusil de las manos del Segador, juntamente con su grito de dolor, arrojándolo unos metros más allá, mientras los ecos de la detonación se expandían en fragorosas oleadas, sobreponiéndose a los irritados graznidos de los grajos, que habían alzado ruidosamente el vuelo.

De una forma maquinal, Javier propinó un golpe a la palanca del cerrojo de su carabina, y echándola hacia atrás, hizo saltar el casquillo vacío, que se hundió chirriando en la nieve. Con otro golpe, introdujo un nuevo cartucho en la recámara y volvió a encañonar al Segador, que se había quedado de una pieza, frotándose los dedos doloridos.

Habían quedado frente a frente.

Las manecillas del Reloj del Tiempo se habían inmovilizado.

Los carámbanos de la cascada goteaban con rumor cristalino.

El sol brillaba, esplendoroso.

Los cuervos trazaban inquietos círculos en el cielo.

Javier, tan desconcertado como su enemigo, trataba de explicarse por qué no lo había matado. Después de tres años de perseguirlo inútilmente, llegaba el ansiado momento de volarle la tapa de los sesos y lo único que se le ocurría era hacerle saltar el fusil de las manos. El caso es que había dejado escapar la ocasión y ahora se sentía incapaz de dispararle a sangre fría.

El Segador, sin apartar los ojos de los suyos, se había agachado, y con la mano derecha tanteaba para dar con el fusil, que yacía tres metros más allá sobre la helada superficie del estanque.

–Supongo que no dispararás contra un hombre indefenso y desarmado -dijo con voz ronca-. Sería una acción impropia de un caballero tan distinguido como tú.

Javier se limitó a mirarlo en silencio, por encima del cañón de su carabina. Lo tenía a su entera merced. Le bastaría una leve presión sobre el gatillo para que su cabeza estallara en cien pedazos, como esas calabazas secas con las que los niños se asustan unos a otros en la Noche de Difuntos.

Félix Larraz miraba atónito a su capitán. No comprendía su actitud. No ignoraba que el fusil no había saltado de las manos del Segador por simple casualidad. La puntería del capitán De Montcada era legendaria en toda la división. Donde ponía el ojo, ponía la bala.

–¡Atícele de una vez, mi capitán! – exclamó sin poderse contener-. ¡Ya es hora de que mande a este anticristo al infierno!

El Segador dirigió una torva mirada de odio al mozo y continuó retrocediendo de espaldas, tratando de dar con su fusil, sin atinar a ver el boquete abierto en el hielo.

Javier sí lo había visto.

Pero se guardó de prevenirlo del peligro. La clemencia tiene un límite. Ya le había dado una oportunidad al Sisco. No le iba a dar otra. Que Dios decidiera por él. Él no dispararía a un hombre desarmado. Él no se mancharía las manos con su sangre. Nadie podría acusarlo de ejecutar al Segador a sangre fría. Ni de verdugo de la media España que encarnaba. *La venganza es impropia de un buen cristiano,* le había

dicho su tío Iñaki. Y él, un cristiano dolorosamente consecuente con sus creencias, no iba a interferir la voluntad divina. Lo que ocurriera a partir de ahora era un problema cuya solución dejaba gustosamente en manos del Sumo Hacedor, que se había erigido en el árbitro supremo de su particular enfrentamiento, convertido ahora, por los azares de la guerra, en una ordalía, o juicio de Dios, como los que tenían lugar en la Edad Media.

Félix Larraz, al darse cuenta, finalmente, de lo extraordinario de la situación, se había callado como un muerto y contenía la respiración a la espera del inminente desenlace.

Los grajos habían vuelto a posarse en las almenas de la torre, estaban a la expectativa, y ahora guardaban un desacostumbrado silencio.

–¿No me vas a dar una oportunidad de defenderme? – suplicó el Sisco, tanteando disimuladamente con el pie en busca del arma.

–¿Se la diste tú a mi hermana? – preguntó Javier, sin apartar ni un milímetro el punto de mira del rifle de la frente perlada de sudor de su enemigo-. A ver si ahora eres tan valiente como lo fuiste entonces.

–No es como tú te imaginas, verás, yo…

–¿Ah, no? – inquirió Javier rencorosamente-. ¿Cómo te explicas entonces la cinta del pelo de mi hermana que encontraron en el suelo del pabellón? ¿Y el jirón de su falda que tú le arrancaste? Lo sé todo, Sisco, a mí no me puedes engañar.

–¡Estás muy equivocado! Fue tu hermana la que me puso las cosas muy fáciles… Estuvo muy cariñosa conmigo… te lo juro…

–¡Miserable!

–¡Espera! ¡No dispares! – jadeó el Sisco con un gesto apaciguador al ver que Javier había bajado el cañón del rifle y ahora le encañonaba la entrepierna-. ¡Escucha!

–¡Escúchame tú, cerdo! He cargado este rifle con balas de punta perforada, un tipo de munición prohibida por la Convención de Ginebra por sus efectos desintegradores, como tú bien sabes. – Javier sonrió duramente, complacido por la agonía y el terror abyecto que reflejaban los ojos del Segador, abiertos como no los había tenido en su vida-. Una ligerísima presión de mi dedo será suficiente para que tus

jodidos cojones estallen en mil pedazos y nos salpiquen a mi escudero y a mí… así…

El Sisco alzó una mano, suplicante.

–¡Yo… verás…!

–¡Calla y déjame hablar, que todavía no he terminado! Después de volarte los huevos, no voy a rematarte. No vales ni el precio de una segunda bala. Sería tirar el dinero. Te dejaré morir desangrado como un cerdo en el matadero y, si sobrevives, será tu problema, porque ya me contarás cómo te las vas a arreglar para mear. Porque, para otra cosa, no te va a servir tu jodida polla… o la piltrafa que quede de ella.

–¡Escucha, por favor! Ocurrió como quien no quiere la cosa… tu hermana y yo nos separamos, tan amigos…

–¡Mientes! ¡Cobarde! ¡Tú la violaste… y asesinaste a mi abuelo, y ahora pagarás por todos tus crímenes!

–¡Espera…!

–¡Tu tiempo se acaba, Segador! ¡Ya puedes empezar a encomendar tu alma al diablo!

–¡Fue un accidente, te lo juro! – insistió el Sisco con voz ronca, mientras, muy lentamente, continuaba retrocediendo de espaldas.

–El mundo está lleno de accidentes -sonrió burlonamente Javier que había recobrado la sangre fría-. Tú mismo lo podrás comprobar dentro de un instante.

–Si no te explicas mejor…

Al dar un paso hacia atrás, los pies del Segador encontraron finalmente el vacío del boquete. No le dio tiempo ni a lanzar una maldición. Cayó de espaldas y se hundió como un plomo, con un ruidoso chapoteo. Dos garras fantasmales se engarfiaron en sus pies y tiraron de su cuerpo al fondo del estanque. Las olas que levantó su caída hicieron bailar agitadamente el pequeño zueco de madera y pedazos de hielo azul.

Javier abatió el cañón de su rifle, suspiró profundamente y se frotó los ojos, como la persona que despierta de una larga pesadilla. La venganza no era dulce como se había imaginado, sino más bien insípida y amarga. Se notaba extrañamente vacío, desconcertado, como el individuo que acaba de quitarse un gran peso de encima y le cuesta adaptarse a su nuevo estado de ingravidez. Se echó el rifle al hombro y

se encaminó hasta el boquete en el hielo. Las burbujas que afloraban a la superficie del agua denotaban la desesperada batalla que el Sisco libraba contra la muerte en las heladas profundidades de la alberca.

Contrastando con su pesadumbre, su asistente corrió junto a él.

–¡Muy bien, mi capitán! – exclamó, entusiasmado, palmeándole familiarmente la espalda-. ¡Muy bien hecho! ¡Este hijo de Satanás se ha llevado por fin su merecido! ¡Él mismo se ha puesto la soga al cuello!

Javier asintió en silencio, con aire ausente.

Depositó el rifle en el hielo, cogió el zueco y lo contempló pensativamente. ¿De quién sería? ¿Cómo habría ido a parar allí? A juzgar por su tamaño, pertenecería a un niño. O a una joven que tuviera el pie pequeño. Como su hermana Blanca, por ejemplo. ¿Se lo habría dejado olvidado el desconocido o la desconocida, que había abierto aquel enigmático agujero? ¿Y adónde habría ido a parar su pareja? Y a quienquiera que perteneciera, ¿por qué se habría entretenido en abrir aquel boquete? La cosa no tenía mucho sentido, porque se requería mucha fuerza y paciencia para perforar una placa de hielo de cinco o más dedos de grosor. A no ser… a no ser, claro, que su autor, o autora, hubiera saltado desde el tritón de piedra que tenía a sus espaldas. ¿Se trataría de una nueva Dama de la Fontana?

Apartando con un esfuerzo estos funestos pensamientos de la mente, guardó el zueco en la bolsa de costado y cogió el rollo de tela que había dejado caer el Segador. Adivinó de qué se trataba antes de cortar el cordel que lo aseguraba. Con la ayuda de su asistente, lo desenrolló con cuidado.

La tatarabuela Elisenda parecía un tanto sorprendida por todo aquel barullo, y lo miraba con ojos cariñosos y agradecidos. Le habría gustado que su tío Sinibaldo hubiera estado presente para que hubiera podido comprobar, con sus propios ojos, el pasmoso cambio operado en sus facciones. Todas sus dudas acerca de los poderes extrasensoriales de la antigua castellana de Requesens se le habrían despejado el instante.

Los mismos poderes que había puesto en juego para atraer al Segador a La Fontana, para que él pudiera matarlo impunemente. Bueno, él no lo había matado: se había matado él mismo. Javier tuvo que admitir que la Dama de la Fontana, una vez más, se había salido con la suya y había tomado cumplida venganza, convirtiendo la vieja

leyenda en cruel realidad. Los rústicos de aquellos contornos tenían más razón que un santo en respetar su intimidad. A partir de ahora, cuando la fama de lo sucedido se extendiera por la comarca, volverían a evitar La Fontana como la peste. Una precaución que había olvidado tomar el Segador y le había costado la vida.

–¿Quién es, mi capitán? – preguntó Félix Larraz, mirando con curiosidad las saludables facciones de Elisenda de Montcada y sus risueños ojos azules.

–Mi tatarabuela o algo así.

–¡Pues no está nada mal, a sus años!

–Eso dicen.

–¿Y para qué lo querría el Segador?

–Para venderlo, vale un montón de dinero.

–¿De veras?

–Varios millones de pesetas. Lo pintó Goya, ese pintor tan famoso del que seguramente habrás oído hablar.

–¡Y encima nos ha salido ladrón! ¡El muy hijo de su madre!

Luchando con los sombríos presentimientos que lo atenazaban, Javier se dirigió al pabellón de caza, llevando consigo el rollo de tela, seguido por su desconcertado escudero, que no acertaba a explicarse el incomprensible abatimiento de su capitán.

La puerta estaba abierta y, junto a ella, en el suelo, había un cartel. Aunque las letras estaban desteñidas, aún se podía leer: *Propietat de la Generalitat, respecteu-la.* El aviso no había impedido que alguien hubiera destrozado la cerradura con un escopetazo disparado a muy poca distancia. Aún se apreciaban los ahumados vestigios del fogonazo. Javier la miró aprensivamente, aunque sin excesiva sorpresa. Junto al boquete en el hielo y el zueco, era una pieza más del siniestro rompecabezas que empezaba a dibujarse en su mente.

–¿A ti qué te parece, Félix?

–Una perdigonada, mi capitán -contestó su escudero, que se agachó y recogió algo del suelo-. Mire, mi capitán, perdigones del siete.

–Me lo imaginaba -dijo Javier examinando las chafadas bolitas de plomo negro.

Entraron en el pabellón.

En su interior flotaba el característico olor a moho propio de las habitaciones que llevan mucho tiempo sin ventilarse. Javier lo abarcó todo con la mirada. Nada parecía haber cambiado desde la última vez que lo visitó. Todo seguía en su sitio: los tapices y los trofeos de caza colgados de las paredes, las ninfas y las diosas retozando entre las nubes del techo, la artística chimenea de mármol, la pesada mesa de billar, las butacas y los sofás de terciopelo oscuro y la gran araña de cristal suspendida del techo. Todo menos un cortinaje de raso desprendido de sus anillas, una butaca tumbada, unos restos inidentificados pegados al marco del cuadro de Goya y unas manchas oscuras en las losas de mármol del suelo: los testigos mudos de la violación de su hermana y del asesinato de su abuelo.

Con ayuda de su asistente, y como buenamente Dios le dio a entender, restituyó la tela del cuadro a su marco de oro. Después dio unos pasos atrás para contemplar el efecto.

–Me habrás de perdonar la chapuza, abuela Elisenda -se excusó ante la sorpresa sin límites de su escudero-. Otro día, con más calma y herramientas adecuadas, te colocaré como te mereces. Ahora me gustaría que me dijeras a quién pertenece este zueco y quién ha abierto ese boquete en el hielo del estanque. ¿Qué no me lo puedes decir? Mejor. Tengo miedo de saberlo. Un miedo espantoso que hace que la camisa no me llegue al cuerpo. ¿Has oído ese disparo? He sido yo. Acabo de matar al violador de Blanca y al asesino de tu biznieto y abuelo mío. Mejor dicho: se ha autoliquidado él solito. Él mismo se ha metido en el agujero que me temo ha abierto tu nueva dama de honor. Mi escudero, aquí presente, ha sido testigo de que no me he manchado las manos con su sangre, ¿verdad, Félix?

–Sí, mi capitán -tartamudeó el mozo, en el colmo del asombro.

–Vamos, Félix, no pongas esa cara. ¿Tú no hablas nunca con tu abuela? ¿No le cuentas tus cosas?

–Sí, mi capitán, claro…

–Pues es lo que yo estoy haciendo con la mía. Hacía un montón de tiempo que no la veía, compréndelo.

–Sí, mi capitán.

–¿Crees que estoy loco?

–¡No, mi capitán! ¡Qué ocurrencia! ¿Cómo puedo pensar eso de usted?

Javier le pasó la mano por los hombros y lo empujó hacia la puerta.

–Anda, salgamos a que nos dé un poco el aire, que buena falta nos hace.

–¿Y si vienen a robar el cuadro, mi capitán? Usted mismo ha dicho que vale un montón de dinero.

–No hay cuidado. Ya has visto lo que le puede ocurrir al ladrón que lo intente.

–Es verdad.

Salieron a la cegadora claridad de la nieve.

Javier miró el sol, que ya estaba muy alto. Sería mediodía. Sobre el hielo del estanque se habían formado grandes charcos grises. La cascada volvía a entonar la eterna canción del agua. El mundo parecía volver a ponerse en marcha tras el largo paréntesis invernal. Dos carámbanos se desprendieron súbitamente de la cascada, se partieron en pedazos y sus rodajas se esparcieron por la helada superficie del estanque con sonoridades de cristal.

El sargento Carmona y cuatro requetés bajaban por las escalinatas del parque con largas zancadas e iban hacia ellos con semblantes preocupados y las armas apercibidas.

–¡Mi capitán! ¡Hemos oído un disparo! ¿Están ustedes bien?

–Muy bien, gracias, tranquilícese, Carmona.

–¿Y el Segador? ¿Dónde está?

Javier señaló el estanque con la cabeza.

–Debajo del hielo. Desapareció por ese boquete que ven ahí.

–¡Ya era hora!

–Otra cosa, Carmona, ¿han descubierto otras huellas en la nieve?

–Sí, mi capitán, al cruzar una gran verja de hierro. Las seguimos un trecho hasta que oímos el disparo. Entonces dimos la vuelta para venir a reunimos con usted. Pensé que podía estar en apuros.

–Muy bien hecho.

–Oiga, mi capitán, ¿qué ocurrió?

Javier se lo contó brevemente mientras los cuatro requetés se acercaban al borde del boquete y escudriñaban con los ojos las oscuras

profundidades del estanque, tratando de descubrir el cuerpo del Segador.

El sargento Carmona comentó la posibilidad de rescatar su cadáver.

–Sería como un trofeo de caza y lo colgaríamos en la sala de banderas.

Javier lo disuadió.

–No vale la pena, Carmona, nos llevaría demasiado tiempo. No ganaríamos nada. De ahí no va a salir hasta que se deshiele el estanque. Carecemos de garfios y cuerdas… algo que sí tendrían las personas que pasaron por aquí antes que nosotros… muy pocas horas antes.

–¿Qué quiere usted decir, mi capitán?

–Que este agujero no lo hizo el Segador. Lo hizo otra persona antes que él, que luego desapareció en el estanque. Su cadáver debieron de rescatarlo las mismas personas que dejaron las huellas que han seguido ustedes.

–¿Cómo lo sabe, mi capitán?

–Son suposiciones que me hago yo mismo.

–No entiendo nada, mi capitán.

–Ojalá me equivoque. Ahora será mejor que almorcemos, y esta tarde iremos a buscar a los rescatadores del primer ahogado que, me temo, nos explicarán el enigma del boquete con todo lujo de pelos y señales.

Almorzaron al sol, en la explanada del castillo, en santa paz, prácticamente en mangas de camisa, en el espacio limpio de nieve al pie de una de las dos secuoyas gigantes.

A Javier no tardaron mucho en llamarle la atención un pico y una pala abandonados junto a un leve túmulo de tierra sobre el que se habían acomodado cuatro requetés para comer con más comodidad. Algo así como los montones de tierra que dejan los topos a la entrada de sus madrigueras. Sólo que éste debía de medir como cosa de dos metros de largo por uno de ancho. Dejó en el suelo la lata de sardinas que estaba comiendo y se acercó a investigar. *A tu abuelo lo enterramos en el parque del castillo, al pie de aquella secuoya tan frondosa. A él y al otro segador, a ambos en el mismo hoyo,* le había contado tío Sinibaldo en Pamplona, en el gabinete de tío Iñaki. ¿Sería el túmulo de tierra donde se habían instalado los cuatro requetés? Javier los miró con el

ceño fruncido. ¿Estarían aquellos mozos despachando el almuerzo sentados sobre la tumba de su abuelo?

–¿Nos apartamos, mi capitán? – preguntaron los requetés, muy intrigados por el interés que su improvisada mesa despertaba en su capitán.

–No, seguid comiendo.

Desechó en el acto la idea de empezar a excavar y sacar a la luz sus restos mortales y separarlos de los del segador anónimo. La cosa requería su tiempo, y la colaboración de un médico forense y de un equipo de expertos.

Tal vez más tarde. Aunque, bien mirado, ¿para qué tomarse tantos trabajos? ¿Acaso no era una bonita sepultura? Seguro que al abuelo le gustaría más reposar en el parque del castillo que en las tétricas profundidades de la cripta de la torre del homenaje. Aunque fuera junto a los restos del segador que dejó seco de un tiro. En el parque del castillo podría gozar de la caricia del sol y escuchar el rumor del viento en el ramaje de la secuoya. Sólo tendría que preocuparse de plantar una buena cruz en la cabecera del túmulo con su correspondiente inscripción.

Por asociación de ideas, pensó en la triste tumba de Soledad perdida en el anonimato del cementerio municipal de Burgos. ¿La habría reclamado su marido? ¿Sus parientes españoles? ¿Sus parientes de Inglaterra? ¿La podría reclamar él y enterrarla junto a su abuelo? ¿Su calidad de heredero universal le daba derecho a disponer de sus restos mortales? En los cuatro años académicos cursados en la Universidad de Derecho de Barcelona no había estudiado nada parecido a derecho funerario, si es que existía. Soledad le había pedido que la enterraran en la tierra, sin boato ni historias. Como a Begoña en el cementerio de Leizaberri. La tierra de Requesens era tan buena como la del camposanto de Leizaberri. El proceso sería largo y laborioso, y exigiría los servicios profesionales de un nutrido equipo de expertos abogados ingleses y españoles.

Pero, pensando en Maite, descartó la idea en el acto.

A Maite no le haría ninguna gracia tropezarse con la lápida de Soledad cada vez que diera un paseo por el parque del castillo acompañada por sus hijos (porque daba por descontado que acabaría

casándose con ella). Y, menos, tener que responder a las preguntas de Gonzalito. O de Blanquita:

–Mamá, ¿quién es esa señora?

–La amante roja de tu papá.

Sonaba muy fuerte.

Decididamente, no era una buena idea. Mejor olvidarse.

Si no se presentaban insolubles problemas legales, decidió que acabaría llevando sus restos mortales a Leizaberri y la enterraría junto a la pobre Begoña, para que ambas se hicieran compañía. Y una vez al año iría a depositar una corona de rosas rojas en su tumba y rezarle un padrenuestro.

¿Maite lo acompañaría?

Hum.

Mientras los requetés escuchaban de labios de Félix Larraz su fantástica versión de los hechos y la fulminante desaparición del Segador en las profundidades del estanque, Javier subió a reconocer lo que quedaba del hogar de sus mayores y escenario de sus travesuras infantiles.

La entrada de carruajes del zaguán estaba sembrada de cascotes y vigas chamuscadas que ningún landó, o el mismo Rolls del abuelo, podría haber sorteado. Después de echar un vistazo a la escalera noble, se aventuró a pisar sus escalones. Aunque el incendio había sido devastador, la pétrea estructura del castillo había resistido sin problemas el asalto de las llamas. En el rellano, creyó descubrir piezas del arnés milanés sepultadas bajo un manto de polvo y cenizas. Del cuadro de Tiziano no quedaban ni los rabos. Varios millones de pesetas se habían volatizado en el aire, lo mismo que los restos mortales de Magín Suñol, fulminado por el disparo del abuelo. Sorteando restos de muebles chamuscados y marcos de puertas y ventanas, se abrió paso a través de salas y estancias devastadas, haciendo chascar vidrios rotos bajo las suelas herradas de sus botas. A través de las vigas calcinadas de los pisos altos se veía brillar el cielo azul. La nieve se amontonaba en los rincones. El viento campaba a sus anchas por el interior de la fortaleza. Muchos techos amenazaban ruina. El artesonado de roble del comedor se aguantaba por los pelos, a punto de desplomarse sobre su cabeza. Las paredes estaban pintarrajeadas con consignas

revolucionarias: *¡Mueran los tiranos!, ¡Biba la revolución del proletariado!, ¡La venganza de los segadores!* La campana de la chimenea presentaba numerosos golpes de piqueta. Sin embargo, la divisa familiar, aunque machacada, todavía podía leerse con bastante claridad: *Nemo impune lacessit me.*

–Me ha costado lo mío, pero se puede decir que la he cumplido a rajatabla. Con la ayuda de Dios -añadió en voz alta-. Papá, no te quejarás de tu hijo. Os he vengado a ti, a Gonzalito, a Blanca y al abuelo. Espero que Dios me perdone… y también tío Iñaki.

La biblioteca era un patético montón de ruinas. Bajo montañas de cascotes y cenizas, descubrió los lomos de algunos libros medio chamuscados. Quizá algunos pudieran salvarse. Pero se consoló algo al comprobar que se había conservado gran parte de la bella arquería gótica, muy ahumada, pero intacta en líneas generales. Menos mal. Se podría reconstruir. Igual que todo el castillo. Pensó que tenía trabajo asegurado para los próximos años. Se agenciaría la colaboración de los mejores arquitectos, artistas, historiadores y estudiosos de arte medieval. Nada de castillos de cartón piedra a los que eran tan aficionados los arquitectos horteras. Como el mismo Gaudí. Lo reconstruiría en sus menores detalles. Su madre le echaría una mano. Y tío Sinibaldo. Y Maite. Le habría gustado tenerla a su lado para contarle sus planes, mientras la tenía abrazada por los hombros. La deseó con tanta fuerza que hasta le pareció aspirar la fina fragancia que desprendía su cabeza apoyada en su cuello.

Su última visita fue para la torre del homenaje. Deliberadamente, la había dejado para lo último. Subió lentamente la escalera de caracol, rebasó la sala del trono y salió al amplio redondel de piedra donde Blanca explicaba la Prueba del Valor a sus atemorizados invitados en las noches de plenilunio. ¿Jugarían sus hijos a la Prueba del Valor? ¿Quién les contaría la leyenda de la maldición de la Dama de la Fontana? ¿Él? ¿Maite? Se estremeció sólo de pensarlo.

Asomado a las almenas, contempló largamente los jardines de La Fontana tendidos a sus pies, resplandecientes a la luz del sol. Los grajos andaban a saltitos en torno al boquete del estanque, como si aguardaran ver surgir de las aguas el cadáver del Segador de un

momento a otro para picotearle los ojos. Reprimiendo un suspiro, Javier apartó la vista y bajó a reunirse con sus hombres.

Finalizado el parco yantar, montaron a caballo y emprendieron el camino de «La Encina».

Se detuvieron unos minutos junto al gran cedro abatido sobre el camino. Sus ramas, despojadas del áspero cepillo de sus agujas, venían a ser como el retorcido costillar de una estrafalaria ballena negra varada en tierra firme.

Javier contempló pensativamente los amarillentos jirones de la capota del Ford T prendidos en su copa.

Les había ido de un pelo.

Su visión tuvo la virtud de catapultarlo, como impulsado por el violento retroceso de una pieza del quince y medio, a una lejana tarde de julio de 1936. En un instante revivió aquellos segundos dramáticos: el espantado chillido de su madre, las esquirlas de vidrio del parabrisas volando por encima de sus cabezas, el asustado llanto de Gonzalito y el ensordecedor escopetazo del Paparro repeliendo el fuego de los segadores.

Contemplado retrospectivamente, este escopetazo venía a ser el pistoletazo de salida de la accidentada carrera de obstáculos que había emprendido a continuación, y ahora, después de dar incontables tumbos por tierras extrañas y pasar por las más variadas y traumáticas experiencias, volvía al punto de partida, una vez completada la vuelta al estadio. Una larga vuelta jalonada por asaltos, amores, sangre, abrazos, traiciones, muertes, heridas y remordimientos. Todo se amontonaba en su mente de una manera confusa y desordenada. Eran tantas y tan devastadoras las experiencias por las que había pasado, que no le extrañaría nada que le hubieran empezado a salir canas en las sienes. Heridas, costurones y cicatrices, repartidas profusamente por todo el cuerpo, le recordaban constantemente lo cerca que había estado de ingresar en el glorioso ejército de los *caídos por Dios y por España.* Dos veces lo habían rozado las negras alas de la muerte. Dos veces había olido su letal aliento. Y otras tantas había escapado milagrosamente. Su imagen se le había hecho habitual. Sabía lo que era perder el mundo de vista para emprender el viaje al Más Allá.

Pero seguía vivo. Maltrecho, recosido y remendado, pero vivo al fin y a la postre, algo que no podían decir tantos y tan buenos camaradas caídos en el camino: Josetxu Larramendi, Pedro Larraínzar, el sargento Martínez, los capitanes Olavide y Loarre, el teniente Freire, su amigo Peter Turnen Y tantos otros. El sargento Mendiola, a pesar de todo, podía considerarse afortunado, pues sólo había perdido un brazo.

Javier suspiró, picó espuelas y obligó a su caballo a rodear el cedro, pisando las mismas huellas dejadas por el pequeño grupo de desconocidos. Junto a las que no tardó mucho en descubrir otras más menudas y ligeras, de un perro, quizá. Del *Pistón,* con toda seguridad. Ahora ya no le cabía ninguna duda: estaba siguiendo las huellas dejadas por el Paparro y su familia.

La tarde era muy templada, impropia de aquellas fechas. Los requetés se habían despojado de sus capotes y los habían atado a la parte posterior de las sillas. Los rifles descansaban en sus fundas. Humeaban las grupas de los caballos, y en sus ijares se les formaba una espuma amarillenta. Los arreos despedían un intenso olor a estiércol. El crujido de los bocados entre los dientes de los caballos, el tintineo de las botas en los estribos y el rechinar del cuero de las monturas entretejían una música adormecedora que acompañaba el ritmo de la marcha. Avanzaron al trote largo, chapoteando en la nieve pesada del deshielo. En una loma descarnada por el sol, Javier descubrió los rastrojos podridos de un campo de trigo; el mismo trigal donde se había enfrentado al Segador, hacía más o menos un millón de años.

El camino iba quedando hacia el sur, como una cinta azul impresa en la blancura deslumbrante de la nieve.

Los mozos estaban contentos. La guerra estaba a punto de terminar. Muy pronto les darían la licencia y volverían a sus casas, donde sus madres los estaban esperando con los brazos abiertos, la mesa puesta y una muda limpia sobre la cama. Sus gritos resonaban alegremente en el aire claro de la tarde de febrero.

–¡Esto se acaba!

–¡Oye, Juanjo! ¿Cómo dice aquella canción *de Cataluña vengo* y no sé qué más que cantan las niñas que saltan a la comba?

-De Cataluña vengo de servir al rey…

***-Con licencia de mi coronel* -añadió otro.**

–¡Eso!

–¡A casa!

–¡Hala, pues!

Javier no participaba de la alegría de sus hombres.

Callaba, meditabundo. No podía apartar los ojos del inquietante hilo azul que trenzaban las misteriosas huellas en la nieve y que lo conducía inexorablemente al último acto del largo drama, cuyo desenlace no osaba ni imaginar. A intervalos regulares se ensanchaban, como si sus autores se hubieran parado a descansar del peso que los abrumaba. Javier las miraba lleno de aprensión. Su siniestro significado se le revelaba cada vez con mayor claridad. De una forma inconsciente, espoleaba a su montura, un tordo de buena planta y crines negras. Las punteras de sus botas apoyadas en los estribos no le infundían la habitual sensación de seguridad que siempre solía experimentar a lomos de un caballo. De vez en cuando, introducía la mano derecha en la bolsa de la silla para sentir el tacto del pequeño zueco de madera. Era como el escarpín del cuento de Cenicienta. Pero presentía dolorosamente que, al final del camino, ninguna doncella lo estaría esperando para probárselo.

Pronto dejaron atrás el viejo puente del molino, desfilaron como un torbellino a lo largo del bosque nevado, y una hora más tarde refrenaban sus monturas a la vista de las tierras de labor de «La Encina».

–¡Altooo! – ordenó Javier sin volverse, levantando la mano derecha.

Jinetes y caballos tropezaron unos con otros y se amontonaron a su espalda en confuso y ruidoso tropel.

–¡Maldita sea!

–¡Podríais tener más cuidado!

–Jolín!

–¿Por qué os habéis parado?

–¡La culpa ha sido el capitán!

–¿Qué ocurre?

Javier echó un vistazo a la vieja masía. De su chimenea surgía una débil humareda que la brisa desflecaba perezosamente. Nada había cambiado en su ausencia. Todo seguía igual que antaño. La añosa encina tendiendo sus ramas sobre el tejado de la casa, los graneros, la

era cubierta por la nieve, los ordenados recuadros de los campos. No se veía a nadie por los alrededores.

–¿Ha visto algo sospechoso, mi capitán? – preguntó el sargento Carmona, poniendo su caballo a su altura.

–Nada grave, Carmona. Solamente aquella casa que se ve allí. Es de unos amigos. Voy a adelantarme a saludarlos.

–No se confíe, mi capitán, igual quieren tenderle una celada.

–La celada que me van a tender es muy diferente de la que usted se imagina… pero no menos dolorosa.

–Pues no vaya… déjeme ir a mí.

–Muchas gracias por el ofrecimiento, pero se trata de una cuestión personal, familiar. Prefiero ir solo. Mis amigos podrían asustarse a la vista de tanta gente armada.

–Como usted ordene, mi capitán. Pero nosotros, por si las moscas, estaremos ojo avizor con las armas preparadas. No vacile en llamarnos.

Javier picó espuelas y se dirigió a la masía, al paso, mientras el sargento ordenaba desmontar, tomar posiciones en la linde del bosque y aprestar las carabinas.

Al llegar a sus inmediaciones, Javier vio a un niño muy pequeño que se entretenía jugando con los pedazos de hielo que flotaban en el estanque de los patos. No podía verle la cara porque le daba la espalda. Cuando estuvo a unos diez metros o poco más, echó pie a tierra y se acercó en silencio, llevando el caballo de la brida.

Al oír el ruido de los cascos del animal, el niño se volvió en redondo y lo miró sorprendido con sus grandes ojos azules.

La sorpresa y la emoción casi derriban a Javier de espaldas. ¡Cielo santo! ¡Aquella carita sucia era la de su hermana!

Avanzó a su encuentro temblando como un azogado, en estado de ingravidez.

El niño dejó de chapotear con los pedazos de hielo y lo miró con expresión grave y pensativa para sus pocos años. Tenía las mejillas curtidas por el sol y el frío. Abundantes mocos le colgaban de la nariz. Iba pobremente vestido, con un suéter de lana de confección casera y unos pantalones remendados sujetos con un cordel.

–Hola -dijo Javier con expresión amistosa.

–Hola -contestó el niño con naturalidad, al cabo de unos instantes, sin dar muestras de temor ante el desconocido ni por el gran caballo que seguía tras él.

Javier se inclinó y lo miró, sobrecogido, al observar en sus facciones unos rasgos insólitos pero terriblemente cercanos en su recuerdo.

–¿Cómo te llamas?

–Vador -respondió el niño.

–¿Salvador?

El niño asintió con una cabezada.

–De acuerdo, Vador. Yo me llamo Javier.

–Vier -repitió el niño después de traducir *Javier* a. su particular léxico infantil.

Javier lo contemplaba paralizado de horror y compasión. Al igual que cuando se enteró del fusilamiento de Soledad, sentía que se asomaba a un abismo sin fondo y que una garra de acero le oprimía el corazón. Aquel niño que lo miraba sin pestañear eran su hermana y el Segador inextricablemente unidos en una simbiosis perfecta de amor y odio. Contradictorios sentimientos de furia y cariño asolaron su ánimo con la fuerza de un huracán desatado. Por una parte deseaba ardientemente abrazar al hijo de su hermana, su sobrino, al fin y al cabo, y por otra, le repelía hasta la médula el parecido con su padre.

Alargó una mano para tocarlo, pero las fuerzas le fallaron y cayó de rodillas a sus pies.

No vio al Paparro y a su familia salir por la puerta de la masía, ni a los requetés bajar la cuesta del bosque al paso de sus monturas. Al cabo de una eternidad de mortal angustia, se oyó formular la pregunta que le quemaba los labios:

–¿Dónde está mamá?

Por toda respuesta, el niño le alargó una manita fría y mojada.

–Ven.

Javier se incorporó, temblando. Había leído la verdad en la grave mirada del niño, la pieza que faltaba para completar el doloroso rompecabezas del enigma del boquete del estanque, juntamente con el zueco desaparejado, la cerradura destrozada del pabellón y las estaciones del vía crucis impresas en la nieve. Y por segunda vez en toda la guerra sintió el miedo paralizante que lo había asaltado en

Brunete, el mismo miedo que había visto tantas veces reflejado en los ojos de los soldados a sus órdenes, el mismo miedo que los tiraba al suelo, les hacía hundir la cabeza en la tierra y vaciar sus intestinos incontroladamente. Experimentó el mismo deseo de imitarlos, de gritar, de salir corriendo, de escapar al espantoso horror que presentía.

–Ven -insistió el niño, tirando de él confiadamente.

Lo siguió, tambaleante como un borracho.

Los rostros del Paparro, la Carmeta, la María y el Josep se le aparecieron como entrevistos a través de un cristal por el que resbalan gotas de lluvia. Iban hacia él. Querían decirle algo. La Carmeta gemía y retorcía nerviosamente el delantal con las manos. Las lágrimas se deslizaban por la cara de María. *Pistón* andaba encogido y gemía con el rabo entre las piernas.

El niño lo condujo ante un pequeño túmulo de tierra coronado por una sencilla cruz hecha con dos tablas mal ajustadas. Los terrones esparcidos en torno todavía exhalaban el olor dulzarrón del humus vegetal de la tierra removida.

Salvador levantó los ojos hacia él, y señalando la modesta tumba con un dedo sucio, dijo con su lengua de trapo, pero con estremecedora claridad:

–Mamá está aquí, duerme.

Javier se descubrió torpemente.

El dolor lo ahogaba. Se arrodilló en la nieve pisoteada y apretó fuertemente al niño contra su corazón.

Los requetés habían descabalgado y, juntamente con el Paparro y su familia, formaban un silencioso círculo a su alrededor. El sargento Carmona se llevaba disimuladamente el puño a los ojos. El Paparro carraspeaba para disimular su turbación. La Carmeta y María lloraban sin rebozo.

–Perdóname -musitó Javier con voz ahogada, con su cara apretada contra la del niño.

Hilos de plata goteaban del alero del tejado de la vieja masía. Una brisa templada susurraba entre el ramaje de las hayas, al que todavía se aferraban algunas hojas teñidas de rojo por la amargura de los amores perdidos. Una vaca mugió inquieta en el establo al ventear

aquellos inesperados aires de primavera, y el tañido de su esquila resonó límpidamente en la paz del atardecer.

Tres Torres, Barcelona, otoño de 2004.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
13/05/2009
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com